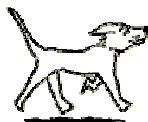


# LOVECRAFTIANA



## Cuentos de H. P. Lovecraft y de sus discípulos



Edição Guinefort

## CENIZAS

---

H. P. LOVECRAFT & C. M. EDDY JR.<sup>1</sup>

- Hola, Bruce. Hace siglos que no te veo. Entra.

Dejó la puerta abierta y me siguió al interior de la habitación. Su flaca y desgarbada figura se acomodó con torpeza en la silla que le ofrecía mientras comenzaba a jugar con su sombrero entre los dedos. Sus profundos ojos tenían un mirar asustado, distraído, y atisbaban furtivos por entre los rincones de la habitación, como si buscasen algo escondido dispuesto a echarse sobre él en cualquier momento. Su rostro estaba ojeroso y sin color. Las comisuras de sus labios tenían un rictus espasmódico.

- ¿Qué te ocurre, viejo? Parece que has visto un fantasma. ¡Levanta el ánimo!

Me acerqué al mueble bar y llené un pequeño vaso con el vino de una botella.

- ¡Bébetelo esto!

Vació el vaso de un sorbo y continuó jugando con su sombrero.

- Gracias, Prague; no me siento demasiado bien esta noche.

- ¡No hace falta que lo digas! ¿Qué es lo que va mal?

Malcolm Bruce se agitó inquieto en su silla.

Lo miré en silencio, preguntándome qué podía haberle afectado de aquella manera. Conocía a Bruce y lo tenía catalogado como un hombre tranquilo y con voluntad de acero. Verlo en aquel estado de nervios no era normal. Le ofrecí un cigarro, y él lo tomó, mecánicamente.

Pero, hasta que Bruce no encendió el segundo cigarrillo, el silencio entre los dos continuó. Su nerviosismo parecía desaparecer poco a poco. Una vez más fue el hombre dominante, seguro de sí mismo, que yo conocía.

- Prague - empezó -, me acaba de suceder la experiencia más diabólica y terrible que puede acontecerle a un hombre. No estoy muy seguro de si debo

---

<sup>1</sup> Ashes.

contártelo o no, pues tengo miedo de que pienses que estoy loco; ¡cosa que no te reprocharía! Pero es cierto, ¡hasta la última palabra!

Hizo una dramática pausa y lanzó al aire unos tenues anillos de humo.

Sonreí. Ya había escuchado más de una historia de miedo en aquella misma mesa. Debía haber alguna especie de peculiaridad en mi forma de ser que inspiraba confianza a los demás; me han contado historias tan extrañas que algunos hombres darían años de su vida por escucharlas. Pero, a pesar de mi gusto por lo sobrenatural y peligroso, de mi atracción por el conocimiento de lejanas e inexploradas regiones, me he visto condenado a una vida prosaica y aburrida, con un trabajo anodino.

- ¿Has oído hablar alguna vez del profesor Van Allister? - preguntó Bruce.

- ¿Quieres decir de Arthur Van Allister?

- ¡El mismo! ¿O sea que le conoces?

- ¡Desde luego! Hace años que le conozco. Desde el momento en que renunció a su profesorado de química en la escuela para dedicarse a sus experimentos. Yo le ayudé a diseñar el laboratorio insonorizado en el ático de su casa. Después comenzó a estar tan embebido en su trabajo que no tenía tiempo de ser amable con nadie.

- Recordarás, Prague, que cuando ambos estábamos en la escuela, yo era muy aficionado a la química.

Asentí, y Bruce siguió hablando.

- Hace unos cuatro meses yo estaba buscando trabajo. Van Allister publicó un anuncio en el que requería un ayudante, y yo le contesté. Se acordaba de cuando yo estaba, en el colegio, y pude convencerle de que sabía lo suficiente de química como para serle útil.

«Tenía una joven de secretaria, la señorita Marjorie Purdy. Era la típica mujer que se dedicaba por completo a su trabajo, tan eficiente como bonita. Había ayudado algunas veces a Van Allister en el laboratorio, y pronto descubrí que mostraba mucho interés en este trabajo y que hacía sus propios experimentos. Pasaba casi todo su tiempo libre en el laboratorio con nosotros.

«Sólo era cuestión de tiempo que tanta camaradería se convirtiese en una profunda amistad, de tal forma que llegó un momento en el que yo dependía de su ayuda en mis experimentos más difíciles, cuando el profesor estaba ocupado. Jamás vi que titubease ante mis requerimientos. ¡Aquella chica se desenvolvía con la química como el pato en el agua!

«Hace aproximadamente dos meses el profesor Van Allister dividió el laboratorio en dos estancias, quedando una de ellas para su uso personal. Nos dijo que iba a realizar una serie de experimentos que, si tenían éxito, le darían una fama universal. Se negó firmemente a darnos cualquier tipo de información sobre sus características.

«Por entonces, la señorita Purdy y yo estábamos solos cada vez más tiempo. El profesor permanecía encerrado en su habitación durante días y no aparecía ni tan siquiera para comer.

«Esto también nos permitía tener más tiempo libre. Nuestra amistad se hizo más fuerte. Sentía una creciente admiración por la delicada joven que parecía moverse con genuina seguridad entre olorosos frascos y densas mezclas químicas, embutida en ropas blancas desde la cabeza a los pies, incluyendo los guantes de goma que llevaba en las manos.

«Anteayer, Van Allister nos invitó a su cuarto de trabajo. "Por fin lo he conseguido", dijo, mostrándonos un pequeño recipiente que contenía un líquido incoloro. "Aquí tengo lo que va a ser el mayor descubrimiento químico jamás conocido. Voy a probar delante de vosotros su eficacia. Bruce, ¿podrías traerme uno de los conejos, por favor?"

«Fui a la otra habitación y cogí uno de los conejos que guardamos, junto con las cobayas, para nuestros experimentos.

«Puso al pequeño animalillo en una caja de cristal lo suficientemente grande para que cupiese y cerró la tapa. Después colocó un embudo de cristal en un pequeño agujero que había sobre la tapa. Nos acercamos para ver mejor.

«Destapó el recipiente y echó su contenido sobre la caja donde estaba el conejillo.

«"¡Ahora vamos a descubrir si mis semanas de esfuerzos continuados

han tenido éxito o han fracasado!"

«Lenta, metódicamente, yació el contenido del frasco en el embudo, mientras veíamos cómo el líquido se esparcía por el recipiente donde estaba el aterrado animalillo.

«La señorita Purdy emitió un grito de asombro, mientras que yo parpadeaba para asegurarme de que lo que veía era cierto. ¡Pues en el sitio donde hacía sólo unos momentos había habido un conejo vivo y aterrado, ahora no habla más que un montoncito de livianas, blancas cenizas!

«El profesor Van Allister se volvió hacia nosotros con un aire de triunfal satisfacción. De su rostro emanaba un júbilo malsano y sus ojos brillaban con una expresión salvaje y cruel. Su voz adoptó un tono de superioridad cuando nos dijo:

«"Bruce - y usted también, señorita Purdy - habéis tenido el privilegio de contemplar el éxito de los resultados de una fórmula que revolucionará el mundo. ¡Este preparado reduce instantáneamente a cenizas a cualquier objeto que toque, excepto al cristal! Pensad en lo que puede significar. ¡Un ejército equipado con bombas de cristal llenas con mi fórmula podría ser capaz de aniquilar el mundo! Madera, metal, piedra, ladrillo —cualquier cosa— desaparecerían ante su paso, sin dejar más restos que lo mismo que ha quedado del conejillo con el que he experimentado, ¡un montoncito de tenues, blancas cenizas!"

«Miré a la señorita Purdy. Su rostro estaba tan blanco como la bata que vestía.

«Esperarnos a que Van Allister recogiera en un pequeño frasco todo lo que había quedado del conejillo. Debo admitir que mi mente estaba helada cuando me dijo que podíamos irnos. Le dejarnos solo tras las pesadas puertas que separaban su cuarto de trabajo.

«Una vez a salvo y solos, la señorita Purdy no pudo contener sus nervios. Sufrió un desmayo y habría caído al suelo si yo no la hubiese sujetado en mis brazos.

«La sensación de su cuerpo delicado y tembloroso sobre el mío era insoportable. La acerqué suavemente hacia mí pegando mi boca a la suya. La

besé varias veces presionando con mis labios los suyos, rojos y delicados, hasta que abrió los ojos y vi el amor reflejado en ellos.

«Después de una deliciosa eternidad volvimos de nuevo a la tierra, con el suficiente conocimiento como para darnos cuenta de que aquel laboratorio no era el lugar más idóneo para aquellas ardientes demostraciones. En cualquier momento, el profesor podía salir de su retiro y, dado su estado actual de ánimo, no sabíamos qué podía ocurrir si nos descubría en aquella amorosa aptitud.

«Pasé el resto de la jornada como en un sueño. Me asombraba de que fuese capaz de seguir con mi trabajo en tal estado. Actuaba como un autómatas, una máquina bien engrasada, ocupándose mecánicamente de sus tareas, mientras que mi mente vagaba por lejanas y deliciosas regiones de ensueño.

«Marjorie estuvo ocupada con sus tareas de secretaria durante el resto del día, y procuré no mirarla ni una sola vez hasta que mis ocupaciones en el laboratorio estuvieron terminadas.

«Aquella noche nos dedicamos a disfrutar de nuestra nueva felicidad. ¡Prague, recordaré esa noche mientras viva! El momento más feliz de mi vida fue cuando Marjorie Purdy me dijo que se casaría conmigo.

«Ayer fue otro día de éxtasis y arrobamiento. Transcurrió la jornada con dulces sentimientos mientras trabajaba. Luego siguió otra noche de amor. ¡Si nunca has amado a una mujer en la vida, Prague, a la única mujer del mundo, no podrás entender el delirio que te produce pensar en ella! Y Marjorie hacía que pensase continuamente en ella. Se dio sin reservas a mí.

«Hacia el mediodía de hoy tuve que salir a la farmacia a comprar unos productos que necesitaba para completar uno de mis experimentos.

«Cuando volví eché de menos la presencia de Marjorie.

Miré si todavía estaban su sombrero y su abrigo, pero no fue así. No había visto al profesor desde el experimento con el conejillo, ya que estaba encerrado en su cuarto de trabajo.

«Pregunté a la servidumbre, pero ninguno la había visto salir de la casa, ni les había dejado ningún mensaje dirigido a mí.

«Según iba atardeciendo, la sensación de angustia se agrandaba. Pronto

se hizo de noche y seguía sin rastro de mi querida niña.

«Ya no tenía ganas de trabajar. Comencé a caminar de un lado a otro de la habitación como un tigre enjaulado. En cuanto sonaba el teléfono o el timbre de la puerta renacían en mí las esperanzas de volver a escuchar su voz, pero todas las veces fue en vano. Cada minuto se alargaba una hora; ¡cada hora una eternidad!

«¡Buen Dios, Prague! ¡No puedes imaginarte cuánto he sufrido! Desde las cumbres del amor sublime me he visto sumido en las más oscuras simas de la desesperación. Ante mis ojos aparecían las más horribles visiones, los peores hechos que pudieran acontecer. Y seguía sin volver a escuchar su voz.

«Parecía que había pasado una vida entera, aunque al mirar el reloj me di cuenta de que sólo eran las siete y media, cuando el mayordomo me dijo que Van Allister requería mi presencia en el laboratorio.

«No tenía ningunas ganas de hacer experimentos, pero mientras estuviese bajo su techo él era mi maestro, y me veía obligado a obedecerle.

«El profesor estaba en su cuarto de trabajo, con la puerta ligeramente abierta. Me dijo que me acercase y que cerrara la puerta del laboratorio.

«Debido a mi estado de ánimo en aquellos momentos, mi mente actuó como una cámara fotográfica, registrando todos los hechos que sucedieron a continuación. En el centro de la habitación, sobre una alta mesa de mármol, había un recipiente de cristal del tamaño y forma aproximados de un ataúd. Rebosaba del mismo líquido incoloro que había estado dentro de la pequeña botella, dos días antes.

«A la izquierda, sobre un taburete de cristal, había otro frasco de cristal. No pude reprimir un escalofrío involuntario cuando vi que estaba lleno de ligeras, blancas cenizas. ¡De repente, vi algo más que hizo que mi corazón dejase de latir!

«Sobre una silla, en un rincón de la habitación, reposaban el sombrero y el abrigo de la mujer que había decidido unir su vida a la mía; ¡la mujer a la que yo había jurado lealtad y protección mientras durasen nuestras vidas!

«Mis sentidos se nublaron, mi alma se colmó de pánico, cuando me di

cuenta de lo que había sucedido. No podía haber otra explicación. ¡Las cenizas del frasco era todo lo que había quedado de Marjorie Purdy!

«El mundo quedó suspendido durante unos largos, terribles instantes; ¡después me volví un loco, un loco ceñudo con un solo objetivo!

«Lo siguiente que soy capaz de recordar es la imagen del profesor y la mía forcejeando desesperadamente. Aunque ya era viejo, aún conservaba una fuerza similar a la mía, y además tenía la ventaja añadida de su estado de tranquilidad y autocontrol.

«Poco a poco fue empujándome hacia el recipiente de cristal. En breves instantes, mis cenizas se mezclarían con las de la mujer que había amado. Choqué contra el taburete y mis dedos se cerraron sobre el frasco que contenía las cenizas. ¡Con un último y supremo esfuerzo, lo levanté por encima de mi cabeza y golpeé el cráneo de mi oponente con todas las fuerzas que me quedaban! Sus brazos se relajaron de inmediato y su desvaída figura cayó al suelo inconsciente.

«Aún bajo los efectos del acaloramiento, levanté el silencioso cuerpo del profesor y con mucho cuidado, bastante más del que había mostrado al golpearle, ¡introduje el cuerpo en el cajón de la muerte!

«Desapareció en un instante. Tanto el líquido como el profesor se habían esfumado, ¡y en su lugar sólo quedaba un pequeño montoncito de livianas, blancas cenizas!

«Pero, mientras contemplaba el resultado de mi acción y fueron pasando los efectos de mi locura, tuve que enfrentarme ante la dura y fría verdad: había asesinado a una persona. Una calma antinatural se apoderó de mí. Sabía que no quedaba ni un sólo rastro que pudiera delatarme, exceptuando el hecho de que yo había sido la última persona que había sido vista con el profesor. Por otra parte, ¡no había más que cenizas!

«Me puse el sombrero y el abrigo, y le dije al mayordomo que el profesor me había dado estrictas órdenes de que no se le molestase, indicándome también que podía tomarme el resto de la tarde. Una vez en el exterior, todo mi autocontrol se vino abajo. No había forma de contener mis nervios. No sabía



dónde dirigirme; sólo recuerdo que vagué de aquí para allá hasta darme cuenta de que me hallaba en tu apartamento, hace unos minutos.

«Necesitaba hablar con alguien, Prague; sólo quiero aliviar mi torturado cerebro. Se que puedo confiar en ti, viejo amigo, así que te he contado toda la verdad. Aquí estoy; puedes hacer lo que prefieras. ¡Ahora que Marjorie no está, la vida ya no significa nada para mí!

La voz de Bruce se estremeció por la emoción cuando pronunció el nombre de la mujer a la que amaba.

Me incliné sobre la mesa y observé con atención la mirada del hombre desesperado que se acurrucaba ali caído en el sillón. Me levanté, me puse el sombrero y el abrigo y me acerqué a Bruce, que sacudía la cabeza, oculta entre las manos, y profería débiles lamentos.

- ¡Bruce!

Malcolm Bruce levantó la vista.

- Bruce, escúchame. ¿Estás seguro de que Marjorie Purdy ha muerto?

- Estoy seguro... - Sus ojos se dilataron ante tal sugerencia y su cuerpo se puso rígido.

Insistí:

- ¿Estás total y absolutamente seguro que las cenizas que contenía el frasco eran las de Marjorie Purdy?

- ¡Pues... yo... las vi, Prague! ¿Adónde quieres ir a parar?

- Entonces no estás totalmente seguro. Viste el sombrero y el abrigo de la mujer sobre la silla y, en tu estado de ánimo, tomaste una conclusión precipitada. "Las cenizas tienen que ser las de la mujer desaparecida... El profesor ha experimentado con ella..." y cosas por el estilo. Vamos, seguramente Van Allister te dijo algo.

- No sé qué pudo decir. ¡Ya te he dicho que me convertí en un loco salvaje!

- Entonces tienes que venir conmigo. Si no ha muerto, tiene que hallarse en algún rincón de la casa, y si está allí, ¡tenemos que encontrarla!

Ya en la calle, paramos un taxi y en breves instantes el mayordomo nos

permitió entrar en la casa de Van Allister. Bruce abrió el laboratorio con su llave. La puerta del cuarto de trabajo del profesor aún estaba entornada.

Mis ojos barrieron la habitación reconociendo todos sus rincones. A la izquierda, cerca de la ventana, había una puerta cerrada. Atravesé la habitación y tiré del manillar, pero ni tan siquiera se movió.

- ¿Adónde da?

- Es sólo una antesala donde el profesor acostumbra a guardar sus aparatos.

- Es igual, hay que abrir esta puerta, insistí, ceñudo. Retrocedí unos pasos y di una fuerte patada sobre la madera. Después de varios intentos, la cerradura saltó, dejándonos el paso libre.

Bruce, con un grito inarticulado, atravesó la habitación hasta situarse ante un arca de caoba. Escogió una de las llaves de su llavero, la metió en la cerradura y abrió la tapa con manos temblorosas.

- Aquí está, Prague; ¡rápido! ¡Tiene que darle el aire!

Entre los dos llevamos el desmayado cuerpo de la mujer hasta el laboratorio. Bruce preparó una infusión que hizo resbalar por entre sus labios. Después de unos momentos, sus ojos comenzaron a abrirse.

Miró asombrada el cuarto donde se hallaba, hasta que reparó en Bruce y sus ojos se iluminaron de repente con la felicidad de encontrarle allí. Más tarde, después de los primeros intercambios de palabras, la mujer nos contó todo lo que habla sucedido:

- Cuando Malcolm se fue, al atardecer, el profesor me hizo llamar a su cuarto de trabajo. Como me mandaba frecuentemente a hacer algún que otro recado, pensé que éste era el motivo y cogí el abrigo y el sombrero para ganar tiempo. Cerró la puerta del pequeño cuarto y, sin previo aviso, me atacó por detrás. Pronto me dominó y me ató las manos y los pies. Era imposible que nadie me oyese. Como ya sabes, el laboratorio está totalmente insonorizado.

«Entonces sacó un mastín que debía haber atrapado de algún sitio y lo redujo a cenizas delante de mis ojos. Luego puso las cenizas en un frasco de cristal sobre el taburete que hay en el laboratorio.

«Se dirigió a la pequeña antesala y sacó esa especie de ataúd de cristal del arca que habéis visto. ¡Por lo menos eso parecía a mis aterrados sentidos! Vertió la suficiente cantidad de ese horrible líquido como para rebosar el recipiente.

«Entonces me dijo algo que es lo único que recuerdo. ¡Tenía la intención de experimentar su compuesto con una persona humana!

Se estremeció ante el recuerdo.

«Empezó a ponderar sobre el privilegio que era ser la primera persona en dar su vida por una causa tan digna. Después, con toda la calma del mundo, me comunicó que te había elegido a ti como conejillo de indias, ¡y que yo sería la testigo de su éxito! Me desmayé.

«El profesor debía tener miedo de que alguien se enterase, pues lo siguiente que recuerdo es que me desperté dentro del arcón en donde me habéis encontrado. ¡Era sofocante! Cada vez me costaba más respirar. Pensaba en ti, Malcolm, en las horas maravillosas y felices que habíamos pasado juntos los últimos días. ¡No sabía qué haría cuando tú no estuvieses! ¡Rogué, incluso, que me matara a mí también! Tenía la garganta dolorida y seca; todo comenzó a oscurecerse.

«Por fin, desperté para encontrarme a tu lado, Malcolm

Su voz era un susurro nervioso y ronco.

«¿Dónde está el profesor?

Bruce la llevó en silencio hasta el laboratorio. Ella se estremeció ante la visión del ataúd de cristal. Todavía en silencio, Bruce se dirigió directamente al recipiente, ¡y, cogiendo en su mano un puñado de livianas, blancas cenizas, dejó que resbalasen suavemente entre sus dedos!

## LA EXHUMACION

---

H. P. Lovecraft & Duane W. Rimel<sup>2</sup>

Desperté abruptamente de un terrible sueño y miré sorprendido a mi alrededor. Y entonces vi el techo alto y abovedado y las ventanas estrechas de la habitación de mi amigo, y una sensación de intranquilidad me invadió al recordarlo todo; supe que todas las esperanzas de Andrew se habían cumplido. Yacía boca abajo en una gran cama, y los postes que la sujetaban se retorcían hacia arriba en increíbles perspectivas; la habitación estaba tapizada de grandes estanterías llenas de los libros y antigüedades familiares que ya me había acostumbrado a ver en aquella oscura esquina que formaba parte de la casona que había sido nuestro hogar común durante tantos años. En una mesa al lado de la pared descansaba un vasto candelabro cuyo antiguo diseño había sido trabajado a mano hacia mucho tiempo, mientras que las finas cortinas habían sido cambiadas por unos espesos cortinones que apenas si dejaban pasar la luz, dando un ambiente lúgubre.

Recordaba vivamente los acontecimientos que tuvieron lugar antes de mi confinamiento en aquella monstruosa fortaleza medieval. No fueron muy placenteros, y aún temblaba al recordar el diván en el que había estado tendido antes de encontrarme aquí; el diván en el que todo el mundo pensaba iba a ser mi último lugar de descanso. Los recuerdos estallaban en mi cabeza, trayéndome de nuevo las terribles circunstancias que me habían obligado a elegir entre una muerte verdadera y una hipotética, posteriormente reanimada por ciertos métodos terapéuticos sólo conocidos por mi colega, Marshall Andrews. Todo comenzó hace un año, a mi vuelta del Oriente, cuando descubrí, horrorizado, que había cogido la lepra durante mi estancia en el extranjero. Sabía que había asumido muchos riesgos al cuidar a mi hermano enfermo en las Filipinas, pero hasta que no volví a mi región nativa, no se hizo patente ningún síntoma. Fue Andrews el primero que se dio cuenta, ocultándomelo tanto tiempo como le fue posible; pero

---

<sup>2</sup> The Disinterment.

nuestra confianza mutua y amistad pronto reveló la horrible verdad.

Me vi obligado a confinarme entre los riscos que dominaban Hampden, entre muros y paredes arcaicos, corredores abovedados, fuera de los cuales no me permitía salir. Fue una existencia terrible, con la sombra amarilla constantemente colgada sobre mí; pero mi amigo jamás me traicionó, aunque se cuidaba de no contagiarse, trataba de que mi vida fuera lo más placentera y confortable posible. Su extendida, aunque algo siniestra fama de cirujano, hizo que no tuviese necesidad de consultar a ningún médico, el cual, posiblemente, me habría condenado a un hospital.

Sucedió casi al año de mi reclusión — a finales de agosto —, Andrews decidió hacer un viaje a las Indias Occidentales; para estudiar los métodos "nativos" en medicina, dijo. El venerable Simes, el factótum de la propiedad, quedó encargado de cuidarme. No se produjo ningún desarrollo negativo de la enfermedad, por lo que pude disfrutar de un período tolerable aunque solitario, durante la ausencia de mi compañero. Leí muchos de los libros que había ido adquiriendo Andrews en el curso de sus veinte años de práctica de la cirugía, y descubrí por qué su reputación, aunque muy grande y distinguida, era un poco siniestra. Muchos de los volúmenes hacían referencia a ciertas prácticas bastante alejadas de los métodos de la medicina moderna: artículos prohibidos sobre monstruosos experimentos cirujanos; descripciones de los extraños efectos que se producían en ciertos trasplantes de glándulas tanto en animales como en hombres; folletos sobre transferencia de cerebros y rejuvenecimiento, y un montón de escritos fanáticos totalmente desautorizados por los físicos ortodoxos. También descubrí que Andrews era una autoridad en ciertos medicamentos oscuros; algunos de los pocos libros que hojeé revelaban que había pasado mucho tiempo en el estudio de la química y en la búsqueda de nuevas drogas que pudieran ser de algún interés en cirugía. Recordando todo lo que decían estos viejos tratados, me doy cuenta ahora de las infernales sugerencias que contenían y lo que influyeron en sus posteriores experimentos.

Andrews estuvo fuera bastante más tiempo del que yo había pensado, no volviendo hasta principios de noviembre, casi cuatro meses después de su

partida; estaba ansioso por verle cuando llegó, a pesar de que mi estado había empeorado. Había llegado a un punto en el que debía guardar absoluto aislamiento para no ser descubierto. Pero mi ansiedad era pequeña comparado con la exuberancia que mostraba él, ya que durante su estancia en la India había trazado un plan; un plan que pensaba llevar a cabo con la ayuda de cierta droga que había aprendido de un "doctor" nativo de Haití. Cuando me dijo que el experimento tenía mucho que ver conmigo, me alarmé un poco; aunque difícilmente se podía estar peor en mi condición. Más de una vez había considerado la posibilidad de disfrutar el olvido que me podía proporcionar un revolver o la caída desde el tejado a las afiladas rocas que sobresalían abajo.

El siguiente día de su llegada, a la tenue luz del estudio, me contó con todo tipo de detalles su idea. Había encontrado una droga en Haití, una fórmula que podía desarrollar, que inducía a un estado de sueño profundo, a una especie de trance cercano a la muerte; los músculos se relajaban totalmente, incluso la respiración y los latidos del corazón cesaban mientras durasen los efectos. Andrews me dijo que había visto muchas veces sus efectos sobre los nativos. Algunos habían permanecido dormidos durante días, tan inmóviles como si estuvieran muertos. Esta animación suspendida, me explicó luego, es capaz de engañar incluso a cualquier examen médico. El mismo, de acuerdo a las leyes conocidas, había declarado muerto a un hombre que se hallaba bajo los efectos de la droga. Me aseguró, también, que el cuerpo del sujeto asumía la apariencia de un cadáver, haciéndose visible una especie de rigor mortis.

Durante algún tiempo sus propósitos no quedaron demasiado claros, pero cuando se fue haciendo patente el significado último de sus palabras, comencé a sentir miedo y náuseas. Sin embargo, por otro lado, sentía una especie de alivio, pues el asunto podría significar al menos una especie de escape de mi situación, un escape de la muerte ordinaria y terrible producida por la lepra. En breves palabras, su plan consistía en administrarme una abundante dosis de droga y llamar a las autoridades locales, que inmediatamente me declararían muerto, haciendo que me enterrasen con prontitud. Estaba seguro que ellos me examinarían sin mucho detalle, por lo que pasarían por alto los síntomas de mi

enfermedad, que en realidad eran pocos. Sólo habían pasado quince meses desde que cogí la lepra, mientras que la corrupción de la carne tardaba al menos siete años.

Más tarde, dijo, resucitaría. Después de mi enterramiento en el panteón familiar — cerca de mi centenaria morada y escasamente a un cuarto de milla de su propio panteón — se realizarían los siguientes pasos del plan. Finalmente, una vez sellada mi losa y mi muerte divulgada, él abriría en secreto mi tumba y me traería de nuevo a la mansión, vivo y sin ningún daño. Era un plan macabro y atrevido, pero también la única esperanza de recuperar una cierta libertad; así que acepté su proposición, aunque no sin ciertas reticencias. ¿Qué pasaría si la droga dejase de hacer efecto mientras me hallaba dentro de la tumba? ¿Qué pasaría si el médico descubría mi estado y decidía internarme? Estas eran algunas de las dudas que me asaltaban antes de realizar el experimento. Aunque la muerte podía ser una especie de liberación para mi estado, me daba incluso más miedo que el azote amarillo; me aterrorizaba a pesar de estar bajo su guadaña constantemente durante todo aquel tiempo.

Afortunadamente, no me fue posible ver mi propio funeral, con sus horribles ritos. Todo salió como Andrews había planeado, incluso el subsiguiente desenterramiento. Nada más tomar la dosis inicial de la droga traída de Haití, caí en un estado de semiparálisis y enseguida fui preso de un sueño profundo y oscuro como la noche. Tomé la droga en mi habitación, y Andrews me había comentado que pensaba aconsejar al médico que mi muerte se había producido por un paro cardíaco debido a la tensión nerviosa. Por supuesto, no pensaban embalsamarme — Andrews se ocuparía personalmente de eso —, y todo el proceso, incluyendo el transporte secreto de mi cuerpo desde la sepultura hasta la decrepita mansión, tardó tan sólo tres días. Se me dio sepultura al atardecer del tercer día, y Andrews rescató mi cuerpo aquella misma noche. Se ocupó de colocar de nuevo la hierba fresca tal y como la habían dejado los sepultureros. El viejo Simes, que había jurado guardar el secreto, ayudó a Andrews en su macabra tarea.

Yací en mi vieja y familiar cama durante una semana más. Debido a

algún efecto inesperado de la droga, mi cuerpo permaneció totalmente paralizado, de tal forma que tan sólo podía mover la cabeza débilmente. Sin embargo, todos mis sentidos se hallaban alerta, y al cabo de una semana más fui capaz de tomar alimentos en grandes cantidades. Andrews dijo que mi cuerpo iba recuperando poco a poco su antigua sensibilidad, pero que, debido a la lepra, tardaba más tiempo de lo normal. Estaba muy interesado en analizar mis síntomas diarios, y siempre me preguntaba si sentía algo en especial.

Trascurrieron muchos días antes de que fuera capaz de controlar todos los miembros de mi cuerpo, y aún más hasta que la parálisis dejó mis órganos, de forma que pudiese sentir las reacciones ordinarias corporales. Yacía aprisionado dentro de un viejo cascarón que parecía estar perpetuamente bajo los efectos de la anestesia. Sentía una extraña alienación que no era capaz de entender, considerando que mi cabeza estaba perfectamente viva y en buen estado de salud.

Andrews me explicó que se había llevado a cabo el primer proceso de reanimación, pero que no sabía exactamente cuándo terminaría la parálisis total del cuerpo; aunque mi condición no parecía preocuparle mucho considerando el intenso interés que había puesto en mis reacciones y estímulos desde el principio. Muchas veces, cuando hacía un alto en sus preguntas, yo podía observar un extraño brillo en sus ojos mientras me examinaba, una especie de destello victorioso que nunca se había atrevido a decir en palabras; aunque, a la vez, se hallaba dichoso por mi triunfo sobre la muerte y mi retomo a la vida. Sin embargo, sentía la presencia de ese horror con el cual tendría que enfrentarme en menos de seis años, cosa que me llenaba de pesadumbre y melancolía durante los aburridos días en los que esperaba pacientemente la vuelta de mis funciones corporales. Sin embargo, él me aseguraba que, en poco tiempo, disfrutaría de una existencia que pocos hombres han experimentado. Pero estas palabras no me impactaron con lo que realmente querían decir, con su siniestro significado, hasta muchos días después.

Durante mi aburrida permanencia en la cama, Andrews y yo comenzamos a separarnos. Dejó de tratarme como un verdadero amigo, y tuve la sensación de que me miraba más como el objeto de sus experimentos. Descubrí



inesperadas manías en él; pequeños actos de crueldad que incluso el endurecido Simes apenas podía soportar, y que a mí me disturbaban en gran manera. Frecuentemente observaba un trato cruel con pequeños especímenes vivos del laboratorio, pues se hallaba metido en varios experimentos ocultos sobre los trasplantes glandulares y musculares con conejos y cerdos de Guinea. También se había dedicado a experimentar con la nueva droga en curiosos experimentos de animación suspendida. Pero me contaba muy poco de todo esto; aunque el viejo Simes me hacía de vez en cuando algún comentario que arrojaba alguna luz sobre el asunto. No sabía exactamente qué era todo lo que sabía el anciano mayordomo, aunque seguramente había aprendido mucho, debido a ser el compañero constante de Andrews y mío.

Con el paso del tiempo, un sentimiento débil pero constante comenzó a arrastrarse por mi enfermo cuerpo; y con los síntomas de recuperación, Andrews tomó un fanático interés en mi caso. Aún parecía tener una aptitud más analítica que amistosa, y me tomaba el pulso y el ritmo cardíaco con entusiasmo. A veces, mientras me examinaba fervorosamente, veía cómo temblaban sus manos débilmente, un temblor que no era propio de todo un cirujano. Nunca había podido ver mi cuerpo en su totalidad desde que volví a despertar, pero con la vuelta del sentido del tacto, descubrí que mi cuerpo tenía ciertas formas que no me parecían familiares.

Fui recobrando gradualmente el uso de mis manos y extremidades; y con el paso de la parálisis se fue haciendo patente una terrible sensación de distanciamiento. Mis miembros encontraban muchas dificultades para obedecer las órdenes de mi cerebro, y me hallaba totalmente desconcertado. Mis manos eran tan torpes que tuve que acostumbrarme a intentar las cosas varias veces. Todo esto debía ser, pense, causado por el avance de mi enfermedad y el contagio de mi sistema nervioso. Como no sabía exactamente qué síntomas eran los iniciales (mi hermano se hallaba en un estado más avanzado de la enfermedad), no tenía ningún método de juicio; y como Andrews rehuía el tema, no tuve más remedio que permanecer en silencio.

Un día le pregunté a Andrews — al que ya no consideraba mi amigo —

si podía intentar levantarme y sentarme en la cama. Al principio puso alguna objeción, pero luego, aconsejándome que me tapase con las sábanas hasta el cuello para no coger frío, accedió. Esto me pareció un poco extraño, ya que la temperatura reinante era muy agradable. Ahora que el otoño terminaba y el invierno esperaba agazapado, la habitación estaba siempre caldeada. Un escalofrío repentino en mitad de la noche, las ocasionales miradas a un trozo de cielo desde mi ventana, me hablaban del cambio de estación; no había ningún calendario colgado en las oscurecidas paredes. Ayudado amablemente por Simes, me senté en la cama, mientras Andrews miraba fríamente desde la puerta del laboratorio. Cuando conseguí sentarme, una débil sonrisa apareció en sus siniestras facciones, desapareciendo al instante por el pasillo oscuro. Su forma de comportarse no hizo que mi condición mejorase. El viejo Simes, generalmente tan cortés, últimamente parecía perdido en sus propias preocupaciones y me dejaba solo durante largos períodos de tiempo.

La terrible sensación de extrañeza se incrementó en mi nueva posición. Era como si los brazos y piernas que estaban bajo mi bata se negasen a obedecer los mandatos de mi mente, como si estuvieran agotadas y no fueran capaces de mover-se. Mis dedos, torpes, eran totalmente ajenos a mi sentido interior del tacto, y me asustaba el estar condenado el resto de mis días a una ausencia de sensaciones inducida por mi terrible enfermedad.

La misma tarde que recobré parte de mis sensaciones empezaron los sueños. No sólo me sentía atormentado por la noche, sino también durante el día. Me despertaba, gritando horriblemente, de alguna pesadilla de la que prefería no acordarme. Estos sueños consistían preferentemente en sucesos macabros; cementerios nocturnos, cadáveres acechantes, y almas perdidas en un caos de luces y sombras. La terrible realidad de las visiones era lo que más me asustaba: era como si una influencia interior fuera la causante de esas visiones de tumbas a la luz de la luna e infinitas catacumbas de una muerte sin descanso. No podía saber su procedencia; y al cabo de una semana me hallaba sumido en abominables pensamientos que parecían crearse a sí mismos en mi recuperada conciencia.

En aquel tiempo comenzó a bullir un plan en mi interior para escapar de la vida intolerable a la que me había visto impelido. Andrews cada vez se preocupaba menos de mí, y sólo parecía interesado en los progresos en la recuperación de mis reacciones musculares normales. Cada día estaba más convencido de que, en aquel laboratorio al otro lado del pasillo, se llevaban a cabo experimentos nefastos; los chillidos de terror de los animales eran horribles y me ponían los nervios de punta. Además, estaba empezando a pensar que Andrews no me había ayudado sólo por mi propio beneficio, sino por algún motivo particular suyo. Las atenciones de Simes cada vez eran menores, y estaba convencido que el anciano servidor también tenía algo que ver con el malsano asunto. Andrews ya no me trataba como a un amigo, sino como al objeto de sus experimentos; y no me gustó la forma en la que aparecía en el estrecho corredor con el escalpelo en las manos, mirando con una extraña aptitud de alerta. Jamás había visto una transformación igual en ningún hombre. Sus facciones naturales se habían hecho más duras y angulosas, y sus ojos brillaban como si el aliento de Satán bullera en su interior. Su mirada fría y calculadora me provocaba escalofríos, e hizo que reuniese las fuerzas suficientes para intentar escapar de su compañía lo antes posible.

Durante esa época de locos sueños perdí la noción del tiempo, y no pude darme cuenta de lo rápido que pasaban los días. Las cortinas estaban echadas casi todo el día y la habitación permanecía iluminada por un enorme candelabro. Era una pesadilla irreal, una existencia horrible; aunque según pasaba el tiempo me sentía más fuerte. Siempre había contestado cuidadosamente a las preguntas de Andrews sobre mis progresos, pero ahora le ocultaba el hecho de que una poderosa vida bullía en mi interior según discurrían los días; por supuesto, no le dije nada acerca de que esperaba que me fuese útil en la crisis que se avecinaba.

Por fin, un gélido atardecer, cuando la luz de las velas se había extinguido y el pálido reflejo de la luna iluminaba mi cama a través de las oscuras cortinas, decidí levantarme y llevar a cabo mi plan. No había sentido ningún movimiento de mis guardianes desde hacía horas, y supuse que ambos estaban durmiendo en las habitaciones contiguas. Tirando suavemente de las

mantas, me senté y salí cautelosamente de la cama, apoyando los pies en el suelo. El vértigo hizo presa en mí al instante, y estuve a punto de desmayarme. Pero finalmente recobré el vigor y, sujetándome a los postes de la cama, conseguí ponerme de pie por primera vez en muchos meses. Poco a poco una nueva fortaleza fue penetrando en mi interior y logré asir una bata negra que había sobre la silla. Era demasiado larga, pero servía de abrigo sobre mis ropas de cama. De nuevo me volvió esa sensación de extrañeza que había experimentado mientras guardaba cama; un sentimiento de alienación, una dificultad para que mis miembros reaccionasen de la manera que yo quería. Pero tenía que darme prisa antes de que desapareciesen de nuevo mis fuerzas. Tomé la precaución de ponerme unos zapatos viejos antes de salir; pero, aunque habría jurado que eran míos, me quedaban demasiado holgados y decidí que debían ser del viejo Simes.

Cogí el enorme candelabro, que brillaba a luz de la luna, ya que no vi ningún otro objeto contundente, y comencé a mover con mucha cautela la puerta del laboratorio.

Mis primeros pasos fueron inseguros y dificultosos, y, a causa de la oscuridad, me vi obligado a avanzar lentamente. Cuando llegué al umbral, pude ver a mi antiguo amigo echado sobre un sillón; a su lado había una pequeña estantería con botellas y un cristal. Lo vi reclinado en el sofá a la luz de la luna, sus facciones luminosas estaban retorcidas en una satisfecha sonrisa de borracho. En su regazo descansaba un libro abierto; uno de los macabros libros de su biblioteca privada.

Durante largo tiempo permanecí inmóvil ante la escena, y entonces, dando un paso adelante, golpeé con el pesado candelabro su desnuda cabeza. El sordo crujido fue seguido por un chorro de sangre mientras el cuerpo caía al suelo con la cabeza abierta. No sentía ningún remordimiento de acabar con la vida de mi amigo de aquella forma. Pensé que los horribles — lo que quedaba de ellos — especímenes que había diseminados por la habitación en distintos estados de conservación y acabado eran suficiente prueba para no tener piedad de él. Andrews había ido demasiado lejos en sus experimentos como para continuar viviendo, y, como si yo fuera uno de sus monstruosos especímenes — de lo cual

ahora tenía la horrible certeza —, era mi deber exterminarlo.

Supuse que acabar con Simes no iba a ser tarea tan fácil; en verdad sólo una suerte poco normal había hecho que encontrase a Andrews dormido. Cuando llegué finalmente a la puerta de la habitación del mayordomo, casi totalmente extenuado, supe que necesitaría de todas las fuerzas que me quedaban para completar la tarea.

La habitación del viejo estaba sumida en la más absoluta oscuridad, situada en la parte norte de la casa, pero debió haber visto mi silueta recortándose en el umbral de la puerta. Gritó estridentemente y le arrojé el candelabro desde donde me encontraba. Golpeó algo blando, produciendo un sordo ruido en la oscuridad; pero los chillidos continuaron. En esos momentos todo era confuso, pero recuerdo que agarré al hombre y comencé a golpearlo mientras le quitaba la vida poco a poco. Pronunció una horda de palabras malsanas antes de que retirase mis manos de su cuerpo; gritó y suplicó clemencia mientras le apretaba con mis dedos. A duras penas pude reconocer la fuerza que manaba de mí en aquel demencial momento, una fuerza que había dejado al socio de Andrews en una condición semejante.

Retrocedí del oscuro habitáculo y me tambaleé hasta las escaleras que bajaban a la puerta principal; descendí a trompicones y, de alguna manera, llegué a la planta baja. No había ninguna lámpara encendida, tan sólo la débil luz de la luna que se filtraba por los estrechos ventanucos del recibidor. Pero me abrí camino a través de las frías, pesadas losas de piedra, aterrado por lo que acababa de hacer, y llegué a la puerta principal después de siglos de arrastrarme entre la oscuridad.

Recuerdos vagos y macabras sombras parecían bullir en aquella antigua sala; sombras que una vez fueron amistosas y comprensibles, pero que ahora parecían extrañas e irreconocibles, de forma que bajé los escalones de la entrada con algo más que el miedo a mis espaldas. Durante breves momentos permanecí en el enorme umbral de piedra, contemplando los rayos de luna que se dirigían a la casa de mis antepasados, a menos de una milla de distancia. Pero el camino parecía largo, y por un momento me desesperé con sólo pensar en ello.

Por fin cogí un palo de madera a modo de bastón y comencé a caminar por el ondulante camino. Delante de mí, a poca distancia y brillando a la luz de la luna, se erguía la venerable mansión donde mis antepasados habían vivido y muerto. Sus torretas sobresalían espectrales en la difusa luz, y la negra sombra que se delimitaba en la colina cercana parecía bullir y ondularse, como si la mansión estuviera hecha de una sustancia irreal. Allí se erguía un monumento de medio siglo; un refugio para mis familiares, tanto jóvenes como ancianos, del que yo había renegado hacía mucho tiempo para vivir con el joven Andrews. Se hallaba libre de todas las maldades de aquella noche, y esperaba que siempre permaneciese así.

De alguna forma llegué a aquel antiguo lugar; aunque no recuerdo la última parte de la caminata. Estaba cerca del cementerio familiar, entre cuyas lápidas mohosas y decrepitas podría encontrar el olvido que tanto ansiaba. Mientras me acercaba, la luz de la luna me hizo reconocer la vieja familiaridad — tan ausente durante mi existencia antinatural —, cambiándome de una extraña manera. Me acerqué a mi propia tumba, y tuve una sensación de bienvenida; con ella llegó aquel sentimiento de alienación y deslavazamiento que tan bien conocía. Estaba contento de que se acercase el fin: ni tan siquiera me paré a examinar mis sensaciones hasta un poco después, cuando todo el horror de mi situación se hizo patente.

Intuitivamente sabía el lugar exacto de mi sepultura; la hierba apenas había tenido tiempo de crecer entre la tierra recientemente removida. Enceguecido me acerqué al montículo y comencé a escarbar la tierra húmeda. No se cuánto tiempo estuve escarbando hasta que mis dedos tropezaron al fin con el ataúd; pero chorreaba sudor y mis dedos no eran más que unos garfios sangrientos e insensibles.

Por fin quité el último montón de tierra, y con dedos trémulos empecé a manipular la pesada tapa. Se movió un poco, y, cuando estaba dispuesto a abrir del todo la tapa, un olor nauseabundo asaltó mis narices. Permanecí rígido, aterrorizado. ¿Acaso algún idiota se había equivocado de tumba al enterrarme, haciendo que yo desenterrara otro cuerpo? Pues con toda seguridad no podía

haber ningún error en que aquella era mi sepultura. Gradualmente se fue apoderando de mí una inseguridad espantosa mientras salía a gatas del agujero. Una mirada a ese nuevo rompecabezas sería suficiente. Aquella era, sin lugar a dudas, mi tumba... ¿pero qué estúpido había enterrado en ella a otra persona?

De repente sentí la sacudida de una revelación que salía del interior de mi cerebro. El olor, dejando de un lado el que producía la putrefacción, me parecía familiar, horriblemente familiar.. Pero aún no podía dar crédito a aquella horrible revelación. Musitando, maldiciendo, bajé de nuevo a aquella oscura cavidad y, con la ayuda de un fósforo, destapé completamente la tapa del ataúd.

Entonces la cerilla se apagó, como si una mano fantasmagórica la hubiese extinguido, y volví a salir a gatas de aquel inmundo pozo, gritando lleno de miedo y terror.

Cuando recobré el conocimiento me hallaba delante de las puertas de mi antigua mansión, adonde me había dirigido después del terrible descubrimiento nocturno en el cementerio familiar. Pronto amanecería, y me abrí paso bajo la pálida, desvaída luz hasta llegar a mi estudio, del que había desertado hacía tantos años.

Cuando saliese el sol, iría al antiguo pozo que se encuentra bajo el antiguo sauce del cementerio y arrojaría mi deforme ser al interior. Ningún otro hombre verá esta blasfemia que ha sobrevivido más de lo que debería. No sé lo que dirá la gente cuando vea mi tumba profanada, pero no me importa; sólo quiero buscar el olvido, escapar de todo lo que había contemplado entre las lápidas decrepitas y mohosas de aquel horrible lugar.

Ahora sé por qué Andrews actuaba con tanto secreto; aquella aptitud grotesca que adoptó tras mi muerte artificial. Me había tratado como a un espécimen suyo durante todo este tiempo, un espécimen que era la cima de sus conocimientos de cirugía, su obra de arte... un ejemplo de pervertido de arte para su propia contemplación. De dónde obtuvo Andrews aquel otro del que se sirvió para llevar a cabo sus propósitos, posiblemente no lo sepa nunca; pero me temo que lo trajo de Haití, junto con sus conocimientos de medicina. Cuando menos, esos largos y peludos brazos y esas horribles piernas cortas son totalmente

desconocidas para mí... desconocidas para todas las leyes naturales de la materia. El pensamiento de que viviría torturado con aquel otro el resto de mi vida era como un infierno.

Ahora sólo puedo desear aquello que una vez fue mío; aquello que todo hombre tiene derecho a poseer hasta su muerte; aquello que pude contemplar, en un momento de pánico, en aquel antiguo cementerio cuando abrí la tapa del ataúd: mi propio cuerpo, marchito, podrido y sin cabeza.

## **BAJO LAS PIRÁMIDES**

---

**H. P. Lovecraft et Harry Houdini<sup>3</sup>**

El misterio llama al misterio. Siempre, desde que alcancé amplio renombre como ejecutor de hazañas inexplicables, me he topado con extraños sucesos e historias que, dada mi fama, la gente ha tendido a casar con mis intereses y actividades. Unos eran triviales e irrelevantes, otros profundamente dramáticos e intrigantes, y alguno fruto de extrañas y peligrosas experiencias, y los ha habido que me han involucrado en dilatadas investigaciones científicas e históricas. Ya he hablado, y seguiré haciéndolo, con suma libertad acerca de muchas de tales materias; pero hay una que expongo ahora con gran renuencia y que sólo cuento tras una agobiante y persuasiva sesión por parte de los editores de esta revista, que habían oído vagos rumores sobre la historia a otros miembros de mi familia.

Lo que hasta ahora he callado tuvo lugar durante mi visita, no profesional, a Egipto, hace catorce años, y he guardado silencio por diversos motivos. Por una parte, soy contrario a explotar algunos hechos ciertos e

---

<sup>3</sup> Under the Pyramids (febrero-marzo de 1924). Colaboración con Harry Houdini. Primera publicación, Weird Tales, mayo-julio de 1924. Anteriormente llamado «Imprisoned with the Pharaohs», el título correcto se ha sacado de un artículo de Lovecraft publicado en The Providence Journal, 3 de marzo de 1924. Únicamente se conserva la copia impresa.



incontrovertibles, y unas condiciones obviamente ignoradas por la multitud de turistas que se agolpan ante las pirámides; condiciones al parecer ocultadas con la mayor de las diligencias por las autoridades de El Cairo, que no pueden ser totalmente ignorantes de ellas. Por otra parte, me disgusta recordar un incidente en el que mi propia y fantasiosa imaginación puede haber jugado tan gran papel. Lo que vi -o creí ver-, sin duda, no tuvo lugar; sin embargo, debe ser contemplado como fruto de mis entonces recientes lecturas sobre egiptología, así como las especulaciones a las que el ambiente, de forma natural, dio pie. Tales estímulos imaginativos, magnificados por la excitación producida por un suceso ya de por sí bastante terrible, sin duda propiciaron el culminante horror de esa noche acaecida hace tanto tiempo.

En enero de 1910 había terminado un compromiso profesional en Inglaterra y firmé un contrato para una gira por los teatros australianos. Se me concedió tiempo más que de sobra para realizar el viaje, y opté por convertir la mayor parte de éste en la clase de periplo que me interesaba; así que, acompañado por mi esposa, bajé cómodamente al continente y embarqué en Marsella, en el vapor de la P. & O. *Malwa*, con destino a Port Said. Partiendo de allí, me proponía visitar los principales lugares históricos del Bajo Egipto, antes de partir definitivamente hacia Australia.

El viaje resultó agradable en sí mismo, sazonado por algunos de esos divertidos incidentes que acontecen a un mago fuera de su trabajo. Yo había querido mantener mi nombre en secreto para gozar de un viaje tranquilo, pero acabé traicionándome a mí mismo por culpa de un compañero de profesión, cuyo afán de asombrar a los pasajeros con trucos vulgares me movieron a repetir y sobrepasar sus hazañas en una forma que resultó bastante destructiva para mi intención de mantener el incógnito. Menciono esto a causa sus consecuencias últimas; algo que debí haber previsto antes de desenmascararme en un buque cargado de turistas que estaban a punto de desparramarse por el valle del Nilo. Lo que conseguí fue anunciar mi identidad adondequiera que fuera, privándonos a mi esposa y a mí mismo del plácido anonimato con el que habíamos soñado. ¡Así que, viajando para satisfacer mi curiosidad, me vi obligado a ser yo mismo

objeto de curiosidad!

Habíamos llegado a Egipto en busca de impresiones pintorescas y místicas, pero encontramos poco de todo eso una vez que el barco, arribando a Port Said, desembarcó a sus pasajeros en pequeñas lanchas. Dunas bajas de arena, oscilantes boyas marcando los bajíos y un pequeño y monótono barrio europeo sin nada de interés excepto la gran estatua de De Lesseps<sup>4</sup>, lo que nos llevó a ansiar el encontrar algo más digno de nuestro interés. Tras cierta discusión, decidimos ir a El Cairo y a las pirámides, y con posterioridad, a Alejandría para embarcar en la nave australiana, así como para disfrutar de cualquier imagen grecorromana que pudiera brindarnos esta antigua metrópoli.

El viaje en tren resultó bastante tolerable, y no duró más de cuatro horas y media. Vimos mucho del Canal de Suez, ya que seguimos su dirección hasta llegar a Ismailía, y más tarde gozamos del viejo Egipto mediante una ojeada al restaurado canal de agua dulce construido durante el Imperio Medio. Luego, al fin, pudimos ver El Cairo resplandeciendo en medio de la anochecida; una constelación centelleante que se convirtió en fulgor cuando por fin nos detuvimos en la gran Gare Centrale.

Pero de nuevo nos esperaba el desencanto, porque todo cuanto vimos resultaba europeo, a excepción de la gente y sus ropas. Un prosaico metro nos llevó hasta una plaza abarrotada de carros, carruajes y tranvías, resplandeciendo esplendorosa por las luces eléctricas que brillaban en los altos edificios; mientras que aquel mismo teatro que en vano había tratado de contratarme para actuar, y al que más tarde asistiría como espectador, había sido rebautizado recientemente con el nombre de «American Cosmograph». Nos albergábamos en el Hotel Shepherd, al que llegamos en un taxi que corrió por calles anchas y de elegante diseño, y, perdidos entre el perfecto servicio de restaurante, de ascensores, y entre las amplias comodidades angloamericanas, el misterioso este y el inmemorial pasado nos parecieron sumamente lejanos.

Al día siguiente, no obstante, nos precipitamos gustosos en el corazón de

---

<sup>4</sup> Ferdinand Marie Lesseps (1805-94). Ingeniero francés, artífice del Canal de Suez. (N. del T.)

una atmósfera propia de las Mil y Una Noches, y a través de las calles serpenteantes y los exóticos perfiles de El Cairo, la Bagdad de Harum al-Raschid pareció vivir de nuevo. Conducidos por nuestra Baedeker<sup>5</sup>, fuimos hacia el este, pasando los Jardines de Ezbekiyeh, a lo largo del Mouski, en busca del barrio nativo, y pronto nos encontramos confiados a un vocinglero cicerone quien -a despecho de posteriores acontecimientos- era sin duda de lo más competente en su oficio. Sólo *a posteriori* caí en la cuenta de que debía haber recurrido al hotel para conseguir un guía con licencia. Este hombre, un sujeto afeitado, de voz particularmente profunda y aspecto relativamente limpio, que tenía aspecto de faraón y se hacía llamar «Abdul Reis el Drogman», parecía gozar de gran ascendencia sobre el resto de sus colegas, aunque después la policía aseguró no saber nada de él, sugiriendo que *reis* es simplemente un apelativo para alguien con autoridad, mientras que «Drogman» es sin duda nada más que una torpe variante de la palabra que designa al jefe de un grupo turístico: *dragoman*.

Abdul nos condujo entre maravillas tales que para nosotros, hasta entonces, sólo habían sido lecturas y sueños. El viejo El Cairo en sí mismo es un libro de cuentos y un sueño... laberintos de angostos pasadizos, fragantes de secretos aromáticos; balcones y miradores cuajados de arabescos, a punto de tocarse sobre las calles adoquinadas; vorágines de tráfico oriental y gritos extraños; látigos chasqueando, carros traqueteando, monedas tintineando y burros rebuznando; calidoscopios de vestimentas multicolores, velos, turbantes y *tarbushes*; aguadores y derviches, perros y gatos, adivinos y barberos, y, imponiéndose sobre todo ello, la cantinela de los mendigos ciegos, acurrucados en nichos, y el sonoro cántico de los almuecines desde lo alto de minaretes que se perfilan delicadamente contra un cielo de un azul profundo e inalterable.

Los bazares, techados y más antiguos, eran apenas menos atractivos. Especies, inciensos, abalorios, sedas y cobre... el viejo Mohmud Suleiman sentado con las piernas cruzadas entre sus blandas redomas mientras unos jóvenes parlanchines machacaban mostaza en el capitel ahuecado de una antigua

---

<sup>5</sup> Guías para viajeros editadas por el alemán Karl Baedeker (1801-59) y continuadas por sus sucesores. (*N. del T.*)

columna clásica; romana de estilo corintio, quizás procedente de los alrededores de Heliópolis, donde Augusto estacionó a sus tres legiones egipcias. La antigüedad comenzaba a mezclarse con el exotismo. Y luego las mezquitas y el museo; todo lo vimos, intentando que nuestro disfrute de lo arábigo no sucumbiera al encanto más oscuro y fúnebre del Egipto faraónico por culpa de los inapreciables tesoros mostrados en los museos. Tal había de ser nuestro clímax y, mientras tanto, nos concentrábamos en las medievales glorias sarracenas de los califas, cuyas magníficas mezquitas-tumba formaban una necrópolis resplandecientemente fantasmal a borde del desierto árabe.

Finalmente, Abdul nos condujo por la Sharia Mohammed Alí hasta la antigua mezquita del sultán Hasán y a Babel-Azab, flanqueada por torres, más allá de la cual arranca el pasaje de peldaños, discurriendo entre paredes, que lleva a la poderosa ciudadela, construida por el mismísimo Saladino con piedras de pirámides olvidadas. Escalamos ese risco ya en el ocaso, contorneando por la moderna mezquita de Mohammed Alí, y luego miramos abajo, asomados al vertiginoso parapeto sobre el místico El Cairo; místico El Cairo, todo dorado, con sus cúpulas talladas, sus etéreos minaretes, sus jardines iluminados. A lo lejos, allende de la ciudad rematada por la gran cúpula romana del museo nuevo y aún más allá -cruzando el críptico y amarillo Nilo, que es la madre de eras y dinastías-, se encuentran las amenazadoras arenas del desierto líbico, ondulantes e iridiscentes, malditas por antiguos misterios. El sol rojo estaba ya bajo, cediendo ante el frío implacable de la noche egipcia y, mientras se mantenía al borde del mundo como ese antiguo dios de Heliópolis -RaHarkte, el sol del Horizonte-, vimos siluetearse contra ese holocausto bermejo los negros perfiles de la pirámide de Gizeh, las arcaicas tumbas que ya tenían un millar de años cuando Tutankamon se sentó en su trono dorado de la distante Tebas. Entonces supimos que ya no teníamos nada que hacer en El Cairo sarraceno y que debíamos disfrutar de los más profundos misterios del Egipto primordial... la negra Kem de Ra y Amón, Isis y Osiris.

A la mañana siguiente visitamos las pirámides, cruzando en coche Victoria por el gran puente del Nilo, con sus leones de bronce, hacia la isla de

Ghizered con sus masivos árboles Iebbakh y el puente inglés, más pequeño, que lleva a la orilla occidental. Fuimos por la orilla, bajo grandes ramajes de Iebbakhs, y cruzamos los vastos parques zoológicos rumbo al suburbio de Gizeh, donde, con mucha oportunidad, se había abierto un nuevo puente hacia El Cairo. Entonces, volviéndonos tierra adentro a través de la Sharia-el-Haram, cruzamos un área de canales cristalinos y míseros poblados nativos hasta tener ante los ojos el objetivo de nuestro viaje, hendiendo las brumas del alba y arrojando imágenes invertidas en los charcos de las cunetas. Cuarenta siglos de historia, tal y como dijera Napoleón a sus soldados, nos contemplaban.

La carretera subía bruscamente, hasta que finalmente alcanzaba el intercambiador entre la estación de tranvías y el hotel Mena House. Abdul Reis, que, dando muestras de su capacidad, nos había conseguido entradas para las pirámides, parecía contar con cierto ascendiente ante los numerosos, aullantes y ofensivos beduinos que habitaban una mísera y sucia aldea, situada a cierta distancia, y que se dedicaban a importunar fatigosamente a los viajeros, ya que los mantuvo a raya y aun nos proporcionó un par de camellos, cabalgando él mismo un burro, y asignando la guía de nuestros animales a un grupo de nombres y mozos que demostraron ser más costosos que útiles. La zona a cruzar era tan estrecha que apenas hubiéramos necesitado camellos, pero tampoco nos pesó el añadir a nuestras experiencias esa dificultosa forma de viajar por el desierto.

Las pirámides se alzan en una elevada meseta de roca, en un grupo que es casi el más norteño de la serie de cementerios reales y aristocráticos contruidos en las inmediaciones de Menfis, la desaparecida capital enclavada en la misma orilla del Nilo, algo al sur de Gizeh, que floreció entre los años 3400 y 2000 a. C. La pirámide mayor, que se encuentra cercana a la moderna carretera, fue edificada por el rey Kéops o Kufu en torno al 2800 a. C., y tiene más de ciento treinta y seis metros de altura. Colocada al sudoeste de ella se encuentran, sucesivamente, la Segunda Pirámide, construida una generación después por el rey Kefrén y que, aunque es ligeramente más pequeña, parece más grande por encontrarse en un terreno más elevado, y luego la Tercera Pirámide, mucho más pequeña, del rey Micerino, construida en torno al 2700 a. C. Y, cerca del borde

de la meseta y justo al este de la Segunda Pirámide, con el rostro seguramente modificado para formar un retrato colosal del rey Kefrén, su real restaurador, se eleva la monstruosa esfinge... hermética, sardónica y sabia más allá del recuerdo de la humanidad.

Pirámides menores, así como restos de otras de su clase, se encuentran en varios sitios, y toda la meseta se encuentra horadada por las tumbas de dignatarios de rangos inferiores al real. Estas últimas fueron llamadas en un principio *mastabas*, o estructuras de piedra con forma de banco, colocadas sobre las profundas fosas fúnebres, tal como fueron descubiertas en otros cementerios menfitas y como se reproduce en la Tumba de Perneb en el Museo Metropolitano de Nueva York. En Gizeh, no obstante, todo trazo visible de esto ha sido borrado por el tiempo y los expolios, y sólo las tumbas excavadas en la roca, bien bloqueadas por la arena, bien despejadas por los arqueólogos, se mantienen para atestiguar que sacerdotes y deudos ofrecían alimentos y oraciones al remanente *ka* o principio vital del difunto. Las pequeñas tumbas contienen capillas en sus *mastabas* o superestructuras de piedra, pero las capillas mortuorias de la pirámide, donde yace el real faraón, eran templos separados, cada uno situado al este de su correspondiente pirámide, y conectados por una calzada a una enorme capilla de entrada o propileo al borde de la meseta rocosa.

La capilla de acceso que conduce a la Segunda Pirámide, casi totalmente enterrada por los movimientos de arena, se abre subterránea al sudeste de la Esfinge. Una larga tradición la señala como «El Templo de la Esfinge», y quizás debiera ser llamada así si, de hecho, la Esfinge representa al constructor de la Segunda Pirámide, Kefrén. Hay historias inquietantes acerca de la Esfinge y cómo era antes de Kefrén, pero, cualesquiera que fueran sus facciones, el monarca las reemplazó por las suyas propias para que el hombre pudiera contemplarlas sin miedo. Fue en este gran templo de acceso donde se encontró la estatua de diorita, a tamaño real, de Kefrén, ahora en el Museo de El Cairo; una estatua que me hizo estremecer cuando la contempló. No estoy seguro de que el edificio haya sido excavado por completo, pero en 1910 la mayor parte seguía aún enterrada, con el acceso firmemente cerrado de noche. Los trabajos estaban a

cargo de los alemanes, y la guerra, u otros motivos, deben haberlos interrumpido. Daría lo que fuera, a tenor de mi experiencia y de ciertos rumores de beduinos, considerados sin fundamento o desconocidos para la gente de El Cairo, por saber qué ha pasado con cierto pozo situado en un pasadizo transversal, en el que las estatuas del faraón fueron encontradas curiosamente yuxtapuestas con estatuas de babuinos.

La carretera, según la recorriamos esa mañana con nuestros camellos, hacía una curva cerrada, dejando a la izquierda los cuarteles de madera de la policía, la estafeta de correos, los almacenes y las tiendas, enfilando hacia el sur y el este en un giro completo que escalaba por la meseta rocosa y nos encaraba al desierto, al socaire de la Gran Pirámide. Pasada esa ciclópea construcción, contorneamos la cara oriental para encontrarnos ante un valle de pirámides menores, más allá del cual el eterno Nilo centelleaba al este y el desierto eterno rebrillaba al oeste. Muy cerca se encontraban las tres pirámides mayores, la más grande de ellas desprovista de cualquier revestimiento, mostrando su mole de grandes rocas, mientras que las otras dos mantenían aquí y allá la ingeniosa protección que en tiempos les otorgara un aspecto liso y acabado.

Entonces descendimos hacia la Esfinge y permanecimos silenciosos bajo el hechizo de aquellos terribles ojos ciegos. En su inmenso pecho pétreo podíamos distinguir apenas el emblema de Ra-Harakte, por el cual la Esfinge fue atribuida erróneamente a una dinastía posterior, y, aunque la arena cubría la tablilla que sostenía entre las grandes zarpas, recordamos lo que Tutmosis IV inscribiera en ella, así como el sueño que tuvo siendo príncipe. La sonrisa de la Esfinge nos incomodaba levemente, llevándonos a especular sobre la leyenda que hablaba de pasadizos subterráneos abiertos bajo la monstruosa criatura, llevando abajo, abajo, hacia profundidades que nadie había osado intuir... profundidades conectadas con misterios más viejos que las dinastías egipcias descubiertas, gozando de una siniestra relación con la persistencia de dioses anómalos, de cabeza de animal, del antiguo panteón nilótico. Entonces, también, me hice una pregunta ociosa cuyo espantoso significado no cobraría relevancia hasta horas después.

Otros turistas comenzaban ahora a adelantarnos, y nos dirigimos hacia el Templo de la Esfinge, devorado por la arena y a unos cuarenta y cinco metros al sudeste de lo que antes mencioné como la gran puerta de la calzada que lleva a la capilla mortuoria de la Segunda Pirámide, en la meseta. La mayor parte se encontraba aún bajo tierra y, a pesar de que desmontamos y descendimos por un moderno pasadizo, hasta el corredor de alabastro y el salón de columnas, tuve la impresión de que ni Abdul ni el encargado alemán nos lo habían mostrado todo. Después de eso, realizamos la consabida visita a la meseta de las pirámides, examinando la Segunda Pirámide y las peculiares ruinas de su capilla mortuoria, al este, la Tercera Pirámide y sus satélites en miniatura situados al sur, así como la capilla a oriente, las tumbas de roca y las excavadas, propias de la Cuarta y Quinta Dinastía, además de la famosa Tumba de Campbell, cuyo sombrío foso se precipitaba a lo largo de dieciocho metros hasta un siniestro sarcófago que uno de nuestros camelleros limpió de la molesta arena tras un vertiginoso descenso mediante una cuerda.

Después nos perturbaron el griterío en la Gran Pirámide, donde los beduinos asediaban a un grupo de turistas con ofertas para guiarlos hasta la cumbre o demostrarles su rapidez mediante solitarios viajes arriba y abajo. Se dice que el mejor registro de ascenso y descenso está en siete minutos, pero muchos robustos jeques e hijos de jeques nos aseguraron que podrían reducirlo a cinco con el adecuado impulso de un generoso baksheesh<sup>6</sup>. No les suministramos tal impulso, aunque dejamos que Abdul nos llevase hasta arriba, logrando una vista de magnificencia sin igual, que incluía no sólo El Cairo, remoto y resplandeciente, con su coronada ciudadela recortándose contra el telón de fondo de las colinas violetas y doradas, sino todas las pirámides del distrito menfita, desde Abu Roash al norte hasta Dashur, al sur. La pirámide escalonada de Sakkara, que marca la transición de la baja *mastaba* a la verdadera pirámide, se divisaba clara y seductoramente en la arenosa distancia. Fue cerca de ese monumento de transición donde se descubrió la afamada Tumba de Perneb, más de 640 kilómetros al norte del pétreo valle tebano donde duerme Tutankamon.

---

<sup>6</sup> Regalo o propina en algunos países orientales. (*N. del T.*)



De nuevo, el temor puro me obligó a guardar silencio. La perspectiva de una antigüedad tal, así como los secretos que cada añoso monumento parecía guardar y atesorar, me henchían de un sentido de reverencia e inmensidad como nada más en este mundo podría haber logrado.

Fatigados por el ascenso, y disgustado por los inoportunos beduinos, cuyos actos parecían violar todas las reglas del buen gusto, obviarnos la fatigosa entrada a los estrechos pasadizos inferiores de las pirámides, aunque vimos a algunos de los turistas más avezados preparándose para el sofocante reptar a través del más poderoso monumento de Kéops. Una vez que despedimos y gratificamos a nuestra escolta local, y cuando cabalgábamos de vuelta a El Cairo, en compañía de Abdul Reis, medio lamentábamos ya nuestra omisión. Se contaban cosas fascinantes acerca de pasajes inferiores de las pirámides, no consignados en las guías, pasajes cuyos accesos habían sido apresuradamente bloqueados y ocultos por ciertos arqueólogos que los habían descubierto y comenzado a explorar, y que ahora no decían palabra acerca del asunto. Por supuesto, tales rumores carecían por completo de base, pero resultaba curioso ver con cuanta insistencia se prohibía a los visitantes entrar de noche en las pirámides, o recorrer los pasadizos más inferiores, así como la cripta de la Gran Pirámide. Quizás en este último caso eso se debía al temor al efecto psicológico; el que el visitante pudiera sentirse atrapado bajo un gigantesco mundo de sólidos sillares, enlazado con el mundo cotidiano mediante ese simple pasadizo por el que sólo podía arrastrarse y que cualquier accidente o atentado podía obturar. Todo aquello nos parecía tan asombroso y fascinante que decidimos rendir una nueva visita a la meseta de las pirámides a la primera ocasión. Pero tal oportunidad llegó mucho antes de lo que yo esperaba.

Esa tarde, los miembros de nuestro grupo se encontraban bastante fatigados después del agotador programa del día, así que me fui a solas con Abdul Reis a dar un paseo por el pintoresco barrio árabe. Aunque ya lo había visitado a la luz del día, deseaba estudiar las callejas y los bazares en la oscuridad, cuando sombras enriquecidas y resplandores añejos podrían añadirle encanto e ilusión fantástica. Había menos gente, pero aún era abundante y

ruidosa, cuando nos topamos con una banda de bulliciosos beduinos en el SukenNahhasin, o bazar de los forjadores de latón. Su jefe en apariencia, un insolente mocetón de pesadas facciones y tarbush insolentemente terciado, se fijó en nosotros, y evidentemente reconoció, sin grandes muestras de amistad, a mi competente pero despectivo y desdeñoso guía. Quizás, pensé, no le gustaba esa extraña reproducción de la media sonrisa de la Esfinge que yo también había notado con divertida irritación, o puede que le disgustase la resonancia profunda y sepulcral de la voz de Abdul. De cualquier forma, el ancestral cambio de epítetos oprobiosos se hizo sumamente enconado y, antes de mucho tiempo, Ali Ziz, pues así oí llamar al desconocido, cuando no se le aplicaba un apelativo peor, comenzó a tironear violentamente de la vestimenta de Abdul; una acción que tuvo pronta réplica, llevando a un violento altercado en el que ambos combatientes perdieron sus sempiternos tocados y en el que hubieran terminado en estado aún más calamitoso de no haber mediado yo mismo, separándolos por la fuerza.

Mi interposición, al principio mal recibida por ambas partes, logró finalmente establecer una tregua. Sombríamente, cada beligerante recompuso su talante y vestimenta, y, adoptando una actitud de dignidad tan profunda como repentina, cerraron un curioso pacto de honor del que pronto supe se trataba de una costumbre de gran antigüedad en El Cairo; un trato para solventar sus diferencias mediante una pelea a puñetazos en lo alto de la Gran Pirámide, luego que se hubiera ido el último turista de los que desean contemplar ésta a la luz de la luna. Cada luchador iría acompañado por un grupo de padrinos, y el asunto se solventaría a medianoche mediante asaltos, al modo más civilizado posible. En todo el planteamiento del asunto había algo que excitaba enormemente mi interés. La lucha misma prometía ser única y espectacular, mientras que la idea de esa arcaica construcción dominando la antediluviana de Gizeh bajo la pálida luna, en esas horas, tocaba cada fibra de la imaginación. Mi ruego encontró a Abdul sumamente dispuesto a incluirme entre sus padrinos, así que el resto de las primeras horas de la noche estuve acompañándolo por varios tugurios de las zonas más marginales de la ciudad -sobre todo al noreste del Ezbekiyeh-, en

donde reunió, uno por uno, a una formidable banda de matones para su cita pugilística.

Poco después de las nueve, montados en burros que ostentaban nombres tan reales o con reminiscencias tan turísticas como «Ramsés», «Mark Twain», «J. P. Morgan» o «Minnehaha», cruzamos a través del laberinto de calles orientales y occidentales, atravesamos el Nilo, legamoso y erizado de mástiles, mediante el puente de los leones de bronce, y cabalgamos filosóficamente, al medio trote, entre los lebbaksh de la carretera de Gizeh. Empleamos unas dos horas en el viaje, al final del cual pasamos junto al último de los turistas de vuelta, saludamos al último tranvía y nos encontramos a solas con la noche y el pasado y la luna espectral.

Entonces vimos la inmensa pirámide al fondo de la avenida, necrófilamente aureolada por una débil amenaza de la que no creo haberme percatado a la luz del día. Aún la más pequeña de todas parecía dejar entrever un atisbo de espanto; ya que, ¿no era en esa misma donde enterraron viva a la reina Nitokris en tiempos de la Sexta Dinastía; la taimada reina Nitokris, que en cierta ocasión invitó a todos sus enemigos a una fiesta en un templo, situado a un nivel inferior al del Nilo, y los ahogó a todos abriendo las compuertas? Recordé que los árabes murmuraban cosas acerca de Nitokris y evitaban la Tercera Pirámide durante ciertas fases de la luna. Thomas Moore debía estar pensando en ella cuando transcribió algo que murmuraban los barqueros menfitas.

*La ninfa subterránea que habita  
entre gemas sombrías y glorias ocultas...  
¡La dama de la Pirámide!*

Pronto como era, Ali Ziz y los suyos ya se nos habían adelantado, puesto que vimos a sus burros silueteados contra la meseta desierta de Kafr-el-Haram, hacia el mísero asentamiento árabe, cerca de la Esfinge, hacia el que nos encaminábamos, en lugar de seguir la carretera principal hacia el Mena House, donde algunos de los adormilados e ineficaces policías podían habernos avistado y detenido. Aquí, donde cochambrosos beduinos albergan a sus camellos y sus burros en las tumbas rocosas de los cortesanos de Kefrén, fuimos a través de

rocas y arenas hacia la Gran Pirámide, cuyas caras consumidas por el tiempo ya remontaban ansiosamente los árabes, con Abdul Reis ofreciéndome una asistencia que no necesitaba.

Como bien sabe la mayoría de los viajeros, hace mucho tiempo que desapareció la cúspide de esta estructura, dejando una plataforma razonablemente plana de unos doce metros de lado. En este espeluznante pináculo se formó un círculo y, a los pocos instantes, la burlona luna observaba un combate que, a juzgar por los gritos de los espectadores, podría haber transcurrido en cualquier club menor atlético de Estados Unidos. Mientras observaba, sentí que algunas de nuestras menos deseables costumbres no faltaban allí, puesto que cada golpe, cada finta y cada parada traslucían la palabra «amaño» a un ojo como el mío, no del todo inexperto. Enseguida finalizó la lucha, y a pesar de mi disgusto ante los métodos, no pude por menos que sentir una especie de orgullo de patrocinador cuando proclamaron vencedor a Abdul Reis.

La reconciliación fue asombrosamente rápida, y entre los cánticos, confraternización y libaciones consiguientes, me resultó difícil de creer que hubiera tenido lugar una riña. Bastante extrañado, creí ser yo mismo el centro de atención de los antagonistas y, gracias a mis ligeros conocimientos de árabe, juzgué que se encontraban discutiendo mis habilidades profesionales, así como sobre mis fugas de toda clase de grilletes y encierros, en un tono que indicaba no sólo un sorprendente conocimiento, sino una clara hostilidad y escepticismo en todo lo tocante a mis hazañas de escapismo. Poco a poco comencé a percatarme de que la antigua magia de Egipto no se había esfumado sin dejar rastro, y que fragmentos de una tradición extraña y secreta, y de ciertas practicas sacerdotales habían subsistido subrepticamente entre los fellahs, hasta el extremo de que las habilidades de un «hahwi» o mago extranjero eran tomadas a mal y rechazadas. Pensé en cuánto me recordaba Abdul, mi guía de voz grave, a los viejos sacerdotes egipcios o a los faraones, o a la sonriente esfinge... y no pude por menos que maravillarme.

De repente tuvo lugar algo que, en un instante, probó lo correcto de mis reflexiones y me hizo maldecir la necedad de haber aceptado los sucesos de la

noche como otra cosa que no fuera un vacío y malicioso disfraz que en esos momentos demostraba ser. Sin previo aviso, y sin duda en respuesta a algún sutil signo de Abdul, la banda entera de beduinos se precipitó sobre mí y, echando mano a fuertes sogas, enseguida me ataron y afirmaron como nunca en mi vida, dentro o fuera del escenario. Al principio me debatí, pero pronto me di cuenta que ningún hombre puede hacer frente a unos veinte bárbaros vigorosos. Mis manos se encontraban atadas a la espalda, mis rodillas dobladas al máximo, y las muñecas y los tobillos atadas con cordeles imposibles de hacer ceder. Apretaron una mordaza sobre mi boca, y aseguraron una ajustada venda sobre mis ojos. Luego, mientras los árabes me cargaban sobre sus hombros y comenzaban un ajetreado descenso de la pirámide, oí burlarse a mi guía Abdul, que se mofaba y reía a gusto con su voz profunda mientras me aseguraba que pronto mis «poderes mágicos» se enfrentarían a una prueba suprema que rápidamente me despojaría de cualquier orgullo que pudiera haber conquistado mediante mis triunfos sobre los retos ofrecidos por América y Europa. Egipto, me recordó, es muy viejo, y está lleno de misterios interiores y antiguos poderes que no son siquiera concebibles para los expertos de hoy en día, cuyos ingenios siempre habían fallado al intentar retenerme.

Cuán lejos o en qué dirección fui transportado, no podría decirlo, ya que, dadas las circunstancias, me fue imposible formar un juicio ponderado. Sé, no obstante, que no pudo tratarse de una gran distancia, ya que mis porteadores no apretaron el paso en ningún momento, no más allá del simple paseo, y cargaron conmigo un lapso sorprendentemente corto de tiempo. Es esta intrigante brevedad lo que me hace sentir casi estremecido al pensar en Gizeh y en su meseta, ya que uno se ve agobiado por la sospecha de la cercanía entre las rutas turísticas cotidianas y algo que ya existía entonces y que aún debe seguir existiendo..

La maligna anormalidad de la que hablo no se manifestó al principio. Depositándome sobre una superficie que reconocí como arena y no piedra, mis captores pasaron una cuerda por mi pecho y me arrastraron unos cuantos metros hasta una abertura desigual del suelo, por la que luego me bajaron mano sobre

mano, sin mayores miramientos. A lo largo de lo que me parecieron eones fui golpeando contra los pétreos e irregulares costados de un estrecho pozo tallado que tomé por una de las numerosas fosas sepulcrales de la meseta hasta que la prodigiosa profundidad, casi increíble, dieron por tierra con tal conjetura.

El horror de la experiencia se acentuaba a cada segundo de descenso. Que una bajada a través de pura roca sólida pudiera ser tan larga sin llegar al mismo núcleo del planeta, y que una cuerda fabricada por el hombre pudiera ser tan larga como para descolgarme a esas profundidades aparentemente insondables e impías, resultaba tan difícil de creer que estaba más dispuesto a dudar de mis alterados sentidos que a aceptar aquello. Aun ahora no estoy del todo convencido, ya que sé cuán incierta se vuelve la medida del tiempo cuando una o más de las percepciones o condiciones habituales de vida se ven agitadas o distorsionadas. Pero estoy bastante seguro de que mantuve la consciencia hasta cierto punto, que al menos no añadí ningún desmesurado fantasma de la imaginación a un panorama ya bastante horripilante de por sí, y que todo resulta explicable por algún tipo de ilusión cerebral muy distinto de la verdadera alucinación.

Pero todo esto no fue la causa de mi primer desvanecimiento. La estremecedora ordalía tuvo lugar gradualmente, y el aviso de terrores posteriores llegó del sensible incremento en el ritmo del descenso. Estaban largando ahora muy rápido esa cuerda infinitamente larga, y yo me rozaba cruelmente contra las paredes del pozo, ásperas y angostas, mientras descendía a enloquecida velocidad. Mi ropa estaba destrozada y, a pesar del dolor creciente e insoportable, sentía resbalar la sangre por todo mi cuerpo. Mi olfato, además, se veía asaltado por una amenaza apenas definida; un insidioso hedor a húmedo y pútrido que, curiosamente, no se parecía a nada que hubiera olido antes y que me traía ligeras reminiscencias de especias e inciensos, lo que le añadía un toque de burla.

Entonces sucedió el cataclismo mental. Era horrible, espantoso más allá de cualquier descripción coherente, ya que pertenecía por completo al terreno anímico, y no a nada que se pueda detallar o describir. Era el éxtasis de la

pesadilla y la consumación de lo diabólico: en un instante yo descendía agónicamente por ese estrecho pozo que me torturaba como si tuviera un millón de dientes, y al momento siguiente me remontaba con alas de murciélago a través de las simas del infierno, para caer suelto y balanceándome a través de ilimitables kilómetros de espacio mohoso y sin fin, alzándome vertiginosamente hasta inconmensurables pináculos de gélido éter, luego cayendo boqueando hacia nadires de ponzoñosos y nauseabundos vacíos inferiores... ¡Doy gracias a Dios por la merced del desmayo que me liberó de aquellas desgarradoras Furias que rasgaban mi conciencia y que medio habían quebrado mis facultades, destrozando como arpías mi espíritu! Esta liberación, corta como fue, me dio la fuerza y la cordura para resistir aquellas cumbres de pánico cósmico aún mayores que me acechaban y reclamaban en el camino por recorrer.

## II

Tras aquel espantoso vuelo a través de los espacios estigios, recobré los sentidos lentamente. El proceso fue infinitamente aterrador y coloreado por fantásticos sueños en los que mi situación, atado y amordazado, cobraron singular materialidad. La naturaleza precisa de tales sueños me resultaba muy clara en tanto que los sufría, pero se borraron de mi memoria casi inmediatamente después, quedando reducidas en poco a simples esbozos por los terribles sucesos -reales o imaginarios- que siguieron. Soñé que me encontraba preso de una garra enorme y horrible; una zarpa amarilla, peluda, de cuatro uñas, que había brotado de la tierra para estrujarme y engullirme. Y cuando me detuve a reflexionar sobre aquella zarpa, me pareció que se trataba de Egipto. En aquel sueño repasé los eventos de semanas previas y me vi a mi mismo atraído y enredado poco a poco, sutil e insidiosamente, por algún maligno espíritu infernal procedente de la más antigua hechicería del Nilo; algún espíritu que moraba en Egipto antes que el hombre y que seguirá allí cuando el hombre ya haya desaparecido.

Vi el horror y la malsana antigüedad de Egipto, y la espantosa alianza que siempre ha mantenido con las tumbas y los templos de la muerte. Vi

fantasmales procesiones de sacerdotes con cabezas de toros, halcones, gatos e íbices; fantasmales procesiones marchando sin fin a través de laberintos subterráneos y avenidas de titánicos propileos junto a los cuales el hombre es como una mosca, ofreciendo indescriptibles sacrificios a dioses inconcebibles. Colosos de piedra desfilaban en la noche sin fin y guiaban a rebaños de risueñas androsfinges<sup>7</sup> a lo largo de orillas de infinitos ríos de pez estancada. Y tras todo ello vi la nefanda malignidad de la necromancia primigenia, negra y amorfa y manoseando codiciosamente a mi espalda en la oscuridad, tratando de ahogar al espíritu que había osado burlarse de ella emulándola. En mi adormecido cerebro tomó forma un melodrama de siniestro odio y persecución, y vi el alma negra de Egipto eligiéndome y reclamándome con inaudibles susurros, llamándome y tentándome, atrayéndome con el encanto y el resplandor de la faz sarracena, pero al tiempo empujándome constantemente hacia abajo, hacia las catacumbas de enloquecedora antigüedad y los horrores de su corazón faraónico, muerto y abismal.

Entonces los rostros del sueño tomaron forma y vi a mi guía Abdul Reis con ropas de rey, con la despectiva sonrisa de la Esfinge en el rostro. Y comprendí que tales facciones eran las de Kefrén el Grande, que edificó la Segunda Pirámide, cincelando el rostro de la Esfinge a semejanza del suyo propio y construyendo el titánico templo de entrada del que los arqueólogos suponen que cuenta con una multitud de corredores abiertos bajo la críptica arena y la callada roca. Y contemplé la mano larga y delgada de Kefrén; la mano larga, delgada, rígida, tal y como la había visto en la estatua de diorita del Museo de El Cairo -la estatua encontrada en el terrible templo de entrada- y me maravillé de no haber gritado cuando la vi en Abdul Reis... ¡Esa mano! Era odiosamente fría y me estrujaba, tenía el frío y la rigidez del sarcófago... la frialdad y la opresión del Egipto inmemorial... era el Egipto mismo, nocturno y necropolitano... la zarpa amarilla... y se cuentan tales cosas de Kefrén...

Pero en ese momento comencé a despertar o, al menos, a alcanzar un estado menos profundo de sueño. Recordé la pelea en lo alto de la pirámide, a los

---

<sup>7</sup> Esfinges con cabeza humana. (*N. del T.*)



traicioneros beduinos y su ataque, el espantoso descenso mediante cuerda a través de interminables profundidades de roca, y mi loca caída y bamboleo en un vacío helado, saturado de aromática putrefacción. Noté que en esos instantes yacía sobre un suelo de roca húmeda y que mis ataduras aún me mordían las carnes con fuerza terrible. Hacía mucho frío, y creí notar una débil corriente de aire maloliente soplando sobre mí. Los cortes y las magulladuras sufridos por culpa de las dentadas paredes del pozo de roca me hacían sufrir a más no poder, el dolor incrementado hasta una agudeza punzante o ardiente por alguna violenta cualidad de la débil corriente, y el simple acto de rodar sobre mí mismo fue suficiente para que toda la osamenta me latiera con indecible agonía. Mientras giraba, sentí que tiraban desde arriba, y supuse que la cuerda con la que me habían bajado alcanzaba incluso hasta la superficie. No tenía idea de si los árabes seguían sujetándola o no, ni tampoco podía suponer cuán abajo me hallaba en el seno de la tierra. Sí sabía que la oscuridad circundante era total o casi total, ya que ningún resplandor de luna atravesaba la venda de mis ojos, pero no me fiaba tanto de mis sentidos como para admitir como evidencia de la extrema profundidad a la que me hallaba la sensación de largo tiempo que había caracterizado a mi descenso.

Sabiendo al menos que me encontraba en un lugar de amplitud considerable, habiendo llegado allí desde la superficie por una abertura en la piedra, situada directamente encima, conjeturé con muchas prevenciones que mi prisión podría ser quizás la capilla de entrada del viejo Kefrén -el Templo de la Esfinge-, quizás en algún pasillo que los guías no me habían mostrado durante mi visita matutina y del que fácilmente podría escapar si lograba encontrar el camino hasta el acceso cerrado. Podría tratarse de un paseo por un laberinto, pero no sería peor que otros que había vencido en tiempos pasados. El primer paso consistía en librarme de mis ataduras, mordaza y venda, y sabía que esto no constituiría un gran problema, ya que expertos mejores que los árabes habían intentado cada clase conocida de trabas sobre mi persona a lo largo de mi larga y variada carrera como escapista, y mis métodos nunca me fallaron.

Entonces se me ocurrió que los árabes podían estar decididos a

esperarme y atacarme a la entrada, dada la certeza de mi probable escapatoria de las ataduras, y esto sucedería si agitaba la cuerda que probablemente tenían entre sus manos. Esto, por supuesto, podía casar con el hecho de que el lugar de mi confinamiento fuera, en efecto, el Templo de la Esfinge de Kefrén. La abertura, directamente en el techo, dondequiera que se encontrase, no podía estar muy lejos de la moderna entrada ordinaria, cerca de la Esfinge, aunque en verdad se encontrara a tan gran distancia de la superficie, ya que el área total conocida no era ni mucho menos tan enorme. No me había percatado de ningún acceso durante mi visita diurna, pero ya sabía que tales cosas suelen verse fácilmente bloqueadas por las arenas amontonadas. Pensando en esos asuntos, yaciendo caído y atado en el suelo de roca, casi olvidé el horror del descenso abismal y el cavernoso bamboleo que habían acabado sumiéndome en la inconsciencia. Mi pensamiento, en esos instantes, estaba puesto en burlar a los árabes y, en consecuencia, decidí liberarme tan rápido como me fuera posible, evitando tirones a la cuerda que traicionarían un eficaz o problemático intento de soltarme.

Tal cosa, no obstante, era más fácil de decidir que de hacer. Algunos tanteos preliminares dejaron claro que poco podía hacerse sin una considerable agitación, y no me sorprendí cuando, tras una contorsión especialmente enérgica, comencé a sentir las vueltas de cuerda suelta que se iban apilando sobre y en torno a mí. Obviamente, pensé, los beduinos habían sentido mis movimientos, soltando su extremo de la soga y apresurándose sin duda a alcanzar la verdadera entrada del templo, dispuestos a aguardarme allí con intenciones asesinas. La perspectiva no era halagüeña, pero había afrontado en tiempos situaciones peores sin amilanarme, y tampoco me iba a acobardar ahora. Por el momento, lo primero que debía hacer era librarme totalmente de mis ataduras, y luego confiar en mi ingenio para huir sano y salvo del templo. Es curioso cuán implícitamente había llegado a creermelo en el viejo templo de Kefrén, bajo la Esfinge, a escasa profundidad bajo tierra.

Pero tal creencia se hizo añicos, y cada previa aprensión de preternatural profundidad y demoníaco misterio se vieron revividas por una circunstancia que ganó en horror y significado mientras formulaba mi plan de acción. He dicho que

la cuerda, al caer, iba apilándose sobre y en torno a mí. Ahora noté que *seguía amontonándose* en una forma que no sería posible en una cuerda de longitud normal. Ganaba en velocidad y enseguida se convirtió en una avalancha de cáñamo, amontonándose y medio enterrándome bajo aquellas vueltas que con tanta rapidez se multiplicaban. Pronto me vi completamente sumergido e inmovilizado. Mis sentidos vacilaban nuevamente y en vano traté de ahuyentar una amenaza terrible e ineluctable. No se trataba tan sólo de que estaba siendo torturado más de lo que un ser humano puede soportar -no era sólo que pareciera que me estaban arrancando lentamente la vida y el aliento-, sino también el conocimiento *de lo que esa antinatural longitud de soga significaba*, y la conciencia de que me encontraba en esos instantes rodeado de desconocidos e incalculables abismos subterráneos. Mi interminable descenso y mi bamboleante vuelo a través de fantasmales espacios, por tanto, debían haber sido hechos reales, y en aquellos momentos debía yacer inerte en el seno de alguna indescriptible caverna, situada cerca del corazón del planeta. Esa repentina confirmación de tal horror supremo me resultó insoportable, y por segunda vez me sumí en una misericordiosa inconsciencia.

Cuando digo inconsciencia, no me refiero a que estuviera a salvo de los sueños. Por el contrario, mi ausencia del mundo consciente se vio marcada por visiones del más supremo espanto. ¡Dios Mío!... si al menos no hubiera leído tanta egiptología antes de venir a esta tierra que es la cuna de toda oscuridad y terror! Este segundo desmayo colmó de nuevo mi mente adormecida con la estremecedora comprensión del país y sus arcaicos secretos, y, de una desdichada forma, mis sueños versaron acerca de las antiguas nociones de muerte y supervivencia *en cuerpo* y alma más allá de aquellas misteriosas tumbas que eran más bien residencias que sepulturas. Recordé, mediante formas oníricas de las que es mejor no hablar, la peculiar y elaborada construcción de los sepulcros egipcios, y las terroríficas doctrinas, desafortunadamente peculiares, que determinaron su construcción.

Lo único en lo que esa gente pensaba era en la muerte y en los muertos. Concebían una resurrección literal del cuerpo, lo que les llevaba a momificarlo

con extremo cuidado, preservando todos los órganos vitales en jarras junto al cadáver; además de que creían que, aparte del cuerpo, existían otros dos elementos: el alma, que tras ser pesada y aprobada por Osiris moraba en el Paraíso, y el oscuro y portentoso *ka*, o principio vital, que vagaba en una forma terrible por los mundos superiores e inferiores, pidiendo acceso ocasional al cuerpo conservado, consumiendo las ofrendas de alimentos dispuestas por los sacerdotes y los allegados más píos en la capilla mortuoria y, a veces -según se murmuraba- ocupando su cuerpo, o el doble en madera que se enterraba siempre al lado, para vagar de forma terrible en unos periplos peculiarmente repelentes.

Durante miles de años esos cuerpos suntuosamente encerrados descansaron, mirando con ojos vidriosos cuando no eran visitados por el *ka*, esperando el día en que Osiris reuniera a ambos, *ka* y alma, para guiar a las rígidas legiones de los muertos desde las subterráneas casas del sueño. Sería un glorioso renacimiento, pero no todas las almas eran aceptadas, ni todas las tumbas se mantenían intactas, por lo que tendrían lugar ciertos grotescos errores y ciertas anomalías *diabólicas*. Aún hoy en día los árabes murmuran acerca de impías invocaciones y malsanas sabidurías depositadas en olvidados abismos inferiores, que sólo alados e invisibles *kas*, así como momias sin almas, pueden visitar y abandonar intactos.

Quizá las más impías de las leyendas, capaces de congelar la sangre, son las tocantes a ciertos perversos productos del sacerdocio decadentes, las momias compuestas mediante la unión artificial de troncos y miembros humanos con cabezas de animales, imitando a los dioses antiguos. En todas las épocas históricas se momificó a los animales sagrados, de forma que los toros, gatos, íbices, cocodrilos y demás bestias consagradas pudieran regresar algún día a la suprema gloria. Pero sólo en etapas decadentes se mezclaron humanos y animales en la misma momia; sólo en la decadencia, cuando ya no entendían los derechos y las prerrogativas del *ka* y el alma. No se cuenta qué sucedió con tales momias compuestas -o, al menos, no se dice-, y es cierto que los egiptólogos no han encontrado ninguna. Las habladurías de los árabes resultan de lo más estrafalarias y no pueden ser tenidas en cuenta. Incluso insinúan que el viejo

Kefrén -el de la Esfinge, la Segunda Pirámide y el gran templo de entrada- vive muy bajo tierra, desposado con la reina-diablo Nitokris y gobernando sobre las momias que no son hombre ni bestia.

Fue con eso -con Kefrén y su consorte, y con su extraño ejército de muertos híbridos- con lo que soñé, así que me alegro de que los detalles del sueño se hayan desvanecido de mi memoria. La más terrible de todas las visiones estaba conectada con una ociosa pregunta que me había hecho el día anterior cuando contemplé el gran acertijo tallado en piedra del desierto y me pregunté sobre a qué desconocidas profundidades podía encontrarse conectado secretamente el templo cercano. Esta pregunta, tan inocente y caprichosa en el momento, asumía en el sueño un significado de frenética e histérica demencia... *¿qué inmensa y espantosa anormalidad representaba el rostro original de la Esfinge?*

Mi segundo despertar -si despertar fue- constituye un recuerdo de brutal espanto sin paralelo con nada que haya experimentado en mi vida -salvo algo que sucedió después-, y esta vida ha sido pletórica y cargada de más aventuras que la de la mayoría de los hombres. Recuerdo haber perdido el sentido mientras estaba siendo sepultado por una cascada de sogas que caía, cuya longitud revelaba la cataclísmica profundidad de mi situación. Ahora, mientras volvían mis sentidos, sentí el peso y comprendí que, aunque seguía atado, amordazado y con los ojos vendados, *algo había retirado por completo el asfixiante desprendimiento de cáñamo que antes me había abrumado*. La relevancia del hecho, por supuesto, me asaltó gradualmente, pero, aun así, creo que me hubiera vuelto a desmayar de nuevo de no encontrarme en ese momento en un estado de agotamiento emocional tal que ningún nuevo horror podía ya aumentar. Me encontraba a solas... *¿con qué?*

Antes de que pudiera torturarme con nuevas reflexiones o hacer cualquier renovado esfuerzo por librarme de mis ataduras, apareció un nuevo hecho. Un dolor que antes no había sentido me laceraba en brazos y piernas, y creí estar cubierto por gran cantidad de sangre seca, más de la que pudiera haber manado de los cortes y abrasiones del descenso. Asimismo, el pecho parecía

estar sembrado de un centenar de heridas, y pensé que algún ibis titánico y maligno me había picoteado. Seguramente, el ser que había retirado la soga era hostil y había comenzado a causarme daños terribles cuando algo le había hecho desistir. Pero, al tiempo, mis sensaciones eran claramente las contrarias de lo que podría esperarse. En vez de hundirme en un insondable pozo de desesperación, me vi armado de coraje y acción ya que ahora sentía que las fuerzas malignas eran seres físicos a los que un hombre intrépido podía hacer frente.

Con la fuerza que me daba este pensamiento me debatí de nuevo en mis ataduras, empleando la maña desarrollada a lo largo de toda una vida, que tanto había brillado entre el resplandor de las candilejas y el aplauso de las multitudes. Los detalles familiares del proceso comenzaron a absorberme y, dado que me habían retirado de encima la soga, medio pensé que mi idea acerca de supremos horrores, después de todo, no era sino alucinación; que nunca hubo una sima terrible, un abismo insondable o una cuerda sin fin. ¿Me encontraría, al cabo, en el templo de entrada de Kefrén, bajo la Esfinge, y los traicioneros árabes no me habrían atacado y torturado mientras yacía inerte? De todas formas, debía liberarme. Desatarme, quitarme la mordaza y tener los ojos libres para captar cualquier rayo de luz que pudiera filtrarse desde cualquier origen; entonces ¡disfrutaría combatiendo contra malignos y traidores enemigos!

No sabía decir cuánto tardé en librarme de mis ataduras, pero debió llevarme más tiempo que en mis actuaciones, ya que me encontraba herido, agotado y enervado por las experiencias sufridas. Cuando por fin me vi libre y aspirando profundas bocanadas de aire gélido, húmedo, maligno y hediondo, tanto más horrible por cuanto ya no contaba con los filtros de la mordaza o la venda, descubrí que me hallaba demasiado acalambrado y cansado para moverme. Yací intentando estirar un cuerpo torcido y lacerado durante un periodo de tiempo imposible de medir, forzando los ojos para captar el resplandor de cualquier rayo de luz que pudiera ofrecerme un atisbo de mi posición.

Mi fuerza y flexibilidad fueron recuperándose gradualmente, pero mis ojos nada captaron. Mientras trastabillaba incorporándome, observé sin demora

en todas direcciones, no encontrando nada que no fuera una oscuridad de ébano, tan intensa como si aún siguiera vendado de ojos. Probé las piernas, ensangrentadas bajo los rasgados pantalones, y descubrí que podía caminar, aunque no sabía en qué dirección ir. Obviamente, no debía vagar al azar, y quizás así alejarme de la entrada; por tanto, me detuve a sentir la fría y fétida corriente de aire con olor a natrón, corriente que nunca había dejado de notar. Asumiendo que el punto del que brotaba debía ser la entrada del abismo, traté de situar esa orientación y caminar hacia allí sin desviarme.

Había tenido conmigo una caja de cerillas e incluso una pequeña linterna eléctrica, pero por supuesto que los bolsillos de mi roto y desgarrado atuendo habían sido hacía mucho vaciados de todos estos pesados artículos. Mientras caminaba cautelosamente a través de la negrura, la corriente se hizo más fuerte y ofensiva, hasta que al cabo pude sentirla nada menos que como un chorro tangible de detestable vapor brotando de alguna abertura como el humo del genio en la jarra del pescador de aquel cuento oriental. Oriente... Egipto... ¡verdaderamente, esa oscura cuna de la civilización era aún la fuente de horrores y maravillas indecibles! Cuanto más reflexionaba sobre la naturaleza de este viento de la caverna, mayor se hacía mi inquietud, ya que, aunque antes, a pesar de su olor, yo había visto su origen como al menos una pista indirecta para llegar al mundo exterior, ahora comprendía plenamente que esta enloquecida emanación no debía tener mezcla ni relación alguna con el limpio aire del desierto líbico, sino que debía ser vomitada desde siniestros abismos aún más inferiores. ¡Así pues, yo había estado entonces caminando en la dirección equivocada!

Tras un instante de reflexión, decidí no volver sobre mis pasos. Lejos de la corriente no habría forma de orientarse, ya que el suelo, bastante nivelado, carecía de cualquier configuración distintiva. Si, no obstante, seguía la extraña corriente, sin duda conseguiría llegar a una abertura de algún tipo, gracias a cuya entrada podría quizá contornear los muros hasta el lado opuesto de esta ciclópea estancia, imposible de recorrer de otra forma. Que podía fracasar, bien lo sabía yo. Veía que esto no formaba parte del templo de entrada de Kefrén que conocían

los turistas, y me asediaba la idea de que este salón en concreto pudiera ser desconocido aún para los arqueólogos, y que sólo los curiosos y malignos árabes que me habían apresado hubieran dado con él. Si tal era el caso, ¿habría alguna puerta para salir a un lugar conocido o sencillamente al aire libre?

¿Y qué prueba tenía yo, de hecho, de que me encontraba en el templo de entrada después de todo? Por un momento, mis más estafalarias especulaciones volvieron a acosarme y pensé en aquella vívida mescolanza de impresiones: descenso, suspensión en el aire, la cuerda, mis heridas y los sueños que no podían ser más que eso, sueños. ¿Acabaría allí mi vida? ¿O, realmente, podría considerarme afortunado si aquel momento fuera el de mi muerte? No podía responder a ninguna de tales preguntas, y solamente podía aguardar, hasta que el hado me redujo por tercera vez a la inconsciencia. Esta vez no hubo sueños, ya que lo repentino del incidente me alcanzó sin que pudiera formular cualquier tipo de pensamiento, consciente o inconsciente. Tropecé con un inesperado peldaño de bajada, en un punto donde la desagradable corriente resultaba lo bastante fuerte como para ejercer resistencia física, y me precipité de cabeza, por un negro tramo de grandes peldaños de piedra, hacia un abismo de absoluto espanto.

El que siquiera respirase de nuevo resulta un tributo a la inherente vitalidad que anima a un organismo humano sano. Suelo recordar esa noche y sentir un toque de verdadero *humor* en aquellos repetidos lapsos de inconsciencia; periodos cuya sucesión no me recuerda sino los toscos melodramas cinematográficos de la época. Por supuesto, es posible que esos repetidos lapsos no tuvieran lugar nunca, y que todos los detalles de esta pesadilla subterránea fueran simplemente debidos a los sueños de un largo coma que comenzó bajo los efectos de mi descenso a ese abismo y finalizó por obra del cicatrizante bálsamo del aire exterior y el sol naciente que me encontró tendido en las arenas de Gizeh ante el rostro de la Gran Esfinge, sardónico y bañado por el alba.

A ser posible, prefiero esta última explicación; así que me alegré cuando la policía me dijo que la barrera de acceso al templo de Kefrén había sido encontrada retirada, y que en una esquina de la zona aún por limpiar existía una



grieta de considerable tamaño. También me alegré cuando los doctores manifestaron que mis heridas se debían sólo al ataque sufrido, amordazamiento, descenso, ataduras, caída desde cierta altura -quizás en una depresión del pasadizo interior del templo-, arrastrarme hasta la barrera exterior y escapar, así como a otras circunstancias similares... un diagnóstico de lo más tranquilizador. Y, aun así, sé que debe haber algo más. Tengo demasiado grabado en la memoria ese descenso como para rechazarlo -y es extraño que nadie haya sido capaz de encontrar a un hombre que responda a la descripción de mi guía Abdul Reis el Drogman-, el guía de voz sepulcral que se parecía y sonreía como el rey Kefrén.

Me he apartado de mi narración, quizás con la vaga esperanza de soslayar el comentario al incidente final; ese incidente que, de todo lo sucedido, es con mayor certeza una alucinación. Pero he prometido contarle todo y no voy a romper tal promesa. Cuando recuperé -o me pareció haber recuperado- mis sentidos tras esa caída por las negras escaleras de piedra, me encontraba tan a solas en la oscuridad como antes. El ventoso hedor, ya bastante malo antes, resultaba ahora demoníaco, aunque para entonces ya me había familiarizado lo bastante con él como para soportarlo estoicamente. Aturdido, comencé a gatear hacia la fuente del pútrido viento, y con mis manos ensangrentadas tanteé los colosales bloques del poderoso pavimento. En una ocasión golpeé con la cabeza contra un objeto duro y, cuando lo tenté supe que se trataba de una columna - una columna de un tamaño increíble -, con la superficie cubierta de gigantescos jeroglíficos cincelados, sumamente perceptibles al tacto. Arrastrándome, encontré otras columnas inmensas separadas a distancias incomprensibles, y, repentinamente, mi atención se vio captada por algo que había estado rondándome el subconsciente desde mucho antes de que mis sentidos conscientes lo captaran.

De alguna sima, aún más profunda en las entrañas de la tierra, brotaban ciertos *sonidos*, rítmicos y definidos, que no se parecían a nada de lo que yo hubiera oído antes. Supe casi intuitivamente que se trataba de un son muy antiguo y claramente ceremonial, y mis muchas lecturas de egiptología me hicieron asociarlo con la flauta, el sambuke, el sistro y el tímpano. En su rítmico

sonar, zumbar, repicar y batir noté un elemento de terror que estaba más allá de cualquiera de los terrores conocidos en la tierra; un terror peculiarmente disociado del miedo físico, y que movía a sentir piedad por nuestro planeta, que alberga en sus profundidades horrores tales como los que debían corresponder a tales cacofonías egipánicas. Los sones crecían en volumen, y comprendí que se estaban acercando. Entonces - y quieran los dioses de todos los panteones unidos preservar mis oídos de algo semejante otra vez - comencé a escuchar, débil y lejano, *las morbosas y milenarias pisadas de seres en marcha*.

Resultaba espantoso que pisadas tan diferentes pudieran moverse con tan perfecto ritmo. El entrenamiento de centenares de años impíos debía subyacer a esa marcha de las monstruosidades de la tierra más profunda... escabulléndose, taconeando, pisando, con paso sigiloso, sonoro, crujiente, arrastrándose... y todo al son de la horrible discordancia de esos burlones instrumentos. Y entonces... ¡Dios mantenga alejado de mi cabeza el recuerdo de esas leyendas árabes! Las momias sin almas... el lugar de encuentro de los *kas* errantes... las hordas de cadáveres faraónicos, malditos por el diablo y muertos hace más de cuarenta siglos... las *momias compuestas* conducidas a través de los tremendos abismos de ónice por el rey Kefrén y su necrófaga reina Nitokris...

Los pasos sonaban cada vez más cerca; ¡el cielo me guarde del sonido de esos pies y zarpas y pezuñas y patas y garras que comenzaban a perfilarse con claridad! En la ilimitada extensión del pavimento negro un rayo de luz relampagueó entre el viento maloliente, y yo me oculté tras la enorme circunferencia de una ciclópea columna, tratando de huir por un momento del horror que se albergaba en ese millón de pasos que se encaminaban hacia mí a través de gigantescos hipóstilos de inhumano espanto y antigüedad fóbica. El relampagueo aumentó, y el pisoteo y el ritmo disonante crecían a un ritmo enloquecedor. Al resplandor de la estremecedora luz naranja, surgió tenuemente una escena de tal espanto pétreo que boqueé por culpa de la pura maravilla, que se impuso incluso sobre el miedo y la repugnancia. Bases de columnas cuyos fustes se elevaban fuera del alcance de la visión humana... simples basas de algo que debía hacer empequeñecer a la Torre Eiffel hasta el nivel de la

insignificancia... jeroglíficos tallados por manos inconcebibles en cavernas donde la luz del día no debía ser otra cosa que una remota leyenda...

*No miraría a los seres en marcha. Eso es lo que desesperadamente resolví mientras escuchaba su crujiente desplazamiento y sus salitrosos resuellos imponiéndose sobre la música muerta y el pisar de los muertos. Resultaba misericordioso que no hablasen... pero, ¡por Dios!, sus enloquecidas antorchas comenzaban a crear sombras sobre la superficie de esas descomunales columnas. ¡El cielo los aleje de mí! Los hipopótamos no debieran tener manos humanas ni portar antorchas... los hombres no debieran tener cabeza de cocodrilo...*

Intenté apartar la cabeza, pero las sombras y los sonidos y el hedor estaban por doquier. Entonces recordé algo que solía hacer en mitad de las pesadillas medio conscientes de mi niñez, y comencé a repetir para mis adentros: «¡Es un sueño! ¡Es un sueño!» Pero no sirvió de nada, y sólo pude cerrar los ojos y rezar. Al menos, eso es lo que creo haber hecho, porque uno no está nunca seguro cuando sufre visiones, y yo sé que no pudo tratarse más que de eso. Me pregunté si podría volver de nuevo al mundo y, a veces, abría furtivamente los ojos para ver si se podía discernir otra cosa que no fuera el viento de aromática putrefacción, las columnas interminables y las sombras grotescas y embrujadas de anormal horror. El chisporroteante resplandor de innumerables antorchas resultaba ahora cegador y, a no ser que aquel sitio infernal careciera por completo de muros, habría de ver algún límite o confín pronto. Pero de nuevo tuve que cerrar los ojos, comprendiendo cuántos de aquellos seres había allí... cerrarlos al atisbar cierto objeto que caminaba solemne y firmemente *sin cuerpo alguno sobre la cintura*.

Un demoníaco y ululante gorgoteo de cadáveres o resonar de muertos hendió ahora el mismo aire -ese aire de osario, emponzoñando con toques de nafta y betún- en un concertado coro procedente de la necrófaga legión de híbridas blasfemias. Mis ojos, perversamente abiertos, contemplaron durante un instante una visión que ninguna criatura humana podría siquiera imaginar sin sentir miedo, pánico y extenuación física. Los seres habían desfilado

ceremoniosamente en una dirección, hacia el viento apestoso, donde la luz de las antorchas mostraban sus cabezas inclinadas -o las cabezas inclinadas de aquellos que las tenían- en adoración ante una negra, grande y fétida abertura de la que brotaba el viento, una abertura que llegaba hasta casi fuera de la vista y que yo podía distinguir flanqueada por dos gigantescas escalinatas en ángulo recto cuyo final alcanzaba las sombras. Una de éstas, sin duda, era la escalinata de la que yo me había caído.

Las dimensiones del agujero eran totalmente acordes con las de las columnas; una casa ordinaria se hubiera perdido allí, y cualquier edificio público normal habría podido ser desplazado fácilmente a través de él. Era una superficie tan inmensa que sólo moviendo los ojos podía uno tomar nota de sus límites -tan vasta, tan odiosamente negra, tan aromáticamente apestosa-. Justo enfrente de esta bostezante puerta polifémica, los seres arrojaban objetos, evidentemente sacrificios u ofrendas religiosas, a juzgar por sus gestos. Kefrén era su líder, el rey Kefrén o *el guía Abdul Reis*, sonriendo con desprecio, coronado con un dorado *pshent* y entonando interminables fórmulas con la profunda voz de los muertos. A su lado se arrodillaba la hermosa reina Nitokris, a la que vi de perfil un momento, percatándome de que la parte derecha de su rostro había sido devorado por ratas u otros seres necrófagos. Y cerré de nuevo los ojos cuando vi *qué* objetos arrojaban a la fétida abertura o a la posible deidad que albergaba.

Se me ocurrió que, a juzgar por lo elaborado de esta adoración, la oculta deidad debía ser de considerable importancia. ¿Se trataría de Osiris o Isis, Horus o Anubis, o de algún inmenso Dios desconocido de los Muertos, aún más importante y supremo? Existe una leyenda que dice que terribles altares y colosos fueron levantados en honor de un Dios Desconocido antes de que los conocidos fueran adorados...

Y entonces, mientras me aplicaba a observar la arrebatada y sepulcral adoración que prestaban aquellos seres indescritibles, se me ocurrió una forma de escapar. La estancia se encontraba en penumbras y las columnas estaban en sombras.

Estando todas y cada una de esas criaturas de la multitud de pesadilla

sumidas en estremecedores arrebatos de adoración, me sería posible reptar hasta alcanzar una de las escalinatas y remontarla sin ser visto, confiando después en la suerte y en mi habilidad como escapista para manejarme en niveles superiores. Dónde estaba, ni lo sabía ni había pensado mucho en ello, y por un momento me resultó divertido planear en serio una escapatoria de algo que sabía que se trataba de un sueño. ¿Me encontraba en algún lugar oculto y desconocido, en los niveles inferiores del templo de entrada de Kefrén, el templo que generación tras generación ha sido persistentemente llamado el Templo de la Esfinge? No podía conjeturar nada, pero decidí ascender en busca de la vida y la consciencia con todas mis fuerzas.

Serpenteando boca abajo, comencé la ansiosa travesía hasta alcanzar el pie de la escalera izquierda, que parecía la más accesible de las dos. No puedo describir los incidentes y las sensaciones producidas por este reptar, pero pueden adivinarse cuando se piensa en lo que *tuve que presenciar sin poder evitarlo a la luz de esa maligna luz de antorcha, agitada por el viento*, para prevenir el ser avistado. El final de la escalera estaba, como he dicho, sumido muy lejos entre las sombras, así que debía subir sin recurva hasta el vertiginoso rellano colgante sobre la titánica abertura. Esto situaba las últimas etapas de mi reptar a cierta distancia del ruidoso rebaño, aunque el espectáculo ya me estremecía a pesar de lo lejos que estaba a mi derecha.

Finalmente, conseguí alcanzar los peldaños y comenzar el ascenso, manteniéndome pegado al muro, en el que observé decoraciones del tipo más espantoso, confiando mi seguridad al absorto y extático interés con que las monstruosidades observaban la abertura, en la que se alborotaba el aire, y los impíos objetos alimenticios que habían arrojado al pavimento que había ante ella. Dado que la escalinata era inmensa y empinada, construida con inmensos bloques de pórfido, como diseñados para pasos de gigante, el ascenso me resultó virtualmente interminable. El temor a ser descubierto y el dolor, puesto que este nuevo ejercicio había reabierto mis heridas, se combinaban para hacer de mi reptar hacia arriba algo de recuerdo agónico. Había decidido, al llegar arriba, subir inmediatamente por cualquier escalera ascendente que pudiera arrancar de

allí, sin detenerme a echar un último vistazo a los abominables despojos que arañaban y se doblegaban a veinticinco o treinta metros más abajo; sin embargo, una repentina repetición de ese atronador gorgoteo de cadáveres o resonar del coro cadavérico, cuando ya casi había llegado a lo alto de la escalera y delatando por su ritmo ceremonial que ni había sido yo descubierto ni se había desatado ninguna alarma, me llevó a detenerme y escudriñar cautelosamente sobre el parapeto.

Las monstruosidades estaban aclamando a algo que había salido de la nauseabunda abertura para apoderarse del infernal presente. Era algo pesado, aun visto desde mi altura, algo amarillento y peludo, dotado de una especie de nervioso movimiento. Era tan grande, quizás, como un hipopótamo de buen tamaño. Parecía no tener cuello, pero cinco cabezas separadas y peludas brotaban en fila de un tronco burdamente cilíndrico; la primera muy pequeña, la segunda bastante grande, la tercera y la cuarta iguales, las más grandes de todas, y la quinta bastante pequeña, aunque no tanto como la primera. De esas cabezas salían a gran velocidad curiosos tentáculos rígidos que aferraban ansiosamente las *desmesuradamente grandes* cantidades de indescriptible alimento dispuestas ante la abertura. A veces el ser saltaba y ocasionalmente retrocedía hacia su cubil de una forma muy extraña. Su medio de locomoción era tan inexplicable que observé fascinado, deseando que saliera algo más del cavernoso seno de abajo.

Entonces *salió... salió*, y su visión me hizo dar la vuelta y huir a través de la oscuridad, hacia la escalera de subida que arrancaba muy cerca; huir enloquecido por increíbles peldaños y escaleras y rampas, sin que ni la vista humana ni la lógica me guiaran a través de ellos, en un periplo que debo relegar al mundo de los sueños por falta de confirmación. Debió tratarse de un sueño, o el alba nunca me hubiera hallado respirando en las arenas de Gizeh, ante el rostro sardónico y bañado por la aurora de la Gran Esfinge.

¡La Gran Esfinge! ¡Dios Mío!; esa *ociosa pregunta* que me hice en la bendita y soleada mañana del día anterior... *¿qué inmensa y espantosa anormalidad representaba la talla originaria de la Esfinge?* Maldita sea la visión, sueño o no, que me reveló el horror supremo. El Desconocido Dios de los

Muertos que se relame los labios colosales en el abismo insospechado, alimentándose de los espantosos bocados de absurdos sin alma que no debieran existir. El monstruo de las cinco cabezas que salió... el monstruo de las cinco cabezas, tan grande como un hipopótamo... el monstruo de las cinco cabezas... y *aquello de lo que éstas eran simplemente la garra anterior...*

Pero sobreviví, y sé que sólo ha sido un sueño.

---

## LA SOMBRA DEL DESVÁN

---

H. P. LOVECRAFT & AUGUST DERLETH<sup>8</sup>

Mi tío abuelo Uriah Garrison no era hombre a quien conviniera contrariar. Moreno, de cejas enmarañadas y revuelto cabello negro, cuando yo era niño su cara me aterrorizaba en sueños. Sólo tuve trato con él durante mi infancia. Mi padre se peleó con él y murió en circunstancias extrañas, asfixiado en la cama, a unas cien millas de Arkham, que es donde vivía mi tío abuelo. Mi tía Sofía le maldijo, y también murió al poco tiempo, como si algo invisible la hubiera empujado por unas escaleras. ¿Cuántos casos más habrá habido como éstos? ¿Quién sabe? Nadie se atrevía a hablar, sino en voz baja y temerosa, de los poderes tenebrosos que obedecían a Uriah Garrison.

Tampoco podría nadie determinar qué proporción de cotilleo supersticioso, infundado y malévolos había en lo que se contaba de él. No le volvimos a ver desde que murió mi padre, pues mi madre odiaba a su tío y le siguió odiando hasta la muerte, lo que demuestra que jamás se llegó a olvidar de él. Tampoco yo me olvidé ni de él ni de su casa, que tenía un tejado picudo y estaba en Aylesbury Street, en una zona de las afueras de Arkham que se extiende al sur del río Miskatonic, no lejos de la Colina del Ahorcado, coronada por un frondoso cementerio. Por cierto que el Arroyo del Ahorcado cruzaba las

---

<sup>8</sup> *The Horror from the Middle Span*. Trata-se de um conto escrito exclusivamente por Derleth.

tierras de la finca, que también estaban cubiertas de espeso arbolado, como el cementerio de la colina. Nunca olvidaré la sombría mansión donde vivía él solo — si exceptuamos a alguien que iba por la noche a arreglarle la casa —, ni sus estancias de techos altísimos, ni el desván solitario y oscuro que todos rehuían incluso de día y donde estaba terminantemente prohibido entrar con una linterna u otra luz cualquiera —, ni sus ventanas emplomadas que miraban a un panorama de árboles y matorrales, ni las puertas de montante semicircular. Era el tipo de casa que nunca deja de ejercer un sombrío hechizo sobre las mentes juveniles e impresionables. A mí me provocaba siniestras fantasías y a veces sueños terroríficos de los que despertaba violentamente para correr a refugiarme junto a mi madre. Una noche inolvidable me equivoqué de camino y me topé con el extraño rostro inexpresivo y lejano de la mujer que venía a cuidar la casa. Nos miramos durante un instante, como a través de insondables abismos espaciales, y yo salí huyendo, espoleado por un terror nuevo que se superponía a los que ya me había provocado la pesadilla.

De mayor nunca se me ocurrió volver por allí. No había quedado amor entre nosotros, ni más relación que las breves felicitaciones que yo le mandaba por su cumpleaños o en Navidad, a las cuales jamás respondió, lo que me parecía perfecto.

Por eso me sorprendió tanto que al morir me legara la finca y una pequeña subvención con tal de que yo habitara la casa durante los meses del verano siguiente a su fallecimiento. Sin duda había tenido en cuenta que mis obligaciones docentes me impedían ocuparla durante el resto del año.

No era pedir demasiado. Yo no tenía intención de conservar la finca. Por entonces, Arkham había empezado ya a extenderse por la zona de Aylesbury Pike y la ciudad, que antes quedaba tan lejos de la casa de mi tío abuelo, ahora amenazaba con rodearla en breve, por lo que sin duda la finca no sería difícil de vender. Arkham no tenía ningún atractivo especial para mí, aunque me fascinaban sus leyendas, sus apiñados tejados puntiagudos y su ornamentación arquitectónica del siglo XVIII. Esta fascinación, sin embargo, no era verdaderamente profunda y no me atraía la idea de fijar mi residencia definitiva



en Arkham. Pero para vender la casa de Uriah Garrison tenía primero que habitarla, según lo dispuesto en su testamento.

En junio de 1928, pese a las protestas de mi madre y a sus sombrías insinuaciones de que Uriah Garrison había sido un hombre especialmente malvado y aborrecido, me trasladé a la casa de Aylesbury Street. No me resultó muy difícil instalarme, pues la habían conservado perfectamente amueblada tras la muerte de mi tío abuelo, acaecida en marzo del mismo año, y era evidente que alguien se había encargado de mantenerla limpia y en condiciones de habitabilidad, según comprobé nada más llegar, procedente de Brattleboro. Sin duda la mujer que atendía a mi tío abuelo había recibido órdenes de seguir prestando sus servicios en la casa, por lo menos hasta que yo me instalara en ella.

Pero el abogado de mi tío abuelo — un sujeto anticuado que iba todavía de alto cuello duro y solemne traje negro — ignoraba que se hubiera tomado medida alguna en tal sentido, según me dijo cuando fui a visitarle para averiguar las cláusulas del testamento.

— No he estado nunca en la casa, Mr. Duncan — dijo. Si su tío abuelo dejó dispuesto que la mantuvieran limpia, debe existir otra llave. Como usted sabe, yo le he entregado la única que tenía. Que yo sepa, no existe otra.

En cuanto a lo que disponía el testamento de mi tío abuelo, era escueto y sencillo. Yo sólo tenía que habitar la casa durante los meses de junio, julio y agosto, o durante noventa días, a partir de mi llegada, en caso de que mis obligaciones docentes me impidieran ocuparla desde el primero de junio. No se me imponía ninguna otra condición, ni siquiera prohibición alguna relativa al desván, como yo había supuesto.

— Al principio es posible que los vecinos le parezcan poco amistosos — replicó Mr. Saltonstall —. Su tío abuelo era hombre de costumbres raras y les hizo muchos desaires. Supongo que le molestaba que se fuera instalando tanta gente en los alrededores de su propiedad, y a los vecinos, por su parte, también les debía molestar la altivez e insolidaridad de su tío abuelo, del cual comentaban que prefería la compañía de los muertos a la de los vivos, a juzgar por sus frecuentes paseos por el cementerio de la Colina del Ahorcado.

Al preguntarle qué aspecto había tenido el anciano durante sus últimos años, Mr. Saltonstall repuso:

— Era un viejo robusto y vigoroso, realmente duro. Pero, como tantas veces sucede, en cuanto empezó a decaer se desmoronó rápidamente: al cabo de una semana estaba muerto. De vejez, según el médico.

— ¿Y su estado mental? — pregunté.

Mr. Saltonstall sonrió gélidamente.

— Bueno, Mr. Duncan, usted ya sabrá que el estado mental de su tío abuelo fue siempre un poco raro. Tenía ideas muy extrañas que resultan verdaderamente arcaicas. Me refiero, por ejemplo, a sus investigaciones sobre la brujería. Se gastó mucho dinero en estudiar los procesos de Salem. Pero encontrará usted su biblioteca intacta, y está llena de libros sobre el tema. Aparte su interés obsesivo en esta única cuestión, era un hombre fríamente racional. Esto le describe bien. Insociable y altivo.

Así, pues, el tío abuelo Uriah Garrison no había cambiado en los años transcurridos desde mi niñez, ahora que me acercaba a la treintena. Y la casa tampoco había cambiado. Todavía conservaba aquella atmósfera de espera vigilante, como una persona acurrucada para protegerse del frío mientras espera la llegada de la diligencia. No valdría una metáfora más moderna, pues la casa tenía doscientos años y, aunque estaba muy bien cuidada, no le habían instalado luz eléctrica y su fontanería era viejísima. Exceptuando su contenido y algunos artesonados, la casa en sí carecía de valor. Pero en cambio el terreno valía mucho, debido, como he dicho, al crecimiento de Arkham por aquellas partes.

El mobiliario era de cerezo, caoba y nogal negro, y sospeché que si lo viera Rhoda — mi novia — querría conservarlo para cuando tuviéramos casa propia. Yo pensaba que con el dinero que nos procurara la venta de la finca y el mobiliario podríamos construirnos una casa para nosotros y mantenerla con mi sueldo de auxiliar del departamento de inglés y el suyo de profesora de Filología y Arqueología.

Tres meses no era demasiado tiempo para vivir sin luz eléctrica y también podría soportar su deficiente fontanería durante esas semanas, pero en el

acto decidí que no estaba dispuesto a prescindir del teléfono. Así que cogí el coche y me acerqué a Arkham para encargarme que me lo instalaran sin demora. Ya que estaba en el centro de la ciudad, me detuve en la oficina de telégrafos de Church Street y envié sendos telegramas a mi madre y a Rhoda, comunicándoles mi llegada e invitando a Rhoda a que viniera cuando quisiera para inspeccionar mi recién adquirida propiedad. También aproveché para hacer una buena comida en uno de los restaurantes y comprar unas pocas provisiones necesarias para mis desayunos, a pesar de que no me apetecía nada tener que encender el viejo fogón de la cocina. Por fin regresé fortalecido contra el hambre para el resto del día.

Me había llevado conmigo varios libros y documentos que me hacían falta para la tesis doctoral en que estaba trabajando, y sabía que la biblioteca de la Universidad del Miskatonic, que quedaba a menos de una milla de mi casa, me ofrecería toda ayuda adicional que pudiera necesitar. Thomas Hardy y el condado de Wessex no constituía un tema tan abstruso como para tener que recurrir a la Widener o a otra de las grandes bibliotecas universitarias. Así, pues, me dediqué a mi tesis hasta el anochecer de mi primer día de estancia en el viejo caserón de Uriah Garrison. A esa hora, fatigado, me acosté en la habitación que había sido de mi tío abuelo, en el segundo piso de la casa, en vez de hacerlo en el cuarto de los huéspedes, que estaba en la planta baja.

## II

A última hora del día siguiente me sorprendió una visita de Rhoda. Llegó sin avisar, al volante de su Roalster. Rhoda Prentiss era un nombre demasiado cursi para una joven tan airoso, tan llena de vitalidad y energía. No oí llegar el coche y sólo supe de su presencia cuando abrió la puerta delantera de la casa y me llamó:

— ¡Adam! ¿Estás en casa?

De un salto salí del despacho donde, estaba trabajando — a la luz, de una lámpara, pues el día era oscuro y tormentoso — y allí me la vi, con el largo cabello rubio goteando lluvia, los labios entreabiertos y los limpios ojos azules

tomando nota, con viva curiosidad, de todo lo que se hallaba a su alcance.

Pero cuando la tuve entre mis brazos, un leve estremecimiento recorrió su cuerpo..

— ¿Cómo vas a soportar tres meses en esta casa? — exclamo.

— Está hecha aposta para tesis doctorales — respondí —. Aquí no hay nada que me perturbe.

— Pues a mí me perturbaría toda la casa, Adam — replicó con una seriedad insólita —. ¿No notas en ella algo maligno?

— Lo maligno que había ya se ha muerto: mi tío abuelo. Pero te confieso que cuando vivía la casa entera trasudaba malignidad.

— Y la trasuda.

— Eso si crees en residuos psíquicos.

Parecía como si Rhoda fuera a añadir algo, pero yo cambié de conversación.

— Llegas justo a tiempo de que nos vayamos a Arkham a cenar. Al pie de French Hill hay un restaurante francés antiguo muy interesante.

No contestó nada, pero mantuvo un ligero ceno durante un rato, como si se hubiera quedado con algo dentro. Sin embargo, durante el transcurso de la cena volvió a recuperar su humor habitual; habló de su trabajo, de nuestros planes, de nosotros dos; y pasamos más de dos horas en el restaurante. Luego regresamos a casa. Era natural que se quedara a pasar la noche en el cuarto de los huéspedes, que además estaba debajo del mío y podía avisarme, dando golpes en el techo, si necesitaba algo o si — como dije yo — «te perturba el residuo psíquico».

Pese, sin embargo, a bromear, me había dado cuenta de que en la casa, al llegar mi novia, se había producido como un aumento del nivel de vigilancia. Era como si la casa hubiera arrojado de si toda indolencia, como si de pronto se hubiera tenido que poner alerta, como si husmeara algún peligro o presintiera de algún modo mi intención de venderla a quien la iba a derribar sin piedad. Esta sensación fue en aumento durante toda la velada y me provocó, como respuesta, un inexplicable, pero inconfundible sentimiento de compasión. En realidad,

tampoco tenía por qué extrañarme tanto, pues las casas van adquiriendo poco a poco una atmósfera, y una casa de más de dos siglos tiene más atmósfera que otra más moderna. Precisamente son estas casas, que tanto abundan en Arkham, las que dan a la ciudad su peculiar distinción; y no me refiero sólo a los tesoros arquitectónicos, sino también al ambiente de las casas, al saber acumulado y a los ecos legendarios de las vidas humanas nacidas y consumidas dentro de los límites relativamente pequeños de la ciudad.

Y desde aquel momento también empecé a darme cuenta de otra cosa, asimismo relacionada con la casa, pero perteneciente a un plano distinto. No es que se me hubiera contagiado la reacción instintiva de Rhoda, sino sencillamente que su llegada aceleró los acontecimientos, el primero de los cuales sucedió aquella misma noche. Después he pensado que la aparición de Rhoda precipitó unos hechos que de todas maneras iban a haber ocurrido, pero que, en el curso normal de las circunstancias, se habrían producido de modo más insidioso.

Aquella noche nos acostamos tarde. Yo caí dormido al instante, pues la casa estaba alejada del tráfico de la ciudad y en ella tampoco había los crujidos o chasquidos tan frecuentes en los caserones antiguos. En el piso de abajo, Rhoda se movía inquieta por la habitación y todavía estaba levantada cuando yo me dejé caer en el sueño.

Era después de medianoche cuando algo me despertó. Durante unos segundos permanecí inmóvil, hasta despabilarme del todo. ¿Qué es lo que me había arrancado del sueño? ¿El sonido de una respiración que no era la mía? ¿Una presencia muy próxima? ¿Algo que había en la cama? ¿O las tres cosas a la vez?

Tanteé con la mano ¡y palpé el inconfundible pecho desnudo de una mujer! Al mismo tiempo percibí su aliento ardiente, férvido. Pero al instante siguiente se había ido, ya no estaba en la cama, y la sentí, más que la vi, deslizarse hacia la puerta de la habitación.

Plenamente despierto ya, me quité la sábana ligera que me cubría, pues la noche era húmeda y sofocante, y salté del lecho. Encendí la lámpara con mano un tanto trémula y me quedé ahí de pie sin saber qué hacer. Sólo llevaba puestos

unos calzones cortos y lo sucedido me habla alterado más de lo que hubiera querido reconocer.

Me avergüenza admitir que durante un instante creí que había sido Rhoda, lo cual sólo demuestra que el incidente me habla provocado bastante confusión mental, pues Rhoda era incapaz de una acción semejante. De haber deseado pasar la noche en mi cama, lo habría dicho como otras veces. Además, el pecho que yo había tocado no era el de Rhoda, que tenía unos senos firmes y bellamente redondeados, mientras que los de la mujer que había estado tendida a mi lado eran flácidos, viejos, de enormes pezones. A diferencia de los de Rhoda, me habían producido un estremecimiento de horror.

Cogí la lámpara y salí de la habitación, dispuesto a registrar la casa. Pero al desembocar en el vestíbulo oí, como si procedieran de un punto situado fuera de la casa y muy por encima de ella, unos tenues, lejanos sollozos de mujer. Era la voz de una mujer que estaba siendo castigada, y me llegaba como desde una distancia desolada, como un fantasma de sonido que no tardó en perderse del todo. No habría durado más de treinta segundos, pero a su modo había resultado tan inconfundible como lo que había palpado en el lecho.

Me quedé parado un rato, agitado interiormente, y por fin me retiré a la cama, donde permanecí insomne durante una hora larga, atento por si pasaba algo.

Nada ocurrió, y cuando por fin volví a dormirme, ya había empezado a preguntarme si no habría confundido algún sueño con la realidad.

Pero a la mañana siguiente, el nublado rostro de Rhoda me dijo que algo iba mal. Se habla levantado a preparar el desayuno y la encontré en la cocina. Se volvió hacía mí, sin saludarme, y dijo:

— ¡Anoche había una mujer en la casa!

— ¡Entonces no era un sueño! — exclamé yo.

— ¿Quién era? — preguntó.

Moví la cabeza negativamente.

— Me gustaría podértelo decir.

— Me parece extraordinario que venga la mujer de la limpieza en mitad

de la noche — prosiguió.

— ¿La viste?

— Si la vi, ¿por qué?

— ¿Cómo era?

— Parecía joven, pero me dio la extraña sensación de que no lo era ni mucho menos. Tenía una cara inexpresiva, inmóvil. Sólo tenía vivos los ojos.

— ¿Y ella te vio a ti?

— No creo.

— ¡Es la mujer que venia a atender a mi tío! — exclamé —. Tiene que ser ella. Al llegar me encontré la casa completamente limpia. Mira qué limpia está. Mi tío abuelo no debió decirle que no volviera y ella ha seguido viniendo. Recuerdo que de niño la vi una vez. Mi tío abuelo la hacia venir siempre de noche.

— ¡Qué cosa más absolutamente cretina! Uriah Garrison murió en marzo, hace ya tres meses, y esa mujer tendría que ser idiota para no haberse enterado a estas alturas. ¿Quién le paga?

— ¿Y yo qué sé? No te puedo contestar.

Además, tal como estaban las cosas, no me atreví a contar a Rhoda mi experiencia nocturna. Sólo pude asegurarle, sin mentir, que no había visto a mujer alguna en aquella casa desde una noche de mis primeros años en que sorprendí casual y fugazmente a la que hacía la limpieza.

— Recuerdo que a mi también me dio la misma impresión — dije —. Tenía una cara completamente inexpresiva.

— Adam, eso pasó hace veinte años o más — señaló Rhoda —. No puede ser la misma mujer.

— No sé qué decirte. Sin embargo, imposible no es, supongo. Y diga lo que diga Mr. Saltonstall, tiene que tener llave de la casa.

— Eso no tiene ningún sentido. Y tú prácticamente no has tenido tiempo de contratar a nadie desde que estás aquí.

— No he contratado a nadie.

— Lo creo. No moverías un dedo para limpiar aunque te estuvieras

ahogando en polvo — se encogió de hombros —.Tendrás que averiguar quién es y poner punto final al asunto. No me gusta que la gente murmure, ya sabes.

Con este ánimo nos sentamos a desayunar. Yo sabía que Rhoda pretendía partir a continuación. Pero notaba que seguía preocupada. Habló muy poco mientras comía, respondiendo a mis comentarios con breves monosílabos, hasta que por fin estalló.

— ¡Pero, Adam! ¿Cómo es posible que no lo sientas?

— ¿Que no sienta qué?

— En esta casa hay algo que te busca, Adam. Yo lo noto. A quien busca la casa es a ti.

Tras mi estupefacción inicial, hice constar con toda frialdad que la casa era un objeto inanimado, que yo no sabía de ninguna otra criatura que viviera en ella sino de mí, salvo qué hubiera ratones y no me hubiera dado cuenta, y que una casa no puede querer ni dejar de querer nada ni a nadie.

No se quedó convencida. Al cabo de una hora, cuando ya estaba dispuesta para marcharse, dijo impulsivamente:

— Adam, vente conmigo. — Ahora mismo.

— Sería una locura perder una propiedad tan valiosa, a la que tú y yo podemos dar tan buen uso, sólo por un capricho — contesté.

— Es algo más que un capricho. Ten cuidado, Adam.

En este tono nos separamos. Rhoda prometió volver cuando estuviera más entrado el verano y me obligó a prometerle que le escribiría puntualmente.

### III

Lo sucedido en aquella segunda noche que pasaba en la casa revolvió mis recuerdos y volví a sentir de nuevo la lúgubre melancolía que durante mi infancia había emanado del lugar, pero especialmente de la terrible presencia de mi tío abuelo Uriah y del cerrado desván donde nadie se atrevía a entrar pese a la frecuencia con que lo hacía el dueño de la casa. Debe ser normal que al fin decidiera recoger el desafío que para mí suponía la existencia de ese desván.

La lluvia del día anterior había dado paso a un sol intenso que se



derramaba, desde las ventanas apropiadas, por toda la casa, dándole un aire gallardo y gentil que nada tenía de siniestro. Era uno de esos días en que todo lo sombrío y ominoso parece lejano. No vacilé en encender una lámpara que dispersara las tinieblas del desván — que no tenía ventanas — y me lancé hacia las alturas de la casa provisto de todas las llaves que me habla facilitado Mr. Saltonstall.

No hizo falta ninguna. La puerta estaba abierta.

Y el desván vacío, pensé al entrar. Pero no lo estaba del todo. En el centro de aquel tabuco abuhardillado había una sola silla y, encima de ella, varias prendas vulgares y otra que no lo era tanto: diversas ropas de mujer y una máscara de goma de ésas que se ajustan a las facciones de quienes la llevan puesta. Avancé hasta la silla, asombrado, y dejé la lámpara en el suelo para mejor examinar lo que había encima.

Lo que había era lo que había visto en el primer vistazo: un vestido corriente de algodón estampado con un dibujo anticuadísimo de cuadritos en distintos tonos de gris, un delantal, un par de guantes de goma de los que se pegan a la piel, medias elásticas, zapatillas de andar por casa y la máscara. Esta última, luego de examinada, resultó ser bastante común, a excepción de que iba provista de cabellos. Los vestidos bien podrían haber pertenecido a la mujer de la limpieza de mi tío abuelo Uriah. Habría sido muy propio de él no permitirle cambiarse de ropa sino en el desván. Pero esta hipótesis no sonaba muy convincente, desde luego, teniendo en cuenta sobre todo el cuidado que siempre había tenido en que nadie más que él entrara en aquella buhardilla.

La careta era más difícil de explicar. No estaba seca y agrietada, como lo habría estado de llevar varios años sin usar. Al contrario, estaba suave y flexible, lo que resultaba aún más intrigante. Además, igual que el resto de la casa, el desván estaba impecablemente limpio.

Sin tocar la ropa, volví a tomar la lámpara y la mantuve alzada. Entonces vi la sombra que se extendía, más allá de la mía, por la pared y el techo abuhardillado. Era una superficie monstruosa, deforme, ennegrecida, como si una inmensa llamarada hubiera grabado esa imagen en las tablas del desván. La

estuve contemplando durante un rato antes de darme cuenta de que, aun grotescamente contrahecha, guardaba cierta semejanza con una figura humana. La cabeza, sin embargo — pues la cosa poseía una especie de excrecencia informe en el sitio de la cabeza —, no se parecía a nada y resultaba horrible.

Me acerqué para verla en detalle, pero al aproximarme sus contornos se difuminaron. Sin embargo, tenía toda la superficie de haber sido como cauterizada en la madera por un chorro de fuego abrasador. Retrocedí de nuevo hasta la silla y un poco más. La sombra parecía haberse producido como consecuencia de una llamarada que hubiese brotado a nivel del suelo. Tenía una angulación extraña e inexplicable. Me di la vuelta entonces y traté de localizar el punto de donde pudiera haber surgido lo que había provocado aquella alteración en el techo y la pared.

Al darme la vuelta, la lámpara iluminó el lado opuesto del desván y puso de manifiesto, en el punto donde yo buscaba, la existencia de una abertura entre el techo y el suelo, pues en ese lado del desván no había pared. El agujero no era mayor que el que necesitaría un ratón, y al momento supuse que, en efecto, no era más que una ratonera. No habría retenido mi atención durante más de un segundo de no haber sido por lo que había pintado, con tiza u óleo de color rojo vivo, a su alrededor: una secuencia de curiosas líneas anguladas que me parecieron completamente distintas de cualquier diseño geométrico conocido y que estaban dispuestas de tal modo que el agujero del ratón quedaba en el centro de las mismas. Inmediatamente pensé en el gran interés que siempre había manifestado mi tío abuelo por la magia. Pero no: éstos no eran los habituales pentáculos, tetraedros y círculos de la brujería, sino más bien todo lo contrario.

Acerqué la lámpara a las líneas y las examiné. De cerca sólo eran rayas, sin más. Pero vistas desde el centro del desván, componían una especie de diseño desconocido que sugería otras dimensiones, según se me ocurrió pensar. Era imposible determinar cuánto tiempo llevaban allí, pero no parecía haber sido trazadas recientemente, es decir, durante los tres últimos decenios. También era posible que tuvieran un siglo.

Mientras reflexionaba sobre el significado de la extraña sombra y del

diseño pintado enfrente de ella, empecé a adquirir conciencia de que en el desván se había ido produciendo como una especie de tensión. Era algo verdaderamente indescriptible, pero lo que yo sentía — qué raro hace ponerlo en palabras — es como si el desván estuviera conteniendo la respiración.

Empecé a inquietarme cada vez más, como si no fuera el desván, sino yo el que estaba siendo examinado. La llama de la mecha osciló y empezó a echar humo y la habitación entera pareció oscurecerse. Durante un momento fue como si la tierra, de pronto, se hubiera puesto a girar al revés, o algo así, y yo hubiera quedado suspendido durante un instante en el espacio exterior, antes de precipitarme en una órbita propia. Pero esta impresión fue fugaz. La tierra reanudó la regularidad de su giro, la habitación se iluminó, la llama de la lámpara se serenó.

Salí del desván a toda prisa, casi indignamente, perseguido por todas las habladurías de mi infancia, súbitamente escapadas ahora del almacén de la memoria. Me sequé las gotitas de sudor que se me habían formado en las sienes, apagué la lámpara de un soplo e inicié, considerablemente agitado, el descenso de la escarpada escalera. Para cuando llegué a la planta baja había recuperado mi compostura. Pero ya no me resultó tan fácil dar de lado las aprensiones de mi novia con respecto a la casa en que había acordado pasar el verano.

Me enorgullezco de ser un hombre metódico. En sus momentos frívolos, Rhoda me llama «pedante», pero sólo refiriéndose, naturalmente, a mi interés por libros, escritores y cuanto en general se relaciona con la literatura. Da igual. El caso es que la verdad, dígame como se diga, no es por ello menos verdad. Una vez recobrado de la breve, aunque terrorífica experiencia sufrida en el desván, que además había venido a agregarse a los sucesos de la noche anterior, decidí llegar hasta el fondo del asunto y descubrir alguna explicación verosímil para lo ocurrido en ambas ocasiones. ¿Acaso me había hallado las dos veces en estado alucinatorio? ¿O no?

Evidentemente había que empezar la investigación por la mujer de la limpieza.

Telefoneé inmediatamente a Mr. Saltonstall, pero se limitó a

confirmarme lo que ya me había dicho. El no sabía de ninguna mujer de la limpieza. No tenía conocimiento de que mi tío abuelo hubiera tenido ama de llaves o asistenta de cualquier tipo. Y, que él supiera, no existía ninguna otra llave de la casa.

— Usted comprenderá, Mr. Duncan — terminó Mr. Saltonstall —, que su tío abuelo era un hombre retraído y solitario, reservado al máximo. Lo que quería que no se supiera, no se sabía. Pero si me permite una sugerencia, ¿por qué no investiga entre los vecinos? Yo sólo he estado una o dos veces en la casa, pero ellos la han tenido durante años en observación. No hay muchas cosas que los vecinos no puedan descubrir.

Le di las gracias y colgué.

Pero abordar a los vecinos equivalía a un ataque frontal y además la mayoría de las casas estaban bastante lejos de la de mi tío abuelo. La más próxima estaba a dos parcelas de distancia según se salía del viejo caserón a la izquierda. No había observado en ella muchos signos de vida, pero me asomé a la ventana para verla mejor y divisé en el porche a una persona tomando el sol en una mecedora.

Reflexioné durante unos minutos sobre la mejor forma de abordarla, pero no se me ocurrió nada mejor que ir directamente al grano. Conque salí de casa y bajé por el camino que conducía a la del vecino más cercano. Al cruzar la valía vi que el ocupante de la mecedora era un viejo.

— Buenos días, caballero — le saludé —... Vengo a ver si puede usted ayudarme en un asunto.

El viejo cambió de postura.

— ¿Quién es usted?

Me identifiqué, lo cual despertó inmediatamente su interés.

— ¿Conque Duncan, eh? Nunca le oí al viejo hablar de usted. Pero tampoco hablé con él más de diez o doce veces. ¿En qué puedo servirle?

— Querría ver cómo me puedo poner en contacto con la mujer que venía a arreglar la casa de mi tío abuelo.

Me lanzó una mirada penetrante a través de párpados súbitamente

encogido.

— Joven, eso también me gustaría saberlo yo, sólo por pura curiosidad

— dijo —. Nunca se la ha visto en ningún otro sitio.

— ¿La ha visto usted entrar alguna vez?

— Nunca. Sólo la he visto de noche y dentro de la casa, por las ventanas.

Y salir ¿la ha visto usted salir?

— Nunca la he visto ni entrar ni salir. Ni yo ni nadie. Tampoco la he visto nunca de día. Quizá el viejo la tenía viviendo allí, pero no le sé decir dónde.

Me quedé desconcertado. Pensé durante un momento que el viejo me ocultaba algo, pero no: su sinceridad era evidente por sí misma. No supe qué decir.

— Pero eso no es todo — añadió —. ¿Ya ha visto usted la luz azul?

— No.

— ¿Y ha oído usted algo que no se pueda explicar?

Titubeé.

El viejo lanzó una risita.

— Ya me parecía a mí. El viejo Garrison se traía algo entre manos. Y no me extrañaría que se lo siguiera trayendo.

— Mi tío abuelo falleció el pasado marzo — le recordé.

— No me lo puede demostrar — dijo —. Sí, yo vi una capa de muerto que la sacaban de la casa y la llevaban al cementerio de la Colina del Ahorcado, pero no sé más. No sé quién o qué iba dentro.

El anciano siguió hablando en este tono, hasta que no me cupo duda de que, aunque sospechaba muchas cosas, en realidad no sabía nada. Me proporcionó, eso sí, toda clase de insinuaciones y sugerencias, pero nada tangible, y la suma de todo cuanto me dijo apenas añadía nada a lo que yo ya sabía: que mi tío abuelo no veía a nadie, que estaba metido en algún «asunto diabólico» y que mejor estaba muerto que vivo, si es que realmente lo estaba. También había llegado a la conclusión de que algo marchaba mal en casa de mi tío abuelo. Admitió que, si le dejaban solo, él de por sí no molestaba a los vecinos. Y absolutamente solo le habían dejado desde que la vieja Mrs. Barton

fuera un día a su casa para reconvenirle por tener a una mujer escondida y al día siguiente la encontraran muerta en la cama, de un ataque cardíaco: «de terror, según dijeron».

Era evidente que no había modo de conseguir más información sobre mi tío abuelo. A diferencia del tema de mi tesis doctoral, a éste no hacían referencia las bibliotecas, salvo la suya propia, a la que me trasladé al momento para encontrarme allí con un bloque casi macizo de libros antiguos y modernos sobre magia, brujería y supersticiones afines: por ejemplo, el *Malleus Maleficarum* y tomos viejísimos de autores como Olaus Magnus, Eunapius, De Rochas y otros. Aquellos títulos no tenían significado para mí: *De natura daemonum*, de Anania; *Quaestio de lamiis*, de De Vignate; *Fuga Satanae* de Stampa... Jamás había oído hablar de ellos.

No cabía duda de que mi tío abuelo se había leído sus libros, porque los tenía llenos de señales, anotaciones y llamadas. No eran difíciles de leer, a pesar de su arcaica impresión, pero todos trataban de temas parecidos. Los que interesaban a mi tío abuelo no se limitaban a las prácticas habituales en la magia y la demonología, sino que denotaban una persistente fascinación por los succubi y por la retención de la «esencia» de una existencia a otra, sin olvidar la reencarnación, los demonios familiares, las venganzas mediante brujería, los encantamientos y demás.

Yo no tenía intención de estudiarme los libros. Pero me molesté en seguir el hilo de algunas de sus referencias bibliográficas sobre la «esencia» y de pronto me encontré saltando de un libro a otro en pos de una argumentación que se iniciaba en la definición de la «esencia», «alma» o «fuerza vital» — según la llamaban en los distintos libros —, seguía luego por capítulos sobre transmigración y posesión y conducía por fin al modo de ocupar un cuerpo nuevo tras vaciarlo de su fuerza vital interior y sustituírla por la esencia de uno: la clásica teoría a que se puede aferrar un anciano que está al borde de la muerte.

Todavía estaba enfrascado en los libros cuando llamó Rhoda desde Boston.

— ¡Boston! — exclamé, sorprendido —. No te has ido muy lejos.

— No — contestó —. Es que me puse a pensar en tu tío abuelo y me paré aquí, en la Biblioteca Widener, para echar una ojeada a algunos libros raros.

— ¿De brujería? — pregunté al azar.

— Sí. Adam, creo que debes irte de esa casa.

— ¿Y tirar a la basura una bonita herencia? Ni lo pienses.

— Por favor, no seas testarudo. He estado haciendo algunas averiguaciones. Ya sé que eres un cabezota, pero créeme — dijo con gran seriedad —, tu tío no pensaba en nada bueno cuando dejó esa disposición en el testamento. Quiere que estés ahí por alguna razón. ¿Te encuentras bien, Adam?

— Perfectamente.

— ¿Ha ocurrido algo?

Le conté en detalle lo que había ocurrido.

Me escuchó en silencio. Cuando terminé, repitió:

— Creo que debes marcharte, Adam.

Me di cuenta de que estaba empezando a irritar su posesividad, el derecho que se atribuía a decirme lo que yo debía hacer o no, su convicción de saber mejor que yo lo que me convenía.

— Me voy a quedar, Rhoda — contesté

— No te das cuenta, Adam. Esa sombra del desván. Por el agujero entró una cosa monstruosa y dejó esa sombra quemada ahí — dijo.

Me temo que solté una carcajada.

— Siempre he sostenido que las mujeres no son animales racionales.

— Adam, esto no es cosa de mujeres u hombres. Estoy asustada.

— Vuelve — dije — Yo te protegeré.

Resignada, colgó el teléfono.

#### IV

Aquella noche resultó memorable por algo que, de momento, decidí considerar pura alucinación. Todo empezó, literalmente, con un paso en la escalera. Yo me había acostado hacía poco y agucé el oído por si lo volvía a oír. Luego me bajé de la cama, caminé a ciegas hasta la puerta y la abrí lo suficiente

para mirar al exterior.

La mujer de la limpieza acababa de pasar por delante de mi puerta y se dirigía al piso de abajo. Retrocedí inmediatamente hacia el interior de mi cuarto, busqué a tientas mi bata, que estaba todavía en la maleta porque hasta entonces no había tenido ocasión de ponérmela, y salí de la habitación dispuesto a enfrentarme a la mujer durante su trabajo.

Fui bajando la escalera en silencio y a oscuras, aunque las tinieblas no eran totales, ya que por las ventanas penetraba del exterior cierta iridiscencia lunar. Apenas había llegado a la mitad cuando volví a sentir aquella curiosa sensación, que ya había tenido antes, de ser vigilado.

Me di la vuelta.

Allí, detrás y por encima de mí, como en un pozo de resplandeciente tiniebla, flotaba la apariencia espectral del tío abuelo Uriah Garrison, más tenue que el aire. Durante un instante vi el rostro pesado y barbudo — ligeramente distorsionado por la claridad engañosa de la luna —, los ojos febriles, las greñas despeinadas, los altos pómulos y la piel tirante de las mejillas inconfundible. Pero al momento se desvaneció, como un globo pinchado por un alfiler, y se convirtió en una especie de culebrilla tenue o voluta espiral de alguna sustancia oscura que flotaba y se retorció en el aire, escaleras abajo, hacia donde yo me encontraba. Por fin desapareció como un jirón de humo.

Permanecí helado de horror hasta que la razón volvió a recuperar el control de la mente. Me dije que acababa de sufrir una alucinación, lo cual no era de extrañar habida cuenta de que me había pasado el día dándole vueltas a mi tío abuelo y a sus extrañas aficiones. En realidad debería haber pensado que, en tal caso, lo normal habría sido verlo en sueños y no despierto. Pero en aquel momento estaba incluso dispuesto a poner en duda que me hallaba despierto. Tuve que pensar qué hacía yo allí en la escalera y recordé a la mujer de la limpieza.

Sentí el impulso de refugiarme en mi cuarto y meterme en la cama, pero lo reprimí y seguí adelante.

En la cocina había luz. A juzgar por el resplandor, debía ser un quinqué



puesto al mínimo. Avancé en silencio hasta la puerta y me quedé inmóvil en un punto desde donde podía ver el interior.

Allí estaba la mujer, limpiando, como siempre. Ahora era el momento de abordarla directamente y rogarle que explicara su presencia.

Pero algo me lo impidió. En aquella mujer había algo que me repelía. Se agitó el fondo de mi memoria y recordé a aquella otra mujer que había visto allí en mis años infantiles. Poco a poco, pero con certeza, me fui dando cuenta de que las dos eran la misma. Su faz impasible e inexpresiva no había cambiado en más de veinte años, sus movimientos seguían siendo mecánicos ¡y hasta parecía que llevaba el mismo vestido!

¡Además, sabía intuitivamente que su cuerpo era el que había sentido junto a mí la noche antes!

Cada vez me disgustaba más la idea de abordarla. Pero me obligué a entrar en la habitación, crucé el umbral de la puerta y me detuve, a punto de pedirle explicaciones.

Las palabras no llegaron a salir de mis labios. La mujer se volvió. Durante unos instantes nuestras miradas se cruzaron y en sus ojos vi sendos pozos de fuego ardiente que no eran ojos, sino mucho más: epítome de la pasión y la avidez, cumbre de malignidad, encarnación de lo desconocido. Por lo demás, esta nueva confrontación no difirió de la acaecida en años pasados: la mujer no se movió, su rostro — salvo los ojos — permaneció completamente desprovisto de expresión. Bajé la mirada, incapaz de soportar la suya por más tiempo y retrocedí hacia las tinieblas del pasillo.

Y corrí escaleras arriba a mi habitación, donde permanecí tembloroso, con la espalda apoyada en la puerta y la mente completamente confusa. Me daba cuenta de que aquel ser era algo más que una mujer, pero no sabía qué: una criatura fantasmal al servicio de mi tío abuelo, obligada a retornar noche tras noche para ejecutar esos ritos. De donde venía era un misterio.

Mientras yo seguía en la misma posición, volví a oírla. Sus pasos comenzaban a subir la escalera. Durante unos instantes creí que venía a mi habitación — como la noche anterior — y me sentí helado de terror. Pero pasó de

largo y subió por la escalera que conducía al desván.

A medida que se apagaba el ruido de sus pasos me fue volviendo el valor y me atreví a abrir la puerta y mirar.

Todo estaba a oscuras. Pero no: en lo alto de la escalera, por debajo de la puerta del desván, se filtraba un resplandor azul.

Cuando empecé a subir las escaleras, observé que el resplandor azul disminuía en intensidad.

Cada vez más envalentonado, abrí enérgicamente la puerta.

No había señal alguna de la mujer. Pero allí al fondo, en el ángulo que formaban el techo y el suelo, la luz azul que había visto filtrándose por debajo de la puerta ¡desaparecía como si fuera agua por el agujero del ratón! Y las líneas pintadas a su alrededor resplandecían como con luz propia que se fue apagando mientras la observaba.

Encendí una cerilla y la mantuve alzada.

Las ropas que llevaba la mujer estaban, como antes, encima de la silla. Y la careta.

Avancé hasta la silla y toqué la máscara.

Estaba caliente.

La cerilla me quemó los dedos y se apagó.

Todo quedó negro como la pez. Pero sentí que de la ratonera emanaba un poder que me arrastraba hacia ella. Era como una pulsación consciente y maligna, de tal intensidad que, si no huía inmediatamente de allí, me obligaría a ponerme de rodillas e intentar seguir a la luz azul. De nuevo la tierra pareció detener su giro, el tiempo dio como un bandazo y me envolvió una nube de espanto que me paralizó.

Permanecí en pie, como una estatua.

Entonces, de la ratonera empezó a emanar una espira de luz azul, como una voluta de humo luminoso flotando en la oscuridad, ramificándose, fundiéndose consigo misma, amenazando con invadir todo el desván. Esta visión rompió el hechizo que me tenía petrificado. Corrí agachado hasta la puerta y me precipité escaleras abajo hacia mi habitación, mirando atrás como si temiera que

una cosa horrible se me fuera a abalanzar por la espalda.

Nada vi sino negrura, nada sino oscuridad.

Entré en mi dormitorio y me dejé caer vestido en la cama. Allí permanecí tendido, en espera angustiosa de lo que pudiera suceder. Sabía que Rhoda tenía razón y que debía irme, pero al mismo tiempo sentía una extraña repugnancia a dejar la casa de Aylesbury Street, y no ya por la herencia, sino por una especie de vínculo espantoso, casi como un parentesco, que me mantenía atado a ella.

En vano esperé a que ni aun el fantasma de un sonido alterase el silencio. Nada captaron mis oídos sino los ruidos naturales de la casa y el viento — pues se había levantado viento — y, de vez en cuando, el extraño maullido de un búho por la parte de la Colina del Ahorcado.

Por fin me dormí, completamente vestido como estaba. Y soñé. Soñé que la luz azul crecía y se multiplicaba como hongos e invadía el desván. Luego se deslizaba escaleras abajo y penetraba en mi habitación. De la ratonera situada en el vértice del ángulo que formaban el techo y el suelo del desván salieron, se hincharon y crecieron las figuras de la mujer de la limpieza — ya vestida y enmascarada, ya espantosa de vejez, ya joven, bella y desnuda — y de mi tío abuelo Uriah Garrison, que invadieron la casa, mi cuarto y, por fin, a mí. Me desperté bañado en sudor al filo del alba, que se introducía pálidamente en la habitación antes de dejar paso a los tonos rosados del cielo matutino.

Estaba agotado. Me habría vuelto a dormir si no hubiera sido por los fuertes golpes que sonaron en la puerta principal. Conseguí ponerme en pie y llegar hasta la puerta.

— ¡Adam! — gritó —. Tienes un aspecto horrible.

— Vete — contesté —. No te necesitamos.

Durante un instante quedé espantado por mis propias palabras, pero en seguida las asumí y me di cuenta de que había dicho lo que quería decir. Estaba harto de Rhoda y de sus constantes intervenciones. Parecía como si me considerase incapaz de cuidar de mí mismo.

— Así, pues, ya es demasiado tarde — dijo.

— Vete — repetí —. Déjanos solos.

Me apartó a un lado y entró en la casa. Yo la seguí. Se dirigió al despacho y, una vez allá, ordenó mis libros, mis anotaciones y lo que tenía escrito de la tesis sobre Hardy, lo recogió todo y lo puso delante de mi.

— Ya no necesitas esto, ¿verdad? — preguntó.

— Llévatelo — dije —. Llévatelo todo.

Rhoda cogió los papeles.

— Adiós, Adam — dijo.

— Adiós, Rhoda — contesté.

Apenas podía dar crédito a mis ojos: Rhoda se marchó mansa como un corderito. Y, aunque todavía seguía alterado por los acontecimientos, me di cuenta de que el rumbo que iban tomando me producía una secreta satisfacción.

## V

Pasé casi todo el día descansando y, en cierto modo, esperando los acontecimientos que traería la noche consigo. Ahora me es imposible describir el estado de ánimo en que me encontraba. Todo terror me había abandonado. Me consumía una viva curiosidad no exenta incluso de cierta avidez.

El día fue transcurriendo. Pasé durmiendo varias horas. Comí muy poco. El apetito que yo sentía entonces no es de los que se calman comiendo y no me inquietaba lo más mínimo reconocerlo así.

Por fin llegaron la noche y las tinieblas y, con emoción anticipada, me senté a esperar a cualquier visitante que viniera del desván. Al principio me había instalado en el piso de abajo, pero llegué a la conclusión de que era en la habitación de arriba — en el viejo dormitorio de mi tío abuelo Uriah — donde debía aguardar a que se produjeran los sucesos nocturnos de la casa. Así, pues, subí al dormitorio y aguarde en la oscuridad.

Fueron pasando horas. El viejo reloj del piso bajo dio las campanadas de las nueve, las diez, las once. Esperaba oír de un momento a otro las pisadas de la mujer en la escalera — de la mujer llamada Lilith —, pero el primer fenómeno que se produjo fue la aparición de la luz azul deslizándose por debajo de la puerta, como en el sueño.

Pero ahora ni estaba dormido ni soñando.

La luz azul siguió entrando hasta llenar la habitación y permitirme distinguir la forma desnuda de la mujer y la figura, fluida y a medio formar, de mi tío abuelo Uriah, que crecía de tamaño y proyectaba como un tentáculo de humo hacia donde estaba yo...

Y en ese momento percibí otro caso más, que me llenó de un súbito terror. Ollia a quemado... y oí el crepitar de las llamas.

Del exterior me llegó la voz de Rhoda, llamándome.

— ¡Adam! ¡Adam!

La visión se desvaneció. Lo último que vi fue una expresión de terrible furor deformando la faz espectral de mi tío abuelo y la rabia de la mujer, que parecía joven y bella en aquella vaga luminosidad, pero que de pronto se transformó en una bruja horrible. A continuación me abalancé a la ventana y la abrí.

— ¡Rhoda! — grité.

No había descuidado ningún detalle. En el antepecho de la ventana había apoyada una escala de madera.

La casa ardió hasta los cimientos y con ella todo cuanto contenía.

El incendio no afectó a la herencia de mi tío abuelo.

Como dijo Mr. Saltonstall, yo estaba cumpliendo las condiciones impuestas cuando circunstancias ajenas a mi voluntad me habían impedido continuar. Así, pues, heredé la finca, la vendí y Rhoda y yo nos casamos.

Pese a sus manías insistentemente femeninas.

— Yo fui la que le prendió fuego — dijo.

Cuando se marchó con mis papeles y mis libros, se pasó un día entero en la Universidad del Miskatonic estudiando algunos de los libros de arcanos y brujería que dan justa fama a su biblioteca. Por fin había llegado a la conclusión de que el espíritu que animaba la casa y producía los hechos que en ella tenían lugar era el del tío abuelo Uriah Garrison, y de que la única razón de haberme llevado a vivir allí había sido la de tenerme a su alcance para usurpar mi fuerza vital y tomar posesión de mi cuerpo. La mujer era un súcubo, acaso su amante.

La ratonera comunicaba evidentemente con otra dimensión.

Las mujeres son únicas para construir edificios románticos con los materiales más extraños. ¡Súcubos!

Sin embargo, hay veces, incluso ahora, en que sus ideas se me contagian. En ocasiones me siento inseguro de mi propia identidad. ¿Soy Adam Duncan o Uriah Garrison? Es preferible no hablar de ello con Rhoda. Una vez mencioné el asunto y lo único que contestó fue:

— Parece que te sienta bien.

Las mujeres son criaturas fundamentalmente no racionales. Jamás nadie podrá quitarle de la cabeza sus ideas sobre la casa de Aylesbury Street. A mi lo que me mortifica es verme incapaz de ofrecer una explicación más racional que la suya, una explicación que dé plena respuesta a todas las preguntas que me hago cuando me siento a pensar en aquellos hechos en que tan pequeño — pero importante — papel desempeñé.

---

## EL GRABADO EN LA CASA

---

H. P. LOVECRAFT<sup>9</sup>

Los aficionados al horror suelen buscar los sitios llenos de misterio pero lejanos, como las catacumbas de Ptolomeo o los magníficos mausoleos de tantas partes. Preferentemente a la luz de la luna, se entregan a trepar a las ruinosas torres de los castillos del Rhin o a transitar tambaleantes entre las lóbregas escaleras repletas de telarañas que aún subsisten entre los restos de algunas ciudades asiáticas. Sus templos son los bosques encantados o las montañas inaccesibles y sus reliquias están dadas por los horribles monolitos que se levantan en islas despobladas. Sin embargo, para el verdadero sensual del horror, aquél que ante un estremecimiento nuevo puede llegar a sentir justificada toda

---

<sup>9</sup> The picture in the house.

una existencia, las viejas y solitarias granjas de Nueva Inglaterra son particularmente atractivas, puesto que es allí donde se produce la combinación precisa de elementos tales como la fantasía, la soledad, lo ignorado y la presencia de fuerzas sombrías que en conjunto pueden producir altas cumbres de lo tenebroso.

Los paisajes más interesantes, en este sentido, son necesariamente aquellos que se encuentran a gran distancia de los caminos más transitados, donde se levantan pequeñas casas sin pintar, casi siempre recubiertas de hiedra y ocultas bajo alguna ladera agreste o algún peñasco gigantesco. Han estado allí a veces por más de doscientos años viendo sucesivas generaciones de árboles inmensos o de viboreantes enredaderas. Actualmente ha triunfado la vegetación, que casi las ha devorado amortajándolas con su verdosa sombra; sin embargo, sobreviven pequeñas ventanas, por lo general de guillotina, como si fueran ojos que parpadean agobiados por la imposibilidad de expresar todo lo que saben. En esas casas han vivido decenas de gentes de las más diversas layas y de las más variadas procedencias. Fanatizados en oscuras creencias que los obligaron a apartarse de sus congéneres, ellos y sus descendientes buscaron en esos páramos cierta libertad para entregarse a sus raras actividades. Los hijos encontraron ciertamente las facilidades que buscaban y se desarrollaron al margen de cualquiera de las compunciones que les habría impuesto la sociedad, pero en cambio debieron soportar un lamentable servilismo impuesto por el siniestro culto que se había posesionado de su imaginación. Marginados completamente de los avances de la civilización, toda la tecnología de estos curiosos puritanos provenía de desarrollos autóctonos. El aislamiento, su patológica autorrepresión y la implacable lucha contra un medio inhóspito, dibujaron rasgos sombríos sobre los ya de por sí oscuros trazos de su ancestral ascendencia septentrional. Esencialmente prácticos y necesariamente austeros, éstos no eran hombres que se solazaran en el pecado. Expuestos al error, como cualquier mortal, su peculiar código moral los obligaba a encubrirlo y así llegó el momento en que fueron completamente incapaces de identificar lo que encubrían. Sólo las deshabitadas casas, insomnes y majestuosas, en apartadas y frondosas regiones, albergan lo

que desde tiempos inmemoriales permanece oculto. Pero habitualmente se muestran poco dispuestas a sacudir su letargo y tornarse comunicativas. Ciertas veces, al contemplarlas, uno siente que lo que mejor podría hacerse con ellas es demolerlas de una buena vez.

Una tarde de noviembre de 1896, mientras paseaba por la zona, se desató un aguacero tan furioso que me vi obligado a buscar refugio en una de estas casas semiderruidas por el tiempo. En verdad, hacía ya algún tiempo que recorría la región aledaña al valle de Miskatonic en procura de cierta información genealógica y en virtud de la geografía del lugar y de la propia índole de mis movimientos, pese a la época del año, había decidido servirme de una bicicleta. De este modo, la tarde en cuestión me había encontrado en un camino de aspecto abandonado, por el que me había aventurado creyéndolo el atajo más conveniente para ir hasta Arkham. En este tránsito, cuando me encontraba en el punto más alejado de cualquier pueblo, el cielo pareció derrumbarse en un violento diluvio y no tuve otra alternativa que correr hacia un ruinoso edificio de madera que surgió en mi reducido campo visual. Flanqueada por dos enormes olmos ya casi sin hojas y recostada contra un cerro rocoso, desde un primer momento la casa no me inspiró ninguna confianza. Las empañadas ventanas, como taimados ojos entrecerrados, los cimientos aún con la mayor solidez y las paredes exteriores bastante enteras, significaban elementos básicos que se correspondían con otros tantos que aparecían en leyendas que había recogido en mis investigaciones y que me predisponían contra lugares como al que entonces debía recurrir. En efecto, la fuerza de la tempestad era tal que no tuve más que desechar mis aprensiones, lanzar la bicicleta por la pendiente enmarañada de malezas que llevaba hasta la casa y así pronto me encontré ante la puerta que, de cerca, mostraba una gran sugerencia.

Llegué con la convicción que no podía tratarse sino de una casa abandonada, pero al estar frente a ella, algunos indicios, por ejemplo los senderos cubiertos de maleza pero no desdibujados, me hicieron pensar que el lugar no se encontraba totalmente abandonado. Por eso, en vez de abrir la puerta sin más, opté por golpear cautelosamente; mientras tanto se iba apoderando de mí una



ansiedad cuyas fuentes no sabría explicar. De pie sobre la roca que hacía las veces de escalón de entrada, me dediqué a examinar las ventanas que tan mal me habían impresionado desde lejos y pude comprobar que, pese al deterioro del tiempo y a la mugre que las cubría, ni los marcos ni los vidrios estaban rotos. Evidencia adicional para mi sospecha que pese al abandono y al aislamiento, la casa debía estar habitada. Sin embargo, los golpes en la puerta no tenían la menor respuesta. Volví a golpear en la puerta y tras una prudente espera, que también resultó infructuosa, me decidí a hacer girar el oxidado picaporte; sin demasiada sorpresa advertí que la puerta estaba destrabada. Ingresé a un vestíbulo pequeño, de cuyas paredes se desprendía el yeso. A través de la puerta se deslizaba un olor especialmente desagradable. Aún con la bicicleta en la mano, ya en el interior, cerré la puerta tras de mí. Descubrí una escalera angosta que terminaba en una también estrecha puerta y que, sin duda, debía llevar al sótano. A la izquierda y a la derecha se veían otras tantas puertas que debían comunicar con las otras habitaciones de la planta baja.

Apoyé la bicicleta contra la pared, abrí la puerta de la izquierda e ingresé a una habitación pequeña, de techo muy bajo, iluminada por dos ventanas con vidrios casi opacos por el polvo y las telarañas, y prácticamente sin muebles. Parecía haber sido una sala de estar, si se tenía en cuenta el mobiliario constituido por una mesa, algunas sillas y una gran chimenea sobre cuya repisa se veía un antiguo reloj del que aún se oía el tic-tac. Había algunos libros, aunque la difusa luz que llegaba hasta aquel lugar me impedía leer sus títulos. Me resultaba interesante lo arcaico que se respiraba en cualquiera de los detalles de aquel lugar. Estaba acostumbrado a encontrar abundantes reliquias del pasado en las casas de la región, pero aquí era impresionante la presencia de lo antiguo; por ejemplo, en la habitación donde me encontraba no había un solo objeto que correspondiera a una fecha posterior a la Revolución. Pese a la modestia del mobiliario, aquella casa hubiese sido el paraíso de un coleccionista.

La animadversión que había concebido hacia la casa al verla desde lejos no hizo más que crecer a medida que iba recorriendo con la mirada el panorama que se me presentaba. Fue imposible determinar cuál era la fuente que me

inspiraba temor o desagrado; baste con decir que había algo vago en la atmósfera que me hacía pensar en reminiscencias de tiempos licenciosos, en la más crasa brutalidad, en situaciones que más valía sepultar en el olvido. Nada me invitaba a sentarme tranquilamente a esperar que cesara la lluvia, así que continué dando vueltas y examinando los objetos que había descubierto al entrar. Me llamó la atención un libro de formato mediano que estaba sobre la mesa; su aspecto era tan gutemberiano que sorprendía verlo fuera de un museo. Tenía encuadernación en cuero guarnecido en metal y su estado de conservación era excelente. Por cierto que no era cosa de todos los días encontrar semejante volumen en una casa tan modesta. Lo abrí y con sorpresa descubrí que se trataba de la descripción del Congo que hace Pigafetta a partir de las observaciones del marinero Lope; estaba escrito en latín y había sido impreso en Frankfurt en 1598. Muchas veces había oído hablar de aquella obra, curiosamente ilustrada por los hermanos de Bry, así que absorto en su examen terminé por olvidar el malestar que me producía el lugar. Las ilustraciones eran verdaderamente singulares, decididamente inclinadas hacia la imaginación, con relativa fidelidad a las descripciones del texto: una presencia recurrente en ellos era la de los negros de piel blanca y rasgos caucásicos. Estuve un largo rato hojeando el precioso volumen y habría seguido así mucho más si una trivialidad no hubiese venido a fastidiarme y a revivir mi desasosiego. Me irritaba el hecho que, lo quisiera o no, el libro se abría siempre en la Lámina XII, una estremecedora representación en las caníbales Anziques. No dejé de avergonzarme por semejante exceso de susceptibilidad, pero en verdad subsistía la circunstancia que aquel grabado no me gustaba en lo más mínimo, especialmente en los detalles que referían la gastronomía anziqueña.

Lo dejé sobre la mesa y me volví hacia el estante que había advertido al comienzo. Había pocos libros, una Biblia del siglo XVIII, un *Pilgrim's Progress* del mismo siglo ilustrado con burdos grabados de madera e impreso por el autor de almanaques Isaiah Thomas, un lamentable *Magnolia Christi Americana* de Cotton Mather y unos pocos volúmenes más de la misma época. De prontotodo mi cuerpo se tensó al escuchar el inconfundible sonido de pasos en la habitación

de arriba. La sorpresa se debía a la falta de respuesta a mis reiterados llamados a la puerta, pero no tardé en calmarme pensando que fuera quien fuese seguramente acababa de despertarse de una profunda siesta y, ya con mucha mayor tranquilidad, recibí el sonido chirriante de la escalera acusando a alguien que descendía por ella. Eran pasos firmes, aunque parecían transmitir algo de cautela. Por mi parte había tenido la precaución de cerrar tras de mí la puerta de la habitación en la que ahora me encontraba. Se produjo un silencio al otro lado de la puerta, tiempo en el que seguramente quien fuese se dedicaba a examinar la bicicleta que había dejado apoyada contra la pared. Luego escuché un familiar movimiento en el picaporte y vi como la puerta se abría.

Por ella apareció alguien con una apariencia tan peculiar que si no la recibí con un grito de asombro fue debido a mi muy esmerada y controlada educación. Se trataba de un anciano de barba canosa, vestido sólo con andrajos, pero con un rostro y un porte que inspiraban admiración y respeto. Medía no menos de un metro noventa y pese a su aspecto general y a la clara miseria en que se encontraba, era de complexión fuerte y casi deportiva. Oculta por una barba que le cubría totalmente las mejillas, la piel de su cara mostraba un tinte extraordinariamente rosado y casi no tenía arrugas. Los ojos azules, ligeramente empañados en sangre, eran de una notable vivacidad y proyectaban miradas de honda intensidad. De no ser por su apariencia bizarra, el hombre hubiese impuesto su porte distinguido y su excepcional contextura física. Precisamente, el aspecto estrafalario era el que lo contaminaba irremediablemente con un aire repulsivo. No es posible describir lo que en otro tiempo había constituido su vestimenta, ahora reducida a un montón de jirones que caían sobre un par de botas de caña. Tampoco es posible dar cuenta del grado de suciedad de toda su persona.

Todo ello, más el miedo instintivo que me poseía desde antes de su llegada, produjo en mí un sentimiento de hostilidad hacia el anciano. Sin embargo, fue una gran sorpresa verlo, en abierta contradicción con su aspecto y con los sentimientos que experimentaba, como me invitaba con un elegante gesto a que tomara asiento y dirigirse en voz débil, pero muy agradable, para

expresarme su respetuosa hospitalidad. Manejaba un idioma particular, una especie de variante del dialecto yanqui a la que suponía extinguida hacía mucho tiempo y que ahora encontraba ocasión de estudiar, mientras conversábamos tranquilamente frente a frente.

- ¿Lo sorprendió la lluvia? - inició la conversación -. Afortunadamente se hallaba cerca de la casa. Supongo que debí haber estado dormido... De lo contrario, lo habría escuchado... No soy joven y necesito dormir muchas horas todos los días. ¿Va muy lejos? No es mucha la gente que pasa por ese camino desde que suprimieron la diligencia de Arkham.

Le dije que efectivamente me dirigía a Arkham y me disculpé por haber irrumpido de aquel modo en su casa. El anciano volvió a hablar.

- Me alegra verlo, caballero. Son muy pocas las caras nuevas que suelen verse por aquí y no hay mucho con qué entretenerse. Supongo que usted es de Boston. Nunca estuve allí, pero soy capaz de distinguir a alguien de esa ciudad con sólo verle. En el 84 tuvimos un maestro para todo el distrito, pero un día se fue y nadie volvió a saber de él.

El anciano soltó una especie de risa contenida y no me respondió sobre la causa de la misma al preguntarle yo. Parecía de muy buen humor, pero evidenciaba las excentricidades propias de alguien con su apariencia. Durante un rato siguió hablando solo, como si encontrara un señalado placer en ello, hasta que se me ocurrió preguntarle cómo había llegado hasta sus manos un libro tan raro como el *Regnum Congo* de Pigafetta. Aún no me había recobrado del asombro que me produjo encontrar aquel volumen allí y por algunos momentos había contenido mis deseos de hablar acerca de ello, pero finalmente mi curiosidad triunfó por encima de todas las demás aprensiones. Afortunadamente, la pregunta no supuso el ingreso a algún tema embarazoso para mi anfitrión, quien se entregó a una locuaz explicación.

- ¿El libro africano? Se lo cambié al capitán Ebenezer Holt, creo que en el año 68, antes que él muriera en la guerra, por algún objeto que ahora no recuerdo.

El nombre Ebenezer Holt hizo que prestara atención de inmediato. Durante mis pesquisas genealógicas me había topado con aquel nombre, pero no había podido encontrar datos preciso acerca de él desde los tiempos de la Revolución. Se me ocurrió que aquel hombre podría ayudarme en la ubicación de esos datos, pero decidí aplazar la pregunta para después. Mientras tanto, él continuaba con su relato:

- Ebenezer navegó durante muchos años en una nave mercante de Salem y no había puerto donde anclara en el que no se encaprichara con alguna bendita rareza. Me parece que este libro lo había adquirido en Londres. Le gustaba mucho visitar las tiendas para comprar estas cosas. Cierta vez visité su casa en las montañas, donde había ido a vender caballos, y vi este libro. Me gustaron mucho los grabados y le propuse cambiárselo. Es un libro muy raro. Veámoslo... Necesito mis lentes...

El anciano introdujo una mano entre sus harapos y de allí sacó un par de lentes mugrientos e increíblemente antiguos, de aquellos con pequeñas lentes octogonales y patillas de acero. Se las caló, tomó con sumo cuidado el libro y se puso a pasar las páginas.

- Ebenezer podía leer este libro. Está en latín. ¿Lo sabía? Dos o tres maestros me leyeron algunas partes, el reverendo Clark, de quien se rumorea que murió ahogado en la laguna, también me leyó algo... ¿Usted entiende lo que dice?

Le dije que sí y para corroborarlo le traduje un fragmento del principio. Tal vez cometí algunos errores, pero el anciano no era ningún latinista que pudiera corregirme. Además, parecía encantado con mi versión. Su cercanía se iba intensificando y, al mismo tiempo, haciéndoseme cada vez más insoportable, pero no se me ocurría modo alguno de recuperar la distancia sin que se sintiera ofendido. Me regocijaba el infantil entusiasmo de aquel anciano ignorante ante los grabados de un libro que no podía leer; me preguntaba si acaso sabría leer los libros en inglés que estaban sobre el estante. Reparé en esa sencillez y de pronto sentí como ridículos todos los temores que había estado alentando.

- Es curioso como los grabados pueden hacerlo pensar a uno. Veamos, por ejemplo, éste que está al comienzo. ¿Ha visto usted alguna vez árboles más grandes que éstos, con hojas tan enormes colgando de las ramas? Y estos hombres..., no pueden ser negros..., da la impresión que fueran indios, a pesar que están en África. Algunos de estos seres que están aquí miran como si fuesen monos, o medios monos y medio hombres. Nunca oí de nada parecido a esto - dijo señalando una extraña criatura que semejaba un dragón con cabeza de lagarto.

- Sin embargo, todavía no hemos visto el mejor de todos. Veamos, está por aquí, en la mitad del libro... - su hablar se volvió más pastoso y sus ojos se encendieron con un extraño brillo. El libro se abrió inevitablemente en la página que contenía la Lámina XII. Me volvió a asaltar la sensación de intranquilidad, aunque traté que ella no se reflejara en mi rostro. Volví a mirarla y comprobé que lo realmente curioso era que el artista había dibujado a los africanos como si se tratase de hombres blancos. De las paredes del establecimiento colgaban piernas y brazos, en un espectáculo ciertamente repugnante, mientras que el carnicero, hacha en mano contribuía al clímax. No obstante, mientras a mí aquel cuadro me horrorizaba, al anciano, en cambio, le encantaba.

- ¿Qué le parece? ¿A que nunca ha visto nada parecido? Apenas lo vi, le dije a Eb Holt que era algo como para calentarle la sangre a uno. Cuando leo en las Escrituras acerca de matanzas - la de los medianitas, por ejemplo - me imagino escenas así. Aquí está todo lo que se precisa para imaginárselo. Tal vez sea pecado, pero, ¿acaso no vivimos todos en pecado? Cada vez que veo a este hombre cortado en pedazos siento como un hormigueo que me recorre todo el cuerpo. No puedo apartar la vista del grabado. ¿Ve cómo el carnicero cortó los pies de un solo hachazo? Sobre el banco está la cabeza y un brazo; el otro está más lejos...

En su peculiar lengua, el anciano era poseído por un siniestro éxtasis, su velluda cara cobró una intensa expresividad, pero curiosamente el tono de su voz iba desvaneciéndose. Por mi parte, era un mar de sensaciones encontradas. Había vuelto a sentir todo el terror que difusa e intermitentemente me había rondado

desde que vi la casa, produciéndome un fuerte rechazo hacia aquella abominable criatura que tenía a mi lado. No podía comprender la locura y la perversión de la que hacía ostentación, pero lo que más me estremecía era su voz, que ahora no pasaba de ser un ronco susurro mucho más horrible que cualquier aullido.

- Realmente, es muy curiosa la capacidad de los grabados para hacerlo pensar a uno. Me refiero a éste, joven. Cuando Eb me dio el libro solía entregarme a mirarlo muy a menudo, especialmente después que el empelucado reverendo Clark despotricaba todos los domingos. Si no se asusta, joven, me permitiré contarle una travesura que se me ocurrió cierta vez. Antes de sacrificar las ovejas para venderlas en el mercado, acostumbraba mirar el grabado. Era mucho más agradable matar las ovejas luego de mirarlo...

La voz del anciano continuaba adelgazándose; por momentos no podía oír algunas de sus palabras que eran tapadas por el ruido de la lluvia o por el golpeteo de algunas maderas sueltas. Súbitamente se descargó el ruido de un rayo, fenómeno ciertamente extraño para la época del año en que nos encontrábamos. El resplandor primero y el ruido a continuación produjeron el estremecimiento hasta de los cimientos de la casa. Sin embargo, el anciano, totalmente abstraído en su relato, parecía no haberlo advertido.

- Matar ovejas era muy agradable..., ¿sabe usted?..., pero no era tan agradable. Es verdaderamente extraño como uno llega a entusiasmarse con un grabado. Confío en que usted no revelará lo que voy a decirle. Le juro por Dios que veía el grabado y se me desataba un hambre de alimentos que no podía comprar ni cultivar..., no se ponga nervioso..., ¿le sucede algo? Después de todo no hice nada... Sólo me preguntaba qué habría sucedido de haberlo hecho... Se dice que la carne es buena para el cuerpo humano, que renueva la vida, así que me preguntaba si el hombre no podría prolongar mucho más su vida si se diese a consumir una carne más parecida a la suya...

En este punto el susurro del anciano se extinguió completamente. La interrupción no se debió al terror que evidentemente yo no podía disimular, ni a la tempestad cada vez más furiosa. La razón estuvo dada por un hecho mucho más sencillo, aunque extraordinario.

Frente a nosotros se hallaba el libro abierto, naturalmente con el abominable grabado mirando hacia arriba. Al pronunciar el anciano la frase *más parecida a la suya*, se oyó un sutil goteo sobre el papel amarillento del grabado. En un principio pensé que se trataría de una gotera que se había filtrado por alguna de las tantas grietas del techo, pero la lluvia no es roja. Sobre la carnicería de los caníbales de Anzique refulgía una pequeña gota de color rojo que agregaba una intensidad adicional al ya de por sí espantoso detalle. Fue al ver esa gota que el anciano dejó de hablar; de inmediato alzó la cabeza dirigiendo la mirada al piso de la habitación de la que había bajado un rato antes. Acompañé la trayectoria de su mirada y exactamente encima de nosotros vi una gran mancha irregular de una sustancia húmeda y carmesí que parecía ir expandiéndose a medida que la mirada continuaba posada sobre ella. Permanecí inmóvil y en silencio donde me encontraba, pero sin poder aguantar el espectáculo cerré los ojos. Instantes después oí cómo se descargaba otro descomunal rayo, que esta vez acertó de lleno en la casa haciéndola saltar por los aires y disipando para siempre sus inextricables secretos. También derramó el olvido, que permitió la salvación de mi mente.

## LA TRANSICIÓN DE JUAN ROMERO

---

H. P. LOVECRAFT<sup>10</sup>

Preferiría no hablar acerca de lo que ocurrió en la mina Norton entre el 18 y el 19 de octubre de 1891. Tan sólo mis obligaciones para con la ciencia es lo que me lleva a rememorar, ya sobre el final de mi vida, sucesos y episodios doblemente insoportables por su carga de horror y por mi incapacidad de transcribirlo. Pese a todo, me parece que antes de abandonar este mundo debo

---

<sup>10</sup> The transition of Juan Romero.



dejar testimonio de todo cuanto sé sobre lo que podríamos llamar la transición de Juan Romero.

A la posteridad seguramente no le interesará ni mi nombre ni mi procedencia. En verdad, es mejor que sean ignorados, puesto que cuando alguien emigra súbitamente a las colonias sepulta tras sí su pasado. Y, por otra parte, lo que alguna vez fui nada tiene que ver con lo que me propongo referir, salvo que tal vez sirva para explicar la peculiar circunstancia que durante mi servicio militar en la India solía sentirme más cómodo con los maestros hindúes de blanca barba que con mis propios compañeros oficiales. Me había dedicado a estudiar con mucha pasión la curiosa sabiduría oriental, cuando cayeron sobre mí las desdichas que me obligaron a rehacer mi vida en el vasto Oeste de Norteamérica, vida que me pareció prudente transitar con otro nombre, con el que se me conoce ahora, nombre muy vulgar y sin importancia alguna para los hechos que voy a contar.

En el transcurso del verano y el otoño de 1894 permanecí en las aburridas regiones de los Montes Cactus trabajando como peón en la mina Norton. Ésta había sido descubierta pocos años antes por un viejo buscador de oro, con lo que toda la región había pasado de ser un desierto solitario a una agitada tierra en la que bullía una vida muy poco recomendable. Bajo el lago de la montaña, el viejo buscador de oro se había encontrado con una caverna del precioso metal, con la que logró una riqueza infinitamente mayor a la que había soñado en sus más desaforados delirios. En ese entonces la mina era objeto de constantes perforaciones por orden de la compañía que finalmente se había hecho cargo de su explotación. Aparecieron nuevas grutas y la producción de oro era muy abundante. Por eso, en el lugar se había establecido un ejército de mineros que día y noche se entregaba a la afanosa búsqueda del metal entre las galerías y oquedades trabajadas en las entrañas rocosas. Mr. Arthur se llamaba el superintendente; era un hombre que se pasaba explicando a quien quisiera escucharlo las especiales conformaciones geológicas locales y de ellas infería la probable extensión de las vetas y el futuro de la actividad minera en la zona.

Suponía que las cavidades que contenían oro eran fruto directo de la acción del agua y que no tardarían en llegar a las últimas.

Al poco tiempo de estar trabajando en la mina Norton, llegó, con el mismo propósito, Juan Romero. Pertenecía a esa inmensa masa de mexicanos desarraigados que llegaban desde el país vecino. En un principio sólo llamó la atención por su rostro, el que, aunque inconfundiblemente del tipo piel roja, tenía un notable tono claro; asimismo, sus rasgos eran curiosamente finos, muy distintos, por cierto, de los chicanos corrientes o de los piuta de la región. Pero, pese a las diferencias que mostraba con respecto a los indios puros o a los hispanizados, Romero no acusaba ningún rasgo que sirviese para afiliarlo a la sangre caucásica. Claramente no se lo podría confundir jamás ni con el pionero americano ni con el conquistador castellano, sino con el noble y ancestral azteca, cuyos destellos refulgían en ese taciturno peón cuando, por ejemplo, se levantaba muy temprano para ver asomar el sol por encima de los montes orientales, para luego extender los brazos hacia la inmensidad como cumpliendo algún rito cuyo significado probablemente ni siquiera él mismo conocía. Sin embargo, excepto en su semblante, nada había en Romero que supusiese nobleza.

Desprolijo y bruto, estaba a sus anchas entre los otros mexicanos de piel oscura y, de acuerdo con las informaciones que me habían llegado, había tenido origen en ambientes de baja calaña. Fue encontrado, muy pequeño, en la puerta de una precaria choza levantada en la ladera de la montaña: era el único sobreviviente de las tantas epidemias que periódicamente diezmaban a la gente más humilde. No muy lejos de la choza, en una fisura de la roca, yacían dos esqueletos trabajados por los buitres, los que seguramente pertenecían a los padres. Nadie sabía cómo se llamaban y muy pronto nadie volvió a recordarlos. Poco después, la choza terminó de derrumbarse y un alud selló la falla en la roca, lo cual contribuyó a borrar todos los rastros de la primera infancia de Romero. Fue criado por un cuatrero, de quien tomó el apellido, y en nada se diferenciaba de sus compañeros.

El aprecio que Romero me fue dispensando, con toda seguridad tuvo origen en el antiquísimo y extraño anillo hindú que solía usar en las horas en que

no trabajaba. No recuerdo nada acerca de su origen ni tampoco cómo había llegado a mis manos. Era el último objeto que me quedaba de una etapa de mi vida que se había cerrado definitivamente y, tal vez por eso, tenía un valor especial para mí. De inmediato advertí que el anillo suscitaba un ostensible interés en el mexicano; se trataba de una atracción que excedía claramente la mera codicia. Los jeroglíficos inscriptos en él parecían activar en su mente algún misterioso recuerdo, ya que era totalmente imposible que lo hubiese visto antes. A las pocas semanas de conocerlo, Romero se había convertido en una especie de criado mío, aunque yo era tan sólo un minero más. Pocos eran los temas que alimentaban nuestras conversaciones. Él sabía muy poco inglés y el escaso español que yo conocía no era precisamente el de la jerga que hablaban los mexicanos de las minas.

Los hechos que voy a referir carecieron de vaticinios. Pese a que Romero había suscitado mi interés, del mismo modo que mi anillo había despertado el de él, supongo que ninguno de los dos esperaba el curso que los acontecimientos seguirían luego de la gran explosión. La peculiar disposición geológica de la zona determinaba que la prolongación de la galería debía hacerse hacia abajo, desde el punto más profundo al que habíamos llegado; los cálculos del superintendente pronosticaban que sólo encontraríamos roca viva, razón por la cual decidió colocar una gran carga de dinamita. Ni Romero ni yo trabajábamos en esta galería, de modo que los detalles los conocimos a través de otros trabajadores. Al parecer, la carga había sido mucho más fuerte de lo previsto, produciendo el estremecimiento de toda la montaña. Las ventanas de los barracones sobre la ladera saltaron en pedazos y los hombres en las galerías cercanas fueron derribados por la intensidad de la explosión. El lago Jewel, ubicado exactamente encima del punto de la detonación, se encrespó como en medio de una tempestad. Una vez inspeccionado el sitio de la explosión, se descubrió un nuevo abismo bajo el punto dinamitado, un abismo tan insondable que resistía las cuerdas más prolongadas y todos los intentos de iluminar su fondo. Tras el desconcierto de los mineros, el superintendente ordenó que se

empalmaran todas las cuerdas disponibles y las fueran soltando lentamente hacia abajo.

Luego de muchos intentos, los excavadores informaron que habían fracasado en su intento de llegar hasta el fondo. Con toda firmeza, declararon que no volverían a ese lugar hasta que no se cerrara el acceso al abismo: no volverían a trabajar en la mina hasta entonces. El asunto escapaba a cualquier marco que les pudiera proporcionar su experiencia. El superintendente aceptó la decisión y se entregó a profundas reflexiones y a elaborar denodados planes. Durante la noche nadie entró a la mina.

Pasada la medianoche, un coyote de la montaña se hizo presente con su lastimero aullido. Desde adentro, un perro le respondió. En torno a los picos de la cordillera comenzaba a formarse una tormenta y unas nubes de aspecto espectral avanzaban ominosas cubriendo los retazos de cielo que la luna trataba de mantener iluminado. Desde la litera de arriba, me despertó la voz de Romero con un tono excitado y expectante:

- ¡Santo Dios!... El sonido..., ese sonido... ¿Lo oye usted? ¡Señor! ¿Lo oye?... Ese sonido...

Pese a que no sabía a qué se refería, presté atención. Lo único que oía era la tormenta, el perro y el coyote. La tormenta iba *in crescendo* y el aullido del viento era cada vez más intenso. En el ventanal del barracón refulgían los destellos de los relámpagos. En verdad, no oía otra cosa; por eso me dirigí al mexicano enumerándole los sonidos:

- ¿El coyote?... ¿El perro?... ¿El viento?...

Romero no me contestó. Como en un trance, comenzó a murmurar:

- El latido, señor..., el latido de la tierra... ¿No siente, señor, el latido de la tierra?...

Entonces yo también lo oí, mientras me recorría un estremecimiento. Muy en lo profundo, se escuchaba un latido, un ritmo tal como había dicho mi compañero. Era débil, pero conseguía hacerse perceptible a través del coyote, del perro y de la furia de la tempestad. Parecía el ruido de los motores de un gran transatlántico, tal como se lo oye desde la cubierta, aunque en este caso había

algo indefinible que lo hacía menos mecánico, más cargado de vida. Impresionaba la profundidad de la que parecía provenir. Inexplicablemente acudieron a mi memoria fragmentos del pasaje de Joseph Gavin que tan magistralmente Poe describe en *Un descenso al Maelstrom*.

«...La inmensidad, la profundidad y la inexorabilidad de sus obras, que tienen una hondura mucho mayor que la del pozo de Demócrito.»

De pronto, Romero se tiró de su litera, se paró frente a mí concentrándose en la observación del peculiar anillo que yo tenía, el que destellaba extrañamente con cada nuevo relámpago. Poco después, su mirada se alzó para clavarse en dirección al pozo de la mina. También me levanté y permanecimos un rato inmóviles tratando de captar el misterioso sonido que ahora sí tenía un hálito vital. Supongo que sin darnos cuenta de lo que hacíamos, ambos comenzamos a caminar hacia la puerta, cuyo golpeteo tenía la virtud de proporcionar un anclaje terrenal a la escena. El coro de las profundidades □de ese modo se me presentaba ahora el fenómeno□crecía en intensidad y en claridad, al tiempo que ejercía sobre nosotros una atracción que nos llevó a desafiar la tormenta, salir y encaminarnos hacia el abismo que había abierto la explosión.

En el camino no encontramos ningún ser vivo, puesto que los hombres que habitualmente estaban de guardia habían sido exonerados de sus funciones y era casi seguro que en esos momentos se encontrarían en el poblado cercano instilando siniestras murmuraciones en los complacientes oídos de los parroquianos. Romero había apretado el paso y yo lo seguía sin preguntar nada.

Ya en el pozo, el sonido subterráneo se hizo mucho más complejo. Resonaba atrozmente parecido a los ecos de una ceremonia oriental, con tambores al fondo y coros más en primer plano. Ya dije que viví mucho tiempo en la India. El mexicano y yo avanzábamos resueltamente, dejando atrás una tras otra una infinidad de galerías, bajando escaleras, atraídos irresistiblemente por aquello que al mismo tiempo nos producía un terror que nos helaba la sangre. Por un momento creí enloquecer. Ocurrió cuando de pronto me pregunté de dónde salía la luz que iluminaba nuestro camino, ya que no había lámparas ni velas por

ninguna parte. Despavorido, comprobé que la luz brotaba del anillo, difundiendo una luminosidad espectral en el húmedo y pesado ambiente que nos envolvía.

Luego de llegar al pie de una de las tantas escaleras que se presentaban en nuestro camino, Romero echó a correr dejándome abandonado. Una nota distinta y salvaje en la extraña melodía de voces y tambores había provocado la súbita reacción del mexicano, quien con un escalofriante grito se echaba enceguecido en la oscuridad del abismo. Oía sus gritos mientras avanzaba tambaleante por las galerías o me lanzaba alocadamente por las desvencijadas escaleras. A pesar del miedo que me embargaba, podía reconocer que las voces que profería, claramente articuladas, pertenecían a una lengua absolutamente desconocida para mí. Unas palabras de varias sílabas ásperas habían sustituido su habitual idioma conformado por una mezcla de mal castellano y pésimo inglés. De ese idioma, sólo pervivía un grito reiterado, Huizilopotchli, nombre que me resultaba familiar. Buscando en mi atribulada memoria lo recordé de la lectura de las obras de un gran historiador y, al relacionar su sentido con la circunstancia que vivíamos, no pude menos que estremecerme.

El punto culminante de aquella noche de espanto fue la consecuencia de varios factores combinados y tuvo su comienzo en el momento en que llegué a la última escalera. De la espesa negrura que tenía delante de mí brotó un nuevo aullido del mexicano, seguido por un coro gutural de una especie tal que es casi imposible oírlo y continuar con la razón indemne. Trasmitía la impresión que todas las atrocidades que anidan en la tierra se unían en un esfuerzo común para aniquilar todo lo que fuese humano. En ese preciso momento se apagó la luz de mi anillo, pero vi cómo surgía una especie de resplandor unos metros por debajo de donde yo me encontraba. Estaba en la boca misma del abismo que se había engullido a Juan Romero. Me asomé a la oscuridad que había resistido todos los intentos de encontrarle el fondo, ahora convertido en un infierno de llamas y espantosos rugidos. En un primer momento sólo vi una suerte de magma informe y bullente. Pero al cabo de un rato empezaron a consolidarse ciertas formas a la distancia y entre ellas vi a..., ¿era, en verdad, Juan Romero? ¡Dios!, no sé si contar lo que vi. Una desconocida y afortunada circunstancia, un poder celestial

se compadeció de mi desdicha, desvaneció las visiones y los sonidos en un estallido como el que produciría el choque de dos universos en el espacio, se produjo el caos y, con él, la bienhechora paz del olvido.

Ignoro cómo referir los hechos que rodeaban tan singular experiencia; lo más difícil para mí es discriminar lo real de lo aparente, así que seguiré adelante del mejor modo que me sea posible. Al despertar me encontraba perfectamente a salvo en mi litera, mientras que el rojizo resplandor del amanecer se filtraba por la ventana del barracón. Sobre una mesa, a cierta distancia, yacía el cuerpo sin vida de Juan Romero, rodeado por algunos compañeros y el médico de la mina. El comentario giraba en torno al extraño modo en que había fallecido mientras dormía. Según conjeturaban, su muerte habría tenido algo que ver con la horrible explosión que había conmovido la montaña. Sin embargo, fue imposible establecer una conexión directa y ni siquiera la autopsia reveló la causa que había hecho que el mexicano abandonara el mundo de los vivos. La conversación me sirvió también para enterarme que ni Romero ni mucho menos yo, habíamos abandonado el barracón en ningún momento de la noche; ni siquiera nos habíamos despertado durante la terrible tormenta que había barrido los montes Cactus. Según lo que contaban los hombres, esa tempestad había provocado un gigantesco derrumbe que tapió definitivamente el abismo que tantas aprensiones había suscitado el día anterior. Le pregunté al guardián qué se había escuchado antes del gran estrépito y me contestó que solamente a un coyote, a un perro y las huracanadas ráfagas de viento. Sólo eso. No puedo dudar de su palabra.

Los trabajos comenzaron de nuevo al día siguiente. El superintendente Arthur pidió la colaboración de algunos hombres de su mayor confianza para hacer un reconocimiento del lugar donde había estado el abismo. Con muchas precauciones llegaron al sitio y se dedicaron a practicar una profunda perforación. Luego de ingentes esfuerzos llegaron a extrañas conclusiones. La parte superior del abismo no aparecía gruesa en demasía; los barrenos chocaban con una roca muy sólida. No encontraron nada más; de oro, ni rastros. Tras estas comprobaciones, el superintendente ordenó abandonar las tareas. No obstante,

por ese entonces solía vérselo ante su escritorio meditando, con semblante perplejo.

Debo consignar otro detalle digno de interés. Después de enterarme por las conversaciones de los circundantes sobre la muerte de Romero, advertí la falta del anillo hindú de mi mano. Grave desazón me produjo el descubrimiento, aunque en el fondo de mi alma no pude ocultar un dejo de alivio al saber que ya no estaba más conmigo. Si alguno de mis compañeros lo había tomado, debió haberlo ocultado con mucha astucia porque pese a la revisión que hizo la policía, el anillo no apareció. Sin embargo, dudo que algún mortal lo robara; en la India había aprendido muchas cosas extrañas.

Nunca he conseguido mantener un único punto de vista acerca de esta experiencia. Durante el día, y la mayor parte del año, tiendo a pensar que todo no fue más que el producto de un sueño. Pero ciertas veces, en otoño, y hacia las dos de la mañana, cuando el viento desatado gime furioso y los animales aúllan, de insondables profundidades surge una suerte de latido rítmico. Es entonces cuando tengo la profunda convicción que efectivamente aquella noche siniestra Juan Romero sufrió una terrible transición.

## **EL HORROR DE RED HOOK**

---

**H. P. Lovecraft<sup>11</sup>**

### **I**

No hace muchas semanas, en la esquina de una calle del pueblo de Pascoag, Rhode Island, un peatón alto, de constitución fuerte y aspecto saludable, dio mucho que hablar a causa de su singular comportamiento. Al parecer, había bajado por la carretera de Chepachet, y al llegar a la parte más densa había torcido a la izquierda, por la calle principal, donde varios bloques de modestos

---

<sup>11</sup> The horror at Red Hook



establecimientos dan cierta impresión de núcleo urbano. Al llegar allí, y sin causa aparente, manifestó su singular comportamiento: miró un segundo de forma extraña hacia el más alto de los edificios, y luego, profiriendo alaridos aterrados e histéricos, inició una frenética carrera que concluyó cuando tropezó y cayó en el cruce siguiente.

Unas manos solícitas le recogieron y le sacudieron el polvo, descubriéndose entonces que estaba consciente, físicamente ileso, y claramente repuesto de su repentino ataque de nervios. Murmuró unas avergonzadas explicaciones sobre cierta tensión que había soportado, se encaminó con la cabeza gacha hacia la carretera de Chepachet y emprendió el regreso sin volver la vista atrás ni una sola vez. Encontraron extraño que le sucediera a un hombre tan corpulento, robusto y de aspecto tan normal un percance semejante; extrañeza que no disminuyó al oír los comentarios de uno de los mirones, que le habla reconocido como el huésped de un conocido lechero de las afueras de Chepachet.

Resultó ser un detective de la policía de Nueva York llamado Thomas F. Malone, el cual se encontraba disfrutando de un largo permiso, para someterse a tratamiento médico, tras un trabajo excepcionalmente arduo en un espantoso caso local de dramáticas consecuencias. Varios edificios de ladrillo se habían derrumbado durante una redada en la que él había participado, y hubo algo en la mortandad general, entre detenidos y compañeros suyos, que le habla horrorizado de manera especial. A causa de ello, habla adquirido un horror agudo y anómalo a todo edificio que se pareciese siquiera remotamente a los que se habían derrumbado, de manera que al final los psiquiatras le prohibieron contemplar cualquier edificio de ese tipo durante algún tiempo. Un médico de la policía que tenía familia en Chepachet sugirió que dicha aldea, formada por casas coloniales de madera, podía ser un lugar ideal para su convalecencia psíquica, y allí se habla retirado el paciente, prometiendo no aventurarse a andar por calles con fachadas de ladrillo de las grandes poblaciones hasta que le aconsejase debidamente el especialista de Woonsocket, con quien le habían puesto en contacto... Este paseo hasta Pascoag con idea de comprar revistas había sido un error, y el paciente

había pagado su desobediencia con un susto, algunas contusiones y una humillación.

Esto era cuanto sabían los chismosos de Chepachet y de Pascoag; y eso era, también, lo que los doctores especialistas creían. Pero al principio Malone había contado a los especialistas mucho más; aunque dejó de contarles nada al ver la absoluta incredulidad que reflejaban sus semblantes. A partir de entonces guardó silencio, y no protestó en absoluto cuando todos coincidieron en afirmar que había sido el derrumbamiento de los ruinosos edificios de ladrillo del sector de Red Hook, de Brooklyn, y la muerte consiguiente de muchos esforzados oficiales, lo que había ocasionado su desequilibrio nervioso. Había trabajado demasiado, dijeron, en la limpieza de aquellos nidos de desorden y de violencia; algunos detalles fueron horrorosos a todas luces, y la inesperada tragedia había supuesto la gota que colmaba el vaso. Esta era una explicación simple que todo el mundo podía entender; y como Malone no era un simple, comprendió que era preferible dejarlo así. Hablar a unas gentes sin imaginación de un horror que escapaba a toda concepción humana - de un horror que se cobijaba en casas y en edificios y en Ciudades invadidas por el cáncer y la lepra de una maldad venida de otros mundos - habría sido invitarles a que le encerrasen en una celda acolchada, en vez de permitirle un descanso temporal; y Malone era un hombre con sentido común, a pesar de su misticismo. Tenía la aguda visión del celta para las cosas preternaturales y ocultas, y el ojo vivo del lógico para lo que en apariencia era convincente, amalgama que le había llevado muy lejos en los cuarenta y dos años de su vida y le había colocado en extraños lugares para un hombre que se había formado en la Universidad de Dublín y había nacido en una villa georgiana próxima a Phoenix Park.

Y ahora, al repasar las cosas que había visto y sentido y comprendido, Malone se alegró de no haber confiado a nadie algo que era capaz de convertir a un intrépido luchador en un neurótico tembloroso, las viejas barriadas de ladrillo y las oleadas de rostros cetrinos y huidizos en algo pesadillesco y prodigiosamente siniestro. No sería ésta la primera vez que sus sentimientos se quedaran sin interpretación, pues ¿acaso no era su mismo acto de sumergirse en

el abismo políglota del hampa neoyorquina un fenómeno que escapaba a toda explicación razonable? ¿Qué podía contarles a las gentes prosaicas sobre las antiguas brujerías y las grotescas maravillas discernibles para unos ojos sensibles en este caldero inmundo donde las más diversas heces de épocas malsanas mezclaban su ponzoña y perpetuaban sus obscenos terrores? El había visto la llama verde e infernal de secreto prodigio en esa confusión estridente y evasiva de avidez exterior y de interna blasfemia, y había sonreído con desprecio cuando los neo-yorquinos que le conocían se burlaban de sus experimentos en su labor policial. Se habían mostrado muy graciosos y cínicos, y se habían reído de su búsqueda fantástica de misterios incognoscibles, asegurándole que en estos tiempos no había en Nueva York más que bajeza y vulgaridad. Uno de ellos le había apostado bastante dinero a que -pese a las numerosas cosas emocionantes que había publicado en la *Dublin Review*- no era capaz de escribir siquiera un relato verdaderamente interesante sobre la vida de los bajos fondos de Nueva York; y ahora, al reflexionar sobre ello, se daba cuenta de la ironía cósmica que había justificado las palabras proféticas al refutar secretamente su frívolo significado. El horror, como vio al fin, no podía ser objeto de relato; pues como el libro que cita la autoridad alemana de Poe, "es lasst sich nicht lesen", "no consiente en ser leído".

## II

Para Malone, la existencia producía siempre una sensación de latente misterio. De joven había percibido la oculta belleza, el éxtasis de las cosas, y había sido poeta, pero la pobreza y el sufrimiento y el exilio le habían hecho volver la mirada en direcciones más tenebrosas, y se había estremecido ante la maldad del mundo que le rodeaba. La vida diaria se había vuelto para él una fantasmagoría de sombras macabras; brillante y descocada unas veces, ocultando la corrupción con el mejor estilo de Beardsley, y, otras, sugiriendo terrores tras las formas y los objetos más corrientes, como las obras sutiles y menos llamativas de Gustavo Doré. A menudo consideraba misericordioso que la mayoría de las personas inteligentes se mofaran de los misterios más recónditos,

pues, argüía, si las mentes superiores entraran alguna vez en comunicación plena con los secretos guardados por antiguos cultos inferiores, no tardarían las anomalías no sólo en destruir el mundo, sino en amenazar la misma integridad del universo. Estas reflexiones eran morbosas, evidentemente, pero su agudo sentido de la lógica y su profundo humor las equilibraban de manera saludable. Malone se conformaba con que sus ideas se quedaran en visiones semivislumbradas y prohibidas para poder jugar con ellas con ligereza. La historia llegó sólo cuando el deber le colocó ante una revelación infernal demasiado repentina e intensa para poder soslayarla.

Hacía algún tiempo que le habían destinado a la comisaría de Butler Street, de Brooklyn, cuando tuvo noticia del caso de Red Hook. Red Hook es un laberinto de híbrida miseria próximo al barrio marineró frente a la Isla del Gobernador, con suicidas carreteras que ascienden de los muelles a un terreno elevado donde los deteriorados tramos de Clinto Street y Court Street conducen al Ayuntamiento. Sus casas son en su mayoría de ladrillo, construidas durante el segundo cuarto del siglo XIX, y algunos de los callejones y travesías más oscuros tienen sabor antiguo y seductor que la literatura convencional nos inclina a calificar de "dickensiano". La población es una mezcla y un enigma irremediables: en ella chocan entre sí componentes sirios, españoles, italianos y negros, a no mucha distancia de los cinturones escandinavo y americano. Es una babel de ruidos e inmundicia que profiere extraños gritos al contestar a las mansas olas oleaginosas que lamen los sucios espigones y a las monstruosas letanías que compone el órgano de los silbidos portuarios. Aquí imperaba hace tiempo un cuadro mucho más brillante, cuando los marineros de ojos claros pululaban por las calles inferiores, y unos hogares con más personalidad y gusto bordeaban la colina. Aún pueden descubrirse vestigios de su antiguo esplendor en las formas elegantes de los grandes edificios, las airoas iglesias, y los testimonios de un arte y un pasado originales en pequeños detalles diseminados aquí y allá: un gastado tramo de escaleras, una puerta deteriorada, un par de carcomidas columnas decorativas, o un trozo de lo que en otro tiempo fuera espacio verde, con la barandilla torcida y herrumbrosa. En general, las casas

componen bloques homogéneos, y, de cuando en cuando, se eleva una cúpula con múltiples ventanas para recordar los tiempos en que las familias de los capitanes y los armadores vigilaban el mar.

Un centenar de dialectos blasfemos asaltaban el cielo desde esta mescolanza de podredumbre material y espiritual. Hordas de merodeadores deambulaban gritando y cantando por callejones y calles; unas manos furtivas, de tarde en tarde, apagaban de pronto la luz y corrían las cortinas, y unos rostros oscuros, marcados por el pecado desaparecían de la ventana al sorprenderlos el visitante. Los policías desesperan de imponer algún orden, y tratan de levantar barreras a fin de proteger el mundo exterior del contagio. Al ruido metálico de la patrulla responde una especie de silencio espectral, y los detenidos que se llevan jamás se muestran comunicativos.

Los delitos evidentes son tan variados como los dialectos locales, y abarcan desde el contrabando de ron y la entrada clandestina de extranjeros, pasando por los diversos grados de depravación y oscuro vicio, hasta el asesinato y la mutilación en sus formas más horrendas. El hecho de que estos delitos visibles no sean más frecuentes no es ninguna honra para el vecindario, a menos que la capacidad de ocultación sea un arte digno de honra. Entra más gente en Red Hook de la que sale - al menos, de la que sale por tierra -, y los causantes de ello son los menos locuaces con toda probabilidad.

Malone encontró en este estado de cosas un vago hedor y secretos más terribles que cuantos pecados denunciaban los ciudadanos y deploraban los sacerdotes y filántropos. Sabía, como persona en que una gran imaginación se unía a conocimientos científicos, que la gente moderna que vive al margen de la ley tiende misteriosamente a repetir las pautas instintivas más oscuras de salvajismo primitivo y casi simiesco en su vida diaria y en sus observaciones rituales; y con un estremecimiento de antropólogo, habla visto a menudo desfilas procesiones, acompañadas de cánticos y blasfemias, de jóvenes de ojos turbios y rostros picados de viruela que desfilaban durante las primeras horas de la madrugada. Constantemente se veían grupos de estos jóvenes; unas veces, mirando de soslayo en las esquinas de las calles; otras, en los portales, tocando

misteriosamente instrumentos musicales de escasa calidad; otras, sumidos en un embotamiento anonadante, enfrascados en conversaciones indecentes alrededor de una mesa de algún restaurante próximo a Borough Hall, o hablando en voz baja junto a un taxi desvencijado ante el pórtico solemne de algún caserón viejo y ruinoso con los postigos cerrados. Le fascinaban y le producían escalofríos, más de lo que se atrevía a confesar a sus compañeros de cuerpo, porque le parecía ver en ellos una especie de hilo monstruoso de secreta continuidad, una pauta diabólica, misteriosa y antigua que estaba más allá y por debajo de las acciones, costumbres y guaridas investigadas con concienzudo cuidado técnico por la policía. Eran sin duda, intuía él, herederos de alguna tradición espantosa y primordial, partícipes de cultos y ritos degradados y fragmentarios, más viejos que la humanidad. Lo sugería su coherencia y su precisión, y lo revelaban los indicios de un orden subyacente bajo el sórdido desorden. No en vano había leído tratados como el *Witch-Cult in Western Europe* de Margaret Murray y sabía que había pervivido hasta los últimos años, entre los campesinos y las gentes furtivas, un tipo horrible y clandestino de reuniones y orgías que provenía de tenebrosas religiones anteriores al mundo ario, y que aparecían en las leyendas populares como misas negras y aquelarres. No creía en absoluto que hubiesen desaparecido por completo estos vestigios infernales de magia asiático-turania y de cultos de la fertilidad, y se preguntaba a menudo cuánto más antiguos y negros serían algunos de ellos de lo que se contaba en realidad.

### III

Fue el caso de Robert Suydam el que introdujo a Malone en el cogollo del asunto de Red Hook. Suydam era un hombre solitario y culto que pertenecía a una antigua familia holandesa; contó desde el principio con los medios justos para vivir con independencia, y habitaba la amplia pero mal conservada mansión que su abuelo había construido en Flatbush cuando dicho pueblo era poco más que un agradable conjunto de casas de estilo colonial alzadas en torno al templo de la Iglesia Reformada, cubierto de hiedra, con su campanario y su cementerio cercado con valla de hierro y poblado de lápidas con nombres holandeses. En su

casa solitaria de Martense Street, en medio de un jardín de árboles venerables, Suydam había leído y meditado durante seis décadas, excepto un período en que embarcó, una generación antes, rumbo al viejo continente; donde permaneció durante ocho años. No podía permitirse tener criados, admitía pocas visitas en su absoluta soledad, evitaba amistades íntimas y recibía a sus escasos conocidos en una de las tres habitaciones de la planta baja que él mismo mantenía en orden, una inmensa estancia con estanterías que llegaban hasta el techo, sólidamente atestadas de libros pesados, rotos, arcaicos y de aspecto vagamente repugnante. El crecimiento del pueblo y su absorción final por el distrito de Brooklyn no había significado nada para Suydam, quien a su vez había ido significando menos para el pueblo.

La gente mayor aún le señalaba por la calle, pero para la mayoría de la población más joven era tan sólo un tipo raro, corpulento y viejo, cuyo cabello blanco y desgreñado, barba hirsuta, traje negro reluciente y bastón con puño de oro, le valían una mirada divertida y nada más. Malone no le conoció de vista hasta que el deber le hizo intervenir en el caso, pero había oído decir que era una verdadera autoridad en supersticiones medievales, y una vez había querido echar una ojeada a un opúsculo suyo, ya agotado, sobre la cábala y la leyenda de Fausto, opúsculo que un amigo suyo había citado de memoria.

Suydam se convirtió en un "caso" cuando sus lejanos y únicos parientes trataron de obtener un dictamen judicial sobre su salud mental. La decisión de estos parientes había parecido repentina al mundo exterior, pero en realidad la tomaron sólo tras una prolongada observación y penosas discusiones. Se basaba en ciertos cambios extraños que habían apreciado en su forma de hablar y en sus hábitos, así como en extravagantes referencias a prodigios inminentes y en sus inexplicables visitas a los vecindarios de Brooklyn de mala reputación. Con los años se había ido volviendo más descuidado en su persona, hasta convertirse en un auténtico pordiosero; y los avergonzados amigos le veían a veces por las estaciones del Metro, o haraganeando en los bancos de los alrededores de Borough Hall, conversando con desconocidos de piel oscura y cara tenebrosa. Cuando hablaba, era para farfullar cosas sobre ciertos poderes ilimitados que casi

tenía bajo su control, y repetir con furtivas miradas de inteligencia palabras o nombres místicos como "Sefirot", "Asmodeo" y "Samaél". El dictamen judicial declaró que estaba consumiendo sus rentas y malgastando su peculio en la compra de extraños volúmenes, importados de Londres y de París, y en el mantenimiento de un sótano miserable en el distrito de Red Hook, donde pasaba casi todas las noches recibiendo extrañas delegaciones de gentes extranjeras, broncas y heterogéneas, y dirigiendo al parecer cierta clase de ritos ceremoniales tras las verdes y discretas persianas. Los detectives a quienes se asignó su vigilancia informaron haber oído desde el exterior extraños gritos y cánticos y ruidos de saltos, durante esos ritos nocturnos, y se estremecían ante su éxtasis y abandono, pese a las vulgares orgías que solían celebrarse en ese sector embrutecido.

Sin embargo, cuando llegó a conocerse la noticia, Suydam se las arregló para seguir en libertad. Ante el juez, su actitud fue cortés y razonable, y admitió sin reservas la rareza de conducta y extravagancia de lenguaje en que había caído a causa de su excesiva entrega al estudio y a la investigación. Se había consagrado, dijo, a la investigación de ciertos aspectos de las tradiciones europeas que requerían el más estrecho contacto con grupos extranjeros, y el conocimiento de sus canciones y sus danzas populares. La idea de que una ruin sociedad secreta le estaba devorando, como sugerían sus parientes, era evidentemente absurda; demostraba lo poco que comprendían su obra. Tras el triunfo de sus serenas explicaciones, se le dejó en libertad, y fueron retirados los detectives contratados por los Suydam, Corlear y Van Brunt con resignado disgusto.

Fue por entonces cuando se hizo cargo del caso un grupo formado por inspectores federales y policías, Malone entre ellos. La policía había seguido con interés el caso de Suydam, y había sido llamada en muchas ocasiones para que ayudase a los detectives privados. Durante este trabajo se puso de manifiesto que entre los nuevos amigos de Suydam se encontraban los más negros y depravados criminales que pululaban por los tenebrosos callejones de Red Hook, y que al menos una tercera parte de ellos eran reincidentes en casos de robo, disturbios e



introducción ilegal de inmigrantes. En efecto, no sería exagerado decir que el círculo particular del viejo erudito coincidía casi cabalmente con la peor de las camarillas organizadas que ayudaban desde tierra a pasar clandestinamente a cierta hez incalificable de asiáticos tan sabiamente devueltos por Ellis Island. En los tugurios rebosantes de Parker Place - rebautizada posteriormente - donde Suydam tenía el sótano, se había formado una inusitada colonia de gentes extrañas de ojos rasgados que utilizaban el alfabeto árabe, aunque era rechazada manifiestamente por la gran mayoría de sirios que vivían en Atlantic Avenue y sus proximidades. Todos podían ser deportados por falta de documentación, pero los mecanismos legales funcionaban con lentitud, y no se puede remover Red Hook a menos que la publicidad obligue a las autoridades a tomar tal medida.

Estos seres acudían a una derruida iglesia de piedra, utilizada los viernes como sala de baile, la cual alzaba sus contrafuertes góticos cerca de la parte más sórdida del barrio mariner. Teóricamente era católica, pero los sacerdotes de todo Brooklyn negaban al lugar toda categoría y autenticidad, y los policías coincidían con ellos cuando escuchaban el rumor que salía de ella por la noche. Malone creía oír a veces, cuando la iglesia permanecía vacía y sin luces, las notas bajas y desafinadas de un órgano secreto y terrible como si brotasen de las profundidades del subsuelo; en cuanto a los demás observadores, les amedrentaban los chillidos y golpes de tambor con que acompañaban los servicios religiosos. Al ser interrogado, Suydam dijo que creía que el ritual era un residuo de cristianismo nestoriano teñido de chamanismo del Tíbet. La mayoría de estas gentes, según él, era de origen mongólico y procedía de alguna región próxima al Kurdistán, y Malone no pudo evitar el pensar que el Kurdistán es el país de los yezidíes, últimos supervivientes de los adoradores persas del diablo. Fuera como fuese, el revuelo de la investigación de Suydam confirmó que estos recién clandestinos acudían a Red Hook en número vez mayor, entraban por el país gracias a alguna, expiración no detectada por los oficiales de aduanas ni por la policía portuaria, invadían Parker Place y se extendían rápidamente por la colina, siendo acogidos con fraternidad por los variopintos residentes de la zona. Sus figuras achaparradas y sus fisonomías característicamente bizcas,

combinadas de manera grotesca con ropas llamativamente americanas, aparecían cada vez con más frecuencia entre los maleantes y pistoleros nómadas del sector de Borough Hall; hasta que por último se juzgó necesario efectuar un censo de todos ellos, averiguar cuáles eran sus recursos y ocupaciones y ver la forma de cercarles y entregarles a las autoridades de inmigración. Malone fue asignado para esta misión por acuerdo de las fuerzas federales y locales, y cuando empezó la criba de Red Hook, percibió que se encontraba al borde mismo de unos terrores indecibles, con la figura andrajosa y descuidada de Robert Suydam como principal enemigo y adversario.

#### IV

Los métodos de la policía son diversos e ingeniosos. Malone, valiéndose de discretos paseos, cuidadosas conversaciones casuales, calculados ofrecimientos de licor y discretas entrevistas con asustados prisioneros, se enteró de bastantes detalles sueltos sobre ese movimiento que había adoptado un cariz tan amenazador. En efecto, los recién llegados eran kurdos, aunque hablaban un dialecto oscuro y desconcertante en cuanto a su exacta filología. Los que trabajaban lo hacían en su mayor parte como cargadores de muelle, o eran buhoneros sin licencia, aunque a menudo servían en restaurantes griegos y atendían en los kioscos de periódicos de las esquinas. La mayoría, sin embargo, carecía de un medio visible de subsistencia, y tenía que ver, evidentemente, con actividades del hampa, de las cuales el contrabando y el tráfico ilegal de licores eran las menos inconfesables. Casi todos habían llegado en buques de vapor y habían sido desembarcados durante noches sin luna en botes de remo que después se metían furtivamente por debajo de cierto muelle y seguían por un canal oculto, hasta un remanso subterráneo situado debajo de cierta casa. Malone no consiguió localizar el muelle, ni el canal, ni la casa, ya que la memoria de sus informadores era terriblemente confusa, en tanto que su lenguaje era en parte incomprensible aun para los intérpretes más capaces; tampoco pudo obtener ningún dato coherente sobre las razones de su importación sistemática. Se mostraron reservados respecto al lugar del que venían, y en ningún momento les

pudo coger lo bastante desprevenidos como para revelar qué agentes les habían buscado y dirigido. En efecto, manifestaron algo así como un tremendo pavor cuando se les preguntó por los motivos de su presencia allí. Los maleantes de otras razas se mostraron igualmente reservados, y lo más que se pudo inferir fue que un dios o gran sacerdote les había prometido poderes inauditos y glorias y gobiernos sobrenaturales en una tierra extraña.

La asistencia de los recién llegados y antiguos delincuentes a las rigurosamente vigiladas reuniones nocturnas de Suydam era muy asidua, y la policía no tardó en enterarse de que el antiguo solitario había alquilado pisos adicionales para acomodar a aquellos invitados que estaban al tanto de sus consignas, llegando a adquirir finalmente tres edificios enteros y albergando de forma permanente a muchos de estos misteriosos compañeros. Ahora pasaba poco tiempo en su casa de Flatbush, adonde iba sólo para llevarse o devolver libros; y su expresión y actitud habían alcanzado un impresionante grado de extravío. Malone fue a verle un par de veces, pero las dos fue rechazado con brusquedad. No sabía nada, dijo, de complots ni de conjuras misteriosas; no tenía idea de cómo habían entrado los kurdos ni de qué pretendían. Su ocupación era estudiar con serena tranquilidad el folklore de todos los inmigrantes del distrito, asunto en el que la policía no tenía porqué meterse. Malone expresó su admiración por su viejo folleto sobre la cábala y otros mitos; pero el ablandamiento del anciano fue sólo momentáneo. Consideró aquello una intrusión, y despidió a su visitante sin contemplaciones; Malone se retiró disgustado, y acudió a otros canales de información.

Nunca sabremos qué habría descubierto Malone si hubiese podido trabajar con continuidad en el caso. Pero un conflicto estúpido entre las autoridades locales y las federales hizo que se suspendiesen las investigaciones durante meses, en el curso de los cuales el detective se ocupó de otras misiones.

Pero en ningún momento perdió interés, ni dejó de asombrarle lo que empezaba a sucederle a Robert Suydam. Coincidiendo con una ola de secuestros y desapariciones que conmocionó a Nueva York, el descuidado erudito empezó a experimentar una metamorfosis tan asombrosa como absurda. Un día le vieron

por las proximidades de Borough Hall con el rostro afeitado, peinado y con un traje pulcro y de buen gusto; y en adelante, cada día se observaba en él cierta oscura mejoría. Mantenía constantemente su nueva actitud remilgada, a la que vino a sumarse un inusitado fulgor en los ojos y una vivacidad en el habla; y poco a poco empezó a perder la corpulencia que durante tanto tiempo le había deformado. Ahora era frecuente que se le atribuyese menos edad de la que tenía; adquirió elasticidad en su modo de andar y firmeza en el porte, en consonancia con su nueva vida, y su cabello mostró un curioso oscurecimiento que no daba la impresión de deberse al tinte. Unos meses después empezó a vestir de manera cada vez menos conservadora, y finalmente asombró a sus nuevos amigos al restaurar y decorar de nuevo su mansión de Flatbush, que abrió en una serie de recepciones a las que invitó a cuantas amistades recordaba, dispensando una especial acogida a sus parientes olvidados que poco antes habían tratado de internarle. Unos asistieron por curiosidad y otros por obligación, pero todos se sintieron súbitamente encantados ante la gracia y donaire de que hacía gala el antiguo ermitaño. Este declaró que habla terminado casi toda la labor que se había asignado, y que puesto que acababa de heredar cierta propiedad de un amigo europeo semiolvidado, iba a pasar el resto de sus días en una segunda y más brillante juventud, cosa que hacían posible el desahogo económico, el cuidado y una estudiada dieta. Cada vez se le veía menos por Red Hook, y cada vez se movía más en la sociedad en la que habla nacido.

La policía observó que los maleantes solían reunirse ahora en la vieja iglesia-sala de baile, en vez de acudir al sótano de Parker Place, aunque éste y sus recientes anexos seguían rebosantes de vida pestilente.

Entonces se produjeron dos acontecimientos bastante inconexos, aunque de enorme interés para el caso, tal como Malone lo concebía. Uno fue el anuncio discreto, aparecido en el Eagle, de los esponsales de Robert Suydam con la señorita Cornelia Gerritsen de Bayside, joven de excelente posición y pariente lejana de su viejo prometido; el otro fue una redada efectuada por la policía en la iglesia-sala de baile, al recibir aviso de que había sido vista fugazmente, en una ventana del sótano, la cara de un niño secuestrado. Malone había participado en

esa redada y, una vez dentro, había examinado el lugar con todo detenimiento. No encontraron a nadie -en realidad, el edificio estaba completamente desierto cuando llegaron-, pero su sensibilidad celta se sintió vagamente turbada ante muchas de las cosas que descubrió en el interior. Había tablas con pinturas sumamente desagradables, tablas que representaban rostros sagrados con expresiones singularmente sardónicas y mundanas, los cuales adoptaban a veces gestos libertinos que incluso una sensibilidad profana decorosa apenas podía aprobar. Tampoco le agradó la inscripción griega en el muro, encima del púlpito: era una antigua fórmula mágica con la que ya se había tropezado en sus tiempos de estudiante, en Dublin, y que, traducida, decía literalmente:

“¡Oh amiga y compañera de la noche, tú que te solazas en el ladrido del perro y en la sangre derramada, que vagas entre las sombras de las tumbas y ansías la sangre y traes el terror a los mortales, Gorgo, Mormo, luna de mil caras, mira con ojos favorables nuestros sacrificios!”

Se estremeció al leer esto, y recordó vagamente las notas desafinadas y bajas de un órgano que había imaginado oír algunas noches como si salieran de debajo de la iglesia. Y otra vez se estremeció al observar herrumbre en el borde de un cuenco metálico que había sobre el altar, y se detuvo nervioso cuando su olfato percibió un hedor espantoso y extraño procedente de algún lugar cercano. Le obsesionaba el recuerdo de los acordes de órgano, y registró el sótano con especial atención antes de marcharse. El lugar le resultaba detestable; sin embargo, ¿qué eran las pinturas e inscripciones blasfemas, aparte de meras groserías perpetradas por gentes ignorantes? Por la época en que se había fijado la boda de Suydam, la epidemia de secuestros se había convertido en un escándalo periodístico general. La mayoría de las víctimas eran niños de las clases sociales más bajas, pero el creciente número de desapariciones había suscitado un sentimiento de furia de lo más violento. Los diarios reclamaban la intervención de la policía, y una vez más la comisaría de Butler Street envió a sus hombres a Red Hook en busca de pistas, descubrimientos y criminales. Malone se alegró de ponerse otra vez en acción, y se enorgulleció de tomar parte en la redada llevada a cabo en una de las casas que tenía Suydam en Parker Place. No encontraron a ninguno de los niños secuestrados, a pesar de lo que se contaba sobre gritos, y a pesar de la venda roja recogida en el patio, pero las pinturas y las brutales

inscripciones que manchaban las paredes desnudas de la mayoría de las habitaciones, y el primitivo laboratorio químico del ático, convencieron al detective de que estaba sobre la pista de algo tremendo. Las pinturas eran espantosas: monstruos horribles de todas las formas y tamaños, y parodias de siluetas humanas imposibles de describir. Las frases estaban escritas en rojo, en caracteres árabes, griegos, latinos y hebreos. Malone no pudo leer muchas de ellas, aunque lo que consiguió descifrar resultó ser portentoso y cabalístico. Una frase, frecuentemente repetida en una especie de griego hebraizado del período helenístico, sugería las más terribles evocaciones del demonio de la decadencia alejandrina:

**EL.HELOYM.SOTHER.EMMANUEL.SABAOTH.**  
**AGLA.TETRAGRAMMATON.AGYROS.OTHEOS.**  
**ISCHYROS.ATHANATOS. IEHOVA. VA.ADONAI.**  
**SADAY.HOMOVSION.MESSIAS.ESCHEREHEYE.**

Por todas partes aparecían círculos y pentáculos que hablaban sin lugar a dudas de las extrañas creencias y aspiraciones de aquellos que vivían allí de manera tan sórdida. En el sótano, sin embargo, encontró lo más extraño de todo: una pila de lingotes de oro, cuidadosamente cubierta con un trozo de arpillera; en sus brillantes superficies ostentaban los mismos horribles jeroglíficos que adornaban las paredes. Durante la redada, la policía chocó tan sólo con la resistencia pasiva de los bizcos orientales que salían como enjambres de todas las puertas. Viendo que no había nada más de importancia, tuvieron que dejarlo todo como estaba. No obstante, el comisario del distrito envió una nota a Suydam ordenándole que vigilase estrechamente a sus inquilinos y protegidos, en vista del creciente clamor público.

## V

En junio tuvo lugar la boda, que causó gran sensación. En Flatbush reinaba la animación hacia las doce del mediodía, y una multitud de automóviles adornados con gallardetes llenaban las calles próximas a la iglesia holandesa donde habían instalado un toldo que, iba de la puerta a la calzada.

Ningún acontecimiento local superó a las nupcias Suydam-Gerritsen en tono y categoría, y el grupo que dio escolta a la novia y al novio hasta el muelle de la Cunard fue, si no el más elegante, sí al menos una sólida página de la alta sociedad. A las cinco se intercambiaron los saludos, agitando la mano en señal de adiós, y el pesado transatlántico se apartó del largo espigón, giró la proa lentamente hacia el mar, soltó amarras y enfiló hacia las aguas anchurosas que le llevarían a las maravillas del vicio mundo. Era de noche cuando se despejó la cubierta, y los pasajeros rezagados contemplaron las estrellas que parpadeaban por encima de un océano no contaminado.

No se sabe si fue el carguero o el grito lo que primero llamó la atención.

Probablemente fueron ambas cosas a la vez; pero de nada sirve hacer suposiciones. El grito brotó del camarote de Suydam, y quizá habría podido contar cosas espantosas el marinero que derribó la puerta si no se le hubiera trastornado el juicio en ese mismo instante; el caso es que empezó a gritar más aún que las primeras víctimas, y echó a correr estúpidamente por el barco hasta que le cogieron y le encadenaron. El médico de a bordo, que entró en el camarote unos momentos más tarde y encendió las luces, no enloqueció, pero no dijo a nadie lo que vio hasta algún tiempo después, cuando trabó correspondencia con Malone, ya en Chepachet. Fue asesinato -estrangulación-; pero no hace falta decir que las huellas que aparecieron en el cuello de la señora Suydam no podían proceder de las manos de su esposo ni de ningún ser humano, y que la inscripción que fluctuó en el blanco mamparo unos instantes en caracteres rolos, consignada después de memoria, parece que correspondía nada menos que a las pavorosas letras caldeas de la palabra "LILITH". No hace falta mencionar estas cosas porque desaparecieron rápidamente; en cuanto a Suydam, se pudo impedir al menos que entraran los demás en el camarote, hasta saber qué pensar. El médico ha asegurado claramente a Malone que no llegó a ver aquello, justo antes de encender él las luces, percibió la portilla abierta y cegada unos segundos por cierta fosforescencia, y durante un instante pareció resonar en la oscuridad del exterior algo así como una risa infernal y contenida; pero la realidad es que no vio nada. Como prueba, el doctor aduce el hecho de que conservó la cordura.

Luego, el carguero acaparó la atención de todos. Arrió un bote, y una horda de insolentes rufianes de tez oscura, vestidos con uniforme de oficial, invadió la cubierta del buque y detuvo temporalmente el barco de la Cunard. Querían a Suydam, tanto si estaba vivo como si no. Tenían noticia de su viaje, y por ciertas razones estaban seguros de que moriría. La cubierta del capitán era casi un pandemónium; durante unos momentos, entre el informe del doctor sobre la escena del camarote y las peticiones de los hombres del carguero, ni el más prudente y concienzudo de los navegantes supo qué hacer. De repente, el que dirigía a los marinos visitantes; un árabe de boca detestablemente negroide, sacó un papel sucio y arrugado y se lo tendió al capitán. Estaba firmado por Robert Suydam, y contenía este extraño mensaje:

En caso de que muera o me ocurra algún accidente súbito o inexplicable, ruego que mi cuerpo sea confiado sin preguntas al portador de esta nota y a sus acompañantes. Para mí, y quizá para usted, todo depende del absoluto cumplimiento de esta petición. Más tarde sabrá por qué..., no me defraude ahora.

*Robert SUYDAM*

El capitán y el doctor se miraron mutuamente, y el segundo susurró algo al primero. Finalmente asintieron impotentes, y les llevaron al camarote de Suydam. El doctor hizo que el capitán desviase la mirada al abrir la puerta y dejar paso a los extraños marineros, y no respiró hasta que salieron con su cargamento, tras permanecer largo rato preparándolo. Lo sacaron envuelto en una sábana de la litera, y el doctor se alegró de que no se viera demasiado su silueta. De alguna forma, los hombres arriaron el bulto, por un costado, hasta cubierta de su barco, y se lo llevaron sin destaparlo. El barco de la Cunard reemprendió el viaje, y el doctor y el que se encargaba a bordo de las funciones funerarias trataron de llevar a cabo en el camarote de Suydam los últimos servicios que pudieron. Una vez más, el médico se vio obligado a guardar silencio hasta la mendacidad, dado el horror de lo ocurrido. Cuando el encargado de los servicios funerarios preguntó por qué le había extraído toda la sangre al cuerpo de la señora Suydam, omitió decir que él no lo había hecho, ni señaló los huecos de las



botellas que faltaban en el estante, ni mencionó el olor del lavabo que delataba la forma precipitada con que las habían vaciado de su contenido original. Los bolsillos de aquellos hombres - si es que eran hombres -. abultaban bastante en el momento en que abandonaron el barco. Dos horas más tarde, el mundo, conocía por la radio cuanto debía saber sobre el horrible caso.

## VI

Esa misma tarde de junio, sin haber oído noticia alguna de lo ocurrido en altamar, Malone andaba desesperadamente ocupado por los callejones de Red Hook. Una súbita conmoción pareció estremecer el ambiente, y, como informados por un rumor de algo singular, los vecinos se arracimaron alrededor de la iglesia-sala de baile y las casas de Parker Place. Acababan de desaparecer tres niños noruegos, de ojos azules, de las calles próximas a Gowanus, y corrió la voz de que se estaba congregando una multitud de robustos vikingos de aquel sector. Malone llevaba semanas insistiendo sobre la necesidad de efectuar una limpieza general; finalmente, movidos por condiciones más evidentes al sentido común que las conjeturas de un soñador dublinés, accedieron a asestar un golpe definitivo. La inquietud y amenaza de esa tarde fue el factor decisivo, y poco antes de las doce de la noche un destacamento, reclutado en tres comisarías con el fin de llevar a efecto la redada, descendió hacia Parker Place y sus alrededores.

Derribaron puertas, detuvieron a cuantos encontraron allí y abrieron las habitaciones iluminadas con velas, obligándolas a vomitar multitudes increíbles y heterogéneas de extranjeros vestidos con atuendos llamativos, mitras y demás ornamentos inexplicables. Mucho fue lo que se perdió en la refriega, ya que arrojaron los objetos apresuradamente a unos pozos insospechados que delataban los olores que ellos pretendían camuflar quemando a toda prisa acres inciensos. Pero había salpicaduras de sangre por todas partes; y Malone se estremeció al ver en el altar un pebetero del que aún salía humo.

Quería estar en varios sitios a la vez, y decidió inspeccionar el sótano de Suydam sólo cuando un mensajero le dijo que la derruida iglesia-sala de baile estaba completamente vacía. Pensó que quizá hubiera en el piso alguna clave

sobre el rito del que el erudito de lo oculto se había convertido en alma y líder; registró con auténtica expectación las mohosas habitaciones, notó su vago olor a carroña, y examinó los libros curiosos, instrumentos, lingotes de oro y botellas con tapón de cristal, todo ello esparcido de cualquier manera. Se le cruzó por entre las piernas un gato flaco de color blanco y negro que le hizo tropezar, volcando una cubeta medio llena de un líquido rojo. La impresión fue tremenda; hasta hoy, Malone no esté seguro de lo que vio, pero todavía se representa en sueños a ese gato escabulléndose, con ciertas monstruosas alteraciones y particularidades. Luego llegó a la puerta del sótano, la vio cerrada con llave, y buscó algo con qué derribarla. Encontró cerca un pesado banco, y su sólido asiento fue más que suficiente para hacer saltar los antiguos cuarterones. Sonó un crujido, y cedió toda la puerta..., pero empujada desde el otro lado, de donde brotó el tumultuoso aullido de un viento frío como el hielo y cargado de todos los olores del pozo inmenso, el cual adquirió una fuerza succionante que no parecía provenir de la tierra ni del cielo, y que, enroscándose como un ser vivo en torno al paralizado detective, le arrastró por la abertura y lo precipitó a insondables espacios poblados de susurros y gemidos y risotadas de burla.

Por supuesto, fue un sueño. Todos los especialistas se lo han dicho, y él no puede probar lo contrario. Desde luego, preferiría que fuese así, porque entonces la visión de los míseros barrios de ladrillo y los rostros oscuros de los extranjeros no le consumirían el alma de ese modo. Pero en aquellos momentos todo fue espantosamente real, y nada puede borrarle el recuerdo de esas criptas tenebrosas; esas arcadas titánicas y esas infernales figuras semiformadas y gigantescas que avanzaban en silencio llevando entre sus garras seres semidevorados cuyos fragmentos, vivos aún, gritaban pidiendo misericordia o reían demencialmente. Olores de incienso y de corrupción se mezclaban en nauseabundo concierto, y el aire negro hervía de bultos brumosos, semivisibles, de informes seres elementales dotados de ojos. En alguna parte, un agua negra y pegajosa lamía espigones de ónice, y, una de las veces, se oyó el tintineo estremecido de unas campanillas estridentes que saludaban a la risa loca y sofocada de una entidad desnuda y fosforescente que surgió a la superficie, salió

a la orilla y se encaramó a lo alto de un pedestal tallado en oro que había en el fondo, y se puso en cuclillas mirando de soslayo.

Unas galerías de ilimitada oscuridad parecían dispersarse en todas direcciones, hasta el punto de que podía imaginar que aquello era la raíz de un contagio destinado a contaminar y tragarse ciudades enteras y a sumergir incluso naciones enteras en una fetidez de híbrida pestilencia.

Aquí se había introducido el pecado cósmico, y, supurando ritos impíos, había iniciado una marcha burlesca de muerte que iba a corrompernos a todos y convertirnos en fungosas anormalidades, demasiado horrendas para encontrar descanso en las sepulturas. Aquí tenía Satanás su corte babilónica, y los miembros leprosos de la fosforescente Lilith eran lavados en sangre de niños inmaculados. Incubos y súcubos aullaban alabanzas a Hécate, y unos becerros-luna acéfalos mugían a la Magna Mater. Saltaban las cabras al son de unas flautas delgadas y odiosas y un grupo de egipanes perseguía incansablemente por las rocas a unos faunos deformes con aspecto de sapos hinchados. No estaban ausentes Moloch ni Ashtaroth, pues en esta quintaesencia de toda condenación habían quedado suprimidos los límites de la conciencia, y la fantasía del hombre abarcaba perspectivas de todos los reinos del horror y de todas las dimensiones prohibidas que el mal podía originar. El mundo y la Naturaleza estaban irremediablemente desamparados ante tales asaltos procedentes de abiertos pozos de noche, y ningún signo ni plegaria era capaz de contener el desbordante Walpurgis de horror que se había producido cuando un sabio, en posesión de la odiosa llave, había tropezado con una horda cargada con el arca cerrada y repleta de saber demoníaco.

De repente, un rayo de luz física traspasó todas estas fantasmagorías, y Malone oyó rumor de remos en medio de unos seres de blasfemia que debieran estar muertos.

Surgió a la vista un bote con un farol en la proa, se dirigió velozmente hacia una argolla de hierro que había en el muelle de piedra cubierto de lino, y vomitó a varios hombres oscuros cargados con un bulto envuelto en una sábana. Lo llevaron a la entidad desnuda y fosforescente agazapada en lo alto del dorado

y esculpido pedestal, y la entidad rió y manoseó el bulto de la sábana. A continuación desenvolvieron y pusieron de pie, ante el pedestal, el cadáver gangrenoso de un viejo corpulento de barba incipiente y blancos cabellos desordenados. La entidad fosforescente rió otra vez, y los hombres se sacaron unas botellas de los bolsillos y le ungieron los pies con un líquido rojo; luego entregaron las botellas a la entidad para que bebiese de ellas.

De repente, de un callejón abovedado que se perdía a lo lejos llegaron las notas demoníacas y jadeantes de un órgano blasfemo, ahogando y anulando con sus bajos sonidos desafinados y sardónicos las risas infernales. Un instante después, todas las entidades que habla allí quedaron como electrizadas. Y agrupándose al punto en una procesión ceremonial, la horda de pesadilla se alejó solemnemente al encuentro de la música: cabras, sátiros y egipanes, incubos, súcubos y lémures, sapos deformes, seres elementales aulladores y perrunos y huéspedes mudos de las tinieblas, guiados todos por la abominable entidad fosforescente que había ocupado el trono dorado, y que ahora avanzaba insolente portando en brazos el cadáver de ojos vidriosos del corpulento anciano. Los hombres extraños y oscuros danzaban detrás, y toda la columna saltaba y brincaba con furia dionisiaca. Malone dio unos pasos tras ellos, confuso y delirante, sin saber si estaba en este o en otro mundo. Luego dio media vuelta, vaciló y se desplomó sobre la piedra fría y húmeda, jadeante y tembloroso, mientras el órgano demoníaco seguía desafinando, y los aullidos, la percusión de los tambores y el tintineo de la loca procesión se hacía cada vez más débil.

Tenía vaga conciencia de cánticos horribles y espantosos graznidos a lo lejos. De cuando en cuando le llegaba un gemido o gáñido de devoción ceremonial a través de la bóveda tenebrosa, hasta que por último entonaron la pavorosa fórmula mágica griega cuyo texto habla leído encima del púlpito de la iglesia-sala de baile.

**“¡Oh amiga y compañera de la noche, tú que te solazas en el ladrido del perro (aquí estalló un aullido horrendo) y en la sangre derramada (ruidos atroces); que vagas entre las sombras de las tumbas (aquí brotó un suspiro sibilante), y ansías la sangre y traes el terror a los mortales (gritos breves y agudos de miles de gargantas), Gorgo (repetido en**

**respuesta), Mormo (repetido en éxtasis), luna de mil caras (suspiros y notas de flauta), mira con ojos favorables nuestros sacrificios!"**

Al concluir la salmodia, se elevó un grito general, y unos ruidos sibilantes casi ahogaron las notas ominosas y bajas del órgano desafinado. Luego brotó un jadeo como de muchas gargantas, y una babel de ladridos y expresiones quejumbrosas: "¡Lilith, Gran Lilith, contempla al Esposo!" Más gritos, clamor exultante, y el ruido claro de pisadas de una figura que corría. Las pisadas se acercaron, y Malone se incorporó, apoyándose en un codo, para mirar.

La claridad de la cripta, que últimamente había disminuido, aumentó ahora ligeramente, y, en esa luz demoníaca, apareció la forma fugaz de algo que no era posible que pudiese huir, ni sentir, ni respirar: el cadáver gangrenoso de ojos vidriosos del anciano corpulento, ahora sin que le sostuviesen, animado por algún sortilegio infernal del rito que acababa de concluir. Tras él venía la entidad desnuda y fosforescente del esculpido pedestal, y más atrás resollaban los hombres oscuros y toda la pavorosa tripulación de repugnancias dotadas de sensibilidad. El cadáver iba sacando ventaja a sus perseguidores, y corría con un fin deliberado, forzando cada uno de sus músculos putrefactos a fin de llegar al áureo pedestal, cuya necromántica importancia era inmensa al parecer. Un momento después había alcanzado su objetivo, mientras que la multitud que le seguía continuaba corriendo con frenética rapidez. Pero fue demasiado tarde; porque el cadáver de ojos desorbitados que fuera Robert Suydam había logrado su objetivo y su victoria en un esfuerzo final que le desgarró los tendones, provocando el desmoronamiento de su cuerpo nauseabundo. El impulso había sido tremendo, pero su fuerza resistió hasta el final; y mientras caía convertido en una pústula fangosa de corrupción, el pedestal se tambaleó, se volcó y finalmente se precipitó desde su base de ónice a las espesas aguas, despidiendo un último destello de oro tallado al hundirse pesadamente en los negros abismos del Tártaro inferior. En ese instante se disipó también toda la escena de horror ante los ojos de Malone, quien se desmayó en medio de un estallido atronador que pareció borrar todo el maligno universo.

Al sueño de Malone, vivido todo él antes de enterarse de la muerte de Suydam y de su transbordo en alta mar, vinieron a añadirse ciertos incidentes reales del caso; aunque ésa no es razón para que nadie lo crea.

Los tres edificios viejos de Parker Place, sin duda minados de corrupción desde hacía tiempo en su forma más insidiosa, se derrumbaron sin causa visible cuando estaban dentro la mitad de los policías y gran parte de los prisioneros, y, de ambos grupos, el más numeroso murió instantáneamente.

Sólo se salvaron muchas vidas en los sótanos y bodegas, y Malone tuvo la suerte de encontrarse en lo más bajo de la casa de Robert Suydam. Porque estaba efectivamente allí, cosa que nadie está dispuesto a negar. Le encontraron inconsciente en el borde de un estanque negrísimo, con un espantoso revoltijo de huesos y de putrefacción - que, por las operaciones dentales, identificaron como el cadáver de Suydam - a unos pasos de él.

El caso era sencillo, ya que era allí adonde conducía el canal subterráneo de los contrabandistas: los hombres que habían recogido a Suydam del barco le habían traído a casa. A éstos no se les llegó a encontrar, o, al menos, no se les llegó a identificar; en cuanto al médico de a bordo, no le satisfacen las explicaciones simplistas de la policía.

Suydam era, evidentemente, el jefe de unas vastas operaciones de contrabando de hombres, ya que el que llegaba hasta su casa no era sino uno de los varios canales subterráneos y túneles de la vecindad. Había un túnel que conducía de su casa a una cripta situada bajo la iglesia-sala de baile, cripta a la que se llegaba desde la iglesia sólo a través de un estrecho pasadizo que había en la pared norte, y en cuyas cámaras se descubrieron cosas terribles y singulares. Allí estaba el órgano desafinado, en una inmensa capilla abovedada, con bancos de madera y un altar extrañamente decorado. En las paredes se alineaban pequeñas celdas, en diecisiete de las cuales -resulta espantoso relatarlo- encontraron prisioneros, encadenados aisladamente y en estado de completa idiocia, entre ellos cuatro madres con niños pequeños de aspecto inquietantemente extraño.

Dichos niños murieron al ser sacados a la luz, circunstancia que los doctores consideraron una suerte. Aparte de Malone, ninguno de los que los examinaron recordó la oscura pregunta del viejo Del Río:

- An sint unquam daemones incubi et succubae, et an ex tali congressu proles nascia queat?

Antes de cegarlos, dragaron enteramente los canales, de los que sacaron una enorme cantidad de huesos de todos los tamaños, aserrados y triturados. Evidentemente, se habla llegado a la raíz de la epidemia de secuestros, aunque, de acuerdo con las pistas legales, sólo se pudo relacionar a dos de los detenidos supervivientes con el caso. Dichos hombres se encuentran ahora en prisión, ya que no se ha podido determinar de forma convincente su complicidad en los asesinatos mismos. No se pudo sacar a la luz el pedestal o trono de oro esculpido, tan frecuentemente citado por Malone como de gran importancia ocultista, aunque se comprobó que, en la parte del canal situada debajo de la casa de Suydam, las aguas formaban un pozo demasiado profundo y no fue posible dragarla. La condenaron y cegaron con cemento al hacer los sótanos de los nuevos edificios, pero Malone especula a menudo sobre lo que hay debajo. La policía, satisfecha de haber desarticulado una peligrosa banda de maníacos traficantes de inmigrantes, dejaron a los kurdos no convictos en manos de las autoridades federales, si bien antes de ser deportados se descubrió de manera concluyente que pertenecían a la secta yezidí de los adoradores del diablo.

El carguero y su tripulación siguen siendo un misterio, aunque los escépticos detectives están dispuestos a enfrentarse con ellos, una vez más, en la lucha por impedir el paso de alijos y el contrabando de ron. Malone considera que estos detectives dan muestras de una visión lamentablemente miope con su falta de asombro ante la mirada de detalles inexplicables y la sugestiva oscuridad de todo el caso; no obstante, critica igualmente a los periódicos que sólo vieron en él un morboso sensacionalismo, y se recrearon en lo que no era sino un sádico culto secundario, cuando podían haber denunciado un horror procedente del mismo corazón del universo.

Pero le alegra poder descansar tranquilo en Chepachet, sosegando su sistema nervioso y pidiendo que el tiempo vaya trasladando poco a poco su terrible experiencia del reino de la realidad presente al de la pintoresca y semimítica lejanía. Robert Suydam descansa junto a su esposa en el cementerio de Greenwood. No se celebró ningún funeral sobre sus huesos extrañamente rescatados, y los parientes se sienten aliviados por el rápido olvido en que ha caído el caso. Desde luego, ninguna prueba legal ha confirmado la conexión del erudito con los horrores de Red Hook, ya que su muerte se anticipó a la encuesta que habría tenido que soportar.

Tampoco se habla de su propio fin, y los Suydam confían en que la posteridad le recuerde sólo como el afable anacoreta que se dedicaba al estudio de la magia y el folklore.

En cuanto a Red Hook, sigue como siempre. Suydam llegó y se fue; apareció un terror, y se disipó a continuación; pero el espíritu malvado de lo tenebroso y lo sórdido sigue latente entre los mestizos que habitan en los viejos edificios de ladrillo, y las bandas de haraganes siguen desfilando, sin que se sepa con qué objeto, por delante de las ventanas donde aparecen y desaparecen inexplicablemente luces y caras retorcidas. El horror secular es una hidra de mil cabezas, y los cultos tenebrosos tienen sus raíces en blasfemias más profundas que el pozo de Demócrito. Triunfa el alma de la bestia, omnipresente, y las legiones de jóvenes de ojos turbios y picados de viruela que deambulan por Red Hook siguen maldiciendo y cantando y aullando, mientras desfilan de abismo en abismo, sin que nadie sepa de dónde vienen ni hacia dónde van, empujados por leyes ciegas de la biología que jamás entenderán. Como antes, entra en Red Hook más gente de la que sale por tierra, y corren ya rumores de que vuelve a haber nuevos canales bajo tierra que conducen a ciertos centros de tráfico de licor y de cosas menos confesables.

La iglesia-sala de baile está dedicada ahora casi siempre al baile, y se han visto rostros extraños en sus ventanas por la noche. Recientemente, un policía expresó el convencimiento de que la cripta cegada ha sido excavada otra vez con fines nada fáciles de explicar. ¿Quiénes somos nosotros para combatir venenos



más antiguos que la historia y que la humanidad? Los simios danzaban en Asia ante esos horrores, y el cáncer medra y se extiende en esas filas ruinosas de edificios de ladrillo donde se oculta lo clandestino.

No se estremece Malone sin motivos, pues sólo el otro día un oficial oyó casualmente a una vieja de tez oscura que enseñaba a un chiquillo una salmodia a la sombra de un patio. Prestó atención, y le pareció muy extraño oír la repetir una y otra vez:

**“¡Oh amiga y compañera de la noche, tú que te solazas en el ladrido del perro y en la sangre derramada, que vagas entre las sombras de las tumbas, y ansías la sangre y traes el terror a los mortales, Gorgo, Mormo, luna de mil caras, mira con ojos favorables nuestros sacrificios!”**

---

## **HORROR EN EL MUSEO**

---

**H. P. Lovecraft & Hazel Heald<sup>12</sup>**

### **I**

Fue una desganada curiosidad lo que llevó en un principio a Stephen Jones al Museo de Rogers. Alguien le había comentado algo acerca del extraño establecimiento subterráneo de la calle Southwark, cruzando el río, donde había estatuas de cera mucho más horribles que las peores efigies expuestas en el museo de Madame Tussaud, y se había acercado allí un día de abril para ver cuánta decepción podía causarle. Extrañamente, no fue así. Había algo diferente y peculiar allí, después de todo. Por supuesto, no faltaban los truculentos tópicos: Landrú, el doctor Crippen, Madame Demers, Rizzio, Lady Jane Grey, interminables víctimas mutiladas de la guerra y la revolución, y monstruos del tipo de Gilles de Rais y el Marqués de Sade; pero también había otros seres que aceleraron su respiración y le hicieron quedarse hasta que sonó la campanilla de

---

<sup>12</sup> *The Horror in the Museum* (Written October 1932; Published July 1933 in *Weird Tales*, 22, No. 1, 49-68)

cierre. El hombre que había diseñado tal colección no podía ser un vulgar saltimbanqui. Había imaginación, incluso genio enfermizo, en algunos de sus trabajos.

Más tarde, había indagado acerca de George Rogers. El hombre había estado en el equipo del Tussaud, pero algún problema había hecho que lo abandonara. Se comentaban maledicencias acerca de su estado mental y chismes sobre su enloquecida forma de trabajar en secreto, aunque, posteriormente, la prosperidad de su propio museo subterráneo había embotado el filo de algunas críticas, al tiempo que afilado las insidiosas puntas de otras. La teratología e iconografía de pesadilla eran sus pasiones, e incluso él había tenido el tacto de emplazar algunas de sus peores efigies en una sala especial reservada a los adultos. Ésa era la estancia que tanto fascinara a Jones. Había bastardas entidades híbridas que sólo la fantasía podía incubar, modeladas con diabólica pericia y coloreadas con una horrible semejanza de vida.

Algunas eran las figuras de los mitos habituales: gorgonas, quimeras, dragones, cíclopes y todos sus tenebrosos congéneres. Otras estaban extraídas de ciclos de soterradas leyendas más oscuras y que se mencionaban en un tono más furtivo; el negro e informe Tsathoggua, el multitentaculado Cthulhu, el proboscídeo Chaugnar Faugn y otras blasfemias insinuadas en prohibidos libros, tales como el *Necronomicón*, el *Libro de Eibon*, o los *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt. Pero lo peor de todo eran aquellos seres: completamente nuevos para Rogers, y mostrando figuras que ningún relato de la antigüedad osó jamás siquiera insinuar. Algunas eran odiosas parodias de formas de vida orgánicas conocidas mientras que otras parecían extraídas de febriles sueños sobre otros planetas o galaxias. Las extrañas pinturas de Clark Asthon Smith podrían sugerir algo de eso... pero nada podía insinuar el efecto de punzante, espantoso terror provocado por el gran tamaño y el trabajo diabólicamente hábil, así como las infernales e ingeniosas condiciones de luz bajo las que se exhibían.

Stephen Jones, como ocioso degustador de la extravagancia en el arte, había visitado al propio Rogers en su sombría oficina o taller, más allá de la estancia abovedada del museo... una cripta que causaba espanto a la Vista:

alumbrada débilmente por polvorientas ventanas emplazadas como troneras horizontales en la pared de ladrillo, al nivel de los antiguos adoquines de un patio interior. Era allí donde se restauraban las imágenes... allí, también, era donde se elaboraban. Brazos, piernas, cabezas y torsos de cera yacían en grotesca mescolanza sobre varios bancos de trabajo, mientras que en altas estanterías se entremezclaban indiscriminadamente pelucas enmarañadas, dientes de aspecto hambriento y ojos de cristal de mirada fija. Vestidos de todas clases pendían de ganchos y, en una estancia, había grandes pilas de cera color carne, así como estantes colmados con botes de pintura y pinceles de todos tipos. En el centro de la habitación había un gran horno usado para preparar la cera para su moldeado, con el hogar cubierto por un inmenso recipiente de hierro con bisagras, con un caño que permitía verter la cera fundida mediante el simple toque de un dedo.

Otras cosas en la deprimente cripta eran menos descriptibles: solitarias partes de problemáticas entidades cuyas formas completas eran los fantasmas del delirio. En otro extremo había una puerta de pesadas planchas de madera asegurada con un candado insólitamente grande y un símbolo muy curioso pintado en su superficie. Jones, que había tenido acceso, en cierta ocasión, al temible *Necronomicón*, se estremeció involuntariamente al reconocerlo. Este empresario, reflexionó, debía ser sin duda una persona de erudición desconcertantemente amplia en campos oscuros y dudosos.

Tampoco le defraudó la conversación de Rogers. El hombre era alto, delgado y bastante desaliñado, con grandes ojos negros que relumbraban en un semblante pálido y habitualmente cubierto por una barba de varios días. No le molestó la intrusión de Jones, antes al contrario, pareció dar la bienvenida a la oportunidad de desahogarse con alguien interesado. Su voz era singularmente profunda y resonante, y albergaba una especie de refrenada intensidad que bordeaba lo febril. Jones no se asombró de que muchos le consideraran un demente.

Mediante sucesivas preguntas — y las que en semanas sucesivas se convertirían en algo parecido a un hábito —, Jones había encontrado a Rogers progresivamente comunicativo y abierto. Desde el principio, hubo indicios de

extrañas creencias y prácticas por parte del empresario, y, más tarde, tales insinuaciones se convirtieron en relatos abiertos cuya extravagancia — a pesar de unas pocas fotografías de prueba — era casi cómica; Fue un día de junio, una noche que Jones había llevado una botella de buen whisky, cuando replicó a su anfitrión algo libremente que los relatos resultaban verdaderamente demenciales. Previamente, hubo salvajes narraciones: comentarios sobre misteriosos viajes al Tíbet, al interior de África, al desierto de Arabia, al valle del Amazonas, Alaska y algunas islas poco conocidas del Pacífico Sur, además de jactancias de haber leído algunos libros monstruosos y casi míticos, tales como los prehistóricos fragmentos Pnakóticos y los cánticos del Dhol, atribuidos a la maligna e inhumana Leng; pero nada de todo esto había sido tan inconfundiblemente demencial como lo que había salido a relucir aquella tarde de junio bajo el influjo del whisky.

Para ser sinceros, Rogers comenzó haciendo vagos alardes de haber descubierto ciertos seres en la naturaleza que nadie encontrara antes y haber vuelto con pruebas tangibles de tales descubrimientos. Según su perorata etílica, había llegado más lejos que nadie en la interpretación de los oscuros y primordiales libros que estudiara, siendo encaminado por ellos a algunos remotos lugares donde se ocultaban extraños supervivientes... supervivientes de eones y ciclos vitales anteriores a la humanidad, en algunos casos conectados con otras dimensiones y mundos; una comunicación que era frecuente en los olvidados días prehumanos. Jones se maravilló de las fantasías que tales ideas podían conjurar y se preguntó también cuál sería el historial mental de Rogers. Habría sido su trabajo entre los enfermizos espantajos del Madame Tussaud el inicio de tales vuelos de la imaginación o, por el contrario, era una tendencia innata, y la elección de su trabajo era simplemente una de sus manifestaciones? De cualquier forma, el trabajo del hombre estaba estrechamente ligado a sus ideas. Hasta entonces, no había confundido la tendencia? de sus sombrías insinuaciones con las monstruosidades de pesadilla de la velada sala de “Sólo adultos”. Descuidando el ridículo, intentaba insinuar que no todo en aquellas anormalidades demoníacas era artificial.

Fue el abierto excepticismo y diversión de Jones ante tales pretensiones irresponsables lo que cortaron la creciente cordialidad. Rogers, evidentemente, se tornaba todo aquello muy en serio; de ahí en adelante, se tomó parco de palabras y resentido, tolerando a Jones sólo gracias a una tenaz ansiedad de romper su muro de educada y complaciente incredulidad. Continuaron los cuentos estrafalarios y las sugerencias sobre ritos y sacrificios a los indescriptibles dioses primordiales, y, a cada momento, Rogers podía guiar a su invitado a una de las odiosas blasfemias de la sala vedada y mostrar las facciones difíciles de compaginar con incluso la más delicada artesanía. Jones continuaba sus *visitas* impelido por una fascinación, aunque era consciente de haber perdido la estima de su anfitrión. A veces intentaba congeniar con Rogers mediante fingidos asentimientos a sus locas insinuaciones o afirmaciones, pero el enjuto empresario rara vez resultaba engañado por tales tácticas.

La tensión culminó en septiembre. Jones se había dejado caer casualmente en el museo una tarde y deambulaba por los penumbrosos corredores, cuyos horrores le eran ahora tan familiares, cuando escucho un sonido muy curioso proveniente de la dirección del taller de Rogers. Otros lo escucharon también y se sobresaltaron nerviosamente mientras los ecos retumbaban por el gran sótano abovedado. Los tres empleados cambiaron extrañas miradas, y uno de ellos, un oscuro y taciturno sujeto de aspecto extranjero que siempre oficiaba como encargado de Rogers, sonrió de una forma que pareció confundir a sus colegas y que hirió violentamente la sensibilidad de Jones. Era el aullido o el grito de un perro, y era un sonido lanzado bajo un espanto supremo entremezclado con agonía. Su frenesí desnudo y angustiado era espantoso de escuchar y, en aquel establecimiento de grotesca anormalidad, resultaba doblemente odioso. Jones recordó que no se admitían perros en el museo.

Estaba a punto de ir hasta la puerta que llevaba al taller; cuando el oscuro empleado le detuvo con palabras y gestos. Mr. Rogers, dijo el hombre, con una suave y ligeramente acentuada voz, al tiempo apologética y vagamente sardónica, estaba fuera y había órdenes tajantes de no admitir a nadie en el taller

en su ausencia. Respecto a aquel aullido, sin duda procedía del patio adjunto al museo. La vecindad estaba llena de chuchos extraviados, y sus peleas a veces eran impresionantemente ruidosas. No había perros en ningún lugar del museo. Pero si Mr. Jones deseaba ver a Mr. Rogers, podría encontrarle justo antes del cierre.

Tras aquello, Jones subió los viejos peldaños de piedra hacia la calle y examinó el mísero vecindario con curiosidad. Los pobres y decrepitos edificios — antiguamente moradas y ahora, en su mayoría, tiendas y almacenes - eran realmente vetustos. Algunos de ellos tenían techos a dos aguas que parecían devolver a los tiempos de los Tudor, y un débil hedor miasmático pendía sobre toda la zona. Junto a la sucia construcción cuyos sótanos albergaban el museo, había un bajo soportal que daba paso a un oscuro callejón empedrado, y Jones sintió un vago deseo de encontrar el patio tras el taller y tranquilizar a su mente respecto del asunto del perro. El patio estaba en penumbra bajo la tardía luz del ocaso, cercado por paredes traseras, aún más feas e intangiblemente amenazadoras que las destartaladas fachadas de las malignas y antiguas casas: No había ningún perro a la vista, y Jones se preguntó cómo podrían las consecuencias de aquel frenético alboroto desvanecerse tan rápido.

A pesar de la afirmación del encargado sobre que no había ningún perro en el museo, Jones escrutó nerviosamente los tres ventanucos del taller del sótano: angostos rectángulos horizontales; cercanos al pavimento lleno de hierbas, con hoscas cristales que parecían tan repulsivos e indiferentes como los ojos de un pez muerto. A su izquierda, un gastado tramo de escalones guiaban a una gruesa y pesadamente aherrojada puerta. Algún impulso le llevó a agacharse sobre los húmedos adoquines resquebrajados y escudriñar, esperando que las gruesas cortinas verde, movidas mediante largas cuerdas que pendían de un nivel asequible, estuvieran bajadas. La superficie exterior estaba enturbiada por la suciedad, pero mientras las frotaba con su pañuelo vio que no había cortinas entorpeciendo la visión.

Tan oscuro estaba el interior del sótano que no había mucho que ver, pero el grotesco instrumental de trabajo amenazaba espectralmente a cada

momento a Jones, según iba probando cada ventana. Al principio parecía evidente que no había nadie en el interior, pero cuando observó por la ventana de la derecha - la más cercana al corredor de entrada —, vio un resplandor en el extremo más alejado de la estancia que le hizo detenerse perplejo. No había ninguna razón para la presencia de esa luz. Era una zona interior de la estancia y no podía recordar luces de gas o eléctricas en ese lugar. Otra mirada delimitó el resplandor a un amplió rectángulo vertical, y un pensamiento brotó en su cabeza. En esa dirección, siempre se había percatado de la pesada puerta de planchas con el candado anormalmente grande; la puerta que nunca estaba abierta y sobre la que estaba crudamente trazado el odioso y críptico símbolo proveniente de los fragmentarios anales de prohibidas magias primordiales. Debía estar abierta en aquel instante, y había una luz en su interior. Todas sus primeras especulaciones acerca de dónde guiaría aquella puerta, y lo que habría tras ella, se renovaron entonces con multiplicada e inquietante fuerza.

Jones deambuló sin objetivo alrededor del deprimente vecindario hasta el cierre, a las seis en punto, momento en que volvió al museo para interrogar a Rogers. Apenas podía decirse por qué deseaba tan fervientemente ver en aquél momento al hombre, pero debía tener algunos recelos inconscientes sobre aquel terrible y no ubicado grito canino de la tarde, así como sobre el resplandor en aquel inquietante, y habitualmente cerrado, portón de pesado candado. Los empleados se habían ido cuando llegó, y pensó que Orabona — el cetrino encargado de aspecto extranjero — le había mirado con algo parecido a una diversión astuta y soterrada. No le gustaba aquella mirada, aun cuando le había visto dirigírsela a su patrón multitud de veces.

La abovedada sala de exhibición resultaba fantasmal al estar desierta, pero él la cruzó rápidamente y golpeó en la puerta de la oficina y taller. La respuesta se demoró, aunque hubo pasos en el interior. Finalmente, respondiendo a una segunda llamada, el cerrojo chasqueó, y la antigua puerta de seis paneles crujió abriéndose renuientemente, revelando la figura desgana y de ojos febriles de George Rogers. Desde el principio, resultó evidente que el empresario estaba de un insólito humor. Una peculiar mezcla de reluctancia y a la vez alegría al

recibirle, y, en un instante, su charla sé desvió hacia extravagancias de la clase más espantosa e increíble.

Supervivientes dioses primordiales... sacrificios indescriptibles... la pretensión de realidad sobre algunos de los horrores de la sala... todos los alardes habituales, aunque completados con unas peculiares confidencias en aumento. Obviamente, reflexionó Jones, la locura del pobre diablo se estaba imponiendo. A veces, Rogers lanzaba miradas furtivas a la pesada puerta interior cerrada con candado, del extremo de la habitación, o hacia una pieza de tosca arpillera depositada en el suelo; no lejos de él, bajo la que parecía yacer algún objeto. Jones fue poniéndose más nervioso según transcurría el tiempo, y comenzó a tener dudas sobre la conveniencia de mencionar los extraños sucesos de la tarde, tal como primeramente había querido ansiosamente hacer.

La voz de bajo, sepulcralmente resonante, de Rogers casi se rompió bajo la excitación de su febril farfallo.

— ¿Recuerdas — espetó — lo que te dije sobre esa ciudad en minas de Indochina donde vivían los Tcho-Tcho? Tuviste que admitir que había estado cuando viste las fotografías, aun pensando que yo hice de cera a aquel nadador ovalado de la oscuridad. Si los hubieras visto contorsionarse en las piscinas subterráneas como yo...

»Bueno, esto es aún mayor. Nunca te hablé de ello, porque quería rematarla antes de hacer ninguna pretensión. Cuando veas la instantánea, sabrás que la geografía no puede haber sido falsificada, e imagino que tengo otra forma de probar que eso no es ninguno de mis productos de cera. Nunca la has visto porque los experimentos no me permitían ponerla en exhibición.

El empresario miró de forma extraña hacia la puerta cerrada con el candado.

— Todo procede de ese gran ritual del octavo fragmento Pnakótico. Existieron seres en el norte; antes de la tierra de Lomar — previos a la existencia de la humanidad —, y esto es uno de ellos. Tuvimos que ir a Alaska y remontar el Noatak desde Fort Morton, pero la cosa estaba allí donde yo sabía que estaría. Grandes ruinas ciclópeas, hectáreas de ellas. Quedaba menos de lo que creíamos,



¿pero qué se puede esperar después de tres millones de años? ¿Y no apuntan las leyendas de los esquimales en esa misma dirección? No pudimos llevar uno de esos infelices con nosotros, y tuvimos que conducir el trineo todo el camino de vuelta a Nome en busca de americanos. A Orabona no le sentaba bien aquel clima..., se volvió hosco e irritable.

»Más tarde te contaré cómo lo encontramos. Cuando volamos el hielo de los pilares de la ruina central, la escalera estaba donde sabíamos que debía estar. Quedaban algunas tallas, y no hubo ningún problema para impedir que los yanquis nos siguieran al interior. Orabona temblaba como una hoja... nunca pensarías eso por la forma en que se pavonea ese maldito insolente. Sabía lo bastante de la Tradición Primigenia para estar apropiadamente temeroso. La luz eterna desapareció, pero nuestras antorchas alumbraban lo bastante. Vimos los huesos de otros que habían llegado antes que nosotros... eones atrás, cuando el clima era cálido. Algunos de esos huesos pertenecían a seres como jamás has imaginado. En el tercer nivel subterráneo encontramos el trono de marfil sobre el que tanto hablan los fragmentos... y puedo decirte con conocimiento de causa que no estaba vacío.

»El ser del trono no se movía... y supimos que *Eso* necesitaba un sacrificio. Pero no deseábamos despertarlo. Era mejor llevarlo primero a Londres. Orabona y yo volvimos a la superficie en busca de una gran caja, pero cuando lo hubimos metido no pudimos subirla los tres tramos de escalones. Aquellos peldaños no estaban hechos para seres humanos, y su tamaño nos estorbaba. De cualquier forma, era diabólicamente pesado. Tuvimos que traer a los americanos abajo para sacar a Eso. No estaban ansiosos de entrar en el sitio, pero, por supuesto, lo peor estaba a salvo dentro de la caja. Les dijimos que era un lote de tallas de marfil... muestras arqueológicas, y, tras ver el trono tallado, probablemente nos creyeron. Es un prodigio que no se imaginaran la existencia de un tesoro oculto y pidieran una parte. Habrán contado extraños cuentos en Nome más tarde, aunque dudo de que volvieran a esas ruinas, incluso bajo el señuelo del trono de marfil.

Rogers hizo una pausa, revolvió en su escritorio y exhibió un sobre con fotografías de gran tamaño. Sacando una y colocándola ante sí boca abajo, tendió el resto a Jones. El escenario era verdaderamente extraño; colinas cubiertas de hielo, trineos de perros, hombres envueltos en pieles e inmensas ruinas derrumbadas contra un telón de nieve... ruinas cuyos contornos extravagantes e inmensos bloques de piedra a duras penas podían ser descritos. Una, realizada con flash, mostraba una increíble estancia interior con extrañas tallas y un curioso trono cuyas proporciones implicaban que no había sido diseñado para ocupantes humanos. Las tallas de la gigantesca construcción — elevados muros y techos peculiarmente abovedados — eran totalmente simbólicas e incluían diseños completamente desconocidos y algunos jeroglíficos oscuramente citados en obscenas leyendas. Sobre el trono destacaba el mismo símbolo espantoso que ahora estaba pintado en el taller sobre la puerta de hierro cerrada con candado. Jones lanzó una nerviosa mirada al portal cerrado. Sin duda, Rogers había estado en extraños lugares y visto extraños seres. Aún así, aquellas demenciales fotografías de interior podían ser fácilmente un fraude, tomadas en un escenario inteligentemente diseñado. Uno no debía ser demasiado crédulo. Pero Rogers estaba prosiguiendo.

- Bueno, embarcamos la caja en Nome y fuimos a Londres sin ningún problema. Era la primera vez que volvíamos trayendo algo que tuviera un resto de vida. No lo exhibimos: había cosas mas importantes que hacer con Eso. Necesitaba el alimento de un sacrificio, ya que Eso era un dios. Desde luego, yo no podía suministrarle la clase de sacrificio que solían brindarle en sus días, ya que tales cosas no existen ahora. Pero había otros seres que podían servir. La sangre es vida, ya sabes. Aún los lemures y los elementales que son más viejos que la tierra reaparecen cuando la sangre de hombres o bestias se les ofrece en las condiciones adecuadas.

La expresión del rostro del narrador estaba volviéndose progresivamente alarmante y repulsiva, por lo que Jones se removió involuntariamente en su silla. Rogers pareció percatarse del nerviosismo de su invitado y prosiguió con una peculiar sonrisa maligna.

— Traje Eso el año pasado, y desde entonces he estado probando ritos y sacrificios. Orabona no ha sido de mucha ayuda, ya que siempre estuvo en contra de la idea de despertarlo. Odia a Eso... probablemente porque tiene miedo de lo que Eso pueda llegar a significar. Lleva encima una pistola, en todo momento, para protegerse... imbécil, ¡como si hubiera alguna protección humana contra ese Ser! Si lo veo alguna vez usar esa pistola, lo estrangulo. Quiere que lo mate y haga una efigie con Eso. Pero estoy empeñado en mis propios planes y los llevaré a cabo, ¡a pesar de todos los cobardes como Orabona y todos los malditos escépticos sardónicos como tú, Jones! He entonado los ritos, realizado ciertos sacrificios y *la última semana hubo un cambio*. El sacrificio fue... ¡aceptado y agradecido!

En ese momento, Rogers se relamió los labios, mientras Jones permanecía incómodamente rígido. El empresario se detuvo y se alzó, cruzando la sala hacia la pieza de arpillera que tan a menudo ojeaba. Inclinandose, asió una de las esquinas mientras volvía a hablar.

— Ya te has reído bastante de mi trabajo... es el momento de que conozcas ciertos hechos. Orabona me dijo que escuchaste el aullido de un perro por aquí esta tarde. ¿Sabes lo que eso significa?

- Jones se sobresaltó. A pesar de toda su curiosidad, se hubiera contentado con salir sin arrojar más luz sobre el asunto que tanto le desconcertaba. Pero Rogers fue inexorable y comenzó a alzar la pieza de arpillera. Bajo ella yacía una exprimida, casi informe masa que Jones tardó en clasificar. ¿Qué fue aquel ser viviente que algo había aplastado; exprimiendo su sangre y perforándolo en un millar de sitios, retorciéndolo en una destrozada y grotesca masa de huesos rotos? Tras un momento, Jones comprendió lo que debía ser. Era lo que quedaba de un perro; un perro, quizás, de considerable tamaño y color blanquecino. Su raza era imposible de reconocer, ya que la torsión le había convertido en una indescriptible y odiosa forma. La mayor parte del pelaje estaba quemado como por efecto de un fuerte ácido, y la desnuda piel sin sangre estaba plagada de innumerables heridas o incisiones circulares. El método de tortura necesario para causar tal resultado estaba más allá de la imaginación.

Jones, con una neta aversión que se impuso a su ascendente desazón, saltó en pie con un grito.

- ¡Tú, maldito sádico... demente... haces una cosa así y te llamas un hombre decente!

Rogers dejó caer la arpillera con una maligna sonrisa despectiva y encaró a su huésped, que se aproximaba... Sus palabras transmitían una calma antinatural.

— ¿Por qué, imbécil, crees que *Yo* hice esto? Admitamos que el resultado es desagradable para nuestros limitados criterios humanos. ¿Y qué? Ni es humano ni pretende serlo. El sacrificio simplemente se le ofrece. Entregué este perro a *Eso*. Lo sucedido es obra suya, no mía. Necesita alimentarse de lo ofrecido y lo hace a su propia manera. Pero déjame qué te enseñe cómo es.

Mientras Jones aguardaba dudoso, el orador volvió a su escritorio y cogió la fotografía que antes dejara boca abajo sin mostrar. Ahora se la tendió con una curiosa mirada. Jones la tomó y la miró, de forma mecánica. Tras un instante, la mirada del visitante se volvió más atenta y absorta, ya que la fuerza completamente satánica del ser retratado tenía un efecto casi hipnótico. Verdaderamente, Rogers se había sobrepasado al modelar la espantosa pesadilla captada por la cámara. El ser era una obra de genio puro e infernal, y Jones se preguntó cómo reaccionaría el público cuando fuera puesto en exhibición. Un ser tan odioso no tenía derecho a la existencia... probablemente, la simple visión de eso, tras ser hecho, había completado el desequilibrio de la mente de su autor, llevándole a adorarlo con brutales sacrificios. Sólo una fuerte cordura podía resistir la insidiosa sugerencia de que la blasfemia era - o había sido - alguna exótica enfermiza forma de vida.

El ser del retrato se sentaba o estaba sujeto, sobre una hábil reproducción del monstruosamente tallado trono de las curiosas fotografías anteriores. Describirlo con un vocabulario ordinario sería imposible, ya que no existía nada, ni siquiera aproximadamente similar, que se correspondiera con lo que siempre ha llenado la imaginación de la humanidad cuerda. Representaba algo quizás lejanamente conectado con los vertebrados de este planeta... aunque no se podía

estar muy seguro de eso. Sus dimensiones eran ciclópeas, ya que, incluso sentado, se alzaba a casi el doble de altura que Orabona, que estaba retratado al lado. Mirando con atención, se podían seguir sus similitudes con las formas corporales de los vertebrados superiores.

Tenía un torso casi globular con seis largos y sinuosos miembros rematados en pinzas de cangrejo. En su extremo superior, un globo secundario surgía hacia delante como una burbuja; el triángulo de tres ojos fijos de pescado, sus grandes patas y la evidentemente flexible trompa, así como un distendido sistema lateral análogo a las branquias, sugería que era una cabeza. La mayor parte del cuerpo estaba cubierto con lo que a primera vista parecía ser piel, pero a la que un examen más detenido mostraba como una densa mata de oscuros y delgados tentáculos o filamentos de succión, cada uno provisto de una boca que recordaba a la cabeza de un áspid. En la cabeza, tras la trompa, los tentáculos tendían a ser más largos y gruesos, marcados con listas espirales... sugiriendo el tradicional cabello de serpiente de Medusa. Decir que tal ser tenía una *expresión* parecía paradójico, aunque Jones sintió que el triángulo de saltones ojos de pez y que esa oblicuamente suspendida trompa desprendían una mezcla de odio, glotonería y completa crueldad incomprensibles para un ser humano, ya se hallaban entremezcladas con otras emociones ajenas al mundo o incluso al sistema solar. En esta bestial anomalía, reflexionó, Rogers debía haber vertido toda su demencia maligna y todo su extraordinario genio de escultor. El ser era increíble... aun cuando la fotografía probara su existencia.

Rogers interrumpió sus ensueños.

— Bueno... ¿Qué piensas de Eso? ¿No preguntas ahora qué es lo que ha aplastado al perro y lo ha exprimido con un millón de bocas? Necesitaba alimentarse... y volverá a necesitarlo. Es un dios, y yo soy el primer sacerdote de su postrer culto. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con un Millar de Crías!

Jones bajó la foto con disgusto y piedad.

— Mira, Rogers, esto no puede ser. Todo tiene sus límites, tú lo sabes. Es una gran obra y todo eso, pero no es tu dios. Mejor sería que no la vieras

nunca más... deja que Orabona se deshaga de ella y trata de olvidarla. Y déjame romper esta foto bestial, también.

Con un graznido, Rogers le arrancó la foto y la devolvió al escritorio.

— Imbécil... tú... ¡tú todavía crees que todo es un fraude! ¡Todavía piensas que hice Eso y que mis figuras no son otra cosa que cera inerte! ¡Maldito seas, eres aún más patán que una imagen de cera de ti mismo! ¡Pero te daré pruebas y sabrás! No ahora mismo, ya que Eso descansa tras el sacrificio... más tarde. Oh, si... no te quedarán dudas entonces acerca de su poder.

Mientras Rogers observaba hacia la puerta interior del candado, Jones tomó sombrero y bastón de un banco cercano.

— Muy bien, Rogers, lo dejaremos para más tarde. Ahora tengo que irme, pero volveré mañana por la tarde. Ten en cuenta mi advertencia y mira si no suena sensata. Pregunta también a Orabona lo que piensa.

Rogers enseñó sus dientes como una bestia salvaje.

— Tienes que irte, ¿eh? ¡Así que tienes miedo! ¡Miedo a pesar de toda esa palabrería! Dices que las efigies son sólo cera, pero sales corriendo cuando comienzo a probar que no lo son. Eres como los tipos que apuestan que son capaces de pasar una noche en el museo... vienen envalentonados, pero después de una hora ¡están gritando y aporreando para que les dejen salir! Quieres que pregunte a Orabona, ¿eh? Vosotros dos... ¡Siempre contra mi! ¡Queréis impedir el próximo reinado terrenal de Eso!

Jones conservó la calma.

- No, Rogers... nadie está en contra tuya. Tampoco tengo miedo de tus figuras; de hecho, admiro tu trabajo. Estamos un poco nerviosos esta noche, pero supongo que algo de descanso nos hará sentir mejor.

De nuevo, Rogers refrenó la partida de su invitado.

— No tienes miedo, ¿eh?... Entonces, ¿por qué estás tan ansioso de marcharte?... ¿Te atreves o no a quedarte a solas aquí, en la oscuridad? ¿A qué tanta prisa si no crees en Eso?

Alguna nueva idea parecía haberse despertado en Rogers, y Jones le observó atentamente.

— Bueno, no tengo especial prisa... ¿pero qué ganaría quedándome aquí a solas en la oscuridad? ¿Qué probaría? Mi única pega es que es poco comfortable para dormir. ¿Qué mejor podemos hacer?

En ese momento, fue Jones quien tuvo una idea. Continuó en tono conciliador.

— Mira Rogers... te acabo de preguntar qué probaría quedándome aquí, cuando ambos lo sabemos. Probaría que tus efigies son sólo eso, y que no debes dejar que tu imaginación te lleve por donde te ha llevado últimamente. Supón que me quedo. Si aguanto hasta el amanecer, ¿aceptarás tomarte de otra forma las cosas... marcharte tres meses de vacaciones o así y dejar que Orabona destruya esa nueva creación? Bueno... ¿Qué te parece?

El rostro del empresario resultaba difícil de interpretar. Era patente que estaba pensando rápidamente y que, de las diversas emociones en conflicto, el triunfo maligno llevaba las de ganar. Su voz tuvo una cualidad estremecedora al responder.

— ¡Hecho! *Si aguantas*, seguiré tus indicaciones. Pero tienes que aguantar. Iremos a cenar y volveremos. Te encerraré en la sala de exhibiciones y me iré a casa. Por la mañana, volveré antes que Orabona. Él viene media hora antes que los demás — para ver cómo estás. Pero no digas nada hasta estar totalmente seguro de tu excepticismo. Otros se han echado atrás... tienes esa opción. Y supongo que aporrear en la puerta exterior llamará la atención de algún policía. Puede que no te guste tanto después de un rato... estarás en el mismo edificio, aunque no en la misma habitación, que Eso.

Mientras dejaban la puerta trasera en el sucio patio interior, Rogers llevó consigo la pieza de arpillera... lastrada con su horrible carga. Cerca del centro del patio había un agujero de alcantarilla cuya tapa quitó silenciosamente el empresario, dando una estremecedora impresión de familiaridad con aquella tarea. Con arpillera y todo, el lastre cayó al olvido del laberinto de las cloacas. Jones se estremeció y casi se encogió ante la enjuta figura que iba a su lado cuando salieron a la calle.

De tácito acuerdo, no cenaron juntos, pero quedaron en reunirse frente al museo a las once.

Jones tomó un coche y respiró más tranquilo al cruzar el puente de Waterloo y aproximarse al brillantemente iluminado Strand. Cenó en un café tranquilo y, posteriormente, volvió a su casa de Portland Place para bañarse y coger unas pocas cosas. Ociosamente, se preguntó qué estaría haciendo Rogers. Había oído decir que el hombre tenía una amplia y sombría casa en Walworth Road, llena de libros oscuros y prohibidos, útiles ocultistas e imágenes de cera que no se atrevía a poner en exhibición. Orabona, según se decía, vivía en otra ala de la misma casa.

A las once, Jones encontró a Rogers esperando en la puerta del sótano en Southwark Street. Cruzaron pocas palabras, pero ambos parecían sentir con la amenazadora tensión. Convinieron en que la sala de exhibición abovedada sería el lugar de la prueba y Rogers no insistió en que el observador se quedara en la estancia, especial para adultos, de los supremos horrores. El empresario, habiendo apagado todas las luces con interruptores manejados desde el taller, cerró la puerta de la cripta con una de la llaves de su atestado llavero. Sin estrecharle la mano, salió a la calle, cerró la puerta tras de sí y ascendió los gastados peldaños hacia la calleja exterior. Cuando dejaron de oírse las pisadas, Jones comprendió que la larga y tediosa vigilia había comenzado.

## II

Más tarde, en la completa oscuridad de aquel sótano de grandes arcos, Jones maldijo la ingenuidad infantil que le había llevado allí. Durante la primera media hora había encendido su linterna a intervalos. Pero ahora, estar sentado en uno de los bancos para visitantes se había convertido en algo que crispaba los nervios. Cada cierto tiempo, la luz surgía iluminando algún objeto grotesco y enfermizo: una guillotina, un indescriptible monstruo híbrido, un rostro de barba pastosa pletórico de maldad, un cuerpo con torrentes rojos fluyendo de la garganta cercenada. Jones sabía que no había ninguna realidad siniestra tras tales seres; pero, tras la primera media hora, prefería no mirarlos.



Por qué se había molestado seguir la corriente a aquel demente apenas podía imaginarlo. Hubiera sido mucho más sencillo dejarlo simplemente solo, o haber llamado a un especialista en perturbaciones mentales. Probablemente, reflexionaba, era la camaradería de un artista hacia otro. Había tanto genio en Rogers, que probaba cada forma factible de ayudarlo a superar su creciente manía. Un hombre capaz de imaginar y construir aquellos increíbles seres con apariencia de vida, tal y como él había hecho, no estaba, seguramente, alejado de la total grandeza. Tenía la fantasía de un Sime o un Doré unida a la minuciosa y científica habilidad de un Blatschkas. De hecho, había realizado con el mundo de pesadilla lo que Blatschkas, mediante las réplicas maravillosamente exactas de plantas realizadas en fino hierro forjado y cristal coloreado, había hecho con el mundo de la botánica.

A medianoche, los toques de un distante reloj se filtraron en la oscuridad, y Jones se sintió arropado por el mensaje de un mundo exterior que aún existía. La abovedada sala del museo era como una tumba... espantosa en su total soledad. Aun un ratón sería una bienvenida compañía; pero Rogers se había jactado de que — por «cierta razón», según decía — ni ratones ni insectos se acercaban jamás al establecimiento. Era muy curioso, pero parecía ser cierto. La quietud mortal y el silencio eran virtualmente completos. ¡Si tan sólo hubiera un sonido! Tosió, pero hubo algo burlón en el coro de reverberaciones. Se juró no comenzar a hablar consigo mismo. Eso significaría la desintegración nerviosa. El tiempo parecía discurrir anormal y desconcertantemente lento. Hubiera jurado que habían pasado horas desde que enfocara por última vez la luz sobre su reloj, pero sólo era el toque de la medianoche.

Deseó que sus sentidos no estuvieran tan preternaturalmente agudos. Algo en la oscuridad y quietud parecía agudizarlos, como en respuesta a débiles impulsos que no eran tan fuertes como para llamarlos impresiones. Sus oídos parecían a veces captar un débil y elusivo susurro que no podía ser *totalmente* identificado con el zumbido nocturno de las míseras calles del exterior, y pensó en algo tan vago e irrelevante como la música de las esferas y la desconocida e

inaccesible vida de otras dimensiones presionando contra la nuestra. Rogers especulaba bastante sobre tales cosas.

Las motas de luz que flotaban ante sus ojos sumidos en la oscuridad parecían crear curiosas simetrías de perfiles y movimientos. A menudo se había preguntado sobre esos extraños rayos del abismo insondable que centellean ante nosotros en ausencia de iluminación terrenal, pero nunca había sabido que se comportara así. Les faltaba el tranquilo sin sentido de las motas de luz ordinarias... insinuando alguna voluntad o propósito distante de cualquier concepción terrestre.

Luego vino la sugerencia de extraños movimientos. No había nada abierto, pero, a pesar de la total falta de corrientes de aire, Jones sintió que el aire no estaba totalmente en calma. Había intangibles variaciones de presión... aunque no lo bastante como para sugerir el espantoso movimiento de invisibles elementales. Era anormalmente frío, además. No le gustaba nada de eso. El aire tenía un regusto salado, como si estuviera mezclado con la salmuera de oscuras aguas subterráneas y hubiera un descarnado indicio de algún aroma de inefable humedad. Durante el día nunca se había percatado de que las figuras de cera tuvieran olor. Aun entonces sentía a medias que no eran las figuras de cera las que debían oler así. Era más bien como el débil olor de especímenes en los museos de historia natural. Curioso, dadas las pretensiones de Rogers acerca de que sus figuras no eran completamente artificiales... de hecho, era probable que tal pretensión fuera lo que hacía a su imaginación conjurar tales sospechas olfativas. Debía guardarse contra los excesos de la imaginación... ¿No habían enloquecido tales cosas a Rogers?

Pero la completa soledad de aquel sitio era espantosa. Incluso las distantes campanadas parecían llegar atravesando abismos cósmicos. Esto hizo a Jones pensar en la demente fotografía que le mostrara Rogers... la estrafalariamente tallada habitación del críptico trono, que aquel sujeto pretendía que era parte de unas ruinas con tres millones de años de antigüedad, emplazadas en las rehuidas e inaccesibles soledades del Ártico. Quizás Roger había estado en Alaska, pero la fotografía no era más que un montaje. No podía ser de otra

manera, con todas aquellas tallas y terribles símbolos. Y la monstruosa figura supuestamente encontrada en aquel trono... ¡Que explosión de fantasía enfermiza! Jones se preguntaba cuán lejos estaría de la demente obra maestra de cera... quizás estaba tras aquella pesada puerta de planchas de madera, cerrada con candado, que llevaba más allá del taller. Pero no debía dejarse obsesionar por una imagen de cera. ¿No estaba aquella estancia repleta de tales seres, algunos de los cuales eran apenas menos horribles que el espantoso «Ello»? Y, más allá de una gruesa lona a la izquierda, estaba la estancia de “Sólo adultos”, con sus indescriptibles espejismos del delirio.

La proximidad de las innumerables formas de cera comenzó a crispar progresivamente los nervios de Jones mientras pasaba el cuarto de hora. Conocía tan bien el museo que podía ubicar sus habituales imágenes incluso en la total oscuridad. De hecho, las tinieblas tenían el efecto de prestar a las recordadas imágenes algún elemento imaginario sumamente perturbador. La guillotina parecía crujir y el barbudo semblante de Landrú — que mató a sus quince esposas — se contorsionaba con expresión de monstruosa amenaza. De la cercenada garganta de Madame Demers parecía brotar un gorgoteante sonido, mientras que la descabezada y desmembrada víctima de un asesino del baúl intentaba aproximarle más y más sus ensangrentados muñones. Jones comenzó a entornar sus ojos para ver si podía difuminar las imágenes, sin el menor resultado. De hecho, al entornar los ojos, el extraño e intencional trasfondo de granos de luz se hacía más perturbadoramente pronunciado.

Luego, repentinamente, comenzó a intentar distinguir las odiosas imágenes que primitivamente había tratado de hacer desvanecerse. Lo hizo porque estaban dando paso a entidades aún más odiosas. A pesar de sí mismo, su memoria comenzó a reconstruir las blasfemias totalmente inhumanas que acechaban las oscuras esquinas, y aquellos grumosos híbridos brotaban rezumando y serpenteando hacia él, como tratando de encerrarle en un círculo. El negro Tsathoggua se modeló a sí mismo, desde una gárgola de aspecto de rana, en una larga y sinuosa línea con centenares de rudimentarios pies, y un blando y enjuto ser nocturno extendió sus alas como para avanzar y sofocar al observador.

Jones se forzó a sí mismo para no gritar. Sabía que estaba volviendo a los tradicionales terrores de su infancia y decidió utilizar su razón de adulto para mantener a raya los fantasmas. Esto le ayudó un poco, según descubrió, al encender de nuevo la luz. Espantosas como eran las imágenes reveladas, no lo eran tanto como las que había conjurado su fantasía en la total oscuridad.

Pero había un inconveniente. Aun a la luz de la linterna, no pudo dejar de sospechar un leve y furtivo temblor en una parte de la lona que mantenía oculta la terrible sala de «Sólo adultos». Conocía lo que había detrás y se estremeció. Su imaginación conjuró las impresionantes formas del fabuloso Yog-Sothoth... tan sólo una aglomeración de globos iridiscentes, pero inmenso en su sugerencia de maldad. ¿Qué era esa maldita masa flotando lentamente hacia él y sacudiendo la partición que estorbaba su camino? Una ligera protuberancia en la lona y a la derecha insinuaba el afilado cuerno del Gnoph-keh, el peludo ser mítico del hielo groenlandés, que caminaba a veces sobre dos piernas, otras sobre cuatro y en ocasiones sobre seis. Para apartar esto de su cabeza, Jones caminó audazmente hacia la infernal sala con la linterna luciendo constantemente. Por supuesto, ninguno de sus temores era real. Aunque, ¿no ondulaban lenta e insidiosamente los largos tentáculos faciales del gran Cthulhu? Sabía que eran flexibles, pero no comprendía que el movimiento de aire causado por su avance bastase para agitarlos.

Volviendo a su asiento en el exterior de la sala, entre-cerró los ojos y dejó que los simétricos puntos de luz jugaran. El distante reloj lanzó un solitario toque. ¿Sería tan sólo la una? Enfocó la linterna sobre su reloj y vio que así era. Sería, en efecto, duro aguardar hasta el alba. Roger volvería sobre las ocho, antes incluso que Orabona. Habría luz en el exterior en el sótano principal mucho antes de eso, pero nada de ésta entraría allí. Todas las ventanas de este sótano habían sido tapiadas, excepto los tres ventanucos que daban al patio. Sería una espera muy larga, en resumen.

Sus oídos estaban sufriendo también alucinaciones ahora... ya que podía jurar que oía pisadas sigilosas y pesadas en el taller del otro lado de la puerta cerrada y asegurada. No tenía sentido pensar en el no exhibido horror que Rogers

llamaba «Eso». El ser era una contaminación... había vuelto loco a su creador, e incluso su retrato evocaba terrores de la imaginación. No podía estar en el taller... estaba, obviamente, más allá de la puerta de pesadas planchas y caudado. Aquellos pasos eran en verdad pura imaginación.

Luego creyó escuchar girar la llave de la puerta del taller. Encendiendo su linterna, no vio nada excepto el antiguo portón de seis paneles en su posición correcta. De nuevo probó la oscuridad y cerró los ojos, pero siguió una angustiosa ilusión de crujido; esta vez no fue la guillotina, sino la lenta y furtiva apertura de la puerta del taller. No quería gritar. Si gritaba, estaría perdido. Había ahora una especie de reptar o arrastrar audible y avanzaba lentamente hacia él. Debía retener el control sobre si mismo. ¿No lo había hecho cuando las indescritibles formas del cerebro trataron de acercársele? El arrastrar resonó más cerca y su resolución desfalleció. No gritó, simplemente barbotó un desafío.

— ¿Quién está ahí? ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

No hubo respuesta, pero el arrastrar siguió. Jones no sabía qué era lo que más temía... encender la linterna o permanecer en la oscuridad mientras el ser reptaba hacia él. Este ser era diferente, lo sabía con certeza, a los otros terrores de la tarde. Sus dedos y garganta se agitaban espasmódicamente. El silencio era imposible, y la espera en la total negrura comenzaba a ser la más intolerable de todas las condiciones. De nuevo gritó histéricamente.

— ¡Alto! ¿Quién está ahí? - Encendió los reveladores rayos de su linterna. Luego, paralizado por lo que vio, dejó caer la linterna y gritó... no una, sino muchas veces.

El ser que se arrastraba hacia él en la oscuridad era la gigantesca y blasfema forma de una negra entidad que no era totalmente mono ni completamente insecto. Su piel colgaba flojamente de su estructura, y su rugosa cabeza de ojos muertos se balanceaba constantemente de un lado a otro. Sus patas superiores estaban extendidas con las garras abiertas, y todo el cuerpo se tensaba con malignidad homicida, a pesar de la completa ausencia de expresión facial. Tras los gritos y la llegada de la oscuridad, brincó y, en un instante, tenía a

Jones sujeto contra el suelo. No hubo lucha, ya que el observador se había desmayado.

El desvanecimiento de Jones no pudo durar más de un instante, ya que el indescriptible ser estaba arrastrándole simiescamente por la oscuridad cuando recobró la consciencia. Lo que le despertó plenamente eran los sonidos que profería el ser... o mejor dicho, la voz con la que los profería. Aquella voz era humana, y además familiar. Sólo un ser viviente podía tener los roncros y febriles acentos con los que entonaba cánticos a un horror desconocido.

— ¡Iä! ¡Iä! — aullaba —. Ya voy, oh, Rhan-Tegoth, voy con tu alimento. Largo tiempo has esperado y malcomido, pero ahora tendrás lo prometido. Esto y más, ya que en vez de Orabona será uno de los que más han dudado de ti. Lo aplastarás y secarás, con todas sus dudas, y así te harás más fuerte. E incluso entre los hombres será mostrado como un monumento a tu gloria. Rhan-Tegoth, infinito e invencible, soy tu esclavo y sumo sacerdote. Tienes hambre, yo la aplaco. He leído el signo y te lo he llevado derecho. Te alimentaré con sangre y tú me alimentarás con poder. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con un Millar de Retoños!

En un instante todos los terrores de la noche abandonaron a Jones como un manto que cae. De nuevo era dueño de si mismo, ya que sabía que era un peligro totalmente terrenal y material al que tenía que enfrentar-se. No era ningún monstruo de fábula, sino un peligroso demente. Era Rogers, vestido con algún disfraz de pesadilla de su propio y enloquecido diseño, dispuesto a realizar un espantoso sacrificio al dios-demonio que había creado en cera. Evidentemente, debía haber entrado al taller por el patio trasero, se había disfrazado y había avanzado para apresar a su víctima finamente encerrada y presa del pánico. Su fuerza era prodigiosa, y si debía ser frustrado habría de actuar rápido. Continuaría alimentando la creencia del loco en su inconsciencia, mientras la presa fuera relativamente débil. La sensación de pasar un umbral le dijo que estaba entrando en el taller negro como la tinta.

Con la fuerza que da el miedo mortal, Jones dio un brusco salto desde la medio yacente postura en la que estaba siendo arrastrado. Durante un instante se

liberó de las manos del atónito maniaco, y, en otro instante, una embestida afortunada puso sus manos alrededor de la garganta extravagantemente disfrazada de su captor. Simultáneamente, Rogers le aferró a él y, sin mayores preliminares, ambos se trabaron en una lucha a vida o muerte. El entrenamiento atlético de Jones, sin duda, fue su única salvación, ya que su enloquecido atacante, abandonando cualquier exhibición de juego limpio, decencia o incluso autopreservación, era una máquina de salvaje destrucción tan formidable como un lobo o una pantera.

Gritos guturales salpicaban ocasionalmente la terrible lucha en la oscuridad. Saltó la sangre, las ropas se rasgaron, y al fin Jones sintió la garganta del maniaco, libre ya de su máscara espectral. No dijo una palabra, sino que puso cada gramo de energía en defender su vida. Rogers pateó, buscó los ojos de su enemigo, dio cabezazos, mordió, rasgó y escupió... y aún encontró fuerzas para vociferar ocasionales frases. La mayor parte de su palabrería era una jerga ritual llena de referencias a «Eso» o «Rhan-Tegoth» y, para los crispados nervios de Jones, era como si los gritos tuvieran respuesta de bufidos y aullidos demoníacos, provenientes de una infinita distancia. Hacia el final, ambos rodaron por el suelo, volcando bancos o golpeándose contra los muros y los basamentos de ladrillo del horno de mezcla del centro. Hasta el fin, Jones no pudo estar seguro de salvarse, pero el último lance se inclinó a su favor. Un rodillazo contra el pecho de Rogers produjo una total relajación y, un instante después, supo que había ganado.

A pesar de lo duro que le resultaba sostenerse, Jones se levantó y tanteó los muros buscando el interruptor de la luz, ya que había perdido su linterna, junto con la mayor parte de sus ropas. Mientras palpaba, arrastraba a su desvanecido contrario, temiendo un repentino ataque cuando el demente volviera en sí. Encontrando la caja, probó hasta hallar el interruptor correcto. Luego, mientras el taller, salvajemente desordenado, aparecía bajo la repentina luz, volvió para atar a Rogers con cuantas cuerdas y cinturones pudo encontrar a mano. El disfraz del sujeto — o lo que quedaba de él — parecía estar realizado con alguna desconcertante clase de cuero. Por diversas razones, a Jones se le puso la carne de gallina al tocarlo, y parecía haber un extraño y oxidado olor en

él. En las ropas de calle de debajo, estaba el llavero de Rogers, y la exhausta víctima lo aferró como su pasaporte final a la libertad. Las pantallas de las pequeñas ventanas parecidas a troneras estaban bajadas y aseguradas, y así las dejó.

Enjugando la sangre de la lucha en un recipiente apropiado, Jones buscó las ropas más ordinarias y menos extravagantes que pudo encontrar en los percheros. Probando la puerta del patio, descubrió que estaba asegurada con un cerrojo de resorte que no necesitaba llave desde el interior. Guardó el llavero, no obstante, para entrar, cuando volviera, con ayuda... ya que, claramente, lo que había que hacer era llamar a un psiquiatra. No había teléfono en el museo, pero no sería difícil de encontrar en un restaurante nocturno o en una farmacia de guardia. Casi había abierto la puerta para salir cuando un torrente de odiosas injurias del otro lado de la habitación le indicó que Rogers — cuyas heridas visibles se limitaban a un largo y profundo rasguño en la mejilla izquierda —, había recobrado la consciencia.

¡Idiota! ¡Desove de Noth-Yidik y efluvio de K'thun! ¡Hijo de los perros que aúllan en el torbellino de Azathoth! Podrías haber sido sagrado e inmortal, y ahora traicionas a Eso y a su sacerdote! ¡Cuidado... porque está hambriento! Debiera haber sido Orabona... ese maldito perro traicionero listo para revolverse contra Eso y contra mí... pero terminé concediéndote el primer honor. Ahora, ambos debéis temer, ya que Eso no es agradable sin su sacerdote.

»¡Iä!¡Iä! ¡La venganza se acerca! ¿Sabes que podrías haber sido inmortal? ¡Mira al horno! El fuego está listo y hay cera en la olla. hubiera hecho contigo lo que hice con las otras formas vivientes. ¡Ey! Tú que has jurado que todas mis efigies eran de cera, ¡te habrías convertido en una de ellas! Cuando Eso se hubiera saciado, y fueras como aquel perro que te mostré, ¡hubiera inmortalizado tus pedazos aplastados y lacerados! La cera lo hubiera hecho. ¿No decías que soy un gran artista? Cera en cada poro... cera en cada centímetro cuadrado tuyo... ¡Iä! ¡Iä! Y después el mundo hubiera podido contemplar tu mutilada carcasa ¡y preguntarse cómo podría yo haber imaginado tal cosa! ¡Ey!



Y Orabona hubiera sido el siguiente, y otros tras de él... ¡y todos hubieran acrecentado mi familia de cera!

«Perro... ¿Aún crees que *he fabricado* todas mis efigies? ¿No sería mejor decir *preservado*? Ya sabes los extraños lugares que he visitado y los extraños seres que he traído. Cobarde... nunca osarías encarar al destructor cósmico cuyo disfraz me coloqué para darte un susto... su simple presencia viva, o incluso el hecho de concebirlo, ¡te hubieran matado instantáneamente de miedo! ¡Iä! ¡Iä! ¡Eso aguarda hambriento la sangre que es vida!

Rogers, sosteniéndose contra la pared, tironeó de sus ataduras.

— Mira esto, Jones... ¿y si me sueltas y yo te dejo marchar? Hay que ser respetuosos con el sumo sacerdote de Eso. Orabona bastará para mantenerlo vivo... y, cuando termine, immortalizaré sus pedazos en cera para que el mundo los vea. Debieras haber sido tú, pero has rehusado tal honor. No te molestaré más. Suéltame y repartiré contigo el poder que Eso me dará. ¡Iä! ¡Iä! ¡Grande es Rhan-Tegoth! ¡Suéltame! Está hambriento al otro lado de la puerta y, si muere, los Primordiales nunca volverán. ¡Ey! ¡Ey! ¡Suéltame!

Jones simplemente agitó la cabeza, a pesar de que la repugnancia hacia los delirios del empresario le asqueaban. Rogers, ahora mirando salvajemente hacia la puerta de hierro con el candado, golpeó su cabeza una y otra vez contra el muro de ladrillo y comenzó a dar puntapiés con sus tobillos fuertemente atados. Jones comenzó a temer que se lesionaría y avanzó para atarlo más firmemente a algún objeto fijo. Contorsionándose, Rogers se apartó de él y comenzó a lanzar una serie de frenéticos aullidos cuya total y monstruosa inhumanidad resultaba espantosa y cuyo volumen era casi increíble. Parecía imposible que cualquier garganta humana pudiera producir ruidos tan estrepitosos y penetrantes, y Jones pensó que, de continuar, no necesitaría teléfono para pedir ayuda. En poco tiempo, algún policía llegaría a investigar, aun admitiendo que no hubiera vecinos que pudieran escuchar en aquel desierto distrito de almacenes.

— ¡Wza-y'ei! ¡Wza-y'ei! — aullaba el demente — *Y'kaa haa bho... ii, Rhan-Tegoth... Ctbulhujhtagn... ¡Fi! ¡Fi! ¡Fi! ¡Fi!... ¡Rhan-Tegoth, Rban-Tegoth, Rhan-Tegoth!*

La estrechamente atada criatura, que había comenzado a serpentear por el sucio suelo, alcanzó la puerta de planchas con el candado y comenzó a golpear atronadoramente su cabeza contra ella. Jones temió tener que volver a sujetarle y deseó no estar tan agotado por la lucha previa. El violento resultado estaba crispando de forma espantosa sus nervios y comenzó a sentir un rebrote de los indescriptibles temores que le asaltarán en la oscuridad. ¡Todo lo concerniente a Rogers y su museo era tan infernalmente enfermizo y sugerente de negros panoramas al otro lado de la vida! Era odioso el pensar en la obra maestra de cera, fruto del anormal genio, que en aquel momento debía agazaparse cerca en la oscuridad, más allá de la pesada puerta del candado.

Luego sucedió algo que envió un frío adicional por la columna de Jones e hizo que cada pelo - hasta los del dorso de su mano - se erizaran con un vago espanto más allá de cualquier clasificación. Rogers había parado bruscamente de gritar y golpear su cabeza contra la sólida puerta de hierro, y estaba buscando colocarse en una postura sentada. Tenía la cabeza torcida y escuchaba intensamente algo. Y entonces una sonrisa de diabólico triunfo iluminó su rostro y comenzó a hablar de forma inteligible nuevamente... esta vez en un ronco murmullo que contrastaba extrañamente con su previo aullar estentóreo.

— ¡Escucha, idiota! ¡Escucha atentamente! Eso me ha escuchado y acude. ¿No puedes oírlo chapotear mientras sale de su tanque al final del túnel? Lo alojé en las profundidades porque nada es demasiado bueno para Ello. Es anfibio, ya lo sabes... viste las branquias en la foto. Llegó a la tierra procedente del plomizo Yuggoth, donde las ciudades están bajo los cálidos y profundos mares. Eso no puede erguirse aquí... demasiado alto... tiene que sentarse o agazaparse. Dame mis llaves... debemos dejarle salir y arrodillamos ante su presencia. Luego saldremos y encontraremos un perro o un gato... quizás un borracho... para darle el alimento que necesita.

No era lo que el loco decía, sino la forma de decirlo, lo que alteró seriamente a Jones. La total y demente confianza, y la sinceridad del enloquecido susurro, era condenadamente contagiosa. La imaginación, con tales estímulos, podía descubrir una amenaza activa en la diabólica figura de cera que se agazapaba invisible al otro lado de la pesada plancha. Mirando a la puerta con atroz fascinación, Jones descubrió que se producían varios y distintos crujidos, aunque no aparecieron marcas de violencias en la superficie. Se preguntó cuán grande sería la habitación o armario del otro lado, y cómo estaría colocada la figura de cera. Aquella idea del loco sobre un tanque y un túnel era tan delirante como sus otras fantasías.

Después, en un terrible instante, Jones perdió por completo la respiración. El cinturón de cuero, con el que había pensado sujetar aún más a Rogers, cayó de sus manos inertes y un espasmo de terror le sacudió de pies a cabeza. Debiera haber sabido que el lugar le volvería loco, tal como había sucedido con Rogers; y ya *estaba* loco. Estaba loco, ya que sufría alucinaciones más salvajes que las que le habían asaltado anteriormente en la noche. El loco le decía que escuchara el chapoteo de un monstruo mítico en un tanque del otro lado de la puerta... y entonces, Dios le ayudara, *¡Lo escuchó!*

Rogers observó el espasmo de horror cubrir el rostro de Jones y convertirlo en una rígida máscara de miedo. Cacareó.

— ¡Por fin, loco, crees! ¡Por fin sabes! Lo escuchas y Eso viene! ¡Dame mis llaves, idiota... debemos reverenciarle y servirle!

Pero Jones no prestaba ninguna atención a una voz humana, loca o cuerda. Una parálisis fóbica le inmovilizó sumiéndole en el estupor, con salvajes imágenes recorriendo su imaginación desamparada. *Hubo* un chapoteo. *Hubo* un arrastrar o pisar, como de grandes patas húmedas sobre una superficie sólida. Algo *se* acercaba. Su olfato fue asaltado por un hediondo olor animal que brotaba desde las grietas en aquella puerta de pesadilla, parecido y a la vez diferente al de las jaulas de mamíferos de Regents Park.

No sabía si Rogers estaba hablando o no. La realidad se había desvanecido y era una estatua acosada por sueños y alucinaciones tan

antinaturales que se convertían casi en objetivas y distantes para él. Creyó oír un husmeo o bufido proveniente de los desconocidos golfos al otro lado de la puerta y, cuando un repentino ruido aullante y trompeteante golpeó sus tímpanos, no pudo estar seguro de que procediera del estrechamente atado maniaco cuya imagen rielaba en su enturbiada visión. La fotografía de aquel maldito e invisible ser de cera insistía en revolotear por su mente. Tal ser no tenía derecho a existir. ¿Acaso no le había vuelto loco?

Mientras reflexionaba, una nueva evidencia de locura le asaltó. Algo, pensó, estaba palpando el pestillo de la puerta cerrada con candado. Estaba pateando, arañando y empujando la plancha. Hubo un trueno y la recia madera que se debilitó más y más. El hedor era espantoso. Y entonces el asalto contra la puerta desde el interior se convirtió en una maligna y decidida embestida, como los redobles de un ariete. Hubo un ominoso crujido... un astillarse... un hedor cloacal... una plancha cayendo.. *una pata negra rematada en una pinza como la de un cangrejo..*

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dios, ayúdame!.. ¡Aaaaaaaah!

Con intenso esfuerzo, Jones es capaz, hoy en día, de recordar la súbita ruptura de su parálisis de temor, descargándose en una frenética huida automática. Aquello debió ser curiosamente similar a las salvajes y desesperadas huidas de las enloquecedoras pesadillas, ya que parecía haber saltado por la desordenada cripta en casi un latido de corazón, franqueado la puerta exterior y haberla cerrado y atrancado tras de sí de golpe, saltado sobre los gastados peldaños de tres en tres y volado, frenéticamente y sin rumbo, por el húmedo patio empedrado y a través de las míseras calles del Southwark.

Aquí se detiene su memoria. Jones no sabe cómo llegó a su casa, y no existe evidencia de que cogiera un coche. Probablemente hizo todo el camino por ciego instinto: por el puente de Waterloo, a lo largo del Strand y Charing Cross y subiendo Haymarket y Regent Street hacia su vecindad. Todavía vestía la extraña mezcolanza de ropas del museo cuando recobró la consciencia lo suficiente como para llamar al médico.

Una semana más tarde, el psiquiatra le permitió abandonar la cama y salir al aire libre.

Pero no había contado todo a los especialistas. Sobre toda la experiencia colgaba un manto de locura y pesadilla, y sintió que el silencio era el único camino. Cuando estuvo recuperado, estudió exhaustivamente los periódicos que había coleccionado desde aquella espantosa noche, sin encontrar referencias a nada extraño en el museo. ¿Cuánto, después de todo, había sido realidad? ¿Dónde terminaba la realidad y comenzaba el delirio enfermizo? ¿Había cedido su mente en aquella oscura sala de exposición y todo, hasta la lucha con Rogers, era un fantasma de la fiebre? Le ayudada a recobrarse el aclarar aquellos puntos enloquecedores. *Debía* ver la maldita fotografía de la imagen de cera apodada “Eso”, ya que ninguna mente, excepto la de Rogers, podía haber concebido tal blasfemia.

Transcurrió una quincena antes de que se atreviera a volver a Southwark Street. Fue en plena mañana, cuando había mayor adición de sana y cuerda actividad alrededor de las antiguas y decrépitas tiendas y almacenes. El letrero del museo seguía allí y, mientras se aproximaba, vio que estaba abierto. El portero cabeceó en placentero reconocimiento mientras él reunía el valor suficiente para entrar, y, en la estancia abovedada inferior, un empleado tocó su visera animadamente. Quizás todo fuera un sueño. ¿Se atrevería a llamar a la puerta del taller y buscar a Rogers?

Enseguida, Orabona avanzó para darle la bienvenida. Su oscuro y picado semblante aparecía un tanto sardónico, pero Jones sintió que no era hostil. Habló con algo de acento.

— Buenos días, Mr. Jones. Hace tiempo que no le veíamos. ¿Buscaba a Mr. Rogers? Lástima, no está. Tenía compromisos en América y tuvo que marcharse. Sí, todo fue muy repentino. Ahora yo estoy a cargo... aquí y en la casa. Trato de mantener los altos niveles de Mr. Rogers... hasta que vuelva.

El extranjero sonrió... quizás sólo por amabilidad. Jones apenas sabía qué responder, pero se las arregló para murmurar unas pocas preguntas sobre el día

posterior a su última visita. Orabona pareció sumamente divertido por las preguntas y tuvo sumo cuidado al formular las respuestas.

— Oh, sí, Mr. Jones... el 28 del pasado mes. Lo recuerdo por diversos motivos. Por la mañana... antes de que llegara Mr. Rogers, ya sabe... encontré el taller algo desordenado. Fue un gran trabajo el... limpiar... todo. Hubo... trabajo nocturno, ya sabe. Una nueva e importante producción recibió un proceso secundario de cocción. Me hice cargo de todo al llegar.

»Era un ejemplar difícil de preparar... pero, por supuesto, Mr. Rogers me ha enseñado bien. Es, ya sabe, un gran artista. Al llegar, me ayudó a terminar la figura... me ayudó de forma muy material, se lo aseguro... pero se marchó tan repentinamente que ni se despidió de la gente. Tal como le digo, le llamaron repentinamente. Había importantes reacciones químicas involucradas. Hubo fuertes sonidos... de hecho, algunos camioneros del patio exterior imaginaron que habían oído algunos disparos de pistola... ¡que idea tan divertida!

Respecto a la nueva obra... el asunto es muy desgraciado. Es una gran obra maestra... diseñada y realizada, ya me entiende, por Mr. Rogers. Ya la verá cuando vuelva.

De nuevo, Orabona sonrió.

— La policía, ya sabe. La pusimos de vigilancia una semana después y hubo dos o tres desvanecimientos. Un pobre hombre sufrió un ataque epiléptico frente a él. Sabe, es un pelo... más fuerte... que el resto. Es más grande de lo normal. Por supuesto, estaba en la sala de adultos. Al día siguiente, una pareja de Scotland Yard lo examinó y dijo que era demasiado morboso para ser exhibido. Afirmó que teníamos que quitarlo. Fue una tremenda vergüenza... una obra de arte así... pero no me sentí justificado para acudir a los tribunales en ausencia de Mr. Rogers. No le gustan los problemas con la policía... cuando vuelva... cuando vuelva...

Por una u otra razón, Jones sintió una ascendente marea de desazón y repulsión. Pero Orabona proseguía.

- Usted es un entendido, Mr. Jones. Estoy seguro de no violar la ley brindándole una visita privada. Puede ser..., por supuesto, según los deseos de Mr. Rogers... que destruyamos el espécimen algún día... pero será un crimen.

Jones sintió un poderoso impulso de rechazar la visita y huir precipitadamente, pero Orabona le llevaba cogido del brazo con el entusiasmo de un artista. La sala de adultos, abarrotada de horrores indescritibles, no tenía visitantes. En el extremo más alejado se había tapado un nicho y hacia allá avanzó el sonriente empleado.

- Debe saber, Mr. Jones, que el título de esta obra es “El Sacrificio de Rhan-Tegoth”.

Jones se sobresaltó violentamente, pero Orabona no dio muestras de notarlo.

— El informe y colosal dios es una réplica de ciertas oscuras leyendas estudiadas por Mr. Rogers. Se supone que llegó del espacio exterior y vivió en el Ártico hace tres millones de años. Realizaba sus sacrificios de una forma bastante peculiar y horrible, como podrá ver. Mr. Rogers lo ha dotado de un diabólico aspecto de vida... aun en el rostro de la víctima.

Temblando ahora violentamente, Jones se asió al pasamanos de latón frente al velado nicho. Casi estuvo por detener a Orabona cuando vio que la cortina comenzaba a abrirse, pero algún impulso contrapuesto le contuvo. El extranjero sonrió triunfalmente.

— ¡Vea!

Jones se tambaleó a pesar de estar agarrado al pasamanos.

— ¡Dios!... ¡Dios mío!

Con sus buenos dos metros y medio, y a pesar de su actitud confusa y agazapada que expresaba una malignidad infinitamente cósmica, se mostraba a un increíble horror plantado frente a un ciclópeo trono de marfil cubierto de grotescas tallas. En el par central de sus seis patas llevaba un arrugado, aplastado, distorsionado ser sin sangre, perforado por un millón de punciones y, en ciertos lugares, quemado por la acción de un activo ácido. Sólo la mutilada cabeza de la

víctima, pendiendo a un lado, revelaba que representaba a algo que fuera humano.

El propio monstruo no necesitaba presentación para alguien que hubiera visto cierta fotografía infernal. La maldita instantánea había sido demasiado fiel, aunque no podía mostrar el pleno horror que subyacía en la gigantesca entidad. El torso globular... la burbujeante sugerencia de cabeza... los tres ojos de pescado... la larga trompa... las agallas protuberantes... el monstruoso pelaje de ventosas como áspides... los seis sinuosos miembros con sus patas negras y pinzas de cangrejo... ¡Dios!, ¡la familiaridad de la pata negra rematada en una pinza de cangrejo!...

La sonrisa de Orabona era completamente condenable. Jones se atragantó y observó fijamente la odiosa exhibición con creciente fascinación que le aturdía y le perturbaba. ¿Qué entrevisto horror le sumía y le obligaba a mirar más y buscar detalles. Eso había vuelto loco a Rogers... Rogers, supremo artista... decía que no eran artificiales.

Luego vio lo que le perturbaba. Era la aplastada y caída cabeza de cera de la víctima, y lo que insinuaba. Su rostro no estaba totalmente destruido y era familiar. Era como el enloquecido semblante del pobre Rogers. Jones observó más de cerca, sin saber del todo qué le impulsaba. ¿No era natural en un enloquecido ególatra moldear sus propias facciones en su obra maestra? ¿Había algo más que la subconsciente visión había sumido y suprimido bajo el efecto del puro terror?

La cera del rostro mutilado había sido moldeada con destreza increíble. Aquella incisiones... ¡cuán perfectamente reproducían la minada de heridas que algo infligiera a aquel pobre perro! Pero había algo más. En la mejilla derecha podía distinguirse una irregularidad que desentonaba con el aspecto general... como si el autor hubiera tratado de cubrir un defecto de su primer modelo. Cuanto más lo miraba Jones, más misterioso y horrible le parecía... luego, bruscamente, recordó algo que le llenó de horror. Aquella espantosa noche... la lucha... el demente atado... y *el largo y profundo arañazo en la mejilla izquierda del verdadero Rogers...*



Jones, soltando la desesperada presa del pasamanos, cayó en un profundo desvanecimiento.

Orabona seguía sonriendo.

## EL CAOS REPTANTE

---

H. P. Lovecraft & Elizabeth Berkeley<sup>13</sup>

Mucho es lo que se ha escrito acerca de los placeres y los sufrimientos del opio. Los éxtasis y horrores de De Quincey y los *paradis artificiels* de Baudelaire son conservados e interpretados con tal arte que los hace inmortales, y el mundo conoce a fondo la belleza, el terror y el misterio de esos oscuros reinos donde el soñador es transportado. Pero aunque mucho es lo que se ha hablado, ningún hombre ha osado todavía detallar la naturaleza de los fantasmas que entonces se revelan en la mente, o sugerir la dirección de los inauditos caminos por cuyo adornado y exótico curso se ve irresistiblemente lanzado el adicto. De Quincey fue arrastrado a Asia, esa fecunda tierra de sombras nebulosas cuya temible antigüedad es tan impresionante que "la inmensa edad de la raza y el nombre se impone sobre el sentido de juventud en el individuo", pero él mismo no osó ir más lejos. Aquellos que han ido más allá rara vez volvieron y, cuando lo hicieron, fue siempre guardando silencio o sumidos en la locura. Yo consumí opio en una ocasión... en el año de la plaga, cuando los doctores trataban de aliviar los sufrimientos que no podían curar. Fue una sobredosis - mi médico estaba agotado por el horror y los esfuerzos - y, verdaderamente, viajé muy lejos. Finalmente regresé y viví, pero mis noches se colmaron de extraños recuerdos y nunca más he permitido a un doctor volver a darme opio. Cuando me administraron la droga, el sufrimiento y el martilleo en mi cabeza habían sido insufribles. No me importaba el futuro; huir, bien mediante curación,

---

<sup>13</sup> The crawling chaos.

inconsciencia o muerte, era cuanto me importaba. Estaba medio delirando, por eso es difícil ubicar el momento exacto de la transición, pero pienso que el efecto debió comenzar poco antes de que las palpitaciones dejaran de ser dolorosas. Como he dicho, fue una sobredosis; por lo cual, mis reacciones probablemente distaron mucho de ser normales. La sensación de caída, curiosamente disociada de la idea de gravedad o dirección, fue suprema, aunque había una impresión secundaria de muchedumbres invisibles de número incalculable, multitudes de naturaleza infinitamente diversa, aunque todas más o menos relacionadas conmigo. A veces, menguaba la sensación de caída mientras sentía que el universo o las eras se desplomaban ante mí. Mis sufrimientos cesaron repentinamente y comencé a asociar el latido con una fuerza externa más que con una interna. También se había detenido la caída, dando paso a una sensación de descanso efímero e inquieto, y, cuando escuché con mayor atención, fantaseé con que los latidos procedieran de un mar inmenso e inescrutable, como si sus siniestras y colosales rompientes laceraran alguna playa desolada tras una tempestad de titánica magnitud. Entonces abrí los ojos. Por un instante, los contornos parecieron confusos, como una imagen totalmente desenfocada, pero gradualmente asimilé mi solitaria presencia en una habitación extraña y hermosa iluminada por multitud de ventanas. No pude hacerme la idea de la exacta naturaleza de la estancia, porque mis sentidos distaban aún de estar ajustados, pero advertí alfombras y colgaduras multicolores, mesas, sillas, tumbonas y divanes de elaborada factura, y delicados jarrones y ornatos que sugerían lo exótico sin llegar a ser totalmente ajenos. Todo eso percibí, aunque no ocupó mucho tiempo en mi mente. Lenta, pero inexorablemente, arrastrándose sobre mi conciencia e imponiéndose a cualquier otra impresión, llegó un temor vertiginoso a lo desconocido, un miedo tanto mayor cuanto que no podía analizarlo y que parecía concernir a una furtiva amenaza que se aproximaba... no la muerte, sino algo sin nombre, un ente inusitado indeciblemente más espantoso y aborrecible. Inmediatamente me percaté de que el símbolo directo y excitante de mi temor era el odioso martilleo cuyas incesantes reverberaciones batían enloquecedoramente contra mi exhausto cerebro. Parecía proceder de un punto fuera y abajo del

edificio en el que me hallaba, y estar asociado con las más terroríficas imágenes mentales. Sentí que algún horrible paisaje u objeto acechaban más allá de los muros tapizados de seda, y me sobrecojí ante la idea de mirar por las arqueadas ventanas enrejadas que se abrían tan insólitamente por todas partes. Descubriendo postigos adosados a esas ventanas, los cerré todos, evitando dirigir mis ojos al exterior mientras lo hacía. Entonces, empleando pedernal y acero que encontré en una de las mesillas, encendí algunas velas dispuestas a lo largo de los muros en barrocos candelabros. La añadida sensación de seguridad que prestaban los postigos cerrados y la luz artificial calmaron algo mis nervios, pero no fue posible acallar el monótono retumbar. Ahora que estaba más calmado, el sonido se convirtió en algo tan fascinante como espantoso.

Abriendo una portezuela en el lado de la habitación cercano al martilleo, descubrí un pequeño y ricamente engalanado corredor que finalizaba en una tallada puerta y un amplio mirador. Me vi irresistiblemente atraído hacia éste, aunque mis confusas aprehensiones me forzaban igualmente hacia atrás. Mientras me aproximaba, pude ver un caótico torbellino de aguas en la distancia. Enseguida, al alcanzarlo y observar el exterior en todas sus direcciones, la portentosa escena de los alrededores me golpeó con plena y devastadora fuerza. Contemplé una visión como nunca antes había observado, y que ninguna persona viviente puede haber visto salvo en los delirios de la fiebre o en los infiernos del opio. La construcción se alzaba sobre un angosto punto de tierra - o lo que ahora era un angosto punto de tierra - remontando unos 90 metros sobre lo que últimamente debió ser un hirviente torbellino de aguas enloquecidas. A cada lado de la casa se abrían precipicios de tierra roja recién excavados por las aguas, mientras que enfrente las temibles olas continuaban batiendo de forma espantosa, devorando la tierra con terrible monotonía y deliberación. Como a un kilómetro se alzaban y caían amenazadoras rompientes de no menos de cinco metros de altura y, en el lejano horizonte, crueles nubes negras de grotescos contornos colgaban y acechaban como buitres malignos. Las olas eran oscuras y purpúreas, casi negras, y arañaban el flexible fango rojo de la orilla como toscas manos voraces. No pude por menos que sentir que alguna nociva entidad marina había

declarado una guerra a muerte contra toda la tierra firme, quizá instigada por el cielo enfurecido. Recobrándome al fin del estupor en que ese espectáculo antinatural me había sumido, descubrí que mi actual peligro físico era agudo. Aun durante el tiempo en que observaba, la orilla había perdido muchos metros y no estaba lejos el momento en que la casa se derrumbaría socavada en el atroz pozo de las olas embravecidas. Por tanto, me apresuré hacia el lado opuesto del edificio y, encontrando una puerta, la cerré tras de mí con una curiosa llave que colgaba en el interior. Entonces contemplé más de la extraña región a mi alrededor y percibí una singular división que parecía existir entre el océano hostil y el firmamento. A cada lado del descollante promontorio imperaban distintas condiciones. A mi izquierda, mirando tierra adentro, había un mar calmo con grandes olas verdes corriendo apaciblemente bajo un sol resplandeciente. Algo en la naturaleza y posición del sol me hicieron estremecer, aunque no pude entonces, como no puedo ahora, decir qué era. A mi derecha también estaba el mar, pero era azul, calmoso, y sólo ligeramente ondulado, mientras que el cielo sobre él estaba oscurecido y la ribera era más blanca que enrojecida. Ahora volví mi atención a tierra, y tuve ocasión de sorprenderme nuevamente, puesto que la vegetación no se parecía en nada a cuanto hubiera visto o leído. Aparentemente, era tropical o al menos subtropical... una conclusión extraída del intenso calor del aire. Algunas veces pude encontrar una extraña analogía con la flora de mi tierra natal, fantaseando sobre el supuesto de que las plantas y matorrales familiares pudieran asumir dichas formas bajo un radical cambio de clima; pero las gigantescas y omnipresentes palmeras eran totalmente extranjeras. La casa que acababa de abandonar era muy pequeña - apenas mayor que una cabaña - pero su material era evidentemente mármol, y su arquitectura extraña y sincrética, en una exótica amalgama de formas orientales y occidentales. En las esquinas había columnas corintias, pero los tejados rojos eran como los de una pagoda china. De la puerta que daba a tierra nacía un camino de singular arena blanca, de metro y medio de anchura y bordeado por imponentes palmeras, así como por plantas y arbustos en flor desconocidos. Corría hacia el lado del promontorio donde el mar era azul y la ribera casi blanca. Me sentí impelido a huir por este camino, como

perseguido por algún espíritu maligno del océano retumbante. Al principio remontaba ligeramente la ribera, luego alcancé una suave cresta. Tras de mí, vi el paisaje que había abandonado: toda la punta con la cabaña y el agua negra, con el mar verde a un lado y el mar azul al otro, y una maldición sin nombre e indescriptible cerniéndose sobre todo. No volví a verlo más y a menudo me pregunto...

Tras esta última mirada, me encaminé hacia delante y escruté el panorama de tierra adentro que se extendía ante mí. El camino, como he dicho, corría por la ribera derecha si uno iba hacia el interior. Delante y a la izquierda vislumbré entonces un magnífico valle, que abarcaba miles de acres, sepultado bajo un oscilante manto de hierba tropical más alta que mi cabeza. Casi al límite de la visión había una colosal palmera que parecía fascinarme y reclamarme. En este momento, el asombro y la huida de la península condenada habían, con mucho, disipado mi temor, pero cuando me detuve y me desplomé fatigado sobre el sendero, hundiendo ociosamente mis manos en la cálida arena blancuzco-dorada, un nuevo y agudo sonido de peligro me embargó. Algún terror en la alta hierba sibilante pareció sumarse a la del diabólico mar retumbante y me alcé gritando fuerte y desabridamente.

- ¿Tigre? ¿Tigre? ¿Es un tigre? ¿Bestias? ¿Bestias? ¿Es una bestia lo que me atemoriza?

Mi mente retrocedía hasta una antigua y clásica historia de tigres que había leído; traté de recordar al autor, pero tuve alguna dificultad. Entonces, en mitad de mi espanto, recordé que el relato pertenecía a Rudyard Kipling; no se me ocurrió lo ridículo que resultaba considerarle como un antiguo autor. Anhelé el volumen que contenía esta historia, y casi había comenzado a desandar el camino hacia la cabaña condenada cuando el sentido común y el señuelo de la palmera me contuvieron. Si hubiera o no podido resistir el deseo de retroceder sin el concurso de la fascinación por la inmensa palmera, es algo que no sé. Su atracción era ahora predominante, y dejé el camino para arrastrarme sobre manos y rodillas por la pendiente del valle, a pesar de mi miedo hacia la hierba y las serpientes que pudiera albergar. Decidí luchar por mi vida y cordura tanto como

fuera posible y contra todas las amenazas del mar o tierra, aunque a veces temía la derrota mientras el enloquecido silbido de la misteriosa hierba se unía al todavía audible e irritante batir de las distantes rompientes. Con frecuencia, debía detenerme y tapar mis oídos con las manos para aliviarme, pero nunca pude acallar del todo el detestable sonido. Fue tan sólo tras eras, o así me lo pareció, cuando finalmente pude arrastrarme hasta la increíble palmera y reposar bajo su sombra protectora.

Entonces ocurrieron una serie de incidentes que me transportaron a los opuestos extremos del éxtasis y el horror; sucesos que temo recordar y sobre los que no me atrevo a buscar interpretación. Apenas me había arrastrado bajo el colgante follaje de la palmera, cuando brotó de entre sus ramas un muchacho de una belleza como nunca antes viera. Aunque sucio y harapiento, poseía las facciones de un fauno o semidiós, e incluso parecía irradiar en la espesa sombra del árbol. Sonrió tendiendo sus manos, pero antes de que yo pudiera alzarme y hablar, escuché en el aire superior la exquisita melodía de un canto; notas altas y bajas tramadas con etérea y sublime armonía. El sol se había hundido ya bajo el horizonte, y en el crepúsculo vi una aureola de mansa luz rodeando la cabeza del niño. Entonces se dirigió a mí.

- Es el fin. Han bajado de las estrellas a través del ocaso. Todo está colmado y más allá de las corrientes arinurianas moraremos felices en Teloe.

Mientras el niño hablaba, descubrí una suave luminosidad a través de las frondas de las palmeras y vi alzarse saludando a dos seres que supe debían ser parte de los maestros cantores que había escuchado. Debían ser un dios y una diosa, porque su belleza no era la de los mortales, y ellos tomaron mis manos diciendo:

- Ven, niño, has escuchado las voces y todo está bien. En Teloe, más allá de las Vía Láctea y las corrientes arinurianas, existen ciudades de ámbar y calcedonia. Y sobre sus cúpulas de múltiples facetas relumbran los reflejos de extrañas y hermosas estrellas. Bajo los puentes de marfil de Teloe fluyen los ríos de oro líquido llevando embarcaciones de placer rumbo a la floreciente Cytarion de los Siete Soles. Y en Teloe y Cytarion no existe sino juventud, belleza y

placer, ni se escuchan más sonidos que los de las risas, las canciones y el laúd. Sólo los dioses moran en Teloe la de los ríos dorados, pero entre ellos tú habitarás.

Mientras escuchaba embelesado, me percaté súbitamente de un cambio en los alrededores. La palmera, que últimamente había resguardado a mi cuerpo exhausto, estaba ahora a mi izquierda y considerablemente debajo. Obviamente flotaba en la atmósfera; acompañado no sólo por el extraño chico y la radiante pareja, sino por una creciente muchedumbre de jóvenes y doncellas semiluminosos y coronados de vides, con cabelleras sueltas y semblante feliz. Juntos ascendimos lentamente, como en alas de una fragante brisa que soplara no desde la tierra sino en dirección a la nebulosa dorada, y el chico me susurró en el oído que debía mirar siempre a los senderos de luz y nunca abajo, a la esfera que acababa de abandonar. Los mozos y muchachas entonaban ahora dulces acompañamientos con los laúdes y me sentía envuelto en una paz y felicidad más profunda de lo que hubiera imaginado en toda mi vida, cuando la intrusión de un simple sonido alteró mi destino destrozando mi alma.

A través de los arrebatados esfuerzos de cantores y tañedores de laúd, como una armonía burlesca y demoníaca, atronó desde los golfos inferiores el maldito, el detestable batir del odioso océano. Y cuando aquellas negras rompientes rugieron su mensaje en mis oídos, olvidé las palabras del niño y miré abajo, hacia el condenado paisaje del que creía haber escapado.

En las profundidades del éter vi la estigmatizada tierra girando, siempre girando, con irritados mares tempestuosos consumiendo las salvajes y arrasadas costas y arrojando espuma contra las tambaleantes torres de las ciudades desoladas. Bajo una espantosa luna centelleaban visiones que nunca podré describir, visiones que nunca olvidaré: desiertos de barro cadavérico y junglas de ruina y decadencia donde una vez se extendieron las llanuras y poblaciones de mi tierra natal, y remolinos de océano espumeante donde otrora se alzarán los poderosos templos de mis antepasados. Los alrededores del polo Norte hervían con ciénagas de estrepitoso crecimiento y vapores malsanos que silbaban ante la embestida de las inmensas olas que se encrespaban, lacerando, desde las temibles

profundidades. Entonces, un desgarrado aviso cortó la noche, y a través del desierto de desiertos apareció una humeante falla. El océano negro aún espumeaba y devoraba, consumiendo el desierto por los cuatro costados mientras la brecha del centro se ampliaba y ampliaba. No había otra tierra salvo el desierto, y el océano furioso todavía comía y comía. Sólo entonces pensé que incluso el retumbante mar parecía temeroso de algo, atemorizado de los negros dioses de la tierra profunda que son más grandes que el malvado dios de las aguas, pero, incluso si era así, no podía volverse atrás, y el desierto había sufrido demasiado bajo aquellas olas de pesadilla para apiadarse ahora. Así, el océano devoró la última tierra y se precipitó en la brecha humeante, cediendo de este modo todo cuanto había conquistado. Fluyó nuevamente desde las tierras recién sumergidas, desvelando muerte y decadencia y, desde su viejo e inmemorial lecho, goteó de forma repugnante, revelando secretos ocultos en los años en que el Tiempo era joven y los dioses aún no habían nacido. Sobre las olas se alzaron recordados capiteles sepultados bajo las algas. La luna arrojaba pálidos lirios de luz sobre la muerta Londres, y París se levantaba sobre su húmeda tumba para ser santificada con polvo de estrellas. Después, brotaron capiteles y monolitos que estaban cubiertos de algas pero que no eran recordados; terribles capiteles y monolitos de tierras acerca de las cuales el hombre jamás supo. No había ya retumbar alguno, sino sólo el ultraterreno bramido y siseo de las aguas precipitándose en la falla. El humo de esta brecha se había convertido en vapor, ocultando casi el mundo mientras se hacía más y más denso. Chamuscó mi rostro y manos, y cuando miré para ver cómo afectaba a mis compañeros descubrí que todos habían desaparecido. Entonces todo terminó bruscamente y no supe más hasta que desperté sobre una cama de convalecencia. Cuando la nube de humo procedente del golfo plutónico veló por fin toda mi vista, el firmamento entero chilló mientras una repentina agonía de reverberaciones enloquecidas sacudía el estremecido éter. Sucedió en un relámpago y explosión delirantes; un cegador, ensordecedor holocausto de fuego, humo y trueno que disolvió la pálida luna mientras la arrojaba al vacío.

Y cuando el humo clareó y traté de ver la tierra, tan sólo pude



contemplar, contra el telón de frías y burlonas estrellas, al sol moribundo y a los pálidos y afligidos planetas buscando a su hermana.

## **LA EXTRAÑA CASA EN LA NIEBLA**

---

**H. P. LOVECRAFT<sup>14</sup>**

De mañana, la niebla asciende del mar por los acantilados de más allá de Kingsport. Sube, blanca y algodonesa, al encuentro de sus hermanas las nubes, henchidas de sueños de húmedos pastos y cavernas de leviatanes. Y más tarde, en sosegadas lluvias estivales que mojan los empinados tejados de los poetas, las nubes esparcen esos sueños a fin de que los hombres no vivan sin el rumor de los viejos y extraños secretos y maravillas que los planetas cuentan a los planetas durante la noche. Cuando los relatos acuden en tropel a las grutas de los tritones, y las caracolas de las ciudades invadidas por la algas emiten aires insensatos aprendidos de los Dioses Anteriores, entonces las grandes brumas ansiosas se espesan en el cielo cargado de saber, y los ojos que miran el océano desde lo alto de las rocas tan sólo ven una mística blancura, como si el borde del acantilado fuese el límite de toda la tierra, y las campanas solemnes de las boyas tañesen libremente en el éter irreal.

Ahora bien, al norte del arcaico Kingsport, los riscos se elevan con arrogancia, altos y curiosos, terraza sobre terraza, hasta que el más septentrional de todos se recorta en el cielo como una nube gris y helada por el viento. Desolada, sobresale una punta en el espacio ilimitado, ya que la costa tuerce bruscamente allí donde desemboca el gran Miskatonic, después de dejar atrás Arkham, trayendo leyendas de los bosques y recuerdos singulares de las colinas de Nueva Inglaterra. Las gentes marineras de Kingsport miran hacia ese acantilado como miran otros hacia la estrella polar y computan las guardias de la

---

<sup>14</sup> The strange high house in the mist.

noche según éste oculta o permite ver la Osa Mayor, Casiopea y el Dragón. Para ellos, forma parte del firmamento, y, en verdad, también desaparece cuando la niebla oculta las estrellas o el sol. Sienten cariño por algunos acantilados, como ese al que llaman el Padre Neptuno por su grotesco perfil, o ese otro de peldaños gigantescos al que llaman "La Calzada"; pero éste último les produce temor, porque está muy próximo al cielo. Los marineros portugueses que llegan de viaje se santiguan al verlo, y los viejos yanquis creen que escalarlo, en caso de que fuera posible hacerlo, sería un asunto mucho más grave que la muerte. Sin embargo, hay una casa antigua en ese acantilado, y por la noche se ven luces en sus ventanas de cristales pequeños.

Esa antigua casa está allí desde siempre, y dicen las gentes que habita Uno que habla con las brumas matinales que suben del mar y que quizá ve cosas singulares en el océano cuando el borde del acantilado se convierte en el confín de la tierra y las boyas solemnes tañen libremente en el blanco éter de lo irreal. Eso dicen que han oído contar, pues jamás han visitado ese despeñadero prohibido, ni les gusta dirigir hacia allí sus catalejos. Los veraneantes la han examinado con sus gemelos descarados, pero no han visto otra cosa que el tejado, primordial, puntiagudo, de ripia, con aleros que llegan casi hasta los grises cimientos, y la luz amarillenta de sus pequeñas ventanas, cuando asoma por debajo de esos aleros al oscurecer. Estos visitantes veraniegos no creen que el habitante de la antigua casa esté en ella desde hace siglos; pero no pueden probar semejante herejía a ningún auténtico vecino de Kingsport. Hasta el Anciano Terrible que habla con péndulos de plomo encerrados en botellas, compra comida con viejo oro español, y guarda ídolos de piedra en el patio de su casa antediluviana de Water Street, no puede sino decir que ya vivía allí cuando su abuelo era niño, lo que debió ocurrir hace un montón de años, cuando Belcher o Shirley o Pownall o Bernard era gobernador de la provincia de Massachusetts-Bay al servicio de Su Majestad.

Luego, en verano, llegó a Kingspot un filósofo. Se llamaba Thomas Olney, y enseñaba cosas tediosas en una facultad cercana a Narragansett. Llegó con una esposa robusta y unos hijos retozones, y sus ojos estaban cansados de ver

las mismas cosas durante muchos años y de pensar los mismos disciplinados pensamientos. Miró las brumas desde la diadema del Padre Neptuno, y trató de adentrarse en el mundo blanco y misterioso por los titánicos escalones de la Calzada. Mañana tras mañana subía a tumbarse a lo acantilados y contemplar, desde el borde del mundo, el éter misterioso que se extendía más allá, escuchando las campanas espectrales y los gritos insensatos de lo que quizá fueran gaviotas. Luego, cuando levantaba la niebla y el mar recobraba su aire prosaico con el humo de los barcos, suspiraba y bajaba al pueblo, donde le encantaba recorrer los estrechos y antiguos callejones que subían y bajaban por la colina y estudiar los ruinosos hastiales y los portales de extraños pilares que habían cobijado a tantas generaciones de robustos marineros. Incluso habló con el Viejo Terrible, a quien desagradaban los forasteros, y éste le invitó a su casa arcaica y temible, cuyos techos bajos y carcomidos enmaderados escuchan los ecos de inquietantes soliloquios en la oscuridad de las primeras horas de la madrugada.

Naturalmente, fue inevitable que Olney reparase en la casa solitaria y gris del cielo, situada en lo alto de aquel siniestro despeñadero formando un todo común con las brumas y el firmamento. Siempre se alzó sobre Kingsport, y siempre corrió el rumor de su misterio por los callejones tortuosos de Kingsport. El Viejo Terrible le contó a Olney, entre jadeos, una historia que había oído a su padre sobre un rayo que brotó una noche de aquella casa puntiaguda, y se perdió en las nubes más altas del cielo; y la abuela Orme, cuya minúscula casa de Ship Street tiene su techumbre holandesa toda cubierta de musgo y de hiedra, le refirió con voz chillona algo que su abuela había oído contar sobre unas sombras voladoras que salían de las brumas orientales y se dirigían a la única puerta de esa inalcanzable morada, la cual se abre al borde mismo del barranco que desciende hasta el océano y sólo puede verse desde los barcos que cruzan por el mar.

Finalmente, ávido de experiencias nuevas y extrañas, y sin que le contuvieran ni el temor de los vecinos de Kingsport ni la usual indolencia de los veraneantes, tomó Olney una resolución terrible. A pesar de su formación

conservadora - o a causa de ella, que las vidas rutinarias albergan anhelos ansiosos de lo desconocido - hizo solemne juramento de escalar aquel acantilado del norte y visitar la casa anormalmente antigua y gris del cielo. Sin duda, su yo racional debió de persuadirle de que sus moradores entraban por la parte de tierra, a través de alguna cresta accesible próxima al estuario del Miskatonic. Probablemente bajaban a comerciar a Arkham, conscientes de lo poco que les gustaba la casa a los Kingsport, o incapaces quizá de descender por la parte del acantilado que daba a Kingsport. Olney recorrió los riscos más accesibles, hasta el pie del gran precipicio que subía a unirse insolente con las cosas celestes, y comprobó de manera patente que ningún ser humano podía escalarlo ni descender por la ladera sur. Al este y al norte se elevaba perpendicularmente también, desde el agua hasta una altura de miles de pies, de forma que sólo quedaba la vertiente norte, la cual miraba hacia tierra y hacia Arkham.

Una mañana de agosto salió Olney en busca de algún sendero que subiera hasta el inaccesible pináculo. Marchó en dirección noroeste por agradables caminos secundarios, pasó por la charca de Hooper y el viejo polvorín de ladrillo gris, hasta llegar allá donde los pastizales coronan la cresta que se asoma sobre el Miskatonic y dominan un precioso panorama de blancos campanarios georgianos de Arkham que se alzan leguas más allá, al otro lado del río y de los prados. Aquí encontró un dudoso camino en dirección a Arkham, aunque no vio ninguno en la del mar, como quería. Los bosques y los prados se apretujaban en la ribera alta de la desembocadura del río, donde no se veía signo alguno de presencia humana, ni siquiera una tapia de piedra, ni una vaca extraviada, sino sólo yerba alta, árboles gigantescos y marañas de zarzas que quizá vieron los primeros indios. A medida que subía lentamente por el este, cada vez más alto, por encima del estuario que quedaba a la izquierda, y cada vez más cerca del mar, el camino se iba haciendo más difícil; hasta que se preguntó cómo se las arreglaban los moradores de aquel desagradable lugar para llegar al mundo exterior, y si bajarían a menudo al mercado de Arkham.

Luego fueron escaseando los árboles y muy por debajo de él, a su derecha, vio las lejanas colinas y los antiguos tejados y campanarios de

Kingsport. Incluso Central Hill era una elevación enana vista desde esta altura, y apenas se distinguía el antiguo cementerio situado junto al Hospital Congregacionalista, bajo el cual se decía que había terribles cavernas o pasadizos. Ante sí tenía una extensión de yerba rala y matas de arándanos; más allá estaba la roca pelada del despeñadero y el delgado pico donde se encaramaba la temible casa gris. La cresta se estrechó ahora, y Olney sintió vértigo en la soledad del cielo, con el espantoso precipicio al sur, por encima de Kingsport, y la caída vertical de casi una milla, hasta la desembocadura del río, al norte. De repente descubrió ante sí una zanja de unos diez pies de profundidad, de forma que tuvo que colgarse de las manos en su interior, dejarse caer por su suelo inclinado y después arrastrarse peligrosamente, pendiente arriba, hacia un desfiladero natural que había en la pared opuesta. ¡Este era, pues, el camino que los habitantes de la inusitada casa recorrían entre la tierra y el cielo!

Cuando salió de la zanja se estaba formando una bruma matinal, pero vio claramente la casa impía y orgullosa allá adelante; sus paredes eran grises como la roca, y su elevado pico se alzaba osadamente contra la blancura lechosa de los vapores marinos. Y descubrió que no había puerta en la fachada que miraba hacia tierra, sino sólo un par de ventanucos sucios y enrejados, de cristales redondos, según la moda del siglo XVIII. A todo su alrededor no había más que nubes y caos, y no se distinguía nada por debajo de la blancura del espacio ilimitado. Estaba solo en el cielo, con esta casa extraña e inquietante; y al rodearla precavidamente, en dirección hacia la parte delantera, y ver que no se podía llegar a su única puerta salvo por el éter vacío, sintió un claro terror que la altura no acababa de explicar enteramente. Y era muy extraño que todavía existieran tablas carcomidas que formaban la techumbre, y que los desechos ladrillos formaran aún la chimenea.

Cuando espesó la niebla, Olney reptó de una ventana a otra, por las fachadas norte, oeste y sur, tratando de abrirlas, pero todas estaban cerradas. Se sintió vagamente aliviado al comprobarlo, porque cuanto más miraba la casa, menos deseos tenía de entrar. Entonces, un ruido le hizo detenerse. Oyó un chirrido de cerradura, el ruido de un cerrojo al descorrerse y un gemido largo

como si abriesen lentamente una pesada puerta. Sonó en la parte que daba al océano, la que él no podía ver, donde la estrecha puerta se abría al vacío, en el cielo brumoso, a miles de pies por encima de las olas.

A continuación sonaron unas pisadas graves, pausadas, en el interior de la casa, y Olney oyó que abrían las ventanas; primero las que daban al norte, que era el lado opuesto adonde estaba él ahora; después, las del oeste, al otro lado de la esquina. A continuación abrían las del sur, bajo los grandes aleros del lado donde él se encontraba; y hay que decir que se sentía más que incómodo, pensando que tenía la detestable casa a un lado, y al otro el vacío. Cuando le llegó el ruido de las ventanas más próximas, se deslizó otra vez hacia la fachada de poniente, aplastándose contra el muro junto a las que ahora estaban abiertas. Era evidente que el propietario había llegado a casa; pero no había llegado por tierra, ni en globo, ni en ninguna aeronave imaginable. Volvieron a sonar pasos, y Olney se escurrió a la cara norte; pero antes de haber conseguido ocultarse una voz le llamó suavemente, y comprendió que debía enfrentarse con su anfitrión.

Asomado a la ventana oeste vio un rostro con una gran barba negra y ojos fosforescentes que reflejaban la huella de visiones inauditas. Pero su voz era afable y tenía una calidad singularmente antigua, de forma que Olney no sintió temor alguno cuando una mano morena le ayudó a subir el alféizar y asaltar al interior de la baja habitación revestida de oscuro roble y con mobiliario estilo tudor. El hombre vestía ropas antiguas, y le envolvía un halo indefinible de sabiduría marinera y ensueños sobre altos galeones. Olney no recuerda muchos de los prodigios que le contó, ni siquiera quién era; pero dice que era extraño y afable, y poseía la magia de insondables vacíos de tiempo y de espacio. La pequeña habitación parecía verde, a causa de la luz acuosa que la iluminaba, y Olney vio que las ventanas distantes que daban al este no estaban abiertas, sino cerradas al brumoso éter con cristales gruesos como fondos de viejas botellas.

El barbado anfitrión parecía joven, aunque miraba con ojos impregnados de antiguos misterios; y por los relatos de hechos antiguos y prodigiosos que contaba, podía inferirse que tenían razón las gentes del pueblo al decir que comulgaba con las brumas del mar y las nubes del cielo antes de que hubiese un

pueblo que contemplara su taciturna mirada desde la llanura de abajo. Y transcurrió el día, y Olney seguía escuchando el rumor de los viejos tiempos y lugares; y oyó cómo los reyes de la Atlántida lucharon contra viscosas blasfemias que salían retorciéndose de las grietas del fondo oceánico, y cómo los barcos extraviados podían ver a medianoche el templo hipóslito de Poseidón, y cómo comprendían al verlo que se habían extraviado para siempre. El anfitrión rememoró los tiempos de los Titanes, pero se mostró reservado al hablar de la era oscura y primera, del caos que precedió a los dioses e incluso al nacimiento de los Anteriores, cuando los otros dioses iban a danzar a la cima del Hatheg-Kla, situado en el desierto pedregoso próximo a Ulthar, más allá del río Skai.

Al llegar a este punto llamaron a la puerta, a aquella antigua puerta de roble tachonada de clavos frente a la cual sólo existía un abismo de nube blanca. Olney alzó la mirada con temor, pero el hombre barbado le hizo una seña para que permaneciese en silencio, acudió a la puerta de puntillas y se asomó por una mirilla muy pequeña. No le agradó lo que vio, de modo que se llevó un dedo a la boca, y corrió con sigilo a cerrar las ventanas y pasar las fabelas antes de regresar a su antigua butaca junto a su invitado. Entonces Olney vio recortarse sucesivamente contra los rectángulos traslúcidos de cada una de las pequeñas ventanas, conforme el visitante daba vuelta en torno a la casa antes de marcharse, una silueta negra y extraña, y se alegró de que su anfitrión no contestara a esas llamadas. Porque hay extraños seres en el gran abismo, y el buscador de sueños debe tener cuidado de no despertar ni encontrar a los que no le conviene.

Después empezaron a congregarse las sombras: primero, unas sombras pequeñas, furtivas, bajo la mesa; luego, las más atrevidas, por los rincones recubiertos de madera. Y el hombre barbado hizo enigmáticos gestos de oración, y encendió altas velas hincadas en extraños candelabros de latón. De cuando en cuando miraba hacia la puerta como si esperase a alguien; finalmente, unos golpecitos singulares parecieron contestar a su mirada, sin duda reproduciendo algún código secreto y antiguo. Esta vez ni siquiera se asomó por la mirilla, sino que quitó el gran barrote de roble y descorrió el cerrojo, abriendo la pesada puerta de par en par a las estrellas y la niebla.

Y entonces, al son de oscuras armonías, entraron flotando en la estancia todos los sueños y recuerdos de los Dioses Poderosos de la tierra. Y unas llamas doradas jugaron con cabelleras de algas, y Olney les rindió homenaje deslumbrado. Allí estaba Neptuno con su tridente, y los bulliciosos tritones, y las fantásticas nereidas, y a lomos de delfines iba una enorme concha dentada en la que viajaba la figura pavorosa y gris de Nodens, Señor del Gran Abismo. Y las caracolas de los tritones emitían espectrales mugidos y las nereidas producían extraños ruidos golpeando grotescas conchas resonantes de desconocidos moradores de las negras cavernas marinas. A continuación, el venerable Nodens tendió una mano arrugada y ayudó a Olney y a su anfitrión a subir a su concha gigantesca, al tiempo que las conchas y los gongos prorrumpían en un clamor tremendo y espantoso. Y el fabuloso cortejo salió aléter ilimitado, y los gritos y el estrépito se perdieron en los ecos de los truenos.

Toda la noche estuvieron los de Kingsport observando el altísimo acantilado, cuando la tormenta y las brumas se abrían transitoriamente; y cuando, hacia las primeras horas de la madrugada, se apagaron las luces débiles de las ventanas, hablaron en voz baja de temores y desastres. Y los hijos y la robusta esposa de Olney rezaron al dios amable de los anabaptistas, y confiaron en que el viajero pidiera prestados paraguas y chanclos, si no cesaba la lluvia por la mañana. Luego surgió goteante el amanecer envuelto en brumas marinas, y las boyas tañeron solemnes en los vórtices del blanco éter. Y a mediodía, los cuerpos mágicos de unos duendes sonaron por encima del océano mientras Olney descendía de los acantilados al antiguo Kingsport, seco, con los pies ligeros y una expresión lejana en los ojos. No pudo recordar qué había soñado en la casa del anónimo ermitaño, encaramada en el cielo, ni explicar cómo había bajado por aquel despeñadero que no habían podido recorrer otros pies...Ni fue capaz de hablar con nadie de estas cosas, excepto con el Anciano Terrible, quien después murmuró extrañas cosas para su larga y blanca barba, y juró que el hombre que había descendido de aquel despeñadero no era el mismo que había subido, y que en algún lugar, bajo aquel tejado gris y puntiagudo, o en medio de aquella siniestra niebla blanca, se había quedado extraviado el espíritu del que fuera



Thomas Olney.

Y desde aquel momento, a lo largo de lentos, oscuros años de monotonía y hastío, el filósofo trabaja y come y duerme y cumple sin queja sus deberes de ciudadano. Ya no añora la magia de las lejanas colinas, ni suspira por secretos que asoman como verdes arrecifes en un mar insondable. Ya no le produce tristeza la monotonía de sus días, y sus disciplinados pensamientos resultan suficientes para su imaginación. Su buena esposa es más fuerte cada vez, y sus hijos se hacen mayores, y más prosaicos y prácticos; pero él no deja de sonreír con orgullo cuando el momento lo requiere. En su mirada no hay un solo destello de inquietud, y si alguna vez presta atención, tratando de escuchar solemnes campanas o lejanos cuernos de duendes, es sólo de noche, cuando vagan libremente los sueños antiguos. Jamás ha vuelto a visitar Kingsport, porque a su familia le desagradan las casas viejas y raras y dice que tiene un pésimo alcantarillado. Ahora tienen un precioso chalet en las tierras altas de Bristol, donde no hay elevados riscos y los vecinos son corteses y modernos.

Pero en Kingsport corren extraños rumores, y hasta el Viejo Terrible admite algo que su abuelo no contó. Porque ahora, cuando el viento sopla tumultuoso del norte, azotando la casa elevada que se funde con el firmamento, se rompe al fin ese silencio siniestro y ominoso que siempre fue dañino para los campesinos de Kingsport. Y los viejos hablan de voces agradables que oyen cantar allá arriba, y de risas henchidas de una alegría más grande que la alegría de la tierra; y cuentan que al atardecer las pequeñas ventanas se ven más iluminadas que antes. Dicen también que la fiera aurora llega más a menudo al lugar, vistiendo al norte de brillante azul con visiones de helados mundos, mientras el despeñadero y la casa se recortan negros y fantásticos contra singulares centelleos. Y que las brumas del amanecer son más espesas, y que los marineros no están tan seguros de que todos los tañidos que suenan amortiguados en el mar se deban a las boyas solemnes.

Lo peor, sin embargo, es que se han secado los viejos temores en los corazones de los jóvenes de Kingsport, más inclinados cada vez a escuchar por la noche los rumores distantes que les trae el viento del norte. Juran que ningún

daño ni dolor puede habitar en esa casa elevada, ya que las nuevas voces llevan alegría y, con ella, un tintineo de risas y música. No saben qué relatos pueden traer las brumas marinas a ese pináculo encantado del norte, pero ansían conocer a alguno de los prodigios que llaman a la puerta que da al vacío, cuando las luces aumentan de espesor. Los patriarcas temen que algún día suban uno a uno a ese pico inaccesible, y averigüen los secretos seculares que se ocultan bajo el puntiagudo tejado que forma parte de las rocas, las estrellas y los antiguos temores de Kingsport. Están convencidos de que esos jóvenes atrevidos podrán regresar; pero piensan que quizá se apague alguna luz en sus ojos, y algún deseo en sus corazones. Y no desean que un Kingsport extraño, con sus empinados callejones y sus hastiales arcaicos, contemple indiferente el paso de los años, mientras crece el coro de risas, voz tras voz, y se haga más fuerte y desenfrenado en ese desconocido y terrible nido de águilas donde las brumas y los sueños de las brumas se demoran en su trayecto del mar a los cielos.

No quieren que las almas de sus jóvenes abandonen los plácidos hogares y las tabernas de techumbre holandesa del viejo Kingsport, ni desean que suenen con fuerza las risas y canciones del elevado y rocoso lugar. Porque así como la voz recién llegada ha traído nuevas brumas del mar y nuevas luces del norte, así, dicen, otras voces traerán más brumas y luces, hasta que tal vez los viejos dioses (cuya existencia insinúan sólo en susurros por temor a que les oiga el sacerdote congregacionista) salgan de abajo, abandonen la desconocida Kadath del desierto frío, y vengan a morar en ese despeñadero perversamente apropiado, tan próximo a las suaves colinas y valles de las sencillas y apacibles gentes marineras. No quieren que esto suceda, pues la gente sencilla, las cosas que no son de esta tierra son mal recibidas; y además, el Viejo Terrible recuerda a menudo lo que Olney contó sobre la llamada que el morador solitario temía, y la forma negra e inquisitiva que ambos vieron recortarse en la bruma, a través de esas extrañas ventanas traslúcidas en forma de ojo de buey.

Todas estas cosas, sin embargo, sólo las pueden decidir los Dioses anteriores; entretanto, las brumas matinales suben por ese pico vertiginoso y solitario de la vieja casa puntiaguda, esa casa gris de aleros bajos en la que no se

ve a nadie, pero a la que la noche trae furtivas luces mientras el viento del norte habla de extrañas fiestas. Suben desde las profundidades, blancas y algodonas, a reunirse con sus hermanas las nubes, llenas de ensueños sobre húmedos pastos y cavernas de leviatanes. Y cuando los cuentos vuelan densos en las grutas de los tritones, y las caracolas de las ciudades cubiertas de algas elevan sonos salvajes aprendidos de los Dioses Anteriores, entonces los grandes vapores de las brumas suben ansiosos en tropel hacia el cielo cargado de saber; y Kingsport, refugiándose inquieto en los acantilados menores, bajo el vaporoso centinela de la roca, ven tan sólo, hacia el océano, una mística blancura, como si el borde del acantilado fuese el confín de la tierra, y las solemnes campanas de boyas tañesen libremente en el éter irreal.

---

## LA LLAMADA DE CTHULHU

---

H. P. Lovecraft<sup>15</sup>

*Es concebible que tales potencias o seres hayan sobrevivido...  
hayan sobrevivido a una época infinitamente remota donde...  
la conciencia se manifiesta, quizá, bajo cuerpos y formas que  
ya hace tiempo que se retiraron ante la marea de la ascendente  
humanidad... formas de las que sólo la poesía y la leyenda han  
conservado un fugaz recuerdo con el nombre de dioses,  
monstruos, seres míticos de toda clase y especie...*

ALGERNON BLACKWOOD

### 1 - EL BAJORRELIEVE DE ARCILLA

No hay en el mundo fortuna mayor, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todo lo que hay en ella. Vivimos en una isla de

---

<sup>15</sup> The call of Cthulhu.

plácida ignorancia, rodeados por los negros mares de lo infinito, y no es nuestro destino emprender largos viajes. Las ciencias, que siguen sus caminos propios, no han causado mucho daño hasta ahora; pero algún día la unión de esos disociados conocimientos nos abrirá a la realidad, y a la endeble posición que en ella ocupamos, perspectivas tan terribles que enloqueceremos ante la revelación, o huiremos de esa funesta luz, refugiándonos en la seguridad y la paz de una nueva edad de las tinieblas.

Algunos teósofos han sospechado la majestuosa grandeza del ciclo cósmico del que nuestro mundo y nuestra raza no son más que fugaces incidentes. Han señalado extrañas supervivencias en términos que nos helarían la sangre si no estuviesen disfrazados por un blando optimismo. Pero no son ellos los que me han dado la fugaz visión de esos dones prohibidos, que me estremecen cuando pienso en ellos, y me enloquecen cuando sueño con ellos. Esa visión, como toda temible visión de la verdad, surgió de una unión casual de elementos diversos; en este caso, el artículo de un viejo periódico y las notas de un profesor ya fallecido. Espero que ningún otro logre llevar a cabo esa unión; yo, por cierto, si vivo, no añadiré voluntariamente un solo eslabón a tan espantosa cadena. Creo, por otra parte, que el profesor había decidido, también, no revelar lo que sabía, y que si no hubiese muerto repentinamente, habría destruido sus notas.

Tuve por primera vez conocimiento de este asunto en el invierno de 1926-1927, a la muerte de mi tío abuelo, George Gammel Angell, profesor honorario de lenguas semíticas en la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island. El profesor Angell era una autoridad vastamente conocida en materia de antiguas inscripciones y a él habían recurrido con frecuencia los conservadores de los más importantes museos. Muchos deben por lo tanto recordar su desaparición, acaecida a la edad de noventa y dos años. Las oscuras razones de su muerte aumentaron aún más el interés local. El profesor había muerto mientras volvía del barco de Newport, y, según afirman los testigos, luego de recibir el empujón de un marinero negro. Éste había surgido de uno de los curiosos y sombríos pasajes situados en la falda abrupta de la colina que une los muelles a la

casa del muerto, en Williams Street. Los médicos, incapaces de descubrir algún desorden orgánico, concluyeron, luego de un perplejo cambio de opiniones, que la muerte debía atribuirse a una oscura lesión del corazón, determinada por el rápido ascenso de una cuesta excesivamente empinada para un hombre de tantos años. En ese entonces no vi ningún motivo para disentir de ese diagnóstico, pero hoy tengo mis dudas... y algo más que dudas.

Como heredero y albacea de mi tío abuelo, viudo y sin hijos, era de esperar que yo examinara sus papeles con cierta atención. Trasladé con ese propósito todos sus archivos y cajas a mi casa de Boston. El material ordenado por mí será publicado en su «mayor parte por la Sociedad Americana de Arqueología; pero había una caja que me pareció sumamente enigmática, y sentí siempre repugnancia a mostrársela a otros. Estaba cerrada, y no encontré la llave hasta que se me ocurrió examinar el llavero que el profesor llevaba siempre consigo. Logré abrirla entonces, pero me encontré con otro obstáculo mayor y aún más impenetrable. ¿Qué significado podían tener ese curioso bajorrelieve de arcilla, y esas notas, fragmentos y recortes de viejos periódicos? ¿Se había convertido mi tío, en sus últimos años, en un devoto de las más superficiales imposturas? Resolví buscar al excéntrico escultor que había alterado la paz mental del anciano.

El bajorrelieve era un rectángulo tosco de dos centímetros de espesor y de unos treinta o cuarenta centímetros cuadrados de superficie; indudablemente de origen moderno. Los dibujos, sin embargo, no eran nada modernos, ni por su atmósfera ni por su sugestión; pues aunque las rarezas del cubismo y el futurismo sean numerosas y extravagantes, no suelen reproducir esa críptica regularidad de la escritura prehistórica. Y la mayor parte de los dibujos parecía ser ciertamente alguna especie de escritura. A pesar de mi familiaridad con los papeles y colecciones de mi tío, no logré identificarla, ni sospechar siquiera alguna remota relación.

Sobre estos supuestos jeroglíficos había una figura de carácter evidentemente representativo, aunque la ejecución impresionista impedía comprender su naturaleza. Parecía una especie de monstruo, o el símbolo de un

monstruo, o una forma que sólo una fantasía enfermiza hubiese podido concebir. Si digo que mi imaginación, algo extravagante, se representó a la vez un pulpo, un dragón y la caricatura de un ser humano, no traicionaré el espíritu del dibujo. Sobre un cuerpo escamoso y grotesco, provisto de alas rudimentarias, se alzaba una cabeza pulposa y coronada de tentáculos; pero era el contorno general lo que la hacía más particularmente horrible. Detrás de la figura se esbozaba una arquitectura ciclópea.

Las notas que acompañaban a este curioso objeto, además de unos recortes de periódicos, habían sido escritas por el profesor mismo y no tenían pretensiones literarias. El documento en apariencia más importante estaba encabezado por las palabras EL CULTO DE CTHULHU, escritas cuidadosamente en caracteres de imprenta para evitar todo error en la lectura de un nombre tan desconocido. El manuscrito se dividía en dos secciones: la primera tenía el siguiente título: «1925. Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, Thomas Street 7, Providence. R. L», y la segunda: «Informe del inspector John R. Legrasse, Bienville Street 121, Nueva Orleans, a la Sociedad Americana de Arqueología, 1928. Notas del mismo y del profesor Webb». Las otras notas manuscritas eran todas muy breves: relatos de sueños curiosos de diferentes personas, o citas de libros y revistas teosóficos (principalmente La Atlántida y la Lemuria perdida de W. Scott-Elliot), y el resto comentarios acerca de la supervivencia de las sociedades y cultos secretos, con referencia a pasajes de tratados mitológicos y antropológicos como La rama dorada de Frazer, y El culto de las brujas en Europa Occidental de la señorita Murray. Los recortes de periódicos aludían principalmente a casos de enajenación mental y a crisis de demencia colectiva en la primavera de 1925.

La primera parte del manuscrito principal relataba una historia muy curiosa. Parece que el primero de marzo de 1925, un joven delgado, moreno, de aspecto neurótico, y presa de una gran excitación, había visitado al profesor Angell con el singular bajorrelieve de arcilla, entonces todavía fresco y húmedo. En su tarjeta se leía el nombre de y Henry Anthony Wilcox, y mi tío había reconocido en él al hijo menor de una excelente familia, con la que estaba

ligeramente relacionado. Wilcox, que desde hacía un tiempo estudiaba dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Rhode Island, y que vivía en el hotel Fleur de Lys muy cerca de esta institución, era un joven precoz de genio indudable, pero muy excéntrico. Desde su infancia había llamado la atención por las historias y sueños extraños que se complacía en relatar. Se denominaba a sí mismo «físicamente hipersensitivo»; pero la gente seria de la vieja ciudad comercial lo consideraba simplemente «raro». No había frecuentado nunca a los de su clase y poco a poco había ido retirándose de toda actividad social. Actualmente sólo era conocido por algunos estetas de otras ciudades. La Asociación Artística de Providence, deseosa de preservar su conservadurismo, lo había desahuciado.

En aquella visita, decía el manuscrito, el escultor había pedido bruscamente la ayuda de los conocimientos arqueológicos de su huésped para identificar los jeroglíficos. El joven hablaba de un modo pomposo y descuidado que impedía simpatizar con él. Mi tío le respondió con sequedad, pues la evidente edad de la tablilla excluía toda posible relación con las ciencias arqueológicas. La réplica del joven Wilcox, que impresionó bastante a mi tío como para que la reprodujera palabra por palabra, tuvo ese énfasis poético que caracterizaba sin duda su conversación habitual.

— Es nueva, es cierto — le dijo —, pues la hice anoche mientras soñaba con extrañas ciudades; y los sueños son más viejos que la cavilosa Tiro, la contemplativa Esfinge, o Babilonia, guarnecida de jardines.

Y comenzó a narrar una historia desordenada que, de pronto, despertó en mi tío un recuerdo. El anciano se mostró febrilmente interesado. La noche anterior había habido un leve temblor de tierra — el más violento de los que habían sacudido Nueva Inglaterra en esos años últimos — que había afectado terriblemente la imaginación de Wilcox. Ya en cama, y por primera vez en su vida, había visto en sueños unas ciudades ciclópeas de enormes bloques de piedra y gigantescos y siniestros monolitos de un horror latente, que exudaban un limo verdoso. Muros y pilares estaban cubiertos de jeroglíficos, y de las profundidades de la tierra, de algún punto indeterminado, venía una voz que no era una voz, sino más bien una sensación confusa que sólo la fantasía podía traducir en

sonidos, y que trató de expresar por medio de esta unión de letras casi impronunciables: *Cthulhu fhtagn*.

Esta mezcla de letras fue la llave del recuerdo que excitó y perturbó al profesor Angell. Interrogó al escultor con una minuciosidad científica, y estudió con intensidad casi frenética el bajorrelieve que el joven había estado esculpiendo en sueños, vestido sólo con su ropa de dormir, y temblando de frío. Mi tío achacó a su avanzada edad, dijo Wilcox más tarde, el no reconocer con rapidez los jeroglíficos y el dibujo. Muchas de sus preguntas le parecieron un poco fuera de lugar a su visitante, especialmente aquellas que trataban de relacionar a este último con sociedades y cultos extraños; y Wilcox no pudo entender por qué mi tío le prometió repetidamente guardar silencio si admitía ser miembro de una de las tan numerosas sectas paganas o místicas. Cuando el profesor quedó al fin convencido de que Wilcox ignoraba de veras toda doctrina o culto secretos, le suplicó que no dejara de informarle acerca de sus sueños. Esta petición dio sus frutos, pues a partir de esa primera entrevista el manuscrito menciona las visitas diarias del joven y la descripción de sorprendentes visiones nocturnas cuyo tema principal era siempre unas construcciones ciclópeas de piedra, húmedas y oscuras, y una voz o inteligencia subterránea que gritaba una y otra vez, en enigmáticos y sensibles impactos, algo indescriptible. Los dos sonidos que se repetían con más frecuencia eran los representados por las palabras *Cthulhu* y *R'lyeh*.

El 23 de marzo, continuaba el manuscrito, Wilcox faltó a la cita. Una investigación realizada en el hotel reveló que había sido atacado por una fiebre de origen desconocido y que lo habían llevado a casa de sus padres, en Waterman Street. Se había puesto a gritar en medio de la noche, despertando a varios artistas que vivían en el mismo hotel, y desde entonces había pasado alternativamente de la inconsciencia al delirio. Mi tío telefoneó en seguida a la familia, y desde ese momento siguió de cerca el caso, yendo a menudo a la oficina del doctor Tobey, en Thayer Street, médico de cabecera del joven. La mente febril de Wilcox alimentaba, aparentemente, extrañas imágenes; el doctor se estremeció al recordarlas. No sólo incluían una repetición de los sueños



anteriores, sino también una criatura gigantesca «de varios kilómetros de altura que caminaba o se movía pesadamente. Wilcox nunca la describía en todos sus detalles, pero las pocas e incoherentes palabras que recordaba el doctor Tobey convencieron al profesor de que aquél era el monstruo que el joven había intentado representar. Cuando Wilcox se refería a su obra, añadió el doctor, caía en seguida, invariablemente, en una especie de letargo. Cosa rara, su temperatura no estaba nunca por encima de lo normal; sin embargo, su estado se parecía más al de una fiebre violenta que al de un desorden del cerebro.

El 2 de abril a las tres de la tarde, la enfermedad cesó de pronto. Wilcox se sentó en la cama, asombrado de encontrarse en casa de sus padres, e ignorando totalmente lo que había ocurrido en sus sueños o en la realidad desde el 22 de marzo. Como el médico declarara que estaba curado, a los tres días volvió a su hotel. Pero ya no le fue de ninguna utilidad al profesor Angell. Junto con su enfermedad se habían desvanecido todos aquellos sueños, y luego de oír durante una semana los relatos inútiles e irrelevantes de unas muy comunes visiones, mi tío dejó de anotar los pensamientos nocturnos del artista.

Aquí terminaba la primera parte del manuscrito, pero las abundantes notas invitaban de veras a la reflexión. Sólo el escepticismo inveterado que informaba entonces mi filosofía puede explicar mi persistente desconfianza. Las notas describían lo que habían soñado diversas personas en el mismo período en que el joven Wilcox había tenido sus extrañas revelaciones. Mi tío, parecía, había organizado rápidamente una vasta encuesta entre casi todos aquellos a quienes podía interrogar sin parecer impertinente, pidiendo que le contaran sus sueños y le comunicaran las fechas de todas las visiones notables. Las reacciones habían sido variadas; pero el profesor recibió más respuestas que las que hubiese obtenido cualquier otro hombre sin la ayuda de un secretario. Aunque no conservó la correspondencia original, las notas formaban un completo y muy significativo resumen. La aristocracia y los hombres de negocios — la tradicional «sal de la tierra» de Nueva Inglaterra — dieron un resultado casi completamente negativo, aunque hubo algunos pocos casos de informes de impresiones nocturnas, siempre entre el 13 de marzo y el 2 de abril, período de delirio del

joven escultor. Los hombres de ciencia no fueron tampoco muy afectados, aunque por lo menos cuatro vagas descripciones sugerían la visión fugaz de extraños paisajes, y uno de ellos hablaba del temor a algo anormal.

Las respuestas más pertinentes procedían de artistas y poetas, que si hubieran podido comparar sus notas habrían sido presas del pánico. Ante la falta de las cartas originales, llegué a sospechar que el compilador había estado haciendo preguntas insidiosas o había deformado el texto de la correspondencia para corroborar lo que había resuelto ver. Por eso persistí en la creencia de que Wilcox, conociendo de algún modo los viejos documentos reunidos por mi tío, había estado engañándolo. Estas respuestas de los artistas narraban una perturbadora historia. Entre el 28 de febrero y el 2 de abril gran parte de ellos había tenido sueños muy curiosos, que habían alcanzado su máxima intensidad en el tiempo del delirio del escultor. Una cuarta parte hablaba de escenas y sonidos semejantes a los descritos por Wilcox y algunos confesaban su terror ante una criatura gigantesca y sin nombre. Un caso, que las notas describían con énfasis, era particularmente triste. El sujeto, un arquitecto muy conocido, algo inclinado al ocultismo y la teosofía, se volvió completamente loco la noche en que llevaron al joven Wilcox a casa de sus padres, y murió meses después gritando que lo salvaran de algún escapado habitante del infierno. Si mi tío hubiese conservado los nombres de estos casos, en vez de reducirlos a números, yo habría podido hacer alguna investigación personal. Pero, tal como estaban las cosas, sólo pude encontrar a unos pocos. Todos, sin embargo, confirmaron las notas. Me pregunté a menudo si aquellos a quienes había interrogado el profesor Angell se habían sentido tan intrigados como este grupo. Nunca les di explicaciones, y es mejor así.

Los recortes de prensa, como ya he dicho, trataban de casos de pánico, manía y excentricidad, siempre en el mismo período. El profesor Angell debió de haber empleado una agencia de recortes, pues el número de estos extractos era prodigioso, y además procedían de todos los rincones del mundo. Uno describía un suicidio nocturno en Londres: un hombre había saltado por una ventana luego de lanzar un grito horrible. En una confusa carta al editor de un periódico

sudamericano un fanático anunciaba, apoyándose en sus visiones, un futuro siniestro. Un despacho de California relataba que una colonia teosófica había comenzado a usar vestiduras blancas ante la proximidad de un «glorioso acontecimiento», que no llegaba nunca, mientras que unas noticias de la India se referían cautelosamente a una seria agitación de los nativos, producida a fines de marzo. Las orgías vudúes se habían multiplicado en Haití, y en África se había hablado de unos cantos misteriosos. Los oficiales norteamericanos radicados en Filipinas habían tenido ciertas dificultades con algunas tribus, y en la noche del 22 de marzo los policías de Nueva York habían sido molestados por levantinos histéricos. Confusos rumores recorrieron también el oeste de Irlanda, y un pintor llamado Ardois-Bonnot expuso en 1926, en el salón de primavera de París, un blasfemo Paisaje de Sueño. En los manicomios los desórdenes fueron tan numerosos que sólo un milagro pudo impedir que el cuerpo médico advirtiera curiosas semejanzas y sacase apresuradas conclusiones. Una rara colección de recortes, de veras; apenas concibo hoy el crudo racionalismo con que los hice a un lado. Pero quedé convencido de que el joven Wilcox había tenido noticias de unos sucesos anteriores mencionados por el profesor.

## 2. EL INFORME DEL INSPECTOR LEGRASSE

Los sucesos anteriores por los que mi tío diera tanta importancia al sueño del escultor y al bajorrelieve eran el tema de la segunda mitad del largo manuscrito. Ya una vez, parecía, el profesor Angell había visto los odiosos contornos del monstruo anónimo, había meditado sobre los desconocidos jeroglíficos, y había oído las sílabas que sólo la palabra *Cthulhu* podía traducir... Todo esto había tenido lugar en circunstancias tan sobrecogedoras que no es raro que persiguiese al joven Wilcox con preguntas y ruegos.

Esta experiencia anterior había ocurrido diecisiete años antes, en 1908, mientras la Sociedad Americana de Arqueología celebraba su congreso anual, en San Luis. El profesor Angell, por su autoridad y sus méritos, había desempeñado un papel importante en todas las deliberaciones, y a él se acercaron varios

profanos que aprovechaban la oportunidad de la convocatoria para hacer preguntas y plantear problemas.

El jefe de este grupo no tardó en convertirse en centro de atracción de todo el congreso. Era un hombre de aspecto muy común, de mediana edad, que había hecho el viaje de Nueva Orleáns a San Luis en busca de cierta información que no había podido obtener en su distrito. Se llamaba John Raymond Legrasse y era inspector de policía. Traía consigo el objeto de su viaje: una estatuilla de piedra, repugnante y grotesca, aparentemente muy antigua, cuyo origen no había logrado determinar.

No debe creerse que el inspector Legrasse se interesara por la arqueología. Todo lo contrario; su deseo de instruirse tenía como único origen razones puramente profesionales. La estatuilla, ídolo, fetiche o lo que fuese, había sido capturada meses antes en los pantanos boscosos del sur de Nueva Orleáns, en el curso de una expedición contra una presunta ceremonia vudú. Tan singulares y odiosos eran los ritos, que la policía comprendió que se hallaba ante un culto totalmente ignorado, e infinitamente más diabólico que los del vudú. Los confusos e increíbles relatos arrancados por la fuerza a los prisioneros nada informaron sobre su posible origen. De ahí el deseo de la policía de consultar a alguna autoridad para identificar así el horrible símbolo, y seguir las huellas del culto hasta sus fuentes.

El inspector Legrasse no había esperado que su pedido provocara una impresión semejante. La aparición de la curiosa estatuilla bastó para excitar a los hombres de ciencia, y pronto todos rodearon al inspector para contemplar de cerca la diminuta figura cuya rareza y aspecto de genuina y abismal antigüedad abrían perspectivas tan misteriosas y arcaicas. Nadie reconoció la escuela escultórica de la que había nacido la estatua, y sin embargo centenares y hasta miles de años parecían haberse posado en la oscura y verdosa superficie de aquella piedra desconocida.

La figura, que los miembros del congreso pasaron de mano en mano para estudiarla con más minuciosidad, medía de unos veinte a veinticinco centímetros de altura y estaba finamente labrada. Representaba un monstruo de contornos

vagamente antropoides, pero con una cabeza de pulpo cuyo rostro era una masa de tentáculos, un cuerpo escamoso que sugería cierta elasticidad, cuatro extremidades dotadas de garras enormes, y un par de alas largas y estrechas en la espalda. Esta criatura, que exhalaba una malignidad antinatural, parecía ser de una pesada corpulencia, y estaba sentada en un pedestal o bloque rectangular, cubierto de indescifrables caracteres. Las puntas de las alas rozaban el borde posterior del bloque, el asiento ocupaba el centro, mientras las garras largas y curvas de las plegadas extremidades asían el borde anterior y descendían hasta un cuarto de la altura del pedestal. La cabeza de cefalópodo se inclinaba hacia adelante, de modo que los tentáculos faciales rozaban el dorso de las garras enormes que apretaban las elevadas rodillas. El conjunto daba una impresión de vida anormal, más sutilmente terrorífico a causa de la imposibilidad de establecer su origen. Su vasta, pavorosa e incalculable edad era innegable; sin embargo, nada permitía relacionarlo con algún tipo de arte de los comienzos de la civilización.

El material de la estatua encerraba otro misterio. No había nada parecido, en geología, o mineralogía, a aquella piedra jabonosa, verdinegra, de estrías doradas o iridiscentes. Los caracteres de la base eran igualmente desconcertantes, y ninguno de los miembros del congreso, a pesar de que representaban a la mitad de las autoridades mundiales en este campo, pudo descubrir el más remoto parentesco lingüístico. Tanto la figura como el material pertenecían a algo increíblemente lejano, totalmente distinto de la humanidad que conocemos: algo que sugería, de un modo terrible, antiguos y profanos ciclos en los que nuestro mundo y nuestras concepciones no habían participado.

Y, sin embargo, mientras los miembros del congreso sacudían la cabeza y se confesaban incapaces de resolver el misterio, uno de ellos creyó descubrir algo raramente familiar en la efigie y los jeroglíficos, y al fin, no sin reticencia, confesó lo que sabía. Este hombre era el hoy desaparecido William Channing Webb, profesor de antropología en la Universidad de Princeton y explorador de bastante renombre.

Cuarenta años antes el profesor Webb había recorrido Groenlandia e Islandia en busca de ciertas inscripciones rúnicas que hasta ese entonces no había podido descubrir. En la costa de Groenlandia se había encontrado con una tribu degenerada de esquimales, cuya religión, forma singular de los cultos demoníacos, lo había impresionado sobremanera por su faz deliberadamente sanguinaria y repulsiva. Era aquélla una fe que los otros esquimales ignoraban casi del todo, y a la que se referían estremeciéndose. Databa, decían, de épocas muy antiguas, anteriores al nacimiento del mundo. junto a ritos anónimos y sacrificios humanos había invocaciones de origen tradicional dirigidas a un demonio supremo o *tornasuk*. El profesor Webb había oído esa invocación en boca de un viejo angekok, o brujo sacerdote, y la había transcrito fonéticamente, hasta donde era posible, en caracteres romanos. Pero lo que ahora parecía importante era el fetiche adorado en ese culto, y alrededor del cual bailaban los esquimales cuando la aurora boreal brillaba muy por encima de los acantilados de hielo. Era, declaró el profesor, un tosco bajorrelieve de piedra con una figura horrible y algunos caracteres misteriosos. Creía recordar que se parecía, por lo menos en todos los rasgos esenciales, a la criatura bestial que ahora estaban examinando.

Este relato, recibido con asombro y sorpresa por los miembros del congreso, pareció excitar al inspector Legrasse, que abrumó al profesor a preguntas. Habiendo copiado una invocación recitada por uno de los oficiantes del pantano, rogó al profesor Webb que tratase de recordar las sílabas recogidas en Groenlandia. Siguieron una comparación exhaustiva de todos los detalles y un instante de sombrío silencio cuando el profesor y el detective convinieron en la virtual identidad de las frases. He aquí, en sustancia (la división de las palabras fue establecida de acuerdo con las pausas tradicionales observadas por los oficiantes), lo que el brujo esquimal y los sacerdotes de Luisiana habían cantado a sus ídolos:

*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu*

*R'lyeh wgah'nagl fhtagn.*

Legrasse había tenido más suerte que el profesor Webb, pues varios prisioneros le habían revelado el sentido de esas palabras. Era algo así:

En su casa de R'lyeh  
el desaparecido Cthulhu espera soñando.

Y entonces, respondiendo a un ruego general, el inspector relató minuciosamente su experiencia con los fieles del pantano; veo ahora que mi tío dio gran importancia a esa historia. Tenía cierto parecido con las ensoñaciones más extravagantes de los teósofos y los creadores de mitos, y revelaba una asombrosa imaginación de carácter cósmico que nadie hubiese esperado entre parias y vagabundos.

El primero de noviembre de 1907 la policía de Nueva Orleáns había recibido un alarmado mensaje de la región pantanosa del Sur. Los colonos, gente primitiva, pero de buen natural, descendientes en su mayor parte de los hombres de Laffite, eran presas del pánico a causa de algo desconocido que había invadido la región durante la noche. Se trataba en apariencia de un culto vudú, pero de una especie más terrible que todo lo que ellos conocían. Desde que el malévolo tam-tam había comenzado a sonar incesantemente en aquellos bosques oscuros donde nadie osaba aventurarse, habían desaparecido varias mujeres y niños. Se habían oído gritos irracionales, chillidos desgarradores y cantos lúgubres, y unas llamas diabólicas habían bailado en la espesura. Los vecinos, añadió el aterrorizado mensajero, no podían soportarlo.

En las primeras horas de la tarde veinte policías partieron en dos carricoches y un automóvil, guiados por el tembloroso colono. Cuando el camino se hizo intransitable, abandonaron los vehículos, y durante varios kilómetros chapotearon en silencio a través de los espesos bosques de cipreses donde nunca penetraba la luz del día. Raíces tortuosas y nudos malignos de musgo retardaban la marcha, y de vez en cuando una pila de piedras húmedas o los fragmentos de una pared en ruinas hacían aún más depresiva aquella atmósfera que los árboles deformados y las colonias de hongos contribuían a crear. Al fin apareció un miserable conjunto de chozas, y los histéricos colonos corrieron a agruparse alrededor de las vacilantes linternas. El apagado golpear de los tam-tams se oía

débilmente a lo lejos, y la brisa traía muy de cuando en cuando un chillido que helaba la sangre. Un resplandor rojizo parecía filtrarse por entre el follaje pálido, más allá de las interminables avenidas de la noche selvática. A pesar de su repugnancia a quedarse nuevamente solos, todos los habitantes del lugar rehusaron avanzar un solo paso hacia la escena del culto maldito, de modo que el inspector Legrasse y sus diecinueve colegas tuvieron que aventurarse sin guías por aquellas negras arcadas de horror donde ninguno de ellos había puesto el pie.

La región en que ahora entraba la policía tenía tradicionalmente muy mala fama, y en su mayor parte no había sido explorada por hombres blancos. Algunas leyendas se referían a un lago secreto en que vivía una colosal e informe criatura, algo parecida a un pólipo y de ojos fosforescentes, y, según los colonos, unos demonios de alas de murciélago salían a medianoche de sus cavernas para adorar al monstruo. Afirmaban que éste estaba allí desde antes de La Salle, de los indios, y aun de las bestias y los pájaros del bosque. Era una verdadera pesadilla, y verlo significaba la muerte. Pero se aparecía en sueños a los hombres, y eso bastaba para que éstos se mantuviesen alejados. La orgía vudú se desarrollaba en los límites extremos del área aborrecida, pero aun así el emplazamiento era bastante malo, y eso quizá había aterrorizado a los colonos más que los chillidos o incidentes.

Sólo la poesía o la locura podían haber reproducido los ruidos que oyeron los hombres de Legrasse mientras atravesaban lentamente el sombrío pantano, acercándose a la luz rojiza y a los apagados tam-tams. Hay una cualidad vocal propia de los hombres y una cualidad vocal propia de las bestias; y nada más terrible que oír una de ellas cuando el órgano de donde proviene debería emitir la otra. Una furia animal y una licencia orgiástica se exacerbaban allí hasta alcanzar alturas demoníacas con gritos y aullidos extáticos que retumbaban en los bosques tenebrosos como ráfagas pestilentes surgidas de los abismos del infierno. De vez en cuando cesaban los gritos y lo que parecía un coro de voces roncadas entonaba aquella odiosa melopea:

*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu*

*R'lyefi wgah'nagl fhtagn.*



Al fin los hombres llegaron a un sitio donde el bosque era menos denso, y se encontraron de pronto en el lugar mismo de la escena. Cuatro trastabillaron, un quinto perdió el conocimiento, y otros dos lanzaron un grito de horror que, por suerte, fue apagado por el tumulto salvaje de la orgía. Legrasse roció con agua pantanosa el rostro del hombre desvanecido, y luego todos contemplaron el espectáculo fascinados por el horror.

En un claro natural del pantano se alzaba una isla verde de unas cuarenta áreas de extensión, desprovista de árboles, y bastante seca. Allí saltaba y se retorció una horda de anormalidades humanas más indescriptibles que cualquiera de las que hubiese podido pintar un Sime o un Angarola. Sin ropas, esta híbrida muchedumbre bramaba, rugía y se contorsionaba alrededor de una hoguera circular. De vez en cuando se abrían las cortinas de fuego y se podía distinguir en el centro un bloque de granito de unos dos metros y medio de alto, en cuya cima, incongruente por su pequeñez, se alzaba la funesta estatuilla. En diez cadalsos instalados a intervalos regulares en un ancho círculo que rodeaba la hoguera, con el monolito como centro, colgaban cabeza abajo los cuerpos extrañamente mutilados de los desaparecidos colonos. Dentro de este círculo saltaba y rugía el anillo de fieles, moviéndose de izquierda a derecha en una bacanal interminable entre el círculo de cadáveres y el círculo de fuego.

Pudo haber sido sólo imaginación o pudo haber sido un simple eco, pero uno de los hombres, un impresionable español, creyó oír que las invocaciones eran seguidas por unas respuestas antifonales que procedían de un lejano y sombrío lugar, situado en lo más profundo de aquel bosque de leyenda. Este hombre, Joseph D. Gálvez, a quien más tarde encontré e interrogué, era desbordantemente imaginativo. Llegó a decir que había oído el débil golpear de unas grandes alas y que había vislumbrado unos ojos luminosos y una enorme masa blanca detrás de los árboles más lejanos. Pero creo que estaba demasiado influido por las supersticiones locales.

La inactividad de los hombres paralizados fue comparativamente de poca duración. El deber venció pronto todas las dudas, y aunque los celebrantes debían de llegar al centenar, la policía, confiando en sus armas de fuego, irrumpió en

medio de la horda. Durante cinco minutos el caos y el tumulto fueron indescritibles. Hubo furiosos golpes, disparos y huidas. Pero finalmente Legrasse pudo contar cuarenta y siete prisioneros, a los que obligó a vestirse rápidamente, y que rodeó de policías. Cinco de los celebrantes habían muerto, y otros dos, muy malheridos, fueron transportados por sus cómplices en improvisadas parihuelas. La imagen del monolito fue sacada con todo cuidado y llevada por Legrasse.

Examinados en el cuartel de la policía, luego de un viaje agotador, los prisioneros resultaron ser mestizos de muy baja ralea, y mentalmente débiles. Eran en su mayor parte marineros, y había algunos negros y mulatos, procedentes casi todos de las islas de Cabo Verde, que daban un cierto matiz vudú a aquel culto heterogéneo. Pero no se necesitaron muchas preguntas para comprobar que se trataba de algo más antiguo y profundo que un fetichismo africano. Aunque degradados e ignorantes, los prisioneros se mantuvieron fieles, con sorprendente consistencia, a la idea central de su aborrecible culto.

Adoraban, dijeron, a los Grandes Antiguos, que eran muy anteriores al hombre y que habían llegado al joven mundo desde el cielo. Estos Antiguos se habían retirado ahora al interior de la tierra y al fondo del mar, pero sus cadáveres se habían comunicado en sueños con el primer hombre, quien inventó un culto que nunca había muerto. Éste era ese culto, y los prisioneros dijeron que había existido siempre y que siempre existiría, ocultándose en lejanías desiertas y lugares retirados hasta que el gran sacerdote Cthulhu saliese de su sombría morada en la ciudad submarina de R'lyeh para reinar otra vez sobre la Tierra. Algún día vendría, cuando los astros ocuparan una determinada posición; y el culto secreto estaría allí, esperándolo.

Mientras tanto no podían decir nada más. Se trataba de un secreto que ni la tortura podría arrancarles. La humanidad no era lo único consciente en la Tierra, pues había unas formas que emergían de la sombra para visitar a sus escasos fieles. Pero éstas no eran los Grandes Antiguos. Ningún ser humano había visto a los Antiguos. El ídolo de piedra representaba al gran Cthulhu, pero nadie podía decir si los otros eran o no como él. Nadie era capaz de descifrar

ahora la antigua escritura; muchas cosas se transmitían oralmente. La invocación ritual no era el secreto. Éste no se comunicaba nunca en voz alta. El canto significaba: «En su casa de R'lyeh el desaparecido Cthulhu espera soñando».

Sólo dos de los prisioneros fueron juzgados bastante cuerdos y se los ahorcó; el resto fue enviado a diversas instituciones. Todos negaron haber participado en los crímenes rituales, y afirmaron que los culpables de aquellas muertes eran los Alas-Negras, que habían venido hasta ellos desde su refugio inmemorial en el bosque encantado. Pero nada coherente se pudo saber de aquellos aliados misteriosos. Lo que la policía logró obtener salió en su mayor parte de un viejísimo mestizo llamado Castro, quien pretendía haber tocado puertos distantes y hablado con los jefes inmortales del culto en las montañas de China.

El viejo Castro recordaba fragmentos de odiosas leyendas que empequeñecían las especulaciones de los teósofos y hacían de nuestro mundo algo reciente y fugaz. En ciclos muy lejanos otros seres habían gobernado la Tierra. Habían vivido en grandes ciudades, y sus vestigios podían encontrarse aún - le habían dicho a Castro los inmortales de China - en unas piedras ciclópeas de algunas islas del Pacífico. Habían muerto muchísimo antes de la aparición del hombre, pero había artes que podrían revivirlos cuando los astros volvieran a ocupar su justa posición en los cielos de la eternidad. Estos seres, indudablemente, procedían de las estrellas y habían traído sus imágenes con ellos.

Estos Grandes Antiguos, continuó Castro, no eran de carne y hueso. Tenían forma — ¿no lo probaba acaso esta imagen estelar? —, pero esa forma no era material. Cuando las estrellas eran propicias iban de mundo en mundo a través del cielo; pero cuando eran desfavorables, no podían vivir. Pero aunque ya no viviesen, no habían muerto en realidad. Yacían todos en casas de piedras en la gran ciudad de R'lyeh, preservada por los sortilegios del gran Cthulhu para el día en que las estrellas y la Tierra pudiesen recibir su gloriosa resurrección. Pero en esa época, alguna fuerza exterior debía ayudar a la liberación de sus cuerpos. Los conjuros que impedían que se descompusieran impedían también que se

moviesen, y los Antiguos tenían que contentarse con yacer y pensar en la oscuridad mientras transcurrían millones de años. Conocían todo lo que ocurría en el mundo, pues su lenguaje consistía en la transmisión del pensamiento. En ese mismo instante hablaban en sus tumbas. Cuando, luego de un caos infinito, aparecieron los primeros hombres, los Grandes Antiguos hablaron a los más sensibles moldeándoles los sueños.

Aquellos primeros hombres, murmuró Castro, establecieron el culto con que se adoraba a los ídolos de los Grandes Antiguos; ídolos traídos de estrellas oscuras en una época infinitamente lejana. Ese culto no moriría hasta que las estrellas volvieran a ser favorables. Los sacerdotes sacarían entonces al gran Cthulhu de su tumba para que reviviese a sus vasallos y volviera a asumir su reinado en la Tierra. Ese tiempo sería fácil de conocer, pues entonces la humanidad se parecería a los Grandes Antiguos: salvaje y libre, más allá del bien y del mal, sin moral y sin ley. Y todos los hombres gritarían y matarían, y gozarían alegremente. Los Antiguos, liberados, enseñarían nuevos modos de gritar y matar y gozar, y el mundo entero ardería en un holocausto de libertad y éxtasis. Mientras tanto, el culto, con apropiados ritos, debía conservar el recuerdo de aquellos días antiguos y presagiar su retorno.

En los primeros tiempos algunos hombres escogidos habían hablado en sueños con aquellos seres, pero luego algo había pasado. La gran ciudad de piedra de R'lyeh, con sus monolitos y sepulcros, se había hundido bajo las olas, y las aguas de los abismos, con ese misterio primigenio en que nadie había pensado ni siquiera en penetrar, habían interrumpido esas citas espectrales. Pero los recuerdos no morían, y los altos sacerdotes afirmaban que cuando los astros fuesen favorables la ciudad volvería a la superficie. Entonces los viejos espíritus de la Tierra, mohosos y sombríos, saldrían de sus subterráneos y propagaría los rumores recogidos allá, en los olvidados fondos del océano. Pero de ellos el viejo Castro no se atrevía a hablar. Se interrumpió de pronto y ni la persuasión ni las sutilezas pudieron arrancarle otras informaciones. Tampoco quiso mencionar, curiosamente, el tamaño de los Antiguos. En cuanto al culto, afirmó que su centro debía de encontrarse en los desiertos intransitados de Arabia, donde Irem,

la ciudad de los Pilares, sueña aún intacta y secreta. No tenía relación alguna con la brujería europea, y sólo era conocido por sus miembros. Ningún libro aludía a él, aunque los chinos inmortales decían que en el Necronomicon del árabe loco Abdul Alhazred había un sentido oculto que el iniciado podía interpretar de muy diversas maneras, especialmente en el tan discutido dístico:

*No está muerto quien puede yacer eternamente,  
y con el paso de los años la misma muerte puede morir.*

Legrasse, profundamente impresionado, y no poco intrigado, había buscado sin éxito las filiaciones históricas del culto. Castro, aparentemente, había dicho la verdad al afirmar que era un secreto. Las autoridades de la Universidad de Tulane no pudieron arrojar luz alguna sobre el culto o la imagen, y ahora recurría a las mayores autoridades y se encontraba nada menos que con el episodio de Groenlandia del profesor Webb.

El ferviente interés que despertó el relato de Legrasse, corroborado por la presencia de la estatuilla, tuvo algún eco en las cartas que intercambiaron luego los miembros del congreso; pero apenas hay alguna mención en el informe oficial. La prudencia es preocupación primordial de aquellos que se enfrentan a menudo con la charlatanería y la impostura. Legrasse prestó durante un tiempo la estatua al profesor Webb, pero a la muerte de este último le fue devuelta, y está desde entonces en su casa. Allí la he visto no hace mucho tiempo. Es de veras algo estremecedor, e indiscutiblemente parecida a la escultura labrada en sueños por el joven Wilcox.

No me asombró que mi tío se hubiese excitado con el relato del joven. ¿Qué pudo pensar al saber, ya enterado de la información recogida por Legrasse, que un joven sensible no sólo había soñado la figura y los jeroglíficos de las imágenes del pantano y de Groenlandia, sino que también había oído en sueños tres de las palabras de la fórmula repetida por los maestros de Luisiana y los diabólicos esquimales? Era natural que el profesor Angell hubiese iniciado instantáneamente una minuciosa investigación, aunque yo en mi fuero interno sospechaba que el joven Wilcox había oído hablar del culto, y había inventado una serie de sueños para acrecentar el misterio ante los ojos de mi tío. El relato

de los otros sueños y los recortes coleccionados por el profesor parecían corroborar la historia del joven; pero mi bien fundado racionalismo y la total extravagancia del asunto me llevaron a adoptar las conclusiones que estimé más razonables. De modo que, después de estudiar otra vez el manuscrito y comparar las notas teosóficas y antropológicas con la descripción que del culto había hecho Legrasse, viajé a Providente para ver al escultor e increparle por haberse burlado de tal modo de un sabio anciano.

Wilcox vivía aún, solo, en el *Fleur de Lys* de Thomas Street, desagradable imitación victoriana de la arquitectura bretona del siglo XVII. La fachada de estuco del hotel lucía ostentosamente entre las encantadoras casas coloniales y a la sombra del más hermoso campanario georgiano que pueda verse en América. Encontré a Wilcox en sus habitaciones, sumido en su labor, y comprendí en seguida, por las piezas que lo rodeaban, que su genio era profundo y auténtico. Creo que durante un tiempo Wilcox figurará entre los grandes decadentes; pues ha cristalizado en arcilla, y reflejará un día en mármol, esas pesadillas y fantasías evocadas en prosa por Arthur Machen y que Clark Ashton Smith ha hecho visibles en versos y pinturas.

Moreno, frágil y de un aspecto un poco descuidado, Wilcox se volvió lánguidamente y sin dejar su silla me preguntó qué deseaba. Cuando le dije quién era, manifestó un cierto interés, pues mi tío había excitado su curiosidad al examinar sus raros sueños, aunque sin explicar las razones de ese examen. Sin sacarlo de su ignorancia, traté prudentemente de hacerle hablar.

Poco tiempo me bastó para convencerme de que era absolutamente sincero; hablaba de sus sueños de un modo inequívoco. Esos sueños, y su residuo subconsciente, habían influido profundamente en su arte, y me mostró una estatua mórbida cuyo modelado me estremeció, casi, por la fuerza de su oscura sugestión. No recordaba haber visto el original, excepto en el bajorrelieve creado durante un sueño, pero los contornos se habían formado insensiblemente bajo sus manos. Era, sin duda, la forma gigantesca de la que había hablado en su delirio. Comprobé muy pronto que no sabía nada del culto, salvo lo que el constante

interrogatorio de mi tío había dejado escapar, y traté otra vez de concebir de qué modo podía haber recibido esas impresiones sobrenaturales.

Hablaba de sus sueños de un modo extrañamente poético, haciéndome ver con terrible claridad la ciudad ciclópea de piedra verde y musgosa, “*cuya geometría* — añadió curiosamente — *era totalmente errónea*”, y oí otra vez con un temor expectante la subterránea llamada mental: *Cthulhu fhtagn, Cthulhu fhtagn*.

Estas palabras figuraban en la temible invocación que evocaba el sueño-vigilia de Cthulhu en su bóveda de piedra de R'lyeh, y a pesar de mis racionales ideas me sentí profundamente perturbado. Wilcox, era indudable, había oído hablar casualmente del culto, y lo había olvidado en seguida en la masa de sus lecturas y concepciones igualmente fantásticas. Más tarde, en virtud de su impresionable carácter, el culto había encontrado un modo de expresión subconsciente en los sueños, el bajorrelieve de arcilla y la estatua que yo estaba ahora contemplando. De modo que la superchería había sido involuntaria. El joven tenía unos modales un poco afectados, y un poco vulgares, que me desagradaban de veras; pero yo ya estaba dispuesto a admitir tanto su genio como su honestidad. Me despedí amablemente, y le deseé todo el éxito que su talento prometía.

El asunto del culto continuó fascinándome y a veces imaginaba poder adquirir un gran renombre investigando su origen y relaciones. Visité Nueva Orleáns, hablé con Legrasse y otros de los que habían participado en aquella expedición, examiné la estatuilla, y hasta interrogué a los prisioneros que todavía vivían. El viejo Castro, por desgracia, había muerto hacía varios años. Lo que escuché entonces de viva voz, aunque no fue más que una confirmación detallada de los escritos de mi tío, acrecentó mi interés, y tuve la seguridad de estar sobre la pista de una religión muy antigua y secreta cuyo descubrimiento me convertiría en un antropólogo de nota. Mi actitud era aún entonces absolutamente materialista, como aún quisiera que lo fuese, y por una inexplicable perversidad mental rechacé la coincidencia de los sueños y los recortes coleccionados por el profesor Angell.

Hubo algo, sin embargo, que comencé a sospechar y que ahora creo saber: la muerte de mi tío no fue nada natural. Cayó al suelo en la colina, en una de las estrechas callejuelas que partían de unos muelles donde abundaban los mestizos extranjeros, luego del descuidado empujón de un marinero de tez oscura. Yo no había olvidado que los oficiantes de Luisiana se distinguían por la mezcla de sangres y sus intereses marinos, y no me hubiera sorprendido conocer la existencia de agujas venenosas y métodos criminales secretos tan faltos de piedad como aquellas creencias y ritos misteriosos. Legrasse y sus hombres, es cierto, no habían sido molestados; pero en Noruega acababa de morir un marino que veía cosas. ¿No pudieron haber llegado a oídos siniestros las investigaciones realizadas por mi tío después de encontrarse con el escultor? Creo hoy que el profesor Angell murió porque sabía o quería saber demasiado. Es posible que me espere un fin semejante, pues yo también he aprendido mucho.

### 3. LA LOCURA DEL MAR

Si el cielo decidiese algún día acordarme un insigne favor, borraría totalmente de mi memoria el descubrimiento que hice, por simple casualidad, al echar una ojeada a una hoja de periódico que recubría un estante. Era un viejo número del *Sidney Bulletin* del 18 de abril de 1925, con el cual no hubiese podido dar en mi vida cotidiana. Había pasado inadvertido hasta para la agencia de recortes que había estado coleccionando ávidamente durante esa época materiales para mi tío.

Había yo casi abandonado mis investigaciones acerca de lo que el profesor llamaba el «culto de Cthulhu» y me encontraba de visita en casa de un doctor amigo de Patterson, New Jersey, conservador del museo local y mineralogista de renombre. Examinando un día los ejemplares de reserva, amontonados en desorden en los estantes de una de las salas del fondo del museo, mi mirada se detuvo en la rara ilustración de uno de los periódicos extendido bajo las piedras. Era el *Sidney Bulletin* que he mencionado. Mi amigo tenía corresponsales en todos los países extranjeros imaginables. La imagen era una



fotografía en sepia de una odiosa estatuilla de piedra casi igual a la que Legrasse había encontrado en el pantano.

Despojé ansiosamente a la hoja de su precioso contenido, leí el artículo con sumo cuidado y lamenté su brevedad. Lo que sugería, sin embargo, era de suma importancia para mi ya vacilante búsqueda. Arranqué cuidadosamente la noticia con el propósito de ponerme en seguida en acción. He aquí el contenido:

*EL VIGILANT ARRIBÓ REMOLCANDO A UN YATE NEOCELANDÉS  
ARMADO. UN MUERTO Y UN SUPERVIVIENTE A BORDO. RELATAN  
COMBATES FURIOSOS Y MUERTES EN ALTA MAR. MARINERO  
RESCATADO SE NIEGA A DAR DETALLES DE MISTERIOSA EXPERIENCIA.  
ÍDOLO EXTRAÑO ENCONTRADO EN SU PODER SE INICIARÁ UNA  
INVESTIGACIÓN.*

El carguero *Vigilant* de la compañía Morrison, procedente de Valparaíso, arribó esta mañana a su puesto de amarre en Darling Harbour remolcando al yate Alert de Dunedin N.2, con serias averías, pero dotado aún de un poderoso armamento. El yate fue avistado el 12 de abril a los 34°21' de latitud sur, y a los 152°17' de longitud oeste, con un muerto y un superviviente a bordo.

El *Vigilant* dejó Valparaíso el 25 de marzo, y el 2 de abril fue alejado considerablemente de su curso, en dirección sur, por excepcionales tormentas y enormes olas. El 12 de abril avistó el buque a la deriva. En apariencia había sido abandonado, pero luego se descubrió que llevaba un superviviente en estado de delirio, y un hombre muerto desde hacía una semana por lo menos.

El superviviente apretaba entre sus manos una piedra horrible de origen desconocido, de unos treinta centímetros de alto, cuyo origen los profesores de la Universidad de Sidney, la Sociedad Real y el museo del College Street no pudieron determinar, y que el hombre afirmaba haber descubierto en la cabina del yate, en un altarcito rudimentario.

Este hombre, ya recobrado, relató una historia de piratería y violencia sumamente extraña. Se trata de un noruego llamado Gustav Johansen, de cierta cultura, segundo oficial en la goleta *Emma* de Auckland, que partió para El Callao el 20 de febrero, con una tripulación de once hombres.

El *Emma*, dijo, fue retrasado y alejado considerablemente de su ruta por la tormenta del 1 de marzo, y el 22 del mismo mes a los 49°51' de latitud sur y a los 128°34' de longitud este encontró al Alert conducido por una tripulación de canacos y mestizos de aspecto patibulario. El capitán Collins no obedeció la orden de virar, y la tripulación del yate abrió fuego sin aviso con una batería de cañones de bronce particularmente pesada.

Los marineros del Emma, dijo el superviviente, se resistieron con valentía, y aunque la goleta comenzó a hundirse, pues varios proyectiles habían alcanzado la línea de flotación, lograron acercarse al enemigo y lo abordaron poniéndose a luchar en la cubierta. Como los tripulantes del yate combatían de un modo torpe y cruel, tuvieron que matarlos a todos.

Tres de los hombres del Emma, incluso el capitán Collins y el primer oficial Green, murieron; y los ocho restantes, bajo el mando del segundo oficial, Johansen, se pusieron a navegar en la dirección seguida originalmente por el yate, a fin de descubrir por qué motivo se les había ordenado cambiar de rumbo.

Al día siguiente desembarcaron en una islita que no figuraba en ningún mapa. Seis de los hombres murieron allí, aunque Johansen se mostró particularmente reticente a este respecto y dijo que habían caído en una grieta entre las rocas.

Más tarde, parece, Johansen y sus compañeros volvieron al yate y trataron de hacerlo navegar, pero fueron vencidos por la tormenta el 2 de abril.

Desde ese día hasta el 12 de abril, fecha en que fue recogido por el Vigilant, Johansen no recuerda casi nada, ni siquiera cuándo murió su compañero William Briden. La muerte no se debió aparentemente a otra causa que a privaciones.

Cables procedentes de Dunedin informan que el Alert era muy conocido como barco de carga y tenía muy mala reputación. Pertenecía a un curioso grupo de mestizos cuyas frecuentes incursiones nocturnas a los bosques atraían no poca curiosidad. Luego de la tormenta y los temblores de tierra del primero de marzo se habían hecho apresuradamente a la vela.

Nuestro corresponsal en Auckland afirma que el Emma y sus tripulantes gozaban de una excelente reputación y que Johansen es un hombre digno de toda confianza.

El almirantazgo va a iniciar una investigación sobre este asunto, durante la cual se tratará de convencer a Johansen para que hable más libremente.

Eso era todo, además de la diabólica imagen, ¡pero qué pensamientos despertó en mi mente! Estas nuevas y preciosas noticias acerca del culto de Cthulhu probaban que éste tenía fieles seguidores tanto en el mar como en la tierra. ¿Qué motivo había impulsado a la híbrida tripulación a ordenar el regreso del *Emma* mientras navegaban con su ídolo? ¿Qué isla desconocida era aquella en que habían muerto seis de los tripulantes, y acerca de la cual el contramaestre Johansen se mostraba tan reticente? ¿Qué resultado había tenido la investigación del almirantazgo y qué se sabía del odioso culto en Dunedin? Y lo más extraordinario, ¿qué profunda y natural relación de hechos era esta que daba una significación maligna e innegable a los sucesos tan cuidadosamente anotados por mi tío?

El primero de marzo — el 28 de febrero de acuerdo con el huso horario internacional — se habían producido una tormenta y un terremoto. El *Alert* y su malencarada tripulación habían dejado rápidamente Dunedin como obedeciendo a una imperiosa llamada, y en el otro extremo de la Tierra poetas y artistas habían comenzado a soñar con una ciclópea ciudad submarina mientras un joven escultor modelaba, en sueños, la forma del terrible Cthulhu. El 23 de marzo la tripulación del Emma desembarcaba en una isla desconocida, perdiendo allí seis hombres; y en esa misma fecha los sueños de algunas personas alcanzaron su mayor intensidad y se oscurecieron con el terror de un monstruo maligno y gigantesco, mientras un arquitecto se volvía loco, y un escultor caía presa del delirio. ¿Y qué pensar de esa tormenta del 2 de abril, fecha en que cesaron todos los sueños de la ciudad sumergida, y Wilcox salió indemne de aquella fiebre extraña? ¿Qué pensar igualmente de aquellas alusiones del viejo Castro a los Antiguos venidos de las estrellas y a su reino próximo, y a su culto, y a su gobierno de los sueños? ¿Estaba balanceándome en el borde de un abismo de

horrores cósmicos, insoportables para un ser humano? En todo caso no afectaron sino a la mente, pues el 2 de abril puso término de algún modo a la monstruosa amenaza que había sitiado el alma de los hombres.

Aquella tarde, luego de haber pasado el día enviando telegramas, y haciendo urgentes preparativos, me despedí de mi huésped y tomé un tren para San Francisco. En menos de un mes llegué a Dunedin, donde, sin embargo, descubrí que se sabía muy poco de los extraños miembros del culto que habían vivido en las posadas marineras. El vagabundeo en los muelles era asunto demasiado común, y no valía la pena mencionarlo; pero algo oí a propósito de una expedición terrestre realizada por estos mestizos durante la cual se escuchó el débil golpear de unos tambores y se vio un fuego rojo en las colinas lejanas.

En Auckland me enteré de que Johansen había vuelto a Sidney, donde acababa de someterse a un inútil interrogatorio, *con el pelo totalmente cano*, y que después de

vender su casita de West Street había regresado con su mujer a su viejo hogar, en Oslo. De su aventura no dijo a sus amigos más de lo que ya sabían los oficiales del almirantazgo, y todo lo que pudieron hacer fue darme su nueva dirección.

Volví entonces a Sidney, y hablé sin éxito con gente de mar y miembros del tribunal. Vi el Alert en Circular Quay, en la bahía de Sidney, pero nada me reveló su casco. La imagen en cuclillas, de cabeza de pulpo, cuerpo de dragón, alas escamosas y pedestal con jeroglíficos, se conservaba en el museo de Hyde Park. La examiné con cuidado, y descubrí que estaba exquisitamente labrada, y tenía el mismo profundo misterio, terrible antigüedad, y sobrenatural rareza de material que el ejemplar más pequeño de Legrasse. Para los geólogos, me dijo el conservador del museo, la estatua era un enigma monstruoso, y juraban que no había en el mundo una roca parecida. Recordé, estremeciéndome, lo que había dicho el viejo Castro a Legrasse a propósito de los primeros Grandes Antiguos: «Vinieron de las estrellas, y trajeron consigo sus imágenes».

Profundamente perturbado resolví visitar al oficial Johansen en Oslo. Llegué a Londres, me reembarqué en seguida para la capital de Noruega, y un día de otoño eché pie a tierra en un limpio desembarcadero, a la sombra del Egeberg.

La casa de Johansen, descubrí, estaba situada en la Ciudad Vieja del rey Harold Haardrada, que había conservado el nombre de Oslo durante los siglos en que la ciudad principal adoptara el nombre de Cristianía. Hice el corto viaje en un taxi, y golpeé con el corazón tembloroso la puerta de una casa vieja y limpia de fachada estucada. Salió a recibirme una mujer de cara triste, vestida de negro, quien me comunicó en un inglés vacilante que Gustav Johansen no era ya de este mundo.

No había sobrevivido mucho a su regreso, pues su aventura marina de 1925 le había destrozado la salud. La mujer no sabía más que el público, pero Johansen había dejado un largo manuscrito, que trataba «asuntos técnicos», escrito en inglés con la intención manifiesta de que su esposa no lo entendiese. Mientras paseaba por una callejuela, cerca del muelle de Gothenburg, un paquete de viejos periódicos, salido de la ventana de un altillo, lo golpeó y lo hizo caer. Dos marineros indios lo ayudaron en seguida a levantarse, pero el hombre murió antes de que llegase la ambulancia. Los médicos, incapaces de precisar la causa del deceso, lo habían atribuido a un malestar del corazón y a un debilitamiento general.

Sentí entonces que un oscuro terror, que no me abandonaría hasta que a mí también me fuese acordado el eterno reposo, «accidentalmente» o por otro motivo, me traspasaba los huesos. Habiendo persuadido a la viuda de que mi conocimiento de esos «asuntos técnicos» me autorizaba a poseer el manuscrito, me llevé el documento y comencé a leerlo en el barco que me conducía a Londres.

Era un relato simple, desordenado; un diario de mar redactado de memoria en que se intentaba recoger día a día aquel último y terrible viaje. No lo transcribiré literalmente a causa de sus oscuridades y redundancias, pero mi resumen bastará para explicar por qué el rumor de las aguas contra los costados del buque se me hizo tan intolerable que tuve que taponarme los oídos.

Johansen, gracias a Dios, no lo sabía todo, aunque vio la ciudad y el monstruo; pero yo ya no podré dormir en paz mientras recuerde el horror que espera emboscado del otro lado de la vida, en el tiempo y el espacio, y aquellas malditas criaturas que vinieron de los astros más antiguos y que sueñan en las profundidades del mar, conocidas y favorecidas por un culto de pesadilla decidido a lanzarlas sobre nuestro planeta cada vez que algún terremoto vuelva a elevar la monstruosa ciudad de piedra al aire y a la luz del sol.

El viaje de Johansen había comenzado tal como lo declarara él mismo ante el almirantazgo. El *Emma* había dejado Auckland en lastre el 20 de febrero, y sintió todo el impacto de esa tempestad consecutiva al terremoto que arrancó a los abismos marinos el horror que pobló los sueños de los hombres. Recobrado el gobierno, el buque navegó favorablemente hasta encontrarse con el Alert el 22 de marzo (y sentí la pena del oficial al describir el bombardeo y el hundimiento de su nave). De los mestizos del yate, Johansen hablaba con un horror realmente significativo. Había algo de abominable en ellos que hacía que su destrucción pareciese casi un deber, y Johansen se sorprende ante la acusación de crueldad que contra él y sus compañeros hizo el tribunal. Ya en el yate capturado, Johansen y sus hombres, impulsados por la curiosidad, prosiguen viaje hasta avistar una alta columna de piedra que emerge del océano, y a los 49°9' de latitud oeste y 126°43' de longitud sur, se encuentran ante una costa barrosa y una albañilería ciclópea cubierta de algas que no puede ser sino la sustancia tangible del terror supremo del universo: la ciudad muerta de R'lyeh, construida hace millones de años, antes de los comienzos de nuestra historia, por las enormes y espantosas criaturas que descendieron desde unos astros desconocidos. Allí yacen el gran Cthulhu y sus compañeros, ocultos en unas bóvedas verdes y húmedas desde donde envían, tras incalculables ciclos, pensamientos que aterrorizan a los hombres sensibles y reclaman imperiosamente a los fieles del culto que inicien el peregrinaje de la liberación y la restauración. El oficial Johansen ignoraba todo esto, ¡pero bien sabe Dios que había visto bastante!

Creo que emergió de las aguas sólo la cima de la ciudadela, coronada por un enorme monolito, donde yace el gran Cthulhu. Cuando imagino el *tamaño* de

todo lo que puede esconder el fondo del océano, siento deseos de morir sin esperar ya más. Johansen y sus hombres se sintieron aterrados ante la majestad cósmica de esta húmeda Babilonia habitada por demonios, y debieron de sospechar, intuitivamente, que no pertenecía ni a éste ni a ningún otro planeta similar. En todas las líneas de la estremecida descripción de Johansen se advierte el mismo pavor: ante el tamaño increíble de los bloques de piedra verde, ante la altura vertiginosa del monolito labrado, ante la asombrosa identidad de esas colosales estatuas y bajorrelieves con la rara imagen encontrada en la sentina del *Alert*.

Sin conocer el futurismo, Johansen describe, al hablar de la ciudad, algo muy parecido a una obra futurista. En vez de referirse a una estructura definida, o a algún edificio, se reduce a hablar de vastos *ángulos* y superficies pétreas..., superficies demasiado grandes para ser de este mundo, y cubiertas por jeroglíficos e imágenes horribles. Menciono estos ángulos pues me recuerdan los sueños que me relató Wilcox. El joven escultor afirmó que la geometría de la ciudad de sus sueños era anormal, no euclidiana, y que sugería esferas y dimensiones distintas de las nuestras. Ahora un marino ilustrado tenía ante la terrible realidad la misma impresión.

Johansen y sus hombres desembarcaron en la playa de esta monstruosa acrópolis, y treparon, resbalando, por los titánicos y musgosos escalones que ningún ser humano hubiera podido edificar. El Sol mismo parecía deformado cuando se lo miraba a través de las miasmas polarizadoras que emanaban de esta perversión submarina; una amenaza tortuosa acechaba en esos ángulos desconcertantes donde una segunda mirada descubría una concavidad donde se había creído ver una convexidad.

Todos los exploradores, aun antes de ver algo definido (salvo las rocas, los musgos y las algas), se sintieron presas de un indefinible terror. Todos habrían escapado si no hubiesen temido la burla de los otros, y sólo de mala gana se decidieron a buscar — vanamente, como comprendieron más tarde — algo que sirviese de recuerdo.

Rodrigues, el portugués, fue el primero en llegar a la base del monolito y les gritó a los otros lo que acababa de descubrir. Poco más tarde los hombres contemplaron curiosamente una enorme puerta de piedra labrada con el ya familiar bajorrelieve del pulpo-dragón. Se parecía, dice Johansen, a la enorme puerta de un granero. Todos vieron allí una puerta, ya que estaba encuadrada en un umbral, un dintel y dos montantes, pero nadie pudo decidir si estaba situada horizontalmente, como la puerta de una trampa, o algo inclinada, como la puerta exterior de un altillo. Como hubiese dicho Wilcox, la geometría del lugar era errónea. Uno no podía estar seguro de que el mar y el suelo fuesen horizontales, de modo que la posición relativa de todo el resto parecía variar fantásticamente.

Briden presionó sobre la piedra en diversos sitios, sin resultado. Luego Donovan palpó con delicadeza los bordes, apretando separadamente cada punto. Subió con lentitud a lo largo de la grotesca moldura de piedra — puede decirse que subió si se admite que la puerta no era, al fin y al cabo, horizontal —, y los hombres se preguntaron cómo una puerta podía ser tan enorme. Al fin, muy suavemente, muy lentamente, la parte superior del panel comenzó a inclinarse hacia adentro, y todos vieron que la piedra se balanceaba.

Donovan se deslizó o trepó de algún modo a lo largo de uno de los montantes, y los hombres se pusieron a observar el curioso retroceso de la puerta monstruosa. En este fantástico mundo de deformaciones prismáticas, la piedra se desplazaba anormalmente en diagonal, despreciando todas las leyes de la materia y la perspectiva.

La abertura mostraba una oscuridad casi material. Estas tinieblas tenían realmente una *cualidad positiva*, pues ocultaban algunas partes de las paredes interiores que debían ser visibles. Al fin surgió de aquella cárcel milenaria algo así como una humareda que oscureció la luz del sol mientras se elevaba hacia el cielo, empequeñecido y arrugado, con la ayuda de sus alas membranosas. El olor que salía de aquellos abismos recién abiertos era insoportable, y Hawkins, que tenía el oído fino, creyó oír allá abajo un sonido chapoteante e inmundito. Todos escucharon, y todos escuchaban aún cuando el monstruo se hizo visible, babeando y apretando su inmensidad verde y gelatinosa a través de la tenebrosa



abertura hasta elevarse pesadamente en el aire corrompido de aquella ciudad de pesadilla.

La letra del pobre Johansen es apenas inteligible en esta parte. De los seis hombres que nunca llegaron al barco, cree que dos murieron simplemente de miedo en aquel instante maldito. El monstruo está más allá de toda posible descripción. No hay lenguaje aplicable a ese abismo de horror inmemorial, a esa pavorosa contradicción de todas las leyes de la materia, la fuerza y el orden cósmicos. Una montaña que caminaba. ¡Dios! ¿Puede extrañar que en el otro lado de la Tierra enloqueciese un gran arquitecto, y que en aquel telepático instante la fiebre devorara al pobre Wilcox? El monstruo de los ídolos, el verde y viscoso demonio venido de otros astros, había despertado para reclamar sus derechos. Las estrellas eran otra vez favorables, y lo que un viejo culto no había podido lograr por su voluntad, un puñado de inocentes marineros lo hacía por accidente. Después de millones y millones de años el gran Cthulhu era libre otra vez.

Tres hombres fueron barridos por aquellas patas membranosas antes de que nadie tuviese tiempo de volverse. Que descansen en paz, si hay algún descanso en el universo. Eran Donovan, Guerrero y Angstrom. Parker resbaló mientras los otros tres supervivientes se precipitaban frenéticamente en un escenario infinito de rocas verdosas. Johansen jura que fue absorbido hacia arriba por un ángulo que no debía estar allí; un ángulo agudo que se había comportado como si fuese obtuso. De modo que sólo Briden y Johansen llegaron al bote, y se dirigieron desesperadamente hasta el *Alert* mientras la montañosa monstruosidad descendía por los escalones de piedra resbaladiza y se detenía, titubeando, a orillas del agua.

Las calderas habían quedado funcionando a pesar de que todos habían bajado a tierra, y bastaron unos pocos segundos de frenéticas corridas entre ruedas y motores para poner en marcha el *Alert*. Lentamente, entre los horrores distorsionados de esa escena indescriptible, la hélice comenzó a golpear las aguas. Mientras tanto, en la costa mortal, sobre aquellas construcciones que no eran de este mundo, el monstruo gigantesco venido de las estrellas emitía unos

gritos inarticulados, como Polifemo al maldecir el veloz navío de Ulises. En seguida, con más audacia que los cíclopes de la leyenda, el gran Cthulhu penetró en las aguas e inició la persecución con unos golpes que levantaron unas enormes olas. Briden volvió la vista y enloqueció. Desde entonces rió a intervalos hasta que la muerte lo alcanzó en su cabina mientras Johansen vagaba delirando de un lado a otro.

Pero Johansen no había abandonado la partida. Comprendiendo que el monstruo alcanzaría seguramente al Alert antes de que la presión llegase al máximo, resolvió intentar algo desesperado, y, acelerando los motores, subió rápidamente a cubierta e hizo girar el timón. En la superficie de las aguas hubo un remolino espumoso, y mientras crecía la presión del vapor, el valiente noruego dirigió el navío contra aquella montaña gelatinosa que se alzaba sobre las sucias espumas como la popa de un galeón demoníaco. La horrible cabeza de pulpo, envuelta en tentáculos, llegaba casi hasta la punta del bauprés; pero Johansen no retrocedió.

Hubo un estallido como el de un globo que se desinfla, un líquido inmundado como el que surge de un hendido pez luna, una hediondez como de mil tumbas abiertas, y un sonido que el cronista no se atrevió a describir. Durante un instante una nube verde, acre y cegadora envolvió al buque, y un hervor maligno quedó a popa, donde — Dios del cielo — la esparcida plasticidad de aquella entidad celeste estaba *recombinándose* y recobrando su forma primitiva, mientras el Alert se alejaba más y más, y ganaba velocidad.

Eso fue todo. Desde ese momento, Johansen se contentó con meditar sombríamente sobre el ídolo de la cabina y preparar unas pocas comidas para él y su enloquecido compañero. No trató de dirigir el navío; después de aquel incidente había perdido algunos de los resortes de su alma. Luego sobrevino la tormenta del 2 de abril, que terminó de nublar su conciencia. Recordaba confusamente infinitos abismos líquidos de espectrales paredes giratorias, vertiginosos deslizamientos por mundos huidizos en la cola de un cometa, y saltos convulsivos de las profundidades del mar hasta la Luna y luego otra vez

hasta el mar, todo envuelto en el coro de carcajadas de las antiguas divinidades y de los verdes demonios del Tártaro de alas de murciélago.

Luego de esa pesadilla vino el rescate, el Vigilant, el tribunal del almirantazgo, las calles de Dunedin, y el largo viaje de retorno a la casa natal, junto al Egeberg. Nada podía contar; pasaría por loco. Lo escribiría todo antes de morir, pero su mujer no debería sospechar nada. La muerte sería para él beneficiosa sólo si borraba los recuerdos.

Tal era el documento que leí. Lo he guardado en la caja de lata junto con el bajorrelieve de arcilla y los papeles del profesor Angell. Incluiré este relato, esta prueba de mi propia cordura donde se ha unido lo que espero nunca volverá a unirse. He contemplado todo lo que en el universo puede haber de horroroso, y aun los cielos de la primavera y las flores del verano me parecerán desde ahora impregnados de veneno. Pero no creo que viva mucho. Como desaparecieron mi tío y el pobre Johansen, así desapareceré yo. Conozco demasiado, y el culto todavía existe.

Cthulhu existe también, supongo, en ese refugio de piedra que le sirve de abrigo desde que el Sol era joven. Su ciudad maldita se ha hundido otra vez, pues el Vigilant navegó por aquel lugar después de la tormenta de abril; pero sus ministros en la Tierra bailan aún, y cantan y matan en lugares aislados, alrededor de monolitos de piedra coronados de imágenes. Cthulhu tuvo que haber sido atrapado por los abismos submarinos pues si no el mundo gritaría ahora de horror. ¿Quién conoce el fin? Lo que ha surgido ahora puede hundirse y lo que se ha hundido puede surgir. La abominación espera y sueña en las profundidades del mar, y sobre las vacilantes ciudades de los hombres flota la destrucción. Llegará un día... ¡pero no debo ni puedo pensarlo! Ruego que, si no sobrevivo a este manuscrito, mis albaceas cuiden de que la prudencia sea mayor que la audacia e impidan que caiga bajo otros ojos.

# EL HORROR DE DUNWICH

---

Howard Philip Lovecraft<sup>16</sup>

Las Gorgonas, las Hidras y las Quimeras, las terroríficas leyendas de Celeno y las Arpías, pueden reproducirse en el cerebro de las mentes supersticiosas... pero ya estaban allí desde mucho antes. Son meras transcripciones, tipos; los arquetipos están dentro de nosotros y son eternos. De lo contrario, ¿cómo podría llegar a afectarnos el relato de lo que sabemos a ciencia cierta que es falso? ¿Será que concebimos naturalmente el terror de tales entes en tanto que pueden infligirnos un daño físico? ¡No, ni mucho menos! Esos terrores están ahí de antiguo. Se remontan a antes de que existiese el cuerpo humano... No precisan siquiera de él, pues habrían existido igualmente... El hecho de que el miedo de que tratamos aquí sea puramente espiritual — tan intenso en proporción como sin objeto en la tierra — y que predomine en el período de nuestra inocente infancia plantea problemas cuya solución puede aportarnos una idea de nuestra condición previa a la venida al mundo o, cuando menos, un atisbo del tenebroso reino de la preexistencia.

CHARLES LAMB (*Witches and Other Night-Fears*)

## I

Cuando el que viaja por el norte de la región central de Massachusetts se equivoca de dirección al llegar al cruce de la carretera de Aylesbury nada más pasar Dean's Corners, verá que se adentra en una extraña y apenas poblada comarca. El terreno se hace más escarpado y las paredes de piedra cubiertas de maleza van encajonando cada vez más el sinuoso camino de tierra. Los árboles de los bosques son allí de unas dimensiones excesivamente grandes, y la maleza, las zarzas y la hierba alcanzan una frondosidad rara vez vista en las regiones habitadas. Por el contrario, los campos cultivados son muy escasos y áridos, mientras que las pocas casas diseminadas a lo largo del camino presentan un sorprendente aspecto uniforme de decrepitud, suciedad y ruina. Sin saber exactamente por qué, uno no se atreve a preguntar nada a las arrugadas y solitarias figuras que, de cuando en cuando, se ve escrutar desde puertas medio derruidas o desde pendientes y rocosos prados. Esas gentes son tan silenciosas y

---

<sup>16</sup> The Dunwich horror.

hurañas que uno tiene la impresión de verse frente a un recóndito enigma del que más vale no intentar averiguar nada. Y ese sentimiento de extraño desasosiego se recrudece cuando, desde un alto del camino, se divisan las montañas que se alzan por encima de los tupidos bosques que cubren la comarca. Las cumbres tienen una forma demasiado ovalada y simétrica como para pensar en una naturaleza apacible y normal, y a veces pueden verse recortados con singular nitidez contra el cielo unos extraños círculos formados por altas columnas de piedra que coronan la mayoría de las cimas montañosas.

El camino se halla cortado por barrancos y gargantas de una profundidad incierta, y los toscos puentes de madera que los salvan no ofrecen excesivas garantías al viajero. Cuando el camino inicia el descenso, se atraviesan terrenos pantanosos que despiertan instintivamente una honda repulsión, y hasta llega a invadirle al viajero una sensación de miedo cuando, al ponerse el sol, invisibles chotacabras comienzan a lanzar estridentes chillidos, y las luciérnagas, en anormal profusión, se aprestan a danzar al ritmo bronco y atrozmente monótono del horrisono croar de los sapos. Las angostas y resplandecientes aguas del curso superior del Miskatonic adquieren una extraña forma serpenteante mientras discurren al pie de las abovedadas cumbres montañosas entre las que nace.

A medida que el viajero va acercándose a las montañas, repara más en sus frondosas vertientes que en sus cumbres coronadas por altas piedras. Las vertientes de aquellas montañas son tan escarpadas y sombrías que uno desearía que se mantuviesen a distancia, pero tiene que seguir adelante pues no hay camino que permita eludirlas. Pasado un puente cubierto puede verse un pueblecito que se encuentra agazapado entre el curso del río y la ladera cortada a pico de Round Mountain, y el viajero se maravilla ante aquel puñado de techumbres de estilo holandés en ruinoso estado, que hacen pensar en un período arquitectónico anterior al de la comarca circundante. Y cuando se acerca más no resulta nada tranquilizador comprobar que la mayoría de las casas están desiertas y medio derruidas y que la iglesia — con el chapitel quebrado — alberga ahora el único y destartalado establecimiento mercantil de toda la aldea. El simple paso del tenebroso túnel del puente infunde ya cierto temor, pero tampoco hay manera

de evitarlo. Una vez atravesado el túnel, es difícil que a uno no le asalte la sensación de un ligero hedor al pasar por la calle principal y ver la descomposición y la mugre acumuladas a lo largo de siglos. Siempre resulta reconfortante salir de aquel lugar y, siguiendo el angosto camino que discurre al pie de las montañas, cruzar la llanura que se extiende una vez traspuestas las cumbres montañosas hasta volver a desembocar en la carretera de Aylesbury.

Una vez allí, es posible que el viajero se entere de que ha pasado por Dunwich.

Apenas se ven forasteros en Dunwich, y tras los horrores padecidos en el pueblo todas las señales que indicaban cómo llegar hasta él han desaparecido del camino. No obstante ser una región de singular belleza, según los cánones estéticos en boga, no atrae para nada a artistas ni a veraneantes. Hace dos siglos, cuando a la gente no se le pasaba por la cabeza reírse de brujerías, cultos satánicos o siniestros seres que poblaban los bosques, daban muy buenas razones para evitar el paso por la localidad. Pero en los racionales tiempos que corren — silenciado el horror que se desató sobre Dunwich en 1928 por quienes procuran por encima de todo el bienestar del pueblo y del mundo — la gente elude el pueblo sin saber exactamente por qué razón. Quizá el motivo de ello radique — aunque no puede aplicarse a los forasteros desinformados — en que los naturales de Dunwich se han degradado de forma harto repulsiva, habiendo rebasado con mucho esa senda de regresión tan común a muchos apartados rincones de Nueva Inglaterra. Los vecinos de Dunwich han llegado a constituir un tipo racial propio, con estigmas físicos y mentales de degeneración y endogamia bien definidos. Su nivel medio de inteligencia es increíblemente bajo, mientras que sus anales despiden un apestoso tufo a perversidad y a asesinatos semiencubiertos, a incestos y a infinidad de actos de indecible violencia y maldad. La aristocracia local, representada por los dos o tres linajes familiares que vinieron procedentes de Salem en 1692, ha logrado mantenerse algo por encima del nivel general de degeneración, aunque numerosas ramas de tales linajes acabaron por sumirse tanto entre la sórdida plebe que sólo restan sus apellidos como recordatorio del origen de su desgracia.

Algunos de los Whateley y de los Bishop siguen aún enviando a sus primogénitos a Harvard y Miskatonic, pero los jóvenes que se van rara vez regresan a las semiderruidas techumbres de estilo holandés bajo las que tanto ellos como sus antepasados nacieron y crecieron.

Nadie, ni siquiera quienes conocen los motivos por los que se desató el reciente horror, puede decir qué le ocurre a Dunwich, aunque las viejas leyendas aluden a idolátricos ritos y cónclaves de los indios en los que invocaban misteriosas figuras provenientes de las grandes montañas rematadas en forma de bóveda, al tiempo que oficiaban salvajes rituales orgiásticos contestados por estridentes crujidos y fragores salidos del interior de las montañas. En 1747, el reverendo Abijah Hoadley, recién incorporado a su ministerio en la iglesia congregacional de Dunwich, predicó un memorable sermón sobre la amenaza de Satanás y sus demonios que se cernía sobre la aldea en el que, entre otras cosas, dijo: No puede negarse que semejantes monstruosidades integrantes de un infernal cortejo de demonios son fenómenos harto conocidos como para intentar negarlos. Las impías voces de *Azazel* y de *Buzrael*, de *Belcebú* y de *Belial*, las oyen hoy saliendo de la tierra más de una veintena de testigos de toda confianza. Y hasta yo mismo, no hará más de dos semanas, pude escuchar toda una alocución de las potencias infernales detrás de mi casa. Los chirridos, redobles, quejidos, gritos y silbidos que allí se oían no podían proceder de nadie de este mundo, eran de esos sonidos que sólo pueden salir de recónditas simas que únicamente a la magia negra le es dado descubrir y al diablo penetrar.

No había pasado mucho tiempo desde la lectura de este sermón cuando el reverendo Hoadley desapareció sin que se supiera más de él, si bien sigue conservándose el texto del sermón, impreso en Springfield. No había año en que no se oyese y diese cuenta de estrepitosos fragores en el interior de las montañas, y aún hoy tales ruidos siguen sumiendo en la mayor perplejidad a geólogos y fisiógrafos.

Otras tradiciones hacen referencia a fétidos olores en las inmediaciones de los círculos de rocosas columnas que coronan las cumbres montañosas y a entes etéreos cuya presencia puede detectarse difusamente a ciertas horas en el

fondo de los grandes barrancos, mientras otras leyendas tratan de explicarlo todo en función del Devil's Hop Yard, una ladera totalmente baldía en la que no crecen ni árboles, ni matorrales ni hierba alguna. Por si fuera poco, los naturales del lugar tienen un miedo cerval a la algarabía que arma en las cálidas noches la legión de chotacabras que puebla la comarca. Afirman que tales pájaros son *psicopompos*<sup>17</sup> que están al acecho de las almas de los muertos y que sincronizan al unísono sus pavorosos chirridos con la jadeante respiración del moribundo. Si consiguen atrapar el alma fugitiva en el momento en que abandona el cuerpo se ponen a revolotear al instante y prorrumpen en diabólicas risotadas, pero si ven frustradas sus intenciones se sumen poco a poco en el silencio.

Claro está que dichas historias ya no se oyen y no hay quien crea en ellas, pues datan de tiempos muy antiguos. Dunwich es un pueblo increíblemente viejo, mucho más que cualquier otro en treinta millas a la redonda. Al sur aún pueden verse las paredes del sótano y la chimenea de la antiquísima casa de los Bishop, construida con anterioridad a 1700, en tanto que las ruinas del molino que hay en la cascada, construido en 1806, constituyen la pieza arquitectónica más reciente de la localidad. La industria no arraigó en Dunwich y el movimiento fabril del siglo XIX resultó ser de corta duración en la localidad. Con todo, lo más antiguo son las grandes circunferencias de columnas de piedra toscamente labradas que hay en las cumbres montañosas, pero esta obra se atribuye por lo general más a los indios que a los colonos. Restos de cráneos y huesos humanos, hallados en el interior de dichos círculos y en tomo a la gran roca en forma de mesa de Sentinel Hill, apoyan la creencia de que tales lugares fueron en otras épocas enterramientos de los indios *pocumtuk*, aun cuando numerosos etnólogos, obviando la práctica imposibilidad de tan disparatada teoría, siguen empeñados en creer que se trata de restos caucásicos.

## II

Fue en el término municipal de Dunwich, en una granja grande y parcialmente deshabitada levantada sobre una ladera a cuatro millas del pueblo y

---

<sup>17</sup> Conductores de almas al reino de los muertos. [N del T]



a una media de la casa más cercana, donde el domingo 2 de febrero de 1913, a las 5 de la mañana, nació Wilbur Whateley. La fecha se recuerda porque era el día de la Candelaria, que los vecinos de Dunwich curiosamente observan bajo otro nombre, y, además, por el fragor de los ruidos que se oyeron en la montaña y por el alboroto de los perros de la comarca que no cesaron de ladrar en toda la noche. También cabe hacer notar, aunque ello tenga menos importancia, que la madre de Wilbur pertenecía a la rama degradada de los Whateley. Era una albina de treinta y cinco años de edad, un tanto deforme y sin el menor atractivo, que vivía en compañía de su anciano y medio enloquecido padre, de quien durante su juventud corrieron los más espantosos rumores sobre actos de brujería. Lavinia Whateley no tenía marido conocido, pero siguiendo la costumbre de la comarca no hizo nada por repudiar al niño, y en cuanto a la paternidad del recién nacido la gente pudo — y así lo hizo — especular a su gusto.

La madre estaba extrañamente orgullosa de aquella criatura de tez morena y facciones de chivo que tanto contrastaba con su enfermizo semblante y sus rosáceos ojos de albina, y cuentan que se la oyó susurrar multitud de extrañas profecías sobre las extraordinarias facultades de que estaba dotado el niño y el impresionante futuro que le aguardaba. Lavinia era muy capaz de decir tales cosas, pues de siempre había sido una criatura solitaria a quien encantaba correr por las montañas cuando se desataban atronadoras tormentas y que gustaba de leer los voluminosos y añejos libros que su padre había heredado tras dos siglos de existencia de los Whateley, libros que empezaban a caerse a pedazos de puro viejos y apolillados. En su vida había ido a la escuela, pero sabía de memoria multitud de fragmentos inconexos de antiguas leyendas populares que el viejo Whateley le había enseñado.

De siempre habían temido los vecinos de la localidad la solitaria granja a causa de la fama de brujo del viejo Whateley, y la inexplicable muerte violenta que sufrió su mujer cuando Lavinia apenas contaba doce años no contribuyó en nada a hacer popular el lugar. Siempre solitaria y aislada en medio de extrañas influencias, Lavinia gustaba de entregarse a visiones alucinantes y grandiosas, a la vez que a singulares ocupaciones. Su tiempo libre apenas se veía reducido por

los cuidados domésticos en una casa en que ni los menores principios de orden y limpieza se observaban desde hacía tiempo.

La noche en que Wilbur nació pudo oírse un grito espantoso, que retumbó incluso por encima de los ruidos de la montaña y de los ladridos de los perros, pero, que se sepa, ni médico ni comadrona alguna estuvieron presentes en su llegada al mundo. Los vecinos no supieron nada del parto hasta pasada una semana, en que el viejo Whateley recorrió en su trineo el nevado camino que separaba su casa de Dunwich y se puso a hablar de forma incoherente al grupo de aldeanos reunidos en la tienda de Osborn.

Parecía como si se hubiera producido un cambio en el anciano, como si un elemento subrepticio nuevo se hubiese introducido en su obnubilado cerebro transformándole de objeto en sujeto de temor, aunque, a decir verdad, no era persona que se preocupase especialmente por las cuestiones familiares. Con todo, mostraba algo de orgullo que últimamente había podido advertirse en su hija, y lo que dijo acerca de la paternidad del recién nacido sería recordado años después por quienes entonces escucharon sus palabras.

— Me trae sin cuidado lo que piense la gente. Si el hijo de Lavinia se parece a su padre, será bien distinto de cuanto puede esperarse. No hay razones para creer que no hay otra gente que la que se ve por estos alrededores. Lavinia ha leído y ha visto cosas que la mayoría de vosotros ni siquiera sois capaces de imaginar. Espero que su hombre sea tan buen marido como el mejor que pueda encontrarse por esta parte de Aylesbury, y si supierais la mitad de cosas que yo sé no desearíais mejor casamiento por la iglesia ni aquí ni en ninguna otra parte. Escuchad bien esto que os digo: *algún día oiréis todos al hijo de Lavinia pronunciar el nombre de su padre en la cumbre de Sentinel Hill.*

Las únicas personas que vieron a Wilbur durante el primer mes de su vida fueron el viejo Zechariah Whateley, de la rama aún no degenerada de los Whateley, y Mamie Bishop, la mujer con quien vivía desde hacía años Earl Sawyer. La visita de Mamie obedeció a la pura curiosidad y las historias que contó confirmaron sus observaciones, en tanto que Zechariah fue por allí a llevar un par de vacas de raza Alderney que el viejo Whateley le había comprado a su

hijo Curtis. Dicha adquisición marcó el comienzo de una larga serie de compras de ganado vacuno por parte de la familia del pequeño Wilbur que no finalizaría hasta 1928 — es decir, el año en que el horror se abatió sobre Dunwich —, pero en ningún momento dio la impresión de que el destartado establo de Whateley estuviese lleno hasta rebosar de ganado. A ello siguió un período en que la curiosidad de ciertos vecinos de Dunwich les llevó a subir a escondidas hasta los pastos y contar las cabezas de ganado que pacían precariamente en la empinada ladera justo por encima de la vieja granja, y jamás pudieron contar más de diez o doce anémicos y casi exangües ejemplares. Debía ser una plaga o enfermedad, originada quizá en los insalubres pastos o transmitida por algún hongo o madera contaminados del inmundo establo, lo que producía tan crecida mortalidad entre el ganado de Whateley.

Extrañas heridas o llagas, semejantes a incisiones, parecían cebarse en las vacas que podían verse paciando por aquellos contornos y una o dos veces en el curso de los primeros meses de la vida de Wilbur algunas personas que fueron a visitar a los Whateley creyeron ver llagas similares en la garganta del anciano canoso y sin afeitar y en la de su desaliñada y desgredada hija albina.

En la primavera que siguió al nacimiento de Wilbur, Lavinia reanudó sus habituales correrías por las montañas, llevando en sus desproporcionados brazos a su criatura de tez oscura. La curiosidad de los aldeanos hacia los Whateley remitió tras ver al retoño, y a nadie se le ocurrió hacer el menor comentario sobre el portentoso desarrollo del recién nacido, visible de un día para otro. La realidad es que Wilbur crecía a un ritmo impresionante, pues a los tres meses había alcanzado ya una talla y fuerza muscular que raramente se observa en niños menores de un año. Sus movimientos y hasta sus sonidos vocales mostraban una contención y una ponderación harto singulares en una criatura de su edad, y prácticamente nadie se asombró cuando, a los siete meses, comenzó a andar sin ayuda alguna, con pequeñas vacilaciones que al cabo de un mes habían desaparecido por completo.

Al poco tiempo, exactamente la Víspera de Todos los Santos, pudo divisarse una gran hoguera a medianoche en la cima de Sentinel Hill, allí donde

se levantaba la antigua piedra con forma de mesa en medio de un túmulo de antiguas osamentas. Por el pueblo corrieron toda clase de rumores a raíz de que Silas Bishop — de la rama no degradada de los Bishop — dijese haber visto al chico de los Whateley subiendo a toda prisa la montaña delante de su madre, justo una hora antes de advertirse las llamas. Silas andaba buscando un ternero extraviado, pero casi olvidó la misión que le había llevado allá al divisar fugazmente, a la luz del farol que portaba, a las dos figuras que corrían montaña arriba. Madre e hijo se deslizaban sigilosamente por entre la maleza, y Silas, que no salía de su asombro, creyó ver que iban enteramente desnudos. Al recordarlo posteriormente, no estaba del todo seguro por cuanto al niño respecta, y cree que es posible que llevase una especie de cinturón con flecos y un par de calzones o pantalones de color oscuro. Lo cierto es que a Wilbur nunca volvió a vérselo, al menos vivo y en estado consciente, sin toda su ropa encima y ceñidamente abotonado, y cualquier desarreglo, real o supuesto, en su indumentaria parecía irritarle muchísimo. Su contraste con el escuálido aspecto de su madre y de su abuelo era tremendamente marcado, algo que no se explicaría del todo hasta 1928, año en que el horror se abatió sobre Dunwich.

Por el mes de enero, entre los rumores que corrían por el pueblo se hacía mención de que el «rapaz negro de Lavinia» había comenzado a hablar, cuando apenas contaba once meses. Su lenguaje era impresionante, tanto porque se diferenciaba de los acentos normales que se oían en la región como por la ausencia del balbuceo infantil apreciable en muchos niños de tres y cuatro años.

No era una criatura parlanchina, pero cuando se ponía a hablar parecía expresar algo inaprensible y totalmente desconocido para los vecinos de Dunwich. La extrañeza no radicaba en cuanto decía ni en las sencillas expresiones a que recurría, sino que parecía guardar una vaga relación con el tono o con los órganos vocales productores de los sonidos silábicos. Sus facciones se caracterizaban, asimismo, por una nota de madurez, pues si bien tenía en común con su madre y abuelo la falta de mentón, la nariz, firme y precozmente perfilada, junto con la expresión de los ojos — grandes, oscuros y de rasgos latinos —, hacían que pareciese casi adulto y dotado de una

inteligencia fuera de lo común. Pese a su aparente brillantez era, empero, rematadamente feo. Desde luego, algo de chotuno o animal había en sus carnosos labios, en su tez amarillenta y porosa, en su áspero y desgredado pelo y en sus orejas increíblemente alargadas. Pronto la gente empezó a sentir aversión hacia él, de forma incluso más marcada que hacia su madre y abuelo, y todo cuanto sobre él se aventuraban a decir se hallaba salpicado de referencias al pasado de brujo del viejo Whateley y a cómo retumbaron las montañas cuando profirió a pleno pulmón el espantoso nombre de *Yog-Sothoth*, en medio de un círculo de piedras y con un gran libro abierto entre sus manos.

Los perros se enfurecían ante la sola presencia del niño, hasta el punto de que continuamente se veía obligado a defenderse de sus amenazadores ladridos.

### III

Entre tanto, el viejo Whateley siguió comprando ganado sin que se viera incrementar el número de su cabaña. Asimismo, taló madera y se puso a restaurar las partes hasta entonces sin utilizar de la casa, un espacioso edificio con el tejado rematado en pico y la fachada posterior totalmente empotrada en la rocosa ladera de la montaña. Hasta entonces, las tres habitaciones en estado menos ruinoso de la planta baja habían bastado para albergar a su hija y a él. El anciano debía conservar aún una fuerza prodigiosa para poder realizar por sí solo tan ardua tarea, y aunque a veces murmuraba cosas que se salían de lo normal su trabajo de carpintería demostraba que conservaba el sano juicio. Empezó las obras nada más nacer Wilbur, tras poner un día en orden uno de los numerosos cobertizos donde se guardaban los aperos, entablarlo y colocar una nueva y resistente cerradura. Ahora, al emprender las obras de reparación del abandonado piso superior, demostró seguir estando en posesión de excelentes facultades manuales. Su manía se reflejaba tan sólo en un afán por tapar herméticamente con tablones todas las ventanas del ala restaurada, aunque a juicio de muchos el mero hecho de intentar repararla ya era una locura. Y a se explicaba mejor que quisiese acondicionar otra habitación en la planta baja para el nieto recién nacido, habitación ésta que varios visitantes pudieron ver, si bien nadie logró jamás

acceder a la planta superior herméticamente cerrada por gruesos tablones de madera. Revistió toda la habitación del nieto con sólidas estanterías hasta el techo, sobre las cuales fue colocando, poco a poco y en orden aparentemente cuidadoso, los antiguos volúmenes apolillados y los fragmentos sueltos de libros que hasta entonces habían estado amontonados de mala manera en los más insólitos rincones de la casa.

— Me han sido muy útiles — decía Whateley mientras trataba de pegar una página suelta de caracteres góticos con una cola preparada en el herrumbroso horno de la cocina-, pero estoy seguro de que el chico sabrá sacar mejor provecho de ellos. Quiero que estén en las mejores condiciones posibles, pues todos van a servirle para su educación.

Cuando Wilbur contaba un año y siete meses — esto es, en septiembre de 1914 — su estatura y, en general, las cosas que hacía se salían por completo de lo normal. Tenía ya la altura de un niño de cuatro años, hablaba con fluidez y demostraba hallarse dotado de una inteligencia bien despierta. Andaba solo por los campos y empinadas laderas, y acompañaba a su madre en sus correrías por la montaña. Cuando estaba en casa, no cesaba de escudriñar los extraños grabados y cuadros que encerraban los libros de su abuelo, mientras el viejo Whateley le instruía y catequizaba en medio del silencio reinante de muchas largas e interminables tardes. Para entonces ya habían concluido las obras de la casa, y quienes tuvieron ocasión de verlas se preguntaban por qué habría transformado el viejo Whateley una de las ventanas del piso superior en una maciza puerta entablada. Se trataba de la última ventana abuhardillada en la fachada posterior orientada a poniente, pegada a la ladera montañosa, y nadie se hacía la menor idea de por qué habría construido una sólida rampa de madera para subir hasta ella. Para cuando las obras estaban a punto de concluir la gente advirtió que el viejo cobertizo de los aperos, herméticamente cerrado y con las ventanas cubiertas por tablones desde el nacimiento de Wilbur, volvió a quedar abandonado. La puerta estaba siempre abierta de par en par, y cuando Earl Sawyer un día se adentró en su interior, con ocasión de una visita al viejo Whateley relacionada con la venta de ganado, se extrañó enormemente del

apestoso olor que se respiraba en el cobertizo; un hedor — según diría posteriormente — que no guardaba parecido con nada conocido salvo con el olor que se percibía en las inmediaciones de los círculos indios de la montaña, y que no podía provenir de nada sano ni de esta tierra. Pero también es cierto que las casas y cobertizos de los vecinos de Dunwich nunca se caracterizaron precisamente por sus buenos olores.

No hay nada digno de destacar en los meses que siguieron, salvo que todo el mundo juraba percibir un ligero pero constante aumento de los misteriosos ruidos que salían de la montaña. La víspera del primero de mayo de 1915 se dejaron sentir tales temblores de tierra que hasta los vecinos de Aylesbury pudieron percibirlos, y unos meses después, en la Víspera de Todos los Santos, se produjo un fragor subterráneo asombrosamente sincronizado con una serie de llamaradas — «ya están otra vez los Whateley con sus brujerías», decían los vecinos de Dunwich — en la cima de Sentinel Hill. Wilbur seguía creciendo a un ritmo prodigioso, hasta el punto de que al cumplir cuatro años parecía como si tuviera ya diez. Leía ávidamente, sin a yuda alguna, pero se había vuelto mucho más reservado. Su semblante denotaba un natural taciturno, y por vez primera la gente empezó a hablar del incipiente aspecto demoníaco de sus facciones de chivo. A veces se ponía a musitar en una jerga totalmente desconocida y a cantar extrañas melodías que hacían estremecer a quienes las escuchaban invadiéndoles un indecible terror. La aversión que mostraban hacia él los perros era objeto de frecuentes comentarios, hasta el punto de verse obligado a llevar siempre una pistola encima para evitar ser atacado en sus correrías a través del campo. y, claro está, su utilización del arma en diversas ocasiones no contribuyó en absoluto a granjearle la simpatía de los dueños de perros guardianes.

Las pocas visitas que acudían a la casa de los Whateley encontraban con harta frecuencia a Lavinia sola en la planta baja, mientras se oían extraños gritos y pisadas en el entablado piso superior. Jamás dijo Lavinia qué podrían estar haciendo su padre y el muchacho allá arriba, aunque en cierta ocasión en que un jovial pescadero intentó abrir la atrancada puerta que daba a la escalera

empalideció y un pánico cerval se dibujó en su rostro. El pescadero contó luego en la tienda de Dunwich que le pareció oír el pataleo de un caballo en el piso superior. Los clientes que en aquel momento se encontraban en la tienda pensaron al instante en la puerta, en la rampa y en el ganado que con tal celeridad desaparecía, estremeciéndose al recordar las historias de los años mozos del viejo Whateley y las extrañas cosas que profiere la tierra cuando se sacrifica un ternero en un momento propicio a ciertos dioses paganos. Desde hacía tiempo podía advertirse que los perros temían y detestaban la finca de los Whateley con igual furia que anteriormente habían demostrado hacia la persona de Wilbur.

En 1917 estalló la guerra, y el juez de paz Sawyer Whateley, en su condición de presidente de la junta de reclutamiento local, tuvo grandes dificultades para lograr constituir el contingente de jóvenes físicamente aptos de Dunwich que habían de acudir al campamento de instrucción. El gobierno, alarmado ante los síntomas de degradación de los habitantes de la comarca, envió varios funcionarios y especialistas médicos para que investigaran las causas, los cuales llevaron a cabo una encuesta que aún recuerdan los lectores de diarios de Nueva Inglaterra. La publicidad que se dio en torno a la investigación puso a algunos periodistas sobre la pista de los Whateley, y llevó a las ediciones dominicales del *Boston Globe* y del *Arkham Advertiser* a publicar artículos sensacionalistas sobre la precocidad de Wilbur, la magia negra del viejo Whateley, las estanterías repletas de extraños volúmenes, el segundo piso herméticamente cerrado de la antigua granja, el misterio que rodeaba a la comarca entera y los ruidos que se oían en la montaña. Wilbur contaba por entonces cuatro años y medio, pero tenía todo el aspecto de un muchacho de quince. Su labio superior y mejillas estaban cubiertos de un vello áspero y oscuro, y su voz había comenzado ya a enronquecer.

Un día Earl Sawyer se dirigió a la finca de los Whateley acompañado de un grupo de periodistas y fotógrafos, llamándoles su atención hacia la extraña fetidez que salía de la planta superior. Según dijo, era exactamente igual que el olor reinante en el abandonado cobertizo donde se guardaban los aperos una vez finalizadas las obras de reconstrucción, y muy semejante a los débiles olores que



creyó percibir a veces en las proximidades del círculo de piedra de la montaña. Los vecinos de Dunwich leyeron las historias sobre los Whateley al verlas publicadas en los periódicos, y no pudieron menos de sonreírse ante los crasos errores que contenían.

Se preguntaban, asimismo, por qué los periodistas atribuirían tanta importancia al hecho de que el viejo Whateley pagase siempre al comprar el ganado en antiquísimas monedas de oro. Los Whateley recibieron a sus visitantes con mal disimulado disgusto, si bien no se atrevieron a ofrecer violenta resistencia o a negarse a contestar sus preguntas por miedo a que dieran mayor publicidad al caso.

#### IV

Durante toda una década la historia de los Whateley se mezcló inextricablemente con la existencia general de una comunidad patológicamente enfermiza que se hallaba acostumbrada a su extraña conducta y se había vuelto insensible a sus orgiásticas celebraciones de la Víspera de Mayo y de Todos los Santos. Dos veces al año los Whateley encendían hogueras en la cima de Sentinel Hill, y en tales fechas el fragor de la montaña se reproducía con violencia cada vez más inusitada; y tampoco era raro que tuviesen lugar acontecimientos extraños y portentosos en su solitaria granja en cualquier otra fecha del año. Con el tiempo, los visitantes afirmaron oír ruidos en la cerrada planta alta, incluso en momentos en que todos los miembros de la familia estaban abajo, y se preguntaron a qué ritmo solían sacrificar los Whateley una vaca o un ternero. Se hablaba incluso de denunciar el caso a la Sociedad Protectora de Animales, pero al final no se hizo nada pues los vecinos de Dunwich no tenían ninguna gana de que el mundo exterior reparase en ellos.

Hacia 1923, siendo Wilbur un muchacho de diez años y con una inteligencia, voz, estatura y barba que le daban todo el aspecto de una persona ya madura, se inició una segunda etapa de obras de carpintería en la vieja finca de los Whateley. Las obras tenían lugar en la cerrada planta superior, y por los trozos de madera sobrante que se veían por el suelo la gente dedujo que el joven

y el abuelo habían tirado todos los tabiques y hasta levantado la tarima del piso, dejando sólo un gran espacio abierto entre la planta baja y el tejado rematado en pico. Asimismo habían demolido la gran chimenea central e instalado en el herrumboso espacio que quedó al descubierto una endeble cañería de hojalata con salida al exterior.

En la primavera que siguió a las obras el viejo Whateley advirtió el crecido número de chotacabras que, procedentes del barranco de Cold Spring, acudían por las noches a chillar bajo su ventana. Whateley atribuyó a la presencia de tales pájaros un significado especial y un día dijo en la tienda de Osborn que creía cercano su fin.

— Ahora chirrían al ritmo de mi respiración — dijo —, así que deben estar ya al acecho para lanzarse sobre mi alma. Saben que pronto va a abandonarme y no quieren dejarla escapar. Cuando haya muerto sabréis si lo consiguieron o no. Caso de conseguirlo, no cesarían de chirriar y proferir risotadas hasta el amanecer; de lo contrario se callarán. Los espero a ellos y a las almas que atrapan pues si quieren mi alma les va a costar lo suyo.

En la noche de la fiesta de la Recolección de la cosecha de 1924, el doctor Houghton, de Aylesbury, recibió una llamada urgente de Wilbur Whateley, que se había lanzado a todo galope en medio de la oscuridad reinante, en el único caballo que aún restaba a los Whateley, con el fin de llegar lo antes posible al pueblo y telefonar desde la tienda de Osborn. El doctor Houghton encontró al viejo Whateley en estado agonizante, con un ritmo cardíaco y una respiración estertórea que presagiaban un final inminente. La deforme hija albina y el nieto adolescente, pero ya barbudo, permanecían junto al lecho mortuario, mientras que del tenebroso espacio que se abría por encima de sus cabezas llegaba la desagradable sensación de una especie de chapoteo u oleaje rítmico, algo así como el ruido de las olas en una playa de aguas remansadas. Con todo, lo que más le molestaba al médico era el ensordecedor griterío que armaban las aves nocturnas que revoloteaban en torno a la casa: una verdadera legión de chotacabras que chirriaba su monótono mensaje diabólicamente sincronizado con los entrecortados estertores del agonizante anciano.

Aquello sobrepasaba decididamente lo siniestro y lo monstruoso, pensó el doctor Houghton, que al igual que el resto de los vecinos de la comarca había acudido de muy mala gana a la casa de los Whateley en respuesta a la llamada urgente que se le había hecho.

Hacia la una de la noche el viejo Whateley recobró la conciencia y, al tiempo que cesaban sus estertores, balbuceó algunas entrecortadas palabras a su nieto.

— Más espacio, Willy, necesita más espacio y cuanto antes. Tú creces, pero eso aún crece más deprisa. Pronto te servirá, hijo. Abre las puertas de par en par a Yog-Sothoth salmodiando el largo canto que encontrarás en la página 751 *de la edición completa*, y luego préndele fuego a la prisión. El fuego de la tierra no puede quemarlo.

No cabía duda, el viejo Whateley estaba loco de remate. Tras una pausa durante la cual la bandada de chotacabras que había fuera sincronizó sus chirridos al nuevo ritmo jadeante de la respiración del anciano y pudieron oírse extraños ruidos que venían de algún remoto lugar en las montañas, aún tuvo fuerzas para pronunciar una o dos frases más.

— No dejes de alimentarlo, Willy, y ten presente la cantidad en todo momento. Pero no dejes que crezca demasiado deprisa para el lugar, pues si revienta en pedazos o sale antes de que abras a Yog-Sothoth, no habrán servido de nada todos los esfuerzos. Sólo los que vienen del más allá pueden hacer que se reproduzca y surta efecto... Sólo ellos, los ancianos que quieren volver...

Pero tras las últimas palabras volvieron a reproducirse los estertores del viejo Whateley, y Lavinia lanzó un pavoroso grito al ver cómo el griterío que armaban los chotacabras cambiaba para adaptarse al nuevo ritmo de la respiración. No hubo ningún cambio durante una hora, al cabo de la cual la garganta del moribundo emitió el postrer vagido. El doctor Houghton cerró los arrugados párpados sobre los resplandecientes ojos grises del anciano, mientras la barahúnda que armaban los pájaros remitía por momentos hasta acabar cayendo en el más absoluto silencio.

Lavinia no cesaba de sollozar, en tanto que Wilbur se echó a reír sofocadamente y hasta ellos llegó el débil fragor de la montaña.

— No han conseguido atrapar su alma — susurró Wilbur con su potente voz de bajo.

Por entonces, Wilbur era ya un estudioso de impresionante erudición — si bien a su parcial manera —, y empezaba a ser conocido por la correspondencia que mantenía con numerosos bibliotecarios de remotos lugares en donde se guardaban libros raros y misteriosos de épocas pasadas. Al mismo tiempo, cada vez se le detestaba y temía más en la comarca de Dunwich por la desaparición de ciertos jóvenes que todas las sospechas hacían confluír, difusamente, en el umbral de su casa. Pero siempre se las arregló para silenciar las investigaciones ya fuese mediante el recurso a la intimidación o echando mano del caudal de antiguas monedas de oro que, al igual que en tiempos de su abuelo, salían de forma periódica y en cantidades crecientes para la compra de cabezas de ganado. Daba toda la impresión de ser una persona madura, y su estatura, una vez alcanzado el límite normal de la edad adulta, parecía que fuese a seguir aumentando sin límite. En 1925, con ocasión de una visita que le hizo un corresponsal suyo de la Universidad de Miskatonic, que salió de la reunión que sostuvieron lívido y desconcertado, medía ya sus buenos seis pies y tres cuartos.

Con el paso de los años, Wilbur fue tratando a su semideforme y albina madre con un desprecio cada vez mayor, hasta llegar a prohibirle que le acompañase a las montañas en las fechas de la Víspera de Mayo y de Todos los Santos. En 1926, la infortunada madre le dijo a Mamie Bishop que su hijo le inspiraba miedo.

— Sé multitud de cosas acerca de él que me gustaría poder contarte, Mamie — le dijo un día —, pero últimamente pasan muchas cosas que incluso yo ignoro. Juro por Dios que ni sé lo que quiere mi hijo ni lo que trata de hacer.

En la Víspera de Todos los Santos de aquel año, los ruidos de la montaña resonaron con un inusitado furor, y al igual que todos los años pudo verse el resplandor de las llamaradas en la cima de Sentinel Hill. Pero la gente prestó más atención a los rítmicos chirridos de enormes bandadas de chotacabras —

extrañamente retrasados para la época del año en que se encontraban — que parecían congregarse en las inmediaciones de la granja de los Whateley. Pasada la medianoche sus estridentes notas estallaron en una especie de infernal barahúnda que pudo oírse por toda la comarca, y hasta el amanecer no cesaron en su ensordecedor griterío. Seguidamente, desaparecieron, dirigiéndose apresuradamente hacia el sur, adonde llegaron con un mes de retraso sobre la fecha normal. Lo que significaba tamaño estruendo nadie lo sabría con certeza hasta pasado mucho tiempo. En cualquier caso, aquella noche no murió nadie en toda la comarca, pero jamás volvió a verse a la infortunada Lavinia Whateley, la deforme y albina madre de Wilbur.

En el verano de 1917 Wilbur reparó dos cobertizos que había en el corral y comenzó a trasladar a ellos sus libros y efectos personales. Al poco tiempo, Earl Sawyer dijo en la tienda de Osborn que en la granja de los Whateley habían vuelto a emprenderse obras de carpintería. Wilbur se aprestaba a tapar todas las puertas y ventanas de la planta baja, y daba la impresión de que estuviese tirando todos los tabiques, tal como su abuelo y él hicieran en la planta superior cuatro años atrás. Se había instalado en uno de los cobertizos, y según Sawyer tenía un aspecto un tanto preocupado y temeroso. La gente de la localidad sospechaba que sabía algo acerca de la desaparición de su madre, y eran muy pocos los que se atrevían a rondar por las inmediaciones de la granja de los Whateley. Por aquel entonces, Wilbur sobrepasaba ya los siete pies de altura y nada indicaba que fuese a dejar de crecer.

## V

Aquel invierno trajo consigo el nada desdeñable acontecimiento del primer viaje de Wilbur fuera de la comarca de Dunwich. Pese a la correspondencia que venía manteniendo con la Biblioteca de Widener de Harvard, la Biblioteca Nacional de París, el Museo Británico, la Universidad de Buenos Aires y la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, en Arkham, todos sus intentos por hacerse con un libro que precisaba desesperadamente habían resultado fallidos. En vista de lo cual, a la postre, acabó por desplazarse en

persona — andrajoso, mugriento, con la barba sin cuidar y aquel nada pulido dialecto que hablaba — a consultar el ejemplar que se conservaba en Miskatonic, la biblioteca más próxima a Dunwich. Con casi ocho pies de altura y portando una maleta de ocasión recién comprada en la tienda de Osborn, aquel espantajo de tez trigueña y rostro de chivo se presentó un día en Arkham en busca del temible volumen guardado bajo siete llaves en la biblioteca de la Universidad de Miskatonic: el pavoroso *Necronomicón*, del enloquecido árabe Abdul Alhazred, en versión latina de Olaus Wormius, impreso en España en el siglo XVII.

Jamás hasta entonces había visto Wilbur una ciudad, pero su único interés al llegar a Arkham se redujo a encontrar el camino que llevaba al recinto universitario. Una vez allí, pasó sin inmutarse por delante del gran perro guardián de la entrada que se echó a ladrar, mostrándole sus blancos colmillos, con inusitado furor al tiempo que tiraba con violencia de la gruesa cadena a la que estaba atado.

Wilbur llevaba consigo el inapreciable, pero incompleto, ejemplar de la versión inglesa del *Necronomicón* del Dr. Dee que su abuelo le había legado, y nada más le permitieron acceder al ejemplar en latín se puso a cotejar los dos textos con el propósito de descubrir cierto pasaje que, de no hallarse en condiciones defectuosas, habría debido encontrarse en la página 751 del volumen de su propiedad.

Por más que intentó refrenarse, no pudo dejar de decírselo con buenos modales al bibliotecario — Henry Armitage, hombre de gran erudición y licenciado en Miskatonic, doctor por la Universidad de Princeton y por la Universidad de John Hopkins —, que en cierta ocasión había acudido a visitarle a la granja de Dunwich y que ahora, en buen tono, le acribillaba a preguntas. Wilbur acabó por decirle que buscaba una especie de conjuro o fórmula mágica que contuviese el espantoso nombre de *Yog-Sothoth*, pero las discrepancias, repeticiones y ambigüedades existentes complicaban la tarea de su localización, sumiéndole en un mar de dudas. Mientras copiaba la fórmula por la que finalmente se decidió, el Dr. Armitage miró involuntariamente por encima del hombro de Wilbur a las páginas por las que estaba abierto el libro; la que se veía

a la izquierda, en la versión latina del *Necronomicón*, contenía toda una retahíla de estremecedoras amenazas contra la paz y el bienestar del mundo:

«Tampoco debe pensarse — rezaba el texto que Armitage fue traduciendo mentalmente— que el hombre es el más antiguo o el último de los dueños de la tierra, ni que semejante combinación de cuerpo y alma se pasea sola por el universo. Los Ancianos eran, los Ancianos son y los Ancianos serán. No en los espacios que conocemos, sino *entre* ellos. Se pasean serenos y primigenios en esencia, sin dimensiones e invisibles a nuestra vista. *Yog-Sothoth* conoce la puerta. *Yog-Sothoth* es la puerta. *Yog-Sothoth* es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro, todo es uno en *Yog-Sothoth*. Él sabe por dónde entraron los Ancianos en el pasado y por dónde volverán a hacerlo cuando llegue la ocasión. Él sabe qué regiones de la tierra hollaron, dónde siguen hoy hollando y por qué nadie puede verlos en Su avance. Los hombres perciben a veces Su presencia por el olor que despiden, pero ningún ser humano puede ver Su semblante, *salvo únicamente a través de las facciones de los hombres engendrados por Ellos*, y son de las más diversas especies, difiriendo en apariencia desde la mismísima imagen del hombre hasta esas figuras invisibles o sin sustancia que son *Ellos*. Se pasean inadvertidos y pestilentes por los solitarios lugares donde se pronunciaron las Palabras y se profirieron los Rituales en su debido momento. Sus voces hacen tremolar el viento y Sus conciencias trepidar la tierra. Doblegan bosques enteros y aplastan ciudades, pero jamás bosque o ciudad alguna ha visto la mano destructora. Kadath los ha conocido en los páramos helados, pero ¿quién conoce a Kadath? En el glacial desierto del Sur y en las sumergidas islas del Océano se levantan piedras en las que se ve grabado Su sello, pero ¿quién ha visto la helada ciudad hundida o la torre secularmente cerrada y recubierta de algas y moluscos? El Gran Cthulhu es Su primo, pero sólo difusamente puede reconocerlos. ¡*Iä!* ¡*Shub-Niggurath!* Por su insano olor Los conoceréis. Su mano os aprieta las gargantas pero ni aun así Los veis, y Su morada es una misma con el umbral que guardáis. *Yog-Sothoth* es la llave que abre la puerta, por donde las esferas se encuentran. El hombre rige ahora donde antes regían Ellos, pero pronto regirán Ellos donde ahora rige el hombre. Tras el

verano el invierno, y tras el invierno el verano. Aguardan, pacientes y confiados, pues saben que volverán a reinar sobre la tierra.»

Al asociar el Dr. Armitage lo que leía con lo que había oído hablar de Dunwich y de sus misteriosas apariciones, y de la lúgubre y horrible aureola que rodeaba a Wilbur Whateley y que iba desde un nacimiento en circunstancias más que extrañas hasta una fundada sospecha de matricidio, sintió como si le sacudiera una oleada de temor tan tangible como pudiera serlo cualquier corriente de aire frío y pegajoso emanada de una tumba. Parecía como si el gigante de cara de chivo enfrascado en la lectura de aquel libro hubiese sido engendrado en otro planeta o dimensión, como si sólo parcialmente fuese humano y procediese de los tenebrosos abismos de una esencia y una entidad que se extendía, cual titánico fantasma, allende las esferas de la fuerza y la materia, del espacio y el tiempo. De pronto, Wilbur levantó la cabeza y se puso a hablar con una voz extraña y resonante que hacía pensar en unos órganos vocales distintos a los del común de los mortales.

— Mr. Armitage — dijo —, me temo que voy a tener que llevarme el libro a casa. En él se habla de cosas que tengo que experimentar bajo ciertas condiciones que no reúno aquí, y sería una verdadera tropelía no dejármelo sacar alegando cualquier absurda norma burocrática. Se lo ruego, señor, déjeme llevármelo a casa y le juro que nadie advertirá su falta. Ni que decirle tengo que lo trataré con el mejor cuidado. Lo necesito para poner mi versión de Dee en la forma en que...

Se interrumpió al ver la resuelta expresión negativa dibujada en la cara del bibliotecario, y al punto sus facciones de chivo adquirieron un aire de astucia. Armitage, cuando estaba ya a punto de decirle que podía sacar copia de cuanto precisara, pensó de repente en las consecuencias que podrían originarse de semejante contravención y se echó atrás. Era una responsabilidad demasiado grande entregar a aquella monstruosa criatura la llave de acceso a tan tenebrosas esferas de lo exterior. Whateley, al ver el cariz que tomaban las cosas, trató de poner la mejor cara posible.



— ¡Bueno! ¡Qué le vamos a hacer si se pone así! A ver si en Harvard no son tan picajosos y hay más suerte.

Y sin decir una sola palabra más se levantó y salió de la biblioteca, debiendo agachar la cabeza por cada puerta que pasaba.

Armitage pudo oír el tremendo aullido del gran perro que había en la entrada y, a través de la ventana, observó las zancadas de gorila de Whateley mientras cruzaba el pequeño trozo de campus que podía divisarse desde la biblioteca. Le vinieron a la memoria las espantosas historias que habían llegado a sus oídos y recordó lo que se decía en las ediciones dominicales del *Advertiser*, así como las impresiones que pudo recoger entre los campesinos y vecinos de Dunwich durante su visita a la localidad. Horribles y malolientes seres invisibles que no eran de la tierra —o, al menos, no de la tierra tridimensional que conocemos — corrían por los barrancos de Nueva Inglaterra y acechaban impudicamente desde las montañosas cumbres. Hacía tiempo que estaba convencido de ello, pero ahora creía experimentar la inminente y terrible presencia del horror extraterrestre y vislumbrar un prodigioso avance en los tenebrosos dominios de tan antigua y hasta entonces aletargada, pesadilla. Estremecido y con una honda sensación de repugnancia, encerró el *Necronomicón* en su sitio, pero un atroz e inidentificable hedor seguía impregnado aún toda la estancia. «Por su insano olor los conoceréis», citó. Sí, no cabía duda, aquel fétido olor era el mismo que hacía menos de tres años le provocó náuseas en la granja de Whateley. Pensó en Wilbur, en sus siniestras facciones de chivo, y soltó una irónica risotada al recordar los rumores que corrían por el pueblo sobre su paternidad.

— ¿Incestuoso vástago? — Armitage murmuró casi en voz alta para sus adentros —. ¡Dios mío, pero serán simplones! ¡Dales a leer *El Gran Dios Pan*, de Arthur Machen, y creerán que se trata de un escándalo normal y corriente como los de Dunwich!

Pero ¿qué informe y maldita criatura, salida o no de esta tierra tridimensional, era el padre de Wilbur Whateley? Nacido el día de la Candelaria, a los nueve meses de la Víspera del uno de mayo de 1912, fecha en que los

rumores sobre extraños ruidos en el interior de la tierra llegaron hasta Arkham. ¿Qué pasaba en las montañas aquella noche de mayo? ¿Qué horror engendrado el día de la Invención de la Cruz<sup>18</sup> se había abatido sobre el mundo en forma de carne y hueso semihumanos?

Durante las semanas que siguieron, Armitage estuvo recogiendo toda la información que pudo encontrar sobre Wilbur Whateley y aquellos misteriosos seres que poblaban la comarca de Dunwich. Se puso en contacto con el doctor Houghton, de Aylesbury, que había asistido al viejo Whateley en su postrer agonía, y estuvo meditando detenidamente sobre las últimas palabras que pronunció, tal como las recordaba el médico. Una nueva visita a Dunwich apenas reportó fruto alguno. No obstante, un detenido examen del Necronomicón — en concreto, de las páginas que con tanta avidez había buscado Wilbur — pareció aportar nuevas y terribles pistas sobre la naturaleza, métodos y apetitos del extraño y maligno ser cuya amenaza se cernía difusamente sobre la tierra.

Las conversaciones sostenidas en Boston con varios estudiosos de saberes arcanos y la correspondencia mantenida con muchos otros eruditos de los más diversos lugares, no hicieron sino incrementar la perplejidad de Armitage, quien, tras pasar gradualmente por varias fases de alarma, acabó sumido en un auténtico estado de intenso temor espiritual. A medida que se acercaba el verano creía cada vez más que debía hacerse algo para interrumpir la escalada de terror que asolaba los valles regados por el curso superior del Miskatonic e indagar quién era el monstruoso ser conocido entre los humanos por el nombre de Wilbur Whateley.

## VI

El verdadero horror de Dunwich tuvo lugar entre la fiesta de la Recolección de la cosecha y el equinoccio de 1928, siendo el Dr. Armitage uno de los testigos presenciales de su abominable prólogo. Había oído hablar del esperpéntico viaje que Whateley había hecho a Cambridge y de sus desesperados intentos por sacar el ejemplar del Necronomicón que se conservaba en la

---

<sup>18</sup> El 3 de mayo.

biblioteca Widener, de la Universidad de Harvard. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, pues Armitage había puesto en estado de alerta a todos los bibliotecarios que tenían a su cargo la custodia de un ejemplar del arcano volumen. Wilbur se había mostrado asombrosamente nervioso en Cambridge; estaba ansioso por conseguir el libro y no menos por regresar a casa, como si temiera las consecuencias de una larga ausencia.

A primeros de agosto se produjo el cuasi esperado acontecimiento. En la madrugada del tercer día de dicho mes el Dr. Armitage fue despertado bruscamente por los desgarradores y feroces ladridos del imponente perro guardián que había a la entrada del recinto universitario. Los estridentes y terribles gruñidos alternaban con desgarradores aullidos y ladridos, como si el perro se hubiese vuelto rabioso; los ruidos iban en continuo aumento, pero entrecortados, dejando entre sí pausas terriblemente significativas.

Al poco, se oyó un pavoroso grito de una garganta totalmente desconocida, un grito que despertó a no menos de la mitad de cuantos dormían a aquellas horas en Arkham y que en lo sucesivo les asaltaría continuamente en sus sueños, un grito que no podía proceder de ningún ser nacido en la tierra o morador de ella.

Armitage se puso rápidamente algo de ropa por encima y echó a correr por los paseos y jardines hasta llegar a los edificios universitarios, donde pudo ver que otros se le habían adelantado. Aún se oían los retumbantes ecos de la alarma antirrobo de la biblioteca. A la luz de la luna se divisaba una ventana abierta de par en par mostrando las abismales tinieblas que encerraba.

Quienquiera que hubiese intentado entrar había logrado su propósito, pues los ladridos y gritos — que pronto acabarían confundiéndose en una sorda profusión de aullidos y gemidos — procedían indudablemente del interior del edificio. Un sexto sentido le hizo entrever a Armitage que cuanto allí sucedía no era algo que pudieran contemplar ojos sensibles y, con gesto autoritario, mandó retroceder a la muchedumbre allí congregada al tiempo que abría la puerta del vestíbulo. Entre los allí reunidos vio al profesor Warren Rice y al Dr. Francis Morgan, a quienes tiempo atrás había hecho partícipes de algunas de sus

conjeturas y temores, y con la mano les hizo una señal para que le siguiesen al interior. Los sonidos que de allí salían habían remitido casi por completo, salvo los monótonos gruñidos del perro; pero Armitage dio un brusco respingo al advertir entre la maleza un ruidoso coro de chotacabras que había comenzado a entonar sus endiabladamente rítmicos chirridos, como si marchasen al unísono con los últimos estertores de un ser agonizante.

En el edificio entero reinaba un insoportable hedor que le resultaba harto familiar a Armitage, quien, en compañía de los dos profesores, se lanzó corriendo por el vestíbulo hasta llegar a la salita de lectura de temas genealógicos de donde salían los sordos gemidos. Por espacio de unos segundos, nadie se atrevió a encender la luz, hasta que Armitage, armándose de valor, dio al interruptor. Uno de los tres hombres —cuál, no se sabe— profirió un estridente alarido ante lo que se veía tendido en el suelo entre un revoltijo de mesas y sillas volcadas. El profesor Rice afirma que durante unos instantes perdió el sentido, si bien sus piernas no flaquearon ni llegó a caerse al suelo.

En el suelo, encima de un fétido charco de líquido purulento entre amarillento y verdoso y de una viscosidad bituminosa, yacía medio recostado un ser de casi nueve pies de estatura, al que el perro había desgarrado toda la ropa y algunos trozos de la piel. Aún no había muerto. Se retorció en medio de silenciosos espasmos, al tiempo que su pecho jadeaba al abominable compás de los estridentes chirridos de las chotacabras que, expectantes, oteaban desde fuera de la sala. Esparcidos por toda la estancia podían verse trozos de piel de zapato y jirones de ropa, y junto a la ventana se veía una mochila de lona vacía que debió arrojar allí aquel gigantesco ser. Junto al pupitre central había un revólver en el suelo, con un cartucho percutido pero sin pólvora que posteriormente serviría para explicar por qué no había sido disparado. No obstante, aquel ser que yacía en el suelo eclipsó un momento cualquier otra imagen que pudiera haber en la estancia.

Sería harto trillado y no del todo cierto decir que ninguna pluma humana podría describirlo, pero ya sería menos erróneo decir que no podría visualizarse gráficamente por nadie cuyas ideas acerca de la fisonomía y el perfil en general

estuviesen demasiado apegadas a las formas de vida existentes en nuestro planeta y a las tres dimensiones conocidas. No cabía duda de que en parte se trataba de una criatura humana, con manos y cabeza de hombre, en tanto su rostro chotuno y sin mentón llevaba el inconfundible sello de los Whateley. Pero el torso y las extremidades inferiores tenían una forma teratológicamente monstruosa. Sólo gracias a una holgada indumentaria pudo aquel ser andar sobre la tierra sin ser molestado o erradicado de su superficie.

Por encima de la cintura era un ser cuasiantropomórfico, aunque el pecho, sobre el que aún se hallaban posadas las desgarradoras patas del perro, tenía el correoso y reticulado pellejo de un cocodrilo o un lagarto. La espalda tenía un color moteado, entre amarillo y negro, y recordaba vagamente la escamosa piel de ciertas especies de serpientes. Pero, con diferencia, lo más monstruoso de todo el cuerpo era la parte inferior. A partir de la cintura desaparecía toda semejanza con el cuerpo humano y comenzaba la más desenfundada fantasía que cabe imaginarse. La piel estaba recubierta de un frondoso y áspero pelaje negro, y del abdomen brotaban un montón de largos tentáculos, entre grises y verdosos, de los que sobresalían fláccidamente unas ventosas rojas que hacían las veces de boca. Su disposición era de lo más extraño y parecía seguir las simetrías de alguna geometría cósmica desconocida en la tierra e incluso en el sistema solar. En cada cadera, hundido en una especie de rosácea y ciliada órbita, se alojaba lo que parecía ser un rudimentario ojo, mientras que en el lugar donde suele estar el rabo le colgaba algo que tenía todo el aspecto de una trompa o tentáculo, con marcas anulares violetas, y múltiples muestras de tratarse de una boca o garganta sin desarrollar. Las piernas, salvo por el pelaje negro que las cubría, guardaban cierto parecido con las extremidades de los gigantescos saurios que poblaban la tierra en los tiempos prehistóricos, y terminaban en unas carnosidades surcadas de venas que ni eran pezuñas ni garras. Cuando respiraba, el rabo y los tentáculos mudaban rítmicamente de color, como si obedecieran a alguna causa circulatoria característica de su verdoso tinte no humano, mientras que el rabo tenía un color amarillento que alternaba con otro blanco grisáceo, de repugnante aspecto, en los espacios que

quedaban entre los anillos de color violeta. De sangre no había ni rastro, sólo el fétido y purulento líquido verdoso amarillento que corría por el piso más allá del pringoso círculo, dejando tras de sí una curiosa y descolorida mancha.

La presencia de los tres hombres debió despertar al moribundo ser allí postrado, que se puso a balbucir sin siquiera volver ni levantar la cabeza. Armitage no recogió por escrito los sonidos que profería, pero afirma categóricamente que no pronunció ni uno solo en inglés. Al principio las sílabas desafiaban toda posible comparación con ningún lenguaje conocido de la tierra, pero ya hacia el final articuló unos incoherentes fragmentos que, evidentemente, procedían del Necronomicón, el abominable libro cuya búsqueda iba a costarle la muerte. Los fragmentos, tal como los recuerda Armitage, rezaban así poco más o menos: «*N'gai, n'gha' ghaa, bugg-shoggog, y'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth...*», desvaneciéndose su voz en el aire mientras las chotacabras chirriaban en crescendo rítmico de malsana expectación.

Luego, se interrumpieron los jadeos y el perro alzó la cabeza, emitiendo un prolongado y lúgubre aullido. Un cambio se produjo en la faz amarillenta y chotuna de aquel ser postrado en el suelo al tiempo que sus grandes ojos negros se hundían pasmosamente en sus cavidades. Al otro lado de la ventana, cesó de repente el griterío que armaban los chotacabras, y por encima de los murmullos de la muchedumbre allí congregada se oyó un frenético zumbido y revoloteo. Recortadas contra el trasfondo de la luna podían verse grandes nubes de alados vigías expectantes que alzaban el vuelo y huían de la vista, espantados sólo de ver la presa sobre la que se disponían a lanzarse.

De pronto, el perro dio un brusco respingo, lanzó un aterrador ladrido y se arrojó precipitadamente por la ventana por la que había entrado. Un alarido salió de la expectante multitud, mientras Armitage decía a gritos a los hombres que aguardaban afuera que en tanto llegase la policía o el forense no podrían entrar en la sala.

Afortunadamente, las ventanas eran lo suficientemente altas como para que nadie pudiera asomarse; para mayor seguridad, echó las oscuras cortinas con sumo cuidado. Entre tanto, llegaron dos policías, y el Dr. Morgan, que salió a su

encuentro al vestíbulo, les instó a que, por su propio bien, aguardasen a entrar en la hedionda sala de lecturas hasta que llegara el forense y pudiera cubrirse el cuerpo del ser allí postrado.

Mientras esto ocurría, unos cambios realmente espantosos tenían lugar en aquella gigantesca criatura. No se precisa describir la clase y proporción de encogimiento y desintegración que se desarrollaba ante los ojos de Armitage y Rice, pero puede decirse que, aparte la apariencia externa de cara y manos, el elemento auténticamente humano de Wilbur Whateley era mínimo. Cuando llegó el forense, sólo quedaba una masa blancuzca y viscosa sobre el entarimado suelo, en tanto que el fétido olor casi había desaparecido por completo. Por lo visto, Whateley no tenía cráneo ni esqueleto óseo, al menos tal como los entendemos. En algo había de parecerse a su desconocido progenitor.

## VII

Pero esto no fue sino simplemente el prólogo del verdadero Horror de Dunwich. Las autoridades oficiales, desconcertadas, llevaron a cabo todas las formalidades debidas, silenciando acertadamente los detalles más alarmantes para que no llegasen a oídos de la prensa y el público en general. Mientras, unos funcionarios se personaron en Dunwich y Aylesbury para levantar acta de las propiedades del difunto Wilbur Whateley y notificar, en consecuencia, a quienes pudieran ser sus legítimos herederos. A su llegada, encontraron a la gente de la comarca presa de una gran agitación, tanto por el fragor creciente que se oía en las abovedadas montañas como por el insoportable olor y sonidos — semejantes a un oleaje o chapoteo — que salían cada vez con mayor intensidad de aquella especie de gran estructura vacía que era la granja herméticamente entablada de los Whateley. Earl Sawyer, que cuidaba del caballo y del ganado desde el fallecimiento de Wilbur, había sufrido una aguda crisis de nervios. Los funcionarios hallaron enseguida una disculpa para que nadie entrase en el hediondo y cerrado edificio, limitándose a girar una rápida inspección a los aposentos que habitaba el difunto, es decir, a los cobertizos que Wilbur había acondicionado en fecha reciente. Redactaron un voluminoso informe que

elevaron al juzgado de Aylesbury y, según parece, los pleitos sobre el destino de la herencia siguen aún sin resolverse entre los innumerables Whateley, tanto de la rama degenerada como de la sin degenerar, que viven en el valle regado por el curso superior del Miskatonic.

Un casi interminable manuscrito redactado en extraños caracteres en un gran libro mayor, y que daba toda la impresión de una especie de diario por las separaciones existentes y las variaciones de tinta y caligrafía, desconcertó por completo a quienes lo encontraron en el viejo escritorio que hacía las veces de mesa de trabajo de Wilbur. Tras una semana de debates se decidió enviarlo a la Universidad de Miskatonic, junto con la colección de libros sobre saberes arcanos del difunto, para su estudio y eventual traducción. Pero al poco tiempo hasta los mejores lingüistas comprendieron que no iba a ser tarea fácil descifrarlo. No se encontró, en cambio, la menor huella del antiguo oro con el que Wilbur y el viejo Whateley solían pagar sus deudas.

El horror se desató en el transcurso de la noche del 9 de septiembre. Los ruidos de la montaña habían sido muy intensos aquella tarde y los perros ladraron con fenomenal estrépito durante toda la noche. Quienes madrugaron el día 10 advirtieron un peculiar hedor en la atmósfera. Hacia las siete de la mañana Luther Brown, el mozo de la granja de George Corey, situada entre el barranco de Cold Spring y el pueblo, bajó corriendo, presa de una gran agitación, del pastizal de diez acres a donde había llevado a pacer las vacas. Estaba aterrado de espanto cuando entró a trompicones en la cocina de la granja, mientras las no menos despavoridas vacas se ponían a patalear y mugir en tono lastimero en el corral, tras seguir al chico todo el camino de vuelta tan atemorizadas como él. Sin cesar de jadear, Luther trató de balbucir lo que había visto a Mrs. Corey.

— Arriba, en el camino que hay por encima del barranco, Mrs. Corey... ¡algo pasa allí! Es como si hubiese caído un rayo. Todos los matorrales y arbolillos del camino han sido segados como si toda una casa les hubiera pasado por encima. Y eso no es lo peor, ¡quia! Hay *huellas* en el camino, Mrs. Corey... tremendas huellas circulares tan grandes como la tapa de un tonel, y muy hundidas en la tierra, como si hubiese pasado un elefante por allí, *¡sólo que las*



*huellas tendrán más de cuatro pies!* Miré de cerca una o dos antes de salir corriendo y pude ver que todas estaban cubiertas por unas líneas que salían del mismo lugar, en abanico, como si fuesen grandes hojas de palmera — sólo que dos o tres veces más grandes — incrustadas en el camino. Y el olor era irresistible, igual que el que se respira cerca de la vieja casa de Whateley...

Al llegar aquí el muchacho titubeó y parecía como si el miedo que le había hecho venir corriendo todo el camino se apoderase de él de nuevo. Mrs. Corey, a la vista de que no podía sonsacarle más detalles, se puso a telefonear a los vecinos, con lo que empezó a cundir el pánico, anticipo de nuevos y mayores horrores, por toda la comarca. Cuando llamó a Sally Sawyer — ama de llaves en la granja de Seth Bishop, la finca más próxima a la de los Whateley —, le tocó escuchar en lugar de hablar, pues el hijo de Sally, Chauncey, que no podía dormir, había subido por la ladera en dirección a la casa de los Whateley y bajó corriendo a toda prisa aterrado de espanto, tras echar una mirada a la granja y al pastizal donde habían pasado la noche las vacas de los Bishop.

— Sí, Mrs. Corey — dijo Sally con voz trémula desde el otro lado del hilo telefónico —. Chauncey acaba de regresar despavorido, y casi no podía ni hablar del miedo que traía. Dice que la casa entera del viejo Whateley ha volado por los aires y que hay un montón de restos de madera desperdigados por el suelo, como si hubiese estallado una carga de dinamita en su interior. Apenas queda otra cosa que el suelo de la planta baja, pero está enteramente cubierto por una especie de sustancia viscosa que huele horriblemente y corre por el suelo hasta donde están los trozos de madera desparramados. Y en el corral hay unas huellas espantosas, unas tremendas huellas de forma circular, más grandes que la tapa de un tonel, y todo está lleno de esa sustancia pegajosa que se ve en la casa destruida. Chauncey dice que el reguero llega hasta el pastizal, donde hay una franja de tierra mucho más grande que un establo totalmente aplastada y que por todos los sitios se ven vallas de piedra caídas por el suelo.

«Chauncey dice, Mrs. Corey, que se quedó aterrado a la vista de las vacas de Seth. Las encontró en los pastizales altos, muy cerca de Devil's Hop Yard, pero daba pena verlas. La mitad estaban muertas y a casi el resto de las que

quedaban les habían chupado la sangre, y tenían unas llagas igualitas que las que le salieron al ganado de Whateley a partir del día en que nació el rapaz negro de Lavinia. Seth ha salido a ver cómo están las vacas, aunque dudo mucho que se acerque a la granja del brujo Whateley. Chauncey no se paró a mirar qué dirección seguía el gran sendero aplastado una vez pasado el pastizal, pero cree que se dirigía hacia el camino del barranco que lleva al pueblo.

«Créame lo que le digo, Mrs. Corey, hay algo suelto por ahí que no me sugiere nada bueno, y pienso que ese negro de Wilbur Whateley — que tuvo el horrendo fin que merecía — está detrás de todo esto. No era un ser enteramente humano, y conste que no es la primera vez que lo digo. El viejo Whateley debía estar criando algo aún menos humano que él en esa casa toda tapiada con clavos. Siempre ha habido seres invisibles merodeando en tomo a Dunwich, seres invisibles que no tienen nada de humano ni presagian nada bueno.

«La tierra estuvo hablando anoche, y hacia el amanecer Chauncey oyó a las chotacabras armar tal griterío en el barranco de Cold Spring que no le dejaron dormir nada. Luego le pareció oír otro ruido débil hacia donde está la granja del brujo Whateley, una especie de rotura o crujido de madera, como si alguien abriese a lo lejos una gran caja o embalaje de madera. Entre unas cosas y otras no logró dormir lo más mínimo hasta bien entrado el día, y no mucho antes se levantó esta mañana. Hoy se propone volver a la finca de los Whateley a ver qué sucede por allí. Pero ya ha visto más que suficiente, se lo digo yo, Mrs. Corey. No sé qué pasara, aunque no presagia nada bueno. Los hombres deberían organizarse e intentar hacer algo. Todo esto es verdaderamente espantoso, y creo que se acerca mi turno. Sólo Dios sabe qué va a pasar.

«¿Le ha dicho algo Luther de la dirección que seguían las gigantescas huellas? ¿No? Pues bien, Mrs. Corey, si estaban en este lado del camino del barranco y todavía no se han dejado ver por su casa, supongo que deben haber descendido al fondo del barranco, ¿dónde si no podrían estar? De siempre he dicho que el barranco de Cold Spring no es un lugar saludable y no me inspira la menor confianza. Las chotacabras y las luciérnagas que hay en sus entrañas no parecen criaturas de Dios, y hay quienes dicen que pueden oírse extraños ruidos

y murmullos allá abajo si uno se pone a escuchar en el lugar apropiado, entre la cascada y la Guarida del Oso.

A eso del mediodía, las tres cuartas partes de los hombres y jóvenes de Dunwich salieron a dar una batida por los caminos y prados que había entre las recientes ruinas de lo que fuera la finca de los Whateley y el barranco de Cold Spring, comprobando aterrados con sus propios ojos las grandes y monstruosas huellas, las agonizantes vacas de Bishop, toda la misteriosa y apestosa desolación que reinaba sobre el lugar y la vegetación aplastada y pulverizada por los campos y a orillas de la carretera. Fuese cual fuese el mal que se había desatado sobre la comarca era seguro que se encontraba en el fondo de aquel enorme y tenebroso barranco, pues todos los árboles de las laderas estaban doblados o tronchados, y una gran avenida se había abierto por entre la maleza que crecía en el precipicio. Daba la impresión de que una avalancha hubiese arrastrado toda una casa entera, precipitándola por la enmarañada floresta de la vertiente casi cortada a pico. Ningún ruido llegaba del fondo del barranco, tan sólo se percibía un lejano e indefinible hedor. No tiene nada de extraño, pues, que los hombres prefieran quedarse al borde del precipicio y ponerse a discutir, en lugar de bajar y meterse de lleno en el cubil de aquel desconocido horror ciclópeo. Tres perros que acompañaban al grupo se lanzaron a ladrar furiosamente en un primer momento, pero una vez al borde del barranco cesaron de ladrar y parecían amedrentados e intranquilos. Alguien llamó por teléfono al *Aylesbury Chronicle* para comunicar la noticia, pero el director, acostumbrado a oír las más increíbles historias procedentes de Dunwich, se limitó a redactar un artículo humorístico sobre el tema, artículo que posteriormente sería reproducido por la *Associated Press*.

Aquella noche todos los vecinos de Dunwich y su comarca se recogieron en casa, y no hubo granja o establo en que no se obstruyera la puerta lo más sólidamente posible. Huelga decir que ni una sola cabeza de ganado pasó la noche en los pastizales. Hacia las dos de la mañana un irrespirable hedor y los furiosos ladridos de los perros despertaron a la familia de Elmer Frye, cuya granja se hallaba situada al extremo este del barranco de Cold Spring, y todos coincidieron en decir haber oído afuera una especie de chapoteo o golpe seco.

Mrs. Frye propuso telefonear inmediatamente a los vecinos, pero cuando su marido estaba a punto de decirle que lo hiciese se oyó un crujido de madera que vino a interrumpir sus deliberaciones. Al parecer, el ruido procedía del establo, y fue seguido al punto por escalofriantes mugidos y pataleos de las vacas. Los perros se pusieron a echar espumarajos por la boca y se acurrucaron a los pies de los miembros de la familia Frye, despavoridos de terror. El dueño de la casa, movido por la fuerza de la costumbre, encendió un farol, pero sabía bien que salir fuera al oscuro corral significaba la muerte. Los niños y las mujeres lloriqueaban, pero evitaban hacer todo ruido obedeciendo a algún oscuro y atávico sentido de conservación que les decía que sus vidas dependían de que guardasen absoluto silencio. Finalmente, el ruido del ganado remitió hasta no pasar de lastimeros mugidos, seguido de una serie de chasquidos, crujidos y fragores impresionantes. Los Frye, apiñados en el salón, no se atrevieron a moverse para nada hasta que no se desvanecieron los últimos ecos ya muy en el interior del barranco de Cold Spring.

Luego, entre los débiles mugidos que seguían saliendo del establo y los endiablados chirridos de las últimas chotacabras aún despiertas en el fondo del barranco, Selina Frye se acercó, tambaleándose, al teléfono y difundió a los cuatro vientos cuanto sabía sobre la segunda fase del horror.

Al día siguiente, la comarca entera era presa de un pánico atroz, y podía verse un continuo trasiego de atemorizados y silenciosos grupos de gente que se acercaban al lugar donde se había producido el horripilante acontecimiento nocturno. Dos impresionantes franjas de destrucción se extendían desde el barranco hasta la granja de Frye, en tanto unas monstruosas huellas cubrían la tierra desprovista de toda vegetación y una fachada del viejo establo pintado de rojo se hallaba tirada por el suelo. De los animales, sólo se logró encontrar e identificar a la cuarta parte. Algunas de las vacas estaban pulverizadas en pequeños fragmentos y a las que sobrevivieron no hubo más remedio que sacrificarlas.

Earl Sawyer propuso ir en busca de ayuda a Arkham o Aylesbury, pero muchos rechazaron su propuesta por estimarla inútil. El anciano Zebulón

Whateley, de una rama de la familia a caballo entre el sano juicio y la degradación, aventuró, de forma harto increíble, que lo mejor sería celebrar rituales en las cumbres montañosas. De siempre se habían observado escrupulosamente en su familia las tradiciones y sus recuerdos de cantos en los grandes círculos de piedra no tenían nada que ver con lo que pudieran haber hecho Wilbur y su abuelo.

La noche se hizo sobre la consternada comarca de Dunwich, demasiado pasiva para lograr poner en marcha una eficaz defensa contra la amenaza que se cernía sobre ella. En algunos casos, las familias con estrechos vínculos se cobijaron bajo un mismo techo para estar ojo avizor en medio de la cerrada oscuridad nocturna, pero, por lo general, volvieron a repetirse las escenas de levantamiento de barricadas de la noche precedente y los fútiles e ineficaces gestos de cargar los herrumbrosos mosquetes y colocar las horcas al alcance de la mano. Sin embargo, aquella noche no aconteció nada nuevo salvo algún que otro ruido intermitente en la montaña, y al despuntar el día muchos confiaban que el nuevo horror hubiese desaparecido con igual presteza con que se presentó. Incluso había algunos espíritus temerarios que proponían lanzar una expedición de castigo al fondo del barranco, si bien no se aventuraron a predicar con el ejemplo a una mayoría que, en principio, no parecía dispuesta a seguirles.

Al caer de nuevo la noche volvieron a repetirse las escenas de las barricadas, aunque esta vez fueron menos las familias que se agruparon bajo un mismo techo. A la mañana siguiente, tanto en la granja de Frye como en la de Bishop pudo advertirse cierta agitación entre los perros e indefinidos sonidos y fétidos olores en la lejanía, mientras que los expedicionarios más madrugadores se horrorizaron al ver de nuevo, y recientes, las monstruosas huellas en el camino que orillaba Sentinel Hill. Al igual que en ocasiones anteriores, los bordes del camino estaban aplastados, indicio de que por allí había pasado el imponente y monstruoso horror infernal que asolaba la comarca. Esta vez la conformación de las huellas parecía sugerir que había marchado en ambas direcciones, como si una montaña movediza hubiese salido del barranco de Cold Spring para regresar posteriormente por la misma senda. Al pie de la montaña podía verse por lo más

abrupto una franja de unos treinta pies de anchura, de matorrales y arbolillos aplastados, y quienes aquello veían no salían de su asombro al comprobar que ni siquiera las más empinadas pendientes hacían torcer la trayectoria del inexorable sendero. Fuese lo que fuese, aquel horror podía escalar paredes de roca desnuda y cortadas a pico. Como los expedicionarios optasen por subir a la cima por una ruta más segura, se encontraron con que una vez arriba terminaban las huellas... o, mejor dicho, daban la vuelta.

Era precisamente allí, en la cumbre de Sentinel Hill, donde los Whateley solían celebrar sus diabólicas hogueras y entonar sus no menos infernales rituales ante la piedra con forma de mesa en las fechas de la Víspera de Mayo y de Todos los Santos. Ahora, la piedra constituía el centro de una amplia extensión de terreno arrasado por el horror de la montaña, mientras que encima de su superficie ligeramente cóncava podía verse una masa espesa y fétida de la misma sustancia bituminosa que había en el piso de la derruida granja de los Whateley cuando el horror se alejó de allí.

Los hombres se miraron unos a otros y se susurraron algo al oído. Luego, dirigieron la mirada hacia abajo. Al parecer, el horror había descendido prácticamente por el mismo sendero por el que había ascendido. Toda especulación holgaba. La razón, la lógica y las ideas normales que pudieran ocurrírseles se hallaban sumidas en el más completo marasmo. Sólo el anciano Zebulón, que no iba acompañando al grupo, habría sabido apreciar en su justo término la situación o hallar una posible explicación a todo ello.

La noche del jueves comenzó igual que casi todas las precedentes, pero acabó bastante peor. Las chotacabras del barranco no pararon de chirriar ni un momento armando tal estrépito que fueron muchos los vecinos de Dunwich que no lograron conciliar el sueño, y a eso de las tres de la madrugada todos los teléfonos de la localidad se pusieron a sonar trémulamente. Quienes descolgaron el auricular oyeron a una aterrada voz proferir en tono desgarrador «¡Socorro! ¡Dios mío!...», y algunos creyeron escuchar un estruendoso ruido, tras lo cual la voz se cortó. No se oyó ni un sonido más. Pero nadie se atrevió a salir y hasta la mañana siguiente no se supo de dónde procedía la llamada. Todos cuantos la

escucharon se llamaron por teléfono entre sí, advirtiéndolo que únicamente no contestaban en casa de los Frye. La verdad se descubrió al cabo de una hora cuando, tras juntarse a toda prisa, un grupo de hombres armados se dirigió a la finca de los Frye que estaba en la boca misma del barranco. Lo que allí se veía era espantoso, pero en modo alguno constituía una sorpresa. Había nuevas franjas aplastadas y monstruosas huellas. La casa de los Frye se había hundido como si del cascarón de un huevo se tratase, y entre las ruinas no pudo encontrarse resto alguno vivo o muerto. Sólo un insoportable hedor y una viscosidad bituminosa. La familia Frye había sido por completo borrada de la faz de Dunwich.

## VIII

Entre tanto, en Arkham, tras la puerta cerrada de una estancia con las paredes repletas de estanterías, se desarrollaba otra fase del horror, algo más apacible pero no menos estimulante desde una perspectiva espiritual. El extraño manuscrito o diario de Wilbur Whateley, entregado a la Universidad de Miskatonic para su oportuna traducción, había sido la causa de muchos quebraderos de cabeza y no pocas muestras de desconcierto entre los especialistas en lenguas antiguas y modernas del claustro. Su mismo alfabeto, no obstante la similitud que a primera vista guardaba con la variante del árabe hablado en Mesopotamia, resultaba totalmente desconocido a las autoridades en la materia. La conclusión final de los lingüistas fue que el texto representaba un alfabeto artificial, debiendo tratarse de criptogramas, aunque ninguno de los métodos criptográficos normalmente utilizados pudo aportar la menor pista para su desciframiento, no obstante aplicarse en función de las lenguas que se suponía conocía el autor de aquellas páginas. En cuanto a los antiguos libros encontrados en el domicilio de los Whateley, si bien presentaban un gran interés y en varios casos prometían abrir nuevas y tenebrosas vías de investigación entre los filósofos y hombres de ciencia, no contribuyeron para nada a dilucidar el enigma. Uno de ellos, un pesado volumen con un cierre metálico, estaba escrito en otro alfabeto igualmente desconocido, si bien sus caracteres eran muy diferentes y guardaba cierta semejanza con el sánscrito. Finalmente, el viejo libro mayor cayó

en manos del Dr. Armitage, y ello tanto en atención al especial interés que había demostrado en el caso Whateley como por sus vastos conocimientos lingüísticos y experiencia en las fórmulas místicas de la antigüedad y del medioevo.

Armitage sabía que el alfabeto era utilizado con fines esotéricos por ciertos cultos arcanos procedentes de épocas pasadas y que habían adoptado numerosos rituales y tradiciones de los zahoríes del mundo sarraceno. Ahora bien, aquello no pasaba de tener una importancia secundaria, pues no era necesario conocer el origen de los símbolos si, como sospechaba, eran utilizados a modo de criptogramas dentro de una lengua moderna. Estaba persuadido de que, habida cuenta de la voluminosa cantidad de texto que contenía, el autor difícilmente se habría tomado la molestia de utilizar otra lengua que la suya, salvo quizá a la hora de expresar ciertas fórmulas mágicas o conjuros especiales. En consecuencia, se dispuso a atacar el manuscrito partiendo de la hipótesis de que el grueso del mismo se hallaba en inglés.

Armitage sabía muy bien, tras los repetidos fracasos de sus colegas, que el enigma que encerraba aquel texto resultaría difícil de desentrañar y sería tarea harto dificultosa, por lo que había que desechar cualquier intento de aplicar métodos sencillos de investigación. La última decena de agosto la dedicó a recopilar todos los tratados de criptografía que pudo encontrar, echando mano de la copiosa bibliografía con que contaba la biblioteca y descifrando noche tras noche los saberes arcanos que se ocultaban en textos como la *Poligraphia* de Tritomio, el *De furtivis literarum notis* de Giambattista Porta, el *Traité des chiffres* de De Vigenere, el *Cryptomenysis patefacta* de Falconer, los tratados del siglo XVIII de Davys y Thicknesse y otros de autoridades en la materia tan recientes como Blair, Von Marten, amén de los escritos de Klüber. Con el tiempo acabó por convencerse de que se enfrentaba a uno de esos criptogramas especialmente sutiles e ingeniosos en los que muchas listas de letras separadas y que se corresponden entre sí se hallan dispuestas como si se tratara de una tabla de multiplicar, construyéndose el mensaje a partir de palabras clave arbitrarias sólo conocidas por los iniciados. Las autoridades de mayor antigüedad parecían ser de ayuda bastante más valiosa que las de épocas más recientes, de lo que



Armitage dedujo que el código del manuscrito debía tener una gran antigüedad, transmitido sin duda a través de toda una larga cadena de ensayistas místicos.

Varias veces pareció estar a punto de ver la luz esclarecedora, pero, de repente, algún obstáculo imprevisto le hacía retroceder en la marcha de la investigación. Hasta que, prácticamente ya encima septiembre, las nubes empezaron a clarear. Ciertas letras, tal como estaban utilizadas en determinados pasajes del manuscrito, fueron identificadas definitiva e inequívocamente, poniéndose de manifiesto que el texto se hallaba escrito en inglés.

En la tarde del 2 de septiembre cayó, por fin, la última barrera importante que se interponía a la inteligibilidad del texto, y Armitage vio coronados sus esfuerzos al leer por vez primera un pasaje entero de los anales de Wilbur Whateley. En realidad se trataba de un diario, como todo hacía suponer, y estaba redactado en un estilo que mostraba claramente una mezcolanza de profunda erudición en el campo de las ciencias ocultas y de incultura general por parte del extraño ser que lo escribió.

Ya el primer pasaje extenso que logró descifrar Armitage — una anotación fechada el 26 de noviembre de 1916 — resultó harto asombroso e intranquilizador. Recordó que el autor de aquellas líneas era un niño de tres años y medio por entonces, si bien aparentaba ser un adolescente de doce o trece.

Hoy aprendí el Aklo para el Sabaoth (*sic*), pero no me gustó pues podía responderse desde la montaña y no desde el aire. Lo del piso de arriba me aventaja más de lo que pensaba y no parece que tenga mucho cerebro terrestre. Al ir a morderme maté de un tiro a Jack, el perro pastor de Elam Hutchins, y Elam dijo que si llegaba a morderme me mataría. Confío en que no lo haga. Anoche el abuelo me hizo pronunciar la fórmula mágica Dho y me pareció ver la ciudad secreta en los dos polos magnéticos. Una vez arrasada la tierra iré a esos polos, si es que no logro comprender la fórmula Dho-Hna cuando la aprenda. Los del aire me dijeron en el Sabat que la tarea de arrasarlo la tierra me llevará muchos años; para entonces supongo que ya habrá muerto el abuelo, así que voy a tener que aprender la posición de todos los ángulos de las superficies planas y todas las fórmulas mágicas que hay entre Yr y Nhngr. Los del exterior me ayudarán, pero

para cobrar forma corpórea requieren sangre humana. Parece que lo de arriba tendrá buen aspecto. Puedo vislumbrarlo cuando hago la señal Voorish o soplo los polvos de Ibu Ghazi, y se parece mucho a ellos el día de la Víspera de Mayo en la Montaña. La otra cara la encuentro algo borrosa. Me pregunto cómo seré cuando la tierra haya sido arrasada y no quede ni un solo ser sobre ella. El que vino con el Aklo Sabaoth dijo que podría transfigurarme para parecer menos del exterior y seguir haciendo cosas.

El amanecer encontró al Dr. Armitage sudoroso y despavorido de terror, totalmente enfrascado en su lectura. No había levantado los ojos del manuscrito en toda la noche. Sentado en su escritorio, a la luz de una lámpara eléctrica, fue pasando página tras página con temblorosa mano a medida que descifraba el críptico texto. En medio de semejante estado de agitación había telefoneado a su mujer para decirle que no iría a dormir aquella noche, y cuando a la mañana siguiente le llevó el desayuno a la biblioteca apenas probó bocado. No paró de leer ni un instante durante todo el día, deteniéndose con gran desesperación una que otra vez siempre que se hacía necesario volver a aplicar la intrincada clave para desentrañar el texto. Le llevaron la comida y la cena a su despacho, pero apenas tomó una pizca. Al día siguiente, ya bien entrada la noche, se quedó adormecido sobre la silla, pero no tardaría en despertarse tras asaltarle unas pesadillas casi tan horribles como la amenaza que se cernía sobre la humanidad entera y que acababa de descubrir.

La mañana del 4 de septiembre el profesor Rice y el Dr. Morgan insistieron en ver a Armitage siquiera un momento, saliendo de la entrevista temblorosos y con el semblante demudado. Al anoecer Armitage se fue a la cama, pero sólo esporádicamente pudo conciliar el sueño. Al día siguiente, miércoles, volvió a enfrascarse en la lectura del manuscrito y tomó infinidad de notas, tanto de los pasajes que iba leyendo como de los ya descifrados. En la madrugada se quedó dormido unos momentos en un sillón del despacho, pero antes de que amaneciese ya estaba de nuevo con la vista sobre el manuscrito. Aún no habían dado las doce cuando su médico, el doctor Hartwell, fue a verle e insistió, por su propio bien, en la necesidad de que dejase de trabajar. Pero

Armitage se negó a seguir los consejos del médico, alegando que para él era de vital importancia acabar de leer el diario, al tiempo que le prometía una explicación más detallada en su debido momento. Aquella tarde, justo en el momento en que empezaba a oscurecer, acabó su alucinante y agotadora lectura y se dejó caer sobre la silla totalmente exhausto. Su mujer, que acudió a llevarle la cena, le encontró postrado en un estado casi comatoso, pero Armitage aún conservaba la conciencia suficiente como para proferir un fenomenal grito, que la hizo retroceder, al advertir que sus ojos se posaban en las notas que había tomado. Levantándose a duras penas de la silla, recogió las hojas garrapateadas que había sobre la mesa y las metió en un gran sobre que guardó en el bolsillo interior del abrigo. Aún le quedaban fuerzas para regresar a casa por su propio pie, pero era tan evidente que precisaba de auxilios médicos que hubo que llamar urgentemente al doctor Hartwell. Al irse a la cama, siguiendo las indicaciones del médico, no cesaba de repetir una y otra vez «*Pero ¿qué hacer, Dios mío?, ¿qué hacer?*»

Armitage durmió toda aquella noche, pero al día siguiente estuvo delirando a intervalos. No dio ninguna explicación al doctor Hartwell, pero en sus momentos de lucidez hablaba de la imperiosa necesidad de mantener una larga reunión con Rice y Morgan. No había quien entendiera sus desvaríos, en los que hacía desesperados llamamientos para que se destruyera algo que decía se encontraba en una casa herméticamente cerrada con tablones, al tiempo que hacía increíbles alusiones a un plan para eliminar de la faz de la tierra a toda la especie humana, y a toda la vida vegetal y animal, que se proponía llevar a cabo una terrible y antiquísima raza de seres procedentes de otras dimensiones siderales. En sus gritos decía cosas tales como el mundo estaba en peligro, pues los Seres Ancianos se habían propuesto dismantelarlo y barrerlo del sistema solar y del cosmos de la materia para sumirlo en otro nivel, o fase incorpórea, del que había salido hacía billones y billones de milenios. En otros momentos pedía que le trajera el temible *Necronomicón* y el *Daemonolatreia* de Remigio, volúmenes ambos en los que estaba persuadido de encontrar la fórmula mágica con la que conjurar tan aterrador peligro.

— ¡Hay que detenerlos, hay que detenerlos como sea! — se lanzaba a gritar desesperadamente —. Los Whateley se proponen abrirles el camino, y lo peor de todo aún está por llegar. Digan a Rice y Morgan que hay que hacer algo. Es una operación que entraña un gran peligro, pero yo sé cómo fabricar los polvos... No ha recibido ningún alimento desde el 2 de agosto, el día en que Wilbur vino a morir aquí, y a estas alturas...

Pero Armitage, pese a sus setenta y tres años, tenía aún una naturaleza resistente y el trastorno se le pasó en el curso de la noche, y no vino acompañado de fiebres. El viernes se levantó ya avanzado el día, con la cabeza despejada, aunque con el semblante adusto por el miedo que le roía las entrañas y por la tremenda responsabilidad que ahora pesaba sobre él. El sábado por la tarde se sintió con fuerzas para ir a la biblioteca y mantener una reunión con Rice y Morgan; los tres hombres estuvieron devanándose los sesos el resto del día con las más increíbles especulaciones y los más alucinantes debates. Sacaron montones de terribles libros sobre saberes arcanos de las estanterías y de los lugares donde estaban encerrados a buen recaudo, y estuvieron copiando esquemas y fórmulas mágicas con febril premura y en cantidades ingentes. No cabía la menor duda al respecto. Los tres habían visto el agonizante cuerpo de Wilbur Whateley postrado en una estancia de aquel mismo edificio, por lo que a ninguno de ellos se le pasó siquiera por la cabeza considerar el diario como los delirios de un loco.

Las opiniones sobre la conveniencia de dar cuenta a la policía de Massachusetts estaban encontradas, imponiéndose la negativa en última instancia. Había cosas en todo aquello que resultaban muy difíciles, por no decir imposibles, de creer por quienes no estaban al tanto de todo lo que allí sucedía, como muy bien se vería tras varias investigaciones realizadas con posterioridad a los hechos. Ya entrada la noche la sesión se levantó sin que hubieran trazado un plan definitivo, pero durante todo el domingo Armitage estuvo ocupado cotejando fórmulas mágicas y haciendo combinaciones de productos químicos sacados del laboratorio de la universidad.

Cuanto más pensaba en el infernal diario, más dudas le asaltaban sobre la eficacia de cualquier agente material para destruir al ser que Wilbur Whateley había dejado tras de sí... el amenazador ser, desconocido para él, que unas horas después habría de abatirse sobre la localidad y acabaría siendo trágicamente conocido por el Horror de Dunwich.

El lunes apenas difirió de la víspera para Armitage, pues la tarea en que estaba embarcado requería continuas búsquedas y experimentos. Nuevas consultas del diario de aquel monstruoso ser trajeron como consecuencia una serie de cambios en el plan originalmente trazado, y, con todo, sabía que al final seguiría adoleciendo de grandes fallas y riesgos. Para el martes ya había esbozado una línea precisa de actuación y creía que en menos de una semana estaría en condiciones de trasladarse a Dunwich. Pero con el miércoles vino la gran conmoción. Casi inadvertido, en una esquina del *Arkham Advertiser*, podía verse un pequeño despacho de la agencia *Associated Press* en el que se comentaba en tono jocoso que el whisky introducido de contrabando en Dunwich había producido un monstruo que batía todos los récords.

Armitage, sobrecogido ante la noticia, telefoneó al instante a Rice y a Morgan. Hasta bien entrada la noche estuvieron debatiendo los planes a seguir, y al día siguiente se lanzaron apresuradamente a hacer los preparativos para el viaje. Armitage sabía muy bien que iban a tener que habérselas con pavorosas fuerzas, pero también veía claramente que era el único medio de acabar con aquel maléfico embrollo que otros antes que él habían venido a complicar y agravar.

## IX

El viernes por la mañana Armitage, Rice y Morgan salieron en automóvil hacia Dunwich, llegando al pueblo sobre la una de la tarde. Hacía un día espléndido, pero hasta en el fuerte sol reinante parecía presagiarse una inquietante calma, como si algo espantoso se cerniese sobre aquellas montañas extrañamente rematadas en forma de bóveda y sobre los profundos y sombríos barrancos de la asolada región. De vez en cuando podía divisarse recortado contra el cielo un lúgubre círculo de piedras en las cumbres montañosas.

Por la atmósfera de silenciosa tensión que se respiraba en la tienda de Osborn, los tres investigadores comprendieron que algo horrible había sucedido, y pronto se enteraron de la desaparición de la casa y de la familia entera de Elmer Frye. Durante toda la tarde estuvieron recorriendo los alrededores de Dunwich, preguntando a la gente qué había sucedido y viendo con sus propios ojos, en medio de un creciente horror, las pavorosas ruinas de la casa de los Frye con sus persistentes restos de aquella sustancia bituminosa, las espantosas huellas dejadas en el corral, el ganado malherido de Seth Bishop y las impresionantes franjas de vegetación arrasada que había por doquier. El sendero dejado a todo lo largo de Sentinel Hill le pareció a Armitage de una significación casi devastadora, y durante un buen rato se quedó mirando la siniestra piedra en forma de altar que se divisaba en la cima.

Finalmente, los investigadores de Arkham, enterados de que aquella misma mañana habían llegado unos policías de Aylesbury en respuesta a las primeras llamadas telefónicas dando cuenta de la tragedia acaecida a los Frye, resolvieron ir en busca de los agentes y contrastar con ellos sus impresiones sobre la situación. Pero una cosa fue decirlo y otra hacerlo, pues no se veía a los policías por ninguna parte. Habían venido en total cinco en un coche, que se encontró abandonado en un lugar próximo a las ruinas del corral de Elmer Frye. Las gentes de la localidad, que hacía tan sólo un rato habían estado hablando con los policías, se hallaban tan perplejas como Armitage y sus compañeros. Fue entonces cuando al viejo Sam Hutchins se le vino a la cabeza una idea y, lívido, dio un codazo a Fred Farr al tiempo que apuntaba hacia el profundo y rezumante abismo que se abría frente a ellos.

— ¡Dios mío! — dijo jadeando —. ¡Mira que les advertí que no bajasen al barranco! Jamás se me ocurrió que fuera a meterse nadie ahí con esas huellas y ese olor y con las chotacabras armando tal griterío a plena luz del día...

Un escalofrío se apoderó de todos los allí congregados — granjeros e investigadores — al oír las palabras del viejo Hutchins, y todos aguzaron instintivamente el oído. Armitage, ahora que se encontraba por vez primera frente al horror y su destructiva labor, no pudo evitar temblar ante la

responsabilidad que se le venía encima. Pronto caería la noche sobre la comarca, las horas en que la gigantesca monstruosidad salía de su cubil para proseguir sus pavorosas incursiones. *Negotium perambulans in tenebris...* El anciano bibliotecario se puso a recitar la fórmula mágica que había aprendido de memoria, al tiempo que estrujaba con la mano el papel en que se contenía la otra fórmula alternativa que no había memorizado. Seguidamente, comprobó que su linterna se encontraba en perfecto estado. Rice, que estaba a su lado, sacó de un maletín un pulverizador de esos que se utilizan para combatir los insectos, mientras Morgan desenfundaba el rifle de caza en el que seguía confiando pese a las advertencias de sus compañeros de que las armas no valdrían de nada frente a tan monstruoso ser.

Armitage, que había leído el estremecedor diario de Wilbur, sabía muy bien qué clase de materialización podía esperarse, pero no quiso atemorizar más a los vecinos de Dunwich con nuevas insinuaciones o pistas. Esperaba poder librar al mundo de aquel horror sin que nadie se enterase de la amenaza que se cernía sobre la humanidad entera. A medida que la oscuridad fue haciéndose más densa los vecinos de Dunwich comenzaron a dispersarse y emprendieron el regreso a casa, ansiosos por encerrarse en su interior pese a la evidencia de que no había cerrojo o cerradura que pudiese resistir los embates de un ser de tal descomunal fuerza que podía tronchar árboles y triturar casas a su antojo. Sacudieron la cabeza al enterarse del plan que tenían los investigadores de permanecer de guardia en las ruinas de la granja de Frye, próxima al barranco. Al despedirse de ellos, apenas albergaban esperanzas de volver a verlos con vida a la mañana siguiente.

Aquella noche se oyó un enorme fragor en las montañas y las chotacabras chirriaron con endiablado estrépito. De vez en cuando, el viento que subía del fondo del barranco de Cold Spring traía un hedor insoportable a la ya cargada atmósfera nocturna, un hedor como el que aquellos tres hombres ya habían percibido en una anterior ocasión al encontrarse frente a aquella moribunda criatura que durante quince años y medio pasó por un ser humano. Pero la tan esperada monstruosidad no se dejó ver en toda la noche. No cabía

duda, lo que había en el fondo del barranco aguardaba el momento propicio, y Armitage dijo a sus compañeros que sería suicida intentar atacarlo en medio de la oscuridad nocturna.

Al amanecer cesaron los ruidos. El día se levantó gris, desapacible y con ocasionales ráfagas de lluvia, mientras oscuros nubarrones se acumulaban de el otro lado de la montaña en dirección noroeste.

Los tres científicos de Arkham no sabían qué hacer. Como quiera que la lluvia arreciase se guarecieron bajo una de las pocas construcciones de la granja de los Frye que aún quedaban en pie, en donde debatieron la conveniencia de seguir esperando o arriesgarse y bajar al fondo del barranco a la caza de la monstruosa y abominable presa. El aguacero arreciaba por momentos y en la lejanía se oía el fragor producido por los truenos, en tanto que el cielo resplandecía por los relámpagos que lo rasgaban, y muy cerca de donde se encontraban se vio caer un rayo, como si directamente se dirigiese al maldito barranco. El cielo se oscureció totalmente, y los tres científicos esperaban que la tormenta, aunque violenta, pasara rápidamente y luego esclareciera.

Aún seguía cubierto de oscuros nubarrones el cielo cuando, no haría siquiera una hora, hasta ellos llegó un auténtico babel de voces que se acercaba por el camino. Al poco, pudo divisarse un grupo despavorido integrado por algo más de una docena de hombres que venían corriendo, y no cesaban de gritar y hasta de sollozar histéricamente. Uno de los que marchaban a la cabeza prorrumpió a balbucir palabras sin sentido, sintiendo un pavoroso escalofrío los investigadores de Arkham cuando las palabras adquirieron coherencia.

— ¡Oh, Dios mío, Dios mío! — se oyó decir a alguien con una vez entrecortada —. ¡Vuelve de nuevo, y *esta vez en pleno día!* ¡Ha salido, ha salido y se mueve en estos momentos! ¡Que el Señor nos proteja!

Tras oírse unos jadeos, la voz se sumió en el silencio, pero otro de los hombres retomó el hilo de lo que decía el primero.

— Hace casi una hora Zeb Whateley oyó sonar el teléfono. Quien llamaba era Mrs. Corey, la mujer de George, el que vive abajo en el cruce. Dijo que Luther, el mozo, había salido en busca de las vacas al ver el tremendo rayo



que cayó, cuando observó que los árboles se doblaban en la boca del barranco — del lado opuesto de la vertiente — y percibió el mismo hedor que se respiraba en las inmediaciones de las grandes huellas el lunes por la mañana. Y según ella, Luther dijo haber oído una especie de crujido o chapoteo, un ruido mucho más fuerte que el producido por los árboles o arbustos al doblarse, y de repente los árboles que había a orillas del camino se inclinaron hacia un lado y se oyó un horrible ruido de pisadas y un chapoteo en el barro. Pero, aparte de los árboles y la maleza doblados, Luther no vio nada.

Luego, más allá de donde el arroyo Bishop pasa por debajo del camino pudo oír unos espantosos crujidos y chasquidos en el puente, y dijo que parecía como si fuese madera que estuviese resquebrajándose. Pero, aparte de los árboles y los matorrales doblados, no vio nada en absoluto. Y cuando los crujidos se perdieron a lo lejos — en el camino que lleva a la granja del brujo Whateley y a la cumbre de Sentinel Hill —, Luther tuvo el valor de acercarse al lugar donde se oyeron los ruidos primero y se puso a mirar al suelo. No se veía otra cosa que agua y barro, el cielo estaba encapotado y la lluvia que caía empezaba a borrar las huellas, pero cerca de la boca del barranco, donde los árboles se hallaban caídos por el suelo, aún había unas horribles huellas tan gigantescas como las que vio el lunes pasado.

Al llegar aquí, tomó la palabra el hombre que había hablado en primer lugar.

— Pero *eso* no es lo malo; eso fue sólo el principio. Zeb convocó a la gente y todos estaban escuchando cuando se cortó una llamada telefónica que hacían desde la casa de Seth Bishop. Sally, la mujer de Seth, no paraba de hablar. en tono muy acalorado, acababa de ver los árboles tronchados al borde del camino, y dijo que una especie de ruido acorchado, parecido al de las pisadas de un elefante, se dirigía hacia la casa. Luego, dijo que un olor espantoso se metió de repente por todos los rincones de la casa y que su hijo Chauncey no cesaba de gritar que el olor era idéntico al que había en las ruinas de la granja de Whateley el lunes por la mañana. Y, a todo esto, los perros no paraban de lanzar horribles aullidos y ladridos.

«De repente, Sally pegó un fenomenal grito y dijo que el cobertizo que había junto al camino se había derrumbado como si la tormenta se lo hubiese llevado por delante, sólo que apenas corría viento para pensar en algo así. Todos escuchábamos con atención y a través del hilo podía oírse el jadeo de multitud de gargantas pegadas al teléfono. De repente, Sally volvió a proferir un espantoso grito y dijo que la cerca que había delante de la casa acababa de derrumbarse, aunque no se veía la menor señal que indicara a qué podría deberse. Luego, todos los que estaban pegados al hilo oyeron chillar también a Chauncey y al viejo Seth Bishop, y Sally decía a gritos que algo enorme había caído encima de la casa, no un rayo ni nada por el estilo, sino algo descomunal que se abalanzaba contra la fachada y los embates eran constantes, aunque no se veía nada a través de las ventanas. Y luego... y luego...

El terror podía verse reflejado en todos los rostros, y Armitage, aun cuando no estaba menos aterrado, tuvo el aplomo suficiente para decirle a quien tenía la palabra que prosiguiera.

— Y luego... luego, Sally lanzó un grito estremecedor y dijo «¡Socorro! ¡La casa se viene abajo!»... y desde el otro lado del hilo pudimos oír un fenomenal estruendo y un espantoso griterío... igual que pasó con la granja de Elmer Frye, sólo que esta vez peor...

El hombre que hablaba hizo una pausa, y otro de los que venía en el grupo prosiguió el relato.

— Eso fue todo. No volvió a oírse ni un ruido ni un chillido más.

Sólo el más absoluto silencio. Quienes lo escuchamos sacamos nuestros coches y furgonetas, y a continuación nos reunimos en casa de Corey todos los hombres sanos y robustos que pudimos encontrar, y hemos venido hasta aquí para que nos aconsejen qué hacer ahora. Es posible que todo sea un castigo del Señor por nuestras iniquidades, un castigo del que ningún mortal puede escapar.

Armitage comprendió que había llegado el momento de hacer algo y, con aire resuelto, se dirigió al vacilante grupo de despavoridos campesinos.

— No queda más remedio que seguirlo, señores — dijo tratando de dar a su voz el tono más tranquilizador posible —. Creo que hay una posibilidad de

acabar de una vez por todas con lo que quiera que sea ese monstruo. Todos ustedes conocen de sobra la fama de brujos que tenían los Whateley, pues bien, este abominable ser tiene mucho de brujería, y para acabar con él hay que recurrir a los mismos procedimientos que utilizaban ellos. He visto el diario de Wilbur Whateley y examinado algunos de los extraños y antiguos libros que acostumbraba a leer, y creo conocer el conjuro que debe pronunciarse para que desaparezca para siempre. Naturalmente, no puede hablarse de una seguridad total, pero vale la pena intentarlo.

Es invisible — como me imaginaba —, pero este pulverizador de largo alcance contiene unos polvos que deben hacerlo visible por unos instantes. Dentro de un rato vamos a verlo. Es realmente un ser pavoroso, pero aún hubiese sido mucho peor si Wilbur hubiese seguido con vida. Nunca llegará a saberse bien de qué se libró la humanidad con su muerte. Ahora sólo tenemos un monstruo contra el que luchar, pero sabemos que no puede multiplicarse. Con todo, es posible que cause aún mucho daño, así que no hemos de dudar a la hora de librar al pueblo de semejante monstruo.

«Hay que seguirlo, pues, y la forma de hacerlo es ir a la granja que acaba de ser destruida. Que alguien vaya delante, pues no conozco bien estos caminos, pero supongo que debe haber un atajo. ¿Están de acuerdo?.»

Los hombres se movieron inquietos sin saber qué hacer, y Earl Sawyer, apuntando con un dedo tiznado por entre la cortina de lluvia que amainaba por momentos, dijo con voz suave: «Creo que el camino más rápido para llegar a la granja de Seth Bishop es atravesar el prado que se ve ahí abajo y vadear el arroyo por donde es menos profundo, para subir luego por las rastrojeras de Carrier y los bosques que hay a continuación. Al final se llega al camino alto que pasa a orillas de la granja de Seth, que está del otro lado.»

Armitage, Rice y Morgan se pusieron a caminar en la dirección indicada, mientras la mayoría de los aldeanos marchaban lentamente tras ellos. El cielo empezaba a clarear y todo parecía indicar que la tormenta había pasado. Cuando Armitage tomaba involuntariamente una dirección equivocada, Joe Osborn se lo indicaba y se ponía delante para mostrar el camino. El valor y la confianza de los

hombres del grupo crecían por momentos, aunque la luz crepuscular de la frondosa ladera casi cortada a pico que había al final del atajo — por entre cuyos fantásticos y añejos árboles hubieron de trepar cual si de una escalera se tratase — pusieron tales cualidades a prueba.

Al final, llegaron a un camino lleno de barro justo al tiempo que salía el sol. Se hallaban algo más allá de la finca de Seth Bishop, pero los árboles tronchados y las inequívocas y horribles huellas eran buena prueba de que ya había pasado por allí el monstruo.

Apenas se detuvieron unos momentos a contemplar los restos que quedaban en tomo al gran hoyo. Era exactamente lo mismo que sucedió con los Frye, y nada vivo ni muerto podía verse entre las ruinas de lo que en otro tiempo fueran la granja y el establo de los Bishop. Nadie quiso permanecer allí mucho tiempo entre aquel hedor insoportable y aquella viscosidad bituminosa; todos volvieron instintivamente al sendero de espantosas huellas que se dirigían hacia la granja en ruinas de los Whateley y las laderas coronadas en forma de altar de Sentinel Hill.

Al pasar ante lo que fuera morada de Wilbur Whateley, todos los integrantes del grupo se estremecieron visiblemente y sus ánimos comenzaron a flaquear. No tenía nada de divertido seguir la pista de algo tan grande como una casa y no lograr verlo, si bien podía respirarse en el ambiente una maléfica presencia infernal. Frente al pie de Sentinel Hill las huellas dejaban el camino y podía apreciarse aún fresca la vegetación aplastada y tronchada a lo largo de la ancha franja que marcaba el camino seguido por el monstruo en su anterior subida y descenso de la montaña.

Armitage sacó un potente catalejo y se puso a escrutar las verdes laderas de Sentinel Hill. Seguidamente, se lo pasó a Morgan, que gozaba de una visión más aguda. Tras mirar unos instantes por el aparato Morgan lanzó un pavoroso grito, pasándoselo seguidamente a Earl Sawyer a la vez que le señalaba con el dedo un determinado punto de la ladera. Sawyer, tan desmañado como la mayoría de quienes no están acostumbrados a utilizar instrumentos ópticos, estuvo dándole vueltas unos segundos hasta que finalmente, y gracias a la ayuda

de Armitage, logró centrar el objetivo. Al localizar el punto, su grito aún fue más estridente que el de Morgan.

— ¡Dios Todopoderoso, la hierba y los matorrales se mueven! Está subiendo... lentamente... como si reptara... en estos momentos llega a la cima. ¡Que el cielo nos ampare!

El germen del pánico pareció cundir entre los expedicionarios. Una cosa era salir a la caza del monstruoso ser, y otra muy distinta encontrarlo. Era muy posible que los conjuros funcionaran, pero ¿y si fallaban? Empezaron a levantarse voces en las que se le formulaba a Armitage todo tipo de preguntas acerca del monstruo, pero ninguna respuesta parecía satisfacerles. Todos tenían la impresión de hallarse muy próximos a fases de la naturaleza y de la vida absolutamente extraordinarias y radicalmente ajenas a la existencia misma de la humanidad.

## X

Al final, los tres investigadores venidos de Arkham — el Dr. Armitage, de canosa barba, el profesor Rice, rechoncho y de cabellos plateados, y el Dr. Morgan, delgado y de aspecto juvenil — acabaron subiendo solos la montaña. Tras instruir con suma paciencia a los aldeanos sobre cómo enfocar y utilizar el catalejo, lo dejaron con el atemorizado grupo que se quedó en el camino. A medida que subían aquellos tres hombres, los aldeanos fueron pasándose de mano en mano para poder verlos de cerca.

La subida era ardua, y en más de una ocasión tuvieron que echar una mano a Armitage. Muy por encima del esforzado grupo expedicionario el gran sendero abierto en la montaña retumbaba como si su infernal hacedor volviera a pasar por él con premiosa alevosía. Así pues, era patente que los perseguidores cobraban terreno.

Curtis Whateley — de la rama no degenerada de los Whateley — era quien miraba por el catalejo cuando los investigadores de Arkham se desviaron del sendero. Curtis dijo al resto del grupo que, sin duda, los tres hombres trataban de llegar a un pico inferior desde el que se divisaba el sendero, en un lugar muy

por encima de donde se estaba aplastando la vegetación en aquellos momentos. Y así fue en realidad, pues los expedicionarios alcanzaron la pequeña elevación al poco de que el invisible monstruo pasara por allí.

Luego, Wesley Corey, que a la sazón miraba por el objetivo, gritó con todas sus fuerzas que Armitage se había puesto a ajustar el pulverizador que llevaba Rice, y todo indicaba que algo iba a ocurrir de un momento a otro. El desasosiego empezó a cundir entre el grupo del camino, pues, según les habían dicho, el pulverizador debería hacer visible por unos instantes al desconocido horror. Dos o tres hombres cerraron los ojos, en tanto que Curtis Whateley arrebató el catalejo a Wesley y lo dirigió hacia el punto más distante posible. Pudo ver que Rice, desde el lugar de observación en que se encontraban los expedicionarios — por encima y justo detrás del monstruoso ser — tenía una excelente oportunidad para intentar diseminar los potentes polvos de prodigiosos efectos.

El resto de los que estaban en el camino sólo pudieron ver el fugaz resplandor de una nube grisácea — una nube del tamaño de un edificio relativamente alto — próxima a la cima de la montaña.

Curtis, que era quien en aquellos momentos miraba por el catalejo, lo dejó caer de golpe sobre el barro que les cubría hasta los tobillos, al tiempo que lanzaba un grito aterrador. Se tambaleó, y habría caído al suelo de no ser por dos o tres compañeros que le ayudaron y le sostuvieron en pie. Un casi inaudible gemido era lo único que salía de sus labios.

— ¡Oh, oh, Dios Todopoderoso!... *eso... eso...*

Luego se organizó un auténtico pandemónium, pues todos querían preguntar a la vez, y sólo Henry Wheeler se ocupó de recoger el catalejo caído en tierra y de limpiarle el barro. Curtis seguía diciendo incoherencias y ni siquiera conseguía dar respuestas aisladas.

— Es mayor que un establo... todo hecho de cuerdas retorcidas... Tiene una forma parecida a un huevo de gallina, pero enorme, con una docena de patas... como grandes toneles medio cerrados que se echaran a rodar.... No se ve que tenga nada sólido... es de una sustancia gelatinosa y está hecho de cuerdas

sueltas y retorcidas, como si las hubieran pegado... Tiene infinidad de enormes ojos saltones..., diez o veinte bocas o trompas que le salen por todos los lados, grandes como tubos de chimenea, y no paran de moverse, abriéndose y cerrándose continuamente..., todas grises, con una especie de anillos azules o violetas... *¡Dios del cielo! ¡Y ese rostro semihumano encima...!*

El recuerdo de esto último, fuera lo que fuese, resultó demasiado fuerte para el pobre Curtis, quien perdió el sentido antes de poder articular una sola palabra más. Fred Farr y Will Hutchins lo trasladaron a un lado del camino, dejándole tendido sobre la húmeda hierba. Henry Wheeler, temblando, cogió entre las manos el catalejo y lo enfocó hacia la montaña en un intento de ver qué pasaba. A través del objetivo podían divisarse tres pequeñas figuras que ascendían hacia la cumbre con la rapidez con que se lo permitía la abrupta pendiente. Eso era todo cuanto veía, ni más ni menos. Luego, todos percibieron un raro e intempestivo ruido que procedía del fondo del valle a sus espaldas, e incluso salía de la misma maleza de Sentinel Hill. Era el griterío que armaba una legión de chotacabras y en su estridente coro parecía latir una tensa y maligna expectación.

Earl Sawyer cogió seguidamente el catalejo y dijo que se veía a las tres figuras de pie en la cumbre más alta, prácticamente al mismo nivel del altar de piedra, pero todavía a considerable distancia de éste. Uno de los hombres, dijo Earl Sawyer, parecía alzar los brazos por encima de su cabeza a intervalos rítmicos, y al decir esto los demás creyeron oír un tenue sonido cuasi musical a lo lejos, como si una ruidosa salmodia acompañara a sus gestos. La extraña silueta en aquel lejano pico debía constituir todo un grotesco e impresionante espectáculo, pero ninguno de los presentes se sentía con humor para hacer consideraciones estéticas.

— Me imagino que ahora están entonando el conjuro — dijo Wheeler en voz baja al tiempo que arrebatava el catalejo de manos de Sawyer. Mientras, las chotacabras chirriaban con singular estridencia y a un ritmo curiosamente irregular, que no guardaba ningún parecido con las modulaciones del ritual.

De repente, la luz del sol disminuyó sin que, a primera vista, se debiera a la acción de ninguna nube. Era un fenómeno realmente singular, y así lo apreciaron todos. Parecía como si en el interior de las montañas estuviera gestándose un estrepitoso fragor, extrañamente acorde con otro fragor que vendría del firmamento.

Un relámpago rasgó el aire y los asombrados hombres buscaron en vano los indicios de la tormenta. La salmodia que entonaban los investigadores de Arkham llegaba ahora nítidamente hasta ellos, y Wheeler vio a través del catalejo que levantaban los brazos al compás de las palabras del conjuro. Podía oírse, asimismo, el furioso ladrido de los perros en una granja lejana.

Los cambios en las tonalidades de la luz solar fueron a más y los hombres apiñados en el camino seguían mirando perplejos al horizonte. Unas tinieblas violáceas, originadas como consecuencia de un espectral oscurecimiento del azul celeste, se cernían sobre las retumbantes colinas. Seguidamente, volvió a rasgar el cielo un relámpago, algo más deslumbrante que el anterior, y todos creyeron ver como si una especie de nebulosidad se levantara en torno al altar de piedra allá en la lejana cumbre. Nadie, empero, miraba con el catalejo en aquellos instantes. Las chotacabras seguían emitiendo sus irregulares chirridos, en tanto los hombres de Dunwich se preparaban, en medio de una gran tensión, para enfrentarse con la imponderable amenaza que parecía rondar por la atmósfera.

De repente, y sin que nadie lo esperara, se dejaron oír unos sonidos vocales sordos, cascados y roncós que jamás olvidarían los integrantes del despavorido grupo que los oyó. Pero aquellos sonidos no podían proceder de ninguna garganta humana, pues los órganos vocales del hombre no son capaces de producir semejantes atrocidades acústicas. Más bien se diría que habían salido del mismo Averno, si no fuese harto evidente que su origen se encontraba en el altar de piedra de Sentinell Hill. Y hasta casi es erróneo llamar a semejantes atrocidades sonidos, por cuanto su timbre, horrible a la par que extremadamente bajo, se dirigía mucho más a lóbregos focos de la conciencia y al terror que al oído; pero uno debe calificarlos de tal, pues su forma recordaba, irrefutable aunque vagamente, a palabras semiarticuladas. Eran unos sonidos estruendosos



— estruendosos cual los fragores de la montaña o los truenos por encima de los que resonaban — pero no procedían de ser visible alguno. Y como la imaginación es capaz de sugerir las más descabelladas suposiciones en cuanto a los seres invisibles se refiere, los hombres agrupados al pie de la montaña se apiñaron todavía más si cabe, y se echaron hacia atrás como si temiesen que fuera a alcanzarles un golpe fortuito.

— *Ygnaiih... ygnaiih... thflthkh'nggha... YogSothoth...* — sonaba el horripilante graznido procedente del espacio —. *Y'bthnk... h'ehye...n'grkdl'lh...*

En aquel momento, quienquiera que fuese el que hablase pareció titubear, como si estuviera librándose una pavorosa contienda espiritual en su interior. Henry Wheeler volvió a enfocar el catalejo, pero tan sólo divisó las tres figuras humanas grotescamente recortadas en la cima de Sentinel Hill, las cuales no paraban de agitar los brazos a un ritmo frenético y de hacer extraños gestos como si la ceremonia del conjuro estuviese próxima a su culminación. ¿De qué lóbregos avernos de terror propios del diabólico Aqueronte, de qué insondables abismos de conciencia extracósmica, de qué sombría y secularmente latente estirpe infrahumana procedían aquellos semiarticulados sonidos medio graznidos medio truenos? De repente, volvían a oírse con renovado ímpetu y coherencia al acercarse a su máximo, final y más desgarrador frenesí.

— *Eh-ya-ya-ya-yahaah-e'yayayayaaaa... ngh'aaaaa... ngh'aaa h'yuh...*  
¡SOCORRO! ¡SOCORRO!... pp-pp-pp - ¡PADRE! ¡PADRE! ¡YOG-SOTHOTH!

Eso fue todo. Los lívidos aldeanos que aguardaban en el camino sin salir de su estupor ante las palabras *indiscutiblemente inglesas* que habían resonado, profusa y atronadoramente, en el enfurecido y vacío espacio que había junto a la asombrosa piedra altar, no volverían a oírlas. Al punto, hubieron de dar un violento respingo ante la terrorífica detonación que pareció desgarrar la montaña; un estruendo ensordecedor e imponente, cuyo origen — ya fuese el interior de la tierra o los cielos — ninguno de los presentes supo localizar. Un único rayo cayó desde el cenit violáceo sobre la piedra altar y una gigantesca ola de inconmensurable fuerza e indescriptible hedor bajó desde la montaña bañando la

comarca entera. Árboles, maleza y hierbas fueron arrasados por la furiosa acometida, y los despavoridos aldeanos del grupo que se encontraba al pie de la montaña, debilitados por el letal hedor que casi llegaba a asfixiarles, estuvieron a punto de caer rodando por el suelo. En la lejanía se oía el furioso ladrido de los perros, en tanto que los prados y el follaje en general se marchitaban cobrando una extraña y enfermiza tonalidad grisáceo-amarillenta, y los campos y bosques quedaban sembrados de chotacabras muertas.

El hedor desapareció al poco tiempo, pero la vegetación no volvió a brotar con normalidad. Incluso hoy sigue percibiéndose una extraña y nauseabunda sensación ante las plantas que crecen en las inmediaciones de aquella montaña de infausto recuerdo. Curtis Whateley comenzaba a volver en sí cuando se vio a los tres hombres de Arkham descender lentamente por la vertiente montañosa bajo los rayos de un sol cada vez más resplandeciente e inmaculado. Su semblante era grave y calmado, y parecían consternados por unas reflexiones sobre lo que venían de presenciar de naturaleza mucho más angustiosa que las que habían reducido al grupo de aldeanos a un estado de postración y acobardamiento. En respuesta a la lluvia de preguntas que cayó sobre ellos, los tres investigadores se limitaron a sacudir la cabeza y a reafirmar un hecho de vital importancia.

— El monstruoso ser ha desaparecido para siempre — dijo Armitage —. Ha vuelto al seno de lo que era en un principio y ya no puede volver a existir. Era una monstruosidad en un mundo normal. Sólo en una mínima parte estaba compuesto de materia, en cualquiera de las acepciones de la palabra. Era igual que su padre, y una gran parte de su ser ha vuelto a fundirse con aquél en algún reino o dimensión desconocido allende nuestro universo material, en algún abismo desconocido del que sólo los más endiablados ritos de la malevolencia humana le permitirían salir tras invocarlo por unos momentos en las cumbres montañosas.

Seguidamente, se hizo un breve silencio, durante el cual los sentidos dispersos del infortunado Curtis Whateley volvieron a entretetarse poco a poco hasta formar una especie de continuidad, y llevándose las manos a la cabeza soltó

un sordo gemido. La memoria le devolvió al momento en que le había abandonado, y volvió a invadirle la horrorosa visión que le había hecho desfallecer.

— ¡Oh, oh, Dios mío, aquel rostro semihumano... aquel rostro semihumano!... aquel rostro de ojos rojos y albino pelo ensortijado, y sin mentón, igual que los Whateley... Era un pulpo, un ciempiés, una especie de araña, pero tenía una cara de forma semihumana encima de todo, y se parecía al brujo Whateley, sólo que medía yardas y yardas.

Y, exhausto, enmudeció, mientras el grupo entero de aldeanos se le quedaba mirando fijamente con una perplejidad aún no cristalizada en renovado terror. Sólo entonces el viejo Zebulón Whateley, a quien solían venirle a la cabeza antiguos recuerdos pero que no había abierto la boca hasta el momento, dijo en voz alta:

— Hace quince años — se puso a divagar —, oí decir al viejo Whateley que un día oiríamos al hijo de Lavinia pronunciar el nombre de su padre en la cumbre de Sentinel Hill...

Pero Joe Osborn le interrumpió para volver a preguntar a los hombres de Arkham:

— Pero, *¿qué era, después de todo*, y cómo logró el joven brujo Whateley llamarle para que acudiera de los espacios?

Armitage escogió sus palabras cuidadosamente a la hora de contestar.

— Era... bueno, era sobre todo una fuerza que no pertenece a la zona que habitamos del espacio sideral, una fuerza que actúa, crece y obedece a otras leyes distintas de las que rigen nuestra Naturaleza. A ninguno de nosotros se nos ocurre invocar a tales seres del exterior, sólo lo intentan las gentes y cultos más abominables. Y algo de ello puede decirse de Wilbur Whateley, algo que basta para hacer de él un ser demoníaco y un monstruo precoz, y para hacer de su muerte una escena de diabólico patetismo. Lo primero que pienso hacer es quemar este maldito diario, y si quieren obrar como hombres prudentes les aconsejo que dinamiten cuanto antes la piedra altar que hay en esa cima y echen abajo todos los círculos de monolitos que se levantan en las restantes montañas.

Cosas así son las que, a la postre, traen a seres como esos de los que tanto gustaban los Whateley, unos seres a los que iban a dar forma terrestre para que borrarán de la faz de la tierra a la especie humana y arrastraran a nuestro planeta al fondo de algún lugar execrable para alguna finalidad de naturaleza igualmente execrable.

— Pero por cuanto se refiere al ser que acabamos de devolver a su lugar de origen, los Whateley lo criaron para que desempeñara un terrible papel en los monstruosos hechos que iban a acontecer. Creció deprisa y se hizo muy grande por las mismas razones por las que lo hizo Wilbur, pero le superó porque contaba con un componente mayor de *exterioridad*. Y es innecesario preguntar por qué Wilbur lo llamó para que viniera del espacio... No lo llamó. *Era su hermano gemelo, pero se parecía más a su padre que él.*

---

## **LAS RATAS EN LAS PAREDES**

---

**Howard Phillips Lovecraft<sup>19</sup>**

El 16 de julio de 1923, precisamente después que el último obrero había terminado su tarea, me mudé a Exham Priory. La restauración había implicado desmedidos trabajos, ya que de la construcción original apenas si quedaba un montón de ruinas, pero como se trataba de la mansión de mis antepasados no reparé en gastos. La finca había permanecido deshabitada desde épocas de Jacobo I, cuando un drama de aspectos espantosamente trágicos, si bien en buena medida comprensibles, se precipitó sobre el jefe de familia, sus cinco hijos y algunos criados. El tercer hijo, antecesor mío por línea paterna, único sobreviviente del desdichado grupo familiar, debió marcharse en medio de un clima de sospecha y terror.

---

<sup>19</sup> The rats in the walls.

Como el único heredero estaba acusado de asesinato, la finca fue a manos de la corona; el legítimo dueño no hizo el menor esfuerzo por defenderse o recuperar la propiedad. Enloquecido por un horror más substancial que el que podía emanar de su propia conciencia o de la ley, obsesionado por expulsar de su memoria y de su vista aquella mansión, Walter de la Poer, decimoprimer barón de Exham, se fue a Virginia para establecerse y fundar la familia que un siglo después era conocida con el nombre de Delapore.

Exham Priory quedó abandonado y con el tiempo engrosó el inventario de propiedades de la familia Norrys. La original arquitectura de la mansión la hizo objeto de continuados estudios; constaba de torres góticas que se levantaban sobre una infraestructura sajona o románica con cimientos que, por su parte, congregaban una mezcla de estilos: romano, druida o el címrico originario, si es posible atenerse a las leyendas. Estos cimientos eran muy peculiares, ya que por uno de los lados se unían a la sólida piedra de la ladera montañosa, desde cuya cima el priorato vigilaba un valle solitario que se extendía por tres millas al oeste del pueblo de Anchester.

Los arquitectos y artistas se entretenían embelesados en el estudio de aquella extraña pieza de épocas remotas, pero los lugareños la odiaban con oscura inquina. Era un odio que se arrastraba desde hacía siglos, cuando aún moraban allí mis antepasados, y que perduraba hasta ahora, cuando el abandono la había llevado a casi desaparecer tragada por el musgo y la vegetación.

Antes que pasara un día desde mi llegada, la gente de Anchester ya me había hecho saber que yo era el descendiente de una familia maldita. No obstante, ya esta semana los obreros han hecho desaparecer lo que quedaba de Exham Priory y ahora se afanaban por borrar las huellas de sus cimientos. Siempre he estado al tanto de la historia real de mi estirpe familiar; sé muy bien que el primero de mis antepasados norteamericanos se refugió en las colonias perseguido por una atmósfera de extrañas sospechas. Los detalles, en cambio, se me escapan puesto que han sido sepultados por la reticencia que sobre ellos mantuvo durante generaciones la familia Delapore.

Contrariamente a lo que les sucede a los colonos de las cercanías, es raro que nos vanagloriemos de antepasados que participaron en las Cruzadas o de incluir en nuestra estirpe héroes medievales o renacentistas; no se nos transmitieron otras tradiciones que aquellas que contenía el sobre lacrado que todo propietario latifundista legaba al primogénito antes que estallara la Guerra Civil con la orden de una apertura estrictamente póstuma. Sólo nos enorgullecíamos en la familia con las glorias alcanzadas luego de la emigración, esplendores de un linaje virginiano orgulloso y honorable, aunque algo reservado y poco sociable.

Toda nuestra fortuna se perdió durante la guerra y la existencia familiar se vio profundamente conmovida por el incendio de Carfax, morada de la familia al borde del río James. Mi anciano abuelo murió entre las llamas y con él se consumió el sobre lacrado que nos ataba al pasado. Aún hoy recuerdo el incendio; mis ojos de siete años contemplaban alterados a los soldados federales vociferar, a las mujeres contorsionarse desvalidas y a los negros rezando y dando alaridos. Mi padre era soldado del ejército y combatía en la defensa de Richmond; luego de infinitas gestiones, mi madre y yo conseguimos trasponer las líneas enemigas y juntarnos con él.

Al finalizar la guerra, nos dirigimos al norte, de donde era oriunda mi madre, y allí me hice grande y, a la larga, como corresponde a cualquier yanqui perseverante, me hice rico. Ni mi padre ni yo nos enterarnos jamás del contenido del sobre testamentario. Por mi parte, atrapado por el rutinario devenir de las actividades mercantiles de Massachusetts, perdí todo interés en los misterios que, seguramente, ocultaba mi árbol genealógico. ¡Con cuánto alivio habría entregado Exham Priory a los murciélagos, a las telarañas, al musgo y a la vegetación si hubiese tenido aunque fuese una remota idea de lo que se escondía tras sus muros!

Mi padre falleció en 1904 y no dejó mensaje alguno para mí ni para mi hijo único, Alfred, un chico de diez años y huérfano de madre. Fue precisamente Alfred quien produjo una moderada revolución en la transmisión de la historia familiar. Pese a que yo sólo había conjeturado esporádica y burlonamente con él sobre este tema, cuando fue enviado a Inglaterra en 1917, como oficial de

aviación, me escribía constantemente contándome algunas leyendas ancestrales muy interesantes. Según lo que me refería, circulaba sobre los Delapore una exótica y bastante siniestra historia. Un compañero de mi hijo, el capitán Edward Norrys, del Cuerpo Aéreo Real, vivía cerca de la mansión familiar, en Anchester, y conocía unas supersticiones campesinas que harían las delicias de cualquier novelista truculento. Norrys naturalmente no las creía, pero a mi hijo le divertían, razón por la cual fueron el tema de muchas de las cartas que me escribió.

Finalmente estas leyendas hicieron que concentrara mi atención en nuestro solar de ultramar y me impulsaron a comprar y reparar mi herencia, que Norrys mostró a Alfred y, más aún, pudo ofrecérmola por un precio muy razonable, puesto que un tío suyo era el actual propietario.

Adquirí Exham Priory en 1918, pero casi en seguida olvidé los planes de restauración para atender a mi hijo que regresaba inválido de la guerra. Vivió dos años más, durante los cuales me consagré íntegramente a su atención, abandonando incluso la dirección del negocio a mis socios.

En 1921, preso de una gran desolación, sin motivaciones, marginado de toda actividad laboral y sintiendo el peso de la ya casi presente vejez, decidí entretener el resto de mis días ocupándome de la nueva posesión. En diciembre llegué a Anchester y me alojé en casa del capitán Norrys, un joven algo entrado en carnes pero amable, que apreciaba mucho a mi hijo. De inmediato me ofreció su ayuda para recopilar planos y anécdotas que sirvieran para las obras de restauración.

La presencia de Exham Priory no me producía emoción alguna; en realidad se trataba de una masa de abandonadas ruinas medievales devorada por el musgo, sembradas de nidos de grajos, en precario y amenazador equilibrio al borde de un precipicio impresionante, sin pisos o cualquier otro rastro de interiores excepto los muros de piedra de las torres.

Una vez que llegué a tener una idea de cómo debió haber sido el edificio cuando fue abandonado, tres siglos antes, por mis antepasados, comencé a contratar obreros para emprender las obras. La dificultad inicial consistió en que debí buscar la mano de obra necesaria en poblaciones alejadas, ya que los

habitantes de Anchester manifestaban un rechazo y un temor verdaderamente notables hacia aquel lugar. La aversión era de tal magnitud que a veces conseguía contagiar a los trabajadores que venían de otros sitios, lo que ocasionaba constantes deserciones. El sentimiento se proyectaba tanto al priorato como a la familia originalmente propietaria del solar.

Mi hijo me había contado que durante sus visitas al pueblo, la gente se había mostrado algo retraída con él debido a que era un De la Poer; por análoga razón ahora yo experimentaba el mismo recibimiento que persistió hasta que logré convencerlos que casi ni tenía noticias de mis antepasados. No obstante, los vecinos no se mostraban hospitalarios conmigo, razón por la cual recurrí a Norrys para recopilar todas las tradiciones populares que aún seguían circulando. Lo que no me podían perdonar era que yo hubiese venido a restaurar lo que para ellos era el máximo emblema del aborrecimiento; más o menos oscuramente, para todos ellos Exham Priory no era más que una cueva de monstruos.

Resumiendo todas las historias que Norrys había reunido para mí, y agregándoles el testimonio de investigadores que a su debido tiempo habían visitado las ruinas, llegué a la conclusión que Exham Priory se había levantado sobre el sitio que en otro tiempo había ocupado un templo prehistórico, una construcción druida, incluso contemporánea de Stonehenge. A casi nadie le quedaban dudas que en aquel lugar se habían celebrado abominables ceremonias y que tales prácticas habían pasado al culto de Cibeles, introducido tiempo después por los romanos.

Todavía eran legibles en las paredes del sótano inscripciones tan inconfundibles como «DIU... OPS... MAGNA... MAT...», signos de la Magna Mater, culto tenebroso vanamente prohibido a los ciudadanos romanos. Anchester había sido sede de la tercera legión augusta, según lo probaban numerosos restos, y de acuerdo a precisos indicios el templo de Cibeles debió ser una imponente construcción que congregaba innumerables fieles para las ceremonias que eran presididas por un sacerdote frigio. Las historias añadían que el derrumbe de la vieja religión no significó el fin de las orgías que se desarrollaban, en el templo, sino que, por el contrario, los sacerdotes abrazaron la



nueva fe sin modificar en lo substancial sus creencias. También se sostenía que los ritos no habían cesado con la llegada de los romanos; algunos sajones se habían sumado a lo que quedaba del templo otorgándole los rasgos que con el tiempo habrían de singularizarlo, convirtiéndolo en centro de difusión de un culto tan temido por lo menos en la mitad del territorio que ocupaba la heptarquía. Una crónica del año 1000 d. C. menciona el sitio refiriéndose a él como un priorato construido de piedra, donde vivían una peculiar aunque poderosa orden monástica que no necesitaba grandes murallas para mantener alejado al atemorizado populacho. Los daneses nunca llegaron a destruirlo, aunque seguramente su suerte debió desvanecerse luego de la conquista normanda, ya que no hubo impedimento alguno para que en 1261 Enrique III entregara la propiedad a mi antepasado Gilbert De la Poer, primer barón de Exham.

De mi familia, en especial, no conseguí testimonios adversos, pero algo extraño debió ocurrir por entonces. Otra crónica, esta vez de 1307, habla de un De la Poer al que califica de «renegado de Dios». Por su parte, las leyendas populares denotan un miedo pánico a decir cualquier cosa sobre el castillo que se erigió sobre el templo y el priorato. Los cuentos que circulaban sobre el lugar eran especialmente espeluznantes, terror que enfatizaban con la reticencia y evasivas que ostentaban. En ellos, mis antepasados aparecen como una estirpe de demonios frente a los cuales un Gilles de Retz o un Sade no eran más que aprendices. También se les atribuía responsabilidad en la desaparición de aldeanos y esto durante varias generaciones.

Según esta tradición, los peores fueron los barones y sus directos herederos. La mayor parte de las historias se referían a ellos. Si un descendiente mostraba inclinaciones más benévolas seguramente fallecía a edad tierna y de modo misterioso para dejar sitio a otro descendiente que hiciera más honor al apellido. Los De la Poer profesaban, al parecer, un culto propio oficiado por el cabeza de familia y ocasionalmente reservado a unos pocos miembros de la familia. En dicho culto participaban también quienes ingresaban al núcleo familiar por la vía del matrimonio. Lady Margaret Trevor de Cornualles, la mujer de Godfrey, segundo de los hijos del quinto barón, terminó siendo una de las

brujas más famosas entre los niños de todo el país y la diabólica heroína de un viejo y macabro romance aún en circulación cerca de la frontera galesa. También había ingresado a esa literatura popular la historia de Lady Mary De la Poer, quien a poco de casarse con el barón de Shrewsfield, fue asesinada por éste y su madre; poco después los asesinos fueron absueltos y bendecidos por el sacerdote al que confesaron todo lo que no se atrevían a decir en público.

Esas leyendas y romances, propios de la más ramplona superstición, me desagradaban profundamente. La persistencia en adherirse a generaciones y generaciones de mis antepasados me parecía especialmente irritante. Porque si bien las acusaciones de costumbres monstruosas eran constantes, el único escándalo conocido entre mis antepasados más inmediatos era el de mi primo, el joven Randolph Delapore de Carfax, quien se había ido a vivir con los negros haciéndose oficiante de un rito vudú tras su regreso de la guerra de México.

Muchísimo menos me interesaban las historias sobre alaridos y aullidos en el valle solitario y siempre barrido por el viento, que comenzaba a extenderse al pie del precipicio de piedra caliza.

Tampoco las que se entretenían en referir los fétidos olores que despedían las tumbas luego de las lluvias de la primavera, o el ululante objeto blanco que el caballo de Sir John Clave había pisado una noche o sobre el criado que había perdido el juicio como consecuencia de algo indefinible que había visto a plena luz en el priorato. Todo ello no eran más que rezagos de historias fantásticas de esas que prenden tanto en el vulgo, y por entonces yo era un escéptico de una sola pieza. No descartaba del todo los relatos sobre aldeanos desaparecidos, pero no me resultaban especialmente significativos en el contexto de las prácticas medievales.

Ciertas historias resultaban muy pintorescas y lamenté no haber estudiado más mitología comparada en mi juventud. Circulaba, por ejemplo, la creencia que una legión de diablos con alas de vampiro se congregaba todas las noches en el priorato para concelebrar sus aquelarres; se alimentaban con verduras, lo que explicaba la desmesurada abundancia de hortalizas ordinarias que se cultivaban en los enormes huertos. La más impactante de todas las

historias en boga era la referida a la dramática epopeya de las ratas — un arrasador ejército de obscenas alimañas que había brotado de las entrañas del castillo, tres meses después de la tragedia que lo llevó al abandono —, un alud de repugnantes y voraces bestezuelas que había barrido con todo a su paso, aves, gatos, perros, conejos, cerdos y hasta dos desdichados pobladores. La plaga de roedores, por su parte, es la fuente de la que deriva un ciclo independiente de mitos, puesto que las ratas irrumpieron en las casas del pueblo suscitando infinitos acontecimientos diversamente espeluznantes.

Todas las historias volaban sobre mí cuando emprendí, con la tozudez característica de un anciano, las tareas de restauración de mi solar ancestral. Pese a todo, no debe creerse de ningún modo que ellas constituían la atmósfera psicológica en la que me movía. Asimismo, debo hacer constar que contaba con el apoyo incesante del capitán Norrys y de los arqueólogos que me rodeaban y ayudaban en la reconstrucción. Dos años después de iniciada, la obra llegó a su término y estuve en condiciones de observar el conjunto de amplias habitaciones, muros reconstruidos, techos abovedados, anchas escaleras; el orgullo que experimentaba compensaba sobradamente los cuantiosos gastos que consumió la reparación.

Todos los detalles medievales habían sido eficientemente reproducidos y las partes nuevas no se distinguían de los muros y cimientos originales. El lar de mis antepasados se hallaba nuevamente en pie y sólo me restaba ahora redimir la fama local de la línea familiar que terminaba en mí. Viviría allí hasta el fin de mis días y demostraría a todos que un De la Poer — había recuperado la grafía original del apellido — no es en absoluto un ser diabólico. El ideal del confort aumentó, si cabe, por el hecho que Exham Priory, pese a estar construido sobre cánones medievales, era totalmente nuevo, lo que lo ponía salvo de viejos fantasmas y de alimañas nuevas.

Como ya lo dije, me mudé a Exham Priory el 16 de julio de 1923. Me asistían siete criados y nueve gatos, animal por el que siento una especial predilección. El más viejo de ellos, Nigger-Man, tenía ya siete años y llegó

conmigo desde Bolton, Massachusetts. El resto de los gatos los había ido consiguiendo mientras vivía con la familia del capitán Norrys.

Pasaron cinco días en medio de una rutina signada por la mayor calma; yo me dedicaba a la clasificación de antiguos documentos familiares. Contaba ya con unas cuantas descripciones detalladas de la tragedia final y la huida de Walter De la Poer, asuntos que, suponía, eran los temas centrales del legajo hereditario que se había perdido en el incendio de Carfax. Por lo que surgía de aquellas descripciones, a mi antepasado se le había acusado, con pruebas irrefutables, de haber dado muerte a todos los moradores de la casa — excepto cuatro criados que habían actuado como cómplices — mientras dormían. La masacre había ocurrido dos semanas después de un descubrimiento que lo llevaría a cambiar totalmente, aunque este descubrimiento sólo debió haberlo confiado a sus cómplices, quienes luego del episodio se habían esfumado para escapar a la justicia.

En total murieron degollados un padre, tres hermanos y dos hermanas. Curiosamente, la ordalía de sangre contó con el consenso de los aldeanos y la negligencia de la justicia hasta el punto que el instigador pudo huir a Virginia, en medio de todos los honores, sin disfrazarse y sin contratiempos. La sensación general fue que finalmente se había liberado a aquellas tierras de una maldición inmemorial. Ignoro completamente cuál pudo haber sido el descubrimiento que empujó a mi antepasado a esa decisión tan terrible. Walter De la Poer tenía que conocer desde siempre las macabras historias que sobre la familia circulaban, razón por la cual creo que no radicaban en ellas los móviles de la acción. ¿Acaso habría presenciado alguno de los ritos ancestrales y espeluznantes o tal vez se habría encontrado con algún símbolo revelador? Tenía reputación de ser un joven tímido y de muy buenos modales. En Virginia se le conoció como alguien de carácter atormentado y temeroso. El diario de otro aventurero de rancio abolengo, Francis Harley de Bellview, dice que era una persona de un estricto sentido de la justicia, del honor y de la discreción.

El 22 de julio ocurrió el primer incidente, al que en el momento apenas se le prestó atención, pero que hoy recobra el carácter premonitorio de todo lo

que vendría después. Fue tan insignificante que casi no se le dio importancia. Debemos recordar que puesto que el edificio era nuevo prácticamente en su totalidad, excepto los muros, y como estaba atendido por una eficiente servidumbre habría sido absurdo experimentar aprensión alguna ante las historias que circulaban.

Esto es casi todo lo que puedo recordar del episodio del 22 de julio: el viejo gato negro, a quien tan bien conozco, estaba perceptiblemente nervioso y al acecho, estado que no condecía con su humor habitual. Se paseaba por las habitaciones y olfateaba constantemente los muros.

Advierto perfectamente lo trivial que puede parecer este dato — me recuerda al perro de la historia de fantasmas que con sus gruñidos anuncia al amo «algo» hasta que finalmente se descubre la figura envuelta en sábanas —, pero en este caso tiene su importancia.

Al día siguiente, uno de los criados se acercó para anunciarme el estado de inquietud que reinaba en los gatos de la casa. Yo estaba en el estudio, una habitación del segundo piso, de techos altos y orientada al oeste, tenía una triple ventana gótica que daba al precipicio y desde donde se contemplaba el desolado valle. Mientras escuchaba al criado, advertí cómo Nigger-Man se movía a un lado y otro del muro, y arañaba el nuevo revoque que cubría a la antigua piedra.

Conjeturé con el criado que debía tratarse de algún olor o emanación de la antigua mampostería, no perceptible para el olfato humano. En verdad, eso es lo que creía. El criado aventuró la hipótesis de la presencia de ratas, pero yo la rebatí puesto que en aquel sitio no se las había visto al menos durante trescientos años y, en lo referente a los ratones de campo, difícilmente habrían podido trepar hasta tan altos muros y, además, tampoco nunca se los había visto merodear por allí. El capitán Norrys, a quien consulté aquella misma tarde, coincidió conmigo en que era francamente increíble que de pronto los ratones de campo invadieran masivamente el priorato.

Así tranquilizado, aquella noche liberé al criado de sus tareas de asistencia a mi persona, y me retiré al dormitorio de la torre que daba al oeste. Se llegaba a ella desde el estudio por una escalinata de piedra y luego de atravesar

una pequeña galería, la escalera — parte vieja y parte nueva — y la galería completamente restaurada. La habitación era circular, de techo alto, sin revestimiento; en las paredes colgaban algunos tapices que había comprado en Londres.

Me aseguré que Nigger-Man estuviese conmigo, cerré la puerta y me acosté a la luz de unas lamparillas eléctricas que se parecían mucho a bujías. Poco después apagué la luz y me hundí en la mullida cama, sintiendo el peso del gato a mis pies. No cerré las cortinas; así pude mantener la mirada perdida en la angosta ventana que daba al norte. Un preanuncio del amanecer se dibujaba en el cielo.

Poco después debí quedarme apaciblemente dormido, pues recuerdo perfectamente salir de profundos y gratos sueños cuando el gato dio un súbito respingo. Pude verlo recortado contra la evanescente luz de la aurora que se dibujaba en la ventana. Mantenía la cabeza tensa, las patas hundidas en mis tobillos. Tenía los ojos clavados en un punto de la pared ubicado al oeste de la ventana, sitio en el que mi vista no encontraba nada digno de referir, pero donde se habían concentrado mis cinco sentidos.

Tras unos momentos descubrí el motivo de la excitación de Nigger-Man. No sabría decir si los tapices se movieron o no, aunque en ese momento me pareció que sí. En cambio, no tengo dudas que tras los tapices se oyó un ruido, tenue pero nítido, como de ratas o ratones escabulléndose precipitadamente. En ese preciso instante el gato se arrojó literalmente sobre el tapiz de colores llamativos haciéndolo caer y dejando al descubierto un antiguo y húmedo muro de piedra, reparado en varios sectores por los restauradores; de roedores, ningún rastro.

Nigger-Man olisqueó escrupulosamente el muro, desgarró el tapiz caído e incluso intentó introducir sus garras entre la pared y el zócalo. No encontró nada, por lo que luego de un rato volvió muy fatigado a su posición inicial, a mis pies. Yo no me había movido de la cama, pero no pude volver a dormir en el resto de la noche.

Al día siguiente pregunté a la servidumbre si había notado algo anormal durante la noche; nadie había advertido nada, excepto la cocinera, quien recordaba el extraño comportamiento de un gato que estaba tendido en el alféizar de la ventana. A cierta hora el gato se había puesto a maullar, despertando a la cocinera justo para verlo lanzarse desesperado escaleras abajo. Tras una ligera modorra a continuación del almuerzo, fui a visitar al capitán Norrys, quien se interesó especialmente en mi relato de lo ocurrido la noche anterior. Los extraños sucesos — a la vez tan curiosos — apelaban a su sentido de lo pintoresco y, en consecuencia, le traían a la memoria infinidad de historias locales sobre fantasmas. No conseguíamos explicar racionalmente la presencia de ratas y lo único a que atinó Norrys fue a facilitarme unas trampas y veneno que, una vez en casa, ordené a los criados colocaran en lugares estratégicos.

Pronto me fui a la cama pues estaba con mucho sueño. Sin embargo, mientras dormía tuve horribles pesadillas. En ellas me despeñaba rodando vertiginosamente desde una gran altura a una gruta tenuemente iluminada, cuyo piso estaba cubierto por una gruesa capa de estiércol. En la gruta había una suerte de diablo porquerizo de barba canosa que arreaba con su bastón un rebaño de bestias flácidas y con forma de hongo, cuya presencia me produjo una frenética repugnancia.

El porquerizo se detenía un instante a divisar su rebaño; en ese momento un indescriptible enjambre de ratas llovía del cielo sobre el pestilente abismo y devoraban a las bestias y al hombre.

En medio de tan aterradora pesadilla, me desperté súbitamente a causa de bruscos movimientos de Nigger-Man, que hasta un instante antes dormía tendido mis pies. Esta vez no fue necesario inquirir por el origen de sus bufidos y resoplidos ni del miedo que instintivamente le llevaba a hundir sus garras en mis tobillos; las paredes de la habitación exhalaban un repugnante ruido, el producido por enormes ratas, seguramente famélicas, al desplazarse.

Encendí la luz y pude ver el tapiz — que había sido reemplazado — en medio de una espantosa sacudida que producía en los ya de por sí originales dibujos una especie de tétrica danza de la muerte. La agitación del tapiz fue

fugaz, así como los ruidos. Salté de la cama, examiné el tapiz con el largo mango del calentador de cama. Con el improvisado instrumento lo levanté y miré qué había debajo. Nuevamente sólo se veía el reparado muro de piedra. Para entonces el gato se había tranquilizado. Al inspeccionar la trampa circular que había puesto en la habitación, comprobé que todos los orificios estaban forzados, aunque no había rastro alguno de ratas.

Por supuesto que ni se me ocurrió volver a la cama, así que encendí una vela, abrí la puerta, salí a la galería que terminaba en la escalinata de piedra que llevaba a mi estudio. Nigger-Man no se separaba de mis talones. Sin embargo, antes de llegar a la escalera, el gato salió disparado hacia adelante y desapareció de mi vista. Mientras bajaba por la escalera, me llegaron unos sonidos producidos en la gran habitación que quedaba debajo, sonidos inconfundibles.

Los muros revestidos de artesonado roble hervían de ratas que correteaban en medio de un gran frenesí; Nigger-Man corría de un lado al otro, con la desesperación del cazador que se siente burlado. Al llegar abajo, encendí la luz, pero esta vez ésa no fue razón para que cesara el ruido.

Las ratas seguían activas en medio de tal baraúnda que llegué a distinguir con precisión el sentido de su desplazamiento. Las bestias, al parecer en cantidad infinita, iban en una impresionante migración desde una impredecible altura hacia una profundidad abismal.

Escuché ruido de pasos humanos en el corredor y poco después dos criados abrían la sólida puerta. Rastrearón toda la casa buscando el origen de aquella conmoción que echó a maullar a todos los gatos de la casa, mientras se abalanzaban sobre la cerrada puerta del sótano. Pregunté a los criados si habían visto a las ratas. Me respondieron que nadie las había visto. Junto con ellos, bajé hasta la puerta del sótano, de donde ya se habían dispersado los gatos. Tomé la decisión de explorar la cripta que había debajo, pero por el momento me limité a revisar las trampas. Todas habían saltado, pero no tenían ninguna rata. Satisfecho que sólo los gatos y yo hubiésemos oído a las ratas, me quedé en mi estudio hasta que llegó el día, pensando denodadamente sobre la causa de todo aquello y



recordando todas las leyendas que había recopilado para extraer las referencias que hacían al edificio.

Durante la mañana conseguí dormir un rato, reclinado sobre el único sillón confortable de la habitación. Cuando desperté, llamé por teléfono al capitán Norrys, quien poco después se hizo presente y me acompañó a explorar el sótano.

No encontramos absolutamente nada, aunque sí averiguamos, no sin un estremecimiento, que la cripta había sido construida durante el tiempo de los romanos. Los arcos bajos y los sólidos pilares eran de estilo romano, no de ese degradado estilo de los sajones, sino del severo y armónico clasicismo del tiempo de los césares. En las paredes volvían a aparecer inscripciones familiares a los arqueólogos que habían trabajado en el lugar; se leía: «P.GETAE, PROP... TEMP... DONA...» o «L.PRAEC... VS... PONTIFI... ATYS...» y otras cosas más.

La referencia a Atys me perturbó, porque había leído a Cátulo, quien habla de los espeluznantes ritos que se ofrendaban al dios oriental, ritos que casi se confundían con los debidos a Cibeles. A la luz de unas linternas, Norrys y yo tratamos de descifrar los extraños y descoloridos dibujos trazados sobre unos bloques de piedra irregularmente rectangulares, seguramente altares. Nos vino a la memoria que uno de aquellos dibujos, una suerte de sol que proyectaba rayos en todas direcciones, sirvió a los arqueólogos para demostrar su origen no romano, sino de un tiempo muy anterior. Sobre uno de los bloques se veían unas manchas marrones muy significativas. El más grande de todos, que se encontraba en medio de la estancia, tenía en su cara superior ciertos rastros que indicaban el paso del fuego: seguramente sobre él se hacían ofrendas incineradas.

En lo esencial eso era todo lo que se veía en la cripta, frente a cuya puerta los gatos se habían concentrado a maullar desesperadamente. Norrys y yo decidimos pasar la noche en aquel lugar.

Ordené a los criados que bajaran dos divanes, les advertí que no se preocuparan por la conducta que los gatos pudiesen mostrar durante la noche y

admití a Nigger-Man como acompañante y ayudante. Nos pareció del caso cerrar herméticamente la gran puerta de roble.

La cripta estaba situada por debajo de los cimientos del priorato, en la cara del precipicio que dominaba el inhóspito valle. Tenía la certeza que hacia allí se habían desplazado las ratas. En medio de la expectante vigilia, se apoderaban de mí sueños no del todo formados, de los que me rescataban los intranquilos movimientos del gato que, como siempre, estaba a mis pies.

Los sueños eran tan espeluznantes como los de la noche anterior. Otra vez aparecía la siniestra gruta, el porquero con sus inmundas bestias hozando en el estiércol. Podía ver con más precisión la fisonomía de éstas, me acercaba a ellas cada vez más hasta que desperté profiriendo un alarido que hizo dar un violento salto a Nigger-Man, en tanto que el capitán Norrys, que no había pegado ojo, se echaba a reír a carcajadas. Más se habría reído de haber conocido el motivo del alarido. Pero ni yo mismo lo recordé de inmediato; el horror absoluto tiene la facultad de disolver la memoria.

Poco después comenzó a manifestarse el extraño fenómeno. El capitán Norrys me sacudió levemente, instándome a que escuchara el ruido de los gatos. ¡Vaya si se escuchaba! Al otro lado de la cerrada puerta, al pie de la escalinata de piedra, se oía un pandemónium de gatos aullando y arañando la madera. Por su parte, Nigger-Man corría frenéticamente a lo largo de los muros de piedra, en cuyo interior se sentía la misma baraúnda de ratas de la noche anterior.

Me ganó una sensación de terror, pues todo aquello no podía explicarse racionalmente. A menos que fuesen producto de un delirio que yo compartía con los gatos, aquellas ratas debían escabullirse a una madriguera emplazada en medio de los muros romanos que hasta donde yo sabía estaban hechos de sólidos bloques de roca caliza. Llegué a imaginar que al cabo de diecisiete siglos, el agua tal vez habría excavado túneles que luego los animales se encargarían de ensanchar y conectar entre sí. Pese a estos intentos de explicación, el horror me paralizaba porque suponiendo que fuesen alimañas de carne y hueso, ¿por qué Norrys no oía el repugnante alboroto? ¿Por qué sólo me pidió que observara a Nigger-Man y que escuchara los maullidos de los gatos de afuera?

Cuando estuve en condiciones de confiarle, lo más racionalmente posible, lo que creía estar oyendo, hasta mis oídos llegó el último acorde del escalofriante barullo. Ahora el ruido parecía apagarse, se oía aún más abajo, mucho más abajo del sótano, hasta el extremo que todo el precipicio parecía acribillado por ajetreadas ratas. Norrys no estaba tan escéptico como yo había supuesto; parecía profundamente agitado. Mediante señas me comunicó que había cesado el alboroto de los gatos, otra vez cazadores defraudados. Mientras tanto, Nigger-Man era invadido nuevamente por el desasosiego y se ponía a escarbar tenazmente en la base del gran altar de piedra.

En ese momento mi terror llegaba al paroxismo. El capitán Norrys, hombre mucho más joven y fornido, y presumiblemente bastante más pragmático que yo, también se veía inquieto, tal vez porque conocía muy bien las leyendas locales. Ambos nos limitábamos a observar como Nigger-Man hundía sus garras, cada vez con menos entusiasmo, en la base del altar; de tanto en tanto alzaba la cabeza, me miraba y maullaba.

Norrys acercó una linterna al altar para examinar de cerca el sitio donde el gato excavaba. Se arrodilló y arrancó unos líquenes que seguramente estaban allí desde hacía siglos. Pero, pese amucho escarbar, no encontró nada singular y cuando volvía a levantarse, advertí algo trivial que, sin embargo, hizo que me estremeciera. Comunicué el descubrimiento a Norrys y ambos nos pusimos a investigar el hallazgo casi imperceptible con el entusiasmo propio de quien se encuentra con una pista que confirma lo acertado de sus sospechas. Se trataba de lo siguiente: la llama de la linterna que reposaba sobre el altar se movía, tenue pero perceptiblemente, por acción de una corriente de aire que sin duda había comenzado a soplar por la ranura que había entre el suelo y el altar, precisamente en el sitio donde Norrys había estado desbrozando los líquenes. Concluimos la noche en el estudio, discutiendo los próximos pasos que debíamos emprender.

El descubrimiento de aquella cripta, que había pasado inadvertida a los especialistas que durante siglos se dedicaron a explorar el edificio, nos produjo una considerable excitación. Por cierto que éramos profanos en todo lo que se relacionara con lo siniestro, circunstancia que nos colocaba ante un dilema:

abandonar cualquier acción ulterior — y el propio priorato — en nombre de una precaución supersticiosa o alimentar nuestro sentido de la aventura y el riesgo, fuesen cuales fueren los horrores que nos depararan aquellos insondables abismos.

De mañana llegamos a un acuerdo. Buscaríamos en Londres científicos y arqueólogos capacitados para desentrañar aquel misterio. Debe decirse también que antes de dejar el sótano hicimos vanos e ingentes esfuerzos por mover la gran piedra del altar central, portada de acceso, como ahora lo reconocíamos, a abismos de indescriptible terror. A hombres más sabios y más capacitados que nosotros les correspondería develarlos.

Permanecimos un largo tiempo en Londres, durante el que dimos a conocer nuestras experiencias, conjeturas y las legendarias anécdotas a cinco calificadas autoridades científicas, personas que además sabrían tratar con la debida discreción cualquier aspecto delicado del pasado familiar que pudieran revelar las investigaciones. La mayor parte de ellos mostraron gran interés por el asunto. No me parece del caso dar el nombre de todos ellos, pero sí puedo decir que entre ellos se encontraba Sir William Brinton, cuyos trabajos en el Troad, en su momento concitaron la atención de todo el mundo. Durante el viaje en tren con ellos rumbo a Anchester se apoderó de mí algo así como un desasosiego, como si estuviera en la víspera de atroces revelaciones. Desazón también se advertía en el rostro de muchos de los norteamericanos que vivían en Londres, por la inesperada muerte de su presidente, ocurrida del otro lado del océano.

En la tarde del 7 de agosto llegamos a Exham Priory. Los criados me informaron que durante mi ausencia no había ocurrido nada digno de curiosidad. Todos los gatos se habían mostrado tranquilos y ninguna trampa daba muestras de haber sido tocada. Las investigaciones tendrían comienzo al día siguiente. Por el momento me dediqué a asignar a mis huéspedes habitaciones provistas de todo lo necesario para hacer confortable su estadía.

De noche me fui a mi habitación de la torre, acompañado del siempre fiel Nigger-Man. Pronto me dormí y fui asaltado, otra vez, por espantosos sueños. Una de las pesadillas me colocaba en una fiesta romana del tipo de la Trimalción,

donde debía presenciar una repugnante monstruosidad sobre una fuente cubierta. Nuevamente volvió, recurrente, la pesadilla del porquero y su hediondo rebaño en la gruta tenebrosa. Cuando desperté ya era de día y en las habitaciones de abajo no se oía ningún ruido. Las ratas, ya fuesen reales o imaginarias, no me habían molestado; lo mismo le había pasado a Nigger-Man, que dormía plácidamente a mis pies. Ya abajo, comprobé que en el resto de la casa reinaba la más absoluta tranquilidad. Según la hipótesis de uno de los científicos que me acompañaban, alguien de apellido Thornton, especialista en fenómenos psíquicos, ello era debido a que en ese momento se me develaba lo que determinadas fuerzas desconocidas deseaban que viese, hipótesis que, a decir verdad, me pareció un absurdo.

Todo estaba listo, así que a eso de las once, los siete hombres que formábamos el grupo, cargando focos eléctricos y herramientas para excavación, bajamos al sótano y cerramos con llave la puerta tras nosotros. También nos acompañaba Nigger-Man, ya que los investigadores consideraron útil aprovechar su aguzada percepción para el caso que se produjeran difusas manifestaciones de presencia de roedores. Poca atención prestamos a las inscripciones y a los dibujos del altar; tres de los científicos ya los habían visto y los demás estaban al tanto de sus características. En cambio, el altar central concentró todos los esfuerzos; luego de una hora de duro trabajo, Sir William Brinton había conseguido desplazarlo hacia atrás empleando una especie de palanca totalmente desconocida para mí.

De este modo se desplegó ante nuestra vista un espectáculo inaudito, frente al que no habríamos sabido cómo reaccionar si no hubiésemos estado prevenidos. A través de un agujero casi cuadrado abierto sobre el enlosado suelo y desparrramados en un tramo de escalera tan desgastado que parecía casi una superficie plana, con una leve inclinación en el centro, podía verse un espantoso amasijo de huesos humanos o, por lo menos, semihumanos. Los esqueletos, que conservaban la última posición vital, revelaban gestos de pánico y todos habían sido mondados por los roedores. Ningún rasgo de aquellos cráneos permitía suponer que pertenecieran a seres con alto grado de idiocia o cretinismo y,

mucho menos, a antropoides prehistóricos. Sobre los escalones atiborrados de esos restos se abría, en forma de arco, un pasadizo descendente, al parecer excavado en la roca viva, por el cual circulaba una corriente de aire. Ésta no era una bocanada impregnada de hediondez, propia de una cripta cerrada sino una muy agradable brisa fresca. Luego de un momento de vacilación, en medio de escalofríos nos dispusimos a abrirnos paso escaleras abajo. Tras examinar escrupulosamente los labrados muros, Sir William nos comunicó la sorprendente observación que el pasadizo, a juzgar por las huellas de los golpes, debía haber sido trabajado desde abajo.

Ha llegado el momento en que debo pensar detenidamente lo que digo y elegir muy cuidadosamente las palabras.

Después de avanzar un trecho en medio de los roídos huesos, vimos una luz frente a nosotros. No era una fosforescencia ni nada así, sino la luz solar filtrada cuyo único origen posible debía ser el de ignoradas fisuras abiertas sobre la ladera del precipicio. Por cierto que no resultaba extraño que desde el exterior nunca se hubieran advertido esas hendiduras, ya que además que el valle siempre estuvo totalmente despoblado, la altura y lo escarpado del precipicio eran tales que habría sido necesario un aeronauta para estudiar la pared en detalle.

Caminamos unos pasos más y el espectáculo que se presentó ante nuestra vista nos dejó literalmente sin aliento. Tan literalmente que Thornton, el especialista en fenómenos psíquicos, se desplomó desvanecido en brazos del azorado expedicionario que iba tras él. Norrys, lívido e inerte, lanzó un grito inarticulado y en lo que a mí respecta, creo que emití un resuello o ronquido y me tapé los ojos. El hombre que marchaba a mis espaldas — el único que tenía más edad que yo — pronunció el trillado: «¡Dios mío!» con una voz quebrada que aún recuerdo. De toda la expedición, sólo Sir William Brinton conservó la sangre fría, mérito que debe reconocérsele, especialmente si se repara que al encabezar el grupo debió ser el primero en verlo todo.

Estábamos ante una gruta iluminada por una mortecina luz que venía muy desde lo alto y cuya prolongación escapaba a nuestro campo visual. Era un universo subterráneo de insondable misterio y oscuras premoniciones. Podían

verse edificaciones y otros restos arquitectónicos — con mirada aún enturbiada por el pánico divisé un singular túmulo, un impresionante círculo demonolitos, ruinas romanas de bóveda baja, los restos de una pira fúnebre sajona y hasta una primitiva construcción inglesa de madera —, pero todo esto era trivial ante el abominable espectáculo que se extendía hasta donde la vista podía llegar: una demencial maraña de huesos humanos, o de aspecto humano, igual a los que habíamos visto antes. Como si fuera un espumante mar, los huesos cubrían todo. Unos estaban sueltos, otros aún permanecían articulados en esqueletos que denotaban posturas de diabólico frenesí, de repeler ataques o de consumir intenciones caníbales.

El doctor Trask, el antropólogo del grupo, intentó identificar los cráneos, pero se encontró con una degradada mezclanza que le causó gran perplejidad. La mayoría de ellos pertenecían a seres muy anteriores al hombre de Piltdown, aunque de todos modos estaba fuera de toda discusión su origen humano. Muchos eran de grado superior y sólo algunos podían atribuirse a seres con cerebro y sentidos plenamente desarrollados. Prácticamente no había hueso que no estuviese roído, en especial por las ratas, pero también por otros seres de aquel aquelarre infernal. Entre ellos también se veían huesecillos de ratas.

No creo que ninguno de nosotros conservase intacta su lucidez durante aquel día abrumado por horribles descubrimientos. Hoffmann ni Hyusmans jamás habrían podido imaginar escenas más increíbles, más pesadillescamente repulsivas, más atrozmente góticas que las que ofrecía aquella tenebrosa gruta por la que avanzábamos como sonámbulos. Las revelaciones se sucedían una tras otra y creo que todos tratábamos de bloquear los pensamientos que nos llevaran a explicar lo que podría haber sucedido en aquel lugar trescientos, mil, dos mil o hasta diez mil años antes. Estábamos en la antesala del infierno. El desdichado Thornton volvió a desvanecerse cuando Trask le comunicó que algunos de aquellos esqueletos debían descender directamente de cuadrúpedos.

La interpretación de las ruinas arquitectónicas también nos condujo a una sucesión de horrores. Los seres cuadrúpedos debían haber vivido en cuevas de piedra de donde debieron escapar por hambre o miedo a los roedores. Las ratas se

contaban por legiones y evidentemente se habían cebado con las verduras ordinarias, cuyos residuos aún podían encontrarse en el fondo de grandes recipientes de piedra. Entendía ahora por qué mis antepasados cultivaban aquellos huertos inmensos. ¡Ojalá pudiese olvidarlo todo! No fue preciso inquirir sobre el propósito de aquellas diabólicas huestes de roedores.

Iluminando con su proyector la ruina romana, Sir William leyó en voz alta el más sorprendente ritual jamás conocido y habló de la dieta alimenticia del culto antediluviano que encontraron los sacerdotes de Cibeles y juntaron al suyo propio. Aunque acostumbrado a la vida de las trincheras, Norrys no podía caminar erguido al salir de la construcción inglesa.

Por mi parte, me animé a entrar en lo que resultó ser la construcción sajona, cuya puerta de roble se encontraba en el suelo; encontré una hilera de celdas de piedra con barrotes carcomidos por el óxido. Tres estaban ocupadas por esqueletos pertenecientes a seres superiores y en el dedo índice de uno de ellos pude ver un sello con nuestro escudo de armas. Sir William halló una cripta con celdas aún más antiguas debajo de la capilla romana; esta vez todas estaban desocupadas. Más abajo había otra cripta de techo bajo, cribada de nichos con huesos prolijamente alineados, en algunos de los cuales se leían terribles inscripciones geométricas en latín, griego y lengua frigia.

A su vez, el doctor Trask había abierto uno de los túmulos; en su interior había cráneos de poca capacidad, apenas más desarrollados que los de los gorilas, pero inscriptos con signos ideográficos indescifrables. Era notable la imperturbabilidad de mi gato ante aquellos espectáculos. Una vez lo descubrí subido a una pavorosa montaña de huesos y en su relampagueante mirada amarilla presentí secretos cuyo sentido se me escapaba.

Luego de hacernos una ligera idea de las terribles revelaciones que escondía aquella parte de la tenebrosa caverna — lugar tan espantosamente presagiado en mi recurrente sueño —, volvimos al abismo aparentemente sin fin, donde no se filtraba ni un solo rayo de luz. Ignoraremos para siempre qué invisibles mundos estigios había más allá del muy pequeño trecho que recorrimos, pero coincidimos en que un mayor conocimiento en absoluto



redundaría en beneficio alguno para la Humanidad. Pero aun en el escaso radio en que nos habíamos movido había suficientes cosas para atraer nuestra atención; unos pasos más y la luz de los focos se posó sobre infinitos pozos donde las ratas habían tenido un festín y cuyo agotamiento fue motivo para que las huestes famélicas se arrojaran, en primera instancia, sobre los rebaños de seres hambrientos de la gruta y luego escaparan en tropel del priorato para producir aquella devastadora ordalía que los lugareños ya nunca olvidarían.

Los pozos eran realmente inmundos, con sus huesos quebrados y abiertos cráneos. ¡Simas de rebosantes huesos de pitecántropos, celtas, romanos e ingleses! Algunos de ellos estaban repletos y sería imposible aventurar alguna noción de profundidad. Otros tenían una profundidad mayor de la que podían entrever los focos y aun así se notaban abarrotados de cosas. Me pregunté que habría sido de las desventuradas ratas que cayeron en aquellos siniestros cepos en medio de la oscuridad de tan horrible Tártaro.

De pronto mi pie resbaló hacia un horrendo foso, circunstancia que me inmovilizó de terror. Debí quedar paralizado un buen rato, porque excepto al capitán Norrys no conseguía ver a nadie del grupo. A continuación se oyó un ruido proveniente de la tenebrosa e infinita distancia que me parecía reconocer. También vi a mi viejo gato negro salir disparado, como si fuese un dios egipcio alado en pos de ignotos abismos de lo desconocido. El ruido no era tan lejano y rápidamente comprendí qué era: se trataba de una nueva estampida de las endiabladas ratas siempre a la búsqueda de nuevos horrores y decididas a que las siguiera hasta aquellas cavernas del centro de la Tierra, donde Nyarlathotep, el enajenado dios carente de rostro, aúlla en la oscuridad secundado por dos flautistas amorfos.

Mi linterna se apagó, pero ello no significó que detuviera mi carrera. Escuchaba voces, alaridos, ecos, pero dominándolo todo se oía el siniestro e inconfundible corretear, al principio tenuemente, luego con mayor vértigo, como un cadáver rígido e hinchado deslizándose tranquilamente por un río de grasa que se escurre bajo infinitos puentes de ónix hasta volcarse súbita e incontinentemente en un negro y putrefacto mar.

Sentí que algo flácido y redondo me rozaba. ¡Las ratas! El viscoso, gelatinoso y voraz ejército que se nutre de vivos y muertos!... ¿Por qué las ratas no iban a comer a un De la Poer si los De la Poer nada se privaban de comer?... Si hasta la guerra se había comido a mi propio hijo... ¡Al diablo con todo! Voraces lenguas de fuego yanquis habían devorado a Carfax, convirtiendo en cenizas al viejo Delapore y al secreto de la familia... ¡No, no, lo repito, no soy el porquero monstruoso de la gruta! ¡No era el rechoncho rostro de Norrys lo que había sobre aquel flácido ser en forma de hongo! Él seguía vivo, pero mi hijo había muerto... ¿Cómo pueden ser de un Norrys las tierras de un De la Poer?... Es vudú, puedo asegurarlo..., la serpiente manchada...

¡Maldito Thornton, te enseñaré a desmayarte ante las obras de mis ancestros! ¡Canalla! ¡Te enseñaré el gusto por la sangre! *Magna Mater ¡Magna Mater!... Atys... Dia ad aghaidh'ad aodaun... ¡Jagus bas dunach ort!... ¡Dhona's dholas ort, agus leat-sa!... Ungl... ungl... rrlh... chchch...*

Según dicen, éstas son las cosas que yo musitaba cuando me encontraron en medio de las tinieblas, tres horas después. Me encontraba acucillado sobre el cuerpo a medio devorar del capitán Norrys y Nigger-Man se abalanzaba sobre mí para clavar sus garras en mi garganta. Pero todo ha pasado ahora. Exham Priory se ha desvanecido en el aire, me han separado de mi viejo gato negro, me han confinado en esta enrejada habitación de Hanwell y sé que corren espantosos rumores acerca de mi mansión y de lo que en ella me ocurrió. Thornton está en una habitación cercana a la mía, pero no me permiten hablar con él. Cada vez que hablo del pobre Norrys, me acusan de haber hecho algo horrible; deberían saber que no fui yo. Deberían saber que fueron las ratas, las sigilosas y famélicas ratas, las que con su incesante ajeteo no me dejan conciliar el sueño, las diabólicas ratas que se pasan todo el tiempo correteando detrás de los acolchados muros de mi habitación y que me invitan a que las siga en la búsqueda de nuevos horrores que no pueden siquiera compararse con los hasta ahora conocidos, las ratas que nadie más que yo puede oír, las ratas, las ratas de las paredes.

# EL HORROR OCULTO

---

H. P. LOVECRAFT<sup>20</sup>

## I. LA SOMBRA EN LA CHIMENEA

Los truenos estremecían el aire la noche que fui a la mansión deshabitada, en lo alto de la Montaña de las Tempestades, a buscar el horror oculto. No iba solo, porque la temeridad no formaba parte entonces de ese amor a lo grotesco y lo terrible que ha adoptado por carrera la búsqueda de horrores extraños en la literatura y en la vida. Venían conmigo dos hombres fieles y musculosos a quienes había mandado llamar cuando llegó el momento; hombres que desde hacía mucho tiempo me acompañaban en mis horribles exploraciones por sus aptitudes singulares.

Salimos del pueblo secretamente a fin de evitar a los periodistas que aún quedaban, después del tremendo pánico del mes anterior: la muerte solapada y pesadillesca. Más tarde, pensé, podrían ayudarme; pero en ese momento no les quería a mi alrededor. Ojalá me hubiese impulsado Dios a dejarles compartir esa búsqueda conmigo, para no haber tenido que soportar solo el secreto tanto tiempo, por temor a que el mundo me creyese loco, o enloqueciese todo él ante las demoniacas implicaciones del caso. Ahora que me he decidido a contarlo, no sea que el rumiarlo en silencio me convierta en un maníaco, quisiera no haberlo ocultado jamás. Porque yo, sólo yo, sé qué clase de horror se ocultaba en esa montaña espectral y desolada.

Recorrimos en un pequeño automóvil millas de montes y bosques primordiales, hasta que nos detuvo la boscosa ladera. El campo tenía un aspecto más siniestro de lo habitual, de noche y sin la acostumbrada multitud de investigadores, así que a menudo nos sentíamos tentados de utilizar las lámparas de acetileno, pese a que podían llamar la atención. No resultaba un paisaje saludable a oscuras; creo que habría notado su morbosidad aun cuando hubiese

---

<sup>20</sup> The lurking fear.

ignorado el terror que allí acechaba. No había animales salvajes: son prudentes cuando la muerte anda cerca. Los viejos arboles marcados por los rayos parecían anormalmente grandes y retorcidos, y prodigiosamente espeso y febril el resto de la vegetación, mientras que unos extraños montículos y pequeñas elevaciones en tierra cubierta de maleza y fulgurita me hacían pensar en serpientes y cráneos humanos hinchados y de proporciones gigantescas.

El horror había estado oculto en la Montaña de las Tempestades durante más de un siglo. De esto me enteré en seguida por las noticias de los periódicos sobre la catástrofe que había hecho que el mundo se fijara en esta región. Se trata de una remota y solitaria elevación de esa parte de Catskills donde la civilización holandesa penetró débil y transitoriamente en otro tiempo, dejando al retroceder unas cuantas mansiones ruinosas y una población degenerada de colonos advenedizos que crearon míseras aldeas en las aisladas laderas. Raramente era visitada esta zona por la gente normal, hasta que se constituyó la policía estatal; y aún ahora la policía montada se limita a pasar de tarde en tarde. El horror, sin embargo, goza de antigua tradición en todos los pueblos vecinos; y es el principal tema de conversación en las tertulias de los pobres mestizos que a veces abandonan sus valles para ir a cambiar sus cestos artesanales por artículos de primera necesidad, ya que no pueden cazar, criar ganado ni cultivar la tierra.

El horror oculto moraba en la desierta y apartada mansión Martense, la cual coronaba la elevada pero gradual eminencia cuya propensión a las frecuentes tormentas le valió el nombre de Montaña de las Tempestades. Pues durante un centenar de años, la antigua casa de piedra, rodeada de árboles, había sido tema de historias increíblemente descabelladas y monstruosamente horrendas; historias sobre una muerte sigilosa, solapada, colosal que emergía al exterior en verano. Con gimoteante insistencia, los colonos advenedizos contaban historias sobre un demonio que cogía a los caminantes solitarios, después del anochecer, y se los llevaba o los abandonaba en un espantoso estado de semidevorado desmembramiento, mientras que otras veces hablaban de rastros de sangre que conducían a la lejana mansión. Algunos decían que los truenos sacaban al horror oculto de su morada, y otros que el trueno era su voz. Fuera de

esta apartada región, nadie creía en estas consejas contradictorias y dispares, con sus incoherentes y extravagantes descripciones de un demonio vislumbrado; sin embargo, ningún campesino ni aldeano dudaba que la mansión Martense daba cobijo a una macabra entidad. La historia local impedía semejante duda; sin embargo, cuando corría entre los aldeanos algún rumor especialmente dramático, los que iban a inspeccionar el edificio no encontraban nunca nada. Las abuelas contaban extrañas consejas sobre el espectro Martense; consejas concernientes a la propia familia Martense, a la extraña disimilitud hereditaria de sus ojos, a sus monstruosos y antiguos anales, y al asesinato que había ocasionado su maldición.

El terror que me había llevado a mí al lugar era la súbita y portentosa confirmación de las leyendas más delirantes de los montañeses. Una noche de verano, tras una tormenta de una violencia sin precedentes, la comarca se despertó con una desbandada de colonos advenedizos que ninguna ilusión podría haber originado. La horda miserable de nativos chillaba y contaba gimoteando que un horror indescriptible se había abatido sobre ellos, cosa que nadie puso en duda. No lo habían visto, pero habían oído tales alaridos en una de las aldeas, que inmediatamente supieron que la muerte reptante la había visitado.

Por la mañana, los ciudadanos y la policía estatal siguieron a los sobrecogidos montañeses al lugar que, según decían, había visitado la muerte. Y en efecto, la muerte estaba allí. El terreno en el que se asentaba uno de los poblados de colonos se había hundido a consecuencia de un rayo, destruyendo varias de las chozas malolientes; pero a este daño comprensible se superponía una devastación orgánica que lo volvía insignificante. De unos setenta y cinco nativos que poblaban el lugar, no encontraron ni a uno solo con vida. La tierra revuelta estaba cubierta de sangre y de piltrafas humanas que revelaban con demasiada elocuencia los estragos de unas garras y unos dientes infernales; sin embargo, ningún rastro visible se alejaba del lugar de la carnicería. Todo el mundo convino en seguida en que había sido ocasionada por alguna bestia feroz; a nadie se le ocurrió resucitar la acusación de que tales muertes misteriosas no eran sino sórdidos asesinatos habituales en las comunidades decadentes. Sólo cuando descubrieron la ausencia entre los muertos de unas veintiocho personas

renació tal acusación; y aun así, resultaba difícil explicar la matanza de cincuenta por la mitad de ese número. Pero el hecho era que, en una noche de verano, había caído un rayo de los cielos y había sembrado la muerte en la aldea, dejando los cadáveres horriblemente mutilados, mordidos y arañados.

Los despavoridos campesinos relacionaron inmediatamente esta atrocidad con la embrujada mansión Martense, aunque los pueblos se encontraban a más de tres millas de distancia. La patrulla de la policía se mostró más escéptica: incluyó la mansión tan sólo rutinariamente en sus investigaciones, y la descartó por completo al encontrarla vacía. Las gentes del campo y de los pueblos, sin embargo, registraron el lugar con minuciosidad; volcaron cuanto encontraron en la casa, sondearon los estanques y las fuentes, registraron los matorrales, y dieron una batida por el bosque de los alrededores. Pero todo fue inútil: la muerte no había dejado otro rastro que la misma destrucción.

Al segundo día de investigación, los periódicos comentaron el caso extensamente, después de invadir los reporteros la Montaña de las Tempestades. La describieron con mucho detalle, e incluían numerosas entrevistas que confirmaban la historia de horror que contaban las viejas de la comarca. Al principio seguí las crónicas sin mucho entusiasmo, ya que soy experto en esta clase de horrores; pero una semana después, percibí una atmósfera que despertó extrañamente mi interés; de modo que el 5 de agosto de 1921 me inscribí entre los reporteros que abarrotaban el hotel de Lefferts Corners, el pueblo más próximo a la Montaña de las Tempestades, y cuartel general reconocido de los investigadores. Tres semanas después, la deserción de los reporteros me dejaba en libertad para empezar una exhaustiva exploración de acuerdo con las pesquisas e informaciones detalladas que había ido recogiendo entretanto.

Así que esta noche de verano, mientras retumbaba distante la tormenta, dejé el silencioso automóvil, emprendí la marcha con mis dos compañeros armados, y recorrí el último trecho sembrado de montículos, hasta la Montaña de las Tempestades, enfocando la luz de una linterna eléctrica hacia las paredes grises y espectrales que empezaban a asomar entre robles gigantescos. En esta morbosa soledad de la noche, bajo la balanceante iluminación, el enorme edificio

cuadrado mostraba oscuros signos de terror que el día no llegaba a revelar; sin embargo, no experimenté la menor vacilación, ya que me impulsaba una irrevocable decisión de comprobar cierta teoría. Estaba convencido de que los truenos hacían salir de algún lugar secreto al demonio de la muerte, e iba dispuesto a comprobar si dicho demonio era una entidad corpórea o una pestilencia vaporosa.

Previamente, había inspeccionado a fondo las ruinas; de modo que tenía bien trazado mi plan: elegiría como puesto de observación la vieja habitación de Jan Martense, cuyo asesinato desempeña un importante papel en las leyendas rurales de la región. Intuía vagamente que el aposento de esta antigua víctima era el lugar más indicado para mis propósitos. La habitación, que mediría unos veinte pies de lado, contenía, al igual que las demás habitaciones, restos de lo que en otro tiempo había sido mobiliario. Estaba en el segundo piso, en el ángulo sudeste del edificio, y tenía un inmenso ventanal orientado hacia el este, y una ventana estrecha que daba al mediodía, ambos vanos desprovistos de cristales y contraventanas. En el lado opuesto al ventanal había una enorme chimenea holandesa - con azulejos que representaban al hijo pródigo, y frente a la ventana estrecha, una gran cama adosada a la pared.

Mientras los amortiguados truenos iban en aumento, dispuse los detalles de mi plan. Primero até en el antepecho del ventanal, una junto a otra, tres escalas de cuerda que había traído conmigo. Sabía que llegaban a una distancia conveniente respecto de la yerba, ya que las había probado. Luego, entre los tres, entramos arrastrando el armazón de una cama de otra habitación, y lo colocamos de lado contra la ventana. Echamos encima ramas de abeto, y nos dispusimos a descansar, con nuestras automáticas preparadas, descansando dos mientras vigilaba el tercero. Así teníamos asegurada la huida, fuera cual fuese la dirección por la que surgiera el demonio. Si nos atacaba desde el interior de la casa, estaban las escalas del ventanal; si venía del exterior, podíamos salir por la puerta y la escalera. Según lo que sabíamos, no nos perseguiría mucho tiempo, en el peor de los casos.

Llevaba yo vigilando de las doce de la noche a la una cuando, a pesar del

ambiente siniestro de la casa, la ventana sin protección y los truenos y relámpagos cada vez más cercanos, me sentí dominado por un sueño invencible. Estaba entre mis dos compañeros: George Bennett se encontraba al lado de la ventana, y William Tobey al de la chimenea. Bennett se había dormido, vencido por la misma anómala somnolencia que sentía yo, de modo que designé a Tobey para la siguiente guardia, a pesar de que cabeceaba. Era extraña la fijeza con que observaba yo la chimenea.

La creciente tormenta debió de influir en mis sueños, pues en el breve rato que me dormí sufrí visiones apocalípticas. Una de las veces casi me desperté, probablemente porque el hombre que dormía junto a la ventana había estirado un brazo sobre mi pecho. No me encontraba lo bastante despierto como para comprobar si Tobey cumplía su obligación como centinela, aunque sentía un claro desasosiego a este respecto. Nunca había tenido una sensación tan acusadamente opresiva de la presencia del mal. Después, debí de quedarme dormido otra vez, porque mi mente salió de un caos fantasmal, cuando la noche se volvió espantosa, traspasada de chillidos que superaban todas mis experiencias y delirios anteriores.

En aquellos gritos, el más profundo terror y agonía humanos arañaban desesperada e insensatamente las puertas de ébano del olvido. Desperté para encontrarme ante la roja locura y la burla satánica, mientras reverberaba y se retiraba cada vez más, hacia perspectivas inconcebibles, aquella angustia fóbica y cristalina. No había luz; pero por el hueco que noté a mi derecha, comprendí que Tobey se había ido, sólo Dios sabía adónde. Sobre mi pecho, aún pesaba el brazo del durmiente de mi izquierda.

Luego se produjo un relámpago, el rayo sacudió la montaña entera, iluminó las criptas más oscuras de la añosa arboleda, y desgarró el más viejo de los árboles retorcidos. Ante el fucilazo demoníaco del rayo, el durmiente se incorporó de repente, y en ese instante la claridad que entró por la ventana proyectó su sombra vívidamente contra la chimenea, de la que yo no conseguía apartar los ojos un momento. No comprendo cómo me encuentro vivo todavía, y en mi sano juicio. No me lo explico; porque la sombra que vi en la chimenea no



era la de George Bennett, ni de ninguna criatura humana, sino una blasfema anormalidad de los más profundos cráteres del infierno; una abominación indecible e informe que mi mente no llegó a captar por completo, ni hay pluma que la pueda describir. Un segundo después, me encontraba solo en la mansión maldita, temblando, balbuceando. George Bennett y William Tobey habían desaparecido sin dejar rastro, ni siquiera de lucha. Nunca más volvió a saberse de ellos.

## II. UN MUERTO EN LA TORMENTA

Después de aquella espantosa experiencia en la mansión inmersa en la espesura tuve que guardar cama, agotado de los nervios, en el hotel de Lefferts Corners. No recuerdo exactamente cómo me las arreglé para llegar al automóvil, ponerlo en marcha, y regresar secretamente al pueblo; no conservo conciencia clara de nada, salvo de unos árboles de gigantescos brazos, el fragor demoníaco de los truenos, y sombras caronianas entre los bajos montículos que punteaban y rayaban la región.

Mientras temblaba y meditaba sobre lo que proyectaba aquella sombra enloquecedora, comprendí que al fin había vislumbrado uno de los supremos horrores de la tierra, uno de esos males innominados de los vacíos exteriores cuyos débiles y demoníacos zarpazos oímos a veces en el borde más remoto del espacio, contra los que la piadosa limitación de nuestra vista finita nos tiene misericordiosamente inmunizados. No me atrevía a analizar o identificar la sombra que había percibido. Un ser había permanecido tendido entre la ventana y yo, aquella noche, y me estremecía cada vez que, irreprimiblemente, mi conciencia trataba de clasificarlo. Ojalá hubiese gruñido, ladrado o reído entre dientes... al menos eso habría aliviado mi abismal terror. Pero permaneció en silencio. Había dejado descansar un brazo — un miembro en todo caso — pesadamente sobre mi pecho... Por supuesto, era orgánico, o lo había sido... Jan Martense, cuya habitación había invadido yo, estaba enterrado cerca de la mansión... Debía encontrar a Bennett y a Tobey, si aún vivían... ¿Por qué se los había llevado, y me había dejado a mí?... La somnolencia es invencible, y los

sueños son espantosos...

Al poco tiempo, comprendí que debía contar mi historia a alguien; de lo contrario, me desmoronaría completamente. Ya había decidido no abandonar la búsqueda del horror oculto; porque en mi atolondrada ignorancia, me parecía que esa incertidumbre era peor que el pleno conocimiento, por terrible que este pudiera ser. De modo que decidí en mi fuero interno qué camino seguir, a quién escoger para hacerle partícipe de mis confidencias, y cómo descubrir al ser que había aniquilado a dos hombres, y había proyectado una sombra pesadillesca.

A quienes conocía principalmente en Lefferts Corners era a los periodistas, algunos de los cuales aún seguían recogiendo los últimos ecos de la tragedia. Decidí escoger como compañero a uno de ellos; y cuanto más lo pensaba, más inclinado me sentía por un tal Arthur Munroe, un hombre moreno y delgado de unos treinta y cinco años, cuya formación, gustos, inteligencia y temperamento parecían distinguirlo como persona que no se sujetaba a las ideas y experimentos convencionales.

Una tarde de primeros de septiembre, Arthur Munroe escuchó mi historia. Desde el principio se mostró interesado y comprensivo; y cuando terminé, analizó y abordó la cuestión con gran agudeza y juicio. Su consejo, además, fue eminentemente práctico, ya que sugirió que aplazásemos nuestra visita a la mansión Martense hasta haber obtenido más datos históricos y geográficos. A sugerencia suya, salimos en busca de datos sobre la terrible familia Martense, y descubrimos a un hombre que poseía un diario maravillosamente ilustrado y ancestral. Hablamos también largamente con aquellos mestizos de la montaña que no habían huido, en el terror y la confusión, a laderas más remotas, y acordamos efectuar, antes de nuestra empresa final, un registro completo y definitivo de los lugares relacionados con las distintas tragedias de las leyendas de los colonos.

Los resultados de esta exploración no fueron al principio muy alentadores, aunque una vez clasificados, parecieron revelar un dato bastante significativo; a saber: que el número de horrores registrados era bastante más elevado en zonas relativamente próximas a la casa, o conectaban con ella

mediante franjas de espesura morbosamente superdesarrollada. Es cierto que había excepciones; en efecto, el horror que había llegado a oídos del mundo había tenido lugar en un espacio pelado, igualmente distante de la mansión y de cualquier bosque vecino a ella.

En cuanto a la naturaleza y aspecto del horror oculto, nada pudimos sacarles a los asustados y estúpidos moradores de las chozas. Lo mismo decían que era una serpiente como que se trataba de un gigante, un demonio de los truenos, un murciélago, un buitre, o un árbol que caminaba. Nos pareció fundado suponer, sin embargo, que se trataba de un organismo vivo enormemente sensible a las tormentas eléctricas; y aunque algunas de las historias hablaban de alas, concluimos que su aversión a los espacios abiertos hacía más probable que estuviese dotado de locomoción terrestre. Lo único verdaderamente incompatible con esta hipótesis era la rapidez a la que tal criatura debía desplazarse para cometer todas las fechorías que se le atribuían.

Al tratar más a los colonos, descubrimos que eran extraordinariamente amables en muchos aspectos. Eran simples animales que descendían poco a poco en la escala de la evolución debido a su desafortunada ascendencia y a su aislamiento embrutecedor. Tenían miedo de los forasteros, pero poco a poco se fueron acostumbrando a nosotros; al final nos ayudaron muchísimo cuando tálamos todos los grupos de árboles y derribamos todos los tabiques de la mansión, en nuestra búsqueda del horror oculto. Cuando les pedimos que nos ayudasen a buscar a Bennett y a Tobey, se mostraron sinceramente afligidos; porque si bien querían ayudarnos, estaban convencidos de que ambas víctimas habían desaparecido de este mundo tan completamente como las gentes que ellos habían perdido. Por supuesto, sabíamos perfectamente que había muerto o desaparecido gran número de éstas gentes, así como que los animales salvajes habían sido exterminados hacía mucho tiempo; y temíamos que ocurrieran nuevas tragedias.

A mediados de octubre nos encontrábamos perplejos debido a nuestra falta de progresos. Como las noches eran tranquilas, no se producían agresiones demoníacas de ningún género; y la total carencia de resultados en el registro de la

casa y del campo casi nos inclinaba a atribuir al horror oculto una naturaleza no material. Temíamos que llegara el tiempo frío y nos interrumpiera nuestras investigaciones, ya que todos coincidían en que, en general, el demonio permanecía tranquilo durante el invierno: El caso es que nos dominaba una especie de desesperada premura en la última inspección diurna de la aldea visitada por el horror; aldea ahora deshabitada, a causa del miedo de los colonos.

La desventurada aldea no tenía nombre siquiera, y estaba enclavada en una hondonada protegida, aunque sin árboles, entre dos elevaciones llamadas respectivamente Cone Mountain y Maple Hill. Se encontraba más cerca de Maple Hill que de Cone Mountain, y algunas de las toscas viviendas eran simples cuevas practicadas en la falda de la primera de las elevaciones. Geográficamente, se encontraba a unas dos millas al noroeste de la Montaña de las Tempestades, y a tres de la mansión rodeada de robles. El espacio entre la aldea y la mansión, unas dos millas y cuarto desde el límite de la aldea, era enteramente campo raso y consistía en una llanura casi horizontal, quitando algunos montículos de escasa elevación y aspecto sinuoso, y cuya vegetación la constituía casi exclusivamente la yerba y unos cuantos matorrales muy dispersos. Tras estudiar la topografía de esta zona, concluimos finalmente que el demonio debió de llegar por Cone Mountain, cuya prolongación hacia el sur, cubierta de bosque, llegaba a poca distancia de la estribación más occidental de la Montaña de las Tempestades. Atribuimos de manera concluyente la elevación del terreno a un corrimiento de tierra desde Maple Hill, en cuya ladera destacaba un árbol corpulento y solitario, desgarrado por el rayo que había hecho surgir al demonio.

Después de repasar minuciosamente por vigésima vez o más cada pulgada del devastado pueblo, experimentamos un desaliento unido a nuevos y vagos temores. Resultaba muy raro, aun cuando lo extraño y lo espantoso eran cosas corrientes, toparnos con un escenario tan completamente carente de huellas, después de tan sobrecogedores sucesos; y andábamos bajo un cielo cada vez más oscuro y plomizo, con ese ardor trágico y sin rumbo que es consecuencia a la vez de un sentimiento de futilidad y de necesidad de hacer algo. Ibamos atentos a los más pequeños detalles; entramos nuevamente en cada una de las

casas, inspeccionamos otra vez las cuevas, registramos el pie de las laderas adyacentes, entre las zarzas, en busca de madrigueras y cuevas, pero sin resultado. Sin embargo, como digo, sentíamos en torno nuestro un temor vago y enteramente nuevo, como si unos grifos gigantescos y alados nos observaran desde los abismos trans-cósmicos.

A medida que avanzaba la tarde, se hacía más difícil distinguir los objetos; y oímos el rumor de una tormenta que se estaba formando sobre la Montaña de las Tempestades. Naturalmente este rumor, producido en semejante lugar, nos animó, aunque no tanto como si hubiese sido de noche; y con esta esperanza abandonamos la búsqueda sin rumbo y nos dirigimos a la aldea habitada más próxima, a fin de reunir un grupo de colonos para que nos ayudasen en nuestros registros. Aunque tímidos, algunos de los más jóvenes se sintieron lo suficientemente inspirados por nuestra protectora dirección como para prometernos ayuda.

Pero no habíamos hecho más que dar media vuelta, cuando empezó a caer una lluvia tan intensa y torrencial, que no tuvimos más remedio que buscar refugio. La extraña y casi nocturna oscuridad del cielo nos hacía tropezar continuamente; pero guiados por los frecuentes relámpagos y nuestro detallado conocimiento de la aldea, llegamos en seguida a la última cabaña del lugar, llena de goteras: una combinación heterogénea de troncos y tablas, cuya puerta y ventanuco asomaban hacia Maple Hill. Atrancamos la puerta, contra la furia del viento y de la lluvia, y pusimos el tosco postigo de la ventana que nuestros frecuentes registros nos habían enseñado dónde encontrar. Resultaba lúgubre estar sentados allí, sobre unos cajones desvencijados, en la más absoluta oscuridad, pero encendimos nuestras pipas y nos alumbramos a veces con las linternas de bolsillo que llevábamos. De cuando en cuando, veíamos los relámpagos a través de las grietas de la pared; la tarde se estaba volviendo tan oscura que cada relámpago resultaba tremendamente vívido.

Esta tormentosa vigilia me recordó de forma estremecedora mi horrible noche en la Montaña de las Tempestades. Me volvió al pensamiento aquel extraño interrogante que de forma intermitente me repetía desde entonces, y una

vez más me pregunté por qué el demonio, al acercarse a los tres hombres que vigilábamos desde la ventana o desde el exterior, se había llevado a los de los lados, dejando al del centro para el final, en que una gigantesca centella lo había hecho huir. ¿Por qué no había cogido a sus víctimas en un orden natural, y habría sido yo el segundo, cualquiera que fuese la dirección por la que hubiera empezado? ¿Con qué clase de tentáculos los apresó? ¿O sabía que era yo el jefe y decidió reservarme un destino peor que a mis compañeros?

En medio de estas reflexiones, como para intensificarlas dramáticamente, cayó un tremendo rayo cerca de nosotros, al que siguió un ruido de corrimiento de tierra. Al mismo tiempo, se levantó un viento furioso cuyo aullido fue aumentando de forma demoníaca. Tuvimos la seguridad de que había caído fulminado otro árbol de Maple Hill, y Munroe se levantó del cajón donde estaba sentado y se acercó al ventanuco para comprobar el destrozo. Al quitar el postigo, el viento y la lluvia penetraron aullando de forma ensordecedora, y no pude oír lo que decía; pero esperé, mientras él se asomaba tratando de abarcar el pandemonium.

Gradualmente, la calma, el viento y la dispersión de la inusitada oscuridad nos hizo comprender que se alejaba la tormenta. Yo había esperado que durase hasta la noche, cosa que nos ayudaría en nuestra búsqueda; pero un furtivo rayo de sol que penetró por un agujero de la madera, detrás de mí, disipó mis esperanzas. Le dije a Munroe que era mejor dejar que entrase un poco de luz, aunque cayesen más chaparrones, así que desatranqué la puerta y la abrí. El terreno, afuera, era una extraña extensión de barrizales, charcos y pequeños montículos producidos por el reciente corrimiento de tierra; pero no vi nada que justificase el interés que mantenía a mi compañero asomado a la ventana sin decir nada. Me acerqué a él y le toqué en el hombro; pero no se movió. Luego, al sacudirle en broma y volverle hacia mí, sentí los zarcillos estranguladores de un horror canceroso cuyas raíces alcanzaban pasados infinitos y abismos insondables de la noche que late más allá del tiempo.

Arthur Munroe estaba muerto. Y en lo que quedaba de su masticada y perforada cabeza no había ya cara.

### III. QUÉ SIGNIFICABA EL RESPLANDOR ROJO

En la tormentosa noche del 8 de noviembre de 1921, con una linterna que proyectaba macabras sombras, cavaba yo, solo, como un idiota, en la sepultura de Jan Martense. Había empezado a cavar por la tarde porque se estaba formando una tormenta, y ahora que había oscurecido, y había estallado la tormenta sobre la lujuriente floresta, me sentía contento.

Creo que mi mente estaba algo desquiciada a causa de los acontecimientos del 5 de agosto, la sombra demoníaca de la casa, la tensión y desencanto generales, y lo ocurrido en la aldea durante la tormenta de octubre. Después de aquello, tuve que cavar una sepultura para alguien cuya muerte no acababa de comprender. Sabía que los demás no la entenderían tampoco, de modo que les dejé que creyeran que Arthur Munroe se había extraviado. Le buscaron, pero no encontraron nada. Los colonos sí podían haberlo comprendido, pero no me atreví a asustarles aun más. Me sentía extrañamente insensible. La impresión sufrida en la mansión me había afectado sin duda al cerebro, y no podía pensar más que en la búsqueda del horror que ahora había alcanzado proporciones gigantescas en mi imaginación; búsqueda que el destino de Arthur Munroe me hacía emprender ahora a solas y en secreto.

Sólo el escenario de mis excavaciones habría bastado para hacer saltar los nervios de un hombre corriente. Unos árboles siniestros y primordiales de impías proporciones y formas grotescas acechaban por encima de mí como pilares de algún infernal templo druida, al tiempo que amortiguaban los truenos, acallaban los aullidos del viento y frenaban la lluvia. Detrás de los heridos troncos del fondo, iluminados por los débiles resplandores de los filtrados relámpagos, se alzaban las piedras húmedas y cubiertas de hiedra de la deshabitada mansión, mientras que algo más cerca estaba el abandonado jardín holandés, con los paseos y arriates invadidos por una vegetación blancuzca, fungosa, fétida, hinchada, que jamás había visto yo a la luz del día. Y más cerca aun tenía el cementerio, donde unos árboles deformes agitaban sus ramas insanas, mientras sus raíces desplazaban las losas impías y succionaban el veneno de lo que yacía debajo. Aquí y allá, bajo una capa de hojas marrones que

se pudrían y supuraban en las oscuridades del bosque antediluviano, podía distinguir el siniestro perfil de esos montículos pequeños que caracterizaban la región acribillada por los rayos.

La historia me había guiado a esta arcaica sepultura. Porque era la historia, efectivamente, el único recurso que me quedaba, tras haber terminado todo lo demás en sarcástico satanismo. Ahora estaba convencido de que el horror oculto no era un ser material, sino un espectro con fauces de lobo que cabalgaba sobre los relámpagos de la medianoche. Y creía, por los cientos de tradiciones locales que Arthur Munroe y yo habíamos desenterrado en nuestras exploraciones, que era el espectro de Jan Martense, muerto en 1762. Y por esa razón cavaba yo ahora, como un idiota en su sepultura.

La mansión Martense había sido edificada en 1670 por Gerrit Martense, acaudalado mercader de Nueva Amsterdam a quien disgustaba el cambio del orden bajo el gobierno británico, y había construido este magnífico edificio en la cima de una boscosa elevación cuyo escenario solitario y singular era de su agrado. La única contrariedad importante con que tropezó en este paraje fueron las frecuentes tormentas de verano. Cuando eligió este monte para edificar su mansión, mynheer Martense atribuyó las numerosas perturbaciones naturales a las peculiaridades de aquel año; pero con el tiempo, se dio cuenta de que la región era especialmente propensa a tales fenómenos. Finalmente, viendo que estas tormentas le afectaban a la cabeza, acondicionó un sótano donde poder protegerse de los más violentos pandemoniums.

De los descendientes de Gerrit Martense se sabe menos que de él mismo, ya que todos fueron educados en el odio a la civilización inglesa, y se les enseñó a no tratar con los colonialistas que la aceptaban. Sus vidas fueron enormemente retiradas, y la gente afirmaba que este aislamiento les volvió torpes de palabra y comprensión. Al parecer, todos estaban marcados por una extraña y hereditaria disimilitud en los ojos: tenían uno azul y el otro castaño. Sus contactos sociales se fueron haciendo cada vez más escasos, hasta que finalmente acabaron casándose con la numerosa clase servil que vivía en sus tierras. Muchas de las familias multitudinarias degeneraron, cruzaron el valle, y fueron a mezclarse con



la población mestiza que más tarde produciría a los desdichados colonos. Los demás siguieron unidos tercamente a la mansión ancestral, volviéndose cada vez más exclusivistas y taciturnos, aunque adquiriendo una sensibilidad especial respecto de las frecuentes tormentas.

Casi toda esta información llegó al mundo exterior a través del joven Jan Martense, que movido por una especie de inquietud, se alistó en el ejército colonial, cuando llegó a la Montaña de las Tempestades la noticia de la Convención de Albany. Él fue el primero de los descendientes de Gerrit que vio el mundo; y al regresar en 1760, después de seis años de campaña, su padre, sus tíos y sus hermanos le odiaron como a un intruso, a pesar de sus ojos desiguales de Martense. Ya no podía compartir las rarezas y prejuicios de los Martense, ni le excitaban las tormentas de la montaña como antes. En cambio, le deprimía el entorno; y escribía a menudo a su amigo de Albany sobre sus proyectos de abandonar el techo paterno.

En la primavera de 1763, Jonathan Gifford, el amigo de Jan Martense que vivía en Albany, se sintió preocupado por su silencio; especialmente, por la situación y las peleas que sabía que había en la mansión Martense. Dispuesto a visitar personalmente a Jan, se internó por las montañas a caballo. Su diario constata que llegó a la Montaña de las Tempestades el 20 de septiembre, encontrando la mansión en avanzado estado de decrepitud. Los sombríos Martense de extraños ojos, cuyo aspecto impuro y animal le impresionó sobremanera, le dijeron con acento torpe y gutural que Jan había muerto. Insistieron en que le había matado un rayo el otoño anterior; y ahora estaba enterrado detrás de los hundidos y abandonados jardines. Enseñaron el lugar de la sepultura al visitante, unos palmos de tierra pelada y sin señales. Hubo algo en la actitud de los Martense que despertó en Gifford un sentimiento de repugnancia y recelo; y una semana más tarde regresó con una pala y un pico, dispuesto a abrir la fosa de nuevo. Encontró lo que se había temido: un cráneo cruelmente aplastado como por unos golpes salvajes; de modo que regresó a Albany, y denunció formalmente a los Martense de haber asesinado a un miembro de la familia.

No había pruebas legales, pero la noticia se propagó rápidamente por toda la región; y a partir de entonces, el mundo condenó a los Martense al aislamiento. Nadie quiso tratos con ellos, y evitaron su apartada residencia como un lugar maldito. Ellos, por su parte, se las arreglaron para vivir independientemente con el producto de sus tierras, puesto que las luces que ocasionalmente se veían en la casa desde los montes lejanos atestiguaban que aún vivían. Dichas luces se estuvieron viendo hasta 1810; pero hacia el final, se hicieron muy infrecuentes.

Entretanto, empezó a correr a propósito de la mansión de la montaña un sin fin de leyendas infernales. El lugar fue doblemente evitado, y dotado de toda clase de historias que la tradición fue capaz de proporcionar. Siguió sin ser visitada hasta 1816, en que la prolongada ausencia de luz en ella llamó la atención de los colonos. Una partida de hombres efectuó entonces un reconocimiento, encontrando la casa desierta y parcialmente en ruinas.

No descubrieron ningún esqueleto, así que supusieron que se habían marchado. Al parecer, el clan se había ido hacia varios años, y los improvisados cobertizos revelaban lo numerosos que eran, antes de su emigración. Su nivel cultural había descendido muchísimo, como probaba el deterioro del mobiliario y la vajilla de plata esparcida, sin duda abandonada mucho antes de que sus propietarios se marcharan; Pero aunque los temidos Martense se habían ido, la encantada casa continuó causando temor; temor que se intensificó cuando nuevos y extraños rumores vinieron a inquietar a los decadentes montañeses. Allí siguió, desierta, temida, y vinculada al espectro vengativo de Jan Martense. Y allí seguía aún, la noche en que cavaba yo en la sepultura de Jan Martense.

He calificado de idiota mi prolongado cavar, y así era, efectivamente, por su objeto y su método. No tardé en desenterrar el ataúd de Jan Martense — que ahora ya sólo contenía polvo y salitre; pero en mis ansias furiosas por exhumar su fantasma, seguí cavando terca, irracionalmente más abajo de donde había reposado. Sabe Dios qué era lo que yo esperaba encontrar... Yo sólo tenía conciencia de que cavaba en la sepultura de un hombre cuyo espectro acechaba por la noche.

Me es imposible decir qué monstruosa profundidad había alcanzado cuando mi pala, y mis pies a continuación, hundieron el suelo que tenía debajo. Dadas las circunstancias, la impresión fue tremenda; porque la existencia de un espacio subterráneo aquí suponía una terrible confirmación de mis locas teorías. Mi ligera caída me apagó el farol; pero saqué una linterna de bolsillo y descubrí un pequeño túnel horizontal que se internaba profundamente en ambas direcciones. Era lo bastante amplio como para poderse arrastrar por él un hombre; y aunque nadie en su sano juicio habría intentado meterse por allí en ese momento, me olvidé del peligro, la sensatez y la limpieza, en mi empeño por desenterrar el horror oculto. Escogiendo la dirección hacia la casa, me introduje temerariamente a rastras por la estrecha madriguera, reptando a ciegas, de prisa, y alumbrándome de tarde en tarde con la linterna que enfocaba delante de mí.

¿Qué palabras podrían describir el espectáculo de un hombre perdido en el interior de la tierra infinitamente abismal, manoteando y retorciéndose sin aliento, avanzando insensatamente por profundas circunvoluciones de negrura inmemorial, sin una noción clara de tiempo, seguridad, dirección ni objetivo? Hay algo espantoso en todo ello, pero eso es lo que hice. Me arrastré de ese modo durante tanto tiempo que la vida llegó a parecerme un recuerdo remoto, y me identifiqué con los topos y larvas de las tenebrosas profundidades. En efecto, fue una casualidad que, tras interminables contorsiones, se encendiese mi olvidada linterna al sacudirla, iluminando espectralmente la larga madriguera de barro endurecido que describía una curva delante de mí.

Había seguido avanzando de este modo durante un rato, y estaba la pila de la linterna casi agotada, cuando el pasadizo inició una súbita y pronunciada cuesta arriba que me obligó a modificar mis movimientos para avanzar. Y al levantar la vista, sin previo aviso, vi brillar a lo lejos dos reflejos demoníacos de mi agonizante luz; dos reflejos candentes de funesto e inequívoco resplandor que agitaron en mi memoria recuerdos brumosos y enloquecedores. Me detuve automáticamente, aunque sin voluntad para retroceder. Los ojos se acercaban, aunque sólo pude distinguir una garra del ser al que pertenecían. ¡Pero qué garra! Luego, muy arriba, sonó débilmente un estampido que reconocí. Era el trueno

violento de la montaña que estallaba con histérica furia... Sin duda, llevaba un rato reptando hacia arriba, ya que ahora tenía la superficie bastante cerca. Y mientras estallaban los truenos amortiguados, aquellos ojos seguían mirando fijamente con perversidad.

Gracias a Dios, no supe entonces lo que era; de lo contrario, no habría sobrevivido. Pero me salvó el mismo trueno que lo había invocado; porque tras una mortal espera, reventó en el cielo uno de esos frecuentes estampidos de la montaña cuyas huellas había observado yo aquí y allá, en forma de heridas de tierra removida y fulguritas de diversas dimensiones. Con furia ciclópea, se enterró, retorciéndose en la tierra, por encima de aquel detestable pozo, cegándose y ensordeciéndose, aunque no llegó a hacerme perder el conocimiento.

Seguí arañando y avanzando desesperadamente en el caos de tierra que caía y se deslizaba, hasta que la lluvia que me mojaba la cabeza me serenó, y vi que había llegado a la superficie de un lugar familiar: una zona en pendiente y sin árboles, en la ladera sur de la montaña. Los constantes relámpagos iluminaban y sacudían el terreno revuelto y los restos del curioso montículo que descendía de la parte superior y boscosa de la ladera; sin embargo, no había nada en todo aquel caos que indicase por dónde había salido yo de la fatal catacumba. Mi cerebro era un caos tan grande como la tierra; y cuando un rojo resplandor, a lo lejos, iluminó el paisaje por el sur, apenas tuve conciencia del horror que acababa de soportar.

Pero, cuándo dos días después los colonos me dijeron qué significaba aquel resplandor rojo, mi horror fue más grande que el que me había producido la zarpa y los ojos de la embarrada madriguera. En una aldea a veinte millas de distancia, había tenido lugar una orgía de terror a continuación del rayo que me había permitido a mí salir de la tierra, y un ser indescriptible se había precipitado desde un árbol a una choza de frágil tejado. Había cometido una atrocidad; pero los colonos habían prendido fuego a la choza frenéticamente, antes de que aquel ser pudiese escapar. Había cometido el estrago en el mismo instante en que la tierra se desplomó sobre la entidad de la garra y los ojos.

#### IV. EL HORROR EN LOS OJOS

Nada puede haber normal en la mente del que, sabiendo lo que yo sabía sobre los horrores de la Montaña de las Tempestades, va a solas en busca del terror que se ocultaba en dicho lugar. Era muy débil garantía de seguridad física y mental, en este Aqueronte de demonismo multiforme, el hecho de que al menos dos de estas encarnaciones del terror hubiesen perecido; sin embargo, proseguí mi búsqueda con celo cada vez mayor, a medida que los sucesos y las revelaciones se hacían más monstruosas.

Cuando, dos días después de mi espantosa exploración de la cripta de los ojos y la garra, me enteré de que un ser maligno había sobrevolado la aldea, a veinte millas de distancia, en el mismo instante en que los ojos se fijaban en mí, experimenté una auténtica convulsión de terror. Pero este terror estaba tan mezclado con una sensación grotesca y fascinada, que casi me resultó placentero. A veces, en las angustias de esas pesadillas en las que fuerzas invisibles se le llevan a uno, por encima de los tejados de extrañas ciudades muertas, hacia el abismo burlesco de Nis, es un alivio, incluso un placer, gritar salvajemente y arrojar-se voluntariamente, en medio del espantoso vórtice de onírica condenación, al primer abismo sin fondo que encuentra. Y eso es lo que ocurrió, con la pesadilla ambulante de la Montaña de las Tempestades; el descubrimiento de que los monstruos habían estado ocultos en dicho lugar me produjo finalmente unas ansias locas de zambullirme en la tierra de esa región maldita, cavar con las manos desnudas y sacar a la muerte que acechaba en cada pulgada del suelo ponzoñoso.

En cuanto pude, fui a la tumba de Jan Martense y cavé en vano donde había cavado antes. Un desprendimiento de tierra había borrado sin duda toda huella del pasadizo subterráneo, y la lluvia había cegado de tal modo la excavación que no me fue posible averiguar hasta dónde había ahondado el día anterior. Empecé también una penosa caminata a la aldea donde había ardido la devastadora criatura, aunque encontré poca compensación a mi esfuerzo. En las cenizas de la desdichada choza descubrí varios huesos; pero evidentemente, ninguno pertenecía al monstruo. Los colonos dijeron que sólo había habido una

víctima; pero esto me pareció una imprecisión, ya que además de un cráneo humano completo, encontré un fragmento óseo que parecía ser de otro cráneo en algún tiempo humano. Y aunque habían visto la rápida caída del monstruo, nadie fue capaz de describirme el aspecto de dicha criatura; quienes presenciaron el suceso decían simplemente que era un demonio. Examiné el gran árbol donde se había posado, pero no vi huellas de ninguna clase. Traté de buscar algún rastro en la espesura del bosque, pero en esta ocasión no pude soportar la visión de aquellos troncos morbosamente grandes, ni de aquellas raíces que, como serpientes gigantescas, se retorcían perversamente antes de hundirse en la tierra.

Mi siguiente paso fue estudiar de nuevo con cuidado microscópico la aldea deshabitada que con más frecuencia había visitado la muerte, y donde Arthur Munroe había visto algo que no pudo contar. Aunque mis estériles inspecciones anteriores habían sido extraordinariamente meticulosas, ahora teñía nuevos datos que comprobar; pues la macabra excavación de la fosa me había convencido de que al menos en una de sus fases, la monstruosidad había sido una criatura del subsuelo. Esta vez, el 14 de noviembre, concentré mi búsqueda especialmente en las laderas de Cone Mountain y Maple Hill, que dominaban la desventurada aldea, prestando especial atención a la tierra desprendida del corrimiento que presentaba esta última elevación.

Durante el registro de la tarde no saqué nada en claro; y empezaba a oscurecer cuando me encontraba en lo alto de Maple Hill contemplando la aldea, y la Montaña de las Tempestades, al otro lado del valle. Había habido una espléndida puesta de sol, y ahora salía la luna, casi llena, derramando su resplandor plateado sobre el llano, la ladera distante de la montaña, y los extraños montículos que se levantaban aquí y allá. Era un paisaje pacífico y arcaico; pero consciente de lo que se ocultaba en él, lo odié. Odié la luna burlona, el llano hipócrita, la montaña supurante, y aquellos montículos siniestros. Todo me parecía corrompido por un contagio abominable, e inspirado por una alianza nociva con poderes ocultos y anormales.

Luego, mientras contemplaba abstraído el panorama bañado por la luna, me llamaron la atención la singular disposición de determinados elementos

topográficos de naturaleza. Aunque carecía de conocimientos sólidos de geología, me había sentido interesado desde el principio por las lomas y los extraños montículos de la región. Había observado que estaban diseminados por una zona bastante extensa alrededor de la Montaña de las Tempestades, aunque eran menos abundantes en la llanura que en la cumbre de dicha elevación, donde las prehistóricas glaciaciones encontraron sin duda menos resistencias a sus sorprendentes y fantásticos caprichos. Ahora, a la luz de aquella luna baja que proyectaba alargadas sombras espectrales, me di cuenta con gran sorpresa que los diversos puntos y líneas del conjunto de montículos guardaban una extraña relación con la cima de la Montaña de las Tempestades. Dicha cima era indudablemente el centro del que partían de manera indefinida e irregular las líneas o filas de puntos, como si la impía mansión Martense hubiese extendido unos tentáculos visibles de terror. La idea de semejantes tentáculos me produjo un inexplicable estremecimiento, y dejé de analizar mis motivos para creer que estos montículos fueran fenómenos glaciares.

Cuanto más lo pensaba, menos creía que fuesen tal cosa; y ante mi mente recientemente iluminada comenzaron a surgir grotescas y horribles analogías basadas en aspectos superficiales y en mi experiencia bajo tierra. Antes de que me diese cuenta, había empezado a balbucear palabras frenéticas e incoherentes, hablando conmigo mismo: «¡Dios mio!... Son toperas... ese condenado lugar debe de ser una colmena... cuantos... aquella noche en la mansión... cogieron a Bennett y a Tobey primero... desde cada lado de donde estábamos...» Luego empecé a cavar frenéticamente en el montículo que tenía más cerca; cavé con desesperación, temblando, pero casi alborozado; cavé, y por último proferí un grito con insensata emoción, al descubrir un túnel o madriguera exactamente igual al que había explorado aquella noche demoníaca.

Después, recuerdo que eché a correr con la pala en la mano; fue una carrera horrible por el campo lleno de montículos iluminados por la luna y los escarpados precipicios cubiertos de bosque de las laderas; saltaba, gritaba y jadeaba, corriendo hacia la terrible mansión Martense. Recuerdo que cavé insensatamente por todo el sótano invadido de zarzas; cavé tratando de descubrir

el núcleo y el centro del maligno universo de montículos. Y recuerdo también cómo me reí al dar con el pasadizo: el agujero que había en la base de la vieja chimenea, donde crecía la espesa maleza y arrojaba extrañas sombras a la luz de la única vela que casualmente llevaba encima. No sabía aún qué se ocultaba en aquella colmena infernal, en espera de que un trueno lo despertara. Habían muerto ya dos entidades; tal vez no quedaban más. Pero aún sentía en mí la ardiente determinación de llegar hasta el más recóndito secreto del terror, que de nuevo me parecía definido, material y orgánico.

Mi indecisión entre inspeccionar el pasadizo inmediatamente, solo, con mi linterna de bolsillo, o tratar de reunir un grupo de colonos para efectuar el registro, fue interrumpida un momento después por una súbita ráfaga de viento que me apagó la vela y me dejó completamente a oscuras. La luna había dejado de filtrar su resplandor a través de las grietas y aberturas que tenía encima de mí, y con una sensación de alarma presagiosa oí que se aproximaba el rumor siniestro y significativo de una tormenta. Una confusa asociación de ideas se apoderó de mi cerebro, impulsándome a retroceder a tientas hacia el rincón más alejado del sótano. Mis ojos, sin embargo, no se apartaron un solo instante de la horrible abertura abierta en la base de la chimenea; y empecé a distinguir vagamente los ladrillos y la maleza, a medida que los lejanos relámpagos lograban traspasar la espesura exterior y filtrarse por las grietas de lo alto de las paredes. Cada segundo sentía que me consumía una mezcla de miedo y de curiosidad. ¿Qué haría surgir la tormenta... o quizá no quedaba nada ya que pudiese surgir? Guiado por el resplandor de un relámpago, me aposté tras un espeso matorral desde el que podía ver la abertura sin delatar mi presencia.

Si el cielo es misericordioso, algún día borraré de mi conciencia la escena que presencié y me dejará vivir mis últimos años en paz. Ahora ya no puedo dormir por la noche, y tengo que tomar narcóticos cuando truena. Aquello salió de pronto, inesperadamente; surgió un demonio, escabulléndose como una rata de los abismos profundos e inimaginables, un jadeo infernal y un gruñido ahogado; luego, del agujero de la chimenea irrumpió una vida multitudinaria y leprosa, un flujo nauseabundo, engendro nocturno de orgánica corrupción, más



devastadoramente horrenda que los más negros conjuros de la locura y la morbosidad mortal. Bullía, hervía, se elevaba, borboteaba como una baba de serpientes, se contorsionaba al emerger del boquete, extendiéndose como un contagio séptico, manando del sótano hacia todas las salidas... desbordándose por el bosque maldito y tenebroso para derramar en él el pavor, la locura y la muerte.

Sólo Dios sabe cuántos eran... miles quizá. Resultaba espantoso verlos brotar en esas cantidades a la luz intermitente de los relámpagos. Cuando empezaron a disminuir lo suficiente como para poderlos distinguir como organismos separados, vi que eran como demonios o simios deformes, enanos y peludos; caricaturas monstruosas y diabólicas de la tribu de los monos. Eran espantosamente mudos; apenas se oyó un chillido cuando uno de los rezagados se volvió con la habilidad de una larga práctica, sació su hambre en un compañero más débil. Los demás se abalanzaron sobre los restos y los devoraron con babeante fruición. Acto seguido, a pesar de mi aturdimiento, efecto de mi repugnancia y mi pavor, triunfó mi morbosa curiosidad; y cuando la última de las monstruosidades surgió viscosamente de aquel mundo inferior de desconocida pesadilla, saqué mi pistola automática y disparé, camuflando el estampido con los truenos.

Estridentes, escurridizas sombras torrenciales de viscosa locura persiguiéndose por los interminables y sangrientos corredores de cielo púrpura y fulgurante... fantasmas informes y mutaciones calidoscópicas de un escenario macabro y recordado; bosques de robles monstruosos e hinchados cuyas raíces se retuercen como culebras y succionan el jugo abominable de una tierra hirviente de demonios caníbales; tentáculos que emergen a tientas de subterráneos núcleos, dotados de poliposa perversión... insanos relámpagos por encima de muros infernales cubiertos por una hiedra maligna y arcadas demoníacas ahogadas por una vegetación fungosa... Bendito sea el cielo por haberme concedido el instinto que me guió inconsciente a lugares donde habitan los hombres: el pueblo pacífico que dormía bajo las plácidas estrellas de claros cielos.

Al cabo de una semana me había recobrado lo bastante como para pedir de Albany una partida de hombres para que dinamitaran la mansión Martense y

la Cima entera de la Montaña de las Tempestades, cegaran todas las madrigueras y talaran determinados árboles hinchados cuya mera existencia representaba un insulto a la cordura. Después de todo este trabajo, conseguí dormir un poco, aunque jamás me llegará el verdadero descanso mientras recuerde el abominable secreto del horror oculto. Me seguirá obsesionando; porque, ¿quién sabe si ha sido completa la exterminación, y si no existirán fenómenos análogos en el resto del mundo? ¿Quién, sabiendo lo que yo sé, puede pensar en las cavernas desconocidas de la tierra sin sufrir espantosas pesadillas ante las futuras posibilidades? No puedo asomarme a un pozo ni a una entrada de metro sin estremecerme... ¿por qué no me da el doctor algo que me haga dormir, o me calme de veras el cerebro cuando truena?

Lo que vi al resplandor de los relámpagos, tras dispararle al ser indescriptible, fue tan simple que casi transcurrió un minuto, antes de darme cuenta y caer en un estado de delirio. Era un ser nauseabundo, un gorila blancuzco e inmundado, de colmillos afilados y amarillentos y pelo enmarañado; el último producto de la degeneración mamífera; el resultado espantoso del aislamiento, la multiplicación y la alimentación caníbal en la superficie y en el subsuelo; la encarnación de todo lo que gruñe, de todo lo caótico que acecha temeroso detrás de la vida. Me había mirado al morir, y vi en sus ojos la misma extraña calidad de aquellos otros ojos que me habían mirado en el subsuelo, removiendo en mi interior brumosos recuerdos. Uno de los ojos era azul, y el otro castaño. Eran los ojos disimilares que la vieja leyenda atribuía a los Martense. Y en un asfixiante cataclismo de inexpresable horror, comprendí qué había sido de la desaparecida familia; la terrible casa de los Martense, enloquecida por las tormentas.

# LA NAVE BLANCA

---

H. P. Lovecraft<sup>21</sup>

Soy Basil Elton, guardián de la luz de North Point, tal como lo fueron mi padre y mi abuelo antes que yo. Alejado de la costa se alza el faro grisáceo, descollando sobre rocas sumergidas y fangosas que resultan visibles en la bajamar, pero que desaparecen de vista al subir las mareas. Ante ese faro han desfilado por espacio de un siglo los majestuosos bajeles de los siete mares. En tiempos de mi abuelo eran multitud; en los de mi padre no tanto, y ahora son tan pocos que a veces me siento extrañamente sólo, como si yo fuese el último hombre sobre nuestro planeta.

De costas lejanas llegaban aquellas embarcaciones con blancas velas de antaño; de lejanas costas al oriente, donde brillan soles cálidos y dulces aromas flotan sobre extraños jardines y templos gentiles. Los viejos capitanes se llegaban con frecuencia a mi abuelo y se lo contaban, y él se las relataba a su vez a mi padre, y mi padre me las transmitía a mí en las largas tardes de otoño, cuando el levante aúlla de forma espantosa. Y yo he leído más acerca de tales cosas, y de otras parecidas, en libros que los hombres me dieron cuando era joven y pletórico de inquietudes.

Pero más maravilloso que la sabiduría de los ancianos y el saber de los libros resulta el conocimiento secreto del océano. Azul, verde, gris, blanco o negro; bonancible, picado o montañoso; ese océano jamás calla. Durante toda mi vida lo he visto y escuchado, y lo conozco bien. Al principio me contaba tan sólo sencillos cuentecillos acerca de playas tranquilas y puertos cercanos, pero con el pasar de los años fue tornándose más amistoso y me habló de otras cosas. A veces, durante el crepúsculo, los vapores grises de horizonte se abrían para darme un atisbo de las rutas que hay más allá; y en ocasiones, durante la noche, las aguas profundas se han vuelto claras y fosforescentes para otorgarme una ojeada sobre los caminos de abajo. Y tales visiones han sido tanto de los caminos que

---

<sup>21</sup> The white ship.

son como de los que pudieran ser, así como de los que fueron; ya que el océano es más viejo que las montañas y acarrea las memorias y los sueños del Tiempo.

Del sur era de donde solía arribar la nave blanca cuando la luna lucía llena y alta en los cielos. Del sur, bogando tranquila y silenciosa. Y estuviera el mar agitado o en calma, y fuera el viento favorable o contrario, siempre bogaba tranquila y silenciosa, el velamen desplegado y las largas filas de remos moviéndose al compás. Una noche columbré sobre cubierta a un hombre barbudo y togado, y parecía llamarme con señas a embarcar hacia incitantes costas desconocidas. Desde entonces, pude verlo multitud de veces a la luz de la luna llena, y en cada ocasión me reclamaba por señas.

Con gran fulgor resplandecía la luna la noche en que respondí a su llamada, vadeando las aguas hacia la Nave Blanca, sobre un puente de rayos lunares. El hombre que me hiciera señas me dio ahora la bienvenida en un idioma que se me antojó conocer bien, y las horas se colmaron de amables cantos de remeros mientras bogábamos hacia el sur misterioso, teñido en oro por el resplandor de aquella luna llena, madura.

Y al romper el alba, rosado y resplandeciente, avisté la ribera verde de una tierra lejana, bella y luminosa; desconocida para mí. Sobre el mar se alzaban nobles terrazas de verdor, salpicadas de árboles y mostrando aquí y allá relucientes tejados blancos y columnatas de extraños templos. Al alcanzar la orilla verde, el hombre barbado me dijo que en tal tierra, la Tierra de Zar, es donde moran todos los sueños y pensamientos hermosos que llegan alguna vez al hombre y que son olvidados más tarde. Y cuando observé las terrazas de nuevo, vi que había dicho verdad, ya que entre las visiones que se me mostraban había multitud de cosas que alguna vez atisbara entre las brumas de más allá del horizonte y entre las fosforescentes profundidades del océano. Había asimismo formas y fantasías más esplendorosas que cuanto hubiera conocido hasta entonces; las visiones de jóvenes poetas que murieron en la indigencia antes de que el mundo pudiera conocer cuanto vieron y soñaron. Pero nosotros no hicimos pie en las inclinadas praderas de Zar, ya que está escrito que quien las holle jamás volverá a sus costas natales.

Mientras la Nave Blanca navegaba alejándose en silencio de las terrazas llenas de templos de Zar, descubrimos en lontananza las agujas de una poderosa ciudad; y el hombre barbado me dijo:

- Ésa es Thalarión, la Ciudad de las Mil Maravillas, donde residen todos aquellos misterios que el hombre ha tratado siempre en vano de sondear.

Y yo observé de nuevo, con mayor detenimiento, y vi que la ciudad era la mayor de cuantas hubiera conocido o soñado antes. Los pináculos de sus templos rozaban los cielos, de forma que hombre alguno podía contemplar las cúspides; y hasta más allá del horizonte se alzaban las formidables murallas grises sobre las que uno podía atisbar tan sólo unos pocos tejados, extraños y ominosos, aunque adornados con hermosos frisos y esculturas seductoras. Anhelé terriblemente el poder acceder a esa fascinante y, a un tiempo, espantosa, ciudad, e imploré al hombre barbado que me desembarcara en el muelle de piedra que hay junto a la puerta Akariel, inmensa y tallada, pero él se negó con amabilidad a mis deseos, diciendo:

- Muchos son los que han acudido a Thalarión, la ciudad de las Mil Maravillas, pero ninguno ha regresado. Tras sus muros sólo habitan demonios y seres enloquecidos que han dejado de ser humanos, y las calles blanquean con los huesos insepultos de quienes han contemplado al espectro de Lathi, que rige sobre la ciudad.

Así que la Nave Blanca se hizo a la vela, abandonando los muros de Thalarión, y siguió tras un pájaro que emigraba al sur, cuyo llamativo plumaje hacía juego con el cielo en el que había aparecido.

Entonces arribamos a una costa bella y gozosa, repleta de flores de todos los colores, en la que, hasta donde alcanzaba la vista, podíamos ver hermosas arboledas y radiantes pérgolas al sol del mediodía. De los emparrados de más allá nos llegaban estallidos de canciones y retazos de lírica armonía, entremezclados con leves risas, tan deliciosas que acució a los remeros en mi ansiedad por alcanzar el sitio. Y el hombre barbado no pronunció palabra, pero me observaba según nos aproximábamos a la orilla bordeada de lirios. Bruscamente, un viento, soplando sobre las praderas floridas y los bosques frondosos, nos trajo un olor

que me hizo estremecer. El viento arreció y el aire se llenó con el olor letal y putrefacto de las ciudades apestandas y los cementerios descubiertos. Y mientras bogábamos con rapidez lejos de esa costa maldita, el hombre barbado habló por fin, diciendo.

- Ésa es Xura, la Tierra de los Placeres Inalcanzados.

Así que de nuevo la Nave Blanca siguió al pájaro de los cielos sobre mares benditos por la calidez, abanicados por brisas aromáticas que acariciaban. Día tras día y noche tras noche navegamos, y cuando la luna estaba llena podíamos escuchar los amables cantos de los remeros, dulces como en aquella noche lejana en que navegamos alejándonos de mi tierra natal. Y fue a la luz de la luna que anclamos al fin en el puerto de Sona-Nyl, que está custodiado por dos promontorios gemelos de cristal que se alzan sobre las aguas, uniéndose en un arco resplandeciente. Ésa es la tierra de la Fantasía, y alcanzamos su verde orilla sobre un puente dorado de rayos lunares.

En la Tierra de Sona-Nyl no existe el tiempo ni el espacio, ni sufrimiento o muerte; y allí moré durante incontables eones. Verdes son los pastos y las arboledas, llamativas y fragantes las flores, azules y musicales las corrientes, claras y frías sus fuentes, e imponentes y magníficos los templos, castillos y ciudades de Sona-Nyl. En esa tierra no hay fronteras, ya que más allá de cada panorámica de belleza se alza otro aún más hermoso. Por sus campos y entre el esplendor de sus ciudades vagan a placer gentes alegres, todas ellas tocadas por una gracia pura y alegría sin tacha. En los eones en que residí allí, vagabundeeé ebrio de felicidad a través de jardines en los que se alzaban pintorescas pagodas, sobre macizos placenteros, y en donde los paseos blancos están bordeados de delicadas flores. Remonté colinas amables desde cuyas cimas pude avistar fascinantes panoramas de ensueño, con antiguas poblaciones acurrucadas en valles de verdor, y con las cúpulas doradas de ciudades inmensas refulgiendo en el horizonte sin fin. Y contemplé el mar, rutilante a la luz de la luna, los promontorios de cristal y el plácido puerto donde aguardaba anclada la Nave Blanca.

De nuevo era luna llena la noche, en el inmemorial año de Thar, en que

vi perfilarse la incitante silueta del pájaro celestial y sentí la primera punzada de inquietud. Entonces acudí al hombre barbado y le hablé de mi repentino afán por ir a la remota Cathuria, que ningún hombre ha visto, pero a que todos suponen que se halla más allá de los pilares de basalto de occidente. Ésa es la Tierra de la Esperanza y en ella refulgen los modelos ideales de cuanto conocemos; o eso es al menos lo que cuentan los hombres. Pero el hombre barbado me replicó:

- Guárdate de aquellos mares peligrosos en que los hombres dicen que se halla Cathuria. En Sona-Nyl no existen ni dolor ni muerte, ¿pero quién puede decir lo que aguarda tras los pilares de basalto de Occidente?

No obstante, con la siguiente luna llena abordé la Nave Blanca y, en compañía del hombre barbado., ahora reacio, dejé aquel puerto feliz rumbo a mares inexplorados.

Y el pájaro de los cielos volaba ante nosotros, guiándonos hacia las columnas basálticas de occidente, pero en esa ocasión los remeros no cantaban amables canciones bajo la luna llena. En mi imaginación a menudo me pintaba la desconocida Tierra de Cathuria con sus espléndidas arboledas y palacios, preguntándome qué nuevos placeres me aguardaban. «Cathuria», me decía, «es el hogar de los dioses y la tierra de desconocidas ciudades de oro. Sus selvas están formadas por aloe 'y sándalos, a semejanza de las fragantes arboledas de Camorín, y entre los árboles revolotean hermosos pájaros trinando sus melodías. En las verdes y floridas montañas de Cathuria se alzan templos de mármol rosa, embellecidos con glorias pintadas y esculpidas, albergando en sus patios frescas fuentes argentinas que dan el contrapunto con su música encantadora a las perfumadas aguas que proceden del río Narg, que brota de una gruta. Y las ciudades de Cathuria están circundadas por murallas doradas, y sus calles son asimismo de oro. En los jardines de tales ciudades hay extrañas orquídeas y lagos perfumados cuyos lechos son de ámbar y coral. En las noches, las calles y los jardines se encienden con bellas linternas forjadas en las conchas tricolores del carey, y allí resuenan las amables notas del cantor y del laúd. Y las casas de las ciudades de Cathuria son todas palacios, cada una de ellas edificada sobre un fragante canal alimentado por las aguas del sagrado Narg. De mármol y pórfido

son las casas, techadas con resplandeciente oro que refleja los rayos del sol y realza el esplendor de las ciudades a ojos de los dioses bienaventurados que las contemplan desde picos distantes. Hermoso sobre todo ello resulta el palacio del gran monarca Dorieb, a quien unos tienen por semidiós y otros por una deidad. Alto se alza el palacio de Dorieb, y resultan innumerables los torreones de mármol sobre sus muros. En sus amplios salones se dan cita las multitudes, y allí penden los trofeos de las eras. Y el techo es de oro puro, sustentado por altas columnas de rubí y lapislázuli, ostentando figuras talladas de dioses y héroes tales que el observador cree estar ante el Olimpo viviente. Y el suelo del palacio es de cristal bajo el que fluyen las aguas del Narg, ingeniosamente iluminadas y embellecidas por vistosos peces desconocidos más allá de las fronteras de la bendita Cathuria.

Así me hablaba a mí mismo de Cathuria, pero el hombre barbado me instaba sin descanso a volver a las felices orillas de Sona-Nyl; ya que Sona-Nyl, es conocida por los hombres, mientras que nadie ha llegado a contemplar Cathuria.

Y a los treinta y un días de seguir al pájaro, avistamos las columnas basálticas de occidente. Se hallaban envueltas en bruma, de forma que nadie podía atisbar más allá de ellas, o entrever sus cumbres... que de hecho algunos suponen alcanzando los cielos. Y el hombre barbado me suplicó de nuevo que volviéramos, pero no le hice caso; ya que entre las brumas que había más allá de las columnas de basalto creí oír las notas del cantor y el laúd; más dulces que la más dulce canción de Sona-Nyl, y entonando mi propia alabanza; alabanza en mi honor, que había viajado lejos bajo la luna llena y habitado la Tierra de la Fantasía.

Así que la Nave Blanca se adentró en la bruma que había entre los pilares basálticos de occidente, buscando los sonos de esa melodía. Y cuando la música se detuvo y la bruma se alzó, no vimos la tierra de Cathuria, sino un mar alborotado e irresistible sobre el que nuestro inerme bajel fue arrastrado hacia un fin desconocido. Pronto llegó a nuestros oídos, desde el lejano horizonte, el titánico bramar de una catarata monstruosa, allí donde los océanos del mundo se



desplomaron en una nada abismal. Entonces el hombre barbado me habló con lágrimas en las mejillas:

- Hemos desdeñado la hermosa Tierra de Sona-Nyl, que jamás volveremos a ver. Los dioses son más grandes que los hombres, y han vencido.

Y yo cerré los ojos ante el impacto que se avecinaba, apartándolos de la imagen del pájaro celestial, que agitaba sus burlonas alas azules sobre el borde del torrente.

Tras el choque llegó la negrura, y escuché el griterío de hombres y seres inhumanos. Del oriente se alzaron vientos tempestuosos, y me sentí helar mientras me acurrucaba en un trozo de piedra húmeda que se había alzado bajo mis pies. Luego escuché otro golpe y abrí los ojos para descubrirme sobre la plataforma de aquel faro que abandonara navegando muchos eones atrás. En la oscuridad de abajo se divisaban los grandes perfiles de un buque encallado en las rocas crueles y, mientras observaba los restos, comprendí que la luz se había apagado por primera vez desde que mi abuelo ocupara su puesto.

Y en la última observación de la noche, al entrar en la torre, vi en el muro un calendario que estaba tal y como lo dejara una hora antes de embarcar. Al alba descendí de la torre y busqué los restos del naufragio entre las rocas, pero tan sólo hallé esto: un extraño pájaro color azul cielo, y un mástil hecho añicos, de una blancura mayor que la de la espuma de las olas o la nieve de las montañas.

Y desde entonces el océano no ha vuelto a contarme sus secretos, y, aunque muchas veces la luna ha brillado llena y alta en los cielos, la Nave Blanca nunca ha vuelto del sur.

## **POLARIS**

---

**H. P. Lovecraft**

A través de la ventana norte de mi estancia, la estrella Polar refulge con

luz extraordinaria. En las espantosas horas de negrura brilla en ese lugar. Y durante el otoño, cuando los vientos del norte maldicen y gimotean, y los árboles tornados en rojo del pantano se susurran cosas entre sí, en las tempranas horas de madrugada bajo la luna menguante y cornuda, me siento en el alféizar y observo a esa estrella. Justo debajo titila la brillante Casiopea con el pasar de las horas, mientras el Carro se alza con pesadez entre los árboles envueltos en brumas del pantano, que el viento nocturno hace balancear. Justo antes del alba, Arturo parpadea rubicunda sobre el cementerio del altozano y la Cabellera de Berenice reluce furiosa a lo lejos, sobre el misterioso oriente; pero aún la estrella Polar continúa en el mismo sitio de la negra bóveda, parpadeando odiosa como un malsano ojo vigilante que pugnara por transmitir algún extraño mensaje, aunque sin recordar nada excepto que tenía un mensaje que transmitir. A veces, cuando está nublado, puedo dormir.

Recuerdo a la perfección la noche de la gran Aurora, cuando sobre el pantano bailaban los alucinantes reflejos de luz demoníaca. Tras los destellos llegaron las nubes, y entonces pude conciliar el sueño.

Y fue bajo una luna cornuda y menguante cuando divisé por primera vez la ciudad. Se hallaba silenciosa y somnolienta, en una extraña meseta de un collado entre dos extraños picos. De espantable mármol eran sus muros y torres, sus columnas, cúpulas y pavimentos. En las calles marmóreas se alzaban columnas de mármol con los remates tallados en imágenes de solemnes hombres barbados. La atmósfera resultaba cálida y calmosa. Y arriba, apenas a diez grados del cenit, resplandecía la vigilante estrella Polar. Contemplé durante largo rato la ciudad, pero el día no llegaba. Cuando el rojizo Aldebarán, que fulguraba a baja altura sin llegar a ponerse jamás, se había arrastrado una cuarta parte del camino en torno al horizonte, atisbé luz y movimiento en las calles y las casas. Gentes de vestiduras extrañas, nobles y familiares a un tiempo, salían a las calles y bajo la luna cornuda y menguante los hombres hablaban con sensatez en una lengua que me resultaba familiar, aun cuando era diferente a cualquier idioma que hubiera conocido antes. Y cuando el rojo Aldebarán se hubo deslizado más de la mitad del camino alrededor del horizonte, retornaron la oscuridad y el silencio.

Al despertar, ya no fui el mismo. En mi memoria se había grabado la visión de la ciudad y en mi espíritu se alzaba otra reminiscencia, aún más vaga, de cuya naturaleza entonces no me hallaba muy seguro. En adelante, durante las noches nubladas en las que podía dormir, atisbé con frecuencia la ciudad; a veces bajo esa luna cornuda y menguante, y en ocasiones bajo los rayos amarillos de un sol que no se ponía pero que rotaba lentamente alrededor del horizonte. Y en las noches despejadas la estrella Polar acechaba como no lo hiciera nunca antes.

De forma gradual, comencé a preguntarme cuál sería mi sitio en esa ciudad de la extraña meseta entre extraños picos. Alegre al principio de contemplar la escena como observador incorpóreo y omnipresente, comencé luego a ansiar el definir mi relación con ella, y medir mis talentos entre los graves personajes que platicaban a diario en la plaza pública. Me decía: «Esto no es un sueño, ¿por qué medio podré probar su superior realidad sobre esta otra de la casa de piedra y ladrillo al sur del siniestro pantano y el cementerio del altozano, donde la estrella Polar escudriña a través de mi ventana norte cada noche?

Una noche, mientras escuchaba la discusión en la gran plaza de múltiples estatuas, percibí un cambio y noté que tenía al fin forma corpórea. Pero yo no era forastero en las calles de Olathoé, que se alza en la meseta de Sarkis, entre los picos Noton y Kadiphonek. Era mi amigo Alos quien hablaba, y su alocución era agradable a mi espíritu, pues se trataba del discurso de un hombre cabal y un patriota. Esa noche habían llegado nuevas sobre la caída de Daiko y sobre el avance de los Inutos; demonios amarillos, achaparrados, infernales, que cinco años atrás llegaran del oeste ignoto para devastar los confines de nuestro reino, y que acabaron sitiando nuestras ciudades. Habiéndose apoderado de las fortalezas al pie de las montañas, ahora gozaban de paso franco a la meseta, a no ser que cada ciudadano pudiera hacerles frente con la fuerza de diez hombres. Ya que las rechonchas criaturas eran duchas en las artes guerreras y carecían del escrupuloso honor que disuadía a nuestros hombres altos y de ojos grises de Lomar de lanzarse a una conquista despiadada.

Mi amigo Alos era el jefe de todas las fuerzas de la meseta, y en sus

manos estaba la última esperanza de nuestra patria. En esta ocasión hablaba de los peligros que habría que afrontar, y exhortaba a los hombres de Olathoé, los más bravos de entre los lomarios, a mantener las tradiciones de sus antepasados, quienes al verse obligados a emigrar al sur de Zobna ante el avance de los hielos (tal como nuestros descendientes habrán algún día de huir de la tierra de Lomar) arrojaron valerosa y victoriosamente ante sí a los peludos y brazilargos caníbales Gnophekehs que se interponían en su camino. A mí, Alos me había denegado el alistamiento, ya que era enfermizo y propenso a una extraña debilidad ante cualquier tensión y esfuerzo. Pero mis ojos eran los más agudos de la ciudad a pesar de las horas que cada día empleaba en el estudio de los manuscritos Pnakoticos y la sabiduría de los Padres Zobnarianos; por lo que mi amigo, no queriendo condenarme a la inacción, me otorgó el empeño que resultaba el penúltimo en importancia. Me envió a la torre de vigilancia de Thapnen, donde serviría con los ojos a nuestro ejército. De intentar los inutos conquistar la ciudadela a través del pico Noton, sorprendiendo así a la guarnición, debía encender el fuego que pondría sobre aviso a los soldados de guardia, salvando así a la ciudad de un inmediato desastre.

A solas ascendí la torre, ya que hasta el último hombre era necesario en los desfiladeros de abajo. Mi cerebro se veía dolorosamente ofuscado por la excitación y la fatiga, ya que no había dormido en muchos días; aunque mi propósito se mantenía firme, porque amaba a mi tierra natal de Lomar, así como a la ciudad de mármol de Olathoé, ubicada entre los picos Noton y Kadiphonek.

Pero mientras estaba en la estancia superior de la torre, observé a la cornuda luna menguante, roja y siniestra, estremeciéndose entre los vapores que pendían sobre el lejano valle de Banof. Y, a través de una abertura en el techo, resplandecía la pálida estrella Polar, agitándose como si estuviera viva, espiándome como un demonio tentador. Creo que su espíritu me susurraba malvados consejos, arrastrándome a una traidora somnolencia con una promesa condenadamente rítmica que se repetía una y otra vez.

«Duerme, vigía, hasta que las esferas

Veintiséis mil años

Hayan girado, y yo tornado  
Al sitio donde ahora fulguro.  
Otras estrellas en su momento se alzarán  
En el eje de los cielos;  
Astros que alivien y astros que bendigan  
Con dulce olvido:  
Tan sólo al final de mi giro  
El pasado vendrá a tocar tu puerta.»

Me debatí en vano contra el sopor, tratando de interconectar esas extrañas palabras con alguna de las tradiciones celestes conocidas en los manuscritos Pnakóticos. La cabeza, pesada y vacilante, se me venció sobre el pecho y, al mirar de nuevo, lo hice entre sueños; con la estrella Polar burlándose de mí a través de una ventana, sobre los árboles horriblemente oscilantes de un onírico pantano. Y aún sueño.

En mi vergüenza y desesperación a veces grito frenéticamente, implorando a las criaturas de ensueño que me rodean que me despierten, no sea que los inutos se escabullan por el desfiladero al pie del pico Noton y se apoderen por sorpresa de la ciudadela; pero tales criaturas son demonios, ya que se ríen de mí y me dicen que estoy soñando. Se mofan mientras duermo, y los achaparrados enemigos amarillos pueden estar mientras deslizándose en silencio hacia nosotros. He fallado en mi deber y traicionado a la marmórea ciudad de Olathoé; he fallado a Alos, mi amigo y comandante. Pero todavía esas sombras del sueño me escarnecen. Dicen que no existe tierra de Lomar, salvo en mi imaginación, que en aquellas tierras donde la estrella Polar brilla alta y el rojo Aldebarán repta a ras de horizonte no existe sino hielo y nieve desde hace milenios, y que ningún hombre mora allí excepto achaparradas criaturas amarillas consumidas por el frío que se hacen llamar «esquimales».

Y mientras escribo en mi culpable agonía, frenético por salvar la ciudad cuyo peligro crece a cada momento, tratando de espantar en vano ese antinatural sueño de una casa de piedra y ladrillo al sur de un siniestro pantano y un cementerio en un bajo altozano, la estrella Polar, maligna y monstruosa, me

acecha desde la negra bóveda; parpadeando odiosa como un malsano ojo vigilante que pugnara por transmitirme algún extraño mensaje, aunque sin recordar nada excepto que tenía un mensaje que transmitir.

## LOS OTROS DIOSES

---

H. P. Lovecraft<sup>22</sup>

Los dioses de la tierra habitan la cumbre más alta del mundo y no consienten que ningún hombre presuma de haberles puesto los ojos encima. Antaño moraban en cimas menores; pero una y otra vez los hombres de las llanuras escalaban las laderas de roca y nieve, empujando a los dioses hacia montañas cada vez más altas, hasta que ahora sólo les queda la última. Al abandonar sus viejos picos se llevaron consigo sus propios signos; excepto una vez que, según se dice, dejaron una imagen tallada en la ladera de una montaña llamada Ngranek.

Pero ahora se han recogido a la desconocida Kadath, en la helada inmensidad que ningún hombre ha hollado, y se han vuelto adustos, careciendo de otro pico más alto al que retirarse ante el avance de los hombres. Se han vuelto severos, y donde antes soportaban que los hombres los desplazasen, ahora prohíben su llegada, o, en caso de llegar, les impiden marcharse. Es mejor que los hombres nada sepan de Kadath en la helada inmensidad, ya que querrían escalarla insensatamente.

A veces, cuando los dioses de la tierra sienten añoranza, visitan en la noche calma los picos que una vez habitaron, y lloran mansamente mientras intentan jugar tal como solían en las añoradas laderas. Los hombres han notado las lágrimas de los dioses en el nevado Thurai, aunque lo consideraron lluvia, y oído los suspiros de los dioses en los lastimeros vientos matutinos de Lerion. Los

---

<sup>22</sup> The other gods.

dioses gustan de viajar en naves de nubes, y los sabios labriegos conservan leyendas que los hacen rehuir algunos picos altos las noches que está nublado, ya que los dioses no son ya tan benévoloos como antaño.

En Ulthar, más allá del río Skai, vivió una vez un anciano deseoso de contemplar a los dioses de la tierra; un personaje versado en los siete libros crípticos de Hsan, familiarizado con los manuscritos Pnakóticos de la lejana y helada Lomar. Su nombre era Barzai el Sabio, y los lugareños cuentan como ascendió la montaña la noche del extraño eclipse.

Barzai conocía tan bien a los dioses que podía contar de sus idas y venidas, y suponía tanto de sus secretos que se consideraba a sí mismo como un semidiós. Fue él quien aconsejó con sabiduría a los habitantes de Ulthar cuando aprobaron su famosa ley contra el matar gatos, y quien primero contó al joven sacerdote Atal adónde habían ido los gatos negros la medianoche de la víspera de San Juan. Barzai era ducho en la sabiduría de los dioses de la tierra y estaba poseído por el deseo de contemplar sus rostros. Suponía que su gran saber oculto de los dioses lo protegería de sus iras, por lo que decidió acudir a la cima de la alta y pétrea Hatheg-Kla la noche en que sabía que encontraría allí a los dioses.

Hatheg-Kla se encuentra lejos, en los desiertos pedregosos que hay más allá de Hatheg, que le da nombre, y se alza como una estatua de roca en un templo de silencio. Alrededor del pico las brumas se agitan siempre tristes, ya que éstas son el recuerdo de los dioses, y los dioses amaban Hatheg-Kla cuando habitaban su cima en los viejos días. A menudo los dioses de la tierra visitan Hatheg-Kla en sus naves de nubes, lanzando pálidos vapores sobre las laderas mientras bailan con añoranza sobre la cima, a la luz de la luna clara. Los aldeanos de Hatheg dicen que no es bueno subir a Hatheg-Kla en ningún momento, y mortal hacerlo las noches en que los pálidos vapores ocultan la cima y la luna; pero Barzai no les prestó atención al llegar de la vecina Ulthar con el joven sacerdote Atal, su discípulo. Atal era sólo el hijo de un ventero y a veces tenía miedo; pero el padre de Barzai fue un noble señor que viviera en un viejo castillo, así que no albergaba plebeyas supersticiones en su sangre, y se limitó a burlarse de los temerosos paletos.

Barzai y Atal salieron de Hatheg al pedregoso desierto a pesar de las súplicas de los campesinos y, en torno a sus fuegos de campamento hablaban sobre los dioses de la tierra. Viajaron muchos días y divisaban a lo lejos el orgulloso Hatheg-Kla con su aureola de brumas tétricas. Al decimotercer día llegaron a la base de la solitaria montaña y Atal reveló sus temores. Pero Barzai era viejo y sabio y no tenía miedo, así que abrió audazmente la marcha por la ladera que ningún hombre había escalado desde los tiempos de Sansu, tal como está temerosamente escrito en los mohosos manuscritos Pnakóticos.

El camino era pedregoso, peligroso por los barrancos, los riscos y los desprendimientos de rocas. Más tarde se convirtió en frío y nevado, y Barzai y Ata; solían resbalar y caer mientras excavaban y avanzaban hacia delante mediante piquetas y hachas. Por último, el aire se volvió tenue, el cielo cambió de color y a los escaladores se les hizo difícil el respirar; pero todavía se afanaban, siempre hacia delante, maravillándose ante lo extraño de la escena, estremeciéndose ante el pensamiento de lo que podía ocurrir en la cima cuando la luna se esfumase y los pálidos vapores se extendieran alrededor. Ascendieron hacia lo alto durante tres días, más arriba y más arriba hacia el techo del mundo, y luego acamparon para esperar que la luna se nublase.

No hubo nubes durante cuatro noches, y la luna brillaba helada a través de las brumas delgadas y tristonas que rodeaban la cima silenciosa. Pero a la quinta noche, que era noche de luna llena, Barzai vio espesas nubes a lo lejos, hacia el norte, y se puso a observar con Atal cómo se acercaban. Bogaban pesadas y majestuosas, avanzando lenta y deliberadamente, circundando el pico por encima de los observadores, ocultando a la vista la luna y la cumbre. Durante una hora larga observaron cómo los vapores se arremolinaban y la pantalla de nubes iba espesándose y agitándose. Barzai era ducho en la sabiduría de los dioses de la tierra y aguzaba con avidez el oído, esperando ciertos sonidos, pero Atal sentía el frío de los vapores y el temor de la noche, y tenía mucho miedo. Y cuando Barzai comenzó a escalar más arriba y le hizo señas impacientes, pasó cierto tiempo antes de que Atal lo siguiera.



Tan espesos eran los vapores que el camino se hizo arduo, y aunque al final Atal se puso en marcha, apenas podía distinguir la silueta gris de Barzai en la neblinosa ladera contra la velada luz lunar. Barzai iba muy adelantado y, a pesar de su edad, parecía escalar con mayor facilidad que Atal, no temiendo la pendiente, que empezaba a ser demasiado escarpada para cualquiera que no fuera un hombre fuerte y valeroso, sin detenerse ante los grandes abismos negros que Atal apenas podía saltar. Y así subieron con esfuerzo, sobre rocas y abismos, resbalando y dando traspiés, temiendo a veces la inmensidad y el horrible silencio de los desolados pináculos de hielo y las calladas laderas de granito.

Bruscamente, Barzai salió de la vista de Atal, escalando un risco espantoso que parecía ladearse hacia fuera, bloqueando el camino a cualquier escalador que no estuviera inspirado por los dioses de la tierra. Atal estaba muy abajo, pensando qué hacer al llegar allí, cuando advirtió perplejo que la luz había aumentado de forma considerable, como si el pico sin nubes, el lugar donde los dioses se reunían a la luz de la luna, estuviera muy cerca. Y mientras remontaba hacia el risco combado y el cielo luminoso sintió temores más estremecedores que los que antes conociera. Entonces, entre las grandes brumas, escuchó al invisible Barzai vociferando en salvaje exultación:

— ¡He oído a los dioses! ¡He oído a los dioses de la tierra cantando sus celebraciones en Hatheg-Kla! ¡Ahora, Barzai el profeta conoce las voces de los dioses de la tierra! ¡Las brumas son tenues y la luna brillante, y yo veré a los dioses bailando de forma extraña en la Hatheg-Kla que amaron en su juventud! ¡La sabiduría de Barzai lo hace más grande que los dioses de la tierra, y contra su voluntad nada pueden sus hechizos y sus trabazones; Barzai contemplará a los dioses, los orgullosos dioses, los dioses secretos, los dioses de la tierra que desdeñan las miradas de los hombres!

Atal no podía oír las voces que escuchaba Barzai, pero ahora se hallaba cerca del risco colgante y lo estudiaba buscando un paso. Entonces escuchó la voz de Barzai tornarse más aguda y estridente:

— La bruma es muy tenue y la luna arroja sombras sobre las laderas; las voces de los dioses de la tierra son altas y extrañas, y sienten temor ante la

llegada de Barzai el Sabio, que es más grande que ellos... la luz de la luna tiembla mientras los dioses de la tierra danzan a su compás; puedo ver las formas danzantes de los dioses que saltan y aúllan a la luz de la luna... la luz es más débil y los dioses tienen miedo...

Mientras Barzai vociferaba tales asertos, Atal sintió un espectral cambio en el aire, como si las leyes de la tierra fuera anuladas por leyes aún más grandes, ya que aunque el camino resultaba más empinado que nunca, el ascenso se le hacía ahora espantosamente fácil, y el risco bulboso apenas fue obstáculo cuando llegó a él y se deslizó arriesgadamente por su cara convexa. La luz de la luna había desaparecido de forma extraña, y mientras Atal se afanaba en avanzar por la brumas, escuchó a Barzai el Sabio que gritaba entre las sombras:

— La luna se ha escondido, y los dioses danzan en la noche; hay terror en los cielos, ya que la luna se ha sumido en un eclipse ignorado por los libros de los hombres y los de los dioses de la tierra... hay magia desconocida en Hatheg-Kla, ya que los gritos de los atemorizados dioses se han tornado en risas y las laderas de hielo ascienden sin fin hacia los cielos negros en los que me voy adentrando... ¡Ah! ¡Ah! ¡Por fin! *¡En la luz mortecina veo a los dioses de la tierra!*

Y entonces Atal, resbalando aturdido hacia arriba por pendientes inconcebibles, oyó en la oscuridad una risa estremecedora mezclada con un grito que hombre alguno, excepto en el Flegetón de pesadillas indecibles, ha oído jamás; un grito que reverberaba con todo el horror y la angustia de una vida de búsqueda condensada en un atroz instante.

— ¡Los otros dioses! ¡Los otros dioses! Los dioses de los infiernos exteriores que guardan a los débiles dioses de la tierra!... ¡Aparta la vista! ¡Retrocede!... ¡No mires! ¡La venganza del abismo infinito... Ese maldito, ese pozo terrible... dioses misericordiosos de la tierra, *me caigo al cielo!*

Y mientras Atal cerraba los ojos y se tapaba los oídos e intentaba retroceder contra el espantoso tirón de ignotas alturas, resonó sobre el Hatheg-Kla el terrible estruendo del trueno que despertó a los pacíficos granjeros de las llanuras y a los honrados burgueses de Hatheg y Nir y Ulthar, y le llevó a mirar a

través de las nubes aquel extraño eclipse de luna no pronosticado en libro alguno. Y cuando al fin volvió la luna, Atal se encontraba a salvo en las nieves inferiores de la montaña, fuera de la vista de los dioses de la tierra, o de la de los otros dioses.

Ahora se dice en los mohosos manuscritos Pnakóticos que Sansu no halló sino hielo y mudas piedras al ascender el Hatheg-Kla en la juventud del mundo. Pero cuando los hombres de Ulthar y Nir y Hatheg vencieron sus miedos y escalaron a la luz del día esas hechizadas laderas en busca de Barzai el Sabio, encontraron un símbolo curioso y ciclópeo de cinco codos de ancho grabado en la piedra desnuda, como si la roca hubiera sido hendida por algún cincel titánico. Y el símbolo era igual al que algunos eruditos han visto en esas espantosas secciones de los manuscritos Pnakóticos que resultan demasiado antiguas para ser legibles. Eso fue lo que encontraron.

Nunca dieron con Barzai el Sabio, ni pudieron convencer al santo sacerdote Atal para que rezase por el reposo de su alma. Además, hoy en día la gente de Ulthar y Nir y Hatheg teme los eclipses y reza las noches en que los pálidos vapores ocultan la cima de la montaña y la luna. Y entre las brumas de Hatheg-Kla danzan a veces los dioses de la tierra, presas de la añoranza, porque se saben a salvo, y gustan de volver desde la desconocida Kadath en busca de las nieves a jugar a la antigua usanza, tal como hacían cuando la tierra era joven y los hombres poco propensos a. escalar lugares inaccesibles.

---

## LA SOMBRA FUERA DEL ESPACIO

---

H. P. LOVECRAFT & AUGUST DERLETH<sup>23</sup>

– *Si hay algo que nos salva en este mundo... es la incapacidad de la mente humana para correlacionar todos sus*

---

<sup>23</sup> The shadow out of space (1957), mais uma obra de Derleth com a assinatura de Lovecraft.

*contenidos. Vivimos en una isla de ignorancia en medio de los mares negros del infinito, y no estamos hechos para viajar lejos...*

## I

Si es cierto que el hombre vive siempre al borde de un abismo, entonces casi todos los hombres deben experimentar momentos de algo que llamaríamos nivel precognoscitivo, cuando las vastas e imperceptibles profundidades que existen siempre bordeando el pequeño mundo del hombre se convierten por un momento en tangibles, cuando el terrible pozo de conocimientos sin frontera, que incluso las mentes más brillantes sólo han vislumbrado, asume una apariencia borrosa capaz de llenar de terror al corazón más duro. ¿Conoce algún ser viviente los verdaderos orígenes de la humanidad? ¿O el lugar que al hombre le corresponde en el universo? ¿Sabe si el hombre está destinado al ignominioso final de un gusano?

Hay terrores que caminan por los pasillos de los sueños cada noche, que embrujan el mundo de los sueños, terrores que pueden relacionarse con los aspectos más mundanos de la vida cotidiana. Cada vez estoy más convencido de la existencia de un mundo fuera de éste en que estamos, lindante con él pero quizá completamente alucinatorio. Sin embargo, no ha sido siempre así. No fue así hasta que conocí a Amos Piper.

Mi nombre es Nathaniel Corey. He practicado el psicoanálisis durante más de cincuenta años. Soy autor de un libro y de varias monografías publicadas en periódicos dedicados a ese tipo de conocimientos. Practiqué durante muchos años en Boston, después de haber estudiado en Viena, y hace diez años, en el semi retiro, me trasladé a la ciudad universitaria de Arkham, en el mismo Estado. Me había ganado, con mi trabajo, una reputación de persona seria e íntegra, que me temo ponga en duda este relato. Aunque espero que ofrezca una conclusión bien distinta.

Es un firme presentimiento el que me lleva por fin a dejar testimonio de lo que ha sido quizá el problema más interesante y provocativo con que me he

encontrado en todos estos años de práctica. No acostumbro a hacer observaciones públicas acerca de mis pacientes, pero me veo obligado a ello dadas las circunstancias peculiares que se dieron en el caso de Amos Piper: a través de ellas se plantean ciertos puntos que, a la luz de otros, sin relación aparente, podrían adquirir más relieve de lo que en principio presumí. Hay poderes de la mente que permanecen en las tinieblas, y quizá también poderes de las tinieblas que van más allá de la mente: no me refiero a brujas, a fantasmas o a duendes, ni a cualquier otra invención creada por civilizaciones primitivas, sino a poderes infinitamente más vastos y terribles que cualquier concepto humano.

El nombre de Amos Piper no será desconocido para mucha gente, especialmente para aquellos que recuerden la publicación de investigaciones antropológicas que llevan su nombre, hará cosa de unos diez años, más o menos. Le conocí por primera vez cuando su hermana, Abigail, le trajo a mi consulta un día de 1933. Era un hombre alto, que parecía haber sido grueso: sobre su cuerpo huesudo colgaban las ropas como si hubiese perdido mucho peso en un tiempo relativamente corto. Este parecía ser el problema: al primer vistazo, Piper necesitaba más la ayuda de un médico que de un psicoanalista, pero su hermana explicó que había acudido a los mejores especialistas y todos le habían indicado que su problema era esencialmente mental y se escapaba a sus facultades terapéuticas. A la señorita Piper le había sido recomendado por varios colegas, y también algunos compañeros de Piper en la facultad de la Universidad de Miskatonic, habían insistido en esa recomendación emanada del consejo médico que le había atendido. La suma de estas razones fue la que les condujo a pedirme una cita.

La señorita Piper me adelantó el problema de su hermano, mientras él descansaba en una habitación contigua a la consulta. Expuso el fondo del problema con admirable concisión... Piper parecía ser víctima de terribles alucinaciones, visiones que se apoderaban de él cada vez que cerraba los ojos o bajaba los párpados, mientras estaba despierto, y en sueños, mientras dormía. No dormía, sin embargo, desde hacía tres semanas. En ese tiempo había perdido tanto peso que a ambos les alarmaba su estado. Como preámbulo, la señorita

Piper señaló que su hermano había sufrido un colapso nervioso tres años antes en un teatro; este colapso había durado tanto que hasta este último mes Piper no había vuelto a ser la misma persona. Su más reciente obsesión - si de una obsesión se trataba - se había manifestado una semana después de volver a su estado normal; según la señorita Piper, podía haber alguna relación lógica entre el estado en que se encontraba después del colapso y estas nuevas obsesiones, tras una corta etapa de normalidad. Las drogas habían demostrado su eficacia para inducirle a dormir, pero aun así no habían eliminado los sueños, que al parecer eran de una naturaleza espantosa, tanto que el doctor Piper era reacio a hablar de ellos.

La señorita Piper contestaba con franqueza a las preguntas que yo le hacía, pero revelaba falta de conocimiento acerca de la verdadera situación de su hermano. Me aseguró que en ningún momento había dado muestras de espíritu agresivo, pero que andaba distraído con frecuencia y establecía entre él y el mundo en que vivía una clara línea de separación, como si viviese encerrado en un caparazón que le aislase de ese mundo.

La señorita Piper se marchó, y yo me puse a examinar a mi paciente. Le vi sentado junto a mi escritorio con los ojos muy abiertos a costa de un gran esfuerzo, pues el globo del ojo estaba inyectado en sangre, y el iris parecía estar nublado. Se le notaba agotado, y empezó a excusarse en seguida por estar allí, explicando que su hermana había insistido y tomado la determinación sin permitirle otra opción que ceder. Lo había hecho para complacer a su hermana, ya que él era consciente de que su caso no tenía remedio.

Le dije que la señorita Abigail había hablado a grandes rasgos de su problema, e intenté calmarle los ánimos. Le hablé en un tono consolador y en términos generales. Piper escuchó con paciencia y respeto. Aparentemente cedía ante mi modo natural, reconfortante, con que pretendía siempre inspirar confianza, y cuando por fin le pregunté por qué no cerraba los ojos, me contestó sin titubear, y con sinceridad, que tenía miedo a hacerlo.

- ¿Por qué? ¿Puede decir por qué?

Recuerdo su respuesta.

- En cuanto cierro los ojos aparecen en mi retina extrañas figuras geométricas y diseños, junto con tenues luces y formas de lo más siniestras, parecidas a unas enormes criaturas inimaginables por un hombre; y lo más terrible de ellas es que son criaturas inteligentes e inconmensurablemente desconocidas.

Le pedí que intentase describir a estos seres. Tropezaba con dificultades para hacerlo. Sus descripciones eran vagas, pero asombraba lo que sugerían. Ninguno de estos seres parecía estar claramente formado, excepto algunos conos rugosos, que tanto podían ser de origen vegetal como animal. Hablaba con una convicción rotunda, y me describía con esfuerzo aquellas sorprendentes criaturas con las que soñaba tan intensamente. Me chocó la intensidad de su imaginación. ¿Quizá existía un nexo entre esas visiones y la larga enfermedad que había sufrido? Parecía poco dispuesto a hablar de esto, pero al cabo de un rato lo hizo, algo inseguro, en un lenguaje inconexo. Era a mí a quien correspondía unir las piezas de los acontecimientos que me relataba.

La historia comenzó cuando tenía cuarenta y nueve años. Fue entonces cuando sobrevino su enfermedad. Estaba asistiendo a una representación de *La carta* de Maugham, cuando, a mitad del segundo acto, se desmayó. Le llevaron a la oficina del empresario y se esforzaron por reanimarle. Fue inútil y al fin le trasladaron a su casa en una ambulancia de la policía. De nuevo los médicos estuvieron un buen rato intentando reanimarle. Fracasaron en su intento y Piper fue hospitalizado. Estuvo en estado de coma durante tres días, transcurridos los cuales recobró el conocimiento.

Se observó de inmediato que ya no era «el mismo». Su personalidad había sufrido un profundo desequilibrio. Se creyó al principio que había sido víctima de un ataque de algún tipo, pero al no apreciarse síntomas que lo corroboraran, esta tesis hubo de ser abandonada. Tan profundo era el achaque que incluso algunas elementales actividades del ser humano las realizaba él con extrema dificultad. Por ejemplo, en seguida se apreció que tenía dificultad para coger objetos; sin embargo, físicamente no tenía ningún defecto y sus articulaciones funcionaban normalmente. Sus intentos de agarrar algún objeto

hacían pensar en la maniobra ejecutada por una criatura sin dedos; o sea, que apartaba los dedos y el pulgar como si formaran una pinza rígida, en un movimiento que hacía pensar más en las garras de un animal que en el movimiento de una mano humana. No era este el único aspecto sorprendente de su «recuperación». Tuvo que aprender a caminar otra vez, pues parecía avanzar como si careciera de capacidad motriz. Le fue también extraordinariamente difícil aprender a hablar: sus primeros intentos los hizo con las manos, como si fuesen garras que intentasen coger objetos; al mismo tiempo emitía curiosos sonidos, como silbidos, cuya falta de significado le irritaba. Pero su inteligencia no parecía haber sufrido ningún daño, pues en menos de una semana dominaba todos los actos vulgares que componen la vida cotidiana de un hombre.

Pero si bien su inteligencia no se había visto afectada, se había borrado cuanto componía el pasado de su propia vida. No había reconocido a su hermana, ni a ninguno de sus compañeros de Facultad y miembros del cuerpo docente de la Universidad de Miskatonic. Decía no saber nada de Arkham, Massachusetts, y poca cosa de los Estados Unidos. Fue necesario enseñarle todo esto otra vez. Necesitó poco tiempo - menos de un mes - para asimilar cuanto se le puso delante. Redescubrió el conocimiento humano en un tiempo sorprendentemente corto, y demostró una memoria excepcional, pues asimiló con exactitud todo lo que se le dijo y todo lo que leyó. Con el cambio - una vez completado el adoctrinamiento - se puso de manifiesto durante su enfermedad que la parte de su cerebro que alojaba la memoria era infinitamente más valiosa que antes.

Fue después de hacer todos estos ajustes a su nueva situación cuando Piper comenzó a actuar de una forma que él mismo denomina «inexplicable». Obtuvo una excedencia por tiempo indefinido de la Universidad de Miskatonic, y comenzó a viajar extensamente. Pero no le quedaba ningún recuerdo directo o personal de estos viajes cuando me visitó en la consulta, o de ningún momento tras su «recuperación», durante la enfermedad que había sufrido durante tres años. No había nada en su relato de estos viajes que se pareciese a un recuerdo; y tampoco era capaz de decir lo que había hecho durante los mismos: esto era algo extraordinario, si se pensaba en la fabulosa memoria que demostró durante su



enfermedad. Le habían dicho cuando se «recuperó» que había ido a extraños y lejanos lugares del mundo - el Desierto Árábigo, las extensiones de Mongolia, el Círculo Ártico, las Islas de Polinesia, las Marquesas y el antiguo país Inca del Perú. No recordaba en absoluto lo que había hecho allí, ni tampoco había nada en su equipaje que probase sus recorridos, excepto uno o dos curiosos trozos de piedra cubiertos de lo que podría ser escritura jeroglífica antigua, adecuados para formar parte de la colección de un turista.

Cuando no estaba ocupado en estos viajes extraños, pasaba su tiempo leyendo, con inconcebible rapidez, en las grandes bibliotecas del mundo. Su recorrido le había llevado desde la biblioteca de la Universidad de Miskatonic en Arkham - muy conocida por sus manuscritos y libros prohibidos, acumulados a lo largo de siglos, a partir de los tiempos coloniales -, hasta El Cairo. Pero la mayor parte del tiempo lo había pasado en el Museo Británico de Londres y en la Biblioteca Nacional de París. Había consultado innumerables bibliotecas privadas, cuando se lo permitían sus dueños.

De todas formas, los datos que había comprobado durante su breve semana de «normalidad» - usando de todos los medios disponibles: cables, telegrama, radio, a causa de la urgencia, decía - demostraban que había leído, devorado, mejor dicho, ciertos libros muy antiguos que antes de caer enfermo desconocía por completo o conocía únicamente a través de las más vagas referencias. Estos libros, relacionados con remotas sabidurías, eran *Los Manuscritos Pnakóticos*, el *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred, los *Unaussprechlichen Kulten* de von Juntz, los *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn, el *Texto de R'lyeh*, los *Siete libros Crípticos de Hsan*, los *Cánticos de Dhol*; el *Liber Ivonis*; los *Fragmentos de Celaeno* y muchos otros similares, alguno de los cuales existían sólo en forma fragmentaria, esparcidos por toda la superficie de la tierra. Por supuesto, había también otros de historia, pero de acuerdo con las fichas de retirada, las lecturas de Piper habían comenzado siempre con libros de leyendas o que trataban de cuestiones sobrenaturales. A partir de ahí seguía sus estudios de historia y antropología, en progresión directa, como si Piper asumiese que la historia de la

humanidad había empezado, no en los tiempos antiguos, sino en un mundo increíblemente viejo, que ya existía antes de que el hombre midiese el tiempo según lo conocen los historiadores, y del que se habla en algunos temibles libros de ciencias ocultas.

También se sabía que había tenido contactos con otras personas a las que no conocía previamente, pero que al encontrarse, en el lugar que fuese, parecían tenerlo todo preparado; personas unidas por los mismos propósitos, relacionadas con investigaciones macabras, o miembros del cuerpo profesoral de alguna Universidad o escuela. Siempre existían puntos comunes entre ellos, según dedujo Piper en sus averiguaciones telefónicas intercontinentales, tras haber encontrado entre sus papeles, cuando volvió a la normalidad, algunos mensajes. Todos y cada uno habían sufrido un idéntico o muy similar estado de postración al que había pasado Piper a partir de la noche del teatro.

Aunque esta forma de actuar no tenía nada que ver con la vida de Piper antes de su enfermedad, una vez adoptada se mantuvo bastante consistente durante todo el tiempo en que estuvo enfermo. Los extraños e inexplicables viajes que había hecho poco después de haberse acostumbrado de nuevo, tras su ‘recuperación’, a vivir entre sus colegas y familiares, habían continuado durante los tres años en que no había sido «el mismo». Dos meses en Ponapé, un mes en Angkor-Vat, tres meses en las tierras antárticas, una conferencia con un colega experimentado en París, y cortos períodos en Arkham entre un viaje y otro. Este era el patrón de su vida; de esta forma pasó los tres años anteriores a su completo restablecimiento. Este período había sido seguido por otro de profundo desequilibrio, que no permitía a Amos Piper conservar la memoria de lo que había hecho en esos tres años, y le esclavizaba el terror de no cerrar los ojos para no ver aquello que sugería a su mente subconsciente algo espantoso y aterrador, ligado estrechamente a sus sueños.

## II

Al cabo de tres visitas, logré convencer a Amos Piper para que me contase algún fragmento de sus extraños y gráficos sueños, esas aventuras

nocturnas de su subconsciente que le torturaban. Se parecían mucho unos a otros en esencia: no existía una fase de transición entre el momento de estar despierto y el momento de estar dormido. Pero, a la luz de la enfermedad de Piper, eran desafiadoramente significativos. El más común de ellos repetía un lugar; esto, con algunas variaciones, ocurría repetidamente en la secuencia que Piper me expuso. Reproduzco aquí su propio relato del sueño que se repetía:

«Yo era un erudito que trabajaba en la biblioteca de un edificio colosal. La habitación en la que estaba sentado, y en la que transcribía algo de un libro escrito en un idioma que no era el inglés, era tan grande que las mesas tenían la altura de una habitación normal. Las paredes no eran de madera, sino de basalto, y los estantes que cubrían las paredes eran de una clase de madera negra que no conocía. Los libros no estaban impresos, sino totalmente holografiados, algunos escritos en el mismo extraño idioma en que yo escribía. Pero había algunos idiomas que podía reconocer - este reconocimiento, sin embargo, se remontaba a ancestrales recuerdos -, sánscrito, griego, latín, francés, incluso inglés, pero un inglés muy mezclado, desde el inglés de Piers Plowman hasta el de hoy. Las mesas aparecían iluminadas por grandes globos de cristal, unidos a extrañas máquinas hechas de tubos de vidrio y barras de metal, sin cables que las conectasen.

»Aparte de los libros en los estantes, el lugar daba la impresión de un austero vacío. En la piedra se veían extraños grabados, todos ellos dibujos matemáticos curvilíneos, junto con inscripciones en la misma escritura jeroglífica estampada en los libros. La mampostería era megalítica: en bloques convexos se encajaban las hiladas cóncavas que descansaban en ellos; se elevaban de un suelo compuesto por grandes losas octogonales de un basalto similar al de las paredes. Nada había colgado en ellas, y nada decoraba los suelos. Las estanterías iban desde el suelo hasta el techo, y entre las paredes solamente había las mesas en las que trabajábamos de pie, pues no había nada ante nuestra vista que se pareciese a una silla, ni tampoco sentía necesidad de sentarme.

»Durante el día podía mirar afuera, a un vasto bosque de árboles como helechos. Durante la noche podía mirar las estrellas, pero no reconocía ninguna:

ni una sola constelación de esos cielos se parecía siquiera remotamente a las estrellas familiares, a las acompañantes nocturnas de la tierra. Esto me llenaba de terror, pues sabía que estaba en un lugar muy extraño, alejado de los lugares terrestres que había conocido y que ahora aparecían como recuerdos de una existencia increíblemente lejana. Tenía conciencia de que formaba parte integral de aquel mundo y a la vez de que no tenía nada que ver con él; era como si una parte de mí perteneciese a este medio y otra parte no. Estaba muy aturdido, y en especial me confundía darme cuenta de que estaba escribiendo una historia de la tierra de un tiempo que me parecía haber vivido, es decir, del siglo XX. Estaba transcribiéndolo en sus detalles más nimios, como si fuese para estudiarla, pero no sabía con qué propósito. Quizá para añadir una opresora acumulación de saber a todo el saber que se concentraba en los innumerables libros de la habitación en que estaba, y en las habitaciones que la rodeaban, ya que el edificio entero al que pertenecía esta habitación era un gran almacén del saber. Tampoco era el único: por las conversaciones oídas en torno a mí, sabía que había otros más lejanos, y que en ellos había otros escribanos como nosotros, con tareas similares, y que el trabajo que realizábamos era vital para el retorno de la Gran Raza - raza a la que pertenecíamos - a los lugares de los universos donde una vez, hacía mucho, estuvo nuestro hogar, hasta que la guerra con los Primordiales nos obligó a huir.

»Trabajaba siempre con mucho miedo. Todo me inspiraba terror. Tenía miedo de mirarme a mí mismo. Tenía omnipresentemente un miedo terrorífico a un extraño descubrimiento intrínseco en la más fugaz ojeada a mi cuerpo, derivado de la convicción de que me había mirado con anterioridad y me había asustado profundamente al verme. Quizá tenía miedo de ser como los demás, puesto que mis compañeros, que me rodeaban, eran todos iguales. Aparentaban grandes conos de un material rugoso, como la estructura de un vegetal; medían más de diez pies de alto; su cabeza, así como sus manos, en forma de garras, estaban unidas a unas anchas extremidades que salían del vértice del cono. Caminaban merced a la expansión y contracción de la capa viscosa que formaba su base, y aunque no hablaban un lenguaje reconocible, podía entender los sonidos que emitían, pues, en mi sueño, me sabía instruido en ese idioma desde

el momento en que llegué a aquel lugar. No hablaban con algo parecido a una voz humana, ni yo tampoco, sino con una extraña combinación de silbidos y golpes y rasguños de las grandes garras con que finalizaban sus cuatro extremidades enraizadas en lo que supuestamente podían ser sus cuellos, aunque esa parte de sus cuerpos no se veía.

»Parte de mi miedo sobrevino al entender ligeramente que era un prisionero dentro de un prisionero, que aun cuando estaba preso dentro de un cuerpo similar a los que me rodeaban, este cuerpo estaba, a su vez, preso dentro de la gran biblioteca. Buscaba en vano cosas que me fueran familiares. Nada de lo que allí había me recordaba a la Tierra que había conocido desde la niñez, y todo indicaba que nos encontrábamos en un punto lejano del espacio. Comprendía que todos mis compañeros eran también cautivos de alguna forma, aunque algunos hacían el oficio de guardianes. Muy similares a los otros en forma, tenían un cierto aire de autoridad, y caminaban entre nosotros muchas veces para ayudarnos. Estos guardianes no amenazaban, sino que se comportaban de un modo cortés y a la vez firme.

»Aunque nuestros guardianes no tenían por qué hablarnos, uno de ellos actuaba sin ningún género de restricciones. Era evidentemente el instructor; se movía entre nosotros con más soltura que los demás y me di cuenta que incluso los otros guardianes eran diferentes a él. Esto no se debía exclusivamente al hecho de que fuera instructor, sino también a que le sabían condenado a muerte, porque la Gran Raza no estaba aún preparada para moverse y el cuerpo en que habitaba estaba destinado a morir antes de que tuviese lugar la migración. Había conocido a otros hombres, y tenía la costumbre de detenerse ante mi mesa: al principio sólo me decía unas palabras para darme ánimo, y más tarde hablaba durante largos ratos.

»Por él supe que la Gran Raza había existido en la Tierra y en otros planetas de nuestro universo, así como de otros universos, billones de años antes de que se escribiese la historia. Los conos rugosos que les daban la apariencia actual los habían ocupado hacía sólo algunos siglos, y estaban lejos de ser su propia forma, que se asemejaba más a un rayo de luz, pues eran una raza de

mentes libres, capaces de invadir cualquier cuerpo y de desplazar la mente que lo habitaba anteriormente. Habían habitado la Tierra hasta que se vieron envueltos en la titánica batalla entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales por la dominación del cosmos. De aquella batalla, según me dijo, se derivaba la explicación del Mito Cristiano para la humanidad, pues las mentes simples de los hombres primitivos habían concebido sus recuerdos ancestrales como una batalla entre el Bien y el Mal. Desde la Tierra, la Gran Raza escapó al espacio, en un principio al planeta Júpiter, y luego más lejos, a esa estrella en la que ahora se encontraban, una estrella oscura de Tauro, donde se quedaron a esperar la siempre pendiente invasión de la región del Lago de Hali, que era el lugar del destierro de Hastur - uno de los Primordiales - después de la derrota de los Primordiales por los Dioses Arquetípicos. Pero ahora su estrella agonizaba, y se estaban preparando para una migración masiva a otra estrella, ya fuese hacia adelante o hacia atrás en el tiempo, y para ocupar los cuerpos de otras criaturas de vida mas larga que los conos rugosos donde ahora se alojaban.

»La preparación consistía en el desplazamiento de mentes a criaturas que existían en varias épocas y en muchos lugares del universo. Había entre mis compañeros, afirmó, no sólo hombres-árboles de Venus, sino también miembros de la raza medio vegetal de la Antártica paleógena; no sólo representantes de la gran raza Inca del Perú, sino también miembros de la raza de hombres que vivirían la era post-atómica de la Tierra, horriblemente alterados por las mutaciones causadas por el desprendimiento de materiales radioactivos de las bombas de hidrógeno y cobalto de las guerras atómicas; no sólo seres como hormigas de Marte, sino también hombres de la antigua Roma, y hombres de un mundo de cincuenta mil años después. Había muchos más, de todas las razas, de todos los tipos de vida, de mundos que conocía y de mundos separados de mi tiempo por miles y miles de años. Era así porque la Gran Raza podía viajar cuando lo deseaba en el tiempo y en el espacio. Los conos rugosos que ahora constituían su cuerpo no eran sino un hábitat temporal, más breve que la mayoría de los que habían ocupado. Y el lugar en el cual desarrollaban ahora sus investigaciones, llenando sus archivos con la historia de la vida en todos los

tiempos y en todos los lugares, era para ellos una esporádica residencia hasta emprender una existencia nueva y más duradera en otro lugar, en otra forma, en algún otro mundo.

»Todos los que trabajábamos en la gran biblioteca les ayudábamos a recopilar datos, puesto que cada uno de nosotros escribía la historia de su propio tiempo. Con el envío de sus miembros al vacío sideral, la Gran Raza podía ver por sí misma cómo era la vida en otros tiempos y lugares, y conocerla a través de los seres que en ese determinado momento vivían allí, porque de éstos eran las mentes que habían sido enviadas para ocupar el lugar de los miembros ausentes de la Gran Raza, hasta el momento en que se hallasen preparados para volver. La Gran Raza había construido una máquina para ayudarles en sus vuelos a través del tiempo y del espacio, pero no una de esas máquinas que puede imaginarse la humanidad, sino una que funcionaba en un cuerpo para separar y proyectar la mente; y cada vez que intentaba un viaje hacia adelante o hacia atrás en el tiempo, el viajero se sometía a la máquina y el viaje proyectado se realizaba. Así se trasladaban, sin traba alguna, a dondequiera que dirigieran sus migraciones en masa; todo lo accesorio, los aviones, los inventos, incluso la gran biblioteca, se dejaría atrás; la Gran Raza empezaría a construir su civilización, siempre esperando escapar de la destrucción que vendría cuando los Primordiales - el Gran Hastur, el Inefable, y Cthulhu que yace en las profundidades del agua, y Nyarlathotep el Mensajero, y Azathoth y Yog-Sothoth y toda su terrible progenie - escapasen a sus ataduras y se enzarzasen otra vez en una titánica batalla con los Dioses Arquetípicos en sus remotas fortalezas entre las estrellas distantes.»

Este era el sueño más corriente de Piper. De hecho, era probable que no se tratase de un sueño seguido, en el sentido de que se desarrollase en la misma ocasión, sino de uno que se repetía con detalles añadidos, hasta llegar a la versión final que había expuesto y que a él le parecía un mismo sueño repetido, cuando en realidad había sido una acumulación de diversas situaciones. Su forma de actuar en su breve período de «normalidad» en relación con su sueño era clara, pues representaba el reverso de la realidad: en la vida él imitaba las acciones de lo que posteriormente describió como conos rugosos, que habitaban sueños que

luego se convertían en realidad. El orden tenía que ser, normalmente, el contrario; si sus acciones - sus intentos de agarrar objetos como si tuviese garras, y de hablar con las manos, y demás - hubiesen tenido lugar después de estos intensos sueños, la progresión normal habría podido ser observada. Era significativo que no hubiese ocurrido de esta forma.

Un segundo sueño parecía ser una simple continuación del primero. De nuevo Piper se encontraba trabajando en la alta mesa de la gran biblioteca, sin poder sentarse, ya que no había sillas, y además la forma de cono rugoso no permitía estar sentado. De nuevo el instructor que iba o morir se había parado a hablar con él, y Piper le había preguntado acerca de la vida de la Gran Raza.

«Le pregunté que cómo podía esperar la Gran Raza mantener sus planes en secreto, si reemplazaba a las mentes que se habían desplazado a otro lugar. Dijo que se conseguiría de dos formas. Primero, todo rastro de recuerdo de este sitio sería cuidadosamente borrado antes de que cualquiera de las mentes desplazadas regresase, bien fuese enviada hacia atrás o hacia adelante en el espacio y en el tiempo. Segundo, si quedase alguna señal, resultaría ser tan difusa e inconexa que carecería de sentido. Cualquier reconstrucción sería tan increíble para los demás, que la considerarían un invento de la imaginación, o incluso una enfermedad.

»Continuó diciéndome que a las mentes de la Gran Raza se les autorizaba para que eligiesen su hábitat. No se les enviaba fortuitamente a ocupar la primera «vivienda» con la que tropezaban, sino que tenían el poder de elegir entre las criaturas que divisaban aquella que deseaban ocupar. La mente desplazada era trasladada al lugar actual de residencia de la Gran Raza, mientras que el miembro de la raza se adaptaba a la vida de la civilización a la que había ido hasta encontrar los rastros de la vieja cultura que había culminado en el gran levantamiento entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales. Incluso tras el regreso, cuando la Gran Raza había aprendido cuanto deseaba acerca de la forma de vida y los puntos de contacto con los Primordiales - particularmente con sus servidores, que podrían oponerse a la Gran Raza, amante de la paz y de la soledad, y más allegada a los Dioses Arquetípicos que a los Primordiales -, en



ocasiones se enviaban mentes para asegurarse de que las mentes desplazadas habían quedado limpias de todo recuerdo, o para emprender un nuevo desplazamiento, caso de que no hubiera sido así.

»Me llevó a las habitaciones subterráneas de la gran biblioteca. Había libros por todas partes, todos holografiados. Grupos de ellos estaban empaquetados en cámaras rectangulares alineadas, labradas en un desconocido metal brillante. Los archivos se ordenaban según las formas de vida, y tomé nota del hecho de que los conos rugosos de la estrella negra estaban considerados como superiores al hombre, puesto que el hombre no aparecía muy separado de los reptiles, que inmediatamente le precedían en la tierra. Cuando le interrogué acerca de esto, el instructor respondió que estaba en lo cierto. Explicó que el contacto con la Tierra sólo se mantenía porque en su día había sido el centro de las batallas entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales, y los servidores de estos últimos vivían allí, desconocidos para la mayoría de los hombres: los Profundos en las profundidades del océano, los batracios de Polinesia y área de Innsmouth en Massachusetts, el temible Pueblo Tcho-Tcho del Tíbet, los Shantaks de Kadath en el Desierto de Hielo, y muchos otros, y quién sabe si ahora resultaría necesario para la Gran Raza regresar otra vez al planeta verde que había sido su primer hogar. Me dijo que ayer mismo - un tiempo que parecía infinitamente largo, pues la duración de los días y las noches allí era equivalente a una semana en la Tierra - había regresado una de las mentes de Marte y comunicado que el planeta estaba tan cerca de la muerte, o más, que su propia estrella, y que se había perdido, por tanto, otra de las alternativas.

»De este subterráneo me llevó a la parte de arriba del edificio. Era una gran torre con una cúpula de una sustancia como el cristal, a través de la cual podía mirar el paisaje exterior. El bosque de helechos que había visto era de hojas verdes secas, no frescas, y lejos del borde del bosque se extendía un gran desierto interminable que descendía a un oscuro golfo: la cuenca ya seca de un gran océano, según explicó mi guía. La estrella negra había entrado en la órbita mas alejada de una nova y ahora moría lenta e implacablemente. ¡Qué extraño parecía el paisaje! Los árboles se veían enanos en comparación con los grandes

edificios de piedras megalíticas desde donde los contemplábamos; ningún pájaro volaba por el cielo gris; no había ninguna nube, ni niebla en el abismo; y la luz del lejano sol que iluminaba la estrella negra venía indirectamente del espacio, de modo que el paisaje estaba siempre bañado en una irrealidad gris.

»Me estremecí al mirar.»

Los sueños de Piper aparecían cada vez más inmersos en el terror. Este miedo se materializaba en dos planos: uno que le ataba a la Tierra, y otro a la estrella negra. Había pocas variaciones. Un segundo tema, que se produjo dos o tres veces en una misma secuencia, era que se le permitía acompañar al guardián instructor a un curioso cuarto circular, que debía estar en la parte baja de la colosal torre. En cada uno de esos casos, uno de los conos rugosos se hallaba tendido en una mesa entre cúpulas de resplandeciente cristal de una máquina que emitía una luz intermitente, como si se tratase de una especie de electricidad, aunque, al igual que las lámparas de las mesas de trabajo, no había cables que fuesen hacia ellas o saliesen de ellas.

A medida que aumentaban las vibraciones de la luz y la intensidad de su brillo, el cono rugoso que estaba en la mesa entraba en estado de coma, y permanecía así por un tiempo, hasta que la luz oscilaba y el zumbido de la máquina se detenía. Entonces el cono volvía a la vida otra vez, e inmediatamente empezaba a emitir un torrente de silbidos y sonidos. La escena no variaba. Piper comprendía lo que decían, y creía que lo que presenciaba cada vez era el regreso de una mente perteneciente a la Gran Raza, y el envío de la mente desplazada que había ocupado el cono rugoso en su ausencia. La sustancia de la rápida charla del cono redivivo era siempre muy similar: venía a ser un resumen de la estancia de la gran mente lejos de la estrella negra. En una ocasión la gran mente había venido de Inglaterra después de una estancia de cinco años como antropólogo inglés, y pretendía haber visto los lugares en que los sicarios de los Primordiales aguardaban. Algunos habían sido parcialmente destruidos - como, por ejemplo, cierta isla no lejos de Ponapé, en el Pacífico, y el Arrecife del Diablo, cerca de Innsmouth, y una montaña de cavernas y un lago cerca de Machu Pichu. Otros servidores estaban dispersos, sin ninguna organización, y los Primordiales que

permanecían en la Tierra estaban prisioneros bajo la estrella de cinco puntas que era el sello de los Dioses Arquetípicos. De los lugares que se nombraron como lugares potenciales para un futuro de la Gran Raza, la Tierra era siempre el que figuraba en cabeza, a pesar de los peligros de una guerra atómica.

Estaba claro, a medida que Piper progresaba en el relato de sus sueños, y a pesar de su confusión, que la Gran Raza pretendía volar a otro planeta o estrella muy distante de la estrella moribunda que ahora ocupaba, y las extensas regiones del planeta verde donde vivían pocos hombres - lugares cubiertos de hielo, regiones arenosas en los países cálidos - se presentaban como un paraíso para la Gran Raza. Básicamente los sueños de Piper eran todos muy similares. Existía siempre la enorme estructura de bloques megalíticos de basalto, siempre el interminable trabajo de esos seres extraños que no necesitaban dormir, invariablemente la sensación de estar preso y, en la vida real, concomitante, el miedo siempre presente del que Piper no podía liberarse.

Llegué a la conclusión de que Piper, incapaz de relacionar los sueños con la realidad, era víctima de una profunda confusión, uno de esos hombres desdichados que han perdido la capacidad de distinguir si el mundo real es el de los sueños o aquel en que habla y se mueve durante el día. Pero esta conclusión no me satisfacía del todo. Pronto supe que acertaba al poner en duda la veracidad de mi juicio.

### III

Amos Piper fue mi paciente por un corto período de tres semanas. Pude observar durante ese tiempo, para mi pesar y para descrédito del tratamiento aplicado, que su condición se deterioraba paulatinamente. Empezaron a producirse alucinaciones, o al menos lo parecían, particularmente según el proceso típico de las ilusiones paranoicas de ser perseguido y observado. Este proceso llegó a su punto álgido en una carta que Piper me escribió y me envió por un mensajero. Sin duda, la carta había sido escrita precipitadamente...

«Querido Dr. Corey: Como es posible que no le vea más, quiero decirle que ya no tengo duda alguna respecto a mi situación. Sé que alguien me ha

estado vigilando durante algún tiempo, y no es un ser terrestre, sino una de las mentes de la Gran Raza. Ahora estoy convencido de que todas mis visiones y sueños se derivan de ese período de tres años durante el cual estuve desplazado, o ‘no era yo’ según decía mi hermana. La Gran Raza existe aparte de mis sueños. Ha existido durante más tiempo que la medida humana del tiempo. No sé dónde está. En la estrella negra de Tauro o aún más lejos. Pero se preparan para trasladarse otra vez, y uno de ellos está muy cerca.

»No he estado ocioso entre visita y visita a su consulta. He tenido tiempo de hacer más investigaciones por mi cuenta. Muchos hilos atados a mis sueños me habían alarmado y me desconcertaban. ¿Qué ocurrió, por ejemplo, en Innsmouth en el año 1928 para que el gobierno federal hiciese explotar grandes cargas en el Arrecife del Diablo, en la costa atlántica, cerca de esa ciudad? ¿Qué es lo que había en ese pueblo de la costa que dio lugar a la detención y consecuente desaparición de casi todos los ciudadanos? ¿Y qué lazo unía a los polinesios y a la gente de Innsmouth? Además, ¿qué fue lo que descubrió la expedición Miskatonic Antarctic de 1930-31 en las Montañas de la Locura, de tal naturaleza que se ha mantenido en secreto para todo el mundo excepto para los sabios de la universidad? ¿Cómo explicar la narración de Johanssen sino como un relato corroborativo de la leyenda de la Gran Raza? ¿Y no ocurre lo mismo con las antiguas ciencias de las naciones Incas y Aztecas?

»Podría continuar así durante muchas páginas, pero no hay tiempo. He descubierto datos de esos inquietantes incidentes, muchos de ellos acallados para no perturbar a un mundo cargado de problemas. El hombre, después de todo, es sólo una pequeña manifestación en la faz de un solo planeta en uno solo de los muchos universos que llenan el espacio. Solamente la Gran Raza conoce el secreto de la vida eterna, moviéndose en el tiempo y en el espacio, ocupando un lugar después de otro, convirtiéndose en animal, vegetal o insecto, según las circunstancias.

»Debo darme prisa. Tengo tan poco tiempo... Créame, mi querido doctor, sé lo que escribo...»

No me sorprendió mucho recibir esta carta, pues sabía por la señorita

Abigail Piper que su hermano había sufrido una «recaída», al parecer pocas horas después de escribir esta carta. Me apresuré a ir a casa de los Piper. En la puerta me encontré a mi paciente. Estaba completamente cambiado.

Demostó tener una seguridad en sí mismo que no había tenido durante su visita a mi consulta ni en ningún momento desde el día que le conocí. Me aseguró que por fin había logrado el control sobre sí mismo, que las visiones a las que había estado expuesto habían desaparecido, y que ahora podía dormir libre de esos sueños que tanto le habían molestado. Desde luego, no podía dudar que se había recuperado, y no me era posible comprender por qué la señorita Piper me había escrito esa nota desesperada, a menos que se hubiese acostumbrado a que su hermano se hallase en un estado desconcertante y que hubiese confundido su mejoría con una «recaída». Esta recuperación era extraordinaria, ya que el incremento de su miedo, sus alucinaciones, su intenso nerviosismo y finalmente su rápida carta indicaban, con la misma evidencia que un síntoma físico indicaría una enfermedad, el derrumbe de su precario estado mental.

Me satisfacía esta recuperación; y le felicité. Aceptó mi felicitación con una sonrisa débil, y luego se excusó diciendo que tenía mucho que hacer. Le prometí telefonear una vez a la semana, más o menos, para vigilar cualquier retorno a la sintomatología de su desesperado estado anterior.

Diez días después le vi por última vez. Le encontré amable y cortés. La señorita Abigail Piper estaba delante, algo turbada, pero sin lamentarse. Piper no había vuelto a tener visiones o sueños, y era capaz de hablar con franqueza de su «enfermedad», desaprobando cualquier mención de «desorientación» o «desplazamiento» con una insistencia que sólo podía interpretar como un ansioso deseo por su parte de que yo borrara de mi mente todas aquellas impresiones. Pasé una hora muy agradable con él; pero no podía escapar a la convicción de que, mientras el hombre preocupado que había conocido en mi consulta era un hombre de una inteligencia pareja a la mía, el «recuperado» Amos Piper era un hombre de una inteligencia muy superior.

En el momento de mi visita, me impresionó el hecho de que se estaba

preparando para unirse a una expedición a la región del Desierto Árábigo. No se me ocurrió entonces relacionar sus planes con los curiosos viajes que había realizado durante sus tres años de enfermedad. Pero los hechos posteriores me hicieron recordarlo.

Dos noches después, entraron en mi consulta y la saquearon. Todos los documentos originales pertenecientes al caso Amos Piper habían sido robados de los archivos. Afortunadamente, movido por una intuición que no podría explicar, había hecho copias de los más importantes relatos de sus sueños, así como de la carta que me escribió al final, que también había desaparecido. Los documentos no podían tener valor para alguien que no fuese Amos Piper, y Piper estaba ya supuestamente curado de su obsesión, así que la única explicación de este extraño hurto era tan rara que me resistía a admitirla. Además, me enteré de que Piper salía para su viaje al día siguiente, lo que establecía la posibilidad de ser el instrumento - escribo «instrumento» deliberadamente - del robo.

Ahora bien, un Piper curado no podía tener razón alguna para desear de forma tan manifiesta que los datos permaneciesen en su poder. Y en cambio, un Piper «recaído» tendría todos los motivos para desear que estos papeles fuesen destruidos. ¿Cabía suponer que Piper había sido desplazado nuevamente? En este caso, el hecho no habría sido tan obvio como la vez anterior, porque la mente que desplazaba la suya para cobijarse en su cuerpo lo conocía ya y no habría tenido necesidad de acostumbrarse otra vez a los hábitos y formas de comportamiento del hombre...

Por increíble que pareciera esta hipótesis, trabajé en ella iniciando unas investigaciones por mi cuenta. Mi intención era, en principio, pasar una semana - posiblemente dos - buscando respuesta a algunas de las preguntas que Amos Piper me había hecho en su carta. Pero unas semanas no fueron suficientes; el trabajo se prolongó durante meses, y a finales de año estaba más confundido que nunca. Además me encontraba en el borde del mismo abismo en el que había caído Piper.

Pues algo había pasado en Innsmouth en 1928, algo que había ocupado al gobierno federal, y acerca de lo cual nada podía averiguarse, excepto los vagos y

terroríficos indicios de una relación con los batracios de Ponapé. Y había extraños y alarmantes descubrimientos en algunos de los templos de Angkor-Vat, descubrimientos que estaban relacionados con la cultura de los polinesios así como de algunas tribus indias del noroeste americano, y de otros descubrimientos hechos en las Montañas de la Locura por una expedición de la Universidad de Miskatonic.

Había relatos de incidentes similares, todos ocultos en misterio y oscuridad. Y los libros - los libros prohibidos que Amos Piper había consultado - estaban en la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, y lo que en esas páginas leí resultaba horriblemente sugestivo a la luz de lo que había dicho Amos Piper, y de todo lo que posteriormente comprobé. Lo que allí se exponía, aunque indirectamente, era que en algún lugar existió una raza de seres infinitamente superiores - llamémoslos dioses o la Gran Raza, o con cualquier otro nombre - que trasladaban sus mentes libres a través del tiempo y del espacio. Y si esto era aceptado como una premisa, entonces podía ser también cierto que la mente de Amos Piper había sido de nuevo desplazada por una mente de la Gran Raza, enviada a investigar si todos los recuerdos de su estancia entre ellos habían sido borrados.

Pero los hechos más inquietantes de todos son los que han ido saliendo a la luz gradualmente. Me tomé la molestia de indagar cuanto podía descubrir acerca de los miembros de la expedición al Desierto Árábigo a la que Amos Piper se había unido. Venían de todos los rincones del mundo, y eran todos hombres de los que podía esperarse que tuvieran un interés especial en una expedición de esta naturaleza: un antropólogo inglés, un paleontólogo francés, un sabio chino, un egiptólogo, y muchos más. Y supe que cada uno de ellos, al igual que Amos Piper, había sufrido en algún momento durante la última década algún tipo de ataque, descrito variadamente, pero que innegablemente consistía en un desplazamiento de la personalidad, lo mismo que Piper.

En alguna parte de esas remotas tierras del Desierto Árábigo ¡la expedición entera desapareció de la faz de la tierra!

Fue quizá inevitable que mis persistentes investigaciones provocasen

interés en sectores ajenos a mí. Ayer un paciente vino a mi consulta. Había algo en sus ojos que me hizo pensar en Amos Piper, la última vez que le vi: una superioridad condescendiente, altiva, que me hizo encogerme de miedo, así como cierta torpeza en sus manos. Y ayer por la noche volví a verle, pasando bajo la farola de la calle de mi casa. Otra vez esta mañana, como un hombre que estudia a otro, y a sus hábitos, por alguna razón enrevesada para ser conocida por su víctima...

Y ahora cruzando la calle...

Las hojas sueltas del anterior manuscrito fueron encontradas en el suelo de la consulta del doctor Nathaniel Corey, cuando su enfermera acudió a la policía a causa de unos ruidos alarmantes tras la puerta de la consulta, que estaba cerrada. Cuando irrumpió la policía, el doctor Corey y un paciente no identificado estaban arrodillados, intentando en vano empujar las hojas hacia las llamas de la chimenea situada en la pared norte de la habitación.

Los dos hombres parecían incapaces de agarrar las hojas, pero las empujaban hacia delante con un movimiento similar al de los cangrejos. Ajenos a la presencia de la policía, se ocupaban sólo de la destrucción del manuscrito y persistían en sus esfuerzos poco naturales para conseguirlo con histérica precipitación... Ninguno fue capaz de dar una explicación inteligible a la policía o a los médicos asistentes, ni era coherente lo que decían.

En vista de que, tras un examen minucioso, ambos parecen haber sufrido un profundo cambio de personalidad, han sido trasladados para internamiento indefinido al Instituto Larkin, el famoso sanatorio privado para dementes...



## LA TUMBA

---

H.P. Lovecraft<sup>24</sup>

«Sedibus ut saltem placidis in morte quiescam.»

VIRGILIO

Al abordar las circunstancias que han provocado mi reclusión en este asilo para enfermos mentales, soy consciente de que mi actual situación provocará las lógicas reservas acerca de la autenticidad de mi relato. Es una desgracia que el común de la humanidad sea demasiado estrecha de miras para sopesar con calma e inteligencia ciertos fenómenos aislados que subyacen más allá de su experiencia común, y que son vistos y sentidos tan sólo por algunas personas psíquicamente sensibles. Los hombres de más amplio intelecto saben que no existe una verdadera distinción entre lo real y lo irreal; que todas las cosas aparecen tal como son tan sólo en virtud de los frágiles sentidos físicos y mentales mediante los que las percibimos; pero el prosaico materialismo de la mayoría tacha de locuras a los destellos de clarividencia que traspasan el vulgar velo del empirismo chabacano.

Mi nombre es Jervas Dudley, y desde mi más tierna infancia he sido un soñador y un visionario. Lo bastante adinerado como para no necesitar trabajar, y temperamentalmente negado para los estudios formales y el trato social de mis iguales, viví siempre en esferas alejadas del mundo real; pasando mi juventud y adolescencia entre libros antiguos y poco conocidos, así como deambulando por los campos y arboledas en la vecindad del hogar de mis antepasados. No creo que lo leído en tales libros, o lo visto en esos campos y arboledas, fuera lo mismo que otros chicos pudieran leer o ver allí; pero de tales cosas debo hablar poco, ya que explayarme sobre ellas no haría sino confirmar esas infamias despiadadas acerca de mi inteligencia que a veces oigo susurrar a los esquivos enfermeros que me rodean. Será mejor para mí que me ciña a los sucesos sin entrar a analizar las

---

<sup>24</sup> The tomb.

causas.

Ya he dicho que vivía apartado del mundo real, aunque no que viviera solo. Eso no es para seres humanos, ya que quien se aparta de la compañía de los vivos inevitablemente frecuenta la compañía de cosas que no tienen, o al menos no demasiada, vida. Cerca de mi casa existe una curiosa hondonada boscosa en cuyas profundidades umbrías pasaba la mayor parte del tiempo; leyendo, pensando y soñando. En sus musgosas laderas tuvieron lugar mis primeros pasos infantiles, y en torno a sus robles grotescamente nudosos se entretejieron mis primeras fantasías de adolescencia. Terminé por conocer bien a las dríadas tutelares de tales árboles, y a menudo he atisbado sus salvajes danzas a los fieros rayos de la luna menguante... pero no debo hablar ahora de eso. Debo ceñirme a la tumba abandonada de los Hydes, una vieja y rancia familia cuyo último descendiente directo había sido introducido en su negro seno décadas antes de mi nacimiento.

Esta cripta de la que hablo es de viejo granito, carcomido y descolorido por brumas y humedades de generaciones. Excavado en la ladera, tan sólo la entrada de la estructura resulta visible. La puerta, un bloque pesado e imponente de piedra, cuelga sobre oxidados goznes de hierro, y se encuentra entornada de forma extraña y siniestra, mediante pesadas cadenas y candados, siguiendo una rústica costumbre de hace medio siglo. La residencia del linaje cuyos vástagos yacen aquí en urnas antiguamente coronaba la cuesta donde se halla la tumba, pero hace mucho que se derrumbó víctima de las llamas provocadas por la desastrosa caída de un rayo. Los mas viejos del lugar a veces hablan con voces apagadas e inquietas acerca de la tormenta de medianoche que destruyó esa melancólica mansión; mencionando lo que ellos llaman «cólera divina» en una forma tal que en años posteriores aumentaría la siempre fuerte fascinación que sentía por ese sepulcro devorado por las malezas. Tan sólo un hombre había perecido por el fuego. Cuando el último de los Hydes fue sepultado en este lugar de sombras y quietud, aquella triste urna de cenizas había llegado de una tierra distante, ya que la familia se había marchado tras el incendio de la mansión. Ya no queda nadie para depositar flores en el portal de granito, y pocos se aventuran

entre las deprimentes sombras que parecen demorarse en forma extraña alrededor de sus piedras gastadas por el agua.

Nunca olvidaré la tarde en que me encontré por primera vez con esa casa de muerte casi oculta. Era mediado el verano, cuando la alquimia de la naturaleza transmuta el paisaje silvestre en una vívida y casi homogénea masa de verdor; cuando los sentidos se ven intoxicados por oleadas de húmedo verdor y el aroma sutilmente indefinible de la tierra y la vegetación. En tales parajes la mente pierde la perspectiva; tiempo y espacio se hacen vanos e irreales, y los sucesos de un pasado perdido laten insistentemente sobre la conciencia cautivada. Estuve vagabundeando todo el día a través de las místicas arboledas; pensando en cosas de las que no hace falta hablar y conversando con seres que no debo mencionar. A la edad de diez años, yo había visto y oído multitud de maravillas ocultas para el vulgo; y era curiosamente viejo en ciertos aspectos. Cuando, tras abrirme paso entre dos exuberantes zarzales, me topé bruscamente con la entrada de la cripta, yo no sabía lo que había descubierto. Los oscuros bloques de granito, la puerta tan curiosamente entreabierta, y los relieves funerarios sobre el arco, no despertaron en mí asociaciones tristes o terribles. Sobre tumbas y sepulcros ya era mucho lo que sabía e imaginaba, aunque por mi peculiar carácter me había apartado de todo contacto con camposantos y cementerios! La extraña casa de piedra en la ladera representaba para mí una fuente de interés y especulaciones; y su interior frío y húmedo, dentro del que vanamente trataba de ojear a través de la abertura tan incitantemente dispuesta, no tenía para mí connotaciones de muerte o decadencia. Pero de ese instante de curiosidad nació el loco e irracional deseo que me ha conducido a este infierno de reclusión. Azuzado por una voz que debía proceder del espantoso corazón de la espesura, resolví penetrar aquellas tinieblas que me reclamaban, a pesar de las cadenas que impedían mi acceso. En la menguante luz del día, alternativamente sacudí los herrumbrosos impedimentos, dispuesto a franquear la puerta de piedra, e intenté escurrir mi magro cuerpo a través del espacio ya abierto; pero nada de todo esto resultó. Tras la curiosidad del principio, ahora me encontraba frenético; y cuando en el crepúsculo que avanzaba volví a casa, había jurado al centenar de dioses del

bosque que, a cualquier precio, algún día me abriría paso hasta las oscuras y heladas profundidades que parecían reclamarme. El médico de barba gris que acude cada día a mi cuarto dijo una vez a un visitante que tal decisión representaba el comienzo de una penosa monomanía; pero esperaré el juicio final de los lectores cuando éstos hayan sabido todo.

Consumí los meses posteriores al descubrimiento en inútiles tentativas de forzar el complejo candado de la cripta entreabierta, así como en discretas indagaciones acerca de la naturaleza e historia de esa estructura. Con el oído tradicionalmente receptivo de los niños, aprendí mucho, aun cuando mi habitual reserva me llevó a no comunicar a nadie ni esos datos ni la decisión tomada. Quizás debiera mencionar que no me sorprendí ni me aterra al conocer la naturaleza de la cripta. Mis originales ideas acerca de la vida y de la muerte me habían llevado a asociar, de alguna vaga forma, la fría arcilla y el cuerpo animado; y sentí que esa grande y siniestra familia de la mansión incendiada estaba en algún modo presente en el pétreo recinto que yo trataba de explorar. Las habladurías sobre ritos salvajes e idólatras orgías ocurridas antiguamente en el viejo lugar despertaban en mí un nuevo y poderoso interés por la tumba, ante cuyas puertas podía sentarme durante horas y más horas cada día. En cierta ocasión lancé una vela por la rendija de la entrada; pero no pude ver nada sino un tramo de húmedos peldaños que descendía. El olor del lugar me repelía al tiempo que me fascinaba. Sentía haberlo aspirado ya antes, en un remoto pasado anterior a todo recuerdo; previo incluso a mi estancia en el cuerpo que ahora habito.

El año siguiente al descubrimiento de la tumba encontré una traducción carcomida por los gusanos de las Vidas de Plutarco en el ático atestado de libros de mi hogar. Leyendo la vida de Teseo, quedé sumamente impresionado por aquel pasaje que habla sobre la gran roca bajo la que el héroe infantil habría de encontrar las señales de su destino, tras hacerse lo suficientemente adulto como para alzar su enorme peso. Esa leyenda consiguió aplacar mi acuciante impaciencia por penetrar la cripta, ya que me hizo percibir que aún no había llegado el tiempo. Más tarde, me dije, alcanzaría fuerza e ingenio bastantes como para franquear con facilidad la puerta pesadamente encadenada; pero hasta ese

momento debía conformarme con lo que parecían los designios del Destino.

En consecuencia, la atención dedicada al húmedo portal se tornó menos persistente, y dediqué mucho de mi tiempo a otras meditaciones sobre asuntos igualmente extraños. A veces me levantaba sigilosamente durante la noche, saliendo a pasear por aquellos camposantos y cementerios de los que mis padres me habían mantenido alejado. Qué hacía allí no sabría decir, ya que no estoy seguro de la realidad de algunos hechos; pero sé que al día siguiente de alguno de tales paseos solía asombrarme con la posesión de un conocimiento sobre temas casi olvidados durante muchas generaciones. Fue durante una noche así que estremecí a la comunidad con una extraña hipótesis acerca del enterramiento del rico y famoso hacendado Brewster, una celebridad local sepultada en 1711 y cuya lápida de pirraza, ostentando el grabado de una calavera y dos tibias cruzadas, iba convirtiéndose lentamente en polvo. En un instante de infantil imaginación juré no sólo que el enterrador, Goodman Simpson, había hurtado sus zapatos con hebilla de plata, medias de seda y calzones de raso al muerto antes del entierro; sino que el mismo hacendado, aún vivo, se había girado por dos veces en su ataúd cubierto de tierra el día después de ser sepultado.

Pero la idea de penetrar la tumba nunca abandonó mis pensamientos; viéndose de hecho estimulada por el inesperado descubrimiento genealógico de que mis propios antepasados maternos mantenían un ligero parentesco con la familia de los Hydes, considerada extinta. El último de mi rama paterna, yo era asimismo el último de ese linaje más viejo y misterioso. Comencé a considerar esa tumba como mía, y a esperar con ansiedad el futuro, esperando el momento en que pudiera traspasar la puerta de piedra y descender en la oscuridad aquellos viscosos peldaños de piedra. Adquirí el hábito de escuchar con gran atención junto al portal entornado, eligiendo para esa curiosa vigilia mis horas preferidas, en la quietud de la medianoche. Al alcanzar la edad adulta, había abierto un pequeño claro en la espesura, ante la fachada cubierta de moho de la ladera, permitiendo a la vegetación adyacente circundar y cubrir aquel espacio, a semejanza de un selvático enramado. Tal enramado era mi templo, la puerta aherrojada del santuario, y aquí yacía tendido en el musgoso suelo, sumido en

extraños pensamientos y enroñando sueños extraños.

La noche de la primera revelación hacía bochorno. Debí quedarme dormido a causa del cansancio, ya que tuve la clara sensación de despertar al oír las voces. Dudo de mencionar sus tonos y acentos; de su cualidad no quiero ni hablar; pero puedo decir que había extraordinarias diferencias en su vocabulario, pronunciación y en la construcción de frases. Cada matiz del dialecto de Nueva Inglaterra, desde las groseras sílabas de los colonos puritanos a la retórica precisa de cincuenta años atrás, parecían hallarse representadas en aquel sombrío coloquio, aunque sólo más tarde caí en la cuenta. En ese instante, de hecho, mi atención estaba distraída con otro fenómeno; un suceso tan fugaz que no podría jurar que haya sucedido realmente. Apenas creí estar despierto, cuando una luz se apagó apresuradamente dentro del hondo sepulcro. No creo haber quedado pasmado o sumido en el pánico, aunque soy consciente de haber sufrido un cambio grande y permanente durante esa noche. Al volver a casa me dirigí sin vacilar a un podrido arcón del ático, en cuyo interior encontré la llave que al día siguiente abriría fácilmente la barrera contra la que tanto tiempo había luchado en vano.

Fue al suave resplandor del final de la tarde cuando por vez primera accedí a la cripta de la ladera abandonada. Un hechizo me envolvía, y mi corazón latía con un alborozo que apenas puedo describir. Mientras cerraba a mis espaldas la puerta y descendía los pringosos escalones a la luz de mi solitaria vela, creí reconocer el camino y, aunque la vela chisporroteaba debido al sofocante ambiente del lugar, me sentía singularmente a gusto con aquel aire viciado, como de osario. Mirando alrededor, columbré multitud de losas de mármol sobre las que reposaban ataúdes, o restos de ataúdes. Algunos estaban sellados e intactos, pero otros casi se habían deshecho, dejando las manijas de plata y placas caídas entre algunos curiosos montones de polvo blancuzco. En una de las placas leí el nombre de sir Geoffrey Hyde, que había llegado de Sussex en 1640 y muerto aquí unos años después. En un llamativo nicho había un ataúd bastante bien conservado y vacío que me hizo sonreír a la par que estremecer. Un extraño impulso me llevó a encaramarme a la amplia losa, apagar

la vela y yacer dentro de la caja desocupada.

Con la luz gris del alba salí dando tumbos de la cripta y aseguré la cadena de la puerta a mi espalda. Ya no era un joven, aun cuando tan sólo veintiún inviernos habían pasado por mi envoltura corporal. Los aldeanos más madrugadores que alcanzaron a presenciar mi vuelta a casa me contemplaron atónitos, asombrados de los signos de juega tormentosa visibles en alguien cuya vida era tenuta por sobria y solitaria. No me mostré ante mis padres hasta después de un largo y reparador sueño.

En adelante frecuenté cada noche la tumba; viendo, escuchando y realizando actos que jamás debo revelar. Mi forma de hablar, siempre susceptible de las influencias más inmediatas, fue lo primero en sucumbir al cambio, y la súbita aparición de arcaísmos en mi habla fue pronto advertida. Más tarde, mi conducta se tiño de extraño valor y temeridad, hasta el punto de que inconscientemente comencé a adoptar la actitud de un hombre de mundo, a pesar de mi reclusión de por vida. Mi anteriormente silenciosa lengua se tornó voluble, con la gracia fácil de un Chesterfield o el cinismo ateo de un Rochester. Mostraba una curiosa erudición, completamente alejada de los saberes fantásticos y monacales de los que me había empapado en mi juventud, y cubría las hojas de guarda de mis libros con fáciles e improvisados epigramas que tenían influencias de Gay, Prior y los más vivos de los burlones y poetas augustos. Una mañana, durante el desayuno, me puse al borde del desastre al declamar con acentos netamente ebrios una efusión de alegría bacanal del siglo dieciocho; un soplo de alegría georgiana nunca consignada en libros, que rezaba más o menos así:

*Acudid acá, mozos, con vuestras jarras de cerveza,  
Y bebed por el presente antes de que se esfume;  
Apilad en vuestro plato una montaña de carne,  
Pues el comer y el beber nos brinda alivio:  
Así que colmad vuestros vasos,  
Ya que la vida pronto pasará;  
¡Cuando estéis muertos no brindaréis a la salud  
del rey o de vuestra chica!*

*Anacreonte tenía la nariz roja, según cuentan:*

*¿Pero qué es una nariz colorada a cambio de estar alegre y vivaz?*

*¡Dios me valga! Mejor rojo como estoy aquí,*

*que blanco como un lirio... ¡y muerto medio año!*

*Así que Betty, mi dama,*

*Ven y dame un beso;*

*¡En el infierno no hay hija de ventero que se te pueda comparar!*

*El joven Harry se mantiene todo lo tieso que puede,*

*Pronto perderá la peluca y caerá bajo la mesa;*

*Pero colmad vuestras copas y hacerlas circular...*

*¡Mejor bajo la mesa que bajo tierra!*

*Así que reíd y gozad Bebed sin cesar:*

*¡Bajo seis pies de tierra no os será tan fácil el disfrutar!*

*¡El diablo me confunda! Apenas puedo andar,*

*¡Maldito seas ¡ puedo tenerme en pie o hablar!*

*Aquí, posadero, manda a Betty por una silla;*

*¡Me iré a casa en un rato, ya que mi mujer no está!*

*Así que echadme una mano;*

*No me tengo en pie,*

*¡Pero contento estoy mientras me mantenga sobre la tierra!*

Por esa época comencé a albergar mi actual miedo al fuego y las tormentas. Antes indiferente a tales cosas, sentía ahora un inexplicable horror ante ellas; y era capaz de recogerme al rincón más profundo de la casa cuando los cielos amenazaban con aparato eléctrico. Uno de mis refugios favoritos durante el día era el ruinoso sótano de la mansión quemada, y con la imaginación podría pintar la estructura tal y como había sido antiguamente. En cierta ocasión asusté a un aldeano conduciéndolo en secreto a un sombrío subsótano cuya existencia



me parecía conocer a pesar del hecho de que había permanecido desconocido y olvidado durante muchas generaciones.

Al final ocurrió lo que tanto había temido. Mis padres, alarmados por la alteración de ademanes y apariencia de su único hijo, comenzaron a ejercer sobre mis movimientos un discreto espionaje que amenazaba con conducirme al desastre. No había comentado a nadie mis visitas a la tumba, habiendo guardado mi secreto propósito con religioso celo desde la infancia; pero ahora me veía obligado a guardar precauciones cuando deambulaba por los laberintos de la hondonada boscosa, ya que debía despistar a un posible perseguidor. Guardaba la llave de la cripta colgando de un cordel alrededor de mi cuello, cuya existencia tan sólo era conocida por mí. Nunca saqué del sepulcro ninguna de las cosas que encontré entre sus muros.

Una mañana, mientras salía de la húmeda tumba y cerraba las cadenas del portal con mano no demasiado firme, advertí en un matorral adyacente el rostro de un observador. Sin duda, el fin estaba cerca; ya que mi enramado había sido descubierto y el objeto de mis salidas nocturnas desvelado. El hombre no se me acercó, por lo que me apresuré a volver a casa en un esfuerzo por espiar lo que pudiera informar a mi preocupado padre. ¿Iban mis estancias más allá de la puerta encadenada a ser reveladas al mundo? Imaginen mi regocijado asombro cuando escuché al espía contar a mi padre con un precavido susurro que yo había pasado la noche en el enramado exterior a la tumba; ¡con mis ojos somnolientos clavados en la hendidura que entreabría la puerta aherrojada! ¿Mediante qué milagro se había visto engañado el observador? Ahora estaba convencido de que un agente sobrenatural me protegía. Envalentonado por tal circunstancia celestial, volví a visitar abiertamente la cripta, seguro de que nadie podría presenciar mi entrada. Durante una semana degusté al completo los placeres de ese osario común que no debo describir, cuando aquello sucedió, y me arrancaron de allí para traerme a este maldito lugar de pesar y monotonía.

No debí salir esa noche, ya que el estigma del trueno acechaba en las nubes, y una infernal fosforescencia brotaba del fétido pantano ubicado al fondo de la hondonada. La llamada de los muertos, también, era distinta. En vez de la

tumba de la ladera, procedía del calcinado sótano en lo alto, cuyo demonio tutelar me hacía señas con dedos invisibles. Cuando salí de una arboleda intermedia al llano que hay ante las ruinas, contemplé a la brumosa luz lunar, algo que siempre había esperado vagamente. La mansión, desaparecida un siglo antes, alzaba una vez más sus majestuosas formas ante la mirada extasiada; cada ventana resplandecía con el fulgor de multitud de velas. Por el largo sendero acudían los carruajes de la aristocracia de Boston, al tiempo que una muchedumbre de petimetres empolvados iba llegando a pie desde las mansiones vecinas. Con tal gentío me mezclé, a sabiendas de que mi sitio estaba entre los anfitriones, no entre los invitados. En el salón sonaba la música, risas, y el vino estaba en cada mano. Reconocí algunas caras, aunque las hubiera distinguido mucho mejor de haber estado secas, o consumidas por la muerte y la descomposición. Entre una multitud salvaje y audaz yo era el más extravagante y disipado. Alegres blasfemias brotaban a torrentes de mis labios, y mis bruscos chascarrillos no respetaban la ley de Dios, el Hombre o la Naturaleza. Súbitamente, un retumbar de trueno, haciéndose oír aún sobre el estrépito de aquella juerga tumultuosa, rasgó el mismo tejado e impuso un soplo de miedo en aquella porcina compañía. Rojas llamaradas y tremendas ráfagas de calor envolvieron la casa, y los concelebrantes, aterrorizados por el descenso de una calamidad que parecía trascender los designios de una naturaleza ciega, huyeron vociferando en la noche. Tan sólo quedé yo, atado a mi asiento por un terror mortal jamás sentido hasta entonces. Y en ese instante un segundo horror tomó posesión de mi alma. Quemado vivo hasta ser reducido a cenizas, mi cuerpo disperso a los cuatro vientos, *¡jamás podría yacer en la tumba de los Hydes!* ¿Acaso no tenía derecho a descansar durante el resto de la eternidad entre los descendientes de sir Geoffrey Hyde? ¡Sí! ¡Reclamaría mi herencia de muerte aun cuando mi espíritu hubiera de buscar durante eras otra morada carnal que la situase en aquella losa vacía del nicho de la cripta. *¡Jervas Hyde* nunca arrostraría el triste destino de Palinuro!

Mientras el espejismo de la casa ardiente se desvanecía, me encontré gritando y debatiéndome como un loco entre los brazos de dos hombres, uno de

los cuales era el espía que me había seguido hasta la tumba. La lluvia caía a raudales, y sobre el horizonte sur había fogonazos de los relámpagos que acababan de pasar sobre nuestras cabezas. Mi padre, con el rostro surcado de pesar, no hacía gesto mientras yo le pedía a voces que me dejara reposar en la tumba, advirtiéndome con frecuencia a mis captores que me trataran con toda la delicadeza posible. Un círculo oscurecido en el suelo del arruinado sótano indicaba un violento golpe de los cielos, y en esa parte un grupo de aldeanos curiosos con linternas indagaban en una pequeña caja de antigua factura que la caída del rayo había aflorado a la luz. Cesando en mis inútiles y ahora sin objeto forcejeos, observé a los espectadores mientras examinaban el hallazgo, y se me permitió participar de su descubrimiento. La caja, cuyos cerrojos habían sido rotos por el golpe que la había desenterrado, contenía multitud de documentos y objetos de valor; pero yo tan sólo tenía ojos para una cosa. Era la miniatura en porcelana de un joven con una elegante peluca de rizos, ostentando las iniciales «J. H.». El rostro era tal y como yo me veía, de suerte que bien pudiera haber estado contemplándome en un espejo.

Al día siguiente me trajeron a este cuarto con barrotes en la ventana, pero me he mantenido al tanto de ciertas cosas merced a un sirviente no muy espabilado, y ya de edad, por quien sentí gran cariño durante la infancia, y quién, al igual que yo, ama los cementerios. Lo que me he atrevido a contar de mis experiencias dentro de la cripta tan sólo me ha brindado sonrisas conmisericordias. Mi padre, que me visita a menudo, dice que no he traspasado el portal encadenado, y jura que el herrumbroso cerrojo, cuando él lo examinó, no daba muestras de haber sido tocado en cincuenta años. Incluso afirma que todo el pueblo conocía mis viajes a la tumba, y que con frecuencia me observaban durmiendo en el enramado exterior a la espantosa fachada, los ojos entreabiertos y fijos en el resquicio que conduce al interior. Contra tales afirmaciones carezco de pruebas, ya que mi llave se perdió durante la lucha en esa noche de horror. Las extrañas cosas del pasado que aprendí durante aquellos encuentros nocturnos con los muertos son atribuidos al fruto de mi codicioso e incesante hojear de los viejos volúmenes de la biblioteca familiar. De no haber sido por mi viejo criado

Hiram, a estas alturas yo mismo estaría bastante convencido de mi propia locura.

Pero Hiram, fiel hasta el final, ha tenido fe en mí y ha provocado lo que me lleva a publicar al menos parte de esta historia. Hace una semana forzó el cerrojo que aseguraba la puerta de la tumba perpetuamente entornada y descendió con una linterna a las sombrías profundidades. En una losa, en el interior de un nicho, descubrió un ataúd viejo, pero vacío, en cuya deslustrada placa reza esta simple palabra: «*Jervas.*» En ese ataúd y en esa cripta me ha prometido que seré sepultado.

## **EL QUE SUSURRABA EN LAS TINIEBLAS**

---

**H. P. Lovecraft<sup>25</sup>**

### 1

Recuerden ustedes bien, ante todo, que no vi al fin nada concreto. Afirmar que mis conclusiones fueron producto de un choque mental (última gota que me hizo huir rápidamente de la solitaria granja de Akeley en un viejo automóvil, en medio de la noche y entre las redondas colinas de Vermont), es ignorar los hechos claros y simples de aquella mi última experiencia. A pesar de las cosas terribles que vi y escuché, y la impresión tan viva que me causaron, no puedo probar, aun ahora, la verdad o la falsedad de mis temibles hipótesis. Pues al fin y al cabo la desaparición de Akeley no prueba nada. La gente no encontró en la casa nada sospechoso, fuera de las marcas de balas en el interior y el exterior. Parecía como si hubiese salido casualmente a dar un paseo por las colinas, y aún no hubiese vuelto. Nada revelaba que hubiese habido un huésped, ni que aquellos horribles cilindros y máquinas hubiesen estado allí en el estudio. Que Akeley hubiese sentido un miedo mortal a esas verdes y pobladas colinas e interminables arroyuelos entre los que había nacido, tampoco significaba nada.

---

<sup>25</sup> The whisperer in darkness.

Miles de personas sufren de los mismos enfermizos temores. Bastaría, por otra parte, la excentricidad para explicar la conducta y las aprensiones de Akeley.

Todo comenzó, según mi conocimiento, con la inundación sin precedentes que asoló el Estado de Vermont el 3 de noviembre de 1927. Yo era entonces, como ahora, profesor de literatura en la Universidad de Miskatonic en Arkham, Massachusetts, y un aficionado entusiasta del folclore de Nueva Inglaterra. Poco después de la inundación, entre los varios relatos de privaciones, sufrimientos y ayuda organizada que llenaban los periódicos, aparecieron ciertas raras noticias acerca de unas criaturas que habían flotado en los ríos desbordados. Algunos de mis amigos se embarcaron en seguida en curiosas discusiones y pronto recurrieron a mí en busca de ayuda. Halagado porque se tomaran tan en serio mis estudios folclóricos, hice todo lo posible por aclarar las historias desordenadas y confusas que parecían inspiradas en verdad por viejas supersticiones campesinas. Me divirtió bastante encontrar varias personas cultas que insistían en que aquellos rumores podían estar basados en algunos hechos deformados o de difícil comprensión.

Las historias que llegaron a mí procedían casi todas de recortes de diarios; sin embargo, una de ellas tenía un origen oral. Un amigo mío se había enterado del suceso por una carta que le había escrito su madre desde Hardwick, Vermont. Las descripciones coincidían en casi todos los casos. Los lugares en que habían descubierto a las criaturas parecían ser tres: el río Wincoski, cerca de Montpelier; el río West, más allá de Newfane, en el condado de Windham; y el Passumpsic, junto a Lyndonville, en el condado de Caledonia. Como es natural, los relatos mencionaban otros lugares, pero parecía que en última instancia todos podían reducirse a esos tres. Las gentes de esas regiones afirmaban haber visto en las aguas que bajaban de las poco frecuentadas colinas uno o más objetos muy raros y perturbadores, y había cierta tendencia a relacionarlos con un viejo ciclo de leyendas, ya casi olvidado, y que los ancianos exhumaron en esta ocasión.

Lo que la gente creyó haber visto eran unas formas orgánicas distintas de todo lo que ellos conocían. Naturalmente, en aquellos días trágicos las aguas arrastraban muchos cuerpos humanos; pero los que vieron aquellas formas

estaban totalmente seguros de que no eran de hombres, a pesar de cierta semejanza superficial en cuanto al tamaño del conjunto. No podía tratarse, dijeron los testigos, de algunos de los animales conocidos en Vermont. Eran unos seres rosados de alrededor de un metro y medio de altura. Los cuerpos de crustáceo estaban provistos de algunos pares de aletas o alas membranosas y varios grupos de miembros articulados. En el lugar donde podría encontrarse la cabeza había una especie de elipsoide retorcido, cubierto por gran número de antenitas. Era verdaderamente notable cómo aquellos informes de distinta procedencia coincidían entre sí. Aunque no había que extrañarse tanto, pues las viejas leyendas, difundidas en otro tiempo por todo el país, habían alimentado una imagen particularmente mórbida que excitó sin duda la imaginación de todos los testigos. Saqué en conclusión que estos testigos - gente simple e ingenua de los bosques - habían debido ver en los cadáveres descompuestos y mutilados de seres humanos o animales de granja, arrastrados por las aguas turbulentas, objetos lastimosos a los que un semiolvidado folclore había dotado de fantásticos atributos.

Las antiguas tradiciones, aunque oscuras, confusas, y apenas recordadas por la generación actual, eran muy originales y reflejaban indudablemente influencias indias. Yo las conocía muy bien, aunque no había estado nunca en Vermont, gracias a la rarísima monografía de Eli Davenport, que recoge leyendas orales anteriores a 1839. Este material, por otra parte, coincidía con las historias que oí en boca de viejos montañeses de New Hampshire. Brevemente resumidos, tales documentos hablan de una raza monstruosa que vive oculta en algún lugar de las más remotas colinas, en los bosques espesos de los picos más inaccesibles, y en los valles oscuros por donde corren unos arroyos de origen misterioso. Muy pocos llegaron a ver alguna vez a esos seres, pero aquellos que se aventuraron a subir por las faldas de ciertas montañas, o que descendieron a las gargantas cortadas a pico evitadas hasta por los mismos lobos, suministraron a menudo pruebas de su existencia.

Éstas eran unas curiosas huellas de pies o garras, encontradas a orillas de los ríos o en terrenos desnudos, y singulares círculos de piedra alrededor de los

cuales habían sido arrancados los pastos. Había también, en las faldas de las colinas, unas cavernas de profundidad problemática, con entradas cerradas por rocas de un modo que no podía ser accidental. Gran número de pisadas salía de las cuevas y entraba en ellas, aunque no podía estimarse con certeza su dirección. En fin, y esto era lo más grave, había unas criaturas que las gentes más aventuradas habían visto alguna vez en la sombra de los valles remotos y en los bosques espesos y casi perpendiculares que crecían en algunas pendientes inaccesibles.

Todo habría tenido menos importancia si las distintas descripciones de esos monstruos no fuesen tan similares. Casi todos los relatos presentaban varios puntos en común. Estas criaturas eran algo así como enormes cangrejos rosados, con varios pares de patas y dos grandes alas membranosas que arrancaban de la parte media del dorso. Caminaban a veces apoyados en todos sus miembros, y otras en sólo el par posterior, utilizando los otros para transportar objetos de naturaleza indeterminada. En una ocasión alguien vio todo un tropel que vadeaba las aguas poco profundas de un arroyo, en filas de tres, en una formación evidentemente disciplinada. Una vez se vio un ejemplar que volaba; luego de lanzarse desde la cima de una colina solitaria y desnuda, sus grandes alas se dibujaron un momento contra la luna llena y luego se perdieron en el cielo de la noche.

Estas criaturas parecían dispuestas, en general, a dejar en paz al hombre, aunque a veces se las hacía responsables de la desaparición de algunos individuos temerarios, especialmente de aquellos que levantaban sus casas muy cerca de algunos valles o muy en lo alto de algunas colinas. Se pensó que no era aconsejable vivir en ciertos sitios; esa idea persistió largo tiempo, cuando ya se habían olvidado las causas. La gente solía mirar estremeciéndose algunos precipicios montañosos, aun cuando no recordasen cuántos colonos se habían perdido, y cuántas casas habían quedado reducidas a cenizas en las faldas de aquellos verdes y hoscas centinelas.

Pero si, de acuerdo con las leyendas primitivas, estas criaturas parecían haber molestado sólo a aquellos que se habían aventurado en sus refugios, las

historias más recientes mencionaban su curiosidad hacia los seres humanos, y sus intentos de establecer puestos de avanzada en el mundo de los hombres. Se hablaba de curiosas huellas de garras descubiertas por la mañana al pie de las ventanas de las quintas, y de algunas desapariciones en lugares muy alejados de las regiones consideradas como peligrosas. Se hablaba asimismo de voces cuchicheantes que imitaban el lenguaje humano y que hacían sorprendentes ofertas a los viajeros solitarios en los caminos y senderos de los bosques, y de niños que habían perdido la razón por lo que habían visto u oído en sitios en que los árboles llegaban hasta las cercas de los patios. En fin, en las últimas leyendas -las que habían precedido a la declinación de las supersticiones y al alejamiento de los lugares temibles- había horrorizadas referencias a ciertos granjeros que en algún período de su solitaria existencia habían sufrido una repugnante transformación mental y a los que se acusaba de haberse vendido a aquellas extrañas criaturas. En un condado del nordeste parecía existir la costumbre, hacia 1800, de denunciar a ciertos reclusos, impopulares y excéntricos, como aliados o representantes de esos seres abominables.

Y en lo que concierne a la naturaleza de estos últimos... las explicaciones diferían. Los nombres que se les aplicaban con mayor frecuencia eran los de «Aquellos de Más Allá, o «los Antiguos», aunque también hubo otros de uso más efímero y local. La mayoría de los colonos puritanos los consideraban, simplemente, parientes del demonio, y tema por lo tanto de angustiadas especulaciones teológicas. Aquellos de origen céltico - sobre todo los escoceses e irlandeses de New Hampshire, lo mismo que sus descendientes establecidos en Vermont después de las concesiones de tierras otorgadas por el coronel Wentworth los relacionaban vagamente con las hadas malignas y los «hombrecitos» de las turberas y las colinas, y buscaban protección en los encantamientos legados por sus antecesores. Pero las teorías más fantásticas eran las de los indios. Aunque las leyendas de las diferentes tribus difiriesen unas de otras, todas estaban unánimemente de acuerdo en afirmar que las criaturas no pertenecían a esta tierra.



Los mitos de los Pennacooks, que eran los más coherentes y pintorescos, enseñaban que los Seres Alados venían de la Osa Mayor, y que de las minas que poseían en nuestras montañas sacaban una piedra que no podían obtener en ningún otro mundo. No vivían en la Tierra, decían los mitos, y mantenían aquí unos simples puestos de avanzada desde donde enviaban a sus planetas del norte grandes cargamentos de piedra. Los animales los evitaban impulsados por una aversión instintiva, no porque los monstruos los persiguiesen. No podían alimentarse de las plantas y animales de este mundo, y traían de las estrellas su propia comida. Era peligroso acercarse a ellos; en algunas ocasiones los jóvenes cazadores que se habían aventurado por aquellas colinas no habían vuelto jamás. No era bueno tampoco escuchar lo que murmuraban de noche en los bosques, con voces similares a las de unas abejas que tratasen de imitar el lenguaje humano. Conocían todos los dialectos: el de los Pennacooks, el de los Hurones, el de los Cinco Países; pero no parecían tener o necesitar un lenguaje propio. Hablaban con sus cabezas; éstas cambiaban de color de diversos modos, según lo que quisiesen expresar.

Todas esas leyendas, naturalmente, tanto las blancas como las de los indios, habían muerto en el siglo XIX. Sólo había habido algunos ocasionales y atávicos florecimientos. La vida de los habitantes de Vermont se había estabilizado, y una vez que se construyeron casas y caminos de acuerdo con un determinado plan, comenzaron a olvidar los temores que habían originado ese mismo plan, y ni siquiera se recordó que esos temores hubiesen existido. La mayoría de la gente sólo sabía que ciertas regiones montañosas eran consideradas como malsanas y poco productivas, y que traía mala suerte vivir en ellas. De modo que lo mejor era instalarse lo más lejos posible de esas regiones. Pasó el tiempo, y las huellas de la costumbre y de los intereses económicos se hicieron tan profundas que no hubo ningún motivo para no seguirlas, y así las temidas colinas quedaron desiertas más por accidente que por un deseo voluntario. Salvo infrecuentes pánicos locales, sólo algún nonagenario amante del pasado y alguna abuela aficionada a lo maravilloso hablaban de las criaturas de las colinas, y aun éstos admitían que poco había que temer ahora cuando esos seres se habían

acostumbrado a la presencia de las casas. Además, los hombres no se internaban casi nunca en aquellos territorios.

Yo sabía todo esto desde hacía tiempo gracias a mis lecturas y a los relatos que había oído en New Hampshire. De modo que, cuando los rumores que siguieron a la inundación comenzaron a extenderse, pude adivinar con facilidad qué fondo imaginativo había permitido su desarrollo. Me esforcé en explicárselo a mis amigos, y me divertí de veras al ver que algunos de los más discutidores pensaban aún que quizá había algo de verdad en aquellos relatos. Estas personas trataron de señalarme que las leyendas primitivas tenían una persistencia y una uniformidad singulares, y que la naturaleza virtualmente inexplorada de las colinas de Vermont hacía poco prudente asegurar que nadie vivía en ellas. Tampoco pude reducirlos a silencio afirmándoles que todos los mitos tenían una misma y conocida estructura y estaban determinados por fases primitivas de experiencia que producían siempre el mismo tipo de ilusión.

Fue inútil demostrarles que los mitos de Vermont diferían esencialmente muy poco de aquellas leyendas que personificaban fuerzas naturales, y que poblaron el mundo de faunos, dríades y sátiros, originaron los kallikanzarai de la Grecia moderna, y dieron a Irlanda y al viejo país de Gales la idea de una extraña y oculta raza de pequeños trogloditas. Fue inútil, también, llamar la atención sobre un mito todavía más similar: la creencia de las tribus del Nepal en el terrible Mi-Go o «el abominable hombre de las nieves», que deambula por los glaciares y rocas de los picos del Himalaya. Cuando recurrí a estos argumentos, mis adversarios los volvieron contra mí sosteniendo que implicaban cierta base histórica, y que revelaban la existencia de una antigua raza terrestre, obligada a ocultarse luego de la aparición del hombre y que podía haber sobrevivido parcialmente hasta una época bastante cercana; quizá hasta la nuestra.

Cuanto más me burlaba de estas teorías, más insistían mis amigos, y añadían que aun fuera de las viejas tradiciones los informes recientes eran demasiado claros, consistentes, minuciosos, y hasta prosaicos, para no tenerlos en cuenta. Dos o tres fanáticos llegaron al extremo de conceder una cierta verosimilitud a los relatos indios que atribuían a las ocultas criaturas un origen

extraterrestre; y citaban los extravagantes libros de Charles Fort donde se afirma que viajeros de otros mundos han visitado la Tierra. La mayor parte de mis adversarios, sin embargo, eran simplemente espíritus románticos que pretendían transferir a la vida real la fantástica demonología popularizada por las magníficas historias de terror de Arthur Machen.

## 2

Dadas las circunstancias, no era sorprendente que esta discusión terminase por aparecer en letras de molde, en forma de cartas dirigidas al *Arkham Advertiser*. Algunas de ellas fueron reproducidas en los periódicos de las regiones de Vermont de donde provenían las historias. El *Rudand Herald* dedicó media página a extractos de cartas de los dos bandos, y el *Brattleboro Reformer* reimprimió integralmente una de mis largas exposiciones históricas y mitológicas, acompañada de unos comentarios en la columna firmada por «El cronista» que apoyaban y aplaudían mis escépticas conclusiones. En la primavera de 1928 yo era tina figura casi célebre en Vermont, a pesar de que nunca había puesto el pie en ese Estado. Poco después llegaron a mis manos las cartas de Henry Akeley que me impresionaron de un modo tan profundo y me llevaron por primera y última vez a ese fascinante país de pobladas colinas verdes y susurrantes y escondidos arroyos.

Casi todo lo que sé de Henry Wentworth Akeley lo aprendí después de mi aventura en su granja solitaria, y gracias a las cartas que intercambié con sus vecinos y con su único hijo, que vivía en California. Era, descubrí, el último representante de una distinguida cadena de juristas, administradores y caballeros dedicados a la agricultura. Pero Akeley había abandonado las aficiones de la familia, y los asuntos prácticos habían dado lugar a la pura erudición. Había sido un estudiante notable de matemática, astronomía, biología, antropología y folclore en la Universidad de Vermont. Yo nunca había oído nada de él, y en sus comunicaciones no me dio detalles autobiográficos. Sin embargo, comprendí inmediatamente que era hombre de carácter, educación e inteligencia, aunque su vida recluida lo había apartado de todo conocimiento mundano.

A pesar de la naturaleza increíble de sus afirmaciones, no pude dejar de tomar a Akeley más en serio que a los otros adversarios de mis teorías. Ante todo, había sido testigo de los fenómenos - visibles y tangibles - sobre los que especulaba de un modo tan grotesco; y por otra parte estaba dispuesto a dejar en suspenso sus conclusiones como un verdadero hombre de ciencia. No se dejaba guiar por preferencias personales, y se apoyaba siempre en lo que creía ser una evidencia sólida. Naturalmente, pensé en seguida que se equivocaba, pero le concedí el favor de creer que se equivocaba de un modo inteligente. En ningún caso compartí el punto de vista de algunos de sus amigos que atribuían sus ideas y su terror a las colinas verdes a la mera locura. Comprendí en seguida que era un hombre notable, y que los hechos que me relataba tenían como origen circunstancias que bien merecían mi interés, aunque no tuviesen ninguna relación con las causas fantásticas que Akeley les atribuía. Más tarde me envió ciertas pruebas materiales que dieron al asunto una base algo distinta y extremadamente curiosa.

No puedo hacer nada mejor que transcribir íntegramente, hasta donde me sea posible, la larga carta con que Akeley se presentó a sí mismo y que señala un punto tan importante en la historia intelectual. Ya no la tengo en mis manos, pero la recuerdo muy bien, y me atrevo a afirmar otra vez que el hombre que la escribió era totalmente cuerdo. He aquí el texto, un texto que llegó a mí en una letra apretada y de aspecto arcaico, propia de un hombre que no ha tratado mucho con el mundo durante su serena existencia de estudioso.

R. F. D. 2

Townshend, Windham Co., Vermont

5 de mayo de 1928

Sr. Albert N. Wilmarth

118, Saltondall Street Arkham,

Massachusetts

Mi estimado señor:

He leído con gran interés en el *Brattleboro Reformer* del 23 de abril la reproducción de una carta de usted en la que recoge algunas de las historias sobre cuerpos que han flotado en nuestros ríos durante la última inundación, y las curiosas leyendas con las que tanto armonizan. Es fácil comprender por qué un hombre de otro Estado toma tal actitud, y hasta por qué «El cronista» se muestra de acuerdo. Es la posición adoptada generalmente por todas las personas cultas, tanto de Vermont como de otras partes, y fue también la mía en mi juventud (tengo actualmente 57 años) antes de que mis estudios, tanto los generales como los que hice del libro de Davenport, me llevaran a explorar ciertas regiones poco frecuentadas de las colinas.

Emprendí estos estudios a causa de las historias que solía oír de labios de viejos granjeros ignorantes, pero en la actualidad lamento de veras haber tocado esas cuestiones. Puedo decir, con toda modestia, que la antropología y el folclore no me son totalmente desconocidos. En la Universidad me ocupé mucho de estas ciencias, y estoy familiarizado con autoridades tales como Tylor, Lubbock, Frazer, Quatrefages, Murray, Osorn, Keith, Boule, G. Elliot Smith, etcétera. No ignoro que los cuentos sobre razas ocultas son tan antiguos como la humanidad. He leído en el *Rutland Herald* la reproducción de sus cartas, y las de aquellos que lo apoyan, y creo saber en qué punto se encuentra actualmente la controversia.

Quiero decirle ahora que temo que sus adversarios estén más en lo cierto que usted, aunque carezcan, en apariencia, de razones válidas. Están más en lo cierto de lo que ellos mismos creen, pues, naturalmente, sólo apuntan algunas hipótesis e ignoran lo que yo sé. Si yo supiera tan poco como ellos, no justificaría sus creencias. Lo apoyaría a usted enteramente.

Como puede usted comprobar, me resisto a entrar de lleno en la cuestión, probablemente porque temo llegar a ella. En pocas palabras: tengo la prueba de que ciertos seres monstruosos viven en los bosques de las colinas altas que nadie visita. No he visto a las criaturas que flotaban en los ríos, pero sí a seres que se les parecen en circunstancias que temo relatar. He visto huellas de pasos; recientemente tan cerca de mi propia casa (vivo en la vieja mansión de los Akeley al sur de la aldea de Townshend, junto a la montaña Negra) que no me

atrevo a ser más preciso. Y he oído voces en los bosques y en ciertos lugares que no intentaré describir aquí.

En uno de esos lugares las voces eran tan claras que llevé allí un fonógrafo con un dictáfono y un cilindro de cera virgen. Trataré de hacerle llegar la grabación que entonces obtuve. Se la hice escuchar a algunos ancianos de la región y éstos quedaron casi paralizados, pues una de las voces (el zumbido de que habla Davenport) es casi igual a aquella de que hablaban sus abuelas y que éstas mismas trataban de imitar. Sé qué piensa la mayoría de la gente de un hombre que oye voces..., pero antes de sacar conclusiones escuche usted este cilindro y pídale su opinión a algún viejo colono. Si puede usted encontrar una explicación normal, mejor así; pero tiene que haber algo detrás de esto. *Ex nihilo nihil fit*, ya sabe usted.

Pero el objeto de esta carta no es el de iniciar una discusión, sino suministrarle ciertas informaciones que, puedo afirmar, a un hombre como usted le interesarán de veras. Esto es privado. Públicamente estoy de su parte, pues ciertos incidentes me demostraron que es mejor que no se sepa mucho de este asunto. Nadie conoce aún la índole de mis estudios, y nada diré que pueda atraer la atención de la gente y la incite a visitar estos lugares. Es cierto, terriblemente cierto: unas criaturas que no pertenecen a este mundo están observándonos constantemente, y algunos de sus espías viven entre nosotros, recogiendo informaciones. Esto lo he sabido gracias sobre todo a un pobre desventurado que si conservaba la razón (y hoy así lo creo) era uno de esos espías. Este hombre se suicidó poco más tarde, pero tengo razones para pensar que ahora mismo hay otros.

Las criaturas proceden de un lejano planeta y son capaces de vivir y volar en el espacio exterior, pues sus alas son bastante poderosas como para resistir el éter, aunque demasiado groseras para nuestra atmósfera. (Volveré a hablarle de esto si no me rechaza usted pensando que estoy loco.) Descienden a la Tierra para extraer algún metal de las montañas, y creo saber de dónde vienen. No nos harán ningún daño si las dejamos en paz, pero es imposible saber qué ocurriría si fuésemos demasiado curiosos. Naturalmente, un buen ejército de

hombres podría destruir con rapidez esa colonia; las criaturas lo saben. Pero en ese caso vendrían otras, y en número infinito. Podrían conquistarnos fácilmente; si no han tratado de hacerlo hasta ahora, es porque no lo han creído necesario. Prefirieron dejar las cosas como están y ahorrarse molestias.

Creo que quieren librarse de mí por lo que he descubierto. En la colina Redonda, al este de la granja, descubrí una piedra negra cubierta de oscuros jeroglíficos. La traje a casa y desde entonces todo ha cambiado. Si llegasen a imaginar mis sospechas, me matarían o me llevarían a su lugar de origen. De cuando en cuando se llevan a algunos hombres de ciencia para informarse de lo que ocurre en el mundo.

Lo que me trae al segundo punto importante de mi carta: pedirle a usted que silencie la actual discusión y no le dé mayor publicidad. Nadie debe acercarse a esas colinas, y es necesario por lo tanto no excitar todavía más la curiosidad pública. El peligro es ya, por cierto, bastante grande a causa de esos vendedores de propiedades y esos rebaños de gente en vacaciones que invaden Vermont y pretenden cubrir las colinas de casas baratas.

Me alegraría mucho mantener correspondencia con usted. Trataré de enviarle por correo expreso el registro fonográfico y la piedra negra (está tan gastada que una fotografía no mostraría mucho). Digo trataré» porque creo que estas criaturas intervienen con frecuencia en mis asuntos. En una granja cercana a la aldea hay un individuo hosco y furtivo llamado Brown que debe de ser uno de sus espías. Poco a poco están tratando de apartarme de nuestro mundo, y todo porque sé demasiado del de ellos.

Es sorprendente cómo se enteran de lo que hago. Hasta es posible que usted no reciba esta carta. Si las cosas empeoran creo que tendré que dejar la región e irme a vivir con mi hijo a San Diego, California. Pero no es fácil abandonar la casa natal y además mi familia ha vivido en ella durante seis generaciones. Por otra parte, no sé si me atreveré a vender mi casa a alguien, ahora que ha atraído la atención de las criaturas. Parece como si quisiesen apoderarse de la piedra negra y destruir el registro fonográfico; pero trataré de impedirlo. Mis grandes perros guardianes las han mantenido a raya, pues son por

ahora poco numerosas, y se desplazan torpemente. Como he dicho, esas alas no les son muy útiles para vuelos cortos a poca distancia del suelo. Estoy a punto de descifrar esa piedra - lo que en verdad me horroriza -, y quizá usted pueda, gracias a sus conocimientos de folclore, proporcionarme algunos elementos. Imagino que no ignora usted los terribles mitos anteriores a la aparición del hombre, los ciclos de Yog-Sothoth y Cthulhu de que se habla en el *Necronomicon*. Tuve en un tiempo acceso a esta obra, y he oído que usted tiene un ejemplar guardado bajo llave en la biblioteca de la universidad.

Para terminar, señor Wilmarth, creo que, en razón de nuestros respectivos conocimientos, ambos podemos ayudarnos mutuamente. No quiero comprometer su seguridad, y creo mi deber advertirle que la posesión de la piedra negra y la grabación fonográfica encierra sus peligros. Me parece, sin embargo, que se atreverá usted a correrlos en beneficio de la ciencia. Iré en mi coche hasta Newfane o Brattleboro para enviarle lo que usted me autorice, pues las oficinas de correo de esas dos localidades me parecen más dignas de confianza que la nuestra. Le diré, además, que desde hace un tiempo vivo completamente solo, pues no puedo conservar aquí ningún sirviente. Todos rehúsan quedarse a causa de las criaturas que se acercan de noche a la casa y hacen ladrar continuamente a los perros. Me alegra no haberme metido mucho en este asunto en vida de mi mujer; se habría vuelto loca.

Con la esperanza de no haberlo molestado demasiado, y de que decida usted ponerse en contacto conmigo, en vez de opinar que esta carta es obra de un loco, y echarla a la papelera, se despide de usted muy sinceramente suyo

Henry W. Akeley

P. S. - Estoy sacando varias copias de algunas de mis fotografías que creo me ayudarán a probar algunos de los puntos que le he expuesto. Los viejos de aquí las juzgan monstruosamente fieles. Si le interesan se las enviaré en seguida.



Me sería muy difícil describir los sentimientos que me inspiró la lectura de ese extraño mensaje. Ordinariamente yo me hubiese reído con más fuerza de estas extravagancias que de las teorías algo más moderadas que hasta ese entonces tanto me habían divertido. Pero había algo en el tono de esa carta que hizo que me la tomase paradójicamente en serio. No creí por cierto, ni durante un instante, que esa raza estelar existiese de veras; pero luego de unas graves dudas preliminares quedé completamente seguro de la cordura y sinceridad de Akeley y de que se había visto ante ciertos fenómenos, aunque anormales y raros, a los que no había podido encontrar sino esta explicación imaginativa. Akeley tenía que estar equivocado, reflexioné, pero el asunto bien merecía una investigación. El hombre parecía muy inquieto y alarmado por algo, pero era difícil pensar que no existiese causa alguna. Era, en cierto modo, muy preciso y lógico, y además su historia coincidía curiosamente con algunos de los viejos mitos, hasta con las más disparatadas leyendas indias.

Que hubiese oído realmente unas voces perturbadoras en las colinas, y que hubiese encontrado de veras esa piedra negra de la que hablaba, era ciertamente posible, a pesar de las conclusiones insensatas a las que había llegado. Éstas habían sido sugeridas sin duda por el hombre que se decía espía de los monstruos y que había terminado suicidándose. Era indiscutible que este último individuo había estado completamente loco, aunque en posesión de cierta lógica distorsionada que había hecho que el ingenuo Akeley - ya preparado para estas cosas por sus estudios de folclore - creyese en su historia. Y si ningún sirviente duraba en la granja había que pensar que los vecinos estaban tan convencidos como Akeley de que éste era asediado durante la noche por seres inverosímiles. Los perros ladraban realmente, había que admitirlo.

Y luego esa grabación; yo no podía creer que hubiese sido obtenida como lo pretendía Akeley. Tenía que ser otra cosa; ruidos emitidos por un animal que podían confundirse con el lenguaje humano, o la voz de un hombre degenerado, y no muy distinto de los animales, que erraba de noche por los bosques. De aquí mis pensamientos volvieron a la piedra negra cubierta de jeroglíficos, y me pregunté una y otra vez qué podía significar. ¿Y qué serían

aquellas fotografías que Akeley ofrecía enviarme y que los viejos habían encontrado tan terriblemente fieles?

Mientras releía aquella apretada escritura sentí que mis crédulos adversarios disponían aún de muchos argumentos. Después de todo, podía haber en esas colinas unos parias de raro aspecto, quizá deformes hereditarios, aunque no tuviesen ninguna relación con la raza de monstruos estelares de que hablaban las leyendas. Y si así fuese, la presencia de cuerpos extraños en las tierras inundadas no sería totalmente increíble. ¿Era demasiado presuntuoso suponer que tanto las viejas fábulas como los informes recientes tenían tanta base real? En el mismo instante en que me asaltaban esas dudas, sentí vergüenza de que hubiesen sido suscitadas por algo tan extravagante como la carta de Akeley.

Respondí al fin a la carta adoptando un tono de amistoso interés y solicitando más amplios detalles. La contestación me llegó casi a vuelta de correo, y contenía, como Akeley lo había prometido, varias fotografías que apoyaban sus afirmaciones. Al sacar las fotografías del sobre, experimenté una curiosa sensación de terror y la proximidad de algo prohibido; pues a pesar de la vaguedad de muchas de las imágenes, tenían un innegable poder de sugestión, acentuado por el hecho de que eran auténticas, es decir, trazos ópticos de unión con los objetos que representaban, resultado de un proceso de transmisión impersonal sin prejuicio, falibilidad o engaño.

Cuanto más las miraba, más comprendía que había tenido razón al tomar en serio a Akeley y su historia. Era indudable, estas imágenes eran de veras una prueba; algo había en las colinas de Vermont que sobrepasaba nuestros conocimientos y creencias habituales. La peor de todas era la que mostraba la huella de un pie en un suelo barroso, a pleno sol, en algún sitio de una meseta desierta. Pude ver en seguida que no se trataba de un truco; los guijarros y las hierbas claramente delineados indicaban una escala muy precisa y excluían la posibilidad de una doble exposición. He hablado de la huella de un pie, pero «huella de garra» sería una denominación más apropiada. Aun ahora apenas podría describirla. Sólo podría decir que evocaba odiosamente la huella de un cangrejo, y que su orientación era bastante dudosa. Aunque no era fresca ni

profunda, parecía tener el tamaño de un pie común de hombre. De un eje central partían en direcciones opuestas una especie de pinzas dentadas, cuya función -si en verdad aquello no era más que un órgano locomotor- era difícil adivinar.

Otra de las fotografías - obtenida evidentemente mediante una larga exposición a la sombra - representaba la entrada de una caverna en el bosque, cerrada por una piedra. Enfrente, en el suelo desnudo, era posible discernir una complicada red de curiosas huellas, y cuando con ayuda de una lupa estudié la fotografía, sentí la inquietante seguridad de que eran idénticas a la de la otra imagen. Una tercera fotografía mostraba un círculo de piedras similar al de los druidas en lo alto de una colina solitaria. Alrededor de ese círculo críptico la hierba había sido aplastada o arrancada, pero no pude distinguir una sola huella, ni aun con la lupa. Era fácil darse cuenta de lo aislado del lugar a causa del verdadero mar de montañas que formaba el fondo y que se extendía hasta el borroso horizonte.

Pero si la más perturbadora de todas esas imágenes era la de la huella, ninguna encerraba una sugestión similar a la de la piedra negra encontrada en la colina Redonda. Henry Akeley la había fotografiado en lo que era evidentemente su mesa de trabajo, pues en el fondo se veían varias hileras de libros y un busto de Milton. El objeto, hasta donde era posible suponerlo, había sido fotografiado verticalmente y tenía una superficie curva e irregular de unos treinta centímetros por sesenta. El lenguaje es impotente sin embargo para describir claramente esa superficie o la forma general del conjunto. Me es imposible imaginar qué principios geométricos desconocidos y extraños guiaron al tallista. Nunca en mi vida vi nada que me sugiriese de un modo tan curioso y evidente algo ajeno a este mundo. De los jeroglíficos que cubrían la superficie sólo alcancé a discernir unos pocos; pero dos o tres me perturbaron profundamente. Podía tratarse, como es natural, de un fraude, pues no era yo el único que había leído el monstruoso y aborrecible *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred; pero, a pesar de eso, me estremecí al reconocer algunos ideogramas que mis estudios me habían enseñado a relacionar con los relatos más terroríficos y blasfematorios acerca de

unas criaturas que habrían existido antes de la creación de la Tierra y otros mundos del sistema solar.

De las otras cinco fotografías, tres representaban paisajes montañosos o pantanosos que parecían conservar las huellas de una vida oculta. La cuarta, obtenida según Akeley luego de una noche en que los perros habían labrado más que de costumbre, mostraba una curiosa marca en el suelo, muy cerca de la casa. Era muy borrosa y no podía sacarse de ella ninguna conclusión cierta, pero se parecía terriblemente a la obtenida en las colinas. La última de las fotografías era de la casa de Akeley, un edificio blanco de dos pisos y buhardilla, de un siglo y cuarto de antigüedad aproximadamente, con un prado bien cuidado y un sendero bordeado de piedras que conducía a una puerta artísticamente labrada, de estilo georgiano. Algunos perros de policía estaban echados en el césped, cerca de un hombre de rostro agradable y barba tupida y gris que no podía ser otro que Akeley. Se había fotografiado a sí mismo a juzgar por la pera de caucho que tenía en la mano derecha.

De las imágenes pasé a la carta voluminosa que las acompañaba, y durante tres horas me sumergí en un abismo de indecible horror. Akeley me exponía ahora minuciosamente lo que antes me había descrito de un modo general. Me enviaba largas transcripciones de palabras escuchadas de noche en los bosques; largas descripciones de formas monstruosas y rosadas que espiaban desde los matorrales de las colinas a la hora del crepúsculo, y una terrible narración cósmica donde se utilizaba una variada y profunda erudición y los interminables despropósitos de aquel presunto espía que se había suicidado. Me encontré ante nombres y términos que había oído en otras partes en las más odiosas relaciones: Yuggoth, el Gran Cthulhu, Tsathoggua, Yo-Sothoth, R'lyeh, Nyarlathotep, Azathoth, Hastur, Yian, Leng, el lago de Hali, Bethmoora, el Signo Amarillo, L'mur-Kathulos, Bran y el Magnum Innominandum; y fui retrocediendo de desconocidos eones y dimensiones inconcebibles a mundos más viejos y lejanos que el enloquecido autor del Necronomicon había vislumbrado sólo muy vagamente. Conocí los abismos de la vida original, las corrientes que

habían fluido en ese entonces, y finalmente el ínfimo arroyo, derivado de una de esas corrientes, que se mezcló un día con los destinos de nuestro planeta.

Sentí que se me nublaba el cerebro, y comencé a creer en los prodigios increíbles y anormales que hasta entonces había tratado de negar. Esta acumulación de pruebas era decididamente enorme y abrumadora, y la actitud fría y científica de Akeley - una actitud alejada hasta lo inimaginable de la de un loco, un fanático, un histérico o aun un razonador extravagante - ejerció un efecto tremendo en mi pensamiento y mi juicio. Cuando al fin dejé a un lado aquella terrible carta, pude entender los temores de Akeley, y me dispuse a hacer todo lo posible para alejar a las gentes de aquellas colinas. Aun ahora que el tiempo ha borrado en parte mis impresiones y me ha hecho dudar de la verdad de mi experiencia, no osaría citar algunos pasajes de aquella carta. Me alegro de que haya desaparecido junto con el disco y las fotografías, y lamento, por razones que expondré más adelante, que se haya descubierto un nuevo planeta más allá de Neptuno.

Mi discusión pública acerca de los incidentes de Vermont terminó para siempre aquel día. Dejé de responder a los argumentos de mis adversarios o los hice a un lado prometiendo contestarlos más tarde. Así la controversia descendió a las sombras del olvido. Durante los meses de mayo y junio mantuve correspondencia con Akeley. De cuando en cuando se perdía una carta y nos veíamos obligados a rehacer el camino y librarnos a un considerable trabajo de copia. Nuestro propósito principal era el de intercambiar impresiones sobre asuntos de oscura erudición mitológica y llegar a relacionar los horrores de Vermont con el conjunto de leyendas del mundo primitivo.

Entre otras cosas decidimos virtualmente que los monstruos de las colinas y el infernal Mi-Go del Himalaya eran una sola y misma especie de encarnada pesadilla. Hubo también unas absorbentes conjeturas zoológicas que yo habría transmitido al profesor Dexter, de mi misma universidad, si no fuera porque Akeley me había pedido formalmente que guardase el secreto. Si le desobedezco ahora es sólo porque creo que una advertencia a propósito de esas lejanas colinas de Vermont - y de esos picos del Himalaya que arriesgados

exploradores parecen realmente decididos a escalar - contribuirá, más que el silencio, a la seguridad pública. Uno de los objetos específicos de nuestra correspondencia era el descifrar los jeroglíficos de aquella infame piedra negra, lo que nos llevaría probablemente a conocer unos secretos más profundos y prodigiosos que los que haya poseído hombre alguno.

### 3

Hacia fines de junio llegó el cilindro fonográfico enviado desde Brattleboro, ya que Akeley desconfiaba del ramal del norte. Tenía, desde hacía un tiempo, la impresión de que lo espiaban, impresión agravada por la pérdida de algunas de nuestras misivas. No dejaba de hablar de los actos insidiosos de ciertos hombres a los que consideraba instrumentos y agentes de las criaturas ocultas. Sospechaba sobre todo del granjero Walter Brown, quien vivía solo en una casa tambaleante en la falda de una colina, no muy lejos de los bosques, y a quien se veía a menudo merodeando por las esquinas de Brattleboro, Bellows Falls, Newfane y South Londonderry del modo más inexplicable e injustificado. La voz de Brown, estaba convencido, era la misma que había escuchado un día en una terrible conversación. Akeley había visto una vez la huella de un pie o una garra cerca de la casa de Brown, lo que podía tener el más ominoso de los significados. Junto a esa huella se veían las marcas de las pisadas del mismo Brown, pisadas que se orientaban hacia esa huella.

De modo que Akeley envió el disco desde Brattleboro, hasta donde había ido en su coche Ford por los caminos más solitarios. En una nota me confesaba que estaba comenzando a temer esos caminos, y que ni siquiera iba por provisiones a Townshend excepto en pleno día. Era peligroso, me repetía una y otra vez, saber demasiado, a no ser que viviera bastante lejos de esas silenciosas y problemáticas colinas. Muy pronto iría a reunirse con su hijo en California, aunque resultaba difícil dejar un lugar que era para él centro de emociones y recuerdos ancestrales.

Antes de probar el cilindro en un aparato cedido por la administración de la universidad, releí las explicaciones de Akeley. Este registro, decía, había sido

obtenido a la una de la mañana del primero de mayo de 1915, cerca de la abertura cerrada de una caverna, en el lugar en que las faldas boscosas de la montaña Negra se alzan junto a los pantanos de Lee. El lugar había estado particularmente plagado de extrañas voces, y por esta razón había llevado allí el fonógrafo y el dictáfono con la esperanza de obtener algún resultado. Por experiencias anteriores creía saber que la víspera del primero de mayo -la odiosa noche del sabbath de las leyendas subterráneas europeas- sería más fructífera que otras, y no quedó decepcionado. Conviene anotar sin embargo que no volvió a escuchar voces en aquel sitio.

A diferencia de las palabras oídas otras veces en los bosques, lo más importante de esta grabación es que tenía un carácter casi ritual, e incluía una voz humana que Akeley no había identificado. No pertenecía a Brown, pues parecía ser de un hombre de mayor cultura. Pero el verdadero enigma era la segunda voz: aquel maldito zumbido que no tenía nada de humano a pesar de las palabras pronunciadas en un buen inglés y con excelente acento.

La grabación no era del todo perfecta, y como entre el aparato y la fuente de las palabras había habido cierta distancia, el discurso registrado tenía un carácter fragmentario. Akeley había transcrito lo que según él decían las voces. Mientras preparaba el fonógrafo volví a releer aquel texto oscuramente misterioso antes que terrible, aunque su origen y el modo como había sido obtenido le prestaban un horror que ninguna palabra podía alcanzar. Lo reproduciré aquí íntegramente, tal como lo recuerdo, y estoy seguro de no haber olvidado una palabra, no sólo por haber leído la transcripción, sino también por haber oído el disco una y otra vez. ¡No es cosa que pueda olvidarse fácilmente!

(Sonidos confusos.)

VOZ DE HOMBRE CULTO.- ...es el señor de los bosques, hasta en... y los dones de los hombres de Leng... desde las honduras de la noche hasta los abismos del espacio, y desde los abismos del espacio a las honduras de la noche, se cantan los elogios del Gran Cthulhu, Tsathoggua, y Aquel a Quien no se debe nombrar. Que se canten los elogios, y que la abundancia sea acordada al Chivo

Negro de los Bosques. ¡Iá! ¡Shub-Niggurath! ¡El Chivo de un millar de descendientes!

ZUMBIDO QUE IMITA LA VOZ HUMANA. - ¡Iá! ¡El Chivo Negro de los Bosques de un millar de descendientes!

VOZ HUMANA. -Y ha ocurrido que el señor de los bosques, siendo... siete y nueve, bajo los escalones de ónix... (tributos acordados a Él en los abismos, Él de Quien Tú nos enseñaste marav(illas)... en alas de la noche más allá del espacio, más allá de... a Aquel de Quien Yuggoth es el último nacido, y que gira solitario por el éter negro a orillas de...

ZUMBIDO.-... id entre los hombres y aprended sus costumbres, para que Aquél en los abismos pueda saber. A Nyarlathotep, el Poderoso Mensajero, todo debe ser dicho. Y Él asumirá la apariencia de los hombres, la máscara de cera y el disfraz del vestido, y descenderá del mundo de los siete soles a burlarse de...

VOZ HUMANA.- ... (Nyar) athotep, Gran Mensajero, dador de raras alegrías a Yuggoth a través del vacío del espacio, Padre del Millón de Favorecidos, que andas entre...

(Fin del registro.)

Éstas eran las palabras que yo iba a escuchar cuando puse en marcha el fonógrafo. Moví la palanca y oí el ruido preliminar de la aguja de zafiro con una mezcla de disgusto y temor, y me alegré de que los primeros vocablos, fragmentarios y débiles, fueran pronunciados por una voz humana, una voz educada y suave que tenía un acento ligeramente bostoniano, y que no era por cierto de ningún habitante de las colinas de Vermont. Mientras trataba de escuchar aquel apenas perceptible discurso me pareció que era idéntico a la transcripción de Akeley. La suave voz bostoniana proseguía su melopea:

- ... ¡Iá! ¡Shub-Niggurath! ¡El Chivo de un millar de descendientes!

Y entonces, oí la otra voz. Aun ahora, cuando pienso en el efecto que me causó, aunque estaba preparado por las cartas de Akeley, me estremezco de pies a cabeza. Aquellos a quienes he hablado del disco afirman que no ven en él más que demencia o impostura; pero si lo hubiesen oído o si hubiesen leído la



correspondencia de Akeley (especialmente aquella terrible y enciclopédica segunda carta), sé que pensarían de distinto modo. Es en verdad una tremenda lástima que yo no haya desobedecido a Akeley, y no haya tocado el disco para otros... Una tremenda lástima, también, que todas sus cartas se hayan perdido. En cuanto a mí, con el conocimiento que ya tenía del origen de los sonidos, y de las circunstancias que los rodeaban, la voz me pareció realmente monstruosa. Siguió rápidamente a la voz humana como en una respuesta ritual, pero sonó en mi imaginación como un eco mórbido que venía de lejanos e inimaginables infiernos y que se abría camino a través de inimaginables abismos. Han pasado más de dos años desde que escuché por última vez aquel blasfemo cilindro de cera; pero en este momento, y en todos los momentos, puedo oír todavía aquel débil y diabólico zumbido tal como cuando llegó a mí por primera vez.

- ¡Iá! ¡Shub-Niggurath! ¡El Chivo Negro de los Bosques de un millar de descendientes!

Pero aunque aquella voz aún me suena en los oídos, no he sido nunca capaz de dar de ella una cabal descripción. Era como el zumbido de un insecto gigantesco, modulado para reproducir el lenguaje de otra especie, y tengo la seguridad de que los órganos que lo producían no tenían la menor semejanza con los órganos vocales del hombre, ni con los de ningún mamífero. El timbre, el registro y los armónicos eran tan singulares que el fenómeno sobrepasaba los límites de la humanidad y la vida terrestre. Cuando lo oí por primera vez me sentí como aturdido, y escuché el resto de la grabación en un estado de distraído estupor. Cuando llegó el pasaje en que el zumbido era más largo, volvió a intensificarse aquella sensación de monstruosa infinitud que me había golpeado la primera vez. El registro terminó bruscamente, mientras se oía de un modo desacostumbradamente claro aquella voz bostoniana. Me quedé inmóvil, con los ojos fijos en el vacío, hasta que la máquina se detuvo.

No necesito añadir que repetí numerosas veces la audición del cilindro, y que cambié numerosas cartas con Akeley tratando de agotar todos los análisis y comentarios posibles. Sería inútil e inoportuno reproducir aquí todas nuestras conclusiones, pero debo aclarar que estuvimos de acuerdo por lo menos en un

punto: que teníamos en nuestras manos algo que podía llevarnos a las fuentes de las más primitivas y repulsivas costumbres de las antiguas religiones. Nos parecía evidente, por otra parte, que había viejas y elaboradas alianzas entre aquellas ocultas criaturas del espacio y algunos seres humanos. Era imposible adivinar qué extensión tenían estas alianzas, y qué diferencia había entre su estado actual y el de las edades primeras; pero aun en el mejor de los casos había sitio de sobra para las más terribles especulaciones. Entre el hombre y aquella anónima infinitud parecía haber una unión inmemorial y definida. Los monstruos que habían venido a la Tierra parecían proceder del planeta Yuggoth, en el extremo del sistema solar; pero éste no era más que un habitado puesto de avanzada de una raza horrible, cuyo lugar de origen estaba mucho más allá del universo conocido: el contínuum espacio-tiempo einsteiniano.

Seguimos también discutiendo a propósito de la piedra negra y el mejor modo de hacerla llegar a Arkham. Akeley juzgaba desaconsejable que yo visitase el lugar donde desarrollaba aquellos estudios de pesadilla. Por una u otra razón temía enviar la piedra por alguna de las rutas comunes. Finalmente tomó la decisión de transportarla él mismo a Bellows Falls y luego por el sistema Boston Maine a través de Keene, Winchendon y Fitchburg, aunque esto obligase a pasar por más caminos solitarios y colinas boscosas que los de la ruta principal a Brattleboro. Afirmaba que el día en que había visitado la oficina de correos de Brattleboro para enviarme el registro fonográfico había visto allí a un hombre de expresión y actitudes poco tranquilizadoras. Este hombre se había mostrado muy deseoso de hablar con los empleados y había tomado el mismo tren en que viajaba el cilindro. Akeley confesaba que se había sentido particularmente intranquilo a propósito de esta grabación hasta que supo que había llegado a mis manos.

Alrededor de esta época - la segunda semana de julio - se perdió otra de mis cartas. Akeley me pidió que no volviera a escribirle a Townshend, y que enviara toda mi correspondencia a la oficina de correos de Brattleboro, adonde iría con frecuencia en su coche o en uno de los ómnibus recientemente puestos en servicio. Pude advertir que se sentía cada vez más inquieto, pues me contaba con

minuciosidad que sus perros ladraban con mayor frecuencia en las noches sin luna y que cuando llegaba él día encontraba huellas frescas de garras en el camino y en el barro del patio de atrás. Una vez me describió un verdadero ejército de huellas que enfrentaban unas líneas igualmente numerosas y claras de huellas de perros, y me envió una perturbadora fotografía en apoyo de sus afirmaciones. La había tomado después de una noche en que los perros habían ladrado y aullado más que nunca.

En la mañana del miércoles 18 de junio recibí un telegrama de Bellows Falls en que Akeley decía que me enviaba la piedra negra por la línea Boston-Maine, en el tren n.º 5.508. Éste partía de Bellows Falls a las doce y cuarto de la noche y llegaba a Boston a las cuatro y doce de la tarde. Calculé que el paquete estaría en Arkham al mediodía siguiente, y en consecuencia no salí de casa en toda la mañana del jueves. Pero llegó sin novedad el mediodía y cuando telefoneé a la oficina de expresos me informaron que nada sabían de ese paquete. Decidí entonces, en medio de una alarma creciente, hacer una llamada de larga distancia a la estación Boston North, y no me sorprendió mucho enterarme de que no habían visto ningún envío consignado a mi nombre. El tren n.º 5.508 había llegado con un retraso de sólo treinta y cinco minutos, pero no había transportado nada para mí. El agente prometió, sin embargo, hacer una investigación, y al terminar el día envié una carta a Akeley exponiéndole los hechos.

En la tarde del día siguiente recibí una llamada telefónica del agente de Boston en el que me comunicaba el resultado de su búsqueda. Parecía que el estafetero del tren n.º 5.508 recordaba un incidente que podía tener alguna relación con mi pérdida: una discusión con un hombre delgado, pelirrojo y de voz muy curiosa, en momentos en que el tren estaba detenido en Keene, New Hampshire, poco después de la una de la tarde.

Ese hombre, decía el empleado, se había mostrado muy inquieto a propósito de una caja pesada que pretendía estar esperando, pero que no se encontraba en el tren ni figuraba en los registros de la compañía. Había dado el nombre de Stanley Adams y arrastraba la voz de un modo tan raro y monótono que el empleado había sentido una extraña somnolencia. Éste no sabía cómo

había terminado la conversación, pero recordaba haberse despertado del todo en el momento en que el tren se ponía en marcha. El agente de Boston añadió que el empleado era un hombre joven, digno de toda confianza, de muy buenos antecedentes, y que llevaba mucho tiempo en la compañía.

Aquella misma tarde, después de obtener el nombre y dirección del estafetero, viajé a Boston con el fin de entrevistarlo. Era un hombre simpático y franco, pero pronto advertí que nada nuevo podía añadir a sus primeras declaraciones. Cosa rara, no estaba seguro de poder reconocer a su interlocutor. Comprendiendo que nada más podía decirme, volví a Arkham y me pasé la mañana siguiente escribiendo cartas a Akeley, a la compañía de expresos, al departamento de policía, y al jefe de estación de Keene. Presentía que aquel hombre de la voz rara era el eje central de todo este asunto, y esperaba que los empleados de la estación y la oficina de telégrafos de Keene pudieran decirme algo acerca de él.

Debo confesar que mis investigaciones no llevaron a nada. Habían visto al hombre, es cierto, en los alrededores de la estación, en las primeras horas de la tarde del 18 de julio, y un vagabundo creía recordar vagamente que llevaba una caja pesada, pero nadie lo conocía y nadie tampoco lo había vuelto a ver. No había visitado la oficina del telégrafo, ni se había recibido ningún mensaje que pudiera referirse a la presencia de la piedra negra en el tren n° 5.508. Naturalmente, Akeley me ayudó en estas investigaciones y hasta hizo un viaje a Keene para interrogar a la gente que vivía cerca de la estación, pero su actitud ante el asunto fue aún más fatalista que la mía. Parecía considerar que la pérdida de la caja era la amenazadora e inevitable consecuencia de hechos anteriores, y no tenía ninguna esperanza de recobrarla. Me habló de los indudables poderes hipnóticos y telepáticos de las criaturas de las colinas y sus agentes, y en una carta dio a entender que no creía que la piedra estuviese aún en este mundo. Yo, por mi parte, estaba furioso, pues sentía que, por lo menos, habríamos podido aprender cosas sorprendentes de aquellos viejos y borrosos jeroglíficos. El asunto me habría amargado mucho tiempo si las cartas subsiguientes de Akeley no

hubiesen revelado una nueva e inquietante fase de aquel horrible problema de las colinas que atrajo en seguida mi atención.

#### 4

Aquellas criaturas desconocidas, me escribía Akeley con una letra cada vez más trémula, habían comenzado a asaltarlo con una determinación renovada. El ladrido nocturno de los perros, en las noches en que no había luna o en que ésta brillaba débilmente, era ahora insoportable. Y hasta habían tratado de atacarlo en los caminos solitarios que debía recorrer durante el día. El 2 de agosto, mientras se dirigía a la aldea en su coche, se había encontrado con un tronco de árbol que atravesaba el camino en un punto en que éste corría por entre la espesura; los furiosos ladridos de dos grandes perros que iban con él indicaban con demasiada claridad la proximidad de los monstruos. Akeley no osaba imaginar qué habría ocurrido si los dos perros no hubiesen estado allí; pero no salía nunca sin la compañía de por lo menos un par de ellos. Otras experiencias semejantes ocurrieron el 5 y el 6 de agosto. En una de esas ocasiones una bala rozó su coche. En la otra los ladridos de los perros revelaron la presencia de criaturas emboscadas.

El 15 de agosto recibí una carta que me perturbó sobremanera y que me hizo desear que Akeley renunciara por una vez a su acostumbrada reticencia y llamara en su auxilio a la policía. En la noche del 12 al 13 se habían oído varios disparos en los alrededores de la granja y a la mañana siguiente tres de los doce perros habían aparecido muertos. En el camino había miles de huellas de garras, y entre ellas las de las pisadas de Walter Brown. Akeley había telefoneado a Brattleboro para pedir otros perros, pero la comunicación se había cortado casi en seguida. Más tarde fue a Brattleboro en su coche y allí se enteró de que el cable había sido cortado en dos en un punto situado en las colinas desiertas al norte de Newfane. Pero estaba preparándose para volver a su casa con otros cuatro hermosos perros y varias cajas de balas para su fusil. La carta había sido escrita en la oficina de correos de Brattleboro y llegó muy pronto a mis manos.

A partir de entonces mi actitud hacia el asunto comenzó a perder rápidamente su carácter científico para transformarse en alarma. Sentía miedo por Akeley en aquella granja solitaria y remota, y en parte también por mí a causa de mi ya clara participación en aquel raro problema de las colinas. El asunto se estaba extendiendo. ¿Me alcanzaría hasta envolverme? Escribí a Akeley rogándole que buscara ayuda, y le adelanté que me decidiría a actuar en caso de que él no lo hiciera. Le dije que iría a Vermont a pesar de sus deseos, y que le ayudaría a explicar la situación ante las autoridades. Como respuesta recibí el siguiente telegrama expedido en Bellows Falls:

APRECIO SU ACTITUD PERO NADA PUEDE HACERSE STOP  
ABSTÉNGASE DE INTERVENIR PUES PERJUDICARÍA A AMBOS STOP  
ESPERE EXPLICACIÓN

HENRY AKELY

Pero aquello en realidad se estaba complicando. Contesté al telegrama y recibí como respuesta una temblorosa nota de Akeley en la que me decía que no sólo no había enviado ningún telegrama, sino que tampoco había recibido la carta a la que ese mensaje pretendía responder. Hizo unas rápidas averiguaciones en Bellows Falls y supo que el mensaje había sido depositado por un hombre de pelo rojo y de voz muy curiosa, semejante a un zumbido. El empleado le mostró el texto original escrito con lápiz por el remitente; pero Akeley no pudo identificar la letra. Podía advertirse que el nombre había sido mal escrito: A-K-EL-Y, sin la segunda «E». Ciertas conjeturas eran inevitables, pero, en medio de aquella crisis, mi corresponsal no se había detenido a elaborarlas.

Akeley me hablaba además de la muerte de otros perros, rápidamente reemplazados, y de las descargas de fusilería que parecían ser ahora una costumbre en las noches sin luna. Las huellas de Brown, y las de por lo menos otros dos hombres, aparecían frecuentemente entre las huellas de garras en el camino y el patio. Akeley reconocía que aquello era cada vez más grave, y que pronto tendría que mudarse a casa de su hijo en California, aunque no pudiese vender la granja. Pero no era fácil dejar el único sitio que consideraba realmente

su hogar. Trataría de aguantar un poco más; quizá pudiese alejar a los intrusos, especialmente si renunciaba abiertamente a todo intento de descubrir sus secretos.

Escribí a Akeley en seguida diciéndole nuevamente que iría a visitarlo y le ayudaría a explicar a las autoridades el peligro en que se hallaba. Su respuesta mostró que era ahora menos reacio a este proyecto, pero me repetía que quería quedarse un poco más, lo suficiente como para poner en orden sus cosas y acostumbrarse a la idea de abandonar esa casa natal a la que estaba atado por un cariño casi mórbido. La gente no miraba con simpatía sus estudios e investigaciones, y sería preferible alejarse tranquilamente sin levantar una ola de rumores, evitando así que lo tomasen por loco. Reconocía que aquello era demasiado, pero quería hacer, mientras pudiese, una digna retirada.

Esta carta llegó a mis manos el 28 de agosto, y envié a Akeley la respuesta más alentadora de que fui capaz. Mi mensaje de aliento tuvo aparentemente cierta eficacia, pues en la carta que me envió en seguida los incidentes terribles eran menos numerosos. No sentía, sin embargo, ningún optimismo, y expresaba la creencia de que aquella tranquilidad se debía a la luna llena. Esperaba que no hubiese muchas noches nubladas, y hablaba vagamente de mudarse a Brattleboro cuando la luna comenzara a menguar. Volví a escribirle otra carta animosa, pero el cinco de septiembre me llegó un mensaje que indudablemente se había cruzado con el mío. Éste no admitía ninguna réplica esperanzada. Dada su importancia, creo será mejor la reproduzca íntegramente, por lo menos tal como me lo permite la memoria. Decía sustancialmente lo que sigue:

Lunes

Mi estimado Wilmarth:

*Una desanimada posdata a mi última.* Anoche el cielo estaba cubierto de nubes, aunque sin amenaza de lluvia, y no había la menor traza de claridad lunar. Este asunto está empeorando de veras, y creo que no falta mucho para el fin, a pesar de nuestras esperanzas. Poco después de medianoche algo cayó sobre el

techo de la casa, y los perros se precipitaron a ver qué era aquello. Podía oír cómo gruñían y daban vueltas; uno de ellos logró subir al techo saltando sobre el alero más bajo. Hubo entonces allí arriba una lucha terrible, y oí un espantoso zumbido que no olvidaré jamás. Luego sentí un olor repugnante. Casi al mismo tiempo unas balas atravesaron la ventana. Creo que el grueso de las fuerzas logró acercarse aprovechando que los perros se habían dividido por lo que ocurría sobre el techo. Ignoro todavía qué había allí, pero temo que las criaturas estén aprendiendo a servirse de sus alas. Apagué la luz y utilizando las ventanas como troneras hice fuego con el rifle en todas direcciones, apuntando bastante alto para no herir a los perros. Esto pareció terminar el asunto, y por la mañana encontré grandes charcos de sangre en el patio junto a otros de un líquido verde y pegajoso de los que emanaba el peor olor que he sentido en mi vida. Subí al techo y encontré también allí huellas de ese líquido. Cinco de los perros estaban muertos, y temo que uno por mi culpa, pues tenía un tiro en el lomo. Estoy ahora poniendo otros cristales en las ventanas, y voy a ir a Brattleboro en busca de más perros. Sospecho que los hombres de la perrera creen que estoy loco. Volveré a escribirle más tarde. Imagino que dentro de una semana o dos estaré ya listo para irme, aunque me mata casi el pensarlo.

Con prisa...

AKELEY

Pero no fue ésta la única carta de Akeley que se cruzó con la mía. A la mañana siguiente, el 6 de septiembre, me llegó otra. Esta vez la letra era casi indescifrable y revelaba un terror pánico. Me sentí perturbado hasta el punto de no saber ya qué hacer o decir. Nada será mejor otra vez que transcribir el texto tal como lo recuerdo:

Martes

El cielo sigue nublado, así que otra vez no hay luna; por otra parte, está ahora en menguante. Pensé en traer electricidad hasta la casa, pero sé que esos



monstruos cortarían los cables en menos tiempo del que se necesita para repararlos.

Creo que estoy perdiendo la razón. Es posible que todo lo que le he escrito sea un sueño o el delirio de la locura. He soportado mucho antes, pero esta vez es demasiado. Me hablaron anoche. Me hablaron anoche con ese zumbido maldito y me dijeron cosas que no me atrevo a repetir. Los oí claramente por encima del ladrido de los perros, y en una ocasión en que el ruido no dejaba oír sus palabras, una voz humana vino en su ayuda. Apártese de esto, Wilmarth; es peor que lo que usted o yo hemos podido imaginar. No quieren ahora que me mude a California; quieren llevarme con ellos, vivo, o bajo una forma que teóricamente y mentalmente podría considerarse viva. Y no sólo a Yuggoth, sino más allá, fuera de la galaxia, y posiblemente fuera también del último confín circular del espacio. Les dije que no iría con ellos a donde querían, y menos de ese modo terrible en que quieren llevarme. Pero temo que todo será inútil. Mi casa está tan aislada que nada les impide llegar a ella tanto de día como de noche. Han muerto otros seis perros y cuando fui hoy a Brattleboro sentí la presencia de estas criaturas a todo lo largo del camino.

Cometí un error al enviarle el cilindro grabado y la piedra negra. Será mejor que destruya ese registro antes de que sea demasiado tarde. Le enviaré algunas líneas mañana si estoy aquí todavía. Me gustaría poder llevar mis libros y cosas a Brattleboro e instalarme allí. Me escaparía en seguida sin nada, pero algo en mi interior me retiene. Puedo llegar a Brattleboro, donde podría estar a salvo, pero me siento allí tan prisionero como en mi casa. Y tengo la certidumbre de que no podría ir más lejos, aunque renunciase a todo. Es algo horrible..., apártese de esto.

Suyo

AKELEY

No pude dormir aquella noche, luego de haber recibido esta carta, y me pregunté una y otra vez hasta qué punto gozaría aún Akeley de todas sus facultades mentales. El tono de la nota era totalmente demencial, y sin embargo,

teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, mi corresponsal se expresaba de un modo extrañamente convincente. Decidí no contestar en seguida, y esperar mejor hasta que Akeley tuviese tiempo de responder a mi última carta. Esa respuesta me llegó al día siguiente, aunque las novedades que ella me traía hacían olvidar mis preguntas. He aquí mi recuerdo de ese texto confuso y emborronado, escrito indudablemente muy de prisa.

### Miércoles

Recibí su carta, pero es inútil discutir. Estoy totalmente resignado. Me asombra conservar todavía bastante fuerza de voluntad como para mantenerlos a distancia. No podría escapar aunque decidiese abandonarlo todo y huir. De cualquier forma siempre se apoderarían de mí.

Ayer me mandaron una carta. La trajo un mensajero mientras yo me encontraba en Brattleboro. Está escrita a máquina y el matasellos es de Bellows Falls. Dice lo que quieren hacer conmigo... No puedo repetirlo. ¡Cúidese, Wilmarth! Rompa ese cilindro. El cielo sigue nublado por las noches, y la luna está en menguante. Debería atreverme a pedir ayuda - aumentaría así mi capacidad de resistencia -, pero cualquiera que se atreviese a venir me trataría de loco a no ser que le proporcionase alguna prueba. No puedo pedirle a la gente que venga sin ningún motivo... Estoy desvinculado de todos los de la ciudad, y desde hace años.

Pero no le he dicho lo peor, Wilmarth. Prepárese para leer esto, pues va usted a recibir un choque. Estoy diciéndole la verdad, sin embargo. Se trata de esto: he vivido y tocado una de las criaturas, o parte de una de las criaturas. ¡Dios, Wilmarth, esto es espantoso! La criatura estaba muerta, naturalmente. La maté uno de los perros; la encontré esta mañana junto a la perrera. Traté de guardar los restos en la leñera para convencer a la gente de la verdad de todo esto, pero se evaporaron en el curso de unas pocas horas. No quedó nada.

Como usted debe de saber, todos los cuerpos encontrados en los ríos fueron vistos sólo en la primera mañana de la inundación. Y aquí está lo peor. Traté de fotografiar el cadáver para usted, pero cuando revelé la película no se

veía nada excepto la leñera. ¿De qué sustancia pueden estar hechas las criaturas? La vi y la sentí, y dejan huellas en el suelo. Tienen que ser materiales, ¿pero qué clase de materia es ésta? La forma es indescriptible. Es una especie de cangrejo gigantesco, y en el sitio donde un hombre tiene la cabeza hay una pirámide puntiaguda de anillos o nudos de carne correosa y erizada de tentáculos. Y cada vez hay más de esas criaturas en el mundo...

Walter Brown ha desaparecido. Ha dejado de vérselo en los sitios de costumbre de las aldeas próximas. Debo de haberlo alcanzado con una de mis balas; parece que estas criaturas tratan siempre de retirar sus muertos y heridos.

He ido a la ciudad esta tarde, sin dificultades, pero temo que los monstruos hayan aflojado su vigilancia porque saben que ya he caído en sus garras. Le escribo desde la oficina de correos de Brattleboro. Esto puede ser una despedida; si así fuese escríbale a mi hijo George Goodenough Akeley, 176 Pleasant Street, San Diego, California, pero no venga aquí. Escríbale a mi muchacho si no sabe nada de mí en una semana, y fíjese en las noticias de los periódicos.

Voy a jugar mis dos últimas cartas, si me queda todavía bastante fuerza de voluntad. Primero trataré de usar gas venenoso (Tengo los elementos químicos necesarios, y máscaras para mí y los perros.) Si esto no resulta llamaré al sheriff. Pueden encerrarme en un manicomio si quieren. Será siempre mejor que lo que las otras criaturas quieren hacer. Quizá pueda hacerles examinar las huellas que rodean la casa... Son débiles, pero encuentro otras nuevas todos los días. Supongo, sin embargo, que la policía dirá que las he hecho yo; todos me juzgan aquí un personaje raro.

Debo tratar de que un policía federal pase conmigo una noche y vea por sí mismo..., pero podría ocurrir que las criaturas se enteraran y no se acercaran esa noche. Siempre que traté de comunicarme por teléfono a esas horas cortaron los cables. Los empleados de la compañía piensan que es algo muy raro y podrían testimoniar a mi favor. Si no se les ocurre imaginar que los he cortado yo mismo. No he tratado de que los reparen desde hace una semana.

Yo podría obtener el testimonio de algunas gentes ignorantes acerca de la realidad de estos horrores, pero todo el mundo se ríe de lo que dicen. Por otra parte, hace tanto tiempo que evitan mi granja, que ignoran los últimos acontecimientos. Nada podría lograr que uno de estos granjeros se acercase a un kilómetro de aquí. El cartero me repite sus historias y se ríe. ¡Dios! ¡Si me atreviese a decirle hasta qué punto todo eso es verdad! Pienso que trataré de que se fije en las huellas; pero el hombre viene a la tarde y a esa hora ya se han desvanecido. Si conservase una cubriéndola con un cesto o un balde, pensaría seguramente qué se trata de una superchería o una broma.

Desearía no haber vivido como un ermitaño, y que las gentes viniesen a visitarme como en otro tiempo. Nunca me he atrevido a mostrar a nadie, salvo a algunos ignorantes, la piedra negra o las fotografías. ¡Qué lastima que nadie haya visto el cuerpo esa mañana antes de que se desvaneciese!

Pero ya no sé hasta qué punto me importa. Después de las cosas por las que he pasado, creo que un manicomio sería lo mejor. Los médicos podrían ayudarme a que me decidiese a dejar esta casa, y bastaría eso quizá para salvarme.

Escríble a mi hijo George si no tiene pronto noticias mías. Adiós. Rompe ese cilindro, y trate de olvidarse de esto.

Suyo

AKELEY

Esta carta me sumió en el más oscuro de los terrores. No sabía qué responderle, pero borroneé rápidamente algunas incoherentes palabras de advertencia y ánimo, y le envié la carta por correo urgente. Recuerdo haberle suplicado que se mudara a Brattleboro en seguida y que se pusiera bajo la protección de las autoridades. Le añadía que iría a la ciudad con el registro fonográfico y que ayudaría a convencer a las cortes de su cordura. Era hora también, creo que escribí, de prevenir a la gente contra ese peligro. Se observará que en este momento de tensión yo ya creía casi del todo en las afirmaciones de Akeley, aunque pensaba que su imposibilidad de obtener una fotografía del

monstruo no se debía a ninguna anomalía de la naturaleza sino a algún error por su parte, provocado por la excitación.

5

Cruzándose aparentemente con mi incoherente mensaje, la tarde del sábado 8 de septiembre me llegó una carta escrita a máquina curiosamente distinta y tranquilizadora; una serena carta de invitación que señalaba un cambio profundo en aquella pesadilla. Citaré nuevamente de memoria, tratando, por razones especiales, de preservar todo lo posible el estilo del original. El matasellos era de Bellows Falls, y hasta la firma había sido mecanografiada, como es costumbre en los principiantes. El texto, sin embargo, estaba enteramente desprovisto de faltas, y concluí que Akeley debió haber escrito a máquina en algún período anterior, quizás en la universidad. Decir que la carta me tranquilizó no sería bastante; pero en lo más hondo de mí ser había todavía un cierto malestar. Akeley no había perdido la cabeza en medio de aquellos terrores, ¿pero ocurría lo mismo ahora que se sentía liberado? Y ese «mejoramiento de las relaciones que mencionaba... ¿qué quería decir? Todo implicaba una transformación total en la actitud de Akeley. Pero he aquí el texto de la carta:

Townshend, Vermont

Jueves, 6 de septiembre de 1928

Mi querido Wilmarth:

Siento una gran alegría al poder tranquilizar a usted a propósito de las tonterías que le he escrito. Cuando digo «tonterías» me refiero a mis terrores y no a mi descripción de ciertos fenómenos. Estos fenómenos son verdaderamente reales e importantes; mi error ha consistido en adoptar una actitud anormal ante ellos.

Creo haberle mencionado que mis extraños visitantes habían comenzado a tratar de comunicarse conmigo. Anoche la comunicación logró al fin realizarse. En respuesta a ciertas señales dejé entrar en mi casa a un mensajero. Me apresuro a aclarar que se trataba de un ser humano. Me dijo cosas que ni usted ni yo

habíamos sospechado, y me demostró con claridad qué mal habíamos comprendido el propósito que guía a Estos de Más Allá al mantener en secreto su colonia.

Parece que las terribles leyendas acerca de lo que han ofrecido a los hombres y lo que desean de la Tierra son en todo resultado de una mala interpretación de un lenguaje alegórico; lenguaje, naturalmente, desarrollado en un ambiente cultural y por sistemas mentales inimaginables para nosotros. Mis propias conjeturas, debo confesarlo, no fueron menos disparatadas que las de los incultos granjeros o los indios salvajes. Lo que juzgué enfermizo, vergonzoso e innoble es en realidad admirable y hasta glorioso. Mi anterior opinión fue simplemente un ejemplo típico de la natural tendencia del hombre a odiar y temer lo que es totalmente diferente.

Lamento ahora el daño que he infligido a esos extraños e increíbles seres en el curso de nuestras rencillas nocturnas. ¡Si me hubiese decidido en seguida a hablar pacífica y razonablemente con ellos! Pero no me guardan ningún rencor; sus emociones son radicalmente diferentes de las nuestras. Han tenido la desgracia de tener como agentes en Vermont a algunos especímenes muy inferiores de la raza humana; el desaparecido Walter Brown, por ejemplo. Su conducta me previno contra ellos.

Nunca hicieron daño conscientemente a ningún hombre, y al contrario, han sido molestados y espiados por seres de nuestra especie. Hay toda una secta secreta de hombres malvados (un erudito como usted me comprenderá cuando los relaciono con Hastur y el Signo Amarillo) dedicada a perseguirlos y matarlos en beneficio de unos monstruosos poderes provenientes de otras dimensiones. Contra estos agresores - y no contra la humanidad - están dirigidas las drásticas medidas tomadas por estos seres. Por cierto, me han comunicado que la mayor parte de nuestras cartas perdidas fueron robadas por los emisarios de este culto maligno.

Todo lo que Estos de Más Allá desean del hombre es vivir en paz, sin molestias y con relaciones intelectuales cada vez más desarrolladas. Todo esto es ahora absolutamente necesario, pues la expansión de nuestros inventos y aparatos

ha hecho imposible que los puestos de avanzada de estos seres se mantengan en secreto. Estos extranjeros desean conocer de un modo más completo a la humanidad, y que nuestros filósofos y hombres de ciencia conozcan más acerca de ellos. Con tal intercambio de conocimientos desaparecerá todo peligro y logrará establecerse un satisfactorio *modus vivendi*. Puedo ahora asegurarle que la idea de que tratan de esclavizarnos o degradarnos es simplemente ridícula.

En el comienzo de este mejoramiento de las relaciones, Estos de Más Allá me han elegido, como es natural, a mí - ya que los conozco tanto - como su primer intérprete en la Tierra. Mucho aprendí anoche: hechos sorprendentes que abren asombrosas perspectivas, y más aún me será comunicado tanto oralmente como por escrito. Por ahora no haré ningún viaje afuera, aunque probablemente desee hacerlo más tarde. Emplearé para ello medios especiales que trascienden todo lo que hasta ahora hemos estado acostumbrados a considerar como experiencia humana. Mi casa ya no será asediada. Todo volverá a la normalidad, y los perros no tendrán razón de ser. En lugar de terror se me ha dado un tesoro de conocimientos y aventura intelectual que muy pocos hombres han recibido hasta hoy.

Estos seres son quizá las criaturas más maravillosas entre todas las que viven en el espacio y el tiempo o fuera de ellos. Son miembros de una raza extendida por todo el cosmos, y de la cual toda otra forma de vida no es más que una degenerada variante. Son más vegetales que animales, si estos términos pueden ser aplicados a la materia de que están compuestos, y tienen una estructura, en cierto modo, fungoide. Sin embargo, la presencia de una sustancia similar a la clorofila y un sistema nutritivo verdaderamente singular los diferencian claramente de los hongos cormofíticos. En realidad, en su constitución entra una forma de materia desconocida en esta región del espacio, con electrones que vibran de un modo totalmente diferente. Por esta razón no pueden ser fotografiados con placas o películas ordinarias, aunque nuestros ojos puedan verlos. Empero, con los conocimientos apropiados, cualquier químico podría elaborar una emulsión que recogería sus imágenes.

Esta raza es única por su habilidad en atravesar el vacío interestelar desprovisto de aire y calor, conservando la forma corpórea, y muchas de sus variedades no pueden hacerlo sin recurrir a la ayuda mecánica o a curiosas transposiciones quirúrgicas. Muy pocas de las especies tienen esas alas capaces de resistir al éter que caracterizan a la variedad de Vermont. Los que habitan en algunos picos remotos del Viejo Mundo han llegado a la Tierra por otros medios. Su semejanza externa con los animales, y con la estructura que llamamos material, es más resultado de una evolución paralela que de parentesco. Su capacidad cerebral supera la de cualquier otro ser viviente, aunque el tipo alado que habita en nuestras colinas no es de ningún modo el de más alto desarrollo. Su instrumento usual de discurso es la telepatía, aunque tienen también órganos vocales rudimentarios que, tras una leve operación (pues la cirugía es una ciencia increíblemente desarrollada y común entre ellos), pueden reproducir el lenguaje de todo tipo de organismo que recurra aún a los sonidos.

Su lugar de residencia más inmediato es el planeta todavía sin descubrir y casi desprovisto de luz situado en el mismo borde del sistema solar, más allá de Neptuno. Es, como habíamos supuesto, el astro conocido con el nombre místico de Yuggoth en ciertas antiguas y vedadas escrituras. Pronto ese planeta será escenario de una extraña concentración de pensamiento dirigida a nuestro mundo con el fin de facilitar las relaciones mentales. No me sorprendería si los astrónomos llegaran a adquirir bastante sensibilidad ante estas corrientes como para descubrir a Yuggoth. Pero Yuggoth, naturalmente, es sólo un escalón. La mayor parte de estos seres habita unos abismos extrañamente organizados que están más allá de toda imaginación humana. El glóbulo espacio-tiempo que reconocemos como entidad cósmica es sólo un átomo de la infinitud que ellos conocen. Y lo que de esta infinitud pueda caber en nuestras mentes me será, en su momento, ofrecido. No más de cincuenta hombres, desde que existe la raza humana, han recibido un don semejante.

Es probable, Wilmarth, que hoy piense usted que esto no es más que un tejido de divagaciones, pero llegará el tiempo en que apreciará la oportunidad inconmensurable que se me ha abierto de pronto. Quiero que usted la comparta



conmigo todo lo posible, y que pueda decirle muchas cosas que no conviene trasladar al papel. En otro tiempo le pedí que no viniese a verme. Ahora que todo peligro ha pasado, me complazco en pedirle que olvide esa advertencia y me visite.

¿Puede venir antes de la iniciación de las clases? Sería maravilloso si pudiera. Traiga consigo el registro fonográfico y todas mis cartas. Los utilizaremos como material de consulta, y con ellos podremos unir los fragmentos de esta increíble historia. Traiga también las fotografías, pues parece que en medio de esta reciente excitación he perdido mis negativos y mis copias. ¡Pero qué acumulación de hechos inestimables añadiremos a esa documentación rudimentaria, y de qué dispositivo magnífico dispongo para completar esos hechos!

No titubee. Estoy libre de espías ahora, y no se encontrará usted con nada antinatural o perturbador. Decídase e iré a buscarlo a la estación de Brattleboro en mi coche. Prepárese para quedarse todo el tiempo que quiera discutiendo cosas que están más allá de toda conjetura humana. No cuente nada de esto, naturalmente. Este asunto no debe llegar al público vulgar.

El servicio de trenes de Brattleboro no es malo; puede usted ver un horario en Boston. Venga por la línea Boston-Maine, hasta Greenfield, y luego tome un tren local para recorrer el poco trayecto que falta. Le sugiero como más conveniente el tren que sale a las 4.10 de la tarde de Boston y que llega a Greenfield a las 19.35. A las 21.19 sale de allí un tren que llega a Brattleboro a las 22.10. Hágame saber la fecha de su viaje y le tendré el coche preparado en la estación.

Perdóneme que le escriba a máquina, pero últimamente mi letra es cada vez más ilegible, y no me siento capaz de redactar a pluma largos mensajes. Compré esta nueva Corona ayer en Brattleboro..., parece que va bien.

Aguardando su respuesta y con la esperanza de verlo muy pronto con el registro fonográfico y todas mis cartas, y las fotografías, se despide de usted muy cordialmente

HENRY W. AKELEY

Es imposible describir las complejas emociones que experimenté al leer y releer esta carta inesperada. He dicho antes que me sentí a la vez tranquilizado y molesto, pero esto sólo expresa crudamente los armónicos sentimientos diversos, y sobre todo subconscientes, comprendidos entre esos dos estados de ánimo. Para empezar, la carta era totalmente opuesta a la cadena de horrores que la habían precedido. La transformación del terror pánico en fría complacencia, y hasta exaltación, era demasiado repentina, brusca y completa. Apenas podía creer que un solo día pudiese haber alterado la actitud psicológica del que había escrito la desesperada misiva del miércoles, no importaba cuáles fuesen las tranquilizadoras revelaciones conocidas en el curso de aquellas veinticuatro horas. En ciertos momentos yo tenía la sensación de un conflicto irreal, y me preguntaba si este drama lejano entre fuerzas antinaturales no sería una especie de sueño creado por el poder de mi mente. Luego recordé el registro fonográfico y me abandoné a un acrecentado estupor.

La carta era enteramente distinta de todo lo que yo podía haber esperado. Mientras analizaba mis impresiones, comprobé que había en ellas dos elementos. Primero, concediendo que Akeley hubiese sido hasta ese entonces un hombre cuerdo, y lo fuese aún, el vuelco de la situación era inconcebiblemente rápido. Segundo, el cambio de la actitud y el lenguaje de Akeley no entraba dentro de lo normal o lo previsible. Toda su personalidad parecía haber sufrido una insidiosa metamorfosis; tan profunda que era imposible reconciliar sus dos polos, si es que ambos habían nacido de un mismo estado mental. El vocabulario, la forma, todo era sutilmente diferente. Y con mi sensibilidad académica para el estilo de la prosa, yo descubría profundas divergencias en el ritmo de las frases. Era indudable que el cataclismo emocional-o la revelación capaz de producir un vuelco tan radical tenía que ser verdaderamente extremo. Sin embargo, por otra parte, la carta parecía muy característica de Akeley. La misma vieja pasión por lo infinito; la misma curiosidad erudita. No pude ni un solo instante - o por lo menos más que un instante - concebir la idea de un fraude o una maligna

sustitución. ¿Acaso la invitación - el deseo de que comprobara personalmente la verdad de los hechos relatados en la carta - no probaba su autenticidad?

Aquella noche del sábado no me acosté y me quedé pensando en las sombras y maravillas que la carta dejaba entrever. Mi mente, fatigada por la veloz sucesión de concepciones monstruosas con que había tenido que enfrentarse en los últimos cuatro meses, se puso a trabajar con este material sorprendente y nuevo en un ciclo de dudas y aceptaciones en el que recorrió casi todos los caminos que ya conocía al encontrarse por primera vez con aquellos hechos maravillosos. Bastante antes de que llegara el alba, una curiosidad y un interés ardiente habían reemplazado a la tormenta inicial de perplejidad e inquietud. Loco o cuerdo, transformado o simplemente tranquilizado, siempre era posible que Akeley se hubiese visto de pronto, en el curso de su azarosa investigación, ante la posibilidad de una nueva perspectiva; una perspectiva que había hecho disminuir el peligro -imaginario o real- y que había abierto nuevos dominios de conocimiento cósmico y sobrehumano. La pasión que yo sentía por lo desconocido se encendió hasta igualar a la de Akeley; me sentí contagiado por aquel deseo mórbido de romper las barreras de nuestro universo. Escapar a las enloquecedoras y exasperantes limitaciones del tiempo, el espacio, y las leyes naturales; relacionarse con el vasto más allá, acercarse a los secretos abismales y nocturnos de lo elemental y lo infinito... valía sin duda la pena arriesgar la vida, el alma, la razón. Y Akeley me decía que ya no había peligro, y me invitaba a visitarlo en vez de aconsejarme que me apartase como lo había hecho hasta entonces. La sangre me hervía en las venas al pensar en lo que podía decirme; me fascinaba la idea de pasar algunas veladas en aquella granja solitaria en compañía de un hombre que había hablado con emisarios reales del espacio exterior.

El domingo por la mañana telegrafíé a Akeley comunicándole que me encontraría con él en Brattleboro el miércoles siguiente - 12 de septiembre - si la fecha le parecía apropiada. En sólo un aspecto no seguí sus sugerencias: la elección del tren. Francamente, no tenía deseos de llegar a aquella misteriosa región de Vermont en las últimas horas de la noche; de modo que telefoneé a la estación y pregunté de qué otro modo podía hacer el viaje. Si me levantaba

temprano y tomaba el tren a Boston de las 8.07, podía alcanzar allí el que salía para Greenfield a las 9.25 y llegaba a las 12.22. Este tren combinaba exactamente con otro que arribaba a Brattleboro a las 13.08. Una hora mucho más conveniente que las diez de la noche para encontrarme con Akeley y viajar con él entre aquellas apretadas y misteriosas colinas.

Mencioné en mi telegrama el horario elegido, y al recibir la respuesta comprobé satisfecho que contaba con la aprobación de mi huésped. Su telegrama decía así:

ARREGLO SATISFACTORIO NOS ENCONTRAREMOS UNA  
OCHO TREN MIÉRCOLES NO OLVIDE REGISTRO CARTAS Y  
FOTOGRAFÍAS NO HABLE DE SU VIAJE ESPERE GRANDES  
REVELACIONES

AKELEY

Al recibir este mensaje, que era respuesta inmediata al mío - que había sido llevado sin duda a casa de Akeley desde la estación de Townshend por algún mensajero, o transmitido por teléfono -, desaparecieron mis dudas, aun las subconscientes, acerca del posible autor de la carta. Mi alivio fue grande, y no dejó de sorprenderme, pues yo creía que ya no había en mí ni la menor sospecha. Aquella noche dormí profunda y largamente, y durante los dos días que siguieron estuve muy ocupado con mis preparativos.

## 6

El miércoles me puse en camino llevando conmigo una maleta con ropa, objetos de tocador y algunos documentos científicos que incluían el cilindro grabado, las fotografías y todas las cartas de Akeley. De acuerdo con sus recomendaciones, yo no había revelado a nadie mi lugar de destino. No me costaba comprender que este asunto exigía un secreto absoluto, aunque tomase el rumbo más favorable. La idea de un contacto mental con entidades extrañas a nuestro mundo era bastante perturbadora aun para una mente en cierto modo preparada como la mía; y siendo así, ¿qué efecto hubiese podido causar en la

masa de los no iniciados? No sé decir si era el temor o la expectación de la aventura lo que me dominaba cuando cambié de tren en Boston y comencé el largo viaje hacia el oeste internándome en regiones poco familiares para mí. Waltham, Concord, Ayer, Fitchburg, Gardner, Athol...

Mi tren llegó a Greenfield con un retraso de siete minutos, pero el expreso del norte lo estaba esperando. Me trasladé de prisa a este último, y cuando en las primeras horas de la tarde los coches comenzaron a rodar por regiones que yo sólo conocía a través de mis lecturas, me sentí presa de una curiosa agitación. Sabía que estaba entrando en una región de Nueva Inglaterra más primitiva y anticuada que las mecanizadas áreas urbanas del sur y de la costa donde yo había pasado toda mi vida. Era una Nueva Inglaterra ancestral, sin extranjeros ni humo de fábricas, sin carteles ni caminos asfaltados. Iba a encontrarme con raras supervivencias de aquella existencia tradicional y de profundas raíces que parece ser un producto natural del paisaje; la existencia tradicional que perpetúa curiosos y viejos recuerdos y prepara la tierra para creencias oscuras, maravillosas y muy raramente mencionadas.

De cuando en cuando veía brillar bajo el sol las aguas azules del río Connecticut, que cruzamos más allá de Northfield. Ante nosotros se alzaron unas colinas verdes, y cuando pasó el guarda me enteré de que estábamos al fin en Vermont. Él mismo me dijo que retrasara mi reloj una hora, pues las gentes de la región nada querían saber de nuevos esquemas horarios. Así lo hice, y me pareció que estaba volviendo atrás el calendario en un siglo.

El tren siguió bordeando las aguas. En la orilla opuesta, en New Hampshire, vi acercarse las faldas desnudas del Wantastiquet, acerca del cual circulaban singulares leyendas. Luego aparecieron unas calles a mi izquierda, y una isla verde asomó en la corriente a mi derecha. Los pasajeros dejaron sus asientos y yo los seguí. El tren se detuvo. Descendí al largo andén de la estación de Brattleboro.

Recorrí con la mirada la fila de automóviles estacionados tratando de identificar el Ford de Akeley, pero me reconocieron antes de que pudiera tomar alguna iniciativa. Y sin embargo, no era Akeley el que se adelantaba hacia mí

con una mano extendida y me preguntaba amablemente si yo era de veras el señor Albert N. Wilmarth, de Arkham. Este hombre no tenía ningún parecido con el canoso y barbudo Akeley de la fotografía. Era una persona más joven y de aspecto más ciudadano, bien vestida y con un oscuro bigotito. Su voz cultivada tenía para mí un raro y casi perturbador matiz de familiaridad, aunque no fui capaz de ubicarla en mi memoria.

Mientras lo examinaba, le oí explicar que era un amigo de Akeley que venía de Townshend en su lugar. Akeley, declaró, había sufrido un repentino ataque de asma, y no se sentía como para salir al aire libre. No era nada grave, sin embargo, y los planes que concernían a mi visita no habían sufrido ninguna alteración. No pude adivinar lo que este señor Noyes - así se anunció a sí mismo - sabía de las investigaciones y descubrimientos de Akeley, aunque me pareció que su actitud desenvuelta era propia de un profano. Recordando la vida de encierro de Akeley, me sorprendió bastante que hubiese encontrado tan fácilmente un amigo para que lo reemplazase; pero mi sorpresa no me impidió subir al vehículo que Noyes me señalaba con un ademán. No era aquél el viejo automóvil que yo esperaba ver, sino un modelo largo e inmaculado, de fabricación reciente - propiedad, en apariencia, del mismo Noyes - y que exhibía la matrícula de Massachusetts con el divertido “bacalao sagrado” de aquella temporada. Mi guía, concluí, debía de ser en Vermont un turista veraniego.

Noyes se instaló a mi lado en el coche y lo puso en marcha sin esperar más. Me alegró que no quisiera darme conversación, pues había en la atmósfera una tensión peculiar que me inclinaba muy poco a la charla. Doblamos a la derecha internándonos en la calle principal, y la ciudad, a la luz de la tarde, me pareció muy atractiva. Dormitaba como las viejas ciudades de Nueva Inglaterra que uno recuerda haber visto en la infancia, y en la disposición de los techos, campanarios, chimeneas y muros de ladrillos había algo que hacía vibrar en mí una cuerda de profundas emociones ancestrales. Podría decir que me sentí en el umbral de una región semiembrujada por la acumulación sucesiva de misterios no revelados; una región donde raros y viejos sucesos, que no habían sido perturbados jamás, habían podido desarrollarse y crecer.

Al salir de Brattleboro mi sensación de malestar e inquietud se hizo todavía más grande, pues aquel campo montañoso de pendientes altas, amenazadoras y verdes sugería de algún modo secretos oscuros y supervivencias inmemoriales que muy bien podrían ser, o no, hostiles a la humanidad. Durante un tiempo seguimos el curso de un río ancho y profundo que venía de las colinas lejanas del norte, y cuando mi acompañante me dijo que se trataba del río West sentí un estremecimiento. Había sido en estas aguas, recordé haber leído en los periódicos, donde uno de aquellos monstruos semejantes a cangrejos había flotado después de la inundación.

El campo a nuestro alrededor se hizo poco a poco más salvaje y desierto. Arcaicos puentes surgían del pasado y se hundían en los pliegues de las colinas, y los raíles semiabandonados que bordeaban el río parecían exhalar una niebla de desolación. En los espaciosos valles se alzaban grandes acantilados donde el granito virgen de Nueva Inglaterra parecía gris y austero junto a la verdura que escalaba las crestas. En el fondo de las gargantas se precipitaban los indomables torrentes llevando a las aguas del río los secretos inimaginados de los picos donde nadie había puesto el pie. De cuando en cuando se abrían a la derecha y a la izquierda unos estrechos y semiocultos caminos que atravesaban masas compactas de vegetación en donde podían ocultarse ejércitos enteros de espíritus elementales. Al ver esto recordé cómo Akeley había sido molestado a lo largo de esta misma ruta por agentes invisibles, y no me maravilló que tales cosas pudieran ocurrir.

La pintoresca aldea de Newfane, a la que llegamos en menos de una hora, fue nuestro último contacto con ese mundo que el hombre puede llamar realmente suyo por derecho de conquista y ocupación exclusivas. Luego nos apartamos de las cosas inmediatas, tangibles y temporales, para entrar en un mundo fantástico de silenciosa irrealidad donde la estrecha cinta del camino se alzaba y caía y se doblaba, casi como en un capricho deliberado y consciente, entre las cimas verdes y solitarias y los valles semidesiertos. Excepto el sonido del motor, y la leve agitación de las pocas granjas que encontrábamos irregularmente en nuestro camino, lo único que llegaba a mis oídos era el

gorgoteo insidioso de las aguas de las innumerables fuentes que se ocultaban en el bosque.

La proximidad de las colinas redondas y bajas me quitaba literalmente el aliento. Eran aún más abruptas y cortadas a pico de lo que yo había imaginado, y no parecían tener la menor relación con el mundo prosaico de los hombres. Los bosques densos que subían por aquellas faldas inaccesibles parecían albergar seres de otros mundos, y sentí que hasta el mismo contorno de las colinas tenía un significado olvidado y oculto, como si se tratase de vastos jeroglíficos dejados por la antigua raza de titanes que existían solamente en la gloria de ciertos sueños. Todas las leyendas del pasado y todas las asombrosas revelaciones de Henry Akeley surgieron en mi memoria como para acrecentar aquella atmósfera de tensión y amenaza. El propósito de mi visita, y las terribles anormalidades que implicaba, me hicieron sentir de pronto un helado estremecimiento que enfrió considerablemente mi ardiente deseo de conocer la verdad.

Mi guía debió de haber advertido mi perturbación, pues a medida que la ruta ascendía y se hacía más irregular, y nuestra marcha más lenta e incómoda, sus ocasionales y amables comentarios fueron convirtiéndose en un cada vez más alargado discurso. Me habló de la belleza y salvajismo de la región, y reveló cierto conocimiento de los estudios folclóricos de mi huésped. Por sus corteses preguntas comprendí que sabía que mi viaje tenía un propósito científico, y que yo llevaba conmigo unos documentos de cierta importancia, pero no dio muestras de apreciar la hondura y anormalidad de los conocimientos adquiridos por Akeley.

Su actitud era tan franca y cordial que sus comentarios debieran de haberme tranquilizado, sin embargo mi inquietud no dejó de crecer mientras nos internábamos entre aquellas colinas y bosques. En ciertos momentos me parecía que el joven trataba de averiguar qué sabía yo de los monstruosos secretos del lugar, y cada vez que alzaba la voz aquella sensación de vaga y desconcertante familiaridad parecía acrecentarse. No era una familiaridad agradable, a pesar de la naturaleza cultivada de la voz. Yo la relacionaba de algún modo con olvidadas pesadillas, y hasta sentía que podía volverme loco si llegaba a reconocerla. Si se



me hubiese ocurrido alguna buena excusa, creo que habría renunciado a mi visita. Pero no podía hacerlo, y alimenté la esperanza de que una conversación científica y objetiva con Akeley me ayudara a recuperar la sangre fría.

Por otra parte, en aquel hipnótico paisaje por el que descendíamos y ascendíamos sin tregua, había un elemento de belleza cósmica curiosamente apaciguador. El tiempo se había extraviado en los laberintos que dejábamos atrás, y alrededor de nosotros los siglos desvanecidos parecían florecer en olas de belleza y recuperado encanto: arboledas venerables, prados inmaculados bordeados por

los alegres capullos de otoño, y muy de cuando en cuando las pequeñas granjas oscuras escondidas entre árboles enormes o al pie de abruptos precipicios cubiertos de hierbas y fragantes rosales silvestres. Hasta la luz del sol tenía un brillo celestial, como si alguna atmósfera o exhalación cubriese todo el país. Yo no había visto nada parecido salvo en las perspectivas mágicas que forman a veces los fondos de los pintores italianos primitivos. Sodoma y Leonardo llegaron a concebir esos paisajes, pero sólo a lo lejos y a través de arcadas renacentistas. Penetrábamos ahora en el corazón de la escena, y me pareció encontrar en su sortilegio algo que yo había heredado o que conocía de un modo instintivo y que había buscado vanamente hasta ahora.

De pronto, luego de una curva brusca en lo alto de una abrupta pendiente, el coche se detuvo. A mi izquierda, más allá de un prado bien cuidado y bordeado de piedras blancas que se extendía hasta el camino, se alzaba una casa de dos pisos y buhardilla, de un tamaño y una elegancia poco comunes en la región. Un poco más atrás, y a la derecha, había unos graneros unidos por arcadas, unos cobertizos y un molino de viento. Reconocí en seguida el lugar tal como lo había visto en una de las fotografías, y no me sorprendió ver el nombre de Henry Akeley en el buzón de hierro. A alguna distancia atrás de la casa se extendía un terreno pantanoso con unos pocos árboles, y más lejos se elevaba la falda boscosa y abrupta de una colina que terminaba en una cima de bordes mellados. Esta última, comprendí, era la cumbre de la montaña Negra por la que habíamos estado ascendiendo.

Noyes bajó del coche con mi maleta y me pidió que esperara un momento mientras anunciaba a Akeley mi llegada. Él no podía quedarse, añadió, pues lo reclamaban algunos negocios. Mientras se alejaba rápidamente por el sendero, yo salí del coche deseando estirar un poco las piernas antes de entregarme a una conversación sedentaria. Ahora que me encontraba en la escena misma donde se habían desarrollado los mórbidos sucesos relatados por Akeley, mi tensión y nerviosismo llegaron al máximo, y temí la conversación que iba a ligarme a esos extraños mundos prohibidos.

Del contacto con lo fantástico suele nacer más el terror que la inspiración, y nada me animó a pensar que este camino polvoriento fuese el sitio donde Akeley había encontrado aquellas huellas monstruosas y aquel líquido verde y nauseabundo, luego de unas noches sin luna visitadas por el terror y la muerte. Noté distraídamente que no parecía haber ningún perro en las cercanías. ¿Akeley los había vendido después de sellar la paz con Aquellos de Más Allá? A pesar de todos mis esfuerzos yo no podía confiar en la hondura y sinceridad de esa paz de que hablaba Akeley en su última y tan diferente carta. Después de todo, mi corresponsal era un hombre simple, con poca experiencia del mundo. ¿No ocultaría algo siniestro aquella alianza reciente?

Guiado por mis pensamientos, volví los ojos hacia la ruta polvorienta donde habían aparecido los odiosos testimonios. No había llovido en los últimos días, y en la superficie irregular de la carretera se acumulaban huellas de toda especie a pesar de lo poco frecuentado que era el lugar. Con una vaga curiosidad comencé a estudiar la forma de algunas de aquellas heterogéneas impresiones tratando de ahogar a la vez las fantasías macabras sugeridas por el lugar y mis recuerdos. Había algo de incómodo e intranquilizador en aquella quietud, en el apagado susurro de los arroyos distantes, y en las agrupadas cimas verdes y precipicios boscosos que obstruían el estrecho horizonte.

Y de pronto brotó en mí una imagen que hizo que aquellas vagas amenazas me parecieran realmente insignificantes. Ya he dicho que estaba examinando aquellas huellas confusas con una especie de ociosa curiosidad, cuando ésta fue reemplazada por una oleada repentina y paralizante de terror.

Pues aunque aquellas huellas se confundían unas con otras, y no parecían capaces de revelar nada a una mirada casual, mis ojos inquietos habían distinguido ciertos detalles cerca del punto donde el sendero se unía a la carretera, y habían reconocido al mismo tiempo, y fuera ya de toda duda o esperanza, su horrible significado. No había pasado vanamente, ay, horas y horas inclinado sobre aquellas fotografías. Conocía demasiado bien las marcas de esas pinzas horrorosas y esa ambigua dirección que revelaba a criaturas de otro planeta. Aquí, ante mis propios ojos, en forma objetiva, había por lo menos tres marcas recientes que se destacaban como una blasfemia entre aquellas huellas indistintas que iban a la granja o venían de ella. Eran las infernales marcas de los seres infernales de Yuggoth.

Logré dominarme justo a tiempo para ahogar un grito. Al fin y al cabo, ¿qué había allí que yo no hubiese podido esperar, si es que había creído de veras en las cartas de Akeley? Afirmaba que había hecho la paz con los monstruos. ¿Por qué entonces iba a sorprenderme que alguno de éstos hubiese visitado la casa? Pero el terror era más fuerte que todo argumento. ¿Puede acaso un hombre permanecer indiferente al contemplar por primera vez las huellas de unos seres que vienen de las regiones más lejanas del espacio? Justo en ese momento vi que Noyes salía de la casa y se dirigía rápidamente hacia mí. No debo perder la cabeza, reflexioné, pues es muy posible que este joven no sepa nada de las sorprendentes y profundas incursiones de Akeley en lo desconocido.

Akeley, se apresuró Noyes a informar, se alegraba de mi llegada y estaba preparado para recibirme. Sin embargo, su repentino ataque de asma le impediría ser durante un día o dos un anfitrión competente. Estas crisis eran muy fuertes, y estaban siempre acompañadas por una fiebre debilitante y un decaimiento general. Mientras duraban los accesos no servía de mucho; hablaba en voz baja y se desplazaba con dificultad. Se le hinchaban además los pies y los tobillos, de modo que tenía que vendárselos como un viejo atacado de gota. Hoy se sentía bastante mal, y yo tendría que atender a mis propias necesidades, pero no estaba por eso menos dispuesto a hablar. Yo lo encontraría en el estudio a la izquierda

del vestíbulo: la habitación de persianas cerradas. Cuando estaba enfermo no podía soportar la luz del sol, tenía unos ojos muy sensibles.

Noyes se despidió de mí, y mientras se alejaba hacia el norte en su automóvil, comencé a caminar lentamente hacia la casa. La puerta había quedado entreabierta, pero antes de acercarme miré a mi alrededor tratando de descubrir qué había allí de raro e intangible. Los graneros y cobertizos me parecieron bastante prosaicos, y en un granero descubierto vi el viejo Ford de Akeley. De pronto se me reveló el porqué de aquella rara sensación. El silencio era total. Comúnmente una granja está animada por cierto número de ruidos, provenientes en su mayor parte de diversos animales; aquí faltaba todo signo de vida. ¿Dónde estaban las gallinas y los cerdos? Las vacas de que me había hablado Akeley podían encontrarse en los prados, y los perros podían haber sido vendidos. Pero la ausencia de todo gruñido o cacareo era realmente singular.

No me detuve mucho tiempo. Abrí la puerta resueltamente y la cerré detrás de mí. Me costó bastante hacerlo, y ahora que me encontraba en el interior de la casa sentí el momentáneo deseo de retirarme apresuradamente. No era que el lugar tuviese un aspecto siniestro; al contrario, el gracioso vestíbulo de estilo colonial me pareció de muy buen gusto. Mi deseo de huir nacía de algo indefinible. Quizá se trataba de un cierto olor, aunque yo sabía muy bien qué comunes son los olores rancios aun en las granjas más cuidadas.

## 7

Rehusando abandonarme a esas vagas alarmas, recordé las instrucciones de Noyes y abrí la puerta blanca de seis paneles y pestillos de bronce que había a mi derecha. En el estudio reinaban las sombras, tal como me lo habían advertido, y al entrar noté que el olor era aquí más fuerte. Me pareció además que había un ritmo o una vibración en el aire. Durante un momento apenas pude ver, pero luego una especie de tos o murmullo de disculpa atrajo mi atención hacia el sillón que se encontraba en el rincón más oscuro y lejano del cuarto. En sus sombrías profundidades vislumbré las formas blancas del rostro y las manos de un hombre. Me apresuré a acercarme a la figura que había tratado de hablar.

Aunque la luz era escasa reconocí su retrato, y no podía haber ninguna duda acerca de ese rostro firme, arrugado por el tiempo, y de barbita gris.

Pero al volver a mirarlo se unió a mi reconocimiento una cierta tristeza y ansiedad. Era evidente que estaba muy enfermo. Sentí que aquella expresión tirante, rígida, inmóvil, y aquella mirada fija y vidriosa no podían tener como único motivo un ataque de asma, y comprendí de qué modo terrible debía haberlo afectado su aventura. ¿No hubiera bastado para acabar con cualquier ser humano, aun un hombre más joven que este intrépido explorador de lo prohibido? El extraño y repentino alivio, temí, había llegado demasiado tarde para salvarlo de lo que parecía ser una depresión general. Había algo de lastimoso en la inercia con que sus manos descansaban en el regazo. Vestía una bata muy amplia, y una bufanda de un vívido amarillo le envolvía el cuello y la cabeza.

Y en seguida comprendí que estaba tratando de hablarme con aquel mismo apagado susurro con que me había saludado. Era difícil en un principio comprender ese susurro; el bigote gris ocultaba los movimientos de la boca, y había algo en su timbre que me perturbaba sobremanera. Sin embargo, poniendo toda mi atención logré reconocer las palabras. Su acento no tenía nada de rústico, y el lenguaje era bastante más pulido de lo que sus cartas me hubiesen hecho esperar.

- ¿El señor Wilmarth, supongo? Me perdonará que no me incorpore. Estoy bastante enfermo, como le habrá dicho el señor Noyes, pero no he podido resistir mis deseos de verlo y hablar con usted. Lo que le he escrito en mi última carta no es nada comparado con lo que le explicaré mañana cuando me sienta mejor. No puedo decirle cuánto me alegra conocerlo personalmente luego de haber intercambiado tantas cartas. Las habrá leído todas, ¿no es cierto? Y el cilindro y las fotografías. Noyes ha dejado su maleta en el vestíbulo; la habrá visto usted. Por esta noche temo que tenga que vérselas solo. Su cuarto está en el piso superior - justo sobre éste -, y encontrará el baño frente a la escalera. Hay una comida preparada en el comedor, a la derecha de esa puerta, que puede usted servirse cuando guste. Mañana estaré mejor; hoy la debilidad hace de mí un ser inútil.

»Considérese usted en su casa. Antes de subir a su cuarto será mejor que deje sobre esta mesa las cartas, las fotografías y el cilindro. Discutiremos aquí mismo el material. Puede usted ver mi fonógrafo en aquel estante del rincón.

»No, gracias. Nada puede hacer por mí. Conozco desde hace tiempo estos ataques. Vuelva a hacerme una visita antes de que caiga la noche, y luego podrá acostarse cuando quiera. Yo me quedaré aquí. Quizá pase la noche en un sillón. Suelo hacerlo a menudo. Mañana a la mañana estaré mejor y examinaremos lo que tenemos que examinar. Se dará cuenta, por supuesto, de que estamos ante algo realmente extraordinario. Se abrirán para nosotros, como para algunos otros pocos hombres de esta tierra, los abismos del espacio y el tiempo: un conocimiento que trascenderá todas las concepciones de la ciencia y la filosofía humanas.

»¿Sabe usted que Einstein está equivocado, y que ciertos objetos y fuerzas pueden moverse con una velocidad superior a la de la luz? Con la ayuda apropiada espero viajar hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, y ver y tocar el pasado remoto y las épocas futuras. No puede imaginar a qué grado de adelanto han llevado la ciencia estos seres. No hay nada que no puedan hacer con la mente y el cuerpo de los organismos vivos. Espero visitar otros planetas, y aun otras estrellas y galaxias. El primer viaje será a Yuggoth: el mundo más cercano entre los poblados por estos seres. Es un mundo extraño y oscuro situado en el borde mismo de nuestro sistema solar. Todavía desconocido para nuestros astrónomos. Pero creo haberle escrito acerca de esto. En el momento adecuado, ya lo sabe usted, los habitantes de Yuggoth dirigirán corrientes mentales hacia nosotros y el planeta será descubierto. O quizá permitan que uno de sus aliados terrestres dé alguna indicación a nuestros hombres de ciencia.

»Hay poderosas ciudades en Yuggoth; largas filas de torres de piedra oscura, como la que traté de enviarle. El sol no brilla allí más que una estrella, pero los habitantes no necesitan luz. Tienen otros sentidos más sutiles, y sus casas y templos carecen de ventanas. La claridad los molesta y lastima, pues más allá del tiempo y el espacio, en el negro cosmos de donde proceden, no existe la luz. Visitar Yuggoth enloquecería a un hombre débil. Sin embargo, iré allí. Los

negros ríos de pez que fluyen bajo misteriosos puentes ciclópeos - contruidos por una raza anterior y ya olvidada cuando los actuales habitantes llegaron a Yuggoth desde los últimos espacios - bastarían para hacer de cualquier hombre un Dante o un Poe si fuese capaz de mantenerse bastante cuerdo como para contar lo que ha visto.

»Pero no lo olvide; ese mundo oscuro de jardines de hongos y ciudades sin ventanas no es tan terrible. Sólo a nosotros nos parece así. Probablemente cuando vinieron a nuestro mundo, en épocas prehistóricas, estos seres se sintieron igualmente aterrorizados. Están aquí desde mucho antes de que concluyera la fabulosa época de Cthulhu, y recuerdan perfectamente la sumergida ciudad de R'lyeh cuando aún sobresalía de las aguas. Han estado también en el interior de la tierra; hay aberturas que los seres humanos ignoran; algunas de estas mismas colinas de Vermont. Y hay allí mundos enteros de vida desconocida: K'n-yan, de luz azul; Yoth, de luz roja; y N'kai, negro y sin luz. De N'kai procede aquel terrible Tsathoggua que usted debe de recordar. Tsathoggua, esa amorfa criatura divina, semejante a un sapo, mencionada en los Manuscritos Pnakóticos y el Necronomicon, y el ciclo mítico de Commorion preservado por el sacerdote atlanteano Kíarkash-Ton.

»Pero de todo esto hablaremos más tarde. Ya deben de ser más de las cuatro. Busque su maleta, traiga aquí sus documentos, coma algo, y vuelva luego para una charla más tranquila.

Salí lentamente de la habitación y comencé a obedecer a mi huésped. Abrí mi maleta, saqué las cosas que me pedía Akeley y las llevé a la mesa del estudio. Luego subí a mi cuarto. Aún fresco en mi memoria el recuerdo de aquella huella que había visto junto al camino, las palabras susurradas por Akeley me habían afectado profundamente, y su familiaridad con ese mundo desconocido de vida fungosa - el prohibido Yuggoth - me estremecía todavía. Lamentaba muchísimo la enfermedad de Akeley, pero tenía que confesarme que ese ronco susurro tenía tanto de horrible como de lastimoso. ¡Si al menos no se hubiese complacido en describir Yuggoth y sus oscuros secretos!

Mi cuarto resultó ser una habitación agradable y bien amueblada, desprovista tanto de aquel olor rancio como de vibraciones. Dejé allí mi maleta y volví a descender. Saludé a Akeley, y fui luego en busca de la comida que me habían preparado. El comedor estaba detrás del estudio y daba a una pequeña cocina. En la mesa había un amplio surtido de sandwiches, tortas y quesos, y un termo junto a una taza demostraba que no había olvidado el café caliente. Comí con gran apetito y luego llené la taza de café. La habilidad del cocinero había fallado aquí. El primer trago me reveló un gusto acre ligeramente desagradable, y no tomé más. Durante toda la comida no dejé de pensar en Akeley sentado en silencio en la sombría habitación próxima. En una ocasión entré en el estudio para rogarle que me acompañara, pero murmuró que no podía comer nada todavía. Más tarde, poco antes de dormir, tomaría quizá un poco de leche malteada. Por el momento, no se podía permitir otra cosa.

Cuando terminé de comer, retiré los platos, los lavé en la cocina, y vacié la cafetera. Luego volví al estudio en sombras, instalé una silla cerca del rincón que ocupaba mi huésped, y me dispuse a escuchar. Las cartas, las fotografías y la grabación se encontraban aún en la mesa del centro, pero no recurrimos a ellas. Al cabo de poco tiempo olvidé aquel olor y la curiosa vibración del aire.

Ya he dicho que en las cartas de Akeley - especialmente en la segunda, la más extensa - había cosas que yo no me atrevería a reproducir, y ni siquiera a dejar en el papel. Lo mismo debo declarar, y con mayor motivo, de lo que oí en aquella habitación oscura, en medio de las colinas solitarias. En cuanto a la extensión de los horrores cósmicos develados por aquella voz enronquecida, no puedo ni siquiera aludir a ellos. Akeley había conocido ya cosas terribles, pero lo que había aprendido desde que celebrara su pacto con los monstruos era algo que estaba más allá de toda cordura. Aun ahora rehúso absolutamente admitir sus afirmaciones acerca de la constitución de los límites del infinito, la yuxtaposición de dimensiones, y la terrible posición de nuestro mundo espacial-temporal en la interminable cadena de cosmos-átomos que en su relación mutua forman un supercosmos de curvas, ángulos y organización electrónica material y semimaterial.



Nunca un hombre cuerdo estuvo más peligrosamente cerca de los arcanos de la entidad originaria, y nunca un cerebro orgánico se aproximó tanto a la aniquilación total en ese caos que trasciende formas, fuerzas y simetrías. Supe de dónde vino originalmente Cthulhu, y por qué se encendieron las primeras estrellas de la historia. Sospeché -por frases que hasta mi informante enunció tímidamente- los secretos de las nubes magallánicas y las nebulosas globulares, y la oscura verdad que se ocultaba tras la inmemorial alegoría de Tao. La naturaleza de los Doels me fue claramente revelada, así como también la esencia - aunque no el origen - de los perros de Tindalos. La leyenda de Yig, padre de las serpientes, dejó de ser un mero símbolo, y me estremecí cuando Akeley me habló del caos monstruoso situado más allá del espacio angular y que el Necronomicon ha ocultado misericordiosamente bajo el nombre de Azathoth. Era algo intolerable oír cómo las más espantosas pesadillas de los antiguos mitos se transformaban en frases concretas mucho más terribles que las alusiones oscuras de los místicos de la Antigüedad y la Edad Media. Tuve necesariamente que concluir que los primeros que habían narrado aquellas historias malditas se habían comunicado de algún modo con los seres de Akeley, y habían visitado quizá dominios extracósmicos, tal como pretendía hacerlo ahora mi huésped.

Akeley me habló también de la piedra negra, y se alegró de que no hubiera llegado a mis manos. Mis sospechas acerca de esos jeroglíficos habían sido demasiado correctas. Y sin embargo, Akeley parecía ahora reconciliado con aquel sistema demoníaco que acababa de descubrir. Y no sólo reconciliado, sino hasta dispuesto a sondear aquel monstruoso abismo. Me pregunté con qué seres habría hablado desde que había escrito su última carta, y si todos habrían sido tan humanos como aquel primer mensajero. La tensión se me hizo insoportable, y construí toda una serie de fantásticas teorías a propósito de aquel olor, tan raro y persistente, y aquellas insidiosas vibraciones que llenaban la oscura habitación.

Caía la noche, y, recordando lo que Akeley me había contado en sus cartas a propósito de algunas noches anteriores, me estremecí al pensar que en esos días no había luna. No me agradaba nada tampoco el emplazamiento de la granja, al pie de aquella enorme pendiente que conducía a la cima virgen de la

montaña Negra. Con permiso de Akeley encendí una pequeña lámpara de aceite, bajé la mecha, y la coloqué en un estante de la biblioteca junto al fantasmal busto de Milton. En seguida lamenté haberlo hecho, pues la cara estirada e inmóvil y las inertes manos de mi huésped adquirieron una apariencia anormal y cadavérica. Akeley parece incapaz de movimiento, aunque vi que de cuando en cuando movía torpemente la cabeza.

Después de lo que me había dicho, me costaba imaginar qué secretos profundos habría guardado para el futuro; pero al fin se aclaró que el tema del día siguiente sería el viaje de Akeley a Yuggoth, y más allá, y mi posible participación en él. Akeley debió de haberse divertido con el sobresalto de horror con que recibí la proposición de ese viaje cósmico, pues sacudió violentamente la cabeza. En seguida me explicó muy suavemente cómo los seres humanos pueden cumplir - y habían ya cumplido varias veces - ese vuelo aparentemente imposible a través del vacío interestelar. Parecía que los cuerpos humanos completos no podían hacer el viaje; pero la prodigiosa habilidad quirúrgica, biológica, química y mecánica de Aquellos del Más Allá había encontrado un modo de transportar cerebros humanos sin la estructura física concomitante.

Existía un procedimiento del todo inofensivo para extraer un cerebro, y otro que permitía mantener con vida los residuos orgánicos durante su ausencia. La materia cerebral era sumergida en el fluido contenido en un cilindro impermeable al éter y fabricado con un metal de Yuggoth. Cierta número de electrodos atravesaban el cerebro y se conectaban a voluntad con complicados instrumentos capaces de reproducir las tres facultades vitales de la vista, el oído y el lenguaje. Transportar los cilindros a través del espacio era fácil para los seres fungoides. Luego, en todos los planetas en que se desarrollaba su civilización, ponían en contacto los encerrados cerebros con unos aparatos reproductores de diversas facultades, de modo que luego de un cierto período de adaptación estas inteligencias viajeras podían tener toda una vida sensorial y articulada - aunque mecánica y sin cuerpo - en cada etapa de ese viaje a través y más allá del continuo espacio-tiempo. Era algo tan simple como transportar un cilindro fonográfico y tocarlo en cualquier parte donde existiese un fonógrafo. El éxito de

la operación no podía ponerse en duda. Akeley no tenía miedo. ¿No había sido ya antes brillantemente realizada?

Por primera vez una de aquellas manos inertes se elevó y apuntó duramente a un estante alto situado en el otro extremo de la habitación. Allí, en perfecto orden, se alineaban más de una docena de cilindros de un metal que yo nunca había visto antes. Los cilindros tenían unos treinta centímetros de alto y un poco menos de diámetro; tres curiosos alvéolos formaban sobre la superficie convexa un triángulo isósceles. Dos alvéolos de uno de los cilindros estaban conectados a un par de máquinas de singular aspecto situadas detrás. Akeley no tuvo que explicarme el propósito de estas máquinas, y yo me estremecí como afiebrado. Luego vi que la mano apuntaba a un rincón más cercano donde se amontonaban varios instrumentos provistos de hilos metálicos y clavijas; la mayoría se parecía a las dos máquinas colocadas detrás de los cilindros.

## 9

- Hay ahí cuatro clases de instrumentos, Wilmarth - murmuró la voz -. Cuatro clases. Tres facultades cada una; o sea doce piezas en total. En esos cilindros hay cuatro especies de seres. Tres hombres, seis individuos fungoides que no pueden navegar corporalmente por el espacio, y dos habitantes de Neptuno. ¡Dios! ¡Si pudiera usted ver el cuerpo original de esos seres! El resto son entes que viven en las cavernas centrales de una estrella oscura especialmente interesante de más allá de la galaxia. En el principal puesto de avanzada del interior de la colina Redonda encontrará usted más máquinas y cilindros. Los cilindros contienen cerebros extracósmicos con sentidos totalmente extraños a los nuestros, aliados y exploradores de los límites del espacio. Las máquinas especiales sirven para recibir y manifestar impresiones y expresiones de muy diferente carácter, y están adaptadas para que sean útiles para los seres mismos y para los diferentes tipos de auditorios. La colina Redonda, como la mayor parte de los principales puestos de avanzada del universo, es un lugar muy cosmopolita. Naturalmente, no me han facilitado sino los ejemplares más comunes.

»Tome las tres máquinas que le señalo y colóquelas sobre la mesa. Ésa más alta con los dos lentes; luego ese instrumento con las lámparas al vacío y la caja de resonancia, y ahora el que tiene ese disco metálico en el extremo superior. Tome ahora el cilindro con la inscripción B-67. Súbase a esa silla Windsor para alcanzar el estante. No se equivoque: que sea el B-67. No toque ese cilindro nuevo colocado entre dos aparatos y que lleva mi nombre. Ponga el B-67 en la mesa cerca de la máquina y cuide de que la aguja del cuadrante de las tres máquinas apunte hacia la extrema izquierda.

»Ahora conecte el alambre de la máquina de los lentes con el alvéolo superior del cilindro... Eso es. Una la máquina de la lámpara al alvéolo de la izquierda, y el aparato del disco al alvéolo exterior. Ahora mueva todas las agujas hacia la derecha; primero la de los lentes, luego la del disco, y por fin la de la lámpara. Así. Permítame decirle que se trata de un ser humano como cualquiera de nosotros. Mañana le haré escuchar a alguno de los otros.

Hasta el día de hoy no sé por qué obedecí servilmente esas órdenes, o si pensaba en ese momento que Akeley estaba loco o no. Después de todo lo ocurrido yo debía estar preparado para cualquier cosa, pero ese escenario mecánico se parecía tanto a las típicas divagaciones de inventores y hombres de ciencia que han perdido la razón, que despertó en mí unas dudas que ni siquiera el discurso precedente había alcanzado a suscitar. Lo que implicaban las palabras de Akeley estaba más allá de todo posible entendimiento humano. Sin embargo, las teorías que me había expuesto no eran menos inconcebibles, y si parecían menos ridículas se debía solamente a que no admitían ninguna prueba concreta inmediata.

Mientras mi mente se extraviaba en ese caos, oí un chirrido y un zumbido en las tres máquinas conectadas con el cilindro metálico, seguidos inmediatamente de un silencio casi total. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Iba yo a oír una voz? Y en ese caso, ¿cómo podía probarse que no se trataba de un ingenioso dispositivo de radio conectado con algún altavoz? Aun ahora no puedo asegurar con exactitud qué escuché, o a qué clase de fenómeno asistí. Pero algo se produjo sin duda.

Brevemente, la máquina provista de una caja de resonancia comenzó a hablar, tan a propósito y con tanta inteligencia que era indudable que el orador estaba presente y nos observaba. La voz era alta, metálica, sin vida, e indudablemente mecánica. Era incapaz de toda inflexión o expresividad, pero emitía las palabras con una precisión y deliberación inexorables.

- Señor Wilmarth – dijo -, espero que no se asuste. Soy un ser humano como usted, aunque mi cuerpo yace ahora sano y salvo a tres kilómetros de distancia en el interior de la colina Redonda, donde es objeto de un tratamiento vitalizador. Pero yo estoy aquí, con usted. El cerebro está en ese cilindro, y veo, oigo y hablo por medio de esos vibradores electrónicos. Dentro de unas semanas cruzaré el vacío, como ya lo he hecho otras muchas veces, y espero contar con la compañía del señor Akeley. Me gustaría que usted viniese con nosotros, pues lo conozco de vista y no ignoro su reputación. He seguido además muy atentamente su correspondencia con nuestro común amigo. Soy, por supuesto, uno de los hombres que se han aliado a esos seres del espacio que visitan nuestro planeta. Me encontré con ellos por vez primera en el Himalaya, y los he ayudado de varios modos. A cambio, ellos me han proporcionado experiencias que muy pocos hombres han llegado a tener.

¿Comprende usted qué significa haber visitado treinta y siete cuerpos celestes diferentes, de los cuales ocho están fuera de nuestra galaxia y dos fuera del cosmos curvo del espacio-tiempo? Todo esto no me ha dañado, de ningún modo. Mi cerebro ha sido separado del cuerpo por medio de incisiones tan sutiles que sería ridículo hablar aquí de operaciones quirúrgicas. Los seres que nos visitan disponen de métodos que hacen de estas extracciones algo normal y sencillo, y el cuerpo no envejece mientras está privado del cerebro. En cuanto al cerebro mismo, es virtualmente inmortal; basta cambiar de cuando en cuando el fluido nutritivo del cilindro.

Espero de veras que se decida usted a venir conmigo y el señor Akeley. Nuestros visitantes están ansiosos por conocer hombres de ciencia como usted, y enseñarles los grandes abismos con los cuales la mayor parte de nosotros no ha podido hacer otra cosa que soñar. El primer contacto con ellos puede parecer

extraño, pero sé que usted no se preocupará por eso. Creo que el señor Noyes vendrá también con nosotros..., el hombre que sin duda lo trajo hasta aquí en su coche. Ha sido uno de los nuestros durante años. Supongo que habrá reconocido usted su voz como una de las que se oyen en el cilindro.

Me sobresalté tan violentamente que la máquina dejó de hablar un momento.

- Señor Wilmarth, es a usted a quien le toca decidir; pero añadiré que un hombre con su amor por el folclore y las cosas singulares no debe dejar pasar una ocasión como ésta. Nada hay que temer. Todas las transiciones se efectúan sin dolor, y las sensaciones enteramente mecánicas proporcionan numerosos placeres. Una vez desconectados los electrodos, uno se hunde en un sopor poblado de sueños fantásticos y especialmente vívidos.

»Y ahora, si le parece a usted bien, interrumpiremos esta sesión hasta mañana. Buenas noches. Haga girar todas las agujas hacia la izquierda; no importa en qué orden, pero que la máquina de los lentes sea la última. Buenas noches, señor Akeley. Trate bien a nuestro invitado. ¿Preparado ya con las agujas?

Eso fue todo. Obedecí mecánicamente y moví las tres agujas, aunque rehusaba admitir lo que había pasado. La cabeza me daba todavía vueltas cuando oí la susurrante voz de Akeley que me decía que dejara los aparatos sobre la mesa, tal como estaban. No intentó hacer ningún comentario a propósito de lo que había ocurrido, y por otra parte ningún comentario habrían servido de mucho. Se contentó con decirme que podía llevar la lámpara a mi dormitorio, y deduje que quería descansar en la oscuridad. Era seguramente hora de que durmiese, pues sus discursos de la tarde y la noche habrían bastado para agotar a un hombre vigoroso. Todavía aturdido, le di las buenas noches, y subí con la lámpara, aunque llevaba conmigo una excelente linterna.

Me alegró abandonar el estudio, aquel raro olor y esa vaga impresión de vibraciones. Sin embargo, cuando pensé en el lugar en que estaba y en las fuerzas con que estaba enfrentándome sentí naturalmente la presencia de un terrible peligro y de una cósmica anormalidad. La salvaje y solitaria región; la falda

oscura y misteriosamente boscosa que se levantaba a pico no muy lejos de allí; la huella en el camino; el hombre enfermo que susurraba en la oscuridad, los cilindros y las máquinas diabólicas, y sobre todo las invitaciones a una extraña cirugía y a más extraños viajes...; todo esto, tan nuevo y tan repentino, se alzó en mí con una fuerza acumulada que minó mi voluntad y destruyó casi mi fuerza física.

Descubrir que mi guía Noyes había sido el oficiante humano de aquel rito monstruoso registrado en el cilindro me había turbado de veras, aunque ya había tenido previamente al oír su voz una oscura sensación de desagradable familiaridad. Por otra parte, no estaba menos perturbado por mi propia actitud ante Akeley. Había sentido hacia él, en el curso de nuestra correspondencia, una gran simpatía instintiva, pero ahora me inspiraba una verdadera repulsión. Su enfermedad debía haber suscitado mi piedad, pero yo en cambio me estremecía de disgusto. ¡Estaba tan rígido e inerte y se parecía tanto a un cadáver! ¡Y aquel incesante susurro era tan odioso e inhumano!

Se me ocurrió que aquel susurro no se parecía a nada, y que, a pesar de la curiosa inmovilidad de los bigotes, había en él una fuerza latente y un poder verdaderamente notables para un asmático. La voz llegaba de un extremo a otro de la habitación, y en una o dos ocasiones me había parecido que aquellos débiles pero penetrantes sonidos no eran tanto signo de debilidad como de una represión deliberada... Ignoraba por qué motivo. Desde un principio había encontrado en su timbre una cualidad inquietante. Ahora, al reflexionar sobre el asunto, creí que podía relacionar esa impresión con la familiaridad siniestra que había sentido ante la voz de Noyes. Pero yo no podía recordar cuándo o dónde había escuchado aquella voz.

De algo estaba seguro: no volvería a pasar aquí otra noche. Mi celo científico no había resistido al terror y el disgusto. Ahora sólo sentía el deseo de huir de este nido de fenómenos mórbidos y revelaciones antinaturales. Ya sabía bastante. Debía de ser cierto que existían extrañas relaciones cósmicas; pero los seres humanos no debían penetrar esos misterios.

Influencias blasfemas parecían envolverme e incidir en mis sentidos. Dormir, decidí, era imposible, así que extinguí la lámpara y me eché en el lecho sin desnudarme. Sin duda era algo absurdo, pero yo quería estar preparado para cualquier desconocida emergencia: en mi mano derecha esgrimí el revólver que había traído conmigo, y con la izquierda así la linterna. Nada se oía en el piso de abajo, y me imaginaba a mi huésped sentado en la oscuridad con aquella cadavérica rigidez. De alguna parte venía el tictac de un reloj y experimenté un vago sentimiento de gratitud ante la normalidad de ese sonido. Me recordaba, sin embargo, otra característica inquietante de la región: la ausencia de vida animal. Era indudable que no había ninguna bestia en la granja, y yo advertía ahora que faltaban también los habituales sonidos nocturnos de los animales salvajes. Fuera de aquel siniestro fluir de los arroyos lejanos, había allí una quietud anormal, interplanetaria, y me pregunté qué maldición estelar, intangible, podía estar pesando sobre la región. Yo recordaba que, según las viejas leyendas, los perros y otros animales habían odiado siempre a Aquellos de Más Allá y me pregunté qué significarían todas esas huellas en el camino.

## 8

No me pregunten cuánto tiempo duró aquel inesperado sopor, ni en qué medida lo que va a seguir fue un simple sueño. Si digo que me desperté a una determinada hora, y que vi y oí determinadas cosas, me responderán simplemente que no me desperté entonces, y que todo fue un sueño hasta el momento en que escapé de la casa, corrí tambaleándome hacia el granero donde había visto el viejo Ford, y subí a aquel vehículo para iniciar una alocada y ciega carrera por entre las misteriosas colinas que concluyó -después de haber recorrido durante horas un laberinto de bosques- en una aldea que resultó ser Townshend.

No tendrán en cuenta, naturalmente, todo lo que figura en mi informe, y declararán que las fotografías, la grabación, los cilindros y máquinas eran parte de una superchería en la que Henry Akeley me había hecho caer. Hasta llegarán a insinuar que conspiró con otros excéntricos para hacerme una broma complicada y estúpida. Dirán que Akeley robó él mismo la piedra en el tren, y que pidió a



Noyes que preparara aquella terrorífica grabación. Es raro, sin embargo, que Noyes no haya sido identificado aún, y que nadie lo conozca en las aldeas más cercanas a la granja de Akeley, aunque debía de haber estado frecuentemente en la región. Desearía no recordar el número de la licencia de su coche... o quizá es mejor que la recuerde. Pues yo, a pesar de todo lo que ustedes puedan decir, y a pesar de lo que a veces trato de decirme a mí mismo, sé que unas fuerzas ominosas acechan en las casi desconocidas colinas, y que esas fuerzas tienen espías y emisarios en el mundo de los hombres. Mantenerme tan lejos como sea posible de tales espías y emisarios es todo lo que pido hoy a la vida.

Cuando mi increíble historia hizo que el sheriff enviase algunos hombres a la granja, Akeley había desaparecido sin dejar huellas. Aquella bata amplia, la bufanda amarilla y los vendajes de los pies yacían en el suelo del estudio, no lejos del sillón, y era imposible saber si había alguna otra ropa suya que también se había desvanecido. Los perros y el ganado faltaban realmente, y había algunos curiosos agujeros de bala, tanto en el exterior de la casa como en el interior. Pero aparte de esto no se descubrió nada anormal. No había cilindros o máquinas, ni ninguna de las pruebas que yo había llevado en mi maleta. No se sentía ya aquel olor raro ni aquellas vibraciones; no había huellas en el camino ni ninguna de aquellas cosas inverosímiles que yo había vislumbrado en los últimos días.

Pasé una semana en Brattleboro luego de mi huida, interrogando a gentes de toda especie que habían conocido a Akeley, y los resultados me convencieron de que en todo aquello no había habido engaño. No había sido tampoco un sueño o una ilusión. Las compras raras de Akeley (perros y municiones y elementos químicos), y el corte de los hilos telefónicos pueden confirmarse; y todos los que lo conocían -incluso su hijo en California- admiten que sus ocasionales comentarios acerca de raros estudios tenían una cierta consistencia. Los ciudadanos formales decían que estaba loco, y declaraban sin titubear que todas las pruebas eran simples supercherías elaboradas por una mente desordenada, con la ayuda quizá de cómplices excéntricos. Los campesinos confirmaban en cambio sus declaraciones en todos sus detalles. Akeley había mostrado a algunos de estos rústicos sus fotografías y la piedra negra, y les había hecho escuchar el horrible

cilindro; y todos afirmaban que las huellas de pies y aquella voz similar a un zumbido correspondían exactamente a las descripciones de las leyendas ancestrales.

Según ellos mismos, ciertos sonidos y movimientos sospechosos se habían multiplicado en los alrededores de la granja de Akeley desde que éste había encontrado la piedra negra; de modo que todo el mundo, excepto el cartero y alguna gente poco aprensiva, evitaba el lugar. La montaña Negra y la colina Redonda eran notoriamente lugares malditos, y no pude encontrar a nadie que las hubiese explorado. Nadie ignoraba tampoco que algunos nativos del lugar habían desaparecido en el curso de los últimos años, entre ellos figuraba el semivagabundo Walter Brown mencionado en las cartas de Akeley. Llegué a encontrar a un viejo granjero que había visto personalmente uno de los curiosos cuerpos que habían flotado en el río West, pero su relato era demasiado confuso para atribuirle algún valor.

Dejé Brattleboro dispuesto a no regresar jamás a Vermont, y tengo la seguridad de que no cambiaré de idea. Esas colinas salvajes son, es indudable, los puestos de avanzada de una terrible raza cósmica. Lo dudo menos aún desde que leí que se ha descubierto un noveno planeta más allá de Neptuno, justo en donde aquellas criaturas habían dicho que se encontraba. Los astrónomos, con una propiedad que no sospechan, lo han bautizado con el nombre de Plutón. Estoy seguro de que no se trata sino del oscuro Yuggoth, y me estremezco al pensar por qué razones sus monstruosos habitantes han querido que se lo conociese de este modo y en esta época. Vanamente trato de asegurarme a mí mismo que estas demoníacas criaturas no están iniciando una nueva política para dañar a la Tierra y sus normales habitantes.

Pero aún me falta relatar el fin de aquella noche horrible en la granja de Akeley. Como ya he dicho, caí en un pesado sopor, un sopor poblado de sueños fragmentarios en los que figuraban unos paisajes deformes. No sé todavía qué me despertó, pero estoy seguro de que en un momento determinado abrí los ojos. Mi primera impresión, algo confusa, fue la de unos crujidos en el piso del corredor, frente a mi puerta, y de un torpe movimiento del pestillo. Esto, sin embargo, cesó

casi en seguida, de modo que mis impresiones realmente claras comenzaron con las voces que venían del estudio. Parecían ser varios los que hablaban, y me pareció que estaban discutiendo.

Luego de haber escuchado durante algunos segundos, me sentí bien despierto, y en verdad la cualidad de aquellas voces bastaba para ahuyentar todo deseo de dormir. Los tonos eran curiosamente claros, y nadie que haya escuchado la grabación fonográfica puede guardar alguna duda acerca de la naturaleza de por lo menos dos de ellas. Por más odiosa que fuese aquella idea, yo tenía la seguridad de encontrarme bajo el mismo techo con dos de las innominables criaturas de los abismos del espacio; pues aquellas dos voces eran indiscutiblemente los zumbidos blasfemos que usaban aquellos seres para comunicarse con los hombres. Las dos eran individualmente distintas - distintas en el tono, el acento y el ritmo -, pero las dos eran de la misma condenada especie.

Una tercera voz provenía sin duda de una de las máquinas parlantes conectadas con los cerebros de los cilindros. No había aquí posibilidad de error, lo mismo que en el caso de los zumbidos. La voz alta, metálica y sin vida que yo había oído hacía algunas horas, incapaz de inflexiones o matices, deliberada y precisa, era de veras inolvidable. Durante un tiempo no me pregunté si la inteligencia que animaba esa voz era la misma que me había hablado; pero poco después comprendí que cualquier cerebro emitiría sonidos de la misma cualidad si se lo conectaba con la misma máquina. Las únicas posibles diferencias consistirían en el lenguaje, el ritmo y la pronunciación. Para completar aquel fantástico coloquio había dos voces humanas: una sonaba como la de un rústico desconocido; la otra, de suave entonación bostoniana, pertenecía a mi guía Noyes.

Mientras me esforzaba en comprender las palabras interceptadas por el grueso piso de un modo tan irritante, percibí al mismo tiempo una agitación confusa en el estudio. No pude escapar a la impresión de que había allí muchos seres vivos, muchos más que aquellos que oía hablar. La naturaleza exacta de esta agitación es muy difícil de describir, pues no sé a qué compararla. Parecía

como si unos objetos se moviesen por el cuarto como entidades conscientes; el sonido de sus pisadas tenía algo de incompleto, como el contacto poco firme de una superficie de goma o hueso con otra de madera. Era, para usar una comparación más concreta, pero menos adecuada, como si unas gentes calzadas con unos zuecos demasiado grandes se desplazasen por el piso encerado. No traté de imaginar la naturaleza y apariencia de los responsables de estos sonidos.

No tardé en comprender que sería imposible oír frases coherentes. Palabras aisladas - que incluían el nombre de Akeley y el mío - llegaban a mí de cuando en cuando, especialmente al ser emitidas por la máquina parlante; pero no alcanzaba a comprender su verdadero sentido por falta de contexto. Todavía hoy me resisto a sacar de esas palabras alguna conclusión definida; aun en aquellos instantes produjeron en mí un efecto terrible, más por lo que sugerían que por lo que revelaban. Un cónclave horrible y antinatural se había reunido allí abajo, de eso estaba seguro; pero no puedo decir qué se deliberaba. Era curioso que no pudiese dejar de sentir la presencia de algo maligno y blasfemo, a pesar de las afirmaciones de Akeley acerca de la benevolencia de aquellos seres.

Después de escuchar un rato pacientemente, comencé a distinguir con claridad entre las diversas voces, aunque apenas comprendiese lo que decían. Sin embargo, creí adivinar de cuando en cuando ciertas emociones particulares. En uno de aquellos zumbidos, por ejemplo, había una innegable nota de autoridad; en cambio la voz mecánica, a pesar de su altura y su regularidad artificiales, parecía la de un subordinado. Las otras no pude interpretarlas. No escuché el susurro familiar de Akeley, pero yo sabía muy bien que ese sonido no podría atravesar el piso de mi habitación.

Trataré de reproducir algunos sonidos y palabras sueltas que logré oír, dando el nombre que me parece más exacto a cada uno de los interlocutores. Las primeras frases reconocibles fueron las de la máquina parlante.

MÁQUINA PARLANTE. - ... yo mismo lo he hecho venir... trajo el cilindro y las cartas... esto ha terminado... un engaño... he visto y he oído ... maldita sea... al fin y al cabo una fuerza impersonal... el cilindro brillante y nuevo... gran Dios...

PRIMER ZUMBIDO. -... es hora de que nos detengamos... pequeño y humano... Akeley... cerebro... dice...

SEGUNDO ZUMBIDO. -... Nyarlathotep... Wilmarth... grabación y cartas... pobre impostura...

NOYES. - ... (una palabra impronunciable, posiblemente N'gah-Kthun)... inofensivo... en paz... dos semanas... una farsa... ya se lo he dicho...

PRIMER ZUMBIDO. -... no hay por qué... plan original... efectos... Noyes puede vigilar... colina Redonda... cilindro nuevo... coche de Noyes...

NOYES. -... bueno... como usted quiera... aquí... descanso.

(Varias voces que hablan a la vez. Muchas pisadas, incluso ese ruido de zuecos sueltos. Algo así como un aleteo. El ruido de un automóvil que se pone en marcha y se aleja. Silencio.)

Esto es lo esencial de lo que llegó a mí mientras yacía talmente vestido en aquella cama, entre aquellas demoníacas colinas, con un revólver en la mano derecha y una linterna de mano en la izquierda. Estaba totalmente despierto, como ya he dicho, pero una especie de oscura parálisis me obligó a pesar mío a permanecer inmóvil hasta que se desvanecieron los últimos ecos de aquella conversación. Escuché el tictac del viejo reloj de pesas que sonaba en alguna parte, allá abajo, y luego el ronquido irregular de una persona dormida. Akeley debía de haberse entregado al sueño luego de aquella extraña sesión.

Yo no sabía ni qué hacer ni qué pensar. Al fin y al cabo, ¿qué había oído que mis informes previos no me permitiesen esperar? ¿No sabía yo que aquellos seres innominables eran admitidos ahora libremente en la casa? No era sorprendente que hubiesen hecho a Akeley una visita inesperada. Pero había algo en aquel fragmentario discurso que me helaba los huesos, que suscitaba en mí unas dudas grotescas y horribles y me hacía desear fervientemente que todo aquello no fuese más que una simple pesadilla. Creo que mi subconsciente comprendió algo que mi conciencia no llegó a reconocer. Pero, ¿y Akeley? ¿No era acaso amigo mío, y no habría protestado si quisiesen hacerme algún mal? El pacífico ronquido que me llegaba del estudio parecía arrojar una sombra de ridículo sobre mis temores repentinamente acrecentados.

¿Sería posible que hubiesen engañado a Akeley y lo hubieran utilizado como cebo para atraerme a las colinas con las fotografías, las cartas y el cilindro? ¿Pensarían estos seres en destruirnos a los dos porque sabíamos demasiado? Volví a reflexionar en ese vuelco brusco y antinatural de la situación que debió de haberse producido entre la penúltima y la última de las cartas de Akeley. Mi instinto me decía que algo estaba mal. Todo no era como parecía. En aquel café amargo que yo no había podido beber, ¿no habría puesto alguien una droga? Debía hablar con Akeley en seguida, y devolverle el sentido de las proporciones. Aquellas criaturas lo habían hipnotizado con la promesa de revelaciones cósmicas, pero ahora tenía que escuchar la voz de la razón. Debíamos salir de esto antes de que fuese demasiado tarde. Si mi amigo no tenía bastante fuerza de voluntad, yo pondría la que fuese necesaria. Y si no podía persuadirlo, me iría yo solo. Me permitiría seguramente usar su Ford, y dejarlo luego en un garaje de Brattleboro. Lo había visto en el granero. La puerta estaba abierta y sin cerradura, ya que había pasado el peligro. Y sin duda el coche estaba listo para marchar. Aquella antipatía momentánea que yo había sentido hacia Akeley durante nuestra conversación, y aun después de ella, ya se había desvanecido. Estaba en una posición muy similar a la mía, y debíamos luchar juntos. Conociendo su estado de salud, me repugnaba despertarlo a esta hora de la noche; pero tenía que hacerlo. Tal como estaban las cosas, no podía esperar aquí la mañana.

Al fin me sentí capaz de actuar y me estiré vigorosamente para recobrar el dominio de mi cuerpo. Me levanté con una precaución más instintiva que deliberada, me puse el sombrero, cogí mi maleta, y comencé a descender las escaleras ayudado por la linterna. Nervioso aún, seguí sosteniendo el revólver en la mano derecha, arreglándomelas para llevar la linterna y la maleta con la izquierda. No sé realmente por qué tomé todas estas precauciones, ya que iba decidido a despertar al único ocupante de la casa.

Mientras descendía de puntillas las crujientes escaleras que llevaban al vestíbulo, pude oír con mayor claridad los ronquidos de Akeley, y me pareció que se encontraba en la sala de la izquierda, una habitación en la que yo no había

entrado. A mi derecha se alzaba la oscuridad del estudio en el que habían sonado aquellas voces. Empujé la puerta de la sala y dirigí el haz de luz de la linterna hacia el lugar de donde venían los ronquidos. Fue sólo un instante. En seguida cambié la dirección del haz y comencé a retroceder silenciosamente hacia el vestíbulo. Pues el hombre que dormía en el sofá no era Akeley, sino mi guía Noyes.

A decir verdad, yo no comprendía exactamente la situación, pero el sentido común me dijo que lo mejor sería averiguar algo antes de despertar a nadie. Volví al vestíbulo y cerré detrás de mí la puerta de la sala. Las posibilidades de despertar a Noyes eran así mucho menores. Entré luego precavidamente en el estudio en sombras, donde esperaba encontrar a Akeley en su sillón, dormido o despierto. Mientras entraba en el cuarto, el haz de mi linterna iluminó la mesa y reveló uno de aquellos demoníacos cilindros conectado con dos máquinas, la visual y la auditiva, y no muy lejos un aparato parlante. Este, reflexioné, debe de ser el cerebro que oí hablar durante esa terrible conferencia, y sentí, un instante; el impulso perverso de conectar el cilindro a la máquina parlante y oír qué decía.

El cerebro, pienso, debió tener conciencia de mi presencia, ya que conectado a las dos máquinas no podía dejar de percibir el haz de mi linterna y el débil crujido del piso bajo mis pies. Pero no me atreví a tocar aquel objeto. Advertí distraídamente que era el cilindro nuevo que llevaba el nombre de Akeley y que había visto en el estante hacía unas horas. En la actualidad lamento de veras mi timidez. Hubiera tenido que poner el aparato en marcha. ¡Dios sabe qué misterio y dudas horribles hubiese podido disipar! Pero quizá fue mejor que no haya tocado el cilindro.

Volví la linterna hacia el rincón donde pensaba encontrar a Akeley, y comprobé con gran perplejidad que no había nadie en el sillón. Del asiento colgaba la vieja bata familiar, y cerca, en el suelo, se veían la bufanda amarilla y los grandes vendajes que me habían sorprendido tanto. Mientras titubeaba, preguntándome a dónde podría haber ido Akeley, y por qué se había desprendido de sus vestimentas de enfermo, observé que aquel raro olor y aquellas

vibraciones habían desaparecido. ¿Qué podría haberlos causado? Se me ocurrió, curiosamente, que sólo las había advertido en las proximidades de Akeley. Habían sido más fuertes junto a su sillón, y no habían existido fuera del estudio. Hice una pausa paseando el haz luminoso a mi alrededor y torturando mi cerebro en busca de una posible explicación del problema.

Mejor habría sido que hubiese dejado tranquilamente la habitación sin volver otra vez el haz de luz hacia el asiento vacío. Lancé un grito ahogado que debió haber perturbado el sueño del centinela que dormía en la otra habitación, aunque sin despertarlo del todo. Aquel grito, y los ronquidos de Noyes, fueron los últimos sonidos que oí en aquella mórbida granja dominada por la cresta oscura de la montaña Negra: ese foco de horrores ultracósmicos rodeado de solitarias colinas verdes y arroyos que fluyen, murmurando sus lamentos, por una tierra espectral.

No sé cómo no arrojé la linterna, la maleta y el revólver en mi precipitada huida. Conseguí salir de la casa sin hacer ruido, me subí al viejo Ford, y en la noche oscura y sin luna puse en marcha el arcaico vehículo hacia algún lugar desconocido y seguro. Aquella carrera fue una escena de delirio salida de las páginas de Poe o de Rimbaud, o de los dibujos de Doré; pero al fin llegué a Townshend. Eso es todo. Tengo suerte si aún no he perdido la razón. A veces temo qué puedan traerme lo años, especialmente desde que ese nuevo, planeta, Plutón, ha sido descubierto de un modo tan curioso.

Como he dicho antes, volví el haz de luz hacia el sillón vacío y noté por primera vez la presencia de ciertos objetos en el asiento, algo ocultos entre los pliegues de la bata. Cuando los investigadores fueron a la granja, no encontraron esos objetos, tres en total. No había en ellos nada de específicamente horrible, pero sí en lo que permitían inferir. Aun ahora tengo momentos en los que creo dudar, momentos en los que casi acepto el escepticismo de aquellos que atribuyen la totalidad de mi experiencia al sueño, a los nervios o una alucinación.

Esos tres objetos, muy hábilmente contruidos, estaban provistos de unas ingeniosas grapas de metal destinadas a fijarlos en unas estructuras orgánicas acerca de las cuales no me atrevo a formular ninguna hipótesis. Espero - espero



fervientemente - que hayan sido moldeados en cera por algún extraordinario artista, a pesar de lo que me dicen mis más secretos temores. ¡Dios! ¡Aquel susurro en la oscuridad con su olor mórbido y sus vibraciones! Hechicero, emisario, habitante del más allá... aquel odioso y reprimido zumbido... y en todo ese tiempo, en aquel cilindro nuevo y brillante... pobre diablo... “Prodigiosa habilidad quirúrgica, biológica, química y mecánica...”

Pues los objetos del sillón, perfectos hasta el último y más sutil de los detalles, eran microscópicamente parecidos, o idénticos, a las manos y la cara de Henry Wentworth Akeley.

---

## **HORROR EN EL CEMENTERIO**

---

**H. P. Lovecraft & Hazel Heald<sup>26</sup>**

Cuando la carretera estatal a Rutland está cerrada, los viajeros se ven obligados a tomar la ruta de Stillwater que cruza Swamp Hollow. El paisaje es soberbio en ciertos lugares, pero por alguna razón esa vía ha sido impopular durante años. Hay algo deprimente en ella, especialmente cerca del propio Stillwater. Los motoristas sienten una ligera desazón ante la granja cerrada a cal y canto del montículo al norte del pueblo, y ante el idiota de barba que ronda el viejo cementerio del sur, hablando aparentemente con los ocupantes de algunas tumbas. Actualmente no queda mucho de Stillwater. El suelo se ha agotado, y la mayoría de la gente se ha mudado a los pueblos del otro lado del lejano río o la ciudad de más allá de las distantes colinas. El campanario de la antigua iglesia blanca se ha derrumbado, y la mitad de la escasa veintena de dispersas casas están vacías y en diverso estado de decadencia. La vía normal existe sólo alrededor del almacén y estación de servicio de Peck, donde un curioso se detiene a veces para preguntar por la casa cerrada y el idiota que cuchichea con

---

<sup>26</sup> The horror in the burying ground.

los muertos. La mayoría de los preguntones se marchan con una sensación de disgusto e inquietud. Encuentran a los cansados y ociosos extrañamente descorteses y llenos de innombrables insinuaciones al comentar sucesos del pasado. Hay una cualidad amenazadora y portentosa, el tono que emplean para describir sucesos triviales, una incalificable e injustificada tendencia a asumir un aire furtivo, insinuante y confidencial, así como en caer en espantados susurros al entrar en ciertos pormenores que turba insidiosamente al oyente. Los viejos yanquis a menudo hablan así, pero, en este caso, el melancólico aspecto de la aldea semidesmoronada y la deprimente naturaleza de la historia narrada prestan a esos ademanes lóbregos y oscurantistas un significado adicional. Uno siente profundamente el horror intrínseco que acecha tras el aislado puritano y sus extrañas represiones; siente esto y se apresura a escapar precipitadamente en busca de aires mas puros. Los ociosos susurraban, de un modo impresionante, que la casa cerrada era la de la vieja Miss Sprague: Sophie Sprague, cuyo hermano Tom fue enterrado el 17 de junio de 1886. Sophie nunca fue la misma tras el funeral, tras de eso y de lo que sucedió después del funeral, y al fin eligió permanecer dentro por siempre. Nunca se la ve, pero deja notas bajo la esterilla de la puerta trasera y hace que el chico de Ned Peck le lleve las cosas desde el almacén. Tiene miedo de algo... del cementerio de Swamp Hollow según la mayoría. Nunca pudieron llevarla a sus proximidades desde que su hermano y el otro fueron sepultados allí. No es de extrañar, sin embargo, en vista de las imprecaciones del loco Johnny Dow. Merodea por el cementerio día y noche, y asegura que habla con Tom... y con el otro. Luego se va a casa de Sophie y le grita cosas, por eso comenzó a dejar cerrados los postigos. Él dice que hay cosas que irán desde algún sitio para llevársela algún día. Aunque debieron pararle los pies, uno no puede ser muy duro con el pobre Johnny. Además, Steve Barbour siempre tuvo su propia opinión. Johnny hablaba con dos que están en las tumbas. Uno es Tom Sprague. El otro, en el lado opuesto del camposanto, es Henry Thorndike, que fue enterrado el mismo día. Henry tenía la funeraria de la aldea - la única en kilómetros a la redonda - y no era nada querido en Stillwater. Originario de Rutland, había ido a la universidad y era un hombre muy leído.

Sabía cosas extrañas de las que nadie había nunca oído hablar, y hacía experimentos químicos con dudosos propósitos. Siempre intentando inventar algo nuevo: algún líquido embalsamador revolucionario o alguna estúpida especie de medicamento. Algunos decían que quiso hacerse médico y fracasó, abrazando entonces la profesión más cercana. Por supuesto, no había muchos funerales en un lugar como Stillwater, pero Henry ejercía al mismo tiempo labores de granjero. Ordinario, de temperamento morboso... y bebedor a escondidas, a juzgar por las botellas vacías en su cubo de la basura. No es de extrañar que Tom Sprague le odiara y vetara su ingreso a la logia masónica, y le advirtiera que se apartase de Sophie. La forma en que experimentaba con animales iba contra la Naturaleza y las Escrituras. ¿Quién podría olvidar el estado en que se encontró a aquel perro, o lo que le sucedió al gato de la vieja Miss Akeley? Luego vino el caso del ternero del diácono Leavitt, cuando Tom capitaneó a un grupo de mozos para pedir explicaciones. Lo más curioso fue que el ternero estaba vivo después de todo, aunque Tom lo había encontrado tan tieso como una badila. Algunos dijeron que alguien había gastado una broma a Tom, pero Thorndike probablemente pensó de otra manera, ya que había caído bajo el puño de su enemigo antes que se descubriera el error. Tom, por supuesto, estaba medio borracho en ese momento. Era un bruto vicioso en el mejor de los casos y, con sus amenazas, tenía medio acobardada a su pobre hermana. Probablemente ése es el motivo que ella siga siendo una criatura atenazada por el miedo. Eran los dos únicos miembros de su familia, y Tom nunca la dejaría marchar, ya que eso significaría dividir la propiedad. La mayoría de los vecinos le tenían miedo como para cortejar a Sophie, él media un metro ochenta en calcetines, pero Henry Thorndike era un sujeto taimado que conocía la forma de hacer cosas a espaldas de los aldeanos. Ordinario y feo como era, ella lo recibiría con los brazos abiertos con tal de librarse de su hermano. Debíó pararse a pensar cómo podría zafarse de él tras escapar de Tom. Bien, así estaban las cosas en junio de 1886. Hasta el momento, los chismes de los ociosos del almacén de Peck no son portentos increíbles; pero, según continúan, los elementos de tensión oculta y maligna crecen. Tom Sprague, según parece, solía ir a Rutland para periódicas

juergas, y sus ausencias brindaban grandes oportunidades a Henry Thorndike. Volvía siempre con mal aspecto, y el viejo doctor Pratt, sordo y medio ciego como estaba, solía advertirle sobre su corazón y el peligro de *delírium trémens*. Los aldeanos siempre podían saber, por el vocerío y las maldiciones, cuando volvía a casa. Fue la noche del 9 de junio en miércoles, el día después que el joven Joshua Goodenough acabará de construir su moderno asilo, cuando Tom partió para su última y más larga juerga. Volvió el siguiente martes por la mañana y los paisanos del almacén le vieron fustigando a su garañón baño como solía hacer cuando estaba empapado en güisqui. Luego llegaron golpes y gritos, y juramentos, desde la casa Sprague, y lo primero que nadie supo fue que Sophie corría a toda velocidad buscando al viejo doctor Pratt. Al llegar a la casa de Sprague, el doctor encontró a Thorndike en ella, y Tom estaba en la cama de su habitación, con los ojos fijos y espuma en la boca. El viejo Pratt le exploró e hizo las pruebas ordinarias, luego agitó solemnemente la cabeza y comunicó a Sophie que había sufrido una gran pérdida: que su más cercano y querido pariente había cruzado las puertas perladas hacia una mejor vida, tal como todos sabían que sucedería si no dejaba la bebida. Sophie sollozo un poco, insinúan los ociosos, pero no pareció excesivamente afectada. Thorndike no hizo nada excepto sonreír, quizás ante la ironía que él, un enemigo jurado, fuera ahora la única persona que podía ser de alguna utilidad a Thomas Sprague. Gritó en la oreja sorda del viejo doctor Pratt algo acerca de adelantar el funeral, habida cuenta la condición de Tom. Los bebedores como aquel eran siempre sujetos dudosos y una tardanza extra contando con simples medios rurales podría acarrear consecuencias, visuales y de otras clases, a duras penas aceptables para los dolientes deudos del fallecido. El doctor había murmurado que la vida alcohólica de Tom debía haberle embalsamado anticipadamente, pero Thorndike aseguro lo contrario, al tiempo que se jactaba de su habilidad y de los inigualables métodos que había desarrollado con sus experimentos. Es aquí donde las murmuraciones de los ociosos se vuelven sumamente perturbadoras. Hasta aquí la historia es narrada habitualmente por Ezra Davenport o Luther Fry, si Ezra está en cama con sabañones, como suele ocurrir en invierno; pero a partir de aquí toma riendas

Calvin Wheeler y su voz tiene una condenada e insidiosa forma de sugerir horrores ocultos. Si Johnny Dow acierta a pasar por allí, siempre se hace una pausa, ya que en Stillwater no gustan que Johnny hable mucho con los forasteros. Calvin se acerca al viajero y a veces aferra la solapa de la chaqueta con su nudosa mano llena de pecas mientras entorna sus acuosos ojos azules.

- Bien, señor – susurra -, Henry se fue a casa y cogió sus trastos funerarios... el loco Johnny Dow llevó la mayor parte, ya que siempre estaba haciendo faenas para Henry... y cuentan que Doc Pratt y el loco Johnny ayudaron a amortajar el cadáver. Doc Siempre decía que pensaba que Henry hablaba demasiado... presumiendo de lo bueno que era en su trabajo y de lo afortunado que era Stillwater por tener un funerario regular en vez de enterrar a la gente tal cual, como en el de Whitby. “Suponga - decía - que alguien tenga un calambre paralizante como los que Ud. habrá leído. ¿Qué sentiría cuando le bajaran y comenzaron a echarle tierra encima? ¿Qué sentiría cuando se estaba sofocando allí, bajo la lápida nueva, arañando y rasguñando si le vuelven las fuerzas, pero sabiendo todo el tiempo que es inútil? No señor, le digo que es una bendición para Stillwater el tener un doctor espabilado que sabe cuando un hombre esta muerto y cuando no, y un funerario avezado que sabe disponer un cuerpo para que pueda reposar sin problemas”.

“Esta era la forma en que Henry solía hablar, y así se dirigía a los restos del pobre Tom, y al viejo Doc Pratt no le gustaba lo que cogía de ello, aunque Henry dijese que era un buen doctor. El loco Johnny estaba mirando el cadáver, y no era demasiado agradable la forma en que babeaba cosas como “no está frío, Doc” o “Veo moverse los párpados” o “hay un agujero en su brazo como el que me hizo Henry cuando me dio una jeringa llena de eso que me hace sentir tan bien”. Thorndike le hizo cerrar la boca cuando dijo esto, aunque todos sabíamos que había estado dando drogas al pobre Johnny. Es un milagro que el pobre tipo aún no tenga el hábito. Pero lo peor, según el doctor, fue la forma en que el cuerpo se sacudió cuando Henry comenzó a llenarle de líquido embalsamador. Había estado presumiendo de una nueva fórmula que había practicado con perros y gatos, cuando de repente el cadáver de Tom comenzó a doblarse, como

tratando de defenderse. Por Dios, Doc dijo que se quedo tieso del susto, aunque conocía lo que pasa con los cadáveres cuando los músculos comienzan a envararse. Bien, señor, lo que sucedió fue que el cadáver se sentó y se arranco la jeringa de Thorndike de forma que se la clavo al propio Henry y le metió tanta dosis de su propio fluido de embalsamar como quiera usted pensar. Fue un buen susto para Henry, aunque se sacó la aguja de un tirón y se las arregló para acostar al cuerpo y meterle todo el líquido. Y le inyectó aún más como si quisiera cerciorarse que era bastante y asegurarse a sí mismo que no había recibido mucho de él mismo, pero el loco Johnny comenzó a canturrear. “Esto es lo que distes al perro de Lige Hopkins cuando estaba muerto y tieso y volvió a andar. ¡Ahora te vas a morir y quedar tan tieso como Tom Sprague! Recuerda que, si no has metido mucho, no actúa hasta después de un buen rato.”

“Sophie estaba abajo con algunos vecinos... mi esposa Matildy, que murió hace ya treinta años, era una de ellos. Estaban tratando de saber si Thorndike estaba allí cuando Tom volvió a casa, y el encontrarlo allí fue lo que mucha gente pensaría que era divertido que no contara más, por no decir nada de la forma en que Thorndike había sonreído. No es que nadie estuviera insinuando que Henry ayudo a Tom a irse con sus extraños fluidos de invención propia y sus jeringas, o que Sophie pudiera guardar silencio si pensaba eso. Todos sabíamos el odio casi demente de Thorndike hacia Tom no sin razón, desde luego Emily Barbour dijo a Matildy que Henry era afortunado de tener al viejo Doc Pratt a mano pasa extender un certificado de defunción y no dejar lugar a dudas.

Cuando el viejo Calvin llega a este punto comienza a murmurar de forma incomprensible por su enmarañada y sucia barba blanca. La mayoría de los oyentes tratan de alejarse de él, pero él apenas parece prestar atención a los gestos. Generalmente es Fred Pack, que era un niño muy pequeño cuando sucedió todo, es quien continua la narración.

- El funeral de Thomas Sprague se realizó el jueves 17 de junio, solo dos días después de su fallecimiento. Tanta prisa fue considerada casi indecente en la remota e inaccesible Stillwater, donde los que acudían tenían que cubrir largas distancias, pero Thorndike había insistido que las peculiares condiciones del

fallecido lo demandaban. El funerario se había mostrado bastante nervioso mientras preparaba el cuerpo, y pudieron verle tomándose frecuentemente el pulso. El viejo doctor Pratt pensaba que debía temer la dosis accidental de fluido embalsamador. Naturalmente, la historia del “amortajamiento” había cundido, por lo que un doble regusto animaba a los asistentes que se reunieron para satisfacer su curiosidad y enfermizo interés. Thorndike, aunque obviamente trastornado, pareció tratar de cumplir sus deberes profesionales con magnifico estilo. Sophie y otros que vieron el cuerpo quedaron asombrados por la apariencia de vida, y el virtuoso funerario se reaseguro su trabajo inyectando repetidas dosis a intervalos regulares. Casi consiguió despertar una especie de renuente admiración entre sus paisanos y los visitantes, aunque tendía a arruinar esta impresión con su fanfarronería y charla de mal gusto. Siempre que inyectaba a su silencioso paciente, repetía la eterna cantinela sobre la suerte de tener un enterrador de primera clase. ¿Qué - había dicho como si se dirigiera directamente al cuerpo - hubiera sucedido, si Tom se hubiera topado con uno de esos descuidados paisanos que entierran vivos a sus pacientes? Su forma de porfiar en los horrores del entierro prematuro era verdaderamente bárbara y repelente. Los servicios se oficiaron en la mal ventilada sala principal, abierta por primera vez desde que muriera Mrs. Sprague. El pequeño y desafinado órgano del recibidor graznaba desconsoladamente, y el ataúd, sostenido por caballetes cerca del vestíbulo, estaba cubierto por flores de olor enfermizo. Era obvio que una multitud que batía todas las marcas había llegado desde cerca y de lejos, y en su beneficio, Sophie se esforzaba en adoptar un aspecto apropiadamente desconsolado. En momentos de descuido parecía desconcertada e inquieta, dividiendo su escrutinio entre el febril funerario y el cuerpo con apariencia de vida de su hermano. Un sordo disgusto hacia Thorndike parecía tramarse en su interior, y los vecinos murmuraron libremente que ella podría abandonarle pronto, una vez que Tom estaba fuera de su camino... esto es, si podía, ya que un tipo tan astuto era difícil de manejar. Pero con su dinero y el atractivo que conservaba sería capaz de encontrar otro compañero que se las entendería sin duda con Henry. Mientras el órgano resollaba *Beautiful Isle of Somewhere*, el

coro de la iglesia metodista añadía sus lúgubres voces a la horripilante cacofonía, y cada cual miraba piadosamente al diácono Leavitt; todos excepto, por supuesto, el loco Johnny Dow, que tenía los ojos clavados en la inmóvil forma bajo el cristal del féretro. Estaba murmurando por lo bajo, para si mismo. Stephen Barbour - de la granja más cercana - fue el único que se fijó en Johnny. Se estremeció cuando vio que el idiota estaba hablando directamente al cadáver e incluso haciendo locos gestos con sus dedos, como mofándose del durmiente que reposaba bajo la lamina de cristal. Tom – reflexionó -, había pateado al pobre Johnny en más de una ocasión, aunque probablemente no sin provocación. Algo en todo esto afectó a los nervios de Stephen. Había una tensión escondida y una latente anormalidad en el aire que no pudo precisar. Johnny no debió haber sido admitido en la casa... era curioso los esfuerzos que Thorndike parecía hacer para no mirar el cuerpo. A cada momento, el enterrador parecía tomarse el pulso con aire extraño. El reverendo Silas Atwood zumbó con lastimera monotonía acerca del fallecido... sobre el golpe de la espada de la muerte en mitad de una pequeña familia, partiendo el lazo terrenal entre los amados hermana y hermano. Algunos de los vecinos cruzaron miradas furtivas tras párpados entornados, mientras Sophie comenzaba a sollozar nerviosamente. Thorndike se removió en su asiento y trató de consolarla, pero ella pareció apartarse curiosamente de él. Sus movimientos eran claramente inquietos y parecía resentirse especialmente de la anormal tensión que flotaba en el aire. Finalmente, consciente de sus deberes como maestro de ceremonias, avanzó anunciando con voz sepulcral que el cadáver podía ser visto por última vez. Lamentablemente, los amigos y vecinos desfilaron ante el féretro, del que Thronndike alejó con rudeza a Johnny. Tom parecía descansar en paz. Aquel diablo había sido hermoso en su día. Se oyeron unos pocos sollozos genuinos y otros muchos fingidos, aunque la mayoría de los asistentes se contentó con contemplarlo con curiosidad y murmurar después. Steve Barbour se demoró estudiando larga y atentamente la faz inmóvil, y se alejó sacudiendo la cabeza. Su mujer, Emily, siguiendole, susurró que Henry Thronndike haría bien en no jactarse tanto de su trabajo, porque los ojos de Tom se habían abierto. Habían estado cerrados al comenzar los oficios, porque ella lo



había visto. Pero tenían una mirada natural... no lo que uno espera después de dos días.

Cuando Fred Peck llega tan lejos, normalmente se detiene como si no le gustara continuar. El oyente, también, tiende a sentir que algo desazonador está próximo. Pero Peck tranquiliza a su audiencia declarando que no sucedió nada tan malo como suele decir la gente.

- Aun Steve nunca soltaba palabra de lo que pensó, y el loco Johnny, desde luego, no pinta nada. Fue Luella Morse - la nerviosa solterona que cantaba en el coro - quien pareció haberlo causado todo. Estaba desfilando ante el ataúd como el resto cuando se detuvo para observar más de cerca de lo que nadie, excepto los Barbour, lo había hecho. Entonces, sin mediar palabra, lanzó un alarido y cayó desvanecida. Naturalmente, la estancia se convirtió al momento un caos de confusión. El viejo doctor Pratt se abrió paso hasta Luella y pidió agua para mojar su rostro, y se acercaron para mirarla a ella y al féretro. Johnny Dow comenzó a Canturrear para sí mismo: “Él sabe, él sabe, escucha todo lo que dicen y ve todo lo que hacen, y le van a enterrar de esa forma”... pero nadie se paró a descifrar sus murmullos, a excepción de Steve Barbour. En pocos instantes Luella comenzó a recobrarse de su desmayo y no pudo decir exactamente qué la había sobresaltado. Todo lo que pudo murmurar fue: “Su forma de mirar... su forma de mirar” Pero a ojos de los demás, el cuerpo parecía exactamente igual. Era una vista desagradable, empero, con aquellos ojos abiertos y ese excesivo colorido. Y entonces la perpleja concurrencia descubrió algo que apartó a Luella y el cuerpo de sus mentes por un instante. Era Thorndike, a quien la repentina excitación y apiñada multitud parecía haber hecho mal efecto. Evidentemente, había sido golpeado en el tumulto y estaba en el suelo tratando de arrastrarse hasta una posición sentada. La expresión de su rostro era extremadamente aterradora, y sus ojos comenzaban a tomar una helada expresión de pez. Apenas pudo hablar alto, pero el ronco sonido de su garganta tenía una inefable desesperación que resultó ser inconfundible para todos. “Llévenme a casa, rápido, y déjenme allí. El fluido que puse por error en mi brazo... actúa sobre el corazón... esta maldita excitación... demasiado... esperen... esperen... llega

tarde, no saben cuanto... todo el tiempo estaré consciente y sabré qué sucede... no os equivoquéis”. Mientras sus palabras se desvanecían, el viejo doctor Pratt llegó hasta él y tomó su pulso... esperó largo tiempo y finalmente agitó la cabeza. “No hay nada que hacer... ha muerto. No tenía bien el corazón... y el fluido inyectado en su brazo no le ha hecho ningún bien. No se lo que es”. Una especie de estupor pareció caer sobre la asamblea. ¡Una nueva defunción en la cámara de la muerte! Sólo Steve Barbour pensó en atender las últimas y espasmódicas palabras de Thorndike. ¿Estaba verdaderamente muerto, cuando él mismo había dicho que lo parecía falsamente? ¿No podrían esperar un tiempo y aguardar acontecimientos? ¿Y sobre eso, qué mal habría en que Doc Pratt diera otro vistazo a Tom Sprague antes del entierro?

“El loco Johnny estaba gimoteando y se había lanzado sobre el cuerpo de Thorndike como un perro fiel. “¡No le enterréis, no le enterréis! No está más muerto que el perro de Lige Hopkins o el ternero del diácono Leavitt cuando les inyectó. ¡Tiene una cosa que les pone y les hace parecer muertos sin que lo estén! Parece muerto pero sabe todo lo que está pasando y mañana volverá tan bien como siempre. No le enterréis... ¡Despertará bajo tierra y no podrá abrirse paso! Es un buen hombre... no como Tom Sprague. Rogad a Dios para que arañe y se ahogue durante las horas y horas”... Pero nadie excepto Barbour prestó ninguna atención al pobre Johnny. De hecho, lo que el propio Steve dijo había caído en oídos sordos. El desconcierto era total. El viejo Doc Pratt realizaba pruebas finales y murmuraba sobre certificados de defunción en blanco y el untuoso Atwood - el viejo - sugería un entierro doble. Con Thronndike muerto, no había enterrador a este lado de Rutland, y sería un gran gasto mandar llamar a uno desde allí, y si Thorndike no era embalsamado con aquel caluroso tiempo de junio... bueno, es difícil decir. Y no tenía parientes ni amigos para impedirlo, salvo que Sophie quisiera hacerlo... pero Sophie estaba al otro lado de la habitación mirando silenciosa, fija, y casi morbosamente al interior del ataúd de su hermano. El diácono Leavitt intentó restaurar un aspecto de decoro, e hizo llevar al pobre Thorndike por el vestíbulo a la sala de estar, al tiempo que enviaba a Zenas Wells y Water Perkins a la casa del enterrador en busca un ataúd

de su tamaño. La llave estaba en el bolsillo del pantalón de Henry. Johnny continuó gimiendo y manoseando el cuerpo de Thorndike, ya que Henry no atendía a los oficios locales. Por fin se llegó a la conclusión que su gente de Rutland - todos ya muertos - habían sido baptistas, y el reverendo Silas decidió que el diácono haría mejor en ofrecer una somera plegaria. Fue un día de gala para los amantes de los funerales en Stillwater y alrededores. Aún Luella se había recobrado lo bastante para acudir. Chismes, murmuraciones y susurros zumbaban ajetreados mientras se daban unos pocos retoques al cuerpo de Thorndike, que se enfriaba y atiesaba. Johnny había sido expulsado de la casa, y la mayoría concordaba en que debía haberse hecho desde él primer momento, pero sus distantes aullidos resonaban groseramente y a cada instante en el interior. Cuando el cuerpo fue introducido en el ataúd y yació junto al de Thomas Sprague, la silenciosa Sophie, que resultaba tan espantosa de ver, le observó tan intensamente como había hecho al de su hermano. No había pronunciado una palabra durante un periodo peligrosamente largo, y la confusa expresión de su rostro estaba más allá de cualquier descripción o interpretación. Cuando los demás se retiraban para dejarla sola con los muertos se las arregló para articular una especie de habla maquinal, pero nadie pudo entender las palabras, y ella pareció hablar primero con un cuerpo y luego con el otro. Y entonces, con lo que parecería a un forastero el colmo de una desalmada comedia de mal gusto, toda la insensatez de la tarde se repitió fielmente. Otra vez chirrió el órgano, de nuevo el coro chilló y carraspeó, nuevamente un cántico zumbante se alzó, y una vez más los espectadores, morbosamente curiosos, desfilaron con macabro objetivo... esta vez un conjunto mortuorio doble. Algunos de los más sensibles temblaron ante el mismo procedimiento, y de nuevo Steve Barbour sintió una subyacente nota de terror espantoso y anormalidad demoníaca. Dios, la apariencia de vida de ambos cadáveres era... y cuán ansiosamente había pedido el pobre Thorndike en que no le creyeran muerto... y cuanto había odiado a Tom Sprague... pero ¿Cómo ir contra el sentido común? Un muerto era un muerto, y allí estaba el viejo Doc Pratt con los años de experiencia... si nadie se molestaba, ¿por que hacerlo uno?... Por todo cuanto había hecho, Tom probablemente se lo merecía...

y sí Henry había hecho algo con él, la cuenta estaba igualmente saldada... bueno, Sophie era libre por fin. Cuando la procesión de mirones se desplazó por fin hacia el salón y la puerta exterior, Sophie se quedó a solas con los muertos una vez más. El viejo Atwood estaba fuera, en la carretera, buscando un conductor de coche fúnebre en las caballerizas de Lee, y el diácono Leavitt estaba arreglando una doble tarifa con los portadores de féretros. Afortunadamente, la carroza podía contener dos ataúdes. Sin prisas, Ed Plummer y Ethan Stone se adelantaron con palas para abrir una segunda tumba. Había tres carros engalanados y algún número de carruajes privados en la cabalgata... no tenía sentido tratar de mantener a la gente alejada de las tumbas. Entonces llegó un frenético grito desde la sala donde se hallaban Sophie y los cuerpos. Esto estremeció de forma casi paralizante a la gente y renovó la sensación provocada a raíz del grito y desmayo de Luella. Steve Barbour y el diácono Leavitt se abalanzaron al interior, pero antes que pudieran entrar Sophie salió sollozando y boqueando. ¡Esa cara en la ventana!... ¡Esa cara en la ventana! Al mismo tiempo, una figura de ojos salvajes rodeó la esquina de la casa, desvelando el misterio del dramático grito de Sophie. Era, obviamente, el dueño de la cara... el pobre loco Johnny, que comenzó a brincar señalando a Sophie y gritando: “¡Ella sabe! ¡Ella sabe! ¡Lo he visto en su cara cuando los mira y les habla! Ella sabe y va a dejar que los metan en la tierra para que arañen y escarben en busca de aire... pero ellos le hablarán... a ella porque ella puede oírles... le hablarán y se le aparecerán... ¡Y algún día volverán para llevársela!” Zenas Wells arrastró al vociferante subnormal hasta una leñera, en la parte trasera de la casa, y lo encerró lo mejor que pudo. Sus gritos y aporreos podían oírse a distancia, pero nadie le prestó ninguna atención. La procesión estaba en camino, con Sofía en el primer carruaje, y lentamente cubrió la pequeña distancia entre la aldea y el cementerio de Swamp Hollow. El viejo Atwood ofició mientras Thomas Sprague descendía a su descanso eterno; mientras tanto, Ed y Ethan habían terminado la tumba de Thorndike en el otro lado del cementerio... hacia donde se encaminaron los presentes. El diácono Leavitt habló entonces retóricamente, y todo el proceso se repitió. La gente había comenzado a marcharse en grupos, y el traqueteo de las

calesas y carruajes que se marchaban era casi total cuando las palas comenzaron su trabajo. Mientras la tierra resonaba sobre las tapas de los ataúdes, la de Thorndike primero, Steve Barbour descubrió extrañas expresiones revoloteando sobre el rostro de Sophie Sprague. No pudo seguirlas muy bien, pero de las que pudo captar se desprendía una especie de mirada torcida, perversa y medio sorprendida de vago triunfo. Él agitó la cabeza. Zenas había vuelto atrás y sacó al loco Johnny de la leñera antes que Sophie llegara a casa, y el pobre tipo al momento corrió frenéticamente hacia el cementerio. Llegó antes que los enterradores hubieran acabado y mientras muchos de los curiosos dolientes se demoraban aún por allí. De lo que voceó a la tumba parcialmente llena de Tom Sprague y de cómo escarbó en la suelta tierra del túmulo recién finalizado de Thorndike al otro lado del cementerio, los espectadores supervivientes aún se estremecen al recordarlo. Jotham Blake, el guardia, le hizo retroceder hacia el pueblo a la fuerza, y sus gritos despertaron temibles ecos.

Aquí es donde Fred Peck normalmente abandona la historia. ¿Qué más pregunta, hay que contar? Fue una tenebrosa tragedia, y uno apenas puede maravillarse que Sophie se volviera rara después de aquello. Esto es todo cuanto uno puede escuchar, si es tan tarde que el viejo Calvin Wheeler se ha marchado tambaleándose a la cama, pero si aún permanece por allí prorrumpe de nuevo ese murmullo malditamente insinuante e insidioso. A veces, aquellos que le escuchan temen pasar por la casa cerrada del cementerio después de eso, especialmente de noche.

- Je... je... ¡Fred era un imberbe entonces, y no puede recordar más que la mitad de lo que pasó! ¡Usted quiere saber por qué Sophie guarda su casa cerrada y por qué el loco Johnny aún sigue hablando con los muertos, y gritando por las ventanas de Sophie? Bueno, señor, no se si sé cuanto hay que saber, pero escucho lo que escucho - aquí el anciano escupe tabaco y se inclina hacia el ojal del oyente -. Fue la misma noche, me parece... hacia la mañana, y unas ocho horas después de los entierros... cuando escuché el primer grito en casa de Sophie. Nos despertamos todos... Steve y Emily Barbour, y yo y Matildy, fuimos corriendo, todos en ropa de noche, y encontramos a Sophie vestida y tirada en el

suelo de la sala de estar. Suerte que no había cerrado la puerta. Cuando la reanimamos temblaba como una hoja, y no pudo decir ni una palabra de lo que la asustaba. Matildy y Emily hicieron cuanto pudieron para calmarla, pero Steve me murmuró cosas que no me dejaron muy tranquilo. Sobre una hora más tarde, cuando nos íbamos a ir a casa, Sophie comenzó a inclinar la cabeza a un lado como si escuchara algo. Entonces, de repente, gritó de nuevo y volvió a desmayarse. Bueno, señor, estoy contando lo que estoy contando y no supongo lo que Steve Barbour hubiera hecho de haberse atrevido. Tuvo siempre mucha maña para las cosas inusitadas... murió hace diez años de neumonía.

“Lo que escuchamos tan débilmente era el pobre loco Johnny, por supuesto. Hay más de un kilómetro al cementerio, y debió salir por la ventana donde le encerraron en la granja... aunque el guardia Blake dice que no salió en toda la noche. Desde ese día ha estado rondando las tumbas y hablando con esos dos... maldiciendo y pateando el túmulo de Tom y poniendo cosas y regalos en la de Henry. Y cuando no está haciendo eso es que esta rondando las ventanas cerradas de Sophie, aullando que irán pronto a buscarla.

“Ella nunca volvió al cementerio, y no sale de la casa, y nadie la ha visto. Llegó a decir que hay una maldición sobre Stillwater... y yo estoy tonto si no tiene medio razón, tal como las cosas se están haciendo pedazos en estos días. Desde luego hay algo raro en Sophie. Una vez Sally Hopkins fue a llamarla - en el 1897 o el 1898, creo -, hubo un espantoso entrechocar de sus celosías y Johnny estaba bien encerrado esa vez o, al menos, eso jura y perjura el guardia Dodge. Pero no tengo en cuenta esas historias sobre ruidos cada 17 de junio, o sobre figuras fantasmales tanteando la puerta y las contraventanas de Sophie cada madrugada, como a las dos.

“Sabe, eran sobre las dos de la madrugada cuando Sophie escuchó los sonidos y se desmayó por segunda vez aquella primera noche tras el entierro. Steve y yo, Matildy y Emily, escuchamos la segunda parte, débil como era, pero como se lo digo. Estoy contándole de nuevo que debió ser el loco Johnny, Blake diga lo que quiera. No se puede reconocer el sonido de una voz humana tan lejos, y con nuestras orejas llenas de insensateces no me extraña que pensáramos que

eran dos voces... que no debían hablar.

“Steve afirmaba haber escuchado más que yo. De verdad creo que prestaba atención a asuntos de fantasmas. Matildy y Emily estaban tan asustadas que no recuerdan lo que oyeron. Y es bastante curioso, nadie en el pueblo - si alguien estaba despierto a esa maldita hora - dijo haber escuchado ningún sonido.

“Lo que fuera, eran tan débil que pudiera haber sido el viento, de no mediar palabras. Entendí un poco, pero no quiero decir que respalde cuanto Steve juraba haber oído... “Diableza”... “todo el tiempo”... “Henry”... y “vivo” eran claras, y también “tú sabes”... “dijisteis que esperarías”... “te librastes de él” y “me has enterrado”... en una especie de voz cambiante... Entonces vino la espantosa “volveré algún día” - con un graznido mortal... pero no me diga que Johnny no pudo hacer esos sonidos. ¡Eh, usted! ¿Por qué se va tan aprisa? Quizás pueda contarle más, si me acuerdo...

---

## CELEPHAÏS

---

H. P. Lovecraft

En un sueño Kuranos vio la ciudad del valle y la costa que había más allá, y el pico que dominaba el mar, y las galeras pintadas de alegres colores que zarpan desde el puerto rumbo a las distantes regiones donde el mar se junta con los cielos. También en un sueño consiguió el nombre de Kuranos, ya que durante la vigilia era llamado de forma distinta. Quizás le fue natural el soñar un nombre nuevo, ya que era el último de su estirpe y se hallaba solo entre las muchedumbres indiferentes de Londres, por lo que no había demasiados que pudieran hablar con él y recordarle quién había sido. Había perdido sus tierras y dineros, y no se preocupaba de los hábitos de la gente alrededor, ya que prefería soñar y plasmar tales sueños. Cuanto escribiera había despertado la hilaridad de aquellos a los que se lo había mostrado, y, por último, dejó de escribir. Cuanto más se retiraba del mundo inmediato, más maravillosos se volvían sus sueños, y

hubiera sido casi inútil el intentar traspasarlos al papel. Kuranos no era un hombre moderno, y no tenía las miras de otros que también escriben. Mientras ellos pugnaban por despojar a la vida de las ornadas vestimentas del mito, Kuranos tan sólo aspiraba a la belleza. Cuando la verdad y la experiencia no se la mostraron, se volvió hacia la fantasía y la ilusión, hallándola en sus mismos umbrales, entre los nebulosos recuerdos de los cuentos de su niñez y entre los sueños.

No hay mucha gente que sepa cuántas maravillas se les abren en las historias y visiones de juventud, ya que cuando somos niños oímos y soñamos, albergamos ideas a medio cuajar, y cuando al hacernos hombres intentamos recordar, nos vemos estorbados y convertidos en seres prosaicos por el veneno de la vida. Pero algunos de nosotros nos despertamos en mitad de la noche entre extraños fantasmas de colinas y jardines encantados, de fuentes cantarinas al sol, de acantilados dorados a la vera de mares rumorosos, de llanuras abiertas en torno a somnolientas ciudades de bronce y piedra, de la severa compañía de héroes cabalgando blancos caballos engualdrapados junto a espesas selvas; y entonces sabremos que hemos vuelto los ojos a las puertas de marfil del mundo de prodigios que fuera nuestro antes de convertirnos en sabios e infelices.

Kuranos volvió de súbito al viejo mundo de la infancia. Había estado soñando con la casa donde naciera; el gran hogar de piedra cubierto por la hiedra, donde vivieran trece generaciones de antepasados, y donde hubiera ansiado morir. Lucía la luna, y él se había escabullido por la fragante noche veraniega; atravesó jardines, bajó terrazas, dejó atrás los grandes robles y recorrió el largo camino blanquecino hacia el pueblo. La villa parecía muy antigua, con sus límites tan reducidos como aquella luna que comenzaba a menguar, y Kuranos se preguntó si bajo los tejados picudos de las casitas se albergaría el sueño o la muerte. Las malas hierbas crecían en las calles, y los cristales de las ventanas a ambos lados se encontraban rotos o acechaban transparentes. Kuranos no se demoró, antes bien prosiguió trabajosamente, como al reclamo de alguna meta. No osó desobedecer su llamada por miedo a que se revelase como una ilusión similar a las necesidades y aspiraciones de la vigilia, que no conducen a destino



alguno. Luego se sintió atraído hacia un callejón que salía del casco de la ciudad rumbo a los acantilados del canal y alcanzó el final de las cosas... el precipicio y el abismo donde el pueblo y el mundo entero se desplomaban abruptamente en una vacuidad sin sonidos de infinito, y donde el cielo por delante se hallaba a oscuras, despojado de la menguante luna o de las acechantes estrellas. La confianza le urgió a proseguir sobre el precipicio, en el abismo por donde descendió flotando, flotando, flotando; pasó oscuridad, incorporeidad, sueños no soñados, esferas débilmente iluminadas que podían ser sueños soñados a medias y burlones seres alados que parecían mofarse de los soñadores de todos los mundos. Entonces pareció abrirse una falla en la oscuridad de delante y vio la ciudad del valle, refulgiendo de forma radiante a lo lejos, lejos y abajo, con el trasfondo del mar y del cielo, y la montaña cubierta de nieves al pie de la orilla.

Kuranes se despertó en el mismo instante de vislumbrar la ciudad, aunque gracias a aquel fugaz vistazo supo que no se trataba sino de Celephaïs, en el valle de Ooth-Nargai, más allá de las colinas Tanarias, donde su espíritu morara durante toda la eternidad de una hora, una tarde de verano, mucho tiempo atrás, cuando se había escapado de su aya y había permitido que la cálida brisa marina le acunara hasta alcanzar el sueño mientras observaba las nubes desde los riscos próximos al pueblo. Entonces se había resistido, cuando lo encontraron, lo despertaron y lo llevaron de vuelta a casa, ya que justo al despertar había estado al borde de embarcar en una galera dorada rumbo a esas seductoras regiones donde el mar se reúne con el cielo. Y ahora se sentía igualmente molesto de despertar, ya que había reencontrado su fabulosa ciudad tras cuarenta fatigosos años.

Pero Kuranes volvió a Celephaïs tres noches después. Como anteriormente, soñó al principio con el pueblo durmiente o muerto, y con el abismo por el que uno debía caer flotando en el silencio; luego apareció de nuevo el acantilado y pudo contemplar los resplandecientes minaretes de la ciudad, y vio las galeras llenas de gracia fondeadas en el puerto azul, y observó los gingkos de monte Aran meciéndose con la brisa marina. Pero esta vez no se vio bruscamente arrebatado y fue a posarse tan suavemente como un ser alado sobre

una colina herbosa, hasta que al fin sus pies reposaron sin violencia sobre el césped. Había por fin regresado al valle de Ooth-Nargai y a la esplendorosa ciudad de Celephaïs.

Kuranes fue cuesta abajo entre hierbas aromáticas y flores brillantes, cruzó el burbujeante Naraxa por el puentecillo de madera sobre el que grabara su nombre tantos años atrás, y cruzó las susurrantes arboledas rumbo al gran puente de piedra que llevaba a las puertas de la ciudad. Todo seguía como antes; ni las murallas marmóreas se habían descolorido, ni se habían deslucido las estatuas de bronce que las coronaban. Y Kuranes vio que no debía temer que las cosas que conociera hubieran desaparecido, ya que incluso los centinelas de las murallas eran los mismos, y tan jóvenes como los recordaba. Al entrar en la ciudad, cruzando las puertas de bronce y pisando el pavimento de ónice, los mercaderes y los camelleros lo saludaban como si no se hubiera marchado jamás; y le ocurrió lo mismo en el templo de turquesa de Nath-Horthath, donde los sacerdotes tocados de orquídeas le informaron de que el tiempo no existe en Ooth-Nargai, sino tan sólo juventud eterna. Entonces Kuranes fue por la calle de las Columnas hasta el muro marítimo, donde se reunían mercaderes y marineros, así como extrañas gentes llegadas de las regiones donde el mar se junta con el cielo. Allí estuvo largo rato, oteando sobre el puerto brillante donde el oleaje centellea bajo un sol desconocido y donde se encuentran listas para zarpar las galeras de lugares lejanos. Y contempló también al monte Aran alzándose regiamente sobre la orilla, las suaves laderas verdes con sus árboles balanceándose y su cima blanca rozando las nubes.

Más que nunca, Kuranes sintió el anhelo de embarcar en una galera rumbo a los lejanos lugares sobre los que había oído contar tantas extrañas historias, y buscó de nuevo al capitán que había aceptado enrolarlo hacía tanto tiempo. Encontró a aquel hombre, Athib, sentado sobre el mismo cofre de especias que ocupara antaño, y Athib no parecía ser consciente de cuánto tiempo había transcurrido. Entonces los dos remaron hasta una galera del puerto y, dando órdenes a los remeros, comenzaron a bogar sobre el ondulante mar Cerenio que conduce hasta el cielo. Durante varios días se deslizaron sobre el

mar agitado hasta alcanzar por fin el horizonte, donde el mar se reúne con el firmamento. Aquí la galera no llegó a detenerse, sino que fue flotando despacio por el azul celeste entre nubes de algodón teñidas de rosa. Y muy por debajo de la quilla, Kuranés llegó a divisar extrañas tierras y ríos y ciudades de arrebatadora belleza, tendidas indolentes al resplandor de un sol que nunca parecía menguar o desaparecer. Al fin Athib le comunicó que el viaje estaba próximo a concluir, y que pronto arribarían al puerto de Serannian, la ciudad de mármol rojo de las nubes, que ha sido edificada en esa etérea costa donde el viento del poniente sopla por los cielos; pero cuando la más alta de las torres talladas de la ciudad apareció a la vista, se produjo un sonido en algún lugar y Kuranés despertó en su buhardilla de Londres.

Durante muchos meses, Kuranés buscó en vano la maravillosa ciudad de Celephaïs y sus galeras celestiales; y aunque sus sueños le llevaron a multitud de lugares magníficos, nunca antes narrados, nadie de cuantos se cruzó fue capaz de indicarle cómo encontrar Ooth-Nargai, más allá de las colinas Tanarias. Una noche sobrevoló oscuras montañas donde ardían mortecinos y solitarios fuegos de campamento, a una gran distancia, y había extraños rebaños de seres velludos cuyos guías portaban resonantes campanillas; y en la parte más salvaje de aquel montañoso distrito, tan remoto que pocos hombres habían llegado a verlo, encontró un muro o calzada de piedra, de espantosa antigüedad, zigzagueando entre las cimas y los valles; demasiado grande incluso para haber sido construido por manos humanas, y de tal longitud que ninguno de sus extremos estaba a la vista. Más allá del muro, en el alba gris, llegó a una tierra de pintorescos jardines y cerezos, y al alzarse el sol pudo contemplar la belleza de flores rojas y blancas, follajes verdes y céspedes, caminos blancos, arroyos cristalinos, estanques azules, puentes tallados y pagodas de tejados rojos; y buscó a la gente de esa tierra, pero comprobó que allí no había nadie, fuera de pájaros, abejas y mariposas. Otra noche Kuranés se acercó a una escalera espiral de piedra, húmeda y sin fin, y llegó a una ventana de una torre que dominaba una gran llanura y un río a la luz de la luna llena, y en aquella silenciosa ciudad que se extendía por la orilla del río creyó columbrar algún rasgo o aspecto nunca antes

visto. Hubiera bajado a preguntar por el camino a Ooth-Nargai de no ser por la temible aurora que se alzó sobre algún remoto lugar más allá del horizonte, mostrando las ruinas y la antigüedad de la ciudad, y el estancamiento del río enrojecido y la muerte enseñoreándose de esa tierra, tal y como sucediera desde que el rey Kynaratholis volviera de sus conquistas para arrostrar la venganza de los dioses.

Así que Kuranés buscó infructuosamente la maravillosa ciudad de Celephaïs y sus galeras que bogan hasta Seranman a través de los cielos, presenciando mientras tanto multitud de maravillas y escapando en una ocasión por los pelos del sumo sacerdote que no puede ser descrito, aquel que porta una máscara de seda amarilla sobre el rostro y mora solitario en un prehistórico monasterio de piedra en la fría meseta desértica de Leng. Según crecía su impaciencia durante los pocos acogedores intervalos de vigilia, comenzó a comprar drogas para prolongar sus periodos de sueño. El hachís resultó de gran ayuda, y una vez lo condujo hasta una parte del espacio donde no existen formas, pero donde gases resplandecientes estudian los secretos de la existencia. Y un gas violeta le dijo que esa parte del espacio se encontraba más allá de lo que se conoce como infinito. El gas no había oído hablar anteriormente de planetas u organismos, pero identificó sin dificultad a Kuranés como alguien procedente de ese infinito donde existen materia, energía y gravitación. Kuranés se sentía ahora sumamente ansioso de volver a esa Celephaïs salpicada de minaretes y aumentó sus dosis de drogas, pero finalmente se le acabó el dinero y ya no pudo comprar más. Entonces, un día de verano lo desahuciaron de su buhardilla y vagabundeo indefenso por las calles, pasando por un puente hasta un sitio donde las casas resultaban cada vez más míseras. Y entonces llegó la culminación, y se encontró con el cortejo de caballeros llegados de Celephaïs para llevarlo allí por siempre.

Apuestos caballeros eran, a horcajadas sobre caballos ruanos y revestidos de brillantes armaduras y tabardos de curiosos blasones. Resultaban tan numerosos que Kuranés estuvo a punto de confundirlos con un ejército, pero su jefe le informó de que habían sido enviados en su honor, ya que era él quien había creado Ooth-Nargai en sus sueños, por lo que sería nombrado su dios

supremo para siempre. Entonces brindó un caballo a Kuranés y lo emplazaron a la cabeza de la comitiva, y todos cabalgaron majestuosamente por las calles de Surrey camino de la región donde Kuranés y sus antepasados nacieran. Era algo muy extraño, ya que cada vez que pasaban por un pueblo a la luz del crepúsculo tan sólo veían las casas y pueblos que Chaucer y gentes aún anteriores podían haber contemplado, y a veces veían a caballeros en sus monturas, acompañados de pequeñas compañías de secuaces. Al caer la noche viajaron más ligeros, hasta que pronto parecieron volar de forma asombrosa por los aires. Con la débil alborada llegaron al pueblo que Kuranés viera vivo durante su infancia y que ahora estaba dormido o muerto en sus sueños. Ahora vivía, y los pueblerinos más madrugadores les hicieron reverencias mientras los jinetes cruzaban ruidosamente las calles y torcían por el callejón que iba a parar al abismo del sueño. Previamente, Kuranés había entrado en tal abismo sólo de noche, y se preguntaba por su aspecto durante el día; así que oteó ansioso mientras la columna se aproximaba al borde. Cuando galopaban por la pendiente hacia el precipicio, un fulgor dorado se alzó en alguna parte del oriente y cubrió todo el paisaje de resplandecientes ropajes. El abismo se mostraba ahora como un caos hirviente de esplendores rosados y cerúleos, y unas voces invisibles cantaban exultantes mientras el séquito de caballeros rebasaba el borde y flotaba graciosamente a través de las nubes resplandecientes y los fulgores plateados. Los jinetes flotaron sin fin, sus monturas hollando el éter como si galoparan sobre arenas doradas, y luego los vapores luminosos se abrieron para desvelar una luz aún mayor, el brillo de la ciudad de Celephaïs y de la ribera de más allá, y el pico nevado que dominaba el mar, y las galeras alegremente pintadas que zarpan rumbo a las lejanas regiones donde se juntan el mar y el cielo.

Y Kuranés reinó desde entonces en Ooth-Nargai y todas las regiones cercanas del sueño, y estableció alternativamente su corte entre Celephaïs y la Serannian, la ciudad de las nubes. Aún reina allí, y reinará feliz por siempre, aunque bajo los acantilados las mareas del canal agitaban burlonas el cuerpo de un vagabundo que pasara dando traspiés por el pueblo medio desierto al alba; jugueteaban burlonas y lo zaherían contra las piedras bajo Trevor Tower,

cubierta de hiedra, donde un fabricante de cerveza particularmente paleta disfrutaba de una atmósfera comprada de extinta nobleza.

## EL LIBRO NEGRO DE ALSOPHOCUS

---

H. P. Lovecraft<sup>27</sup>

Mis recuerdos son muy confusos. Apenas si sé cuando empezó todo; es como si, en determinados momentos, contemplase visiones de los años transcurridos a mi alrededor, mientras que, otras veces, parece que el presente se difumina en un punto aislado dentro de una palidez informe e infinita. Ni tan siquiera sé a ciencia cierta cómo expresar lo sucedido. Mientras hablo, tengo la vaga sensación de que necesitaré sostener lo que voy a decir con ciertas pruebas extrañas y, posiblemente, terribles. Mi propia identidad parece escabullirse. Es como si hubiese sufrido un fuerte golpe; producido, quizá, por el advenimiento de algún proceso monstruoso que tuvo lugar en los hechos que me acontecieron.

Estos ciclos de experiencia tienen sus inicios en aquel libro carcomido. Recuerdo el lugar donde lo encontré; apenas si estaba iluminado, escondido al lado del río cubierto de brumas por donde fluyen unas aguas negras y aceitosas. El edificio era muy viejo, las enormes estanterías atesoraban cientos de libros decrepitos que se acumulaban sin fin en habitaciones y corredores sin ventanas. Había, además, masas informes de volúmenes amontonados descuidadamente por el suelo; y fue en uno de estos montones donde encontré el tomo. Al principio no sabía cómo se titulaba - ya que le faltaban las primeras páginas; pero lo abrí por el final y vi algo que enseguida llamó mi atención.

Se trataba de una especie de fórmula — una pequeña lista de cosas que hacer y decir — que sonaban como algo oscuro y prohibido; pero seguí leyendo

---

<sup>27</sup> Título original: *The Black Tome of Alsophocus*. Este cuento es una continuación, realizada por Martin S. Warnes, al fragmento de H. P. Lovecraft titulado *El libro* (escrito en 1934).

y descubrí ciertos párrafos en los que se mezclaban la fascinación y la repulsión, ocultos en las amarillentas páginas, antiguas y extrañas, poseedoras de los secretos del universo que yo ansiaba conocer. Era una llave — una guía — a ciertas puertas y entradas que los magos ya habían soñado y musitado cuando el hombre era joven, y que conducían a lugares más allá de las tres dimensiones conocidas, a regiones de extrañas vidas y materias. Durante años los hombres no habían sabido reconocer su esencia vital, ni sabían dónde encontrarla, pero el libro era realmente antiguo. No estaba impreso; había sido escrito por la mano de algún loco que había comunicado a aquellas palabras latinas ciertos conocimientos prohibidos de horripilante antigüedad.

Recuerdo que el viejo vendedor temblaba asustado, e hizo un curioso gesto con sus manos cuando me lo llevé. Se negó a aceptar dinero por el libro, pero hasta mucho después no descubrí el porqué. Mientras me escurría por los estrechos callejones portuarios, laberintos cubiertos de bruma, tenía la vaga sensación de ser seguido por unos pies invisibles que se arrastraban tras de mí. Las casas decrepitas y antiguas que se erguían a mi alrededor parecían animadas de una vida malsana, como si una ráfaga de maligno entendimiento las hubiese animado. Sentía como si aquellas abombadas paredes y buhardillas, hechas de ladrillo y cubiertas de musgo — con redondas ventanas que parecían espiarme —, tratasen de cerrarme el paso y aplastarme... aunque sólo había leído una pequeña porción de los oscuros secretos que contenía el libro antes de cerrarlo y salir con él bajo el brazo.

Recuerdo con qué ansiedad leí el libro, pálido, encerrado en la habitación del ático que me servía de refugio en mis extraños descubrimientos. La enorme casona permanecía caldeada, pues había salido pasada la medianoche. Creo que vivía con algún familiar — aunque los detalles son inciertos — y sé que tenía muchos sirvientes. No sé exactamente qué año era; desde entonces he conocido muchas edades y dimensiones, y mi noción del tiempo ha terminado por desvanecerse. Estuve leyendo a la luz de las velas — recuerdo el incesante gotear de la cera derretida —, y mientras me llegaba el sonido de lejanas campanas que tañían de cuando en cuando. Prestaba una atención especial al sonido de aquellas

campanas, como si temiera escuchar algo muy lejano, un son extraño y especial.

Y entonces se produjo una especie de golpear y arañar en la ventana abuhardillada que se abría sobre un laberinto de tejadillos. Sucedió nada más acabar de pronunciar en voz alta el noveno verso de un conjuro primordial, y supe, aterrorizado, cuál era su significado. Pues aquel que atraviesa el umbral siempre lleva una sombra consigo, y ya nunca vuelve a estar solo. Yo la había evocado; el libro era realmente todo lo que había sospechado. Aquella noche atravesé la puerta que conduce a un abismo de tiempo y dimensiones cruzadas, y cuando el amanecer me sorprendió en el ático descubrí en las paredes y anaqueles de la habitación aquello que nunca antes había visto.

Desde entonces el mundo no era para mí lo mismo que antes. Mezclado con el presente, siempre había un poco del pasado y un poco del futuro, y todos los objetos que alguna vez me parecieron familiares me resultaban ahora extraños bajo la nueva perspectiva que tenían mis enfebrecidos ojos. Desde aquel momento me vi envuelto en un fantástico sueño poblado de formas desconocidas y medio recordadas; y cada vez que cruzaba un nuevo umbral me costaba más reconocer los objetos de la estrecha esfera a la que tanto tiempo había pertenecido. Lo que descubrí sobre mi propio yo, nadie puede saberlo; cada vez hablaba menos y permanecía más tiempo solo, y la locura rondaba mi alrededor. Los perros me rehuían, pues captaban la sombra que me acompañaba. Pero seguí leyendo, adentrándome en libros ocultos y prohibidos, en manuscritos y fórmulas que ahora ansiaba conocer, y atravesaba puertas espaciales y existencias y regiones que se abren más allá del universo conocido.

Recuerdo bien la noche que tracé los cinco círculos concéntricos de fuego en el suelo, y canté, erguido en el círculo central, aquella monstruosa letanía que invocaba al mensajero de Tartaria. Las paredes se difuminaron mientras era arrastrado por un tenebroso viento a través de abismos fantasmagóricos y grises, en los que relucían, a infinidad de metros por debajo de mí, los picos crueles de desconocidas montañas. Después hubo un momento de total oscuridad y luego la luz de millones de estrellas que dibujaban extrañas constelaciones. Por fin descubrí una verdosa llanura en la lejanía, debajo de mí, y



vislumbré las empinadas torres de una ciudad cuya mampostería es totalmente ajena a la tierra. Según me iba acercando a la ciudad, distinguí un enorme edificio hecho a base de piedras en mitad de un paraje desolado, y sentí que el miedo se apoderaba de mí, atenazándome. Grité, debatiéndome aterrorizado y, después de un lapsus de oscuridad, me encontré de nuevo en mi buhardilla, tirado en el suelo sobre los cinco círculos concéntricos de fuego. El vagabundeo de aquella noche no había sido más fantástico que los de muchas otras; pero había sentido más terror debido a la certeza de saber que me había acercado más a aquellos abismos y mundos exteriores. Desde entonces fui más cauteloso con mis conjuros, pues no quería perderme, separarme de mi cuerpo, del mundo, y vagar por abismos desconocidos de los que jamás podría volver.

De cualquier forma, y en la situación en la que me encontraba, mi capacidad para reconocer los objetos y escenas normales iba desapareciendo poco a poco según adquiría nuevos conocimientos, haciendo que mi visión de la realidad se tornase inexacta, geométrica y distorsionada. Mi sentido del oído también se vio afectado. El tañido de las distantes campanas me parecía más ominoso, terroríficamente etéreo, como si el son me llegase a través de extraños golfos y lejanas regiones, donde las almas atormentadas gritan eternamente su pena y dolor. Según pasaban los días me iba alejando más y más de lo que me rodeaba, los eones se separaban de los cánones terrestres, ocultándose entre lo innominable. El tiempo se convirtió en algo incierto, y mis recuerdos de acontecimientos y gentes que había conocido antes de adquirir el libro se desvanecieron en una neblina de irrealidad que evitaba todos mis desesperados intentos de recuperar.

Recuerdo la primera vez que escuché las voces; voces inhumanas, sibilinas, que parecían provenir de las regiones más exteriores del tenebroso espacio, donde seres amorfos se inclinan y bailan ante un ídolo fétido y monstruoso creado por el devenir infinito de los siglos. Con el advenimiento de estas voces comencé a tener unos sueños de espantosa intensidad, pesadillas mortales en las que soles negros y verdes brillaban sobre grotescos monolitos y ciudades malignas que se elevan, torre sobre torre, como queriendo escapar de

sus condicionantes terrestres. Pero todos estos sueños y pesadillas no eran nada comparados con el terrorífico coloso que más tarde emergió de mi consciencia; incluso ahora me es imposible recordar aquel horror en toda su magnitud, pero cuando pienso en ello siento una sensación de vastedad, de una enormidad desconocida, y veo tentáculos que ondulan y se contraen, como si estuviesen dotados de inteligencia propia y de una maligna vileza. Y alrededor del coloso danzaban monstruosidades deformes, cuyas voces entonaban un canto salvaje y cacofónico:

“*Mwl' fgah pywfg fhtagn Gh'tyaf nglyf Ighya*”.

Estos horrores me acompañaban siempre, al igual que la sombra del más allá.

Y aun así continuaba estudiando los libros y manuscritos, y seguía atravesando las oscuras puertas que conducen a desconocidas dimensiones, donde unos seres tenebrosos me instruían en artes tan infernales que incluso la más prosaica de las mentes sería incapaz de soportar.

Recuerdo la forma en que descubrí el título del libro; la noche estaba muy avanzada y yo hojeaba las polvorientas páginas cuando descubrí un párrafo que arrojó cierta luz sobre el origen del misterioso volumen:

«Nyarlathotep reina en Sharnoth, más allá del espacio y del tiempo; sumido en las sombras de su palacio de ébano espera su segundo advenimiento y, en compañía de sus siervos y acólitos, celebra impíos festines en lo más profundo de la noche.»

«Que nadie se interponga con conjuros y encantamientos que le conciernen, pues quedaría atrapado sin remedio. Que se cuide el ignorante, lo dice el *Libro Negro*, pues terrible es en verdad la ira de Nyarlathotep.»

Yo ya había encontrado referencias al *Libro Negro* en secretos manuscritos: este legendario tomo fue escrito hace siglos por el gran hechicero Alsophocus, que vivía en las tierras de Erongil antes de que los antiguos hombres dieran sus primeros pasos inseguros sobre la tierra.

El misterio había quedado aclarado; realmente me hallaba ante el blasfemo *Libro Negro*. Con este conocimiento comencé a devorar vorazmente

todas las enseñanzas que contenía el volumen; aprendí fórmulas para ocultar, invocar y crear seres, y me sentía poderoso por el dominio de tales fuerzas. Descubrí nuevas entradas y puertas, los demonios de las más oscuras regiones estaban bajo mi poder; pero aún había barreras que no podía atravesar, los negros abismos del espacio que se extienden más allá de Fomalhaut, donde el horror último acecha, rodeado de sibilantes blasfemias más viejas que las estrellas. Buceé en el *De Dermis Mysteriis*, de Ludvig Prinn, y en el *Cultes des Goules*, de Comte d'Erlette, en busca de más antiguos secretos, pero todos aquellos misterios primigenios no eran nada comparados con las enseñanzas que contenía el esotérico *Libro Negro*. Este volumen mostraba ciertos encantamientos de tan terrible poder que incluso el mismísimo Alhazred habría temblado ante su sola contemplación: la llamada de Boromir, los oscuros secretos del Trapezoedro Resplandeciente — aquella ventana abierta al espacio y al tiempo — y la invocación de Cthulhu desde su palacio oceánico en la acuática ciudad de R'lyeh; todos aquellos secretos estaban allí guardados, esperando al valiente, o loco, que fuera lo suficientemente temerario para utilizarlos.

Me hallaba en la cima de mi poder; el tiempo se expandía o se contraía a mi voluntad, y el universo no encerraba ningún secreto que yo no conociese. Mis ataduras con los acontecimientos mundanos se quebraron a causa de mis estudios secretos, y mi poder se hizo tan grande que llegué a intentar lo imposible, el paso de la última y terrorífica puerta, el umbral que se abre a los oscuros secretos del más allá, donde los Primigenios aguardan prisioneros, planeando su próximo retorno a la tierra, de la cual fueron expulsados por los Dioses Antiguos. Lleno de vanidad supuse que yo — una diminuta mota de polvo en mitad de un vasto cosmos de tiempo — podría atravesar los negros abismos del espacio que se extienden más allá de las estrellas, donde reina la anarquía y el caos, y volver con la mente intacta y libre de los horrores de cientos de eones de antigüedad que allí moran.

De nuevo tracé los cinco círculos concéntricos de fuego sobre el suelo y me situé en el centro, invocando a los poderes inimaginables con un hechizo tan inconcebiblemente terrible que mis manos temblaban mientras hacía los

misteriosos signos y símbolos. Las paredes se disolvieron y un poderoso viento oscuro me arrastró a través de abismos sin fondo y grises regiones de materia informe. Viajaba más rápido que el pensamiento, pasando sobre planetas sin luz y desconocidas regiones que bullían a inconmensurable distancia; las estrellas discurrían con tanta rapidez que parecían regueros de luz entremezclándose en el espacio, haces luminosos resaltando contra la oscuridad etérea más negra que las fabulosas profundidades de Shung.

Transcurrió un minuto — o un siglo — y aún seguía volando vertiginosamente. Las estrellas escaseaban cada vez más; agrupadas en montoncitos, parecían buscar compañía en toda aquella desolación; todo lo demás permanecía igual. Me sentía terriblemente solo en aquel viaje; colgando suspendido en el espacio y el tiempo, como si no avanzase, aunque la velocidad debía ser increíble, y mi espíritu se revelaba ante la soledad horrible, la quietud y el silencio de la nada; era como un hombre sepultado en vida en un sepulcro inmenso y oscuro. Pasaron los eones y vi cómo se desvanecía el último grupo de estrellas, las últimas luces en un espacio milenario; más allá no había nada excepto una oscuridad impenetrable, el fin del universo. De nuevo volví a gritar horrorizado, mas en vano; mi búsqueda interminable siguió a través de corredores silenciosos y muertos.

Continué viajando durante una eternidad interminable, y nada cambiaba excepto el ritmo de los latidos de mi corazón. Y entonces empezó a hacerse visible una tenue luz verdosa; había pasado a través de una ausencia de tiempo y materia; había atravesado el Limbo. Ahora me encontraba más allá del universo, a inconcebible distancia del cosmos conocido; había cruzado el último umbral, la última puerta que se abría al olvido. Delante brillaban los dos soles de mis visiones, entre los que fui conducido a lo que ahora parecía una velocidad lentísima; alrededor de estos prodigios de colores negros y verdes, rotaba un solo planeta; adiviné su nombre: Sharnoth.

Floté suavemente alrededor de esta negra esfera y, mientras me aproximaba, pude contemplar la verdosa llanura que se extendía debajo de mí, sobre la que descansaba la gigantesca y laberíntica ciudad de mis primeras

pesadillas, y que parecía deforme y desproporcionada bajo la luz antinatural. Fui guiado sobre los tejados de la muerta ciudad, contemplando los desvencijados muros y erosionados pilares que resaltaban como cuchillos contra la oscura línea del cielo. No se movía nada, pero tenía la sensación de que allí habitaba algo vivo, un ser corrompido y lleno de maldad que conocía mi presencia.

Mientras descendía a la ciudad recobré mis sentidos físicos; sentí frío, un frío helador, y mis dedos estaban entumecidos. Descendí al borde de un espacio abierto, en cuyo centro se erguía un gigantesco edificio con una puerta enorme y abovedada que bostezaba tenebrosa como las fauces de algún terrible animal primigenio. De este edificio emanaba un aura de palpable malevolencia; me quedé petrificado por la sensación de terror y desesperación que me invadió, y, mientras permanecía inmóvil ante el monstruoso edificio, recordé aquel pequeño párrafo del *Libro Negro*:

«En un espacio abierto en el centro de la ciudad se yergue el palacio de Nyarlathotep. Aquí se pueden aprender todos los secretos, aunque el precio de tales conocimientos es verdaderamente horrible.»

Supe sin ningún género de dudas que aquél era el cubil del taimado Nyarlathotep. Aunque el pensamiento de entrar en aquella estructura me asqueaba, caminé descuidadamente atravesando la puerta, como si una mente que no era la mía guiara mis piernas. Atravesé aquel enorme portalón metiéndome en una oscuridad tan profunda como la que había soportado en mi largo viaje espacial. Poco a poco la impenetrable oscuridad fue dando paso a la verdosa luz que iluminaba la superficie del planeta; y en aquella tétrica luminosidad contemplé lo que nadie debería ver nunca.

Me hallaba en una larga sala abovedada sostenida por pilares de ébano; a ambos lados se delineaban unas criaturas con formas de pesadilla. Allí estaba Khnum, y Anubis, con cabeza de zorro, y Taveret, la Madre, horriblemente obesa. Grotescos seres encorvados, espiando, y tenebrosas existencias que me observaban con malignidad; entre todas estas criaturas amorfas e infernales, mi cuerpo luchaba contra mi alma. Unas garras me asieron por brazos y piernas, y mi estómago se revolvió de asco ante el contacto de la carne putrefacta. El aire

estaba lleno de gritos y aullidos mientras las figuras danzaban con obscenidad a mi alrededor, deleitándose en un ritual blasfemo y depravado; y al final de la enorme sala, perdido en la distancia, se ocultaba el horror último, el terrible coloso negro de mis visiones, el amo del palacio, Nyarlathotep.

El Primigenio me observó atentamente, su mirada quemaba mis entrañas, llenándome de un horror tan espantoso que cerré los ojos para evitar aquella visión de infinita maldad. Bajo aquella mirada mi ser se contrajo, desvaneciéndose como si estuviese siendo absorbido por una fuerza irresistible. Perdí la poca identidad que me quedaba; mis poderes necrománticos que, ahora lo sabía, no eran nada comparados con los del habitante de este oscuro mundo, desaparecieron, perdiéndose en el ignoto universo para no ser jamás recuperados.

Bajo aquella mirada, mi mente y mi alma se llenaban de un espanto aterrador; no podía hacer nada mientras él absorbía mi existencia, quitándome la vida poco a poco. La desesperación hizo presa en mí, pero estaba indefenso, y era incapaz de hacer frente a la irresistible fuerza que me apresaba. Apenas sin sentirlo, algo se iba esfumando de mi ser, algo insustancial, pero totalmente necesario para mi futura existencia; no podía hacer nada, había ido demasiado lejos y ahora estaba pagando el error. Mi visión se nubló con miles de rayos; imágenes de mi casa y mi familia flotaban ante mis ojos y luego se desvanecían como si nunca hubiesen existido. Y entonces, lentamente, sentí cómo cambiaba, disolviéndome en la no existencia.

Me elevé, sin cuerpo, escurriéndome sobre las cabezas de aquella hueste de pesadilla, a través de la fría mampostería de piedra de aquel palacio que ya no era un obstáculo para mi avance, hasta que salí a la diabólica luz verdosa de la superficie del planeta. No estaba vivo ni muerto, aunque la muerte hubiese sido mucho mejor. La ciudad se desparramaba debajo de mí, mostrándome todo su esplendor y malignidad, y sobre aquel tétrico edificio que era el palacio de Nyarlathotep vi una masa amorfa que salía, extendiéndose por toda la ciudad. Se fue agrandando poco a poco hasta que ocultó la ciudad de mi vista, y cuando había cubierto toda la región que podía contemplar, se contrajo de nuevo, transformándose en el negro coloso de mis visiones. Comencé a temblar

aterrorizado, pero según me iba alejando de la ciudad, ganando altura, la escena se fue reduciendo de tamaño y contemplé la escena con un poco menos de miedo.

Poco a poco, la masa de tierra que se extendía debajo de mí fue tomando el aspecto de una esfera mientras me alejaba, introduciéndome en las negras profundidades del espacio. Colgando sin sentido, mientras nada se movía a mi alrededor, o en las regiones del Primigenio, me aterrorizaba pensar en el último acto del drama que yo había desatado. De la superficie del planeta surgió un rayo de luz o energía, que cruzó el espacio, perdiéndose en su infinitud, dirigiéndose, estaba seguro, al planeta que me había visto crecer. A partir de entonces todo estuvo en calma, y quedé totalmente solo en aquel universo más allá de las estrellas.

Mis recuerdos se desvanecían; pronto no me quedaría ninguna memoria de mi pasado, pronto todos los vestigios de mi humanidad se esfumarían. Y mientras permanecía suspendido en el espacio y el tiempo por toda la eternidad, sentí algo difícil de explicar. Una sensación de paz, de una paz que ni la muerte podría dar; aunque esa paz era perturbado por un recuerdo, un recuerdo que yo esperaba que pronto se borrara de mi mente. No recuerdo cómo sabía esto, pero estaba más seguro de ello que de mi propia existencia. Nyarlathotep ya no volvería a pisar la superficie de Sharnoth, jamás se reuniría con su corte en aquel enorme palacio negro, pues aquel rayo de luz que viajaba en el espacio tenebroso llevaba consigo algo más.

En una pequeña buhardilla, débilmente iluminada, un cuerpo se estiraba, poniéndose en pie. Sus ojos eran dos trozos de carbón al rojo, y una diabólica sonrisa cruzaba su rostro; y mientras observaba los tejadillos de la ciudad a través de la pequeña ventana, sus brazos se elevaron en un gesto de triunfo.

Había atravesado las barreras creadas por los Dioses Antiguos; estaba libre, libre para caminar por la tierra una vez más, libre para manejar la mente de los hombres y esclavizar sus almas. Era aquel al que yo había dado la oportunidad de escapar, yo que, a causa de mis ansias de poder, le había procurado los medios para volver a la tierra.

Nyarlathotep caminaba por la tierra con la forma de un hombre, pues

cuando me robó mis recuerdos y mi ser, también retuvo mi aspecto físico. *En mi cuerpo moraba ahora la esencia inmortal de Nyarlathotep el Terrible.*

## AIRE FRIO

---

H. P. Lovecraft<sup>28</sup>

Me pides que explique por qué siento miedo de la corriente de aire frío; por qué tiemblo más que otros cuando entro en un cuarto frío, y parezco asqueado y repelido cuando el escalofrío del atardecer avanza a través de un suave día otoñal. Están aquellos que dicen que reacciono al frío como otros lo hacen al mal olor, y soy el último en negar esta impresión. Lo que haré está relacionado con el más horrible hecho con que nunca me encontré, y dejo a tu juicio si ésta es o no una explicación congruente de mi peculiaridad.

Es un error imaginar que ese horror está inseparablemente asociado a la oscuridad, el silencio, y la soledad. Me encontré en el resplandor de media tarde, en el estrépito de la metrópolis, y en medio de un destartado y vulgar albergue con una patrona prosaica y dos hombres fornidos a mi lado. En la primavera de 1923 había adquirido un almacén de trabajo lúgubre e desaprovechado en la ciudad de Nueva York; y siendo incapaz de pagar un alquiler nada considerable, comencé a caminar a la deriva desde una pensión barata a otra en busca de una habitación que me permitiera combinar las cualidades de una higiene decente, mobiliario tolerable, y un muy razonable precio. Pronto entendí que sólo tenía una elección entre varias, pero después de un tiempo encontré una casa en la Calle Decimocuarta Oeste que me asqueaba mucho menos que las demás que había probado.

El sitio era una histórica mansión de piedra arenisca, aparentemente fechada a finales de los cuarenta, y acondicionada con carpintería y mármol que

---

<sup>28</sup> Cool air.



manchaba y mancillaba el esplendor descendiendo de altos niveles de opulento buen gusto. En las habitaciones, grandes y altas, y decoradas con un papel imposible y ridículamente adornadas con cornisas de escayola, se consumía un deprimente moho y un asomo de oscuro arte culinario; pero los suelos estaban limpios, la lencería tolerablemente bien, y el agua caliente no demasiado frecuentemente fría o desconectada, así que llegué a considerarlo, al menos, un sitio soportable para hibernar hasta que uno pudiera realmente vivir de nuevo. La casera, una desaliñada, casi barbuda mujer española llamada Herrero, no me molestaba con chismes o con críticas de la última lámpara eléctrica achicharrada en mi habitación del tercer piso frente al vestíbulo; y mis compañeros inquilinos eran tan silenciosos y poco comunicativos como uno pudiera desear, siendo mayoritariamente hispanos de grado tosco y crudo. Solamente el estrépito de los coches en la calle de debajo resultaban una seria molestia.

Llevaba allí cerca de tres semanas cuando ocurrió el primer incidente extraño. Un anochecer, sobre las ocho, oí una salpicadura sobre el suelo y me alertó de que había estado sintiendo el olor acre del amoníaco durante algún tiempo. Mirando alrededor, vi que el techo estaba húmedo y goteante; aparentemente la mojadura procedía de una esquina sobre el lado de la calle. Ansioso por detener el asunto en su origen, corrí al sótano a decírselo a la casera; y me aseguró que el problema sería rápidamente solucionado.

*El Doctor Muñoz, lloriqueó mientras se apresuraba escaleras arriba delante de mí, tiene arriba sus productos químicos. Está demasiado enfermo para medicarse - cada vez está más enfermo - pero no quiere ayuda de nadie. Es muy extraña su enfermedad - todo el día toma baños apestosos, y no puede reanimarse o entrar en calor. Se hace sus propias faenas - su pequeña habitación está llena de botellas y máquinas, y no ejerce como médico. Pero una vez fue bueno - mi padre en Barcelona oyó hablar de él - y tan sólo le curó el brazo al fontanero que se hizo daño hace poco. Nunca sale, solamente al tejado, y mi hijo Esteban le trae comida y ropa limpia, y medicinas y productos químicos. ¡Dios mío, el amoníaco que usa para mantenerse frío!*

La Sra. Herrero desapareció escaleras arriba hacia el cuarto piso, y volví a mi habitación. El amoniaco cesó de gotear, y mientras limpiaba lo que se había manchado y abría la ventana para airear, oí los pesados pasos de la casera sobre mí. Nunca había oído al Dr. Muñoz, excepto por ciertos sonidos como de un mecanismo a gasolina; puesto que sus pasos eran silenciosos y suaves. Me pregunté por un momento cuál podría ser la extraña aflicción de este hombre, y si su obstinado rechazo a una ayuda externa no era el resultado de una excentricidad más bien infundada. Hay, reflexioné trivialmente, un infinito patetismo en la situación de una persona eminente venida a menos en este mundo.

Nunca hubiera conocido al Dr. Muñoz de no haber sido por el infarto que súbitamente me dio una mañana que estaba sentado en mi habitación escribiendo. Lo médicos me habían avisado del peligro de esos ataques, y sabía que no había tiempo que perder; así, recordando que la casera me había dicho sobre la ayuda del operario lesionado, me arrastré escaleras arriba y llamé débilmente a la puerta encima de la mía. Mi golpe fue contestado en un inglés correcto por una voz inquisitiva a cierta distancia, preguntando mi nombre y profesión; y cuando dichas cosas fueron contestadas, vino y abrió la puerta contigua a la que yo había llamado.

Una ráfaga de aire frío me saludó; y sin embargo el día era uno de los más calurosos del presente Junio, temblé mientras atravesaba el umbral entrando en un gran aposento el cual me sorprendió por la decoración de buen gusto en este nido de mugre y de aspecto raído. Un sofá cama ahora cumpliendo su función diurna de sofá, y los muebles de caoba, fastuosas colgaduras, antiguos cuadros, y librerías repletas revelaban el estudio de un gentilhombre más que un dormitorio de pensión. Ahora vi que el vestíbulo de la habitación sobre la mía - la "pequeña habitación" de botellas y máquinas que la Sra. Herrero había mencionado - era simplemente el laboratorio del doctor; y de esta manera, su dormitorio permanecía en la espaciosa habitación contigua, cuya cómoda alcoba y gran baño adyacente le permitían camuflar el tocador y los evidentemente

útiles aparatos. El Dr. Muñoz, sin duda alguna, era un hombre de edad, cultura y distinción.

La figura frente a mí era pequeña pero exquisitamente proporcionada, y vestía un atavío formal de corte y hechura perfecto. Una cara larga avezada, aunque sin expresión altiva, estaba adornada por una pequeña barba gris, y unos anticuados espejuelos protegían su ojos oscuros y penetrantes, una nariz aquilina que daba un toque árabe a una fisonomía por otra parte Celta. Un abundante y bien cortado cabello, que anunciaba puntuales visitas al peluquero, estaba airoosamente dividido encima de la alta frente; y el retrato completo denotaba un golpe de inteligencia y linaje y crianza superior.

A pesar de todo, tan pronto como vi al Dr. Muñoz en esa ráfaga de aire frío, sentí una repugnancia que no se podía justificar con su aspecto. Únicamente su pálido semblante y frialdad de trato podían haber ofrecido una base física para este sentimiento, incluso estas cosas habrían sido excusables considerando la conocida invalidez del hombre. Podría, también, haber sido el frío singular que me alienaba; de tal modo el frío era anormal en un día tan caluroso, y lo anormal siempre despierta la aversión, desconfianza y miedo.

Pero la repugnancia pronto se convirtió en admiración, a causa de la insólita habilidad del médico que de inmediato se manifestó, a pesar del frío y el estado tembloroso de sus manos pálidas. Entendió claramente mis necesidades de una mirada, y las atendió con destreza magistral; al mismo tiempo que me reconfortaba con una voz de fina modulación, si bien curiosamente cavernosa y hueca que era el más amargo enemigo del alma, y había hundido su fortuna y perdido todos sus amigos en una vida consagrada a extravagantes experimentos para su desconcierto y extirpación. Algo de fanático benevolente parecía residir en él, y divagaba apenas mientras sondeaba mi pecho y mezclaba un trago de drogas adecuadas que traía del pequeño laboratorio. Evidentemente me encontraba en compañía de un hombre de buena cuna, una novedad excepcional en este ambiente sórdido, y se animaba en un inusual discurso como si recuerdos de días mejores surgieran de él.

Su voz, siendo extraña, era, al menos, apaciguadora; y no podía entender como respiraba a través de las enrolladas frases locuaces. Buscaba distraer mis pensamientos de mi ataque hablando de sus teorías y experimentos; y recuerdo su consuelo cuidadoso sobre mi corazón débil insistiendo en que la voluntad y la sabiduría hacen fuerte a un órgano para vivir, podía a través de una mejora científica de esas cualidades, una clase de brío nervioso a pesar de los daños más graves, defectos, incluso la falta de energía en órganos específicos. Podía algún día, dijo medio en broma, enseñarme a vivir - o al menos a poseer algún tipo de existencia consciente - ¡sin tener corazón en absoluto!. Por su parte, estaba afligido con unas enfermedades complicadas que requerían una muy acertada conducta que incluía un frío constante. Cualquier subida de la temperatura señalada podría, si se prolongaba, afectarle fatalmente; y la frialdad de su habitación - alrededor de 55 ó 56 grados Fahrenheit - era mantenida por un sistema de absorción de amoníaco frío, y el motor de gasolina de esa bomba, que yo había oído a menudo en mi habitación.

Aliviado de mi ataque en un tiempo asombrosamente corto, abandoné el frío lugar como discípulo y devoto del superdotado recluso. Después de eso le pagaba con frecuentes visitas; escuchando mientras me contaba investigaciones secretas y los más o menos terribles resultados, y temblaba un poco cuando examinaba los singulares y curiosamente antiguos volúmenes de sus estantes. Finalmente fui, puedo añadir, curado del todo de mi afección por sus hábiles servicios. Parecía no desdeñar los conjuros de los medievalistas, dado que creía que esas fórmulas enigmáticas contenían raros estímulos psicológicos que, concebiblemente, podían tener efectos sobre la esencia de un sistema nervioso del cuál partían los pulsos orgánicos. Había conocido por su influencia al anciano Dr. Torres de Valencia, quién había compartido sus primeros experimentos y le había orientado a través de las grandes afecciones de dieciocho años atrás, de dónde procedían sus desarreglos presentes. No hacía mucho el venerable practicante había salvado a su colega de sucumbir al hosco enemigo contra el que había luchado. Quizás la tensión había sido demasiado grande; el Dr. Muñoz lo hacía susurrando claro, aunque no con detalle - que los métodos de curación

habían sido de lo más extraordinarios, aunque envolvía escenas y procesos no bienvenidos por los galenos ancianos y conservadores.

Según pasaban las semanas, observé con pena que mi nuevo amigo iba, lenta pero inequívocamente, perdiendo el control, como la Sra. Herrero había insinuado. El aspecto lívido de su semblante era intenso, su voz a menudo era hueca y poco clara, su movimiento muscular tenía menos coordinación, y su mente y determinación menos elástica y ambiciosa. A pesar de este triste cambio no parecía ignorante, y poco a poco su expresión y conversación emplearon una ironía atroz que me restituyó algo de la sutil repulsión que originalmente había sentido.

Desarrolló extraños caprichos, adquiriendo una afición por las especias exóticas y el incienso Egipcio hasta que su habitación olía como la cámara de un faraón sepultado en el Valle de los Reyes. Al mismo tiempo incrementó su demanda de aire frío, y con mi ayuda amplió la conducción de amoníaco de su habitación y modificó la bomba y la alimentación de su máquina refrigerante hasta poder mantener la temperatura por debajo de 34 ó 40 grados, y finalmente incluso en 28 grados; el baño y el laboratorio, por supuesto, eran los menos fríos, a fin de que el agua no se congelase, y ese proceso químico no lo podría impedir. El vecino de al lado se quejaba del aire gélido de la puerta contigua, así que le ayudé a acondicionar unas pesadas cortinas para obviar el problema. Una especie de creciente temor, de forma estrafalaria y mórbida, parecía poseerle. Hablaba incesantemente de la muerte, pero reía huecamente cuando cosas tales como entierro o funeral eran sugeridas gentilmente.

Con todo, llegaba a ser un compañero desconcertante e incluso atroz; a pesar de eso, en mi agradecimiento por su curación no podía abandonarle a los extraños que le rodeaban, y me aseguraba de quitar el polvo a su habitación y atender sus necesidades diarias, embutido en un abrigo amplio que me compré especialmente para tal fin. Asimismo hice muchas de sus compras, y me quedé boquiabierto de confusión ante algunos de los productos químicos que pidió de farmacéuticos y casas suministradoras de laboratorios.

Una creciente e inexplicable atmósfera de pánico parecía elevarse alrededor de su apartamento. La casa entera, como había dicho, tenía un olor rancio; pero el aroma en su habitación era peor - a pesar de las especias y el incienso, y los acres productos químicos de los baños, ahora incesantes, que él insistía en tomar sin ayuda. Percibí que debía estar relacionado con su dolencia, y me estremecía cuando reflexioné sobre que dolencia podía ser. La Sra. Herrero se apartaba cuando se encontraba con él, y me lo dejaba sin reservas a mí; incluso no autorizaba a su hijo Esteban a continuar haciendo los recados para él. Cuando sugería otros médicos, el paciente se encolerizaba de tal manera que parecía no atreverse a alcanzar. Evidentemente temía los efectos físicos de una emoción violenta, aún cuando su determinación y fuerza motriz aumentaban más que decrecía, y rehusaba ser confinado en su cama. La dejadez de los primeros días de su enfermedad dio paso a un brioso retorno a su objetivo, así que parecía arrojar un reto al demonio de la muerte como si le agarrase un antiguo enemigo. El hábito del almuerzo, curiosamente siempre de etiqueta, lo abandonó virtualmente; y sólo un poder mental parecía preservarlo de un derrumbamiento total.

Adquirió el hábito de escribir largos documentos de determinada naturaleza, los cuáles sellaba y rellenaba cuidadosamente con requerimientos que, después de su muerte, transmitió a ciertas personas que nombró - en su mayor parte de las Indias Orientales, incluyendo a un celebrado médico francés que en estos momentos supongo muerto, y sobre el cuál se había murmurado las cosas más inconcebibles. Por casualidad, quemé todos esos escritos sin entregar y cerrados. Su aspecto y voz llegaron a ser absolutamente aterradores, y su presencia apenas soportable. Un día de septiembre con un solo vistazo, indujo un ataque epiléptico a un hombre que había venido a reparar su lámpara eléctrica del escritorio; un ataque para el cuál recetó eficazmente mientras se mantenía oculto a la vista. Ese hombre, por extraño que parezca, había pasado por los horrores de la Gran Guerra sin haber sufrido ningún temor.

Después, a mediados de octubre, el horror de los horrores llegó con pasmosa brusquedad. Una noche sobre las once la bomba de la máquina

refrigeradora se rompió, de esta forma durante tres horas fue imposible la aplicación refrigerante de amoníaco. El Dr. Muñoz me avisó aporreando el suelo, y trabajé desesperadamente para reparar el daño mientras mi patrón maldecía en tono inánime, rechinando cavernosamente más allá de cualquier descripción. Mis esfuerzos aficionados, no obstante, confirmaron el daño; y cuando hube traído un mecánico de un garaje nocturno cercano, nos enteramos de que nada se podría hacer hasta la mañana siguiente, cuando se obtuviese un nuevo pistón. El moribundo ermitaño estaba furioso y alarmado, hinchado hasta proporciones grotescas, parecía que se iba a hacer pedazos lo que quedaba de su endeble constitución, y de vez en cuando un espasmo le causaba chasquidos de las manos a los ojos y corría al baño. Buscaba a tientas el camino con la cara vendada ajustadamente, y nunca vi sus ojos de nuevo.

La frialdad del aposento era ahora sensiblemente menor, y sobre las 5 de la mañana el doctor se retiró al baño, ordenándome mantenerle surtido de todo el hielo que pudiese obtener de las tiendas nocturnas y cafeterías. Cuando volvía de mis viajes, a veces desalentadores, y situaba mi botín ante la puerta cerrada del baño, dentro podía oír un chapoteo inquieto, y una espesa voz croaba la orden de "¡Más, más!". Lentamente rompió un caluroso día, y las tiendas abrieron una a una. Pedí a Esteban que me ayudase a traer el hielo mientras yo conseguía el pistón de la bomba, o conseguía el pistón mientras yo continuaba con el hielo; pero aleccionado por su madre, se negó totalmente.

Finalmente, contraté a un desaseado vagabundo que encontré en la esquina de la Octava Avenida para cuidar al enfermo abasteciéndolo de hielo de una pequeña tienda donde le presenté, y me empleé diligentemente en la tarea de encontrar un pistón de bomba y contratar a un operario competente para instalarlo. La tarea parecía interminable, y me enfurecía tanto o más violentamente que el ermitaño cuando vi pasar las horas en un suspiro, dando vueltas a vanas llamadas telefónicas, y en búsquedas frenéticas de sitio en sitio, aquí y allá en metro y en coche. Sobre el mediodía encontré una casa de suministros adecuada en el centro, y a la 1:30, aproximadamente, llegué a mi

albergue con la parafernalia necesaria y dos mecánicos robustos e inteligentes. Había hecho todo lo que había podido, y esperaba llegar a tiempo.

Un terror negro, sin embargo, me había precedido. La casa estaba en una agitación completa, y por encima de una cháchara de voces aterrorizadas oí a un hombre rezar en tono intenso. Había algo diabólico en el aire, y los inquilinos juraban sobre las cuentas de sus rosarios como percibieron el olor de debajo de la puerta cerrada del doctor. El vago que había contratado, parece, había escapado chillando y enloquecido no mucho después de su segunda entrega de hielo; quizás como resultado de una excesiva curiosidad. No podía, naturalmente, haber cerrado la puerta tras de sí; a pesar de eso, ahora estaba cerrada, probablemente desde dentro. No había ruido dentro a excepción de algún tipo de innombrable, lento y abundante goteo.

En pocas palabras me asesoré con la Sra. Herrero y el trabajador a pesar de que un temor corroía mi alma, aconsejé romper la puerta; pero la casera encontró una forma de dar la vuelta a la llave desde fuera con algún trozo de alambre. Previamente habíamos abierto las puertas de todas las habitaciones de ese pasillo, y abrimos todas las ventanas al máximo. Ahora, con las narices protegidas por pañuelos, invadimos temerosamente la odiada habitación del sur que resplandecía con el caluroso sol de primera hora de la tarde.

Una especie de oscuro, rastro baboso se dirigía desde la abierta puerta del baño a la puerta del pasillo, y de allí al escritorio, donde se había acumulado un terrorífico charquito. Algo había garabateado allí a lápiz con mano terrible y cegata, sobre un trozo de papel embadurnado como si fuera con garras que hubieran trazado las últimas palabras apresuradas. Luego el rastro se dirigía al sofá y desaparecía.

Lo que estaba, o había estado, sobre el sofá era algo que no me atrevo decir. Pero lo que temblorosamente me desconcertó estaba sobre el papel pegajoso y manchado antes de sacar una cerilla y reducirlo a cenizas; lo que me produjo tanto terror, a mí, a la patrona y a los dos mecánicos que huyeron frenéticamente de ese lugar infernal a la comisaría de policía más cercana. Las palabras nauseabundas parecían casi increíbles en ese soleado día, con el



traqueteo de coches y camiones ascendiendo clamorosamente por la abarrotada Calle Decimocuarta, no obstante confieso que en ese momento las creía. Tanto las creo que, honestamente, ahora no lo sé. Hay cosas acerca de las cuáles es mejor no especular, y todo lo que puedo decir es que odio el olor del amoníaco, y que aumenta mi desfallecimiento frente a una extraordinaria corriente de aire frío.

El final, decía el repugnante garabato, ya está aquí. No hay más hielo - el hombre echó un vistazo y salió corriendo. Más calor cada minuto, y los tejidos no pueden durar. Imagino que sabes - lo que dije sobre la voluntad y los nervios y lo de conservar el cuerpo después de que los órganos dejaran de funcionar. Era una buena teoría, pero no podría mantenerla indefinidamente. Había un deterioro gradual que no había previsto. El Dr. Torres lo sabía, pero la conmoción lo mató. No pudo soportar lo que tenía que hacer - tenía que meterme en un lugar extraño y oscuro, cuando prestase atención a mi carta y consiguió mantenerme vivo. Pero los órganos no volvieron a funcionar de nuevo. Tenía que haberse hecho a mi manera - conservación - pues como se puede ver, fallecí hace dieciocho años.

## **ARCILLA DE INNSMOUTH**

---

**H. P LOVECRAFT & AUGUST DERLETH<sup>29</sup>**

Los acontecimientos relacionados con el extraño destino de mi amigo el fallecido escultor Jeffrey Corey — si es que el término «fallecido» se ajusta a la verdad — se iniciaron a su regreso de París cuando, en el otoño de 1927, decidió alquilar una casita en la costa, al sur de Innsmouth. Corey procedía de una familia de prosapia que estaba lejanamente emparentada con los Marsh de Innsmouth, si bien dicho parentesco no le imponía obligación alguna de mantener relaciones con estos sus parientes. En todo caso, existían ciertos

---

<sup>29</sup> Innsmouth Clay.

rumores sobre los solitarios y retraídos March que todavía vivían en aquella ciudad portuaria de Massachussetts, y lo que en ellos se decía no era lo más adecuado para inspirar a Corey ningún deseo de anunciar su presencia en los alrededores.

Fui a visitarle un mes después de su llegada, acaecida en diciembre de aquel año. Corey era un hombre relativamente joven, pues todavía no había cumplido los cuarenta, y medía seis pies de estatura. Tenía un cutis fino y lozano, exento de todo ornamento capilar, pero llevaba el pelo bastante largo, según era entonces costumbre entre los artistas del Barrio Latino de París. Poseía unos ojos azules muy enérgicos y un rostro anguloso de mandíbula prominente que destacaba en cualquier grupo de gente, y no sólo por su penetrante mirada, sino también por el hecho insólito de que, debajo de la barbilla y de las orejas y en la zona adyacente del cuello, tenía la piel anormalmente gruesa y surcada de arrugas duras y entrelazadas. No era feo y sus correctas facciones poseían una extraña cualidad hipnótica que solía fascinar a quienes lo conocían por primera vez. Cuando fui a visitarle, estaba bien instalado y había empezado a trabajar en una estatua de Rima, la Mujer-Pájaro, que prometía convertirse en una de sus mejores obras.

Tenía almacenadas provisiones para un mes, que habla ido a comprar en Innsmouth, y le encontré más locuaz que de costumbre, sobre todo acerca de sus lejanos parientes de esta ciudad, donde se hablaba no poco de ellos, aunque tampoco abiertamente, en tiendas y establecimientos públicos. Por reservados e insociables, los Marsh despertaban cierta curiosidad natural en sus convecinos, y como esta curiosidad nunca había quedado satisfecha del todo, se habla ido formando en torno a ellos un cúmulo impresionante ‘de leyendas y habladurías que se remontaban hasta cierta generación pasada, notable esta por haberse dedicado al tráfico marítimo con las islas del Pacífico meridional. Lo que se comentaba de ellos era demasiado vago y no significaba nada para Corey, pero contenía tales insinuaciones sobre horrores desconocidos que mi amigo confiaba en poder algún día enterarse más a fondo. No es que él estuviera obsesionado con

el tema, sino que — según explicó — se hablaba tanto de ello en el pueblo que era prácticamente imposible ignorarlo.

Me dijo también que pensaba hacer una exposición para tantear el mercado, hizo referencia a varios amigos de París y a sus años de estudio en dicha capital, disertó brevemente sobre el vigor de las esculturas de Epstein y comentó la alborotada situación política del país. Cito estos temas de conversación para dejar patente que Co-rey estaba perfectamente normal cuando le visité por primera vez tras su regreso de Europa. Por supuesto, en Nueva York le había visto fugazmente cuando llegó, pero no había hablado con él largo y tendido como en aquel diciembre de 1927.

Antes de volver a verle, o sea, en el mes de marzo siguiente, recibí una carta suya bastante asombrosa, cuyo meollo iba contenido en el último párrafo, al cual parecía conducir, como a una apoteosis final, el resto de la misiva.

«Quizá te hayas enterado por la prensa de ciertos hechos que han ocurrido aquí en Innsmouth hace un mes. No tengo una información clara de lo sucedido, pero tiene que haberse publicado en algún periódico, aunque no desde luego en los de Massachussetts, que lo han silenciado por completo. Lo único que he podido averiguar del asunto es que se presentó en la ciudad un nutrido grupo de oficiales federales de algún tipo y se llevaron a varios ciudadanos, entre ellos a algunos de mis parientes, aunque no te sé decir a quiénes, pues todavía no me he preocupado de enterarme ni siquiera de cuántos son. O eran, que también puede ser. Lo que he podido averiguar en Innsmouth se refiere a ciertos negocios montados con las islas del Pacífico, a los que evidentemente se dedicaba todavía alguna compañía naviera de la ciudad, por muy raro que esto pueda parecer, ya que los muelles están prácticamente abandonados y además ya no sirven para los barcos de ahora, que suelen tocar en puertos mayores y más modernos. Aparte las razones que hayan motivado esa acción federal, está el hecho indiscutible — y de mayor importancia para mí, como pronto verás — de que, coincidiendo con la operación de Innsmouth, aparecieron varios buques de guerra no muy lejos de la costa, en las cercanías del llamado Arrecife del Diablo, y allí ¡arrojaron numerosas cargas de profundidad! Las explosiones removieron de tal manera los

fondos marinos que poco después las mareas fueron trayendo a la orilla toda clase de residuos, entre ellos una arcilla azul muy especial. A mí me recuerda mucho a una arcilla de ese color que se podía encontrar en algunas zonas del interior del país y que solía usarse para hacer ladrillos, sobre todo hace años, cuando todavía no había métodos más modernos de fabricación. Bueno, lo que importa es que cogí toda la arcilla que pude, antes de que el mar se la volviera a llevar, y que me he puesto a modelar con ella una figura completamente distinta de otras esculturas mías. La titulo provisionalmente «Diosa Marina» y estoy entusiasmado porque promete mucho. Cuando vengas la semana que viene, estoy seguro de que te gustará todavía más que mi Rima.

Contrariamente a sus suposiciones, sin embargo, la nueva estatua de Corey me produjo una extraña repulsión desde el primer momento que la vi. Representaba una figura esbelta, excepto en su estructura pélvica, que a mí me pareció demasiado pesada, y Corey había decidido dotarla de membranas entre los dedos de los pies.

— ¿Por qué? — le pregunté.

— Pues no sé bien por qué — contestó. La verdad es que no lo tenía planeado, pero me salió así.

— ¿Y de esas especies de grietas en el cuello? — me refería a una zona que parecía haber sido retocada recientemente.

Se rió con cierto embarazo y asomó a sus ojos una extraña expresión.

— También a mí me gustaría poder darte una explicación satisfactoria de esas señales — dijo —. La verdad es que ayer por la mañana, al levantarme, descubrí que había debido levantarme en sueños y ponerme a trabajar, pues ahí en el cuello, debajo de las orejas, en ambos lados, había como unas grietas que parecían..., bueno, que parecían branquias. Ahora estoy arreglando el estropicio.

— Quizá le vayan bien las branquias a una «diosa marina» — opiné.

— Yo creo que se las he debido poner en sueños por lo que oí anteayer en Innsmouth, que fui a comprar algunas cosas que me hacían falta. Nuevas habladurías sobre el clan de los Marsh. Según se decía, parece que algunos miembros de la familia vivían encerrados por propia voluntad a causa de ciertas

deformidades físicas relacionadas con una leyenda que también tenía que ver con ciertos indígenas de las islas del Pacífico. Es el típico cuento fantástico que la gente ignorante se apropia y embellece a su gusto, aunque reconozco que éste es distinto de casi todos, pues lo normal es que se ajusten a un esquema moral judeo-cristiano. Por la noche soñé con esas historias y evidentemente me levanté sonámbulo y plasmé parte del sueño en mí «Diosa Marina».

Aunque me pareció bastante extraño, no hice más comentarios sobre el incidente. Lo que decía Corey parecía lógico y me interesaban mucho más las tradiciones populares de Innsmouth que los desperfectos sufridos por la «Diosa Marina».

Además me desconcertó un tanto la visible preocupación que advertí en Corey. Mientras charlábamos del tema que fuera, se le veía animado y normal, pero no pude por menos de observar que, en cuanto se hacía un silencio en la conversación, él se quedaba pensativo y ausente, como si tuviera algo *in mente* de lo que no se atrevía a hablar; algo que le producía una angustia indefinida, pero de lo cual no sabía nada a ciencia cierta, o por lo menos tan poco que prefería no expresarlo verbalmente. Pero la preocupación se le manifestaba de diversos modos: en la mirada distante, en expresiones fugaces de desconcierto, en furtivas miradas a la lejanía del mar, en que al hablar paseaba inquieto de un lado a otro, en su forma de eludir el tema, como si aún le quedara mucho que reflexionar sobre él.

Luego he pensado que debería haber tomado entonces la iniciativa de explorar esta su preocupación que tan manifiesta me resultaba, pero no lo hice. Me pareció que no era asunto mío y que hacerle más preguntas sobre el tema equivaldría a invadir su intimidad. Aunque éramos amigos desde hacía mucho tiempo, pensé que yo no tenía ningún derecho a meterme en una cuestión que sólo le incumbía a él. Además, él no me dio pie para hacerlo.

Como supe más adelante, cuando Corey ya había desaparecido y yo tomado posesión de sus bienes -según él mismo había dejado dispuesto en un documento redactado al efecto —, fue por esta época cuando él empezó a garabatear extrañas anotaciones en un diario que llevaba y que hasta entonces

sólo le había servido para apuntar ideas y detalles relativos a su trabajo. Cronológicamente, es en este punto de la secuencia de hechos acaecidos durante los últimos meses de Jeffrey Corey donde deben insertarse dichas extrañas anotaciones.

«7 marzo. Esta noche, sueño rarísimo. Algo me impulsó a bautizar a la “Diosa Marina”. Esta mañana me encuentro la pieza húmeda en cabeza y hombros, como si lo hubiera hecho yo. Arreglo el desperfecto como si no tuviera más remedio que hacerlo, aunque tenía pensado embalar a Rima. Me preocupa lo compulsivo del asunto.»

«8 marzo. Sueño que voy nadando en compañía de hombres y mujeres qué parecen sombras. Cuando les he visto las caras me han parecido demasiado familiares, como si las hubiera visto alguna vez en un álbum antiguo. Hoy, en el drugstore de Hammond, escucho taimadas insinuaciones y sugerencias grotescas sobre los March, como siempre. Cuentan que el bisabuelo Jethro vive en el mar. ¡Y tiene branquias! Lo mismo dicen de algunos Waite , Gilman y Elliot. Me acerco a la estación de ferrocarril a preguntar una cosa y oigo la misma historia. Los nativos llevan decenios alimentándose del tema.»

«10 marzo. No cabe duda de que me he vuelto a levantar en sueños, pues han aparecido unas leves modificaciones en la “Diosa Marina”. También tiene señales como de que alguien la hubiera rodeado con los brazos. Ayer la estatua estaba seca y esas señales habría que haberlas hecho con un cincel. Pero parece como si las hubieran *imprimido en arcilla blanda*. Toda la obra estaba *húmeda* esta mañana.»

«11 marzo. Experiencia nocturna realmente extraordinaria. Quizá el sueño más intenso de toda mi vida, por lo menos el más erótico. Casi no puedo todavía acordarme de él sin excitarme. He soñado que una mujer *desnuda* se me metía en la cama, cuando yo ya estaba acostado, y se quedaba allí hasta el amanecer. Ha sido una noche de amor (o tal vez sea más correcto decir de lujuria) como no había conocido desde París. ¡Y tan real como aquellas noches del Barrio Latino! Quizá demasiado real, porque me he levantado exhausto.

Además, he debido tener un dormir muy inquieto, porque la cama estaba completamente deshecha.»

«12 marzo. Idéntico sueño. Exhausto.»

« 13 marzo. Vuelvo a soñar que nado. En las profundidades del mar. Al fondo del abismo, una ciudad. ¿Ryeh, R'lyeh? ¿Algo llamado “Gran Thooloo”?»

De estos sueños, de estos extraños asuntos, apenas habló Corey cuando estuve visitándole en marzo. Yo le había encontrado un poco tenso y él lo achacó a que no dormía muy bien. Dijo que no descansaba, por pronto que se acostara. También me preguntó entonces si había oído alguna vez las palabras «Ryeh» o «Thooloo» y yo, naturalmente, le contesté que no. Sin embargo, al segundo día de estar allí tuve ocasión de volverlas a oír.

Habíamos ido a Innsmouth, lo cual suponía un paseíto en coche de unas cinco millas, y no tardé en darme cuenta de que el verdadero motivo de ir no era comprar provisiones, como me había dicho Corey. Estaba clarísimo que Corey iba de caza. Sin duda había decidido averiguar todo lo que pudiera de su familia y, con esta finalidad, recorrió diversos puntos de la población, desde el *drugstore* de Ferrand hasta la biblioteca pública, cuyo anciano bibliotecario mostró una extraordinaria reserva en lo tocante a las viejas familias de Innsmouth y alrededores. Sin embargo, mencionó los nombres de dos viejos de la localidad que habían conocido a algunos Marsh, Gilman y Waite de su época. Era posible encontrarlos a cualquier hora en cierto bar de Washington Street.

Por muy deteriorado que estuviese, Innsmouth es la clase de pueblo que fascina inevitablemente a todo el que se interesa por la arqueología y la arquitectura, pues tiene más de cien años y la mayoría de sus edificios — exceptuando los del barrio de los negocios — datan de muchos decenios antes del cambio de siglo. Aunque muchos de ellos estaban desiertos y algunos incluso en ruinas, los rasgos arquitectónicos de las casas reflejan una cultura desaparecida hace ya tiempo de la escena americana.

A medida que nos acercábamos a la zona portuaria, por Washington Street, se veían más pruebas evidentes de la reciente catástrofe. Había edificios en ruinas -«dinamitados por los federales, según me han contado», dijo Corey —

y nadie se había esforzado mucho en arreglar los desperfectos, pues todavía quedaban bocacalles totalmente bloqueadas por los escombros. Ya en los muelles, parecía que habían destruido una calle entera, por lo menos toda una fila de viejos edificios que en su día habían servido de almacenes del puerto, aunque hacía mucho tiempo que estaban abandonados. Al acercarnos a la orilla del mar, todo lo invadió un hedor empalagoso y nauseabundo de claro origen marino. Era más intenso que el olor a pescado podrido que se produce a veces en las aguas estancadas de la costa, o también del interior.

Según Corey, la mayoría de los almacenes volados había sido propiedad de Marsh; se había enterado en el drugstore de Ferrand. En realidad, los miembros de las familias Waite, Gilman y Lliott habían sufrido muy pocas pérdidas. Casi toda la fuerza de la expedición federal había recaído sobre las propiedades de los Marsh. Sin embargo, había sido respetada la Marsh Refining Company, que se dedicaba a manufacturar lingotes de oro y todavía daba empleo a algunos de los lugareños que no vivían de la pesca. Pero la Marsh Refining Company ya no dependía directamente de ningún miembro del clan Marsh.

El bar — cuando por fin llegamos — era del siglo pasado y resultaba evidente que en él no se había introducido ninguna mejora desde entonces. Detrás del mostrador había un individuo desaliñado leyendo el Arkham Advertiser, y en la barra, al fondo, había un par de viejos sentados, uno de ellos dormido.

Corey pidió una copa de brandy y yo otra.

El hombre del mostrador no disimuló su cauto interés hacia nuestras personas.

— ¿Seth Akins? — preguntó Corey.

El hombre señaló con la cabeza a su parroquiano dormido.

— ¿Qué suele beber? — volvió a preguntar Corey.

— De todo.

— Póngale otro brandy.



El tabernero sirvió el brandy en una copa mal lavada y la depositó en el mostrador. Corey la llevó hasta donde estaba el viejo dormido, se sentó junto a él y le despertó.

— Bébase una copa conmigo — le invitó.

El viejo levantó la vista, revelando un rostro hirsuto y unos ojos legañosos bajo la mata de pelo enmarañado y cano. Vio el brandy, lo cogió, con sonrisa incierta, y se lo bebió.

Corey empezó a interrogarle como si sólo pretendiera charlar un rato con un viejo habitante de Innsmouth. Al principio se refirió en términos generales al pueblo y a la comarca que se extendía a su alrededor entre Arkham y Newburyport. Akins habló con entera libertad. Corey le invitó a otra copa y luego a otra.

Pero la locuacidad de Akins desapareció en cuanto Corey le mencionó a las antiguas familias, especialmente a los Marsh. El viejo adoptó una actitud claramente cautelosa y de vez en cuando lanzó fugaces miradas a la puerta, como si le hubiera gustado escapar de la situación. Corey, sin embargo, le apretó bien las clavijas y Akins terminó por ceder.

— Bueno, supongo que ya no importa hablar — dijo por fin —. Casi todos los Marsh se han ido desde que vinieron los federales hace un mes. Y nadie sabe adónde, pero no han vuelto. — El viejo empezó a irse por las ramas, pero por fin, después de muchos circunloquios, abordó el tema del comercio con las Indias orientales —: El que empezó el negocio fue el capitán Obed Marsh, que algo se traía entre manos con aquellos indios orientales. Se trajeron algunas mujeres de allí y las tenían en la casa grande que había construido. Y después, a los jóvenes Marsh, se les puso esa pinta extraña y les dio por irse nadando al Arrecife del Diablo y se estaban allí horas enteras y no es normal pasar tanto tiempo bajo el agua. El capitán Obed se casó con una de esas mujeres y los jóvenes Marsh se fueron a las Indias orientales y trajeron más. El negocio de los Marsh no se vino abajo como otros. Los tres barcos del capitán Obed, que eran el bergantín Columbia, el pailebote Sumatra Queen y otro bergantín, el Hetty, navegaron por los océanos sin sufrir un solo accidente. Y esa gente, o sea, los

orientales y los Marsh, empezaron una especie de religión nueva que la llamaban Orden de Dagón. Y se hablaba mucho de ellos en voz baja y de lo que pasaba en sus reuniones, y los jóvenes, bueno, a lo mejor se perdieron, pero el caso es que nadie los volvió a ver. Y luego, ya sabe, pues por entonces se habló mucho de sacrificios, o sea humanos, pero no desapareció ningún Marsh ni Gilman ni Waite ni Ellioth, o sea, que ninguno de ellos se perdió o lo que fuera. Y también se murmuraban cosas de un sitio llamado «Ryeh» y de algo llamado «Thooloo», que para mi tienen que ver con ese tal Dagón....

Al llegar a este punto, Corey le interrumpió para aclarar este particular, pero el viejo no supo contestarle y yo no comprendí hasta después el motivo del súbito interés de Corey.

Akins prosiguió:

— La gente no quería tener que ver con los Marsh ni con los otros tampoco. Pero a los Marsh es a los que más se les había puesto esa pinta extraña. Algunos se pusieron tan terribles que no los sacaban de casa sino de noche, y se pasaban todo el tiempo nadando en la mar. Nadaban como peces, según decían, que yo no lo vi. Ya la gente, de estas cosas ni hablaba, porque vimos que el que hablaba demasiado desaparecía como aquellos jóvenes y nunca se volvía a saber de él.

El capitán Obed aprendió muchas cosas en Ponapé, que se las enseñaron los canacos, y eran cosas sobre unos que los decían «los profundos», que vivían debajo del agua. Y se trajo toda clase de figurillas y tallas que representaban peces y otras cosas marinas que no eran peces y que Dios sabe lo que eran.

— ¿Qué hizo con esas tallas? — intervino Corey.

— Las que no llevó al Templo de Dagón, las vendió. Y a buen precio, que ya lo creo que se las pagaron bien. Pero ya no quedan. Y tampoco hay ya Orden de Dagón y no se ha vuelto a ver a los Marsh por estos alrededores desde que dinamitaron los almacenes. Y no los arrestaron a todos, no señor. Dicen que los Marsh que quedaban se fueron a la orilla de la mar y se metieron en el agua y se ahogaron — el viejo soltó una carcajada áspera —, pero nadie ha visto ningún cadáver de los Marsh, ningún cuerpo ha aparecido en la orilla.

Al llegar a este punto de la narración, ocurrió un incidente verdaderamente singular. De pronto, el viejo se fijó en mi compañero, abrió los ojos desmesuradamente, dejó caer la quijada y le empezaron a temblar las manos. Durante unos instantes quedó como congelado en la misma postura. Pero al momento se bajó del taburete, giró y corrió tambaleándose a la calle con un grito largo y desesperado que pronto fue barrido por el viento invernal.

Decir que quedamos asombrados sería poco. La súbita huida de Seth Akins había sido tan inesperada que Corey y yo nos miramos atónitos. No fue sino algún tiempo después cuando se me ocurrió que la supersticiosa mente de Akins debía haber flaqueado al ver las extrañas arrugas que tenía Corey en el cuello, debajo de las orejas. En el curso del diálogo con el viejo, la gruesa bufanda con que Corey se protegía del frío viento de marzo se había ido aflojando y, por fin, se había escurrido del todo, dejando a la vista esa zona de piel espesa y como agrietada que siempre había formado parte del cuello de Jeffrey Corey dándole cierta apariencia de vejez.

No se me ofreció ninguna otra explicación, pero no se la mencioné a mi amigo por no alterarle más, que bastante lo estaba ya.

— ¡Vaya galimatías! — exclamé cuando nos vimos de nuevo en Washington Street.

Corey afirmó con la cabeza, pero me di cuenta de que algunos aspectos de la narración del viejo le habían impresionado, y no gratamente por cierto. Consiguió sonreír sin ningún entusiasmo y, como respuesta a mis ulteriores comentarios, se limitó a encogerse de hombros, como si no quisiera hablar de lo que habíamos oído contar a Akins.

Durante toda la velada estuvo llamativamente silencioso y preocupado. Recuerdo que me sentí algo molesto al notar que no quería compartir conmigo la carga secreta que le abrumaba. Pero, naturalmente, sospecho que sus propios pensamientos le debían parecer tan fantásticos e increíbles que prefirió no comunicármelos por si hacía el ridículo ante mí. Así, pues, tras hacerle varias preguntas de tanteo y comprobar que las eludía, no volví a tocar el tema de Seth Akins y las leyendas de Innsmouth.

A la mañana siguiente regresé a Nueva York.

*Nuevas citas textuales del Diario de Jeffrey Corey*

«18 marzo. Esta mañana me despierto convencido de que no he dormido solo. Señales en almohada y cama. Habitación y cama muy *húmedas*, como si una persona empapada se hubiera acostado junto a mí. Sé intuitivamente que era una mujer. ¿Pero *cómo*? Me asusta pensar que la locura de los Marsh se esté empezando a apoderar de mí. *Pisadas* en el suelo.»

«19 marzo. ¡Ha desaparecido la “Diosa Marina”! La puerta está abierta. Durante la noche ha debido entrar alguien y llevársela. El dinero que le puedan dar por ella no compensa el riesgo. No se han llevado nada más.»

«20 marzo. Me he pasado la noche soñando todo lo que dijo Seth Akins. ¡He visto al capitán Obed en el fondo del mar! Ancianísimo. ¡*Con branquias*! Buceaba hasta muy por debajo de la superficie del Atlántico, más allá del Arrecife del Diablo. Muchos más, hombres y mujeres. ¡El aspecto inconfundible de los Marsh! ¡Oh, el poder y la gloria!»

«21 marzo. Noche del equinoccio. Un dolor pulsátil en el cuello durante toda la noche. No he podido dormir. Me he levantado y he dado un paseo hasta el mar. ¡Cómo me atrae el mar! Nunca me había dado cuenta como ahora. Y, sin embargo, recuerdo que ya de niño — ¡y en mitad del continente! — me gustaba jugar a que *oía* el sonido del mar, el romper de las olas, el silbido del viento sobre las aguas. Todavía me queda una sensación tremenda de que algo va a pasar.»

Con esta misma fecha — 21 de marzo — me escribió Corey su última carta. En ella no decía nada de los sueños, pero sí del dolor del cuello:

«No es de la garganta, eso está claro. No me cuesta tragar. Parece que el dolor se localiza en esa zona de piel gruesa, o rugosa, o agrietada, como quieras llamarla, que tengo debajo de las orejas. Pero no te lo puedo describir. No es como el dolor de una tortícolis, o de una rozadura, o de un golpe. Es como si la piel se me fuera a romper hacia fuera, pero al mismo tiempo llega hasta muy hondo. Y, además, no puedo quitarme de la cabeza que esta a punto de pasarme

algo. Algo que temo y deseo a la vez. Me obsesiona un concepto que yo denomino, a falta de otras palabras, *conciencia ancestral*. »

Le contesté aconsejándole que fuera a un médico y prometiéndole que iría a visitarle a primeros de abril.

Pero para entonces Corey había desaparecido.

Había pruebas de que había bajado a la orilla y penetrado en el océano, aunque no era posible determinar si su intención había sido la de nadar o la de quitarse la vida. Se descubrieron huellas de sus pies desnudos en lo que quedaba de aquella extraña arcilla arrojada en febrero por el mar, pero no había pisadas de vuelta. No había dejado ningún mensaje de despedida, pero sí instrucciones para mí sobre la forma de disponer de sus efectos. Me nombraba administrador de sus bienes, lo que parecía indicar que tampoco él debía tenerlas todas consigo.

Se buscó el cuerpo de Corey — aunque sin gran entusiasmo — a lo largo de la costa, lo mismo a un lado que a otro de Innsmouth, pero la búsqueda resultó infructuosa. Al presidente del comité de encuesta no le fue difícil dictaminar que Corey había hallado la muerte por imprudencia.

La reseña de los hechos que parecen relacionados con el misterio de esta desaparición no debe finalizarse sin añadir un sucinto relato de lo que vi en el Arrecife del Diablo el día 17 de abril, al atardecer.

Era un crepúsculo apacible. El mar parecía un espejo y no corría ni un soplo de viento. Yo estaba terminando de arreglar los asuntos de Corey y me apeteció remar un rato en el mar. Las habladurías relativas al Arrecife del Diablo me llevaron inevitablemente hacia lo que quedaba de él: unas pocas rocas melladas y rotas que sobresalían de la superficie, cuando la marea estaba baja, a una milla larga del pueblo.

El sol se había puesto, por el cielo de occidente se extendía un suave resplandor y el mar tenía un color cobalto profundo hasta donde alcanzaba la vista.

Acababa de llegar al arrecife cuando se produjo un gran alboroto en el agua. La superficie marina se quebró en muchos lugares. Me detuve y permanecí

inmóvil, esperando que una escuela de delfines emergiera de un momento a otro y disfrutando anticipadamente del espectáculo.

Pero no eran delfines. Eran ciertos moradores del mar de cuya existencia yo no tenía conocimiento. Realmente, a la menguante luz del crepúsculo, los escamosos nadadores parecían peces humanos. Excepto una pareja, los demás permanecieron alejados del bote donde yo estaba.

Aquella pareja — una hembra de extraño color arciloso y un macho — llegaron a acercarse bastante al bote, desde donde yo los miraba con una mezcla de sentimientos a la que no era ajena esa clase de terror que hunde sus raíces en un profundo temor a lo desconocido. Pasaron nadando cerca de mí, emergiendo y sumergiéndose, y cuando se alejaban, el más claro de piel se volvió hacia mí y me dirigió una mirada deliberada mientras emitía un extraño sonido gutural que no dejaba de guardar cierta semejanza con mi nombre: «¡Jack!» Me quedé con la clara e inconfundible convicción de que *aquella criatura marina con branquias tenía la cara de Jeffrey Corey*.

Todavía sueño con ella.

---

## HERBERT WEST: REANIMADOR

---

H. P. Lovecraft<sup>30</sup>

### I. DE LA OSCURIDAD

De Herbert West, amigo mío durante el tiempo de la universidad y posteriormente, no puedo hablar sino con extremo terror. Terror que no se debe totalmente a la forma siniestra en que desapareció recientemente, sino que tuvo origen en la naturaleza entera del trabajo de su vida, y adquirió gravedad por primera vez hará más de diecisiete años, cuando estábamos en tercer año de nuestra carrera, en la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic de

---

<sup>30</sup> Herbert West: Reanimador (1922).

Arkham. Mientras estuvo conmigo, lo prodigioso y diabólico de sus experimentos me tuvieron completamente fascinado, y fui su más íntimo compañero. Ahora que ha desaparecido y se ha roto el hechizo, mi miedo es aún mayor. Los recuerdos y las posibilidades son siempre más terribles que la realidad.

El primer incidente horrible durante nuestra amistad supuso la mayor impresión que yo había llevado hasta entonces, y me cuesta tenerlo que repetir. Ocurrió, como digo, cuando estábamos en la Facultad de Medicina, donde West se había hecho ya famoso con sus descabelladas teorías sobre la naturaleza de la muerte y la posibilidad de vencerla artificialmente. Sus opiniones, muy ridiculizadas por el profesorado y los compañeros, giraban en torno a la naturaleza esencialmente mecanicista de la vida, y se referían al modo de poner en funcionamiento la maquinaria orgánica del ser humano mediante una acción química calculada, después de fallar los procesos naturales. Con el fin de experimentar diversas soluciones reanimadoras, había matado y sometido a tratamiento a numerosos conejos, cobayas, gatos, perros y monos, hasta convertirse en la persona más enojosa de la Facultad. Varias veces había logrado obtener signos de vida en animales supuestamente muertos; en muchos casos, signos violentos de vida; pero pronto se dio cuenta de que la perfección, de ser efectivamente posible, comportaría necesariamente toda una vida dedicada a la investigación. Así mismo, vio claramente que, puesto que la misma solución no actuaba del mismo modo en diferentes especies orgánicas, necesitaba disponer de sujetos humanos si quería lograr nuevos y más especializados progresos. Y aquí es donde chocó, con las autoridades universitarias, y le fue retirado el permiso para efectuar experimentos, nada menos que por el propio decano de la Facultad de Medicina, el sabio y bondadoso doctor Allan Hales, cuya obra en pro de los enfermos es recordada por todos los vecinos antiguos de Arkham.

Yo siempre me había mostrado excepcionalmente tolerante con los trabajos de West, y a menudo hablábamos de sus teorías, cuyas derivaciones y corolarios eran casi infinitos. Sosteniendo con Haeckel que toda vida es un proceso químico y físico, y que la supuesta "alma" es un mito, mi amigo creía

que la reanimación artificial de los muertos podía depender sólo del estado de los tejidos; y que, a menos que se hubiese iniciado una verdadera descomposición, todo cadáver totalmente dotado de órganos era susceptible de recibir mediante el adecuado tratamiento, esa condición peculiar que se conoce como vida. West comprendía perfectamente que el más ligero deterioro de las células cerebrales ocasionadas por un período letal incluso fugaz podía dañar la vida intelectual y psíquica.

Al principio, tenía esperanzas de encontrar un reactivo capaz de restituir la vitalidad antes de la verdadera aparición de la muerte, y solo los repetidos fracasos en animales le habían revelado que eran incompatibles los movimientos vitales naturales y los artificiales. Entonces se procuró ejemplares extremadamente frescos y les inyectó sus soluciones en la sangre, inmediatamente después de la extinción de la vida. Tal circunstancia volvió enormemente escépticos a los profesores, ya que entendieron que en ningún caso se había producido una verdadera muerte. No se pararon a considerar la cuestión detenida y razonablemente.

Poco después de que el profesorado le prohibiese continuar sus trabajos, West me confió su decisión de conseguir ejemplares frescos de una manera o de otra, y reanudar en secreto los experimentos que no podía realizar abiertamente. Era horrible oírle hablar sobre el medio y manera de conseguirlos; en la Facultad nunca habíamos tenido que ocuparnos nosotros de allegar ejemplares para las prácticas de anatomía. Cada vez que mermaba el depósito, dos negros de la localidad se encargaban de subsanar este déficit sin que se les preguntase jamás su procedencia. West era por entonces un joven, delgado y con gafas, de facciones delicadas, pelo amarillo, ojos azul pálido y voz suave; y era extraño oírle explicar cómo la fosa común era relativamente más interesante que el cementerio perteneciente a la Iglesia de Cristo dado que casi todos los cuerpos de la Iglesia de Cristo estaban embalsamados; lo cual, evidentemente, hacía imposibles las investigaciones de West.

Por entonces era yo su ferviente y cautivado auxiliar, y le ayude en todas sus decisiones; no sólo en las que se referían a la fuente de abastecimiento de



cadáveres, sino también en las concernientes al lugar adecuado, para nuestro repugnante trabajo. Fui yo quien pensó en la granja deshabitada de Chapman, al otro lado de Meadow Hill; allí habilitamos una habitación de la planta baja para sala de operaciones y otra para laboratorio, dotándolas de gruesas cortinas, a fin de ocultar nuestras actividades nocturnas. El lugar estaba retirado de la carretera, y no había casas a la vista; de todos modos, había que extremar las precauciones, ya que el más leve rumor sobre extrañas luces que cualquier caminante nocturno hiciese correr podía resultar catastrófico para nuestra empresa. Si llegaban a descubrirnos, acordamos decir que se trataba de un laboratorio químico.

Poco a poco equipamos nuestra siniestra guarida científica, con materiales comprados en Boston o sacados a escondidas de la facultad - materiales cuidadosamente camuflados, a fin de hacerlos irreconocibles, salvo para unos ojos expertos -, y nos proveímos de palas y picos para los numerosos enterramientos que tendríamos que efectuar en el sótano. En la facultad había un incinerador, pero un aparato de ese género era demasiado costoso para un laboratorio clandestino como el nuestro. Los cuerpos eran siempre un engorro... incluso los minúsculos cadáveres de cobaya de los experimentos secretos que West realizaba en su habitación de la pensión donde vivía.

Seguíamos las noticias necrológicas locales como vampiros, ya que nuestros ejemplares requerían condiciones determinadas. Lo que queríamos eran cadáveres enterrados poco después de morir y sin preservación artificial alguna; preferiblemente, exentos de malformaciones morbosas y, desde luego, con todos los órganos. Nuestras mayores esperanzas estaban en las víctimas de accidentes. Durante varias semanas no tuvimos noticias de ningún caso apropiado, aunque hablábamos con las autoridades del depósito y del hospital, fingiendo representar los intereses de la facultad, si bien con no demasiada frecuencia en todos los casos, de manera que quizá necesitáramos quedarnos en Arkham durante las vacaciones, en que sólo se impartían las limitadas clases de los cursos de verano. Al final nos sonrió la suerte; pues un día nos enteramos de que iban a enterrar en la fosa común un caso casi ideal: un obrero joven y fornido que se había ahogado el día anterior en Summer's Pond, al que habían enterrado sin dilaciones ni

embalsamamientos, por cuenta de la ciudad. Esa tarde localizamos la nueva sepultura, y decidimos empezar a trabajar poco después de la medianoche.

Fue una labor repugnante la que acometimos en la oscuridad de las primeras horas de la madrugada, aún cuando en aquella época no teníamos ese horror especial a los cementerios que nuestras experiencias posteriores nos despertó. Llevamos palas y lámparas de petróleo porque, si bien ya habían linternas eléctricas entonces, no eran tan satisfactorias como esos aparatos de tungsteno de hoy día. El trabajo de exhumación fue lento y sórdido - podía haber sido horriblemente poético, si en vez de científicos hubiéramos sido artistas -; y sentimos alivio cuando nuestras palas chocaron con madera. Una vez que la caja de pino quedó enteramente al descubierto bajo West, quitó la tapa, saco el contenido y lo dejó apoyado. Me incliné, lo agarré, y entre los dos lo sacamos de la fosa; a continuación trabajamos denodadamente para dejar el lugar como antes. La empresa nos había puesto algo nerviosos; sobre todo, el cuerpo tieso y la cara inexpresiva de nuestro primer trofeo; pero nos las arreglamos para borrar todas las huellas de nuestra visita. Cuando quedó aplanada la última paletada de tierra, metimos el ejemplar en un saco de lienzo y emprendimos el regreso hacia la granja del viejo Chapman, al otro lado de Meadow Hill.

En una improvisada mesa de disección instalada en la vieja granja, a la luz de una potente lámpara de acetileno, el ejemplar no ofrecía un aspecto demasiado espectral. Había sido un joven robusto y poco imaginativo, al parecer un tipo saludable, y plebeyo - constitución ancha, ojos grises y cabello castaño -; un animal sano, sin complejidades psicológicas, y probablemente con unos procesos vitales de lo más simple y sanos. Ahora bien, con los ojos cerrados, parecía más dormido que muerto; sin embargo, la prueba experta de mi amigo dispuso en seguida toda duda al respecto. Al fin teníamos lo que West siempre había deseado: un muerto verdaderamente ideal, apto para la solución que habíamos preparado con minuciosos cálculos y teorías; a fin de utilizar en el organismo humano. Nuestra tensión era enorme. Sabíamos que las posibilidades de lograr un éxito completo eran remotas, y no podíamos reprimir un miedo horrible a las grotescas consecuencias de una posible animación parcial. Nos

sentíamos especialmente aprensivos en lo que se refiera a la mente y a los impulsos de la criatura, ya que podía haber sufrido un deterioro en las delicadas células cerebrales con posterioridad a la muerte. Por lo que a mí respecta, aún conservaba una curiosa noción tradicional del "alma" humana, y sentía cierto temor ante los secretos que podía revelar alguien que regresaba del reino de los muertos. Me preguntaba qué visiones podía haber presenciado este plácido joven, si volvía plenamente a la vida. Pero mi expectación no era excesiva, ya que compartía casi en su mayor parte el materialismo de mi amigo. Él se mostró más tranquilo que yo al inyectar una buena dosis de su fluido en una vena del brazo del cadáver, y vendar inmediatamente el pinchazo.

La espera fue espantosa, pero West no perdió el aplomo en ningún momento. De cuando en cuando, aplicaba su estetoscopio al ejemplar, y soportaba filosóficamente los resultados negativos. Al cabo de unos tres cuartos de hora, viendo que no se producía el menor signo de vida, declaró decepcionado que la solución era inapropiada; sin embargo decidió aprovechar al máximo esta oportunidad, y probar una modificación de la formula, antes de deshacerse de su macabra presa. Esa tarde habíamos cavado una sepultura en el sótano, y tendríamos que llenarla al amanecer, pues aunque habíamos puesto cerradura a la casa, no queríamos correr el más mínimo riesgo de que se produjera un desagradable descubrimiento. Además, el cuerpo no estaría ni medianamente fresco a la noche siguiente. De modo que trasladamos la solitaria lámpara de acetileno al laboratorio contiguo - dejando a nuestro mudo huésped a oscuras sobre la losa - y nos pusimos a trabajar en la preparación de una nueva solución, tras comprobar West el peso y las mediciones casi con fanático cuidado.

El espantoso suceso fue repentino y totalmente inesperado. Yo estaba vertiendo algo de un tubo de ensayo a otro, y West se encontraba ocupado con la lámpara de alcohol - que hacía las veces de mechero Bunsen en ese edificio sin instalación de gas -, cuando de la habitación que habíamos dejado a oscuras brotó la más horrenda y demoníaca sucesión de gritos jamás oída por ninguno de los dos. No habría sido más espantoso el caos de alaridos si el abismo se hubiese abierto para liberar la angustia de los condenados, ya que en aquella cacofonía

inconcebible se concentraba el supremo terror y desesperación de la naturaleza animada. No podían ser humanos - un hombre no es capaz de proferir gritos así -; y sin pensar en el trabajo que estábamos realizando, ni en la posibilidad de que lo descubrieran, saltamos los dos por la ventana más próxima como animales despavoridos, derribando tubos, lámparas y matraces, y huyendo alocadamente a la estrellada negrura de la noche rural. Creo que gritamos mientras corríamos frenéticamente hacia la ciudad; aunque al llegar a las afueras adoptamos una actitud más contenida... lo suficiente como para pasar por un par de juguistas trasnochadores que regresaban a casa después de una francachela.

No nos separamos, sino que nos refugiamos en la habitación de West, y allí estuvimos hablando, con la luz de gas encendida, hasta que amaneció. A esa hora nos habíamos serenado un poco discurriendo teorías plausibles y sugiriendo ideas prácticas para nuestra investigación, de forma que pudimos dormir todo el día, en lugar de asistir a clase. Pero esa tarde aparecieron dos artículos en el periódico, sin relación alguna entre sí, que nos quitaron el sueño. La vieja casa deshabitada de Chapman había ardido inexplicablemente, quedando reducida a un informe montón de cenizas; eso lo entendíamos, ya que habíamos volcado la lámpara. El otro, informaba que habían intentado abrir la reciente sepultura de la fosa común, como si hurgado en la tierra vanamente y sin herramientas. Esto nos resultaba incomprensible, ya que habíamos aplanado muy cuidadosamente la tierra húmeda.

Y durante diecisiete años, West anduvo mirando por encima del hombro, y quejándose de que le parecía oír pasos detrás de él. Ahora ha desaparecido.

## II. EL DEMONIO DE LA PESTE

Jamás olvidaré aquel espantoso verano, hace dieciséis años, en que, como un demonio maligno de las moradas de Eblis, se propagó el tifus solapadamente por toda Arkham. Muchos recuerdan ese año por dicho azote satánico, ya que un auténtico terror se cernió con membranosas alas sobre los ataúdes amontonados en el cementerio de la Iglesia de Cristo; sin embargo, hay un horror mayor aún que data de esa época: un horror que sólo yo conozco, ahora

que Herbert West ya no está en este mundo.

West y yo hacíamos trabajo de postgraduación en el curso de verano de la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, y mi amigo había adquirido gran notoriedad debido a sus experimentos encaminados a la revivificación de los muertos. Tras la matanza científica de innumerables bestezuelas, la monstruosa labor quedó suspendida aparentemente por orden de nuestro escéptico decano, el doctor Allan Halsey; pero West había seguido realizando ciertas pruebas secretas en la sórdida pensión donde vivía, y en una terrible e inolvidable ocasión se había apoderado de un cuerpo humano de la fosa común, transportándolo a una granja situada a otro lado de Meadow Hill.

Yo estuve con él en aquella ocasión, y le vi inyectar en las venas exánimes el elixir que según él, restablecería en cierto modo los procesos químicos y físicos. El experimento había terminado horriblemente - en un delirio de terror que poco a poco llegamos a atribuir a nuestros nervios sobreexcitados -, West ya no fue capaz de librarse de la enloquecedora sensación de que le seguían y perseguían. El cadáver no estaba lo bastante fresco; es evidente que para restablecer las condiciones mentales normales el cadáver debe ser verdaderamente fresco; por otra parte, el incendio de la vieja casa nos había impedido enterrar el ejemplar. Habría sido preferible tener la seguridad de que estaba bajo tierra.

Después de esa experiencia, West abandonó sus investigaciones durante algún tiempo: pero lentamente recobró su celo de científico nato, y volvió a importunar a los profesores de la Facultad pidiéndoles permiso para hacer uso de la sala de disección y ejemplares humanos frescos para el trabajo que él consideraba tan tremendamente importante. Pero sus súplicas fueron completamente inútiles, ya que la decisión del doctor Halsey fue inflexible, y todos los demás profesores apoyaron el veredicto de su superior. En la teoría fundamental de la reanimación no veían sino extravagancias inmaduras de un joven entusiasta cuyo cuerpo delgado, cabello amarillo, ojos azules y miopes, y suave voz no hacían sospechar el poder supranormal - casi diabólico - del cerebro que albergaba en su interior. Aún le veo como era entonces y me estremezco. Su

cara se volvió más severa, aunque no más vieja. Y ahora Sefton carga con la desgracia, y West ha desaparecido.

West chocó desagradablemente con el Doctor Halsey casi al final de nuestro último año de carrera, en una disputa que le reportó menos prestigio a él que al bondadoso decano en lo que a cortesía se refiere. Afirmaba que este hombre se mostraba innecesariamente e irracionalmente grande; una obra que deseaba comenzar mientras tenía la oportunidad de disponer de las excepcionales instalaciones de la facultad. El que los profesores, apegados a la tradición ignorasen los singulares resultados tenidos en animales, y persistiesen en negar la posibilidad de reanimación, era indeciblemente indignante, y casi incomprensibles para un joven del temperamento lógico de West. Sólo una mayor madurez podía ayudarle a entender las limitaciones mentales crónicas del tipo "doctor-profesor", producto de generaciones de puritanos mediocres, bondadosos, conscientes, afables, y corteses, a veces, pero siempre rígidos, intolerantes, esclavos de las costumbres y carentes de perspectivas. El tiempo es más caritativo con estas personas incompletas aunque de alma grande, cuyo defecto fundamental, en realidad, es la timidez, y las cuales reciben finalmente el castigo de la irrisión general por sus pecados intelectuales: su ptolemismo, su calvinismo, su antidarwinismo, su antinietzaheísmo, y por toda clase de sabbatarinismo y leyes suntuarias que practican. West, joven a pesar de sus maravillosos conocimientos científicos, tenía escasa paciencia con el buen doctor Halsey y sus eruditos colegas, y alimentaba un rencor cada vez más grande, acompañado de un deseo de demostrar la veracidad de sus teorías a estas obtusas dignidades de alguna forma impresionante y dramática. Y como la mayoría de los jóvenes, se entregaban a complicados sueños de venganza, de triunfo y de magnánima indulgencia final.

Y entonces había surgido el azote, sarcástico y letal, de las cavernas pesadillescas del Tártaro. West y yo nos habíamos graduado cuando empezó, aunque seguíamos en la Facultad, realizando un trabajo adicional del curso de verano, de forma que aún estábamos en Arkham cuando se desató con furia demoníaca en toda la ciudad. Aunque todavía no estábamos autorizados para

ejercer, teníamos nuestro título, y nos vimos frenéticamente requeridos a incorporarnos al servicio público, al aumentar él numero de los afectados. La situación se hizo casi incontrolable, y las defunciones se producían con demasiada frecuencia para que las empresas funerarias de la localidad pudieran ocuparse satisfactoriamente de ellas. Los entierros se efectuaban en rápida sucesión, sin preparación alguna, y hasta el cementerio de la Iglesia de Cristo estaba atestado de ataúdes de muertos sin embalsamar. Esta circunstancia no dejó de tener su efecto en West, que a menudo pensaba en la ironía de la situación: tantísimos ejemplares frescos, y sin embargo, ¡ninguno servía para sus investigaciones!. Estábamos tremendamente abrumados de trabajo, y una terrible tensión mental y nerviosa sumía a mi amigo en morbosas reflexiones.

Pero los afables enemigos de West no estaban enfrascados en agobiantes deberes. La facultad había sido cerrada, y todos los doctores adscritos a ella colaboraban en la lucha contra la epidemia de tifus. El doctor Halsey, sobre todo, se distinguía por su abnegación, dedicando toda su enorme capacidad, con sincera energía, a los casos que muchos otros evitaban por el riesgo que representaban, o por juzgarlos desesperados. Antes de terminar el mes, el valeroso decano se había convertido en héroe popular aunque el no parecía tener conciencia de su fama, y se esforzaba en evitar el desmoronamiento por cansancio físico y agotamiento nervioso. West no podía por menos de admirar la fortaleza de su enemigo; pero precisamente por esto estaba más decidido aún a demostrarle la verdad de sus asombrosas teorías. Una noche, aprovechando la desorganización que reinaba en el trabajo de la Facultad y las normas sanitarias municipales, se las arregló para introducir camufladamente el cuerpo de un recién fallecido en la sala de disección, y le inyectó en mi presencia una nueva variante de su solución. El cadáver abrió efectivamente los ojos, aunque se limitó a fijarlos en el techo con expresión de paralizado horror, antes de caer en una inercia de la que nada fue capaz de sacarle, West dijo que no era su suficientemente fresco; el aire caliente del verano no beneficia los cadáveres. Esa vez estuvieron a punto de sorprendernos antes de incinerar los despojos, y West no consideró aconsejable repetir esta utilización indebida del laboratorio de la

facultad.

El apogeo de la epidemia tuvo lugar en agosto. West y yo estuvimos a punto de sucumbir en cuanto al doctor Halsey falleció el día catorce. Todos los estudiantes asistieron a su precipitado funeral el día quince, y compraron una impresionante corona, aunque casi la ahogaban los testimonios enviados por los ciudadanos acomodados de Arkham y las propias autoridades del municipio. Fue casi un acontecimiento público, dado que el decano había sido un verdadero benefactor para la ciudad. Después del sepelio, nos quedamos bastantes deprimidos, y pasamos la tarde en el bar de la Comercial House, donde West, aunque afectado por la muerte de su principal adversario, nos hizo estremecer a todos hablándonos de sus notables teorías. Al oscurecerse, la mayoría de los estudiantes regresaron a sus casas o se incorporaron a sus diversas publicaciones; pero West me convenció para que le ayudase a "sacar partida de la noche". La patrona de West nos vio entrar en la habitación alrededor de las dos de la madrugada, acompañados de un tercer hombre, y le contó a su marido que se notaba que habíamos cenado y bebido demasiado bien.

Aparentemente, la avinagrada patrona tenía razón; pues hacia las tres, la casa entera se despertó con los gritos procedentes de la habitación de West, cuya puerta tuvieron que echar abajo para encontrarnos a los dos inconscientes, tendidos en la alfombra manchada de sangre, golpeados, arañados y magullados, con trozos de frascos e instrumentos esparcidos a nuestro alrededor. Sólo la ventana abierta revelaba que había sido de nuestro asaltante, y muchos se preguntaron qué le habría ocurrido, después del tremendo salto que tuvo que dar desde el segundo piso al césped. Encontraron ciertas ropas extrañas en la habitación, pero cuando West volvió en sí, explicó que no pertenecían al desconocido, sino que eran muestras recogidas para su análisis bacteriológico, lo cual formaba parte de sus investigaciones sobre la transmisión de enfermedades infecciosas. Ordenó que las quemasen inmediatamente en la amplia chimenea. Ante la policía, declaramos ignorar por completo la identidad del hombre que había estado con nosotros. West explicó con nerviosismo que se trataba de un extranjero afable al que habíamos conocido en un bar de la ciudad que no



recordábamos. Habíamos pasado un rato algo alegres y West y yo no queríamos que detuviesen a nuestro belicoso compañero.

Esa misma noche presenciamos el comienzo del segundo horror de Arkham; horror que, para mí, iba a eclipsar a la misma epidemia. El cementerio de la iglesia de Cristo fue escenario de un horrible asesinato; un vigilante había muerto a arañazos, no sólo de manera indescritiblemente espantosa, sino que había dudas de que el agresor fuese un ser humano. La víctima había sido vista con vida bastante después de la medianoche, descubriéndose el incalificable hecho al amanecer. Se interrogó al director de un circo instalado en el vecino pueblo de Bolton, pero este juró que ninguno de sus animales se había escapado de su jaula. Quienes encontraron el cadáver observaron un rastro de sangre que conducía a la tumba reciente, en cuyo cemento había un pequeño charco rojo, justo delante de la entrada. Otro rastro más pequeño se alejaba en dirección al bosque; pero se perdía enseguida.

A la noche siguiente, los demonios danzaron sobre los tejados de Arkham, y una desenfrenada locura aulló en el viento. Por la enfebrecida ciudad anduvo suelta una maldición, de la que unos dijeron que era más grande que la peste, y otros murmuraban que era el espíritu encarnado del mismo mal. Un ser abominable penetró en ocho casas sembrando la muerte roja a su paso... dejando atrás el mudo y sádico monstruo un total de diecisiete cadáveres, y huyendo después. Algunas personas que llegaron a verle en la oscuridad dijeron que era blanco y como un mono malformado o monstruo antropomorfo. No había dejado entero a nadie de cuantos había atacado, ya que a veces había sentido hambre. El número de víctimas ascendía a catorce; a las otras tres las había encontrado ya muertas al irrumpir en sus casas, víctimas de la enfermedad.

La tercera noche, los frenéticos grupos dirigidos por la policía lograron capturarlo en una casa de Crane Street, cerca del campus universitario. Habían organizado la batida con toda minuciosidad, manteniéndose en contacto mediante puestos voluntarios de teléfono; y cuando alguien del distrito de la universidad informó que había oído arañar en una ventana cerrada, desplegaron inmediatamente la red. Debido a las precauciones y a la alarma general, no hubo

más que otras dos víctimas, y la captura se efectuó sin más accidentes. La criatura fue detenida finalmente por una bala; aunque no acabó con su vida, y fue trasladada al hospital local, en medio del furor y la abominación generales, porque aquel ser había sido humano. Esto quedó claro, a pesar de sus ojos repugnantes, su mutismo simiesco, y su salvajismo demoníaco. Le vendaron la herida y trasladaron al manicomio de Sefton, donde estuvo golpeándose la cabeza contra las paredes de una celda acolchada durante dieciséis años, hasta un reciente accidente, a causa del cual escapó en circunstancias de las cuales a nadie le gusta hablar. Lo que más repugnó a quienes lo atraparon en Arkham fue que, al limpiarle la cara a la monstruosa criatura, observaron en ella una semejanza increíble y burlesca con un mártir sabio y abnegado al que habían enterrado hacia tres días: el difunto doctor Allan Halsey, benefactor público y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic.

Para el desaparecido Herbert West, y para mí, la repugnancia y el horror fueron indecibles. Aun me estremezco, esta noche, mientras pienso en todo ello, y tiemblo más aun de lo que temblé aquella mañana en que West murmuró entre sus vendajes:

- ¡Maldita sea, no estaba bastante fresco!

### **III. SEIS DISPAROS A LA LUZ DE LA LUNA**

No es corriente descargar los seis tiros de un revólver con toda precipitación, cuando uno solo habría sido sin duda suficiente; pero hubo muchas cosas en la vida de Herbert West que no eran corrientes. No es habitual, por ejemplo, que un médico recién salido de la universidad se vea obligado a ocultar los motivos que le impulsan a elegir determinada casa y consulta; sin embargo, ese fue el caso de Herbert West. Cuando obtuvimos él y yo el título de la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, y tratamos de paliar nuestra penuria instalándonos como facultativos de medicina general, tuvimos mucho cuidado en ocultar que habíamos elegido nuestra casa por su aislamiento y su proximidad al cementerio.

Un deseo de soledad de esta naturaleza rara vez carece de motivos; y

como es natural, nosotros los teníamos también. Nuestras necesidades se debían a un trabajo claramente impopular. Externamente éramos médicos tan solo; pero por debajo de esa superficie había objetivos de una importancia mucho más grande y terrible, ya que lo esencial en la vida de Herbert West era la búsqueda en las negras y prohibidas regiones de lo desconocido, en las que esperaba descubrir el secreto de la vida, y de devolver la animación perpetua al barro frío del cementerio. Una búsqueda de ese género requiere extraños materiales, entre ellos, cadáveres humanos recientes; y para mantenerse abastecido de tales elementos indispensables, uno debe vivir discretamente, y no muy lejos de un lugar de enterramientos anónimos.

West y yo nos habíamos conocido en la universidad, y fui el único que simpatizó con sus espantosos experimentos. Gradualmente me había convertido en su ayudante inesperado, y ahora que abandonábamos la Universidad teníamos que seguir juntos. No era fácil que dos doctores encontraran salida juntos; pero finalmente, por influencia de la universidad, se nos proporcionó una consulta en Bolton, pueblo industrial próximo a Arkham, la sede universitaria. Las fábricas textiles de Bolton son las más grandes del valle de Miskatonic, y sus operarios políglotas no han sido jamás pacientes gratos para los médicos de la localidad. Elegimos nuestra casa con el mayor cuidado, y adoptamos finalmente un edificio ruinoso, próximo al final de Pond Street, a cinco números de nuestro vecino más cercano. Y separada del cementerio tan sólo por una extensión de pradera cortada por una estrecha franja de espeso bosque que hay al norte. Dicha distancia era mayor de lo que hubiéramos deseado; pero no encontramos una casa más cerca, a menos que nos hubiésemos instalado en el otro lado del prado, lo que quedaba muy retirado del distrito industrial. Pero no estábamos demasiado descontentos ya que no teníamos vecinos, entre nosotros y nuestra siniestra fuente de abastecimiento. El camino era algo largo, pero podíamos transportar nuestros mudos ejemplares sin que nadie nos molestase.

Nuestro trabajo fue sorprendentemente abundante desde el principio mismo... lo bastante abundante como para satisfacer a la mayoría de los jóvenes doctores, y lo bastante abundante para resultar un aburrimiento y una pesadez

para aquellos estudiosos cuyo verdadero interés residía en otra cosa. Los trabajadores de las fabricas eran de inclinación algo turbulentas; así que además de sus numerosas necesidades de asistencia médica, sus frecuentes golpes, cuchilladas y pependencias nos daban mucho trabajo. Pero lo que verdaderamente acaparaba nuestro interés era el laboratorio secreto que habíamos instalado en el sótano: un laboratorio con su mesa larga bajo las luces eléctricas donde, en las primeras horas de la madrugada, inyectábamos a menudo las diversas soluciones de West en las venas de los despojos que sacábamos de la fosa común. West experimentaba, febrilmente, tratando de encontrar algo que pusiese en marcha de nuevo los movimientos vitales, tras haberlos interrumpido ese fenómeno que llamamos muerte; pero chocaba con los más horrorosos obstáculos. La solución debía tener una composición especial según los distintos tipos: la que servía para los conejillos de Indias no valía para los seres humanos, y cada clase requería sensibles modificaciones.

Los cuerpos tenían que ser excepcionalmente frescos, dado que una ligera descomposición del tejido cerebral hacía imposible que la reanimación fuese perfecta. En efecto, el mayor problema estaba en conseguir cadáveres suficientemente frescos... West había tenido experiencias horribles durante sus investigaciones secretas en la universidad, con cadáveres de dudosa calidad. Las consecuencias de una animación parcial o imperfecta eran mucho más horrendas que los fracasos totales, y los dos teníamos recuerdos pavorosos de ese tipo de resultados. Desde nuestra primera sesión demoníaca en la granja deshabitada de Meadow Hill, Arkham, no habíamos dejado de sentir una secreta amenaza; y West, aunque en casi todos los sentidos era un autómatas frío, científico, rubio y de ojos azules, confesaba a menudo, con un estremecimiento, que le parecía que era víctima de una furtiva persecución. Tenía la impresión de que le seguían; ilusión psíquica debida a sus nervios trastornados, y aumentada por el hecho innegablemente perturbador de que al menos uno de nuestros tres ejemplares reanimados aun seguía vivo: se trataba de un ser espantoso y carnívoro, el cual permanecía encerrado en una celda acolchada de Sefton. Había otro, además el primero, cuyo exacto destino nunca llegamos a saber.

Tuvimos bastante suerte con los ejemplares de Bolton; mucha más que con los de Arkham. Aún no hacía una semana que estábamos instalados, cuando nos apoderamos de una víctima de accidente la misma noche de su entierro, y conseguimos que abriese los ojos con una expresión asombrosamente lúcida, antes de que fallara la solución. Había perdido un brazo... De haber tenido el cuerpo integro, quizá hubiéramos tenido mas suerte. Entre esa fecha y el siguiente mes de enero efectuamos tres ensayos más: uno fue un fracaso total; en otro, conseguimos un claro movimiento muscular; en cuanto al tercero, el resultado fue estremecedor: se levantó por sí solo y emitió un sonido gutural. Luego vino un periodo de mala suerte; descendió el número de entierros, y los que se efectuaban eran de ejemplares demasiado enfermos o mutilados para poderlos aprovechar nosotros. Seguíamos la pista a todas las defunciones y circunstancias en que estas ocurrían con un cuidado sistemático.

Una noche de marzo, sin embargo, conseguimos inesperadamente un ejemplar que no provenía de la fosa común. El puritanismo imperante en Bolton, tenía prohibida la práctica del boxeo, lo que no dejaba de tener las lógicas consecuencias. Los combates mal dirigidos entre los obreros eran cosa corriente, y de vez en cuando traían de fuera algún campeón profesional de escasa categoría. Esa noche de finales de invierno habían celebrado un combate de este tipo, evidentemente con desastrosas consecuencias, ya que vinieron a buscarnos dos polacos asustados, suplicándonos en un lenguaje casi incoherente que atendiésemos un caso muy secreto y desesperado. Les seguimos hasta un cobertizo abandonado, donde todavía quedaba un grupo de espectadores extranjeros, observando asustados un cuerpo negro que yacía exánime en el suelo.

En el combate se habían enfrentado Kid O'Brien - un joven torpe y ahora tembloroso, con una nariz ganchuda muy poco irlandesa -, y Buck Robinson, "El Betún de Harlem". El negro había sido noqueado; y tras un breve examen, nos dimos cuenta de que no se recuperaría. Era un ser repugnante, con pinta de gorila, unos brazos anormalmente largos que me parecían de manera inevitable patas anteriores, y una cara que irremediablemente hacía pensar en los secretos

insondables del Congo las llamadas de tam-tam bajo una luna misteriosa. El cuerpo debió de tener peor aspecto en vida, pero el mundo contiene muchas fealdades. Aquella gente despreciable estaba asustada, ya que no sabía que podía exigirles la ley, si el caso llegaba a conocerse; y se sintieron agradecidos cuando West, a pesar de mis involuntarios estremecimientos; se ofreció a librarles del cuerpo en secreto... puesto que conocía muy bien sus intenciones.

Había una luna resplandeciente sobre el paisaje sin nieve; pero vestimos el cadáver, y lo llevamos a casa entre los dos por las calles desiertas y el campo, del mismo modo que transportamos un cadáver parecido una horrible noche en Arkham. Nos dirigimos a casa por el campo de atrás; entramos el ejemplar por la puerta trasera, lo bajamos al sótano, y lo preparamos para nuestro experimento habitual. Nuestro miedo a la policía era absurdamente considerable, aunque habíamos calculado nuestro recorrido de forma que no nos tropezamos con el guardia que hacía ronda por aquel distrito.

El resultado fue enojosamente decepcionante. Con su aspecto horrendo, nuestra presa fue totalmente insensible a todas las soluciones que inyectamos en su negro brazo. De modo que, como se acercaba peligrosamente la hora del amanecer, hicimos lo mismo que con los demás: lo llevamos a rastras por el prado hasta la franja de bosque próxima al cementerio de enterramientos anónimos, y lo enterramos allí en la mejor sepultura que la helada tierra nos permitió. La fosa no era demasiado honda, pero era tan buena como la del ejemplar anterior, aquel que se había levantado y había proferido un grito. A la luz de nuestras linternas oscuras, lo cubrimos cuidadosamente con hojas y ramas secas, seguros de que la policía no lo descubriría jamás en un bosque tan oscuro y espeso.

Al día siguiente, me sentí alarmado, ya que un paciente me trajo la noticia de que se sospechaba que habían celebrado un combate, y que había muerto alguien. West tenía otro motivo de preocupación: por la tarde le habían llamado para que atendiese un caso que acabo de forma amenazadora. Una italiana se había puesto histérica porque se le había extraviado el hijo, un chiquillo de cinco años, que había desaparecido por la mañana y no había vuelto

para comer -, y presentaba síntomas sumamente alarmantes dado que padecía del corazón. Era un histerismo estúpido, ya que el chico se había escapado más de una vez; pero los campesinos italianos son extraordinariamente supersticiosos, y esta mujer parecía tan angustiada por los presagios como por los hechos. Hacia las siete de la tarde la mujer falleció, y su frenético marido armó un escándalo espantoso, empeñado en matar a West, a quien culpaba furiosamente de no haberle salvado la vida. Los amigos le sujetaron cuando le vieron sacar un cuchillo; pero West se marchó en medio de inhumanos alaridos, maldiciones y juramentos de venganza. En su último dolor, el hombre parecía haberse olvidado de su hijo, que aún no había regresado, entrada ya la noche. Se habló de buscarle en el bosque; pero la mayoría de los amigos de la familia se ocuparon de la difunta y del vociferante marido. Total, la tensión nerviosa a que se vio sometido West fue sin duda tremenda. El pensar en la policía y en el italiano loco le agobiaba tremendamente.

Nos retiramos a descansar alrededor de las once, pero yo no dormí bien. Bolton contaba con un cuerpo de policías sorprendentemente eficaz pese a ser un pueblo pequeño; y yo no paraba de pensar en el escándalo que se provocaría si llegaba a descubrir lo ocurrido la noche anterior. Podía significar el fin de nuestro trabajo en la localidad... y quizá la cárcel para los dos. Me inquietaban los rumores que corrían acerca del combate de boxeo. Pasadas las tres, el resplandor de la luna me dio en los ojos; pero me volví sin levantarme a cerrar su persiana. Luego sonaron unos golpes enérgicos en la puerta de atrás.

Permanecí inmóvil, algo aturdido; poco después oí a West llamar a mi puerta. Estaba en bata y zapatillas, y tenía en las manos un revólver y una linterna eléctrica. Al ver el revólver, comprendí que pensaba más en el enajenado italiano que en la policía.

Será mejor que bajemos los dos susurró. No estaría bien no contestar; quizá sea un paciente... sería muy propio de uno de esos idiotas llamar por la puerta de atrás.

Así que bajamos los dos sigilosamente, con un temor en parte justificado, y en parte debido sólo al misterio de las primeras horas de la madrugada.

Volvieron a llamar, un poco más fuerte. Al llegar a la puerta, corrí el cerrojo cautelosamente y abrí de par en par; y al revelarnos la luz de la luna la figura que teníamos delante. West hizo algo muy extraño. A pesar del evidente peligro de atraer sobre nuestras cabezas la temida investigación policial - cosa que felizmente evitamos por el relativo aislamiento de nuestra casa -, mi amigo, súbita, excitada e innecesariamente, vació las seis recámaras de su revólver sobre nuestro nocturno visitante.

Porque no se trataba del italiano ni del policía. Recortándose horrendamente contra la luna espectral, había un ser gigantesco y deforme, inconcebible salvo en las pesadillas; una aparición de ojos vidriosos, negra, y casi a cuatro patas, cubierta de hojas y ramas y barro; sucia de sangre coagulada, la cual mostraba entre sus dientes relucientes una cosa cilíndrica, terrible, blanca como la nieve, que terminaba en una mano diminuta.

#### IV. EL GRITO DEL MUERTO

El grito de un muerto fue lo que me hizo concebir aquel intenso horror hacia el doctor Herbert West, horror que enturbió los últimos años de nuestra vida en común. Es natural que una cosa como el grito de un muerto produzca horror, ya que, evidentemente, no se trata de un suceso agradable ni ordinario. Pero yo estaba acostumbrado a esta clase de experiencias; por tanto, lo que me afectó en esa ocasión fue cierta circunstancia especial. Quiero decir, que no fue el muerto lo que me asustó.

Herbert West, de quien era yo compañero y ayudante, poseía intereses científicos muy alejados de la rutina habitual de un médico de pueblo. Esa era la razón por la que, al establecer su consulta en Bolton, había elegido una casa próxima al cementerio. Dicho brevemente y sin paliativos, el único interés absorbente de West consistía en el estudio secreto de los fenómenos de la vida y de su culminación, encaminados a reanimar a los muertos inyectándoles una solución estimulante. Para llevar a cabo estos macabros experimentos era preciso estar constantemente abastecidos de cadáveres humanos muy frescos; porque aún la más mínima descomposición daña la estructura del cerebro; y humanos, y



descubrimos que el preparado necesitaba una composición específica, según los diferentes tipos de organismos. Matamos docenas de conejos y cobayas para tratarlos, pero este camino no nos llevó a ninguna parte. West nunca había conseguido plenamente su objetivo porque nunca había podido disponer de un cadáver suficientemente fresco. Necesitaba cuerpos cuya vitalidad hubiera cesado muy poco antes; cuerpos con todas las células intactas, capaces de recibir nuevamente el impulso hacia esa forma de movimiento llamado vida. Había esperanzas de volver perpetua esta segunda vida artificial mediante repetidas inyecciones; pero habíamos averiguado que una vida natural ordinaria no respondía a la acción. Para infundir movimiento artificial, debía quedar extinguida la vida nocturna: los ejemplares debían ser muy frescos, pero estar auténticamente muertos.

Habíamos empezado West y yo la pavorosa investigación siendo estudiantes de la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, de Arkham, profundamente convencidos desde un principio del carácter absolutamente mecanicista de la vida. Eso fue siete años antes; sin embargo, él no parecía haber envejecido ni un día: era bajo, rubio de cara afeitada, voz suave, y con gafas; a veces había algún destello en sus fríos ojos azules que delataba el duro y creciente fanatismo de su carácter, efecto de sus terribles investigaciones. Nuestras experiencias habían sido a menudo espantosas en extremo, debidas a una reanimación defectuosa, al galvanizar aquellos grumos de barro de cementerio en un movimiento morboso, insensato y anormal, merced a diversas modificaciones de la solución vital.

Uno de los ejemplares había proferido un alarido escalofriante; otro, se había levantado, violentamente, nos había derribado dejándonos inconscientes, y había huido enloquecido, antes de que logran cogerle y encerrarlo tras los barrotes del manicomio; y un tercero, una monstruosidad nauseabunda y africana, había surgido de su poco profunda sepultura y había cometido una atrocidad... West había tenido que matarlo a tiros. No podíamos conseguir cadáveres lo bastante frescos como para que manifestasen algún vestigio de inteligencia al ser reanimados, de modo que forzosamente creábamos horrores

indecibles. Era inquietante, pensar que uno de nuestros monstruos, o quizá dos, aun vivían... tal pensamiento nos estuvo atormentando de manera vaga, hasta que finalmente West desapareció en circunstancias espantosas.

Pero en la época del alarido en el laboratorio del sótano de la aislada casa de Bolton, nuestros temores estaban subordinados a la ansiedad por conseguir ejemplares extremadamente frescos. West se mostraba más ávido que yo, de forma que casi me parecía que miraba con codicia el físico de cualquier persona viva y saludable. Fue en julio de 1910 cuando empezó a mejorar nuestra suerte en lo que a ejemplares se refiere. Yo me había ido a Illinois a hacerle una larga visita a mis padres, y a mi regreso encontré a West en un estado de singular euforia. Me dijo excitado que casi con toda probabilidad había resuelto el problema de la frescura de los cadáveres abordándolo desde un ángulo enteramente distinto: el de la preservación artificial. Yo sabía que trabajaba en un preparado nuevo sumamente original, así que no me sorprendió que hubiera dado resultado; pero hasta que me hubo explicado los detalles, me tuvo un poco perplejo sobre cómo podía ayudarnos dicho preparado en nuestro trabajo, ya que el enojoso deterioro de los ejemplares se debía ante todo al tiempo transcurrido hasta que caían en nuestras manos. Esto lo había visto claramente West, según me daba cuenta ahora, al crear un compuesto embalsamador para uso futuro, más que inmediato, por si el destino le proporcionaba un cadáver muy reciente y sin enterrar, como nos había ocurrido años antes, con el negro aquel de Bolton, tras el combate de boxeo. Por último, el destino se nos mostró propicio, de forma que en esta ocasión conseguimos tener en el laboratorio secreto del sótano un cadáver cuya corrupción no había tenido posibilidad de empezar aun. West no se atrevía a predecir que sucedería en el momento de la reanimación, ni si podíamos esperar una revivificación de la mente y la razón. El experimento marcaría un hito en nuestros estudios, por lo que había conservado este nuevo cuerpo hasta mi regreso, a fin de que compartiésemos los dos el resultado de la forma acostumbrada.

West me contó cómo había conseguido el ejemplar. Había sido un hombre vigoroso; un extranjero bien vestido que se acababa de apeaar al tren, y

que se dirigía a las Fabricas Textiles de Bolton a resolver unos asuntos. Había dado un largo paseo por el pueblo, y al detenerse en nuestra casa a preguntar el camino de las fábricas, había sufrido un ataque al corazón. Se negó a tomar un cordial, y cayo súbitamente muerto, un momento después. Como era de esperar, el cadáver le pareció a West como llovido del cielo. En su breve conversación, el forastero le había explicado que no conocía a nadie en Bolton; y tras registrarle los bolsillos después, averiguó que se trataba de un tal Robert Leavitt, de St. Louis, al parecer sin familia que pudiera hacer averiguaciones sobre su desaparición. Si no conseguía devolverlo a la vida, nadie se enteraría de nuestro experimento. Solíamos enterrar los despojos en una espesa franja de bosque que había entre nuestra casa y el cementerio de enterramientos anónimos. En cambio, si teníamos éxito, nuestra fama quedaría brillante y perpetuamente establecida. De modo que West había inyectado sin demora, en la muñeca del cadáver, el preparado que le mantendría fresco hasta mi llegada. La posible debilidad del corazón, que a mi juicio haría peligrar el éxito de nuestro experimento, no parecía preocupar demasiado a West. Esperaba conseguir al fin lo que no había logrado hasta ahora: reavivar la chispa de la razón y devolverle la vida, quizá, a una criatura normal.

De modo que la noche del 18 de julio de 1910; Herbert West y yo nos encontrábamos en el laboratorio del sótano, contemplando la figura blanca e inmóvil bajo la luz cegadora de la lámpara. El compuesto embalsamador había dado un resultado extraordinariamente positivo; pues al comprobar fascinado el cuerpo robusto que llevaba dos semanas sin que sobreviniese la rigidez, pedí a West que me diese garantías de que estaba verdaderamente muerto. Me las dio en el acto, recordándome que jamás administrábamos la solución reanimadora sin una serie de pruebas minuciosas para comprobar que no había vida; ya que en caso de subsistir el menor vestigio de vitalidad original no tendría ningún efecto. Cuando West se puso a hacer todos los preparativos, me quedé impresionado ante la enorme complejidad del nuevo experimento; era tanta, que no quiso confiar el trabajo a otras manos que las suyas. Y tras prohibirme tocar siquiera el cuerpo, inyectó primero una droga en la muñeca, cerca del sitio donde había

pinchado para inyectarle el compuesto embalsamador. Ésta, dijo, neutralizaría el compuesto y liberaría los sistemas sumiéndolos en una relajación normal, de forma que la solución reanimadora pudiese actuar libremente al ser inyectada. Poco después, cuando se observó un cambio, y un leve temblor pareció afectar los miembros muertos, West colocó sobre la cara espasmódica una especie de almohada, la apretó violentamente y no la retiró hasta que el cadáver se quedó absolutamente inmóvil y listo para nuestro intento de reanimación. Él, pálido y entusiasta se dedicó ahora a efectuar unas cuantas pruebas finales y someras para comprobar la absoluta carencia de vida, se apartó satisfecho y, finalmente inyectó en el brazo izquierdo una dosis meticulosamente medida del elixir vital, preparado durante la tarde con más minuciosidad que nunca, desde nuestros tiempos universitarios, en que nuestras hazañas eran nuevas e inseguras. No me es posible describir la tremenda e intensa incertidumbre con que esperamos los resultados de este primer ejemplar auténticamente fresco: el primero del que podíamos esperar razonablemente que abriese los labios y nos contase quizá, con voz inteligente, lo que había visto al otro lado del insondable abismo.

West era materialista, no creía en el alma, y atribuía toda función de la conciencia a fenómenos corporales; por consiguiente, no esperaba ninguna revelación sobre espantosos secretos de abismos y cavernas más allá de la barrera de la muerte. Yo no disentía completamente de su teoría, aunque conservaba vagos e instintivos vestigios de la primitiva fe de mis antecesores; de modo que no podía dejar de observar el cadáver con cierto temor y terrible expectación. Además... no podía borrar de mi memoria aquel grito espantoso e inhumano que oímos la noche en que intentamos nuestro primer experimento en la deshabitada granja de Arkham.

Había transcurrido muy poco tiempo, cuando observé que el ensayo no iba a ser un fracaso total. Sus mejillas, hasta ahora blancas como la pared, habían adquirido un levísimo color, que luego se extendió bajo la barba incipiente, curiosamente amplia y arenosa. West, que tenía la mano puesta en el pulso de la muñeca izquierda del ejemplar, asintió de pronto significativamente; y casi de manera simultánea, apareció un vaho en el espejo inclinado sobre la boca del

cadáver. Siguieron unos cuantos movimientos musculares espasmódicos; y a continuación una respiración audible y un movimiento visible del pecho. Observe los párpados cerrados, y me pareció percibir un temblor. Después, se abrieron y mostraron unos ojos grises, serenos y vivos, aunque todavía sin inteligencia, ni siquiera curiosidad.

Movido por una fantástica ocurrencia, susurre unas preguntas en la oreja cada vez más colorada; unas preguntas sobre otros mundos cuyo recuerdo aun podía estar presente. Era el terror lo que las extraía de mi mente; pero creo que la última que repetí, fue: "¿Dónde has estado?". Aún no sé si me contestó o no, ya que no brotó ningún sonido de su bien formada boca; lo que sí recuerdo es que en aquel instante creí firmemente que los labios delgados se movieron ligeramente, formando sílabas que yo habría vocalizado como "sólo ahora", si la frase hubiese tenido sentido o relación con lo que le preguntaba. En aquel instante me sentí lleno de alegría, convencido de que habíamos alcanzado el gran objetivo y que, por primera vez, un cuerpo reanimado había pronunciado palabras movido claramente por la verdadera razón. Un segundo después, ya no cupo ninguna duda sobre el éxito, ninguna duda de que la solución había cumplido cabalmente su función, al menos de manera transitoria, devolviéndole al muerto una vida racional y articulada... Pero con ese triunfo me invadió el más grande de los terrores... no a causa del ser que había hablado, sino por la acción que había presenciado, y por el hombre a quien me unían las vicisitudes profesionales.

Porque aquel cadáver fresco, cobrando conciencia finalmente de forma aterradora, con los ojos dilatados por el recuerdo de su última escena en la tierra, manoteó frenético en una lucha de vida o muerte con el aire y, de súbito, se desplomo en una segunda y definitiva disolución, de la que ya no pudo volver, profiriendo un grito que resonara eternamente en mi cerebro atormentado:

- ¡Auxilio! ¡Aparta, maldito demonio pelirrojo... aparta esa condenada aguja!

## **V. EL HORROR DE LAS SOMBRAS**

Muchos hombres han contado cosas espantosas, no referidas en letra

impresa, que sucedieron en los campos de batalla durante la Gran Guerra. Algunas de estas cosas me han hecho palidecer; otras, me han producido unas nauseas incontenibles, mientras que otras me han hecho temblar y volver la mirada hacia atrás en la oscuridad; sin embargo, creo que puedo relatar la peor de todas: el espantoso, antinatural e increíble horror de las sombras.

En 1915 estaba yo como médico con el grado de teniente en un regimiento canadiense en Flandes, siendo uno de los numerosos americanos que se adelantaron al gobierno mismo en la gigante contienda. No había ingresado en el ejército por iniciativa propia, sino más bien como consecuencia natural de haberse alistado el hombre de quien era yo ayudante indispensable: el celebre cirujano de Bolton, doctor Herbert West. El doctor West se había mostrado siempre deseoso de poder prestar servicio como cirujano en una gran guerra; y cuando dicha posibilidad se presentó, me arrastró consigo en contra de mi voluntad. Había motivos por los que yo me hubiera alegrado de que la guerra nos separase; motivos por los que encontraba la práctica de la medicina y la compañía de West cada vez más irritante; pero cuando se marchó a Ottawa, y consiguió por medio de la influencia de un colega una plaza de comandante médico, no me pude resistir a la autoritaria insistencia de aquel hombre decidido a que le acompañase en mi calidad habitual.

Cuando digo que el doctor West estuvo siempre ansioso de poder servir en el campo de batalla no me refiero a que fuese guerrero por naturaleza ni que anhelase salvar la civilización. Siempre había sido una fría maquina intelectual; flaco, rubio, de ojos azules y con gafas; creo que se reía secretamente de mis ocasionales entusiasmos marciales y de mis criticas a la indolente neutralidad. Sin embargo, había algo en la devastada Flandes que él quería; y a fin de conseguirlo, tuvo que adoptar aspecto militar. Lo que pretendía no era lo que pretenden muchas personas, sino algo relacionado con la rama particular de la ciencia médica que él había logrado practicar de forma completamente clandestina y en la cual había conseguido resultados asombrosos y, de vez en cuando, horrendos. Lo que quería no era otra cosa, en realidad, que abundante provisión de muertos recientes, en todos los estados de desmembramiento.

Herbert West necesitaba cadáveres frescos porque el trabajo de su vida era la reanimación de los muertos. Este trabajo no era conocido por la distinguida clientela que había hecho crecer rápidamente su fama, a su llegada a Boston; en cambio yo lo conocía demasiado bien, ya que era su mas íntimo amigo y ayudante desde nuestros tiempos de la Facultad de Medicina, en la Universidad Miskatonic de Arkham. Fue en aquellos tiempos de la universidad cuando inició sus terribles experimentos, primero con pequeños animales y luego con cadáveres humanos conseguidos de manera horrenda. Había obtenido una solución que inyectaba en las venas de los muertos; y si eran bastante frescos, reaccionaban de maneras extrañas. Había tenido muchos problemas para descubrir la fórmula adecuada, pues cada tipo de organismo necesitaba un estímulo especialmente apto para él. El terror le dominaba, cada vez que pensaba en los fracasos parciales: seres atroces, resultado de soluciones imperfectas o de cuerpos insuficientemente frescos. Cierta número de estos fracasos habían seguido con vida - uno de ellos se encontraba en un manicomio, mientras que otros habían desaparecido -; y como él pensaba en las eventualidades imaginables, aunque prácticamente imposibles, se estremecía a menudo, debajo de su aparente impasibilidad habitual.

West se había dado cuenta muy pronto de que el requisito fundamental para que los ejemplares sirviesen era su frescura, así que había recurrido al procedimiento espantoso y abominable de robar cadáveres. En la universidad, y cuando empezamos a ejercer en el pueblo industrial de Bolton, mi actitud respecto a él había sido de fascinada admiración; pero a medida que sus procedimientos se hacían mas osados, un solapado terror se fue apoderando de mí. No me gustaba la forma en que miraba a las personas vivas de aspecto saludable; luego, ocurrió aquella escena de pesadilla en el laboratorio del sótano, cuando me enteré de que cierto ejemplar aún estaba vivo cuando West se había apoderado de él. Fue la primera vez que había podido revivir la función del pensamiento racional en un cadáver; y este éxito, conseguido a costa de semejante abominación, le había endurecido por completo.

No me atrevo a hablar de sus métodos durante los cinco años siguientes.

Seguí a su lado por puro miedo, y presencié escenas que la lengua humana no podría repetir. Gradualmente, llegue a darme cuenta de que el propio Herbert West era más horrible que todo lo que hacía... fue entonces cuando comprendí claramente que su celo científico por prolongar la vida en otro tiempo normal había degenerado sutilmente en una curiosidad meramente morbosa y macabra y en una secreta complacencia en la visión de los cadáveres. Su interés se convirtió en perversa afición por lo repugnante y lo diabólicamente anormal; se recreaba con tranquilidad en monstruosidades artificiales ante las que cualquier persona en su sano juicio caería desvanecida de repugnancia y de horror; detrás de su pálido intelectualismo, se convirtió en un exigente Baudelaire del experimento físico, en un lánguido Heliogábalo de las tumbas.

Afrontaba imperturbable los peligros y cometía crímenes con impasibilidad. Creo que el momento crítico llegó al comprobar que podía restituir la vida racional, y buscó nuevos ámbitos que conquistar experimentando en la reanimación de partes seccionadas de los cuerpos. Tenía ideas extravagantes y originales sobre las propiedades vitales independientes de las células orgánicas y los tejidos nerviosos separados de sus sistemas psíquicos naturales; y obtuvo ciertos resultados espantosos preliminares en forma de tejidos imperecederos, alimentados artificialmente a partir de huevos semi-incubados de un reptil tropical indescriptible. Había dos cuestiones biológicas que ansiaba terriblemente establecer: primero, si podía darse algún tipo de conciencia o actividad racional sin cerebro, en la médula espinal y en los diversos centros nerviosos; y segundo, si existía alguna clase de relación etérea, intangible, distinta de las células materiales, que uniese las partes quirúrgicamente separadas que previamente habían constituido un solo organismo vivo. Todo este trabajo científico requería una prodigiosa provisión de carne humana recién muerta... y esa fue la razón por la que Herbert West participó en la Gran Guerra.

El horrendo y abominable suceso ocurrió una medianoche, a finales de marzo de 1915, en un hospital de campaña detrás de las líneas de St. Eloi. Aún ahora me pregunto si no fue meramente la diabólica ficción de un delirio. West se había montado un laboratorio particular en el lado este del edificio que se le



había asignado provisionalmente, alegando que deseaba poner en práctica nuevos y radicales métodos para el tratamiento de los casos de mutilación hasta ahora desesperados. Allí trabajaba como un carnicero, en medio de su sanguinolenta mercancía. Jamás llegué a acostumbrarme a la ligereza con que él manejaba y clasificaba determinado material. A veces hacía verdaderas maravillas de cirugía en los soldados; pero sus principales satisfacciones eran de carácter menos público y filantrópico, y se vio obligado a dar muchas explicaciones acerca de ruidos extraños aún en medio de aquella babel de condenados, entre los que había frecuentes disparos de revólver... cosa corriente en un campo de batalla, aunque completamente inusitada en un hospital. Los ejemplares reanimados por el doctor West no reunían condiciones para recibir una larga existencia ni ser contemplados por un amplio número de espectadores. Además del humano, West utilizaba gran cantidad de tejido embrionario de reptiles que él cultivaba con resultados singulares. Era mejor que el material humano para conservar con vida los fragmentos privados de órganos, y esa era ahora la principal actividad de mi amigo. En un oscuro rincón del laboratorio; sobre un extraño mechero de incubación, tenía una gran cuba tapada, llena de esa sustancia celular de reptiles que se multiplicaba y crecía de forma borboteante y horrenda.

La noche de que hablo teníamos un ejemplar nuevo y espléndido: un hombre físicamente fuerte y a la vez de tan elevada inteligencia, que nos garantizaba un sistema nervioso sensible. Resultaba irónico; porque se trataba del oficial que había ayudado a que se le concediese a West su destino, y que ahora tenía que haber sido nuestro socio. Es más; en el pasado, había estudiado secretamente la teoría de la reanimación bajo la dirección de West. El comandante Sir Eric Moreland Clapman-Lee, D.S.O., era el mejor cirujano de nuestra división, y había sido designado precipitadamente al sector de St. Eloi cuando llegaron al cuartel general noticias del recrudecimiento de la lucha. Efectuó el viaje en un avión pilotado por el intrépido teniente Ronald Hill, sólo para ser derribado precisamente en el punto de su destino. La caída fue tremenda y espectacular, Hill quedó irreconocible; en cuanto al gran cirujano, el accidente le seccionó la cabeza casi por entero, aunque el resto del cuerpo estaba intacto.

West se apoderó ansiosamente de aquel despojo inerte que había sido su amigo y compañero de estudios; me estremecí al verle terminar de separar la cabeza, colocarla en la diabólica cuba de pulposo tejido de reptiles con objeto de conservarla para futuros experimentos, y seguir manipulando el cuerpo decapitado sobre la mesa de operaciones. Inyectó sangre nueva, unió determinadas venas, arterias y nervios del cuello sin cabeza, y cerró la horrible abertura injertando piel de un ejemplar no identificado que había llevado uniforme de oficial. Yo sabía lo que pretendía: comprobar si este cuerpo sumamente organizado podía dar, sin cabeza, alguna señal de vida mental que había distinguido a sir Eric Moreland Clapman-Lee, estudioso en otro tiempo de la reanimación. Este tronco mudo era ahora requerido espantosamente a servir de ejemplo.

Aún puedo ver a Herbert West bajo la siniestra luz de la lámpara, inyectando la solución reanimadora en el brazo del cuerpo decapitado. No puedo describir la escena, me desmayaría si lo intentara, ya que era enloquecedora aquella habitación repleta de horribles objetos clasificados, con el suelo resbaladizo a causa de la sangre y otros desechos menos humanos que formaban un barro cuyo espesor llegaba casi hasta el tobillo, y aquellas horrendas anomalías de reptiles salpicando, burbujando y cociendo sobre el espectro azulenco y vacilante de llama, en un rincón de negras sombras.

El ejemplar, como West comentó repetidas veces, poseía un sistema nervioso espléndido. Esperaba mucho de él; y cuando empezó a manifestar leves movimientos de contracción, pude ver el interés febril reflejado en el rostro de: West. Creo que estaba preparado para presenciar la prueba de su cada vez más sólida opinión de que la conciencia, la razón y la personalidad pueden subsistir independientemente del cerebro... de que el hombre no posee un espíritu central conectivo, sino que es meramente una máquina de materia nerviosa en la que cada sección se encuentra más o menos completa en sí misma. En una triunfal demostración, West estaba a punto de relegar el misterio de la vida a la categoría de mito. El cuerpo ahora se contraía más vigorosamente; y bajo nuestros ojos ávidos, empezó a jadear de forma horrible. Agitó los brazos con desasosiego,

alzó las piernas, y contrajo varios músculos en una especie de contorsión repulsiva. Luego, aquel despojo sin cabeza levantó los brazos en un gesto de inequívoca desesperación... de una desesperación inteligente, que bastaba para confirmar todas las teorías de Herbert West. Evidentemente, los nervios recordaban el último acto en vida del hombre: la lucha por librarse del avión que se iba a estrellar.

No sé exactamente, qué fue lo que siguió. Tal vez se trata sólo de una alucinación provocada por la impresión que sufrí en aquel instante al iniciarse el bombardeo alemán que destruyó el edificio... ¿quién sabe, ya que West y yo fuimos los únicos supervivientes? West prefería pensar que fue eso, antes de su reciente desaparición; pero había ocasiones en que no podía, porque era extraño que sufriéramos los dos la misma alucinación. El horrendo incidente fue simple en sí mismo, aunque excepcional por lo que implicaba.

El cuerpo de la mesa se levantó con un movimiento ciego, vacilante terrible; y oímos un sonido gutural. No me atrevo a decir que se trataba de una voz, porque fue demasiado espantoso. Sin embargo, lo más horrible no fue su cavernosidad. Ni tampoco lo que dijo, ya que gritó tan solo: "¡Salta, Ronald, por Dios!. ¡Salta!". Lo espantoso fue su procedencia: porque brotó de la gran cuba tapada de aquel rincón macabro de oscuras sombras.

## **VI. LAS LEGIONES DE LA TUMBA**

Cuando desapareció el doctor Herbert West, hace un año, la policía de Boston me sometió a un minucioso interrogatorio. Sospechaban que me callaba cosas, o algo peor; pero no podía decirles la verdad porque no me habrían creído. Sabían, efectivamente, que West había estado complicado en actividades que iban más allá de la capacidad de crédito de los hombres ordinarios; pues sus espantosos experimentos sobre la reanimación de cadáveres habían sido demasiado numerosas para poder mantener un perfecto secreto en torno a ellos; pero la escalofriante catástrofe final adquirió caracteres de demoníaca fantasía que me hacen dudar incluso de la realidad de lo que vi.

Yo era el amigo más allegado de West, y su único ayudante confidencial.

Nos habíamos conocido años antes en la Facultad de Medicina, y desde el principio había participado yo en sus terribles investigaciones. Había intentado perfeccionar lentamente una solución que, inyectaba en las venas de un recién fallecido, podía devolverle la vida. Este trabajo requería abundancia de cadáveres frescos, y comportaba, consiguientemente, las actividades más espantosas. Más horribles aun eran los resultados de alguno de sus experimentos: masas horrendas de carne que había estado muertas, pero que West despertaba, dotándola de una ciega, insensata y nauseabunda animación. Estos eran los resultados usuales; ya que para que volviera a despertar la mente era necesario que los ejemplares fuesen absolutamente frescos, y que las delicadas células cerebrales no hubiesen sufrido la más mínima descomposición.

Esta necesidad de cadáveres muy frescos supuso la ruina moral de West. Eran difíciles de conseguir; y un día espantoso llegó a apoderarse de un ejemplar cuando aun estaba vivo y en todo su vigor. Un forcejeo, una aguja, y un poderoso alcaloide lo convirtieron en cadáver fresquísimo, y el experimento fue positivo durante un instante breve y memorable; pero West salió de él con un alma seca y endurecida, y una mirada fría que observaba con una especie de calculadora y horrenda apreciación de los hombres de cerebro especialmente sensible y un físico vigoroso. Hacia el final, cobré a West un intenso terror, ya que empezaba a mirarme de esa misma manera. La gente no parecía darse cuenta de sus miradas, aunque me notaba asustado; y tras su desaparición, se valieron de eso para propalar unas sospechas absurdas.

En realidad West tenía más miedo que yo; sus abominables trabajos le hacían llevar una vida furtiva y llena de sobresaltos. En parte era la policía quien le daba miedo; pero a veces su nerviosismo era más hondo y brumoso, y estaba relacionado con abominaciones indescriptibles a las que había inyectado una vida morbosa, y en las que no había visto extinguirse dicha vida. Por lo general, terminaba sus experimentos con el revólver; pero a veces no era bastante rápido. Es lo que ocurrió con aquel primer ejemplar en cuya saqueada sepultura se descubrieron más tarde huellas de arañazos. Y lo que sucedió también con el cadáver de aquel profesor de Arkham que cometió actos de canibalismo antes de

ser capturado y encerrado sin identificar en una celda del manicomio de Sefton donde estuvo seis años golpeándose la cabeza contra las paredes. Casi todos los demás resultados que posiblemente subsistían eran productos de lo que resulta más difícil hablar, dado que en los últimos años, el celo científico de West había degenerado en una manía insana y fantástica, y había consagrado su prodigiosa habilidad a vitalizar cuerpos enteramente humanos, sino trozos aislados de cadáveres, o partes unidas a una materia orgánica no humana. En la época en que desapareció. Se había convertido en algo diabólicamente repugnante; muchos de los experimentos no podrían ser referidos en la letra impresa. La Gran Guerra, en la que servimos los dos como cirujanos, había intensificado este aspecto de West.

Al decir que el miedo de West a sus ejemplares era brumoso pensaba sobre todo en el carácter complejo de ese sentimiento. En parte se debía sólo al hecho de saber que aún seguían existiendo esos monstruos abominables, y en parte a su miedo al daño corporal que podían infringirle en determinadas circunstancias. La desaparición de estos seres aumentaban el horror de la situación: West sólo conocía el paradero de uno de ellos, la lastimosa criatura del Manicomio. Pero, además, había un miedo más sutil: una sensación verdaderamente fantástica, consecuencia de un extraño experimento que llevó a cabo en el ejército canadiense, en 1915. En medio de una enconada batalla, West había reanimado al comandante Eric Moreland Clapman-Lee, D.S.O., colega nuestro que estaba al tanto de sus experimentos, y el cual podía haberlos duplicado. Le había seccionado la cabeza a fin de poder estudiar las posibilidades de vida cuasi-inteligente del tronco. El experimento dio resultado en el mismo instante en que el edificio era barrido por una granada alemana. El tronco se movió de forma inteligente; y, por increíble que parezca, tuvimos la seguridad de que brotaron sonidos articulados de la cabeza seccionada que estaba en el fondo oscuro del laboratorio. En cierto modo, la granada fue misericordiosa. Pero West jamás estuvo seguro, como habría sido su deseo, de que fuéramos el y yo los únicos supervivientes. Después, solía hacer estremecedoras conjeturas sobre lo que sería capaz de hacer un médico decapitado con capacidad para reanimar a los muertos.

La última residencia de West fue una venerable casa, muy elegante, que dominaba uno de los más antiguos cementerios de Boston. Había escogido el lugar por razones puramente simbólicas y fantásticas, ya que la mayoría de los enterramientos databan del periodo colonial, y por tanto era muy poca utilidad para un científico que necesitaba cadáveres frescos. Había instalado el laboratorio en un subsótano secretamente construido por obreros traídos de otra región, y en él tenía un gran incinerador para la total y discreta eliminación de los cadáveres, fragmentos y remedos sintéticos de cuerpos que quedaban de los morbosos experimentos e impías diversiones del dueño. Durante la excavación de este sótano, los obreros habían dado con cierta albañilería extraordinariamente antigua; sin duda comunicaba con el viejo cementerio, aunque era demasiado profunda para que desembocara en ningún sepulcro conocido. Después de muchos cálculos, West concluyó que debía de haber alguna cámara secreta bajo la tumba de los Averill, en la que el último enterramiento se había efectuado en 1768. Yo estaba con él cuando estudió las paredes goteantes y nitrosas que habían dejado al descubierto las palas y los picos de los obreros, y estaba preparado para el espantoso escalofrío que nos aguardaba en el instante de descubrir los secretos sepulcrales y seculares; pero por primera vez, la nueva timidez de West se impuso a su natural curiosidad, y traicionó su degenerada fibra imponiéndole que dejase intacta la albañilería y la tapase con yeso. Y así permaneció, hasta la noche infernal, como parte de las paredes del laboratorio secreto. He hablado del debilitamiento de West, pero debo añadir que era puramente mental e intangible. Exteriormente, fue el mismo hasta el final: tranquilo, frío, delgado, con el pelo amarillo, ojos azules y con gafas, y un aspecto general de joven que los años y los terrores no llegaron a cambiar. Parecía sereno incluso cuando pensaba en aquella sepultura arañada y miraba por encima del hombro, o cuando pensaba en aquel ser carnívoro que mordía y manoteaba los barrotes de Sefton.

El final de Herbert West comenzó una tarde, en nuestro despacho común, cuando alternaba su extraña mirada entre el periódico y yo. Un curioso titular había atraído su atención desde las arrugadas páginas, y una zarpa titánica

pareció atraparlo desde dieciséis años atrás. En el manicomio de Sefton, a cincuenta millas de distancia había sucedido algo espantoso e increíble que había dejado estupefactos al vecindario y perpleja a la policía. A primeras horas de la madrugada; un grupo de hombres silenciosos había penetrado en el parque de la institución y su jefe había despertado a los celadores. Era una amenazadora figura militar que hablaba sin mover los labios; cuya voz parecía conectada casi ventrilocuamente a un gran estuche negro que, transportaba. Su inexpresivo rostro tenía las facciones bien parecidas, hasta a punto de dar la impresión de una belleza radiante, aunque el director se había llevado un sobresalto cuando la luz del vestíbulo cayó sobre él, ya que era un rostro de cera, y los ojos de cristal pintado. Debió de sucederle algún accidente atroz a este hombre. Otro, más alto, guiaba sus pasos: un sujeto repugnante cuya cara azulenta aparecía medio devorada por alguna enfermedad desconocida. El que hablaba pidió que le cediesen la custodia del monstruo caníbal traído de Arkham hacia dieciséis años; y al serle negada, dio una señal que provocó un espantoso alboroto. Los demonios aquellos golpearon, patearon y mordieron a todos los celadores que no lograron huir; mataron a cuatro, y finalmente consiguieron liberar al monstruo. Estas víctimas, que podían recordar el suceso sin histerismos, juraban que las criaturas se habían comportado menos como hombres que como puros autómatas guiados por el jefe de cabeza de cera. Cuando les llegó ayuda, aquellos hombres y la criatura caníbal habían desaparecido sin dejar rastro.

Desde el momento en que leyó el artículo, hasta la medianoche, West permaneció casi paralizado. A las doce sonó el timbre de la puerta y se sobresaltó terriblemente. Todos los criados se encontraban durmiendo en el ático, de modo que fui yo a abrir. Como he contado a la policía, no había ningún vehículo en la calle; sólo vi un grupo de figuras de aspecto extraño, con un gran estuche cuadrado que depositaron en la entrada, después de gruñir uno de ellos con voz asombrosamente inhumana: "Correo urgente; pagado". Salieron de la casa con paso desigual, y al verles alejarse, tuve el extraño convencimiento de que se dirigían al antiguo cementerio con el que lindaba la parte de atrás de la casa. Al oírme cerrar la puerta de golpe, bajó West y miró la caja. Tenía unos dos pies

cuadrados, y llevaba el nombre correcto de West, con su actual dirección. También traía remitente: "Eric Moreland Clapman-Lee, St. Clare. Eloi, Flandes". Seis años antes, en Flandes, el hospital se había derrumbado, a causa de una granada, sobre el tronco decapitado y reanimado del doctor Clapman-Lee, y sobre su cabeza separada, la cual - quizá- había llegado a proferir sonidos articulados. Ahora West ni siquiera se emocionó. Su estado era más espantoso. Dijo rápidamente: "Es el fin... pero incineremos... esto". Transportamos la caja al laboratorio, con el oído atento. No recuerdo muchos de los detalles - ya pueden imaginar mi estado psíquico -, pero es una mentira maliciosa decir que fue el cuerpo de Hebert West lo que metí en el incinerador. Entre los dos, introdujimos la caja sin abrir, cerramos la puerta, y conectamos la corriente. Y no brotó sonido alguno la caja.

Fue West quien observó primero que se caía el yeso de una parte de la pared, donde había sido cubierta la antigua albañilería de la tumba. Iba yo a echar a correr, pero él me retuvo. Entonces vi una pequeña abertura negra, sentí una bocanada de viento frío y hediondo, y percibí el olor de las entrañas abominables de una tierra putrescente. No oímos ningún ruido; pero en ese preciso instante se apagaron las luces, y vi recortarse contra cierta fosforescencia del mundo inferior una horda de seres silenciosos que avanzaban penosamente, producto de la locura... o de algo peor. Sus siluetas eran humanas, semihumanas; se trataba de una horda grotescamente heterogénea. Retiraban las piedras en silencio, una a una, del muro secular. Luego, cuando la brecha fue bastante ancha, entraron al laboratorio en fila de a uno, guiados por el ser de paso solemne y cabeza de cera. Una especie de monstruosidad con ojos desorbitados que marchaba detrás del jefe agarró a Herbert West. West no se resistió ni profirió grito alguno. Luego se abalanzaron todos sobre él y lo despedazaron ante mis ojos, llevándose sus trozos a la cripta subterránea de fabulosas abominaciones. El jefe de cabeza de cera, que iba vestido con uniforme de oficial canadiense, se llevó la cabeza de West. Al desaparecer, vi que sus ojos azules; detrás de las gafas, centelleaban espantosamente, revelando por primera vez una frenética y visible emoción.

Los criados me encontraron inconsciente por la mañana. West había



desaparecido. El incinerador contenía sólo ceniza inidentificable. Los detectives me han interrogado; pero, ¿qué puedo decir? No relacionarán a West, con la tragedia de Sefton; ni con eso, ni con los hombres de la caja, cuya existencia niegan. Les he hablado de la cripta; pero ellos me han, enseñado el yeso intacto de la pared, y se han reído. Así que no les he contado nada más. Quieren dar a entender que estoy loco, o que soy un asesino... probablemente es que estoy loco. Pero podría no ser así, si esas condenadas legiones de las tumbas no estuviesen tan calladas.

## **EL VIEJO TERRIBLE**

---

**H. P. Lovecraft<sup>31</sup>**

- Fue una ocurrencia de Angelo Ricci y Joe Czanek y Manuel Silva el pasar visita al Viejo Terrible. Este anciano vivía solo en una casa realmente antigua de Water Street, cerca del mar, y tenía fama de ser sumamente rico y sumamente achacoso, lo que resultaba una situación de lo más atractiva para los señores Ricci, Czanek y Silva, ya que su profesión no era ni más ni menos que la del latrocinio.

- Los habitantes de Kingsport dicen y piensan muchas cosas sobre el Viejo Terrible que suelen ocultar al conocimiento de gentes como el señor Rice; y sus colegas, a pesar del hecho casi probado de que guarda una fortuna de magnitud indefinida en algún lugar de su mohosa y venerable morada. Se trata, verdaderamente, de un personaje muy extraño, al que se supone que fue en su día capitán de los clipers de las Indias Orientales, tan viejo que nadie puede recordar ya cuándo fue joven, y tan taciturno que pocos conocen su verdadero nombre. Entre los nudosos árboles del patio delantero de su vetusta y abandonada morada, alberga una extraña colección de grandes piedras, curiosamente agrupadas y

---

<sup>31</sup> The terrible old man.

pintadas de tal forma que recuerdan a los ídolos de algún oscuro templo oriental. Esta colección ahuyenta a los muchachos, que acostumbran a burlarse del Viejo Terrible a causa de sus largos cabellos y barbas blancas, o a romper las ventanas hechas de pequeños cuadrados de cristal de su casa con sus crueles proyectiles; pero hay otra cosa que espanta a personas más viejas y curiosas, que a veces rondan la casa para atisbar a través de los cristales polvorientos. Esas personas dicen que, en una mesa, en una habitación desnuda, en la planta baja, se halla una multitud de curiosas botellas, cada una con un trozo de plomo suspendido de un cordel en su interior, a manera de péndulos. Y dicen que el Viejo Terrible habla con esas botellas dirigiéndose a ellas por nombres tales como Jack, Cara Marcada, Long Tom, Spanish Joe, Peter y Oficial Ellis, y que cada vez que habla con una botella el pequeño péndulo del interior oscila claramente a modo de respuesta. Aquellos que han visto al Viejo Terrible, alto y enjuto, en esos peculiares diálogos, no han vuelto a espiarle. Pero Angelo Ricci, Joe Czanek y Manuel Silva no tenían sangre de Kingsport; pertenecían a ese contingente nuevo y forastero que vive fuera del encantado círculo de la vida y tradiciones de Nueva Inglaterra, y en el Viejo Terrible tan sólo veían a un carcamal tambaleante y casi indefenso, que no podía dar un paso sin ayuda de su nudoso bastón, y cuyas manos enflaquecidas y debilitadas temblaban de forma patética. A su manera, se compadecían sinceramente de aquel viejo solitario e impopular, al que todos evitaban y a quien los perros ladraban de una forma especial. Pero el negocio es el negocio, y para un ladrón de casta resulta una tentación y un reto un tipo tan viejo y débil, que no tiene cuenta en el banco y que paga sus pocos gastos en el almacén del pueblo con plata y oro españoles acuñados dos siglos antes.

- Los señores Ricci, Czanek y Silva eligieron la noche del 11 de abril para girar su visita. El señor Ricci y el señor Silva cambiarían unas palabras con el desdichado y anciano caballero mientras el señor Czanek esperaba por ellos y por su presumible cargamento en metálico en un coche cubierto, en Ship Street, junto a la puerta del muro trasero de la finca de su anfitrión. El deseo de no tener que dar innecesarias explicaciones en caso de una inesperada intrusión policial aceleró los preparativos de una retirada tranquila y discreta.

- Como habían planeado, los tres aventureros obraron por separado para evitarse posteriores sospechas maliciosas. Los señores Ricci y Silva se reunieron en Water Street, frente a la puerta del anciano, y aunque les disgustó la forma en que la luna iluminaba las piedras pintadas a través de las ramas de los nudosos árboles, cubiertas de brotes, tenían cosas más importantes en que pensar que en simples supersticiones ociosas. Temían que el desatar la lengua del Viejo Terrible acerca de su provisión de oro y plata les resultase una faena desagradable, ya que los viejos capitanes de barco son notablemente testarudos y perversos. Pero, aun así, él estaba muy viejo y achacoso, y ellos eran dos a visitarle. Los señores Ricci y Silva eran expertos en doblegar la voluntad de gentes poco dispuestas, y los gritos de un hombre tan excepcionalmente débil y venerable podían ser fácilmente silenciados. Así que se allegaron a una ventana iluminada y escucharon al Viejo Terrible hablar de manera pueril con sus botellas de péndulos. Entonces se enmascararon y llamaron cortésmente a la deslucida puerta de roble.

La espera resultó muy larga para el señor Czanek mientras se removía inquieto en el coche cubierto, junto a la puerta trasera del Viejo Terrible, en Ship Street. Era más aprensivo de lo ordinario, y no le habían gustado los espantosos gritos que había oído en la vieja casa momentos después de la hora fijada para el asalto. ¿No les había dicho a sus colegas que fueran lo más considerados que pudieran con el patético y anciano capitán? Observó muy nervioso la estrecha puerta de roble en el muro alto y cubierto de hiedra. Con frecuencia consultaba el reloj, extrañado por el retraso. ¿Había muerto el viejo sin revelar el escondrijo de su tesoro, obligando a una búsqueda exhaustiva? Al señor Czanek no le gustaba esperar tanto tiempo en la oscuridad en un sitio así. Entonces sintió un ruido amortiguado de pasos o un tabaleo en el sendero tras la puerta, escuchó un leve manipular del herrumbroso pestillo y vio cómo la puerta pesada y angosta se abría. Y al pálido resplandor de una única y débil lámpara callejera aguzó la vista para distinguir qué habían logrado sus colegas en esa casa siniestra que parecía amenazarle tan de cerca. Pero cuando vio algo, no fue lo que esperaba; ya que sus colegas no estaban allí, sino sólo el Viejo Terrible, apoyado tranquilamente

en su nudoso bastón y sonriendo de forma horrible. El señor Czanek, que no se había fijado nunca antes en el color de ojos de ese hombre, vio ahora que eran amarillos.

Los pequeños incidentes despiertan considerable revuelo en las poblaciones pequeñas, por lo que la gente de Kingsport habló toda la primavera y el verano sobre los tres cuerpos imposibles de identificar que la marea había arrojado a la costa; horriblemente acuchillados, como por multitud de cortes, y horriblemente destrozados, como pateados por multitud de tacones. Y algunos aún comentaban sucesos tan triviales como el coche abandonado, descubierto en Ship Street, o sobre ciertos gritos especialmente inhumanos, probablemente de algún animal perdido o un pájaro migratorio, escuchados durante la noche por algunos ciudadanos insomnes. Pero el Viejo Terrible no prestaba ninguna atención a todo este ocioso chismorreó pueblerino. Era de natural reservado, y, cuando uno es viejo y enfermizo, la reserva se hace aún mayor. Además, un capitán tan anciano debía haber asistido a montones de cosas mucho más interesantes en los lejanos días de su olvidada juventud.

---

## **EL HORROR EN LA PLAYA MARTIN**

---

**H.P. Lovecraft & Sonia H. Greene<sup>32</sup>**

Nunca escuché una explicación convincente y adecuada del horror de la Playa Martin. A pesar de un gran número de testigos, no hay dos que concuerden entre sí; y el testimonio tomado por autoridades locales contiene las más sorprendentes discrepancias.

Quizás esta vaguedad sea normal en vista del carácter inaudito del horror en sí, el terror más paralizante para todos aquellos que lo vieron, y de los esfuerzos hechos por la elegante posada Wavecrest para silenciar todo luego de la

---

<sup>32</sup> The horror at Martin's beach.

publicidad creada por el Prof. Ahon y su artículo "¿Están los poderes hipnóticos reservados a los Seres Humanos?"

Contra todos estos obstáculos me esfuerso en presentar una versión coherente; he visto el espantoso hecho y creo que debería darse a conocer en vista de las aterradoras posibilidades sugeridas. La Playa Martin es una vez más un lugar populoso, un balneario muy visitado, y yo tiemblo cuando pienso en ello. Sin embargo, no puedo mirar al océano sin temblar.

El destino no carece siempre de un sentido de drama y clímax. En consecuencia el terrible suceso del 8 de agosto fue seguido por un período de menor excitación en torno a la Playa Martin. Todo comenzó el 17 de mayo, cuando la tripulación de un pesquero, el "Alma of Gloucester", bajo el mando del capitán James P. Orne, mató, tras una batalla de casi cuarenta horas, a un monstruo marino cuyo tamaño y aspecto produjeron luego gran conmoción en círculos científicos y que ciertos naturalistas de Boston tomaran grandes recaudos para su preservación taxidérmica.

El animal tenía unos 50 pies de longitud y era de forma cilíndrica, de unos diez pies de diámetro. Inconfundiblemente era un pez branquiado, en su mayor afiliación; pero tenía ciertas curiosas modificaciones, tales como rudimentarias extremidades delanteras en forma de seis patas con dedos en lugar y de aletas pectorales (las que promovían las más amplias especulaciones entre los especialistas). Su extraordinaria boca, su gruesa y escamosa piel y su único y profundo ojo eran maravillas apenas menos remarcables que su colosal tamaño; y cuando los naturalistas se pronunciaron diciendo que era una criatura recién nacida, de pocos días de vida, el interés del público tomó dimensiones extraordinarias.

El Capitán Orne, con astucia yanqui, obtuvo un buque lo suficientemente grande como para albergar al monstruo en su bodega, y arreglar allí la exhibición del trofeo. Aplicando una cuidada carpintería, logró montar un excelente museo marino, y zarpó hacia el sur, hacia el lujoso distrito marino de la Playa Martin. Una vez que ancló en el muelle del hotel se dedicó a recaudar onerosas cuotas de admisión.

La intrínseca prodigiosidad de la bestia y la importancia biológica para muchos turistas científicos, se combinaron para convertirse en la sensación de la temporada. Era absolutamente único, único a niveles de revolución científica, eso estaba bien comprendido. Los naturalistas habían demostrado que este ejemplar difería radicalmente de un inmenso animal pescado en las costas de la Florida; éste, siendo obviamente un habitante de profundidades increíbles, quizás de miles de pies, poseía un cerebro y unos órganos que indicaban una vasta evolución, algo totalmente fuera de lo hasta ahora relacionado con la tribu piscícola.

La mañana del 20 de julio la atención del público se centró en la pérdida del buque y su extraño tesoro. En la tormenta de la noche precedente se había librado de sus amarras y desvanecido para siempre de la vista del ser humano, llevándose consigo al único guardia que había dormido a bordo, a pesar del vendaval. El Capt. Orne, respaldado por el excesivo interés científico y asistido por un gran número de barcos pesqueros desde Gloucester, emprendió una exhaustiva búsqueda, pero sin más resultados que la incitación de comentarios e interés. El 7 de agosto se perdió toda esperanza y el Capt. Orne regresó a Wavecrest para resolver sus negocios en la Playa Martin y conversar con algunos de los científicos que aún permanecían allí. El horror se desató el 8 de agosto.

Fue en la penumbra, cuando las grises gaviotas sobrevolaban cerca de la costa y la luna comenzaba a resplandecer sobre las aguas. La escena es importante de recordar, puesto que cada impresión cuenta. En la playa había varias personas paseando y algunos bañistas rezagados, provenientes de las casas de campo que se elevan modestamente en las colinas del norte o de la adyacente posada, cuyas imponentes torres proclamaban su fidelidad a la riqueza y la grandeza.

A buena distancia había otro grupo de espectadores, que descansaban en las terrazas cubiertas e iluminadas de la posada, y que disfrutaban de la música del suntuoso salón. Estos testigos, incluidos el Capt. Orne y su grupo de científicos, se unieron al grupo de la playa antes que el horror progresara demasiado; lo mismo hicieron muchos de la posada. Ciertamente no hubo

carencia de testigos, sino que confundieron en sus relatos por el miedo y la duda aquello que vieron.

No hay registro exacto de la hora en que comenzó todo, aunque la mayoría dijo que la luna estaba "a un pie" por encima del vaporoso horizonte. Mencionaron la luna porque lo que vieron pareció sutilmente conectado con esta. Era una especie de furtiva y deliberada onda que parecía venir desde la lejana línea del horizonte a través de una trémula senda, difusa por los reflejos de la luna, y que pareció atenuarse antes de llegar a la costa.

Muchos no se dieron cuenta de esta onda hasta que la recordaron por los siguientes eventos. Pero pareció haber sido muy marcada, diferenciada en altura y movimiento de las olas contiguas. Algunos la vieron como sutil y calculada. Y como si se extinguiera taimadamente por los remotos arrecifes negros. De pronto un grito de muerte centelló desde el agua salada; un grito de angustia y desesperanza que inmediatamente movió la piedad de todos aquellos que lo escucharon.

Los primeros en responder fueron los dos bañeros de turno; robustos hombres en atavío de baño, con su oficio proclamado en letras rojas a través de sus pechos. Acostumbrados al trabajo de rescate y a los gritos de los que corren peligro de ahogarse, no pudieron hallar nada familiar en las ululaciones de ultratumba; pero sus sentidos del deber les hicieron ignorar este detalle y procedieron a seguir el curso usual del trabajo.

Apresuradamente tomaron un cojinete inflado con aire, aferrado a una bobina de sogas, uno de ellos corrió a través de la costa hasta la escena en donde ya se había apiñado la multitud; desde ahí lanzó el objeto, luego de girarlo varias veces para ganar velocidad, en dirección hacia donde había venido el sonido. Luego que el cojinete desapareció entre las olas, el gentío curioso aguardó para ver a aquel cuyo dolor había sido tan grande, impacientes de que el bañero lo condujera de nuevo a la playa.

Pero pronto quedó claro que el rescate no sería rápido; por más que los dos bañeros tiraban de la soga, no podían mover aquel objeto que estaba al otro extremo. En cambio notaron que algo hacía fuerza, igual y aún mayor, en la

dirección opuesta. En cierto momento ambos guardias fueron arrastrados de sus posiciones hacia el agua por la extraña fuerza que había apoderado del salvavidas.

Uno de ellos, recobrándose al instante, clamó por ayuda, a la multitud en la playa, en donde se hallaba la bobina con el remanente de la soga. Al siguiente instante los hombres más forzudos, entre los que se contaban el Capt. Orne en primer lugar, comenzaron a pujar junto con los guardavidas. Más de una docena de rudas manos estaban ahora remolcando desesperadamente la gruesa cuerda.

Entre más fuerte bregaban, la extraña fuerza igualaba el esfuerzo al otro extremo; y debido a que en ningún momento se relajaba, la cuerda se volvió rígida como el acero. Los pujadores, al igual que los espectadores por su curiosidad, se vieron consumidos por la naturaleza de esta fuerza marina. La idea de un hombre ahogado había sido ya deshechada e insinuaciones de ballenas, submarinos, monstruos y demonios eran libremente tenidas en cuenta. Todos seguían tirando con la sombría determinación de descubrir el misterio.

Finalmente se decidió que una ballena se habría engullido el salvavidas. El Capt. Orne, ya como líder natural, gritó a quienes estaban en tierra firme que sería necesario un bote como medio para acercarse, arponear y cazar al leviatán oculto. Varios hombres se dispersaron en busca de una embarcación adecuada, en tanto que otros fueron a suplantar al capitán en la tensa cuerda, ya que su lugar era lógicamente al frente de la partida que se formaría para tripular el bote. Su idea de la situación era muy clara y no se limitaba a una ballena, ya que se había entreverado con un monstruo mucho más extraño. Se preguntaba como podría actuar y manifestarse un adulto de esa misma especie a la que pertenecía el infante de cincuenta pies.

Entonces, con espantosa brusquedad, todos comprendieron el hecho crucial que mutó el marco de maravilla y sorpresa reinante hasta ese momento en uno de horror, y el grupo de trabajadores y testigos se vieron presa del pánico. El Capt. Orne, dejando su lugar en la soga, se dio cuenta que no podía quitar las manos de su lugar, que estaban adheridas con inenarrable fuerza; y en un segundo comprendió que era incapaz de retirarse de la cuerda. Su apuro fue



adivinado instantáneamente por los demás, y cada uno probó su propia situación llegando a la conclusión de que todos estaban en una misma condición. El hecho no podía ser negado: cada uno de los hombres estaba irresistiblemente retenido a la línea de cáñamo que lenta, horrible e implacablemente los empujaba hacia el mar.

Un horror mudo se sucedió; un horror durante el cuál los espectadores quedaron petrificados, sumidos en la inmovilidad y el caos mental. Su completa desmoralización se reflejó en las conflictivas narraciones que proporcionaron luego, y las pusilánimes excusas que ofrecieron por sus aparentes inacciones. Yo fui uno de ellos, lo sé.

Todos los que pujaban, luego de una serie de frenéticos gritos y fútiles quejidos, sucumbieron a la paralizante influencia y guardaron silencio frente a tan desconocidos poderes. Estaban bajo la luz de la luna, pujando ciegamente contra una espectral condenación, e inclinándose monótonamente hacia atrás y hacia adelante, a medida que el agua trepaba primero a sus rodillas, luego a sus caderas. La luna se ocultó parcialmente tras una nube, y en la penumbra la línea de hombres semejaba algún siniestro y gigantesco ciempiés, retorciéndose en garras de una muerte terrible.

La cuerda se volvía cada vez más dura, a medida que la puja entre ambos extremos se incrementaba. Las olas iban ocupando cada vez más terreno a la playa, avanzando lentamente, hasta que las arenas, pobladas tardíamente por niños risueños y amantes susurrantes, eran engullidas por la inexorable marea. La manada de espectadores, atacados por el pánico, iba retrocediendo a medida que el agua le empantanaba los pies, mientras la aterrorizada línea de contendientes seguían ondulando, con medio cuerpo sumergido, y ahora a considerable distancia de su audiencia. El silencio era completo.

La multitud, habiendo logrado una desordenada retirada más allá del alcance de la marea, observaba con muda fascinación; sin poder brindar una palabra de advertencia o de ánimo, mucho menos intentar alguna clase de auxilio. Había en el aire un pavor pesadillesco de mal inminente, algo que nunca antes se había visto.

Los minutos parecían alargarse en horas. Aún la serpiente humana de torsos ondulantes se podía ver por encima del mar. Ondulaba rítmicamente, lenta y horriblemente, con la garantía de la muerte. Espesas nubes ocultaron nuevamente la luna, y la luz que iluminaba el agua desapareció.

La línea de cabezas serpenteante ya ondulaba muy débilmente; de vez en cuando se veía algún rostro lívido fulgurando pálido en la oscuridad. Las nubes se acumularon hasta que de sus interiores surgieron afiladas lenguas de fuego. Los truenos surgieron, suaves al principio, luego incrementándose hasta llegar a una ensordecedora y demente intensidad. Entonces sobrevino uno culminante - que pareció reverberar tierra y mar -, tras el cual se desató un aguacero de tal violencia que pareció que se hubieran abierto de par en par las compuertas del cielo.

Los testigos actuaron instintivamente, a pesar de la ausencia de conciencia y pensamiento coherente, y se retiraron hacia la loma sobre la que se elevaba la terraza de la posada. Los rumores habían llegado a los turistas del interior, así que los refugiados se encontraron con que las demás personas estaban tan aterrorizadas como ellos mismos. Creo que se vociferaron algunas palabras de terror, pero no puedo asegurarlo.

Varios de los que estaban en la posada se habían retirado paranoicos a sus cuartos. Otros se quedaron para observar la línea de cabezas meneantes que aún se veía por encima de las ascendientes olas cada vez que un relámpago iluminaba la playa. Recuerdo haber pensado en esas cabezas y los desorbitados ojos que contendrían; ojos que podían reflejar bien todo el pánico, el terror, y el delirium de un universo maligno; todas las culpas, pecados, miserias, esperanzas perdidas y deseos no satisfechos, miedo, repugnancia y angustia de las edades, desde el principio de los tiempos; ojos iluminados con todos los dolores espirituales de los eternamente ígneos infiernos.

Y cuando miré más allá de las cabezas, mi imaginación conjuró otro ojo; un ojo individual, igualmente encendido, aunque con un propósito tan perturbador para mi mente, que la visión de pronto se desvaneció. Presas de una desconocida fuerza, la línea de condenados se sumergió; sus gritos silenciados y

plegarias no elevadas solo serán conocidas por los demonios de las olas y del nocturno viento.

El torrente que el enfurecido cielo estaba expeliendo en medio de un loco cataclismo de sonidos satánicos pareció aminorar. Entre el resplandor de los fogonazos, una voz celestial resonó contra las blasfemias del infierno, y la agonía de todos los idos reverberó en un apocalíptico y ciclópeo estrépito. Fue el fin de la tormenta, ya que el espantoso temporal cesó y la luna, una vez más, alumbró con sus pálidos rayos sobre un mar extrañamente calmo.

Ya no había línea de cabezas. El agua estaba calma y desierta, y solo era alterada por las ondas de lo que parecía ser un remolino, en el mismo lugar de donde provino primeramente el grito. Y cuando miré hacia esa traicionera zona, con febril imaginación y sentidos agobiados, se escurrió en mis oídos, proveniente de un abismo inmensamente profundo, el débil y siniestro eco de una risa.

---

## EL

---

**H. P. Lovecraft<sup>33</sup>**

Le vi una noche de insomnio, cuando paseaba desesperadamente, tratando de salvar mi alma y mis visiones. Mi traslado a Nueva York había sido una equivocación; porque al buscar el prodigio y la inspiración en los laberintos hormigueantes de calles antiguas que serpean interminablemente desde olvidados patios y plazas y muelles hasta patios y plazas y muelles olvidados también, y en las torres ciclópeas y pináculos que se yerguen negros y babilónicos bajo lunas menguantes, no había encontrado sino una sensación de horror y de opresión que amenazaba con dominarme, paralizarme y aniquilarme.

El desencanto había sido gradual. Al llegar por primea vez a la ciudad, la

---

<sup>33</sup> He.

vi en el crepúsculo desde un puente, majestuosa por encima de las aguas, sus increíbles cúspides y pirámides alzándose delicadamente, como flores, entre estanques de bruma violeta, para jugar con las nubes encendidas y los luceros de la tarde. Luego se encendió, ventana tras ventana, por encima de las trémulas corrientes donde había linternas que cabeceaban y se deslizaban, y unos cuernos profundos emitían gemidos espectrales, y ella misma se convirtió en un estrellado firmamento de sueños, saturada de mágica música, e identificándose con las maravillas de Carcassonne y Samarcanda y El Dorado, y con todas las ciudades gloriosas y místicas. Poco después me llevaron por esos rincones antiguos, tan caros a mi fantasía: estrechos, tortuosos callejones y pasadizos donde parpadeaban las fachadas de rojo ladrillo georgiano con sus buhardillas de cristales pequeños sobre portales con columnas que en otros tiempos vieron doradas sillas de mano y decoradas carrozas..., y al descubrir, en mi primer entusiasmo, todas estas cosas largo tiempo deseadas, creí haber alcanzado efectivamente los tesoros que con el tiempo harían de mí un poeta.

Pero no iban a llegar a mí el éxito y la felicidad. La chillona luz del día reveló tan sólo mugre, nociva elefantiasis de piedra que se elevaba y se extendía, allí donde la luna había puesto encanto y magia antigua; y las multitudes de gentes que hervían por las calles en riadas estaban formadas por extranjeros rechonchos y atezados de rostro duro y ojos estrechos, extranjeros astutos, sin sueños ni afinidades con el paisaje de su entorno, y que jamás tendrían cosa alguna que ver con un hombre de ojos azules del antiguo pueblo que lleva las verdes callejuelas y los limpios y blancos campanarios de las villas de Nueva Inglaterra en el corazón.

Así que, en vez de la inspiración poética que había esperado, me llegó sólo una negrura estremecedora y una soledad indecible; y comprendí al fin la espantosa verdad que nadie se había atrevido jamás a formular - el inconfesable secreto de los secretos -: que esta ciudad hecha de piedra y de estridencias no es una perpetuación sensible del viejo Nueva York, como Londres lo es del viejo Londres y París del viejo París, sino que está completamente muerta; con el cuerpo imperfectamente embalsamado estaba con vida. Tan pronto como hice

este descubrimiento, dejé de dormir tranquilo; sin embargo, recobré cierta resignada serenidad cuando, poco a poco, fui adquiriendo la costumbre de no pisar la calle durante el día y de salir sólo de noche, cuando la oscuridad invoca lo poco del pasado que aún subsiste de manera espectral, y los viejos portales blancos recuerdan las figuras vigorosas que en otro tiempo los cruzaron. Con esta especie de consuelo escribí algunos poemas, y hasta reprimí mis deseos de regresar con los míos, para no dar la impresión de que volvía arrastrándome en innoble fracaso.

Entonces, durante uno de estos paseos noctámbulos, conocí al hombre. Fue en un patio tenebroso y oculto del barrio de Greenwich, donde me había instalado en mi ignorancia, ya que había oído decir que aquel sitio era el hogar natural de los poetas y los artistas. Efectivamente, me encantaron las arcaicas callejuelas y las inesperadas plazoletas y patios; y cuando descubrí que los poetas y los artistas eran unos pretenciosos vociferantes cuya originalidad es toda oropel y cuyas vidas son la negación de toda la pura belleza que es la poesía y el arte, seguí viviendo allí por amor a esas cosas venerables. Las imaginaba como fueron al principio, cuando Greenwich era un pueblecito apacible aún no absorbido por la ciudad; y en las horas previas al amanecer, cuando todos los trasnochadores se habían escabullido, solía vagar a solas por los rincones misteriosos y meditar sobre los curiosos arcanos que las generaciones debieron de depositar allí. Esto me mantenía viva el alma, y me proporcionaba algunos de esos sueños y visiones por los que clamaba el poeta que había en lo más profundo de mí.

El hombre me abordó hacia las dos, una nublada madrugada de agosto, cuando deambulaba yo por una serie de patios independientes, ahora accesibles sólo por unos pasajes oscuros que cruzaban los edificios que se interponían, aunque en otro tiempo formaron parte de una red continua de callejas pintorescas. Había oído hablar de esos patios vagamente, y comprendí que hoy no debían de figurar ya en ningún plano; pero el hecho de que hubieran sido olvidados sólo los hacía más atractivos para mí, de forma que los buscaba con redoblado interés. Y ahora que los había encontrado mi ansiedad aumentó aún más, pues su disposición indicaba de algún modo que quizá eran éstos sólo unos

pocos de un conjunto más vasto, sus duplicados encajonados entre altas y lisas paredes y desiertas viviendas traseras, u ocultos y sin luces de de algún arco, respetados por las hordas de lenguas extranjeras y protegidos por furtivos y reservados artistas cuyas actividades no invitan a la publicidad y a la del día.

Me habló, sin que yo le hubiera dado pie para ello, al observar mi actitud y el interés con que miraba puertas con aldaba situadas en lo alto de las escaleras barandilla de hierro, iluminándome entonces la cara el pálido resplandor que salía por los dinteles ornamentales. La suya quedaba en la sombra, y llevaba un sombrero de ala ancha que, en cierto modo, armonizaba perfectamente con la anticuada capa que lucía; pero me sentí vagamente inquieto aun antes de que dijera nada. Su figura era muy delgada -de una delgadez casi cadavérica-, y su voz resultó ser excepcionalmente suave y cavernosa aunque no especialmente profunda. Dijo que me ha estado observando durante algunos de mis vagabundeos y había notado que amaba como él los vestigios de tiempos pasados. ¿No me gustaría que me guiara alguien muy experto en estas exploraciones, y con una información sobre tales lugares mucho mayor que la que un recién llegado podía conseguir?

Mientras hablaba, vi fugazmente su rostro a la luz amarillenta de una ventana solitaria que brillaba en una buhardilla. Era un semblante noble, incluso hermoso, anciano, y mostraba los signos distintivos de un linaje y refinamiento poco común en esa época y lugar. Sin embargo, tenía cierta calidad que me producía desasosiego casi en la misma medida en que me agradaba su semblante: quizá era demasiado pálido, o desentonaba excesivamente mente con la ciudad, para que yo me sintiera cómodo o a gusto. No obstante, le seguí, pues, en aquellos días monótonos, mi búsqueda de antiguas bellezas y misterios era lo único que mantenía viva mi alma, y me parecía un raro favor del Destino toparme con alguien cuyas excursiones parecían haber llegado mucho más allá que las mías.

Hubo algo en la noche que obligó al hombre de la capa a guardar silencio, y durante una hora larga me guió sin conversaciones superfluas,

haciendo tan sólo brevísimos comentarios sobre nombres antiguos y fechas y cambios, e invitándome a caminar con un gesto amplio al adentrarnos por estrechas aberturas. Cruzamos de puntillas algunas travesías, saltamos alguna tapia de ladrillo, hasta que nos internamos a gatas por un pasadizo de piedra bajo y abovedado, cuya inmensa longitud y tortuosas revueltas borraron al fin las referencias de situación geográfica que hasta ahora había procurado yo conservar. Las cosas que vimos eran muy viejas y maravillosas, o al menos lo parecían, iluminadas por los escasos rayos de luz que nos las hacían visibles; jamás olvidaré las vacilantes columnas góticas, las pilastras estriadas y postes de verja hechos de hierro fundido y rematados con urnas, las ventanas de amplios dinteles y decorativos montantes en abanico más originales y extraños cada vez a medida que nos internábamos en este interminable laberinto de desconocida antigüedad.

No nos cruzamos con nadie y, a medida que pasaba el tiempo, se fueron haciendo más escasas las ventanas iluminadas. Los faroles de las calles que vimos al principio eran de aceite, y tenían la antigua forma de rombo. Después observé que algunos eran de vela; por último, después de atravesar a oscuras un patio horrible, por donde mi guía tuvo que conducirme con su mano enguantada, a través de la más absoluta negrura, hasta una estrecha puerta de madera abierta en un alto muro, llegamos a un callejón alumbrado sólo por faroles espaciados cada siete casas; faroles de lata increíblemente coloniales, con la parte superior cónica y agujeros a los lados. El callejón subía en una cuesta empinada - más empinada de lo que yo habría supuesto en esta parte de Nueva York -, y al final estaba bloqueado por el muro tapizado de hiedra de una propiedad particular, detrás del cual pude distinguir una pálida cúpula y las copas de unos árboles que se balanceaban contra la vaga claridad del cielo. En este muro había una puerta baja, arqueada, de negro roble y tachonada de clavos, que el hombre procedió a abrir con una pesada llave. Invitándome a pasar, abrí la marcha, en medio de la más completa oscuridad, lo que parecía ser un sendero de grava, y finalmente subimos por una escalera de piedra hasta la puerta de la casa, que también abrió para mí.

Entramos; y al hacerlo sentí que iba a desmayarme causa del intenso olor a aire estancado que nos recibe y que debía de ser fruto de malsanos siglos de descomposición. Mi anfitrión pareció no notarlo, y yo no dije nada por cortesía.

Subimos por una escalera que describía una curva, cruzamos un salón y pasamos a una habitación cuya puerta oí que cerraba con llave detrás de nosotros. Luego le vi correr las cortinas de tres ventanas cuyos cristales pequeños apenas eran visibles sobre el cielo que comenzaba a clarear; a continuación se dirigió a la chimenea, golpeó el pedernal con un eslabón, encendió dos velas de un candelabro de doce brazos y me hizo seña que hablara bajo.

A este débil resplandor descubrí que estábamos en una amplia biblioteca, bien amueblada y revestida de madera que databa del primer cuarto del siglo XVIII con espléndidos frontones en la entrada, una encantadora cornisa dórica y una chimenea con magníficos relieves, rematado con volutas y urnas. Sobre las estanterías, a lo largo de las paredes, había a intervalos retratos de familia de buena factura, todos deslustrados y sumidos en enigmática oscuridad, y con un inequívoco parecido con el hombre que ahora me indicaba una butaca junto a una graciosa mesa Chippendale. Antes de sentarse al otro lado, frente a mí, mi anfitrión se detuvo un momento como con embarazo; luego, quitándose lentamente los guantes, el sombrero y la capa, se mostró teatralmente con un traje claramente del período georgiano, desde la coleta y la chorrera del cuello, a los calzones, calzas de seda y zap con hebilla en que yo no había reparado antes. Luego, sentándose parsimoniosamente en una silla con respaldo en forma de lira, empezó a mirarme con atención.

Sin el sombrero, adquirió un aspecto de extrema vejez hasta entonces apenas visible, y me preguntó si no sería esta huella inadvertida de singular longevidad una de las causas de mi desasosiego. Cuando habló al fin, noté que su voz suave, profunda, cuidadosamente amortiguada, temblaba con cierta frecuencia; a veces me costaba seguirle, mientras le escuchaba con una sensación de asombro, y con una inconfesada alarma que me aumentaba a cada instante. - Está usted, señor - empezó a decir mi anfitrión -, ante un hombre de costumbres muy excéntricas, que no necesita disculpar su indumentaria ante una persona de



su ingenio e inclinaciones. Pensando en tiempos mejores, no he tenido el menor escrúpulo en estudiar sus costumbres y en adoptar su atuendo y sus modales; capricho que no ofende a nadie si se practica sin ostentación.

He tenido la buena fortuna de conservar el solar rural de mis antepasados, aunque ha quedado encerrado por dos ciudades; primero por Greenwich, que llegó hasta aquí después de 1800, y luego por Nueva York, que se la anexionó hacia 1830. Tenía muchos motivos para conservar este lugar estrechamente unido a mi familia, y en ningún momento me he descargado de tales obligaciones. El propietario que tomó posesión de él en 1768 estudió ciertas artes e hizo ciertos descubrimientos, todos ellos relacionados con influjos que residían en este trozo concreto de terreno, y eran dignos de la más estrecha custodia. Ahora deseo mostrarle algunos efectos singulares de estas artes y descubrimientos, bajo el más estricto secreto; creo que puedo fiarme lo bastante de mi apreciación de los hombres como para saber que cuento con su interés y su discreción.

Calló un momento, y yo no pude hacer otra cosa que asentir con un movimiento de cabeza. He dicho que me sentía alarmado; sin embargo, para mí no había nada más devastador que el mundo material y diurno de Nueva York, y tanto si este hombre era un excéntrico inofensivo, o un experto en artes peligrosas, no tenía otra elección que seguirle y satisfacer mis ansias de asombro, fuera lo que fuese lo que él tuviera que ofrecer. Así que presté atención.

- A... mi antepasado - prosiguió en voz baja - le parecía que había ciertas cualidades excepcionales en la voluntad del ser humano; cualidades de un poder insospechado, no sólo sobre los actos del propio yo y del de los demás, sino sobre toda clase de fuerza y sustancia de la Naturaleza, y sobre muchos elementos y dimensiones considerados más universales que la propia Naturaleza. ¿Puedo decir que se burlaba de la santidad de cosas tan grandes como el espacio y el tiempo, y que dio extraños usos a los ritos de determinados pieles rojas mestizos que en el pasado solían acampar en esta colina? Estos indios se irritaron mucho cuando se construyó el edificio, y se volvieron insoportablemente tercos en su afán de visitar sus jardines durante el plenilunio. Durante años entraron

subrepticamente, saltando la tapia cada mes, cuando podían, para ejecutar determinadas ceremonias secretas. Luego, en el 68, el nuevo propietario les sorprendió in fraganti, y se quedó paralizado ante lo que vio. A partir de entonces negoció con ellos, permitiéndoles el libre acceso a sus terrenos a cambio de que le revelasen el sentido profundo de sus actos; y se enteró entonces de que parte de esta costumbre la habían heredado de sus antepasados pieles rojas, y, parte, de un viejo holandés de los tiempos de los Estados Generales. Y, ¡maldita sea!, me temo que el propietario debió de suministrarles un ron monstruosamente malo - intencionadamente o no-, y una semana después de conocer el secreto era el único hombre vivo que lo conocía. Usted, señor, es el primer extraño que sabe de la existencia de tal secreto, y que me parta un rayo si me hubiese atrevido yo a hablar de... esos poderes... de no haberle visto tan tremendamente interesado por las cosas del pasado.

Me estremecí al notar al hombre cada vez más locuaz, y al ver que su forma de hablar era bastante anticuada. Prosiguió:

- Pero sepa, señor, que lo que... el propietario logró aprender de aquellos salvajes mestizos representaba sólo una pequeña parte de lo que después llegó a saber. No en vano había estudiado en Oxford, y había tratado con un antiguo químico y astrólogo de París. En resumidas cuentas, se dio cuenta de que el mundo no era sino el humo de nuestros intelectos; estaba fuera del alcance del vulgo, pero los sabios podían exhalarlo o inhalarlo como una bocanada de antiguo tabaco de Virginia. Aquello que queremos, podemos hacerlo surgir a nuestro alrededor; y lo que no, podemos hacerlo desaparecer. No pretendo que cuanto diga sea cierto en todos los sentidos; sin embargo, es lo bastante cierto como para proporcionar un precioso espectáculo de cuando en cuando. Supongo que le encantaría tener, de determinadas épocas, una visión más clara de la que puede proporcionarle su imaginación; así que le ruego que deseche cualquier temor ante lo que me propongo enseñarle. Venga a la ventana, y no hable.

A continuación, mi anfitrión me cogió de la mano y me llevó a una de las dos ventanas que se abrían a un lado de la larga y maloliente estancia; y el contacto de sus dedos me transmitió un frío que me recorrió todo el cuerpo. Su

carne, aunque seca y firme, tenía la calidad del hielo, y estuve a punto de zafarme de su presa. Pero nuevamente pensé en el vacío y el horror de la realidad, y me dispuse intrépidamente a seguirle adonde quisiera llevarme. Una vez en la ventana, el hombre descorrió las cortinas de seda amarilla y me indicó que mirase hacia la oscuridad exterior. Durante un instante, no vi nada, aparte de una miríada de lucecillas vacilantes allá lejos, muy lejos. Luego, como en respuesta a un movimiento insidioso de la mano de mi anfitrión, un relámpago jugó por encima del paisaje, y descubrí que me asomaba a un mar de lujuriente follaje - de follaje no contaminado -, y no a un mar de tejados, como habría esperado cualquier mente normal. A mi derecha, el Hudson brillaba perversamente; y más allá, frente a mí, observé el centelleo malsano de una inmensa marisma constelada de nerviosas luciérnagas. Se apagó el relámpago, y una sonrisa maligna iluminó el cerúleo rostro del viejo nigromante.

- Eso fue antes de mis tiempos.... antes de los tiempos del nuevo propietario. Pero probemos otra vez.

Sentí que me abandonaban las fuerzas, más aún que ante la odiosa modernidad de aquella ciudad maldita.

- ¡Dios mío! – murmuré -; ¿puede hacer eso con cualquier época?

Y al verle asentir, y descubrir los negros tocones de lo que en otro tiempo fueron dientes amarillos, me agarré a las cortinas para evitar caerme. El me sujetó con su garra fría y terrible, y repitió su gesto insidioso.

Nuevamente surgió un relámpago.... pero esta vez iluminó un paisaje no del todo extraño. Era Greenwich; el Greenwich de otros tiempos, con algún que otro tejado o fila de fachadas aquí y allá, tal como los vemos hoy, aunque con verdeantes callejas y prados y herbosas zonas comunales. La marisma seguía brillando más allá; pero a lo lejos vi los campanarios de lo que entonces era todo Nueva York, con las iglesias de la Trinidad, San Pablo y la llamada Brick Church dominando a sus hermanas, y una débil neblina de humo de leña extendiéndose por encima de todo. Aspiré profundamente, aunque no tanto por la visión misma como por las posibilidades que evocó mi imaginación aterrada.

- ¿Podría.... se atrevería... a alejarse más? - dije con temor; y creo que él

compartió este temor durante un segundo, pero recobró su sonrisa malévola.

- ¿Alejarme más? ¡Lo que yo he visto le dejarla a usted petrificado! ¡Tanto hacia atrás, muy atrás, como hacia adelante, muy adelante..., ¡mire, estúpido pusilánime!

Y al tiempo que gruñía esta frase para sí, hizo un nuevo gesto, provocando en el cielo un relámpago más cegador que los dos anteriores. En espacio de tres segundos enteros pude ver una visión pandemónica, y en esos segundos contemplé un paisaje que en adelante atormentará siempre mis sueños. Vi los cielos infestados de extraños seres voladores y, por debajo de ellos, una ciudad negra e infernal de gigantescas terrazas de piedra, impías pirámides que se elevaban salvajemente hasta la luna, e innumerables ventanas iluminadas con luces demoníacas. E, hirviendo de forma nauseabunda en aéreas galerías, vi a las gentes amarillas y de ojos rasgados que poblaban esa ciudad, vestidas horriblemente de rojo y naranja y danzando insensatamente al son febril de unos timbales, al son del estrépito obsceno de los crótalos y el gemido maníaco de unos cuernos apagados cuyo incesante gemido subía y bajaba, ondulante como las olas de un océano impío de betún.

Vi este espectáculo, digo, y oí con los oídos de la mente el blasfemo pandemónium de cacofonía que lo acompañaba. Era la estridente materialización de todo el horror que la ciudad cadáver había agitado siempre en mi alma; y olvidando la advertencia de que permaneciese callado, grité y grité y grité, hasta que mis nervios se desmoronaron y los muros temblaron a mi alrededor.

Luego, cuando el relámpago se apagó, vi que mi anfitrión temblaba también; una expresión de sobrecogido horror medio borraba la acerada contracción de furia que mis gritos habían provocado en él. Se tambaleó, se agarró a las cortinas como había hecho yo antes, y agitó la cabeza salvajemente como un animal atrapado. Bien sabe Dios que tenía motivos; porque al apagarse el eco de mis gritos, se oyó un rumor tan infernalmente sugerente que sólo la entumecida emoción me mantuvo consciente y dueño de mis sentidos. Era el crujido incesante y solapado de la escalera que había al otro lado de la puerta, como si subiese por ella una horda de pies descalzos o calzados con mocasines;

finalmente, se oyeron las firmes y cautelosas sacudidas del picaporte de latón, que centelleó a la débil luz de las velas. El anciano arañó, escupió hacia mí, en el aire mohoso, y me ladró cosas al tiempo que oscilaba agarrado a la cortina amarilla:

- ¡La luna llena.... maldito... per... perr.. perro escandaloso.... tú los has llamado, y vienen por mí! ¡Pies con mocasines... de los muertos.... que Dios os confunda, demonios de piel roja! Yo no envenené vuestro ron..., ¿acaso no he conservado a salvo vuestra magia ruin? Bebisteis hasta ponerlos enfermos, y ahora queréis echarle la culpa al propietario.... ¡fuera! Soltad el picaporte.... aquí no tenéis nada que hacer...

En aquel instante, tres golpes espaciados y muy deliberados sacudieron los entrepaños de la puerta; y un blanco espumarajo afloró a la boca del mago frenético. Su pavor, convirtiéndose en férrea desesperación, dio lugar a que renaciera su furia contra mí; dio un paso tambaleante hacia la mesa en cuyo extremo me apoyaba yo. Se puso tirante la cortina que sujetaba su mano derecha, mientras que con la izquierda arañaba en el aire hacia mí, pero al final se desprendió de la alta barra que la sujetaba, dejando entrar en la habitación un torrente de resplandor de la luna llena que el cielo, cada vez más claro, había presagiado. Aquellos rayos verdosos hicieron palidecer las velas, y un nuevo aspecto de descomposición se extendió por la mohosa habitación, con el artesonado carcomido, el suelo combado, la chimenea ruinosa, los muebles desvencijados y las colgaduras harapientas. Y alcanzó al anciano también, acaso por la misma razón, o debido a su miedo y vehemencia, y le vi encogerse y ennegrecerse mientras se tambaleaba y trataba de destrozarme con sus garras de buitre. Sólo sus ojos permanecían incólumes, y miraban con una saltona, dilatada incandescencia que iba en aumento al tiempo que su rostro se carbonizaba y consumía.

Se repitieron los golpes con más insistencia, y esta vez sonaron a metal. La negra entidad que tenía delante había quedado reducida a una cabeza con ojos que trataba impotente de arrastrarse por el suelo combado en dirección a mí, y lanzaba de cuando en cuando pequeños escupitajos de malicia inmortal. Ahora

arreciaron los rápidos y demoledores golpes contra los endebles entrepaños, los astillaron, y vi el centelleo de un tomahawk al hender la madera destrozada. No me moví, porque no me sentí capaz; pero observé atontado mientras la puerta caía destrozada en medio del flujo de una sustancia negra salpicada de ojos relucientes y malévolos. Se derramó como una espesa marea de aceite, reventó un tabique carcomido, volcó una silla al extenderse y finalmente se desparramó por debajo de la mesa y por todo el suelo de la habitación como buscando la ennegrecida cabeza cuyos ojos seguían mirándome. Se cerró- en torno a ella, y la engulló totalmente; un momento después empezó a retroceder, llevándose a su invisible presa sin tocarme a mí; se desplazó hacia la puerta, y se retiró hacia la escalera cuyos peldaños crujieron como antes, aunque en orden inverso.

Luego, finalmente, cedió el suelo, y me precipité sin aliento en la oscura cámara de abajo, atestada de telarañas, medio desvanecido de terror. La luna verde, brillando a través de las rotas ventanas, me reveló la puerta del salón medio abierta; y mientras me levantaba del suelo sembrado de cascotes y me libraba del techo cálido, vi pasar el torrente espantoso de negrura y centelleante de ojos siniestros y relucientes. Buscaba la puerta del sótano, y, al encontrarla, desapareció por ella. Ahora noté que el suelo de esta otra habitación inferior estaba cediendo igual que el de la habitación superior; a continuación sonó un estallido arriba que fue seguido por la caída de algo que vi pasar por la ventana de poniente, y que debía de estar en la cúpula.

Desembarazado de los escombros, crucé el piso y corrí hacia la puerta; al comprobar que no podía abrirla, agarré una silla, rompí la ventana y salté frenéticamente por ella al césped descuidado donde la luz de la luna danzaba sobre la maleza y la yerba crecida. La tapia era alta, y todas las entradas estaban cerradas con llave; pero ayudándome con un montón de cajones que había en un rincón, conseguí trepar a lo alto y sujetarme a una gran urna de piedra que allí había.

En mi agotamiento, no vi a mi alrededor más que extrañas paredes y ventanas y viejas techumbres holandesas. No descubrí en ninguna parte la empinada calle por la que había subido al llegar, y lo poco que conseguí

distinguir quedó sumergido rápidamente en la niebla que subía del río, a pesar del resplandor de la luna. De repente, la urna a la que me había sujetado empezó a temblar, como si compartiese mi vértigo mortal; y un instante después se soltó mi cuerpo, precipitándose no sé a qué destino.

El hombre que me encontró dijo que debí de arrastrarme durante largo trecho, a pesar de mis huesos rotos, ya que había dejado un rastro de sangre hasta donde él se había atrevido a mirar. La lluvia que comenzaba a caer borró muy pronto esta conexión con el escenario de mi ordalía, y los informes sólo pudieron determinar que salí de algún lugar desconocido, llegando hasta la entrada de un patio pequeño y oscuro frente a Perry Street.

Jamás he intentado volver a esos laberintos tenebrosos, ni enviaría allí a ningún hombre en su sano juicio. No tengo idea de qué ser era aquél; pero repito que la ciudad está muerta y llena de horrores insospechados. No sé adónde habrá ido; yo he regresado a casa, a las callejuelas puras de Nueva Inglaterra por las que corre la suave brisa marina al atardecer.

## HIPNOS

---

H. P. Lovecraft<sup>34</sup>

*Acerca del sueño, esa siniestra aventura de todas nuestras  
noches, podemos decir que los hombres se acuestan a diario  
con una audacia que resultaría incomprensible si no supiéramos  
que se debe a la ignorancia del peligro.*  
BAUDELAIRE

Quieran los dioses misericordiosos, si es que existe alguno, guardar esas horas durante las que ni la fuerza de voluntad ni las drogas fruto del ingenio humano pueden mantenerme a salvo de los abismos del sueño. La muerte es piadosa, pues carece de retorno; pero aquel que regresa de las más profundas estancias de la noche, ojeroso y sabio, nunca más disfruta de plácido descanso.

---

<sup>34</sup> Hypnos.

Loco tenía que estar para sumirme con aquella avidez desatada en los misterios que hombre alguno ha osado penetrar; él era un dios o un loco... mi único amigo, aquel que me condujo y me precedió, y que al final sufrió terrores que pueden acabar convirtiéndose en los míos.

Recuerdo que nos conocimos en una estación de tren, donde él era el centro de un círculo de vulgares mirones. Estaba inconsciente, atacado por una especie de convulsión que afligía a su magro cuerpo vestido de negro con una extraña rigidez. Supongo que tendría unos cuarenta años entonces, ya que había hondas arrugas en su rostro, chupado y consumido, y no obstante oval y atractivo; asimismo, había toques de gris en el cabello espeso y ondulado, y en la barba corta y cerrada que una vez tuviera el color del ala de cuervo. Su frente era blanca como mármol del Pentélico, de una altura y amplitud casi divinas. Me dije para mí, con pasión de escultor, que este hombre era la efigie de un fauno de la antigua Grecia sacada de las ruinas de algún templo e insuflada de vida en nuestra época para hacerla sentir el frío y el castigo de los años implacables. Y cuando abrió aquellos ojos negros, inmensos, hundidos y extrañamente luminosos, supe que sería mi único amigo — el único amigo de alguien que jamás tuvo ninguno —; ya que comprendí que tales ojos debían haber mirado abiertamente la grandeza y el terror de regiones apartadas de cualquier conocimiento y realidad vulgares; regiones que yo había amado en mi fantasía, aunque las había buscado en vano. Así que hice a un lado al gentío y le invité a venir a casa, a ser mi mentor y guía en los misterios insondados; y él aceptó sin mediar palabra. Luego descubriría que su voz era música... la música de profundas violas y esferas cristalinas. Solíamos hablar de noche, y también de día, mientras yo cincelaba bustos a su imagen y tallaba diminutas cabezas de marfil para inmortalizar sus diversas expresiones.

Resulta imposible relatar nuestros estudios, ya que guardan muy poca conexión con el mundo de los hombres. Eran tocantes a ese universo más amplio y espantoso de difusa existencia y conciencia que subyace a la materia, el tiempo y el espacio, y cuya existencia tan sólo atisbamos en ciertos sueños... esos sueños extraños que están más allá de los sueños, que nunca acuden a los hombres



vulgares y sólo lo hacen una o dos veces en toda la vida de un hombre sensible. El cosmos que conocemos conscientemente, nacido de ese universo como una burbuja surge de la pipa de un guasón, lo roza tan sólo como la burbuja puede volver a su descuidada fuente, cuando es sorbida por el capricho del guasón. Los eruditos sospechan un poco todo esto, aunque ignoran la mayor parte. Los sabios han interpretado los sueños y los dioses se han reído. Un hombre de ojos orientales dijo que el tiempo y el espacio resultan relativos, y la gente se burló. Pero incluso este hombre de ojos orientales no ha hecho sino suponer. Yo deseaba y traté de tener algo más que suposiciones; y mi amigo lo intentó y lo logró en parte. Así que lo intentamos juntos y, mediante drogas exóticas, buscamos sueños terribles y prohibidos en el estudio de la torre, en la vieja casa solariega del antiguo Kent.

Entre las agonías de aquellos días se encuentra la cúspide de los tormentos... la incapacidad de transmitirlo. jamás podré explicar lo visto y aprendido durante aquellas horas de impías exploraciones... dado que carecemos de símbolos o similares en cualquier lenguaje. Digo esto porque, de principio a fin, nuestros descubrimientos se movían tan sólo en la órbita de las sensaciones; sensaciones que carecen de correlación con cualquier impresión que el sistema nervioso de la humanidad normal pueda ser capaz de recibir. Eran sensaciones, aunque en ellas había increíbles elementos de tiempo y espacio... cosas que, en el fondo, carecen de existencia distinta y definida. Las palabras humanas que mejor pueden reflejar el carácter general de nuestras experiencias son las de zambullidas o remotes; ya que en cada periodo de revelación, una parte de nuestras mentes se lanzaba audazmente lejos de todo cuanto es real y presente, abalanzándose etérea a lo largo de estremecedores y oscurecidos abismos en los que acechaba el miedo; atravesando en ocasiones algunos obstáculos típicos y definidos, descriptibles sólo como nubes de vapores rudos y viscosos. Cuándo estábamos juntos, mi amigo iba siempre muy por delante; yo podía notar su presencia a pesar de la ausencia de forma, gracias a una especie de memoria pictórica mediante la que se me presentaba su rostro, dorado por una extraña luz

y espantoso en su insólita belleza, sus mejillas anormalmente juveniles, sus ojos ardientes, su frente olímpica y sus sombrías cabellera y barba.

No conocíamos el paso del tiempo, ya que éste se había convertido para nosotros en la más simple de las ilusiones. Sólo sabíamos que en todo esto debía estar mezclado algo muy singular, ya que al final nos maravillábamos de no envejecer. Nuestro discurso era malsano y siempre espantosamente ambicioso... ni dios ni demonio podía haber aspirado a descubrir y conquistar lo que nosotros planeábamos entre susurros. Me estremezco al mencionarlo, y no oso entrar en detalles; aunque quiero decir que mi amigo plasmó en papel, en cierta ocasión, un deseo que no se atrevía a pronunciar; algo que me llevó a quemar el papel y contemplar espantado a través de la ventana el constelado cielo nocturno. Quiero insinuar, sólo insinuar, que tenía metas que tocaban al gobierno del universo conocido, y aún más; sueños en los que la tierra y las estrellas girarían a su antojo, y los destinos de todos los seres vivos se encontrarían en sus manos. Afirmo, juro, que yo no tenía parte en esas desorbitadas aspiraciones, ya que no soy lo bastante fuerte como para afrontar esa inmencionable guerrilla en esferas inmencionables que es la única forma de alcanzar un deseo tal.

Hubo de suceder la noche en que los vientos de desconocidos espacios nos hicieron girar irresistiblemente en ilimitados vacíos más allá de todo pensamiento y entidad. Percepciones de una clase enloquecedoramente imposible de transmitir al vulgo; percepciones de infinito que al mismo tiempo nos convulsionaba de placer, aun cuando he olvidado una parte, y la otra me siento incapaz de describirla. Hendíamos viscosos obstáculos en rápida sucesión, y al fin sentí que habíamos sido llevados a zonas más remotas de lo que nadie nunca hubiera previamente conocido. Mi amigo iba infinitamente por delante al zambullirnos en ese espantable océano de éter virgen, y pude contemplar la siniestra alegría en su rostro-memoria flotante, luminoso, demasiado joven. Bruscamente, ese rostro se tornó borroso y desapareció con rapidez, y en breve me encontré proyectado contra un obstáculo que no pude atravesar. Era como los otros, aunque incalculablemente más denso; una masa húmeda y pegajosa, si tales términos pueden aplicarse a análogas cualidades de una esfera no material.

Sentía que había sido detenido por una barrera que mi amigo y guía había logrado traspasar. Debatíéndome de nuevo, finalicé mi sueño de drogas y abrí mis ojos físicos en la torre estudio, en cuyo rincón opuesto se reclinaba la figura de mi compañero de sueños, pálida y aún inconsciente; extrañamente ojeroso y curiosamente bello mientras la luna derramaba luces verde y oro sobre sus facciones marmóreas. Entonces, tras un corto intervalo, la silueta del rincón se agitó y quiera el cielo misericordioso evitar a mis sentidos otra escena como la que presencié entonces. No puedo relatar cómo aullaba, o qué imágenes de infiernos prohibidos relumbraron por un segundo en esos ojos negros enloquecidos por el miedo. Sólo puedo decir que me desvanecí y no recobré el sentido hasta que él mismo se recuperó y me sacudió llevado de un ansia frenética de tener a alguien junto al que mantener a raya el terror y la desolación.

Ése fue el final de nuestras voluntarias incursiones en las cavernas del sueño. Atemorizado, estremecido y deslumbrado, mi amigo, que había estado tras la barrera, me previno contra volver a aventurarme en esa región. No osó hablarme de lo visto, pero dijo que, a su juicio, debíamos dormir lo menos posible, recurriendo si era necesario a las drogas para mantenernos despiertos. Que tenía razón, pronto lo comprobé gracias al miedo indecible que me acometía cada vez que desfallecía mi conciencia. Tras cada corto e inevitable periodo de sueño me sentía más viejo, mientras mi amigo envejecía con una rapidez casi anonadante. Resultaba espantoso el ver formarse las arrugas y encanecer los cabellos casi mientras uno miraba. Nuestra forma de vida se alteró completamente. De, hasta donde yo sabía, ermitaño — ni su verdadero nombre ni origen habían nunca escapado de sus labios —, mi amigo pasó a ser alguien con un terror casi patológico a la soledad. No podía permanecer solo de noche, ni se apaciguaba con la compañía de unos pocos. Tan sólo obtenía remedio asistiendo a las concurrencias más abigarradas y tumultuosas; así que pocas reuniones de juventud y jarana nos eran ajenas. Nuestro aspecto y edad parecía desatar la mayor parte de las veces un ridículo que me zahería en lo más hondo; pero mi amigo lo veía como un mal menor frente a la soledad. Especialmente tenía miedo de encontrarse a solas fuera de casa cuando brillaban las estrellas, y si se veía

forzado a ello a menudo observaba furtivamente el cielo, como si lo persiguiera algún ser monstruoso de lo alto. No siempre miraba al mismo punto del cielo... parecía hacerlo a distintos lugares en ocasiones diferentes. Las noches de primavera a un punto bajo, al noreste. En verano cerca del cenit. En otoño al noroeste. En invierno al este, sobre todo hacia la madrugada. Las noches de mediados de invierno parecían espantarle menos. Sólo al cabo de dos años conecté ese temor con algo en especial; por entonces me di cuenta de que debía buscar un punto en especial de la bóveda celeste, cuya posición en las diferentes estaciones se correspondía con la dirección de su mirada... un punto, a grandes rasgos, marcado por la constelación Corona Borealis.

Ahora teníamos un estudio en Londres, sin separarnos nunca, pero sin comentar jamás los días en que habíamos tratado de sondear los misterios del mundo irreal. Estábamos envejecidos y cansados por culpa de drogas, disipación y tensión nerviosa; y el cabello y barba raleantes de mi amigo ya eran blancos como la nieve. Nuestra capacidad para pasar sin largos sueños resultaba sorprendente, ya que raramente sucumbíamos más de una o dos horas a esa sombra que ahora nos resultaba una amenaza tan espantosa. Entonces llegó aquel enero de niebla y lluvia, cuando escaseaba el dinero y nos era difícil comprar drogas. Ya habíamos vendido todas mis estatuas y cabezas de marfil, y carecía de medios para obtener más material, o, de haberlos tenido, energías para modelarlas. Sufríamos terriblemente, y una noche mi amigo cayó en un profundo sueño del que no logré despertarlo. Aun ahora puedo recordar la escena... el desolado y tenebroso estudio de la buhardilla, bajo el alero golpeado por la lluvia; el tictac de nuestro solitario reloj de pared, el imaginario latir de nuestros relojes de pulsera descansando sobre el tocador; unos pocos ruidos de ciudad lejanos, amortiguados por la niebla y la distancia; y, lo peor de todo, el profundo, rítmico, siniestro respirar de mi amigo sobre el diván... una acompasada respiración que parecía medir momentos de miedo y agonía insuperables para ese espíritu que vagaba por esferas prohibidas, inconcebible y espantosamente remotas.

La tensión de mi vigilia se tornó opresiva, y una extraña avalancha de impresiones triviales y asociaciones se agolpaban sobre mi mente casi trastornada. Oí dar una hora a un reloj - no al nuestro, que no era un carillón - y mi morbosa fantasía encontró en esto un nuevo punto de partida para enfermizas digresiones. Relojes-tiempo-espacio-infinito, y luego mi imaginación regresaba a lo inmediato al pensar que en esos momentos, más allá del tejado y la niebla y la lluvia y la atmósfera, la Corona Borealis se estaba alzando sobre el noreste. Corona Borealis, a la que tanto parecía temer mi amigo, y cuya titilante semicircunferencia de estrellas debía brillar ahora invisible a través de inconmensurables abismos de éter. A la vez, mi oído febrilmente sensible creyó detectar un componente nuevo y completamente distinto en aquella blanda mescolanza de sonidos magnificados por las drogas... un gemido bajo y condenablemente insistente que llegaba de muy lejos: zumbando, clamando, burlándose, llamando, llamando desde el *noreste*.

Pero no fue ese gemido distante el que me privó de mis facultades e impuso sobre mi alma un sello de espanto que en mi vida lograré sacudir; no fue eso lo que desencadenó los alaridos y las convulsiones que llevaron a los vecinos y la policía a derribar la puerta. No fue lo oído, sino lo visto, ya que en esa habitación oscura, cerrada, tapada y velada por cortinas, en la esquina noreste, surgió un haz de horrible luz dorado rojiza... un haz que no provocó resplandor alguno en la oscuridad, pero que cayó sobre la reclinada cabeza del agitado durmiente, sacando de su interior, en odiosa réplica, el luminoso y extrañamente juvenil rostro-memoria que conociera en sueños de espacio abismal y tiempo desencadenado, cuando mi amigo quebró la barrera de aquellas secretas, hondas y prohibidas cavernas de pesadilla.

Y mientras miraba, vi alzarse la cabeza, con los ojos negros, líquidos y profundamente hundidos, desorbitados por el terror, y los labios delgados y sombríos se abrieron para proferir un grito demasiado espantoso como para intentar describirlo. En aquel rostro fantasmal y rígido que brillaba sin cuerpo, luminoso y rejuvenecido en la negrura, había más terror implacable, desbordado y enloquecedor del que todo el resto de cielo y tierra me hayan mostrado jamás.

No hubo palabras entre el lejano sonido que se acercaba más y mas; pero mientras seguía la loca mirada del rostro-memoria, retrocediendo por el maldito haz de luz hacia la fuente, esa fuente de la que también procedía el gemido, vi demasiado en esa ojeada, y me desplomé con los oídos zumbando en un ataque de alaridos y epilepsia que atrajo a los porteros y a la policía. Nunca he podido explicar, por más que lo he intentado, qué fue exactamente lo que vi; ni lo hizo aquel rostro inmóvil, ya que, aunque presencié más que yo, nunca volverá a hablar. Pero siempre estaré en guardia contra el burlón y hambriento Hipnos, y contra las locas ambiciones del conocimiento y la filosofía.

Nadie sabe con certeza qué sucedió, ya que no sólo mi entendimiento quedó dañado por aquel suceso extraño y espantoso, sino que otros también fueron tocados por un olvido que no puede calificarse sino de locura. Dicen, no sé por qué, que nunca tuve amigo alguno; que ese arte, filosofía y locura habían colmado siempre mi trágica vida. Los vecinos y la policía me aquietaron aquella noche, y el médico me dio algo para calmarme, sin percatarse ninguno del suceso de pesadilla acaecido. Mi yerto amigo no los movió a compasión, pero lo que encontraron en el diván del estudio les hizo alabarme de una forma que me puso enfermo; y ahora gozo de una fama que rechazo con desesperación mientras me siento durante horas — calvo, con la barba gris, impedido, trastornado por las drogas y quebrantado — a adorar y rezar al objeto que encontraron.

Ya que niegan que llegara a vender la última de mis estatuas, y señalan extasiados lo que el brillante haz de luz dejó helado, petrificado y mudo. Es cuanto queda de mi amigo; el amigo que me condujo a la locura y la destrucción; una cabeza divina en un mármol tal que sólo la vieja Hélade podría haber producido; joven, con esa juventud que resulta intemporal, y con un rostro bello y barbado, labios curvados y sonrientes, frente olímpica y espesa cabellera ondulada, coronada de amapolas. Dicen que ese recordatorio fantasmal está esculpido a mi semejanza, tal como era yo mismo a los veinticinco, pero en la base de mármol está tallado, en caracteres áticos, un solo nombre: HIPNOS.

## EL TEMPLO

---

(MANUSCRITO DESCUBIERTO EN LAS COSTAS DE YUCATÁN)

---

H. P. Lovecraft

Yo, Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein, capitán de corbeta de la Armada Imperial Alemana y al mando del submarino U-29, el día 20 de agosto de 1917, deposito esta botella y este informe en el océano Atlántico, en una situación que me es desconocida, pero que probablemente ronda los 20° de latitud norte y los 35° de longitud oeste, donde mi nave yace averiada en el fondo del océano. Llevo esto a cabo porque es mi deseo dar a la luz pública ciertos hechos insólitos; dado que seguramente no sobreviviré para entregar en persona estas noticias, ya que las circunstancias que concurren en torno a mí son tan amenazadoras como extraordinarias, e incluyen no sólo la avería fatal del U-29, sino incluso el flaquear de mi férrea voluntad germánica en una forma de lo más desastrosa.

En la tarde del 18 de junio, tal y como comunicamos por radio al U-61, que se dirigía a Kiel, torpedeamos al carguero británico Victory, que se dirigía de Nueva York a Liverpool, en latitud 45° 1G norte y longitud 28° 34' oeste, permitiendo a la tripulación embarcar en sus botes para obtener una buena filmación con destino a los archivos del Almirantazgo. El barco se hundió de forma bastante teatral, a pique por la proa, con la popa alzándose sobre las aguas hasta que todo el casco enfiló perpendicularmente hacia el fondo del mar. Nuestra cámara no perdió detalle, y me pesa que una película tan buena no pueda llegar a Berlín. Después hundimos a cañonazos los botes salvavidas y nos sumergimos.

Cuando emergimos, al ocaso, descubrimos el cuerpo de un marino en cubierta, aferrándose de una forma curiosa a la barandilla. El pobre hombre era joven, bastante moreno y muy agraciado; seguramente griego o italiano, y con certeza tripulante del Victory. Sin duda había buscado refugio en la misma nave que se había visto forzada a destruir la suya... una víctima más de la injusta

guerra de agresión que los malditos perros ingleses llevan a cabo contra la patria. Nuestros hombres le registraron en busca de recuerdos y hallaron en su bolsillo una pieza de marfil sumamente extraña, tallada en forma de una cabeza juvenil coronada de laureles. El otro comandante, el teniente' Klenze, creía que aquello era muy antiguo y de gran valor artístico, por lo que se apropió de ella. Cómo había podido llegar a las manos de un vulgar marinero era algo que ninguno de los dos podía imaginar.

Al arrojar al muerto por la borda tuvieron lugar dos incidentes que perturbaron grandemente a la tripulación. Los hombres le habían cerrado los ojos, pero, al desprenderlo de la barandilla, éstos se abrieron, y muchos sufrieron la extraña ilusión de que miraban fijamente y en son de burla a Schmidt y Zimmer, que se hallaban inclinados sobre el cadáver. El contramaestre Müller, un hombre de edad al que le habría ido mejor de no ser un supersticioso rufián alsaciano, se alteró tanto por la impresión que estuvo observando el cuerpo en el agua, y jura que, tras sumergirse algo, colocó los brazos en la posición del nadador y se impulsó bajo las aguas hacia el sur. Tanto a Klenze como a mí nos desagradaron tales muestras de ignorancia campesina, y reprendimos severamente a los hombres, sobre todo a Müller.

Al día siguiente se creó un verdadero problema debido a la indisposición de varios miembros de la tripulación. Evidentemente, se veían aquejados por algún tipo de tensión nerviosa provocada por nuestro largo periplo, y habían sufrido malos sueños. Varios de ellos parecían aturdidos y obnubilados; y tras cerciorarme que ninguno de ellos fingía su debilidad, les relevé de sus funciones. El mar se hallaba bastante picado, así que bajamos a una profundidad donde las olas nos resultaran un problema menor. Allí permanecimos en una calma relativa, a pesar de la aparición de alguna corriente misteriosa de rumbo sur que no pudimos encontrar en nuestras cartas. Los gemidos de los enfermos resultaban positivamente fastidiosos, pero ya que no parecían desmoralizar al resto de la tripulación, nos abstuvimos de tomar medidas drásticas. Teníamos la intención de permanecer en aquella posición e interceptar al buque de línea *Dacia*, consignado en la información recibida de nuestros agentes de Nueva York.



A primera hora de la tarde salimos a la superficie y descubrimos la mar menos gruesa. El humo de un buque de guerra flotaba en el horizonte norte, pero la distancia a la que nos hallábamos y nuestra capacidad de inmersión nos mantenían a salvo. Lo que más nos preocupaban eran las habladurías del contraamaestre Müller, que se hacían más estrafalarias al caer la noche. Se hallaba en un estado infantil, aborrecible, y farfullaba acerca de fantasías sobre cuerpos muertos flotando al otro lado de las portillas; cuerpos que le miraban fijamente, y que él, a pesar de lo hinchados que estaban, había reconocido por haberlos visto morir durante alguna de nuestras victoriosas hazañas germánicas. Y decía que su jefe era el joven hallado y arrojado al mar. Era algo grosero y anómalo, así que pusimos grilletes a Müller y mandamos que le dieran unos buenos latigazos. Los hombres no se mostraron muy conformes con tal castigo, pero la disciplina es fundamental. Incluso rechazamos la petición de un comité encabezado por el marinero Zimmer, que pedía que la curiosa cabeza tallada en marfil fuera arrojada al mar.

El 20 de junio, los marineros Bohm y Schmidt, que habían caído enfermos el día antes, se volvieron locos furiosos. Sentí que no hubiera ningún médico entre nuestros oficiales, ya que las vidas alemanas resultan preciosas, pero los constantes desvaríos de ambos acerca de una terrible maldición eran de lo más dañino para la disciplina, así que hubimos de tomar una decisión severa. La tripulación encajó este hecho de forma sombría, aunque eso pareció apaciguar a Müller, que de ahí en adelante no volvió a dar problemas. Le liberamos por la tarde y volvió en silencio a sus ocupaciones.

La semana siguiente estuvimos todos muy nerviosos, esperando al Dacia. La tensión creció con la desaparición de Müller y Zimmer, que sin duda se suicidaron víctimas de los temores que parecían atormentarlos, aunque nadie los vio en el instante de saltar al mar. Yo me sentía relativamente contento de librarme de Müller, ya que aun su silencio había afectado negativamente a la tripulación. Todos parecían dados ahora al silencio, como albergando secretos temores. Muchos estaban enfermos, pero ninguno había enloquecido. El teniente Menze, crispado por la tensión, se alteraba ante cualquier minucia... como, por

ejemplo, un banco de delfines que merodeaba en número cada vez mayor en torno a U-29, o la creciente intensidad de esa corriente sur que no aparecía en ninguna de nuestras cartas.

A la postre se hizo evidente que se nos había escapado completamente el Dacia. Avatares así no son raros, y nos sentíamos más complacidos que defraudados, ya que ahora se nos ordenaba regresar a Wilhelmshaven. El mediodía del 28 de junio arrumbamos al noreste y, pese a algún enredo bastante cómico con la inaudita masa de delfines, nos pusimos en marcha.

La explosión en la sala de máquinas a las dos de la tarde nos pilló completamente desprevenidos. No se había descubierto ningún defecto de las máquinas o negligencia de los hombres; pero aun así, sin previo aviso, la nave se vio sacudida de punta a punta por una explosión colosal. El teniente Klenze se abalanzó hacia la sala de máquinas, descubriendo que el depósito de combustible y la mayor parte de la maquinaria estaba destrozada, asimismo los maquinistas Raabe y Schneider habían resultado muertos en el acto. En un instante nuestra situación se había vuelto crítica, ya que aunque los regeneradores químicos estaban intactos, y aunque podíamos usar los aparatos para emerger y sumergirnos, y abrir las escotillas mientras tuviéramos aire comprimido y batería, nos veíamos incapacitados para propulsarnos o pilotar el submarino. Buscar la salvación en los botes salvavidas significaba ponernos a nosotros mismos en manos de enemigos irracionalmente resentidos contra nuestra gran nación alemana, y nuestra radio había estado fallándonos desde que, debido al asunto del Victoria, nos pusimos en contacto con otro *U-boat* de la Armada Imperial.

Desde la hora del accidente hasta el 2 de julio derivamos constantemente hacia el sur, sin hacer ningún plan ni encontrar nave alguna. Los delfines todavía rodeaban el U-29, una circunstancia digna de reseñar, habida cuenta de la distancia recorrida. En la mañana del 2 de julio avistamos un buque de guerra que enarbolaba colores estadounidenses, y los hombres se agitaron deseosos de rendirse. Al final, el teniente Klenze hubo de usar su arma contra un marinero llamado Traube que incitaba a tal acto antigermánico con especial virulencia. Eso apaciguó de momento a la tripulación y nos sumergimos sin ser avistados.

Durante la tarde siguiente, una gran bandada de aves marinas llegó desde el sur y el mar comenzó a tornarse amenazador. Cerrando escotillas, aguardamos acontecimientos hasta comprender que debíamos sumergirnos o perecer entre las olas montañosas. La electricidad y la presión de aire menguaba, e intentábamos evitar cualquier uso innecesario de nuestros escasos recursos mecánicos; pero en este caso no había opción. No bajamos demasiado, y cuando la mar se calmó horas más tarde, decidimos retornar a la superficie. Aquí, no obstante, surgió un nuevo contratiempo, ya que la nave no respondió a nuestra guía, a pesar de todos los esfuerzos realizados por los mecánicos. Según cundía el pánico entre los hombres atrapados en esa prisión submarina, algunos de ellos comenzaron a murmurar contra la imagen de marfil del teniente Klenze, pero la visión de una pistola automática les aplacó. Tuvimos ocupados a los pobres diablos tanto como pudimos, trasteando entre la maquinaria, aunque bien sabíamos que todo eso era inútil.

Klenze y yo solíamos turnarnos para dormir, y durante mi periodo de sueño, sobre las cinco de la mañana de 4 de julio, se desató abiertamente el motín. Los seis cerdos de marineros supervivientes, sospechando que estábamos perdidos, estallaron bruscamente en una furia maniaca, motivada por nuestro rechazo a rendirnos dos días antes al buque de guerra yanqui, y se sumieron en un delirio de improperios y destrucción. Rugían como los animales que eran, y rompían indiscriminadamente mobiliario e instrumental, vociferando sobre insensateces tales como la maldición de la imagen de marfil y el joven moreno muerto que nos miraba y se alejaba nadando. El teniente Klenze parecía paralizado e incapaz de respuesta, que es lo que cabría esperar de un renano blando y afeminado. Maté a los seis hombres, pues fue necesario, y me aseguré de que no sobreviviera ninguno.

Arrojamos los cuerpos a través de las escotillas dobles y nos quedamos a solas en el U-29. Klenze parecía muy nervioso y bebía en demasía. Yo estaba dispuesto a seguir con vida tanto como fuera posible, empleando el generoso depósito de provisiones y el suministro químico de oxígeno, que no habían sufrido de las locas payasadas de aquellos malditos puercos de marineros.

Nuestras agujas, barómetros y otros instrumentos de precisión estaban destruidos, por lo que de ahí en adelante cualquier cálculo sería meramente estimado, basado en nuestros cronómetros, almanaques y la deriva estimada a juzgar por algunos objetos que podíamos atisbar a través de las troneras o desde la torreta. Por fortuna teníamos estibadas baterías capaces aún de largo uso, tanto por alumbrado interior como para empleo del foco. A menudo barriamos con éste alrededor de la nave, pero tan sólo veíamos delfines nadando paralelos a nuestro propio rumbo de deriva. Yo me sentía interesado desde el punto de vista científico en aquellos delfines, ya que aunque el *Delphinus delphis* común es un cetáceo incapaz de sobrevivir sin aire, observé durante cerca de dos horas a uno de esos nadadores y no lo vi abandonar en ningún momento su inmersión.

Con el tiempo, Klenze y yo llegamos a la conclusión de que seguíamos derivando hacia el sur, sumergiéndonos más y más. Reparando en la fauna y flora marinas, leímos mucho al respecto en los libros que yo me había llevado conmigo para los ratos de ocio. No pude evitar el observar, no obstante, la deficiente preparación científica de mi compañero. Su intelecto no era prusiano, sino dado a fantasías y especulaciones sin valor. La inminencia de nuestra muerte le afectaba de forma curiosa y con frecuencia hablaba arrepentido sobre los hombres, mujeres y niños que había enviado al fondo, olvidando que todo eso resulta noble para alguien que sirve al estado alemán. Al cabo comenzó a desvariar ostensiblemente, observando durante horas su imagen de marfil y tramando fantásticas historias acerca de cosas perdidas y olvidadas bajo el mar. A veces, a modo de experimento psicológico, azuzaba tales desvaríos para escuchar sus interminables citas poéticas y relatos acerca de barcos hundidos. Lo sentía de veras, ya que aborrezco ver sufrir a un alemán, pero no resultaba una buena compañía para morir. Por mi parte me sentía orgulloso, sabedor de que la patria honraría mi memoria y que mis hijos serían educados para ser hombres como yo.

El 9 de agosto vislumbramos el suelo del océano y, con el foco, lanzamos sobre él un potente rayo. Se trataba de una vasta planicie ondulante, cubierta en su mayor parte de algas y salpicado por las conchas de pequeños

moluscos. Aquí y allá había fangosos objetos de formas inquietantes, festoneados de algas e incrustados de percebes, que Klenze supuso antiguos buques hundidos. Algo lo alteró; un pico de sólida materia, sobresaliendo del lecho del océano entorno a un metro, con alrededor de medio metro de ancho, lados planos y suaves superficies superiores que convergían en ángulo sumamente obtuso. Yo dije que aquel pico debía tratarse de un afloramiento rocoso, pero Klenze creía haber visto tallas en su superficie. Tras un momento comenzó a temblar y apartó la vista como si tuviese miedo, aunque sin dar otra explicación de que se sentía sobrecogido ante las dimensiones, oscuridad, lejanía, antigüedad y misterio de los abismos oceánicos. Su cerebro estaba fatigado, pero yo soy siempre un alemán y no tardé en advertir dos cosas; una que el U-29 aguantaba admirablemente la presión del mar, y otra que los peculiares delfines seguían en torno nuestro, incluso a una profundidad donde la mayoría de los naturalistas consideran imposible la vida para organismo superiores. Parecía evidente que yo había sobrestimado nuestra profundidad, pero aun así estábamos lo bastante abajo como para que aquel fenómeno resultara notable. Nuestra velocidad de deriva hacia el sur, según lo medía por el suelo del océano, era más o menos la estimada mediante los organismos con los que nos habíamos cruzado en niveles superiores.

A las tres y cuarto de la tarde del 12 de agosto, el pobre Klenze enloqueció completamente. Había estado en la torreta usando el reflector, antes de precipitarse en la biblioteca, donde yo estaba leyendo, y su rostro lo traicionó instantáneamente.

- ¡Él nos llama! ¡Él nos llama! ¡Lo oigo! ¡Tenemos que acudir! -mientras hablaba cogió de la mesa la imagen de marfil, se la metió en el bolsillo y atenazó mi brazo en un intento por arrastrarme escaleras arriba hasta la cubierta. En un momento comprendí que pretendía abrir la escotilla y lanzarse en mi compañía al exterior, una extravagancia suicida y asesina para la que yo no estaba preparado. Cuando retrocedí y traté de apaciguarlo se volvió aún más violento.

- Vamos ahora... no esperemos mas; es mejor arrepentirse y lograr el perdón que desafiar y ser condenado.

Entonces yo abandoné el intento de calmarlo y lo acusé de estar loco... loco de atar. Pero él se mantuvo incommovible y gritaba:

- ¡Si estoy loco, estoy de suerte! ¡Qué los dioses se apiaden del hombre que en su contumacia permanezca cuerdo hasta el fin! ¡Ven y enloquece ahora que él aún nos llama benevolentemente!

Aquel exabrupto pareció aliviar una presión en su mente, ya que al terminar se tornó más comedido, pidiéndome que le dejase ir solo en caso de no querer acompañarle. Mi obligación resultaba clara. Era un alemán, pero tan sólo un renano y un plebeyo, y ahora se había convertido en un loco potencialmente peligroso. Accediendo a su petición suicida me libraría en el acto de alguien que era más bien amenaza que compañía. Le pedí que me cediera la imagen de marfil antes de marcharse, pero tal petición despertó en él una hilaridad tan desaforada que no me atreví a insistir. Entonces le pregunté si deseaba dejar algún recuerdo o un mechón de cabello con destino a su familia en Alemania, por si se daba el caso de que yo fuera rescatado, pero de nuevo prorrumpió en esa extraña risa. Así que mientras él subía la escalerilla, yo acudí a las palancas y, guardando el pertinente intervalo, accioné la maquinaria que le envió a la muerte. Cerciorándome luego de que no se hallaba a bordo, dirigí el foco alrededor tratando de lograr un postrer vistazo, ya que deseaba comprobar si la presión del agua lo había aplastado, tal y como debiera teóricamente haber ocurrido, o si por el contrario el cuerpo no había sido afectado, tal y como sucedía con aquellos extraordinarios delfines. No logré, de todos modos, localizar a mi finado compañero, ya que los delfines se apelotonaban en gran número en torno a la torreta.

Esa tarde lamenté no haber cogido subrepticamente la imagen de marfil del bolsillo del pobre Klenze en el momento en que me dejó, ya que el recuerdo de aquélla me fascinaba. Aun cuando no soy de temperamento artístico, no podía olvidar la cabeza hermosa, juvenil, con su corona de hojas. Sentía bastante no tener con quien conversar. Klenze, aun no estando a mi altura intelectual, era mucho mejor que nada. Esa noche no dormí bien, y me preguntaba cuándo

llegaría exactamente el fin. Desde luego, tenía muy pocas posibilidades de ser rescatado.

Al día siguiente subí a la torreta y comencé la observación de costumbre con el foco. Hacia el norte el panorama era similar al de los cuatro días que habíamos tardado en alcanzar el fondo, pero noté que la deriva del U-29 resultaba menos rápida. Según paseaba el rayo por el sur, advertí que el suelo oceánico a proa tomaba un pronunciado declive y en algunos sitios aparecían bloques de piedra curiosamente regulares, dispuesto como respondiendo a alguna planificación. La nave no bajaba paralela al fondo oceánico, por lo que me vi obligado a ajustar el foco para lograr un haz lo más estrecho posible. Debido a la rapidez del cambio se desconectó un cable, lo que obligó a una pausa de varios minutos mientras lo reparaba; pero al fin la luz se proyectó, inundando el valle marino que tenía debajo.

No soy dado a emociones de ninguna especie, pero mi asombro fue mayúsculo al contemplar lo que había desvelado el resplandor eléctrico. Y sin embargo, estando empapado de la mejor Kultur prusiana, no debí asombrarme, ya que la geología y la tradición nos hablan sobre tremendas conmociones en áreas oceánicas y continentales. Lo que yo vi resultaba una extensa y elaborada panorámica de edificios en ruinas, todos contruidos en una arquitectura magnífica aunque inclasificable, y en diversos estadios de conservación. La mayor parte parecía de mármol, resplandeciendo blanquecino bajo los rayos del proyector, y el plano general resultaba el de una gran ciudad al fondo de un valle angosto, con gran número de templos y villas diseminados por las escarpadas laderas. Los tejados estaban caídos y las columnas rotas, pero aún conservaban un aire de esplendor inmemorialmente antiguo que nada podía opacar.

Enfrentado al fin con esa Atlántida que yo previamente consideraba un mito total, ahora era el más ávido de los exploradores. Alguna vez hubo un río en el fondo de ese valle, ya que mientras examinaba con más detenimiento el lugar, pude ver restos de puentes y diques de piedra y mármol, así como terrazas y terraplenes que una vez fueran verdes y gratos. En mi entusiasmo me volví casi tan tonto como el pobre Klenze y tardé un rato en advertir que la corriente de

rumbo sur había por fin cesado, permitiendo al U-29 bajar lentamente sobre la ciudad submarina, tal y como un aeroplano desciende sobre una ciudad en las tierras emergidas. También tardé en percatarme de que el banco de insólitos delfines se había esfumado.

En un par de horas la nave fue a descansar sobre una plaza pavimentada cerca de la pared rocosa del valle. A un lado podía ver toda la ciudad descendiendo desde la plaza a la antigua orilla del río; al otro lado, en una sobrecogedora proximidad, descubrí la fachada ricamente ornamentada y en perfecto estado de conservación de un gran edificio, sin duda un templo excavado en roca viva. Tan sólo puedo conjeturar sobre la factura originaria de esa titánica construcción. La fachada, de inmensas dimensiones, cubre aparentemente una gran oquedad, ya que sus ventanas son multitud y están dispuestas por todos lados. En el centro bosteza un gran pórtico, al que se accede mediante una imponente escalinata, y se halla circundado por exquisitas tallas, semejantes a escenas de bacanales en relieve. Ante ellos se encuentran grandes columnas y frisos, ambos decorados con esculturas de belleza inexplicable, obviamente representando idílicas escenas pastorales y procesiones de sacerdotes y sacerdotisas portando extraños objetos ceremoniales en honor de un dios radiante. El arte es de la más asombrosa perfección, con concepciones impregnadas de helenismo, aunque curiosamente particulares. Emana una sensación de antigüedad tremenda, como si se tratase del más remoto y no del más cercano antecesor del arte griego. No tengo ninguna duda de que cada detalle de este masivo edificio fue labrado en la roca viva de nuestro planeta en la ladera de la colina. Es evidentemente parte de la muralla del valle, aunque cómo pudo ser el inmenso interior alguna vez excavado no puedo ni imaginarlo. Quizás su núcleo estuviese formado por una caverna o por una serie de ellas. Ni la edad ni su estado sumergido han corroído la prístina belleza de este sobrecogedor templo, ya que de un templo debe tratarse, y hoy, tras miles de años, reposa con todo su lustre e inviolado y en la noche y el silencio sin fin del abismo oceánico.

No puedo precisar el número de horas empleadas en la observación de la ciudad sumergida con sus edificios, arcos, estatuas y puentes, y el templo colosal



repleto de belleza y misterio. Aunque sabía a la muerte próxima, me consumía la curiosidad, y paseaba alrededor el rayo del proyector en ansiosa búsqueda. El haz de luz me permitió llegar a conocer multitud de detalles, pero no pudo mostrarme nada más allá de la puerta tras la bostezante entrada al templo abierto en la roca, y al cabo del tiempo corté la corriente, sabedor de que necesitaba ahorrar energía.

Los rayos resultaban ahora perceptiblemente más débiles de lo que fueran durante las semanas de deriva. Mi deseo de explorar los misterios acuáticos iba en aumento, como aguzado por la creciente atenuación de la luz. ¡Yo, un alemán, debía ser el primero en adentrarme en aquellos caminos olvidados por el tiempo!

Extraje y revisé una escafandra de profundidad, realizada en metal articulado, y probé la luz portátil y el regenerador de aire. Aunque resultaría problemático manipular a solas las dobles escotillas, me creía capaz de sobrepasar cualquier obstáculo gracias a mi capacidad científica, y caminar realmente en persona por la ciudad muerta.

El 16 de agosto efectué una salida del U-29 y me abrí paso dificultosamente a través de las calles llenas de ruinas y fango hacia el antiguo río. No descubrí esqueletos ni restos humanos, pero recogí un tesoro de saber arqueológico en forma de esculturas y monedas. De todo esto no puedo hablar ahora, excepto para proclamar mi temor ante una cultura que se hallaba en la cúspide de la gloria cuando los cavernícolas vagaban por Europa y el Nilo corría inexplorado hacia el mar. Otros, de la mano de este manuscrito, si finalmente llega a ser encontrado, podrán desvelar misterios que yo tan sólo alcanzo a vislumbrar. Volví a la nave cuando mis baterías eléctricas comenzaron a flaquear, resuelto a explorar el templo de piedra al día siguiente.

El 17, cuando mi impulso de penetrar en el misterio del templo se hacía más y más acuciante, sufrí una enorme decepción, ya que descubrí que los materiales necesarios para recargar la luz portátil habían resultado destruidos durante el motín de aquellos puercos en julio. Mi indignación no conoció límites, aunque mi sensatez alemana me precavía contra aventurarme sin medios en un interior completamente a oscuras que podía resultar la madriguera de cualquier

indecible monstruo marino o un laberinto de corredores de entre cuyos recovecos nunca lograría salir. Todo cuanto podía hacer era volver el vacilante foco del U-29 y a su luz subir los peldaños del templo y estudiar las tallas exteriores. El haz de luz entraba por la puerta en ángulo ascendente, y yo escudriñé esperando atisbar algo, pero todo fue en vano. Ni siquiera el techo era visible, y aunque subí un peldaño o dos hacia el interior tras probar con un bastón el suelo, no me atreví a continuar. Además, por primera vez en mi vida experimenté esa emoción llamada miedo. Comencé a comprender cómo se habían desatado algunos de los estados de ánimo del pobre Klenze, ya que mientras el templo parecía reclamarme más y más, empecé a temer sus acuosos abismos con creciente terror ciego. De vuelta al submarino, apagué las luces y me senté a meditar en la oscuridad. Debía preservar ahora la electricidad para las emergencias.

El sábado 18 lo pasé en total oscuridad, atormentado por pensamientos y recuerdos que amenazaban con vencer mi germánica voluntad. Klenze se había vuelto loco y había muerto antes de alcanzar ese siniestro resto de un pasado inconcebiblemente remoto, y me había instado a marchar con él. ¿Había, en efecto, preservado el Destino mi razón sólo para arrastrarme irremisiblemente a un fin más temible e inconcebible de lo que cualquier hombre pudiera soñar? Claramente, mis nervios estaban sometidos a una gran tensión, y yo debía librarme de esas aprensiones propias de un hombre más débil.

No pude dormir durante la noche del sábado y encendí las luces sin pensar en el porvenir. Resultaba deplorable que la electricidad no fuese a durar tanto como el aire y las provisiones. Retomé mis ideas de suicidio y revisé mi pistola automática. Hacía la mañana debí dormirme con las luces encendidas, ya que cuando desperté ayer en la oscuridad fue para encontrarme con las baterías agotadas. Encendí varias cerillas, una tras otra, y lamenté desesperado la imprevisión que me había llevado a malgastar las pocas velas que portábamos.

Tras apagarse la última vela que me atreví a gastar, me senté en completa inmovilidad, sin luces. Mientras reflexionaba sobre el inevitable fin, mi cabeza volvía a los sucesos previos, y caí en algo hasta ahora inadvertido que hubiera hecho temblar a un hombre más débil y supersticioso. *La cabeza del dios*

*radiante de las esculturas del templo de piedra es la misma que la de la pieza tallada en marfil que tenía el marinero recogido del mar y que el pobre Klenze se llevó de vuelta consigo al mar.*

Me sentía un poco estremecido ante tal coincidencia, pero no aterrado. Tan sólo el pensador de inferior categoría se apresura a explicar lo singular y lo complicado mediante el primitivo atajo hacia lo sobrenatural. La coincidencia resultaba extraña, pero yo estaba demasiado hecho al raciocinio como para conectar circunstancias que no admitían un nexo lógico, o asociar de alguna extraordinaria manera los desastrosos sucesos que me habían llevado desde el asunto del Victoria a mi estado actual. Sintiéndome necesitado de sueño, tomé un sedante y me aseguré un poco más de sueño. Mi estado nervioso quedó de manifiesto en mis sueños, ya que creí escuchar gritos de gente ahogándose y ver rostros muertos apretujados contra las troneras de la nave. Y entre esos rostros muertos se encontraba el semblante vivo, burlón, del joven de la imagen de marfil.

Debo cuidar las anotaciones que registran mi despertar de hoy, ya que estoy trastornado y debe haber gran cantidad de alucinación entremezclada con los hechos. Mi caso resulta de lo más interesante desde el punto de vista psicológico, y lamento no poder ser sometido a observación por parte de la autoridad alemana competente. Al abrir los ojos mi primera sensación fue la de un invencible deseo de visitar el templo de piedra, un ansia que crecía a cada instante, aunque automáticamente yo trataba de resistirme mediante las emociones de miedo que obraban en contra. Luego tuve la impresión de una luz en medio de aquella oscuridad causada por las baterías consumidas, y creí ver una especie de resplandor fosforescente en el agua a través del portillo que se abría hacia el templo. Eso despertó mi curiosidad, ya que yo no sabía de ningún organismo abisal capaz de emitir tal luminiscencia. Pero antes de poder investigar me llegó una tercera impresión que, a causa de su irracionalidad, me provoca serias dudas sobre la objetividad que cualquier cosa que puedan registrar mis sentidos. Era una ilusión aural, una sensación de sonos rítmicos y melódicos, como una especie de cántico o himno coral salvaje, aunque

agradable. Convencido de mi aberración psicológica y nerviosa, encendí algunas cerillas y tomé una exorbitante cantidad de solución de bromuro sódico, que pareció calmarme hasta el punto de disipar la ilusión de sonido. Pero persistía la fosforescencia y tuve dificultades para contener el pueril impulso de acercarme a la portilla y buscar su fuente. Resultaba horriblemente real y pronto pude descubrir con su ayuda los objetos familiares que me rodeaban, así como el vaso vacío del bromuro sódico, del que no tenía ni previa impresión visual ni idea sobre su posición actual. Esta última circunstancia me hizo reflexionar y crucé la estancia para tocar el vaso. Se hallaba en efecto en el lugar donde me parecía verlo. Ahora ya sabía que la luz era lo bastante real o parte de una alucinación tan fija y persistente que no podía esperar que se esfumase, así que abandonando toda reticencia subí a la torreta para buscar la fuente luminosa. ¿Sería quizás otro U-boat, brindándome una posibilidad de rescate?

Es comprensible que el lector no acepte nada de cuanto sigue como verdad objetiva, ya que los hechos suponen una transgresión de la ley natural, siendo necesariamente creaciones subjetivas e irreales de mi mente trastornada. Cuando llegué a la torreta, descubrí que el mar estaba en un estado muy apartado de la luminosidad que yo esperaba. No había fosforescencia animal o vegetal en las cercanías, y la ciudad, bajando hasta el río, resultaba invisible en la oscuridad. Lo que vi no era espectacular, ni grotesco o terrorífico, pero ahuyentó el último vestigio de confianza en mi propio raciocinio, *ya que la puerta del templo submarino abierto en la colina rocosa se veía brillantemente alumbrada con un resplandor titilante, como el de una gran llama ceremonial encendida en sus profundidades.*

Los sucesos posteriores resultan caóticos. Mientras contemplaba las puertas y ventanas tan extraordinariamente iluminadas, comencé a sufrir las más extravagantes visiones... visiones tan extravagantes que no me atrevo ni aun a consignarlas. Creí discernir objetos en el templo -objetos tanto estáticos como en movimiento-, y me pareció escuchar de nuevo el irreal cántico que flotaba a mi alrededor al despertar. Y por encima de todo se alzaban pensamientos e imágenes centrados en el joven del mar y la imagen marfileña cuya talla se veía duplicada

en los frisos y columnas del templo que tenía ante los ojos. Pensé en el pobre Klenze, y me pregunté si su cuerpo descansaría con la imagen que se llevó al mar. Él me había prevenido contra algo y yo no le había prestado atención... ya que era un palurdo renano que se volvía loco ante problemas que un prusiano era capaz de afrontar sin dificultad.

El resto es muy sencillo. Mi impulso de ir y penetrar el templo se ha convertido ahora en una orden imperiosa e inexplicable que ya no puedo desobedecer. Mi propia voluntad germánica no basta ya para controlar mis actos, y la elección, en adelante, tan sólo será posible en asuntos menores. Tal locura es la que condujo a Menze a la muerte, acudiendo a cabeza descubierta y sin protección al océano; pero yo soy un prusiano y un hombre cabal, y utilizaré hasta el fin la poca voluntad que me resta. Al comprender que debía marcharme, preparé escafandra, casco y regenerador de aire para un uso inmediato, y al instante comencé a escribir esta crónica apresurada con la esperanza de que algún día pueda llegar al mundo. Guardaré el manuscrito en una botella y la confiaré al mar al abandonar para siempre el U-29.

No tengo miedo de nada, ni siquiera de las profecías del enloquecido Klenze. Lo que he visto no puede ser real, y sé que este trastorno de mi propia voluntad tan sólo puede llevarme a la muerte por asfixia una vez se me agote el aire. La luz del templo es una completa ilusión y moriré sosegadamente, como un alemán, en las oscuras y olvidadas profundidades. Esa risa demoníaca que escucho mientras escribo procede únicamente de mi propio cerebro debilitado. Así que me colocaré meticulosamente la escafandra y ascenderé resuelto los peldaños que conducen a ese santuario primigenio, ese silencioso enigma de las aguas insondadas y los años olvidados.

## EN LOS MUROS DE ERIX

---

H. P. Lovecraft & Kenneth Sterling<sup>35</sup>

Antes de intentar descansar escribiré unas notas preliminares para el informe que debo redactar. Lo que he descubierto es tan singular, y tan opuesto a todas las pasadas experiencias y suposiciones, que merece una descripción muy cuidadosa.

Llegué al campo de aterrizaje principal de Venus el 18 de marzo, según el cómputo terrestre; el 9, VI según el calendario de ese planeta. Cuando me destinaron al grupo de Miller, recibí mi equipo — junto con un reloj adaptado a la rotación ligeramente más rápida de Venus — y efectué los usuales ejercicios con la máscara. Dos días después me declararon apto para el servicio.

Salí del puesto que la Crystal Company tiene en Terra Nova hacia el amanecer de 12, VI y seguí la ruta sur que Anderson había trazado desde el aire. El camino era malo, ya que estas selvas se vuelven casi impracticables después de la lluvia. Debe de ser la humedad lo que da a las enmarañadas enredaderas y plantas de tallo rastrero esa resistencia correosa; una resistencia tan grande que se tarda unos diez minutos en cortarlas con el cuchillo. Hacia mediodía, el tiempo era algo más seco; la vegetación se volvió más suave y elástica, de forma que el cuchillo la cortaba con facilidad, pero ni aun entonces lograba ir más de prisa. Estas máscaras Carter de oxígeno son demasiado pesadas: sólo llevarlas puestas dejan medio agotado a un hombre normal. La máscara Dubois, con depósito-esponja en vez de cilindros, proporciona un aire igual de bueno con la mitad de peso.

El detector de cristales parecía funcionar bien, e indicaba constantemente una dirección que confirmaba el informe de Anderson. Es curioso cómo funciona ese principio de afinidad, sin ninguna de las imposturas del género de las viejas «varitas de zahorí» terrestres. Debe de haber un gran yacimiento de cristales dentro de un área de unas mil millas, aunque supongo que esos condenados

---

<sup>35</sup> Within the walls of Eryx.

hombres-lagartos estarán al acecho, vigilando. Puede que nos consideren estúpidos por venir a Venus en busca de material, igual que nosotros los consideramos a ellos por arrastrarse en el karro cada vez que encuentran un cristal, o por tener ese enorme ejemplar en un pedestal, en su templo. Me gustaría que adoptasen una nueva religión, dado que los cristales no les sirven más que para rezar ante ellos. Suprimida la teología, nos dejarían coger cuantos quisiéramos; y aun cuando aprendiesen a aprovechar su poder, habría más que suficientes para su planeta y para la Tierra. Yo al menos estoy harto de tener que renunciar a los yacimientos importantes y buscar sólo cristales aislados en el lecho de los ríos de la selva. Alguna vez elevaré una petición para que se elimine a estos miserables seres escamosos con un ejército bien pertrechado que venga de casa. Unas veinte naves podrían traer tropas suficientes para terminar con el problema. No se puede considerar personas a estos seres, a pesar de sus «ciudades» y sus torres. No tienen habilidad más que para construir — y utilizar espadas y dardos envenenados —, y no creo que sus supuestas «ciudades» representen mucho más que los hormigueros o los diques de los castores. Dudo que tengan siquiera un verdadero lenguaje... Toda esa palabrería sobre su comunicación psíquica a través de los tentáculos que poseen en la parte inferior del pecho no me parece más que paparruchas. Lo que engaña a la gente es su postura erecta, lo que no es más que una mera semejanza accidental con el hombre terrestre.

Me gustaría recorrer la selva de Venus sin tener que preocuparme de que aparezca algún grupo de estas hoscas criaturas, ni de esquivar sus malditos dardos. Puede que fuera lógico antes de que empezáramos a llevarnos cristales; pero ahora se han convertido verdaderamente en una molestia de lo más enojosa, ya que no paran de lanzarnos dardos y de cortarnos las tuberías del agua. Cada vez estoy más convencido de que están dotados de una sensibilidad especial semejante a la de nuestros detectores de cristales. No se sabe que hayan molestado a ningún hombre excepto tirándole dardos de lejos —, a menos que llevara cristales encima.

Hacia la una de la tarde, un dardo casi me arrancó el casco, y por un segundo pensé que me había perforado los cilindros de oxígeno. Los sigilosos demonios no habían hecho el menor ruido, a pesar de que tenía encima tres de ellos. Acabé con todos barriendo en círculo con mi pistola lanzallamas, pues, aunque su color hacía que se les confundiera con la vegetación, pude percibir el movimiento de las enredaderas. Uno de ellos medía unos ocho pies de altura y tenía un hocico de tapir. Los Otros eran de tamaño corriente, unos siete pies. Lo único que hace que sigan siendo un problema es su número; hasta un simple regimiento de lanzallamas podría acabar con ellos. Es curioso, sin embargo, cómo han llegado a dominar el planeta. No hay otros seres más grandes, salvo los contorsionantes akmans y skorahs, o los tukahs voladores del otro continente..., a menos, por supuesto, que los agujeros de la Meseta Dionea estén habitados.

Hacia las dos, mi detector viró hacia el Oeste, indicando cristales aislados delante de mí, hacia la derecha. Lo comprobé con las referencias de Anderson, y modifiqué mi marcha. El avance se me hizo más difícil, no sólo porque el terreno se elevaba, sino porque la vida animal y las plantas carnívoras eran más abundantes. Andaba constantemente acuchillando ugrats y pisando skorahs, y tenía el traje de cuero todo salpicado de reventar los darobs que salían de todas partes. El sol molestaba a causa de la niebla, y no parecía secar el barro lo más mínimo. Cada vez que daba un paso, el pie se me hundía cinco o seis pulgadas, y sonaba un blup succionante cada vez que lo sacaba. Quisiera que alguien inventara una clase de traje para este clima que no fuese de cuero. De tela se pudriría, por supuesto; pero podrían hacerlo de algún tejido fino y metálico que no pudiera romperse, como la superficie de este rollo indestructible de notas.

Comí hacia las 3,30..., si es que deslizar esas desdichadas tabletas alimenticias a través de la máscara puede llamarse comer. Poco después noté un cambio en el paisaje: las flores brillantes y de aspecto ponzoñoso variaron de color y se volvieron espectrales. Las siluetas de las cosas temblaban rítmicamente, y surgían luminosos puntitos con el mismo tiempo lento e invariable. Después, la temperatura pareció fluctuar de acuerdo con una palpitación acompasada y peculiar.



El universo entero parecía latir con pulsaciones profundas, regulares, que llenaban cada rincón del espacio y fluían a través de mi cuerpo y de mi mente por igual. Perdí el sentido del equilibrio y me tambaleé dominado por el vértigo, pero de nada me sirvió cerrar los ojos y taparme los oídos con las manos. Sin embargo, conservé la mente lúcida, y muy pocos minutos después me di cuenta de lo que había sucedido.

Al fin había dado con una de esas curiosas plantas-espejismo, de las que tantos de nuestros hombres cuentan historias. Anderson me ha prevenido sobre ellas, y me ha descrito muy fielmente su aspecto: tallo velludo, hojas espinosas y flores jaspeadas, cuyas emanaciones, generadoras de ensueños, penetran por cualquier clase de material de que esté hecha una máscara.

Al recordar lo que le ocurrió a Bailey hace tres años, un pánico momentáneo se apoderó de mí, y empecé a correr y a vacilar en el mundo caótico y demencial que las exhalaciones de la planta habían tejido a mi alrededor. Luego volvió la sensatez y comprendí que todo lo que necesitaba era alejarme de esas flores peligrosas, distanciarme de la fuente de esas pulsaciones, y abrirme paso como fuese — sin tener en cuenta lo que girara a mi alrededor —, hasta salir de la zona de influencia de la planta.

Aunque todo daba vueltas peligrosamente, traté de proseguir la marcha en la dirección correcta y abrirme paso hacia adelante. Debí de alejarme bastante de la línea recta, porque creo que transcurrieron horas antes de que me sintiera libre del penetrante influjo de la planta. Gradualmente, las luces danzantes empezaron a desaparecer, y el temblor dei espectral escenario empezó a adquirir fijeza. Cuando me sentí completamente libre consulté el reloj, y me quedé asombrado al descubrir que sólo eran las 4,20. Aunque me había dado la sensación de que había transcurrido una eternidad, toda aquella experiencia había durado poco más de media hora.

Cada demora, no obstante, constituía un fastidio, y había perdido terreno al alejarme de la planta. Ahora avancé penosamente en dirección a la elevación que indicaba el detector de cristales, concentrando todas mis energías en recuperar el mayor tiempo posible. La selva seguía siendo espesa, aunque había

menos vida animal. En una ocasión, una flor carnívora me engulló el pie derecho y me lo agarró con tanta fuerza que tuve que librarme de ella a cuchilladas, reduciendo la flor a tiras, antes de que me soltara.

Menos de una hora después, la vegetación empezó a aclarar, y hacia las cinco — después de atravesar una franja de helechos gigantes con muy poca maleza — salí a una meseta ancha y musgosa. Ahora podía caminar más de prisa, y por las oscilaciones de la aguja del detector vi que me estaba acercando al cristal que buscaba. Era extraño, porque la mayoría de los esferoides se encuentran por los arroyos de la selva; de manera que no era corriente que apareciesen en un terreno elevado y sin árboles como éste.

El terreno ascendía hasta terminar en una cresta definida. Llegué a lo alto hacia las 5,30, y ante mí descubrí una llanura muy extensa, con un bosque a lo lejos. Esta era, sin lugar a dudas, la meseta que Matsugawa había registrado desde el aire cincuenta años antes, y que nuestros mapas denominan «Erys» o «Meseta Ericinia». Pero lo que hizo que me latiera el corazón con violencia fue un detalle más pequeño, cuya posición no estaba demasiado, quizá, del centro exacto de la planicie. Era un simple punto luminoso, centelleante a través de la niebla, que parecía reflejar la luminosidad penetrante y concentrada de los rayos amarillentos de sol empañados por el vapor. Este era, sin duda, el cristal que buscaba; quizá no fuera más grande que un huevo de gallina, pero estaba dotado de fuerza suficiente para abastecer de calefacción a una ciudad durante un año. Casi no me extrañó, al divisar de lejos su resplandor, que esos miserables hombres-lagartos adorasen estos cristales. Sin embargo, no tienen la menor idea del poder que contienen.

Emprendí una rápida marcha, tratando de alcanzar la inesperada presa lo antes posible, y me fastidió que el firme musgo diera paso a un barro líquido sumamente detestable, salpicado aquí y allá de rodales de yerba y enredaderas. No obstante, continué chapoteando sin hacer caso, ni vigilar siquiera a mi alrededor por si aparecía alguno de esos enojosos hombres-lagartos. No era probable que atacaran en este descampado. A medida que avanzaba, la luz que tenía ante mí parecía aumentar en tamaño y brillantez, y empecé a notar algo raro

respecto a su situación. Evidentemente, se trataba de un cristal de la más fina calidad, y mi júbilo crecía a cada paso.

A partir de aquí debo tener cuidado al hacer el informe, ya que lo que voy a decir se refiere a cosas que carecen de precedente — aunque por fortuna se pueden comprobar —. Corría yo con creciente ansiedad, y había llegado a un centenar de yardas más o menos del cristal — cuya situación, en una especie de pequeña prominencia del omnipresente limo, parecía muy extraña —, cuando una fuerza irresistible y repentina me golpeó en el pecho y en los nudillos de mis puños apretados, y me derribó de espaldas en el barro. La salpicadura que provocó mi caída fue tremenda, y ni la blandura del suelo, ni la presencia de enredaderas y yerbas mucilaginosas, impidieron que me golpeará la cabeza, produciéndome un atontamiento. Me quedé tendido boca arriba un momento, demasiado perplejo para pensar. Luego, maquinalmente, me puse en pie tambaleándome, y empecé a arrancarme las costras de barré y de limo adheridas a mi traje de cuero.

No tenía la más ligera idea de con qué había chocado. No había visto nada que pudiese haber provocado el golpe, ni lo veía ahora tampoco. ¿Había resbalado en el barro, en definitiva? El dolor de los nudillos y del pecho me impedían creer que fuese eso. ¿O acaso este incidente no era sino una ilusión provocada por alguna planta-espejismo que no veía? No parecía probable, ya que no notaba ninguno de los síntomas habituales, ni había ningún sitio donde pudiera ocultarme una vegetación tan llamativa y característica y pasar desapercibida. De haber estado en la Tierra, lo habría atribuido a una barrera de fuerza N instalada por algún gobierno para acotar una zona prohibida; pero en una región donde no hay seres humanos tal idea resultaba absurda.

Finalmente, haciendo acopio de valor, decidí investigar con precaución. Esgrimiendo el cuchillo lo más lejos posible de mi cuerpo a fin de poder tantear con él cualquier fuerza extraña, avancé de nuevo hacia el cristal resplandeciente, dispuesto a llegar a él paso a paso, con la mayor precaución. Al tercer paso me detuvo en seco el choque de la punta del cuchillo contra una superficie aparentemente sólida..., superficie que mis ojos no veían en absoluto.

Tras un momentáneo retroceso, recobré la audacia. Extendí mi mano izquierda, enguantada, y comprobé la presencia de una materia sólida e invisible — o de una ilusión táctil de materia sólida — delante de mí. Al mover la mano descubrí que formaba dicha barrera una sustancia extensa de una tersura casi cristalina, sin indicios de unión de bloques separados. Animándome a seguir explorando, me quité un guante y exploré la superficie con la mano desnuda. Era, efectivamente, dura y vítrea, y de una frialdad extraña que contrastaba con la temperatura ambiente. Forcé la vista al máximo, a fin de captar algún vestigio de la sustancia que me impedía el paso, pero no logré distinguir nada en absoluto. No producía tampoco ni la menor sombra de refracción, a juzgar por el aspecto del paisaje que tenía ante mí. La carencia de reflexión quedaba demostrada al no arrancar el sol destello alguno en ningún punto. Una acuciante curiosidad empezó a prevalecer en mi espíritu sobre todo otro sentimiento, y amplíé mis exploraciones todo lo posible. Palpando con las manos, descubrí que la barrera se extendía desde el suelo hasta una altura mayor que la que yo podía alcanzar, y se prolongaba indefinidamente a uno y otro lado.

Así, pues, era una especie de muro..., aunque no podía explicarme de qué materia estaba hecho, ni cuál era su objeto. Nuevamente pensé en las plantas-espejismo y los sueños que producían, pero tras reflexionar un momento descarté tal hipótesis.

Golpeé con energía la barrera con el puño del cuchillo, le di unas patadas con mis pesadas botas y traté de interpretar los sonidos así producidos. Había algo en estas reverberaciones que me recordaban el cemento o el hormigón, aunque mis manos encontraban la superficie vítrea o metálica. Verdaderamente, me enfrentaba a algo extraño que rebasaba toda experiencia previa.

El siguiente movimiento lógico fue hacerme alguna idea de las dimensiones del muro. Calcular la altura podía ser un problema difícil, si no insoluble; pero tal vez resultara fácil averiguar su forma y longitud. Extendí los brazos y me ceñí a la barrera. Empecé a desplazarme lateralmente hacia la izquierda, fijándome con todo cuidado en la trayectoria que llevaba. Tras dar algunos pasos, comprobé que no era recta, sino que describía un círculo o elipse.

Luego me llamó la atención algo enteramente distinto, algo relacionado con el lejano cristal, que era el objeto de mi búsqueda.

Ya he dicho que incluso desde una distancia mayor, la situación del objeto resplandeciente, sobre un pequeño montículo que se alzaba en el limo parecía más bien extraña. Ahora — a unas cien yardas — pude distinguir con claridad, a pesar de la creciente niebla, qué era exactamente aquel montículo. Se trataba del cadáver de un hombre vestido con el traje de cuero de la Crystal Company, tendido de espaldas y con la máscara de oxígeno medio enterrada en el barro, a unas pulgadas de él. En su mano derecha, apretado convulsivamente contra el pecho, tenía el cristal que me había guiado hasta allí: era un esferoide de increíble tamaño, tan grande que los dedos del muerto apenas lo abarcaban. Incluso a esa distancia pude observar que el cadáver era reciente. Apenas se apreciaba descomposición, y pensé que en ese clima tal cosa significaba que no llevaba muerto más de un día. No tardaría en acudir un enjambre de moscas farnoth. Me pregunté quién sería. Sin duda, nadie a quien yo hubiera conocido en este viaje. Quizá se tratara de uno de los veteranos que habían salido a efectuar un largo recorrido y que había llegado a esta región especial con independencia del plan de Anderson. Ahí yacía, más allá de toda preocupación, y con los rayos del gran cristal brotando entre sus dedos rígidos.

Me quedé mirándole durante unos cinco minutos, con perplejidad y aprensión. Me invadió un extraño temor, y sentí unos deseos irrazonados de echar a correr. No había sido obra de esos huidizos hombres-lagartos, ya que aún sujetaba con la mano el cristal que había encontrado. ¿Tendría aquello alguna relación con el muro invisible? ¿Dónde había encontrado el cristal? El instrumento de Anderson había indicado la presencia de un cristal en esa zona mucho antes de que ese hombre muriese. Ahora empecé a considerar la barrera invisible como algo siniestro, y me aparté de ella con un estremecimiento. Pero comprendí que debía explorar el misterio más de prisa y a fondo, debido a la reciente tragedia.

De repente — centrando mi atención en el problema que ahora tenía delante—, pensé en un medio posible de comprobar la altura del muro, o de

averiguar al menos si se elevaba indefinidamente. Cogí un puñado de barro, lo escurrí hasta que adquirió cierta consistencia, y lo lancé hacia arriba en dirección a la barrera transparente. A una altura de quizá unos catorce pies chocó contra la superficie invisible con sonoro y blando ruido, se desintegró inmediatamente y se escurrió hacia abajo, formando unos regueros que desaparecieron con sorprendente rapidez. Así, pues, el muro era alto. Una segunda pella, lanzada en ángulo más elevado, dio en la superficie a unos dieciocho pies del suelo, y desapareció con la misma prontitud que la primera.

Ahora recurrí a todas mis fuerzas, y me dispuse a lanzar una tercera pella lo más alto posible. Escurrí el barro, lo exprimí al máximo y lo lancé tan alto que temí que no llegara a la pared que me cortaba el paso. Pero sí llegó, y esta vez cruzó la barrera y cayó en el barro, al otro lado, con un violento chapoteo. Al fin había logrado tener una idea aproximada de su altura, ya que lo había rebasado a unos veinte o veintiún pies.

Evidentemente, era imposible salvar una pared vertical de diecinueve o veinte pies y de superficie lisa como el cristal. Así que tenía que seguir rodeando la barreta con la esperanza de encontrar un acceso, un final, o algún tipo de interrupción. ¿Formaba el obstáculo un círculo completamente redondo u otra clase de figura cerrada, o describía tan sólo un arco o semicírculo? De acuerdo con mi decisión, continué avanzando despacio hacia la izquierda, moviendo las manos arriba y abajo por la superficie invisible por si descubría alguna ventana o abertura. Antes de reemprender la marcha traté de dejar una señal haciendo un hoyo en el barro con el pie; pero el barro estaba demasiado líquido para que se conservase la señal. Tomé, sin embargo, una referencia del lugar aproximado fijándome en una alta cícada del bosque lejano que estaba en línea con el centelleante cristal, a cien yardas de donde me encontraba yo. Si no había acceso ni interrupción, sabría cuándo había completado el círculo.

No llevaba aún mucho trecho recorrido cuando comprendí que la Curvatura indicaba un recinto circular de unas cien yardas de diámetro, si su contorno era regular. Esto significaba que el hombre muerto estaba cerca del

muro, en un lugar casi opuesto al que yo había tomado como punto de partida. ¿Estaba dentro del recinto, o en la parte exterior? No tardaría en comprobarlo.

Fui rodeando lentamente la barrera sin descubrir acceso, ventana ni interrupción de ninguna clase, y concluí que el cadáver estaba en el interior. A medida que me acercaba, el semblante del hombre muerto me iba pareciendo más vagamente inquietante. Había algo alarmante en su expresión y en la mirada de sus ojos vidriosos. Cuando estuve cerca me pareció que se trataba de Dwight, un veterano a quien no había llegado a conocer, pero al que me señalaron en el puesto el año pasado. El cristal que tenía cogido era desde luego un verdadero trofeo, el ejemplar más grande que he visto en mi vida.

Estaba tan cerca del cadáver que podía haberlo tocado — de no interponerse la barrera —, cuando mi exploradora mano izquierda encontró una esquina de la invisible superficie. En un segundo averigüé que había una abertura de unos tres de ancho que iba desde el suelo hasta una altura a la que yo no llegaba. No había puerta, ni huellas de goznes que indicaran que la hubiese habido en otro tiempo. Sin vacilar un instante, la crucé y di dos pasos hacia el cuerpo tendido, que formaba ángulo recto con la abertura por la que yo acababa de entrar, y que daba a lo que parecía ser un corredor sin puertas. Sentí renacer mi curiosidad al encontrarme en el interior de este inmenso recinto dividido en compartimientos.

Me incliné a examinar el cuerpo y vi que no tenía heridas. Casi no me sorprendió, ya que la presencia del cristal indicaba que no se había enfrentado a los nativos pseudo-reptiles. Al mirar a mi alrededor, tratando de descubrir alguna posible causa de su muerte, mis ojos descubrieron la máscara de oxígeno cerca de los pies del cadáver. Este detalle era efectivamente significativo. Sin dicho accesorio, ningún ser humano podía respirar el aire de Venus durante más de treinta segundos; y Dwight — si era él — lo había perdido. Probablemente se había puesto mal la máscara, y el peso de los cilindros debieron de soltar las correas, cosa que no podía suceder con una máscara Dubois de depósito-esponja. El medio minuto de gracia había resultado demasiado breve para permitirle al hombre inclinarse a recoger su aparato protector... o quizá el cianógeno de la

atmósfera era anormalmente elevado en ese momento. Quizá se encontraba absorto contemplando el cristal, dondequiera que lo hubiese descubierto. Al parecer, acababa de sacarlo de la bolsa de su traje, ya que tenía la solapa desabrochada.

Procedí a desprender el enorme cristal de entre los dedos del prospector muerto, tarea que su rigidez hacía muy difícil. El esferoide era más grande que el puño de un hombre, y brillaba como si estuviese vivo bajo los rayos rojizos del sol poniente. Al tocar su centelleante superficie me estremecí involuntariamente como si, al cogerlo, este objeto precioso me transmitiera el destino que había fulminado a su anterior propietario. Sin embargo, no tardarán en disiparse mis escrúpulos, y me guardé cuidadosamente el cristal en la bolsa de mi traje de cuero. La superstición no ha sido nunca una de mis debilidades.

Coloqué el casco del muerto sobre su rostro inmóvil, me endecaré y retrocedí por la entrada invisible al vestíbulo del gran recinto. Nuevamente me volvió toda mi curiosidad en relación con el extraño edificio y me devané los sesos pensando cuál sería su material, su origen y su objeto. Ni por un instante se me ocurrió que pudieran haberlo erigido manos humanas. Nuestras naves habían llegado a Venus por primera vez hacía tan sólo setenta y dos años, y los únicos seres humanos del planeta eran los de Terra Nova. Por otra parte, los conocimientos humanos no incluyen tampoco el de una sustancia sólida, transparente y no refractaría como la de ese edificio. Asimismo, se puede descartar la idea de una prehistórica invasión humana de Venus, de forma que tuve que volver a la hipótesis de que era una construcción nativa. ¿Precedió a los hombres-lagartos, en la dominación de Venus, una raza olvidada de seres sumamente evolucionados? A pesar de sus ciudades de trazado complejo, me costaba creer que los pseudo-reptiles hubiesen logrado un avance de esta naturaleza. Debió de existir otra raza, miles de años antes, de la que quizá era esto una última reliquia. ¿O se descubrirán otras ruinas de naturaleza similar en futuras expediciones? El objeto de semejante edificio escapa a toda conjetura..., pero es extraño, y su material aparentemente nada práctico sugiere un uso religioso.



Comprendiendo mi incapacidad para resolver el problema, se me ocurrió que todo lo que podía hacer era explorar el edificio. Estaba convencido de que había diversos corredores y estancias que se extendían sobre la llanura embarrada y aparentemente ininterrumpida, y pensé que un conocimiento de su trazado podía conducirme a algo importante. De modo que volví a entrar a tientas por la puerta, sorteé el cadáver y empecé a avanzar por el corredor, hacia las regiones interiores de las que probablemente había salido el hombre muerto. Más tarde inspeccionaría la entrada que dejaba atrás.

Andando a tientas como un ciego, a pesar de la brumosa luz, del sol seguí adelante despacio. A los pocos pasos, el corredor giraba bruscamente e iniciaba una espiral en dirección al centro, en curvas cada vez más pequeñas. De cuando en cuando descubría a tientas un pasadizo transversal sin puertas, y en varias ocasiones me tropecé con la confluencia de dos, tres y cuatro corredores divergentes. Cuando sucedía esto, seguía siempre el camino más interior, que parecía ser continuación del que había estado recorriendo. Tendría tiempo de sobra para examinar las ramificaciones, una vez que llegara a las regiones principales y regresara. ¡Me es imposible describir la extraña experiencia que supuso recorrer los corredores de un edificio invisible erigido por manos desconocidas en un planeta extraño!

Finalmente, tropezando y palpando, llegué al extremo del corredor, que daba a un espacio bastante amplio. Descubrí a tientas que me encontraba en una cámara circular de unos diez pies de anchura; y por la situación del muerto en relación con determinadas referencias del bosque lejano, inferí que dicha cámara ocupaba el centro del edificio o estaba próxima a él. De ella salían cinco pasillos además del que yo había recorrido para entrar; pero conservaba en la mente la situación de este último gracias a una cuidadosa observación, por encima del cadáver, de determinado árbol que sobresalía en el horizonte cuando estaba exactamente en la entrada.

No había nada en esta estancia; sólo el suelo de lodo inconsistente, presente en todas partes. Quise saber si estaba techada esta parte del edificio, y repetí mi experimento lanzando hacia arriba una pella de barro; en seguida

descubrí que carecía de todo tipo de cubierta. Si la tuvo, debió de derrumbarse hacía tiempo, ya que mis pies no habían tropezado con escombros ni bloques desprendidos de ningún género. Al pensar en ello, me resultó muy sorprendente que este edificio aparentemente primordial careciera tan por completo de fragmentos derruidos, grietas y demás accidentes propios de los edificios en ruinas.

¿Qué era? ¿Qué había sido? ¿De qué estaba hecho? ¿Por qué no había signos de bloques separados en los muros homogéneos, vítreos, desconcertantes? ¿Por qué no había el menor rastro de puertas, ya fuesen interiores o exteriores? Lo único que había averiguado era que estaba en un edificio sin techumbre, sin puertas, hecho de un material duro, suave, perfectamente transparente y no refractario, de unas cien yardas de diámetro, con numerosos corredores, y una pequeña estancia circular en el centro. Salvo esto, no podría saber nada mediante una inspección directa.

Observé entonces que el sol estaba ya muy bajo en occidente: su disco rojizo flotaba en un charco rojo y anaranjado por encima de los árboles borrosos del horizonte. Tenía que darme prisa si quería encontrar un terreno seco donde dormir, antes de que anocheciera. Previamente había decidido pernoctar en el borde firme y musgoso de la meseta próxima a la cresta, desde donde había visto por primera vez el cristal, fiando en que mi habitual suerte me salvaría de un ataque de los hombres-lagartos. Siempre he sido partidario de que debemos

lir en grupos de dos o más, de forma que haya siempre uno de guardia durante el descanso, pero el escasísimo número de ataques nocturnos que sufrimos hace que la Compañía no muestre interés en este tipo de cosas. Parece que les es muy difícil ver de noche a esos seres desdichados de piel escamosa, aun alumbrándose con curiosas antorchas.

Tras localizar otra vez el acceso por el que había llegado al centro, emprendí el regreso hacia la entrada del edificio. Podía continuar otro día la exploración. Caminando a tientas lo mejor que podía por el corredor en espiral, y valiéndome tan sólo del sentido común, la memoria y un vago reconocimiento de algunos rodales de yerba mal definidos en la llanura como únicos auxiliares, no

tardé en encontrarme de nuevo junto al cadáver. Había ya una o dos moscas farnoth revoloteando sobre el rostro cubierto por el casco, y comprendí que había empezado la descomposición. Con una repugnancia instintiva y pueril, alcé la mano para ahuyentar estos primeros insectos carroñeros, y entonces sucedió algo asombroso. Un muro invisible, deteniéndome el movimiento de mi brazo, me hizo ver que — a pesar de que había vuelto sobre mis pasos cori todo cuidado — no había regresado al corredor en el que se encontraba el cadáver. En vez de eso, me hallaba en un acceso paralelo por el que sin duda me había metido en una vuelta o bifurcación equivocada de los intrincados pasadizos de atrás.

Confiando en encontrar más adelante un acceso al pasillo de salida, proseguí la marcha; pero poco después llegué a una pared que me cortaba el paso. Así que tendría que volver a la cámara central e iniciar el retorno de nuevo. No sabía exactamente dónde me había equivocado. Eché una ojeada al suelo con idea de comprobar si por algún milagro habían quedado impresas mis huellas, pero en seguida comprobé que el inconsistente barro sólo conservaba la señal de las pisadas unos instantes. No me fue difícil encontrar de nuevo el camino hasta el centro; una vez allí, medité detenidamente qué camino era el que conducía a la salida. Me había desviado demasiado a la derecha la vez anterior. Ahora tomaría una bifurcación más a la izquierda..., por el camino decidiría dónde.

Mientras avanzaba a tientas por segunda vez me sentía completamente seguro de que estaba en el camino correcto, y me desvié a la izquierda en una confluencia que estaba seguro de recordar. Seguí la espiral, cuidando de no extraviarme en ninguno de los pasadizos que la cruzaban. Sin embargo, no tardé en descubrir, para mi malhumor, que el cadáver quedaba a bastante distancia; evidentemente, este otro pasadizo llegaba al muro exterior en un punto bastante alejado de él. Seguí apresuradamente unos pasos más, con la esperanza de que hubiese otra salida en la mitad del muro que aún no había explorado, pero al final volví a encontrarme con una pared. Estaba claro que el plano del edificio era mucho más complicado de lo que yo había supuesto.

A continuación dudé entre regresar al centro otra vez. o intentar encontrar algún corredor lateral que me llevase hasta el cadáver. Si optaba por la

segunda alternativa, corría el peligro de romper mi esquema mental de dónde me encontraba; por tanto, era mejor no intentarlo, a menos que encontrara la forma de dejar un rastro visible detrás de mí. Cómo dejar ese rastro, era todo un problema; de modo que me devané los sesos buscando una solución. No llevaba nada encima que pudiera dejar a manera de señal, ni materia qué pudiera esparcir, o subdividir y distribuir.

La pluma no dejaba huella alguna sobre el muro invisible, y no podía dejar como rastro mis preciosas tabletas alimenticias. Aunque hubiese querido desprenderme de ellas, no habrían sido suficientes... Además, los pequeños comprimidos habrían desaparecido en seguida, hundiéndose en el barro acuoso. Me registré los bolsillos por si llevaba encima un anticuado cuaderno — que a menudo empleamos extraoficialmente en Venus, a pesar del rápido deterioro del papel en la atmósfera de este planeta —, a fin de arrancarle las páginas y esparcirlas, pero no tenía ninguno. Evidentemente, era imposible romper el fino y resistente metal de este rollo de notas indestructible, y mi indumentaria no ofrecía tampoco posibilidad alguna. En la peculiar atmósfera de Venus, no podía prescindir de mi resistente traje de cuero sin peligro. Por otra parte, hemos eliminado la ropa interior a causa del clima.

Intenté embadurnar con barro las invisibles y lisas paredes después de escurrido todo lo posible, pero descubrí que desaparecía de la vista tan rápidamente como las pellas que había lanzado para probar su altitud. Finalmente, saqué el cuchillo y traté de hacer en la superficie vítrea y fantasmal una raya o algo que pudiese reconocer con la mano, aun cuando no tuviese la ventaja de verlo desde lejos. Sin embargo, fue inútil: la hoja no hizo la más ligera señal en esta sustancia desconocida y desconcertante.

Fracasados todos los intentos de dejar alguna huella, busqué el recinto central valiéndome de la memoria. Resultaba más fácil volver a dicha habitación que seguir una trayectoria concreta y predeterminada en dirección opuesta, y no tuve dificultad en llegar a ella. Esta vez consigné en mi rollo de anotaciones cada uno de los giros que hice, trazando un diagrama rudimentario e hipotético de mi trayecto, y marcando todos los corredores que salían de él. Por supuesto, fue un

trabajo exasperantemente lento, ya que tenía que determinarlo todo por el tacto, y las posibilidades de error eran infinitas; pero pensaba que al final daría resultado.

El largo crepúsculo de Venus estaba muy avanzado cuando llegué al recinto central, pero aún tenía esperanzas de salir antes de que se hiciera de noche. Al comparar mi reciente diagrama con lo que recordaba de antes pensé que había localizado mi error inicial; así que emprendí confiadamente la marcha a lo largo de los corredores invisibles, me desvié más a la izquierda que en mis intentos anteriores y procuré consignar mis giros, en el rollo de notas, por si me equivocaba otra vez. En las crecientes sombras podía divisar la oscura silueta del cadáver, ahora centro de una nube repugnante de moscas farnoth. No tardarían mucho en acudir de la llanura los sificligns que habitan en el barro, y completar la obra macabra. Me acerqué al cadáver con cierta renuencia; y me dispuse a pasarlo, cuando una colisión repentina contra el muro me reveló que me había extraviado de nuevo.

Ahora comprendí claramente que estaba desorientado. Las complicaciones de ese edificio eran excesivas para darles una solución improvisada, y sin duda tendría que hacer cuidadosas comprobaciones si quería tener alguna esperanza de salir. No obstante, estaba deseoso de llegar a terreno seco antes de que cerrase la noche; de modo que retrocedí una vez más al centro para efectuar una serie de intentos al azar, tomando nota de todo a la luz de mi lámpara eléctrica. Al encenderla comprobé con atención que no producía reflejos — ni el más ligero destello — en los muros transparentes que me rodeaban. Pero no me sorprendió, ya que el sol tampoco había producido ningún reflejo en el extraño material.

Aún andaba a tientas cuando cayó la noche por completo. Una especie de niebla oscureció la mayoría de las estrellas y planetas, pero la tierra seguía vanamente visible como un punto incandescente, verde azulado, en el sudeste. Acababa de rebasar su cenit, y habría ofrecido una visión gloriosa en su telescopio. Incluso podía distinguir la luna junto a ella, cuando los vapores se disipaban momentáneamente. Ahora era imposible ver el cadáver — mi único punto de referencia —; de modo que, tras algunas vueltas equivocadas, regresé

torpemente a la cámara central. Al fin y al cabo, había perdido toda esperanza de dormir en terreno seco. No podía hacer nada hasta el amanecer; por tanto, debía descansar aquí como pudiera. No resulta agradable tumbarse en el barro; pero podía hacerlo, enfundado en mi traje de cuero. En otras expediciones había dormido en peores condiciones incluso, y ahora el agotamiento me ayudaría a vencer mi repugnancia.

Así que aquí estoy, en cuclillas en el limo del recinto central, redactando estas notas en el rollo de anotaciones, a la luz de mi lámpara eléctrica. Hay algo casi humorístico en esta extraña, inusitada y comprometida situación. ¡Perdido en un edificio sin puertas, en un edificio que no puedo ver! Evidentemente, saldré mañana temprano, y hacia el atardecer estaré en Terra Nova con el cristal. Desde luego, es una preciosidad, y tiene un brillo sorprendente aun a la luz débil de esta lámpara. Acabo de examinarlo. A pesar de mi cansancio, el sueño tarda en llegar, así que estoy escribiendo largo y tendido. Debo dejarlo ya. En este lugar no hay peligro de que me molesten esos malditos nativos. Lo que menos me gusta es el cadáver; pero afortunadamente mi máscara de oxígeno me salva de los peores efectos. Voy gastando los cubos de clorato muy espaciadamente. Tomaré un par de tabletas alimenticias ahora, y trataré de dormir. Ya seguiré

Más tarde: 13, VI; por la tarde

Han surgido más dificultades de las que esperaba. Todavía estoy en el edificio, y tendré que obrar con rapidez y prudencia si quiero descansar en terreno seco esta noche. Tardé en dormirme, y no me he despertado hasta este mediodía. Desde luego, habría dormido bastante más, de no haber sido por el deslumbrante sol que se filtraba a través de la neblina. El cadáver ofrecía un espectáculo bastante desagradable: era un hervidero de sificligns, y tenía una nube de moscas farnoth a su alrededor. Algo le había apartado el casco de la cara y preferí no mirársela. Me alegré doblemente de llevar mi máscara de oxígeno, al pensar en la situación.

Por último, me sacudí, me sequé, tomé un par de tabletas alimenticias y puse un nuevo cubo de clorato potásico en el electrolizador de la máscara. Voy

consumiendo despacio los cubos, pero me habría gustado tener más abundante provisión. Me sentía mucho mejor después del sueño, y esperaba salir del edificio en seguida.

Al consultar las notas y bocetos que había tomado, me quedé impresionado ante la complejidad de los corredores y la posibilidad de haber cometido una equivocación fundamental. De las seis aberturas que salían del espacio central, había elegido la que creía que era aquella por la cual había entrado, guiándome por la disposición de ciertos elementos del paisaje. Situado exactamente en la entrada, el cadáver, a una distancia de cincuenta yardas, se encontraba en línea recta con un lepidodendro particular del bosque lejano. Ahora se me ocurrió que quizá este punto de referencia no era suficientemente preciso: la distancia del cadáver hacía que la diferencia de dirección respecto al horizonte fuese relativamente pequeña al mirar desde las aberturas próximas a la de mi primera entrada. Además, el árbol no se diferenciaba demasiado de otros lepidodendros que había en el horizonte.

Al someter todo esto a comprobación descubrí, para mi desencanto, que no estaba seguro de cuál de las aberturas era la correcta. ¿Había recorrido una serie de pasillos distintos en cada intento de salida? Esta vez me aseguraría. Se me ocurrió que a pesar de la imposibilidad de marcar un rastro había una señal que yo podía dejar. Aunque no era posible desprenderme del traje, podía prescindir del casco debido a mi espesa mata de pelo; era lo bastante grande y claro como para destacar sobre el barro líquido. Así que me quité el accesorio semiesférico, y lo deposité en la entrada de uno de los corredores; el de la derecha, de los tres que iba a explorar.

Seguiría dicho corredor en la suposición de que era el que buscaba, repitiendo las vueltas que me parecían las adecuadas, tomando notas y consultándolas constantemente. Si no salía, iría eliminando sistemáticamente todas las variantes posibles, y si esto no daba resultado, continuaría explorando de la misma forma los callejones que salían de la siguiente abertura, a partir de la tercera entrada. Tarde o temprano, no tenía más remedio que dar con el camino

de salida, pero debía tener paciencia. Aun en el peor de los casos, llegaría a campo abierto a tiempo para poder dormir en terreno seco.

Los resultados inmediatos fueron más bien desalentadores, aunque me ayudaron a descartar la abertura de la derecha en poco más de una hora. De esta entrada parecía arrancar tan sólo una serie de callejones sin salida, cada uno de los cuales terminaba bastante lejos del cadáver; y muy pronto vi que no figuraban en absoluto en los recorridos de la tarde anterior. Como en las demás ocasiones, no obstante, me resultaba relativamente fácil volver a tientas a la cámara central.

Hacia la una de la tarde cambié el casco a la siguiente abertura y empecé a explorar los corredores que partían de ella. Al principio me pareció reconocer sus vueltas, pero no tardé en encontrarme en una serie de corredores completamente desconocidos. No conseguí acercarme al cadáver, ni pude llegar a la cámara central tampoco, aun cuando había tomado nota de todos los movimientos efectuados. Al parecer, había giros engañosos y cruces demasiado sutiles para poderlos representar en mis rudimentarios diagramas; y empecé a experimentar una mezcla de ira y de desaliento. Aunque la paciencia acabaría por triunfar, comprendí que mi búsqueda debía ser minuciosa, incansable, prolongada.

A las dos me encontraba vagando aún inútilmente por los extraños corredores, palpando sin parar, mirando alternativamente el casco y el cadáver, y anotando datos en mi rollo con menos confianza cada vez. Maldije la estupidez y la yana curiosidad que me había arrastrado al interior de esta maraña de muros invisibles; pensaba que si hubiera renunciado a la exploración y hubiese regresado tan pronto como le quité el cristal al cadáver, a estas horas estaría a salvo en Terra Nova.

De repente se me ocurrió que podía excavar un túnel con el cuchillo por debajo de los muros invisibles, y atajar así hasta el exterior, o hasta algún corredor que condujese afuera. No había medio de saber la profundidad que tenían los cimientos de este edificio, pero el omnipresente barro indicaba que no había más piso que la tierra. Me puse de cara al cadáver cada vez más distante y horrible, y empecé a cavar febrilmente con la ancha y afilada hoja del cuchillo.



Había unas seis pulgadas de barro semilíquido, por debajo de las cuales la densidad del suelo aumentaba bruscamente. Esta tierra inferior parecía ser de color distinto; era una tierra grisácea como la de las formaciones próximas al polo norte de Venus. A medida que ahondaba al pie de la barrera invisible, el suelo se iba volviendo más duro. El barro acuoso inundaba mi excavación tan pronto como extraía la arcilla; pero yo llegaba al fondo a través de él y seguí trabajando. Si lograba abrir un acceso por debajo del muro, el barro no me impediría cruzarlo.

A unos tres pies, sin embargo, la dureza del suelo me obligó a interrumpir la excavación. Su tenacidad era superior a la de todo lo que había encontrado hasta entonces aun en ese planeta, y estaba acompañada de una anómala pesantez. Mi cuchillo tenía que hender y astillar la arcilla apretada, y los fragmentos que sacaba eran como piedras sólidas o trozos de metal. Finalmente, incluso este hender y astillar se hizo imposible, y tuve que desistir sin haber alcanzado el borde inferior del muro.

La hora larga empleada en ese intento ha resultado cara e infructuosa, ya que me ha hecho gastar grandes reservas de energía, me ha obligado a tomar una tableta extra de alimento y a poner un cubo más de clorato en la máscara de oxígeno. Ha supuesto también un retraso en mi exploración a tientas, porque todavía me siento demasiado cansado para proseguir la marcha. Después de limpiarme un poco las manos y los brazos me he sentado a escribir estas notas, apoyado contra una pared invisible y de espaldas al cadáver.

Este cadáver ya no es más que una masa hirviente de gusanos; el olor ha empezado a atraer a los viscosos akmans de la selva lejana. Observo que muchas de las yerbas efjeh de la llanura alargan sus tallos necrófagos hacia él; pero dudo que sean lo bastante largos como para alcanzarlo. Quisiera que apareciesen organismos carnívoros del tipo de los skorabs, porque entonces podrían olerme y abrirse paso por el edificio hasta mí. Los seres así tienen un sentido primitivo de la dirección. Podría verlos venir, y anotar el camino aproximado que recorren, en caso de que no siguieran una línea continua. Serían una gran ayuda. En cuanto los tuviera delante, podría aniquilarlos con la pistola.

Pero no hay esperanza de que ocurra nada de eso. Ahora que he terminado de anotar todo esto, descansaré un rato; después exploraré un poco más. Tan pronto como vuelva a la cámara central, cosa que deberá ser bastante fácil, examinaré la abertura del extremo a la izquierda. Quizá consiga salir hacia el atardecer.

13, VI; por la noche

Ha surgido una nueva dificultad. Me va a resultar tremendamente difícil salir, ya que hay factores cuya existencia no había sospechado siquiera. Pasará otra noche aquí, en el barro, y mañana reanudaré la lucha. Interrumpí el descanso, me levanté y me puse otra vez en marcha, a tientas, a las cuatro de la tarde. Unos quince minutos después llegué a la cámara central y señalé con el casco el último de los tres accesos posibles. Al adentrarme por esa abertura, me pareció que su recorrido me era más familiar; pero menos de cinco minutos después me detuve ante una visión que me sobresaltó sobremanera.

Era un grupo de cuatro o cinco de esos detestables hombres-lagartos que habían salido del lejano bosque del otro lado de la llanura. A esa distancia no los distinguía con claridad, pero me pareció que se detenían, se volvían hacia los árboles gesticulando y a continuación se les unía una docena más. El incrementado grupo se dirigió directamente hacia el edificio invisible, y cuando estuvieron cerca les observé atentamente. Nunca había visto a esos seres a tan corta distancia, fuera de las sombras vaporosas de la selva.

Su semejanza con los reptiles era perceptible, aunque yo sabía que era sólo aparente, ya que estas criaturas no tienen nada en común con la vida terrestre. Al aproximarse más, me di cuenta de que el parecido con los reptiles no era tan grande: sólo la cabeza aplastada y la piel verdosa y resbaladiza de batracio sugería tal asociación. Caminaban sobre sus extraños y gruesos muñones, y sus ventosas producían curiosos ruidos en el barro. Eran de unos siete pies de altura, un tamaño normal, con cuatro largos y filamentosos tentáculos pectorales. Los movimientos de esos tentáculos — si las teorías de

Fogg, Ekberg y Janat son correctas, cosa que antes dudaba pero que ahora estoy más inclinado a creer — indicaban que sostenían una animada conversación.

Saqué la pistola lanzallamas y me apresté a entablar una enconada lucha. Mi situación era apurada, pero el arma me daba cierta ventaja. Si esas criaturas conocían el edificio, entrarían a buscarme, y esto me daría la clave de la salida; lo mismo que podían haber hecho los carnívoros skorahs. Parecía seguro que me iban a atacar, pues aunque no veían el cristal que yo llevaba en el bolsillo, podían adivinar su presencia gracias a su especial sensibilidad.

Sin embargo, sorprendentemente, no me atacaron. Al contrario, se separaron y formaron un gran círculo a mi alrededor, a una distancia que indicaba que se habían pegado al muro invisible. De pie, en círculo, aquellos seres me miraban en silencio, inquisitivamente, moviendo los tentáculos, asintiendo a veces con la cabeza y gesticulando con sus miembros superiores. Un rato después vi surgir del bosque a unos cuantos más; avanzaron y se unieron a la multitud curiosa. Los que estaban cerca del cadáver lo miraron brevemente, pero no hicieron ningún ademán para moverlo. Ofrecía un espectáculo horrible; sin embargo, a los hombres-lagartos eso parecía tenerles completamente sin cuidado. De cuando en cuando uno de ellos ahuyentaba alguna mosca farnoth con sus extremidades o tentáculos, o aplastaba con las ventosas de sus muñones algún sificlig o contorsionante akman, o alguna yerba efjeh que se estiraba.

Me quedé mirando a esos intrusos grotescos e inesperados, preguntándome con inquietud por qué no atacaban de una vez, y perdí momentáneamente mi fuerza de voluntad y energía para proseguir la búsqueda de la salida. En vez de eso, me apoyé desmayadamente contra el muro invisible del corredor donde estaba, dejando que mi asombro se resolviese gradualmente en una disparatada sucesión de especulaciones. Un centenar de enigmas que me habían tenido perplejo parecieron adquirir de repente un significado nuevo y siniestro; y me estremecí, dominado por un miedo distinto de cuanto había experimentado hasta ahora.

Creí saber por qué estos seres repulsivos merodeaban expectantes a mi alrededor. Asimismo, me pareció comprender al fin el misterio del edificio

transparente. El seductor cristal que yo había cogido, el cadáver del hombre que lo había cogido antes que yo..., todas estas cosas empezaron a adquirir un significado sombrío y amenazador.

No era una serie casual de contratiempos lo que había hecho que me extraviara en esta maraña de corredores invisibles y sin techo. Indudablemente, se trataba de un auténtico laberinto; de un laberinto construido deliberadamente por estos seres infernales cuyo ingenio y mentalidad había subestimado yo tan lamentablemente. ¿No podía haberlo sospechado antes, conociendo sus inusitadas habilidades arquitectónicas? Estaba bien claro su objetivo. Era una trampa; una trampa destinada a atrapar seres humanos, con el esferoide de cristal como cebo. Estas criaturas reptiles, en guerra con los recolectores de cristales, habían recurrido a la estrategia y estaban utilizando nuestra propia codicia en contra nuestra.

Dwight — si es que este cadáver putrefacto es efectivamente él — ha sido una víctima. Tal vez cayó en la trampa hace algún tiempo y no consiguió dar con la salida. Sin duda le enloqueció la falta de agua, y puede que se le agotaran también los cubos de clorato. Quizá no se le desprendiera accidentalmente la máscara. Es más probable que se suicidara antes que afrontar una muerte lenta. Había preferido quitarse la máscara deliberadamente, dejando que la atmósfera letal actuase en él de forma instantánea. La horrible ironía de su destino radicaba en su posición: había caído a unos pies de la salida salvadora sin haberla podido encontrar. Un minuto más y se habría salvado.

Y ahora era yo quien estaba atrapado. Atrapado y con esta horda de curiosos mirones que me cercaban dispuestos a reírse de mi situación. La idea era enloquecedora, y, al darme cuenta del trance en que me encontraba, me invadió un súbito sentimiento de pánico que me impulsó a correr sin rumbo por los pasillos invisibles. Durante unos momentos no tuve conciencia de lo que hacía: tropezaba, trastabillaba, chocaba contra las paredes invisibles; finalmente caí en el barro como un montón jadeante y lacerado de carne ensangrentada y sin conciencia.

La caída me calmó un poco, de forma que cuando me puse trabajosamente en pie pude reconocer las cosas y ejercitar la razón. Los mirones que me rodeaban agitaban sus tentáculos de una manera rara e irregular que sugería una especie de risa maliciosa y extraña, por lo que les mostré el puño salvajemente mientras me levantaba. Mi gesto pareció aumentar su risa, y unos cuantos me imitaron torpemente con sus verdosos miembros superiores. Avergonzado, traté de serenar mis facultades y analizar la situación.

Al fin y al cabo no me sentía tan mal como debió de sentirse Dwight. A diferencia suya, sabía cuál era mi situación..., y hombre prevenido vale por dos. Yo tenía pruebas de que al final se podía alcanzar la salida, y no repetiría su trágico acto de impaciente desesperación. El cadáver — o el esqueleto que ya no tardaría en ser — estaba constantemente delante de mí indicando como un guía la buscada abertura; y una paciente tenacidad me conduciría inevitablemente a ella, si perseveraba con inteligencia y sin desfallecer.

Tenía, sin embargo, la desventaja de estar cercado por esos demonios reptiles. Ahora que había comprendido la naturaleza de la trampa — cuyo material invisible denotaba una ciencia y una tecnología superiores a las de la Tierra —, no podía ya menospreciar la mentalidad y los recursos de mis enemigos. Incluso con mi pistola lanzallamas me vería en apuros para escapar; aunque la decisión y la rapidez podían ayudarme a salir de esta situación.

Pero antes tenía que llegar al exterior, a menos que pudiera atraer o provocar a alguna de estas criaturas, y hacerla avanzar hacia mí. Cuando preparaba la pistola para la acción, y hacía el recuento de mi abundante provisión de municiones, se me ocurrió probar el efecto de sus descargas sobre los muros invisibles. ¿Se me había pasado por alto un medio factible de escapar? No tenía ningún indicio sobre cuál podía ser la composición química de esa barrera transparente, pero quizá pudiera cortarla una lengua de fuego como si fuese de queso. Eligiendo una sección que estaba frente al cadáver, descargué la pistola a corta distancia de ella, y hurgué con el cuchillo el punto al que había dirigido la llama. Nada había cambiado. Había visto desparramarse la llama al chocar contra

la superficie, y ahora comprobé que mis esperanzas habían sido vanas. Sólo una larga y tediosa búsqueda de la salida podía sacarme al exterior.

Así que me tragué otra tableta alimenticia, puse otro cubo en el electrolizador de la máscara y reanudé la interminable marcha; volví a la cámara central y empecé de nuevo. Consulté constantemente mis notas y bocetos, hice otros nuevos, registré una tras otra las falsas vueltas y anduve tambaleándome hasta que casi desapareció la luz de la tarde. Y mientras persistía en mi búsqueda, observaba de cuando en cuando el círculo de miradas burlonas, y notaba un relevo periódico en sus filas. A cada instante se retiraba al bosque algún pequeño grupo, y venía otro a ocupar su puesto. Cuanto más pensaba en sus tácticas, más intranquilo me sentía, ya que me daban una idea de las intenciones de estos seres. Podían entrar a presentarme batalla en cualquier momento; pero parecía que preferían observar mis esfuerzos por escapar. No podía por menos de pensar que disfrutaban con el espectáculo..., y esto hacía que me horrorizara aún más la perspectiva de caer en sus manos.

Al hacerse de noche, dejé de buscar, y me senté en el barro a descansar. Ahora estoy escribiendo a la luz de la lámpara, y dentro de un momento trataré de dormir un poco. Confío en poder salir mañana, ya que el agua de mi cantimplora está bastante menguada y las tabletas de lacol son un precario sustituto. No me atrevería a mojarme los labios con este lodo, porque el agua de las zonas embarradas no es potable, salvo si se destila. Esa es la razón de que hayamos instalado largas tuberías hasta las regiones de arcilla amarilla, y de que dependamos del agua de lluvia cuando esos demonios descubren las tuberías y las cortan. Tampoco me quedan demasiados cubos de clorato, así que procuraré reducir el consumo de oxígeno lo más que pueda. Mi intento de practicar un túnel esta tarde, y mi posterior huida aterrada, me han hecho gastar una peligrosa cantidad de aire. Mañana reduciré al mínimo el esfuerzo físico, hasta que me enfrente con los reptiles y tenga que habérmelas con ellos? Debo conservar una provisión suficiente de cubos para el regreso a Terra Nova. Mis enemigos siguen ahí; un círculo de débiles antorchas me rodea. Hay algo espantoso en estas luces que me mantienen despierto.

14, VI; por la noche

¡Otro día entero de búsqueda, sin haber dado con la salida! Está empezando a preocuparme la escasez de agua, ya que a mediodía se me quedó vacía la cantimplora. Por la tarde cayó un chaparrón; regresé al centro de la cámara en busca del casco que señalaba el lado izquierdo, y utilizándolo como cuenco, recogí como dos tazones de agua. Me la bebí casi toda, y vertí el resto en la cantimplora. Las tabletas de lacol no alivian casi nada cuando se tiene verdadera sed; confío en que llueva más por la noche. Voy a dejar el casco boca arriba para recoger un poco si llueve. No tengo demasiadas tabletas alimenticias, aun que no me escasean peligrosamente. En adelante reduciré la ración a la mitad. Lo que verdaderamente me preocupa son los cubos de clorato, ya que incluso sin esfuerzos violentos, el estar andando sin parar todo el día ha mermado peligrosamente mis reservas. Me siento débil a causa del ahorro obligado de oxígeno, y de la sed que me aumenta constantemente. Supongo que cuando reduzca el alimento me sentiré más débil aún.

Hay algo maligno, algo misterioso, en este laberinto. Juraría que había logrado descartar ciertas vueltas con mis planos; sin embargo, cada nuevo intento parece desmentir cualquier conclusión anterior. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo perdidos que estamos cuando carecemos de puntos de referencia visuales. Un ciego podría desenvolverse mejor..., pero para la mayoría de nosotros la vista es el rey de los sentidos. El resultado de todos estos vagabundeos infructuosos es un profundo desaliento. Comprendo lo desdichado que debió de sentirse el pobre Dwight. Su cadáver no es más que un esqueleto, y los sificligs y los akmans y las moscas fanroth han desaparecido. Las yerbas efjen mordisquean su traje de cuero, desmenuzándolo; son más largas y crecen mas de prisa de lo que creía. Entretanto, esas tandas de mirones tentaculados continúan disfrutando, alrededor de la barrera, riéndose de mí y gozándose de mi desgracia. Como siga así un día más, enloqueceré, si es que no muero de agotamiento.

Sin embargo, no puedo hacer otra cosa que perseverar. Dwight habría salido si hubiese continuado un minuto más. Es posible que venga pronto a buscarme alguien de Terra Nova, aunque sólo hace tres días que falto. Me duelen los músculos espantosamente, y me parece que no voy a poder descansar tumbado en este barro repugnante. Anoche, a pesar de mi terrible cansancio, dormí sólo a ratos, y hoy me temo que me pasará igual. Vivo en una pesadilla interminable, entre la vigilia y el sueño, y ni estoy verdaderamente despierto, ni verdaderamente dormido. Me tiemblan las manos; no puedo seguir escribiendo de momento. Ese círculo de débiles llamas de antorcha es horrible.

15, VI; a la caída de la tarde

¡Un progreso importante! Parece que la cosa marcha. Me siento muy débil, y no dormí mucho hasta el amanecer. Entonces dormité hasta mediodía, aunque sin descansar en absoluto. No ha llovido, y la sed me ha debilitado mucho. Tomé una tableta extra de alimento para mantenerme; pero sin agua, no me ha servido de mucho. Intenté probar un poco de agua embarrada por una sola vez, pero me produjo violentas náuseas y me dejó más sediento que antes. Tenso que ahorrar cubos de clorato, y la falta de oxígeno me tiene casi sofocado. No puedo caminar durante mucho tiempo, aunque me las arreglo para arrastrarme por el barro. Hacia las dos me pareció reconocer algunos corredores, y llegué a acercarme al cadáver — o esqueleto — más que en los primeros intentos del día. Una de las veces me desvié por un callejón lateral sin salida, pero volví al corredor principal con ayuda de mi plano y mis notas. El problema de las anotaciones es que hay demasiadas. Llevo ya unos tres pies de rollo plagados de anotaciones, y necesito detenerme mucho tiempo para desentrañarlas. La sed, la falta de agua y el agotamiento hacen que me flaquee la cabeza, y no logro entender todo lo que he escrito. Esos condenados seres verdosos siguen mirando y riendo con sus tentáculos; a veces gesticulan de una forma que me hace pensar que comparten alguna broma terrible que no alcanzo a comprender.

Eran las tres cuando di el gran paso. Se trataba de un acceso que, según mis notas, no había explorado anteriormente; y al cruzarlo descubrí que podía



arrastrarme circularmente hacia el esqueleto envuelto por las enredaderas. El camino describía una especie de espiral muy semejante a aquella por la que había llegado a la cámara central. Cada vez que me tropezaba con una abertura o bifurcación debía conservar la trayectoria que más me parecía que repetía el recorrido original. A medida que pasaba más y más cerca de mi espantoso punto de referencia, los mirones de afuera intensificaban sus gestos enigmáticos y su muda risa sardónica. Era evidente que encontraban siniestramente divertidos mis progresos, sabedores de lo impotente que iba a yermme si llegaba a enfrentarme con ellos. Me limité a dejarles que rieran, porque si bien me daba cuenta de mi extraordinaria debilidad, contaba con una pistola y cargas de repuesto para abrirme paso entre esta falange de reptiles repugnantes.

Mis esperanzas aumentaron prodigiosamente, aunque no intenté ponerme de pie. Ahora era mejor ir a rastras, y ahorrar fuerzas para el próximo enfrentamiento con los hombres-lagartos. Avanzaba muy despacio, y el peligro de extraviarme por algún callejón sin salida era grande; de todos modos, me pareció que recorría una curva que iba directamente hacia mi óseo objetivo. Tal perspectiva me infundió nuevas fuerzas, y por el momento dejé de pensar en mis dolores, en la sed y en la escasez de provisiones. Las criaturas se apiñaban ahora junto a la entrada, gesticulando, saltando y riendo con sus tentáculos. Pensé que no tardaría en enfrentarme con la horda entera... y quizá con los refuerzos que sin duda recibirían del bosque.

Ahora estoy a unas yardas tan sólo del esqueleto; me he detenido para escribir estas notas, antes de irrumpir en medio de esa horda de entidades inmunda. Tengo la seguridad de que mi último átomo de fuerzas los va a poner en fuga, pesar de su número, ya que el alcance de mi pistola es muy grande. Después acamparé en el musgo seco del borde de la meseta, y por la mañana emprenderé la penosa marcha por la selva, hasta Terra Nova. Me alegrará ver hombres vivos y edificios de seres humanos otra vez. Los dientes de ese cráneo brillan y sonríen horriblemente.

Horror y desesperación. ¡Me he vuelto a desviar! Después de hacer la anotación anterior, me acerqué aún más al esqueleto; pero de repente tropecé con una pared que se interponía. Una vez más me había equivocado, y al parecer me encontraba en el sitio en que había estado hace tres días, cuando intenté salir del laberinto por primera vez. No sé si grité..., quizá estaba demasiado débil para proferir ningún grito. Me limité a quedarme tendido en el barro, ofuscado, durante largo rato, mientras los seres verdosos del exterior saltaban y reían y gesticulaban.

Un rato después había recobrado algo más la conciencia. La sed, la debilidad y la asfixia me estaban venciendo de prisa, y con la última pizca de fuerza que me quedaba metí un cubo en el electrolizador., temerariamente, sin pensar en las necesidades para el regreso a Terra Nova. El oxígeno me reanimó un poco, y me permitió mirar en torno mío con más lucidez.

Me daba la sensación de que estaba ligeramente más lejos del pobre Dwight que en mi primera decepción, y pensé ofuscado que tal vez estaba en un corredor un poquitín más alejado. Con esa pizca de esperanza seguí arrastrándome penosamente..., pero un poco más allá llegué al fondo de un callejón sin salida, como la primera vez.

Así que esto era el final. En tres días no había conseguido nada, y me encontraba sin fuerzas. No tardaría en enloquecer de sed, y no contaba ya con cubos suficientes para regresar. Me pregunté débilmente por qué esos seres de pesadilla se habían agolpado tan multitudinariamente alrededor de la entrada, burlándose de mí. Sin duda constituía parte de su burla hacerme creer que me estaba acercando a una salida que ellos sabían que no existía.

Ya no viviré mucho, aunque he decidido no precipitar el desenlace como Dwight. Su cráneo sonriente acaba de girar hacia mí, desplazado por los tallos tanteantes de una de las matas de efjeh que ahora devoran su traje de cuero. La macabra mirada de esas cuencas vacías es peor que la de esos horrorosos lagartos. Confiere un significado espantoso a la sonrisa muerta de dientes blancos.

Me echaré y me quedará muy quieto en el barro a fin de ahorrar todas las energías que pueda. Este informe — que espero que llegue a quienes vengan después de mí, y les sirva de advertencia —, concluirá muy pronto. En cuanto termine de escribir, descansará un rato. Luego, cuando sea demasiado oscuro para que esas horrendas criaturas puedan ver nada, haré acopio de las fuerzas que me quedan y trataré de lanzar el rollo por encima del muro y de los corredores a la llanura exterior. Procuraré dirigirlo hacia la izquierda, a fin de que no caiga entre la horda saltadora de burlones sitiadores. Quizá se hunda en el barro inconsistente..., pero puede que caiga en algún grupo de matas, de las que hay tantas, y vaya a parar finalmente a manos de los hombres.

Si sobrevive, y llega a ser leído, confío que sirva para algo más que para advertir a los hombres de la existencia de esta trampa. Espero que enseñe a nuestra especie a dejar donde están esos cristales brillantes. Pertenecen sólo a Venus. Nuestro planeta no los necesita verdaderamente; y creo que hemos violado alguna ley misteriosa, alguna ley profundamente oculta en los arcanos del cosmos, al tratar de apoderarnos de ellos. ¿Quién sabe qué fuerzas oscuras, poderosas y omnipresentes empujan a estos seres reptiles a guardar tan extrañamente su tesoro? Dwight y yo hemos pagado nuestra codicia, como la pagaron y la pagarán otros. Pero tal vez estas muertes aisladas no sean sino un preludio de nuevos y más tremendos horrores. Dejemos a Venus lo que sólo pertenece a Venus.

Siento la muerte muy cerca, y temo no poder lanzar el rollo cuando oscurezca. Si no puedo, supongo que los hombres-lagartos se apoderarán de él; porque sin duda comprenderán de qué se trata. No quieren que nadie sospeche la existencia del laberinto, y no sabrán que mi mensaje constituye un alegato en favor de ellos. A medida que se acerca el final, me siento más inclinado a juzgar con benevolencia los acontecimientos. A escala cósmica, ¿quién sabe qué especie es superior, o se acerca más a la norma orgánica espacial, si la de ellos o la mía?

Acabo de sacar el cristal de la bolsa para contemplarlo en mis últimos momentos. Brilla violenta, amenazadoramente, con los rayos rojos del día

agonizante. La inquieta horda se ha dado cuenta, y sus gestos han cambiado de una forma que no puedo entender. Me pregunto por qué siguen apiñados en la entrada, en vez de concentrarse en un punto más cercano a mí, junto al muro transparente.

Me estoy quedando entumecido, y no puedo escribir. Las cosas giran a mi alrededor, aunque no pierdo el conocimiento. ¿Podré lanzar esto por encima del muro? ¡Cómo brilla este cristal, a pesar de que está anocheciendo!

Es de noche. Estoy muy débil. Aún ríen y saltan en la entrada, y han encendido sus condenadas antorchas.

¿Se van? He soñado que oía un ruido..., luz en el cielo.

INFORME DE WESLEY P. MILLER, JEFE DEL GRUPO A, VENUS CRYSTAL Co.

(Terra Nova, Venus: 36, VI)

Nuestro operario A-49, Kenton J. Stanfield, de Marshall Street 5317, Richmond, Va., salió de Terra Nova en la madrugada del día 12, VI, para efectuar un breve recorrido señalado por el detector. Debía estar de regreso el 13 o el 14. Dado que el 15 por la noche aún no había vuelto, salí en el avión de reconocimiento FR-58 con cinco hombres a mis órdenes, a fin de seguir su ruta con ayuda del detector. La aguja indicadora no señalaba cambio alguno respecto de las anteriores lecturas.

Seguimos la aguja hasta la región de las tierras altas Ericianas, iluminando todo el trayecto con potentes proyectores. Los lanzallamas de triple fila y los cilindros de radiación D estaban preparados para dispersar cualquier contingente ordinario de nativos hostiles, o neutralizar cualquier agresión peligrosa de skorahs carnívoros.

Cuando sobrevolábamos la planicie despejada de Eryx divisamos un grupo de luces que se movía, y comprendimos que eran antorchas de nativos. Al

acercarnos, se dispersaron y echaron a correr hacia el bosque. Serían unos setenta y cinco o cien en total. El detector indicaba la presencia de un cristal en el lugar donde habían estado. Descendimos, y nuestras luces revelaron dos objetos en el suelo. Un esqueleto enredado en tallos de efjeh, y un cadáver entero a diez pies de él. Dirigimos el avión hacia los cuerpos, y el extremo de un ala chocó contra un obstáculo invisible.

Al acercarnos a pie a los cadáveres, tropezamos con una barrera lisa, invisible, que nos desconcertó enormemente. Tanteándola no lejos del esqueleto, dimos con una abertura, que daba a un espacio en el que se abría otra abertura que conducía hasta el esqueleto. Junto a él, aunque la vegetación le había devorado la ropa, estaba su casco metálico numerado de la compañía. Era el operario B-9, Frederick N. Dwight, de la división de Koenig, que había salido de Terra Nova hacía dos meses para llevar a cabo una larga misión.

Entre este esqueleto y el cadáver intacto había otro muro, pero pudimos identificar con facilidad al segundo hombre como Stanfield. Tenía un rollo de notas en la mano izquierda y una pluma en la derecha; al parecer estaba escribiendo cuando le sobrevino la muerte. No se veía ningún cristal; sin embargo, el detector indicaba la presencia de un enorme ejemplar cerca del cuerpo de Stanfield.

Nos costó mucho llegar hasta Stanfield, pero finalmente lo conseguimos. El cuerpo estaba aún caliente, y descubrimos un gran cristal junto a él, cubierto por el barro semilíquido. Examinamos inmediatamente el rollo de notas de su mano izquierda, y nos dispusimos a tomar ciertas precauciones, de acuerdo con sus datos. El contenido del rollo consiste en la larga relación que antecede a este informe; relación cuyos principales aspectos hemos comprobado, y que incluimos como explicación de lo descubierto. Los fragmentos finales de dicha relación revelan un deterioro mental; sin embargo, no hay razón para dudar de lo demás. Evidentemente, Stanfield murió a causa de la sed, la asfixia, la tensión cardíaca y la depresión psíquica. Tenía puesta la máscara, que seguía generando oxígeno a pesar de su provisión de cubos alarmantemente escasa.

Dado que nuestro avión había quedado averiado, llamamos por radio a Anderson para que acudiera con el avión de reparaciones FG-7, un grupo de mecánicos, una brigada de demolición y un equipo de material explosivo. Por la mañana quedó reparado el FH-58, y regresamos remolcados por Anderson, llevándonos los dos cadáveres y el cristal. Enterraremos a Dwight y a Stanfield en el cementerio de la compañía, y embarcaremos el cristal con destino a Chicago en la primera nave que salga para la Tierra. Después seguiremos la sugerencia de Stanfield — la que hay en la primera parte, más equilibrada, de su informe —, y traeremos tropas suficientes para acabar con todos los nativos. Despejado el campo, la cantidad de cristales que podremos recoger puede ser ilimitada.

Por la tarde estudiamos el edificio o trampa invisible con suma precaución; lo exploramos con ayuda de largas cuerdas de guía, y levantamos un plano completo para nuestros archivos. Su trazado nos ha dejado impresionados, y hemos guardado muestras de la sustancia para su análisis químico. Todos estos conocimientos serán útiles cuando nos ocupemos de las diversas ciudades de los nativos. Nuestros taladros de diamante tipo C han conseguido barrenar el material invisible, y la brigada de demolición está colocando la dinamita para volarlo. Cuando hayamos terminado no quedará nada. El edificio representa una clara amenaza tanto para el tráfico aéreo como para cualquier otro.

Al examinar el plano del laberinto, uno se siente impresionado no sólo por la ironía del destino de Dwight, sino por la de Stanfield también. Cuando tratamos de llegar al segundo cuerpo desde el esqueleto, no encontramos ningún acceso a la derecha, pero Marheim dio con una entrada desde el primer espacio interior, a unos pies de Dwight, y a cuatro o cinco de Stanfield. A continuación de esa entrada había un amplio vestíbulo que no exploramos hasta después, pero a la derecha de dicho vestíbulo había otra entrada que conducía directamente al cadáver. Stanfield habría podido salir al exterior veintidós o veintitrés pies más adelante, si hubiese encontrado la abertura que tenía justamente detrás..., abertura que se le había pasado por alto a causa de su agotamiento y desesperación.

# EL CASO DE CHARLES DEXTER WARD

---

H. P. Lovecraft<sup>36</sup>

## UN RESULTADO Y UN PRÓLOGO

### 1

De una clínica particular para enfermos mentales situada cerca de Providence, Rhode Island, desapareció recientemente una persona de características muy notables. Respondía al nombre de Charles Dexter Ward y había sido recluida allí a regañadientes por su apenado padre, testigo del desarrollo de una aberración que, si en un principio no pasó de simple excentricidad, con el tiempo se había transformado en manía peligrosa que implicaba la posible existencia de tendencias homicidas y un cambio peculiar en los contenidos manifiestos de la mente. Los médicos confiesan el desconcierto que les produjo aquel caso, dado que presentaba al mismo tiempo anomalías de carácter fisiológico y psicológico.

En primer lugar, el paciente, que contaba veintiséis años, aparentaba mucha más edad de la que tenía. Es cierto que los trastornos mentales provocan un envejecimiento prematuro, pero el rostro de aquel joven había adquirido la expresión que en circunstancias normales sólo poseen las personas de edad muy avanzada. En segundo lugar, sus procesos orgánicos mostraban un extraño desequilibrio, sin paralelo en la historia de la medicina. El sistema respiratorio y el corazón actuaban con desconcertante falta de simetría, la voz era un susurro apenas audible, la digestión era increíblemente prolongada, y las reacciones nerviosas a los estímulos normales no guardaban la menor relación con nada de lo registrado hasta entonces, ni normal ni patológico. La piel tenía una frialdad morbosa y la estructura celular de los tejidos era exageradamente tosca y poco coherente. Incluso un gran lunar de color oliváceo que tenía desde su nacimiento en la cadera había desaparecido mientras se formaba en su pecho una extraña

---

<sup>36</sup> The case of Charles Dexter Ward.

verruga o mancha negruzca. En general, todos los médicos coinciden en afirmar que los procesos del metabolismo habían sufrido en Ward un receso sin precedentes.

También psicológicamente era Charles Ward un caso único. Su locura no guardaba la menor semejanza con ninguna de las manifestaciones de la alienación registradas en los tratados más recientes y exhaustivos sobre el tema, y acabó creando en él una energía mental que le habría convertido en un genio o un caudillo de no haber asumido aquella forma extraña y grotesca. El doctor Willett, médico de la familia, afirma que la capacidad mental del paciente, a juzgar por sus respuestas a temas ajenos a la esfera de su demencia, había aumentado desde su reclusión. Ward, es cierto, fue siempre un erudito entregado al estudio de tiempos pasados, pero ni el más brillante de los trabajos que había llevado a cabo hasta entonces revelaba la prodigiosa inteligencia que desplegó durante el curso de los interrogatorios a que le sometieron los alienistas. De hecho, la mente del joven parecía tan lúcida que fue en extremo difícil conseguir un mandamiento legal para su reclusión, y únicamente el testimonio de varias personas relacionadas con el caso y la existencia de lagunas anormales en el acervo de sus conocimientos, permitieron su internamiento. Hasta el momento de su desaparición fue un voraz lector y un gran conversador en la medida en que se lo permitía la debilidad de su voz, y perspicaces observadores, sin prever la posibilidad de su fuga, predecían que no tardaría en salir de la clínica, curado.

## 2

Únicamente el doctor Willett, que había asistido a la madre de Ward cuando éste vino al mundo y le había visto crecer física y espiritualmente desde entonces, parecía asustado ante la idea de su futura libertad. Había pasado por una terrible experiencia y había hecho un terrible descubrimiento que no se atrevía a revelar a sus escépticos colegas. En realidad, Willett representa por sí solo un misterio de menor entidad en lo que concierne a su relación con el caso. Fue el último en ver al paciente antes de su huida y salió de aquella conversación



final con una expresión, mezcla de horror y de alivio, que más de uno recordó tres horas después, cuando se conoció la noticia de la fuga.

Es este uno de los enigmas sin resolver de la clínica del doctor Waite. Una ventana abierta a una altura de sesenta pies del suelo no parece obstáculo fácil de salvar, pero lo cierto es que después de aquella conversación con Willett el joven había desaparecido. El propio médico no sabe que explicación ofrecer, aunque, por raro que parezca, está ahora mucho más tranquilo que antes de la huida. Algunos, bien es cierto, tienen la impresión de que a Willett le gustaría hablar, pero que no lo hace por temor a no ser creído. El vio a Ward en su habitación, pero poco después de su partida los enfermeros llamaron a la puerta en vano. Cuando la abrieron, el paciente había desaparecido y lo único que encontraron fue la ventana abierta y una fría brisa abrileña que arrastraba una nube de polvo gris-azulado que casi les asfixió. Sí, los perros habían aullado poco antes, pero eso ocurrió mientras Willett se hallaba todavía presente. Más tarde no habían mostrado la menor inquietud. El padre de Ward fue informado inmediatamente por teléfono de lo sucedido, pero demostró más tristeza que asombro. Cuando el doctor Waite le llamó personalmente, Willett había hablado ya con él y ambos negaron ser cómplices de la fuga o tener incluso conocimiento de ella. Los únicos datos que se han podido recoger sobre lo ocurrido, proceden de amigos muy íntimos de Willett y del padre de Ward, pero son demasiado descabellados y fantásticos para que nadie pueda darles crédito. El único dato positivo, es que hasta el momento presente no se ha encontrado rastro del loco desaparecido.

Charles Ward se aficionó al pasado ya en su infancia. Sin duda el gusto le venía de la venerable ciudad que le rodeaba y de las reliquias de tiempos pretéritos que llenaban todos los rincones de la mansión de sus padres situada en Prospect Street, en la cresta de la colina. Con los años, aumentó su devoción a las cosas antiguas hasta el punto de que la historia, la genealogía y el estudio de la arquitectura colonial acabaron excluyendo todo lo demás de la esfera de sus intereses. Conviene tener en cuenta esas aficiones al considerar su locura ya que, si bien no forman el núcleo absoluto de ésta, representan un importante papel en

su forma superficial. Las lagunas mentales que los alienistas observaron en Ward estaban relacionadas todas con materias modernas y quedaban contrapesadas por un conocimiento del pasado que parecía excesivo, puesto que en algunos momentos se hubiera dicho que el paciente se trasladaba literalmente a una época anterior a través de una especie de autohipnosis. Lo más raro era que Ward últimamente no parecía interesado en las antigüedades que tan bien conocía, como si su prolongada familiaridad con ellas las hubiera despojado de todo su atractivo, y que sus esfuerzos finales tendieron indudablemente a trabar conocimiento con aquellos hechos del mundo moderno que de un modo tan absoluto e indiscutible había desterrado de su cerebro. Procuraba ocultarlo, pero todos los que le observaron pudieron darse cuenta de que su programa de lecturas y conversaciones estaba presidido por el frenético deseo de empaparse del conocimiento de su propio tiempo y de las perspectivas culturales del siglo veinte, perspectivas que debían haber sido las suyas puesto que había nacido en 1902 y se había educado en escuelas de nuestra época. Los alienistas se preguntan ahora cómo se las arreglará el paciente para moverse en el complicado mundo actual teniendo en cuenta su desfase de información. La opinión que prevalece es que permanecerá en una situación humilde y oscura hasta que haya conseguido poner al día su reserva de conocimientos.

Los comienzos de la locura de Ward son objeto de discusión entre los alienistas. El doctor Lyman, eminente autoridad de Boston, los sitúa entre 1919 y 1920, años que corresponden al último curso que siguió el joven Ward en la Moses Brown School. Fue entonces cuando abandonó repentinamente el estudio del pasado para dedicarse a las ciencias ocultas y cuando se negó a prepararse para el ingreso en la universidad pretextando que tenía que llevar a cabo investigaciones privadas mucho más importantes. Sus costumbres sufrieron por entonces un cambio radical, pues pasó a dedicar todo su tiempo a revisar los archivos de la ciudad y a visitar antiguos cementerios en busca de una tumba abierta en 1771, la de su antepasado Joseph Curwen, algunos de cuyos documentos decía haber encontrado tras el revestimiento de madera de las

paredes de una casa muy antigua situada en Olney Court, casa que Curwen había habitado en vida.

Es innegable que durante el invierno de 1919-20 se operó una gran transformación en él. A partir de entonces interrumpió bruscamente sus estudios y se lanzó de lleno a un desesperado bucear en temas de ocultismo, locales y generales, sin renunciar a la persistente búsqueda de la tumba de su antepasado.

Sin embargo, el doctor Willett disiente substancialmente de esa opinión basando su veredicto en el íntimo y continuo contacto que mantuvo con el paciente y en ciertas investigaciones y descubrimientos que llevó a cabo en los últimos días de su relación con él. Aquellas investigaciones y aquellos descubrimientos han dejado en el médico una huella tan profunda que su voz tiembla cuando habla de ellos y su mano vacila cuando trata de describirlos por escrito. Willett admite que, en circunstancias normales, el cambio de 1919-1920 habría señalado el principio de la decadencia progresiva que había de culminar en la triste locura de 1928, pero, basándose en observaciones personales, cree que en este caso debe hacerse una distinción más sutil. Reconoce que el muchacho era por temperamento desequilibrado, en extremo susceptible y anormalmente entusiasta en sus respuestas a los fenómenos que le rodeaban, pero se niega a admitir que aquella primera alteración señalara el verdadero paso de la cordura a la demencia. Por el contrario, da crédito a la afirmación del propio Ward de que había descubierto o redescubierto algo cuyo efecto sobre el pensamiento humano habría de ser, probablemente, maravilloso y profundo.

Willett estaba convencido de que la verdadera locura llegó con un cambio posterior, después de que descubriera el retrato de Curwen y los documentos antiguos, después de que hiciese aquel largo viaje a extraños lugares del extranjero y de que recitara unas terribles invocaciones en circunstancias inusitadas y secretas, después de que recibiera ciertas respuestas a aquellas invocaciones y de que escribiera una carta desesperada en circunstancias angustiosas e inexplicables, después de la oleada de varnpirismo y de las ominosas habladurías de Pawtuxet, y después de que el paciente comenzara a desterrar de su memoria las imágenes contemporáneas al tiempo que su voz

decaía y su aspecto físico experimentaba las sutiles modificaciones que tantos observaron posteriormente.

Sólo en aquella última época, afirma Willett con gran agudeza, el estado mental de Ward adquirió caracteres de pesadilla. Dice también el doctor estar totalmente seguro de que existen pruebas suficientes que validan la pretensión del joven en lo que concierne a su crucial descubrimiento. En primer lugar, dos obreros de notable inteligencia fueron testigos del hallazgo de los antiguos documentos de Curwen. En segundo lugar, el joven le había enseñado en una ocasión aquellos documentos, además de una página del diario de su antepasado, y todo ello parecía auténtico. El hueco donde Ward decía haberlos encontrado es una realidad visible y Willett había tenido ocasión de echarles una rápida ojeada final en parajes cuya existencia resulta difícil de creer y quizá nunca pueda demostrarse. Luego estaban los misterios y coincidencias de las cartas de Orne y Hutchison, el problema de la caligrafía de Curwen, y lo que los detectives descubrieron acerca del doctor Allen, todo esto más el terrible mensaje en caracteres medievales que Willett se encontró en el bolsillo cuando recobró el conocimiento después de su asombrosa experiencia.

Y aún había algo más, la prueba más concluyente de todas. Existían dos espantosos *resultados* que el Doctor había obtenido de cierto par de fórmulas durante sus investigaciones finales, resultados que probaban virtualmente la autenticidad de los documentos y sus monstruosas implicaciones, al mismo tiempo que los negaba para siempre al conocimiento humano.

### 3

La infancia y juventud de Charles Ward pertenecen al pasado tanto como las antigüedades que tan profundamente amara. En el otoño de 1918 y demostrando un considerable gusto por el adiestramiento militar de ese período, Ward se matriculó en la Moses Brown School, que estaba muy cerca de su casa. El antiguo edificio central de la academia, erigido en 1819, le había atraído siempre, y el espacioso parque en el cual se asentaba satisfacía por completo su afición a los paisajes. Sus actividades sociales eran escasas. Pasaba la mayor

parte de las horas en casa, paseando, asistiendo a clases y ejercicios de entrenamiento, y buscando datos arqueológicos y genealógicos en el Ayuntamiento, la Biblioteca pública, el Ateneo, los locales de la Sociedad Histórica, las bibliotecas John Carter Brown y John Hay de la Universidad de Brown, y en la Biblioteca Shepley, recientemente inaugurada en Benefit Street. Podemos imaginárnoslo tal como era en esa época: alto, delgado y rubio, ligeramente encorvado, y de mirada pensativa. Vestía con cierto desaliño y producía una impresión más de inofensiva torpeza que de falta de atractivo.

Sus paseos eran siempre aventuras en el campo de la antigüedad y en el curso de ellas conseguía extraer de las miríadas de reliquias de la espléndida ciudad antigua un cuadro vívido y coherente de los siglos precedentes. Su hogar era una gran mansión de estilo georgiano edificada en la cumbre de la colina que se alza al este del río y desde cuyas ventanas traseras se divisan los chapiteles, las cúpulas, los tejados y los rascacielos de la parte baja de la ciudad, al igual que las colinas purpúreas que se yerguen a lo lejos, en la campiña. En esa casa nació y a través del bello pórtico clásico de su fachada de ladrillo rojo, le sacaba la niñera de paseo en su cochecillo. Pasaban junto a la pequeña alquería blanca construida doscientos años antes y englobada hacía tiempo en la ciudad; pasaban, siempre a lo largo de aquella calle suntuosa, junto a mansiones de ladrillo y casas de madera adornadas con porches de pesadas columnas dóricas que dormían, seguras y lujosas, entre generosos patios y jardines, y continuaban en dirección a los imponentes edificios de la universidad.

Le habían paseado también a lo largo de la soñolienta Congdon Street, situada algo más abajo en la falda de la colina y flanqueada de edificios orientados a levante y asentados sobre altas terrazas. Las casas de madera eran allí más antiguas, ya que la ciudad había ido extendiéndose poco a poco desde la llanura hasta las alturas, y en aquellos paseos Ward se había ido empapando del colorido de una fantástica ciudad colonial. La niñera solía detenerse y sentarse en los bancos de Prospect Terrace a charlar con los guardias, y uno de los primeros recuerdos del niño era la visión de un gran mar que se extendía hacia occidente, un mar de tejados y cúpulas y colinas lejanas que una tarde de invierno

contemplara desde aquella terraza y que se destacaba, violento y místico, contra una puesta de sol febril y apocalíptica llena de rojos, de dorados, de púrpuras y de extrañas tonalidades de verde. Una silueta masiva resaltaba entre aquel océano, la vasta cúpula marmórea del edificio de la Cámara Legislativa con la estatua que la coronaba rodeada de un halo fantástico formado por un pequeño claro abierto entre las nubes multicolores que surcaban el cielo llameante del crepúsculo.

Cuando creció empezaron sus famosos paseos, primero con su niñera, impacientemente arrastrada, y luego solo, hundido en soñadora meditación. Cada vez se aventuraba un poco más allá por aquella colina casi perpendicular y cada vez alcanzaba niveles más antiguos y fantásticos de la vieja ciudad. Bajaba por Jenckes Street, bordeada de paredes negras y frontispicios coloniales, hasta el rincón de la umbría Benefit Street donde se detenía frente a un edificio de madera centenario, con sus dos puertas flanqueadas por pilastras jónicas. A un lado se alzaba una casita campestre de enorme antigüedad, tejadillo estilo holandés y jardín que no era sino los restos de un primitivo huerto, y al otro la mansión del juez Durfee, con sus derruidos vestigios de grandeza georgiana. Aquellos barrios iban convirtiéndose lentamente en suburbios, pero los olmos gigantescos proyectaban sobre ellos una sombra rejuvenecedora y así el muchacho gustaba de callejear, en dirección al sur, entre las largas hileras de mansiones anteriores a la Independencia, con sus grandes chimeneas centrales y sus portales clásicos. Charles podía imaginar aquellos edificios tales como cuando la calle fue nueva, coloreados los frontones cuya ruina era ahora evidente.

Hacia el oeste el descenso era tan abrupto como hacia el sur. Por allí bajaba Ward hacia la antigua Town Street que los fundadores de la ciudad abrieran a lo largo de la orilla del río en 1636. Había en aquella zona innumerables callejuelas donde se apiñaban las casas de inmensa antigüedad, pero, a pesar de la fascinación que sobre él ejercían, hubo de pasar mucho tiempo antes de que se atreviera a recorrer su arcaica verticalidad por miedo a que resultaran ser un sueño o la puerta de entrada a terrores desconocidos. Le parecía mucho menos arriesgado continuar a lo largo de Benefit Street y pasar junto a la

verja de hierro de la oculta iglesia de San Juan, la parte trasera del Ayuntamiento edificado en 1761, y la ruinoso posada de la Bola de Oro, donde un día se alojara Washington. En Meeting Street -la famosa Gaol Lane y King Street de épocas posteriores-, se detenía y volvía la mirada al este para ver el arqueado vuelo de escalones de piedra a que había tenido que recurrir el camino para trepar por la ladera, y luego hacia el oeste, para contemplar la antigua escuela colonial de ladrillo que sonríe a través de la calzada al busto de Shakespeare que adorna la fachada del edificio donde se imprimió, en días anteriores a la Independencia, la *Providence Gazette and Country Journal*. Luego llegaba a la exquisita Primera Iglesia Baptista, construida en 1775, con su inigualable chapitel, obra de Gibbs, rodeado de tejados georgianos y cúpulas que parecían flotar en el aire. Desde aquel lugar, en dirección al sur, las calles iban mejorando de aspecto hasta florecer, al fin, en un maravilloso grupo de mansiones antiguas, pero hacia el oeste, las viejas callejuelas seguían despeñándose ladera abajo, espectrales en su arcaísmo, hasta hundirse en un caos de ruinas iridiscentes allí donde el barrio del antiguo puerto recordaba su orgulloso pasado de intermediario con las Indias Orientales, entre miseria y vicios políglotas, entre barracones decrepitos y almacenes mugrientos, entre innumerables callejones que han sobrevivido a los embates del tiempo y que aún llevan los nombres de Correo, Lingote, Oro, Plata, Moneda, Doblón, Soberano, Libra, Dólar y Centavo.

Mas tarde, una vez que creció y se hizo más aventurero, el joven Ward comenzó a adentrarse en aquel laberinto de casas semiderruidas, dinteles rotos, peldaños carcomidos, balaustradas retorcidas, rostros aceitunados y olores sin nombre. Recorría las callejuelas serpenteantes que conducían de South Main a South Water, escudriñando los muelles donde aún tocaban los vapores que cruzaban la bahía, y volvía hacia el norte dejando atrás los almacenes construidos en 1816 con sus tejados puntiagudos y llegando a la amplia plaza del Puente Grande donde continúa firme sobre sus viejos arcos el mercado edificado en 1773. En aquella plaza se detenía extasiado ante la asombrosa belleza de la parte oriental de la ciudad antigua que corona la vasta cúpula de la nueva iglesia de la Christian Science igual que corona Londres la cúpula de San Pablo. Le gustaba

llegar allí al atardecer cuando los rayos del sol poniente tocan los muros del mercado y los tejados centenarios, envolviendo en oro y magia los muelles soñadores donde antaño fondeaban las naves de los indios de Providence. Tras una prolongada contemplación se embriagaba con amor de poeta ante el espectáculo, y en aquel estado emprendía el camino de regreso a la luz incierta del atardecer subiendo lentamente la colina, pasando junto a la vieja iglesita blanca y recorriendo callejas empinadas donde los últimos reflejos del sol atisbaban desde los cristales de las ventanas y las primeras luces de los faroles arrojaban su resplandor sobre dobles tramos de peldaños y extrañas balaustradas de hierro forjado.

Otras veces, sobre todo en años posteriores, prefería buscar contrastes más vivos. Dedicaba la mitad de su paseo a los barrios coloniales semiderruidos situados al noroeste de su casa, allí donde la colina desciende hasta la pequeña meseta de Stampers Hill, con su *ghetto* y su barrio negro arracimados en torno a la plaza de donde partía la diligencia de Boston antes de la Independencia, y la otra mitad al bello reino meridional de las calles George, Benevolent, Power y Williams, donde permanecen incólumes las antiguas propiedades rodeadas de jardincillos cercados y praderas empinadas en que reposan tantos y tantos recuerdos fragantes. Aquellos paseos, y los diligentes estudios que los acompañaban, contribuyeron a fomentar una pasión por lo antiguo que terminó expulsando al mundo moderno de la mente de Ward. Sólo ellos nos proporcionan una idea de las características del terreno mental en el que fue a caer, aquel fatídico invierno de 1919-1920, la semilla que produjo tantos y tan extraños frutos.

El doctor Willett está convencido de que, hasta el primer cambio que se produjo en su mente aquel invierno, la afición de Charles Ward por las cosas antiguas estuvo desprovista de toda inclinación morbosa. Los cementerios sólo le atraían por su posible interés histórico, y su temperamento era pacífico y tranquilo. Luego, paulatinamente, pareció desarrollarse en él la extraña secuela de uno de sus triunfos genealógicos del año anterior: el descubrimiento, entre sus



antepasados por línea materna, de un hombre llamado Joseph Curwen que había llegado de Salem en 1692 y acerca del cual se susurraban inquietantes historias.

El tatarabuelo de Ward, Welcome Potter, se había casado en 1785 con una tal «Ann Tillinghast, hija de Mrs. Eliza, hija a su vez del capitán James Tillinghast». De quién fuera el padre de aquella joven, la familia no tenía la menor idea. En 1918, mientras examinaba un volumen manuscrito de los archivos de la ciudad, nuestro genealogista encontró un asiento según el cual, en 1772, una tal Eliza Curwen, viuda de Joseph Curwen, volvía a adoptar, juntamente con su hija Ann, de siete años de edad, su apellido de soltera, Tillinghast, alegando que «el nombre de su marido había quedado desprestigiado públicamente en virtud de lo que se había sabido después de su fallecimiento, lo cual venía a confirmar un antiguo rumor al que una esposa fiel no podía dar crédito hasta que se comprobara por encima de toda duda». Aquel asiento se descubrió gracias a la separación accidental de dos páginas que habían sido cuidadosamente pegadas y que se habían tenido por una sola desde el momento en que se llevara a cabo una lenta revisión de la paginación del libro.

Charles Ward comprendió inmediatamente que acababa de descubrir un retatarabuelo suyo desconocido hasta entonces. El hecho le excitó tanto más porque había oído ya vagas alusiones a aquella persona de la cual no existían apenas datos concretos, como si alguien hubiese tenido interés especial en borrar su recuerdo. Lo poco que de él se sabía era de una naturaleza tan singular que no se podía por menos de sentir curiosidad por averiguar lo que los archiveros de la época colonial se mostraron tan ansiosos de ocultar y de olvidar y por descubrir cuáles fueron los motivos que habían despertado en ellos tan extraño deseo.

Hasta aquel momento, Ward se había limitado a dejar que su imaginación divagara acerca del viejo Curwen, pero habiendo descubierto el parentesco que le unía a aquel personaje aparentemente «silenciado», se dedicó a la búsqueda sistemática de todo lo que pudiera tener alguna relación con él. Sus pesquisas resultaron más fructíferas de lo que esperaba, pues en cartas antiguas, diarios y memorias sin publicar hallados en buhardillas de Providence, entre polvo y telarañas, encontró párrafos reveladores que sus autores no se habían

tomado la molestia de borrar. Un documento muy importante a este respecto apareció en un lugar tan lejano como Nueva York, donde se conservaban, concretamente en el museo de la Taberna de Fraunces, cartas de la época colonial procedentes de Rhode Island. Sin embargo, el hecho realmente crucial y que a juicio del doctor Willett constituyó el origen del desequilibrio mental del joven, fue el hallazgo efectuado en agosto de 1919 en la vetusta casa de Olney Court. Aquello fue, indudablemente, lo que abrió una sima insondable en la mente de Charles Ward.

## UN ANTECEDENTE Y UN HORROR

### 1

Joseph Curwen, tal como le retrataban las leyendas que Ward había oído y los documentos que había desenterrado, era un individuo sorprendente, enigmático, oscuramente horrible. Había huido de Salem, trasladándose a Providence -aquel paraíso universal para personas raras, librepensadoras o disidentes-, al comienzo del gran pánico provocado por la caza de brujas, temiendo verse acusado a causa de la vida solitaria que llevaba y de sus raros experimentos químicos o alquimistas. Era un hombre incoloro de unos treinta años de edad. Su primer acto en cuanto ciudadano libre de Providence consistió en adquirir unos terrenos al pie de Olney Street. En ese lugar, que más tarde se llamaría Olney Court, edificó una casa que sustituyó después por otra mayor que se alzó en el mismo emplazamiento y que aún hoy día continúa en pie.

El primer detalle curioso acerca de Joseph Curwen es que no parecía envejecer con el paso del tiempo. Montó un negocio de transportes marítimos y fluviales, construyó un embarcadero cerca de Mile-End Cove, ayudó a reconstruir el Puente Grande en 1713 y la iglesia Congregacionista en 1723, y siempre conservó el aspecto de un hombre de treinta o treinta y cinco años. A medida que transcurría el tiempo, aquel hecho empezó a llamar la atención de la gente, pero Curwen lo explicaba diciendo que el mantenerse joven era una característica de su familia y que él contribuía a conservarla llevando una vida

sumamente sencilla. Desde luego, nadie sabía cómo conciliar aquella pretendida sencillez con las inexplicables idas y venidas del reservado comerciante ni con el hecho de que las ventanas de su casa estuvieran iluminadas a todas las horas de la noche, y se empezó a atribuir a otros motivos su prolongada juventud y su longevidad. La mayoría opinaba que los incesantes cocimientos y mezclas de productos químicos que efectuaba Curwen tenían mucho que ver con su conservación. Se hablaba de extrañas sustancias que sus barcos traían de Londres o la India, o que él mismo compraba en Newport, Boston y Nueva York, y cuando el anciano doctor Jabez Bowen llegó de Rehoboth y abrió su farmacia en la plaza del Puente Grande, se habló de las drogas, ácidos y metales que el taciturno solitario adquiriría incesantemente en aquella botica. Dando por sentado que Curwen poseía una maravillosa y secreta habilidad médica, muchos enfermos acudieron a él en busca de ayuda, pero, a pesar de que procuró alentar sin comprometerse aquella creencia, y siempre dio alguna pócima de extraño colorido en respuesta a las peticiones, se observó que lo que recetaba a los demás rara vez producía efectos beneficiosos. Cuando habían transcurrido más de cincuenta años desde su llegada a Providence sin que en su rostro ni en su porte se hubiera producido cambio apreciable, las habladurías se hicieron más suspicaces y la gente comenzó a compartir con respecto a su persona ese deseo de aislamiento que él había demostrado siempre.

Cartas particulares y diarios íntimos de aquella época revelan también que existían muchos otros motivos por los cuales Joseph Curwen fue objeto primero de admiración, luego de temor, y, finalmente de repulsión por parte de sus conciudadanos. Su pasión por los cementerios, en los cuales podía vérselo a todas horas y bajo todas circunstancias, era notoria, aunque nadie había presenciado ningún hecho que pudiera relacionarle con vampiros. En Pawtuxet Road tenía una granja, en la cual solía pasar el verano, y con frecuencia se le veía cabalgando hacia ella a diversas horas del día y de la noche. Sus únicos criados eran allí una adusta pareja de indios Narragansett, el marido mudo y con el rostro lleno de extrañas cicatrices, y la esposa con un semblante achatado y repulsivo, probablemente debido a una mezcla de sangre negra. En la parte trasera de aquella

casa se encontraba el laboratorio donde se llevaban a cabo la mayoría de los experimentos químicos. Los que habían tenido acceso a él para entregar botellas, sacos o cajas, se hacían lenguas de los fantásticos alambiques, crisoles y hornos que habían entrevisto en la estancia y profetizaban en voz baja que el misántropo «químico» - vocablo que en boca de ellos significaba *alquimista* - no tardaría en descubrir la Piedra Filosofal. Los vecinos más próximos de aquella granja - los Fenner, que vivían a un cuarto de milla de distancia - tenían cosas más raras que contar acerca de ciertos ruidos que, según ellos, surgían de la casa de Curwen durante la noche. Se oían gritos, decían, y aullidos prolongados, y no les gustaba el gran número de reses que pacían alrededor de la granja, excesivas para proveer de carne, leche y lana a un hombre solitario y a un par de sirvientes. Cada semana, Curwen compraba nuevas reses a los granjeros de Kingstown para sustituir a las que desaparecían. Les preocupaba también un edificio de piedra que había junto a la casa y que tenía una especie de angostas troneras en vez de ventanas.

Los ociosos del Puente Grande tenían mucho que decir, por su parte, de la casa de Curwen en Olney Court, no tanto de la que levantó en 1761, cuando debía contar ya más de un siglo de existencia, como de la primera, una construcción con una buhardilla sin ventanas y paredes de madera que tuvo buen cuidado de quemar después de su demolición. Había en aquella casa ciudadana menos misterios que en la del campo, es cierto, pero las horas a que se veían iluminadas las ventanas, el sigilo de los dos criados extranjeros, el horrible y confuso farfullar de un ama de llaves francesa increíblemente vieja, la enorme cantidad de provisiones que se veían entrar por aquella puerta destinadas a alimentar solamente a cuatro personas, y las características de ciertas voces que se oían conversar ahogadamente a las horas más intempestivas, todo ello unido a lo que se sabía de la granja, contribuyó a dar mala fama a la morada.

En círculos mas escogidos se hablaba igualmente del hogar de Joseph Curwen, ya que a medida que el recién llegado se había ido introduciendo en la vida religiosa y comercial de la ciudad, había ido entablado relación con sus vecinos, de cuya compañía y conversación podía, con todo derecho, disfrutar. Se

sabía que era de buena cuna, ya que los Curwen o Carwen de Salem no necesitaban carta de presentación en Nueva Inglaterra. Se sabía también que había viajado mucho desde joven, que había vivido una temporada en Inglaterra y efectuado dos viajes a Oriente, y su léxico, en las raras ocasiones en que se decidía a hablar, era el de un inglés instruido y culto. Pero, por algún motivo ignorado, le tenía sin cuidado la sociedad. Aunque nunca rechazaba de plano a un visitante, siempre se parapetaba tras el muro de reserva que a pocos se les ocurría nada en esos casos que al decirlo no sonara totalmente vacuo.

En su comportamiento había una especie de arrogancia sardónica y críptica, como si después de haber alternado con seres extraños y más poderosos, juzgara estúpidos a todos los seres humanos. Cuando el doctor Checkley, famoso por su talento, llegó de Boston en 1783 para hacerse cargo del rectorado de King's Church, no olvidó visitar a un hombre del que tanto había oído hablar, pero su visita fue muy breve debido a una siniestra corriente oculta que creyó adivinar bajo las palabras de su anfitrión. Charles Ward le dijo a su padre una noche de invierno en que hablaban de Curwen, que daría cualquier cosa por enterarse de lo que el misterioso anciano había dicho al clérigo, pero que todos los diarios íntimos que había podido consultar coincidían en señalar la aversión del doctor Checkley a repetir lo que había oído. El buen hombre había quedado muy impresionado y nunca volvió a mencionar el nombre de Joseph Curwen sin perder visiblemente la calma alegre y cultivada que le caracterizaba.

Más concreto era el motivo que indujo a otro hombre de buena cuna y gran inteligencia a evitar el trato del misterioso ermitaño. En 1746, John Merritt, caballero inglés muy versado en literatura y ciencias, llegó a Providence procedente de Newport y construyó una hermosa casa en el istmo, en lo que es hoy el centro del mejor barrio residencial. Fue el primer ciudadano de Providence que vistió a sus criados de librea, y se mostraba muy orgulloso de su telescopio, su microscopio y su escogida biblioteca de obras inglesas y latinas. Al enterarse de que Curwen era el mayor bibliófilo de Providence, Merritt no tardó en ir a visitarle, siendo acogido con una cordialidad mayor de la habitual en aquella casa. La admiración que demostró por las repletas estanterías de su anfitrión, en

las cuales se alineaban, además de los clásicos griegos, latinos e ingleses, una serie de obras filosóficas, matemáticas y científicas, entre ellas las de autores tales como Paracelso, Agrícola, Van Helmont, Silvyus, Glauber, Boyle, Boerhaave, Becher y Stahl, impulsaron a Curwen a invitarle a inspeccionar el laboratorio que hasta entonces no había abierto para nadie, y los dos partieron inmediatamente hacia la granja en la calesa del visitante.

El señor Merritt dijo siempre que no había visto nada realmente horrible en la granja, pero que los títulos de los libros relativos a temas taumatúrgicos, alquimistas y teológicos que Curwen guardaba en la estantería de una de las salas habían bastado para inspirarle un temor imperecedero. Tal vez la expresión de su propietario mientras se los enseñaba había contribuido a despertar en Merritt aquella sensación. En la extraña colección, además de un puñado de obras conocidas, figuraban casi todos los cabalistas, demonólogos y magos del mundo entero. Era un verdadero tesoro en el dudoso campo de la alquimia y la astrología. La *Turba Philosophorum*, de Hermes Trismegistus en la edición de Mesnard, el *Liber Investigationis*, de Geber, *La Clave de la sabiduría*, de Artephous, el cabalístico *Zohar*, el *Ars Magna et Ultima* de Raimundo Lulio en la edición de Zetsner, el *Thesaurus Chemicus* de Roger Bacon, la *Clavis Alchimiae* de Fludd y el *De Lapide Philosophico*, de Trithemius, se hallaban allí alineados, uno junto a otro. Judíos y árabes de la Edad Media estaban representados con profusión, y el señor Merritt palideció cuando al coger un volumen en cuya portada se leía el título de *Qanoon-é-Islam*, descubrió que se trataba en realidad de un libro prohibido, el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred, del cual había oído decir cosas monstruosas a raíz del descubrimiento de ciertos ritos indescriptibles en la extraña aldea de pescadores de Kingsport, en la provincia de la Bahía de Massachusetts.

Pero, por extraño que parezca, lo que más inquietó al caballero fue un detalle sin importancia aparente. Sobre la enorme mesa de caoba había un volumen muy estropeado de Borellus, con numerosas anotaciones marginales escritas por Curwen. El libro estaba abierto por la mitad aproximadamente y un párrafo aparecía subrayado con unos trazos tan gruesos y temblorosos que el

visitante no pudo resistir la tentación de echarle una ojeada. Aquellas líneas le afectaron profundamente y quedaron grabadas en su memoria hasta el fin de sus días. Las reprodujo en su diario y trató en cierta ocasión de recitarlas a su íntimo amigo, el doctor Checkley, hasta que notó lo mucho que aquellas palabras trastornaban al rector. Decían:

«Las Sales de los Animales pueden ser preparadas y conservadas de modo que un hombre hábil puede tener toda el Arca de Noé en su propio estudio y reproducir la forma de un animal a voluntad partiendo de sus cenizas, y por el mismo método, partiendo de las Sales esenciales del Polvo humano, un filósofo puede, sin que sea nigromancia delictiva, evocar la forma de cualquier Antepasado muerto cuyo cuerpo haya sido incinerado.»

Sin embargo, las peores cosas acerca de Joseph Curwen se murmuraban en torno a los muelles de la parte sur de Town Street. Los marineros son gente supersticiosa y aquellos curtidos lobos de mar que transportaban ron, esclavos y especias, se santiguaban furtivamente cuando veían la figura esbelta y engañosamente juvenil de su patrón, con su pelo amarillento y sus hombros ligeramente encorvados, entrando en el almacén de Doublon Street, o hablando con capitanes y contramaestres en el muelle donde atracaban sus barcos. Sus empleados le odiaban y temían, y sus marineros eran la escoria de la Martinica, la Habana o Port Royal. Hasta cierto punto, la parte más intensa y tangible del temor que inspiraba el anciano se debía a la frecuencia con que había de reemplazar a sus marineros. Una tripulación cualquiera bajaba a tierra con permiso, varios de sus miembros recibían la orden de hacer algún que otro encargo, y cuando se reunían para volver a bordo, casi indefectiblemente faltaban uno o más hombres. Como la mayoría de los encargos estaban relacionados con la granja de Pawtuxet Road y muy pocos eran los que habían regresado de aquel lugar, con el tiempo Curwen se encontró con muchas dificultades para reclutar sus tripulaciones. Muchos de los marineros desertaban después de oír las habladurías de los muelles de Providence, y sustituirles en las Indias Occidentales llegó a convertirse en un serio problema para el comerciante. En 1760, Joseph Curwen era virtualmente un proscrito sospechoso de vagos horrores

y demoníacas alianzas, mucho más amenazadoras por el hecho de que nadie podía precisarlas, ni entenderlas, ni mucho menos demostrar su existencia. La gota que vino a desbordar el vaso pudo ser muy bien el caso de los soldados desaparecidos en 1758. En marzo y abril de aquel año, dos regimientos reales de paso para Nueva Francia fueron acuartelados en Providence produciéndose en su seno una serie de inexplicables desapariciones que superaban con mucho el número habitual de deserciones. Se comentaba en voz baja la frecuencia con que se veía a Curwen hablando con los forasteros de guerrera roja, y cuando varios de ellos desaparecieron, la gente recordó lo que sucedía habitualmente con los marineros de sus tripulaciones. Nadie puede decir qué habría sucedido si los regimientos no hubieran recibido al poco tiempo la orden de marcha.

Entretanto los negocios del comerciante prosperaban. Tenía un virtual monopolio del comercio de la ciudad respecto al salitre, la pimienta negra y la canela, y superaba a todos los demás traficantes, excepto a los Brown, en la importación de añil, algodón, lana, sal, hierro, papel, objetos de latón y productos manufacturados ingleses de todas clases. Almacenistas tales como James Green, dueño del establecimiento *El Elefante* de Cheapside, los Russell de *El Aguila Dorada*, comercio situado al otro lado del puente, o Clark y Nightingale, propietarios de *El Pescado y la Sartén*, dependían casi enteramente de él para aprovisionarse, mientras que sus acuerdos con las destilerías locales, queseros y criadores de caballos Narragansett y fabricantes de velas de Newport, le convertían en uno de los primeros exportadores de la Colonia.

Decidido a luchar contra el ostracismo a que le habían condenado, comenzó a demostrar, al menos en apariencia, un gran espíritu cívico. Cuando el Ayuntamiento se incendió, contribuyó generosamente a las rifas que se organizaron con el fin de recaudar fondos para la construcción del nuevo edificio que aún hoy se alza en la antigua calle mayor. Aquel mismo año 1761 ayudó a reconstruir el Puente Grande después de la riada de octubre. Repuso muchos de los libros devorados por las llamas en el incendio del Ayuntamiento y participó generosamente en las loterías gracias a las cuales pudo dotarse a los alrededores del mercado y a Town Street de una calzada empedrada con su andén para



peatones en el centro. Por aquellas fechas edificó la casa nueva, sencilla pero de excelente construcción, cuya portada constituye un triunfo de los cinceles. Al separarse en 1743 los seguidores de Whitefield de la congregación del Dr. Cotton y fundar la iglesia del Diácono Snow al otro lado del puente, Curwen les había seguido, pero su celo se había ido apagando al mismo tiempo que iba menguando su asistencia a las ceremonias. Ahora, sin embargo, volvía a dar muestras de piedad como si con ello quisiera disipar la sombra que le había arrojado al ostracismo y que, si no se andaba con sumo cuidado, acabaría también con la buena estrella que hasta entonces había presidido su vida de comerciante.

El espectáculo que ofrecía aquel hombre extraño y pálido, aparentemente de mediana edad pero en realidad con más de un siglo de vida, tratando de emerger al fin de una nube de miedo y aversión demasiado vaga para ser analizada, era a la vez patético, dramático y ridículo. Sin embargo, tal es el poder de la riqueza y de los gestos superficiales, que se produjo cierta remisión en la visible antipatía que sus vecinos le prodigaban, especialmente una vez que cesaron bruscamente las desapariciones de los marineros. Posiblemente rodeó también de mayor cuidado y sigilo sus expediciones a los cementerios, ya que no volvió a ser sorprendido nunca en tales andanzas, y lo cierto es que los rumores acerca de sonidos y movimientos misteriosos en relación con la granja de Pawtuxet disminuyeron también notablemente. Su nivel de consumo de alimentos y de sustitución de reses siguió siendo anormalmente elevado, pero hasta fecha más moderna, cuando Charles Ward examinó sus libros de cuentas en la Biblioteca Shepley, no se le ocurrió a nadie comparar el gran número de negros que Curwen importó de Guinea hasta 1766 con la cifra asombrosamente reducida de los que pasaron de sus manos a las de los tratantes de esclavos del Puente Grande o de los plantadores del condado de Narragansett. Ciertamente aquel aborrecido personaje había demostrado una astucia y un ingenio inconcebibles en cuanto se había dado cuenta de que le era necesario ejercitar tanto la una como el otro.

Pero, como es natural, el efecto de aquel cambio de actitud fue necesariamente reducido. Curwen siguió siendo detestado y evitado,

probablemente a causa de la juventud que aparentaba a pesar de sus muchos años, y al final se dio cuenta de que su fortuna llegaría a resentirse de la generosidad con que trataba de granjearse el afecto de sus conciudadanos. Sin embargo, sus complicados estudios y experimentos, cualesquiera que fuesen, exigían al parecer grandes sumas de dinero, y, dado que un cambio de ambiente le habría privado de las ventajas comerciales que había alcanzado en aquella ciudad no podía trasladarse a otra para empezar de nuevo. El buen juicio señalaba la conveniencia de mejorar sus relaciones con los habitantes de Providence, de modo que su presencia no diera lugar a que se interrumpieran las conversaciones y se creara una atmósfera de tensión e intranquilidad. Sus empleados, reclutados ahora entre los parados e indigentes a quienes nadie quería dar empleo, le causaban muchas preocupaciones, y si lograba mantener a su servicio a capitanes y marineros era sólo porque había tenido la astucia de adquirir ascendiente sobre ellos por medio de una hipoteca, una nota comprometedora o alguna información de tipo muy íntimo. En muchas ocasiones, y como observaban espantados los autores de algunos diarios privados, Curwen demostró poseer facultades de brujo al descubrir secretos familiares para utilizarlos en beneficio suyo. Durante los últimos cinco años de su vida, se llegó a pensar que esos datos que manejaba de un modo tan cruel sólo podía haberlos reunido gracias a conversaciones directas con los muertos.

Así fue como por aquella época llevó a cabo un último y desesperado esfuerzo por ganarse las simpatías de la comunidad. Misógino hasta entonces, decidió contraer un ventajoso matrimonio tomando por esposa a alguna dama cuya posición hiciera imposible la continuación de su ostracismo, aunque es probable que tuviera motivos más profundos para desear dicha alianza, motivos tan ajenos a la esfera cósmica conocida que sólo los documentos hallados ciento cincuenta años después de su muerte hicieron sospechar de su existencia.

Naturalmente Curwen se daba cuenta de que cualquier cortejo por su parte sería recibido con horror e indignación, y, en consecuencia, buscó una candidata sobre cuyos padres pudiera él ejercer la necesaria presión. Mujeres adecuadas no eran fáciles de encontrar puesto que Curwen exigía para la que

habría de ser su esposa unas condiciones especiales de belleza, prendas personales y posición social. Al final sus miradas se posaron en el hogar de uno de sus mejores y más antiguos capitanes, un viudo de muy buena familia llamado Dutie Tillinghast, cuya única hija, Eliza, parecía reunir todas las cualidades deseadas. El capitán Tillinghast estaba completamente dominado por Curwen y, después de una terrible entrevista en su casa de la colina de Power Lane, consintió en aprobar la monstruosa alianza.

Eliza Tillinghast tenía en aquellos días dieciocho años y había sido educada todo lo bien que la reducida fortuna de su padre permitiera. Había asistido a la escuela de Stephen Jackson y había sido también diligentemente instruida por su madre en las artes y refinamientos de la vida doméstica. Un ejemplo de su habilidad para las labores puede admirarse todavía en una de las salas de la Sociedad Histórica de Rhode Island. Desde el fallecimiento de la señora Tillinghast, ocurrido en 1757 a causa de la viruela, Eliza se había hecho cargo del gobierno de la casa ayudada únicamente por una anciana negra. Sus discusiones con su padre a propósito de la petición de Curwen debieron ser muy penosas, aunque no queda constancia de ellas en los documentos de la época. Lo cierto es que rompió su compromiso con el joven Ezra Weeden, segundo oficial del carguero *Enterprise* de Crawford, y que su unión con Joseph Curwen tuvo lugar el 7 de marzo de 1763 en la iglesia Baptista y en presencia de la mejor sociedad de la ciudad. La ceremonia fue oficiada por el vicario Samuel Winson y la *Gazette* se hizo eco del acontecimiento con una breve reseña que, en la mayoría de los ejemplares del periódico correspondientes a aquella fecha, y archivados en distintos lugares, parecía haber sido cortada o arrancada. Ward encontró un ejemplar intacto después de mucho rebuscar en los archivos de un coleccionista particular y observó entonces con regocijo la vaguedad de los términos con que estaba redactada la nota.

«El pasado lunes por la tarde, el señor Joseph Curwen, vecino de esta villa, comerciante, contrajo matrimonio con la señorita Eliza Tillinghast, hija del capitán Dutie Tillinghast, joven de muchas virtudes dotada además de gran belleza. Hacemos votos por su perpetua felicidad.»

La correspondencia Durfee-Arnold, descubierta por Charles Ward poco antes de que presentara los primeros síntomas de locura, en el museo particular de Melville L. Peters en Georgia Street, y que cubre aquel período y otro ligeramente anterior, arroja vívida luz sobre la ofensa al sentimiento público que causó aquella disparatada unión. Sin embargo, la influencia social de los Tillinghast era innegable, y así una vez más Joseph Curwen vio frecuentado su hogar por personas a las cuales nunca hubiera podido inducir, de otro modo, a que cruzasen el umbral de la casa. No se le aceptó totalmente, ni mucho menos, pero sí se levantó la condena al ostracismo a que se le había sometido. En el trato de que hizo objeto a su esposa, el extraño novio asombró a la comunidad y a ella misma portándose con el mayor miramiento y obsequiándola con toda clase de consideraciones. La nueva mansión de Olney Court estaba ahora completamente libre de manifestaciones inquietantes y aunque Curwen acudía con mucha frecuencia a la granja de Pawtuxet, que dicho sea de paso su esposa no visitó jamás, parecía un ciudadano mucho más normal que en cualquier otra época de su residencia en Providence. Sólo una persona seguía abrigando hacia él abierta hostilidad: el joven que había visto roto tan bruscamente su compromiso con Eliza Tillinghast. Ezra Weeden había jurado vengarse y, a pesar de su temperamento normalmente apacible, alimentaba un odio en su corazón que no presagiaba nada bueno para el hombre que le había robado la novia.

El siete de mayo de 1765 nació la que había de ser única hija de Curwen, Ann, que fue bautizada por el Reverendo John Graves de *King's Church*, iglesia que frecuentaban los dos esposos desde su matrimonio como fórmula de compromiso entre sus respectivas afiliaciones Congregacionista y Bautista. El certificado de aquel nacimiento, así como el de la boda celebrada dos años antes, había desaparecido de los archivos eclesiásticos y municipales. Ward consiguió localizarlos, tras grandes dificultades, una vez que hubo descubierto el cambio de apellido de la viuda y una vez que se despertó en él aquel febril interés que culminó en su locura. El de nacimiento apareció por una feliz coincidencia como resultado de la correspondencia que mantuvo con los herederos del Dr. Graves, quien se había llevado un duplicado de los archivos de su iglesia al abandonar la

ciudad a comienzos de la guerra de la Independencia, Ward había recurrido a ellos porque sabía que su tatarabuela, Ann Tillinghast, había sido episcopalista.

Poco después del nacimiento de su hija, acontecimiento que pareció recibir con un entusiasmo que contrastaba con su habitual frialdad, Curwen decidió posar para un retrato. Lo pintó un escocés de gran talento llamado Cosmo Alexandre, residente en Newport en aquella época y que adquirió fama después por haber sido el primer maestro de Gilbert Stuart. Decíase que el retrato había sido pintado sobre uno de los paneles de la biblioteca de la casa de Olney Court, pero ninguno de los dos diarios en que se mencionaba proporcionaba ninguna pista acerca de su posterior destino. En aquel período, Curwen dio muestras de una desacostumbrada abstracción y pasaba todo el tiempo que podía en su granja de Pawtuxet Road. Se hallaba continuamente, al parecer, en un estado de excitación o ansiedad reprimidas, como si esperase que fuera a ocurrir en cualquier momento algún acontecimiento de fenomenal importancia o como si estuviese a punto de hacer algún extraño descubrimiento. La química o la alquimia debían tener que ver mucho con ello, ya que se llevó a la granja numerosos volúmenes de la biblioteca de su casa que versaban sobre esos temas.

No disminuyó su pretendido interés por el bien de la ciudad y en consecuencia no desperdició la oportunidad de ayudar a hombres como Stephen Hopkins, Joseph Brown y Benjamin West en sus esfuerzos por elevar el nivel cultural de Providence que en aquel entonces se hallaba muy por debajo de Newport en lo referente al patronazgo de las artes liberales. Había ayudado a Daniel Jenkins en 1763 a abrir una librería de la cual fue desde entonces el mejor cliente, y proporcionó también ayuda a la combativa *Gazette* que se imprimía cada miércoles en el edificio decorado con el busto de Shakespeare. En política apoyó ardientemente al gobernador Hopkins contra el partido de Ward, cuyo núcleo más fuerte se encontraba en Newport, y el elocuente discurso que pronunció en 1765 en el Hacher's Hall en contra de la proclamación de North Providence como ciudad independiente, contribuyó más que ninguna otra cosa a disipar los prejuicios existentes contra él. Pero Ezra Weeden, que le vigilaba muy de cerca, sonreía cínicamente ante aquella actitud, que él juzgaba insincera, y no

se recataba en afirmar que no era más que una máscara destinada a encubrir un horrendo comercio con las más negras fuerzas del Averno. El vengativo joven inició un estudio sistemático del extraño personaje y de sus andanzas, pasando noches enteras en los muelles cuando veía luz en sus almacenes y siguiendo a sus barcos, que a veces zarpaban silenciosamente en dirección a la bahía. Sometió también a estrecha vigilancia la granja de Pawtuxet y en cierta ocasión fue mordido salvajemente por los perros que en su persecución soltaron los criados indios.

## 2

En 1766 se produjo el cambio final en Joseph Curwen. Fue muy repentino y pudo ser observado por toda la población porque el aire de ansiedad y expectación que le envolvía cayó como una capa vieja para dar paso inmediato a una mal disimulada expresión de completo triunfo. Daba la impresión de que a Curwen le resultaba difícil contener el deseo de proclamar públicamente lo que había hecho o averiguado, pero, al parecer, la necesidad de guardar el secreto era mayor que el afán de compartir su regocijo, ya que no dio a nadie ninguna explicación. Después de aquella transformación que tuvo lugar a primeros de julio, el siniestro erudito empezó a asombrar a todos demostrando poseer cierto tipo de información que solo podían haberle facilitado antepasados suyos fallecidos muchos años antes.

Pero las actividades secretas de Curwen no cesaron, ni mucho menos, con aquel cambio. Por el contrario, tendieron a aumentar, con lo cual fue dejando más y más sus negocios en manos de capitanes unidos a él por lazos de temor tan poderosos como habían sido anteriormente los de la miseria. Abandonó el comercio de esclavos alegando que los beneficios que le reportaba eran cada vez menores. Pasaba casi todo el tiempo en su granja de Pawtuxet, aunque de vez en cuando alguien decía haberle visto en lugares muy cercanos a cementerios, con lo que las gentes se preguntaron hasta qué punto habrían cambiado realmente las antiguas costumbres del comerciante. Ezra Weeden, a pesar de que sus períodos de espionaje eran necesariamente breves e intermitentes debido a los

viajes que le imponía su profesión, poseía una vengativa persistencia de que carecían ciudadanos y campesinos, y sometía las idas y venidas de Curwen a una vigilancia mayor de la que nunca conocieran.

Muchas de las extrañas maniobras de los barcos del comerciante habían sido atribuidas a lo inestable de aquella época en que los colonos parecían decididos a eludir como fuera las estipulaciones del Acta del Azúcar. El contrabando era cosa habitual en la Bahía de Narragansett y los desembarcos nocturnos de importaciones ilícitas estaban a la orden del día. Pero Weeden, que seguía noche tras noche a las embarcaciones que zarpaban de los muelles de Curwen, no tardó en convencerse de que no eran únicamente los barcos de la armada de Su Majestad lo que el siniestro traficante deseaba evitar. Con anterioridad al cambio de 1766, aquellas embarcaciones habían transportado principalmente negros encadenados, que eran desembarcados en un punto de la costa situado al norte de Pawtuxet, y conducidos posteriormente campo a traviesa hasta la granja de Curwen, donde se les encerraba en aquel enorme edificio de piedra que tenía estrechas troneras en vez de ventanas. Pero a partir de 1766 todo cambió. La importación de esclavos cesó repentinamente y durante una temporada Curwen interrumpió las navegaciones nocturnas. Luego, en la primavera de 1767, las embarcaciones volvieron a zarpar de los muelles oscuros y silenciosos para cruzar la bahía y llegar a Nanquit Point, donde se encontraban con barcos de tamaño considerable y aspecto muy diverso de los que recibían cargamento. Los marineros de Curwen desembarcaban luego la mercancía en un punto determinado de la costa y desde allí la transportaban a la granja, dejándola en el mismo edificio de piedra que había dado alojamiento a los negros. El cargamento consistía casi enteramente en cajones, de los cuales gran número tenía una forma oblonga, forma que recordaba ominosamente la de los ataúdes.

Weeden vigilaba la granja con incansable asiduidad, visitándola noche tras noche durante largas temporadas. Raramente dejaba pasar una semana sin acercarse a ella excepto cuando el terreno estaba cubierto de nieve, en la que habría dejado impresas sus huellas, y aun en esos días se aproximaba lo más posible cuidando de no salirse de la vereda o de caminar sobre el hielo del río

vecino a la granja, con el fin de poder ver si había rastros de pisadas en torno a la casa. Para no interrumpir la vigilancia durante las ausencias que le imponía su trabajo, se puso de acuerdo con un amigo que solía beber con él en la taberna, un tal Eleazar Smith, que desde entonces le sustituyó en su tarea. Entre los dos pudieron haber hecho circular rumores extraordinarios, y si no lo hicieron, fue solamente porque sabían que publicar ciertas cosas habría tenido el efecto de alertar a Curwen haciéndoles imposible toda investigación posterior, cuando lo que ellos querían era enterarse de algo concreto antes de pasar a la acción. De todos modos lo que averiguaron debió ser realmente sorprendente. En más de una ocasión dijo Charles Ward a sus padres cuánto lamentaba que Weeden hubiese quemado su cuaderno de notas. Lo único que se sabe de sus descubrimientos es lo que Eleazar Smith anotó en un diario, no muy coherente por cierto, y lo que otros autores de diarios íntimos y cartas repitieron después tímidamente, es decir, que la propiedad campestre era solamente tapadera de una peligrosa amenaza cuya profundidad escapaba a toda comprensión.

Se cree que Weeden y Smith quedaron convencidos al poco tiempo de comenzar sus investigaciones de que por debajo de la granja se extendía una red de catacumbas y túneles habitados por numerosas personas además del viejo indio y su esposa. La casa era una antigua reliquia del siglo XVII, con una enorme chimenea central y ventanas romboides y enrejadas, y el laboratorio se hallaba en la parte norte, donde el tejado llegaba casi hasta el suelo. El edificio estaba completamente aislado, pero, a juzgar por las distintas voces que se oían en su interior a las horas más inusitadas, debía llegarse a él a través de secretos pasadizos subterráneos. Aquellas voces, hasta 1766, consistían en murmullos y susurros de negros mezclados con gritos espantosos y extraños cánticos o invocaciones. A partir de aquella fecha, se convirtieron en explosiones de furor frenético, ávidos jadeos y gritos de protesta proferidos en diversos idiomas, todos ellos conocidos por Curwen, que provocaban réplicas teñidas en muchos casos de un acento de reproche o de amenaza.

A veces parecía que había varias personas en la casa: Curwen, varios prisioneros y los guardianes de estos. Había acentos que ni Weeden ni Smith



habían oído jamás, a pesar de su extenso conocimiento de puertos extranjeros, y otros que identificaban como pertenecientes a una u otra nacionalidad. Sonaba aquello como una especie de catequesis o como si Curwen estuviera arrancando cierta información a unos prisioneros aterrorizados o rebeldes.

Había recogido Weeden en su cuaderno al pie de la letra fragmentos de conversaciones en inglés, francés y español, las lenguas que él conocía y que con más frecuencia utilizaba Curwen, pero ninguna de aquellas notas se habían conservado. Afirmaba el mismo Weeden que aparte de algunos diálogos relativos al pasado de varias familias de Providence, la mayoría de las preguntas y respuestas que pudo entender se referían a cuestiones históricas o científicas a veces pertenecientes a épocas y lugares muy remotos. En cierta ocasión, por ejemplo, un personaje que se mostraba a ratos enfurecido y a ratos adusto, fue interrogado acerca de la matanza que llevó a cabo el Príncipe Negro en Limoges en 1370 como si la masacre hubiera obedecido a un motivo secreto que él debiera conocer. Curwen le preguntó al prisionero -si es que era prisionero si el motivo había sido el hallazgo del Signo de la Cabra en el altar de la vieja Cripta romana sita bajo la catedral, o el hecho de que el Hombre Oscuro del Alto Aquelarre de Viena hubiera pronunciado las Tres Palabras. Al no obtener respuesta a sus preguntas, el inquisidor recurrió, al parecer, a medidas extremas, ya que se oyó un terrible alarido seguido de un extraño silencio y el ruido de un cuerpo que caía.

Ninguno de aquellos coloquios tuvo testigos oculares, ya que las ventanas estaban siempre cerradas y veladas por cortinas. Sin embargo, en cierta ocasión, durante un diálogo mantenido en un idioma desconocido, Weeden vio una sombra a través de una cortina que le dejó asombrado y que le recordó a uno de los muñecos de un espectáculo que había presenciado en el Hatcher's Hall en el otoño de 1764, cuando un hombre de Germantown, Pensilvania, había dado una representación anunciada como «Vista de la Famosa Ciudad de Jerusalén, en la cual están representadas Jerusalén, el Templo de Salomón, su Trono Real, las Famosas Torres y Colinas, así como los sufrimientos de Nuestro Salvador desde el Huerto de Getsemaní hasta la Cruz del Gólgota, una valiosa obra de imaginaria

digna de verse». Fue en aquella ocasión cuando el oyente, que se había acercado más de la cuenta a la ventana de la sala donde tenía lugar la conversación, dio un respingo que alertó a la pareja de indios, los cuales le soltaron los perros. Desde aquella noche no volvieron a oírse más conversaciones en la casa, y Weeden y Smith llegaron a la conclusión de que Curwen había trasladado su campo de acción a las regiones inferiores.

Que tales regiones existían, parecía un hecho cierto. Débiles gritos y gemidos surgían de la tierra de vez en cuando en lugares muy apartados de la vivienda, y cerca de la orilla del río, a espaldas de la granja y allí donde el terreno descendía suavemente hasta el valle del Pawtuxet, se encontró, oculta entre arbustos, una puerta de roble en forma de arco y encajada en un marco de pesada mampostería que constituía evidentemente la entrada a unas cavernas abiertas bajo la colina. Weeden no podía decir cuándo ni cómo habían sido construidas aquellas catacumbas, pero sí se refería con frecuencia a la facilidad con que por el río podían haber llegado hasta aquel lugar grupos de trabajadores. Era evidente que Joseph Curwen encomendaba a sus marineros las más variadas tareas. Durante las intensas lluvias de la primavera de 1769, los dos jóvenes vigilaron atentamente las empinadas márgenes del río para comprobar si las aguas ponían al descubierto algún secreto soterrado, y su paciencia se vio recompensada con el espectáculo de una profusión de huesos humanos y de animales en aquellos lugares donde el agua había excavado unas profundas depresiones. Naturalmente, el hallazgo podía tener diversas explicaciones dado que en la granja cercana se criaba ganado y que por aquellos parajes abundaban los cementerios indios, pero Weeden y Smith prefirieron sacar del descubrimiento sus propias conclusiones.

En enero de 1770, mientras Weeden y Smith se devanaban inútilmente los sesos tratando de encontrar una explicación a aquellos desconcertantes sucesos, ocurrió el incidente del *Fortaleza*. Exasperado por la quema del buque aduanero *Liberty* ocurrida en Newport el verano anterior, el almirante Wallace, que mandaba la flota encargada de la vigilancia de aquellas costas, ordenó que se extremara el control de los barcos extranjeros, a raíz de lo cual el cañonero de Su Majestad *Cygnat* capturó tras corta persecución a la chalana *Fortaleza*, de

Barcelona, España, al mando del capitán Manuel Arruda. La chalana había zarpado, según el diario de navegación, de El Cairo, Egipto, con destino a Providence. Cuidadosamente registrada en busca de material de contrabando, la chalana reveló el hecho asombroso de que su cargamento consistía exclusivamente en momias egipcias consignadas a nombre de «Marinero A. B. C.», quien debía acudir a recoger la mercancía a la altura de Nanquit Point y cuya identidad el capitán Arruda se negó a revelar. El vicealmirante Court, de Newport, no sabiendo qué hacer ante la naturaleza de aquel cargamento, que, si bien no podía ser calificado de contrabando, tampoco se atenía, por el secreto con que era transportado, a las normas legales, dejó a la chalana en libertad prohibiéndola atracar en las aguas de Rhode Island. Más tarde circuló el rumor de que había sido vista a la altura de Boston, aunque nunca llegó a entrar en aquel puerto.

El extraño incidente fue muy comentado en Providence y pocos fueron los que dudaron que existiera alguna relación entre el extraño cargamento de momias y el siniestro Joseph Curwen. Nadie que supiera de sus exóticos estudios y extrañas importaciones de productos químicos, a más de la afición que sentía por los cementerios, necesitó mucha imaginación para conectar su nombre con un cargamento que no podía ir destinado a ningún otro habitante de Providence.

Probablemente apercibido de aquella lógica sospecha, Curwen procuró dejar caer en varias ocasiones ciertas observaciones acerca del valor químico de los bálsamos contenidos en las momias pensando, quizá, revestir así al asunto de cierta normalidad, pero sin admitir jamás que tuviera participación alguna en él. Weeden y Smith no tuvieron por su parte ninguna duda acerca del significado del incidente y continuaron elaborando las más descabelladas teorías respecto a Curwen y sus monstruosos trabajos.

Durante la primavera siguiente, al igual que había sucedido el año anterior, llovió mucho, y con tal motivo los dos jóvenes sometieron a estrecha vigilancia la orilla del río situada a espaldas de la granja de Curwen. Las aguas arrastraron gran cantidad de tierra y dejaron al descubierto cierto número de huesos, pero no quedó a la vista ningún camino subterráneo. Sin embargo, algo

se rumoreó por aquel entonces en la aldea de Pawtuxet, situada a una milla de distancia y junto a la cual el río se despeña sobre una serie de desniveles rocosos formando pequeñas cascadas. Allí donde dispersos caserones antiguos trepan por la colina desde el rústico puente y las lanchas pesqueras se mecen ancladas a los soñolientos muelles, se habló de cosas misteriosas que arrastraban las aguas y que permanecían flotando unos segundos antes de precipitarse, corriente abajo, entre la espuma de las cascadas. Ciertamente que el Pawtuxet es un río muy largo que pasa a través de regiones habitadas en las que abundan los cementerios, y cierto que las lluvias primaverales habían sido muy intensas, pero a los pescadores de los alrededores del puente no les gustó la horrible mirada que les dirigió uno de aquellos objetos ni el modo en que gritaron otros que habían perdido toda semejanza con las cosas que habitualmente gritan. Weeden estaba ausente por entonces, pero los rumores llegaron a oídos de Smith, que se apresuró a dirigirse a la orilla del río, donde halló evidentes vestigios de amplias excavaciones. No había quedado al descubierto, sin embargo, la entrada a ningún túnel, sino muy al contrario, una pared sólida mezcla de tierra y ramas recogidas más arriba. Smith empezó a cavar en algunos lugares, pero se dio por vencido al ver que sus intentos eran vanos, o, quizá, al temer que pudieran dejar de serlo. Habría sido interesante ver lo que habría hecho el obstinado y vengativo Weeden de haberse encontrado allí en esos momentos.

### 3

En el otoño de 1770, Weeden decidió que había llegado el momento de hablar a otros de sus descubrimientos, ya que poseía un gran número de datos, y disponía de un testigo ocular para desvirtuar la posible acusación de que los celos y el afán de venganza le habían hecho imaginar cosas que no existían. Como primer confidente escogió al capitán James Mathewson, del *Enterprise*, que por una parte le conocía lo suficiente para no dudar de su veracidad, y, por otra, tenía la suficiente influencia en la ciudad para hacerse escuchar a su vez con respeto. La conversación tuvo lugar cerca del puerto, en una habitación de la parte alta de la Taberna de Sabin, y en presencia de Smith, que podía corroborar cada una de

las afirmaciones de Weeden. El capitán Mathewson quedó sumamente impresionado. Como casi todo el mundo en la ciudad, albergaba sus sospechas acerca del siniestro Joseph Curwen, de modo que aquella confirmación y ampliación de datos le bastó para convencerse totalmente.

Al final de la conferencia estaba muy serio y requirió a los dos jóvenes para que guardaran absoluto silencio. Dijo que él se encargaría de transmitir separadamente la información a los ciudadanos más cultos e influyentes de Providence, de recabar su opinión, y de seguir el consejo que pudieran ofrecerle. En cualquier caso, era esencial la mayor discreción, ya que el asunto no podía ser confiado a las autoridades de la ciudad y convenía que no llegara a oídos de la excitable multitud para evitar que se repitiera aquel espantoso pánico de Salem, ocurrido hacía menos de un siglo y que había provocado la huida de Curwen de aquella ciudad.

Las personas más indicadas para conocer el caso eran, en su opinión, el doctor Benjamin West, cuyo estudio sobre el último tránsito de Venus demostraba que era un auténtico erudito así como un agudo pensador; el reverendo James Manning, rector de la universidad, que había llegado hacía poco de Warren y se hospedaba provisionalmente en la nueva escuela de King Street en espera de que terminaran su propia vivienda en la colina que se elevaba sobre la Presbyterian Lane; el exgobernador Stephen Hopkins, que había sido miembro de la Sociedad Filosófica de Newport y era hombre de amplias miras; John Carter, editor de la *Gazette*; los cuatro hermanos Brown, John, Joseph, Nicholas y Moses, magnates de la localidad; el anciano doctor Jabez Bowen, cuya erudición era considerable y tenía información de primera mano acerca de las extrañas adquisiciones de Curwen; y el capitán Abraham Whipple, un hombre de fenomenal energía con el cual podía contarse si había que tomar alguna medida «activa». Aquellos hombres, si todo iba bien, podían reunirse finalmente para llevar a cabo una deliberación colectiva y en ellos recaería la responsabilidad de decidir si había que informar o no al gobernador de la Colonia, Joseph Wanton, residente en Newport, antes de adoptar ninguna medida.

La misión del capitán Mathewson tuvo más éxito del que esperaban, ya que, si bien un par de aquellos confidentes se mostró algo escéptico en lo concerniente al posible aspecto fantástico del relato de Weeden, todos coincidieron en la necesidad de adoptar medidas secretas y coordinadas. Era evidente que Curwen constituía una amenaza en potencia para el bienestar de la ciudad y de la Colonia, amenaza que había que eliminar a cualquier precio. A finales de diciembre de 1770, un grupo de eminentes ciudadanos se reunieron en casa de Stephen Hopkins y discutieron las medidas que podían adoptarse. Se leyeron con todo cuidado las notas que Weeden había entregado al Capitán Mathewson y tanto Weeden como Smith fueron llamados a presencia de la asamblea para que las confirmaran y añadieran algunos detalles. Algo parecido al miedo se apoderó de todos los allí presentes antes de que terminara la conferencia, pero a él se sobrepuso una implacable decisión que el Capitán Whipple se encargó de expresar verbalmente con su pintoresco léxico. No informarían al gobernador, porque era evidente la necesidad de una acción extraoficial. Si Curwen poseía efectivamente poderes ocultos, no podía invitársele por las buenas a que abandonara la ciudad, pues tal invitación podía acarrear terribles represalias. Por otra parte y en el mejor de los casos, la expulsión del siniestro individuo solo significaría el traslado a otro lugar de la amenaza que representaba. La ley era por entonces letra muerta, y aquellos hombres que durante tantos años habían burlado a las fuerzas reales no eran de los que se amilanaban fácilmente cuando el deber requería su intervención en cuestiones más difíciles y delicadas. Decidieron que lo mejor sería que una cuadrilla de soldados avezados sorprendiera a Curwen en su granja de Pawtuxet y le dieran ocasión para que se explicara. Si quedaba demostrado que era un loco que se divertía imitando voces distintas, le encerrarían en un manicomio. Si se descubría algo más grave y los secretos soterrados resultaban ser realidad, le matarían a él y a todos los que le rodeaban. El asunto debía llevarse con la mayor discreción y en caso de que Curwen muriera no se informaría de lo sucedido ni a la viuda ni al padre de ésta.

Mientras se discutían aquellas graves medidas, ocurrió en la ciudad un incidente tan terrible e inexplicable que durante algún tiempo no se habló de otra cosa en varias millas a la redonda. Una noche del mes de enero resonaron por los alrededores nevados del río, colina arriba, una serie de gritos que atrajeron multitud de cabezas somnolientas a todas las ventanas. Los que vivían en las inmediaciones de Weybosset Point vieron entonces una forma blanca que se lanzaba frenéticamente al agua en el claro que se abre delante de la Cabeza del Turco. Unos perros aullaron a lo lejos, pero sus aullidos se apagaron en cuanto se hizo audible el clamor de la ciudad despierta. Grupos de hombres con linternas y mosquetones salieron para ver que había ocurrido, pero su búsqueda resultó infructuosa. Sin embargo, a la mañana siguiente, un cuerpo gigantesco y musculoso fue hallado, completamente desnudo, en las inmediaciones de los muelles meridionales del Puente Grande, entre los hielos acumulados junto a la destilería de Abbott. La identidad del cadáver se convirtió en tema de interminables especulaciones y habladurías. Los más viejos intercambiaban furtivos murmullos de asombro y de temor, ya que aquel rostro rígido, con los ojos desorbitados por el terror, despertaba en ellos un recuerdo: el de un hombre muerto hacía ya más de cincuenta años.

Ezra Weeden presenció el hallazgo y, recordando los ladridos de la noche anterior, se adentró por Weybosset Street y por el puente de Muddy Dock, en dirección al lugar de donde procedía el sonido. Cuando llegó al límite del barrio habitado, al lugar donde se iniciaba la carretera de Pawtuxet, no le sorprendió hallar huellas muy extrañas en la nieve. El gigante desnudo había sido perseguido por perros y por muchos hombres que calzaban pesadas botas, y el rastro de los canes y sus dueños podía seguirse fácilmente. Habían interrumpido la persecución temiendo acercarse demasiado a la ciudad. Weeden sonrió torvamente y decidió seguir las huellas hasta sus orígenes. Partían, como había supuesto, de la granja de Joseph Curwen, y habría seguido su investigación de no haber visto tantos rastros de pisadas en la nieve. Dadas las circunstancias, no se atrevió a mostrarse demasiado interesado a plena luz del día. El doctor Bowen, a quien Weeden informó inmediatamente de su descubrimiento, llevó a cabo la

autopsia del extraño cadáver y descubrió unas peculiaridades que le desconcertaron profundamente. El tubo digestivo no parecía haber sido utilizado nunca, en tanto que la piel mostraba una tosquedad y una falta de trabazón que el galeno no supo a qué atribuir. Impresionado por lo que los ancianos susurraban acerca del parecido de aquel cadáver con el herrero Daniel Green, fallecido hacía ya diez lustros, y cuyo nieto, Aaron Moppin, era sobrecargo al servicio de Curwen, Weeden procuró averiguar dónde habían enterrado a Green. Aquella noche, un grupo de diez hombres visitó el antiguo Cementerio del Norte y excavó la fosa. Tal como Weeden había supuesto, la encontraron vacía.

Mientras tanto, se había dado aviso a los portadores del correo para que interceptaran la correspondencia del misterioso personaje, y poco después del hallazgo de aquel cuerpo desnudo, fue a parar a manos de la junta de ciudadanos interesados en el caso una carta escrita por un tal Jedediah Orne, vecino de Salem, que les dio mucho que pensar. Charles Ward encontró un fragmento de dicha misiva reproducida en el archivo privado de cierta familia. Decía lo siguiente:

«Satisfáceme en extremo que continúe su merced el estudio de las Viejas Materias a su modo y manera, y mucho dudo que el señor Hutchinson de Salem obtuviera mejores resultados. Ciertamente fue muy grande el espanto que provocó en él la Forma que evocara, a partir de aquello de lo que pudo conseguir sólo una parte. No tuvo los efectos deseados lo que su merced nos envió, ya fuera porque faltaba algo, o porque las palabras no eran las justas y adecuadas, bien porque me equivocara yo al decirlas, bien porque se confundiera su merced al copiarlas. Tal cual estoy, solo, no hallo qué hacer. Carezco de los conocimientos de química necesarios para seguir a Borellus y no acierto a descifrar el Libro VII del *Necronomicon* que me recomendó. Quiero encomendarle que observe en todo momento lo que su merced nos encargó, a saber, que ejercite gran cautela respecto a quién evoca y tenga siempre presente lo que el señor Mather escribió en sus acotaciones al... en que representa verazmente tan terrible cosa. Encarézcole no llame a su presencia a nadie que no pueda dominar, es decir, a nadie que pueda conjurar a su vez algún poder contra el cual resulten ineficaces



sus más poderosos recursos. Es menester que llame a las Potencias Menores no sea que las Mayores no quieran responderle o le excedan en poder. Me espanta saber que conoce su merced cuál es el contenido de la Caja de Ebano de Ben Zarisnatnik, porque de la noticia deduzco quién le reveló el secreto. Ruégole otra vez que se dirija a mí utilizando el nombre de Jedediah y no el de Simon. Peligrosa es esta ciudad para el hombre que quiere sobrevivir y ya tiene conocimiento su merced de mi plan por medio del cual volví al mundo bajo la forma de mi hijo. Ardo en deseos de que me comunique lo que Sylvanus Codicus reveló al Hombre Negro en su cripta, bajo el muro romano, y le agradeceré me envíe el manuscrito de que me habla.»

Otra misiva, ésta procedente de Filadelfia y carente de firma, provocó igual preocupación, especialmente el siguiente pasaje:

«Tal como me encarece su merced, le enviaré las cuentas sólo por medio de sus naves, aunque nunca sé con certeza cuándo esperar su llegada. Del asunto de que hablamos necesito únicamente una cosa más, pero quiero estar seguro de haber entendido exactamente todas sus recomendaciones. Dícame que para conseguir el efecto deseado no debe faltar parte alguna, pero bien sabe su merced cuán difícil es proveerse de todo lo necesario. Juzgo tan trabajoso como peligroso sustraer la Caja entera, y en las iglesias de la villa (ya sea la de San Pedro, la de San Pablo, la de Santa María o la del Santo Cristo), es de todo punto imposible llevarlo a cabo, pero sé bien que lo que lograra evocar el octubre pasado tenía muchas imperfecciones y que hubo de utilizar innumerables especímenes hasta dar en 1766 con la Forma adecuada. Por todo ello reitero que me dejaré guiar en todo momento por las instrucciones que tenga a bien darme su merced. Espero impaciente la llegada de su bergantín y pregunto todos los días en el muelle del señor Biddle.»

Una tercera carta, igualmente sospechosa, estaba escrita en idioma extranjero y con alfabeto desconocido. En el diario que luego hallara Charles Ward, Smith había reproducido torpemente una determinada combinación de caracteres que vio repetida en ella varias veces. Los especialistas de la Universidad de Brown determinaron que tales caracteres correspondían al

alfabeto amhárico o abisinio, pero no lograron identificar la palabra en cuestión. Ninguna de las tres cartas llegó jamás a manos de Curwen, aunque el hecho de que Jedediah Orne desapareciera al poco tiempo de Salem, demuestra que los conjurados de Providence habían tomado ciertas medidas con toda discreción. La Sociedad Histórica de Pensilvania posee también una curiosa carta escrita por un tal doctor Shippen en que se menciona la llegada a Filadelfia por aquel entonces de un extraño personaje. Pero, mientras, algo más importante se tramaba. Los principales frutos de los descubrimientos de Weeden resultaron de las reuniones secretas de marineros y mercenarios juramentados que tenían lugar durante la noche en los almacenes de Brown. Lenta, pero seguramente, se iba elaborando un plan de campaña destinado a eliminar, sin dejar rastro, los siniestros misterios de Joseph Curwen.

A pesar de todas las precauciones adoptadas para que no reparara en la vigilancia de que era objeto, el siniestro personaje debió observar que algo anormal ocurría, ya que a partir de entonces pareció siempre muy preocupado. Su calesa era vista a todas horas en la ciudad y en la carretera de Pawtuxet, y poco a poco fue abandonando el aire de forzada amabilidad con que últimamente había tratado de combatir los prejuicios de la ciudad.

Los vecinos más próximos a su granja, los Fenner, vieron una noche un gran chorro de luz que brotaba de alguna abertura del techo de aquel edificio de piedra que tenía troneras en vez de ventanas, acontecimiento que comunicaron rápidamente a John Brown. Se había convertido éste en jefe del grupo decidido a terminar con Curwen, y con tal fin había informado a los Fenner de sus propósitos, lo cual consideró necesario debido a que los granjeros habían de ser testigos forzosamente del ataque final. Justificó el asalto diciendo que Curwen era un espía de los oficiales de aduanas de Newport, en contra de los cuales se alzaba en aquellos días todo fletador, comerciante o granjero de Providence, abierta o clandestinamente. Si los vecinos de Curwen creyeron o no el embuste, es cosa que no se sabe con certeza, pero lo cierto es que se mostraron más que dispuestos a relacionar cualquier manifestación del mal con un hombre que tan extrañas costumbres demostraba. El señor Brown les había encargado que

vigilaran la granja de Curwen y, en consecuencia, le informaban puntualmente de todo incidente que tuviera lugar en la propiedad en cuestión.

4

La probabilidad de que Curwen estuviera en guardia y proyectara algo anormal, como sugería aquel chorro de luz, precipitó finalmente la acción tan cuidadosamente planeada por el grupo de ciudadanos. Según el diario de Smith, casi un centenar de hombres se reunieron a las diez de la noche del 12 de abril de 1771 en la gran sala de la Taberna Thurston, al otro lado del puente de Weybosset Point. Entre los cabecillas, además de John Brown, figuraban el doctor Bowen, con su maletín de instrumental quirúrgico; el presidente Manning sin su peluca (que se tenía por la mayor en las Colonias); el gobernador Hopkins, envuelto en su capa negra y acompañado de su hermano Eseh, al cual había iniciado en el último momento con el consentimiento de sus compañeros; John Carter; el capitán Mathewson y el capitán Whipple, encargado de dirigir la expedición. Los jefes conferenciaron aparte en una habitación trasera, después de lo cual el capitán Whipple se presentó en la sala y dio a los hombres allí reunidos las últimas instrucciones. Eleazar Smith se encontraba con los jefes de la expedición esperando la llegada de Ezra Weeden, que había sido encargado de no perder de vista a Curwen y de informar de la marcha de su calesa hacia la granja.

Alrededor de las diez y media se oyó el ruido de unas ruedas que pasaban sobre el Puente Grande y no hubo necesidad de esperar a Weeden para saber que Curwen había salido en dirección a la siniestra granja. Poco después, mientras la calesa se alejaba en dirección al puente de Muddy Dock, apareció Weeden. Los hombres se alinearon silenciosamente en la calle empuñando los fusiles de chispa, las escopetas y los arpones balleneros que llevaban consigo. Weeden y Smith formaban parte del grupo, y, de los ciudadanos deliberantes, se encontraban allí dispuestos al servicio activo el capitán Whipple, en calidad de jefe de la expedición, el capitán Eseh Hopkins, John Carter, el presidente Manning, el capitán Mathewson y el doctor Bowen, junto con Moses Brown, que había llegado a las once y estuvo ausente, por lo tanto, de la sesión preliminar en

la taberna. El grupo emprendió la marcha sin dilación, encaminándose hacia la carretera de Pawtuxet. Poco más allá de la iglesia de Elder Snow, algunos de los hombres se volvieron a mirar la ciudad dormida bajo las estrellas primaverales. Torres y chapiteles elevaban sus formas oscuras mientras que del norte llegaba una suave brisa con regusto a sal. La estrella Vega se elevaba al otro lado del agua, sobre la alta colina coronada de una arboleda interrumpida sólo por los tejados del edificio de la universidad, aún en construcción. Al pie de la colina y en torno a las callejuelas que descendían ladera abajo, dormía la ciudad, la vieja Providence, por cuyo bien y seguridad estaban a punto de aplastar blasfemia tan colosal.

Una hora y cuarto después los expedicionarios llegaban, tal como estaba previsto, a la granja de los Fenner, donde oyeron el informe final acerca de las actividades de Curwen. Había llegado a la granja media hora antes e inmediatamente después había surgido una extraña luz a través del techo del edificio de piedra, aunque las troneras que hacían las veces de ventanas seguían tan oscuras como solían estarlo últimamente. Mientras los recién llegados escuchaban esta noticia se vio otro resplandor elevarse en dirección al sur, con lo cual los expedicionarios supieron sin la menor duda que habían llegado a un escenario donde iban a presenciar maravillas asombrosas y sobrenaturales. El capitán Whipple ordenó que sus fuerzas se dividieran en tres grupos: uno de veinte hombres al mando de Eleazar Smith, que hasta que su presencia fuera necesaria en la granja habría de apostarse en el embarcadero e impedir la intervención de posibles refuerzos enviados por Curwen; un segundo grupo de otros tantos hombres dirigidos por el capitán Eseh Hopkins que se encargaría de penetrar por el valle del río situado a espaldas de la granja y de derribar con hachas, o pólvora en caso necesario, la puerta de roble descubierta por Weeden; y un tercer grupo que atacaría de frente la granja y el edificio contiguo. De este último grupo, una tercera parte, al mando del capitán Mathewson, iría directamente al edificio de piedra, otra tercera parte seguiría al capitán Whipple hasta el edificio principal de la granja, y el resto formaría un círculo alrededor de

los dos edificios para acudir al oír una señal de emergencia adonde su presencia se hiciera más necesaria.

El grupo que había de penetrar por el valle derribaría la puerta al oír una única señal de silbato y capturaría todo aquello que surgiera de las regiones inferiores. Al oír dos veces seguidas el sonido del silbato, avanzaría por el pasadizo para enfrentarse al enemigo o unirse al resto del contingente. El grupo encargado de atacar el edificio de piedra interpretaría los sonidos del silbato de manera análoga; al oír el primero derribarían la puerta, y al oír los segundos examinarían cualquier pasadizo o subterráneo que pudieran encontrar y ayudarían a sus compañeros en el combate que suponían habría de tener lugar en esas cavernas. Una tercera señal constituiría la llamada de emergencia al grupo de reserva; sus veinte hombres se dividirían en dos equipos que se internarían respectivamente por la puerta de roble y en el edificio de piedra. La certeza del capitán Whipple acerca de existencia de catacumbas en la propiedad era tan absoluta, que no dudó ni por un momento en tenerla en cuenta al elaborar sus planes. Llevaba con él un silbato de sonido muy agudo para que nadie confundiera las señales. El grupo apostado junto al embarcadero naturalmente no podría oírlo. De requerirse su ayuda, se haría necesario el envío de un mensajero. Moses Brown y John Carter fueron con el capitán Hopkins a la orilla del río mientras que el presidente Manning acompañaba al capitán Mathewson y al grupo destinado a asaltar el edificio de piedra. El doctor Bowen y Ezra Weeden se unieron al destacamento de Whipple que tenía a su cargo el ataque al edificio central de la granja. La operación comenzaría tan pronto como un mensajero del capitán Hopkins hubiera notificado al capitán Whipple que el grupo del río estaba en su puesto. Whipple haría sonar entonces el silbato y los grupos atacarían simultáneamente los tres puntos convenidos. Poco antes de la una de la madrugada, los tres destacamentos salieron de la granja de Fenner, uno en dirección al embarcadero, otro en dirección a la puerta de la colina, y el tercero, tras subdividirse, en dirección a los edificios de la granja de Curwen.

Eleazar Smith, que acompañaba al grupo que se dirigía al embarcadero, registra en su diario una marcha silenciosa y una larga espera en el arrecife que

se yergue sobre la bahía. Luego se oyó la señal de ataque, seguida de una explosión de aullidos y de gritos. Un hombre creyó oír algunos disparos, y el propio Smith captó acentos de una voz atronadora que resonaba en el aire. Poco antes del amanecer, un aterrorizado mensajero con los ojos desorbitados y las ropas impregnadas de un hedor espantoso y desconocido se presentó ante el grupo y dijo a los hombres que regresaran silenciosamente a sus hogares y no volvieran a pensar jamás en lo que había sucedido aquella noche ni en la persona de Joseph Curwen. El aspecto del mensajero produjo en aquellos seres una impresión que sus palabras no habrían podido causar por sí solas; a pesar de ser un marinero conocido por la mayoría de ellos, algo oscuro había perdido o ganado su alma, algo que le situaba en un mundo aparte. Y lo mismo ocurrió más tarde cuando encontraron a otros antiguos compañeros que se habían adentrado en las regiones del horror. La mayoría de ellos habían adquirido o perdido algo misterioso o indescriptible. Habían visto, oído o captado algo que no estaba destinado al entendimiento humano y no podían olvidarlo. Jamás hablaron entre ellos de lo sucedido, porque hasta para el más común de los instintos mortales existen fronteras insalvables. En cuanto al grupo del embarcadero, el espanto indecible que les transmitió aquel único mensajero selló también sus labios. Pocos son los rumores que de ellos proceden y el diario de Eleazar Smith es el único testimonio escrito que dejó todo aquel cuerpo de expedicionarios.

Charles Ward, sin embargo, descubrió otra vaga fuente de información en algunas cartas de los Fenner que encontró en New London, donde sabía que había vivido otra rama de la familia. Parece ser que los vecinos de Curwen, desde cuya casa era visible la granja condenada, habían presenciado la partida de las columnas expedicionarias y habían oído claramente los furiosos ladridos de los perros sucedidos por la explosión que precipitó el ataque. A aquella primera explosión habían seguido la elevación de un gran chorro de luz procedente del edificio de piedra, y, poco después, el resonar de disparos de mosquetón y de escopeta acompañados de unos horribles gritos que el autor de la carta, Luke

Fenner, había reproducido por escrito del siguiente modo: «*Whaaaaarrrr... Rwhaaarrrr*». Eran aquellos gritos, sin embargo, de una calidad

que la simple escritura no podía reproducir, y el corresponsal mencionaba el hecho de que su madre se había desmayado al oírlos. Más tarde se repitieron con menos fuerza, mezclados esta vez con otros disparos y una sorda explosión que tuvo lugar al otro lado del río, Alrededor de una hora después todos los perros empezaron a ladrar espantosamente y la tierra pareció estremecerse hasta el punto de que los candelabros oscilaron sobre la repisa de la chimenea. Se percibió un intenso olor a azufre y, según el padre de Luke Fenner, fue entonces cuando se oyó la tercera señal, es decir, la de emergencia, aunque el resto de la familia no llegó a percibirla. Volvieron a sonar disparos sucedidos ahora por un grito menos agudo pero mucho más horrible de los que le habían precedido, una especie de tos gutural, de gorgoteo indescriptible que si se juzgó grito, fue más por su continuidad y por el impacto psicológico que causara, que por su valor acústico real.

Luego se vio una forma envuelta en llamas en los alrededores de la granja de Curwen y se oyeron gritos de hombres aterrorizados. Los mosquetones volvieron a disparar y la forma flamígera cayó al suelo. Apareció después una segunda forma envuelta en fuego, y se oyó claramente un débil grito humano. Fenner, según dice en su carta, pudo murmurar, entre el horror que sentía, unas cuantas palabras: «Señor Todopoderoso, protege a tu cordero». Siguieron más disparos y la segunda forma se desplomó. Se hizo entonces un silencio que duró casi tres cuartos de hora. Al cabo de este tiempo el pequeño Arthur Fenner, hermano de Luke, dijo ver «una niebla roja» que ascendía hacia las estrellas desde la granja maldita. Nadie más que el chiquillo fue testigo del hecho, pero Luke admitía que en aquel mismo instante se arquearon los lomos y se erizaron los cabellos de los tres gatos que se encontraban en la habitación.

Cinco minutos después sopló un viento helado y el aire se llenó de un hedor tan insoportable que sólo la fuerte brisa del mar pudo impedir que fuera captado por el grupo apostado junto al embarcadero o por cualquier ser humano despierto en la aldea de Pawtuxet. El hedor no se parecía a ninguno de los que Fenner hubiera conocido hasta entonces y producía una especie de miedo amorfo, penetrante, mucho más intenso que el que puede causar una tumba o un

osario. Casi inmediatamente resonó aquella espantosa voz que ninguno de los que la oyeron pudieron olvidar jamás. Atronó el aire e hizo rechinar los cristales de las ventanas mientras sus ecos se apagaban. Era profunda y musical, poderosa como un órgano, pero maldita como los libros prohibidos de los árabes. Ningún hombre pudo interpretar lo que dijo porque habló en un idioma desconocido, pero Luke Fenner trató de reproducirlo así: «DESMES... JESHET... BONEDOSEFEDUVEMA... ENTTEMOSS». Hasta el año 1919 nadie relacionó aquella burda transcripción con ninguna fórmula conocida, pero Ward palideció al reconocer en ella lo que Mirándola había denunciado, con un estremecimiento, como la más terrorífica de las invocaciones de la magia negra.

Un coro de gritos inconfundiblemente humanos pareció responder a aquella maligna invocación desde la granja de Curwen, después de lo cual el misterioso hedor se mezcló con otro igualmente insoportable. Un aullido distinto del griterío anterior se dejó oír entonces, subiendo y bajando de tono en indescriptibles paroxismos. A veces se hacía casi articulado, aunque ninguno de los que lo oían pudieron captar ni una sola palabra conocida, y en un momento determinado pareció acercarse a los límites de una risa histérica y diabólica. Luego, un alarido aterrorizado y demente surgió de numerosas gargantas humanas, un alarido que se oyó fuerte y claro a pesar de que evidentemente surgía de enormes profundidades. A continuación, la oscuridad y el silencio lo envolvieron todo. Unas espirales de humo acre ascendieron hasta las estrellas aunque no se vio rastros de fuego, ni se observó al día siguiente que ningún edificio hubiera desaparecido o resultado dañado en su estructura.

Hacia el amanecer, dos asustados mensajeros con las ropas impregnadas de un hedor monstruoso e inclasificable, llamaron a la puerta de los Fenner y pidieron un barrilillo de ron que pagaron a muy buen precio, por cierto. Uno de ellos le dijo a la familia que el caso de Joseph Curwen estaba resuelto y que los acontecimientos de aquella noche no volverían a mencionarse nunca. En definitiva, el único testimonio que queda de lo que se vio y oyó en aquella noche son las furtivas cartas de Luke Fenner, quien por cierto, daba en ellas instrucciones a su pariente para que las destruyera no bien las hubiera leído. El



hecho de que éste no obedeciera su orden impidió que el asunto cayera en un total y misericordioso olvido. Tras interrogar detenidamente a los habitantes de Pawtuxet guiado del deseo de descubrir tradiciones ancestrales, Charles Ward añadió un detalle más a lo que había averiguado por medio de estas cartas. Un anciano llamado Charles Slocum le confió que su abuelo le había hablado de un rumor que corrió por entonces por el pueblo y según el cual, una semana después de que se anunciara la muerte de Joseph Curwen, fue hallado en medio del campo un cadáver desfigurado por las llamas. Lo sorprendente de este rumor era que ese cuerpo, en la medida que podía deducirse del estado en que se hallaba, no era ni enteramente humano ni semejante a ningún animal de que vecino alguno de Pawtuxet tuviera la menor noticia.

## 5

Ninguno de los hombres que participaron en aquella terrible expedición volvió a decir jamás una sola palabra acerca de ella, y los vagos datos que se conocen hoy proceden de personas ajenas al grupo de conjurados. Hay algo estremecedor en el cuidado con que los expedicionarios destruyeron todo lo que aludía, de cerca o de lejos, al asunto.

Ocho marineros resultaron muertos, pero aunque los cuerpos no fueron entregados nunca a sus familiares, estos quedaron satisfechos con la explicación de que había tenido lugar un enfrentamiento con los aduaneros. La misma explicación justificó los numerosos casos de heridas, todas ellas atendidas y vendadas por el doctor Jabez Bowen, que había acompañado a la expedición. Más difícil de explicar resultó aquel hedor indecible adherido al cuerpo de todos los expedicionarios, cosa que se comentó durante semanas enteras. De los cabecillas de aquella partida, el capitán Whipple y Moses Brown resultaron gravemente heridos. Varias cartas escritas por sus esposas atestiguan el desconcierto que produjo en ellas la reticencia de sus maridos respecto a sus vendajes. Lo cierto es que todos los participantes recibieron una fuerte impresión. Por suerte eran hombres de acción y de convicciones religiosas simples y ortodoxas, pues de haber sido más introspectivos y dados a las

complicaciones mentales, sin duda habrían caído enfermos. El más afectado fue el presidente Manning, pero incluso él llegó, según parece, a superar aquellos negros recuerdos a base de plegarias. Todos los jefes de aquella expedición intervinieron más tarde en hechos decisivos y es probablemente muy afortunado que así fuera. Poco más de un año después de aquel asalto, el capitán Whipple encabezó el grupo que incendió la nave aduanera *Gaspee*, hazaña que sin duda contribuyó a borrar el recuerdo de las terribles imágenes que pudieran sobrevivir en su memoria.

A la viuda de Joseph Curwen le fue entregado un ataúd sellado, de plomo y de raro diseño, que había sido hallado en la granja y que contenía, según dijeron, el cadáver de su marido. Le explicaron que había muerto en lucha con los aduaneros y que no convenía dar más detalles acerca del acontecimiento. Nadie se atrevió a hablar del fin de Joseph Curwen, y Charles Ward contó con un solo indicio para elaborar su teoría. Ese indicio era vago en extremo y consistía en un pasaje subrayado de aquella carta que Jedediah Orne había enviado a Curwen, carta que había sido confiscada y que Ezra Weeden había copiado en parte. Dicha copia se hallaba ahora en posesión de los descendientes de Smith y a nosotros nos toca decidir si Weeden se la entregó a su compañero después del ataque a la granja, como testimonio de la anormalidad de lo que había ocurrido, o si, como es más probable, Smith la tenía ya en su poder anteriormente y la había subrayado después de sonsacar a su amigo interrogándole sabiamente. El pasaje subrayado decía:

«Encarézcole no llame a su presencia a nadie que no pueda dominar, es decir, a nadie que pueda conjurar a su vez algún poder contra el cual resulten ineficaces sus más poderosos recursos.»

A la luz de este pasaje y pensando en los enemigos innombrables que un hombre acosado podía invocar en su ayuda, Charles Ward pudo muy bien preguntarse si fue en verdad algún ciudadano de Providence quien mató a Joseph Curwen.

La eliminación deliberada de todo lo que en los anales de Providence pudiera recordar al muerto, quedó grandemente facilitada por la influencia de los

cabecillas de la expedición, si bien estos no se propusieron en un primer momento ser tan exhaustivos. Ocultaron a la viuda, al padre y a la hija de ésta, la verdad de lo ocurrido, pero el capitán Tillinghast era hombre astuto y no tardaron en llegar a sus oídos rumores que le llenaron de horror y le impulsaron a solicitar el cambio de nombre para su hija y para su nieta. Quemó además la biblioteca de su yerno y todos los documentos y borró la inscripción que figuraba en la lápida de su tumba. Conocía perfectamente al capitán Whipple y probablemente logró extraer de aquel rudo marino más información que ninguna otra persona acerca del misterioso fin del siniestro brujo.

A partir de entonces, se trató por todos los medios de borrar la memoria de Curwen, tarea que llegó a alcanzar, por común acuerdo, a los archivos oficiales de la ciudad y a los de la *Gazette*. Sólo puede compararse aquel afán, en espíritu, al baldón que recayó sobre el nombre de Oscar Wilde durante la década siguiente a su desgracia, y, en extensión, a la suerte de aquel pecador Rey de Runagur del cuento de Lord Dunsany, al cual los dioses condenaron no solamente a dejar de ser sino también a dejar de haber sido.

La señora Tillinghast, nombre con que se conoció a la viuda a partir de 1772, vendió la casa de Olney Court y vivió con su padre en Powers Lane hasta su fallecimiento, ocurrido en 1817. La granja de Pawtuxet, rehuida por todos, permaneció solitaria a lo largo de los años y empezó a desmoronarse con increíble rapidez. En 1780 sólo quedaban en pie las paredes de piedra y de mampostería, y en 1800 el lugar era un montón de ruinas. Nadie osaba traspasar la barrera de arbustos que se alzaba en la ladera donde se había descubierto la puerta de roble, ni nadie trató en mucho tiempo de hacerse una idea definitiva del escenario que vio a Joseph Curwen partir de los horrores que él mismo había provocado.

Sólo se oyó en cierta ocasión al capitán Whipple murmurar para su capote: «¡Maldito sea ese...! No tenía derecho a reír mientras gritaba. Era como si el muy... tuviera algún secreto. No quemé su... casa por un pelo.»

## UNA BÚSQUEDA Y UNA INVOCACIÓN

Charles Ward, como hemos visto, averiguó en 1918 que descendía de Joseph Curwen. No es de extrañar que inmediatamente brotara en él un profundo interés por todo lo relacionado con ese misterio, ya que los vagos rumores que había oído acerca de aquel personaje habían adquirido para él una importancia vital desde el momento en que supo que por las venas de ambos corría la misma sangre. Ningún genealogista que se preciara podía por menos de iniciar una búsqueda ávida y sistemática de todo lo relativo a Curwen.

En sus primeras investigaciones no manifestó la menor tentativa de guardar el secreto, de modo que incluso el doctor Lyman vacila en fechar los comienzos de la locura del joven en un período anterior a 1919. Hablaba libremente con su familia -aunque a su madre no le complacía demasiado tener un antepasado como Curwen- y con los funcionarios de los diversos museos y bibliotecas que frecuentaba. Al acudir a los particulares en demanda de datos o documentos, no ocultaba el objeto de sus pesquisas y compartía el divertido escepticismo con que eran considerados los relatos de los autores de diarios y cartas. Pero sí solía expresar una seria curiosidad por lo que realmente había ocurrido hacía siglo y medio en la granja de Pawtuxet, cuyo emplazamiento trató inútilmente de localizar, y por averiguar qué clase de individuo había sido Joseph Curwen.

Cuando dio con el diario y los archivos de Smith y encontró la carta de Jedediah Orne, decidió visitar Salem e investigar cuáles habían sido las actividades desarrolladas allí por Curwen, cosa que llevó a cabo durante las vacaciones de Pascua de 1919. En el Instituto Essex, que conocía de anteriores estancias en la antigua ciudad puritana de chapiteles ruinosos y tejados arracimados, fue recibido muy amablemente. Allí tuvo ocasión de descubrir una gran cantidad de datos acerca de su antepasado. Descubrió que había nacido el 18 de febrero de 1662 en Salem-Village, pueblo que actualmente lleva el nombre de Danvers y que está situado a unas siete millas de la ciudad, y que se había embarcado a la edad de quince años para regresar con el habla, el vestir y los modales de un inglés en 1686, fecha en que se estableció en Salem. En aquella

época apenas se relacionaba con su familia y pasaba la mayor parte del tiempo enfrascado en la lectura de libros que había traído de Europa y experimentando con extraños productos químicos que le llegaban en barcos procedentes de Inglaterra, Francia y Holanda. Ciertos viajes suyos por la región fueron objeto de muchos comentarios y se asociaban con vagos rumores que hablaban de fogatas que ardían por la noche en las colinas.

Los únicos amigos íntimos de Curwen habían sido un tal Edward Hutchinson, de Salem-Village, y un tal Simon Orne, de Salem. Se les veía a menudo conferenciando por los alrededores del parque y las visitas entre ellos no eran menos frecuentes. Hutchinson poseía una casa en las cercanías del bosque y se decía que por la noche se oían en ella ruidos muy extraños. Se comentaba también que recibía muchos visitantes de apariencia rara en extremo y que las luces de sus ventanas no eran siempre del mismo color. Los conocimientos que revelaba acerca de personas que habían muerto hacía mucho tiempo y de acontecimientos pretéritos, se consideraban claramente sospechosos. Hutchinson desapareció en la época del gran pánico de Salem y nunca volvió a saberse de él. También Joseph Curwen se marchó en esa misma época, pero al poco se supo que se había establecido en Providence. Simon Orne vivió en Salem hasta 1720, cuando empezó a llamar la atención el hecho de que no envejeciera. En aquella fecha desapareció, pero treinta años después se presentó un hijo suyo a reclamar sus propiedades. La reclamación prosperó debido a que los documentos, de puño y letra de Simon Orne, no dejaban lugar a dudas respecto a su autenticidad. Jedediah Orne vivió en Salem hasta 1771, cuando ciertas cartas de un grupo de ciudadanos de Providence destinadas al Reverendo Thomas Barnard y a otros hombres de influencia provocaron su salida de la ciudad con rumbo desconocido.

En el Instituto Essex, el Ayuntamiento y la Oficina del Registro de la Propiedad había ciertos documentos relativos a estos extraños sucesos, algunos de ellos tan inofensivos como pueden ser un título de propiedad o una factura de venta, y otros de naturaleza más misteriosa. En los archivos en que se guardaba toda la documentación relativa a los procesos por brujería, había cuatro o cinco alusiones inconfundibles. Por ejemplo, el testimonio que prestó un tal Hepzibah

Lawson el día 10 de julio de 1692 ante el Tribunal de Oyer y Terminen presidido por el Juez Hawthorne y según el cual «cuarenta brujas y el Hombre Negro se reunieron en los bosques situados detrás de la casa del señor Hutchinson». Un hombre llamado Amity How declaró por su parte en la sesión del 8 de agosto ante el juez Gedney que «El señor G. B. (George Burroughs) fue marcado por el diablo la misma noche que lo fueron Bridget S., Jonathan A., *Simon O.*, Deliverance W., *Joseph C.*, Susan P., Mehitable C., y Deborah B.». Existía también un catálogo de la biblioteca de Hutchinson tal como se había encontrado ésta después de la desaparición de su dueño, y un manuscrito sin terminar, escrito por el propio Hutchinson en una clave que nadie pudo descifrar. Ward hizo sacar una copia del manuscrito y empezó a trabajar en la clave. A partir del mes de agosto su tarea fue cada vez más intensa y febril, y, a juzgar por su conducta y sus palabras, puede suponerse que logró descifrarla en octubre o noviembre de aquel mismo año. Sin embargo, Ward no dijo nunca nada concreto al respecto.

Pero el material de mayor y más inmediato interés era el relativo a Orne. Ward no tuvo gran dificultad en demostrar por medio de la caligrafía una cosa que ya había dado por supuesta después de leer la carta dirigida a Curwen, es decir, que Simon Orne y su pretendido hijo eran la misma persona. Tal como le decía Orne a su amigo en la misiva, consideraba peligroso seguir viviendo en Salem, y, en consecuencia, decidió pasar treinta años en el extranjero y volver a reclamar sus propiedades como representante de una nueva generación de la familia. Orne se había tomado el trabajo de destruir la mayor parte de su correspondencia, pero los ciudadanos que decidieron pasar a la acción en 1771 encontraron y conservaron unas cuantas cartas y documentos que despertaron su curiosidad. Eran fórmulas crípticas y diagramas escritos por diferente mano, fórmulas y diagramas que Ward hizo copiar o fotografiar cuidadosamente. Halló también una carta sumamente misteriosa que reconoció inmediatamente como de puño y letra de Joseph Curwen.

Esta carta de Curwen, aunque sin constancia del año en que fue escrita, no podía ser evidentemente la que dio lugar a la respuesta de Orne que había ido a caer en manos de Ezra Weeden. Tras estudiarla cuidadosamente, Ward la fechó

alrededor de 1750. No estará de más reproducir aquí el texto completo como muestra del estilo de un hombre de tan terrible y misteriosa historia. El destinatario era un tal «Simon», pero el nombre aparece siempre tachado (Ward no podía decir si por obra de su antepasado o del mismo Orne).

Providence, 1 mayo

Hermano:

A mi honorable y viejo amigo y con el debido respeto hacia Aquel que servimos para su eterno Poder. Diríjome a su merced para informarle de lo que debe saber en lo tocante al Ultimo Extremo y qué hacer llegado el momento. No está en mi ánimo abandonar esta ciudad ya que Providence no juzga con la dureza de otras partes las materias que se salen de lo común. Encuéntrome atado por naves y mercancías y no puedo obrar por ello como hizo su merced, a más de lo que mi granja de Pawtuxet esconde en sus entrañas y que no esperarí mi vuelta bajo la forma de Otro.

Pero estoy igualmente prevenido para el día en que la suerte me abandone y heme afanado largo tiempo por hallar la manera de regresar luego del Trance. Topéme anoche con las palabras que traen la presencia de YOGGESOTHOTHE y vi por primera vez aquel rostro de que habla Ibn Schacabac en el... Y dijo que el Salmo III del *Liber Damnatus* encierra la Clave. Con el Sol en la V Casa y Saturno en la III es menester dibujar el Pentágono de fuego y recitar tres veces el Versículo Noveno. *Y de las semillas de lo Viejo nacerá lo Nuevo que mirará hacia atrás sin saber qué buscar.*

Nada de esto ocurrirá si no tengo Heredero y si las Sales o el método para fabricarlas no están dispuestos para él. Y llegado a este punto, confieso a su merced no haber dado todos los pasos necesarios ni hallado lo suficiente. Prolóngase el proceso de fabricación y hácese de día en día más difícil reunir y almacenar los especímenes necesarios para ello, a pesar de lo mucho que me hago traer de las Indias. Muestran curiosidad mis vecinos, aunque hasta el momento he conseguido contenerla. Son en esto los caballeros peores que los plebeyos por ser aquéllos más sosegados en sus juicios y más dignos de crédito. Mucho me temo que hayan hablado ya Parson y Merritt, empero hasta el

momento me considero a salvo. Las sustancias químicas necesarias son fáciles de obtener por haber en la ciudad dos buenas boticas, la del doctor Bowen y la de Sam Carew. Guíome siempre por lo que aconseja Borellus y recurro con frecuencia al Libro VII de Abdul Al-Hazred. Lo que descubra se lo comunicaré a su merced. Encarézcole se sirva mientras tanto de las Invocaciones que le envío. Si desea verle a El, utilice su merced la fórmula que le envío junto con esta carta. Recite sus versos cada Noche de Difuntos y cada Noche de Viernes Santo y si los lee como es menester, *Uno vendrá en años futuros que mirara hacia atrás y que se valdrá de las Sales que su merced haya dejado*, Job XIV, XIV.

Mucho me alegra saber que se halla su merced otra vez en Salem y espero tener muy pronto el placer de verle. Tengo un buen caballo de tiro y es muy probable que compre pronto un coche. Hay uno ya en Providence (el del señor Merritt) aunque los caminos son muy malos. Si se determina a venir, tome su merced la diligencia de Boston que pasa por Dedham, Wrentham y Attleborough. En todas estas villas hay buenas Posadas. Recomiéndole que duerma en Wrentham en la Posada del señor Bolcom; las camas son mejores que en la Posada del señor Hatch. Coma empero en esta Ultima porque la cocina es mejor. Si entra en Providence cruzando las cascadas de Patucket y por el camino donde se halla la Taberna del señor Sayles, hallará mi casa fácilmente. Se encuentra frente a la Posada del señor Epenetus Olney, en Town Street y en la acera norte de Olney's Court. La distancia desde Boston es de unas XLIV millas.

Su sincero amigo y Servidor en Almonsin-Metraton,

JOSEPHUS C.

Simon Orne

William's Lane

Salem

Aquella carta permitió a Ward localizar exactamente el hogar de Curwen en Providence, ya que ninguno de los documentos que había encontrado hasta entonces daba datos tan concretos. El hallazgo resultó aún más sorprendente porque aquella casa, que había construido su antepasado en 1761 en el solar de



otra más antigua, seguía aún en pie en Olney Court y ya la conocía gracias a sus frecuentes paseos por Stampers Hill. De hecho se encontraba a muy poca distancia de su hogar y estaba habitada por una familia negra muy apreciada para trabajos domésticos tales como lavar la ropa, limpiar o atender a los servicios de calefacción. El hecho de encontrar en la lejana Salem datos sobre aquella casa que tanto había significado en la historia de su propia familia, impresionó profundamente a Ward, quien decidió explorarla inmediatamente después de su regreso a Providence. Los párrafos más misteriosos de la carta, que interpretó como simbólicos, le desconcertaron totalmente aunque cayó en la cuenta con un estremecimiento de curiosidad de que el pasaje de la Biblia que en ella se citaba - Job, 14, 14- era el versículo que dice: «Si muere un varón, ¿revivirá? Todos los días de mi servicio esperaré hasta que llegase mi relevo.»

## 2

El joven Ward llegó pues a Providence en un estado de agradable excitación y pasó el sábado siguiente en prolongado y exhaustivo estudio de la casa de Olney Court. El edificio, ahora en muy mal estado, no había sido nunca una mansión. Era sencillamente un caserón de madera de dos pisos y de estilo colonial con tejado puntiagudo, amplia chimenea central y porche adornado con columnas dóricas. Externamente había sufrido muy pocas alteraciones, y Ward, al mirarlo, tuvo plena conciencia de que contemplaba algo relacionado muy de cerca con el siniestro objetivo de su investigación.

Conocía a la familia negra que habitaba la casa y fue cortésmente invitado a visitar el interior por el viejo Asa y su fornida esposa, Hannah. Había dentro más cambios de los que hacía sospechar el exterior y Ward vio con decepción que los frisos de volutas y las alacenas y armarios empotrados habían desaparecido, mientras que el revestimiento de madera de las paredes estaba marcado, arañado, mellado, o sencillamente cubierto por papel pintado de la más baja calidad. En general la visita no resultó tan productiva como Ward había esperado, pero al menos sintió una gran emoción al hallarse entre aquellos muros ancestrales que habían alojado a Joseph Curwen, hombre que tanto horror

despertara entre sus conciudadanos. Comprobó con un sobresalto de emoción que alguien había borrado cuidadosamente las iniciales del antiguo llamador de bronce.

A partir de aquel momento y hasta que terminó el curso, Ward se dedicó al estudio de la copia del manuscrito de Hutchinson y de los datos relativos a Curwen. La clave del manuscrito se le resistía, pero logró encontrar tantas referencias y tantos indicios acerca de dónde continuar buscando, que decidió efectuar un viaje a New London y a Nueva York para consultar documentos antiguos que se conservaban en esas dos ciudades. Dicho viaje fue muy fructífero pues le permitió localizar las cartas de los Fenner, con su terrible descripción del asalto a la granja de Pawtuxet, y la correspondencia Nightingale-Talbot por la cual se enteró de la existencia del retrato pintado en un panel de la biblioteca de Curwen. El asunto del retrato le interesó de modo especial pues deseaba saber cómo había sido físicamente su antepasado. Decidió efectuar, pues, una segunda visita a la casa de Olney Court, por si le era posible descubrir algo que le hubiera pasado inadvertido en la primera.

Aquella segunda visita tuvo lugar a primeros de agosto. Ward revisó en aquella ocasión con sumo cuidado las paredes de todas las habitaciones que por su tamaño hubiesen podido albergar la biblioteca de Curwen. Prestó especial atención a los paneles de madera que quedaban, en su mayor parte cubiertos por sucesivas capas de pintura, y al cabo de una hora sus esfuerzos se vieron recompensados al descubrir en una de las habitaciones más espaciosas una zona de pared más oscura que las otras y, precisamente, situada encima de la chimenea. Al rasparla cuidadosamente con un cuchillo, descubrió que había dado con un retrato al óleo de gran tamaño. No se atrevió el joven a seguir raspando por miedo a dañar el cuadro, y decidió pedir ayuda a un experto. Al cabo de tres días regresó con un artista muy ducho en esas artes, un tal Walter Dwight cuyo estudio se encuentra muy cerca del College Hill, e inmediatamente dio comienzo el restaurador a su tarea con las sustancias químicas y los métodos apropiados. El viejo Asa y su esposa estaban muy excitados con todas aquellas idas y venidas, y

fueron adecuadamente recompensados por la invasión que había sufrido su hogar.

A medida que los trabajos de restauración progresaban, Charles Ward fue contemplando con creciente interés las líneas y las sombras paulatinamente desveladas tras el largo olvido en que habían estado sumidas. Dwight había empezado por la parte inferior y, dado el tamaño del cuadro, el rostro no apareció hasta transcurrido algún tiempo. Entretanto, podía verse que el retratado era un hombre enjuto y bien formado, vestido con casaca azul marino, chaleco bordado y medias de seda blanca. Estaba sentado en un sillón de madera tallada y tras él se abría una ventana hacia un fondo de muelles y de naves. Cuando salió a la luz la cabeza, constataron que llevaba una peluca cuidadosamente peinada. El rostro, delgado y de expresión tranquila, les pareció vagamente familiar, pero hubieron de pasar muchos días antes de que el restaurador y su cliente quedaran atónitos ante los detalles de aquella cara enjuta y pálida y reconocieran, no sin un toque de espanto, la dramática broma que las leyes de la herencia habían gastado al joven Ward. Porque con el postrer baño de aceite y el último raspado, salió a la luz finalmente la expresión por tantos años oculta, y el joven Charles Dexter Ward, habitante del pasado, reconoció sus propios rasgos en el semblante de su horrible antepasado.

Llevó a sus padres a ver la maravilla que había descubierto y, nada más verlo, decidió el señor Ward adquirir el retrato a pesar de estar éste pintado sobre un panel de madera que habría que arrancar. El parecido con el muchacho, aunque los rasgos estaban más formados por la edad, era asombroso. Después de siglo y medio, una jugarreta de las leyes genéticas había producido un doble exacto de Joseph Curwen en la persona de Ward. La madre de éste, sin embargo, no se parecía a su antepasado aunque sí recordaba a algunos parientes que guardaban una gran semejanza tanto con su hijo como con el malhadado Curwen. No le gustó a ella aquel descubrimiento y trató de convencer a su marido de que sería mejor quemar el cuadro. Veía en él algo maligno, no sólo intrínsecamente, sino también en el parecido que mostraba con el hijo. Pero el señor Ward - un fabricante de tejidos de algodón que poseía varios talleres de hilados en

Riverpoint, en el valle de Pawtuxet - era hombre práctico poco dado a prestar oídos a escrúpulos de mujeres. El cuadro le había impresionado profundamente por el parecido con su hijo y pensó que el muchacho lo merecía como regalo. Resulta innecesario decir que Charles compartía la opinión de su padre, y unos días después, el señor Ward localizaba al propietario de la casa, un hombre de facciones ratoniles y acento gutural, y se hacía con el panel en cuestión a cambio de una cantidad que él mismo fijó para cortar un torrente de untuoso regateo.

Quedaba ahora la tarea de arrancar el panel y trasladarlo a la casa familiar, donde quedaría instalado en el estudio biblioteca de Charles, situado en el tercer piso. El propio joven quedó encargado de supervisar el traslado y con tal fin el 28 de agosto acompañó a dos empleados de la firma Crooker, expertos en decoración, a la casa de Olney Court. El panel fue arrancado cuidadosamente para ser transportado por el camión de la compañía. Detrás quedó al descubierto un saliente de mampostería que señalaba el curso que seguía la campana de la chimenea, y en él descubrió el joven Ward una pequeña cavidad situada inmediatamente detrás del lugar que había ocupado la cabeza del retratado. La examinó impulsado por la curiosidad y al mirar en su interior halló bajo una gruesa capa de polvo unos cuantos papeles amarillentos, un grueso libro de notas y unos jirones de seda que debían haber servido para atar unos y otros. Tras limpiarlos de polvo y de cenizas, leyó la inscripción que figuraba en las tapas del libro. En caligrafía que había aprendido a reconocer en el Instituto Essex, decía: *Diario y notas de Joseph Curwen, Caballero de Providence, natural de Salem.*

Profundamente excitado por su descubrimiento, Ward mostró el libro a los dos empleados que se hallaban a su lado. El testimonio de éstos acerca de la naturaleza y la autenticidad del hallazgo es decisivo, y el doctor Willett se apoya en él para construir su teoría según la cual el joven no estaba loco cuando empezó a demostrar su condición de excéntrico. El resto de los documentos eran asimismo de puño y letra de Curwen. Uno de ellos parecía especialmente portentoso debido a la inscripción que lo encabezaba y que decía así : «*Al que Vendrá Después. Cómo podrá trasladarse a través del tiempo y de las esferas*». Otro de los documentos estaba escrito en clave y Ward deseó interiormente que

fuera la misma del manuscrito de Hutchinson que tantos quebraderos de cabeza le estaba proporcionando. Un tercer documento, constató el joven con júbilo, parecía contener la explicación de la clave, en tanto que el cuarto y quinto iban dirigidos respectivamente a «*Edw. Hutchinson, Hidalgo*» y «*Jedediah Orne, Cab*», «*o a sus herederos o herederas o a aquellos que les representen*». El sexto y último llevaba la inscripción, «*Joseph Curwen. Su Vida y Sus Viajes Entre 1678 y 1687. De los Lugares que Visitó, de lo que Vio, y de lo que Aprendió.*»

### 3

Hemos llegado al momento a partir da cual la escuela más conservadora de médicos alienistas fecha la locura de Charles Ward. Al efectuar su descubrimiento, el joven hojeó inmediatamente las páginas del libro y de los manuscritos y, evidentemente, vio algo que le produjo una tremenda impresión. De hecho, al mostrar los títulos a los empleados pareció cuidarse mucho de que no vieran el texto del interior, manifestando un profundo desasosiego que la importancia del hallazgo desde el punto de vista de la genealogía o la historia no bastaba para explicar. Al regresar a su casa, dio cuenta de la noticia con cierta turbación, como si quisiera dar a entender la importancia del descubrimiento sin tener que verse obligado a demostrarla. Ni siquiera mostró los títulos a sus padres. Se limitó a decirles que había encontrado algunos documentos de puño y letra de Joseph Curwen, «la mayoría de ellos en clave», los cuales tendría que estudiar minuciosamente antes de pronunciarse acerca de su verdadero significado. Es muy probable que tampoco hubiera mostrado su hallazgo a los obreros que levantaban el cuadro de no ser por la excitación que le embargó en ese preciso momento. Una vez hecho, es indudable que trató por todos los medios de ocultar una curiosidad que pudiera contribuir a que el asunto se comentara.

Aquella noche Charles Ward no se acostó. Pasó hora tras hora leyendo los documentos y el libro recién descubiertos, y cuando se hizo de día, continuó leyendo. Por petición suya se le enviaron las comidas a su habitación y sólo salió de ésta por unos momentos cuando llegaron los obreros encargados de instalar en

su estudio el panel con el retrato. A la noche siguiente durmió vestido y sólo unas pocas horas, en las que interrumpió su enfebrecido descifrar del manuscrito. Por la mañana su madre le vio trabajando en la copia del documento de Hutchinson, el cual le había mostrado su hijo con frecuencia, pero en respuesta a sus preguntas, éste se limitó a decir que la clave de Curwen no servía para descifrarlo. Esa tarde abandonó su tarea para contemplar fascinado a los obreros que habían venido a instalar el cuadro. Habían colocado estos el panel sobre una chimenea falsa dotada de un fuego eléctrico que daba la impresión de ser real, encajándolo en un marco que hacía luego con el revestimiento de madera de la habitación. Lo habían serrado y sujetado a la pared por medio de bisagras dejando un espacio vacío detrás a modo de alacena. Cuando, una vez terminada su tarea se marcharon los obreros, el joven se sentó delante del retrato con la mitad de su atención concentrada en el manuscrito y la otra mitad en el cuadro que parecía devolverle su propia imagen como si de un espejo se tratara. Sus padres, al recordar su conducta durante aquel período, proporcionan muchos detalles interesantes acerca del secreto con que Charles envolvía a sus estudios. Delante de los criados raramente escondía el manuscrito que estuviera estudiando ya que presumía que la intrincada y arcaica caligrafía de Curwen no podía estar a su alcance. Con sus padres, sin embargo, era más circunspecto y a menos que el manuscrito en cuestión estuviese en clave o fuera sencillamente una masa de jeroglíficos desconocidos (como el titulado «*Al que Vendrá Después...*».) lo tapaba con un papel hasta que el visitante se había marchado. Por la noche cerraba bajo llave los documentos en cuestión, que guardaba en el cajón de una antigua consola, y lo mismo hacía cada vez que abandonaba su estudio. No tardó en volver a su horario y hábitos normales, pero sus largos paseos quedaron interrumpidos. La reanudación de las clases no pareció ser de su agrado y frecuentemente declaraba su intención de no volver a asistir a ellas. Tenía, según afirmaba, que llevar a cabo importantes investigaciones, las cuales le proporcionarían más conocimientos que los que pudiera darle cualquier universidad del mundo.

Naturalmente, sólo alguien que había sido siempre más o menos estudioso, excéntrico y solitario podía seguir aquel rumbo durante muchos días sin llamar la atención. Ward era por naturaleza investigador y eremita, de ahí que sus padres quedaran más apenados que sorprendidos por el sigilo y la reclusión en que ahora vivía. Al mismo tiempo, encontraban muy raro que su hijo no les hubiera enseñado los tesoros que había descubierto, ni les hablara de los datos que había descifrado. El joven justificaba su silencio diciendo que deseaba esperar hasta poder anunciarles algo concreto, pero a medida que transcurrían las semanas fue creándose una especie de tirantez entre los miembros de la familia, tirantez intensificada, en el caso de la madre, por una manifiesta aversión a todo lo relacionado con Curwen.

En el mes de octubre, Ward empezó a visitar de nuevo bibliotecas, pero ya no buscaba en ellas las mismas cosas que en épocas anteriores. Lo que ahora parecía interesarle era la brujería y la magia, el ocultismo y la demonología, y cuando las fuentes de Providence resultaban infructuosas, tomaba el tren de Boston y revolvía entre los tesoros de la gran Biblioteca de Copley Square, de la Biblioteca Wiedeher de Harvard, o del Centro de Investigaciones de Brookline, donde pueden consultarse obras muy raras sobre temas bíblicos. Compraba muchos libros y tuvo que instalar en su estudio nuevas estanterías donde acomodar las obras recién adquiridas. Durante las vacaciones de Navidad, efectuó varios viajes a ciudades de los alrededores, entre ellos uno a Salem con el fin de consultar los archivos del Instituto Essex.

A mediados de enero de 1920, Ward empezó a mostrar una expresión de triunfo, al mismo tiempo que dejaba de trabajar en el manuscrito cifrado de Hutchinson para dedicarse a una doble actividad de investigaciones químicas y búsqueda en archivos, instalando para las primeras un laboratorio en el ático de su casa y acudiendo para la segunda a todas las fuentes de estadísticas vitales de Providence. Los comerciantes locales especializados en drogas y suministros de tipo científico, posteriormente interrogados, dieron unas listas asombrosamente raras y variadas de las sustancias e instrumentos que compraba, pero los empleados del Ayuntamiento y de diversas bibliotecas coincidieron en lo

concerniente al objetivo concreto de su segundo interés, objetivo que consistía en la búsqueda apasionada y febril de la tumba de Joseph Curwen de cuya lápida se había borrado prudentemente el nombre.

Poco a poco, la Familia de Ward fue convenciéndose de que algo anormal ocurría. No era la primera vez que Charles se mostraba caprichoso y extravagante, pero sus actuales rarezas resultaban inconcebibles, incluso tratándose de él. Las tareas universitarias habían dejado de interesarle y, a pesar de que no le suspendieron en ninguna asignatura, era evidente que su antigua aplicación se había evaporado totalmente. Ahora tenía otras preocupaciones y cuando no se encontraba en su laboratorio con un montón de libros antiguos, principalmente de alquimia, era porque estaba rebuscando en antiguos y polvorientos archivos, o bien enfrascado en la lectura de volúmenes de ciencias ocultas, en su estudio, donde el rostro de John Curwen, portentosamente similar al suyo, le contemplaba desde una de las paredes.

A últimos de marzo, Ward añadió a su búsqueda en los archivos una fantástica serie de paseos por los diversos cementerios antiguos de la ciudad. La causa apareció más tarde, cuando se supo a través de los empleados del Ayuntamiento que probablemente había encontrado una pista importante. Sus pesquisas le habían permitido averiguar por una coincidencia que la tumba de Joseph Curwen estaba muy próxima a la de un tal Naphtali Field. En efecto, al examinar posteriormente los archivos que Ward había estado consultando, los investigadores encontraron algo que había escapado al deseo de borrar todo recuerdo de Curwen: una anotación fragmentaria en la cual se afirmaba que el ataúd de plomo había sido enterrado «10 pies al sur y 5 pies al oeste de la tumba de Naphtali Field en el...». El hecho de que no se especificara el nombre del cementerio dificultaba grandemente la búsqueda, y, por otra parte, la tumba de Naphtali Field parecía tan esquiva como la de Curwen, pero en el caso de Field no había existido ninguna eliminación sistemática de datos, por lo que era presumible que su sepultura pudiera ser localizada. Y prueba de que Ward lo creía así son las frecuentes visitas que efectuaba a cementerios, excluidos los



congregacionistas, ya que había averiguado que el único Naphtali Field a que podía referirse la anotación (un hombre fallecido en 1729), había sido baptista.

#### 4

Hacia el mes de mayo, a petición del señor Ward y provisto de todos los datos relacionados con Curwen que Charles había proporcionado a su familia en su época «normal», el doctor Willett se entrevistó con el joven. Aquella conversación no le permitió al doctor llegar a ninguna conclusión definitiva, ya que se dio cuenta inmediatamente de que Charles disfrutaba de una perfecta salud mental y se ocupaba de asuntos de verdadera importancia, pero al menos obligó al reservado joven a ofrecer una explicación racional de su reciente conducta. Parecía dispuesto a hablar de sus actividades, aunque no a revelar cuál fuera el objetivo de ellas. Afirmó que los documentos de su antepasado contenían algunos notables secretos de carácter científico, la mayoría de ellos en clave, y de un alcance sólo comparable, al parecer, a los descubrimientos de Bacon y quizá aun mayor. Sin embargo, carecían de significado a menos que se relacionaran con un sistema de conocimientos ya obsoleto, de modo que su inmediata presentación a un mundo equipado únicamente con los conocimientos de la ciencia moderna los desposeería de toda espectacularidad y no pondría de manifiesto su dramático significado. Para que ocuparan el lugar que les correspondía en la historia del pensamiento humano, tenían que ser correlacionados primero con la época a que pertenecían, y él se dedicaba ahora a aquella tarea. Estaba estudiando para adquirir lo más rápidamente posible el conocimiento de las artes antiguas que un verdadero intérprete de los datos de Curwen debía poseer, y esperaba a su debido tiempo informar cumplidamente al género humano y al mundo del pensamiento. Ni siquiera Einstein, declaró, podía revolucionar de un modo más radical las teorías científicas en boga.

En cuanto a la búsqueda por los cementerios, aunque sin dar detalles de los progresos realizados, dijo que tenía motivos para creer que la mutilada lápida de la tumba de Curwen tenía ciertos símbolos místicos grabados a indicación suya y que habían dejado por ignorancia los que tan cuidadosamente habían

borrado el nombre. Consideraba esos símbolos absolutamente esenciales para la solución final del sistema cifrado. En su opinión, Curwen había deseado guardar celosamente su secreto y, en consecuencia, había distribuido de forma extremadamente curiosa los datos que pudieran llevar a la solución de éste. Cuando el doctor Willett quiso ver los documentos que con tanto sigilo guardaba, Ward se mostró muy misterioso y trató de salir al paso enseñándole la copia del manuscrito de Hutchinson y las fórmulas y diagramas de Orne, pero finalmente le permitió hojear algunos de los documentos de Curwen, el *Diario* y *Notas*, y el mensaje encabezado por las palabras, *Al que Vendrá Después...*

Abrió el Diario por una página cuidadosamente elegida en razón a su inocuidad, para que Willett pudiera observar la escritura de Curwen. El doctor la examinó con mucha atención y de la caligrafía y del estilo, que por cierto parecían responder más por su arcaísmo al siglo XVII que al XVIII en que estaba fechada, dedujo que el manuscrito era auténtico. El texto en sí era relativamente anodino y Willett sólo recordaba de él un fragmento:

“Miércoles, 16 de octubre, 1754. Arribó a puerto en el día de hoy mi corbeta *Wahefal*. Trajo XX hombres nuevos reclutados en las Yndias, españoles de Martinica y holandeses de Surinam. Oído han los holandeses ciertos malhadados rumores por cuya causa se muestran determinados a desertar. Paréceme, empero, que podré disuadirles. Trajo asimismo la corbeta por encargo de Su Merced el señor Dexter, 120 piezas de camelote, 100 piezas de camelotine, 20 piezas de silveriana azul, 100 piezas de chalon, 50 piezas de percal y 300 piezas de sarga. Para el señor Green, propietario de *El Elefante*, 50 galones de cerveza y diez docenas de lenguas ahumadas. Para el señor Perrigot, un juego de punzones. Para el señor Nightingale, 50 resmas de papel de oficio de la mejor calidad. Recité yo cumplidamente el SABAOTH por tres veces sin que Ninguno apareciere. Escribir he al señor H. de Transilvania, pues paréceme raro en extremo que no me sirva a mi lo que durante tantos años le sirviere a él. Paréceme raro asimismo no recibir noticias de Simon como de ordinario. Forzoso es que me escriba durante las próximas semanas”.

Al llegar a este punto el señor Willett volvió la hoja, pero Ward intervino rápidamente arrancándole casi el libro de las manos. Lo único que pudo ver el doctor de la página siguiente, fueron un par de frases, las cuales se grabaron absurdamente y de un modo obsesivo en su mente. Eran las siguientes: «Repetido he el verso del Libber Damnatus V noches de Viernes Santo y IV Noches de Difuntos. Paréceme que habrán de atraer a Aquel que ha de llegar para volver sus ojos al pasado, por todo lo cual debo tener dispuestas las Sales o Aquello con que prepararlas».

Willett no vio nada más, pero aquellas líneas bastaron para inspirarle un nuevo y vago terror relacionado con el hombre que le contemplaba desde el cuadro colgado de una de las paredes del estudio. A partir de entonces, tuvo la extraña fantasía - su profesión le impedía que pasara de ser tal - de que los ojos del retrato revelaban una especie de deseo, si no tendencia concreta, a seguir al joven Ward mientras éste se movía por la habitación. Antes de marcharse se acercó a examinar el cuadro y se maravilló del parecido que las facciones de Curwen tenían con las de Charles. Grabó en su memoria los menores detalles del pálido rostro, especialmente una leve cicatriz en la ceja derecha y decidió que Cosmo Alexander fue un pintor digno de la Escocia que sirviera de patria a Raeburn y un profesor digno de un maestro como Gilbert Stuart.

Tranquilizados por el doctor en el sentido de que la salud mental de Charles no corría peligro y de que, por otra parte, se ocupaba de unas investigaciones que podían resultar de suma importancia, los Ward se mostraron más tolerantes que de ordinario cuando en el mes de junio el joven se negó rotundamente a volver a la Universidad, alegando que debía llevar a cabo estudios mucho más importantes y expresando el deseo de hacer un viaje al extranjero a fin de obtener ciertos datos que no podía conseguir en América. El señor Ward, aunque se opuso al viaje por encontrarlo absurdo en el caso de un muchacho que contaba solamente dieciocho años de edad, transigió en lo concerniente a sus estudios universitarios. De modo que después de graduarse, no muy brillantemente por cierto, en la Moses Brown School, pasó Charles tres años dedicado a absorbentes estudios de ocultismo y a visitar diversos cementerios.

Adquirió fama de excéntrico y fue dejando poco a poco de relacionarse con amigos de la familia. Vivía pendiente de su trabajo, y sólo de cuando en cuando se permitía hacer un viaje a otras ciudades para consultar antiguos archivos. En cierta ocasión hizo una visita al sur para hablar con un viejo y extraño mulato que vivía en un marjal y acerca del cual un periódico había publicado un curioso artículo. Fue también a una pequeña aldea de las Aironrack para averiguar qué había de cierto en los relatos acerca de las extrañas ceremonias rituales que allí se practicaban. Pero sus padres continuaron prohibiéndole el ansiado viaje a Europa.

En abril de 1923, al alcanzar la mayoría de edad y habiendo heredado previamente cierta suma de su abuelo materno, decidió satisfacer el deseo que hasta entonces no había podido ver cumplido. No habló del itinerario; se limitó a decir que las exigencias de sus estudios habrían de llevarle a muchos lugares y prometió escribir a sus padres de un modo regular. Al ver que no podían disuadirle, los Ward dejaron de oponerse al viaje y le ayudaron en todo lo que pudieron, de modo que en el mes de junio el joven embarcó para Liverpool con la bendición de sus padres, los cuales le acompañaron hasta Boston. A partir de su llegada a Inglaterra escribió acerca del viaje, de su feliz estancia y del excelente alojamiento que había conseguido en la Great Russell Street de Londres, donde se proponía permanecer hasta agotar los recursos que ofrecía el Museo Británico en un determinado aspecto. De su vida cotidiana escribía muy poco, ya que tenía muy poco que decir. Los estudios y los experimentos acaparaban todo su tiempo y en sus cartas mencionaba un laboratorio que había montado en una de sus habitaciones. El hecho de que no hablara de sus paseos por la antigua ciudad, tan rica en espectáculos atractivos para un aficionado a las cosas del pasado, acabó de convencer a sus padres de que los nuevos estudios de Charles absorbían por entero su atención.

En junio de 1924 les informó el joven, por medio de una breve nota, de su salida para París, ciudad a la que había hecho ya un par de viajes rápidos con el fin de reunir determinados materiales en la Biblioteca Nacional. Durante los tres meses siguientes, sólo envió tarjetas postales en las que daba una dirección

de la *rue Saint-Jacques* y hablaba de una investigación que llevaba a cabo entre los manuscritos de un anónimo coleccionista particular. Rehuía a todos sus conocidos y ningún turista pudo decir que le había visto en Francia. Luego se produjo un repentino silencio hasta que en octubre recibieron los Ward una tarjeta postal fechada en Praga y en la cual Charles les informaba de que se encontraba en un antiguo pueblo donde había ido a entrevistarse con un hombre muy viejo que era al parecer el último ser viviente poseedor de cierta información medieval muy curiosa. Daba una dirección en el Neustadt y desde entonces no volvió a escribir hasta el mes de enero siguiente, en que envió varias postales desde Viena hablando de su paso por aquella ciudad camino a una región más oriental, invitado por un amigo con el que había mantenido correspondencia y que era también aficionado a las ciencias ocultas.

La siguiente tarjeta procedía de Klausenburg, Transilvania, y en ella hablaba Ward del viaje que en esos días había emprendido. Iba a visitar a un tal barón Ferenczy, cuyas posesiones se encontraban en las montañas situadas al este de Rakus. A esta ciudad y a nombre de aquel noble debían dirigirle la correspondencia. Una semana más tarde llegó otra tarjeta procedente de Rakus en la que decía que el carruaje de su anfitrión había ido a recogerle y que partía en dirección a las montañas. Aquellas fueron las únicas noticias que los Ward recibieron de su hijo durante largo tiempo. No contestó éste a sus frecuentes cartas hasta el mes de mayo, fecha en que escribió para oponerse al plan de sus padres que deseaban reunirse con él en Londres, París o Roma durante el verano, en el curso de un viaje que pensaban efectuar a Europa. Decía en su carta que sus investigaciones no le permitían abandonar su actual residencia y que la situación del castillo del barón de Ferenczy no favorecía mucho las visitas. Se encontraba en plena zona montañosa y la gente de aquellos contornos temía tanto a aquellas posesiones que los pocos que llegaban a visitarlas se encontraban allí muy a disgusto. Por otra parte, el barón no era persona cuyo trato pudiera ser del agrado de un matrimonio correcto y conservador de la buena sociedad de Nueva Inglaterra. Lo mejor, decía Charles, era que sus padres aguardaran hasta su regreso a Providence, el cual no tardaría en producirse.

Tal regreso no tuvo lugar, sin embargo, hasta el mes de mayo de 1925, cuando, tras una serie de tarjetas con membrete heráldico en que lo anunciaba, el joven llegó a Nueva York en el *Homeric* y recorrió en autobús la distancia que le separaba de Providence. Absorbió en aquel recorrido ansiosamente con la mirada la belleza de las colinas verdes y onduladas, de los huertos fragantes en flor y de los pueblos de blancas torres de la antigua Connecticut. Era su primer contacto con Nueva Inglaterra después de una ausencia de casi cuatro años. Cuando el autobús cruzó el Pawcatuck y se adentró en Rhode Island entre la magia de la luz dorada de aquella tarde primaveral, su corazón rompió a latir con rapidez desusada. La entrada en Providence por las amplias avenidas de Reservoir y Elmwood le dejó sin respiración a pesar de que para entonces se hallaba ya hundido en las profundidades de una erudición prohibida. En la plaza donde confluyen las calles Broad, Weybosset y Empire vio extenderse ante él a la luz del crepúsculo las casas y las cúpulas, las agujas y los chapiteles del barrio antiguo, ese paisaje tan bello y que tanto recordaba. Sintió también una extraña sensación mientras el vehículo avanzaba hacia la terminal situada detrás del Biltmore revelando a su paso la gran cúpula y la verdura suave, salpicada de tejados, de la vieja colina situada más allá del río y la esbelta torre colonial de la Iglesia Baptista cuya silueta rosada destacaba a la mágica luz del atardecer sobre el verde fresco y primaveral del escarpado fondo.

¡La vieja Providence! Aquella ciudad y las misteriosas fuerzas de su prolongada historia le habían impulsado a vivir y le habían arrastrado hacia el pasado, hacia maravillas y secretos cuyas fronteras no podía fijar ningún profeta. Allí esperaba lo arcano, lo maravilloso o lo aterrador, aquello para lo cual se había preparado durante años de viajes y de estudio. Un taxi le condujo hasta su casa pasando por la Plaza del Correo, desde donde pudo vislumbrar el río, el mercado viejo y el comienzo de la bahía, y siguió colina arriba por Waterman Street hasta llegar a Prospect, donde la cúpula resplandeciente y las columnas jónicas del templo de la Christian Science, iluminadas por el sol poniente, despedían destellos rojizos hacia el norte. Vio luego las mansiones que habían admirado sus ojos de niño y las pulcras aceras de ladrillo tantas veces recorridas

por sus pies infantiles. Y al fin el edificio blanco de la granja a la derecha, y a la izquierda el porche clásico y los miradores de la casa donde había nacido. Oscurecía y Charles Dexter Ward había llegado a casa.

## 5

Una escuela de alienistas algo menos conservadora que la del doctor Lyman, afirma que el origen de la locura de Ward coincide con su viaje a Europa. Creen que si bien estaba sano cuando partió, la conducta que manifestó a su regreso implicaba un cambio desastroso. Pero el doctor Willett se niega a compartir incluso este punto de vista, insistiendo en que sobrevino algo más tarde y atribuyendo las rarezas del joven durante aquel período a la práctica de unos rituales aprendidos en el extranjero, rituales que eran raros en extremo, cierto, pero que no tenían por qué responder necesariamente a una aberración mental por parte del celebrante. El propio Charles, aunque visiblemente envejecido y más duro de carácter, seguía mostrándose cuerdo en sus reacciones, y en las varias conversaciones que mantuvo con Willett mostró siempre un equilibrio que ningún loco - ni siquiera en los primeros estadios de su enfermedad - podía ser capaz de fingir de un modo continuo. Lo que en aquel período dio origen a la idea de la anormalidad de Ward fueron los *sonidos* que a todas horas se oían en su laboratorio del desván, en el cual permanecía encerrado la mayor parte del tiempo. Eran cánticos, letanías y estruendosos recitados, y aunque los sonidos procedían siempre del propio Ward, había algo en la calidad de su voz y en el acento con que pronunciaba las palabras de aquellas fórmulas que no podía por menos de helar la sangre en las venas de todos los que le escuchaban. Se observó también que Nig, el mimado y venerable gato de la casa, arqueaba el lomo con los pelos erizados cuando se oían ciertas palabras.

Los olores que surgían a veces del laboratorio eran también muy raros. En ocasiones ofendían al olfato, pero con más frecuencia eran aromáticos y estaban dotados de un encanto esquivo que parecía tener la virtud de inspirar imágenes fantásticas. Todo el que los percibía mostraba una tendencia inmediata a vislumbrar por un segundo espejismos momentáneos, escenas imaginadas

enmarcadas por extrañas colinas o interminables avenidas de esfinges o hipogrifos que se extendían hasta el infinito. Ward no volvió más a sus paseos de otras épocas. Se dedicaba exclusivamente al estudio de los misteriosos libros que había traído de Europa y a llevar a cabo experimentos igualmente curiosos en su laboratorio, explicando que el material que había encontrado en las bibliotecas europeas había ampliado considerablemente las posibilidades de su investigación y prometía grandes revelaciones en años venideros. Su envejecimiento prematuro aumentó, hasta el límite de lo inverosímil, su parecido con el retrato de Curwen que colgaba de la pared de su estudio, y el doctor Willett se detenía a menudo ante el cuadro después de cada visita maravillándose de la casi perfecta similitud y diciéndose internamente que lo único que diferenciaba ahora a Charles de Joseph Curwen era la pequeña cicatriz de la ceja derecha. Aquellas visitas de Willett, hechas a petición de los padres del joven, eran algo muy curioso. Ward no se negaba nunca a responder a las preguntas del doctor, pero éste se dio cuenta pronto de que nunca podría penetrar en la intimidad del joven. Con frecuencia observaba cosas muy raras a su alrededor: pequeñas imágenes de cera o de grotesco diseño en las estanterías o en las mesas y restos semiborrados de círculos, triángulos y pentágonos dibujados con tiza o carbón en el centro de la amplia estancia. Cada noche resonaban asimismo aquellos ritos e invocaciones, hasta que se hizo muy difícil retener en la casa a los criados o evitar que la gente comentara furtivamente la locura de Charles.

En enero de 1927 ocurrió un raro incidente. Una noche, alrededor de las doce, mientras Charles entonaba un cántico cuya extraña cadencia resonó desagradablemente en los pisos inferiores, sopló súbitamente una ráfaga de viento helado procedente de la bahía al tiempo que se producía un misterioso y leve temblor de tierra que no pasó desapercibido a ningún habitante de la vecindad. El gato dio muestras en aquel momento de un terror espantoso y los perros ladraron en una milla a la redonda. Aquello no fue sino el preludio de una brusca tormenta totalmente anormal en aquella época del año. Con ella se produjo tal estruendo en los altos de la casa, que los padres de Charles creyeron que un rayo había alcanzado al edificio. Corrieron escaleras arriba para ver si el



desván había sufrido algún desperfecto, y se encontraron a Charles que les salió al paso en el rellano del desván, pálido, decidido y portentoso, con una temible expresión de triunfo y seriedad en el semblante. Les aseguró que no había caído rayo alguno y que la tormenta no tardaría en amainar. El señor Ward miró a través de una ventana y pudo comprobar que su hijo estaba en lo cierto: los relámpagos centelleaban cada vez más lejos en tanto que los árboles volvían a inmovilizarse tras haberse visto sacudidos por la helada ráfaga de viento. El retumbar del trueno se convirtió en un murmullo lejano y finalmente se apagó. Salieron las estrellas y el sello de triunfo en el rostro de Charles Ward cristalizó en una expresión muy singular.

Durante un par de meses a partir de aquel incidente, Ward se recluyó en su laboratorio menos de lo acostumbrado. Mostraba, sin embargo, un curioso interés por el tiempo y continuamente hacía extrañas preguntas acerca de la época de los deshielos primaverales. Una noche de finales de marzo salió de casa después de las doce y no regresó hasta el amanecer. Su madre, que estaba despierta, oyó el ruido del motor de un coche. Distinguió también el sonido de juramentos ahogados, y cuando se levantó y se acercó a la ventana, distinguió cuatro borrosas figuras que sacaban un cajón alargado de una camioneta y, siguiendo las instrucciones de Charles, lo introducían en la casa por una puerta lateral. La señora Ward oyó claramente el sonido de la agitada respiración de los hombres mientras subían la escalera y finalmente el ruido seco de un pesado objeto al ser depositado en el suelo del desván. Luego, los pasos descendieron y los cuatro hombres reaparecieron en el exterior y partieron en la camioneta.

Al día siguiente, Charles volvió a su estricta reclusión en el desván, corriendo previamente las oscuras cortinillas de las ventanas de su laboratorio. Estaba trabajando, al parecer, con una sustancia metálica. No abrió la puerta a nadie y se negó incluso a que le subieran la comida. Alrededor del mediodía se oyó un grito espantoso y el ruido de una caída, pero cuando la señora Ward corrió alarmada a la puerta del laboratorio, su hijo la tranquilizó desde el interior débilmente diciendo que no pasaba nada, que el espantoso e indescriptible olor que llenaba la casa era completamente inofensivo y desdichadamente necesario,

que era absolutamente imprescindible que le dejaran solo, y que luego bajaría a cenar.

Por la tarde, después de que resonaran en la casa unos sonidos sibilantes que procedían del laboratorio, Charles apareció ante sus padres con el rostro blanco como la cera. Lo primero que dijo en aquella ocasión fue que nadie debía entrar en su laboratorio bajo ningún pretexto. Aquello representó el comienzo de otro largo período de impenetrable sigilo, ya que a partir de ese día nadie cruzó el umbral ni del misterioso cuarto de trabajo, ni de la buhardilla adyacente, que Charles había limpiado, amueblado parcamente y añadido, en calidad de dormitorio, a sus dominios privados e inviolables. Allí vivió, rodeado de los libros que hizo subir de la biblioteca del piso inferior, hasta el día en que compró la casita de Pawtuxet y se trasladó a ella con todo su material científico.

Aquella misma noche, Charles cogió el periódico antes que ningún otro miembro de la familia y mutiló una página, al parecer accidentalmente. Más tarde el doctor Willett, tras fijar la fecha de aquel sucedido por medio de varias conversaciones que mantuvo con los padres de Ward y la servidumbre, consultó un ejemplar del periódico de ese día en los archivos del *Journal* y descubrió que en la página mutilada se había impreso la siguiente noticia:

### **MERODEADORES NOCTURNOS SORPRENDIDOS EN UN CEMENTERIO**

Robert Hart, vigilante nocturno del Cementerio del Norte, sorprendió esta madrugada a un grupo de varios hombres con una camioneta en la parte más antigua del recinto, pero, al parecer, su presencia asustó a los merodeadores provocando su huida antes de que pudieran llevar a cabo ninguna fechoría. El suceso tuvo lugar hacia las cuatro de la madrugada, hora en que Hart oyó el ruido del motor de un vehículo. Cuando el vigilante se acercó a investigar el origen de aquel sonido, sus pisadas alertaron a los desconocidos, que se dieron a la fuga tras introducir un cajón alargado en la camioneta que esperaba en las cercanías. Dado que no se ha hallado removida ninguna de las rumbas, se cree que los individuos en cuestión se proponían enterrar dicho cajón.

Al parecer llevaban largo rato trabajando antes de ser descubiertos, ya que el vigilante encontró posteriormente una fosa abierta junto al camino de Amosa Field, donde hace ya mucho tiempo que ha desaparecido la mayoría de las lápidas del cementerio antiguo. La fosa estaba vacía y su situación no responde a ninguna inhumación de las registradas en los archivos del cementerio.

El sargento Riley, de la policía local, tras visitar el lugar del suceso, ha manifestado que en su opinión la fosa fue excavada por contrabandistas de bebidas alcohólicas que se proponían ocultar en ella su alijo. Hart declaró más tarde que creía que el vehículo se había alejado en dirección a la Avenida Rochambeau, pero que no podía afirmarlo con seguridad.

Durante los días siguientes a estos sucesos, Charles apenas fue visto por su familia. Dormía en la buhardilla y permanecía encerrado en su laboratorio, todas las horas del día. Ordenó que se le dejaran las comidas junto a la puerta y no salía a recogerlas hasta que la doncella había desaparecido. Resonaban a intervalos en la casa el zumbido monótono de fórmulas recitadas incansablemente y cánticos de ritmo extravagante mezclados con el entrechocar de cristales, el gorgoteo que producían al hervir los productos químicos, el rumor del agua corriente o el rugir de las llamas del gas. Hedores incalificables, distintos de todos los olores conocidos, flotaban frecuentemente en las cercanías de la puerta del laboratorio y el aire de extrema tensión que rodeaba al joven recluso siempre que se aventuraba a salir de su reducto por breves instantes, provocaba las suposiciones más descabelladas. En cierta ocasión hizo un apresurado viaje al Ateneo en busca de un libro que necesitaba, y otro día contrató a un mensajero para que fuera a buscar en Boston un volumen muy raro. La angustia que provocó tal situación se hizo insoportable y ni el doctor Willett ni los padres de Charles supieron qué hacer ni qué pensar acerca de ella.

## 6

El día 15 de abril ocurrió un suceso muy extraño. A pesar de que la situación seguía manteniéndose aparentemente estacionaria, era innegable que

había tenido lugar un cambio de grado al cual atribuye el doctor Willett una gran importancia. Era el día de Viernes Santo, circunstancia que los criados no dejaron de comentar y que otras personas consideraron mera coincidencia. A última hora de la tarde, el joven Ward comenzó a repetir una fórmula en voz más alta que de costumbre al tiempo que quemaba alguna sustancia cuyo olor extrañamente acre se difundió por toda la casa. La fórmula era hasta tal punto audible en el pasillo, que la señora Ward acabó por aprendérsela de memoria mientras escuchaba detrás de la puerta, y más tarde pudo reproducirla por escrito a petición de Willett. Varios expertos en la materia le han dicho después al médico que existe otra de características muy semejantes en los escritos místicos de «Eliphas Levi», aquel ser misterioso que se deslizó a través de una rendija por la puerta prohibida y pudo atisbar el espantoso panorama que ofrece el vacío del más allá. Dice así.

*Per Adonai Eloim, Adonai Jehova  
Adonai Sabaoth, Metraton Ou Agla Methon  
verbum pythonicum, mysterium salamandrae  
cenventus silvorum, antra gnomorum,  
daemonia Coeli God Almonsin, Gibor,  
Jehosua, Evam Zariathnatmik, Veni, veni, veni.*

Dos horas recitó Charles esta fórmula, monótonamente y sin respiro, hasta que, de pronto, todos los perros de los alrededores iniciaron un espantoso concierto de aullidos. Simultáneamente un horrible hedor se expandió por toda la casa, un hedor que ninguno de sus moradores había percibido nunca ni volvería a percibir. En medio de aquella pestilencia, se produjo un centelleo como el de un relámpago, que hubiese resultado cegador de no haber surgido en plena luz del día. Luego se oyó *aquella voz* que ninguno de los que la oyeron pudieron olvidar ya nunca a causa de su atronadora lejanía, su increíble profundidad y la fantástica semejanza que revestía con respecto a la voz de Charles Ward. Estremeció toda la casa y fue oída perfectamente por dos vecinos por lo menos, a pesar del continuo aullar de los perros. La señora Ward, que había seguido a la escucha delante de la puerta cerrada del laboratorio de su hijo, se estremeció al reconocer

en ella rasgos infernales porque Charles le había hablado de la fama diabólica de que disfrutaba en todos los libros negros y le había explicado cómo resonó, según las cartas de Fenner, sobre la granja maldita de Pawtuxet la noche del aniquilamiento de Joseph Curwen. No podía equivocarse al juzgarla, pues su hijo se la había descrito vívidamente en la época en que aún hablaba sin reservas acerca de sus investigaciones. La voz clamó en una lengua arcaica y desconocida:

«DIES MIES JESCHET BOENE  
DOESEF DOUVEMA ENITEMAUS»

Inmediatamente después de que estas palabras resonaran atronadoras en toda la casa, se produjo un momentáneo oscurecimiento de la luz del día, a pesar de que aún faltaba una hora para la puesta de sol. Luego, una nueva vaharada pestilente vino a unirse a la anterior, distinta en calidad, pero igualmente desconocida e insoportable. Charles empezó a recitar de nuevo y su madre distinguió entre las palabras que pronunciaba varias sílabas que sonaban algo así como «Yinash-Yog-Sothot-he-Iglfi-throdag», finalizando en un «¡Yah!» cuya fuerza maníaca aumentaba en un crescendo ensordecedor. Segundos después vino a anular el impacto de todo lo anterior un estremecedor alarido que estalló con repentino frenesí y se fue transformando gradualmente en un paroxismo de risa diabólica. La señora Ward, mortalmente asustada pero llena del ciego valor que infunde la maternidad, se acercó a la puerta del laboratorio y llamó en ella repetidamente sin recibir respuesta. Insistió en sus llamadas, pero se interrumpió nerviosamente al oír un segundo grito, este inconfundiblemente de su hijo, *superpuesto a las desenfrenadas carcajadas de otra voz*. De repente la señora Ward se desmayó sin que pueda recordar ahora la causa concreta e inmediata de su desvanecimiento. En ocasiones la memoria tiene olvidos misericordiosos.

A las seis y cuarto, el señor Ward volvió de la oficina y al no encontrar a su esposa en la planta baja preguntó a los atemorizados sirvientes, quienes le informaron de que probablemente se hallaba en el desván, atenta a los extraños acontecimientos que allí se desarrollaban. Subió apresuradamente el señor Ward y la encontró caída en el suelo del pasillo que conducía al laboratorio de Charles.

Al comprobar que se había desmayado, fue en busca de un vaso de agua a una alcoba cercana y roció con ella el rostro cubierto de una enorme palidez. Mientras contemplaba con alivio cómo abría los ojos espantados, un escalofrío recorrió su cuerpo amenazando con reducirle al mismo estado del que estaba saliendo su esposa, ya que en el laboratorio, aparentemente silencioso, oyó el murmullo de una conversación tensa y apagada, una conversación mantenida en tono apenas audible pero provista de unas características profundamente inquietantes para el alma.

El hecho de que Charles murmurara alguna fórmula no era nuevo, pero aquel murmullo era decididamente distinto. Se trataba sin duda alguna de un diálogo o, al menos, de una imitación de diálogo. Las inflexiones de las dos distintas voces sugerían preguntas y respuestas, afirmaciones y réplicas. Una de las voces era indiscutiblemente la de Charles, pero la otra se caracterizaba por una profundidad y una resonancia que el joven Ward, a pesar de sus buenas dotes de imitador, no habría podido conseguir jamás. Había algo espantoso, sacrílego y anormal en todo aquello y, de no haber sido por un grito de su esposa que aclaró su mente al despertar con él su instinto de protección, no es muy probable que Theodore Howland Ward hubiera podido seguir alardeando ni un día más de que nunca se había desmayado. Reaccionando ante aquel grito, cogió a su esposa en brazos y la transportó a la planta baja para que no pudiera oír las voces que tanto les habían afectado. No escapó, sin embargo, con la suficiente presteza como para no oír algo que le hizo tambalearse peligrosamente con su carga. Al parecer, el grito de la señora Ward había sido escuchado también por otros oídos y, en respuesta a él, habían llegado desde detrás de la puerta las primeras palabras comprensibles del terrible coloquio. Fueron sencillamente una nerviosa advertencia articulada por Ward pero que llenó de espanto a su padre por lo que ese aviso implicaba. Su hijo se había limitado a decir: «¡Chist! ¡Escríbalos!»

El señor y la señora Ward conferenciaron largamente después de cenar, y, como consecuencia de aquella conversación, el primero decidió hablar seriamente con Charles aquella misma noche. Por importantes que fueran sus investigaciones no podían tolerarle semejante conducta por más tiempo, ya que

los últimos acontecimientos trascendían los límites de la cordura y representaban una amenaza para el orden y para el sistema nervioso de todos los que moraban en aquella casa. El joven tenía que haber perdido la razón, pues sólo un demente podía proferir aquellos alaridos y fingir que estaba hablando con otra persona imitando la voz de un interlocutor. Todo aquello tenía que terminar de una vez, pues, de no ser así, la señora Ward acabaría cayendo enferma. Por otra parte cada vez se hacía más difícil conservar a la servidumbre.

El señor Ward subió al laboratorio de su hijo, pero al llegar al tercer piso se detuvo intrigado por los sonidos que surgían de la biblioteca de Charles, ahora en desuso. Al parecer alguien revolvía frenéticamente entre libros y papeles. Se asomó a la puerta entornada y vio al joven que sacaba de los estantes libros de todas las formas y tamaños. El aspecto que ofrecía era el de un joven lleno de excitación. Al oír la voz de su padre dio un respingo y dejó caer toda su carga. Se sentó, obedeciendo la orden paterna, y escuchó en silencio una larga sarta de reconvenciones. No se defendió. Al final de la reprimenda admitió que su padre tenía razón y que sus voces, invocaciones y experimentos químicos representaban una imperdonable molestia para los demás habitantes de la casa. Prometió comportarse con más discreción, aunque insistió en prolongar su confinamiento. La mayor parte de su trabajo en el futuro, dijo, consistiría en la consulta de libros, y en cuanto a los rituales que tendría que llevar a cabo en fechas posteriores, podría celebrarlos en un lugar apartado que buscaría a tal efecto. Manifestó su pesar por el desmayo de su madre y explicó que la conversación que había oído formaba parte de un complicado simbolismo destinado a crear una atmósfera mental determinada. Utilizó ciertos términos químicos casi ininteligibles que desconcertaron al señor Ward, pero la impresión general que produjo a éste la entrevista fue que su hijo estaba indiscutiblemente cuerdo, a pesar de que era víctima de una misteriosa tensión de suma gravedad. La conversación, por otra parte, no le reveló nada nuevo y, mientras su hijo recogía los libros y abandonaba la habitación, el señor Ward se dijo interiormente que continuaba sin saber qué pensar de todo aquello. Era algo tan misterioso

como la muerte del pobre Nig, cuyo cadáver había sido hallado una hora antes en el sótano, rígido, con los ojos desorbitados y la boca torcida por el terror.

Impulsado por un vago instinto detectivesco, el desconcertado padre examinó con curiosidad los estantes vacíos para averiguar qué se había llevado su hijo a la buhardilla. La biblioteca del joven estaba rigurosamente clasificada por materias, de modo que no resultaba difícil saber qué libros, o al menos qué clase de libros, eran los que faltaban. El señor Ward se quedó asombrado al descubrir que los huecos no correspondían a obras relacionadas con las ciencias ocultas ni con antiguos sucesos, sino a tratados modernos de historia y geografía, manuales de literatura, obras filosóficas y periódicos y revistas contemporáneos. Aquello representaba un giro muy curioso en las aficiones de Charles y su padre se quedó perplejo al comprobarlo. Una clara sensación de extrañeza se apoderó de él, le atenazó el pecho y le obligó a mirar en torno suyo para descubrir a qué respondía. Algo había ocurrido, ciertamente, algo de trascendencia tanto material como espiritual. Desde que había entrado en aquella estancia había notado un cambio, y al fin sabía en qué consistía. En la pared norte de la habitación seguía incólume, sobre la chimenea, el antiguo panel de madera procedente de la casa de Olney Court, pero el retrato de Curwen, precariamente restaurado, había sido víctima de un terrible desastre. El tiempo y la calefacción habían ido deteriorándolo y desde la última limpieza de aquel cuarto había sucedido lo peor. La pintura se había ido desprendiendo y enroscándose poco a poco para caer finalmente de pronto con una rapidez maligna y silenciosa. El retrato de Joseph Curwen había dejado para siempre de vigilar al joven a quien tan extrañamente se asemejaba y yacía ahora en el suelo formando una fina capa de polvo gris azulado.

## UNA MUTACIÓN Y UNA LOCURA

### 1

Durante la semana que sucedió a aquel memorable Viernes Santo, Charles Ward fue visto más a menudo que de costumbre. Continuamente



transportaba gran cantidad de libros de su biblioteca al laboratorio del desván. Sus actos eran tranquilos y racionales, pero el aire furtivo que le rodeaba y la mirada extraña que se reflejaba en sus ojos inquietaron a su madre. Por otra parte, y a juzgar por los continuos recados que hacía llegar a la cocinera, se había despertado en él un apetito voraz.

El doctor Willett había sido informado acerca de los ruidos y acontecimientos de aquel memorable viernes, y al martes siguiente sostuvo una larga conversación con el joven en aquella biblioteca donde ya no vigilaban los ojos del retrato de Curwen. La entrevista, como de costumbre, no dio ningún resultado positivo, pero aun así Willett jura y perjura que Charles seguía, incluso en aquellos momentos, perfectamente cuerdo. Prometió revelar muy pronto el resultado de sus investigaciones y habló de montar su laboratorio en otra parte. Concedió muy poca importancia a la pérdida del retrato, hecho que al doctor no dejó de extrañarle dado el entusiasmo que le había producido su descubrimiento. Por el contrario, parecía hallar algo humorístico en aquel súbito desastre.

A la semana siguiente Charles comenzó a ausentarse de la casa durante largos períodos de tiempo y un día en que la vieja Hannah acudió a casa de los Ward para ayudar en la limpieza de primavera, habló de las frecuentes visitas que hacía el joven a la antigua mansión de Olney Court, donde se presentaba con una gran maleta y en cuya bodega efectuaba extrañas excavaciones. Siempre se mostraba muy generoso con ella y con el viejo Asa, pero parecía más preocupado que de costumbre, cosa que apesadumbraba a la anciana, que le conocía desde el día en que nació.

Otros informes acerca de sus andanzas llegaron de Pawtuxet, donde varios amigos de la familia le veían rondando con frecuencia desacostumbrada el embarcadero de Rhodes-on-the-Pawtuxet. El doctor Willett investigó la cuestión posteriormente y descubrió que la intención del joven había sido la de hallar una abertura en la cerca, abertura que le permitiera continuar hacia el norte por la ribera del río. Solía desaparecer en esa dirección y no volver hasta transcurridas muchas horas.

Un día del mes de mayo volvieron a producirse en el desván sonidos que respondían a la celebración de nuevos rituales, lo cual provocó un severo reproche por parte del señor Ward y vagas promesas de enmienda por parte de Charles. El incidente tuvo lugar una mañana y, al parecer, constituyó una repetición del imaginario coloquio que había tenido lugar aquel turbulento Viernes Santo. El joven discutía acaloradamente consigo mismo, como parecía indicar el hecho de que de pronto estallaran gritos en tonos diversos que sugerían una sucesión de preguntas y respuestas negativas, todo lo cual impulsó a la señora Ward a subir al tercer piso y aplicar la oreja a la puerta. Sólo pudo oír, sin embargo, unas cuantas palabras: «*Debe permanecer rojo tres meses*». Cuando llamó con los nudillos en la hoja de madera, los sonidos cesaron inmediatamente. Más tarde, al ser interrogado por su padre, Charles respondió que existían ciertos conflictos entre diversas esferas de la conciencia, conflictos que sólo podían subsanarse con una gran habilidad y que él trataría de trasladar a otro terreno.

A mediados de junio ocurrió un extraño incidente nocturno. Al atardecer se produjo una serie de ruidos en el laboratorio de la buhardilla, y a punto estaba el señor Ward de subir a investigar qué sucedía, cuando se restableció súbitamente el silencio. A medianoche, cuando la familia se había retirado ya a descansar y el mayordomo se disponía a cerrar la puerta de la calle, apareció Charles cargado con una voluminosa maleta e hizo señas al sirviente de que deseaba salir. El joven no pronunció una sola palabra, pero el mayordomo vio la expresión febril que reflejaban sus ojos y quedó profundamente impresionado. Abrió la puerta para que saliera el joven Ward, pero a la mañana siguiente presentó su renuncia a la señora. Dijo que había visto un brillo diabólico en los ojos del señorito Charles, que aquella no era forma de mirar a una persona honrada, y que no estaba dispuesto a pasar ni una sola noche más en aquella casa. La señora Ward le dejó marchar pero no concedió crédito a sus afirmaciones. Imaginar a Charles fuera de control aquella noche le era totalmente imposible, pues mientras había permanecido despierta había oído ruidos continuos en el laboratorio, sonidos como si alguien sollozara y paseara de un lado a otro, y suspiros que sólo hablaban de una gran desesperación. La señora Ward se había

acostumbrado a auscultar los sonidos nocturnos, pues el profundo misterio que envolvía la vida de su hijo no la permitía ya pensar en nada más.

A la noche siguiente, y tal como había ocurrido en otra ocasión hacía ya tres meses, Charles se apresuró a coger el periódico y arrancó un trozo de una página, aparentemente de modo accidental. El hecho no se recordó hasta más tarde, cuando el doctor Willett empezó a atar cabos sueltos y a buscar los eslabones que faltaban aquí y allá. En los archivos del *Journal* encontró el fragmento que faltaba y marcó dos noticias que podían estar relacionadas con el caso. Eran las siguientes:

#### MÁS MERODEADORES EN EL CEMENTERIO

Esta mañana, Robert Hart, vigilante nocturno del Cementerio del Norte, ha descubierto una nueva profanación en la parte antigua del camposanto. La tumba de Ezra Weeden, nacido en 1740 y fallecido en 1824, según se lee en la lápida salvajemente mutilada por los responsables del hecho, aparece excavada y saqueada. Los profanadores utilizaron, según se cree, una azada que sustrajeron de un cobertizo cercano, donde se guardan toda clase de herramientas.

Cualquiera que fuera el contenido de la tumba después de transcurrido un siglo desde la exhumación, ha desaparecido. Sólo se han encontrado trozos de madera podrida. No se han hallado huellas de vehículos, pero sí rastros de pisadas que corresponden a un solo individuo, hombre de buena posición a juzgar por las botas que calzaba. Hart se muestra muy inclinado a relacionar este incidente con el ocurrido el pasado mes de marzo cuando él mismo descubrió y provocó la fuga de un grupo de hombres que hablan llegado en una camioneta y habían excavado una fosa, pero el sargento Riley no comparte esa teoría y afirma que existen diferencias esenciales entre los dos sucesos. En marzo, la excavación tuvo lugar en un paraje en el cual no se ha señalado la existencia de ninguna tumba, mientras que en esta ocasión se ha saqueado un enterramiento perfectamente señalado y mantenido, con un propósito deliberado y un ensañamiento que delata el destrozo de la lápida, que hasta el día anterior había permanecido intacta.

Los miembros de la familia Weeden, informados de lo sucedido, han expresado su asombro y su pesar, y no aciertan a explicarse qué motivos puede tener nadie para profanar de tal modo la tumba de su antepasado. Hazard Weeden, domiciliado en el 598 de Angel Street, recuerda una leyenda familiar según la cual Ezra Weeden se habría visto complicado poco antes de la Revolución en unos extraños sucesos que para nada afectan al honor de la familia, pero no ve qué relación puede existir entre aquellos hechos y la presente violación de la tumba. El caso está siendo investigado por el inspector Cunningham, quien espera resolverlo en un plazo muy breve.

### **ALBOROTO NOCTURNO EN PAWTUXET**

Hacia las tres de la madrugada de hoy, los habitantes de Pawtuxet han visto interrumpido su sueño por un alboroto producido por el aullar ensordecedor de unos perros, alboroto localizado, al parecer, en la orilla del río, concretamente en un punto situado no muy lejos de Rhodes-on-the-Pawtuxet. Según la mayoría de los vecinos de aquella localidad, dichos aullidos eran de un volumen y una intensidad inusitados. Fred Lemdin, vigilante nocturno de Rhodes, ha declarado por su parte que iban mezclados con algo que parecían los alaridos de un hombre presa de un terror y una agonía indescriptibles. Una repentina tormenta, de breve duración, dio fin a la anomalía. Los habitantes de la región relacionan este suceso con extraños y desagradables olores probablemente procedentes de los tanques de petróleo que se encuentran en la bahía y que seguramente han contribuido a excitar a los perros de los alrededores.

Charles se mostró a partir de aquel día más demacrado y sombrío que nunca. Recordando aquel período, todos coinciden en que el joven debió sentir por entonces un fuerte deseo por confesar a alguna persona el terror que le poseía. La morbosa escucha nocturna de su madre reveló que Charles efectuaba frecuentes salidas al amparo de la oscuridad, y la mayoría de los alienistas de la escuela conservadora coinciden en atribuirle los repugnantes casos de vampirismo que la prensa divulgó con todo sensacionalismo por esos días sin que

nunca llegara a descubrirse el verdadero autor. Aquellos casos, demasiado recientes y comentados para que tengamos que recordarlos aquí con detalle, tuvieron por víctimas a personas de todas las edades y características y ocurrieron en los alrededores de dos lugares distintos: la colina residencial del North End, en las proximidades de la casa de lo Ward, y los distritos suburbanos del otro lado de la línea férrea de Cranston, cerca de Pawtuxet. Varias personas que regresaban tarde a sus hogares o dormían con las ventanas abiertas fueron atacadas por una extraña criatura que las que han sobrevivido describen como un monstruo alto, delgado, de ojos ardientes, que clavaba sus dientes en la garganta o en el hombro de su víctima y chupaba vorazmente su sangre.

El doctor Willett, que se niega a fijar el origen de la locura de Ward en fecha tan temprana, se muestra muy cauteloso al explicar aquellos horrores. Tiene, según dice, sus propias teorías sobre la cuestión y sus afirmaciones no son en la mayoría de los casos más que negaciones solapadas. «Me resisto a decir», manifiesta, «quién, en mi opinión, perpetró aquellos ataques y asesinatos, pero declaro que Charles Ward es inocente. Tengo motivos para afirmar rotundamente que nunca probó el sabor de la sangre, y su anemia y extrema palidez son prueba contundente de que estoy en lo cierto. Ward estuvo en contacto con cosas terribles, pero lo pagó muy caro y nunca fue un monstruo ni un malvado. En cuanto al presente, prefiero no opinar. Se produjo un cambio, evidentemente, y me contento con creer que Charles Ward murió con él, o al menos murió su espíritu, porque esa carne demente que desapareció del hospital de Waite tenía un alma distinta.»

Willett habla con autoridad, ya que a menudo acudía a casa de los Ward a atender a la dueña de la casa, cuyos nervios habían empezado a flaquear a causa de los continuos disgustos. La continua vigilia había producido en ella alucinaciones morbosas que comunicó al doctor. Willett las ridiculizaba al hablar con su paciente, pero meditaba mucho sobre ellas cuando se hallaba a solas. Estaban siempre relacionadas con los leves sonidos que la madre de Charles creía oír en el laboratorio y en la buhardilla en que dormía su hijo, sonidos que consistían en suspiros apagados y sollozos que surgían en los momentos más

inverosímiles. A principios de julio el doctor Willett prescribió a su paciente un viaje a Atlantic City donde debía permanecer por tiempo indefinido, y advirtió al señor Ward y al elusivo Charles que se limitaran a escribirle cartas cariñosas y alentadoras. Es muy probable que la señora Ward deba su vida y su salud mental a aquel viaje forzado que con tan mala gana hubo de emprender.

## 2

Poco después de la partida de su madre, Charles Ward inició las gestiones para adquirir el *bungalow* de Pawtuxet. Se trataba de un pequeño edificio de madera provisto de un garaje de hormigón y situado en la falda de la colina, cerca del río y poco más arriba de Rhodes. Por algún motivo de él sólo conocido, el joven se había empeñado en adquirirlo a toda costa. No dejó en paz a los corredores de fincas hasta que uno de ellos consiguió realizar la compra, por cierto a un precio exorbitante dado que el propietario se negaba a venderlo. En cuanto quedó vacío, Charles se trasladó a él al amparo de la oscuridad, transportando en un camión cerrado todo el contenido del laboratorio, incluidos los libros antiguos y modernos que había sacado de su biblioteca. Hizo cargar el vehículo entre las sombras de las primeras horas de la madrugada y su padre aún recuerda vagamente los juramentos ahogados y el ruido de las pisadas de los hombres que participaron en la mudanza. Desde aquella fecha, el joven volvió a ocupar sus habitaciones del tercer piso y abandonó definitivamente su reducto del desván.

Charles trasladó a la casita de Pawtuxet el sigilo que había envuelto a su anterior laboratorio. Aunque ahora había dos personas que compartían sus misterios, un mestizo portugués de aspecto siniestro que hacía las veces de criado, y un desconocido delgado, de aspecto de intelectual, gafas oscuras y barba muy poblada probablemente teñida, a quien Ward, al parecer, consideraba colega y que como tal era tratado. Los vecinos intentaron inútilmente de trabar conversación con aquellos dos extraños personajes. El mulato Gomes hablaba muy poco por no saber inglés y el barbudo, que decía ser doctor y apellidarse Allen, seguía su ejemplo por propia elección. Ward por su parte trató de

mostrarse amable con sus vecinos pero solo consiguió despertar una gran curiosidad entre ellos con sus continuas referencias a experimentos químicos. No tardaron en circular extraños rumores acerca de las luces que a todas horas permanecían encendidas en el *bungalow* de la colina, y más tarde, cuando cesó repentinamente la iluminación nocturna, acerca de los pedidos de carne que recibía el carnicero, a todas luces desproporcionados, y acerca de los gritos, declamaciones y cánticos que surgían de algún lugar subterráneo situado debajo de la construcción. Toda la burguesía honrada de aquellos alrededores miraba con manifiesto recelo la propiedad de Ward, que más de uno relacionaba con el misterioso vampiro que por aquellos días había vuelto a reanudar su actividad y, precisamente, en torno a Pawtuxet y a las contiguas calles de Edgewood.

Ward pasaba la mayor parte del tiempo en la nueva casa, aunque de vez en cuando dormía en la de sus padres, que continuaba considerando su hogar. En dos ocasiones se ausentó de la ciudad por espacio de una semana sin que haya podido descubrirse todavía el objeto de aquellos viajes. Su rostro ofrecía un aspecto más pálido y macilento que nunca, y ahora, cuando repetía al doctor Willett sus afirmaciones de siempre acerca de la importancia de sus investigaciones y de la inminencia de las revelaciones, parecía mucho menos seguro de sí mismo. Willett le interpelaba a menudo en casa de su padre, pues el señor Ward estaba profundamente preocupado y perplejo ante el estado de su hijo y deseaba que le vigilara en lo posible. Insiste el buen médico en que aún en aquellos días Charles Ward estaba totalmente cuerdo, y aduce como prueba de esta afirmación referencias a diversas conversaciones que sostuvo con él por entonces.

Hacia septiembre, los casos de vampirismo disminuyeron, pero al mes de enero siguiente, Ward estuvo a punto de verse seriamente comprometido. Desde hacía algún tiempo se comentaba el tránsito nocturno de camiones que iban a descargar en la casita de Pawtuxet y en cierta ocasión, por pura coincidencia, se descubrió cuál era la mercancía que transportaba uno de aquellos vehículos. En un paraje solitario, cercano a Hope Valley, unos ladrones asaltaron un camión suponiendo que llevaba bebidas alcohólicas de contrabando. Lo que no se

imaginaban era que iban a resultar ellos los perjudicados, pues los cajones sustraídos contenían una mercancía horrenda, tan horrenda que el incidente fue comentado entre toda el hampa. Los ladrones se precipitaron a enterrar los cajones robados, pero cuando la policía del Estado tuvo noticia de lo ocurrido, llevó a cabo una minuciosa investigación. Uno de los autores del hecho, tras asegurarse de que no se tomarían medidas punitivas contra él, consintió en guiar a un grupo de agentes al lugar donde habían enterrado la «mercancía». Resultó ésta ser de naturaleza tan espantosa que se juzgó un atentado al decoro - tanto nacional como internacional - informar al público de lo que había descubierto aquel horrorizado grupo de representantes del orden, y en consecuencia, se mantuvo el secreto acerca del caso. Sin embargo, dado que ni a aquellos policías que estaban muy lejos de ser cultos se les escapó el significado del hallazgo, se enviaron inmediatamente varios telegramas a Washington.

Los cajones iban dirigidos a Charles Ward, al *bungalow* de Pawtuxet, y muy pronto se personaron en ese lugar varios representantes del gobierno federal y del Estado. Le encontraron pálido y preocupado, rodeado de sus extraños compañeros, pero recibieron de él una explicación válida y pruebas de inocencia que juzgaron concluyentes. Ward declaró que había necesitado ciertos ejemplares anatómicos para llevar a cabo un proyecto de investigación de cuya profundidad y autenticidad podían responder los que le habían conocido en la última década, y que, en consecuencia, había hecho el oportuno pedido a las agencias que podían proporcionárselos, a su entender legalmente. Acerca de la *identidad* de aquellos ejemplares no sabía absolutamente nada y se mostró muy sorprendido cuando aquellos inspectores se refirieron al efecto monstruoso que el conocimiento del asunto podía producir entre el público, con el consiguiente deterioro de la dignidad nacional. Todas las afirmaciones del joven fueron firmemente apoyadas por su barbudo colega, el doctor Allen, cuya voz extrañamente profunda revelaba una convicción mucho mayor que la que transparentaban los tartamudeos nerviosos de Ward. En resumen, que los inspectores decidieron no tomar ninguna medida y se limitaron a enviar a Nueva York los nombres y las direcciones que Ward les facilitó como base para una



investigación que no condujo a nada. Hay que añadir que los ejemplares fueron devueltos rápidamente y con gran discreción a sus lugares de procedencia y que el público no llegó a tener conocimiento nunca de los pormenores del caso.

El 9 de febrero de 1928, el doctor Willett recibió una carta de Charles Ward a la cual atribuye una importancia extraordinaria y que le ha valido más de una discusión con el doctor Lyman. Considera éste último que dicha carta constituye prueba decisiva de que el del joven Ward es un caso de *dementia praecox*, mientras que su colega la juzga última manifestación de la cordura de su paciente. Aduce como argumento a su favor la normalidad de la caligrafía, que si bien revela el nerviosismo de la mano del autor, es indudablemente la de Ward. El texto es el siguiente:

100 Prospect Street  
Providence, Rhode Island  
8 marzo, 1928

Apreciado doctor Willett:

Comprendo que al fin ha llegado el momento de hacerle las revelaciones que hace tanto tiempo le anuncié y que usted tantas veces me ha exigido. La paciencia con que ha sabido esperar y la confianza que ha demostrado en mi cordura e integridad, son cosas que no olvidaré nunca.

Y ahora que estoy dispuesto a hablar, debo confesar con auténtica humillación que el triunfo con que soñaba ya nunca podrá ser mío. En lugar de ese triunfo he descubierto el terror, y mi conversación con usted no será un alarde de victoria, sino una petición de ayuda y de consejo para salvarme de mi mismo y salvar al mundo de un horror que sobrepasa todo lo que pueda imaginar o prever la mente humana. Recordará usted lo que las cartas de Fenner decían acerca de la expedición que se llevó a cabo contra la granja de Pawtuxet. Hay que repetirla ahora, y a la mayor brevedad.

De nosotros depende más de lo que nunca lograré expresar con palabras: la civilización, las leyes naturales, quizá incluso la suerte del sistema solar y del universo. He sacado a la luz una anormalidad monstruosa, pero lo he hecho en

favor del conocimiento humano. Ahora, por el bien de la vida y de la naturaleza. tiene usted que ayudarme a devolverla a la oscuridad.

He abandonado para siempre el *bungalow* de Pawtuxet y debemos destruir todo lo allí presente, vivo o muerto. No volveré a pisar ese lugar y si alguien le dice a usted que estoy allí, no lo crea. Le explicaré la razón de estas palabras cuando le vea. Estoy en mi casa y deseo que venga usted a visitarme en cuanto pueda disponer de cinco o seis horas para escuchar lo que tengo que decirle. Será necesario todo ese tiempo y créame si le digo que cumplirá con ello un deber profesional. Mi vida y mi razón son las cosas menos importantes que están en juego en este caso.

No me he atrevido a hablar con mi padre porque sé que no me entendería, pero si le he dicho que estoy en peligro y ha contratado a cuatro detectives para que vigilen la casa. No sé hasta qué punto será eficaz su vigilancia, puesto que tienen contra ellos unas fuerzas cuyo poder es imposible imaginar. Venga enseguida si quiere encontrarme vivo y saber cómo puede ayudarme a salvar al cosmos del desastre total. Venga en cualquier momento puesto que yo no saldré de casa. No llame por teléfono, ya que no se sabe quién o qué puede interceptar su llamada. Y roguemos a los dioses que puedan existir para que nada impida este encuentro.

Con la mayor solemnidad y desesperación,

CHARLES DEXTER WARD

P. D. Disparen sobre el doctor Allen en cuanto le vean y *disuelvan su cadáver en ácido. No lo quemen.*

El doctor Willett recibió la carta alrededor de las diez y media de la mañana, e inmediatamente se las arregló para quedar libre a primera hora de la tarde. Quería llegar a casa de los Ward alrededor de las cuatro, y durante toda la mañana estuvo sumido en especulaciones tan descabelladas que la mayor parte de sus tareas las realizó maquinalmente. La carta de Charles Ward parecía a primera vista producto de la mente de un maníaco, pero Willett conocía al joven demasiado bien para rechazarla como mera fantasía. Estaba completamente

convencido de que algo muy sutil, antiguo y horrible se cernía sobre ellos, y la referencia al doctor Allen casi parecía razonable en vista de los rumores que corrían por Pawtuxet acerca del extraño colega de Charles Ward. Willett no le había visto nunca, pero sí había oído hablar de su aspecto y porte, y se preguntaba qué clase de ojos se ocultarían tras aquellas comentadísimas gafas ahumadas.

A las cuatro en punto, el doctor Willett se presentó en la residencia de los Ward, pero descubrió con gran disgusto que Charles no había permanecido fiel a su decisión de quedarse en casa. Los detectives sí estaban allí y, por ellos supo que el joven había perdido al parecer parte de su desánimo anterior. Uno de ellos le dijo que había pasado la mañana hablando por teléfono, discutiendo, protestando airadamente, y contestando a una voz desconocida frases como «Estoy muy fatigado y tengo que descansar una temporada», «No puedo recibir a nadie durante algún tiempo, tendrá usted que disculparme», «Le ruego que aplaze toda decisión definitiva hasta que podamos llegar a un compromiso», «Lo siento mucho, pero tengo que tomarme unas vacaciones y no puedo ocuparme de nada, ya hablaré con usted más adelante.» Luego, como si hubiera estado meditando y la reflexión le hubiera infundido valentía, había logrado salir de la casa tan sigilosamente que nadie se había dado cuenta del hecho ni había reparado en su ausencia hasta su regreso, ocurrido alrededor de la una de la tarde. Entró a esa hora en la casa sin decir una palabra, subió al tercer piso y allí evidentemente volvieron a reproducirse sus temores, porque se le ovó gritar aterrorizado al poco de entrar en su biblioteca. Sin embargo, cuando el mayordomo subió a investigar la causa de aquel alarido, Charles se asomó a la puerta con aire decidido y con un gesto despidió al sirviente, que quedó profundamente impresionado. Poco después volvió a salir de la casa. Willett preguntó si había dejado algún recado, pero la respuesta fue negativa. El mayordomo parecía muy afectado por algo que había visto en los modales y el aspecto de Charles, y preguntó al doctor solícitamente si había alguna esperanza de curación para aquellos nervios desequilibrados.

Durante casi dos horas, Willett esperó inútilmente en la biblioteca de Ward contemplando las estanterías polvorientas con los espacios vacíos que ocuparan los libros que el joven se había llevado y mirando con una mueca sombría el panel donde un año antes estuviera el retrato de Joseph Curwen.

Poco a poco las sombras fueron cerrando filas en torno suyo preludiando la oscuridad de la noche. Al fin llegó el señor Ward, quien se mostró furioso y sorprendido ante la ausencia de su hijo después de todas las molestias que se había tomado para velar por su seguridad. Ignoraba que Charles hubiera concertado una cita con el doctor y prometió avisar a Willett en cuanto el joven regresara. Al despedirse de él le hizo partícipe de la preocupación que sentía por el estado del joven y le suplicó que hiciera lo posible por devolver su mente a la normalidad.

Willett se alegró de huir de aquella biblioteca sobre la que se cernía algo maléfico y horrible, como si el cuadro desaparecido hubiera dejado tras él una herencia de perversidad. Nunca le había gustado aquel retrato e incluso ahora que éste había desaparecido, y a pesar de lo bien templados que tenía los nervios, experimentaba la urgente necesidad de salir al aire libre lo antes posible.

### 3

A la mañana siguiente, el señor Ward envió al doctor Willett una nota en que le comunicaba que su hijo no había regresado. Decía en ella asimismo que el doctor Allen le había telefoneado para decirle que Charles permanecería durante algún tiempo en Pawtuxet donde nadie debía molestarle ya que, por tener que ausentarse el propio Allen durante un periodo de tiempo indefinido, quedaba él solo a cargo de la investigación en curso, y que Charles le enviaba sus mejores deseos y lamentaba cualquier molestia que pudiera producir aquel repentino cambio de planes. La voz del doctor Allen había despertado en el señor Ward un recuerdo vago y elusivo que no pudo identificar exactamente y que le produjo sin embargo una evidente inquietud.

Desconcertado por aquellas noticias contradictorias, el doctor Willett no supo qué hacer. No podía negarse que en la carta de Charles había una ansiedad

frenética, pero ¿cómo interpretar la actitud de un joven que tan pronto violaba sus propias decisiones? En su carta aseguraba que sus investigaciones eran una amenaza y un sacrilegio, que ellas y su colega debían ser eliminados a cualquier precio, y que él no volvería a pisar nunca el *bungalow* de Pawtuxet, pero según las últimas noticias se había olvidado de todo y había regresado al centro del misterio. El sentido común le aconsejaba dejar en paz al joven con sus caprichos, pero un instinto más profundo le impedía olvidar la impresión que dejara en él aquella angustiada carta. Willett la leyó otra vez y, a pesar de su lenguaje algo altisonante y de la carencia de datos concretos, no pudo juzgarla ni absurda ni demente. El terror de Charles era demasiado intenso, demasiado real, y unido a lo que el doctor sabía ya del caso, evocaba monstruosidades tales de allende del tiempo y el espacio, que ninguna justificación cínica bastaba para explicarlas. Lo cierto es que existían horrores sin nombre en aquel *bungalow* y, aún a riesgo de que su intervención resultara inútil, tenía que estar preparado para pasar a la acción en cualquier momento.

Durante más de una semana, el doctor Willett reflexionó sobre el dilema que tenía planteado, sintiéndose cada vez más inclinado a visitar a Charles en el *bungalow* de Pawtuxet. Nadie se había aventurado nunca a invadir aquel refugio e incluso su padre conocía la casa solamente por las descripciones que el propio Charles le había hecho. Pero en este caso el doctor Willett consideró necesario tener una entrevista directa con su paciente. El señor Ward había estado recibiendo de su hijo durante esos días noticias muy vagas en breves notas mecanografiadas, semejantes a las que recibía su mujer en su retiro de Atlantic City y, en vista de ello, el doctor se decidió a actuar. A pesar de la curiosa sensación que despertaban en él las antiguas leyendas relativas a Joseph Curwen y las más recientes revelaciones y advertencias de Charles Ward, se dirigió osadamente al *bungalow*, que se levantaba sobre un risco muy cerca del río. Aunque nunca había entrado en la casa, había visitado anteriormente los alrededores por pura curiosidad y, en consecuencia, sabía perfectamente qué camino tomar. Aquella tarde de finales de febrero, mientras conducía su pequeño automóvil por la Broad Street, pensó en el grupo de hombres que había seguido

aquella misma ruta ciento cincuenta años antes, en una terrible expedición que había quedado sumida en el más impenetrable misterio.

El recorrido a través de los arrabales de Providence fue muy corto y pronto se extendieron ante su vista los ordenados barrios de Edgewood y la dormida aldea de Pawtuxet. Al llegar a Lockwood Street dobló a la derecha y siguió el camino vecinal hasta donde le fue posible llegar. Luego se bajó del vehículo y echó a andar en dirección al norte. Las casas estaban allí muy dispersas y el *bungalow*, con su garaje de hormigón, se divisaba claramente aislado sobre una pequeña elevación del terreno. Recorrió a buen paso el descuidado camino de grava, llamó a la puerta con mano firme y habló en tono decidido al mulato portugués que la entreabrió con muchas precauciones.

Tenía que ver a Charles Ward inmediatamente dijo, para un asunto de vital importancia. No aceptaría ninguna excusa y una negativa a su petición serviría únicamente para impulsarle a presentar un informe completo de la situación al señor Ward. El mulato dudó y se apoyó en la puerta para impedirle el paso, pero el doctor se limitó a elevar la voz y a repetir su demanda. Fue entonces cuando de la oscuridad del interior surgió un ronco susurro que inexplicablemente heló la sangre en las venas al visitante.

- Déjale entrar, Tony - dijo la voz . Si hemos de hablar, tan bueno es este momento como cualquier otro.

Pero por inquietante que resultara aquel susurro, peor fue lo que siguió. La madera del suelo crujió y el hombre que acababa de hablar se hizo visible. El dueño de aquella voz extraña y resonante no era otro que Charles Dexter Ward.

La minuciosidad con que el doctor Willett grabó en su memoria la conversación de aquella tarde, se debe a la importancia que él atribuye a este período en particular, pues en su opinión se había efectuado un cambio vital en la mente del joven Ward que, según él, hablaba ahora a través de un cerebro muy distinto de aquél que había visto desarrollarse a lo largo de veintiséis años. La controversia con el doctor Lyman le había obligado a ser muy específico y fijaba el comienzo de la enfermedad mental de Charles precisamente en la época en que sus padres habían comenzado a recibir aquellas notas mecanografiadas. Lo cierto

es que éstas no correspondían al estilo habitual del joven, ni siquiera al de aquella desesperada misiva que escribiera al doctor Willett. Respondían a un estilo raro y arcaico, como si el desquiciamiento mental del autor hubiera dado rienda suelta a una serie de tendencias e impresiones adquiridas inconscientemente durante el período juvenil de afición a las antigüedades. Se evidenciaba en ellas un fuerte deseo de modernidad, pero el espíritu, y a veces hasta el lenguaje, pertenecen indiscutiblemente al pasado, ese pasado que se hizo también evidente en la actitud y los gestos de Ward cuando recibió al doctor en aquel sombrío *bungalow*. Se inclinó, señaló un asiento a Willett y empezó a hablar bruscamente en aquel extraño susurro en que, al parecer, se sintió obligado a explicar.

- Me está afectando mucho a los pulmones – comenzó -, este relente del río. Tendrá que disculpar usted mi ronquera. Supongo que le ha enviado mi señor padre con el fin de que averigüe qué me ocurre, y espero que no le dirá nada que pueda alarmarle.

Willett estudió aquel tono enronquecido con sumo interés, pero aún prestó mayor atención al rostro de su interlocutor. Experimentaba la sensación de que en aquella escena había algo de anormal y recordó lo que la familia de Charles le había contado acerca de la impresión que había recibido una noche el mayordomo de la casa. Hubiera preferido que reinara un poco más de luz en la sala, pero no pidió que se descorrieran las cortinas. Se limitó a preguntar a su interlocutor qué le había impulsado a enviarle aquella angustiada carta hacia poco más de una semana.

- Precisamente iba a hablarle de eso - replicó Ward -. Como usted bien sabe tengo los nervios muy alterados y hago y digo cosas que no se me deben tener en cuenta. Más de una vez le he confiado que me hallo enfrascado en investigaciones de gran trascendencia y la importancia de tales menesteres ha llegado a trastornarme en más de una ocasión. Cualquier hombre se hubiera asustado de lo que he descubierto, pero yo pienso seguir adelante y pronto lograré lo que me proponía. Fui un necio al volver a mi casa y someterme a la vigilancia de esos guardianes. He llegado muy lejos y tengo que seguir adelante. Mi lugar está aquí. Sé que no disfruto de buena reputación entre mis vecinos y,

por una debilidad, casi llegué a creer lo que dicen de mí. En lo que hago, mientras lo haga bien, no hay nada de perverso. Tenga usted la bondad de esperar seis meses y le mostraré algo que recompensará sobradamente su paciencia.

»Puedo, sí, decirle que cuento con un medio de adquirir conocimientos mucho más seguro que el que representan los libros, y dejaré que juzgue por sí mismo la importancia de lo que puedo aportar a la historia, a la filosofía y a las artes en virtud de las puertas que ante mí se han abierto. Mi antepasado había logrado traspasarlas cuando aquellos estúpidos entrometidos vinieron a asesinarle. Pero esta vez no ocurrirá nada semejante. Le ruego que olvide todo lo que le escribí y que no tema este lugar ni nada de lo que encierra. El doctor Allen es un hombre excelente y le debo una disculpa por todo lo que le dije acerca de él. Ojalá estuviera aquí, pero su presencia era indispensable en otra parte. Su celo es igual al mío en todo lo que a nuestra investigación concierne, y su ayuda me resulta inapreciable.

Ward hizo una pausa y el doctor apenas supo que decir ni qué pensar. Sintió un profundo desconcierto al oír a su interlocutor repudiar con tanta calma la carta que le había dirigido y, sin embargo, en su fuero interno, estaba convencido de que si bien las palabras que acababa de escuchar eran extrañas, ajenas a quien las pronunciaba e indudablemente producto de una mente desquiciada, la misiva en cambio era trágica por su autenticidad y la semejanza que guardaba con el Charles Ward que él conocía. Trató de desviar la conversación hacia otros derroteros recordando al joven algunos acontecimientos pasados que pudieran restablecer la atmósfera de familiaridad en que transcurrían siempre sus encuentros, pero sus intentos obtuvieron unos resultados realmente grotescos. Lo mismo les ocurrió posteriormente a todos los alienistas. Una parte importante de las imágenes mentales de Ward, principalmente las relacionadas con los tiempos modernos y su propia vida, se había borrado totalmente de su cerebro, en tanto que el conocimiento del pasado que acumulara durante su juventud había surgido de lo más profundo de su subconsciente para devorar todo lo contemporáneo y personal. La información que demostraba poseer el joven acerca del pretérito era de naturaleza anormal y francamente estremecedora y, en



consecuencia, hacía lo posible por ocultarla. Pero cada vez que Willett mencionaba algún tema favorito de su época de estudiante de tiempos pasados, aclaraba el joven la cuestión con un lujo de detalles inconcebible en ningún mortal y que hacía al doctor estremecerse.

No era normal saber cómo se le había caído exactamente la peluca al inclinarse hacia delante al actor que hacía el papel de juez en la representación que ofrecieron los alumnos de la Academia de Arte Dramático del señor Douglas, situada en King Street, el 11 de febrero de 1762, jueves por cierto, ni que los actores cortaron de tal modo el texto de la obra de Steele, *El Amante consciente*, que el público casi se alegró cuando las autoridades, impulsadas por sus creencias baptistas, cerraron el teatro dos semanas más tarde. El hecho de que la diligencia de Thomas Sabin, que hacía la ruta de Boston, fuera «incómoda hasta la exageración», podían mencionarlo cartas de la época, pero, ¿qué erudito en su sano juicio podía afirmar que el chirrido que producía la muestra de la taberna de Epenetus Olney (la corona de colores chillones que había colgado cuando decidió dar al local el nombre de Café Real) sonaba exactamente igual a las primeras notas de esa pieza de jazz que transmitían ahora todas las radios de Pawtuxet?

Ward, sin embargo, no se dejó llevar demasiado por aquel camino. Los temas modernos y personales los rechazaba de raíz, en tanto que los referentes al pasado, aun siendo más de su agrado, parecían aburrirle. Evidentemente, lo único que deseaba era que su visitante quedara lo bastante satisfecho como para que se fuera sin intención de regresar. A este fin se ofreció a enseñarle a Willett la casa, e inmediatamente le acompañó en un recorrido de todas las habitaciones, desde la bodega hasta el desván. Willett, que examinaba todo atentamente, observó que los libros eran demasiado pocos y demasiado vulgares para haber llenado los amplios espacios vacíos de la biblioteca de la casa de Ward, y que el llamado «laboratorio» no era más que una especie de decorado. Evidentemente, había otra biblioteca y otro laboratorio en otra parte, aunque era imposible decir dónde. Esencialmente derrotado en la búsqueda de algo que no podía precisar, Willett regresó a la ciudad antes del anochecer y contó al señor Ward todo lo sucedido.

Convinieron ambos en que el joven había perdido la razón, pero decidieron no tomar por el momento ninguna medida drástica. Por encima de todo, convenía que la señora Ward ignorara aquellas tristes circunstancias, aunque algo debían hacerle sospechar las extrañas notas mecanografiadas que recibía de su hijo.

El señor Ward decidió visitar en persona al joven presentándose de improviso en el *bungalow*. Una noche, el doctor Willett le acompañó en automóvil hasta las inmediaciones de la casa y esperó pacientemente su regreso. La sesión fue larga, y el padre volvió de ella entristecido y perplejo. La recepción de que fue objeto fue muy semejante a la que había hallado Willett, con la diferencia de que esta vez Charles tardó un tiempo considerable en aparecer desde que el visitante se hubo abierto paso hasta el vestíbulo y despedido al portugués con su imperiosa exigencia. En el comportamiento de su hijo no hubo el menor rasgo de amor filial. No había apenas luz en la estancia en que se celebró la entrevista, pero el joven se quejó de que la claridad le molestaba enormemente. No habló en voz alta en ningún momento pretextando que le dolía mucho la garganta, pero en su ronco susurro había algo tan inquietante que el señor Ward no logró sobreponerse a la impresión que le causara.

Definitivamente unidos para hacer todo lo posible por devolver al joven Charles la salud mental, Ward y el doctor Willett comenzaron a reunir datos sobre el caso. Lo primero que estudiaron fueron las habladurías que corrían por Pawtuxet, cosa que resultó bastante fácil ya que ambos tenían buenos amigos por aquellos contornos. El doctor Willett recogió la mayor parte de los rumores, ya que la gente hablaba más francamente con él que con el padre del personaje en cuestión, y de todo lo que oyó pudo colegir que la vida del sucesor de Ward era realmente extraña. Casi todos los habitantes de Pawtuxet relacionaban el *bungalow* con la oleada de vampirismo del año anterior, y las idas y venidas nocturnas de los camiones que a él se dirigían, eran objeto de suspicaces comentarios. Los comerciantes locales hablaban con extrañeza de los pedidos que hacía el criado mulato, y en especial de las grandes cantidades de carne y de sangre fresca que encargaba a dos carniceros de las inmediaciones. Para una casa

en la que sólo vivían tres personas, aquellos pedidos resultaban completamente desproporcionados.

Luego estaba el asunto de los ruidos subterráneos. Los informes acerca de ellos fueron más difíciles de recoger, pero una vez reunidos se vio que todos coincidían en ciertos detalles básicos. Eran, sin duda alguna, de naturaleza ritual, sobre todo cuando el *bungalow* estaba a oscuras. Desde luego, podían proceder de la bodega, pero los rumores insistían en que había criptas más profundas y más amplias. Recordando las antiguas habladurías acerca de las catacumbas de Joseph Curwen y dando por sentado que el joven, guiándose por alguno de los documentos encontrados junto con el cuadro había elegido el *bungalow* por hallarse éste emplazado exactamente en el lugar donde se alzara la granja de su antepasado, buscaron afanosamente la puerta que se mencionaba en los viejos manuscritos y que, según éstos, debía hallarse muy próxima a la orilla del río. En cuanto a la opinión general sobre los habitantes del *bungalow*, no cabía duda de que el mulato portugués era sencillamente detestado, el barbudo doctor temido, y el joven erudito profundamente aborrecido. Durante las últimas dos semanas, Charles había cambiado mucho, decían. Había renunciado a sus intentos por mostrarse agradable y en las pocas ocasiones en que se aventuraba a salir al exterior, hablaba únicamente con un susurro ronco y extrañamente repelente.

Tales fueron los cabos y fragmentos de información que lograron reunir por aquí y por allá el señor Ward y el doctor Willett. Basándose en ellos mantuvieron serias y prolongadas conferencias en que se esforzaron ambos por ejercitar al máximo sus dotes de deducción, inducción e inventiva y trataron de relacionar todos los hechos conocidos de la vida del joven, incluida la angustiosa carta que el médico se había decidido a mostrar al fin, con la escasa documentación de que disponían acerca de Joseph Curwen. Habrían dado cualquier cosa por poder echar una ojeada a los documentos que Charles había encontrado, pues era evidente que la clave de la locura del joven radicaba en lo que éste había descubierto acerca del siniestro mago y sus actividades.

Y, sin embargo, el siguiente acontecimiento decisivo en aquel caso tan singular no sobrevino como consecuencia de ninguna medida adoptada ni por el señor Ward ni por el médico. Uno y otro, desconcertados y confundidos por una sombra demasiado informe e intangible para poder combatirla, habían permanecido con los brazos cruzados, como quien dice, mientras las notas mecanografiadas que el joven Ward seguía dirigiendo a sus padres, se hacían cada vez más espaciadas. Pero llegó el día primero de mes, con sus acostumbrados ajustes financieros, y los empleados de ciertos bancos comenzaron a menear la cabeza extrañados y a telefonearse unos a otros. Varios de ellos, que conocían a Charles Ward sólo de vista, se presentaron en el *bungalow* para preguntarle por qué todos los cheques que habían recibido de él recientemente presentaban una burda falsificación de su firma, a lo que Ward respondió que durante las últimas semanas su mano se había visto tan afectada por un *shock* nervioso que le resultaba imposible seguir escribiendo normalmente, argumento que no logró tranquilizar a sus interlocutores tanto como él hubiera deseado. Dijo también poder demostrar la verdad de su afirmación por el hecho de que se había visto obligado a mecanografiar todas las cartas, incluso las que dirigía a sus padres, como estos podrían confirmar.

Lo que sorprendió e intrigó a los visitantes no fue aquella explicación, que ni carecía de precedente ni resultaba especialmente sospechosa, ni tampoco las habladurías que corrían por Pawtuxet y cuyos ecos habían llegado a sus oídos. Lo que llamó su atención fue que el confuso razonamiento del joven revelaba un olvido total de importantes transacciones financieras de las que se había ocupado en persona hacía sólo un par de meses. Algo muy raro había en todo aquello, ya que a pesar de la aparente coherencia de sus palabras existía un mal disfrazado desconocimiento de detalles de vital importancia. Por otra parte, aunque ninguno de aquellos hombres conocía a Ward íntimamente, no pudieron dejar de observar el cambio que se había operado en su lenguaje y en sus modales. Habían oído comentar su afición a la historia, pero jamás habían visto a un erudito de esa clase utilizar el habla y los gestos correspondientes a una época pretérita. Aquella combinación de ronquera, parálisis parcial de las manos, pérdida de memoria y

alteración de la conducta y del habla, sólo podía significar que el joven estaba enfermo de gravedad y, en consecuencia, decidieron que se imponía conferenciar urgentemente con el padre del infortunado joven.

El 6 de marzo de 1928 se celebró una seria y prolongada reunión en la oficina del señor Ward, después de la cual éste acudió desolado a consultar al doctor Willett. Examinó el médico las extrañas firmas de los cheques y las comparó mentalmente con la caligrafía de la última carta que había recibido de Charles. Desde luego el cambio era radical y profundo aunque en la nueva escritura no dejaba de haber algo siniestramente familiar. Los rasgos tenían una clara tendencia arcaizante y eran completamente distintos a los que el joven había utilizado siempre. Pero lo más curioso del caso era que el doctor Willett tenía la sensación de haberlos visto anteriormente. En conjunto, era evidente que Charles estaba loco y, puesto que no se hallaba en condiciones ni de administrar su fortuna ni de mantener un trato normal con el resto de la sociedad, debía tomarse rápidamente alguna medida para su internamiento y posible curación. Fue entonces cuando se llamó a consulta a los alienistas Peck y Waite, de Providence, y Lyman, de Boston. El señor Ward y el doctor Willett les informaron exhaustivamente del caso y juntos examinaron todos los libros y documentos que el joven había dejado en su biblioteca a fin de averiguar cuáles eran los que se había llevado y deducir de ello cómo había evolucionado su pensamiento. Después de revisarlo todo cuidadosamente y de analizar la carta que el joven había escrito al doctor Willett, convinieron los alienistas en que los estudios de Charles Ward habían sido de una naturaleza capaz de trastornar a cualquier intelecto normal. Habrían querido examinar los volúmenes y documentos que tenía entonces el joven en su posesión, pero sabían que eso sólo podrían conseguirlo tras una terrible escena y ni así estaban seguros de poder lograrlo. Willett se entregó al estudio del caso con febril energía. Fue entonces cuando obtuvo la declaración de los obreros que habían presenciado el hallazgo de los documentos tras el retrato de Curwen y cuando averiguó el verdadero significado de la mutilación de los periódicos llevada a cabo por el joven, pues acudió a los

archivos del *Journal* y allí pudo averiguar cuál era el contenido de los artículos en cuestión.

El jueves ocho de marzo, los doctores Willett, Peck, Lyman y Waite acompañados por el señor Ward, visitaron al joven sin ocultarle el propósito de su visita y sometieron al que ya consideraban su paciente a un minucioso interrogatorio. Charles, a pesar de que tardó bastante tiempo en acudir a su presencia y cuando lo hizo llegó con las ropas impregnadas por los fétidos olores de su laboratorio, no se mostró recalcitrante en modo alguno. Admitió sin reservas que su memoria y su equilibrio nervioso se habían visto afectados por su apasionada dedicación a estudios muy complejos. No ofreció resistencia cuando los visitantes insistieron en que debía cambiar de alojamiento y, aparte de la pérdida de la memoria, manifestó un alto grado de inteligencia. Su comportamiento hubiera engañado por completo a los alienistas de no haber sido por la tendencia arcaizante de su lenguaje y por el hecho de que las ideas antiguas habían sustituido en su cerebro a las modernas, lo cual indicaba sin lugar a dudas una flagrante anormalidad mental. De su trabajo no dijo más que lo que había dicho anteriormente a su familia y al doctor Willett, y en cuanto a la extraña carta que había escrito hacía un mes, la atribuyó a los nervios y a la histeria. Insistió en que no había en su sombrío *bungalow* más laboratorio ni biblioteca que los visibles y se negó a explicar la ausencia en la casa de los olores que permeaban su ropa. Las murmuraciones del vecindario las atribuyó a la imaginación colectiva impulsada por una curiosidad frustrada. En cuanto al paradero del doctor Allen, dijo no tener libertad para afirmar nada concreto, pero aseguró a sus visitantes que el barbudo extranjero de gafas oscuras regresaría cuando fuera necesario. Al despedir al estólido mulato, el cual resistió sin parpadear el interrogatorio a que le sometieron los visitantes, y al cerrar el *bungalow* que parecía albergar oscuros secretos, Ward no manifestó el menor nerviosismo aparte de una tendencia apenas perceptible a detenerse a escuchar, como si tratara de percibir algún sonido muy débil. Le animaba al parecer una tranquila resignación filosófica, como si juzgara aquel traslado un incidente sin importancia decisiva. Era evidente que confiaba en salir con bien de la prueba a

que iba a ser sometido. Se decidió no informar a su madre de lo ocurrido; el señor Ward seguiría enviándole notas mecanografiadas en nombre de su hijo. Ward ingresó en la apacible clínica particular del doctor Waite, situada en un pintoresco lugar de la isla de Conanicut, en plena bahía, donde fue sometido a rigurosa observación y fue interrogado por todos los médicos relacionados con el caso. Fue entonces cuando se descubrieron las anomalías físicas que presentaba: la lentitud de su metabolismo, la curiosa estructura molecular de su epidermis y la desproporción de sus reacciones nerviosas. El doctor Willett fue el más desconcertado de todos los que le examinaron, ya que por haber asistido a Ward desde que éste viniera al mundo podía apreciar mejor que sus colegas el alcance de aquel proceso de alteración física. Incluso la marca de nacimiento que tuviera siempre en la cadera había desaparecido, al mismo tiempo que se había formado en su pecho una especie de verruga o mancha alargada negra que llevó a Willett a preguntarse si habría asistido el joven a alguna de aquellas ceremonias que, según se decía, celebraban las brujas en parajes agrestes y solitarios y en las cuales se marcaba a los asistentes. A la mente del doctor acudió inevitablemente el recuerdo de cierto fragmento de la transcripción de un juicio celebrado en Salem, fragmento que Charles le había mostrado en la época anterior a su demencia y que decía: «El señor G. B. impuso aquella noche la Marca del Diablo a Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C. y Deborah B.» También el rostro de Charles le inquietaba horriblemente hasta que por fin descubrió la causa de aquella impresión. Sobre el ojo derecho del joven había una marca que hasta entonces nunca había visto allí: una pequeña cicatriz exactamente igual a la que viera un día en el retrato de Joseph Curwen y que quizá fuera resultado de alguna espantosa inoculación ritualista a la cual se hubieran sometido ambos en una etapa determinada de sus investigaciones en el campo del ocultismo.

Mientras Willett intrigaba de esta forma a todos los médicos del hospital, se seguía manteniendo una estrecha vigilancia sobre la correspondencia dirigida al paciente o al doctor Allen, correspondencia que se entregaba religiosamente al señor Ward. Willett había predicho que aquella vigilancia resultaría inútil,

porque lo más probable era que cualquier información vital que alguien quisiera transmitir a cualquiera de los dos habría de llegar por medio de un mensajero, pero lo cierto es que a finales de marzo llegó una carta de Praga dirigida al doctor Allen que dio mucho que pensar al doctor y al padre de Charles. La caligrafía era muy arcaica, y aunque evidentemente la misiva no había sido escrita por un extranjero, no estaba tampoco redactada en inglés moderno. Decía:

Kleinstrasse, 11

Alstadt, Praga

11, febrero de 1928

Hermano en Almousin-Metraron:

En este día recibo noticia de lo que se elevó de las Sales que envié a su merced. No era ése el resultado que esperaba. de lo cual se deduce que las lápidas habían sido cambiadas cuando Barnabus envió el Espécimen. Ocurre esto a menudo, como sabrá su merced por lo ocurrido con lo hallado en la Capilla Real en 1769 y en el Cementerio Viejo en 1690. Cosa muy semejante ocurrióme en Egipto 75 años ha, de lo cual me vino la cicatriz que viera el Muchacho en 1924. Encarezco de nuevo a su merced lo que le aconsejé tiempo ha, que ejercite gran cautela y no llame a su presencia, ni a partir de las Sales ni de más allá de las Esferas, a nadie que no pueda hacer desaparecer. Tenga siempre su merced preparada la Invocación necesaria para ello y nunca confíe hasta estar bien seguro de Quién ha requerido a su presencia. Cambiadas suelen estar las lápidas en nueve de cada diez tumbas y conveniente es desconfiar hasta que se ha empezado a interrogar. Igualmente en el día de hoy recibí noticia de H. quien se ha visto en grandes dificultades con los soldados. Laméntase de que Transilvania haya pasado a manos de Rumania y trasladaríase a otro lugar si no abundara tanto su Castillo en lo que ya sabemos. No tardará en recibir noticias suyas. Envío a su merced algo encontrado en una Tumba de Oriente y que habrá de complacerle en gran manera, y reitero mi deseo de disponer de B. F. si puede procurármelo. Conoce a G. en Filadelfia mejor que yo. Utilícelo primero si así lo desea, pero no hasta tal punto que provoque su enojo, pues finalmente, habré de interrogarle yo también.



Yog-Sothoth Neblod Zin

Simon O.

J. C.

Providence

El señor Ward y el doctor Willett quedaron profundamente desconcertados ante la increíble muestra de locura que constituía aquella carta. Sólo por grados consiguieron asimilar su posible significado. ¿De modo que había sido el doctor Allen y no Charles el cerebro dominante en Pawtuxet? Eso podría explicar la angustiada referencia a Allen en la última carta que escribiera el joven. Pero, ¿qué pensar en cuanto al hecho de que la carta fuera dirigida a J. C.? Sólo cabía hacer una deducción, pero hasta las monstruosidades tienen un límite. ¿Quién sería Simon O.? ¿El anciano a quien Charles había visitado en Praga cuatro años antes? Tal vez, pero evidentemente había existido siglos antes otro Simon O., Simon Orne, por otro nombre Jedediah de Salem, desaparecido en 1771 y cuya peculiar caligrafía acababa de reconocer en la misiva el doctor Willett gracias a las copias de las fórmulas de Orne que Charles le había mostrado en cierta ocasión. ¿Qué horrores y misterios, qué contradicciones y violaciones de las leyes de la naturaleza habían vuelto después de siglo y medio a turbar la paz de la antigua Providence dormida entre torres y chapiteles?

El padre y el anciano médico, sin saber qué hacer ni qué pensar, fueron a visitar a Charles al hospital y le interrogaron con la mayor delicadeza posible acerca del doctor Allen, de su viaje a Praga y de lo que sabía sobre Simon o Jedediah Orne, de Salem. El joven respondió cortésmente a todas sus preguntas sin comprometerse, limitándose a decir con un ronco susurro que había descubierto que el doctor Allen poseía extraordinarias dotes para ponerse en contacto con los espíritus del pasado y que suponía que quienquiera que fuese su corresponsal de Praga debía poseer las mismas dotes. Al salir de la clínica, el doctor Willett y el señor Ward cayeron en la cuenta de que los interrogados había sido ellos en realidad, ya que sin revelar nada especial acerca de sí mismo, el

joven les había sonsacado hábilmente acerca del contenido de la carta procedente de Praga.

Los doctores Peck, Waite y Lyman por su parte se mostraron muy poco inclinados a conceder importancia a la extraña correspondencia que mantenía el compañero del joven Ward. Sabían de la tendencia propia de excéntricos y monomaníacos a relacionarse entre sí y creyeron sencillamente que Charles o Allen habían trabado amistad con algún loco expatriado, un individuo que probablemente había tenido ocasión de ver la caligrafía de Orne y la imitaba con el fin de hacerse pasar por reencarnación de aquel misterioso personaje. Quizá el doctor Allen fuera un caso similar y hubiera logrado convencer al joven de que se había reencarnado en él el espíritu de su antepasado Joseph Curwen. No era la primera vez que ocurrían cosas semejantes y, basándose en esos antecedentes, descartaron los testarudos doctores la creciente inquietud del doctor Willett con respecto a la escritura de su paciente, pues creía el buen médico haber hallado al fin la explicación de la extraña familiaridad que encontraba en aquella escritura y que no se debía a otra cosa que a la semejanza que guardaba con la caligrafía del propio Curwen. Consideraron los alienistas aquella semejanza como propia de una fase imitativa característica del tipo de manía que padecía el joven, y se negaron a concederle importancia, ni en sentido positivo ni afirmativo. Ante la prosaica actitud de sus colegas, Willett aconsejó al señor Ward que no les mostrara la carta que llegó de Rakus, Transilvania, el día 2 de abril, dirigida al doctor Allen, y que mostraba una caligrafía tan semejante a la del volumen en clave de Hutchinson que el padre y el médico se detuvieron unos instantes, espantados, antes de abrir el sobre. Decía la carta:

Castillo de Ferenczy

7 de marzo de 1928

Querido C.:

Subido ha en el día de hoy un escuadrón de 20 soldados con el fin de interrogarme acerca de lo que sobre mí se murmura en el lugar. Debo pues excavar más y obrar con mayor sigilo. Son estos rumanos gente difícil, muy otra de aquellos húngaros a quienes se podía comprar con alimentos y buen vino.

Envióme M. hará un mes el sarcófago de las Cinco Esfinges de la Acrópolis y por tres veces he hablado con *Lo Que en él estaba inhumado*. Tan luego como acabe, lo enviaré a Praga, a S. O., quien lo remitirá a su merced. Mostróse testarudo, pero ya sabemos cómo tratar a los que tal naturaleza manifiestan. Juzgo prudente en extremo su decisión de no conservar tantos Custodios que puedan ser hallados en caso de Dificultad, como bien recordará su merced por propia experiencia. Podrá así trasladarse a otro emplazamiento con más facilidad, aunque hago votos por que no se vea en tal necesidad. Mucho me alegra que no trafique tanto su merced con Los del Exterior, pues hay en ello Peligro de Muerte y no hemos olvidado lo que ocurrió cuando pidió protección a quien no quiso dársela. Mucho me felicito asimismo de que haya perfeccionado la fórmula hasta el punto de que Otro pueda recitarla con los debidos resultados. Ya Borellus anunciaba que así había de ocurrir si se pronunciaban las palabras exactas y adecuadas. ¿Usa a menudo de ellas el Muchacho? Mucho lamento que manifieste tantos escrúpulos, como ya me temí cuando le tuve aquí en mi compañía, pero confío en que su merced sabrá aplacarle, si no con Invocaciones, que sólo sirven para reducir a Aquellos que de las Sales se elevan, sí con mano fuerte, cuchillo y pistola. No son difíciles de cavar las tumbas, ni de preparar los ácidos apropiados. Informado estoy de que O. le ha prometido el envío de B. F. y mucho le encarezco me lo envíe a mi después. B. le visitará pronto y es posible que le proporcione el Objeto Oscuro hallado bajo la ciudad de Memphis. Le recomiendo que ponga el mayor cuidado en sus Invocaciones y desconfíe del Muchacho. No pasará un año antes de que podamos convocar a las Legiones Inferiores y entonces nuestro poder no tendrá límite. Ruégole que deposite en mí su confianza y recuerde que O. y yo hemos dispuesto de 150 años más que su merced para estudiar estas materias.

Nephreu-Ka nai Hadoth

E. H.

J. Curwen.

Providence.

Pero si Willett y Ward se abstuvieron de mostrar aquella carta a los alienistas, no por ello dejaron de actuar por su cuenta. Ni el más sabio y erudito de los mortales podía negar que el barbudo doctor Allen, el cual había descrito Charles en su frenética carta como una monstruosa amenaza, se hallaba en estrecho contacto con dos seres inexplicables a los cuales había visitado Ward en el curso de sus viajes y que decían ser antiguos colegas de Curwen en Salem o reencarnaciones de ellos, que el doctor Allen se consideraba reencarnación del propio Joseph Curwen, y que albergaba siniestros propósitos con respecto a un «muchacho» que no podía ser otro que Charles Ward. Aquello era una pesadilla cuidadosamente planeada y, al margen de quién fuera responsable de ella, lo cierto es que Allen llevaba ahora la batuta. En consecuencia, y tras dar gracias al Cielo por el hecho de que Charles se hallara a salvo en la clínica, el señor Ward se apresuró a contratar a unos nuevos detectives para que averiguara n todo lo que pudieran acerca del barbudo doctor, en especial cuál era su procedencia, qué se sabía de él en Pawtuxet, y, a ser posible, su actual paradero. Les entregó la llave del *bungalow* que Charles le había dado al ingresar en la clínica y les encargó que registraran minuciosamente la habitación de Allen, la cual le había señalado su hijo cuando fueron a recoger sus objetos personales. Fue en la antigua biblioteca de Charles donde habló el señor Ward con los detectives contratados, quienes experimentaron una extraña sensación de alivio al salir de la habitación, pues parecía flotar en ella una vaga aura diabólica. Tal vez su impresión se debiera a lo que habían oído decir acerca del maligno personaje cuyo retrato colgara en una de las paredes de la biblioteca, tal vez a otra razón distinta e infundada, pero el caso es que todos creyeron detectar una especie de miasma intangible que a veces alcanzaba la intensidad de una emanación material.

## UNA PESADILLA Y UN CATACLISMO

Muy poco tiempo después de ocurrir los hechos mencionados, sobrevino la espantosa experiencia que dejó una huella indeleble en el alma de Marinus Bicknell Willett y que añadió una década a la edad que aparentaba aquel hombre cuya juventud había quedado ya muy atrás. Willett había conferenciado largamente con Ward y ambos habían llegado a un acuerdo sobre diversos puntos que sin duda los alienistas juzgarían ridículos. Admitieron que existía en el mundo una asociación terrible, cuya conexión directa con una nigromancia más antigua incluso que la brujería de Salem no podía ponerse en duda. Que por lo menos dos hombres -y otro en el cual ni se atrevían a pensar- estaban en absoluta posesión de mentes o personas que existían ya en 1690 ó incluso antes, era algo asimismo indiscutiblemente demostrado, a pesar de todas las leyes naturales conocidas. Lo que aquellas espantosas criaturas -además de Charles Ward- estaban haciendo o se proponían hacer quedaba bastante claro a juzgar por sus cartas y por todos los datos, relativos al pasado y al presente, que se conocían sobre el caso. Estaban saqueando tumbas de todas las épocas, incluidas las de los hombres más sabios y eminentes de la historia, con la esperanza de extraer de sus cenizas vestigios de la conciencia y erudición que un día les animara e informara.

Un espantoso comercio tenía lugar entre aquellos seres de pesadilla que adquirirían huesos ilustres con el frío cálculo del estudiante que compra un libro de texto y que creían que aquel polvo centenario había de proporcionarles un poder y una sabiduría muy superiores a las que el mundo había visto nunca concretadas en un hombre o en un grupo. Habían descubierto medios sacrílegos para mantener vivos sus cerebros, bien en sus mismos cadáveres o en cadáveres distintos, y era evidente que habían descubierto el método de reavivar y absorber la conciencia de los muertos. Por lo visto había algo de cierto en lo que escribió aquel mítico Borellus acerca de la preparación, incluso a base de restos muy antiguos, de ciertas «Sales Esenciales» capaces de reavivar la sombra de seres muertos hacía mucho tiempo. Existía una fórmula para evocar la sombra en cuestión y otra para hacerla desaparecer de nuevo, y ambas las habían perfeccionado de tal modo que ahora podían enseñar a otros a recitarlas con

éxito. Pero, al parecer, era menester andarse con cuidado en las evocaciones, pues las lápidas estaban en muchos casos cambiadas.

Willett y el señor Ward se estremecían al pasar de conclusión en conclusión. Había métodos también, al parecer, para atraer presencias y voces de lugares desconocidos lo mismo que de las tumbas, proceso sobre el que había que ejercer también mucha cautela. Joseph Curwen había evocado sin duda muchas cosas prohibidas, y en cuanto a Charles... ¿qué podían pensar de él? ¿Qué fuerzas procedentes de la época de Curwen o de «más allá de las esferas» le habían alcanzado para trastornar su mente? Estaba claro que había sido impulsado a hallar ciertas instrucciones que luego había utilizado. Había hablado con cierto hombre en Praga y permanecido largo tiempo con él en las montañas de Transilvania. Y, finalmente, debía haber encontrado la tumba de Joseph Curwen. Aquel artículo del periódico y los ruidos que su madre había oído durante la noche, eran demasiado significativos para pasarlos por alto. Charles había invocado la presencia de alguien, y ese alguien había atendido a su llamada. Aquella poderosa voz que resonó en la casa el Viernes Santo y aquellos tonos *distintos* que se oyeron en el cerrado laboratorio del desván... ¿no constituían acaso una espantosa prefiguración del temido doctor Allen y su susurro espectral? Sí, aquello era justamente lo que el señor Ward había intuido con vago horror en la conversación que había mantenido con aquel hombre -si era tal- por teléfono.

¿Qué diabólica voz o conciencia, qué morbosa presencia o sombra espectral había acudido en respuesta a los ritos secretos que ejecutaba Charles Ward tras esa puerta cerrada? Aquella discusión en que se distinguieron claramente las palabras «debe permanecer rojo tres meses». ¡Santo Cielo: ¿No había sido por entonces cuando había estallado la ola de vampirismo, cuando se había profanado la tumba de Ezra Weeden, cuando se habían oído gritos terribles en Pawtuxet? ¿Qué mente había planeado la venganza y había vuelto a descubrir la sede abandonada de antiguas blasfemias? Y luego el *bungalow*, y el forastero barbudo, y las murmuraciones y el miedo. Ni el señor Ward ni Willett podían explicarse la locura final de Charles, pero estaban convencidos de que la mente

de Joseph Curwen había regresado a la tierra y continuaba su siniestra labor. ¿Era realmente una posibilidad la posesión demoníaca? Allen indudablemente tenía que ver con todo aquel asunto y los detectives tenían que averiguar algo más acerca de aquel hombre cuya existencia amenazaba la vida del joven. Entretanto, puesto que la existencia de una vasta cripta bajo el *bungalow* estaba virtualmente demostrada, habían de procurar encontrarla, y con tal fin Willett y el doctor Ward, conscientes de la actitud escéptica de los alienistas, decidieron llevar a cabo una exploración minuciosa y sin precedentes del *bungalow*, para lo cual acordaron encontrarse allí a la mañana siguiente provistos de herramientas y accesorios apropiados para la tarea que pensaban llevar a cabo.

La mañana del seis de abril amaneció clara y los dos exploradores se encontraron a las diez en punto en el lugar acordado. Abrieron con la llave del señor Ward y efectuaron un registro superficial del edificio. Del desorden que reinaba en la habitación del doctor Allen, dedujeron que los detectives ya habían hecho acto de presencia allí, y el señor Ward manifestó su esperanza de que hubieran encontrado alguna pista valiosa. Desde luego, lo más interesante era la bodega, de modo que los exploradores descendieron a ella sin más dilación, recorriendo el mismo camino que cada uno de ellos había seguido por separado en compañía de Charles.

El suelo de tierra y las paredes de piedra de la bodega tenían un aspecto tan macizo e inocente, que la idea de que allí pudiera haber una abertura resultaba casi absurda. Willett reflexionó sobre el hecho de que la bodega actual había sido excavada en la ignorancia de que por debajo de ella existieran unas catacumbas, y que, por lo tanto, el pasadizo que comunicara con ellas, si es que lo había, tenía que ser obra del joven Ward y sus compañeros.

El doctor trató de ponerse en el lugar de Charles con el fin de averiguar cuál podría haber juzgado éste el lugar más propicio para dar comienzo a las excavaciones, pero el método no aportó ninguna inspiración. Se decidió después por el sistema de eliminación y examinó detenidamente toda la superficie del subterráneo en sentido vertical y horizontal, pulgada a pulgada. Las posibilidades quedaron así reducidas a una pequeña plataforma que había delante de los

lavaderos, la cual ya había tratado de levantar anteriormente. Ahora, probando en todos los sentidos y ejerciendo doble presión, acabó por descubrir que la plataforma giraba y se deslizaba horizontalmente sobre un eje situado en una esquina. Debajo de la plataforma apareció una superficie de hormigón y lo que parecía ser una boca de acceso a niveles inferiores cubierta por una trampa de hierro hacia la cual se lanzó inmediatamente el señor Ward con excitado celo. No le costó mucho alzarla, y apenas lo había hecho cuando el doctor Willett reparó en el extraño aspecto que mostraba su acompañante. Oscilaba y cabeceaba como presa de un fuerte mareo provocado, como pronto descubrió el doctor, por la corriente de aire fétido que surgía de aquel agujero. Un momento después había caído al suelo desvanecido y el doctor Willett trataba de reanimarle rociándole el rostro con agua fría. El señor Ward reaccionó débilmente, pero era indudable que el aire pestilente de la cripta le había afectado seriamente. Willett, que no deseaba correr ningún riesgo inútil, se dirigió apresuradamente a Broad Street en busca de un taxi, en el cual envió a casa a su compañero sin prestar oídos a sus débiles protestas. Luego, sacó una linterna eléctrica, se tapó la boca y la nariz con una venda de gasa esterilizada y se dispuso a bajar a las profundidades recién descubiertas. La fetidez que emanaba de aquel agujero parecía haber amainado un poco, y así pudo arrojar el haz de luz de la linterna al interior. Se trataba, vio, de un pozo cilíndrico de paredes de cemento y escalerilla de hierro que iba a terminar en un tramo de viejos escalones de piedra, los cuales debieron emerger originalmente a la superficie un poco más al sur del actual edificio.

Willett admite francamente que, durante unos momentos, el recuerdo de lo que había oído acerca de Curwen le impidió descender a aquel maldito agujero. No pudo evitar pensar por unos segundos en lo que Luke Fenner había escrito sobre aquella monstruosa noche postrera. Luego, el sentido del deber se impuso a su miedo, y bajó llevando una gran maleta en la que pensaba guardar los papeles que pudiera encontrar. Lentamente, como correspondía a un hombre de su edad, bajó las escalerillas de hierro y llegó a los resbaladizos peldaños del fondo. La linterna le reveló que la mampostería era muy antigua, y sobre las paredes rezumantes de humedad vio el insalubre musgo acumulado durante



siglos. Los peldaños profundizaban en las entrañas de la tierra, no en espiral, sino en tres bruscos giros, y entre tales angosturas que apenas había espacio en aquel pasadizo para dos hombres. Llevaba contados unos treinta escalones, cuando llegó a sus oídos un leve sonido. A partir de ese momento, ya no pudo contar más.

Era un sonido impío, uno de esos insidiosos ultrajes de la naturaleza que no tienen razón de ser. Calificarlo de lamento opaco, de gemido de un condenado, o de aullido desesperanzado en que se aunaban la angustia y el dolor de una carne sin mente, no habría bastado para describir su calidad esencial de repugnante ni para explicar el espanto que despertaba en el espíritu. ¿Era aquello lo que Ward se había detenido a escuchar el día que se lo llevaron del *bungalow*? Era el sonido más impresionante que Willett había oído en su vida. Procedía de algún lugar indeterminado y siguió oyéndolo mientras llegaba al pie de la escalera y proyectaba la luz de su linterna sobre las paredes de un pasadizo cubierto de cúpulas ciclópeas y taladrado por numerosos arcos negros. El vestíbulo en el cual se hallaba ahora tenía unos catorce pies de altura y unos diez o doce de anchura. El pavimento era de losas toscamente talladas y las paredes y el techo de mampostería revocada. Era imposible calcular su longitud, pues se prolongaba hacia delante hundiéndose en la oscuridad. Algunos de los arcos tenían una puerta de tipo colonial mientras que otros carecían de ella.

Sobreponiéndose al miedo que despertaban en él la fetidez y los extraños gemidos, Willett comenzó a explorar aquellos arcos uno por uno, hallando tras ellos sendas estancias de regulares dimensiones y bóveda de piedra, estancias aparentemente dedicadas a los más extraños usos. La mayoría de ellas tenían chimeneas cuyo diseño habría podido ser objeto de un interesante estudio de ingeniería. Willett no había visto nunca instrumentos, o atisbos de instrumentos, como los que allí surgían a cada paso entre el polvo y las telarañas acumulados durante siglo y medio, en muchos casos evidentemente destrozados por los antiguos asaltantes de la granja. La mayoría de las estancias no parecían haber sido holladas por pies modernos y debían corresponder a las fases más primitivas de los experimentos de Joseph Curwen. Finalmente, llegó a una habitación más

moderna, o al menos de reciente ocupación. Había en ella estufas de petróleo, estanterías de libros, mesas, sillas, armarios y un escritorio en el cual se amontonaban revistas y libros, tanto viejos como nuevos. Había en varios lugares candelabros y lámparas de aceite, y Willett, tras encontrar una caja de fósforos, encendió las que estaban preparadas para su uso.

La luz reveló, sin lugar a dudas, que aquella estancia era nada menos que el estudio o biblioteca de Charles Ward. Buena parte de los libros y muebles que encontró allí el doctor procedían de la mansión de Prospect Street. La sensación de familiaridad que recibió fue tan intensa que casi olvidó el hedor y los extraños sonidos, los cuales eran allí más intensos de lo que habían sido al pie de la escalera. Su primera tarea, tal como había proyectado, consistió en buscar y recoger todos los documentos que parecieran de vital importancia y de un modo especial los que Charles había descubierto detrás del retrato de Joseph Curwen en la casa de Olney Court. Mientras rebuscaba entre papeles y documentos, alcanzó a vislumbrar las proporciones de la tarea que iba a representar el clasificar y descifrar todo aquel material, pues archivo tras archivo estaban todos atestados de papeles que mostraban curiosos dibujos y caligrafías cuyo estudio exigiría meses, si no años, de trabajo. En un momento dado encontró varios paquetes de cartas con matasellos de Praga y de Rakus y que mostraban la escritura característica de Orne y de Hutchinson, todo lo cual dejó a un lado para llevárselo con él después en la maleta.

Al fin, en un secreter de caoba que en otros tiempos había adornado el hogar de los Ward, descubrió Willett los documentos de Curwen, los cuales reconoció por habérselos mostrado Charles en una ocasión muy brevemente. El joven los había conservado juntos tal y como estaban cuando los encontró, pues allí estaban todos los títulos que recordaban los obreros que habían presenciado el hallazgo, exceptuando los documentos dirigidos a Orne y a Hutchinson y la clave para descifrarlos. Willett lo metió todo en la maleta y continuó la búsqueda. Dado que lo más importante era el estado actual del joven Ward, centró su investigación en el material más nuevo y fue entonces cuando descubrió un hecho curioso: que los manuscritos más recientes de puño y letra de Charles se

remontaban a dos meses antes. Había, en cambio, resmas y resmas de hojas cubiertas de símbolos y fórmulas, notas históricas y comentarios filosóficos escritos con una caligrafía absolutamente idéntica a la que mostraban los antiguos escritos de Joseph Curwen, aunque eran evidentemente modernas. Estaba claro que en fechas recientes Charles se había dedicado a imitar la caligrafía de su antepasado alcanzando en ello una maravillosa perfección. De una tercera mano, que podía haber sido la de Allen, no había el menor rastro. Si es que era el cerebro rector, debió obligar al joven a que actuara como amanuense suyo.

Entre aquel material nuevo, una fórmula mística o, mejor dicho, un par de fórmulas, aparecían con tanta frecuencia que Willett se las sabía de memoria antes de dar por terminada su búsqueda. Consistían en dos columnas paralelas, la de la izquierda encabezada por el símbolo arcaico conocido con el nombre de «Cabeza de Dragón» y utilizado en almanaques para señalar el nodo ascendente, y precedida la de la derecha por el signo correspondiente a la «Cola de Dragón» o nodo descendente. De forma casi inconsciente cayó en la cuenta el doctor de que los símbolos de la segunda columna eran los de la primera pero escritos al revés, exceptuando los monosílabos finales y el extraño nombre de Yog-Sothoth, el cual había aprendido a distinguir del resto de las fórmulas relacionadas con aquel horrible asunto. De que eran éstas exactamente las que aquí se reproducen, responde el doctor Willett, en cuya memoria despertó la primera un eco extrañamente desagradable que identificó después cuando recordó los acontecimientos del horrible Viernes Santo del año anterior.



Y'AI'NG'NGAH

YOG-SOTHOTH

H'EE - L'GEB

F'AI THRODOG

UAAAH



OGTHROD AI'F  
GEB'L -EE'H  
YOG-SOTHOTH  
'NGAH'NG AI'Y  
ZHRO

Con tanta frecuencia se repetían las fórmulas que sin darse cuenta el doctor comenzó a recitarlas en voz baja. Al fin creyó haber encontrado todos los documentos que por el momento necesitaba y decidió no examinar ninguno más hasta que pudiera traer a todos los escépticos alienistas en masa y llevar a cabo con ellos una investigación más amplia y sistemática. Tenía que encontrar aún el laboratorio oculto, de modo que, dejando su maleta en la estancia iluminada, volvió a internarse en el oscuro pasadizo en cuyas bóvedas seguían resonando sin cesar aquellos apagados y espantosos lamentos.

Las estancias contiguas estaban abandonadas o llenas de cajones rotos y ataúdes de plomo de aspecto ominoso, pero no pudo por menos de impresionarle la magnitud de la tarea que allí había llevado a cabo Curwen. Pensó en los esclavos y marineros que habían desaparecido, en las tumbas profanadas en todas partes del mundo, y en lo que debió ser aquella expedición final contra la granja, y decidió que era mejor no recordar más aquello. De pronto se encontró ante una gran escalera de piedra que, según dedujo, debía conducir a uno de los edificios contiguos a la granja, tal vez a aquel famoso edificio de piedra dotado de estrechas troneras en vez de ventanas. La fetidez y los extraños lamentos aumentaron de intensidad. Willett comprobó que había llegado a un amplio espacio abierto, tan grande que la luz de su linterna no bastaba para iluminarlo, y mientras avanzaba tropezó con unas recias columnas que sostenían los arcos del techo.

Poco después llegó a un círculo de columnas agrupadas como los monolitos de Stonehenge, con un gran altar colocado en el centro sobre una base de tres peldaños. Las figuras talladas en aquel altar eran tan curiosas que Willett se acercó a estudiarlas con su linterna, pero cuando vio lo que eran, retrocedió

estremeciéndose y no quiso detenerse a investigar las manchas oscuras que salpicaban la superficie superior y caían por los lados a guisa de regueros. Siguió adelante y encontró la pared opuesta perforada por unos cuantos arcos y horadada por una miríada de pequeñas celdas con verjas de hierro, en el interior de las cuales colgaban de los muros cadenas de hierro rematadas por argollas de diversos tamaños. Aquellas celdas estaban vacías, y, sin embargo, la horrible fetidez y los lúgubres lamentos continuaban asediando al doctor con más insistencia que nunca.

## 2

No pudo Willett apartar su atención por más tiempo de aquel espantoso hedor y de aquellos pavorosos sonidos que llegaban a aquel gran vestíbulo de columnas más claros y horribles que a cualquier otro lugar del subterráneo, y que parecían proceder de regiones aún más profundas. Antes de inspeccionar uno por uno todos los arcos en busca de una escalera que pudiera conducir hasta ellas, el doctor recorrió con el haz de luz de su linterna el enlosado suelo. A intervalos regulares, había losas taladradas por pequeños agujeros distribuidos caprichosamente, mientras que en un rincón halló una escalera de mano de la cual parecía desprenderse gran parte de aquel olor nauseabundo que lo llenaba todo. Mientras avanzaba lentamente, Willett creyó observar que los sonidos y la fetidez eran mucho más intensos encima de las losas perforadas, como si estas últimas fueran burdas trampillas que condujeran a una región del horror hundida en las entrañas de la tierra. Se arrodilló junto a una de ellas y trató de levantarla. Apenas había comenzado a intentarlo cuando los lamentos subieron de tono, y sólo sobreponiéndose a sus temblores logró el doctor Willett perseverar en su intento. Un hedor insoportable se filtraba a través de aquellos agujeros, y la cabeza comenzó a darle vueltas cuando al fin, tras apartar la losa, proyectó la luz de su linterna hacia la oscura oquedad que había quedado al descubierto.

Si esperaba encontrar un tramo de peldaños que descendieran hacia una sima de abominación, Willett quedó decepcionado, ya que lo único que pudo ver fue la pared de ladrillos de un pozo cilíndrico de una yarda y media,

aproximadamente, de diámetro y desprovisto de todo medio de descenso. Mientras la luz buscaba en el fondo de aquel pozo, los lamentos se transformaron en horribles aullidos. Willett tembló, incapaz por un momento de enfrentarse con el espanto que podía acechar en aquel abismo, pero inmediatamente reaccionó, y sacando fuerzas de flaqueza reunió el valor necesario para asomarse al pozo e introducir la linterna en el interior, hasta donde le alcanzaba el brazo, para ver lo que había en el fondo. Durante unos segundos no pudo distinguir más que la viscosa pared de ladrillo cubierta de musgo que se hundía indefinidamente en aquella miasma semitangible de lóbreguez, hedor y angustiado frenesí. Luego vio que algo saltaba torpe y furiosamente en el fondo del angosto foso de unos veinte o veinticinco pies de profundidad. La linterna tembló en su mano, pero miró de nuevo para ver qué clase de ser viviente podía morar en la oscuridad de aquel pozo artificial, una criatura viva abandonada allí por el joven Ward cuando los médicos se lo llevaron al hospital y, evidentemente, una de las muchas aprisionadas en los numerosos fosos excavados en la amplia caverna abovedada. Fueran lo que fuesen, no podían tenderse en tan reducido espacio. Aquellas espantosas semanas desde que su dueño les abandonara, debían haberlas pasado agazapados, saltando, gimiendo y esperando.

Pero Marinus Bicknell Willett lamentó toda su vida haber mirado de nuevo, porque a pesar de su larga experiencia como cirujano y de su veteranía en las salas de disección, desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Resulta difícil explicar cómo la visión de un objeto tangible y de dimensiones mensurables pudo cambiar a un hombre hasta tal punto. Lo único que podemos decir es que en torno a ciertos perfiles y entidades flota un poder de simbolismo y sugestión que actúa sobre las perspectivas de un pensador sensible y susurra terribles alusiones a oscuras relaciones cósmicas y a realidades indescriptibles que existen más allá de la ilusión protectora que supone la visión normal. Y fue uno de aquellos perfiles o entidades lo que vio Willett al mirar por segunda vez, y por unos instantes perdió la razón tanto como cualquiera de los pacientes del hospital del doctor Waite. Su mano, desprovista de pronto de fuerza muscular y coordinación nerviosa, dejó caer la linterna, pero sus oídos no llegaron a percibir el espantoso

sonido de un masticar de muelas que delataba el destino que ésta había encontrado en el fondo del pozo. Gritó y gritó, y el pánico transformó su tono habitual en una voz de falsete que ni sus amigos más íntimos habrían reconocido. Al ver que no podía ponerse en pie, rodó desesperadamente sobre el húmedo pavimento al que se abrían docenas de pozos tartáreos que arrojaban a la superficie, en respuesta a sus gritos demenciales, exhaustos lamentos y horribles aullidos. Se desolló las manos sobre las ásperas losas y se golpeó la cabeza contra las numerosas columnas, pero siguió avanzando. Lentamente fue recobrando el dominio de sí mismo. Estaba empapado en sudor, sumido en un abismo de negrura y de horror, sin nada con que iluminarse y atormentado por una imagen que ya nunca podría desterrar de su memoria. Bajo sus pies, docenas de aquellos seres continuaban vivos y ahora uno de los fosos estaba abierto. Sabía que lo que había visto no podía trepar por aquellos muros resbaladizos, pero se estremecía ante la posibilidad de que existiera alguna escalerilla que le hubiera ocultado la oscuridad.

No sabría decir qué era aquel ser. Se asemejaba a las figuras talladas en el diabólico altar, pero estaba vivo. La Naturaleza no había podido darle aquella forma, pues se trataba, sin duda, de una criatura inacabada. Las deficiencias eran del tipo más sorprendente y las anormalidades de proporción hacían imposible toda descripción. Willett sólo se atreve a decir que debía representar a las identidades que Ward había invocado a partir de *sales imperfectas* y que mantenía para fines serviles o ritualistas. De no haber tenido un significado concreto, su imagen no habría aparecido tallada en aquel altar maldito. Cierto que no era aquello lo peor que se representaba en el ara, pero tampoco Willett había abierto el resto de los fosos. En aquel momento, la primera idea que le vino a la cabeza fue un párrafo de uno de los documentos relativos a Curwen y que había digerido hacía ya tiempo, una frase de aquella portentosa carta escrita por Simon o Jedediah Orne, confiscada por los ciudadanos de Providence, y dirigida al desaparecido brujo. Decían aquellas líneas: «Ciertamente fue muy grande el espanto que provocara en él la forma que evocara a partir de aquello de lo que pudo conseguir sólo una parte.»

Luego, sin desplazar esta imagen, sino más bien superponiéndose a ella, acudió a su memoria el recuerdo de los rumores que corrieron acerca de aquel ser quemado y retorcido hallado en pleno campo una semana después de la expedición contra la granja de Curwen. Charles Ward le había dicho en cierta ocasión que según el testimonio del viejo Slocum, aquella criatura no era ni completamente humana ni semejante a ningún animal conocido por los habitantes de Pawtuxet.

Aquellas palabras zumbaron en la mente del doctor mientras se arrastraba por el húmedo suelo de piedra. Trató de rechazarlas y con tal fin musitó un Padrenuestro en voz baja, oración que degeneró en un batiburrillo semejante a la poesía moderna de *La tierra baldía* de Eliot y acabó con la continua repetición de la doble fórmula que había encontrado en la biblioteca subterránea de Ward: «Y'ai'ng'ngah, Yog-Sothoth» hasta el «Zhro» final. Aquello pareció tranquilizarle y al cabo de unos instantes se puso en pie tambaleándose, lamentando amargamente la pérdida de la linterna y mirando desesperado a su alrededor en busca de un rayo de luz que abriera la impenetrable negrura que le rodeaba. Había decidido no pensar, pero aguzaba la vista mirando en todas direcciones, tratando de localizar algún tenue destello de la brillante iluminación que había dejado en la biblioteca. Al cabo de un rato, creyó percibir una tenue claridad infinitamente lejos, y hacia ella se arrastró de rodillas en medio de la espantosa fetidez y los horribles lamentos, tropezando a cada instante con alguna columna y temiendo caer en el abominable pozo que había dejado descubierto.

En un momento determinado, sus dedos temblorosos tocaron con lo que imaginó debía ser uno de los peldaños que conducían al diabólico altar, y retrocedió con espanto. Más tarde tropezó con la losa que había levantado y su horror no fue para ser descrito. Pero lo que había en el pozo ni se movió ni emitió el menor sonido. Por lo visto la linterna no le había sentado muy bien. Cada vez que Willett tocaba una de las losas perforadas, se estremecía. Su paso por encima de ellas provocaba en ocasiones un aumento en la intensidad de los lamentos que



resonaban debajo, pero por lo general no producían ningún efecto, pues se movía con el mayor sigilo.

En varias ocasiones, durante su avance, reparó en que la leve claridad hacia la cual se dirigía disminuía perceptiblemente y comprendió que las velas y lámparas que había dejado encendidas debían estar expirando una por una. La idea de encontrarse perdido en medio de la más completa oscuridad, sin un solo fósforo y en aquel mundo subterráneo de laberintos de pesadilla le impulsó a ponerse en pie y echar a correr, lo cual podía hacer impunemente ahora que había pasado ya junto al pozo abierto. Sabía que si todas las luces llegaban a apagarse, su única esperanza de supervivencia residía en la expedición que el señor Ward pudiera enviar para rescatarle al ver que transcurría el tiempo sin tener noticias suyas.

Súbitamente se encontró el doctor de nuevo en el angosto pasadizo que iba a desembocar en la amplia caverna y pudo constatar que la claridad procedía de una puerta que se encontraba a su derecha. Al cabo de unos instantes traspasaba el umbral de aquella puerta y, temblando de alivio, entraba una vez más en la biblioteca secreta del joven Ward y contemplaba el chisporroteo de la lámpara que le había guiado hasta el puerto de salvación.

### 3

Momentos después, llenó apresuradamente de petróleo las lámparas apagadas y, apenas volvió a estar la habitación brillantemente iluminada, miró a su alrededor buscando una linterna con la cual continuar sus exploraciones. A pesar de la impresión de horror que le sobrecogía, estaba firmemente decidido a no dejar piedra sin remover en su investigación de los espantosos hechos que habían provocado la locura de Ward. Al no encontrar una linterna, escogió la más pequeña de las lámparas, se llenó los bolsillos de velas y fósforos, y cogió también una lata de petróleo para utilizarla si llegaba a encontrar el laboratorio oculto más allá del terrible vestíbulo con su blasfemo altar y sus horribles pozos. Cruzar de nuevo aquel espacio exigía una gran fortaleza de ánimo, pero Willett sabía que tenía que hacerlo. Afortunadamente, ni el ara diabólica ni el foso

abierto se hallaban cerca de la pared horadada con celdas que rodeaba la caverna y cuyos negros y misteriosos arcos habían de constituir el primer objetivo de una investigación lógica.

De modo que Willett regresó a aquel vestíbulo inundado de fetidez y de angustiados lamentos y bajó la mecha de la lámpara para evitar ver siquiera a distancia el diabólico altar o el pozo descubierto. La mayoría de los arcos conducían a cámaras pequeñas, unas completamente vacías y otras que evidentemente se utilizaban como almacén. En varias de estas últimas vio una acumulación muy curiosa de los más diversos objetos. Una estaba llena de prendas de vestir semipodridas y cubiertas de polvo, y no fue pequeño el horror del doctor Willett cuando comprobó que aquellas prendas habían sido utilizadas hacía siglo y medio. En otra habitación halló ropas de época más reciente que parecían haber sido almacenadas allí para equipar a un gran número de hombres. Pero lo que más le repugnó fueron unas enormes cubas de cobre con siniestras incrustaciones que encontró diseminadas por varias de las cámaras. Le inquietaron aún más que los cuencos de plomo llenos de extraños residuos y que despedían un hedor repugnante, perceptible incluso en medio de la fetidez general de la cripta. Cuando hubo registrado casi palmo a palmo la mitad de aquel muro circular, Willett descubrió otro pasadizo semejante al que daba entrada a la cripta y al cual se abrían numerosas puertas.

Después de penetrar en tres estancias de tamaño mediano y variado contenido, llegó a una habitación amplia y de forma oblonga, llena de cubetas, crisoles, instrumental químico moderno y numerosos libros. Los muros estaban forrados de estanterías ocupadas por recipientes y botellas de todos los tamaños. Aquél era, sin lugar a dudas, el laboratorio de Charles Ward y el que habla utilizado asimismo Curwen hacía siglo y medio.

Luego de encender las tres lámparas que encontró llenas y preparadas, el doctor Willett examinó el lugar y todo lo que contenía con el mayor interés, observando que, a juzgar por los numerosos reactivos que figuraban en las estanterías, las investigaciones del joven Ward habían estado relacionadas con alguna rama de la química orgánica. Muy poco era lo que podía deducirse de los

aparatos que allí se encontraban y entre los cuales se hallaba una mesa de disección que ocupaba el centro de la estancia, de modo que en este sentido el laboratorio constituyó para el doctor Willett una gran decepción. Encontró entre los libros un manoseado ejemplar de la obra de Borellus, y no fue pequeña la sorpresa del médico al observar que Ward había subrayado precisamente aquel mismo párrafo que tanto impresionara ciento cincuenta años antes al bueno del señor Merritt en la granja de Pawtuxet. No era aquél, sin embargo, el ejemplar antiguo, pues éste había sido destruido durante el asalto al laboratorio de Curwen. En las paredes de la estancia se abrían tres arcos que el doctor examinó sucesivamente. Dos de ellos conducían a sendos almacenes repletos de ataúdes en diversos estados de conservación, provistos todos ellos de placas de identificación, dos o tres de las cuales se detuvo Willett a descifrar experimentando un estremecimiento ante el significado de aquellas inscripciones. Había también varios cajones nuevos y cuidadosamente clavados que no se detuvo a examinar. Quizá lo más interesante fueran algunas piezas sueltas, muy estropeadas y que a juzgar de Willett debieron formar parte de los aparatos del antiguo laboratorio de Curwen. A pesar de los daños que habían sufrido durante el asalto a la granja, aún podía reconocerse en ellos los trebejos químicos del período georgiano.

El tercer arco conducía a una estancia algo mayor cuyas paredes estaban llenas de estanterías y en cuyo centro había una mesa sobre la que reposaban dos lámparas. Willett las encendió y a su luz estudió los interminables estantes que le rodeaban. Algunos de ellos estaban completa mente vacíos, pero la mayoría aparecían ocupados por pequeños recipientes de plomo de dos formas distintas: unos altos y sin asas, semejantes a un *lekythos* griego, y otro con una sola asa, del tipo *phaleron*. Todos estaban provistos de tapas de metal y cubiertos por extraños símbolos grabados en bajorrelieve. Al cabo de unos instantes el médico cayó en la cuenta de que aquellos recipientes estaban clasificados cuidadosamente. Todos los *lekythos* estaban a un lado de la habitación bajo un gran cartel de madera en que se leía la palabra «Custodios», y todos los *phaleron* al otro, bajo un rótulo similar que decía «Materia». Cada uno de los recipientes llevaba una etiqueta con

un número que, al parecer, hacía referencia a un catálogo, en vista de lo cual Willett se propuso emprender la búsqueda de aquel inventario. De momento, sin embargo, le interesaba más averiguar cuál era el contenido de aquellos recipientes. Abrió varios de ellos elegidos al azar con resultado invariable. Todos contenían una pequeña cantidad de una sola clase de sustancia: un polvo finísimo de muy leve peso y de color neutro aunque con diversos matices. Era evidente que la ordenación de los recipientes no respondía a esta tenue variación de tono, pues un polvo gris azulado podía estar al lado de otro rosado, y el polvo contenido en un *phaleron* podía tener un duplicado exacto en un *lekythos*. La característica más marcada de aquel polvo, era su total falta de adherencia. Willett podía verterlo en la palma de la mano, y devolverlo después al recipiente sin que quedara entre sus dedos el menor residuo.

El significado de los dos letreros le intrigó y se preguntó por qué motivo estarían aquellas sustancias químicas tan radicalmente separadas de las que había visto en otros recipientes en el laboratorio propiamente dicho, y de pronto le vino a la memoria dónde había visto la palabra «custodios» en relación con este espantoso misterio. Había sido, naturalmente, en la carta dirigida recientemente al doctor Allen y que parecía ser de puño y letra de Edward Hutchinson, y las líneas en cuestión decían: «Juzgo prudente en extremo su decisión de no conservar tantos Custodios que puedan ser hallados en caso de Dificultad, como bien recordará su merced por propia experiencia.» ¿Qué significarían estas palabras? Pero, cuidado, ¿no había oído alguna vez una palabra semejante en relación con todo aquel asunto? ¿Cómo no le había venido a la memoria al leer la carta de Hutchinson? En los días en que Ward aún le hablaba de sus investigaciones, le había dicho que en el diario de Eleazar Smith se mencionaban fragmentos de conversaciones que habían tenido lugar en el interior de la granja, diálogos terribles en los que intervenían Curwen, varios cautivos, y *los guardianes de aquellos cautivos*.

De modo que aquello era lo que contenían los *lekythos*: el fruto monstruoso de sacrílegos ritos, las «sales» a que aludía Borellus. Willett se estremeció al pensar en lo que había tenido entre sus manos y por un momento le

acometió la tentación de huir de aquella caverna repleta de estanterías en cuyos anaqueles yacían innumerables centinelas silenciosos y quizá vigilantes. Luego pensó en la «Materia», en el infinito número de recipientes del tipo *phaleron* que había al otro lado de la estancia. Sales, también... pero si no eran sales de «custodios», ¿qué otra clase de sales podían ser? ¡Santo Cielo! ¿Sería posible que se hallaran allí las reliquias mortales de la mitad de los grandes pensadores de todas las épocas, arrancadas por manos impías de las tumbas donde el mundo las creía seguras, y sujetas a la llamada y el interrogatorio de unos locos que pretendían asimilar sus conocimientos guiados por algún propósito que, como decía el pobre Charles en su carta, podía afectar a «la civilización, las leyes naturales, quizá incluso a la suerte del sistema solar y todo el universo»? ¡Y él, Marinus Bicknell Willett, había tenido aquel polvo entre sus manos!

Reparó después en una pequeña puerta que había al fondo de la habitación y se tranquilizó lo suficiente como para acercarse a ella y examinar la burda figura grabada sobre el dintel. Era sólo un símbolo, pero al verlo el doctor se estremeció recordando el día en que un amigo suyo le había dibujado aquella misma figura en un papel y le había explicado lo que significaba en los oscuros abismos del sueño. Era el signo de Koth, aquel que ven los soñadores sobre el arco de entrada de cierta torre negra que se yergue solitaria en medio de la penumbra... y a Willett no le había gustado lo que su amigo Randolph Carter le había dicho acerca de sus poderes. Pero pronto se olvidó de aquel símbolo al percibir un nuevo hedor en el aire. Se trataba de un olor de origen químico y no animal y procedía de la habitación situada al otro lado de la puerta. Aquella era sin duda la fetidez que empapaba las ropas de Charles Ward el día en que se lo llevaron los médicos. ¿De modo que era allí donde se hallaba cuando recibió la visita de los alienistas? Se había mostrado mucho más prudente que Joseph Curwen, ya que no había ofrecido la menor resistencia. Willett, decidido a investigar todos los horrores y pesadillas que el siniestro subterráneo pudiera depararle, empuñó la pequeña lámpara y cruzó el umbral. Una ola de indescriptible terror le rodeó, pero luchó denodadamente por no gritar y sobreponerse a ella. Al fin y al cabo allí no había nada vivo que pudiera causarle

daño, y, por otra parte, estaba dispuesto a lo que fuera con tal de descifrar el misterio que envolvía a su paciente.

La habitación en la cual acababa de entrar era de tamaño mediano y carecía de muebles, a excepción de una mesa, una silla y dos grupos de extrañas máquinas con abrazaderas y ruedas que Willett reconoció como instrumentos medievales de tortura. A un lado de la puerta había un montón de látigos y junto a ellos unos estantes en los que se alineaban varios recipientes de plomo semejantes a los *lekythos* griegos. Al otro, había una mesa, y sobre ella una potente lámpara de Argand, un bloc de notas, un lápiz y dos de los *lekythos* de la estantería de la otra habitación. Willett encendió la lámpara y examinó minuciosamente el bloc para ver qué notas estaba tomando Charles cuando fue interrumpido por los alienistas, pero no pudo entender más que unas cuantas palabras escritas con la extraña caligrafía de Curwen y que no arrojaban ninguna luz sobre el caso en conjunto. Decían lo siguiente:

«B. no habló. Escapar pudo a través de los muros y halló el lugar profundo.»

«Vi al viejo V. recitar el Sabaoth y aprendí la Manera.»

«Invocado he por tres veces la presencia de Yog-Sothoth y al tercer día cedió.»

«Necesario es que F. confiese lo que sabe acerca del modo de invocar a Los del Exterior.»

La potente lámpara de Argand iluminaba toda la habitación y así fue como el doctor pudo ver en la pared situada frente a la puerta, en el espacio que quedaba entre los dos grupos de instrumentos de tortura, una serie de colgadores de los que pendían túnicas de un blanco amarillento. Pero mucho más interesantes le resultaron las dos paredes laterales, las cuales estaban cubiertas de símbolos místicos y de fórmulas burdamente talladas en la piedra. Había también símbolos grabados en el suelo, entre los cuales destacaba un enorme pentágono que ocupaba el centro exacto de la habitación, y sendos círculos de unos tres pies de diámetro situados en un punto equidistante de cada una de las cuatro esquinas del cuarto y el pentágono central. En uno de aquellos cuatro círculos, muy cerca

del lugar donde vio Willett caída en el suelo una túnica amarillenta, había un recipiente *kylyk* como los que se alineaban en la estantería colocada junto a los látigos, y fuera del círculo, aunque muy próximo a él, uno de los recipientes *phaleron* de la habitación contigua con una etiqueta que llevaba el número 118. Este último recipiente estaba destapado y Willett comprobó que no contenía nada en su interior. Pero comprobó también con un estremecimiento que el otro no estaba vacío, sino que contenía una pequeña cantidad de polvos de un color verdoso. Un escalofrío recorrió el cuerpo del médico mientras relacionaba mentalmente los elementos y antecedentes relacionados con aquella escena. Los látigos y los instrumentos de tortura, las sales de los recipientes que correspondían a «materia», los dos *lekythos* de las estanterías alineadas bajo la palabra «Custodios», las túnicas, las fórmulas grabadas en las paredes, las notas del bloc, las sospechas que habían despertado las cartas y leyendas, y los millares de dudas y suposiciones que habían atormentado a los amigos y a los padres de Charles Ward... todo aquello envolvió al doctor como una ola de horror mientras contemplaba el polvo verdoso contenido en el recipiente de plomo.

Sin embargo, y gracias a un esfuerzo sobrehumano, consiguió dominarse y empezó a estudiar las fórmulas grabadas en las paredes. Era evidente que habían sido talladas en la época de Joseph Curwen, y el texto no podía por menos que resultar familiar a un hombre que tanto había leído sobre tal personaje y que estuviera familiarizado con la historia de la magia. En una de ellas reconoció el doctor inmediatamente la que la señora Ward oyera canturrear a su hijo aquel malhadado Viernes Santo del año anterior y que una autoridad en la materia le había descrito como terrible invocación dirigida a los dioses secretos que moran más allá de la esfera de la normalidad. No figuraba allí exactamente tal y como la señora Ward la había repetido, ni siquiera como aparecía en la versión que aquel experto en la materia le mostrara en las páginas prohibidas de «Eliphas Levi», pero era indiscutiblemente la misma, y Willett se estremeció de horror al reconocer en ella palabras tales como Sabaoth, Metraton, Almonsín y Zariatnamik.

La fórmula en cuestión estaba grabada en el muro situado a la izquierda de la entrada. El de la derecha estaba igualmente cubierto de invocaciones que Willett reconoció gracias a las notas que había encontrado en la biblioteca. Eran de hecho casi idénticas a éstas e iban igualmente encabezadas por los antiguos símbolos de «Cabeza de dragón» y « Cola de dragón», como en las notas de Ward, pero la ortografía variaba mucho de la versión moderna, como si el viejo Curwen hubiera tenido un modo distinto de representar los sonidos o como si estudios posteriores hubieran dado como resultado variantes más perfectas y eficaces. El doctor trató de reconciliar la fórmula tallada en la piedra con la que resonaba persistentemente en su cabeza, y tras grandes trabajos logró conseguirlo. La que él sabía ya de memoria comenzaba «Y'ai'ng'ngah, Yog-Sothoth», mientras que la que se leía en el muro empezaba: «Aye, cngengah, Yogge-Sothotha» lo cual significaba una marcada alteración de la segunda palabra.

Aquella discrepancia le desconcertó y al poco comenzaba a recitar en voz alta la primera de las fórmulas tratando de reconciliar los sonidos que él recordaba con las letras que veía esculpidas en la piedra. Su voz se alzó extrañada y amenazadora en aquel abismo de misterios como siniestro contrapunto a los inhumanos lamentos que llegaban hasta él a través de la fetidez del aire y de la oscuridad.

«Y'AI'NG'NGAH

YOG-SOTHOTH

H'EE-L'GEB

F'AI THRODOG

UAAAH»

Pero, ¿qué era aquel viento frío que se había levantado al son de su invocación? Las lámparas chisporrotearon como si fueran a apagarse y por unos instantes la oscuridad se hizo tan densa que las palabras esculpidas en la piedra de los muros casi se borraron de su vista. La habitación se llenó de humo y de un olor acre que ahogó por completo el hedor procedente de los fosos. Era un olor parecido al que Willett había percibido anteriormente, pero mucho más intenso y



penetrante. Se volvió de espaldas a las inscripciones para enfrentarse con la estancia y su extraño contenido, y descubrió entonces que del recipiente que estaba en el suelo y que contenía el ominoso polvo de color verdoso, surgía una nube de vapor compacto, entre verde y negro, y de una opacidad y una densidad asombrosas.

¡Santo Cielo! ¡Aquel polvo correspondía a los anaqueles dedicados a «Materia»! ¿Qué estaba ocurriendo y qué había provocado aquel suceso? La fórmula que había estado recitando, la primera de las dos, la que correspondía a la Cabeza de Dragón, al nodo ascendente... ¡Dios bendito! ¿Podría ser...?

La cabeza le dio vueltas y por su cerebro cruzaron en vertiginosa sucesión las imágenes dispersas de todo lo que había visto, oído y leído en relación con el espantoso caso de Joseph Curwen y Charles Dexter Ward. «Encarézcole no llame a su presencia a nadie que no pueda hacer desaparecer... Tenga siempre su merced preparada la Invocación necesaria para ello y nunca confíe hasta estar bien seguro de Quién ha requerido a su presencia... Por tres veces he hablado con lo que en él estaba inhumado...» *¡Dios del Cielo! ¿Qué era aquella forma que se elevaba entre el humo?*

#### 4

Marinus Bicknell Willett no espera que crean su historia sino unos cuantos de sus amigos íntimos y, en consecuencia, sólo a ellos ha tratado de contarla. Las pocas personas ajenas a ese círculo que la han escuchado de sus labios, se han limitado a sonreír y a comentar que el doctor empieza a hacerse viejo. Le han aconsejado que se tome unas largas vacaciones y que en el futuro no vuelva a intervenir en casos de desequilibrio mental. Pero el señor Ward sabe que lo que dice el médico no es más que la terrible verdad. ¿Acaso no vio él con sus propios ojos la fétida abertura practicada en el suelo de la bodega del *bungalow*?. ¿Acaso el doctor Willett no le envió a su casa, trastornado y enfermo, hacia las once de aquella ominosa mañana? ¿Acaso no telefoneó al doctor inútilmente aquella noche y no se dirigió al *bungalow* a la mañana siguiente, encontrando a su amigo inconsciente, aunque ileso, tendido en la cama

de uno de los dormitorios? Respiraba trabajosamente y cuando el señor Ward le hizo beber un poco de coñac, entreabrió lentamente los párpados, se estremeció y gritó: «¡Esa barba! ¡Esos ojos! ¡Dios mío! ¿Quién es usted?» palabras bastante extrañas teniendo en cuenta que las dirigía a un hombre perfectamente rasurado y de ojos azules, un hombre que conocía desde su infancia.

A la brillante claridad del mediodía, el *bungalow* no había cambiado en lo más mínimo desde la mañana anterior. Las ropas de Willett parecían en perfecto estado aparte de unas leves rozaduras en los codos y en las rodillas, y sólo un leve olor acre le recordó al señor Ward el hedor que despedía el traje de su hijo el día que le trasladaron al hospital. Faltaba la linterna del médico, pero su maleta seguía allí tan vacía como la había traído. Antes de dar ninguna explicación y haciendo, evidentemente, un gran esfuerzo moral, Willett descendió tambaleándose a la bodega y trató de correr la plataforma situada ante los lavaderos. No se movió. Acercándose al lugar donde el día anterior había dejado su saquito de herramientas, Willett cogió un escoplo y trató de hacer palanca. Se adivinaba bajo ella la capa de hormigón, pero nada indicaba que hubiera habido allí jamás una abertura. Esta vez el asombrado padre de Charles Ward que había seguido a su amigo, no tuvo ocasión de enfermar con las emanaciones del horrible agujero: ni pozo fétido, ni mundo de horrores subterráneos, ni biblioteca secreta, ni documentos de Curwen, ni laboratorio, ni estantes, ni fórmulas grabadas. Nada. El doctor Willett palideció y se apoyó en el brazo de su compañero.

- Ayer – murmuró - usted lo vio y lo olió, ¿verdad?

Y cuando el señor Ward, asombrado y aturdido, reunió las fuerzas suficientes para asentir con un gesto, el médico suspiró y asintió a su vez.

Entonces voy a contárselo todo - dijo.

Por espacio de una hora y en la habitación más soleada que pudieron encontrar, el médico susurró su fantástica historia a aquel asombrado padre. No supo continuar una vez que hubo narrado la aparición de aquella extraña forma y hubo descrito cómo del recipiente de plomo se elevaba un vapor verde negruzco, y, por otra parte, estaba demasiado cansado para preguntarse qué había ocurrido.

Cuando acabó su relato, el señor Ward sugirió tímidamente:

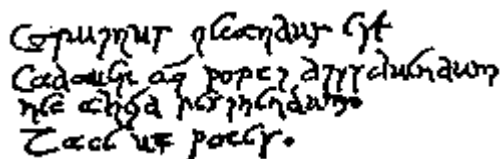
- ¿Cree que una excavación serviría de algo?

El doctor guardó silencio. No le parecía propio responder a esa pregunta cuando unas fuerzas procedentes de esferas desconocidas habían invadido esta orilla del Gran Abismo. Los dos hombres menearon la cabeza y el señor Ward preguntó:

-Pero, ¿dónde puede haberse metido? Es indudable que alguien le trajo aquí y que luego, de algún modo, selló la abertura...

Willett dejó de nuevo que el silencio respondiera por él.

Pero no fue aquello todo. Antes de abandonar el *bungalow*, al introducir el doctor una mano en el bolsillo para sacar el pañuelo, sus dedos tropezaron con un papel que no estaba allí antes de la expedición al subterráneo y que acompañaba a los fósforos y a las velas que había cogido en la desaparecida biblioteca. Era una hoja corriente, arrancada sin duda del bloc de notas que Willett había visto en aquella estancia, y los rasgos habían sido trazados con lápiz, probablemente el mismo que había visto junto al bloc. El texto les resultó incomprensible a los dos hombres a pesar de que reconocieron en él ciertos símbolos que les parecieron vagamente familiares.



Handwritten text in Old English script, likely a sample of the script used in the story. The text is written in a cursive, somewhat stylized hand, characteristic of the period. It appears to be a mix of Latin and Germanic characters, possibly a mix of the two scripts used in the story.

Aquel breve mensaje y el misterio que entrañaba intrigó sobremanera a los dos amigos, quienes inmediatamente subieron al coche de Ward y dieron instrucciones al chófer para que les condujera primero a cenar a un sitio tranquilo y luego a la Biblioteca John Hay situada en la colina. No les fue difícil hallar allí buenos manuales de paleografía, que estudiaron detenidamente hasta que las luces brillaron en la gran araña. Al fin encontraron lo que buscaban. Aquella caligrafía no constituía una invención fantástica, sino que había sido la normal en un período muy oscuro. Correspondía a las minúsculas sajonas del siglo VIII y IX y traía con ella recuerdos de un tiempo inculto en que bajo la fresca corriente del cristianismo rebullían aún furtivamente creencias antiguas y viejos ritos, un

tiempo en que la pálida luna de Britania era testigo a veces de extraños ritos celebrados entre las ruinas romanas de Caerleon y Hexhaus y junto a las torres desmoronadas del muro de Adriano. La lengua era el latín de aquellas edades bárbaras y el texto era el siguiente: «*Corwinus mecandus est. Cadaver aqua forti dissolvendum, nec aliquid retinendum. Tace ut potes*», lo que, traducido, significaba: «Curwen debe morir. El cadáver debe ser disuelto en agua fuerte sin que quede residuo alguno. Guarda el mayor silencio posible.»

Willett y el señor Ward quedaron mudos y desconcertados. Se habían enfrentado con lo desconocido y ahora descubrían que carecían de las emociones que a su juicio debían experimentar. En Willett especialmente, la capacidad de recibir nuevas impresiones parecía totalmente agotada, y así los dos hombres permanecieron sentados en silencio hasta que llegó la hora en que se cerró la biblioteca. Desde allí se dirigieron a la mansión de Prospect Street. El doctor se quedó en ella a pasar la noche y allí seguía el domingo cuando llamaron por teléfono los detectives encargados de la vigilancia del doctor Allen.

El señor Ward, que en ese momento paseaba nerviosamente por la habitación vestido con un batín, respondió personalmente a la llamada y, al saber que el informe que había solicitado estaba casi listo, citó a los detectives para primera hora de la mañana del día siguiente. Tanto Willett como él estaban deseosos de que el asunto llegara a su término, ya que cualquiera que fuese el origen del extraño mensaje que el doctor había encontrado en su bolsillo, una cosa parecía cierta: el Curwen que debía ser destruido no podía ser otro que el barbudo desconocido de gafas oscuras. Charles temía a aquel hombre y en la carta que había dirigido al médico había pedido que le matara y disolviera su cadáver en ácido. Además, Allen había estado carteándose con extraños personajes de Europa bajo el nombre de Curwen y era evidente que se consideraba una reencarnación del desaparecido nigromante. Ahora, de fuente nueva y desconocida, llegaba un mensaje en que se afirmaba que Curwen debía morir y que había que disolver su cuerpo en ácido. La relación entre todos aquellos sucesos era demasiado evidente y no podía ser ignorada. Por otra parte, ¿acaso Allen no planeaba asesinar al joven Ward siguiendo el consejo de ese

individuo llamado Hutchinson? Desde luego que la carta que ellos habían visto no había llegado jamás a manos del barbudo colega de Charles, pero de su texto se deducía que Allen había trazado ya planes para deshacerse del joven en el momento en que éste mostrara demasiados «escrúpulos». En consecuencia había que detener a Allen y, aún en el caso de que no se adoptaran contra él medidas más drásticas, habría que encerrarle en un lugar desde el cual no pudiera infligir ningún daño al joven Ward.

Aquella tarde, con la infundada esperanza de extraer alguna información acerca de aquel misterio de la única persona capaz de proporcionarla, el señor Ward y el doctor Willett fueron a visitar a Charles a la clínica. El doctor informó al joven de todo lo que había descubierto y observó la palidez que iba cubriendo su rostro a medida que sus descripciones garantizaban la verdad de sus descubrimientos. El médico utilizó en grado máximo los efectos dramáticos y espió el rostro de su paciente con la esperanza de sorprender en él aunque fuera un parpadeo cuando se refirió a los pozos y a los indescriptibles híbridos que vivían en su interior. Pero Charles no parpadeó. Willett hizo una pausa, y cuando volvió a hablar su voz adquirió un tono de indignación al referirse a aquellos seres que se morían de hambre. Acuso al joven de crueldad y se estremeció al oír las irónicas carcajadas con que éste respondió a sus palabras. Parecía haber renunciado a seguir sosteniendo que la cripta no existía, pero ahora veía algo siniestramente cómico en todo aquel asunto y se reía con carcajadas roncadas de algo que, evidentemente, le divertía mucho. Luego susurró con acento doblemente terrible a causa de lo cascado de la voz:

- ¡Malditos sean! ¡Comen, pero no deberían comer! Eso es lo más extraño del caso. ¿Un mes sin comer dice usted? Se queda usted muy corto, señor mío. ¡Buen chasco se habría llevado de saberlo el viejo Whippe con su mojigatería! ¡Matarlo todo quería! Pero estaba tan ensordecido por el ruido de fuera que no llegó a oír el que salía de la tierra. ¡Ni soñó que pudiera haber allí seres vivientes! ¿Y si yo le dijera que *esas malditas criaturas están aullando en esos pozos desde que Curwen desapareció hace ya ciento cincuenta años?*

Pero aquello fue lo único que Willett pudo sonsacarle. Horrorizado, aunque casi convencido contra su voluntad, continuó su historia con la esperanza de que algún incidente pudiera sobresaltar a su interlocutor y sacarle de la demencial compostura que mantenía. Al contemplar el rostro del joven, no pudo evitar que un estremecimiento de horror le sacudiera ante los cambios que se habían producido en él durante los últimos meses. Cuando mencionó la habitación de las fórmulas y el polvo verdoso, Charles comenzó a demostrar cierta curiosidad. Una mirada de desprecio asomó a sus ojos al oír lo que Willett había leído en el bloc, y aventuró la explicación de que aquellas anotaciones eran muy antiguas y tenían que escapar forzosamente al entendimiento de todos aquellos que no estuvieran muy versados en la historia de la magia .

- Si hubiera sabido usted – añadió -, la fórmula para dar vida a las sales que había en el recipiente, no estaría aquí para contarle. Era el número 118. ¡Qué sorpresa se hubiera llevado de haber llegado a consultar el catálogo que guardo en la otra habitación! Me proponía llamarle a mi presencia el día en que me sacaron de allí.

Luego, Willett le habló de la fórmula que había recitado y del humo verde negruzco que se había levantado. Y mientras lo hacía observó que el terror desfiguraba por vez primera el rostro de Charles Ward.

- ¡Se presentó y está usted vivo!

Mientras Ward mascullaba estas palabras, su voz pareció liberarse de ciertas trabas misteriosas y hundirse en un abismo cavernoso de extrañas resonancias. Willett, asaltado por una repentina inspiración, replicó recordando una carta que había leído:

- ¿El número 118, dices? Pero no olvides que *nueve de cada diez lápidas de los cementerios están cambiadas...*

Y luego, sin previo aviso, colocó ante los ojos de su paciente el misterioso mensaje. La reacción del joven superó todas sus esperanzas, pues cayó al suelo desvanecido.

Toda aquella conversación se llevó a cabo, naturalmente, en el más absoluto secreto con el fin de que los alienistas de la clínica no pudieran acusar ni

al padre ni al médico de alentar a un loco en sus fantasías. Sin pedir ayuda a nadie, el doctor Willett y el señor Ward cogieron en brazos al joven y le tendieron en la cama. Al volver en sí, el paciente murmuró repetidas veces que debía escribir inmediatamente a Orne y a Hutchinson para que le informaran acerca de cierta invocación, y en consecuencia, una vez que hubo recuperado totalmente el sentido, el doctor le comunicó que al menos uno de aquellos extraños personajes era enemigo suyo mortal y había aconsejado al doctor Allen que le asesinara. Aquella revelación no produjo ningún efecto visible, pero, antes de que se formulara, en el rostro del joven había aparecido ya la expresión de un hombre acosado. A partir de aquel momento no quiso hablar más, y el señor Ward y su acompañante no tardaron en abandonar la habitación, no sin antes prevenir al paciente contra el barbudo doctor Allen, a lo cual se limitó a responder el joven que aquel individuo no estaba ya en condiciones de hacer daño a nadie. Acompañó a aquellas palabras una risa diabólica que causó una dolorosa impresión en los visitantes. En cuanto a la comunicación que Charles pudiera tratar de establecer con sus dos monstruosos corresponsales de Europa, ni al doctor ni al señor Ward les preocupaba tal cuestión, pues sabían que el director del hospital censuraba minuciosamente toda la correspondencia y no permitiría que llegara a manos del paciente ninguna misiva cuyo contenido le pareciera anormal.

El caso de Orne y Hutchinson, si es que eran ellos los misteriosos exiliados, tuvo una misteriosa secuela. Impulsado por un vago presentimiento que le asaltó en medio de los horrores de aquel período, Willett acudió a una agencia internacional de información para que le facilitaran la mayor cantidad de datos posibles acerca de los sucesos más notables ocurridos en Praga y Transilvania oriental, y después de seis meses de investigación creyó haber encontrado entre los numerosos artículos que había recibido y traducido dos datos significativos. Uno de los artículos en cuestión se refería a la completa destrucción durante la noche de una casa del barrio más antiguo de Praga, y a la desaparición de un anciano de muy mala fama llamado Joseph Nadeh, el cual había vivido allí solo desde tiempos inmemoriales. El otro hablaba de una

tremenda explosión ocurrida en las montañas de Transilvania, al este de Rakus, que había tenido como consecuencia la desaparición del castillo de Ferenczy con todos sus moradores. El castillo tenía pésima reputación en la comarca y su propietario era temido y odiado por los campesinos de los alrededores. Precisamente por aquellas fechas tenía que presentarse ante las autoridades de Bucarest, que querían someterle a un serio interrogatorio, pero la explosión había venido a cortar lo que, al decir de las gentes, había sido una vida dedicada al mal y que se remontaba a épocas muy remotas.

Willett sostiene que la mano que escribió aquel mensaje en caligrafía sajona era capaz de empuñar armas más fuertes que la pluma y que había asumido la responsabilidad de acabar con Hutchinson y Orne, dejándole a él la tarea de terminar con Curwen. El doctor se niega a pensar siquiera cuál pudo ser el destino final de aquellos dos extraños personajes.

## 5

A la mañana siguiente, el doctor Willett acudió muy temprano a la mansión de los Ward, a fin de estar presente cuando llegaran los detectives. Consideraba que la destrucción o reclusión de Allen - o de Curwen si se daba como válida la posibilidad de una reencarnación - era una necesidad imperiosa que había que satisfacer a cualquier precio, y así se lo manifestó al señor Ward mientras esperaban la llegada de los visitantes. Se encontraban en la planta baja, ya que los pisos superiores de la casa empezaban a ser aborrecidos a causa de la fetidez que se respiraba en ellos, fetidez que los criados más antiguos relacionaban con alguna maldición relacionada con el desaparecido retrato de Joseph Curwen.

A las nueve se presentaron los tres detectives, que inmediatamente dieron comienzo a la lectura del informe. Por desgracia no habían podido localizar al mulato Tony Gomes, ni podían dar noticia de cuál fuera el lugar de procedencia del doctor Allen ni de su actual paradero. Pero habían reunido un considerable número de datos y de información general acerca del silencioso personaje. Los vecinos de Pawtuxet le consideraban un ser vagamente



sobrenatural y creían que su barba era teñida o postiza, creencia que resultó ser cierta, pues se había hallado en el *bungalow*, junto a un par de gafas ahumadas, una barba postiza. Un tendero había declarado que su caligrafía era muy extraña y enmarañada, dato que confirmaron las notas escritas a lápiz encontradas en su habitación e identificadas por el comerciante.

En relación con el vampirismo del verano anterior, la mayoría creía que el verdadero vampiro era Allen y no Ward. También figuraban en el informe las declaraciones de los oficiales que habían visitado el *bungalow* a raíz del incidente del asalto al camión. No vieron nada particularmente siniestro en el doctor Allen, pero le juzgaban la figura dominante en la sombría vivienda. La estancia en que había tenido lugar la entrevista se hallaba en la penumbra, pero estaban seguros de poder identificarle si volvían a verle. Habían notado algo extraño en su barba y les pareció ver que tenía una pequeña cicatriz encima del ojo derecho, En cuanto al registro de la habitación de Allen, no había aportado ningún dato concreto a la investigación, exceptuando el hallazgo de la barba y las gafas y de varias notas escritas descuidadamente y cuya caligrafía era idéntica a la de los antiguos manuscritos de Curwen y a las recientes anotaciones del joven Ward halladas en la desaparecida cripta.

El doctor Willett y el señor Ward se sintieron invadidos por un profundo terror cósmico, sutil e insidioso. al oír la relación de aquellos hallazgos, y casi temblaron cuando una idea vaga y descabellada les asaltó a los dos al mismo tiempo. La barba postiza, las gafas, la enmarañada caligrafía de Curwen, el antiguo retrato y la diminuta cicatriz, *el joven transformado y con una cicatriz semejante*, la voz profunda y cavernosa que había sonado al otro lado del hilo telefónico... ¿No era esa voz la que le recordaba ahora al señor Ward la de su hijo? ¿Quién había visto a Charles y a Allen juntos? Sí, los policías les habían visto juntos en el *bungalow*, pero, ¿y después? ¿No había coincidido la desaparición de Allen con los temores de Charles y su definitiva instalación en el *bungalow*? Curwen, Allen, Ward... ¿En qué sacrílega y abominable fusión habían caído dos épocas y dos personas? Aquella detestable semejanza entre el personaje del cuadro y el joven Ward, aquellos ojos del lienzo que parecían

seguir a Charles por toda la habitación... ¿Por qué Allen y Charles imitaban la caligrafía de Joseph Curwen incluso cuando estaban solos? Y luego la espantosa tarea que habían llevado a cabo aquellos hombres, la desaparecida cripta llena de horrores que había envejecido al médico en una noche, los monstruos hambrientos encerrados en los fosos fétidos, aquella terrible fórmula que tan indescritibles resultados había producido, el mensaje que Willett había encontrado en su bolsillo, los documentos, las cartas, todas las alusiones a tumbas, a misteriosas «sales», a descubrimientos... ¿Adónde conducía todo aquello?

Finalmente, el señor Ward tomó la decisión más prudente. Evitando pensar en lo que hacía, entregó a los detectives una fotografía para que la mostraran a todos los comerciantes de Pawtuxet que hubieran visto al misterioso doctor Allen. Era una instantánea de su hijo con el aditamento de una barba y unas gafas oscuras, como las que había utilizado el doctor Allen, dibujadas a pluma.

Durante dos horas, el señor Ward esperó en compañía del médico en aquella casa opresiva. Los detectives regresaron. *Sí, la fotografía retocada guardaba una notable semejanza con el doctor Allen.* El señor Ward palideció y Willett se secó la húmeda frente con el pañuelo. Allen, Ward, Curwen... ¿Qué presencia había invocado el muchacho y con qué resultados para él? ¿Qué había ocurrido del principio al fin? ¿Quién era aquel Allen que proyectaba asesinar a Charles y por qué había escrito su víctima en la postdata de aquella angustiada carta que su cadáver debía ser disuelto en ácido? ¿Por qué el mensaje que Willett se había encontrado en el bolsillo decía exactamente lo mismo? ¿Qué proceso de *transformación* había tenido lugar y en qué momento se había producido la fase final? El día en que el doctor había recibido su carta, Charles había estado muy nervioso todo la mañana. Luego había ocurrido algún cambio. Charles había salido de la casa sin ser visto escapando a la vigilancia de los hombres encargados de protegerle. Fue entonces cuando debió suceder el cambio, mientras estuvo fuera. Pero no... ¿Acaso no había gritado de terror al volver a entrar en su biblioteca?. ¿Qué había encontrado allí? O, ¿qué le había encontrado

a él? Esa figura que tan osadamente había entrado en la casa sin que se le hubiera visto abandonar la mansión, ¿no habría sido una sombra extraña, un horror dispuesto a lanzarse sobre un hombre tembloroso que no había salido de la habitación? ¿No había oído el mayordomo unos extraños ruidos?

Willett se fue en busca del sirviente y le hizo unas cuantas preguntas en voz baja. Desde luego, había sido un asunto muy desagradable. Sí, había oído unos ruidos: un grito, un jadeo y una serie de extraños crujidos. Y el señorito Charles no había vuelto a ser el mismo desde el momento en que salió aquel día de la biblioteca sin decir una sola palabra. El mayordomo se estremecía al hablar y olfateó el aire que llegaba desde el piso de arriba, arrastrado por una corriente creada por alguna ventana abierta. El terror se había instalado definitivamente en la mansión. Incluso los detectives estaban inquietos, ya que el caso presentaba algunos aspectos que no les gustaban en lo más mínimo. El doctor Willett pensaba, y sus pensamientos eran terribles. De vez en cuando casi rompía en un murmullo mientras estudiaba mentalmente esta nueva cadena de acontecimientos de pesadilla.

El señor Ward dio por terminada la conferencia y los detectives se fueron. El doctor y el dueño de la casa quedaron solos en la habitación. Era ya mediodía, pero la mansión parecía envuelta en sombras, como si se acercara la noche. Willett comenzó a hablar muy seriamente con su anfitrión, insistiendo para que dejara en sus manos las futuras averiguaciones. Aún habían de descubrirse, predijo, ciertos hechos que un amigo podría soportar con mayor facilidad que el padre del principal protagonista del caso. En su calidad de médico de la familia debía disponer de una absoluta libertad de movimientos, y lo primero que exigía era encerrarse en la abandonada biblioteca donde, en torno al panel de madera que había albergado el cuadro, se respiraba ahora un aura de terror mucho más intensa que cuando estuviera allí el retrato de Curwen. Sólo pedía que no se le molestara.

El señor Ward, aturdido por la creciente complejidad del caso, asintió de buena gana y media hora después el doctor estaba encerrado en la antigua biblioteca de Charles. El padre de éste, que escuchaba desde fuera, oyó unos

raros sonidos en el interior de la estancia, seguidos de un chirrido, como si acabara de abrirse la puerta mal engrasada de una alacena. A continuación resonó un grito apagado y la puerta que acababa de abrirse se cerró rápidamente. Poco después apareció Willett en el pasillo, pálido y descompuesto. Quería, dijo, un poco de leña para encender un fuego, pues el de la estufa no le bastaba y el aparato eléctrico que había en la chimenea no tenía ningún uso práctico. Sin atreverse a formular ninguna pregunta, el señor Ward dio las oportunas órdenes a un criado, que subió al poco tiempo con unas ramas de pino, estremeciéndose al entrar en la habitación y sustituir por las ramas el aparato eléctrico. Entretanto, Willett había subido al laboratorio, de donde bajó al poco rato cargado con una cesta cubierta por un lienzo y en la que había colocado una serie de aparatos y objetos diversos abandonados allí en la mudanza del mes de julio de aquel mismo año.

Volvió a encerrarse el médico en la biblioteca y por las nubes de humo que empezaron a elevarse de la chimenea, se supo que había encendido el fuego. Más tarde, se oyó un crujir de papeles de periódico y otro chirrido de la misteriosa puerta, seguido de un baquetazo que dio mucho que pensar a los que en el pasillo escuchaban. Willett profirió de pronto un par de gritos ahogados, y a continuación se produjo un chisporroteo que resonó siniestramente en medio del profundo silencio que llenaba la mansión. Finalmente comenzó a salir por la chimenea un humo espeso y muy acre. Los criados se reunieron en un rincón, aterrorizados ante aquellas nocivas emanaciones, mientras que el señor Ward temblaba como un azogado.

Tras una larguísima espera, los vapores parecieron aclararse y detrás de la puerta cerrada volvieron a oírse extraños sonidos, como si el doctor rascara algo y luego barriera el hogar. Por fin, después de cerrar de nuevo la puerta del interior, fuera cual fuese, Willett hizo su aparición, grave, pálido y entristecido, llevando la cesta que había bajado del laboratorio todavía cubierta con un paño.

Había dejado la ventana abierta, y en la siniestra habitación entraba ahora a raudales el aire puro que se mezclaba con un curioso olor a desinfectante. El antiguo panel de madera seguía allí, pero parecía haber perdido su aire de

malignidad y se mostraba sereno y majestuoso como si nunca hubiera albergado el retrato de Joseph Curwen. Caían las primeras sombras de la noche, pero esta vez no las acompañaba un terror latente. Más bien traían con ellas una suave melancolía. El doctor no habló de lo que había hecho. Se limitó a decir al señor Ward:

- No puedo contestar a ninguna pregunta. Sólo diré que existen distintos tipos de magia. He llevado a cabo una gran purificación. A partir de ahora, los moradores de esta casa podrán dormir mucho mejor.

## 6

La «purificación» debió constituir para el doctor Willett una prueba tan espantosa como su recorrido nocturno de la espantosa cripta, a juzgar por el abatimiento que provocó en el anciano médico. Por espacio de tres días no salió de su habitación, aunque según dijeron luego los criados, la noche del miércoles, poco después de las doce, se oyó abrirse sigilosamente la puerta de la calle, que volvió a cerrarse después con el mismo secreto. Por fortuna, la imaginación de los criados suele ser limitada, pues de otro modo podrían haber relacionado el hecho con una noticia que apareció en el *Evening Bulletin* del jueves y que decía así:

### LOS PROFANADORES DE TUMBAS RENUEVAN SU ACTIVIDAD

Tras un periodo de diez meses a partir del último acto de vandalismo registrado en el Cementerio del Norte, del que fuera objeto la tumba de Weeden, el vigilante nocturno de ese mismo cementerio, Robert Hart, ha sorprendido a otro merodeador. Hacia las dos de la madrugada, vio brillar una linterna en la parte norte del camposanto, y al acercarse al lugar en cuestión, vio destacarse claramente contra la luz de una farola cercana la figura de un hombre que empuñaba una pala. Se lanzó en su persecución. pero antes de que pudiera darle alcance, el intruso había corrido hacia la entrada principal perdiéndose entre las sombras.

Al igual que el primero de los profanadores de tumbas sorprendido el año pasado, éste no ha llegado a causar, al parecer, ningún daño. En un lugar determinado del terreno que posee allí la familia Ward, la tierra aparecía removida, pero no puede asegurarse que el desconocido hubiera tratado de excavar una fosa.

Todo lo que puede decir Hart acerca del intruso, es que se trataba de un hombre de baja estatura y probablemente barbudo. En opinión del vigilante los tres actos se deben a una misma persona. No opina del mismo modo la policía, basándose en el salvajismo del segundo incidente, en el curso del cual fue robado un antiguo ataúd y destrozada la lápida correspondiente.

El primero de los incidentes, al parecer una tentativa frustrada de enterrar alguna cosa, ocurrió en el mes de marzo del año pasado y se atribuyó entonces a contrabandistas de bebidas alcohólicas en busca de un escondite para su alijo. Es muy posible, afirma el Sargento Riley, que este tercer caso sea de naturaleza similar. La policía está desplegando una gran actividad con vistas a identificar a los responsables de estos sucesos.

Durante todo el jueves, el doctor Willett descansó como si se recobrara de un esfuerzo agotador o se preparase para una gran prueba. Por la noche escribió una carta al señor Ward, que llegó a manos de éste a la mañana siguiente sumiéndole en profundas meditaciones. No había podido Ward sobreponerse a la impresión que le causara el informe de los detectives y a la siniestra «purificación» de la biblioteca, pero aquella misiva, a pesar de la desgracia que anunciaba y del misterio que la rodeaba, le trajo algo de la calma que tanto necesitaba.

10 Barnes St.

Providence, R.I.

12 abril, 1928

Querido Theodore:

Me considero obligado a avisarte antes de llevar a cabo lo que voy a hacer mañana, que pondrá punto final al terrible asunto de que nos venimos

ocupando, pues tengo la impresión de que ninguna azada podrá llegar jamás a ese monstruoso lugar que los dos conocemos. Sé que tu mente no hallará reposo a menos que te asegure que lo que me propongo hacer representará el final definitivo de todo este misterio.

Me conoces desde que eras niño, de modo que me creerás si te digo que hay cosas que es mejor no investigar a fondo. Es preferible que no vuelvas a pensar en el caso de Charles e indispensable que no le digas a su madre más de lo que ella sospecha. Cuando yo vaya a visitarte mañana, Charles se habrá fugado de la clínica. Eso es lo que todos deben creer. Estaba loco y escapó. Y eso es lo que debes decir poco a poco a su madre cuando dejes de mandarle las notas mecanografiadas que escribías en nombre de Charles. Te aconsejo que vayas a reunirse con ella en Atlantic City y te tomes unas vacaciones. Dios sabe cuánto las necesitas después de las impresiones recibidas, y cuánto las necesito yo también. Por mi parte me propongo pasar en el Sur una temporada para tranquilizarme y reponer fuerzas.

De modo que no me hagas ninguna pregunta cuando vaya a visitarte. Es posible que algo salga mal, pero si es así no dejaré de avisarte. Espero que no tenga que hacerlo. A partir de mañana no habrá ya motivo de preocupación, pues Charles estará perfectamente a salvo. Ya lo está, más de lo que te imaginas. No debes temer nada con respecto a Allen o quienquiera que sea. Pertenece al pasado, como el retrato de Joseph Curwen, y cuando mañana llame a tu puerta puedes tener la completa seguridad de que ya no existirá tal persona. El que escribió la misteriosa nota tampoco volverá a molestarte.

Pero debes prepararte para algo muy triste y preparar también a tu esposa. La fuga de Charles no significa que vayáis a recuperarle. Se ha visto afectado por una terrible enfermedad, como has tenido ocasión de apreciar por los cambios físicos y mentales que ha experimentado, y tienes que resignarte a no volver a verle. Te queda el consuelo de saber que no fue ni un malvado ni un loco, sino únicamente un muchacho aficionado al estudio y excesivamente curioso respecto a materias que encerraban un gran peligro. Descubrió cosas que ningún mortal debe saber, y ésa fue su desgracia.

Y ahora debo hablarte del asunto más difícil y que exige que deposites en mi toda tu confianza. Dentro de un año, si así lo deseas, puedes dar a todos la versión que prefieras de cómo murió Charles, porque él no volverá. Puedes también hacer colocar una lápida en el Cementerio del Norte, a diez pies de distancia, en dirección oeste, de la de tu padre, para señalar el lugar en que descansan los restos de tu hijo. Las cenizas allí enterradas serán las de Charles Dexter Ward, el que viste crecer, el verdadero Charles con la marca olivácea en la cadera y sin el lunar negro en el pecho ni la cicatriz en la ceja derecha. El Charles que nunca hizo ningún daño y que habrá pagado con su vida una curiosidad morbosa.

Esto es todo. Charles se fugará de la clínica y dentro de un año podrás colocar una lápida sobre el lugar donde reposan sus cenizas. No me hagas ninguna pregunta. Y ten la seguridad de que el honor de tu familia sigue incólume.

Te acompaño en tu sentimiento y te deseo que encuentres la fortaleza, la calma y la resignación necesarias para sobrellevar esta desgracia. Tu sincero amigo,

Marinus B. Willett

El viernes 13 de abril de 1928, Marinus Bicknell Willett visitó a Charles Dexter Ward en su habitación de la clínica del doctor Waite situada en la isla de Conanicut. El joven, aunque no trató de rehuir al visitante, estaba de un humor sombrío y no se mostró dispuesto a hablar del tema que Willett deseaba tratar. El descubrimiento de la cripta hacía imposible la normalidad de su relación y ambos callaron un buen rato después de intercambiar los saludos habituales. La tensión aumentó al descubrir el joven Ward tras el rostro impassible del doctor una firmeza nueva en él. El paciente se amedrentó, consciente de que desde su último encuentro el que fuera médico solícito se había transformado en implacable vengador. Finalmente Willett se decidió a romper el fuego:

- He descubierto algo más, Charles – dijo -. Algo muy grave.



¿Otros animalitos medio muertos de hambre? - fue la irónica respuesta. Era evidente que el joven quería mostrarse insolente hasta el final.

- No - replicó Willett lentamente -. Esta vez se trata de algo distinto. Encargamos a unos detectives que hicieran averiguaciones acerca del doctor Allen, y han encontrado en el *bungalow* una barba postiza y unas gafas ahumadas.

- Estupendo - dijo su interlocutor haciendo un esfuerzo por mostrarse ingenioso -. Espero que fueran más favorecedoras que las de usted.

- A ti te sentarían muy bien - replicó el doctor -. Mejor dicho, todo parece indicar que *te sentaban* muy bien.

Mientras Willett decía estas palabras, y aunque no hubo cambio alguno en la luz que se reflejaba en el suelo, una nube pareció ocultar momentáneamente el sol. Luego Charles habló.

- ¿Y por qué da usted tanta importancia a eso? ¿Es que no puede un hombre disfrazarse si le resulta útil?

- Desde luego que puede hacerlo - asintió el doctor - *siempre que tenga derecho a existir y siempre que no destruya a quien le hizo venir desde más allá de las esferas.*

Ward se sobresaltó violentamente.

- Bueno, ¿qué es lo que ha encontrado y qué quiere de mí?

El doctor dejó que transcurrieran unos segundos antes de contestar, como si eligiera mentalmente las palabras que pudieran constituir una respuesta más eficaz.

- He encontrado - dijo finalmente -, algo oculto tras un panel antiguo que servía de marco a un retrato. Lo he quemado y he enterrado las cenizas en el lugar donde estará la tumba de Charles Dexter Ward.

El loco se levantó de un salto del sillón en que estaba sentado.

- ¡No es posible! – exclamó - ¡No es posible! ¿Quién se lo dijo? ¿Y quién cree que va a creerle a usted si me han estado viendo durante estos dos meses?

El doctor Willett, aunque de baja estatura, adquirió el porte majestuoso del magistrado al calmar a su paciente con un gesto.

- No se lo he dicho a nadie. No es éste un caso corriente. Es de una locura tan inconcebible y de un horror tan ajeno a nuestra realidad que ningún alienista ni juez de la tierra podría creerlo. Gracias a Dios aún me queda una chispa de imaginación que me ha permitido adivinar la verdad de lo sucedido. *¡A mi no puede engañarme, Joseph Curwen, porque sé que su magia es auténtica!* Sé cómo preparó el hechizo que perduró a través de los años y fue a actuar sobre su doble y descendiente. Sé cómo le arrastró usted al pasado y consiguió que le sacara de su abominable tumba. Sé cómo permaneció oculto en su laboratorio mientras se dedicaba al estudio del saber contemporáneo y salía por las noches a escondidas. Sé que es usted el vampiro de que tanto se habló. Sé que más tarde utilizó la barba y las gafas para que nadie se asombrara del sorprendente parecido que guardaba con su descendiente. Sé lo que decidió hacer cuando Charles comenzó a reprocharle su monstruoso saqueo de tumbas de todo el mundo, *sé qué fue lo que planeó* y sé cómo llevó a cabo sus planes.

»Se despojó de la barba y de las gafas y engañó a los detectives que vigilaban la casa. Creyeron que el que salía y entraba era él cuando en realidad usted le había estrangulado y ocultado tras el panel de madera de la biblioteca. Pero no se dio cuenta de que no hay dos mentes iguales. Fue un estúpido, Curwen, al imaginar que un simple parecido físico sería suficiente. ¿Por qué no pensó usted en la forma de hablar, y en la voz y en la caligrafía? Al final ha fracasado. Usted sabe mejor que yo quién escribió el mensaje que me encontré en el bolsillo, pero debo advertirle que no fue escrito en vano. Hay sacrilegios y abominaciones que no pueden ser tolerados, y creo que quien escribió aquellas palabras acabará con Orne y Hutchinson. Uno de los dos le escribió a usted en cierta ocasión: «No llame a su presencia a nadie a quien no pueda dominar». Tenía mucha razón, Curwen. No se puede jugar con la naturaleza a partir de ciertos límites. Todos los horrores que ha invocado se volverán contra usted...

El doctor se interrumpió ante el grito que profirió el ser que tenía delante. Indefenso, sin armas, y consciente de que cualquier acto de violencia atraería a un ejército de enfermeros, Joseph Curwen había decidido recurrir a su viejo

aliado. Inició una serie de movimientos cabalísticos con los dedos, mientras aullaba con voz cavernosa las palabras de una terrible invocación:

«PER ADONAI ELOIM, ADONAI JEHOVA, ADONAI SABAOTH, METRATON...»

Pero Willett fue más rápido que él. Al tiempo que los perros de la vecindad comenzaban a aullar y un viento helado se desataba de pronto sobre la bahía, empezó a recitar la invocación que desde un principio se había propuesto utilizar. Ojo por ojo, magia por magia. ¡Que el resultado de ella demostrara si había aprendido las lecciones del abismo! Así fue como Marinus Bicknell Willett comenzó a recitar la segunda de las dos fórmulas, la opuesta a aquella que había atraído a su presencia la figura del autor de la misteriosa nota, la críptica invocación encabezada por la Cola de Dragón, signo del nodo *descendente*:

«OGTHROD AI’F

GEB’L-EE’H

YOG-SOTHOTH

‘NGAH’NG AI’Y

ZHRO»

No bien surgió la primera palabra de la boca de Willett, cuando su paciente se interrumpió en seco. Incapaz de hablar, agitó salvajemente los brazos hasta que le abandonaron las fuerzas. Pero cuando comenzó el espantoso cambio, fue cuando resonó en el cuarto la palabra *Yog-Sothoth*. No fue simplemente una *disolución*, sino más bien una *transformación*, una *recapitulación*, y el doctor tuvo que cerrar los ojos para no desmayarse antes de dar fin a la invocación.

Pero Willett no se desmayó y aquel hombre de pasado impío y poseedor de secretos prohibidos no volvió jamás a turbar al mundo. Aquella locura surgida de un tiempo pretérito había terminado. El caso de Charles Dexter Ward se había cerrado. Abrió los ojos Willett antes de abandonar tambaleándose aquella habitación y pudo ver que la memoria no le había traicionado. Tal como había predicho, no había sido necesario ningún ácido. Porque al igual que su abominable retrato un año antes, Joseph Curwen yacía ahora en el suelo bajo la forma de una delgada capa de polvo gris azulado.

## EL ALQUIMISTA

---

H. P. Lovecraft<sup>37</sup>

Allá en lo alto, coronando la herbosa cima un montículo escarpado, de falda cubierta por los árboles nudosos de la selva primordial, se levanta la vieja mansión de mis antepasados. Durante siglos sus almenas han contemplado ceñudas el salvaje y accidentado terreno circundante, sirviendo de hogar y fortaleza para la casa altanera cuyo honrado linaje es más viejo aún que los muros cubiertos de musgo del castillo. Sus antiguos torreones, castigados durante generaciones por las tormentas, demolidos por el lento pero implacable paso del tiempo, formaban en la época feudal una de las más temidas y formidables fortalezas de toda Francia. Desde las aspilleras de sus parapetos y desde sus escarpadas almenas, muchos barones, condes y aun reyes han sido desafiados, sin que nunca resonara en sus espaciosos salones el paso del invasor.

Pero todo ha cambiado desde aquellos gloriosos años. Una pobreza rayana en la indigencia, unida a la altanería que impide aliviarla mediante el ejercicio del comercio, ha negado a los vástagos del linaje la oportunidad de mantener sus posesiones en su primitivo esplendor; y las derruidas piedras de los muros, la maleza que invade los patios, el foso seco y polvoriento, así como las baldosas sueltas, las tablazones comidas de gusanos y los deslucidos tapices del interior, todo narra un melancólico cuento de perdidas grandezas. Con el paso de las edades, primero una, luego otra, las cuatro torres fueron derrumbándose, hasta que tan sólo una sirvió de cobijo a los tristemente menguados descendientes de los otrora poderosos señores del lugar.

Fue en una de las vasta y lóbregas estancias de esa torre que aún seguía en pie donde yo, Antoine, el último de los desdichados y maldecidos condes de C., vine al mundo, hace diecinueve años. Entre esos muros, y entre las oscuras y sombrías frondas, los salvajes barrancos y las grutas de la ladera, pasaron los primeros años de mi atormentada vida. Nunca conocí a mis progenitores. Mi

---

<sup>37</sup> The alchemist.

padre murió a la edad de treinta y dos, un mes después de mi nacimiento, alcanzado por una piedra de uno de los abandonados parapetos del castillo; y, habiendo fallecido mi madre al darme a luz, mi cuidado y educación corrieron a cargo del único servidor que nos quedaba, un hombre anciano y fiel de notable inteligencia, que recuerdo que se llamaba Pierre. Yo no era más que un chiquillo, y la carencia de compañía que eso acarrearaba se veía aumentada por el extraño cuidado que mi añoso guardián se tomaba para privarme del trato de los muchachos campesinos, aquellos cuyas moradas se desperdigaban por los llanos circundantes en la base de la colina. Por entonces, Pierre me había dicho que tal restricción era debida a que mi nacimiento noble me colocaba por encima del trato con aquellos plebeyos compañeros. Ahora sé que su verdadera intención era ahorrarme los vagos rumores que corrían acerca de la espantosa maldición que afligía a mi linaje, cosas que se contaban en la noche y eran magnificadas por los sencillos aldeanos según hablaban en voz baja al resplandor del hogar en sus chozas.

Aislado de esa manera, librado a mis propios recursos, ocupaba mis horas de infancia en hojear los viejos tomos que llenaban la biblioteca del castillo, colmada de sombras, y en vagar sin ton ni son por el perpetuo crepúsculo del espectral bosque que cubría la falda de la colina. Fue quizás merced a tales contornos el que mi mente adquiriera pronto tintes de melancolía. Esos estudios y temas que tocaban lo oscuro y lo oculto de la naturaleza eran lo que más llamaban mi atención.

Poco fue lo que me permitieron saber de mi propia ascendencia, y lo poco que supe me sumía en hondas depresiones. Quizás, al principio, fue sólo la clara renuencia mostrada por mi viejo preceptor a la hora de hablarme de mi línea paterna lo que provocó la aparición de ese terror que yo sentía cada vez que se mentaba a mi gran linaje, aunque al abandonar la infancia conseguí fragmentos inconexos de conversación, dejados escapar involuntariamente por una lengua que ya iba traicionándolo con la llegada de la senilidad, y que tenían alguna relación con un particular acontecimiento que yo siempre había considerado extraño, y que ahora empezaba a volverse turbiamente terrible. A lo que me

refiero es a la temprana edad en la que los condes de mi linaje encontraban la muerte. Aunque hasta ese momento había considerado un atributo de familia el que los hombres fueran de corta vida, más tarde reflexioné en profundidad sobre aquellas muertes prematuras, y comencé a relacionarlas con los desvaríos del anciano, que a menudo mencionaba una maldición que durante siglos había impedido que las vidas de los portadores del título sobrepasaran la barrera de los treinta y dos años. En mi vigésimo segundo cumpleaños, el añoso Pierre me entregó un documento familiar que, según decía, había pasado de padre a hijo durante muchas generaciones y había sido continuado por cada poseedor. Su contenido era de lo más inquietante, y una lectura pormenorizada confirmó la gravedad de mis temores. En ese tiempo, mi creencia en lo sobrenatural era firme y arraigada, de lo contrario hubiera hecho a un lado con desprecio el increíble relato que tenía ante los ojos.

El papel me hizo retroceder a los tiempos del siglo XIII, cuando el viejo castillo en el que me hallaba era una fortaleza temida e inexpugnable. En él se hablaba de cierto anciano que una vez vivió en nuestras posesiones, alguien de no pocos talentos, aunque su rango apenas rebasaba el de campesino; era de nombre Michel, de usual sobrenombre Mauvais, el malhadado, debido a su siniestra reputación. A pesar de su clase, había estudiado, buscando cosas tales como la piedra filosofal y el elixir de la eterna juventud, y tenía fama de ducho en los terribles arcanos de la magia negra y la alquimia. Michel Mauvais tenía un hijo llamado Charles, un mozo tan avezado como él mismo en las artes ocultas, habiendo sido por ello apodado Le Sorcier, el brujo. Ambos, evitados por las gentes de bien, eran sospechosos de las prácticas más odiosas. El viejo Michel era acusado de haber quemado viva a su esposa, a modo de sacrificio al diablo, y, en lo tocante a las incontables desapariciones de hijos pequeños de campesinos, se tendía a señalar su puerta. Pero, a través de las oscuras naturalezas de padre e hijo brillaba un rayo de humanidad y redención; el malvado viejo quería a su retoño con fiera intensidad, mientras que el mozo sentía por su padre una devoción más que filial.

Una noche el castillo de la colina se encontró sumido en la más tremenda de las confusiones por la desaparición del joven Godfrey, hijo del conde Henri. Un grupo de búsqueda, encabezado por el frenético padre, invadió la choza de los brujos, hallando al viejo Michel Mauvais mientras trasteaba en un inmenso caldero que bullía violentamente. Sin más demora, llevado de furia y desesperación desbocadas, el conde puso sus manos sobre el anciano mago y, al aflojar su abrazo mortal, la víctima ya había expirado. Entretanto, los alegres criados proclamaban el descubrimiento del joven Godfrey en una estancia lejana y abandonada del edificio, anunciándolo muy tarde, ya que el pobre Michel había sido muerto en vano. Al dejar el conde y sus amigos la mísera cabaña del alquimista, la figura de Charles Le Sorcier hizo acto de presencia bajo los árboles. La charla excitada de los domésticos más próximos le reveló lo sucedido, aunque pareció indiferente en un principio al destino de su padre. Luego, yendo lentamente al encuentro del conde, pronunció con voz apagada pero terrible la maldición que, en adelante, afligiría a la casa de C.

*«Nunca sea que un noble de tu stirpe homicida*

*Viva para alcanzar mayor edad de la que ahora posees»*

proclamó cuando, repentinamente, saltando hacia atrás al negro bosque, sacó de su túnica una redoma de líquido incoloro que arrojó al rostro del asesino de su padre, desapareciendo al amparo de la negra cortina de la noche. El conde murió sin decir palabra y fue sepultado al día siguiente, con apenas treinta y dos años. Nunca descubrieron rastro del asesino, aunque implacables bandas de campesinos batieron las frondas cercanas y las praderas que rodeaban la colina.

El tiempo y la falta de recordatorios aminoraron la idea de la maldición de la mente de la familia del conde muerto; así que cuando Godfrey, causante inocente de toda la tragedia y ahora portador de un título, murió traspasado por una flecha en el transcurso de una cacería, a la edad de treinta y dos años, no hubo otro pensamiento que el de pesar por su deceso. Pero cuando, años después, el nuevo joven conde, de nombre Robert, fue encontrado muerto en un campo cercano y sin mediar causa aparente, los campesinos dieron en murmurar acerca de que su amo apenas sobrepasaba los treinta y dos cumpleaños cuando fue

sorprendido por su temprana muerte. Louis, hijo de Robert, fue descubierto ahogado en el foso a la misma fatídica edad, y, desde ahí, la crónica ominosa recorría los siglos: Henris, Roberts, Antoinnes y Armands privados de vidas felices y virtuosas cuando apenas rebasaban la edad que tuviera su infortunado antepasado al morir.

Según lo leído, parecía cierto que no me quedaban sino once años. Mi vida, tenida hasta entonces en tan poco, se me hizo ahora más preciosa a cada día que pasaba, y me fui progresivamente sumergiendo en los misterios del oculto mundo de la magia negra. Solitario como era, la ciencia moderna no me había perturbado y trabajaba como en la Edad Media, tan empeñado como estuvieran el viejo Michel y el joven Charles en la adquisición de saber demonológico y alquímico. Aunque leía cuanto caía en mis manos, no encontraba explicación para la extraña maldición que afligía a mi familia. En los pocos momentos de pensamiento racional, podía llegar tan lejos como para buscar alguna explicación natural, atribuyendo las tempranas muertes de mis antepasados al siniestro Charles Le Sorcier y sus herederos; pero descubriendo tras minuciosas investigaciones que no había descendientes conocidos del alquimista, me volví nuevamente a los estudios ocultos y de nuevo me esforcé en encontrar un hechizo capaz de liberar a mi estirpe de esa terrible carga. En algo estaba plenamente resuelto. No me casaría jamás, y, ya que las ramas restantes de la familia se habían extinguido, pondría fin conmigo a la maldición.

Cuando yo frisaba los treinta, el viejo Pierre fue reclamado por el otro mundo. Lo enterré sin ayuda bajo las piedras del patio por el que tanto gustara de deambular en vida. Así quedé para meditar en soledad, siendo el único ser humano de la gran fortaleza, y en el total aislamiento mi mente fue dejando de rebelarse contra la maldición que se avecinaba para casi llegar a acariciar ese destino con el que se habían encontrado tantos de mis antepasados. Pasaba mucho tiempo explorando las torres y los salones ruinosos y abandonados del viejo castillo, que el temor juvenil me había llevado a rehuir y que, al decir del viejo Pierre, no habían sido hollados por ser humano durante casi cuatro siglos. Muchos de los objetos hallados resultaban extraños y espantosos. Mis ojos



descubrieron muebles cubiertos por polvo de siglos, desmoronándose en la putridez de largas exposiciones a la humedad. Telarañas en una profusión nunca antes vista brotaban por doquier, e inmensos murciélagos agitaban sus alas huesudas e inmensas por todos lados en las, por otra parte, vacías tinieblas.

Guardaba el cálculo más cuidadoso de mi edad exacta, aun de los días y horas, ya que cada oscilación del péndulo del gran reloj de la biblioteca desgranaba una pizca más de mi condenada existencia. Al final estuve cerca del momento tanto tiempo contemplado con aprensión. Dado que la mayoría de mis antepasados fueron abatidos poco después de llegar a la edad exacta que tenía el conde Henri al morir, yo aguardaba en cualquier instante la llegada de una muerte desconocida. En qué extraña forma me alcanzaría la maldición, eso no sabía decirlo; pero estaba decidido a que, al menos, no me encontrara atemorizado o pasivo. Con renovado vigor, me apliqué al examen del viejo castillo y cuanto contenía.

El suceso culminante de mi vida tuvo lugar durante una de mis exploraciones más largas en la parte abandonada del castillo, a menos de una semana de la fatídica hora que yo sabía había de marcar el límite final a mi estancia en la tierra, más allá de la cual yo no tenía siquiera atisbos de esperanza de conservar el hálito. Había empleado la mejor parte de la mañana yendo arriba y abajo por las escaleras medio en ruinas, en uno de los más castigados de los antiguos torreones. En el transcurso de la tarde me dediqué a los niveles inferiores, bajando a lo que parecía ser un calabozo medieval o quizás un polvorín subterráneo, más bajo. Mientras deambulaba lentamente por los pasadizos llenos de incrustaciones al pie de la última escalera, el suelo se tornó sumamente húmedo y pronto, a la luz de mi trémula antorcha, descubrí que un muro sólido, manchado por el agua, impedía mi avance. Girándome para volver sobre mis pasos, fui a poner los ojos sobre una pequeña trampilla con anillo, directamente bajo mis pies. Deteniéndome, logré alzarla con dificultad, descubriendo una negra abertura de la que brotaban tóxicas humaredas que hicieron chisporrotear mi antorcha, a cuyo titubeante resplandor vislumbré una escalera de piedra. Tan pronto como la antorcha, que yo había abatido hacia las

repelentes profundidades, ardió libre y firmemente, emprendí el descenso. Los peldaños eran muchos y llevaban a un angosto pasadizo de piedra que supuse muy por debajo del nivel del suelo. Este túnel resultó de gran longitud y finalizaba en una masiva puerta de roble, rezumante con la humedad del lugar, que resistió firmemente cualquier intento mío de abrirla. Cesando tras un tiempo en mis esfuerzos, me había vuelto un trecho hacia la escalera, cuando sufrí de repente una de las impresiones más profundas y enloquecedoras que pueda concebir la mente humana. Sin previo aviso, escuché crujir la pesada puerta a mis espaldas, girando lentamente sobre sus oxidados goznes. Mis inmediatas sensaciones no son susceptibles de análisis. Encontrarme en un lugar tan completamente abandonado como yo creía que era el viejo castillo, ante la prueba de la existencia de un hombre o un espíritu, provocó a mi mente un horror de lo más agudo que pueda imaginarse. Cuando al fin me volví y encaré la fuente del sonido, mis ojos debieron desorbitarse ante lo que veían. En un antiguo marco gótico se encontraba una figura humana. Era un hombre vestido con un casquete y una larga túnica medieval de color oscuro. Sus largos cabellos y frondosa barba eran de un negro intenso y terrible, de increíble profusión. Su frente, más alta de lo normal; sus mejillas, consumidas, llenas de arrugas; y sus manos largas, semejantes a garras y nudosas, eran de una mortal y marmórea blancura como nunca antes viera en un hombre. Su figura, enjuta hasta asemejarla a un esqueleto, estaba extrañamente cargada de hombros y casi perdida dentro de los voluminosos pliegues de su peculiar vestimenta. Pero lo más extraño de todo eran sus ojos, cavernas gemelas de negrura abisal, profundas en saber, pero inhumanas en su maldad. Ahora se clavaban en mí, lacerando mi alma con su odio, manteniéndome sujeto al sitio. Pon fin, la figura habló con una voz retumbante que me hizo estremecer debido a su honda impiedad e implícita malevolencia. El lenguaje empleado en su discurso era el decadente latín usado por los menos eruditos durante la Edad Media, y pude entenderlo gracias a mis prolongadas investigaciones en los tratados de los viejos alquimistas y demonólogos. Esa aparición hablaba de la maldición suspendida sobre mi casa, anunciando mi próximo fin, e hizo hincapié en el crimen cometido por mi

antepasado contra el viejo Michel Mauvais, recreándose en la venganza de Charles le Sorcier. Relató cómo el joven Charles había escapado al amparo de la noche, volviendo al cabo de los años para matar al heredero Godfrey con una flecha, en la época en que éste alcanzó la edad que tuviera su padre al ser asesinado; cómo había vuelto en secreto al lugar, estableciéndose ignorado en la abandonada estancia subterránea, la misma en cuyo umbral se recortaba ahora el odioso narrador. Cómo había apresado a Robert, hijo de Godfrey, en un campo, forzándolo a ingerir veneno y dejándolo morir a la edad de treinta y dos, manteniendo así la loca profecía de su vengativa maldición. Entonces me dejó imaginar cuál era la solución de la mayor de las incógnitas: cómo la maldición había continuado desde el momento en que, según las leyes de la naturaleza, Charles le Sorcier hubiera debido morir, ya que el hombre se perdió en digresiones, hablándome sobre los profundos estudios de alquimia de los dos magos, padre e hijo, y explayándose sobre la búsqueda de Charles le Sorcier del elixir que podría garantizarle el goce de vida y juventud eternas.

Por un instante su entusiasmo pareció desplazar de aquellos ojos terribles el odio mostrado en un principio, pero bruscamente volvió el diabólico resplandor y, con un estremecedor sonido que recordaba el siseo de una serpiente, alzó una redoma de cristal con evidente intención de acabar con mi vida, tal como hiciera Charles le Sorcier seiscientos años antes con mi antepasado. Llevado por algún protector instinto de autodefensa, luché contra el encanto que me había tenido inmóvil hasta ese momento, y arrojé mi antorcha, ahora moribunda, contra el ser que amenazaba mi vida. Escuché cómo la ampolla se rompía de forma inocua contra las piedras del pasadizo mientras la túnica del extraño personaje se incendiaba, alumbrando la horrible escena con un resplandor fantasmal. El grito de espanto y de maldad impotente que lanzó el frustrado asesino resultó demasiado para mis nervios, ya estremecidos, y caí desmayado al suelo fangoso.

Cuando por fin recobré el conocimiento, todo estaba espantosamente a oscuras y, recordando lo ocurrido, temblé ante la idea de tener que soportar aún más; pero fue la curiosidad lo que acabó imponiéndose. ¿Quién, me preguntaba,

era este malvado personaje, y cómo había llegado al interior del castillo? ¿Por qué podía querer vengar la muerte del pobre Michel Mauvais y cómo se había transmitido la maldición durante el gran número de siglos pasados desde la época de Charles le Sorcier? El peso del espanto, sufrido durante años, desapareció de mis hombros, ya que sabía que aquel a quien había abatido era lo que hacía peligrosa la maldición, y, viéndome ahora libre, ardía en deseos de saber más del ser siniestro que había perseguido durante siglos a mi linaje, y que había convertido mi propia juventud en una interminable pesadilla. Dispuesto a seguir explorando, me tanteé los bolsillos en busca de eslabón y pedernal, y encendí la antorcha de repuesto. Enseguida, la luz renacida reveló el cuerpo retorcido y achicharrado del misterioso extraño. Esos ojos espantosos estaban ahora cerrados. Desasosegado por la visión, me giré y accedí a la estancia que había al otro lado de la puerta gótica. Allí encontré lo que parecía ser el laboratorio de un alquimista. En una esquina se encontraba una inmensa pila de reluciente metal amarillo que centelleaba de forma portentosa a la luz de la antorcha. Debía de tratarse de oro, pero no me detuve a cerciorarme, ya que estaba afectado de forma extraña por la experiencia sufrida. Al fondo de la estancia había una abertura que conducía a uno de los muchos barrancos abiertos en la oscura ladera boscosa. Lleno de asombro, aunque sabedor ahora de cómo había logrado ese hombre llegar al castillo, me volví. Intenté pasar con el rostro vuelto junto a los restos de aquel extraño, pero, al acercarme, creí oírle exhalar débiles sonidos, como si la vida no hubiera escapado por completo de él. Horrorizado, me incliné para examinar la figura acurrucada y abrasada del suelo. Entonces esos horribles ojos, mas oscuros que la cara quemada donde se albergaban, se abrieron para mostrar una expresión imposible de identificar. Los labios agrietados intentaron articular palabras que yo no acababa de entender. Una vez capté el nombre de Charles le Sorcier y en otra ocasión pensé que las palabras «años» y «maldición» brotaban de esa boca retorcida. A pesar de todo, no fui capaz de encontrar un significado a su habla entrecortada. Ante mi evidente ignorancia, los ojos como pozos relampaguearon una vez más malévolamente en mi contra, hasta el punto de que, inerme como veía a mi enemigo, me sentí estremecer al observarlo.

Súbitamente, aquel miserable, animado por un último rescoldo de energía, alzó su espantosa cabeza del suelo húmedo y hundido. Entonces, recuerdo que, estando yo paralizado por el miedo, recuperó la voz y con aliento agonizante vociferó las palabras que en adelante habrían de perseguirme durante todos los días y las noches de mi vida.

— ¡Necio! — gritaba —. ¿No puedes adivinar mi secreto? ¿No tienes bastante cerebro como para reconocer la voluntad que durante seis largos siglos ha perpetuado la espantosa maldición sobre los tuyos? ¿No te he hablado del gran elixir de la eterna juventud? ¿No sabes quién desveló el secreto de la alquimia? ¡Pues fui yo! ¡Yo! ¡Yo! *¡Yo que he vivido durante seiscientos años para perpetuar mi venganza,* PORQUE YO SOY CHARLES LE SORCIER!

---

## EL EXTRAÑO

---

H. P. Lovecraft<sup>38</sup>

Infeliz es aquél a quien sus recuerdos infantiles sólo traen miedo y tristeza. Desgraciado aquél que vuelve la mirada hacia horas solitarias en bastos y lúgubres recintos de cortinados marrones y alucinantes hileras de antiguos volúmenes, o hacia pavorosas vigiliass a la sombra de árboles descomunales y grotescos, cargados de enredaderas, que agitan silenciosamente en las alturas sus ramas retorcidas. Tal es lo que los dioses me destinaron... a mí, el aturdido, el frustrado, el estéril, el arruinado y sin embargo, me siento extrañamente satisfecho y me aferro con desesperación a esos recuerdos marchitos cada vez que mi mente amenaza con ir más allá, hacia el otro. No sé dónde nací, salvo que el castillo era infinitamente horrible, lleno de pasadizos oscuros y con altos cielos rasos donde la mirada sólo hallaba telarañas y sombras. Las piedras de los agrietados corredores estaban siempre odiosamente húmedas y por doquier se

---

<sup>38</sup> The outsider.

percibía un olor maldito, como de pilas de cadáveres de generaciones muertas. Jamás había luz, por lo que solía encender velas y quedarme mirándolas fijamente en busca de alivio; tampoco afuera brillaba el sol, ya que esas terribles arboledas se elevaban por encima de la torre más alta. Una sola, una torre negra, sobrepasaba el ramaje y salía al cielo abierto y desconocido, pero estaba casi en ruinas y sólo se podía ascender a ella por un escarpado muro poco menos que imposible de escalar.

Debo haber vivido años en ese lugar, pero no puedo medir el tiempo. Seres vivos debieron haber atendido a mis necesidades, y sin embargo no puedo rememorar a persona alguna excepto yo mismo, ni ninguna cosa viviente salvo ratas, murciélagos y arañas, silenciosos todos. Supongo que, quienquiera me haya cuidado, debió haber sido asombrosamente viejo, puesto que mi primera representación mental de una persona viva fue la de algo semejante a mí, pero retorcido, marchito y deteriorado como el castillo. Para mí no tenían nada de grotescos los huesos y los esqueletos esparcidos por las criptas de piedra cavadas en las profundidades de los cimientos. En mi fantasía asociaba estas cosas con los hechos cotidianos y los hallaba más reales que las figuras en colores de seres vivos que veía en muchos libros mohosos. En esos libros aprendí todo lo que sé. Maestro alguno me urgió o me guió, y no recuerdo haber escuchado en todos esos años voces humanas..., ni siquiera la mía; ya que, si bien había leído acerca de la palabra hablada nunca se me ocurrió hablar en voz alta. Mi aspecto era asimismo una cuestión ajena a mi mente, ya que no había espejos en el castillo y me limitaba, por instinto, a verme como un semejante de las figuras juveniles que veía dibujadas o pintadas en los libros. Tenía conciencia de la juventud a causa de lo poco que recordaba.

Afuera, tendido en el pútrido foso, bajo los árboles tenebrosos y mudos, solía pasarme horas enteras soñando lo que había leído en los libros; añoraba verme entre gentes alegres, en el mundo soleado allende de la floresta interminable. Una vez traté de escapar del bosque, pero a medida que me alejaba del castillo las sombras se hacían más densas y el aire más impregnado de crecientes temores, de modo que eché a correr frenéticamente por el camino

andado, no fuera a extraviarme en un laberinto de lúgubre silencio. Y así, a través de crepúsculos sin fin, soñaba y esperaba, aún cuando no supiera qué. Hasta que en mi negra soledad, el deseo de luz se hizo tan frenético que ya no pude permanecer inactivo y mis manos suplicantes se elevaron hacia esa única torre en ruinas que por encima de la arboleda se hundía en el cielo exterior e ignoto. Y por fin resolví escalar la torre, aunque me cayera; ya que mejor era vislumbrar un instante el cielo y perecer, que vivir sin haber contemplado jamás el día. A la húmeda luz crepuscular subí los vetustos peldaños de piedra hasta llegar al nivel donde se interrumpían, y de allí en adelante, trepando por pequeñas entrantes donde apenas cabía un pie, seguí mi peligrosa ascensión. Horrendo y pavoroso era aquel cilindro rocoso, inerte y sin peldaños; negro, ruinoso y solitario, siniestro con su mudo aleteo de espantados murciélagos. Pero más horrenda aún era la lentitud de mi avance, ya que por más que trepase, las tinieblas que me envolvían no se disipaban y un frío nuevo, como de moho venerable y embrujado, me invadió. Tiritando de frío me preguntaba por qué no llegaba a la claridad, y, de haberme atrevido, habría mirado hacia abajo. Antojóseme que la noche había caído de pronto sobre mí y en vano tanteé con la mano libre en busca del antepecho de alguna ventana por la cual espiar hacia afuera y arriba y calcular a qué altura me encontraba. De pronto, al cabo de una interminable y espantosa ascensión a ciegas por aquel precipicio cóncavo y desesperado, sentí que la cabeza tocaba algo sólido; supe entonces que debía haber ganado la terraza o, cuando menos, alguna clase de piso. Alcé la mano libre y, en la oscuridad, palpé un obstáculo, descubriendo que era de piedra e inamovible. Luego vino un mortal rodeo a la torre, aferrándome de cualquier soporte que su viscosa pared pudiera ofrecer; hasta que finalmente mi mano, tanteando siempre, halló un punto donde la valla cedía y reanudé la marcha hacia arriba, empujando la losa o puerta con la cabeza, ya que utilizaba ambas manos en mi cauteloso avance. Arriba no apareció luz alguna y, a medida que mis manos iban más y más alto, supe que por el momento mi ascensión había terminado, ya que la puerta daba a una abertura que conducía a una superficie plana de piedra, de mayor circunferencia que la torre inferior, sin duda el piso de alguna elevada y

espaciosa cámara de observación. Me deslicé sigilosamente por el recinto tratando que la pesada losa no volviera a su lugar, pero fracasé en mi intento. Mientras yacía exhausto sobre el piso de piedra, oí el alucinante eco de su caída, pero con todo tuve la esperanza de volver a levantarla cuando fuese necesario.

Creyéndome ya a una altura prodigiosa, muy por encima de las odiadas ramas del bosque, me incorporé fatigosamente y tanteé la pared en busca de alguna ventana que me permitiese mirar por vez primera el cielo y esa luna y esas estrellas sobre las que había leído. Pero ambas manos me decepcionaron, ya que todo cuanto hallé fueron amplias estanterías de mármol cubiertas de aborrecibles cajas oblongas de inquietante dimensión. Más reflexionaba y más me preguntaba qué extraños secretos podía albergar aquel alto recinto construido a tan inmensa distancia del castillo subyacente. De pronto mis manos tropezaron inesperadamente con el marco de una puerta, del cual colgaba una plancha de piedra de superficie rugosa a causa de las extrañas incisiones que la cubrían. La puerta estaba cerrada, pero haciendo un supremo esfuerzo superé todos los obstáculos y la abrí hacia adentro. Hecho esto, invadióme el éxtasis más puro jamás conocido; a través de una ornamentada verja de hierro, y en el extremo de una corta escalinata de piedra que ascendía desde la puerta recién descubierta, brillando plácidamente en todo su esplendor estaba la luna llena, a la que nunca había visto antes, salvo en sueños y en vagas visiones que no me atrevía a llamar recuerdos. Seguro ahora de que había alcanzado la cima del castillo, subí rápidamente los pocos peldaños que me separaban de la verja; pero en eso una nube tapó la luna haciéndome tropezar, y en la oscuridad tuve que avanzar con mayor lentitud. Estaba todavía muy oscuro cuando llegué a la verja, que hallé abierta tras un cuidadoso examen pero que no quise trasponer por temor de precipitarme desde la increíble altura que había alcanzado. Luego volvió a salir la luna.

De todos los impactos imaginables, ninguno tan demoníaco como el de lo insondable y grotescamente inconcebible. Nada de lo soportado antes podía compararse al terror de lo que ahora estaba viendo; de las extraordinarias maravillas que el espectáculo implicaba. El panorama en sí era tan simple como



asombroso, ya que consistía meramente en esto: en lugar de una impresionante perspectiva de copas de árboles vistas desde una altura imponente, extendíase a mi alrededor, al mismo nivel de la verja, nada menos que la tierra firme, separada en compartimentos diversos por medio de lajas de mármol y columnas, y sombreada por una antigua iglesia de piedra cuyo devastado capitel brillaba fantasmagóricamente a la luz de la luna. Medio inconsciente, abrí la verja y avancé bamboleándome por la senda de grava blanca que se extendía en dos direcciones. Por aturdida y caótica que estuviera mi mente, persistía en ella ese frenético anhelo de luz, ni siquiera el pasmoso descubrimiento de momentos antes podía detenerme. No sabía, ni me importaba, si mi experiencia era locura, enajenación o magia, pero estaba resuelto a ir en pos de luminosidad y alegría a toda costa. No sabía quién o qué era yo, ni cuáles podían ser mi ámbito y mis circunstancias; sin embargo, a medida que proseguía mi tambaleante marcha, se insinuaba en mí una especie de tímido recuerdo latente que hacía mi avance no del todo fortuito, sin rumbo fijo por campo abierto; unas veces sin perder de vista el camino, otras abandonándolo para internarme, lleno de curiosidad, por praderas en las que sólo alguna ruina ocasional revelaba la presencia, en tiempos remotos, de una senda olvidada. En un momento dado tuve que cruzar a nado un rápido río cuyos restos de mampostería agrietada y mohosa hablaban de un puente mucho tiempo atrás desaparecido.

Habían transcurrido más de dos horas cuando llegué a lo que aparentemente era mi meta: un venerable castillo cubierto de hiedras, enclavado en un gran parque de espesa arboleda, de alucinante familiaridad para mí, y sin embargo lleno de intrigantes novedades. Vi que el foso había sido rellenado y que varias de las torres que yo bien conocía estaban demolidas, al mismo tiempo que se erguían nuevas alas que confundían al espectador. Pero lo que observé con el máximo interés y deleite fueron las ventanas abiertas, inundadas de esplendorosa claridad y que enviaban al exterior ecos de la más alegre de las francachelas.

Adelantándome hacia una de ellas, miré el interior y vi un grupo de personas extrañamente vestidas, que departían entre sí con gran jarana. Como

jamás había oído la voz humana, apenas sí podía adivinar vagamente lo que decían. Algunas caras tenían expresiones que despertaban en mí remotísimos recuerdos; otras me eran absolutamente ajenas. Salté por la ventana y me introduje en la habitación, brillantemente iluminada, a la vez que mi mente saltaba del único instante de esperanza al más negro de los desalientos. La pesadilla no tardó en venir, ya que, no bien entré, se produjo una de las más aterradoras reacciones que hubiera podido concebir. No había terminado de cruzar el umbral cuando cundió entre todos los presentes un inesperado y súbito pavor, de horrible intensidad, que distorsionaba los rostros y arrancaba de todas las gargantas los chillidos más espantosos. El desbande fue general, y en medio del griterío y del pánico varios sufrieron desmayos, siendo arrastrados por los que huían enloquecidos. Muchos se taparon los ojos con las manos y corrían a ciegas llevándose todo por delante, derribando los muebles y dándose contra las paredes en su desesperado intento de ganar alguna de las numerosas puertas.

Solo y aturdido en el brillante recinto, escuchando los ecos cada vez más apagados de aquellos espeluznantes gritos, comencé a temblar pensando qué podía ser aquello que me acechaba sin que yo lo viera. A primera vista el lugar parecía vacío, pero cuando me dirigí a una de las alcobas creí detectar una presencia... un amago de movimiento del otro lado del arco dorado que conducía a otra habitación, similar a la primera. A medida que me aproximaba a la arcada comencé a percibir la presencia con más nitidez; y luego, con el primero y último sonido que jamás emití - un aullido horrendo que me repugnó casi tanto como su morbosa causa -, contemplé en toda su horrible intensidad el inconcebible, indescriptible, inenarrable monstruo que, por obra de su mera aparición, había convertido una alegre reunión en una horda de delirantes fugitivos.

No puedo siquiera decir aproximadamente a qué se parecía, pues era un compuesto de todo lo que es impuro, pavoroso, indeseado, anormal y detestable. Era una fantasmagórica sombra de podredumbre, decrepitud y desolación; la pútrida y viscosa imagen de lo dañino; la atroz desnudez de algo que la tierra misericordiosa debería ocultar por siempre jamás. Dios sabe que no era de este mundo - o al menos había dejado de serlo -, y sin embargo, con enorme horror de

mi parte, pude ver en sus rasgos carcomidos, con huesos que se entreveían, una repulsiva y lejana reminiscencia de formas humanas; y en sus enmohecidas y destrozadas ropas, una indecible cualidad que me estremecía más aún.

Estaba casi paralizado, pero no tanto como para no hacer un débil esfuerzo hacia la salvación: un tropezón hacia atrás que no pudo romper el hechizo en que me tenía apresado el monstruo sin voz y sin nombre. Mis ojos, embrujados por aquellos asqueantes ojos vítreos que los miraba fijamente, se negaba a cerrarse, si bien el terrible objeto, tras el primer impacto, se veía ahora más confuso. Traté de levantar la mano y disipar la visión, pero estaba tan anonadado que el brazo no respondió por entero a mi voluntad. Sin embargo, el intento fue suficiente como para alterar mi equilibrio y, bamboleándome, di unos pasos hacia adelante para no caer. Al hacerlo adquirí de pronto la angustiosa noción de la proximidad de la cosa, cuya inmundada respiración tenía casi la impresión de oír. Poco menos que enloquecido, pude no obstante adelantar una mano para detener a la fétida imagen, que se acercaba más y más, cuando de pronto, mis dedos tocaron la extremidad putrefacta que el monstruo extendía por debajo del arco dorado.

No chillé, pero todos los satánicos vampiros que cabalgan en el viento de la noche lo hicieron por mí, a la vez que dejaron caer en mi mente una avalancha de anonadantes recuerdos. Supe en ese mismo instante todo lo ocurrido; recordé hasta más allá del terrorífico castillo y sus árboles; reconocí el edificio en el cual me hallaba; reconocí, lo más terrible, la impía abominación que se erguía ante mí, mirándome de soslayo mientras apartaba de los suyos mis dedos manchados. Pero en el cosmos existe el bálsamo además de la amargura, y ese bálsamo es el olvido. En el supremo horror de ese instante olvidé lo que me había espantado y el estallido del recuerdo se desvaneció en un caos de reiteradas imágenes. Como entre sueños, salí de aquel edificio fantasmal y execrado y eché a correr rauda y silenciosamente a la luz de la luna. Cuando retorné al mausoleo de mármol y descendí los peldaños, encontré que no podía mover la trampa de piedra; pero no lo lamenté, ya que había llegado a odiar el viejo castillo y sus árboles. Ahora cabalgo junto a los fantasmas, burlones y cordiales, al viento de la noche, y

durante el día juego entre las catacumbas de Nefre-Ka, en el recóndito y desconocido valle de Hadoth, a orillas del Nilo. Sé que la luz no es para mí, salvo la luz de la luna sobre las tumbas de roca de Neb, como tampoco es para mí la alegría, salvo las innominadas fiestas de Nitokris bajo la Gran Pirámide; y sin embargo en mi nueva y salvaje libertad, agradezco casi la amargura de la alienación.

Pues aunque el olvido me ha dado la calma, no por eso ignoro que soy un extranjero; un extraño a este siglo y a todos los que aún son hombres. Esto es lo que supe desde que extendí mis dedos hacia esa cosa abominable surgida en aquel gran marco dorado; desde que extendí mis dedos y toqué una fría e inexorable superficie de pulido espejo.

---

## **LA HERMANDAD NEGRA**

---

**H. P. LOVECRAFT & AUGUST DERLETH<sup>39</sup>**

Probablemente las circunstancias que rodearon la misteriosa destrucción por el fuego de una abandonada casa situada en una colina, a orillas del Seekonk, en un distrito poco habitado entre los puentes de Washington y Red, no llegarán a conocerse nunca. La policía fue acosada por el número habitual de maniáticos que se ofrecían para facilitar informes sobre el asunto. Nadie más insistente que Arthur Phillips, el descendiente de una vieja familia del East Side, residente desde hacía mucho en la calle Angell. Era un joven algo extraño y a la vez formal; preparó un relato de los acontecimientos que, según él, condujeron al incendio. Aunque la policía habló con todas las personas mencionadas en el relato del señor Phillips, no obtuvo ninguna confirmación. Solamente sirvió de apoyo a la alegación del señor Phillips la declaración de una bibliotecaria del

---

<sup>39</sup> The dark brotherhood (1966).

Ateneo, en el sentido de que, efectivamente, el señor Phillips se había reunido allí con la señorita Rose Dexter. A continuación se reproduce su relato.

## I

Por la noche, las calles de cualquiera de las ciudades de la Costa Este proporcionan al paseante nocturno visiones de lo extraño y lo terrible, de lo macabro y de lo insólito: al amparo de la oscuridad, salen de las rendijas y grietas, de las buhardillas y callejones de la ciudad aquellos seres humanos que, por razones tenebrosas y remotas, se guarecen durante el día en sus grises nichos. Ellos son los deformes, los solitarios, los enfermos, los ancianos, los perseguidos, y esas almas perdidas que están siempre buscándose a sí mismas bajo el manto de la noche, que les es más beneficioso de lo que jamás puede serlo para ellos la fría luz del día. Son los heridos por la vida, los mutilados, hombres y mujeres que nunca se han recuperado de los traumas de la niñez, o que han buscado experiencias no permitidas al hombre. En cualquier lugar en que la sociedad humana se ha concentrado por un período de tiempo considerable, allí están ellos, aunque sólo se les ve surgir en las horas de oscuridad, como mariposas nocturnas que se mueven en los alrededores de sus guaridas por breves horas antes de huir de nuevo cuando surge la luz del sol.

Como había sido un niño solitario al que dejaban hacer lo que le daba la gana, debido a mi persistente falta de salud, desarrollé muy pronto el hábito de deambular por las noches, al principio sólo en la calle Angell y la vecindad donde viví durante mi niñez, y luego, poco a poco, en un círculo más amplio de mi nativa Providence. Durante el día, si lo permitía mi salud, paseaba por el río Seekonk desde la ciudad hasta el campo abierto, o cuando me encontraba fuerte, jugaba con unos compañeros escrupulosamente elegidos en una «casa-club» edificada en una zona boscosa no muy lejos de la ciudad. También me gustaba leer, y pasaba largas horas en la copiosa biblioteca de mi abuelo. Leía sin discriminación, y por lo tanto asimilaba una gran variedad de conocimientos, desde las filosofías griegas hasta la historia de la monarquía inglesa, de los secretos de la antigua alquimia a los experimentos de Niels Bohr, de la ciencia de

los papiros egipcios a los estudios regionales de Thomas Hardy. Mi abuelo era muy católico en sus gustos en materia de libros: desdeñaba la especialización, y de todo lo que compraba sólo conservaba lo que, según él, era bueno; esto representaba, en el conjunto de sus lecturas, una variedad inaudita y a menudo desconcertante.

Pero la ciudad nocturna superaba todo lo demás; caminar era lo que prefería a cualquier otra cosa, y salía por las noches, durante los años de mi niñez y los de mi adolescencia, en el curso de los cuales procuré - pues las enfermedades esporádicas impedían mi asistencia al colegio - bastarme a mí mismo y me volví más y más solitario. No podría decir ahora qué es lo que buscaba con tanta insistencia en la ciudad durante la noche, qué me atraía de las calles mal iluminadas, por qué merodeaba por la calle Benefit y los alrededores sombríos de la calle Poe, casi desconocidas en la extensa Providence, qué esperaba ver en las caras furtivas de otros paseantes nocturnos que se deslizaban y escabullían por las oscuras calles y pasajes de la ciudad. Quizá fuese para escapar a las más intensas realidades del día, lleno de insaciable curiosidad acerca de los secretos de la vida de la ciudad que sólo la noche podía descubrir. Cuando por fin finalicé mis estudios de secundaria, se esperaba que me dedicaría a otros menesteres. Pero no fue así. Mi salud era demasiado precaria para garantizarme la matrícula en la Universidad de Brown, adonde me habría gustado ir para continuar mis estudios. Esta restricción sirvió sólo para incrementar mis ocupaciones solitarias: dupliqué mis horas de lectura y aumentó el tiempo durante el que paseaba por las noches, con la compensación de dormir durante las horas del día. Sin embargo, me las arreglaba para llevar una existencia normal; no abandoné a mi madre viuda, ni a mis tías, con quienes vivíamos. Mis compañeros de juventud se habían alejado de mí, pero me encontré con Rose Dexter, descendiente de las primeras familias inglesas que se instalaron en Providence, de ojos negros, de proporciones singularmente atractivas y de facciones de gran belleza. a quien persuadí para que compartiese mis paseos nocturnos.

Con ella continué la exploración de la Providence nocturna, con un nuevo aliciente: el ansia de enseñar a Rose todo aquello que yo ya había descubierto en mis paseos por la ciudad. Al principio nos encontrábamos en el viejo Ateneo, y continuamos encontrándonos allí cada tarde, y desde sus portales nos introducíamos en la noche de la ciudad. Lo que para ella empezó como una ocurrencia del momento, pronto se convirtió en un hábito. Demostraba tanto deseo como yo por conocer los ocultos pasajes, y los caminos no utilizados desde hacía ya muchos años, y se sintió pronto como en su casa en medio de la ciudad nocturna, al igual que yo. Tampoco le gustaban las charlas intrascendentes, con lo que queda demostrado hasta qué punto nos complementábamos.

Durante algunos meses habíamos estado explorando Providence en esta forma, cuando una noche, en la calle Benefit, un hombre con una capa hasta la rodilla, sobre una ropa raída y arrugada, se acercó a nosotros. Le había visto antes al doblar la esquina: estaba a poca distancia de nosotros, detenido en la acera, y le observé al pasar delante de él. Me chocó, porque su cara de ojos negros y bigote, y el indomable pelo en la cabeza sin cubrir, me resultaron familiares. Además, al pasar, hizo intención de seguimos. Por fin nos alcanzó, me tocó en el hombro y habló conmigo.

- Señor – dijo -, ¿podría decirme cómo se va al cementerio donde estuvo Poe?

Se lo expliqué y después, movido por un repentino impulso, le sugerí que podíamos acompañarle adonde deseaba ir. Antes de que me diera cuenta plenamente de lo que había pasado, íbamos los tres caminando juntos. Observé en seguida con qué aire escrutador aquel individuo examinaba a mi compañera. Sin embargo, cualquier resentimiento que pudiese surgir en mí estaba descartado porque reconocía que el interés de ese extraño era inofensivo: resultaba más frío y crítico que pasional. También aproveché la ocasión para examinarle lo más atentamente posible, en los momentos fugaces en que la luz de las calles alumbraba el camino por el cual pasábamos, y me inquietaba cada vez más la certidumbre de que le conocía o le había conocido alguna vez.

Vestía totalmente de negro, excepto la camisa blanca y una ligera corbata de Windsor. Su ropa estaba muy arrugada, como si la hubiese llevado mucho tiempo sin haberse ocupado de ella, pero a primera vista no estaba sucia. Tenía la frente amplia, casi abovedada; bajo ella miraban con cierta obsesión sus oscuros ojos y el rostro se estrechaba hasta acabar en una pequeña y tiesa barbilla. Llevaba el pelo más largo de como se estilaba entre las gentes de mi edad, y sin embargo parecía pertenecer a esa misma generación; no aparentaba ser más de cinco años mayor que yo. Pero definitivamente, su vestimenta no era la de mi generación; aunque su aspecto era nuevo, parecía cortada con un patrón de una generación anterior.

- ¿Es usted forastero en Providence? - le pregunté.

- Estoy de paso - dijo en seguida.

- ¿Se interesa usted por Poe?

Asintió.

- ¿Qué sabe de él? - le pregunté.

- Muy poco – dijo -. ¿Podría usted contarme algo sobre él?

No hacía falta que me lo dijese dos veces. En seguida le solté un apunte biográfico del padre de las historias de detectives y maestro de los cuentos macabros, cuyas obras yo admiraba desde hacía mucho tiempo. Cité simplemente su romance con la señora Sara Helen Whitman, pues se refería a Providence y a la visita con la señora Whitman al cementerio al que nos dirigíamos. Pude observar que escuchaba con atención extasiada, y parecía estar grabando en su mente todo cuanto le decía. Pero no podía deducir de su rostro inexpresivo si lo que le contaba le agradaba o le desagradaba, ni qué interés podría tener en ello.

Por su parte, Rose era consciente de la atracción que provocaba, pero no se sentía avergonzada, quizá porque intuía que era debida a un interés distinto del amor. Sólo en el momento de preguntarle ella cómo se llamaba me di cuenta de que ignorábamos su nombre. Nos dio el de «señor Allan». Al oírlo, Rose sonrió casi imperceptiblemente; observé su sonrisa mientras paseábamos bajo una farola de la calle.



Una vez que supo nuestros nombres, nuestro acompañante no parecía interesado en nada más, y silenciosamente llegamos por fin al cementerio. Pensé que el señor Allan entraría, pero no tenía ese propósito; sólo pretendía localizarlo para poder volver de día. Era una sensata conclusión: para mí tenía atractivo a aquellas horas por haberlo pateado a menudo de noche, pero ofrecía poco encanto a un extraño, incapaz de ver nada en plena oscuridad.

Nos despedimos en la entrada, y Rose y yo continuamos.

- He visto a ese hombre antes en algún sitio - le dije a Rose cuando nos habíamos alejado lo suficiente para que no pudiera oírnos -. Pero no logro recordar dónde. Quizá en la biblioteca.

- Debe de haber sido en la biblioteca - contestó Rose con aquella risa quebrada tan frecuente en ella -. En un retrato de la pared.

- ¡Vamos! ¿Qué dices? - grité.

- ¡Pero si estoy segura de que te diste cuenta del parecido, Arthur! - dijo -. Incluso de su nombre. Se parece a Edgar Allan Poe.

En efecto, se parecía. En cuanto Rose lo dijo me di cuenta de la gran semejanza, incluso en su ropa, y en seguida califiqué al señor Allan de inofensivo idólatra de Poe. Un hombre tan obsesionado con su ídolo que iba a su estilo, incluso con una ropa pasada de moda. ¡Otro de los extraños ejemplares de la raza humana que callejeaban de noche por la ciudad!

- Bien, es el tipo más extraño que hemos encontrado desde que empezamos nuestros paseos - dije.

Su mano apretó mi brazo.

- Arthur, ¿no sentiste algo, algo extraño que emanaba de él?

- Bueno, supongo que algo «extraño» trasluce de todos nosotros, los que buscamos la oscuridad - dije -. En cierto modo, tendemos a crear nuestra propia realidad.

Pero mientras le contestaba, me daba cuenta de lo que quería decirme. Ya no había necesidad de la aclaración que buscaba ella afanosamente en las palabras de explicación que pronunció a continuación. Sí, había algo extraño en el señor Allan, y lo que había era una profunda falsedad. Se notaba, ahora lo veía

claro y lo aceptaba, en un buen número de cosas triviales, pero particularmente en la falta de expresión de sus facciones. Su forma de hablar, a pesar de haber sido poco locuaz, no tenía entonación, era casi mecánica. No había sonreído, ni se había alterado la expresión de su rostro. Había hablado con una precisión que sugería un distanciamiento de la mayoría de los hombres. Incluso el interés manifiesto que mostraba por Rose era más clínico que admirativo. Al tiempo que se despertaba mi curiosidad, creció en mí una bocanada de aprensión. Preferí llevar el tema de nuestra conversación por otros derroteros y acompañé a Rose a su casa.

## II

Era inevitable, sospecho, que me encontrase de nuevo con el señor Allan. Ocurrió dos noches después, no lejos de la puerta de mi casa. Quizá resulte absurdo, pero no pude evitar el pensamiento de que estaba esperándome, que su ansiedad por encontrarse conmigo era tan grande como la mía.

Le saludé jovialmente, como a un compañero nocturno más, y me di cuenta en seguida de que, aunque su voz remedaba mi propia jovialidad, ningún trazo de emoción asomaba a su rostro; permanecía absolutamente impasible, hierático, como diría un escritor romántico. Ni un atisbo de sonrisa aparecía en su rostro, ni había ningún reflejo en sus brillantes ojos negros. Y ahora, como me habían sugerido, pude apreciar que el parecido con Poe era asombroso, tanto que de haberme dicho el señor Allan que era descendiente de Poe, le habría creído sin dudar.

Pensé que se trataba de una curiosa coincidencia, y nada más. El señor Allan no hizo en esta ocasión ninguna mención de Poe o de nada relacionado con Providence. Parecía, era evidente, más interesado en escucharme que en hablar. Se mostraba tan singularmente hermético como si de hecho no nos hubiésemos visto antes. Pero tal vez buscaba algún terreno común, pues en cuanto mencioné que colaboraba con artículos semanales relacionados con la astronomía en el *Journal de Providence*, empezó a tomar parte en la conversación; lo que había sido durante algunas manzanas un monólogo, se convirtió en diálogo.

Pronto me di cuenta de que el señor Allan no era un novato en cuestiones astronómicas. Escuchaba ansiosamente mis puntos de vista, pero él mantenía los suyos, diferentes a los míos y a veces muy discutibles. No se mostró remiso en manifestar que no sólo era posible un viaje interplanetario, sino que innumerables estrellas, no sólo planetas de nuestro sistema solar, estaban habitadas.

- ¿Por seres humanos? - pregunté incrédulamente.

- ¿Por qué tendrían que ser seres humanos? – replicó -. La vida es única, no el hombre. Incluso aquí, en este planeta, la vida toma muchas formas.

Le pregunté si había leído las obras de Charles Fort.

No lo había hecho. No sabía nada de él, y al pedírmelo, le expliqué algunas de las teorías de Fort, así como los hechos que aducía para apoyar estas teorías. Vi que de cuando en cuando, mientras caminábamos, la cabeza de mi acompañante se balanceaba, aunque su cara permanecía inexpresiva; era como si estuviese de acuerdo. Y en una ocasión llegó a exclamar.

- Sí, así es. Lo que él dice es así.

Fue al hablar yo de objetos voladores no identificados vistos cerca de Japón durante la última mitad del siglo diecinueve.

- ¿Cómo puede afirmar eso? - interrogué.

Se lanzó a una extensa perorata, que podía resumirse así: en el terreno de la astronomía, todo científico que estuviera al día tenía la certeza de que no había vida solamente en la tierra. Por tanto, al igual que se podían concebir cuerpos celestes con formas de vida inferiores a la nuestra, otros podrían dar cabida a formas superiores. Si se aceptaba esta premisa, era perfectamente lógico que los viajes interplanetarios no tuvieran misterios para esas formas superiores y pudiesen, tras décadas de observación, familiarizarse con la Tierra y sus habitantes, así como con los demás planetas hermanos.

- ¿Con qué propósito? - le pregunté -. ¿Para hacer la guerra? ¿Para invadirnos?

- Un modo de vida tan desarrollado no tendría necesidad de emplear tales métodos primitivos – señaló -. Nos vigilan, al igual que nosotros vigilamos la

luna y escuchamos las señales de radio de los planetas. Nosotros estamos aún en las primeras etapas de la comunicación interplanetaria, y no digamos de los viajes espaciales, mientras que otras razas en estrellas remotas hace mucho que han superado ambas cosas.

- ¿Cómo puede hablar con tanta seguridad? - le pregunté entonces.

- Porque estoy convencido de ello. Seguramente habrá conocido a gente que ha llegado a conclusiones similares.

Admití que así era.

- ¿Se considera usted un hombre sin prejuicios por lo que respecta al tema?

Admití esto también.

- ¿Tanto es así que examinaría ciertas pruebas si le fueran presentadas?

- Ciertamente - repliqué, aunque no debió pasarle inadvertido mi escepticismo.

- Eso está bien - dijo -. Si nos permite a mí y a mis hermanos ir a su casa de la calle Angell, puede ser que le convenzamos de que hay vida en el espacio. No con forma humana, pero vida. Vida de unos seres poseedores de una inteligencia muy superior a la de los hombres más inteligentes.

Me resultaba cómica la magnitud de sus aseveraciones y de sus creencias, pero no lo demostré en ningún momento. Su confianza me hizo pensar otra vez en el cúmulo de personajes que pueden encontrarse entre los paseantes nocturnos de Providence. El señor Allan era un obseso de sus inauditas convicciones y como todos los obsesos ansiaba hacer proselitismo, convertir a la gente.

- Cuando quiera - dije como invitación -. Cuanto más tarde mejor, para dar tiempo a que mi madre se acueste. Los experimentos no le hacen gracia.

- ¿Digamos el próximo lunes por la noche?

- De acuerdo.

A partir de ese momento, mi acompañante no volvió a hablar del tema. Apenas se refirió a otras cuestiones, y de hecho me tocó a mí hablar todo el rato. Evidentemente se aburría; no habíamos recorrido tres manzanas cuando llegamos

a un callejón y allí el señor Allan se despidió de mí bruscamente, se volvió hacia el callejón y se lo tragó la oscuridad.

¿Estaría su casa al final del callejón?, pensé. De no ser así, tendría que salir inevitablemente por el otro extremo. Impulsivamente corrí alrededor de la manzana y me puse a esperar en una calle paralela, en las sombras. Desde allí podía observar la entrada del callejón sin ser visto.

El señor Allan salió tranquilamente del callejón antes de que me diera tiempo a recobrar la respiración. Esperaba que continuase a través del callejón, pero no fue así; bajó por la calle, y acelerando un poco el paso, continuó su camino. Movidó por la curiosidad, le seguí, procurando mantenerme oculto. Pero el señor Allan nunca se volvió a mirar. Con la mirada fija delante de él, no le vi dirigir la vista ni una sola vez siquiera a derecha o izquierda. Se dirigía claramente a un sitio determinado que sólo podía ser su casa, pues ya era más de medianoche.

Me fue fácil seguir a mi acompañante. Conocía bien estas calles, las conocía desde mi niñez. El señor Allan se dirigía al Seekonk, y mantuvo esta ruta, sin desviarse, hasta que llegó a una zona de Providence. Una vez allí, se dirigió hacia una casa que ya tiempo deshabitada. Se introdujo en ella, y no le volví a ver. Aguardé un poco más, esperando ver alguna luz encenderse en la casa, pero no fue así, y llegué a la conclusión de que se había acostado.

Afortunadamente me había mantenido en las sombras, puesto que al parecer el señor Allan no se había acostado. Parecía que había pasado por la casa y rodeado la manzana entera, pues de repente le vi acercarse a la casa, en la dirección en que habíamos venido, y una vez más pasó por delante del lugar en que me ocultaba, y se introdujo en la casa, de nuevo sin encender ninguna luz.

Esta vez, ciertamente, se quedó dentro. Esperé unos cinco minutos, quizá más; entonces di media vuelta y me encaminé hacia mi casa de la calle Angell, convencido de haber hecho lo mismo que el señor Allan la noche en que nos conocimos: me había seguido. Sí, había llegado a la conclusión de que nuestro encuentro esta noche no había sido fruto del azar, sino premeditado.

Sin embargo, algunas manzanas más allá, me sorprendí al ver que él, Allan, se acercaba en dirección a mí, procedente de la calle Benefit. Traté de explicarme cómo se las había arreglado para dejar la casa otra vez y dar un rodeo hasta conseguir caminar derecho hacia mí. Quise imaginar en vano la ruta que pudo haber tomado para lograrlo. El caso es que pasó a mi lado sin aparentar reconocermé.

Pero no cabía duda: era él. La misma semejanza con Poe le distinguía de cualquier otro caminante nocturno. Ahogué su nombre en mi boca y me volví para mirarle. En ningún momento volvió la cabeza, y caminó hacia adelante, dirigiéndose con paso seguro hacia el lugar que yo había dejado momentos antes. Le vi desaparecer mientras intentaba en vano, todavía, trazar en mi mente la ruta que tendría que haber tomado, en medio de los vericuetos y callejuelas tan familiares para mí, para hacer posible que me tropezase de nuevo con él cara a cara.

Vamos a ver: nos habíamos encontrado en la calle Angell, luego caminamos hacia Benefit y el norte, y nos volvimos hacia el río otra vez. Tenía que haber corrido mucho para poder dar la vuelta y regresar. ¿Y a que propósito obedecía seguir semejante ruta? Me dejó totalmente perplejo, especialmente porque ni siquiera había dado muestras de conocerme, como si fuésemos completamente extraños.

Pero si los acontecimientos de la noche me habían dejado tan confundido, más lo estaba aún al encontrarme con Rose en el Ateneo la noche siguiente. Me esperaba, y corrió hacia mí en cuanto me vio.

- ¿Has visto al señor Allan? - me preguntó.

- Ayer por la noche - le respondí, y habría continuado con la explicación de los hechos de no haber vuelto a hablar ella.

- ¡Yo también! Me acompañó desde la biblioteca a casa.

Me callé lo que iba a decir y le escuché. El señor Allan había estado esperando a que saliese de la biblioteca. La había saludado y le había preguntado si podía pasear con ella. Anduvieron durante una hora, pero sin hablar mucho. Lo poco que dijeron fue muy superficial: vaguedades referentes a las antigüedades

de la ciudad, la arquitectura de algunas casas, y cuestiones similares, de interés para quien sintiera curiosidad por los aspectos históricos de Providence. Luego la acompañó a casa. Ella había estado con el señor Allan en un lugar de la ciudad a la vez que yo había estado con él en otro. Ninguno de nosotros teníamos la menor duda respecto a la identidad de nuestro acompañante.

- Le vi después de medianoche - dije.

Era parte de la verdad, pero no toda.

Esta extraordinaria coincidencia debía de tener alguna explicación lógica, aunque no estaba dispuesto a discutirla con Rose, para que no se alarmase. El señor Allan había hablado de «sus hermanos»; entraba dentro de lo posible que el señor Allan tuviese un gemelo idéntico. Pero ¿qué explicación cabía para lo que obviamente resultaba decepcionante? Uno de nuestros acompañantes no era, no podía ser el mismo señor Allan con quien previamente habíamos paseado. Pero ¿cuál de ellos? Yo estaba seguro de que mi acompañante era el mismo señor Allan al que habíamos conocido dos noches antes.

Sin darle importancia, y en vista de las circunstancias, hice a Rose algunas preguntas en relación con la identidad de su acompañante, a ver si en algún momento de nuestro diálogo salía a relucir si era el mismo al que había visto yo. No dudaba en absoluto; estaba plenamente convencida de que su acompañante era el mismo hombre que había paseado con nosotros dos noches antes; pues al parecer incluso había hecho varias referencias al paseo nocturno anterior. No tenía motivos para dudar, y yo preferí callarme. Había un extraño misterio aquí: los hermanos tenían alguna razón oculta para interesarse por nosotros. Había una razón distinta a la de compartir nuestro interés por los paseantes de la ciudad y por los lugares desconocidos que se desvelan únicamente con el crepúsculo y se desvanecen otra vez, desapareciendo con el amanecer.

Sin embargo, mi compañero de la víspera se había citado conmigo, mientras que el de Rose, que yo supiera, no había planeado otro encuentro con ella. Pero ¿por qué había esperado a encontrarse con ella? Esta línea de investigación no era válida ante la evidencia de que ninguno de los seres con

quienes me encontré anoche, después de haber dejado a mi compañero en su casa, podía haber acompañado a Rose, pues ella vivía muy lejos del lugar en que por última vez me crucé con el extraño individuo; no podía haber tenido tiempo de dejarla en la puerta de su casa y, simultáneamente, encontrarse conmigo casi al otro extremo de la ciudad. Una inquietante sensación comenzó a invadirme. ¿Eran quizá tres Allan - todos idénticos -, trillizos? ¿O cuatro? No, seguramente el segundo señor Allan que me encontré la noche anterior era el mismo con quien habíamos estado paseando hasta el cementerio dos noches antes. El que sí podía ser otro era el de mi tercer encuentro.

Por mucho que intentase pensar en ello, el rompecabezas continuaba sin resolverse. Aguardaba con cierto ánimo desafiante la cita del lunes por la noche con el señor Allan, para la que sólo faltaban dos días.

### III

Aun así, no estaba bien preparado para la visita del señor Allan y sus hermanos en la noche del lunes siguiente. Llegaron a la diez y cuarto; mi madre acababa de subir a acostarse. Esperaba, como máximo, a tres personas. Eran siete. Y tan parecidos como los guisantes en una vaina, tanto que no era capaz de distinguir entre ellos al señor Allan con quien había paseado dos veces por las nocturnas calles de Providence, aunque deduje que era el que hablaba del grupo.

Se encaminaron al salón, y el señor Allan inmediatamente se dispuso a colocar las sillas en semicírculo. Le ayudaban sus hermanos, mientras él murmuraba algo acerca de la «naturaleza del experimento». A decir verdad, yo estaba aún demasiado sorprendido e inquieto con la apariencia de los siete hombres idénticos, tan pasmosamente semejantes a Edgar Allan Poe, como para darme verdadera cuenta de lo que se decía. Pude observar también, a la luz de mi lámpara de gas Welsbach, que los siete eran de una complexión pálida, cerúlea, no hasta el punto de dudar que fuesen de carne y hueso como yo, pero sí para pensar que a todos les aquejaba algún tipo de enfermedad, anemia quizá, o que algún mal hereditario había dejado sus rostros carentes de color. Sus ojos eran muy negros y parecían mirar fijamente, aunque sin ver. Pero no se trataba de un



defecto de percepción; era como si vieses gracias a un extrasentido invisible para mí. La sensación que experimenté no era predominantemente de miedo, sino de abrumadora curiosidad mezclada con una cada vez mayor intuición de algo extremadamente desconocido no sólo para mi experiencia, sino para mi propia existencia.

Pocas cosas reseñables habían sucedido hasta el momento entre nosotros. Pero en cuanto el semicírculo se completó, y mis visitantes se sentaron, el que llevaba la voz cantante me señaló una silla situada dentro del semicírculo y de cara a los hombres sentados.

- ¿Quiere tomar asiento aquí, señor Phillips? - preguntó.

Hice lo que me indicaba y me encontré con que me había convertido en el centro de todas las miradas. Más que el objeto, el foco de sus miradas: los siete hombres no parecían mirarme a mí, sino mirar a través de mí.

- Nuestra intención, señor Phillips - dijo el que llevaba la voz cantante, a quien tomé por el caballero con quien me había encontrado en la calle Benefit - es producir en usted ciertas impresiones de vida extraterrestre. Todo lo que tiene que hacer es relajarse y ser receptivo.

- Estoy listo - dije.

Creí que iban a pedirme que amortiguase la intensidad de la luz, cuestión que forma parte integrante de este tipo de sesiones, pero no lo hicieron. Esperaron un rato en silencio, un silencio sólo roto por el tic-tac del reloj del hall y el alejado murmullo de la ciudad, y entonces comenzaron algo que sólo puedo describir como un cántico, un tarareo bajo, no desagradable, casi arrullador, que aumentaba en volumen y era interrumpido por sonidos que imaginé palabras aunque no podía distinguir ninguna. La canción que cantaban, y la forma en que cantaban, eran indescriptibles, extrañas; en clave menor, los intervalos de los tonos no se parecían a ningún sistema de música terrestre que pudiera serme familiar, aunque me parecía más oriental que occidental.

Tuve poco tiempo para percatarme de la música, pues pronto me sobrecogió una sensación de profundo malestar. Las caras de los siete hombres se tomaron difusas y se fundieron en un rostro borroso. Tuve la intolerable

sensación de que me barría el paso de miles de años de tiempo. Llegué a la conclusión de que algún tipo de hipnosis era responsable de mi estado, pero me daba igual; la experiencia a la que me estaba sometiendo era totalmente nueva y no desagradable, aunque había en ella una nota discordante, como de algún mal acechando detrás de las relajantes sensaciones que se acumulaban y me arrastraban. Gradualmente, la lámpara, las paredes y los hombres que tenía delante se emborronaron y desvanecieron. Me daba cuenta de que todavía estaba en mi casa de la calle Angell, pero al mismo tiempo presentía que de alguna forma había sido trasladado a otros lugares, y empezó a manifestarse un sentimiento de alarma ante el desconocimiento de lo que me rodeaba, así como de repulsión y alienación. Era como si temiese la pérdida del conocimiento en un lugar extraño, sin medios para volver a la tierra, pues lo que presenciaba era una escena extraterrestre, de unas proporciones de grandeza y magnificencia incomprensibles para mí.

Vastas panorámicas del espacio se arremolinaban ante mí en una dimensión desconocida, y en el centro veía una colección de cubos gigantes, esparcidos en una ensenada de agitada radiación violeta. Entre ellos se movían otras figuras enormes, cambiantes, unos conos rugosos cuya talla alcanzaba los diez pies de altura y que reposaban sobre su base compuesta de un material semielástico, con escamas y bultos. De sus ápices salían cuatro miembros flexibles, cilíndricos, cada uno por lo menos de un pie de ancho, y de una sustancia similar, aunque más parecida a la carne, a la de los conos. Estos eran los supuestos cuerpos de los miembros que los coronaban. Según pude observar, tenían la capacidad de contraerse y dilatarse algunas veces hasta alcanzar una medida de largo similar a la altura del cono al que estaban adheridos. Dos de estos miembros tenían unas enormes garras en el extremo, mientras que un tercero llevaba una cresta de cuatro apéndices rojos con forma de trompeta, y el cuarto acababa en un globo amarillo de dos pies de diámetro, en medio del cual había tres enormes ojos, de un ópalo oscuro, que, dada su posición en el miembro elástico, podían volverse en cualquier dirección. Fue una escena que me causó gran fascinación, pero al mismo tiempo me inspiraba una repelencia atroz, dada

la absoluta extrañeza y el aura de temibles descubrimientos que se desprendía de ella. Con mayor claridad y distinción, pude ver las figuras moverse: parecían atender a los grandes cubos; logré ver que sus extrañas cabezas estaban coronadas por cuatro grandes tallos grises con apéndices similares a unas flores y que, en su parte inferior, ostentaban ocho tentáculos sinuosos y elásticos, del color verde alga, constantemente agitados en un movimiento de serpentina. Esos tentáculos se dilataban y se contraían, se alargaban y se acortaban; azotaban de un lado a otro como si tuviesen una vida independiente de aquella que animaba a los conos, que parecían más perezosos. La escena estaba bañada en un descolorido resplandor rojo, como el de un sol moribundo que, habiendo perdido a su planeta, hubiese ocupado ahora el lugar de la radiación violeta de la ensenada.

Me causó un indescriptible impacto; era como si se me hubiese permitido mirar a otro mundo, un mundo increíblemente mayor que el nuestro, diferente al nuestro por distintos valores antipódicos y formas de vida, y lejos del nuestro en el tiempo y el espacio; y mientras miraba a este vasto mundo, me di cuenta - como si este conocimiento estuviera introduciéndose en mí por algún sistema psíquico - que contemplaba una raza destinada a morir, una raza que tenía que escapar de su planeta o morir. Espontáneamente, intuí la amenaza de un mal, y con un rápido y violento esfuerzo, me deshice del hechizo del cántico que me tenía apresado, exterioricé la excitación del miedo que me poseía, irrumpí en un grito de protesta y me levanté mientras la silla en que estaba sentado se caía hacia atrás estrepitosamente.

De inmediato la escena que discurría ante mis ojos se desvaneció y la habitación volvió a enfocarse. Enfrente de mí estaban sentados mis visitantes, los siete caballeros parecidos a Poe, impasibles y silenciosos. Los sonidos que habían emitido, el tararear y las extrañas palabras y ruidos tonales, habían cesado.

Me calmé y mi pulso se hizo más pausado.

- Lo que ha visto, señor Phillips, era una escena de otra estrella lejana - dijo el señor Allan -, muy alejada en el espacio. De hecho, pertenece a otro universo. ¿Le ha convencido?

- ¡Basta ya! - grité.

No podía decir si mis visitantes se divertían o me despreciaban; no tenían expresión alguna, incluido su portavoz, que se limitó a inclinar la cabeza levemente y decir:

- Nos vamos, entonces, con su permiso.

Y silenciosamente, uno tras otro, desfilaron por la puerta que daba a la calle Angell.

Aquella experiencia me había dejado una impresión sumamente desagradable. No poseía pruebas de haber visto algo de otro planeta, pero podía atestiguar que había sido preso de una extraordinaria alucinación, indudablemente por influencia hipnótica.

¿Pero cuál era su razón de ser? Lo pensé mientras ordenaba el salón. No me era posible aducir ninguna razón sólida para demostrar lo que había presenciado. Era incapaz de negar que mis visitantes habían mostrado poseer facultades extraordinarias. Pero ¿con qué fin? Tenía que admitir que me confundía tanto la aparición de nada menos que siete hombres idénticos, como la experiencia alucinante que acababa de vivir. Quintillizos, era posible, sí, ¿pero alguien había oído hablar de siete gemelos? Tampoco eran usuales los nacimientos múltiples de niños idénticos. Y sin embargo había siete hombres poco más o menos de la misma edad e idénticos en apariencia, de cuya existencia no cabía la más mínima explicación.

Tampoco tenía ningún significado palpable la escena que había presenciado durante la demostración. De alguna forma había comprendido que los grandes cubos eran seres vivos y sensibles para quienes la radiación violeta era como la vida: me di cuenta de que las criaturas de los conos les servían en alguna forma, pero nada había descubierto que lo demostrase. La visión entera carecía de sentido: era una de esas escenas que podía haber sido creada por una imaginación altamente organizada, y telepáticamente dirigida a un sujeto que se prestase a ello, como, por ejemplo, yo mismo. Era ridículo demostrar así la existencia de vida extraterrestre; lo único que demostraba era que yo había sido

víctima de una alucinación inducida. Pero, una vez más, se trataba de un círculo vicioso. Como alucinación, no tenía razón de ser.

Y sin embargo, esa noche no conseguí evitar una insistente inquietud que me atenazó durante largo tiempo, hasta que pude dormir.

#### IV

Lo raro es que mi malestar fue en aumento a medida que transcurría la mañana siguiente. Pese a estar acostumbrado a las curiosidades humanas, a los frecuentes e increíbles personajes y las extrañas cosas que encontraba en mis paseos nocturnos por Providence, las circunstancias que rodeaban al señor Allan y sus hermanos, todos tan parecidos a Poe, eran tan extraordinarias que no podía quitármelos de la mente.

Instintivamente, dejé mi trabajo esa tarde y me dirigí a la casa del callejón a orillas del Seekonk, dispuesto a enfrentarme con mi acompañante nocturno. Pero la casa, cuando llegué a ella, tenía aspecto de estar totalmente desierta; cortinas raídas colgaban por el antepecho de las ventanas y, en torno, todo era cenizas de abandono.

Sin embargo, llamé a la puerta y esperé.

No hubo respuesta. Llamé otra vez.

No parecía haber nadie dentro de la casa.

Arrastrado por la curiosidad, intenté abrir la puerta. Y se abrió nada más tocarla. Dudé aún, y miré a mi alrededor. No había nadie a la vista; por lo menos dos de las casas de la vecindad estaban desocupadas. Y si me estaban vigilando, yo no lo notaba.

Abrí la puerta y entré en la casa. Permanecí de pie durante un momento con mi espalda contra la puerta, para acostumbrarme a la oscuridad crepuscular que llenaba las habitaciones. Entonces anduve cautelosamente a través del pequeño vestíbulo hacia la habitación contigua, una salita llena de muebles tapizados por lo menos veinte años antes. Ni rastro de seres humanos, aunque existían indicios de que no hacía mucho alguien había andado por allí y había dejado huellas en el polvo visible del suelo sin alfombras. Crucé la habitación y

entre en un pequeño comedor. Lo crucé también, y me encontré en una cocina. Al igual que el resto de las habitaciones tenía pocas trazas de haber sido utilizada, pues no había nada de comida, y la mesa parecía que no se había usado en años. Pero aquí también había un gran número de huellas que demostraban que la casa estaba habitada. Y la escalera demostraba asimismo un uso intenso.

Pero fue en la parte posterior de la casa donde descubrí lo que mayor desasosiego me produjo. Esta parte del edificio consistía en una gran habitación, aunque era evidente que antiguamente habían sido tres, pues en las paredes quedaban sin enfoscar los agujeros de los tabiques que las habían separado. Vi esto con el rabillo del ojo, pues lo que había en el centro de la habitación atraía poderosamente mi atención. Una luz violeta bañaba la habitación, un suave resplandor que emanaba de una especie de largo bloque introducido en un cristal, rodeado, junto a un segundo bloque, similar y apagado, de maquinaria de una clase que nunca había visto antes, excepto en mis sueños.

Entré cautelosamente en la habitación, alerta por si alguien interrumpía mi intromisión. Nadie ni nada se movió. Me acerqué más a la caja de cristal encendida de violeta. Había algo dentro de ella, aunque al principio no me percaté de esto, pues me fijé en que estaba sobre una reproducción de tamaño natural de Edgar Allan Poe, iluminada, como todo lo demás, por la misma luz violeta. No podía determinar su origen, excepto que estaba envuelta en una sustancia parecida al cristal que formaba el envase. Pero cuando finalmente me di cuenta de qué era lo que había encima de la reproducción de Poe, casi grité de miedo, pues era una miniatura, una exacta reproducción de uno de esos conos rugosos que sólo había visto ayer por la noche en la alucinación a la que había sido inducido en mi casa de la calle Angell. ¡Y el sinuoso movimiento de los tentáculos de su cabeza - o lo que yo creía que era su cabeza - evidenciaba indiscutiblemente que estaba vivo!

Me retiré rápidamente con una ojeada al otro envase para asegurarme de que estaba vacío y sin ocupar, aunque conectado por muchos tubos metálicos al otro que estaba paralelo a él; me fui rápidamente haciendo el menor ruido posible, pues estaba convencido que los hermanos de la noche dormían arriba y

en mi confusión por esta inexplicable revelación que situaba mi alucinación de la noche anterior en otras coordenadas, no quería encontrarme con nadie. Me fui de la casa sigilosamente, aunque me pareció ver la sombra de una de esas caras tan parecidas a la de Poe en una de las ventanas superiores. Corrí a lo largo de las calles que unían el Seekonk con el río Providence, corrí durante muchas manzanas antes de ponerme a caminar más despacio, pues empezaba a llamar la atención en mi loca carrera.

Mientras caminaba, intentaba poner en orden mis caóticos pensamientos. No podía dar ninguna explicación a lo que había visto, pero sabía intuitivamente que me había topado con un peligro amenazante demasiado oscuro y repelente, y quizá demasiado vasto para poder comprenderlo. Busqué un significado pero no pude hallar ninguno; nunca había tenido una preparación muy científica, aparte de la química y la astronomía, de modo que no estaba preparado para comprender el empleo de máquinas tan grandes como las que había visto en esa casa alrededor de ese bloque encendido de violeta donde estaba el cono rugoso en cálida y animadora radiación portadora de vida. De hecho no era capaz de asimilar siquiera la misma maquinaria, pues sólo existía una remota similitud con algo que podía haber visto antes, como la dínamo de una central eléctrica. Estaban todas las máquinas conectadas de algún modo a los dos bloques, y a los envases de cristal - si el material era cristal -, uno ocupado, el otro vacío y oscuro, también unidos entre sí por unos tubos.

Pero había visto suficiente para convencerme de que el oscuro clan fraternal que caminaba por las calles de Providence durante la noche con vestimenta y aspecto de Edgar Allan Poe paseaba por motivos diferentes a los míos; los suyos no eran simple curiosidad acerca de los personajes nocturnos, de los colegas paseantes de la noche. Quizá la oscuridad era su estado más natural, al igual que la luz del sol era la de la mayoría de las personas; pero sus motivos eran siniestros, no podía dudarlo. Sin embargo, no lograba imaginarme lo que iba a suceder después.

Por fin dirigí mis pasos hacia la biblioteca, con la vaga esperanza de tropezarme con algo que me diese una clave para llegar a comprender lo que había visto.

Pero nada. Por mucho que busqué no encontré clave alguna, ningún indicio, aunque leí atentamente toda referencia concebible - incluso las de la estancia de Poe en Providence - a mi alcance sobre los estantes, y dejé la biblioteca tarde, tan desconcertado como cuando había llegado.

Quizá era inevitable que volviese a encontrarme con el señor Allan otra vez esa noche. No había forma de saber si mi visita a su casa había sido observada, a pesar de que creía haber visto a un observador en la ventana de arriba en el momento de mi huida, cuando estaba algo turbado. Pero esa sospecha mía no debía de tener fundamento alguno, pues cuando me encontré con el señor Allan más tarde, y le saludé en la calle Benefit, no había nada en su actitud o en sus palabras que dejase notar su posible conocimiento de mi intromisión. Ahora bien, yo ya conocía su habilidad para mantener su rostro impermeable a toda expresión: humor, disgusto, incluso enfado o irritación eran ajenos a sus facciones, que nunca abandonaban esa máscara introspectiva que caracterizaba a Poe.

- Espero que se haya recuperado de nuestro experimento, señor Phillips - dijo, después de intercambiar las frases de costumbre.

- Totalmente - le contesté, aunque no era cierto. Añadí algo acerca de un repentino marco, que había precipitado el final del experimento.

- Es uno de los mundos exteriores lo que vio, señor Phillips - continuó el señor Allan -. Son muchos. Cien mil por lo menos. La vida no es propiedad exclusiva de la Tierra. Tampoco la vida en forma de seres humanos. La vida toma muchas formas en otros planetas y estrellas, formas que aparecerían extrañas para los humanos, al igual que la vida humana resulta extraña a esas otras formas de vida.

Por una vez, el señor Allan se mostraba singularmente comunicativo, y yo tenía poco que decir. Estaba claro, creyese yo o no que lo que había visto era una alucinación - incluso ante el descubrimiento que había hecho en casa de mi



acompañante - que él creía sin la menor reserva en lo que decía. Hablaba de muchos mundos, como si le fuesen familiares todos ellos. En un momento dado habló casi con reverencia de ciertas formas de vida, particularmente de aquellas que tenían una asombrosa capacidad de adaptación para tomar las formas de vida de otros planetas en su incesante búsqueda de las condiciones necesarias para su existencia.

- La estrella que vi - le interrumpí - estaba muriéndose.

- Sí - dijo simplemente.

- ¿La ha visto usted?

- La he visto, señor Phillips.

Le escuché con alivio. Ya que era imposible que ningún hombre pudiese ver la vida propia del espacio exterior, lo que yo había experimentado no era más que la transmisión de una alucinación del señor Allan y sus hermanos. Comunicación telepática, ciertamente, ayudada con una especie de hipnosis que no había experimentado antes. Aun así no podía deshacerme de la inquietante sensación de peligro que rodeaba a mi acompañante nocturno, ni del malestar que se había apoderado de mí, pues aquella explicación que me había apresurado a aceptar resultaba sumamente ingenua.

En cuanto pude, presenté mis excusas al señor Allan y me marché. Me fui de prisa y directamente al Ateneo con la esperanza de encontrar a Rose Dexter, pero ya se había marchado, si es que estuvo allí. Fui al teléfono público del edificio y la llamé a su casa.

Contestó Rose, y confieso que sentí al instante una sensación de alivio.

- ¿Has visto al señor Allan esta noche? - le pregunté.

- Sí - replicó -. Pero sólo unos instantes. Iba camino de la biblioteca.

- Yo también le he visto.

- Me pidió que fuese a su casa alguna noche para ver un experimento - continuó.

- No vayas - le dije en seguida.

Hubo un largo silencio al otro lado del teléfono.

- ¿Por qué no?

Desafortunadamente no me di cuenta del acento de crueldad que había en su voz.

- Sería preferible que no fueras - dije con toda la firmeza que pude.

- ¿No cree, señor Phillips, que soy yo quien debe decidirlo?

Me apresuré a asegurarle que yo no era quién para juzgar sus acciones; sólo le sugería que podría ser peligroso ir.

- ¿Por qué?

- No puedo decírtelo por teléfono - contesté, plenamente convencido de que sonaba a tonto, y de que a la vez era cierto que no podría poner en palabras todas las terribles sospechas que habían empezado a aparecer en mi mente, pues eran tan fantásticas, tan extrañas, que nadie se las creería.

- Lo pensaré - dijo quebradamente.

- Intentaré explicártelo cuando te vea - le prometí.

Me dio las buenas noches y colgó con una intransigencia que no presagiaba nada bueno y que me dejó profundamente preocupado.

## V

Llego ahora al final de los apocalípticos acontecimientos concernientes al señor Allan y al misterio que rodeaba la casa en el olvidado callejón. Dudo en ponerlos aquí, incluso ahora, pues sé de sobra que el cargo que ya pesa contra mí se agravaría y daría lugar a serias dudas con respecto a mi salud mental. Pero no me queda otro remedio. De hecho, el futuro entero de la humanidad, el curso de todo lo que llamamos civilización, puede verse afectado por lo que pueda o no pueda escribir acerca de esta cuestión. Los acontecimientos culminantes se desarrollaron con rapidez tras la conversación mantenida con Rose Dexter, ese insatisfactorio intercambio telefónico.

Tras un día de trabajo inquietante y lleno de desasosiego, llegué a la conclusión de que tenía que dar una explicación justificativa a Rose. A la noche siguiente, fui temprano a la biblioteca, donde solía encontrarme con ella, y me coloqué en un lugar desde el que podía ver la entrada principal. Allí esperé

durante más de una hora hasta que se me ocurrió que a lo mejor no iba a la biblioteca aquella noche.

Otra vez recurrí al teléfono, con intención de preguntarle si podía acercarme a verla para explicarle lo de la noche anterior.

Fue su cuñada, y no Rose, quien contestó al teléfono.

Rose había salido

- Un caballero la llamó.

- ¿Le conoce usted? - pregunté.

- No, señor Phillips.

- ¿Oyó su nombre?

No lo había oído. De hecho sólo le había visto parcialmente cuando Rose salió presurosa a encontrarse con él, pero ante mi insistencia admitió que el caballero que había llamado a Rose tenía bigote.

¡El señor Allan! No necesitaba averiguar más.

Colgué y durante unos momentos no supe qué hacer. Quizá Rose y el señor Allan se dedicaban solamente a pasear a lo largo de la calle Benefit. Pero tal vez habían ido a esa casa misteriosa. Sólo pensar en ello me llenó de una aprensión tal que me hizo perder la cabeza.

Salí de la biblioteca y me dirigí a casa. Eran las diez cuando llegué a la casa de la calle Angell. Afortunadamente mi madre se había acostado, de modo que pude coger la pistola de mi padre sin molestarla. Una vez cargada, caminé apresuradamente a través de una Providence invadida por la noche, manzana tras manzana, hacia la orilla del Seekonk y el callejón en que estaba la extraña casa del señor Allan, sin percatarme del espectáculo que, para otros paseantes nocturnos, representaba la prisa incontrolada con la que caminaba. De todos modos, no me importaba, pues quizá la vida de Rose estaba en peligro, y más allá de eso, poco definido, rondaba un mal más espantoso aún y mayor.

Cuando llegué a la casa en que había desaparecido el señor Allan, me sorprendieron su soledad y sus ventanas oscuras. Aturdido, dudaba en continuar, y esperé durante un minuto o dos para tomar aire y tranquilizar mi pulso.

Entonces, siempre en las sombras, me moví silenciosamente hacia la casa, vigilando el menor rayo de luz.

Di la vuelta a la casa desde la puerta delantera a la trasera. No se veía el más mínimo rayo de luz. Pero sí podía oírse un tararear bajo, un sonido vibrante, como el silbido de un cable respondiendo al viento. Crucé hacia un extremo de la casa, y ahí vi indicios de luz, no luz amarilla, como de una lámpara en el interior, sino una pálida radiación color lavanda que parecía emanar tenuemente de la propia pared.

Me retiré, recordando vívidamente lo que había visto en la casa.

Pero mi papel no podía ser pasivo. Tenía que saber si Rose estaba en la casa oscura, quizá en aquella misma habitación de la maquinaria desconocida y el envase de cristal con el monstruo dentro de la radiación violeta.

Di la vuelta hacia la parte delantera de la casa, y subí los escalones que conducían a la puerta de entrada.

De nuevo la puerta estaba abierta. Cedió a la presión de mis dedos. Me paré únicamente para coger la pesada arma en mis manos, empujé la puerta y entré en el vestíbulo. Me detuve un instante para acostumbrar mis ojos a la oscuridad; ahí de pie, percibía mejor el sonido tarareante que había oído, y algo más: el mismo tipo de cántico que me había dejado en estado hipnótico cuando fui testigo de la turbadora visión que supuestamente era la vida en otro mundo.

Me di cuenta de su significado inmediatamente. Pensé que Rose estaría con el señor Allan y sus hermanos, pasando por una experiencia similar.

¡Ojalá no hubiese sido más que eso!

Pues cuando entré en la gran habitación de la parte trasera de la casa, vi algo que para siempre se quedará grabado en mi mente. Alumbrada la habitación por la radiación del envase de cristal, podía ver al señor Allan y sus hermanos postrados en el suelo alrededor de los dos envases, entregados a su cántico. Detrás de ellos, junto a la pared, yacía - en su tamaño natural - la reproducción de Poe que yo había visto bajo la extraña criatura en el envase de cristal bañado por la radiación violeta. Pero no era el señor Allan y sus hermanos lo que me produjo el profundo shock y me repelió. ¡Fue lo que vi en los envases de cristal!

En el que daba resplandor a la habitación con su pulsante y agitada radiación violeta, estaba Rose Dexter, completamente vestida, y ciertamente bajo hipnosis. Y encima de ella estaba, alargado y con sus tentáculos azotando furiosamente, la figura de cono rugoso que la última vez había visto encogerse sobre la silueta de Poe. Y en el envase que se conectaba - casi me espanta anotarlo aquí -, yacía, idéntica en todos los detalles, ¡un duplicado perfecto de Rose Dexter!

Lo que ocurrió a continuación estaba confuso en mi mente. Sé que perdí el control, que disparé a ciegas contra los envases de cristal, intentando romperlos. Sé que le di a uno o a ambos, pues el impacto de la radiación se desvaneció, la habitación quedó sumida en la oscuridad, gritos de miedo y de alarma por parte del señor Allan y sus hermanos, y entre la sucesión de explosiones de la maquinaria, corrí hacia adelante y cogí a Rose Dexter.

No sé cómo, alcancé la calle con Rose.

Miré hacia atrás y vi que las llamas aparecían en las ventanas de la maldita casa, y entonces, inesperadamente, la pared norte se derrumbó, y algo - un objeto que no pude identificar - salió de la casa en llamas y se esfumó en el cielo. Salí corriendo, con Rose en mis brazos.

Una vez que recuperó el sentido, Rose se puso histérica, pero al fin logré calmarla y se quedó callada, sin querer decir nada. En silencio la llevé a casa. Sabía lo terrible que tenía que haber sido su experiencia, y estaba dispuesto a no decir nada hasta que se hubiese recuperado totalmente.

En el curso de la semana siguiente, pude darme cuenta con toda claridad de lo que había ocurrido en la casa del callejón, pero el delito de incendio - del que me culpaban, en lugar de otro mucho más serio, por la pistola que había abandonado en la casa ardiendo - había cegado a la policía y rechazaban cualquier interpretación de los hechos que tuvieran algo que ver con cuestiones extraterrestres. He insistido en que viesan a Rose Dexter cuando estuviese recuperada y pudiese hablar, y desease hacerlo. No puedo hacerles entender lo que yo ahora comprendo perfectamente. Pero los hechos están ahí, indiscutibles. Dicen que la carne achicharrada encontrada en la casa no es humana, al menos la

mayor parte de ella no lo es. ¿Podían esperar otra cosa? ¿Siete hombres parecidos a Edgar Allan Poe? ¡Tienen que comprender que lo que había dentro de la casa procedía de otro mundo, de un mundo agonizante, que pretendía invadir y tomar posesión de la Tierra reproduciéndose con forma humana! Tienen que saber que el primer modelo humano elegido por esos seres para reencarnarse había sido, por casualidad, Poe, escogido porque ignoraban que no representaba el tipo medio de hombre. Y han de saber, como yo llegué a saber, que el cono rugoso provisto de tentáculos, en la radiación violeta, era el origen de su forma material, y que la maquinaria y los tubos - que decían habían quedado demasiado estropeados por el incendio para poder identificarlos, ¡como si hubiesen podido identificar su función aun sin estar destrozados! - creaba, a partir del material suministrado por el cono en la luz violeta, material que simulaba carne, unas criaturas con forma humana y parecidas a Poe.

El propio «señor Allan» me proporcionó la clave, aunque no lo supe entonces, cuando le pregunté por qué la humanidad era objeto de escrutinio interplanetario: «¿Para hacer la guerra? ¿Para invadimos?»; y respondió: «Una forma de vida tan desarrollada no tendría necesidad de utilizar métodos tan primitivos». ¿Podía algo servir de explicación mejor que esto para la extraña ocupación de la casa a orillas del Seekonk? Desde luego, era evidente ahora que lo que el «señor Allan» y sus hermanos me ofrecieron en mi propia casa era una visión del planeta de los cubos y los conos rugosos, su planeta.

Y seguramente lo más abominable de todo, evidente para cualquier observador imparcial, era la razón por la cual querían a Rose. Pretendían reproducir a su especie en la forma de hombres y mujeres, para poder mezclarse con nosotros, sin ser detectados, sin sospechar de ellos, y lentamente, a lo largo de décadas, quizá de siglos, mientras su mundo moría, tomar y preparar la Tierra para aquellos que viniesen después.

¡Sólo Dios sabe cuántos de ellos pueden haber aquí, entre nosotros, incluso ahora!

Más tarde. No he podido ver a Rose todavía, esta noche, y no sé si llamarla. Me ocurre algo terrible. Me siento preso de horribles dudas. No lo

pensé durante esa terrible experiencia, después de los disparos en la habitación iluminada de violeta, y es ahora cuando he empezado a preguntármelo, y mi preocupación ha ido creciendo hora tras hora, hasta convertirse en insoportable. ¿Cómo puedo estar seguro de que en esos minutos de locura rescaté a la verdadera Rose Dexter? Si lo hice, sin duda, ella me lo confirmará esta noche. Si no lo hice ¡Dios sabe lo que he soltado, sin quererlo, sobre Providence y el mundo!

Extracto de *The Providence Journal*, 17 de julio:

### UNA MUCHACHA DE LA VECINDAD MATA A SU AGRESOR

Rose Dexter, hija del señor Elisha Dexter y señora, del 127 de la calle de Benevolent, repelió y dio muerte ayer noche a un joven al que acusó de haberla agredido. La señorita Dexter fue encontrada en un estado de histeria mientras corría por la calle Benefit, en las cercanías de la Catedral de San Juan, cerca del cementerio donde tuvo lugar el suceso.

Su agresor fue identificado como un viejo amigo, Arthur Phillips...

## **LA MALDICIÓN QUE CAYÓ SOBRE SARNATH**

---

**H. P. Lovecraft<sup>40</sup>**

Hay en la tierra de Mnar un amplio lago tranquilo al que ninguna corriente nutre y del que tampoco nace río alguno. Hace diez mil años se alzaba en sus riberas la poderosa ciudad de Sarnath, pero Sarnath ya no está allí.

Cuentan que, en los olvidados años en que el mundo era joven, aun antes de que los hombres de Sarnath llegaran a la tierra de Mnar, otra ciudad se ubicaba junto al lago; la ciudad construida con piedras grises de lb, que era tan

---

<sup>40</sup> The doom that came to Sarnath.

vieja como el mismo lago y estaba poblada por seres de ingrata apariencia. Tales seres resultaban sumamente feos y extraños, tal como de hecho son la mayoría de los retoños de un mundo apenas esbozado. Está escrito en las piedras cilíndricas de Kadatheron que el color de los seres de Ib resultaba tan verde como el lago y las neblinas que se alzan de su superficie; que eran de ojos saltones, labios fofos y repulsivos, y curiosas orejas, así como que eran mudos. También está escrito que descendieron una noche de la luna, entre la niebla; ellos y el gran lago tranquilo, y la pétrea ciudad gris de Ib. Como quiera que sea, es cierto que adoraban a un ídolo de piedra verde mar cincelado a semejanza de Bokrug, el gran lagarto acuático, ante el que danzaban de forma horrible cuando la luna se mostraba gibosa. Y está escrito en los papiros de Ilarneq que descubrieron un día el fuego, y que desde entonces utilizaron las llamas en multitud de festejos. Pero no es mucho lo que se ha escrito sobre tales seres, ya que existieron en tiempos verdaderamente remotos, y el hombre es joven, y sabe muy poco sobre los más antiguos de entre los seres vivos.

Tras muchos eones los hombres llegaron a la tierra de Mnar; eran oscuros pueblos pastores que arreaban sus rebaños y que construyeron Thraa, Ilarneq y Kadatheron junto al sinuoso río Al. Y algunas tribus, más audaces que las otras, se llegaron al borde del lago y emplazaron Sarnath en el lugar en que los metales preciosos afloraban de la tierra.

Las errabundas tribus ubicaron las primeras piedras de Sarnath no muy lejos de la ciudad gris de Ib, maravillándose en grado sumo ante los seres que allí moraban. Pero con su asombro se mezclaba el odio, porque no estaba en su forma de pensar el admitir que seres de tal aspecto pudieran habitar el mundo de los hombres nacidos del fango. Tampoco gustaban de las extrañas esculturas sobre los monolitos grises de Ib, ya que la gran antigüedad de tales tallas les resultaba terrible. Nadie sabría decir por qué aquellos seres y esculturas permanecían sobre la tierra, aun tras la llegada del hombre; a no ser que fuera porque la tierra de Mnar era tranquila en verdad, y alejada de la mayoría de otras tierras, tanto de la vigilia como de los sueños.



Cuanto más miraban a los seres de Ib, más los odiaban los hombres de Sarnath, y a esto contribuía no poco el descubrimiento de que aquellos seres resultaban débiles como jalea a la herida de piedras, lanzas y flechas. Así que un día los guerreros jóvenes, los honderos y los lanceros y los arqueros se pusieron en marcha contra Ib y mataron a todos sus moradores, arrojando los extraños cuerpos al lago mediante largas lanzas, ya que no querían tocarlos. Y ya que no gustaban de los grises monolitos esculpidos de Ib, los abatieron asimismo sobre el lago, maravillándose de la enormidad del trabajo de acarrear aquellas piedras desde muy lejos, como sin duda había sido, ya que no se conocía nada semejante en toda la tierra de Mnar ni en las adyacentes.

De esta forma no quedó nada de la antiquísima ciudad, a excepción del ídolo de piedra verde mar cincelado a semejanza de Bokrug, el lagarto acuático. A éste los guerreros jóvenes se lo llevaron a Sarnath como un símbolo de conquista sobre los viejos dioses y los seres de Ib, así como en señal de liderazgo sobre Mnar. Pero la noche después de ser emplazado en el templo, algo terrible debió suceder, ya que se vieron luces salvajes sobre el lago, y al llegar la mañana el pueblo se encontró con que había desaparecido, y que el sumo sacerdote Taran-Ish yacía muerto, como abatido por algún miedo indecible. Y antes de morir, Taran-Ish había garabateado sobre el altar de crisolito con trazos temblorosos la señal de la MALDICIÓN.

Luego de Taran-Ish se sucedieron los sumos sacerdotes en Sarnath, pero nunca llegaron a encontrar el ídolo de piedra verde mar. Y multitud de siglos llegaron y se fueron, y Sarnath prosperó desmesuradamente, hasta que sólo los sacerdotes y las viejas recordaron lo que Taran-Ish garabateara sobre el altar de crisolito. Entre Sarnath y la ciudad de Ilarne se estableció un camino de caravanas, y los preciosos metales de la tierra se intercambiaban por otros metales y ropas raras y joyas y libros e instrumental para los artífices y todas los lujosos bienes conocidos por el pueblo que habita a lo largo del sinuoso río Ai y aun más allá. Así creció Sarnath poderosa y sabia, y enviaba ejércitos de conquista para subyugar a las ciudades vecinas; y en su momento se sentaron en

el trono de Sarnath los reyes de toda la tierra de Mnar, así como multitud de tierras adyacentes.

Maravilla del mundo y orgullo de la humanidad era Sarnath la magnífica. De pulido mármol, extraído del desierto, eran sus murallas; con una altura de 300 codos y una anchura de 75, de forma que dos carros podían cruzarse sobre su parte alta. Su longitud era de 500 estadios, interrumpiéndose tan sólo en la parte que daba al lago, donde un gran dique de piedra verde contenía a las olas que se alzaban de forma extraña una vez al año, durante el aniversario de la destrucción de Ib. En Sarnath había cincuenta calles que iban del lago a las puertas de las caravanas, y otras cincuenta que las cruzaban. De ónice estaban todas pavimentadas, a excepción de aquellas por donde pasaban los caballos y los camellos y los elefantes, que se hallaban adoquinadas con granito. Y las puertas de Sarnath eran tantas como calles concluían en sus murallas, cada una de ellas de bronce y flanqueadas por efigies de leones y elefantes esculpidos en una clase de piedra ya desconocida para los hombres. Las casas de Sarnath eran de ladrillo vidriado y calcedonia, cada una con su jardín vallado y su estanque cristalino. En extraño estilo habían sido construidas, ya que ninguna otra ciudad poseía casas así, y los viajeros de Thraa e Ilarne y Kadatheron se maravillaban ante los resplandecientes domos con que se hallaban rematadas.

Pero más maravillosos aún resultaban los templos y los palacios, así como los jardines establecidos por el antiguo rey Zokkar. Había multitud de palacios, el más modesto de los cuales era más formidable que cualquiera de los de Thraa o Ilarne o Kadatheron. Tan altos eran que, hallándose en su interior, uno podía creer que se hallaba a cielo abierto; aunque cuando se iluminaban con antorchas embebidas en el aceite de Dothur sus muros mostraban inmensos frescos de reyes y ejércitos, de una magnificencia tal que elevaban el espíritu al tiempo que atemorizaban a quienes los contemplaban. Multitud eran las columnas de los palacios, todas de mármol veteado, y talladas con motivos de belleza sin par. Y en la mayoría de los palacios los suelos se hallaban cubiertos por mosaicos de berilo y lapislázuli y sardónice y rubí y otros materiales selectos, tan bien distribuidos que el visitante podía creerse paseando sobre lechos de las

más raras flores. Y había asimismo fuentes que derramaban aguas perfumadas alrededor mediante surtidores diseñados con habilidosa artesanía. Eclipsando a todos sus rivales se alzaba el palacio de los reyes de Mnar y tierras adyacentes. Sobre dos agazapados leones de oro reposaba el trono, muchos peldaños por encima del suelo resplandeciente. Y había sido tallado en una única pieza de marfil, aunque ningún hombre vivo conocía de dónde pudiera proceder algo tan inmenso. En ese palacio también había innumerables galerías, y muchos anfiteatros donde leones y hombres y elefantes combatían para entretenimiento de los reyes. En ocasiones se inundaban los anfiteatros con aguas canalizadas desde el lago a través de poderosos acueductos, y entonces se libraban trepidantes combates navales o luchas de nadadores contra mortíferos seres acuáticos.

Altos y asombrosos resultaban los diecisiete templos en torre de Sarnath, edificadas con una piedra de reflejos multicolores desconocida en cualquier otra parte. Su buen millar de codos medía el mayor de todos, allí donde moraba el sumo sacerdote entre una magnificencia apenas superada por la del rey. Abajo había salones tan amplios y espléndidos como los de los palacios, donde se agolpaban las muchedumbres adorando a Zo-Kalar y Tamash y Lobon, los dioses mayores de Sarnath, cuyos relicarios, envueltos en humo de incienso, eran semejantes a tronos de monarca. Las imágenes de Zo-Kalar y Tamash y Lobon no eran como las demás estatuas de dioses, ya que resultaban tan vívidas que uno podría jurar que los propios y agraciados dioses barbudos ocupaban sus tronos de marfil. Y a través de interminables escaleras de brillante circonio se llegaba al aposento de la cima, desde donde el sumo sacerdote avizoraba de día sobre la ciudad y las llanuras y el lago; y de noche la críptica luna y las estrellas más brillantes y los planetas, así como sus reflejos en el lago. Allí tenían lugar los más antiguos y secretos ritos en execración de Bokrug, el lagarto acuático, y allí reposaba el altar de crisolito ostentando la MALDICIÓN, garabateada por Taran-Ish.

Maravillosos asimismo resultaban los jardines edificadas por el antiguo rey Zokkar. Ocupaban el centro de Sarnath, cubriendo un gran espacio y

circundados por un alto muro. Y se hallaban cubiertos por un poderoso domo de cristal, a través del cual brillaban el sol y la luna y las estrellas y los planetas cuando estaba despejado. Y de ella se colgaban refulgentes imágenes del sol y la luna y las estrellas y los planetas cuando estaba nublado. En verano, los jardines se refrescaban mediante aromáticas brisas frescas, habilidosamente provocadas mediante ventiladores, y en verano se caldeaban a través de fuegos ocultos, por lo que en dichos jardines siempre reinaba la primavera. Pequeñas corrientes corrían sobre guijarros claros, surcando prados verdes y jardines multicolores, y multitud de puentes los salvaban de uno a otro lado. Muchas eran las cascadas a lo largo de sus cursos, y muchos asimismo los estanques cuajados de lirios en los que se expandían. Sobre corrientes y estanques bogaban blancos cisnes, al tiempo que la música de aves exóticas repicaba al compás del canto de las aguas. Macizos verdes nacían en ordenadas terrazas, adornados aquí y allá con emparrados y amables arriates, y asientos y bancos de mármol y pórfido. Y había innumerables capillas y templetos en donde uno podía descansar o rezar a los dioses menores.

Cada año tenía lugar en Sarnath la fiesta de la destrucción de Ib, y en esa ocasión se prodigaban el vino, las canciones, la danza y todo tipo de festejos. Se rendían grandes honores a los espectros de aquellos que aniquilaron a los seres de extraña antigüedad, y la memoria de éstos y sus viejos dioses resultaba mancillada por bailarines y músicos coronados con rosas procedentes de los jardines de Zokkar. Y los reyes oteaban sobre el lago y maldecían los huesos de los muertos que descansaban en sus honduras. En un principio los sumos sacerdotes no gustaban de tales festejos, ya que se contaban unos a otros extrañas historias de cómo el ídolo verde mar se había esfumado, y de cómo Taran-Ish había muerto de miedo, no sin antes dejar un aviso. Y se comentaba que, a veces, desde su alta torre, se divisaban luces bajo las aguas del lago. Pero como innumerables años fueron transcurriendo sin que sucediera calamidad alguna, incluso los sacerdotes rieron y maldijeron, y tomaron parte en aquellas orgías multitudinarias. Además, ¿no habían ellos mismos realizado a menudo, en su alta torre, el inconcebiblemente antiguo rito de execración de Bokrug, el lagarto

acuático? Y un millar de años de riqueza y gozos transcurrieron sobre Sarnath, maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad.

Magnificente más allá de toda imaginación resultó la fiesta del milenio de la destrucción de Ib. Por espacio de una década se habló en la tierra de Mnar sobre ella, y al acercarse la noche acudieron a Sarnath en caballos y camellos y elefantes hombres de Thraa, Ilarne y Kadatheron, y de todas las ciudades de Mnar y de las tierras de aún más allá. Los pabellones de los príncipes y las tiendas de los viajeros se alzaron ante los marmóreos muros en aquella señalada noche, y por toda la ribera resonaban los cánticos de alegres celebrantes. En su sala de banquetes se reclinaba Nargis-Hey, el rey, catando vinos añejos de las bodegas de la conquistada Pnath, rodeado de nobles alegres y diligentes esclavos. Se habían paladeado multitud de platos durante esa fiesta; pavos reales de las islas de Nariel en el Océano Medio; cabras jóvenes de las lejanas colinas de Implan, pies de camellos del desierto bnarcico, nueces y especias de los plantíos cidarianos, y perlas de marítimo Mtal, disueltas en el vinagre de Thraa. Había salsas en número incontable, preparadas por los mejores cocineros de toda Mnar, y aptas para todos los paladares. Pero el manjar más apreciado lo constituían los grandes peces del lago, de gran envergadura y servidos sobre fuentes de oro hermoeadas con rubíes y diamantes.

Mientras el rey y sus nobles festejaban en palacio, y contemplaban los platos cumbre que aguardaban en sus fuentes de oro, otros celebraban en otra parte. En la torre del gran templo los sacerdotes se entregaban a la diversión, y en los pabellones extramuros los príncipes de tierras vecinas festejaban a su vez. Y sucedió que fue el sumo sacerdote Gnai-Kah quien primero advirtió la sombra que descendía de la gibosa luna hacia el lago, y la espantosa bruma verde que surgía del lago para juntarse con la luna y envolver con siniestra neblina las torres y cúpulas de la condenada Sarnath. Luego, quienes estaban en las torres y al otro lado de los muros avistaron extrañas luces en las aguas y vieron que la roca gris Akurión, que se alzaba junto a la orilla, estaba casi sumergida. Y el miedo prendió difusa aunque velozmente, de forma que el príncipe de Ilarne y el del lejano Rokol desmontaron y plegaron sus tiendas y pabellones y huyeron

hacia el río Ai, aunque ellos mismos apenas entendían el motivo de aquella precipitada salida.

Entonces, próxima a sonar la medianoche, las puertas de bronce de Sarnath se abrieron y vomitaron una multitud enloquecida que cubrió la llanura, por lo que príncipes visitantes y viajeros huyeron espantados, ya que los rostros de esa multitud ostentaban la enloquecedora impronta de un inaguantable horror, y de sus bocas brotaban palabras tan terribles que nadie se demoró a comprobar su verdad. Hombres de ojos enloquecidos por el miedo vociferaban haber mirado en la sala del rey a través de los ventanales, y que ya no resultaba posible ver las siluetas de Nargis-Hei y sus nobles y esclavos, sino tan sólo una horda de indescriptibles seres verdes mudos, con ojos saltones y repulsivos labios fofos, y curiosas orejas. Seres que bailaban de forma espantosa, sosteniendo entre sus zarpas fuentes doradas hermoseedas con rubíes y diamantes, y conteniendo llamas terribles. Y los príncipes y viajeros, mientras huían de la ciudad maldita de Sarnath a lomos de caballos y camellos y elefantes, volvieron la vista al lago del que brotaban las nieblas y vieron que la roca Akurión se hallaba prácticamente sumergida.

Por toda la tierra de Mnar y adyacentes corrieron historias de aquellos que habían escapado de Sarnath, y las caravanas ya no concurrieron más a la ciudad maldita, ni a sus metales preciosos. Tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que algún viajero fuera allá, y sólo entonces los jóvenes valientes y aventureros de la lejana Falona osaron hacer el viaje, jóvenes aventureros de pelo rubio y ojos azules sin parentesco alguno con los hombres de Mnar. De hecho, aquellos hombres acudieron al lago para contemplar Sarnath, pero aunque encontraron el gran lago tranquilo y la roca gris Ákurión que se alza muy alta cerca de la orilla, no pudieron vislumbrar la maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad. Donde antes se alzaran muros de 300 codos y torres aún más altas, ahora se hallaba sólo orilla pantanosa; y donde antes moraran cincuenta millones de hombres ahora tan sólo se veía reptar al detestable lagarto verde de agua. Ni las minas de metal precioso quedaban, ya que la MALDICIÓN había caído sobre Sarnath.

Pero medio oculto entre los juncos se descubrió un curioso ídolo de piedra verde; un ídolo sumamente antiguo, cubierto de algas y cincelado a semejanza de Bokrug, el gran lagarto acuático. Ese ídolo, entronizado en el gran templo de Ilarneq, fue en adelante adorado al resplandor de la luna gibosa en toda la tierra de Mnar.

CENIZAS.....	2
LA EXHUMACION.....	12
BAJO LAS PIRÁMIDES .....	24
LA SOMBRA DEL DESVÁN.....	55
EL GRABADO EN LA CASA.....	78
LA TRANSICIÓN DE JUAN ROMERO .....	88
EL HORROR DE RED HOOK.....	96
HORROR EN EL MUSEO .....	121
EL CAOS REPTANTE.....	153
LA EXTRAÑA CASA EN LA NIEBLA .....	161
LA LLAMADA DE CTHULHU .....	171
EL HORROR DE DUNWICH.....	204
LAS RATAS EN LAS PAREDES.....	260
EL HORROR OCULTO .....	283
LA NAVE BLANCA.....	307
POLARIS.....	313
LOS OTROS DIOSES.....	318
LA SOMBRA FUERA DEL ESPACIO .....	323
LA TUMBA .....	345
EL QUE SUSURRABA EN LAS TINIEBLAS.....	356
HORROR EN EL CEMENTERIO .....	425
CELEPHAÏS .....	439
EL LIBRO NEGRO DE ALSOPHOCUS .....	446
AIRE FRIO .....	456
ARCILLA DE INNSMOUTH.....	465
HERBERT WEST: REANIMADOR.....	478
EL VIEJO TERRIBLE .....	513
EL HORROR EN LA PLAYA MARTIN .....	516

EL.....	523
HIPNOS.....	535
EL TEMPLO .....	543
EN LOS MUROS DE ERIX.....	558
EL CASO DE CHARLES DEXTER WARD.....	591
EL ALQUIMISTA .....	732
EL EXTRAÑO.....	741
LA HERMANDAD NEGRA .....	748
LA MALDICIÓN QUE CAYÓ SOBRE SARNATH.....	775